

Padre Teodoro Tusino

**El alma del Padre
Testimonios**

Pro Manuscripto

Curia General – Roma

Título original: *L'anima del Padre. Testimonianze*, Roma 1973.

Traducción: P. Matteo Sanavio RCJ

Editor General: P. José María Ezpeleta RCJ

Se autoriza para imprimir:

P. Bruno Rampazzo RCJ,

Superior General de los Rogacionistas del Corazón de Jesús

© Rogacionistas del Corazón de Jesús.

Comisión para las traducciones.

Roma 4 de abril de 2020.

A los hijos e hijas del Padre

El alma del Padre es un título que atrae, que suscita esperas que, sin embargo, pueden desilusionar.

Tenemos pues que precisar que no se trata de un estudio sobre la psicología del Padre; estudio que él sin lugar a duda merece, y tenemos la confianza que entre los nuestros no faltará quien, adecuadamente preparado, querrá comprometerse en esta gustosa labor. Sin embargo, un trabajo de tal género no entra en mis intenciones, más bien supera mis capacidades. Mi pretensión es así mucho más modesta: me limito a hacer un trabajo, no digo de historiador, sino de humilde recopilador de documentos, con los que los más competentes sabrán entretejer la historia,

He aquí porque ruego de poner el acento en el subtítulo: **Testimonios**. En efecto, quiero que se conozca cómo el Padre fue juzgado por los que le conocieron, principalmente por los que vivieron a su lado.

Tras su muerte, los superiores del tiempo recogieron los testimonios de los que, sea espontáneamente sea tras solicitud, enviaron informes escritos, que, si bien no confirmados con juramento, conservan ciertamente su valor y merecen nuestra fe.

De unos cuantos episodios fui testigo yo mismo o bien de ellos se me habló por personas cuya veracidad no tengo motivo para poner en duda.

Lógicamente no podía olvidarme el testimonio del mismo Padre, que en los escritos refleja su alma como en un espejo.

Esta nueva labor – que no es en absoluto original, habiendo usado los documentos que ya el Padre Vitale consultó parcialmente – esperemos que dé frutos copiosos en las comunidades, con la bendición de la Santa Niña María, encendiendo en nuestras almas el deseo de la imitación para hacernos todos hijos dignos del Padre.

Roma, 8 de septiembre de 1973

Fiesta de la Natividad de la Bienaventurada Virgen María

P. Tusino RCJ

N.B. Los escritos del Padre son citados según la numeración de los volúmenes de la copia auténtica presentada a la Sagrada Congregación en la primera colección; los de la segunda colección son indicados con la sigla N.I. (nuper inventa).

1. LA SEGUNDA CONVERSIÓN

1. Convertirse siempre. 2. Las oraciones para la conversión. 3. Recurrir a los Santos. 4. Santidad sin ilusiones. 5. Su cooperación. 6. Informes más detallados sobre su espíritu. 7. Los últimos propósitos.

1. Convertirse siempre

A la idea de conversión generalmente se une el de una anterior vida de pecado, de la que uno se aleja. Afloran a la mente en seguida las imágenes de la Magdalena evangélica, de la que el Señor expulsó siete demonios (cf. Mc 16, 9) y de Agustín, que finalmente cae vencido por la gracia tras treinta años de graves extravíos.

Pero la conversión, de por sí, no supone necesariamente una anterior degradación moral. En la base de la obstinación de San Pablo había el extremo apego a las tradiciones de sus padres (cf. Gal 1, 14). En San Gabriel de la Dolorosa la conversión representa el despido de las mundanidades, hacia las que había estado bastante indulgente, pero nunca había llegado a comprometer los deberes esenciales del cristiano; en cambio, de San Luís Gonzaga leemos que llamaba el «año de su conversión» el que pasó en Florencia, donde había recibido de la Santísima Virgen Anunciada un extraordinario aumento de fervor: en aquel año decía que había sido convertido; a pesar de esto sabemos que él fue siempre un joven inocente y angelical. Santa Teresa del Niño Jesús recibió la gracia de la conversión la noche de Navidad de 1886, cuando Jesús «le cambió el corazón» y «la pequeña Teresa recuperó la fortaleza de ánimo que había perdido a los cuatro años y medio y que tenía que guardar para siempre» (cf. Manuscritos autobiográficos, p. 122). Se podría soñar cualquier cosa... ¿sabemos en cambio que se trató del desprendimiento de los regalos que cada año en la familia se le hacían para la fiesta de Navidad!

La conversión se mira, más que desde el punto de salida, desde el de llegada, o más bien de lo a que uno aspira, porque ella no crea una situación estática, sino empieza un proceso dinámico, un crecimiento, un aumento continuo en la vida del espíritu. Acordémonos de la comparación de San Pablo: el corredor que mira a la meta: **Pues corred así: para ganar** (1Cor 9, 24); y, por su cuenta confiesa: **Por eso corro yo, pero no al azar; lucho, pero no contra el aire; sino que golpeo mi cuerpo y lo someto, no sea que, habiendo predicado a otros, quede yo descalificado** (Ibid. 9, 26-27).

En práctica la conversión es abandonarse totalmente a Dios y a la guía de su gracia; es una firme determinación de progresar cada vez con más decisión hacia la perfección; es un renovado propósito de santidad.

En el lenguaje ascético se distingue la primera y la segunda conversión; en la primera el alma establece en la gracia de Dios, en la segunda se entrega totalmente a la perfección. Esta enseñanza se saca del Evangelio. Recordemos en particular este episodio: **Él llamó a un niño, lo puso en medio y dijo: «En verdad os digo que, si no os convertís y os hacéis como niños, no entraréis en el reino de los cielos. Por tanto, el que se haga pequeño como este niño, ese es el más grande en el reino de los cielos** (Mt 18, 2-4). «Jesús aquí habla a los apóstoles, que ya participaron en su ministerio, que se comulgarán en la última cena, de los que tres lo habían seguido en el monte Tabor. Están en estado de gracia, sin embargo, él les habla de la necesidad de convertirse para entrar profundamente en el reino, o sea en la intimidad divina» (cf. Garrigou-Lagrange, **Las tres edades de la vida espiritual**, Vol. III, cap. 2). Hablando con más exactitud, los autores definen segunda conversión el pasaje del alma de la vida purgativa a la vida iluminativa.

En la vida del Padre, pues, la segunda conversión que él implora continuamente con lágrimas, asume un significado mucho más amplio, involucrando toda la vida y todas las fuerzas: la conversión para él es **el hambre y sed de la justicia** (Mt 5, 6), que, lamentablemente, ¡nunca se pueden satisfacer plenamente en la tierra!

Recuerdo lo que él escribe en propósito: «Acontece para el que se pone al servicio divino lo que suele acontecer al que se pone en camino para llegar a un lugar. El caminante con mucha más premura anda derecho por su camino por cuanto más reflexiona sobre lo poco que hizo y el mucho que queda para hacer. Así también es en el camino místico de la virtud. Si pensamos que ya hicimos un largo camino por aquellos pocos pasos que ¡lo sabe Dios cómo los dimos en este real sendero!, si pensamos que ya estamos casi en la cumbre del monte de la virtud, mientras en cambio estamos sólo en sus bordes, ay, entonces hay todo el peligro que nuestro espíritu se enfríe, que nuestra premura mengüe, que nuestros pasos ralenticen, y nos sorprenda la muerte, y nos quita di este camino cuando estamos apenas en su principio, ¡mientras creíamos estar en su final! Una consideración, pues, muy eficaz para empujar al hombre para que actúe cada vez mejores cosas es considerar lo poco que hizo y lo mucho que le queda para hacer. Ni vale decir que esta vista puede desanimar el alma: se desanima el que se busca a sí mismo, pero no el que busca a Dios: Dios no quiere sino nuestra resolución: **Nadie que pone la mano en el arado y mira hacia atrás vale para el reino de Dios** (Lc 9, 62). Decía David: ¡**Ahora empiezo!** (cf. Sal 76, 11)¹». (Vol. 22, p. 72).

Nos consta que el Padre de chico sentía como la íntima necesidad de dedicarse a una vida de piedad; tenía una atracción especial hacia Jesús Sacramentado y la Santísima Virgen María. Aunque todavía no tuviese las luces divinas sobre su vocación, en un cierto punto se sintió impulsado a una unión mayor con Dios. Desde aquel entonces condujo una vida más retirada: dejó de frecuentar el teatro de prosa, en que declamaba el actor Maieroni; ya dejó la caza a las aves en el campo cercano con sus familiares; fue más asiduo frequentador de las iglesias, especialmente aquellas en que se exponía el Santísimo Sacramento y sobre todo en las horas en que se quedaba más solitario, y confesaba que aquellas eran las horas mejores para el desahogo, algunas veces vocal, justamente porque no era escuchado por los feligreses, de su alma. Ésta es su conversión. Desde aquel entonces siguió, hasta su muerte, sin paradas y sin cansancios, en la ardua labor de la santificación propia.

Recuerdo el episodio que nos contó el Canónigo Barsanofio Chieti. Paseando con su obispo, el reverendo Mons. Di Tommaso, en el callejón de la estación de Oria, vieron en el final de la carretera el Padre que avanzaba con dificultad – ya estaba en sus últimos años; y el obispo indicándolo al canónigo exclamó: ¡**Aquel hombre quiere ser santo a la fuerza!** Queriendo destacar justamente la fortaleza y la constancia con la que tendía resueltamente hacia la santidad.

Pero el Padre no se daba cuenta de esto. Él pensaba que había sepultado el divino talento, que no había correspondido a los designios de Dios, de haberse, como obrero lento y desagradecido, ralentizado su camino, dejando que las malezas y cizañas ahogasen la buena semiente derramado con abundancia por la gracia en su alma. Téngase siempre presente esta habitual condición de espíritu suya, también común a todos los siervos de Dios, para no dejarse engañar por las graves acusaciones que él mueve contra sí mismo, llamándose **malvado, monstruo de iniquidad, el más inicuo entre los hombres**, y dale que dale.

Es el lenguaje de los santos, que se juzgan siempre muy severamente. Sintamos a San Bernardo: «¡Cuántas cosas inútiles, falsas e indecentes me doy cuenta que vomité de mi boca sucia!» (cf. **Sermones para las fiestas de la Virgen**, ed. Paulinas, p. 155). La humildad del Santo condena como «cosas inútiles, falsas e indecentes» lo que dijo en sus célebres discursos sobre **Missus est**, ¡que

¹ El Padre cita la vieja traducción del Martini que se usaba en su época, esto sea claro una vez para todas. En las recientes traducciones oficiales de la Biblia esta expresión se toma no de la Vulgata sino directamente del hebraico y tiene otro significado. Aquí presentamos todo el versículo 11 del Salmo 77 (76): “Y me digo: «¡Qué pena la mía! ¡Se ha cambiado la diestra del Altísimo!”.

quedan para los siglos entre las más bellas páginas patrísticas que nunca se escribieron para gloria de la Santísima Madre!

Por eso insistía el Padre con palabras y escritos: «No se olviden rezar al Señor y a la Santísima Virgen por mi verdadera conversión» (Vol. 35, p. 1). «¡Rueguen por mi conversión!». Y al que se asombra de esta petición, él contestaba: «Hasta el último momento de nuestra vida todos necesitamos conversión... Aunque hubiésemos subido hacia un alto grado de virtudes, sin embargo, estas cuestan esfuerzos y sacrificios... El Señor quiere probar nuestra fidelidad; y esta se experimenta en la pelea y de esta brota el mérito». Escribiendo al P. Calisto Bonicelli, de los Monfortanos, en el mes de agosto de 1906, desea que pronto el Montfort sea canonizado: «Pero hace falta que haga milagros – añade – y el de mi conversión será un prodigio rotundo, tanto que de otros no habrá falta». (N.I. Vol. 7, p. 145).

2. Las oraciones para la conversión

Nada podemos sin la gracia de Dios. La afirmación de Nuestro Señor es categórica: **Sin mí no podéis hacer nada** (Jn 15, 5); y San Pablo: **nadie puede decir: «¡Jesús es Señor!», sino por el Espíritu Santo** (1Cor 12, 3). Tanto menos podemos pensar a la conversión como a una obra nuestra, **porque es Dios quien activa en vosotros el querer y el obrar para realizar su designio de amor** (Flp 2, 13). He aquí porque el profeta imploraba al Señor: **Hazme volver y volveré** (Ger 31, 18).

La conversión, pues, concluía el Padre, será fruto de la oración; y encontramos una larga teoría de oraciones con las que quería forzar el cielo para su conversión. Aquí presentaremos un esbozo, escogiendo unos períodos particularmente incisivos, no pudiendo transcribirlas por entero por ser largas y numerosas. Él se dirige al Señor, a la Virgen, a los Ángeles, a sus queridos Santos Patronos, con un ímpetu, con un fervor, con un fuego que tal vez parece que quiera movilizar todo el Paraíso.

El 2 de febrero de 1887 empieza la «Ofrenda de 33 Santas Misas para pedir: 1. Aquella gracia que mayormente guste a la Divina Majestad de concederle, como la que mayormente sabe que valga para su santificación. 2. Su verdadera, sincera, fervorosa y constante conversión de todo sí mismo al Sumo bien Jesús. 3. La gracia de hacerse a menudo la santa confesión con precisión de detalles, integridad, claridad, compunción, humildad, dolor y propósito. 4. El divino perdón por no haber en seguida correspondido por su negligencia a esta nueva llamada. 5. La gracia eficaz para corresponder perfectamente a esta nueva llamada» (vol. 4, p. 13).

Se dirige al Corazón de Jesús: «**Ne permittas me separari a Te**. Quiero sólo a Vos, oh mi Jesús: haced que yo muera para todas las criaturas y que todas las criaturas mueran para mí. Haced que yo pueda decir de verdad: **Absit mihi gloriari nisi in cruce Domini mei Jesu Christi, per quem mihi mundus crucifixus est et ego mundo**» (vol. 6, p. 9).

Al Niño Jesús: «Mi querido Jesús, ¡convertidme todo a Vos! Yo quiero ser todo vuestro, quiero conoceros y amaros mucho en esta vida, porque vos lo merecéis, y porque quiero conoceros y amaros mucho en el cielo; ¡quiero llorar mucho mis enormes delitos para satisfacer a vuestro amor por mí ultrajado y traicionado! Quiero desapegarme de toda cosa creada, quiero destruir mi pésima naturaleza, quiero unirme todo a Vos en amor para que se realice este gran milagro de vuestra eterna Caridad, ¡que el alma más rea se convierta en una misma cosa con el alma perfectísima del Santo de los Santos! (...) Ay, yo no me contento con amaros con un amor ordinario, apreciativo, pero quiero

amaros con un amor todo particular, ardiente, devorador; con un amor que sea más fuerte que la muerte, que penetre y queme todos los sentidos de mi espíritu, las fibras de mi corazón, y la médula de mi alma; con un amor que todo me consuma, que todo me regenere, que todo me transforme; en conclusión, quiero amaros, oh Jesús mío, con la caridad de vuestro mismo amorosísimo Corazón, y tan fuertemente y fervientemente ¡que en la tierra no habría ningún alma que os amara más que yo, con excepción de vuestra Madre Santísima y el glorioso San José! (...) Dadme vuestro amor, pero dádmelo con infinita generosidad; hacedme entrar, oh Rey de origen eterno, en la bodega, y embriagadme de Caridad. Hacedme fuerte para destruirme a mí mismo y para abrazarme con amor a cada padecer, a cada desprecio, a cada contrariedad. Haced Vos en mí lo que yo no sé, no puedo y míseramente no quiero hacer. (...) Convertidme todo a Vos, oh Jesús mío, recoged ante vuestra presencia mis pensamientos, ¡que son disipados como un agua que se derrama por las calles! Fijad en Vos mi intelecto que día y noche languidece; tomad en vuestras manos piadosas, oh Médico celestial, mi corazón ulcerado, corrupto y putrefacto, y con el bálsamo saludable de vuestra gracia curadlo en un momento, como curasteis a los hombres atacados por la lepra. (...) Más bien, cread en mí un corazón nuevo y un espíritu recto. **Cor mundum crea in me, Deus, et spiritum rectum ínnova in viscéribus meis**; un corazón humilde, manso, sencillo, dócil, contrito, compungido, ardiente, fuerte, sensible a los movimientos suavísimos de vuestra gracia, compasivo de vuestras penas, insensible a todo afecto que no sea de pura caridad, ¡y partícipe de los sentimientos, de las penas y de los secretos de vuestro amantísimo Corazón! Oh, Niño mío, escuchad los gemidos inenarrables de mi espíritu y escuchadme; escuchadme, escuchadme, escuchadme, escuchadme. Amén. Amén. Amén».

Además insiste con gran fervor pidiendo la gracia por intercesión de todo el Paraíso: « Por amor de Vos mismo os suplico, por amor del Corazón Santísimo e Inmaculado de la Santísima Virgen, por amor del glorioso Patriarca San José, por amor de Magdalena, por amor de Juan Bautista, por amor de Juan el discípulo predilecto, por amor de Pedro, por amor de Pablo, por amor de Francisco de Asís, por amor de Pedro de Alcántara, por amor de Teresa vuestra, por amor de Verónica capuchina, por amor de San Alfonso de Liguorio, Jesús mío, por amor de los santos Mártires, por amor de los santos Confesores, por amor de las santas Vírgenes, por amor de todos los Santos y de todos los Ángeles. Santo de los Santos, Jesús dilecto escuchadme, escuchadme, escuchadme pronto. Amén. Amén. Amén» (**Ibid.** p. 136).

Con cuánta ternura se dirige a la Virgen María: «Oh Corazón Inmaculado de María, por favor, ¡Vos convertidme al Corazón Santísimo de Jesús! (...) Corazón Inmaculado de María, entregadme a aquel Jesús que me hizo su presa y su ministro, entregad la oveja perdida al Buen Pastor, ¡entregad el Hijo pródigo al Padre amoroso! ¡Yo vuelvo lacerado, herido y manchado! Ay, verdadera Rebeca, ¡cubridme con los méritos del Cordero Inmaculado, sanadme, purificadme y llevadme libre y desatado al mío y vuestro Jesús! ¡Romped toda atadura mía, que me ata a cualquier criatura, para que pueda decir por vos: **Laqueus contritus est et ego liberatus sum!** Oh libertadora mía, mi redentora, mi salvadora, oh, mi señora, ¡vos no terminasteis de amarme, no! ¡Y es por esto que sigo confiando en vos! Por favor, María, esperanza mía, hacedme todo de Jesús» (**Ibid.** p. 9). Y en otro lugar: «No miréis mis deméritos, oh Madre mía Santísima; tendría por mi parte cooperar eficazmente para convertirme a Dios, y en cambio a menudo actúo lo contrario, y por eso me hago indigno de la gracia eficaz de la sincera conversión. Pero he aquí porque a Vos recurro, Madre Santísima y amadísimas. Contentaos de esta oración que a Vos elevo desde lo íntimo del corazón, tenedla como una completa y eficaz cooperación a la gracia de la conversión, y no pidáis otro por mí, porque para todo soy incapaz: pero suplid Vos con vuestros méritos ante el Hijo vuestro por todos mis deméritos» (**Ibid.** p. 120).

A San José: «Oh gloriosísimo y poderoso Patriarca San José, vengo ante vuestros pies y a vos expongo las necesidades de mi alma. (...) Oh Santo Patriarca, esto llevo a vuestro corazón paterno, que solo Jesús quiero, y quiero morir para todas las criaturas, y que todas las criaturas mueran para mí. (...) Libradme de las insidias del lobo infernal y de las tristes consecuencias de mi actuar perverso. (...) Glorioso Patriarca, por amor de Jesús dilecto, por amor de María Inmaculada, por amor de vuestra paternidad sobre el Hijo de Dios, por amor de vuestro gran inestimable privilegio de ser Esposo de la Inmaculada Madre de Dios, por vuestro patronato sobre la Iglesia universal, acoged esta súplica mía, mezquina pero ardiente y escuchadla. Amén» (Vol. 6, p. 10-11).

Pide al Ángel de la Guarda: «¡Por favor! Abstraedme de las cosas vergonzosas y percederas de este mundo mezquino, desatadme de los vínculos terrenales fabricados con mis pecados, (...) corregidme con vuestras celestiales y eficaces inspiraciones (...) hablad fuerte y eficaz a mi corazón, porque yo no haga nunca caso a las malas sugerencias o del demonio o de la naturaleza; ¡sino que siga, en todo, vuestros consejos saludables! (...) Fijad talmente mis pensamientos en Jesús bendito, que nunca me aleje de su divina presencia; sino que, desatado y libre de todo apego terrenal, no busque, no anhele, no suspire, no encuentre, no abrace, ¡no posea que Jesús solo, Jesús solo, Jesús solo! Ay, ¡haced que sólo por Jesús yo languidezca y muera de amor! Oh, os guste encender en mi corazón una santa y viva flama por Jesús bendito, de modo que por Jesús solo sean todas mis ternuras, todo mi padecer, todos mis deseos, con el perfecto eterno olvido de toda criatura y de uno mismo» (**Ibid.** p. 12).

A San Rafael, medicina de Dios: «(...) Mi espíritu es enfermo, otorgadme vos todos aquellos remedios celestiales que valgan para curarlo; el espíritu perverso me rodea, por favor, quitadlo vos con mano poderosa y atadlo lejos de mí para que no me atormente. Defendedme, libradme del antiguo homicida, y os guste preservar y guardar hasta mi salud temporal, para que no desfallezca en el divino servicio y en nada falte a mis deberes sacerdotales de justicia y caridad» (**Ibid.**).

3. El recurso a los Santos

Hablaremos más adelante sobre la devoción del Padre a los Santos y de la confianza sin límites que nutría en su intercesión; de aquí el continuo recurso a su patrocinio en las diversas vicisitudes de la vida. ¡Imagínense con cuánto fervor los compromete para la gracia de su conversión!

Hallamos unas seis oraciones a San Alfonso para obtener la conversión: pide una gracia «eficaz y triunfante» a la que él no resista: «Impetradme luces vivas a la mente y vivos afectos al corazón, por la cual me conozca a mí mismo, conozca a Dios y me resuelva para hacerme santo de verdad (...) hacedme todo de Jesús, como quiere Jesús, como tiene que ser un sacerdote de Jesucristo» (vol. 6, p. 124-125).

A Santa Verónica Giuliani: «Oh particular mi abogada y protectora, Vuestro Amor Crucificado os mostró sus santas llagas y os dijo que por aquellas toda gracia os habría concedido. Yo, pues, os suplico: rogad, implorad con insistencia al Sumo Bien Jesús, que esta gracia me conceda por su infinita caridad: la sincera conversión (...)» (**Ibid.** p. 128).

De Santa Verónica se lee que, un día, raptada en espíritu, se encontró en la presencia de Nuestro Señor, que le pidió una confesión general de sus culpas, ante la Santísima Virgen María y sus santos Protectores. La santa la hizo con inmensa confusión y con profundo dolor de sus pecados,

a la cual siguió un inmenso gozo cuando Jesús, por la intercesión de la Santísima Virgen, le concedió total perdón y la despidió con aquellas palabras consoladoras: **Vete en paz y no peques más.**

Este total perdón implora el Padre, y en una larga oración a la Santa, suplica que le conceda la gracia «de hacer, en los pies del ministro de Dios una buena confesión general de toda mi vida: confesión entera, humilde, clara, detallada, exacta, precisa, dolorosa de todos los pecados, graves o leves, que eventualmente cometí en toda mi vida». Y otra gracia pide a Santa Verónica, o sea la de ser lo que ella se imaginaba que fueran los sacerdotes tratando el sublime ministerio de la Santísima Eucaristía: «Yo os suplico, yo os imploro, por amor de vuestro Sacramentado Esposo, por favor, ¡venid en ayuda de mí miserable! ¡Imploradme fuego y llamas, fuego y llamas! Por favor, ¡haced que de verdad yo sea lo que vos pensasteis que tendrían que ser los sacerdotes, que cada día tratan los divinos misterios! Ay, en aquel momento solemne, cuando con las palabras de mí miserable, el Verbo de Dios hecho hombre baja del cielo a la tierra sobre el santo altar (...). ¡Haced que, en aquel momento solemne, yo no sea más yo, sino que todo me transforme en aquel Dios infinito, que, todo por infinito amor, se esconde y anonada! Por favor, ¡haced que yo entonces me convierta en fuego vivo de caridad y todo me inflame con ardiente amor!» (**Ibid.**, p. 129 y 130).

A San Juan de la Cruz: «(...) Os ruego que me otorguéis la deseada conversión y la divina unión de amor al Sumo Bien Jesús, la gracia de caminar por los caminos por los que me llama la divina voluntad, la gracia de mortificarme y vencerme a mí mismo y dejarlo todo para hallar el Todo» (N.I. vol. 10, p. 3). Y más aún: «Yo os suplico que me otorguéis la deseada conversión y la gracia de empezar una nueva vida con la mortificación de los sentidos, del intelecto, de la memoria y de la voluntad, para que yo, mediante el trabajo de la gracia y mi cooperación, llegue a la más perfecta unión de amor con el Sumo Bien Jesús». Él es preocupado del tener que ser modelo en su comunidad y por eso sigue: «Os suplico que me otorguéis la gracia de no cometer entre los pobres y niños aquellos defectos que salgan de escándalo y ruina y que me libréis de amargar mínimamente en algo el Santísimo Corazón de Jesús. Os ruego que me reduzcáis a una verdadera muerte interior; pero os suplico que, en todo mi padecimiento interno y externo en toda mi prueba, seáis para mí guía, consuelo, ayuda, sostén y maestro».

Parece hasta gracioso el pretexto con el que se confía a San Plácido: «Es verdad que estoy sumergido en la apatía, frialdad, negligencia, en los malos hábitos y en todo defecto, pero vos también estabais sumergido en las aguas cuando la mano todopoderosa del Altísimo os sacó de allí» e invoca también para sí el prodigio: «Venid hasta las aguas de mis iniquidades y conducidme a la salvación, para que yo sea todo de Jesús» (N.I. vol. 10, p. 11).

Es original la oración a San Antonio de Padua, con una interpretación singular del **resque pérditas**, el privilegio atribuido al Santo de hacer hallar nuevamente las cosas perdidas. La presentamos aquí por entero: «¡Oh dilectísimo del Sumo Dios, oh excelso y glorioso Santo, operador de prodigios, bienhechor de los pueblos y mi benignísimo bienhechor! Rápido escuchador de los que os invocan, yo me echo a vuestros pies, beso humillado estos pies, que siempre se movieron para evangelizar el bien, para evangelizar la paz, y gimiendo y suspirando recurro a vos, implorando vuestra ayuda. Por favor, por favor, ¡por cuánto amasteis a vuestro Jesús, imploradme esta gracia, que la divina misericordia me devuelva la herencia perdida; ¡que el Sumo Dios, que es la herencia de los elegidos, se me devuelva con todas aquellas gracias, misericordias y bendiciones, que yo dispersé y desmerecí! Ay, ¡vos no podéis negaros a esta súplica mía, oh glorioso Taumaturgo! Porque todos los que a vos recurren para pedir la gracia de hallar las cosas perdidas, todos de vos la obtienen y hallan las cosas perdidas, y yo soy testigo de ello, y de vos cantó el seráfico San Buenaventura: (...) **resque pérditas petunt et accipiunt iuvenes et cani.** Ahora, pues, si vos sois tan solícito para hacer

encontrar nuevamente las cosas perdidas, tal vez las más indiferentes, ¿cómo es posible que seáis poco dispuesto para hacer hallar nuevamente las gracias perdidas, las misericordias rechazadas, al que arrepentido y traspasado por el dolor os suplica e implora que se las hagáis encontrar? Por favor, por favor, ¡no es posible que seáis indiferente a esto! No, ¡no lo dudo mínimamente! Estoy cierto, ciertísimo que vos sois poderoso para hacer encontrar una inepticia perdida, ¡y sois más poderoso para hacer hallar los grandes tesoros celestiales perdido mísera e incautamente! Ahora, pues, a este vuestro poder recurro, y llorando ante vuestros pies, os suplico: por favor, ¡Santo glorioso, hacedme hallar nuevamente la herencia perdida! **¡Tu es qui restitues haereditatem meam mihi!** ¡Hazme hallar aquel Sumo Bien, que inútilmente busqué, porque lo busqué fríamente, después que por causa de disgustos y enormes infidelidades lo obligué a alejarse de mí! Por favor, ¡hacedme hallar este Sumo Bien, y me sean también negados los tesoros de la gracia y de la gloria que yo míseramente perdí! Ay, ¡devolvedme a Jesús! ¡Hacedme hallar nuevamente a Jesús, a mi Dios, a mi Creador, a mi Redentor!

Oh glorioso San Antonio mío, por favor, ¡rogad, rogad por mí! No ceséis de rogar por mí hasta que me obtengáis la herencia perdida, y luego rogad para que la conserve celosamente y nunca más la pierda. Amén. Amén» (N.I. vol. 10, p. 46).

¿Cuántos son los Santos mesineses, que gozan la gloria del Paraíso? ¿No se sentirán acaso ellos también comprometidos en favor de un conciudadano que se confía a su patrocinio? Y por eso invoca a los santos sacerdotes, mártires, vírgenes, penitentes, en resumen, a toda la **Iglesia triunfante mesinés**: «Oh mis queridos santos mesineses, oh bienaventurados comprensos, que aquí nacisteis o vivisteis y aquí os santificasteis, siendo yo también vuestro conciudadano e hijo de esta iglesia mesinés, a vos recurro para otorgar la tan deseada gracia eficaz de mi nueva y verdadera conversión al Sumo Dios. Ay, ¡yo miserable tengo una verdadera necesidad que en mí se actúe una verdadera e íntima **aversio a creatura et conversio ad Dominum!** Por eso os suplico, ¡oh mis queridos santos mesineses!» (**Ibid.** p. 12).

El 15 de enero de 1888 León XIII canonizó un buen grupo de Santos: los Siete Fundadores de la Orden de los Siervos de María, S. Pedro Claver, S. Juan Berchmans, S. Alfonso Rodríguez. ¡Vaya ocasión propicia, pensó el Padre, esta para aprovechar su poder de intercesión para bien de mi alma! En una larga súplica, tras felicitarse por su canonización, por la gloria que vuelve a Dios y por la ventaja de las almas, presenta humildemente a ellos sus oraciones para el Papa, para la Santa Iglesia, y luego pasa a lo que le está particularmente en el corazón: «Y ahora, ay de mí, miserable, postrado ante vuestros sagrados pies, oh preciosos nuevos Santos, os imploro desde lo hondo de mi corazón angustiado, os imploro por mi sincera y profunda conversión. Ay, sí, ¡obtenédmela esta deseada conversión, porque desfallezco! ¡Y soy un ministro del Santuario, y traicioné como Judas a mi divino Redentor, lo negué como Pedro, lo blasfemé como los dos ladrones crucificados! Ay, mis queridos Santos, desde la altura de vuestra eterna gloria, desde el seno de vuestra bienaventurada opulencia, ay, ¡mirad la extrema miseria de mí miserable, y os mueva a compasión! Inmerso en el barro, lacerado, llagado, pobre, enfermo, oprimido, cubierto de deudas con la divina justicia, sordo, mudo, ciego, leproso, paralítico e igual, ay de mí, miserable hediondo de cuatro días, pecador habitual, obstinado, reincidente, que regurgita malicia, me echo a vuestros pies, ¡y de vuestra piedad y caridad imploro gracia y misericordia! Ay, ¡rogad, rogad eficazmente al Corazón Santísimo de Jesús y al Inmaculado Corazón de María para mi verdadera conversión! Ay, ¡otorgadme una tal conversión que quede hasta reparada toda mi mala conducta que siguió a mi primera conversión! Ay, ¡una segunda conversión otorgadme, que más que la primera me sacude, me compenetre, me llame todo a Dios y todo a su puro amor, me encadene y me haga todo víctima de su divina voluntad! Ay, ¡si mis deméritos, mis malos hábitos, mi voluntad pervertida, mi naturaleza corrupta mi malicia envejecida

me hacen imposibilitado para convertirme, por favor, me valga para impetración de gracia eficaz vuestra poderosa intercesión, oh gloriosos nuevos Santos! ¿Qué gracia os negará el Corazón dulcísimo de Jesús? ¿Qué gracia el piadosísimo Corazón de María Inmaculada? Ay, ¡todo se concede por la divina clemencia a los nuevos Santos que se presenten ante el trono de la misericordia! Entonces, pues, rogad, rogad eficazmente por mí miserable, ¡y otorgadme la gracia de la suspirada conversión! Por amor del Sumo Bien Jesús, que tanto amasteis en la tierra, os ruego; ¡por amor de la Inmaculada Virgen María, de la que fuisteis devotos ardientes, os suplico! ¡Escuchadme, escuchadme! ¡No cierre yo los ojos a mi vida mortal sin que antes me haya convertido totalmente a Dios! Por favor, ¡apresuraos, queridos nuevos Santos, otorgadme esta gran gracia de mi sincera, íntima y perfecta conversión al Sumo Dios! Amén. Amén» (**Ibid.** p. 17-18).

4. Santidad sin ilusiones

El anhelo continuo a la conversión se resuelve en el deseo íntimo, profundo, constante, de la santidad. Y el Padre la implora con toda el alma. «Me pongo todo a disposición de vuestra divina voluntad – escribe en una oración – haced, oh Jesús mío, que os sirva con fidelidad. Vos hacedme hábil para vuestro divino servicio; y por eso os suplico que me deis las santas virtudes, especialmente la humildad, la obediencia y el santo desprendimiento de toda cosa terrenal. Dadme vuestro santo temor y vuestro santo amor, con un gran deseo de hacerme santo y de ser todo vuestro. Os ruego también, oh Jesús mío, que me reconcentréis a vuestra divina presencia en la santa oración». La misma gracia pide a la Virgen María, terminando con la célebre jaculatoria: «Oh María, Madre mía, hacedme todo de Jesús» y a San José: «Yo deseo hacerme santo, ser todo de Jesús, servirle en esta Obra Piadosa tal como Él quiere: otorgadme estas gracias para que Jesús haga de mí, que soy un miserable, lo que más le guste» (Vol. 4, p. 18).

Pero, ¿en qué consiste la santidad?

Escribe el Padre: «Según la mirada superficial de unos cuantos, no hay eminente santidad si no está rodeada por un gran aparato de penitencias austeras y una amplia manifestación de hechos y obras trascendentales, de prodigios y milagros de primer orden. Pero estos se engañan.

«Verdadera santidad es la perfecta unión, aunque sea activa, de nuestra voluntad con la del Altísimo, por puro amor de Dios y con el recto fin de gustar a su Divina Majestad. Cuando el alma llegó a este estado felicísimo, no desea nada más que quedar escondida en su Dilecto. (...) Aquí no hace falta obrar prodigios, con la suspensión de las leyes de la naturaleza, porque el alma, dándose totalmente a Dios, actuó el máximo de los prodigios. De ella se puede decir: **Omnis gloria eius ab intus**: toda su gloria es interior. Y ella puede decir: **Vita mea abscondita est cum Christo**: Mi vida es escondida con Jesucristo» (Vol. 45, p. 132).

El Padre miraba hacia esta santidad; y su compromiso nos es atestado por la siguiente oración:

«Señor Jesús, por vuestra misericordia, hacedme distinguir los movimientos de mi naturaleza y de la tentación y dadme la gracia de aborrecerlos, para abatirlos; y hacedme distinguir los movimientos de vuestra gracia para seguirlos.

Haced, oh Señor, os suplico, que yo no actúe nunca por movimiento de naturaleza, por genio, por capricho, por pasión, por voluntad propia, por sugestión del enemigo infernal; sino haced que en todo yo sea movido y guiado por vuestro Santo Espíritu, que guiaba, dirigía, animaba vuestras

acciones: este mismo Espíritu me guíe, me dirija, me anime, y me haga totalmente vuestro. Señor, hacedme conocer el camino que tengo que batir, porque a Vos elevé mi alma. Libradme, oh Señor, de mis enemigos, porque a vos recurrí; enseñadme a cumplir vuestra voluntad, porque Vos sois mi Dios: haced que yo la haga con aquella plenitud de sentimiento y afecto como Vos la hicisteis en la tierra.

«Jesús mío, haced que para mí no exista nada más en la tierra: existid sólo Vos para mi alma. Cerrad estos mis ojos, para que no vean más la vanidad, pero haced que se abran solamente para mirar únicamente a Vos en todo. Cerrad, oh Jesús, esta boca mía, para que no trascurra en palabras maliciosas, ofensivas y contrarias a la caridad, a la prudencia, a la sencillez; sino haced que se abra para hablar solamente de Vos y para cantar vuestras alabanzas: **Pone, Domine, custodiam ori meo.** Cerrad, oh Jesús mío, estas orejas mías, para que no escuchen las voces de la naturaleza y del amor propio, y las de las pasiones y de las tentaciones, que hablan sólo para seducirme; sino haced que escuchen vuestra voz dulcísima, para ejecutar todo vuestro deseo. Quitad, oh Jesús, el movimiento de mis manos, para que no actúen obras malas e inicuas, sino haced, oh Jesús mío, que hagan todas aquellas cosas que son de vuestro gusto y de vuestro placer. Quitad, oh Jesús mío, el movimiento de mis pies para que no sigan el camino del error, del engaño y de la iniquidad; sino haced, oh Jesús mío, que sigan siempre a Vos, verdad purísima.

«Jesús mío, no me abandonéis, no me dejéis en mi mano, porque, aunque os alejéis un poco yo caeré en mil defectos, precipicios y errores. Recibidme, Jesús, por vuestro discípulo, vos seáis mi maestro, instruidme y gobernadme por el camino de la perfección y de la santidad; hacedme llegar a aquella perfección que deseáis de mí, gracias a vuestra escolta. Jesús mío, colocad en mi corazón la verdadera santidad: aquella santidad que no busca el amor propio, que no segunda la pasión, que no satisface sus sentidos, que no se sujeta a las ilusiones, sino aquella santidad que sale de vuestro espíritu amoroso, y que sólo Vos sabéis dar. Amén» (Vol. 6, p. 135).²

² Es muy significativa esta otra oración **para pedir la santa violencia**:

«Oh mi dulcísimo Redentor Jesús que nos dijisteis que vuestro Reinado requiere violencia, y que sólo los violentos se lo arrebatan, yo vengo a vuestros pies, oh Salvador mío Jesús, y os suplico que me deis gracia eficaz para hacer santa violencia a uno mismo para arrebatarme vuestro Reinado. Yo lo ansío ardientemente, lo anhelo, lo suspiro con todas las fuerzas de mi espíritu, lo miro ansiosamente, extendiendo las manos... ¡pero no logro alcanzarlo, no logro ganarlo, no logro arrebatarlo! Porque no sé hacer santa violencia a mí mismo, para vencer mis malas inclinaciones, para abrazar el padecer, para abatir y destruir mis pasiones, para superar generosamente mis repugnancias, y las infernales sugestiones.

«**Dereliquit virtus mea!** Y me convertí como aquel que sueña que quiere correr y no se mueve. (...) Yo estoy tumbado en el suelo, levántame. **Adésit pavimento anima mea; in via tua vivifica me.** Tocadme, oh Jesús mío, con vuestra mano todopoderosa y levantadme. Infundid, Jesús mío misericordioso, por pura vuestra caridad, infundidme en mi alma aquella gracia todopoderosa y triunfante, que, sin destruir nuestro libre arbitrio, nos conduce con fortaleza y suavidad donde vos queréis.

«Por aquella vuestra divina fortaleza, os suplico, por la cual venciste en vuestra santísima Humanidad todas las humanas repugnancias, los tedios, los fastidios, y las tristezas, reforzad talmente mi fragilísima y floja naturaleza, que logre vencerme a mí mismo, y abrazarme con amor y paciencia todo padecer, y reprimir gallardamente los motos incluso más inmediatos de mi amor propio y de mis pasiones, y superar generosamente mis repugnancias y las tentaciones del demonio, y mortificar eficazmente mis sentidos, y desapegar totalmente mi corazón de cada cosa creada, y contradecir radicalmente mi voluntad, y renunciar íntimamente a mi juicio, y practicar constantemente las virtudes cristianas, y trabajar incansablemente para vuestra gloria y salud de las almas, y quitar de mi espíritu y destruir enteramente los malos hábitos, y humillar profundamente mi soberbia ante Vos Sumo Bien Dios, y ante las criaturas que son imagen vuestra, ¡especialmente ante aquellos a los que mayormente mi soberbia rehúsa de humillarse!

«Oh mi todopoderoso Jesús, ¡dadme vuestra mano santísima para salir de este fango de tibieza, de inconstancia, de pereza y de extrema debilidad! Hacedme hábil para arrebatarme vuestro reinado, ¡oh Jesús mío! Vos que dijisteis que el camino es estrecho que conduce a la vida, y angosta es la puerta, haced que yo camine valientemente por este camino estrecho, y me abaje y me esfuerce para entrar por la puerta angosta.

«**Cor mundum crea in me, Deus, et spiritum rectum innova in viscéribus meis.** Dadme un nuevo intelecto y una nueva voluntad, con la que os conozca, y con la que actúe vigorosa y generosamente contra mi mala naturaleza, quiera

5. Su cooperación

La santificación viene de Dios, pero Dios exige la cooperación del ser humano; y la oración es la primera, indispensable forma de cooperación a la gracia, y a través de ella la gracia crece y se fortalece en el alma. A la oración, sin embargo, se tienen que juntar las obras.

Acordemos la enseñanza de San Bernardo: «En los caminos del espíritu no progresar significa volver atrás, porque no se puede permanecer parados en un punto. Nuestra perfección no consiste en la ilusión de haber llegado ya, sino en tender siempre hacia adelante (cf. Flp 3, 13), en aspirar sin pausa a lo mejor, confiando en la misericordia divina como remedio a nuestras miserias» (cf. **Sermones para las fiestas de la Virgen**, Ed. Paulinas, 1970, p. 282).

El Padre estaba comprometido en buscar, en todo, la perfección, de modo que ningún grado de gracia permaneciera infecundo o se perdiera; y daba una personal interpretación a las palabras de Nuestro Señor: **¿Quid prodest homini si mundum universum lucretur, animæ vero suæ detrimentum patiatur?** (Mt 16, 26), ¿Pues de qué le servirá a un hombre ganar el mundo entero, si pierde su alma? El Padre entendía el **detrimentum** no como perdición del alma, sino como simple **perjuicio o daño**; y explicaba que la conquista, aunque fuera de todo el mundo, llegaría a ser siempre una mera pérdida cuando ella aconteciera con deterioro, aunque pequeño, del alma.

Por lo tanto, como el Profeta (cf. Sal 118, 109), llevaba siempre su alma entre sus manos, asiduamente atento para purificarla y hacerla cada vez más acepta al Señor a través del ejercicio de las virtudes, que de Él perennemente imploraba. «Oh dulcísimo Niño Jesús, - pide en una oración – (...) yo, postrado ante vuestra cuna, os presento, aunque miserable, todo mi corazón y todo mi ser. (...) Jesús mío, hacedme santo y por los méritos de vuestra Encarnación y nacimiento, concededme: 1º la pureza de intención; 2º el desprendimiento; 3º el dolor de los pecados; 4º la gracia de conocer y de ver provechosamente a los Santos y a las Santas vivientes; 5º la santa humildad; 6º una buena muerte; 7º el espíritu de oración; 8º la fe, esperanza y caridad; 9º vuestro amor, de José y de María» (Vol. 6, p. 28).

He aquí otra oración al Niño Jesús con que implora ser librado de los afectos terrenales: «¡Oh Jesús mío bendito! Oh Niño de mi corazón, ¡no me abandonéis a mí solo! Oh, por favor, por los méritos de vuestra santa infancia, libradme vos de todos los afectos terrenales. (...) Mirad cómo es tomado mi corazón, cómo es débil, ¡cómo es miserable! Poned en ello vuestro amor, oh Niño celestial. Por favor, haced que vuestro amor abrasando mi alma consuma en mí todo afecto terrenal. Oh, si yo

eficazmente el bien, y haga santa violencia a uno mismo para arrebatarme vuestro Reino. Vos que dijisteis: **Si quis vult me venire, abneget semetipsum, et tollat crucem suam, et sequatur me**, dadme gracia eficaz para que yo me niegue totalmente a uno mismo, tome mi cruz, me abrace con amor a todo padecer y camine tras vuestras divinas huellas, con la imitación de vuestras divinas virtudes.

«Jesús mío todopoderoso, yo no merezco nada de todo lo que os pido; ¡yo merezco vuestro desprecio, e incluso vuestro abandono! Pero yo Os ruego, oh mi querido Jesús, por todos vuestros méritos, por todos vuestros dolores, por lo que os costó mi alma, por amor de María Santísima venid en mi ayuda, porque perezco. **Salva me, Domine, quia péreo**. Apresuraos, oh Jesús mío amorosísimo, apresuraos. **Ne moréris, Domine, ne moréris. In via tua vivifica me; in misericordia tua vivifica me; credo, Domine, sed ádiuva incredulitatem meam!** Yo quiero ser todo vuestro, oh Jesús mío; todo vuestro como vos queréis, para gustar únicamente a Vos, para convertirme en víctima de vuestra Divina Voluntad y de vuestro amor. Jesús mío, escuchadme; infundid en mí esta gracia eficaz que os pido, para hacer santa violencia a uno mismo, en toda circunstancia, y arrebatarme así vuestro Reinado. **Adveniat regnum tuum, fiat voluntas tua sicut in caelo et in terra**. Actúa con vuestra mano todopoderosa este milagro de infinita misericordia en mí miserable, ¡y yo logre completa victoria sobre toda repugnancia mía, toda tentación y todo lo que me impide conseguir mi consumada unión con Vos Sumo Bien, que mi alma ardiente, única, incesantemente ansía, anhela y suspira poseer! Amén. Amén. Amén» (Vol. 6, p. 133).

os amara, ¡oh Jesús mío! ¡Si tuviese el corazón de los Santos y de los Ángeles para amaros! Oh, ¡cuánto poco os amo! Por favor, Amor mío, ¡Niño mío! Yo sé que vos me amáis: haced pues que yo os ame. ¿Dónde estás, Jesús mío? ¿Dónde estás escondido, alma de mi alma, que me dejaste en mi debilidad? Ya sé que nada puedo, lo sé ¡y lo confieso! Pues, Niño mío, que podéis hacerlo todo, vos por amor de María que os amamantó, os amó tanto y tanto padeció por vos; por amor de José que os alimentó, amó y sufrió por vos, robad mi corazón miserable, estrechadlo con el amor de los Querubines y de los Serafines, consumid en mí todo afecto terrenal, para que yo pueda verdaderamente decir: **Amores mei dulcissimi, Iesu, Maria et Ioseph, sum totus vester, sum nihil meus; ego pro vobis patiar, pro vobis moriar!**» (Vol. 4, p. 1).

Leemos en unas notas suyas el programa de trabajo para su progreso espiritual. Introduce el escrito con una invocación al Señor, para ser iluminado: **Notam fac mihi viam in qua ambulem** (cf. Sal 142, 8), y destaca: «1. Sacrificio; 2. Ayección o pobreza abyecta. Mendicidad; 3. Violencia interior; 4. Anonadamiento en Dios; 5. Tácita paciencia; 6. Silencio; 7. Tranquilidad en los contrastes; 8. Paciencia y dulzura con los pobres y con los niños: estos tomarlos siempre con las buenas; 9. Prudencia y conducta prudente; 10. Oración vocal y escrita; 11. Lectura espiritual; 12. Desprendimiento de las comodidades de la vida, y especialmente de los alimentos y de los usos; 13. Mortificación de los impulsos, de las ansias y de las solicitudes; 14. Contrición y temor de los pecados cometidos y redención del pasado; 15. Tribulaciones interiores y espíritu de compunción; 16. Paciencia en ver desperdiciadas las propias fatigas; 17. Perfecta conformidad a la Divina Voluntad imperante o permitente; 18. Tomarme los pesos de los demás, pero moderadamente; 19. Suprimir y aguantar los pequeños desahogos en las contrariedades» (N.I. 10, p. 2).

El 20 de noviembre de 1889 implora al Señor la redención de todo su pasado: «Por favor, mi Jesús, ¿quién me puede conceder que yo dé mi vida para redimir el tiempo perdido? ¿Quién me devolverá las bellas ocasiones del ejercicio de la virtud de la paciencia, de la humildad, del desprecio de uno mismo, con las que hubiese podido morir a mí mismo y vivir en la cognición y en la divina unión de Vos Sumo Bien? ¡Ay de mí, que perdí los años más bellos de mi vida en el ocio, en la disipación, en la distracción, en la ignorancia, en la tibieza, y en el cúmulo de los defectos! ¡Ay de mí, que hice gemir el Santo Espíritu en mi corazón! ¡Ay de mí, que desatendí las muchas gracias, las muchas inspiraciones y los muchos suaves impulsos con los que a Vos me llamabais, oh Sumo Bien! Oh, ¡mi Señor y mi Dios! ¡Heme aquí confundido ante vuestros pies para implorar misericordia! Heme como hijo pródigo que vuelve a los pies del amoroso Padre. **Peccavi in caelum et coram te!** No soy digno de ser llamado vuestro hijo, sino ponedme al menos como el último de vuestros siervos». Él mientras tanto piensa que con sus infidelidades privó a Dios de mucha gloria, que de él se esperaba, y por eso ruega que el Señor se compense creando otra criatura que le sea fidelísima desde sus primeros años; y por eso sigue: « Señor mío Jesucristo, Dios de todas las misericordias, una gracia pido a vuestra infinita misericordia, para redención de mi pasado; por favor, prevenid un alma, la que Vos queréis, con vuestras particulares bendiciones, desde su más tierna edad; redoblad en este alma todas las gracias, las inspiraciones, los impulsos a los que no correspondí, ¡conducid con fuerza y con suavidad irresistible este alma para aquella divina unión de amor a la que me hubieseis conducido a mí, miserable, si a vuestra gracia hubiese correspondido!» (N.I. 10, p. 27).

Para la cuaresma de 1891, el Padre propone: «1. Haré como si fuera la última cuaresma de mi vida y consideraré estos días como los cuarenta días que preceden mi muerte; 2. Apresuraré la expiación y la redención de todo lo pasado con confesiones, con contrición, con la aplicación de los méritos de Jesucristo y con mortificaciones de los sentidos (en los alimentos, en el sueño) del amor propio (mortificación con alguna humillación, no me resentiré por cosas personales) de la voluntad, (con la contradicción), de las ansiedades (curiosidades etc.); de la lengua; 1. Murmuraciones,

detracciones, etc. etc.; 2. Secretos; 3. Procuraré no disgustar al prójimo... de la voluntad (siempre me frenaré). Aplicaré los 40 días por los cuarenta años de mi vida» (N.I. Vol. 10, p. 34).³

Escoge como protectores durante la cuaresma a los Santos Juan de la Cruz, Domingo, Antonio de Padua, Alfonso de Ligorio, Camilo de Lelis; y las Santas Teresa, Verónica Giuliani, Catalina de Sena, Beata Margarita Alacoque, Beata Eustoquio.

En septiembre del mismo año, en alguna convivencia o tiempo de reflexión, habrá hecho otros propósitos, que no nos resultan; encontramos en cambio la intención a la que miraba: «10 de septiembre de 1891: **Finalidad de los propósitos**: 1. Reducirme a perfecta esclavitud de la Divina Voluntad bajo los pies de Jesucristo, a todos ignoto y a todos muerto y a todo; 2. Procuraré llegar al puro amor de Dios porque es Dios; 3. Destruir los malos hábitos; 4. Cubrir la multitud de mis pecados; 5. Procurar reparación y resarcimiento de todo el mal hecho a las almas y de todas las penas dadas al Divino Corazón; 6. Procurar de hacerme útil al prójimo y a la casa: a) intentando ser edificante; b) intentando predicar con fruto; c) intentando provocar la divina misericordia con oraciones, gemidos, suspiros, lágrimas, penitencias, vigiliias, oraciones nocturnas, etc. etc.; 7. Para el incremento en el Corazón Santísimo de Jesús de la Obra Piadosa; 8. Para corresponder a la sublime vocación del sacerdocio; 9. Para proveer a los intereses del alma y de la eternidad; 10 Todo esto **ad maiorem consolationem Cordis Jesu**» (Ibid. p. 35).

En 1890 hace esta apertura de conciencia a su Padre espiritual: «Padre, siento gran deseo de Nuestro Señor Jesucristo y su divina presencia me sale muy amable. Quisiera hacer mucho para su gloria y salvación de las almas. Quisiera hacerme gran santo **para este fin**. Sin embargo, me desanima el estado miserable de mi alma, ya que, habiendo sido llamado por el Sumo Dios una vez en modo más que ordinario, correspondí durante un tiempo, pero luego me relajé y durante muchos años acumulé tan malos hábitos, que hoy me parece muy difícil hacerme santo».

En respuesta tuvo estas palabras: «Rogad al Señor de **rehabilitaros** en su gracia y **humillaos**. La **humildad** sea interior y exterior. La primera hacedla consistir en humillaros ante Dios reconociéndoos reo y confesándoos culpable del estado en que yace vuestro espíritu, e implorad su

³ Evidentemente el Padre se refiere al **ejercicio para la nueva vida**, que había escrito en términos genéricos para que sirvieran a todos: 1. En un día se hace la confesión general. 2. El día que se recibe la santa absolución de la confesión general se calcula como el día del nuevo nacimiento a nueva vida. 3. Tras un día se hace el ejercicio del santo bautismo, para la readquisición de las santas indulgencias, renovando las promesas del bautismo etc. Se escoge un Santo como protector, se hacen protestas, promesas nuevas etc. 4. Se redime toda la vida pasada, año por año, a través de ejercicios de tantos meses cuantos son los años de la vida pasada, redimiendo cada año con cada mes. 5. Se aplican los méritos de Jesucristo, o sea por cada mes un año de la vida de Jesucristo. 6. Se empieza, tras el bautismo, la infancia espiritual, que dura 7 meses. 7. Luego se empieza el primer año de la niñez con ejercicios de un mes, el segundo año con ejercicios de otro mes, y así seguidamente. 8. Cuando un mes corresponde a uno de los años en que el alma pecó mayormente, se hacen particulares ejercicios de expiación. 9. Este ejercicio de la nueva vida, queriéndolo hacer más breve, puede hacerse también en días en vez de meses. 10. La parte principal para la redención del pasado y la regeneración es la aplicación de la Santa Misa diaria, luego la oración, las mortificaciones, la frecuencia de los sacramentos, los ejercicios de piedad, etc. 11. Finalizados los 7 años, entrando en la infancia, acabando esta y empezando la pubertad, terminando esta y empezando la juventud, terminando esta y empezando la virilidad etc. se hacen oraciones propias y ejercicios. 12. La aplicación de los años de Nuestro Señor Jesucristo se alarga, se repite o se recorta, recogiendo más años en uno, según la edad del que practica este ejercicio. 13. En este ejercicio pueden adelantarse nueve días en memoria de los nueve meses en que permanecemos en el vientre materno; y se harán en compañía de los nueve meses que Jesús Señor nuestro pasó en el vientre inmaculado de la Virgen María. En estos nueve días sería muy bueno hacer nueve días de absoluto retiro espiritual, para prepararse a la confesión general y esta, si dura más días, puede hacerse entre los nueve días y acabar el noveno. Si el ejercicio se hace de días, en vez de meses, se pueden permitir nueve horas. En estos nueve días se reza diariamente el **Miserere**» (29 de julio de 1889 – Vol. 40, p. 121).

misericordia; la segunda hacedla consistir: 1. En servir al prójimo hasta **en las cosas más abyectas**; 2. En la **mansedumbre** con el prójimo.

«Me añadió que no me desanimara porque con la ayuda del Señor puedo alcanzar a glorificar a mi Dios por cuanto Él quiere. Acerca de la divina presencia y deseos me dijo de rogar para que se me acrecienten.

«**Resumen**: 1. Humildad; 2. Oración; 3. Abyección; 4. Mansedumbre; 5. Coraje y confianza.

«31 de octubre, vigilia de Todos los Santos, 1890» (**Ibid.** p. 6).

Hace falta destacar que el Padre es inexorable desnudando todos los movimientos defectuosos del espíritu, llamándose en culpa también por aquellas miserias que entran en las necesidades de la naturaleza humana. Se acusa, por ejemplo, de gula, sueño, pereza; pero cuando uno trabaja tan intensamente, ¿qué asombra si siente hambre, sueño cansancio, especialmente cuando no come ni duerme bastante, ni se toma un descanso suficiente? En el retiro en Noto de 1891 destaca sus **defectos principales**: 1. Ímpetus de ira; 2. Pequeñas mistificaciones; 3. Murmuración y menosprecio del prójimo; 4. Prurito de hablar o para decir una novedad, o para decir un parecer, o para decir un chiste, o para contradecir, o para decir un secreto, o para rebatir un argumento, o para hacer un desahogo; 5. Gula; 6. Sueño; 7. Pereza; 8. Resentimientos de amor propio, que se demuestra con celo indiscreto; 9. Negligencias en los deberes y en las debidas conveniencias ; 10. Poco respeto de las cosas de los demás; 11. Antipatías, pequeñas aversiones; 12; Pequeñas soberbias; 13. No quiero ser despreciado» (N.I. Vol. 10, p. 33).

Es significativo aquel **poco respeto de las cosas de los demás**, él que se despojaba de todo lo suyo, y aquellas **antipatías y pequeñas aversiones**, ¡cuando sabemos que gastó toda la vida y las fuerzas en el ejercicio de la caridad sin aceptación de personas! Pero los Siervos de Dios tienen luces particulares para conocer y detestar todos los movimientos de la naturaleza para someterlos y dominarlos con la gracia.

He aquí, por ejemplo, el compromiso del Padre para frenar los ímpetus de lo irascible: «1. En todo ímpetu de turbación me frenaré, para experimentar si aprovechó más al buen arreglo del asunto el haberme frenado; 2. Me frenaré diciéndome a mí mismo: “¿Pero, acaso no me arrepentí siempre de haberme desahogado? ¡Seguramente me arrepentiría también esta vez! 3. Me diré a mí mismo: **Charitas patiens est – Patientia opus perfectum habet**; 4. Me diré a mí mismo: tengo que edificar con la mansedumbre y no escandalizar con la ira y la soberbia; 5. Notar, pudiendo, las victorias que en el propósito haré con la divina gracia, y las derrotas cuando míseramente caeré: ¡que me libre el buen Jesús! 6. Acerca de los reproches, diré con S. Juan Crisóstomo: “Mejor faltar por misericordia que por justicia”; 7. En el momento en que el enemigo me tienta, diré: **¡Inimici mei exultabunt si motus fuero!** Diré la jaculatoria: **Oh Jesús manso y humilde de corazón** etc.; 8. Faltando, haré de ello cada vez penitencia» y cierra con una estrofa:

Frénate y ve si frenarte te conviene;
Te dolerá como siempre haber desahogado;
Charitas patiens est: debo a prueba
Reparar todo escándalo procurado-
Si acontece que mi enemigo un poco me mueva
Él será bien contento, ¡yo disgustado!
Oh mi manso y humilde Señor,
¡Haz mi corazón parecido a tu buen Corazón!
(N.I. Vol. 10, p. 4)

6. Informes más detallados sobre su espíritu

En otros dos informes encontramos más detalladas las condiciones del espíritu del Padre.

«Definición precisa de mi estado interior en su parte defectuosa, que constituye en mí todo el impedimento en mi unión perfecta con el Sumo Bien: 1. Fuerte y tenaz apego a las **pequeñas comodidades NECESARIAS** para el sustentamiento de la vida: o sea alimentos, vestidos, casas, satisfacciones de las necesidades, o sea hambre, sed, sueño, etc. (**el subrayado simple y doble, es del Padre**); 2. Pusilanimidad extrema, igual pecaminosa, pero seguramente muy defectuosa, de la que tienen su origen: a) Aborrecimiento al padecer; b) Temor extremo de la muerte. Estas dos cosas tienen su origen también por el primer cabo. De este temor tiene su origen: a) Gran premura de la salud corporal; b) Fuerte apego a la vida; 3. Pereza, o sea gran holgazanería espiritual y temporal, languidez. De aquí tienen su origen: a) Inconstancia en el bien; b) Indiferentismo; c) Transgresión de muchos deberes; d) Ira, cuando me siento extirpado a la fuerza de la inercia; 4. Fuerte apego a mi voluntad y recta opinión. Causan: a) ira; b) indignación; c) obstinación; 5. Ira. Aquí tienen su origen frecuentísimas faltas de mansedumbre, rencores» (**Ibid.** p. 39).

Unos años más tarde, en 1896, el cuadro es presentado así:

«**Examen de mi espíritu:** 1. Ánimo contrario a padecer; busco siempre escapar, alejarlo; 2. Apego a las comodidades de la vida: las busco y me disturbo mucho cuando estoy falto de ellas, o privado de ellas; 3. Gula: no me desprendo de diversas exquisiteces; y estoy tan apegado a ellas, que lo dejo ver por fuera. Quiero sentir el gusto de los alimentos, no soy indiferente a las diversas calidades de pasta, al diferente cocinar de los alimentos etc. etc.; 4. Exagerado temor de la muerte y apego a la vida inmoderado, pero por el gran temor de la muerte; 5. Algo de soberbia, u orgullo, o amor propio que sea, por lo cual en unas contingencias encuentro una gran repugnancia para humillarme o para ceder; 6. Apego a mi juicio, en este sentido, que cuando una idea, o un juicio o hecho me parecen ser verdaderos, me duele verme contradicho, y me defiendo con animosidad, y me disturba que otros no acojan la razón; 7. Un aburrimiento y pereza en hacer el bien, en trabajar, en confesar etc. etc. y tal vez con peligros de graves consecuencias; 8. Muchísimos defectos con la lengua. (...) ¡Amor de Dios interesadísimo!» (**Ibid.** p. 41).

Nunca cansado de hurgar una y otra vez en su alma, he aquí un nuevo examen de su espíritu que nos presenta el 7 de enero de 1901, más o menos las mismas pequeñas miserias, que lo empeñan en la lucha diaria: «**Nosce teipsum:** Gula, pereza comer, dormir, descansar». Vaya, ¿y él quería prescindir de ello? Sigue: «Fuerte apego a las cosas necesaria a la vida, no a las superfluas; irascible muy vivo, inconstancia, ligereza, amor propio y superbia, que producen: mucha resistencia para humillarme, muchos movimientos del irascible en las contrariedades y en las contradicciones, imprudencia, dureza de corazón con el prójimo. Concupiscible: hábito de la ficción, simulación y mentira, imprudencias, gran resistencia a padecer, más bien aborrecimiento de padecer, gran debilidad de los propósitos. **Resumen:** predominantes: soberbia, ira, gula, pereza».

Y es por eso que al Señor pide cinco gracias: «1. Fortaleza amando; 2. Paciencia y no quejarme en nada; 3. Mansedumbre; 4. Templanza; 5. Represión y victoria en las reacciones instintivas del irascible». Y para atacar más decididamente el irascible, añade otros propósitos, brotados de la meditación de la Pasión del Señor: «En vista de los oprobios sufridos por el Redentor Divino Señor mío Jesucristo por amor a mí miserable propongo, si se me hace algún mal o se me da algún disgusto: 1. Mortificaré la indignación; 2. **Idem** el resentimiento; 3. **Idem** el espíritu de venganza; 4. Me

inculparé a mí mismo y daré la razón a los otros; 5. Intentaré recompensar con el bien». (N.I. Vol. 10, p. 35).

El Padre hubiese querido borrar en su pasado todo lo que había sido defectuoso, empezando una vida perfectamente santa. En los ejercicios espirituales que hizo en Paganí, entre los Padres Redentoristas en septiembre de 1900, inventó una ingeniosa práctica para la renovación de la vida; la llamó: **Ejercicio de la recreación para la readquisición de todo lo pasado con la renovación de toda la vida**. Explica luego la naturaleza y finalidad de este ejercicio.

«¿Qué se quiere decir con la palabra re-creación? Con la palabra **re-creación** se entiende una nueva creación, o sea como si uno hubiese vuelto a la nada, y luego nuevamente creado.

«¿Para quién vale este ejercicio piadoso? Vale para los que, progresando en el camino de Dios, ven cada vez más los errores de su vida pasada, y lloran el tiempo perdido, las gracias desperdiciadas, etc. y empujan esta pena suya hasta el deseo de haber querido conocer a Dios, y amarlo y servirlo desde su infancia, o incluso desde su concepción. **Cor mundum** etc.

«¿En qué consiste este ejercicio piadoso? Imaginemos que a un hombre se le revele por el Sumo Dios que él será anonadado, o sea devuelto a la nada, y luego creado otra vez, pero con una inteligencia perfecta, o perfecta capacidad de actuar el bien o el mal desde su concepción, en la que se le dará también el claro conocimiento de Dios, de Jesucristo y de todos sus santos misterios, y además de su último fin, pudiendo así reparar todo su pasado, indemnizando en todo las infracciones de sus obligaciones con Dios y readquirir todos aquellos bienes eternos que habrían sido su porción, cuando fielmente hubiese amado y servido a Dios.

«¿Qué haría este ante tal revelación? Yo no sé lo que cada uno haría ante esta revelación: yo haría míseramente así...» (N.I. Vol. 10, p. 58).

Lamentablemente no sabemos cómo el Padre haría, porque él no lo escribió: ciertamente habría notificado al Señor sus propósitos, pero quiso que mirada indiscreta bajara a indagar los misterios de su alma. Un poco más afortunados nos sentimos por otro escrito que el Padre nos dejó sobre el mismo tema, con fecha 6 de julio de 1901, al cumplir los 50 años, pero también este escrito es incompleto. Se titula: **Ejercicio de la regeneración espiritual**:

«He aquí, oh altísimo Dios, Señor mío y Creador mío, que yo, ayer por la noche, cinco de julio, a las nueve horas, cumplí cincuenta años de mi nacimiento. Ay de mí, ¿qué hice yo con estos cincuenta años de vida? ¿Cómo los gasté por Vos? ¡Dios mío, qué cúmulo de disipaciones, de iniquidades, de pérdidas, de ofensas a Vos, Sumo Bien! ¿Cómo resarciré vuestro divino Corazón? ¿Cómo repararé y cómo os compensaré? ¿Cómo readquiriré todo lo perdido? Oh, ¡si pudiera renacer nuevamente al mundo, para empezar a amaros y a servirlos desde el primer instante de mi concepción! Por favor, ¿por qué no os conocí y amé, oh Belleza infinita, oh eterna Verdad, desde el primer instante de mi existencia?

«Ay, Jesús adorabilísimo, hablo a Vos, yo que soy polvo y ceniza, a Vos que sois el Eterno, el Infinito, y ante Vos el pasado, presente y futuro no son que un punto solo. Permitidme, dilecto Amor mío, este ejercicio de amor: si Vos, por ejemplo, en el momento de mi nacimiento al mundo desde el seno materno, me hubieseis infundido tanta inteligencia de Vos, sumo y único Bien, al menos cuanto hasta ahora me diste, si yo entonces, en aquel primer instante, por vuestra gratuita misericordia, os hubiese conocido al menos como ahora os conozco, entonces, oh dilecto Jesús mío, Vida mía, Luz de mis ojos, haría hecho así:

«1. En cuanto hubiese salido la cabecita del vientre maternal, habría emitido un respiro y formado un gemido; y con aquel respiro y con aquel gemido habría formado un acto de amor a Vos, Sumo Bien, y luego con suspiros, gemidos y lágrimas, habría querido deciros: “¡Oh Dios mío, oh Creador mío, oh Redentor adorable de mi alma, heme aquí vuestra pequeña criatura, átomo imperceptible, os adoro! ¡Recién nacido, me echo ante vuestros pies, los beso amorosísimamente, y os adoro! ¡Os reconozco y confieso por mi Dios, por mi Señor, por mi todo, y os adoro! ¡Recién nacido al mundo, os adoro con el alma, con el cuerpo, con los sentidos! ¡En vos, oh adorabilísimo Jesús, adoro la sacrosanta adorabilísima Trinidad! Os adoro, Dios Padre; ¡os adoro, Dios Hijo; ¡os adoro, Dios Espíritu Santo! Adoro, oh Santísima Trinidad, en unión con el Corazón Santísimo de Jesús, todas vuestras infinitas perfecciones y todos vuestros divinos atributos y todas vuestras santísimas operaciones. Oh Jesús mío, en vos me ofrezco a mí mismo a la Santísima Augustísima Trinidad, alma, cuerpo, sentidos, mente, corazón, potencias espirituales, voluntad, libertad, todo.

«Pero, ¡por favor! (habría seguido diciéndoos) ¿cómo haré para agradecereros de mi creación? (...)» (Vol. 4, p. 63).

7. Los últimos propósitos

¡Un listado más de **Propósitos**! El 24 de julio de 1906, lo escribe, introduciéndolo con el texto de la las Escrituras: **¡Notam fac mihi viam in qua ambulem!** (Sal 142, 8): «No consentir a cualquier gusto, dilecto o satisfacción de los sentidos y de la parte inferior del espíritu, al menos con la pura voluntad, inclusive cuando estos gustos o dilectos o satisfacciones sean lícitos; en el caso sean espirituales, consentiré en los justos límites. Si falto a este propósito, lo renuevo dulce y fuertemente, igual que lo hiciera por primera vez con el primero fervor. No consentiré al instinto de la naturaleza de alejar toda pena, sea grave o leve, toda molestia, o desagrado etc. y hasta cuando puedo resistirle; y cuando resistir no convenga (porque me distraería en la oración, en el servicio divino etc.) entonces, si puedo alejarla, la alejaré dulce y tranquilamente, humillándome en mi corazón íntimamente por mi impotencia para aguantar una mínima pena, sea hasta un cabello que me cae en la cara, un mosquito etc. Si luego no puedo librarme de ello, o no me conviene, imploraré la divina ayuda, haré todo esfuerzo para uniformarme y aguantar pacientemente, y también, si hace falta rogaré humildemente para ser librado, humillándome siempre de mi impotencia para aguantar etc.

«Estudiaré para privar los cinco sentidos de lo que pueda gustarles inclusive lícitamente, sea comiendo, sea bebiendo etc. y cuando no llego a mortificarlos perfectamente en todo lo que es lícito, me humillaré tranquilamente etc.

«Rezará la divina misericordia, que me dé luz y gracia para que pueda dar a mis sentidos lo que es puramente necesario o útil para un bien mayor en orden al espíritu para mí y los demás, sin consentir etc. y con justa y regular discreción; y si en esto me falta la luz eficaz, me humillaré profundísima pero tranquilísimamente reconociendo que esta luz me falta por los abusos que hice con mis sentidos, por los malos hábitos enraizados donde los sentidos se fortificaron siguiendo la naturaleza y no la gracia, porque no sé rezar bien ni hacer violencia contra mí mismo. ¡Por todo esto me humillaré ante la divina presencia, imploraré el gran don de la buena voluntad, y la victoria total sobre mí mismo a través de la virtud del sacrificio, de la fortaleza, de la contrición etc. por los méritos de mi Señor Crucificado y de mi Madre Dolorosa!

«En toda acción y en todo momento, procuraré estar atentísimo a estos propósitos, y de tomar un hábito, con la divina ayuda, de esta atención con el ejercicio de la Divina Presencia o de algún punto de la meditación o de alguna divina verdad o máxima de la divina palabra o de los santos, para que en todo actúe con esta renuncia de lo sensible, incluso de las imágenes, no preocupándome más de nada según la naturaleza, sea ello gustoso o desagradable, para llegar al feliz estado del Apóstol: **Et qui flet tanquam non flentes, et qui gaudent tanquam non gaudentes** (1Cor 7, 30).

«¡Todos estos propósitos son el **ABC** de la vida espiritual, que yo hasta los 55 años cumplidos nunca empecé de veras! ¡Quiera la Divina Bondad, que hasta ahora me toleró, llamarme en la última hora! Amén» (Vol. 43, p. 37).

Evidentemente aquí no se trata de un simple **ABC** de vida espiritual: no hay quien no vea que estos propósitos dan la medida de una alta perfección alcanzada por el Padre al cumplir los cincuenta y cinco años; y mejor aún ésta aparece en sus notas escritas el 7 de septiembre de 1907: «**Para la divina unión:** 1. Purificación del alma; 2. Oración; 3. Desprendimiento; 4. Mortificación de los sentidos; 5. Disposición a padecer mil penas y persecuciones etc. por Jesucristo; 6. Meditación continua de la pasión de Jesucristo; 7. **Idem** de su vida santísima y divinas palabras, con imitación de sus virtudes y obras, y amándolo fervidamente; 8. Abstraerse de todas las ocupaciones exteriores y recogerse y fijarse con un tranquilísimo silencio en Dios y con una resignación tan perfecta en Dios (al menos en la voluntad e intención) que se quede como muerto totalmente a sí mismo (al menos deliberadamente) en ninguna ocasión sea próspera o adversa, sea grave o mínima, sino querer en todo puramente lo que Dios quiere; 9. En este estado amar sólo a Dios y a todos en Dios, y querer sólo su honor, su mayor gusto, y llevarse con todos amigos y enemigos con gran dulzura, humildad, benignidad y amor santo» (Vol. 43, p. 44).

Se destaca que en los últimos veinte años de vida no hallaríamos más exámenes o reformas entre los escritos del Padre, ni oraciones para la conversión o regeneración. ¿Índice de cansancio o relajación? ¡Para nada! El deseo de la santidad era siempre vivo y ardiente en él, y el impulso hacia la perfección cada vez más desafiante; pero el constante trabajo de muchos años alrededor de su alma había madurado sus frutos, el hábito de la virtud en él se había casi arraigado, su espíritu se había simplificado, y una rápida mirada interior, a la sobreabundante luz divina, que le llovía en el alma de la habitual unión con Dios, era suficiente para purificar y regenerar el alma en el fervor de la caridad.

2. «AQUELLA FE QUE PASA TODO VELO»

1. Principio y fundamento. 2. «Soy fiel a mi uniforme». 3. El catequista. 4. El deseo de dilatar la fe. 5. Fe vivida. 6. Amor a la Sagrada Escritura. 7. Su predicación. 8. Respecto de las cosas sagradas. 9. Las santas imágenes. 10. Sagradas reliquias y sacramentales. 11. Contra una superstición desenfrenada.

1. Principio y fundamento

El Concilio de Trento enseña que principio, fundamento y raíz de la justificación es la fe (Denzinger-Rahner, **Enchiridion Symbolorum**, 801), mientras que el Vaticano II nos advierte que ella es nuestra libre respuesta a la revelación de Dios, «asintiendo voluntariamente a la revelación hecha por Él» (**Dei Verbum**, 5). Es obvio, por lo tanto, que, queriendo estudiar la vida íntima de un Siervo de Dios, se tenga que empezar por la fe.

Pidámonos pues antes de todo cuál fue la fe del Padre. Si escucharemos a él, quedaremos desilusionados. «Una vez me decía: “**Si tuvierais fe como un granito de mostaza, diréis al monte que pase de un lugar a otro, y lo hará** (Mt 17, 20). Quiere decir, él añadía, que nuestra fe es más pequeña que un granito de mostaza: oh, ¡si pudiéramos tener fe!» Así el Padre Vitale (**ob. cit.** p. 582). Hay también su testimonio directo. «Fue débil en la fe» (N.I. Vol. 7, p. 242), escribe de sí mismo en tercera persona, en su testamento; pero nosotros sabemos que su testimonio en este caso es sospechoso, mientras que los demás, objetivamente, dan otra respuesta.

Por los que lo conocieron, el Padre fue de veras el hombre de la fe viva, sobrenatural.

En un sermón sobre la fe, él explica su naturaleza en modo muy asequible para el pueblo: «Por la fe nosotros creemos firmemente en Dios y en todo lo que Dios reveló. El mérito de la fe consiste justamente en esto: que creemos en todas las verdades de la religión sin haber visto nunca nada. En efecto, nunca vimos a Dios, nunca vimos a Jesucristo, no vemos las operaciones de la gracia actúa en los sacramentos, y que bajo las apariencias del pan y del vino hay Jesucristo todo entero.

«He aquí el mérito de la fe: creer lo que no se ve. Y en efecto, ¿el que cree en algo tras haberlo visto, ¿qué mérito tiene? Ninguno, ciertamente, porque no hace falta mucho trabajo o faena o sacrificio para creer lo que cae bajo los sentidos, mientras que el mérito es del que dice: yo creo porque así quiere Dios, con todo que no vi nada de lo que creo; ¡y lo creo así de firme, más que si lo viera con mis ojos! En efecto así es: las verdades de la fe se tienen que creer más que si las viéramos con nuestros ojos, ¡porque nuestros ojos nos pueden engañar, pero la fe no nos engaña!

«¿No es verdad que una torre vista desde lejos nos parece redonda mientras es cuadrada? ¿No es verdad que un remo en el agua nos parece partido mientras es entero? (...) Ahora, pues, lo que vemos con los ojos no siempre es lo que nos parece; pero lo que vemos con los ojos de la fe siempre es la verdad, porque la verdadera fe nunca se engaña (...) y en este modo el alma hace un debido homenaje a Su Creador, descansando confiada en su divina palabra» (Vol. 10, p. 30-31).

Ésta fue la fe del Padre: ella era tan viva que parecía que casi se cambiara en visión; y cuando hablaba de las verdades eternas, parecía como si no tuviesen para él ningún velo y que las tocara con manos. Él confesaba ingenuamente que, a pesar de sus pecados, Dios le había dado el espíritu de fe. Y era tan lleno de la presencia de Dios, que tal vez por ello lloraba de consuelo, pensando a su grandeza y bondad. Viendo un día dos postulantes distraídas en la oración, las reprochó así: “Se ve que no creéis en la presencia de Dios”.

Escribe el P. Vitale: «Yo no sé, me decía tal vez el Padre, qué quiera decir tentación contra la fe. Y no podía saberlo, porque llevaba a Dios en sí, vivía por Él y esperaba en Él» (**Boletino**, 1928, p. 51).

No se cansaba de agradecer al Señor por el don de la fe. En el aniversario de su bautismo, hasta que duró la Iglesia de Santa María de la Providencia, derribada luego por el terremoto de 1908,

allí iba para rezar largamente en acción de gracias al Señor por la gracia de la fe, que allí había recibido y, celebrando en las comunidades, introducía, como de costumbre, antes de la confesión, unas palabras para invitarnos a dar gracias al Señor por la gracia del santo bautismo.

En el sermón de final de año, él pasaba en examen los beneficios generales y particulares recibidos por el Señor y el primero era el del santo bautismo, por el cual nunca se tenía que faltar de agradecer a Dios.

En una circular a las Casas, (25 de marzo de 1922) encomendando la Obra de la Santa Infancia, recuerda la triste condición de los pobres niños infieles, tirados «en los rincones de las calles, bajo un pie de árbol o en un río, que, en vez de volar al cielo, caen en el Limbo, del cual nunca esperan de poseer a Dios» y destaca que ella «nos tiene que hacer llorar con una profunda emoción. (...) Aquellas pequeñas almas nunca ofendieron a Dios, nunca tomaron parte a las locuras humanas; ¡si Dios las creó, lo hizo para salvarlas eternamente, y para dar a los elegidos sus ocasiones divinas para ejercer la fe, la caridad, el celo y todas las virtudes para su salvación!».

Y recuerda nuestra felicidad por haber nacido en países cristianos, por pura misericordia de Dios: «¿Qué obligación tenía nuestro Dios adorabilísimo de crearnos en condiciones totalmente diferentes de aquellas pequeñas criaturas, nacidas por padres salvajes, en religiones depravadas? Y nacimos en la Santa Iglesia, bautizados, educados en la santa religión, conducidos a los santos altares; ¡digo más, llamados a la vida religiosa, al divino servicio, rodeados con muchas ayudas celestiales para santificarnos! A pesar de esto tenemos que amar a todas las almas como la nuestra, habiendo para ellas el mismo sobrenatural interés».

Encomendando, pues, la Obra de la Santa Infancia, con la lectura de sus impresos, para excitar en los jóvenes la fe y la caridad, sigue: «No quiero impulsaros a contribuir para esta Obra tan santa con un donativo: para esto estaríais muy prontos, si tuvierais algo; pero me preocupa más que la caridad y el celo de ganar almas a Jesús encienda cada vez más vuestros corazones, porque, si fuerais indiferentes, ¡oh Dios mío! ¡No seríais ni Rogacionistas del Corazón de Jesús vosotros, ni Hijas del Divino Celo del Corazón de Jesús nuestras Hermanas!» (N.I. Vol. 5, p. 56).

2. «Soy fiel a mi uniforme»

Los fieles «están obligados a confesar delante de los hombres la fe que recibieron de Dios mediante la Iglesia. (...) La responsabilidad de diseminar la fe incumbe a todo discípulo de Cristo en su parte (...) por el testimonio de la vida y por la palabra» (**Lumen Gentium** 11, 17, 35).

Notamos como el Padre realizó estas tareas. Profesión de fe son las innumerables oraciones que escribió al Señor, a la Virgen, a los Ángeles y a los Santos, que forman muchos volúmenes; profesiones de fe son las Congregaciones fundadas por él: Obras de fe son todas las que él realizó, de las que resulta su firme fe en Dios. Igual aquí se puede citar en este propósito el dicho habitual de él para todos nosotros en los momentos más críticos: “En esta circunstancia no queda nada más que hacer que rezar”. En particular me gusta recordar su carta del 12 de agosto de 1902. Por su espíritu sectario los concejales municipales habían rechazado la petición de ayuda presentada por el Padre con ocasión de las fiestas de mediados de agosto; y él así protesta en una vigorosa carta al alcalde del tiempo: «Vuestra Señoría estará convencida que los señores concejales a mí contrarios hacen cuestión de partido y principios, ¡pretendiendo que por tres mil liras yo tenga que vender mis principios por

los de ellos! Pero si ellos no creen, si son racionalistas o ateos, o enemigos de los curas, yo soy cura, soy sacerdote, soy católico, apostólico, romano, soy fiel a mi uniforme, soy orgulloso de mis principios de religión, que me sostuvieron y me sostendrán en la tremenda lucha de la salvación de muchas infelices pequeñas criaturas, que con todas las declamaciones y las invectivas de mis contrarios, ahora estarían o en las cárceles o en las casas de prostitución» (N.I. Vol. 1, p. 81).

3. El Catequista

Ahora nos detendremos un poco sobre su apostolado catequístico. La enseñanza del catecismo fue para el Padre una verdadera pasión desde sus años más jóvenes. Cuando en Mesina, el 5 de febrero de 1878, se celebró la premiación catequística, por primera vez, en la iglesia de San Felipe Neri, él fue encargado por el discurso de ocasión, y desarrolló sus pensamientos sobre la enseñanza de la doctrina cristiana: la importancia y sublimidad, las ventajas individuales y sociales de la obra, en que se comprometieron, a lo largo de los siglos, grandes hombres - Gersone, Bossuet, Fenelon, y sobre todo grades santos, desde San Jerónimo y San Agustín hasta San Alfonso de Ligorio «milagro de doctrina y santidad» - apunta el Padre – que, en medio de las labores de las misiones, «escribía un pequeño catecismo para los niños, y él mismo lo enseñaba algunas veces en las iglesias de su diócesis»; y destaca que la obra es verdaderamente sublime sea por la doctrina que enseña sea por el motivo que la hace posible, o sea la caridad, porque si esta enseñanza conlleva sacrificios, «tanta abnegación es hija de la caridad: por ella el cristiano ama a sus hermanos como a sí mismo, quisiera participar a todos el tesoro de su fe, todo lo sufre, todo lo aguanta, y es suficientemente compensado cuando habrá echo conocer al pobre niño que hay un solo Dios, por el Cual todo fue creado» (Vol. 45, p. 419).

Realizada, por encargo del arzobispo en 1882, la inspección catequística en las iglesias de la ciudad, pone en carta el informe, al que hace seguir un plan de enseñanza con la intención de perfeccionar e integrar el método ya en uso, para el mayor provecho de los niños, concluyendo: «El plan que aquí presento es bastante amplio, y su aplicación requiere trabajo y personas. Con todo esto, confiando siempre en Dios, que es el Autor de todo bien, y en la Santísima Virgen de la Sagrada Carta, bajo cuyo patrocinio está puesta la **Obra de la Doctrina Cristiana**, se puede poco a poco llegar a mejorías positivas. Pues, según mi parecer, habría que poner mano a la obra en el modo y manera que se decidirán. La ventaja que se puede sacar de esta enseñanza bien directa y regulada sería inmensa, y motivo de eterna salvación para muchas almas» (N.I. Vol. 7, p. 262).

Sin embargo, el Padre no fue sólo un teórico del catecismo, sino que sobre todo lo enseñó durante toda la vida con perseverancia y eficacia: en ello ponía toda su alma. Hay que recordar que su Obra fue fundada en el catecismo, con el que consiguió hacer penetrar la luz de la fe en las mentes ignorantes de los niños y pobres de Aviñón. En los primeros tiempos escribió un **Pequeño resumen del catecismo de los niños** (N.I. Vol. 7, p. 244-253), que evidentemente usaba para sus niños y pobres.

Tras muchos años lo veo nuevamente, afable, sonriente entre nuestros niños o entre los pobres, en sus últimos tiempos, comprometido con mucho celo en la enseñanza de la doctrina.

Con la catequesis empezó la redención del barrio Aviñón; a nosotros y a las hermanas encomendaba cálidamente la enseñanza del catecismo. Fundamento de su método educativo es la religión y por eso él prescribe que la educación de los huérfanos tiene que empezar por el catecismo;

y los Rogacionistas e Hijas del Divino Celo tienen que empeñarse seriamente para aprender los métodos mejores y más eficaces para esta enseñanza.

El Hermano Luis María Barbanti, que durante largos años fue encargado de los huérfanos en Mesina, recordaba el Padre que semanalmente iba a comprobar los progresos de los niños en la catequesis, los interrogaba, les daba unas instrucciones y terminaba con algún ejemplo edificante apropiado, dando un regalito a los más diligentes.

Hay que recordar un tierno testimonio de Rosa De Blasi, antigua huérfana, por una noticia que nos da sobre la familia del Padre: él «haciendo catequesis a las niñas, explicó los efectos del bautismo y su necesidad, porque los niños que mueren sin bautizar van al Limbo. Y añadía: “¡Yo tengo a un hermanito en el Limbo!” y diciendo estas palabras dirigía los ojos al cielo, ¡como si quisiera suplicar a Nuestro Señor de llevárselo al Paraíso!».

En sus escritos dirigidos a las comunidades el Padre insiste continuamente sobre la enseñanza de la doctrina cristiana: «Desde la más tierna edad las huerfanitas tienen que ser educadas en la doctrina cristiana» y las hermanas «no tienen que enseñar estos fundamentos de la fe mecánicamente (...) enseñar mecánicamente la doctrina a las niñas y a las jovencitas es no hacer casi nada» (Vol. 1, p. 252-253). «Las hermanas atenderán con todo celo y con santo fervor a las finalidades de esta fundación (los externados) o sea instruir las niñas en la Doctrina Cristiana. La instrucción del catequismo será diaria, bien cuidada, conforme a la de la parroquia, y acompañada por explicaciones adecuadas y un poco de historia» (A.R. p. 747). Para los rogacionistas: «Se atenderá con amor y celo la instrucción de los niños del pueblo en la doctrina cristiana, según los mejores sistemas, porque la enseñanza sea completa y fecunda; se promuevan las competiciones catequísticas, háganse premiaciones y se utilice cada medio para atraer los niños y encariñárselos. Se promuevan con fiestas especiales las primeras comuniones y luego las frecuentes» (Vol. 3, p. 28).

Todo tiene que servir para inspirar «en los tiernos corazones de los niños el santo temor de Dios, el horror al pecado, el amor a Nuestro Señor Jesucristo, a la Santísima Virgen, a San José, a los Ángeles, a los Santos, a la Santa Iglesia, al Sumo Pontífice, el amor de caridad para con el prójimo, la compasión para con los pobres y el amor a las santas virtudes».

4. El deseo de dilatar la fe

¿Qué podemos decir sobre el deseo del Padre de dilatar la fe? En él fue inmenso, desde los jóvenes años.

Su celo por la enseñanza de la catequesis es la prueba, y la finalidad de sus Congregaciones, la propaganda del **Rogate** y la asistencia de las clases humildes y de los pobres, nos dicen cuáles llamas ardiesen el corazón del Padre para la dilatación de la fe.

Seguidamente hablaremos de sus sermones desde que era clérigo; pero él pensaba a las misiones verdaderas, esperando ver numerosos misioneros nacer en sus comunidades.

A la Superiora de las Hijas del Sagrado Costado, a propósito de la formación de las misioneras, escribía: «Hace falta formar bien su espíritu a la obediencia y al sacrificio, y no hacer como los voluntarios en la guerra pasada, que con tanto entusiasmo se alistaban en el ejército y luego, en las trincheras, en medio de los tremendos riesgos y labores de la guerra, exclamaban: “¡Ojalá no lo

hubiese hecho jamás, lo de alistarme como voluntario!”. Los sacrificios en las misiones son muchísimos. Cultivad el buen pensamiento; pero antes que las hermanas sepan sacrificarse allá donde están, y en los encargos que tienen» (Vol. 38, p. 91).

Se recuerdan en Trani las **Tardes misioneras**, en que el Padre a la comunidad hablaba de la importancia de las misiones y de la obligación de ayudarlas, principalmente con la oración; y, esperando que el Señor abriera a la Congregación el campo misionero, estableció unas normas para la **Casa misionera**, destinada a acoger y preparar convenientemente el personal destinado para esta santísima finalidad. Escribió: «A estas misiones no se envíen sino las que tienen el santo entusiasmo de ir allá, el ánimo resuelto de enfrentar los viajes, las molestias, las privaciones, los peligros que estas sublimes misiones llevan consigo, y que sientan el divino deseo del testimonio inefable de amor para dar a Jesús, o sea el martirio» (Vol. 1, p. 187).

En sus instrucciones insistía sobre este **testimonio de amor**, para darse a Dios, cuando Él nos presentara la ocasión, y solicitaba nuestro deseo entre las comunidades. A menudo, en sus exhortaciones, nos preguntaba: «¿Quién de vosotros sería listo para morir mártir por la fe si hubiera una persecución?». Él, listísimo para dar la vida por Jesucristo, se alegraba cuando le decíamos que estábamos listos a imitarlo, especialmente tras sus exhortaciones a estar firmes frente las inminentes persecuciones de la Iglesia.

Una hermana recuerda que en aquel entonces era una muchacha: «Él quería que la fe se dilatara; él tuvo predilecciones misioneras. Un día nos preguntó: “¿Quién de vosotras quiere ir a la China?”. Contesté en seguida: “¡Yo!”. “Pero, ¿tienes que pagar el viaje!”. “¡Uy, no – contesté – vos que sois el Padre tenéis que pensar en ello!”. Y él: “¡Lo pagarás con un **Avemaría!**”».

Pero, ¿cuáles eran las disposiciones personales del Padre sobre este tema?

Leemos su testimonio sacado del testamento: «Él invidiaba la suerte de los mártires, pero era bien lejos de hacerse martirizar, aunque confiara en la divina bondad que, en caso de martirio, le habría dado la fuerza y el coraje desde lo alto» (N.I. Vol. 7, p. 241).

Sin embargo, no faltaron las ocasiones en que él mismo era obligado a contradecirse, mejor, a manifestar su prontitud a enfrentar la muerte por Dios. «Muchas veces se sintió decir que estaba listo para morir por Nuestro Señor: “Ay, ¡si pudiera tener yo la gracia de ir a las misiones!». También decía que estaba listo para morir todas las veces cuantos eran los errabundos para que se convirtieran; pero añadía: “¡Dios no cree que sea digno del martirio!”. Él invidiaba la suerte de los misioneros. Solía decir que, si hubiese muerto y la Congregación hubiese cesado por cualquier motivo, todo lo que poseía hubiese tenido que ir a beneficio de las misiones. En realidad, así estableció en un testamento suyo de 1918, indicando como su heredera la **Congregación de Propaganda Fide**, como en aquel entonces se llamaba la actual Congregación para la evangelización de los pueblos (N.I. Vol. 7, p. 237).

Relato este episodio conmovedor: «Muchas veces, recuerdo, él nos hablaba de la felicidad de dar la vida por Jesucristo, terminando ordinariamente con el relato del martirio de San Ignacio, del que era devotísimo, y del que había hecho pintar en dos cuadros entre los leones, y había publicado también en su honor un librito de oraciones y cánticos. Durante la guerra (estábamos en 1917) en el mes de noviembre estaba para salir de Oria para ir a Sicilia. Como solía, vino a despedirse y a darnos, con su bendición, sus encomiendas. De repente dijo: “Yo marchó, hijitos míos, pero, ¿quién sabe entre nosotros qué podría disponer el Señor? Oh, ¡cuánto sería feliz si, pasando el estrecho, una nave turca lograra hacerme prisionero! ¡Si me enviaran en cadena y, con el hierro en la garganta, me impusieran de negar a Jesucristo! ‘¡No, no! – gritaría – ¡Que viva Jesús, que viva Jesús!’”. Y entonces

mi cabeza caería bajo el hierro, y mi sangre glorificaría la santa fe. ¡Qué suerte!”. Preguntó luego a cada uno de nosotros si deseáramos el martirio y, contento por la respuesta afirmativa y casi radiante de alegría, ordenaba la lectura en refectorio de las **Victorias de los Mártires** de san Alfonso».

5. Fe vivida

Vamos ahora a ver cómo el Padre vivía su fe.

La vida de fe, enseña Pío XII, conlleva para el alma «aceptar dócilmente y en toda su integridad las enseñanzas divinas, y aplicarlas diligentemente en todos los momentos de su existencia, así que la fe sea constantemente la luz de su conducta y su conducta reflejo de su fe» (**Mentis nostræ**, n. 14).

Los testimonios concuerdan en declarar que el Padre vivía su fe en la práctica de las virtudes cristianas, principalmente la caridad; y toda su vida y su actividad no era que el corolario de su fe.

He aquí cómo él mismo describe su vida de fe: «El hombre que vive según la fe se eleva con el espíritu por encima de las cosas terrenales. Aprovecha sus mismos sentidos para elevarse a Dios. Mira los campos fértiles vestidos con toda variedad de hierbas, flores, frutos; mira los mares azules, que ahora calmos, ahora movidos, se extienden hasta los horizontes lejanos; contempla los firmamentos, ahora inundados por la radiante luz del sol, ahora tapizados por estrellas innumerables, y entre tantas bellezas y maravillas, eleva sus miradas al cielo y bendice a aquel Dios, que hizo tantas cosas admirables. Siente él las dulces músicas resonar en sus oídos o el gorjeo de los pájaros de la mañana, gusta la exquisitez de los alimentos, huele la suave fragancia de las rosas y de los jazmines, y alaba y admira la omnipotencia y bondad del Creador.

«El hombre que vive de fe, nada considera todas las cosas de la tierra: no ama las riquezas, porque la fe le enseña que la verdadera riqueza es la gracia de Dios, que esta es la preciosa margarita que tiene que adquirir a toda cuesta, y que vale más acumular aquellas riquezas que la carcoma no puede roer ni los ladrones pueden robar; no pide honores, porque la fe le enseña que vale más ser abyecto en la casa de Dios, que habitar en las moradas de los pecadores; no es ávido de placeres, y, si abandona los ilícitos, hasta rechaza los lícitos, o moderadamente los usa. De esta manera, la carne queda sujeta al espíritu, las pasiones son dominadas por la razón, el ser humano vive una vida pura, sencilla, espiritual: la vida de la fe» (Vol. 45, p. 312).

Sin saberlo y sin querer, el Padre en este cuadro se pinta a sí mismo.

Le gustaba mucho la **letanía de un alma que vive de fe** (que empieza así: **Del deseo de ser estimado, libradme, Jesús**, etc.) y de ella impuso el rezo a las comunidades durante todo el mes de marzo, como válido auxilio para la vida interior.

Escribe el Padre Vitale: «El Padre mismo, en los coloquios familiares confiaba a sus hijitos, que desde su más tierna edad sentía que tenía que estar en la presencia de Dios: “El Señor – decía – no me dio dones sobrenaturales, pero me dio el espíritu de fe, su divina presencia; desde niño, cuando estaba en el colegio de los Cistercienses, me visitaba con dulces emociones, con júbilo interno, casi me impulsara a amarle; y luego comprendí que Él quería que estuviera en su presencia”» (cf. **El canónico Aníbal María Di Francia en la vida y en las Obras**, Mesina 1939, p. 539). El pensamiento de la divina presencia muy pronto fue en él habitual e íntimamente arraigado en su espíritu.

Era esta la impresión que dejaba en los que le acercaban: con sólo verle hacía entrever el hombre de Dios: su mente estaba inmersa en Dios; hasta exteriormente parecía absorbido en Dios; todos sus discursos, conversaciones, olían a su comunión habitual con el Señor.

El P. Vitale así recuerda su primer encuentro con el Padre en un artículo para nuestro **Bollettino** interno: «Hacia el año 1883, cuando yo, joven estudiante, me hallaba un día conversando en la puerta de una tienda con un íntimo amigo mío, que era muy piadoso y fervoroso. Me hallaba entonces en un estado de ánimo incierto, entre dejar o no el mundo, entre aspirar a los compromisos civiles o consagrarme al Señor. No recuerdo qué razonamientos teníamos con el amigo, que luego antes que yo vistió el hábito clerical, pero creo que se estaba hablando de cosas espirituales. De repente pasó cerca de nosotros un sacerdote aún joven, alto, esbelto en la persona, con un rostro seráfico, que caminaba a pasos largos, aunque lentamente, casi midiendo el camino y, más que apoyar los pies en el suelo, me parecía que a penas lo tocaba ligero, y que quisiera volar al cielo

«No sé decir qué impresión experimenté al ver aquella figura ascética. Recuerdo bien, que sentí en el corazón una voz: “Hace falta desapegarse de la tierra” y probé como un cierto sentido de temor, siendo yo apegado a las cosas de aquí abajo. Mi amigo que le conocía, lo saludó con reverencia, y yo también me quité el gorro, pidiendo al compañero: “¿Quién es este sacerdote?”. “Ay, – me contestó él, acompañando las palabras con tono grave y respetuoso de la voz – es el Canónigo Di Francia, hombre de Dios, sacerdote de gran virtud”. Lo amé desde aquel momento» (cf. **Bollettino** 1928, p. 17).

En la biografía el Padre Vitale así recuerda la vida interior del Padre: «Caminando y conversando con él, se sentía siempre algún desahogo de su corazón, que desde las más pequeñas cosas sacaba argumento para alabar a Dios o para insinuar en los corazones las máximas santas. En cada pequeño encuentro de cosas alegres exclamaba: “¡Qué bueno es el Señor!». ¿Rugía el trueno? “¡La voz de Dios!”. Ante la inmensa superficie del mar sugería: “¡Acordémonos de la infinita grandeza de Dios!» (**ob. cit.** p. 546).

Otro bonito testimonio nos lo ofrece el Padre Fazio, S.J.: «Mi impresión general es esta; y es que el Canónigo Di Francia era un hombre animado verdaderamente por principios sobrenaturales. Era el hombre de Dios, todo embebido y empapado, digamos así, de piedad y devoción, así que actuaba siempre en modo sobrenatural. (...) Mi opinión es que él era un santo con toda una vida interior y sin artificio, pero sencilla y tan esencial en él y toda actuada en la caridad para con los infelices».

De este espíritu sobrenatural, las continuas recomendaciones a los hijos para que viviesen en la divina presencia. Era su refrán en las fiestas: una exhortación al santo temor de Dios. Todos nosotros íbamos a su alrededor para desearle un santo y feliz día de su santo, el cumpleaños, Navidad, Pascua... y él, tras enseñar su gratitud, decía que quería recambiar con un gran augurio: que todos recibieran en don el santo temor de Dios. El temor de ofenderle, el temor de haberle un día como juez inexorable. Y a menudo nos repetía aquellas palabras de San Pablo (Heb 10, 31): **Es terrible caer en manos del Dios vivo**; quería que consideráramos la incertidumbre de la hora de la muerte, que podía ocurrirnos en todo momento. Como San Felipe, demolía los sueños de la juventud, intercalando la enumeración de cada uno de ellos con aquel célebre **¿Y luego qué? ¿Y luego qué?**, que llegaba hasta la inapelable sentencia final. Pero todo esto sin melancolía, sin horrores: su palabra, si entonces se revestía de firmeza, no se separaba de una buena sonrisa, igual de algún chiste, si hacía falta, y de la exposición, aunque sintética, de las motivaciones que nos inducían a abandonarnos a la bondad del Señor.

6. Amor a la Sagrada Escritura

Alimentaba su fe con la lectura espiritual, que siempre encomendaba como «gran medio de santificación» porque ella «bien conducida, es una lluvia benéfica y suave, que penetra dulcemente en la tierra del corazón y la irriga y allá se infunde con gran gusto y provecho del alma» (Vol. 1, p. 90). Sugería el Rodríguez, y siempre se tenía que preferir los libros de los Santos; él no se cansaba nunca de las obras de San Francisco de Sales y de San Alfonso.

Pero sobre todo atingía a la fuente purísima de la Palabra de Dios que es la Sagrada Escritura, que desde la primera juventud tuvo en las manos. Y era mortificado porque sus compromisos no le permitían poderse dedicar a este estudio. Manifestaba su preocupación por no poder profundizar mejor la Biblia por la distracción de sus obras de caridad. Más de una vez lo oímos decir que su inclinación lo hubiese llevado de joven a dedicarse al estudio de la Sagrada Escritura: «Pero - concluía lamentándose con resignación - ¡los pobres y los niños me oprimieron!». Conocía de memoria muchísimas sentencias de las Escrituras y las citaba a propósito en las diversas ocasiones, regulándose en las diferentes vicisitudes de la vida.⁴

Escribe el Padre Vitale: «El Padre gustaba desde su juventud la lectura de los Libros Sagrados, y quién sabe cómo había pedido a Dios el don del intelecto para escrutar sus mandamientos. Conocía de memoria muchísimas sentencias escriturales y las citaba a propósito en las diversas circunstancias de la vida, sacando de ellas la luz para actuar bien» (cf. **Bollettino** 1928, p. 50). El Padre Santoro recordaba que un día, habiendo hecho unas observaciones, el Padre lo recubrió hasta con citas bíblicas sobre el asunto. Los jóvenes estudiantes de Oria, en el comienzo de la teología, tuvieron por

⁴ He aquí unos pensamientos del Padre sobre el Evangelio, sacados del panegírico de San Marcos: «El Evangelio de Nuestro Señor Jesucristo es aquel divino testamento en que se cumple toda la antigua ley, se realizan todas las figuras, se actúan todas las profecías. El Evangelio es la buena noticia esperada por muchos siglos, la palabra de vida eterna que dispuso todo error, que enseñó toda verdad; es el verbo del Verbo de Dios, que contiene los misterios más queridos, más dulces, más suaves, más amables de la encarnación, del nacimiento, de la infancia, de la vida, de la pasión, de la muerte, de la resurrección de Nuestro Señor Jesucristo, los misterios deliciosos de nuestra redención, de nuestra eterna felicidad. Fue la luz del Evangelio que dispuso las tinieblas de la muerte que desde muchos siglos pesaban sobre la humanidad miserable; fue la límpida fuente del Evangelio que regó como un bonito jardín la Iglesia de Jesucristo y la hizo florecer y embellecer; fue la belleza de la doctrina evangélica que abrió al hombre nuevos horizontes de paz y amor, enamorándolo de los bienes verdaderos e inmarcesibles ennobleciendo inmensamente su naturaleza. El Evangelio, en una palabra, es la restauración de la humanidad decaída, su salvación, su terrena y eterna felicidad, así que la misma obra de la redención sería infructuosa y nula sin el Evangelio que la actúa y desarrolla» (Vol. 45, p. 256). Algún otro pensamiento sacado del panegírico de San Eúplio diácono, mártir del Evangelio: «¡El Evangelio! He aquí el código divino, que hizo asombrar a todos los sabios del mundo y se sustituyó a todas las enseñanzas del Areópago y de los peripatéticos; en que, con la más grande sencillez se manifestaron los más grandes misterios; ¡el libro santo que reveló al hombre sus eternos destinos, que proclamó la verdadera fraternidad entre todos los hijos de un mismo Padre! El Evangelio está destinado a triunfar sobre todos los humanos perjuicios, a redimir los pueblos de las sombras de la muerte y a ser predicado de un cabo al otro del mundo. Esta es la victoria de Dios en el mundo: **Haec est victoria quæ vincit mundum** (1Jn 5, 4)». Recuerda la meditación del Evangelio hecha en los primeros siglos de la Iglesia: «Los cristianos morían por el Evangelio, para confesar las divinas verdades. Pero antes del tiempo de la prueba, estas divinas verdades han de ser meditadas. Los cristianos se reunían en sus encuentros y hasta en las catacumbas. Aquí los diáconos leían los evangelios y los explicaban. Los Sumos Pontífices lo vigilaban todo, y, movidos por el Espíritu Santo, con magisterio inefable dirigían esta escuela divina de la ciencia de la salud. Entonces los cristianos tenían en mucha estima los Libros Santos, que no los cedían a los paganos a cuesta de la vida; y los que, dominados por las persecuciones, hubiese cedido un ejemplar de los Sagrados Libros, era calificado como **traidor**» (**Ibid.** p. 332). Sea el Evangelio la norma de nuestra conducta: «Amoldemos nuestra vida no según las máximas del mundo, sino según las del Evangelio, y tengamos bien en la mente que el día de nuestro juicio, cuando el justo Juez vendrá para sindicar las acciones de toda nuestra vida, para entonarnos el **reddere rationem**, y seremos juzgados bajo las enseñanzas, las reglas, los preceptos y los ejemplos de este Libro Divino» (**Ibid.** p. 344).

el Padre una cálida exhortación al estudio y meditación de la Sagrada Escritura, como principal fuente de teología.

Con ocasión de las **Bodas de plata de la Obra piadosa**, el Padre compuso una sagrada representación, que se titula: **El epitalamio de los celestes amores del Sacramentado Dios con sus elegidos**, donde hace una maravillosa aplicación del **Cantar de los Cantares** con la Obra.

Visitando las diversas casas, a menudo reunía a las hermanas, especialmente por las noches en invierno, y hacía leer la Sagrada Escritura; del Antiguo Testamento prefería las vidas de los Patriarcas, mientras del Nuevo Testamento los Evangelios; y él comentaba oportunamente.

Recuerdo la primera vez en que le oí hablar sobre la Biblia.

Estaba en Oria hacía unos días, cuando él, en una cálida tarde de aquel mes de agosto, vino a vernos en el pequeño bosque. Todos corrimos hacia él, que tenía bajo el brazo un libro muy grande, que nosotros los chicos fijábamos con una mirada curiosa. Y él, amablemente: “¿Queréis saber qué libro es esto? Es la Sagrada Escritura, es la palabra de Dios...”. Nos sentamos entonces en el suelo, bajo la sombra de los pinos, y él, apoyado sobre una piedra nos leyó y comentó un pasaje de Jeremías, del cual se me quedó grabada esta sentencia: “**es bueno que el hombre cargue con el yugo desde su juventud**” (Lam 3, 27). Extendió la mano y, aferrado un ramo que estaba cerca de él, se lo puso en el cuello simulando el yugo de los bueyes.

El Padre Drago recuerda que, cuando todavía era jovencito, el Padre lo vio que leía la Biblia. Quiso saber lo que había leído y lo que había entendido. Se complació con él y le dijo: “Te daré una edición mejor”. En efecto, le dio una encuadernada e ilustrada. Un tiempo después le preguntó dónde hubiese llegado con la lectura, y se entristeció sabiendo que el Padre Vitale le había retirado el libro. Trató luego la cosa con el Padre Vitale, que sostenía que con aquella edad el jovencito no habría entendido nada. Pero el Siervo de Dios concluyó la pequeña cuestión diciendo que la Sagrada Escritura es pan para todos; y le hizo devolver el libro.

El Padre quería el máximo respeto de la Biblia y por eso nunca permitía que las palabras inspiradas fueran utilizadas para el uso profano, o en sentido no rectamente apropiado o con ligereza. Si alguno de nosotros, para hacer bromas, se permitía de usar algún pasaje en su presencia, él nos reprochaba en seguida porque, decía, “La Sagrada Escritura hace falta usarla con seriedad y devoción”.

7. Su predicación

Donde el Padre respira por completo el clima de la fe en la Escritura nos aparece claramente en su predicación.

Sus ideas acerca de este tema las manifestó siendo joven en un artículo de la **Palabra Católica** (2 de enero de 1878), en el que escribe entre otro: «Queremos esperar que muchos se persuadan en qué consiste el verdadero honor del heraldo de la divina palabra. Fuera ya la vana ostentación de una intrincada escolástica y de una nebulosa filosofía: una parábola del Evangelio bien explicada vale más que todas las rimbombantes declamaciones. El fondo de la moral cristiana es un gran mar en el que se puede sacar provecho siempre con éxito, e igual con menor trabajo». Y, tras haber mencionado los grandes nombres de la elocuencia cristiana, concluye: «Ay, ténganse siempre entre las manos estos

modelos, sáquese provecho de la Biblia, de los Padres, del Evangelio, de la buena doctrina teológica; organícese bien el material que se quiere desarrollar; estúdiase el arte de vestirla bien y hacerla amable; trátase el ministerio de la divina palabra con pureza de intención, con compunción de corazón con orden, claridad, oportunidad y parsimonia de ornamentos, ¡y entonces se conseguirá el provecho de las almas! ¡Acordémonos siempre que hace falta predicar a Jesucristo Crucificado y no a nosotros mismos!» (N.I. Vol. 1, p. 22).

Esta fue la predicación del Padre. Él se había dedicado a esta misión desde muy joven; y no hubo, se puede decir, iglesia de la ciudad y de las aldeas donde no resonó su palabra cálida, vibrante, fascinadora. La voz, no muy robusta, era penetrante, casi afilada, que incidía en los oyentes como una lama; y luego el gesto era medido y expresivo, y el fuego del corazón... Un sermón suyo se recordaba durante mucho tiempo. Además de las oraciones sagradas, se nos quedan muchos elogios fúnebres, y de ellos, algunos en Mesina hicieron época. Recordemos los en muerte del Canónigo Ardoino, de Ludovico Windhorst, del Cardenal Guarino, de León XIII.

Él nutría gran fe en la palabra de Dios, y en sus casas la esparcía con gran generosidad. Hasta que pudo celebrar a las comunidades, cada día, antes de la santa Misa, anunciaba las intenciones por las que ofrecía, recordando el misterio o el santo del día, del que recordaba brevemente las obras y las virtudes. En los días festivos añadía el coloquio antes de la Comunión y el sermón sobre la fiesta o sobre el evangelio de la Misa, que normalmente tenía en después de la Comunión. Luego, novenas, triduos, convivencias, ejercicios espirituales, meses de marzo, mayo, junio, etc. Aprovechaba toda ocasión para esparcir la semilla de la divina palabra.

Por ella tenía un gran respeto; y por eso, menos en las ocasiones imprevistas, nunca improvisaba, a pesar de la natural facilidad de palabra y el largo ejercicio oratorio, fueran quienes fueran los oyentes. En efecto encontramos muchos esquemas de sermones hechos hasta a los pocos niños o a hermanas muy modestas. Era su propósito: «Nunca predicaré sin haberme preparado antes, sea con un poco de estudio, según el caso, sea con un poco de oración y concentración en Dios y súplica interior a la Divina Majestad para el buen éxito de la divina palabra. Invocaré particularmente la ayuda de la Santísima Virgen del Buen Consejo y de mi buen Ángel de la Guarda». Su preocupación: **ser clarísimo**, de modo que todos pudieran sacar provecho; «En cada predicación mía procuraré ser clarísimo, de modo que todos, hasta los niños, hasta los brutos e ignorantes me tengan que comprender, aunque tal vez el estilo podrá tener unos tratos santamente elevados a las razones de lo sobrenatural, en que, si no está comprendida la palabra, es comprendido el espíritu, por los simples, preferentemente» (Vol. 44, p. 133).

En una súplica de 1887 presenta al Señor una larga petición de gracias, ¡que llegan hasta a 69! Entre ellas, en el número 17, implora: «La gracia de la divina palabra, para saberla anunciar dignamente para la edificación de las almas» (Vol. 4, p. 14). Hallamos entre los escritos dos oraciones para hacerse por los predicadores. Una es sacada de los **Hechos de los Apóstoles** (4, 24-30), cuando los fieles imploran al Señor para que les conceda **anunciar con total seguridad su palabra**. La segunda es una composición propia de la que referimos unos pasajes: «¡Dadme la gracia de tratar bien el ministerio de la Palabra divina confiado a mi ignorancia y debilidad! (...) Sé que bien lejos de instruir los demás me haría falta de ser yo mismo iluminado, y por eso tiemblo por mi mezquina impotencia. Pero en vuestro nombre y en virtud de la santa obediencia yo empiezo este sublime apostolado. (...) Vuestra gracia me fortifique y sostente, para que la Palabra divina, ni por mi amor propio, ni por los respetos humanos, ni por mi necedad quede atada; sino que predique sobre todo a vos Crucificado y no a mí mismo. (...) Dadme aquella palabra apostólica que abate sin deprimir, triunfa sin violencia, mata el pecado y salva al pecador. Dadme, oh Señor, la ciencia de los Santos, la

penetración de las Escrituras, el conocimiento de los corazones, y toda aquella sabiduría celestial que supera todo estudio mundano; haced que yo desmenuce a vuestro pueblo el pan de la divina Palabra, que mientras de ello coman los pequeños, de ello también se sacien los grandes, y mientras hablo a los sabios, me entiendan también los insipientes» (Vol. 6, p. 36).

Para completar el tema, añadimos otra oración **para pedir la ciencia eclesiástica**: «Dadme la sabiduría celestial, la ciencia de Santo, y la ciencia de la disciplina eclesiástica. (...) Dadme luces y gracias, y propicias ocasiones y oportunidades para adquirir aquellos conocimientos que me faltan, y que son indispensables en el gran ministerio sacerdotal, para que yo administre los santos Sacramentos y la Divina Palabra dignamente, sin traicionar vuestros divinos supremos intereses y sin arruinar míseramente las almas. Jesús Reparador, reparad Vos a todo mi pasado, y contra todo mérito mío, por pura vuestra caridad dadme buena voluntad, inteligencia, oportunidad, para conseguir cuánto os pido, cuánto necesito y, sobre todo, cuánto Vos queréis. Amén» (Vol. 6, p. 142).

¿Cómo juzgaba el Padre sus sermones? Recurramos, como siempre, a su autoelogio: «Su predicación era unos altibajos. ¡Unas veces sermones vibrantes, otras veces miserias! Él decía que a sus sermones acontecían dos fenómenos: unos bostezaban, otros lloraban» (N.I. Vol. 7, p. 241).

También en este caso su testimonio es sospecho, porque **nemo iudex in causa propria**.

Digamos antes de todo que los sermones del Padre eran siempre sagrados, no solamente por el tema, sino por todo su desarrollo; las pruebas de su discurso las sacaba de la Sagrada Escritura y de los Santos Padres, a los que unía ejemplos de santos o hechos sacados de la historia eclesiástica.

No poca impresión hacía a los niños con aquel lenguaje vivo, penetrante, con un razonamiento muy sencillo, proporcionado a sus mentalidades, especialmente cuando explicaba las figuras, los símbolos, las profecías que se referían al Mesías y a la Santísima Virgen.

De todas maneras, con los pequeños y con los mayores, su compromiso – como ya vimos – era el de ser clarísimo; y esto es el motivo por el cual su predicación se escuchaba con inmenso placer por el pueblo, por la sencillez de la exposición y por el ardor del acento, y así producía frutos abundantes. Cuando luego trataba ciertos contenidos, como por ejemplo la pasión del Señor, los dolores de María, la ofensa causada a Dios con el pecado, las lágrimas suyas y de los oyentes eran el comentario más bonito del sermón.

Su predicación era sencilla y plana en la forma y profunda en el contenido; interesaba no sólo a los simples laicos, sino también a los sacerdotes, que venían también desde lejos. El sacerdote Cosme Spina recordaba que, cuando el Padre predicó los ejercicios espirituales al tercer orden franciscano, en Francavilla Fontana en 1908, él acorría desde Ceglie, porque no quería privarse del gozo espiritual de escucharlo; declaraba que otros sacerdotes, como él, habían venido desde lejos con gran sacrificio, porque atraídos por la palabra del Siervo de Dios: “Todos sabíamos lo que él decía, pero su unción espiritual nos conquistaba, porque entreveíamos el santo”. Don Risi, de los Hijos de la Divina Providencia, atestigua que cuando el Padre fue en Bra, Don Orione lo invitó a decir dos palabras a los novicios y a los sacerdotes de la Congregación y para él fue un encanto sea por lo que dijo y sea por el modo en que lo dijo.

Se nos permita una página bonita del Padre Vitale sobre la predicación del Padre:

«Si supiera – me decía un día - ¡cuánto me hicieron predicar en mi juventud en Mesina!

«Eran los primeros años de mi sacerdocio, y el Padre me encomendaba que no me cansara demasiado en las obras exteriores del ministerio. “Durante cinco años – me decía – piense en estudiar y a fundamentarse bien en las disciplinas eclesíásticas”.

«El Padre comprendía las cualidades que tiene que tener un predicador de la palabra de Dios, si quiere producir verdaderos frutos en las almas; y si el cariño que yo nutro para con el venerado Fundador no hace sombra a mi aserción, puedo decir que nadie, entre los muchos predicadores que tenía nuestra ciudad, penetrara tan a fondo en las almas como él.

«El Señor le había dado dones especiales para anunciar su palabra. Se sabe que no se puede ser orador sagrado, si uno no es hombre de oración. Es imposible convencer a los demás sobre las verdades evangélicas si el que las anuncia no esté empapado con ellas; iluminar las mentes de los oyentes, si antes la luz no refulge en el espíritu del orador; hacer amar en una palabra la virtud y odiar el vicio, si estos sentimientos no son profundamente arraigados y alimentados en el alma del que habla: y todo esto no puede ser efecto si no de la oración.

«Ahora, qué hombre de oración fuera el Padre, lo sabemos; qué celo él tuviera para la salvación de las almas, lo demuestran sus obras; por eso todos sus sermones, desde la simple exhortación al panegírico de importancia, de la instrucción catequística a los temas apologéticos y morales, revelaban en él la finalidad muy recta de promocionar la gloria del Señor y de salvar las almas.

«El padre no buscó ser un gran teólogo, in un profundo moralista, sino que se dedicó totalmente en el estudio de la Sagrada Escritura y de los Santos Evangelios, porque estos libros son la palabra viviente de Dios, y en ellos él hallaba toda su satisfacción, por aquella unión íntima que quería tener y que tuvo con Nuestro Señor. ¡Cómo era pronto y fácil citar en las ocurrencias y con cuánta conveniencia los pasos de los Libros Sapienciales, y con cuánta luz del intelecto, como si estuviese viendo aquellas verdades, y esto por la viveza de su fe!

«Al conocimiento de la Escritura añadía la de la vida y obras de los Santos, por la continua meditación y lectura que de ellos hacía; por eso conseguía ser maestro en la ascética y en la mística, y todos estos conocimientos le proporcionaban un material selecto, todo sagrado para la divina predicación.

«Y a estos conocimientos suyos, si se añade la cultura literaria, que sus dilectos estudios de la infancia y juventud le proveyeron, y aquella elegancia de hablar sobrio y castigado, con la que adornaba sus discursos, se puede argumentar de cuánta eficacia fuera su sagrada elocuencia. Para él no era difícil emocionar a los oyentes, por aquella profunda comprensión que poseía, y sacar lágrimas de los ojos de los demás cuando los suyos se humedecían por la sensibilidad de su ánimo y por la delicadeza del tema.

«Las grandes obras de caridad que él empezó, a las que le llamaba el Señor, no le permitieron, después de cierto tiempo, seguir la predicación en las iglesias públicas, y sólo cuando se veía obligado por algún compromiso que no podía rechazar, subía el púlpito atrayendo el pueblo, ávido de oírlo.

«Pero no cesó jamás, hasta el último aliento de su vida, de predicar en sus comunidades. Triduos, novenas, panegíricos, explicaciones del Evangelio, temas morales, ascéticos, místicos nunca faltaron a los religiosos y religiosas, huerfanitos y huerfanitas. Un domingo o fiesta sin sermón no se contaba para el Padre. El celo que lo empujaba a infundir en nuestros corazones el amor de Jesús no lo hacía nunca aparecer cansado.

«De sus sermones se salía transformados. ¡Los sacerdotes mesineses recuerdan siempre los ejercicios espirituales que él predicaba cuando éramos clérigos en el seminario de Mesina! Oh, ¡los sermones del Padre, en los comienzos del Santuario, cuánto ánimo infundían! ¡Cuántos buenos propósitos se hacían como fruto de la palabra de Dios! ¡Unos sermones de aquellos se me quedaron tan grabados en la mente que cuando fui sacerdote, empecé a repetirlos a los clérigos o al pueblo, casi palabra por palabra, como las había entendidas por el Padre!

«Otra calidad natural del Padre, cultivada en las escuelas de su juventud, fue el arte de declamar.

«Él declamaba bien sea los versos clásicos que los componimientos dramáticos, y supo transformar la declamación profana en la sagrada; y así sus sermones salían atrayentes también por la postura y gravedad casi natural del gesto, de la voz y de los movimientos».

Hagamos nuestro el deseo que el Padre Vitale formula cerrando su escrito: «Roguemos a nuestro Padre Fundador, para que desde el cielo infunda en todos nosotros sus hijos sacerdotes rogacionistas un verdadero espíritu de predicación, para que progreseemos nosotros mismos y las almas confiadas a nosotros en el amor de Dios y en la santa perfección» (cf. **Bollettino** 1928, p. 268).

8. Respeto de las cosas sagradas

Fruto de su gran fe era el respeto para las cosas sagradas.

Antes de todo respeto al nombre santísimo de Dios. Nos resulta que una vez dirigió una vibrante protesta contra **La Gaceta de Mesina** por haber publicado el nombre de Dios con la letra minúscula, citando un discurso del poeta D'Annunzio. Nada digamos sobre el nombre Santísimo de Jesús: sólo pronunciándolo «se componía con la máxima reverencia en el rostro y no toleraba que nadie, aunque inadvertidamente, lo nombrase en vano» (Vitale, **ob. cit.** p. 540). Para él era una profanación el uso de folletos con nombres sagrados, que luego caían bajo los pies de todo el mundo; un trocito de papel, que llevase escrito el nombre de Jesús o de María tenía que ser recogido y quemado o conservado.

Recuerdo que un año el jesuita Padre Raimondi, padre espiritual en el Seminario de Mesina, envió a pedirle unos carteles sagrados, para tapizar los muros del seminario para una procesión eucarística interna; pedía también folletos para lanzar en mendo de las flores mientras Jesús pasaría. “Todo con mucho gusto – contestó el Padre – pero no los folletos: mientras se honra a Jesús en procesión, no se tiene que pisar su nombre, aunque sea materialmente”.⁵

⁵ Una hermana escribe que, con ocasión de una procesión eucarística, el Padre hizo lanzar, a lo largo del recorrido, unos folletos con la escrita: **¡Jesús, curadnos!** pero, evidentemente, la hermana no recuerda muy bien.

La invocación **¡Jesús curadnos!** tuvo lugar en el año 1914 en una ocasión extraordinaria, o sea para el Congreso Eucarístico Internacional de Lourdes, que se cerraba con la solemne procesión entre las filas de los enfermos, que imploran la curación por Jesús.

El Padre ordenó para aquel día una procesión eucarística en las casas, en unión espiritual con la de Lourdes, con una práctica original, esta también sugerida por su gran fe; durante un trato de la procesión se tenían que formar en dos filas unas personas destinadas a representar las diversas actividades de la Obra: las Congregaciones religiosas, los orfanatos masculinos, los femeninos, los pobres, etc. y cada uno tenía que llevar en el pecho un distintivo con la especificación de la actividad representada; y todos pasando Jesús, tenían que implorar con las manos elevadas al cielo: **¡Oh Sacramentado Señor Jesús, tened piedad de nosotros, curadnos, curadnos!** «porque – escribía el Padre – todos tenemos enfermedades

Era máximo el respeto del Padre para los sacerdotes. Un pobre refiere que el Padre le llamó la atención por su trato un poco libre y confidencial con un sacerdote que él conocía hacía tiempo. “Ten cuidado – le dijo – mira en él el sacerdote y ministro de Dios en vez del amigo”. En cuanto veía un sacerdote que venía en casa, hacía especiales signos, con la cabeza y con las manos, de obsequio el más humilde, como para besar la mano y pedir la bendición. La misma devoción nos inculcaba a nosotros en sus frecuentes exhortaciones.

Su profundo respeto para las cosas santas, movió el Padre hacia el fin de su vida, el 24 de febrero de 1924, a dirigir a los obispos de Italia una carta circular para obviar eventuales **anomalías** – así las llamaba él – que aparecieran en sus diócesis, a las que se asumía el compromiso de reparar. Una vez, celebrando en un célebre santuario, encontró en el estrado del altar el nombre de la Virgen. «Me tomó un gran asombro y no sabía dónde poner los pies, para no pisar aquel título venerando y bonito de la Santísima Virgen». No parece perjudicial revelar que se trata del Santuario de María Auxiliadora en Turín; y el estrado estaba allí desde los tiempos de Don Bosco, pero ni él ni sus sucesores habían notado esta incongruencia. Pero el Padre la veía así y tanto se activó con aquel santo Rector Mayor, Don Rinaldi, hasta que consiguió hacer sustituir, a su costa, el estrado, que sin embargo quiso en Mesina, donde lo hizo restaurar y lo puso en un sitio de honor.

En Oria (Bríndisi) la tormenta que había azotado la ciudad el 21 de septiembre de 1897, que hizo 80 muertos y diversos centenares de heridos, literalmente degolló una estatua en piedra de la Inmaculada, puesta en la puerta de la ciudad, llamada de los judíos. La estatua permaneció así deturpada durante una decena de años. Cuando el Padre, tras el terremoto de 1908 abrió sus casas en Oria, dándose cuenta de la deturpación, «de ello tuve horror – escribe – y, tomado el debido permiso, hice ejecutar una bonita cabeza de la Virgen en piedra, adornada con cabellos fluentes, y el mismo artista la montó en el sitio y la colocó con mucha precisión. Hoy es bonito mirar aquella estatua de Nuestra Señora toda entera y coronada con doce estrellas».

Tercer episodio en Mesina, en el barrio Gravitelli. «Hay una pequeña iglesia dedicada a la Santísima Virgen, en la entrada había un escalón en hormigón, en el que todos pasaban entrando y saliendo, y en el escalón estaban imprimidas las dos palabras **Ave María**. ¡Así el saludo del Ángel que anunciaba la redención humana, y el nombre augusto de la Santísima Virgen eran tan a menudo pisoteados por toda especie de personas!

«Me fue fácil obtener de hacer cortar a mi cuesta aquel escalón, y de hacerlo sustituir sin ninguna escrita. El escalón cortado, con sobre el saludo angelical y el nombre dulcísimo de María lo hice colocar al pie de una bonita estatua nuestra de la Santísima Inmaculada de Lourdes, puesto en un nicho con forma de gruta, en el jardín del Instituto.

Y aquí está la conclusión: «Me dirijo a Vuestra Excelencia para someterle que, si en su diócesis se hallaran anomalías como las de nombres de Nuestro Señor o de la Santísima Virgen, que inconsideradamente están puestos en sitios en que todo el mundo los pisotea una y otra vez sin darse ni cuenta, sino como lo más lícito del mundo, yo me ofrezco a mi cuesta, y siempre con aquella condición que el título, cuando pueda tenerse entero, se me envíe a debido puerto, encargándose nuestros Institutos de las debidas reparaciones en perpetuo».

Se dirá: son simplezas de niños... Pero, ¿por qué no ver en ellas una luz de fe y una fineza de amor brotada justamente del espíritu de aquella infancia espiritual, a la que es prometido el reino de los cielos? Haría falta verle, el Padre en estos casos... Sor Prisca, que era presente, cuenta cómo él

en el alma más que en el cuerpo, y tenemos que anhelar la curación de las enfermedades espirituales más que las corporales» (N.I. Vol. 5, p. 26). Evidentemente, aquí no caben para nada los folletos con la escrita.

acogió el escalón: “Nos hizo bajar todas al locutorio y con oraciones y cantos a la Santísima Virgen de Lourdes, colocó el escalón al pie de la Inmaculada, y antes de acabar la ceremonia nos hizo un sermoncito sobre la Virgen; luego besamos el escalón con la bonita escrita y volvimos cada una a sus oficios”. La misma destaca que, cerrando la novena de reparación, llegando el estrado de la Auxiliadora, el Padre hizo hacer una visita a pie descalzos en acción de gracias por la gracia conseguida.

9. Las santas imágenes

El Padre amaba mucho al Señor, a la Virgen, a los Santos como veremos, y por eso veneraba con todo el corazón sus imágenes.

De veras hoy parece que – especialmente por algunos – se quiera volver al tiempo de los iconoclastas, eliminando de las iglesias las imágenes santas. Sin embargo, la Santa Iglesia luchó durante siglos en su defensa: el segundo Concilio de Nicea proclamó la legitimidad de su culto, en contra de los iconoclastas, y el Concilio de Trento confirmó esto contra los protestantes. El Vaticano II confirmó la doctrina católica; encomienda ciertamente la moderación «a fin de que no causen extrañeza al pueblo cristiano ni favorezcan una devoción menos ortodoxa», pero prescribe que «se mantenga el uso de exponer en las iglesias las imágenes sagradas para la veneración de los fieles» (SC 125; cf. LG 67).

El Padre confesaba: «Nosotros para las imágenes sagradas tenemos un transporte particular» (N.I. Vol. 1, p. 187). Igual se dirá que tal vez parecía excesivo, pero hace falta reconocer que aquellos eran los tiempos. ¡Las normas litúrgicas de aquel entonces permitían hasta que se pusieran otros cuadros en el altar, por debajo de la imagen principal!

Sin embargo, el Padre quería imágenes que favorecieran eficazmente la devoción. Estaba enamorado con el arte sagrada: nunca quiso estatuas de papel maché. Escribió: «Uno de los más grandes medios para elevar nuestra mente a Dios y tener viva la fe y el sagrado culto, son las santas imágenes de Nuestro señor, de la Santísima Virgen y de los Santos. Pero para que se logre este efecto saludable, hace falta que las santas imágenes sean bien hechas, expresivas y bonitas. Una imagen bella artística, devota, en que haya una impronta de divino y celestial, rapta el corazón a la contemplación, mueve a la oración, excita la esperanza y a la confianza. Todo lo contrario, acontece si las sagradas imágenes son pintadas mal. Estas son más adecuadas para hacer perder la devoción que para alimentarla» (N.I. Vol. 1, p. 187).⁶

Algunas veces salía con exigencias bastante originales. Acusando el recibo de un cuadro de la Virgen de San Lucas, que había hecho copiar, comenta al artista: «Me gustó, aunque hubiese querido **los ojos más grandes**; en proporción de la estampita, usted los hizo algo pequeños». Hasta aquí nada para objetar; el trato original sigue luego: «¡Nuestra Señora tenía los ojos grandes porque tenía que mirar a todo el mundo y a todas las criaturas!» (N.I. Vol. 5, p. 125).

⁶ Así escribe el Padre en un artículo en que presenta la pintora Sra. Teresa Basile de Taranto: «Más veces tuvimos de su animado pincel, para nuestras iglesias, cuadros de belleza singular... y quisimos presentar la artista insigne a la pública estimación y a las necesidades que tienen diversas iglesias de Italia de tener cuadros devotos y bonitos para que de ellos sepan aprovechar» (*Ibid.*).

Recordemos además un relieve hecho al redactor de la revista mariana **Reina de los corazones**, el P. Calisto Bonicelli, de los Monfortanos, que en marzo de 1917 había publicado un cuadro de Jerónimo Del Pacchia (1477-1538), de Sena, uno de los artistas menores de 1500, atraídos en la órbita de Rafael y de Sodoma.

El cuadro presenta una doble imagen: la Anunciación y la Visitación de la Virgen. El Padre escribe a Bonicelli que «en decirle francamente la verdad, no le gustó para nada. Se lo adjunto, rogando a Vuestra Señoría Reverendísima de examinarla un poquito, y estoy seguro que concuerda conmigo, que no reproduce para nada la sublimidad y la excelencia de Nuestra gran Señora María, no apareciendo en las facciones nada celestial, sagrado, divino; ni vale que el autor sea famoso, porque la reproducción, repito, falta de aquella estética, que, en vez de enfervorizar la devoción, me parece que más bien la haga perder.

Si el original es el mismo quiere decir que el autor, con toda su capacidad, hizo algo inconcluyente.

Es por eso que me permití de dirigirle la presente, rogándola que quiera perdonar mi franqueza, en consideración del entrañable amor que siento nutrir para con nuestra común gran Madre Celestial» (N.I. Vol. 7, p. 154).

Bonicelli busca una justificación: «Admitamos también que la Santísima Virgen presente una postura un poco rara... **de gustibus**... sobre los gustos no se disputa...» de todos modos, como se trata de dos imágenes, «si la primera Virgen no gusta, mírese la otra y séase indulgentes con el Jerónimo Del Pacchia y con nosotros...» (cf. **Reina de los Corazones**, año 1917, p. 380).

10. Sagradas reliquias y sacramentales

El Padre tuvo un culto extraordinario para las santas reliquias: las tenía en casa, y dotaba de ellas las casas que iba fundando. Quería que no faltara nunca la de la Santa Cruz, entonces que no era difícil tenerla. El regalo que hizo a los dos primeros sacerdotes de la Obra en el día de su ordenación fue justamente un bonito Crucifijo con varias reliquias y en el centro la de la Santa Cruz.

«Su viva fe le hacía tener en gran consideración las reliquias de los santos, y además que guardarlas con celo y devoción, hacía elevar unas oraciones apropiadas y tenía plena confianza que bastara una reliquia para preservar una casa, una familia, una entera ciudad de los castigos divinos. Cuando luego se trataba de reliquias insignes, entonces las fiestas de aquellos santos se celebraban con gran solemnidad» (Vitale, **ob. cit.** p. 221). Tras el terremoto de 1908, él y el Padre Palma rastreaban la ciudad destruida en búsqueda, entre los escombros, de imágenes, estatuas, reliquias.

Creía insigne favor de Dios poderlas acoger y mantener durante un tiempo en los propios institutos, mientras diariamente se les ofrecían particulares obsequios, esperando que fueran entregadas nuevamente a la Curia arzobispal o bien a los respectivos rectores de iglesias. Recordemos especialmente la piedra en la que, según la tradición, se había disciplinado San Antonio de Padua, con tanto vigor que la mojó con su sangre. El 21 de febrero de 1909 el Padre escribía de Oria a Mesina, encomendando que «guardéis bien **la piedra de San Antonio de Padua**, y que tengáis el cuidado de no entregarla a nadie. Quizás venga algún sacerdote queriéndola... cuidado que no la deis a nadie, sino decid que en unos días volveré yo» (Vol. 34, p. 248).

Con inmensa devoción guardaba el solideo de San Alfonso, que tal vez daba a nosotros para besar – y que luego regaló a los Padres Ligorinos de Francavilla Fontana – el calentador y la máscara de Santa Verónica Giuliani; ¡y lo que hizo, en los últimos años de la vida, cuando, con particular beneplácito del Santo Padre Pío XI, pudo conseguir, para la incipiente casa de Roma, el cuerpo de Santa Julia virgen y mártir! «Las preciosas reliquias fueron acogidas con gran entusiasmo entre los cánticos de las hermanas y de los huerfanitos, y la urna fue depositada en el **Sancta Sanctorum**, donde desde aquel entonces recibió perenne veneración de la comunidad y también de los fieles que visitaban la Iglesia» (Vitale, **ob. cit.** p. 513).

El Padre tenía una gran fe en la eficacia de los **sacramentales**. Quería en su habitación el agua bendita, con la que se santiguaba por la mañana y por la noche y aspergía la cama. En tiempo de enfermedad sugería, como «expediente piadoso y eficaz» beber agua bendita, «porque una de las virtudes del agua santa es la de echar los morbos».

En su librito **El preservativo de los divinos flagelos**, el Padre encomienda mucho el **Agnus Dei**. «El **Agnus Dei** es una pequeña forma de cera en con imprimido el Cordero divino. Su valor sagrado es grande». La confección de los **Agnus Dei** es confiada a los monjes cistercienses de la Basílica de Santa Cruz de Jerusalén en Roma, y su bendición es reservada al Papa. Y él «bendiciendo los **Agnus Dei** implora al Altísimo que estos **sacramentales**, llevados encima con confianza, o bien colgados y honrados en la casa, eviten tormentas, tempestades, caídas, insidias de enemigos, enfermedades y todo siniestro, y den fácil alivio al trabajo de las parturientes. Miles de ejemplos confirma la eficacia de los **Agnus Dei**». El Padre añade oportunas consideraciones: «Este **sacramental** parece que la Iglesia quiera sustituirlo a todas las **supersticiones**, ¡a las que demasiada gente es apegada! Como, por ejemplo, los cuernos del buey y cierta hierba para impedir el mal de ojo, el cuernito y parecidos para impedir el gafe, y así seguidamente. **Supersticiones** todas que se deben aborrecer por los verdaderos cristianos, porque enflaquecen y hasta destruyen la fe, ¡y atraen más los divinos castigos! Es algo miserable ver tal vez personas inteligentes, científicos, que por ser **demasiado grandes** desdeñan doblarse para creer a los dogmas de la fe y para respetar los sagrados ritos de la Santa Iglesia, ¡y luego creen a todas estas miserias de las supersticiones! ¡Justo castigo de Dios por su soberbia! El **Agnus Dei**, llevado con fe, produce todos los bienes que más arriba mencionamos. Digamos **llevado con fe**, o sea estando en gracia de Dios, y uniéndole todas las demás **condiciones**,⁷ porque al revés la devoción del **Agnus Dei**, como cualquier otra, puede degenerar en **superstición**: ¡qué Dios nos libre!» (Prefacio al **Preservativo de los divinos flagelos**).

Por eso el Padre era habitualmente fornido de una verdadera colección de **Agnus Dei**, de los pequeños para llevar encima en un estuche metálico a aquellos para colgar en la pared. Cuando se llamaba para bendecir un nuestro taller nuevo, especialmente tratándose de máquinas peligrosas, él venía llevando un gran **Agnus Dei** encerrado en un marco para destacarlo en la sala. Durante la guerra del 15-18, a cada uno de los nuestros que se iba, alistado como soldado, le regalaba personalmente un **Agnus Dei**, y lo exhortaba a llevarlo con fe. ¡Y cuántos de ellos repartió durante toda la vida, cada vez que sabía que alguien tenía que enfrentar un peligro! Tras el atentado a Alfonso XIII, Rey de España, en los primeros años del siglo, le envió un bonito **Agnus Dei** en una teca de plata, así como también a Benito Mussolini tras el primer atentado: ¡al primero y al otro encomendándolos de llevarlos encima con fe!

Sabemos bien que hoy también a los sacramentales se da poca importancia; pero la enseñanza de la Iglesia permanece el mismo de siempre. Oímos, en efecto, el Vaticano II: «por medio de los

⁷ De ellas había hablado anteriormente: **Conducta cristiana inmaculada, santo temor de Dios, oración, devoción al Sagrado Corazón y a la Santísima Virgen, limosna, y luego medios humanos prudentes y abandono en Dios.**

sacramentales (...) los hombres se disponen a recibir el efecto principal de los sacramentos y se santifican las diversas circunstancias de la vida (...) y hace también que el uso honesto de las cosas materiales pueda ordenarse a la santificación del hombre y alabanza de Dios»; más bien el Concilio anima a la creación de nuevos sacramentales: «En la revisión de los rituales, (...) se pueden añadir también nuevos sacramentales, según lo pida la necesidad» (SC 60, 61, 79).

11. Contra una superstición desenfrenada

Cerraré este capítulo recordando una práctica supersticiosa muy de moda en los tiempos del Padre, contra la cual le tocó levantar la voz. Hablo de las cartas anónimas con una oración para rezar un dado número de veces y reenviar a un determinado número de personas, bajo pena de graves desgracias en caso de omisión. En las predicaciones al pueblo el Padre hablaba de ello frecuentemente; pero nos queda también un artículo publicado en **Dios y el prójimo**, para iluminar a los sencillos y los ignorantes que, lamentablemente, caían en la red. Vamos a referir algún pasaje:

«¡Esta propaganda es una obra detestable! ¡Mira en modo directo e insidioso a enflaquecer la fe! Se tiene que saber que intimar una oración o un acto religioso cualquiera bajo pena de desgracia, es una grave superstición, y el que cree en ello se convierte en supersticioso y peca.

«No hay medio diabólico más adecuado para enflaquecer la fe santísima como la superstición. El que se espanta de un anónimo que amenaza desgracias al que no hace una oración, ya no teme a Dios, ya no confía en Dios, sobre el Cual no hay nadie; y así viene consecuentemente que no se hace caso de los pecados verdaderos, y ni bajo la amenaza de los castigos de Dios; en cambio se hace mucho caso por las necias amenazas de un anónimo.

«Preguntemos: ¿no es esto perder poco a poco la fe en Dios? Por ejemplo, muchas de aquellas mujeres que se asustan por las amenazas del anónimo si no rezan la oración mandada por un desconocido, ¡y luego no tienen miedo de ser castigadas por Dios si van vestidas indecentemente, con el pecho expuesto públicamente y también en las iglesias y en el altar para recibir la Santa Comunión!

«Y, oh, ¡si los predicadores gritamos y amenazamos los divinos castigos por el pecado, no se nos cree!».

A los simples preocupa la amenaza de las desgracias que, según la carta, están causadas infaliblemente por la falta de propaganda; y por eso el Padre tranquiliza que las desgracias no vendrán: «No, no, ¡quédense quietos! (...) Las desgracias se evitan con el santo temor de Dios. Porque está escrito: **Timentí Dominum non occurrent mala** (Eclo 33, 1): El que teme al Señor no sufrirá desgracias».

«Temor del Señor significa no ofender a Dios, guardar los mandamientos de Dios y las leyes de su Iglesia, amar a Jesucristo Sumo Bien, amar a la Santísima Virgen, hacer bien al prójimo por lo que se pueda, respetar las cosas y la buena fama de los demás, frecuentar los sacramentos y la oración. ¡He aquí el verdadero preservativo de las desgracias! Unos quisieran vivir en su manera, y luego evitar los divinos castigos con alguna obra u oración supersticiosa»

Luego explica el Padre que una cosa son los castigos de Dios, otra las tribulaciones de la vida que hace falta aceptar de la mano divina y hacer tesoro de ellas para la vida eterna; y cierra con un grito de fe: «¡Viva Jesús y la Santísima Virgen! ¡Viva la santa fe católica! ¡Viva la Iglesia católica,

apostólica y romana! ¡Viva el Sumo Pontífice, Vicario de Jesucristo! ¡Abajo la impostura, la superstición y toda diabólica insidia de los enemigos de Dios y de la Santa Fe!» (N.I. Vol. 1, p. 183).

3. HIJO DE LA IGLESIA

1. El amor al Papa signo de predestinación. 2. Para entender. 3. «Sujeción y amor a la Santa Iglesia». 4. Colaborando con «La Palabra Católica». 5. Soñando con la reconciliación. 6. Para la libertad del Papa. 7. Las injurias al Papa. 8. Testimonios. 9. Las oraciones por el Papa. 10. Pedir sólo bendiciones. 11. Ingenuidades de niño. 12. «Antes de todo, obediencia a la Santa Madre Iglesia». 13. El valor de las revelaciones privadas. 14. Las apariciones de La Salette y de Lourdes. 15. Porque La Salette queda en la sombra. 16. La condena del libro del abad Combe. 17. La carta al abad Combe. 18. ... y a León Bloy. 19. Por la vida de Melania. 20. Protesta de fidelidad al Papa.

1. El amor al Papa signo de predestinación

La fidelidad a la Iglesia, el amor al Papa en el Padre se puede decir herencia de familia. Recordemos que, por la ortodoxia de sus principios, su padre fue nombrado Vicecónsul Pontificio en Mesina y Capitán honorario de la marina pontificia. Sus tíos, Sacerdotes José Toscano y Rafael Di Francia, en aquellos tiempos de borrasca, en que el viento de la revolución había enturbiado las ideas inclusive de no poca parte del clero, se declararon siempre abiertamente firmes defensores del papado, y más aún, fueron cofundadores de **La Palabra Católica**, el único periódico católico de la ciudad, que empezó a defender vigorosamente los derechos de la Iglesia y del Papa en ambiente fuertemente hostil, tanto que se mereció condenas y suspensiones de las autoridades laicas.

Aquí no es fuera de propósito recordar que un día el joven marquesito Di Francia, en frac y sobrero de copa, no dudó a reducir al silencio con unas bofetadas un charlatán que, recogida a su alrededor una multitud de curiosos en la plaza de la catedral, había empezado a berrear contra Pío IX. Era el amor a la Iglesia y la devoción al Papa que, desde aquel entonces, vibraban poderosos en su pecho. En su autoelogio él se hace sincera y abiertamente este testimonio: «Amó la Santa Iglesia, se humillaba con gran amor ante el Sumo Pontífice, se dolía de los progresos del mal y se complacía de los del bien» (N.I. Vol. 7, p. 241).

En una oración presenta a la Santísima Trinidad las alabanzas y las bendiciones que Ella recibe de todos los Ángeles y Santos, de la Santísima Virgen María y de la humanidad santísima de Jesús asumida en la hipostática unión por la persona del Verbo: «y con estas alabanzas y bendiciones so quiero agradecer, hasta mi total consumación, porque, por medio de los padecimientos y de la muerte de Nuestro Señor Jesucristo, y de ellos dolores de su Santísima Madre, establecisteis en el mundo vuestra Santa Iglesia católica, apostólica y romana, enriquecida por el sacerdocio, por los sacramentos y por todos los méritos del Verbo encarnado, para la salvación eterna de las almas» (N.I. Vol. 9, p. 228).

El amor para el Papa era para el Padre un signo de predestinación. He aquí como encierra su admirable elogio en las exequias de León XIII en la catedral de Mesina: «Cuando Nuestro Señor Jesucristo, traicionado por Judas, condenado por los pérfidos judíos, crucificado en la cruz, amargado con la hiel, enviando un altísimo grito, expiraba, acontecía una saludable mutación en unos corazones.

«Uno de los dos ladrones, que con él fue crucificado, conmovido por el espectáculo de la paciencia de aquel Justo que moría perdonando a sus enemigos, tocado por el arrepentimiento lo reconoció como Dios, y le pidió en gracia de ser admitido en su reino; el centurión, que estaba en los pies de la cruz, contemplando la apariencia celestial de aquella víctima divina, exclamó: “Verdaderamente este era Hijo de Dios”: **Vere Filius Dei erat iste!** (Mt 27, 54). ¡Y otros de aquellos hebreos, que conservaban un sentimiento de humanidad, bajaron del monte golpeándose el pecho!

«Acaba ahora de morir el Vicario de Jesucristo, tras una vida turbulenta y crucificada entre los muros de su perpetua morada, y he aquí que su último día fue como la prueba de un anticipado juicio entre los réprobos y los elegidos.

«Muchos, adversarios del papado, que lo combatían hasta con la prensa y otros que por diversa confesión religiosa disentían con él, también se sacudieron, se conmovieron y ante los venerandos restos mortales del sagrado e ilustre difunto, exclamaron: “¡Verdaderamente este era el Vicario de Jesucristo!

«Pero, ¡ay de mí! ¡Lamentablemente hubo unos corazones que permanecieron impasibles! Hubo unos hebreos crucifixores, que persistieron en su odio satánico contra el Papa, llámese Pío, León o Gregorio; ¡hay unos cuantos de que es inútil esperar la conversión, hay unos Judas que corren al cabestro!

«Todos estos son hijos de la perdición: ¡pero los que tienen un corazón gentil, capaz de amar al Vicario de Jesucristo, estos están escritos en el Libro de la Vida!» (Vol. 45, p. 59).

2. Para entender

Antes de seguir en nuestro asunto, hace falta recordar los tiempos del Padre.

El proceso de secularización que hoy es en curso es repudio del pasado, y hacia la autoridad llega hasta a tildar de fetichismo no sólo las manifestaciones de respeto, sino también la debida obediencia, cuando esto contrasta con las opiniones personales. Vemos así, en la Iglesia, dificultades «que brotan en Su mismo seno; y los disgustos espinosos se le ofrecen por la indocilidad y por la infidelidad de unos ministros suyos y por unas almas consagradas suyas» (Pablo VI, 10.09.1971).

Este espíritu de contestación y rebelión se quiere justificar con el Concilio; pero se trata de «una falsa y abusiva interpretación del Concilio, que quisiera la ruptura con la tradición, inclusive doctrinal, llegando al repudio de la Iglesia preconiliar, y a la licencia de concebir una Iglesia nueva, casi **reinventada** desde dentro, en la constitución, en el dogma, en la costumbre, en el derecho» (Pablo VI, 23.06.1972). el viento de la democracia parece que quiera hacer en la Iglesia barrido limpio también de lo que es directa institución de Nuestro Señor: «El gobierno de la Iglesia – declara Pablo VI – no tiene que asumir los aspectos y las normas de los regímenes temporales, hoy guiados por instituciones democráticas tal vez excesivas, o bien por formas totalitarias contrarias a la dignidad del ser humano que a ellas es sujeto: el gobierno de la Iglesia tiene una forma propia original, que mira a reflejar en su expresión la sabiduría y voluntad de su divino Fundador» (11.10.1969). Por lo tanto, no se puede «alterar la concepción constitucional de la Iglesia, como si en ella la autoridad llegara de la base o bien del número y no se le hubiese, en cambio, confiada por Jesucristo por voluntad del Padre» (18.07.1972).

El Santo Padre afirmó que tiene la sensación que «desde algún resquicio entró el humo de Satanás en el templo de Dios». Habló de la intervención de un poder contrario: su nombre es el Diablo... «Creemos en algo de preternatural venido al mundo justamente para turbar, para ahogar los frutos del Concilio Ecuménico y para impedir que la Iglesia rompiera en el himno de la alegría de haber tenido nuevamente en plenitud el conocimiento sobre sí» (29.06.1972). Los asaltos del enemigo en particular «parecen tener como objetivo la disolución del magisterio eclesiástico: sea equivocando sobre el pluralismo entendido como libre interpretación de las doctrinas y coexistencia sin molestias de opuestas concepciones; sobre la subsidiariedad, entendida como autonomía; sobre la Iglesia local, querida como desapegada y libre y autosuficiente; sea prescindiendo de la doctrina establecida por las definiciones pontificias y conciliares» (24.06.1972).

Los tiempos del Padre eran otros: el **humo de Satanás** no había entrado en la Iglesia. El Padre es tradicionalista: él mira a los Obispos como los sucesores de los apóstoles y al Papa como el sucesor de San Pedro, más bien como el mismo Jesucristo, **el dulce Cristo en la tierra** de la seráfica Santa Catalina de Sena. El Vaticano II no hace que confirmar la perenne enseñanza de la Iglesia: «El Señor

Jesús, (...) a estos Apóstoles los instituyó a modo de colegio, es decir, de grupo estable, al frente del cual puso a Pedro, elegido de entre ellos mismos» (LG 19). Y aún: «Así como, por disposición del Señor, San Pedro y los demás Apóstoles forman un solo Colegio apostólico, de igual manera se unen entre sí el Romano Pontífice, sucesor de Pedro, y los Obispos, sucesores de los Apóstoles» (LG 22). Y he aquí cómo tiene que ser la docilidad del católico con referencia a su enseñanza: «Los Obispos, cuando enseñan en comunión con el Romano Pontífice, deben ser respetados por todos como testigos de la verdad divina y católica; los fieles, por su parte, en materia de fe y costumbres, deben aceptar el juicio de su Obispo, dado en nombre de Cristo, y deben adherirse a él con religioso respeto. Este obsequio religioso de la voluntad y del entendimiento de modo particular ha de ser prestado al magisterio auténtico del Romano Pontífice aun cuando no hable **ex cathedra**; de tal manera que se reconozca con reverencia su magisterio supremo y con sinceridad se preste adhesión al parecer expresado por él, según su manifiesta mente y voluntad» (LG 25).

Ésta es la doctrina de la Iglesia vivida por el Padre con espíritu de fe, como se intentará explicar en lo que diremos más adelante.

3. «Sujeción y amor para la Santa Iglesia»

Así el Padre titula un capítulo del esquema de Constituciones de los Rogacionistas escrito en 1914:

«Antes de todo los Rogacionistas del Corazón de Jesús serán hijos y súbditos humildísimos, amantísimos y obedientísimos de la Santa Iglesia, en persona del Sumo Pontífice, de todas las Romanas Sagradas Congregaciones, de todos los prelados de la Santa Iglesia y de los Obispos, bajo cuya circunscripción se hallan las casas.

«Ellos tendrán un amor grandísimo hasta la ternura para con el Sumo Romano Pontífice, y una reverencia y sujeción hasta la adoración.⁸ Lo considerarán como la misma persona de Jesucristo Nuestro Señor, del que toma el lugar.

«Cualquier palabra del Santo Padre escrita o hablada será para ellos palabra salida de la boca adorable de Jesucristo. Para ellos no habrá distinción entre **ex cathedra** y **non ex cathedra**, sino todas las opiniones y juicios, aunque particulares del Santo Padre serán venerables.

«Se interesarán vivamente de todas las vicisitudes, penas y trabajos del Vicario de Jesucristo, y diariamente lo encomendarán con oraciones comunes al Corazón Santísimo de Jesús.

«En diversas circunstancias de onomástico, aniversarios y otras del Santo Padre, no faltarán de presentarle los debidos homenajes y dirigirle las felicitaciones más sinceras; y si el Instituto publica periódicos y revistas, se dedicarán artículos para esta finalidad.

«En la predicación y en la enseñanza de la doctrina cristiana, y mucho más en la educación de los propios jóvenes, se pondrá todo cuidado en inspirar amor, reverencia, obediencia y culto al Sumo Pontífice. Para esta finalidad se harán instrucciones populares de la doctrina **De Romano Pontífice**,

⁸ Es obvio que aquí la palabra **adoración** tiene un valor muy amplio. Indica el acto con que se ofrece a otro la propia sumisión, que prorrumpe «de un sentimiento íntimo de respetuoso amor para con el objeto amado. (...) De aquí es fácil explicar el uso eclesiástico de la genuflexión al Papa, al Obispo diocesano, del beso del pie del Sumo Pontífice, de la palabra misma de **adoración** para designar el acto de respeto y veneración ofrecido por los Cardenales al recién elegido Vicario de Jesucristo» (Enciclopedia Católica, Vol. 1, voz **Adoración**, col. 320 y 323).

especialmente sobre la infalibilidad; y hará bien recordar hechos gloriosos de la historia eclesiástica, referentes a los Sumos Pontífices» (Vol. 3, p. 32-33).

4. Colaborando con «La Palabra Católica»

Veamos ahora cómo el Padre en su vida dio prueba de su amor a la Iglesia y al Papa.

En la juventud su gimnasio fue **La Palabra Católica**. Durante el Vaticano I publicó en serie un pequeño poema en versos libres, titulado justamente: **La Iglesia y el Concilio Ecuménico de 1870**: el autor eleva un himno a la Iglesia, a su santidad y grandeza, repasando los triunfos acumulados en las principales etapas de su camino, desde Jesucristo y los apóstoles al Concilio de Nicea y, poco a poco, hasta el concilio Vaticano I:

¡Salve, oh Iglesia de Dios! Arriba tu frente
Coronada por las eternas flores,
¡Refulge la majestad de tus triunfos!
Como reina que las trenzas adorna
Con faja viril, y a los bélicos fragores
De batalla el real ojo parpadea.
Emperadora indómita y severa,
En tu furor santísimo más bella
Ardes con triunfos, e indicas una
Victoria, que el Ángel inmortal prepara
Para el fin de tus santas jornadas,
¡Donde descansa y te espera Dios!

Canta las luchas y las victorias de la Iglesia a lo largo de los siglos, y termina augurando como fruto del Concilio su triunfo en toda la tierra:

(...) Por favor, ven,
Ven pronto, Señor, que el mundo te clama
Con la voz de mil ínclitos hijos
¡En tu divino templo acogidos!
Oh, ¡baja! oh, ¡ven!
¡Para el mundo en tu Iglesia unificar!

Cuando el 18 de julio de 1870 fue proclamada la infalibilidad pontificia, él encierra su mensaje al Papa con esta magnífica adhesión: «Nosotros nos unimos al voto universal del catolicismo, y elevando los ojos a la infalible cátedra de Pedro, a Ti, oh inmortal Pío IX, saludamos doctor de la Iglesia universal, Vicario de Jesucristo, sublime custodio de su mística Esposa, piloto celestial de la barca de Pedro; a Ti, finalmente, glorioso Pontífice, que en el esplendor de 24 años, sublimaste tu nombre, nueva joya de la historia futura, gloria sacrosanta de la posteridad; ¡a Ti, oh Padre amoroso, con las cinco regiones de la tierra saludamos cinco veces grande! ¡Cinco veces **infalible!**» (N.I. Vol. 1, p. 10).

La juventud del Padre recuerda los tiempos de graves tribulaciones para la Iglesia: la lucha contra el poder temporal y contra el magisterio. Son los tiempos del **Silabo**, que desencadenaron

todos los poderes del Infierno y amargaron el corazón del Papa. El Padre no deja pasar ocasión en que no proteste su fidelidad a Pío IX, con versos que le brotan filiales y apasionados del corazón.

Él participa vivamente a los dolores del Papa por la tristeza de los tiempos:

A tus pies

Mírame, oh Santo, genuflexo. Lloro,
Y espero y ruego. – En la joven vida,
Roto en la pelea de los agitados abismos
Sentí en el alma, execrable,
¡El ineluctable ciclón abatirse!
Fue la demencia de los necios, y el siniestro
Elevarse de una Erinias en medio del campo
De impetuosos espíritus, y la idea
¡De una itálica grandeza! – Oh, ¡luctuosas
Historias de sangre! – En el eterno olvido
Te caigan, Padre, ¡y recuerdo tan sombrío
A tu angélico corazón no vuelva!

... Regada

Tengo la vida de lágrimas, porque siempre
O me dilectas en las tristes notas
O bien en mi plectro buscas una canción
Que me hable de alegría, ay, ¡siempre siento,
En medio de tanto enfurecer de errores,
La cuerda del dolor bajo los dedos!

El nombre de Pío IX dará esmero a sus cantos:

... a tu santa imagen inspirado
Declamaré! De las más bellas rosas
Recogidas en la mañana en el natural valle,
Haré guirlandas para mis cuerdas; en torno
Peregrino de los cantos, para despertar
Los hijos de los hombres, el errante
Pie moveré. De mi canción
Será tu nombre la más bella nota;
Y si es verdad que el poeta tiene una fiel
Incógnita, secreto eco del canto
Que en los vientos transcurre, yo de tu nombre
Difundiré la armoniosa nota
Lejos por la inmensa vastedad del mundo,
Despertando los más dulces afectos;
Porque en tu nombre hay algo
Santo, que con aire celestial ablanda
¡Y vale mil canciones! (Vol. 47, p. 112 y 114).

Tenemos por lo tanto los versos para las **Bodas de oro sacerdotales de Pío IX** el 11 de abril de 1869, y los del 23 de agosto de 1871, en que el Papa **cumple los años del pontificado de San Pedro y Reminiscencias en la ciudad de Roma**, dictadas tras la ocupación de la ciudad en que,

mencionadas las grandezas de la Roma pagana, exalta las glorias de la Roma cristiana, recogida alrededor del Vicario de Jesucristo. Sobre todo, se tiene que recordar **Dolores y triunfos**, largo canto polimétrico compuesto con ocasión del veinticinco aniversario de la coronación del Pío IX, el 21 de junio de 1871: con rápidas pinceladas se describe la lucha sectaria contra la Iglesia y contra Pío IX, desde el comienzo de su pontificado. Es uno de los trabajos mejor logrados del Padre. Bellísimas las octavas en que el poeta presenta el estado de Italia traicionada por sus hijos. Las publicamos:

Como un día en la Babel impía
Este genio que los mundos arruina
Elevado tremendo a las estrellas
El Eterno a la pelea desafió
Él vino de los horrendos antros
De los abismos tremendos del infierno
¡Y a nuevas batallas el Eterno
De los Itálicos montes llamó!

Bella Italia, que los ojos divinos,
Con rociada lágrimas enjoyados,
Camino del error te arrastras
Como objeto de ajena piedad.
¿Adónde fue aquella chispa arcana
Que en los días de la Fe te animaba,
Que a la mirada extranjera te mostraba
Como mujer de inmensa beldad?

Tú, sublime en los grandes peligros,
Tú en el genio del arte, celestial,
Tú, magnánima madre de los hijos,
Para ti brillaba en el pecho la Fe,
Hoy, desolada por las iras funestas,
Como esclava arrastras la vida,
Por tus mismos hijos traicionada,
¡Que inquietos se arriman a tu pie!

Entre embriagueces y culpas resueltas
De una gente que grande te llama,
Mientras pasa como ola de muerte
Para romperte la Cruz y el altar;
Entre los brazos de una horda rebelde
Que te arranca la veste brillante
Dime, oh Italia, ¿son éstas las glorias
Que el celo de los hijos sabe dar?

¡Infeliz! ¿De mil furores
No sientes tú la horrenda tensión?
¿No ves tú en un vaso de flores
Que veneno te acercan a los labios?
Aquella mano que te trenza y compone

Frescas flores en la frente soberana,
¡Es la mano que te arranca el diadema,
La mano que te rasga el corazón!

Oh, ¿no ves el terrible desafío
De una gente sedienta de sangre
Que dirigió la punta homicida
Contra un Ángel que no tiene igual?
Pero el horror de los hijos de la serpe
Ya colmó la taza divina
Igual el día de Dios se aproxima,
¡Igual para todos una hora vendrá!

5. Soñando con la reconciliación

Sabemos cómo se desarrollaron las cosas y los acontecimientos que siguieron el fin del poder temporal de los Papas.

En una nota a las recordadas arriba **Reminiscencias en la ciudad de Roma**, publicada en **Fe y Poesía** (año 1921, p. 108) he aquí como los juzga el Padre: «Estos versos fueron escritos por el Autor en seguida después la entrada de las tropas italianas en Roma, cuando las ánimas de todos los católicos y verdaderos amantes del Sumo Pontífice se sintieron heridas en el cariño al Vicario de Jesucristo, no sabiendo qué acontecería luego

«Los tiempos seguidamente demostraron como el Todopoderoso, que todo sabe girar para su gloria, hizo salir admirablemente su divina permisión a la exaltación del Sumo Pontificado Romano, en cuanto que los mismos enemigos de la Santa Se, en tantos años que Roma es agregada a Italia, fueron obligados a admirar muy de cerca qué quiere decir la gloria del Papado y la inquebrantable estabilidad de aquella divina institución, contra la cual las portas del Infierno, o sea todas las adversas potencias infernales y humanas, no pueden prevalecer, y jamás prevalecerán, según la promesa infalible de Nuestro Señor Jesucristo: **Non praevalent!**, ¡confirmada durante veinte siglos!

«Oh, ¡cómo en medio del torbellino de las pasiones, al choque de los partidos, a la agitación de los pueblos, la divina figura del Vicario de Jesucristo, en más de cincuenta años de la toma de Roma permaneció noble, sublime, pacificadora, amonestadora, generosa y santa, verdadera imagen del Cristo Redentor y Dios!

«¡La conciencia italiana quedó encantada delante de la inquebrantable roca del Vaticano, ante los triunfos de un anciano inerme, que todo el mundo admira estupefacto! Por este camino, ¡cuántos que no conocían el Papado sino a través de las burlas y de las calumnias de las malas prensas, se desengañaron, y acabaron admirando y amando ellos también lo que ya ven y tocan con su mano!

«Después de todo, en cuanto a la llamada **cuestión romana** que siempre está viva, el autor de este volumen de versos, aunque deseando nuestra bendita patria Italia grande, magnánima y poderosa, como privilegiada por Dios entre todas las naciones, se remite sin ninguna restricción, a la mente del Vicario de Jesucristo y de todos sus Sucesores».

La acción de la Providencia fue sin duda admirable; pero ella no exime de las responsabilidades: si el poder temporal de los Papas podía en aquel tiempo parecer o resultar obsoleto, la ocupación del gobierno italiano fue ciertamente arbitraria y creó un conflicto en la conciencia de los católicos italianos. La posición fue resuelta con el tratado y concordado del 11 de febrero de 1929, cuando, según la comprensiva expresión de Pío XI, «fue devuelto Dios a Italia e Italia a Dios».⁹

Oh, ¡cómo el Padre soñó largamente y ardientemente con la reconciliación! Recuerdo un nuestro religioso que, recién aprendido el anuncio del gran evento en la tarde de aquel histórico 11 de febrero de 1929, exclamó: “¡Ojalá hubiese estado aquí el Padre en esta hora! ¡Estoy seguro que la alegría lo hubiese curado!”. A él, en cambio, no fue dado de ver aquel día deseado, ¡que hacía Italia invidiada entre las naciones!

«¡Oh Italia mía! ¡Oh Italia mía! – había escrito en el elogio de León XIII – ¿y cuándo comprenderás la inmensidad de tu privilegio, de tu gloria, en haberte Dios predestinado como centro del catolicismo, como sede del Sumo Pontificado? ¿No ves que a ti se dirigen todas las miradas del mundo, que a tu nombre palpitan doscientos millones de católicos esparcidos en todo el orbe, y con ellos las más grandes potencias del mundo, en la espera del oráculo divino que en ti se crea, y que en ti mora, y que casi siempre es uno de tus hijos? Oh, ¡gloria de las glorias! Ay, que de ti habló el profeta cunado dijo: ¡Dios no hizo lo mismo con todas las naciones! **¡Non fecit taliter omni nationi!** (Sal 117, 9). Entiende, Italia, tu divina suerte; ¡y sepas que tú, apegada al trono de Pedro, obsequiando el Vicario de Jesucristo, repleta de sus bendiciones, y libre de los provocados anatemas, serías la reina del mundo y las naciones te servirían como esclavas!» (Vol. 45, p. 53).

6. Para la libertad del Papa

Con la toma de Roma, el gobierno italiano, en mano a liberales y sectarios, creía cerrado el partido con el Papa; Pío IX en cambio, y sus sucesores, no podía aceptar el arbitrio y la prepotencia que había aplastado la Iglesia y obligado el Papa a vivir prisionero en el Vaticano. Contra este estado de cosas, el Papa renovaba sus protestas en cada ocasión y los católicos no podían que tomar su partido.

Durante estos años dolorosos el Padre recuerda continuamente la Iglesia perseguida y el Papa prisionero. Entre sus notas, el 10 de mayo de 1906, encuentro el «proyecto de una cruzada espiritual, asociación universal de oraciones para la liberación del Sumo Pontífice de la larga reclusión en el Vaticano». Tomando inspiración de los Hechos de los Apóstoles (12, 5) que **oratio fiebat sine intermissione ab ecclesia**, o sea que toda la iglesia rezaba para la liberación de Pedro prisionero de Herodes, propone, entre las otras prácticas, que todo asociado escoja una hora para consagrar cada día para esta intención, de modo que entre todos los asociados se puedan cubrir las 24 horas del día. En segundo lugar, el asociado se ofrece en aquel sufrimiento, y también en la muerte, que Dios quisiera para la liberación de su Vicario; y luego aún: consolar al Santo Padre con obediencia, amor, fiesta, óbolo, peregrinaciones, impresos, etc.

⁹ La batería que por la mañana del 20 de septiembre de 1870 abrió el fuego contra Porta Pía, era mandada por el teniente Carlo Amirante, un joven ingeniero de Catanzaro. Algún tiempo después él renunció al ejército y a la profesión y en 1877 fue ordenado sacerdote. Vivió 86 años y cuando murió en 1934, toda Nápoles lo lloró por sus extraordinarias virtudes. Hoy la Sagrada Congregación por las causas de los Santos se encarga de su beatificación. ¡Bromas de la Providencia! (Cf. Mons. Canestri, **El alma de Pío IX**, vol. 3, p. 283).

El Padre se pregunta: «¿Cómo el Papa puede estar libre? ¿Con la destrucción de Italia? ¿Con un acuerdo? ¿Con la conversión?». Él no es un político, no tiene propuestas concretas: la solución era difícil y más de alguno que la intentó, mejor la sugirió, luego fue condenado a la muerte... Por eso el Padre responde: «Sea como Dios quiera: Él es todopoderoso para cambiar corazones, circunstancias, todo: nosotros queremos al Papa libre como cualquier hombre que puede usar su libertad personal. ¡Es el Vicario de Jesucristo y no la puede usar! Consideremos al Papa como persona: esta persona sagrada, esta persona augusta, esta personalidad que encarna etc. (...) está en cadenas» (N.I. Vol. 9, p. 158).

Pero el proyecto permaneció proyecto, porque una asociación para esta finalidad podía dar sombra a las autoridades; el Padre sin embargo no abandonó el pensamiento y cuando en 1908 fundó en Mesina la **Unión Piadosa de San Antonio de Padua**, le asignó, entre otras, esta intención: **Para que pronto termine este estado de dura necesidad por el Vicario de Jesucristo de quedar como prisionero en el Vaticano, y pueda salir y actuar libremente.**

Entre las intenciones asignadas a la peregrinación espiritual a Paray en 1923, el Papa es recordado así: «Para el Sumo Pontífice reinante, y por su santa libertad y la de todos sus sucesores hasta el fin del mundo» (N.I. Vol. 5, p. 64). En los escritos, especialmente en tiempos más cercanos a la toma de Roma es frecuente la mención a las tristes condiciones del Papa y de la Iglesia.

Sacamos de una oración personal a la Inmaculada para el día de su fiesta, en uno de los primeros años del sacerdocio del Padre, en la que el Padre adelanta el título de María **figura de la Iglesia**, establecido luego por el Vaticano II (cf. LG, 63): «Oh María, como Sacerdote, ¡os suplico por toda la Iglesia Católica! Por favor, ¡Vos fuisteis imagen y Figura de la Iglesia! Oh María, ¡haced que la Iglesia sea pura, sin mancha ni arrugas como la llama el Apóstol! ¡Santificad a todo el Clero, llamad nuevamente a la vida las Órdenes religiosas, poblad la Iglesia con vírgenes santas!» (Vol. 7, p. 158). Y aquí está el pasaje de una incomparable apóstrofe: «Oh Inmaculada María, oh, vencedora del Infierno, dirige compasiva y benigna tus miradas sobre la Iglesia Católica. He aquí la viña regada por la purpúrea vena de tu dilecto Hijo: Mira, oh María, ¡cómo en ella pasó la tempestad! Arrancados los sarmientos, abatidos los árboles, cubierta de tribulaciones y espinas. He aquí la ciudad puesta en el alto de los montes. Mira, oh Soberana Reina, cómo en ella irrumpieron los asesinos: ¡desiertos los templos, arruinadas las casas religiosas, arrastradas en el barro hasta las piedras de los santuarios!

«¡El místico rebaño es asaltado por los lobos y las corderas se dispersan, vacilan, ruinan, perecen! ¡Oh María! ¡Oh María! ¡Van, apresúrate! Tú eres el enemigo formado para la batalla, tú eres la verdadera torre de David: ¡cuando aparezcas, temblarán por el terror los enemigos del nombre de Dios!

«Ven, oh invocada por todos los pueblos; ven, ¡no tardes más! ¡Oh Estrella de la mañana, llévanos el Sol de la gracia y de la virtud! Tú eres la Estrella de los mares: la barca de Pedro es sacudida por las tempestades; no puede perecer porque tu Hijo lo juró que no perecerá; ¡pero las almas perecen, pero Satanás devora sus presas! Ven, destroza su cabeza. Basta con que tú lo quieras, oh Inmaculada María; basta que tú dirija una súplica sola a tu Hijo, y Él, que es el Todopoderoso, hará triunfar su Iglesia.

«¡Por favor! ¿Por qué todavía no viene tu Jesús para desatar las cadenas, con que es ceñida su Iglesia? ¿Acaso no es su Vicario el que gime prisionero en Vaticano?

«Pero sus juicios son santos, sus caminos imperscrutables, y Él es justo y alabable siempre; y nosotros postrados con la cara en el polvo, lo adoramos. ¡Pero no cesamos de gemir, de llorar, de aullar, cubriendo con ceniza nuestra cabeza, porque los enemigos del nombre de Dios triunfan y la

reina de las naciones se convirtió en esclava! Oh María, oh Madre Inmaculada y toda bella, ¡acuérdate que Tú eres gloria de Jerusalén, leticia de Israel, honor del pueblo de Dios! Ven, pues, apresúrate, ven rápida, repentina en nuestra ayuda y destruye, dispersa las falanges infernales y haz resucitar a nueva vida la mística Esposa de tu Divino Hijo» (Vol. 22, p. 79).

En la ocasión de la peregrinación nacional para el jubileo de 1881, dirigido a León XIII en **La Palabra Católica** (12.10.1881) tras haber recordado la guerra obstinada que sus enemigos le hacen al Papa, sigue:

«¡Miserables! Ellos no saben que más poderosos y terribles son tus armas. ¡No saben ellos que tu espada es la oración, que tu escudo es la justicia, tu fortaleza es el sacrificio, tu armadura la fe, y tus saetas tus palabras! (...) Una música suavísima es tu santa oración cuando, conmovido en el íntimo de tu paterno corazón lloras la triste suerte de los míseros, y al justo Dios, que trueno y amenaza, presentas el perfumado aroma de tu oración. ¡Benditos sean tus labios, oh venerando Pontífice de Jesucristo, de donde brota la oración sabia y eficaz! Bendito sea tu corazón, oh Jefe Augusto de la Católica Iglesia, donde arden permanentes los santos deseos de la más férvida caridad. ¡Por favor! No ceses, oh santo, oh grande, oh invicto Pontífice, de elevar para todo el mundo tu oración al Altísimo. Puedan los Ángeles del Cielo presentar en olor de suavidad tus súplicas al Sumo Dios, para que muy pronto la Hija de Sión resucite de su abatimiento, ¡y reconstruida más pura y más bella, sin arrugas, sin manchas, vuelva a ser la Maestra de los pueblos, la Reina de las gentes, la Salvación de las naciones!».

Quedan numerosos trabajos, además de estos mencionados, en prosa y en versos por los diversos Pontífices, hasta Pío XI, pero aquí nos limitamos a referir dos pensamientos, ¡que sin embargo son muy actuales en estos tiempos de general contestación!

¡Hoy se habla mucho del lujo del Vaticano! He aquí como el Padre habla de ello recordando su espera en la antesala pontificia, para una audiencia de Benedicto XV: «¡Qué decoro, qué majestad en estas antesalas vaticanas, desde las paredes de satén azul, de las alfombras arabescas, de los techos con casetones dorados! Aquí se siente que el lujo en su severa simplicidad no es un lujo, sino que es demostración, símbolo, reflejo de la sobrehumana grandeza pontificia; más bien es un muy débil homenaje y decoración a la sacrosanta persona del Que es el Vicario, el Vice Gerente de Jesucristo, el Papa, el dominador de todas las conciencias, el rey de todos los reyes, el emperador de los emperadores. Aquí se espera con trepidación profundamente reverencial el momento de tener que presentarse al Sumo Jerarca de la Santa Iglesia al Vice-Dios, al que el divino Redentor dijo: **¡Yo te entrego las llaves del Reino de los Cielos!**» (N.I. Vol. 1, p. 158).

En 1981, tejiendo el elogio fúnebre de Ludovico Windthorst, valiente campeón de la Iglesia contra las prepotencias de Bismarck, lo presenta a los jóvenes como modelo de los católicos militantes incondicionadamente fiel a la enseñanza de la Iglesia: «Seamos valientes, sin dejarnos intimidar por los respetos humanos; no nos avergoncemos de llamarnos católicos, porque Jesucristo dijo: **“Si vosotros me negáis ante los hombres, yo también os negaré ante mi Padre”**. Mostremos nuestra religión en las obras, y en primer lugar en la pureza de los principios. ¡Que sea lejos de nosotros aquel medio catolicismo, que acoge todos los artículos de la ley, pero con un **pero!**; que respeta el Vicario de Jesucristo, pero con ciertas condiciones, que transigen con los opositores de la Iglesia. Aquel catolicismo, en fin, no puro, no entero, sino mezclado con las falsas máximas del mundo, por lo cual unos cuantos, mientras se llaman hijos de la Iglesia, no rechazan de hacerse cálidos admiradores y partidarios de los enemigos de la Iglesia» (N.I. Vol. 1, p. 70).

7. Las injurias al Papa

Se dolía inmensamente por las injurias hechas al Papa y quería por ellas la reparación, por eso en unos casos mandaba hacer triduos de oraciones: para el Padre el Papa era Jesucristo, como también amaba repetir en sus discursos.

En Perugia había visto el monumento edificado para recordar la revolución de 1859, designada como **Los estragos de Perugia**, episodio amplia y tendenciosamente explotado por la diplomacia y la prensa liberal nacional y extranjera en contra de la Iglesia, con la referencia al grifón – símbolo de la ciudad – que pisa la tiara. El Padre llevó de ello una herida en el corazón hasta su muerte.

Una vez, sabiendo que el Padre Santoro iba a escuchar al Padre Gavotti del centro de la ACI (Acción Católica Italiana), encargado de la moralidad, le encomendó ingenua y vivamente de decirle de hacer su mejor esfuerzo para que quitasen aquella vergüenza, injuria perenne al Papa y a la Iglesia. Y la vergüenza fue quitada muchos años después.

Sabemos lo que el Padre pensaba del poeta Carducci: «Un docto, un escritor, un literato, pero no un poeta» (Vol. 47, VI). Ciertamente permanece discutible este juicio,¹⁰ pero no se puede no asentir con él, cuando desaprueba el hecho que uno sacerdotes se habían hecho arrastrar en la «convencional admiración de Carducci», que odiaba la Iglesia y el Papa.

«Cuando un escritor – él destaca – pasa tan desvergonzadamente los límites de lo justo y honrado, hasta llegar a insultar sacrílega y satánicamente al Dios Altísimo, al adorable Redentor divino y a Su Santísima Madre, o a los Santos, o la religión, o al Augusto Pontífice, afirmamos que aunque este impío escritor sea un poeta verdadero, un artista verdadero, un erudito verdadero etc. etc., (...) ¡será un delito para un ministro de la religión, para un sacerdote de Jesucristo admirarlo, alabarlo, decantarlo, añadiendo la inconcluyente distinción entre poeta y no creyente, entre artista y sacrílego etc.! (...) Estos admiradores yo los compararía al que queriendo apalea a su padre admiraría la destreza del apaleador, y el ágil voltear del palo, diciendo: ¡me duele que mi padre es aporreado, pero no puedo no admirar la destreza y la agilidad del que le apalea!

Por eso releva: «Por caridad, dejemos a los hijos de las tinieblas esta oscura admiración en favor de escritos y obras impregnadas de odio satánico contra Dios y Su Iglesia, a pesar que tengan alguna aparente calidad desde el punto de vista literario o artístico, porque finalmente Satanás se sabe transformar en ángel de luz, ¡y bien sabe soplar en el intelecto y en la fantasía de hombres que se entregan a él! (...) Sin embargo, ¡al globo carducciano hinchado por la secta no faltan de hacerse colgar también unos sacerdotes!» (N.I. 1, p. 105).

8. Los testimonios

El Padre fue siempre lleno de obsequio y reverencia ante las disposiciones de la Iglesia. A menudo nos hablaba del Papa con sincero entusiasmo, excitando en todos filial amor y devoción al Vicario de Jesucristo. Veneraba todo lo que se enseñaba por el magisterio eclesiástico y quería que no hiciéramos distinción entre enseñanzas **ex cathedra** y no. Entre otras cosas, en su testamento dijo de ser hijo devoto de la Santa Iglesia. En gran veneración tuvo siempre las definiciones de los

¹⁰ Ya desarrollamos el pensamiento del Padre sobre Carducci en nuestro **Bollettino** de 1967, p. 236-267 y 376-377.

Concilios, los cánones eclesiásticos y los decretos de los Romanos Pontífices y de los Obispos, no consintiendo que en ningún modo o subterfugio uno se desviara del pensamiento de la Iglesia. De su adhesión perfectísima a la Iglesia Católica hace fe, entre todos sus escritos, la **carta a los amigos**, que se puede decir una verdadera apología de la fe, conducida en las huellas de los antiguos apologistas. En la obediencia a la Iglesia no quería que uno fuese demasiado minucioso en la distinción dogmáticas y disciplinares; para él, cuando la Iglesia había hablado por boca del Romano Pontífice, aunque fuera de un caso de definición dogmática, toda discusión era irreverente.

Si uno criticaba el Papa, se hacía de fuego, y a sus clérigos prohibía leer los libros en los que el pensamiento de la Iglesia no era entendido con esta veneración. No amaba que nosotros tuviésemos en las manos, por ejemplo, el libro de Grisar sobre San Pedro – que hizo tanto ruido en aquellos tiempos – en el que notaba una cierta hipercrítica, que podía desviar los jóvenes de la total sumisión al Papa.

Una antigua huerfanita recuerda la primera vez que el Padre fue a Roma tras unos días que ella había entrado en el Instituto: «Nosotras llorábamos por su ausencia, pero él nos confortó prometiéndonos un regalito para cada una; al volver nos hizo un informe, llevándonos la bendición del Papa y el regalito para cada una».

9. Las oraciones por el Papa

A las palabras del testamento, en que el Padre protesta su amor a la Iglesia y al Papa (véase antes, n. 1) añadimos también estas otras palabras suyas: «En mis mezquinas oraciones (...) mi primo objeto será el Sumo Pontífice y sus santas intenciones» (Vol. 55, p. 123).

Recuerda Sor Victoria en su informe: «El Padre amaba al Santo Padre con un amor particular. Él en todas las Santas Misas, comuniones, en el Santo Rosario y en todas las solemnidades, la primera intención que a todas nos hacía poner, religiosas y huerfanitas, era siempre por las intenciones del Santo Padre. Cuando no hablaba de él, oh, ¡con qué amor lo hacía, y cómo él anhelaba que pronto se hiciera un solo rebaño bajo un solo pastor!».

Son muchísimas las oraciones al Señor, y especialmente a la Virgen en los diversos títulos, y a los santos, en que el Padre implora para el Papa «la perfecta santidad y las más selectas consolaciones, con la gracia de conducir a santificación y vida eterna a todos los escogidos», mientras invoca el triunfo de la Santa Iglesia, con «la más selecta santificación de todos sus miembros» para que «florezca en todo lugar como un bonito jardín de santidad y virtudes» (N.I. Vol. 10, p. 17).

Una vez San Pío X, por medio del Cardenal Génari, le hizo llegar un óbolo con la petición de oraciones de los huérfanos para una gracia que esperaba. ¡Imagínense el celo del Padre solicitando el fervor de los chicos! Y escribió una ardiente «Súplica al Señor Sacramentado, para que, por intercesión de San Antonio de Padua, quiera conceder al Sumo Pontífice la gracia que espera» (Vol. 4, p. 104).

Cuando Francia se alejó de la Iglesia, prescribió, en las comunidades una oración para su conversión: «Sacad a Francia del abismo en que cayó, dadle jefes cristianos, que la consagren nuevamente a vuestro Sagrado Corazón. (...) Devolvedle la fe: haced revivir vuestra predilecta primogénita de la Iglesia». Luego sigue la invocación de muchos santos franceses (Vol. 6, p. 53). Escribe además una oración a la Virgen de la Salette para la misma finalidad (Vol. 7, p. 90).

En 1926, tras una exhortación al mundo de Pío XI, escribió una súplica que se rezaba cada noche antes de la bendición eucarística, para cuatro intenciones del Sumo Pontífice: 1. Para la cesación de la persecución en México; 2. Para la paz universal; 3. Para la conversión de las naciones disidentes en la Iglesia; 4. Para que la Santa Iglesia, en persona del Sumo Pontífice, tuviese una justa y merecida supremacía en los lugares sagrados (Vol. 5, p. 116).¹¹

Lo interesaba intensamente la vida de la Iglesia, y por eso en los últimos años tenía en su mesa **La Historia de la Iglesia** de Bálamo, para volverla a leer en los ratos libres. Y esto me llama a la mente otro recuerdo: el Padre no era muy fuerte en las normas litúrgicas; en realidad, él exagera cuando escribe: «Muy torpe por las normas litúrgicas y por los ritos, daba pena como se portaba en los sagrados ritos» (N.I. Vol. 7, p. 241). ¡Nada que daba pena, al revés, en su Misa inspiraba devoción! Sin embargo, es verdad que él no tenía actitud natural para las ceremonias, y por eso al lado de la **Historia de la Iglesia** tenía en la mesa el **Manual de Liturgia** de Hugo Mioni.

Volviendo ahora en la oración, diríamos que las visitas del Padre al Papa eran preparadas con vivas recomendaciones del Siervo de Dios a sus casas, para que se rogara para el éxito halagüeño de sus peticiones.

Se nos queda una súplica personal al Niño Jesús y a María Niña del 23 de enero de 1906: «Voy a Roma esperando de llegar allí con vuestras bendiciones, de estar a los pies del Sumo Pontífice, y de cumplir algo bueno para la consolación de vuestros Corazones amantísimos y para el verdadero incremento de estos vuestros mínimos Institutos y obras anexas. Por favor, bendecidme, guiadme, sostenedme, hacedme salir bien todo según vuestro mayor gusto» (Vol. 4, p. 93).

10. Pedir sólo bendiciones

Se preocupaba tener sólo bendiciones por el Papa. En realidad, en los primeros tiempos de la Obra, en un viaje para Roma, igual directa o indirectamente había pedido alguna ayuda al Papa, que sin embargo no obtuvo. «¡Mi esperanza fracasó!» escribió al Padre Cusmano (N.I. Vol. 7, p. 33). Pero seguidamente, hasta en las necesidades más graves de la Obra, no se dirigió nunca al Papa por ayudas materiales. Al Papa «no pedía nunca dinero, sino bendiciones, notaba el Padre D'Agostino, hablando de los tiempos que van de los años '90 al 1900, que también fue el periodo más duro por las finanzas del Instituto. Esto fue un estilo que el Padre guardó durante toda la vida. El Padre Drago quiso referir de Don Orione al Padre Vitale el asombro de San Pío X, que el Padre nunca le pedía dinero, sino sólo oraciones y bendiciones. En realidad, el Padre solía decir: «El Papa tiene que proveer a todo el mundo, no hace falta por eso recorrer a él por cosas materiales, sino sólo por favores espirituales».

En realidad, Pío X, tras el terremoto, dio al Padre una bonita iglesia barraca para Mesina, y una buena cantidad al obispo de Oria para el arreglo de las casas en las Apulias; pero el Padre no había presentado ninguna petición: para ello pensaron Don Orione y Mons. Di Tommaso.

Más bien el Padre proveía a ofrecer su óbolo al Papa. Había introducido en la Obra la costumbre de «guardar a parte diariamente las primicias de las ganancias de unos trabajos, y cada año en el mes de julio repartirlas para uso sagrado: y el primer reparto se hacía al Papa, suplicándole de querer aceptar la mezquina ofrenda», recambiándola con la Apostólica Bendición «sobre todos

¹¹ Recuérdese que en aquel tiempo no había nacido todavía el estado de Israel y la condición de los Lugares Sagrados era muy precaria.

nuestros deseos y esperanzas» (Vol. 28, p. 1). La bendición del Santo Padre él la deseaba «como carisma del Cielo, como gran compensación para todo nuestro pobre trabajo» (Vol. 41, p. 25).

Otra vez acompañaba su ofrenda con expresiones muy llenas de amor y fe: «Ahorrando unos pequeños dineros sobre sus ganancias de sus pequeños trabajos recogieron 25 liras, que deponen ante de Vuestra Santidad, suplicándola que quiera benignísimamente aceptarlas como signo de nuestro profundo amor y humildísima sumisión, y quiera generosa y paternalmente impartirnos la santa y apostólica Bendición deseada ardientemente por todos nosotros. Oh, ¡pueda esta Bendición del Vicario de Jesucristo bajar sobre nosotros como la bendición de Isaac sobre la cabeza de Jacob!» (29.03.1899) (Vol. 28, p. 2).

Pedía al Papa la ayuda en sus oraciones, y ¡cuánta confianza tenía en las oraciones del Papa! En momentos de grave tribulación se había dirigido a León XIII, que le había asegurado «rezar al Señor para sacarla, con sus gracias, de las actuales tribulaciones» (11.01.1893). Él en seguida destaca: «¡Muy pronto se vieron los efectos de la oración del Santo Padre!». Aquella tribulación, que parecía amenazar gravemente la existencia de la Obra recién empezada, «desapareció muy pronto totalmente, más bien se volvió a mayor y duradera ventaja de la misma» (N.I. Vol. 10. p. 212).

En 1909 informa el Papa sobre la apertura de la casa de Oria y sobre las enfermedades que azotan la comunidad femenina, e implora: «La Santidad Vuestra quiera acompañar esta nuestra entrada en aquel sagrado corral con tan paterna, piadosa, y apostólica bendición, que haga acepta al Corazón Santísimo de Jesús, ahora y en el porvenir, la ocupación que hacemos de aquel lugar»; y «quiera hacernos una oración especial en el gran sacrificio de la Santa Misa, y quiera particularmente bendecir estas comunidades, para que el Altísimo no se fije en mis pecados, y nos haga misericordia con la curación de las enfermas, si así gusta a su divino Corazón, por la intercesión de su Santísima Madre» (Vol. 28, p. 13). Y en el libro de los divinos beneficios, nota en 1909: «Este año tuvimos un gran acercamiento con el Santo Padre Pío X, audiencias privadas para mí, las hermanas, bendiciones, ayudas» (N.I. Vol. 10, p. 242).

Viendo como las cosas, por gracia de Dios se iban arreglando, atribuía de ello el mérito a las oraciones del Santo Padre, y decía: «Como son verdaderas las palabras del Papa. A mis quejas sobre las dificultades y molestias por enfermedades, privaciones y otras cosas de mis hijitos, él me contestó: “Quédese tranquilo, señor Canónigo: su obra es obra de Dios y las obras de Dios siguen por sí solas”».

11. Ingenuidades de niño

En las manifestaciones de amor al Papa tenía unas ingenuidades de niño.

Cuando se estrenó la pastelería, quiso que el primer dulce fuera enviado al Papa, como también ya dijimos que se enviaban las primicias de las ganancias.

Una vez en nuestra plantación de agrumes en Oria hubo una cosecha de mandarinos que pareció particularmente bendita por Dios: frutos bonitos, gordos, con un sabor exquisito. El Padre pensó: algunos de ellos tenemos que enviarlos al Papa. Quiso preparar él personalmente los paquetes, con papel y adornos los más curados; llamó a toda la comunidad y manifestó toda su complacencia, sonriente, por aquel pequeño don, pero hecho con todo el corazón, al Santo Padre: se entreveía en él toda la ingenuidad de su alma y todo el respeto incondicionado, que intentaba transmitirnos.

Había quedado muy afectado por una hermosa estampita de Jesús con las manos atadas y, por debajo, las palabras **Jesus autem tacebat** (Mt 26, 63). Por eso la hizo reproducir por nuestras tipografías en muchísimas copias, para propaganda, en edición muy sencilla, en blanco y negro, en papel satinado y la repartió ampliamente a todo el pueblo, y también entre obispos y cardenales. Más bien llegó hasta al Papa, al que escribía con sencillez y confianza: «Pidiendo humildísimo perdón a Vuestra Santidad, ofrezco esta preciosa estampita del adorable Redentor Jesús ante los tribunales, que hice realizar para devota propaganda, y ella no puede no ser agradable a la profunda piedad de Vuestra Santidad, y en el mismo tiempo de ella remito un paquete a Vuestra Santidad» (Vol. 28, p. 19).

Durante la guerra, tras un efectivo o supuesto ataque al buque transbordador en el estrecho de Mesina, rogó al Papa de obtener por el emperador de Austria que no se repitieran más atentados parecidos (Vol. 32, p. 50).

Cuando Benedicto XV mandó hacer tres ayunos en toda la Santa Iglesia para obtener la cesación de la guerra, el Padre se ofreció con todas sus comunidades para sustituir el Papa en la práctica de esta mortificación. Y, como siempre, ¡con cuánta fe! «Todos mis mínimos Institutos, con las lágrimas en los ojos ruegan que Vuestra Santidad quiera aceptar su humilde sustitución filial, o sea, que Vuestra Santidad que está oprimida por penas y labores por la Santa Iglesia y por todos los pueblos, se dispense del observar los tres ayunos; y todos los huerfanitos y huerfanitas, con el personal gestor y asistente, no sólo observarán puntualmente, con la ayuda del Señor, los tres ayunos de estricto magro, sino harán otros tres más por parte y en vez de Vuestra Santidad» (29.05.1915). naturalmente el Santo Padre contestó que, agradeciendo el pensamiento delicado, amaba dar él primero el ejemplo de la oración y de los ayunos para presentar ante el trono del Altísimo; pero las comunidades hicieron los seis ayunos prometidos.

No sólo ayunos, sino también la vida él ofrecía para el Papa. Recordamos los turbamientos, más bien la revolución de la postguerra. El Padre escribe de ello a Sor María Nazarena, Superiora General de las Hijas del Divino Cielo (08.07.1919): «¡Los tiempos son terriblemente apremiantes! ¡Hasta más graves que la misma guerra! ¡El socialismo, el anarquismo empiezan a dominar! ¡El Gobierno es impotente para reprimir, nadie sabe adónde iremos a parar! ¡Decid alguna cosa acerca de los peligros a las comunidades para que recen y teman a Dios y reparen!». El pensamiento corre en seguida al Papa: «¡No tenemos que olvidar el Sumo Pontífice, nuestro Santo Padre Benedicto XV! Dios no quiera que se asalte el Vaticano (...) parece que de ello todavía estamos lejos, pero el peligro existe (...) ¡Recemos para el Santo Padre y hagamos ofrenda de nuestra vida por aquella del Sumo Pontífice!» (Vol. 35, p. 217).

Cuando murió Benedicto XV, destaca sor Victoria, arriba recordada, que el Padre «reunió a toda la comunidad para anunciar la muerte de Su Santidad: él tenía los ojos llenos de llanto y durante diversos días nos hizo todo ofrecer en sufragio de aquella alma bendita. Además, hizo hacer muchas oraciones por Aquel que el Señor tenía que escoger en su lugar».

En aquellos días el Padre había comprado una bonita estatua en madera del Niño Jesús; y pensó exponerla para la veneración de la comunidad con una de sus salidas geniales: presentar al Niño Jesús como pontífice y rey, coronado con la tiara, para coronarlo en el mismo día en que en Roma se coronaba el nuevo Pontífice Pío XI. Todo esto aconteció domingo 12 de febrero de 1922.

Hizo preparar una tiara y en aquel día hizo la coronación antes de la Santa Misa con la fórmula de ocasión: «Queremos coronaros pontífice eterno y rey del Cielo y de la tierra y de toda vuestra Santa Iglesia; pontífice invisible, que solo podéis sostener, iluminar y regentar al Pontífice visible de Roma, vuestro selecto vicario, hoy Pío XI». Y suplica al Eterno Padre: «Por amor del Niño Jesús,

defended más que nunca vuestra Santa Iglesia católica apostólica y romana; proteged, defended, iluminad y guiad a su visible Vicario, el Sumo reinante romano Pontífice Pío XI; infundidle una excepcional fe intrépida, y hacedlo triunfar sobre todos sus enemigos visibles e invisibles» (Vol. 9, p. 58-59). La misma función hecha en Mesina, el Padre la renovó el 26 del mismo mes en Taormina.

12. «Antes de todo, obediencia a la Santa Madre Iglesia»

El hijo de la Iglesia se revela sobre todo en la obediencia a sus leyes y en la docilidad y fidelidad a su enseñanza. Fue esta la disposición habitual del Padre que de ella dio prueba en toda ocasión; por lo tanto, acostumbraba encomendarnos la sumisión y la obediencia más escrupulosa a la Iglesia, dándonos el ejemplo él mismo.

Recordemos lo que escribe en propósito al Padre Vitale: «¡Actuar con las reglas de la Santa Iglesia es adivinar siempre, como el que se regula con la santa obediencia! Antes de todo, obediencia a la Santa Madre Iglesia» (Vol. 32, p. 107).

Hallamos un maravilloso testimonio de su apego a la Iglesia en una larga carta del 11 de febrero de 1926 a la señora Zúccaro, que lo había juzgado propenso para aceptar «la falsa doctrina de la llamada teosofía». La reacción inmediata y vigorosa del Padre nos da nueva prueba de su profundo **sentire cum Ecclesia**. Escribe en efecto: «¡Yo protesto con todas mis fuerzas, que esto nunca fue! Si por algún momento solo hubiese admitido esta errónea y falsa doctrina, habría hecho un gravísimo pecado, habría renegado mi fe católica, me habría opuesto a todas las enseñanzas de la Santa Iglesia, habría rechazado lo que enseña el Apóstol San Pablo, que es gran maestro de la doctrina católica, y él dice en sus cartas: **Pues bien, aunque un ángel del cielo os predicara un evangelio distinto del que os hemos predicado, ¡sea anatema!**» (Gal 1, 8).

«La falsa y errónea y fantástica doctrina de la teosofía es una de las muchas herejías que aparecieron en el mundo en todo el tiempo desde que existe la Iglesia, y que poco a poco caen una tras otra. (...) ¡Es una verdadera temeridad creer en una enseñanza tan extraña, que se opone a las enseñanzas de la Santa Iglesia, que ya condenó la así llamada teosofía y que puso sus libros en el índice! (...) Oiga un consejo de mi parte, ilustre señora: queme estos libros, parto de mentes desequilibradas y lejanas de Dios y de la verdad; quédese firme a lo que ni más ni menos, la Santa Iglesia enseña». Acordadas una vez más las palabras arriba mencionadas de San Pablo, sigue: «Así a nosotros por la Santa Iglesia, de la que Jesucristo dijo: **Si quis non audierit Ecclesiam sit tibi sicut ethnicus et publicanus** (Mt 18, 17), que se explica: El que no escuchará la Iglesia, considéralo un hereje. Y San Pablo llama a la Santa Iglesia: **¡Columna veritatis, columna de la verdad!**» (1Tim 3, 15).

«Sin embargo, señora comadre,¹² columna de la verdad serían los delirios de las mentes locas, almas lejanas de Dios, que enseñan que el alma pasa de generación en generación».

Llega luego a la conclusión: «Ay, ilustre Señora, inclínese a la Santa Iglesia y permanezca firme en la **Revelación** que nos dio Nuestro Señor Jesucristo sobre los destinos del hombre por medio de la Sagrada Escritura, de los Santos Evangelios, y todo por medio de la Santa Iglesia Católica. Y sepa que la Divina Revelación es la que es, y no le se puede quitar ni añadir nada. Motivo por el cual San Juan Evangelista, habiendo escrito el libro del **Apocalipsis**, con el que se encierra toda la Santa

¹² El Padre había legitimado el matrimonio de la Señora con su marido; por eso la llama comadre.

Biblia del Antiguo y del Nuevo Testamento, acaba con esta terrible sentencia: “Hago saber al que escucha las palabras de profecía de este libro, que si alguien le **añadirá** pondrá a Dios sobre de él y las llagas escritas en este libro; y si alguien **quitará** algo de las palabras de profecía de este libro quitará Dios la porción de él en el libro de la vida y de la Ciudad Santa” (que es el Paraíso) (22, 18-19).

«Y ahora no me queda que rezar indignamente a los Corazones Santísimos de Jesús y de María, para que le den luces de permanecer firme en las enseñanzas de la fe católica, de la Santa Iglesia, **columna de la verdad**, fundada por Jesucristo sobre la piedra inquebrantable del Papado, depositario de la verdadera doctrina evangélica». Añade luego en una postdata: «Un último pensamiento dedicado a los falsos **grandes doctores** de la reencarnación y de la teosofía. Palabras del Espíritu Santo en los Libros Santos: **¡Abominabiles facti sunt in studiis suis!** ¡Se volvieron abominables en sus estudios! (Sal 13, 1) (Vol. 42, p. 16-18)».

13. El valor de las revelaciones privadas

Tocamos ahora un punto muy importante de la vida del Padre: su incondicionada fidelidad a la Iglesia acerca de la aparición y las revelaciones de la Salette.

Antes de todo es oportuno ver la conducta del Padre sobre las revelaciones privadas en general.

Se relevó que el Padre consiente con gusto a las revelaciones privadas. Él mismo no esconde esta propensión suya, pero confiesa explícitamente que no se deja dominar por ella: «Yo quiero mucho las revelaciones privadas de almas santas, pero nunca acepto todo su tenor» (Vol. 37, p. 115).

En propósito el Padre Vitale precisa: «El Padre, amantísimo como era de las cosas místicas, acercaba, en cuanto las conocía, las almas que parecían fornidas de dones sobrenaturales; con ellas entraba en relación, si hacía falta las guiaba, les daba clarificaciones, revisaba sus escritos; pero siempre equilibrado en la mente por la gran fe que lo caracterizaba, se empeñaba en distinguir las verdaderas de las falsas revelaciones, y exigía por todos nosotros que en la actuación tuviésemos como guía los principios de la pura fe, y no las revelaciones privadas, y quería que a éstas se prefiriesen las virtudes interiores, especialmente la obediencia, para no tropezar en errores y graves peligros» (**ob. cit.** p. 550).

Más arriba lo entendimos hablar sobre la revelación en la Iglesia, que se encerró con la muerte de los Apóstoles; y él explica: «No hay otra revelación sino la que fue confiada por Jesucristo a la Santa Iglesia por medio de los Apóstoles, y en ella hay todo el destino del hombre, y no es lícito alterarla mínimamente con locas añadiduras a capricho del primero que pasó» (Vol. 42, 16).

Las revelaciones privadas no se tienen que aceptar supinamente. El Padre aclara su pensamiento con carta del 10 de mayo de 1925 a Mons. Liviero, obispo de Città del Castello, criticando la publicación integral del diario de Santa Verónica: «Siempre yo retuve, en la enseñanza de muchos místicos, que, en las visiones y locuciones, especialmente en personas de mujeres, aunque sean santas, puedan entrar unos engaños. Paulin atribuye estos errores también a santas que la Iglesia venera en los altares. Cuántas contradicciones entre Santa Brígida, la De Ágrede, la Emmerich etc. Creo que las revelaciones o locuciones no se tengan que tomar como palabras escriturales, y que tal

vez se tenga que omitirlas, y unas cuantas explicarlas en nota para darles un significado justo y prudente» (Vol. 29, p. 82).

Los mismos pensamientos más largamente el Padre los repite en una carta al Padre Pedro Bergamaschi, que había publicado escritos inéditos de una insigne mística benedictina, sor María Cecilia Baij (1694-1766) de Montefiascone. De ella había hecho la publicación integral, y el Padre no aprueba este criterio:

«Me parece ser conforme a la prudencia y sagrada exactitud en hecho de revelaciones privadas no proceder con fe ciega, en el mismo nivel de los Libros Canónicos y de los Decretos de la Santa Iglesia. Muchos son las equivocaciones que pueden tomar hasta las almas más iluminadas – especialmente si son mujeres – en parecidas visiones, revelaciones, locuciones o inspiraciones. No raramente la operación divina sufre las alteraciones del canal humano por donde pasa. Por ejemplo, ¿quién podría consagrar toda visión de la Emmerich? ¿Quién todas las revelaciones de Santa Brígida **ad verbum**, cuando entre una y otra tal vez hay unas contradicciones?¹³ Yo quiero mucho las revelaciones privadas de las almas santas, ¡pero nunca acepto **todo su tenor**! Si tengo que publicar revelaciones etc. suprimo, quito, corrijo lo que puede chocar con el sano criterio, o tradiciones acreditadas u opiniones de sagrados y doctos escritores. Y creo que estoy haciendo algo bueno y prudente. (...)

«En las revelaciones privadas, mi muy estimado padre, ¡nunca es prudente tomar toda frase como palabra dogmática o proposición próxima a fe! Los engaños pueden ser miles; Paulin lo demuestra evidentemente también en personas de Santos puestos en los altares. Esto no tiene que asombrar, porque aquella visión o noticia distinta, pasa siempre por el canal humano, al que el Señor deja – por altísimos fines – alguna escoria, y la visión recibe de ella una modificación que altera su íntegra pureza. La luz para recibir estas operaciones místicas no es habitual: ella es actual, aunque habituales puedan ser las buenas disposiciones o actitudes para tenerla. Pero estas disposiciones no están siempre en la misma perfección e intensidad. Un hecho cualquiera psicológico, moral o espiritual, o hasta natural y físico, las puede alterar, y así la luz no resplandece en su plenitud, y en el alma, sin que se dé cuenta de ello, se escapan ciertas circunstancias, ciertos puntos, ciertas proposiciones si se trata de locuciones, y de allí sale el error involuntario. (...) Cada cosa se recibe según el sujeto.

«Si todo esto, pues, es demostrado por la experiencia, y además por todos los teólogos místicos, entre ellos San Juan de la Cruz y Santa Teresa, Castrovetero, Paulin, Padre Serafino y muchos otros, razón y prudencia quieren que no se tome cada palabra (**de las revelaciones**) como proposiciones próxima a la fe, y mucho menos esto se tiene que hacer cuando vienen a chocar, no sólo con autoridades de escritores insignes, sino también cuando chocan con la inocua y provechosa devoción en persona de Santos» (Vol. 37, p. 115-117).

En el gobierno de las comunidades, luego, el Padre no admitía que se obedeciera a revelaciones privadas. Escribe a Mons. Zimarino, obispo de Gravina: «Según la enseñanza de teólogos místicos, ninguna Obra se tiene que empezar o autorizar en la base de **revelaciones privadas**: se tiene que hacer abstracción de estas, como si no existieran. Me recuerdo que leí en Santa Teresa que ella callaba siempre en absoluto las revelaciones que la movían a fundar, cuando proponía una fundación a sus directores espirituales» (Vol. 7, p. 164). Y cuando una comunidad, para su propio

¹³ Por las condiciones lamentables en que se hallaba la Iglesia en sus días, Santa Brígida anunciaba en sus revelaciones un porvenir catastrófico; pero un biógrafo releva prudentemente: «Como ocurre a las almas que arden por el celo al Señor, o por aquella que ellas creen que sea la causa del Señor, Brígida aquí intercambia su voz con la de Dios» (J. Joergensen, **Santa Brígida de Vadstena**, Vol. II, p. 187).

arreglo, esperaba en una revelación de un alma santa, el Padre intervino: «No provoquemos a Nuestro Señor para darnos respuestas, cuando tenemos la fe, la confianza, la oración, el consejo y la razón, porque estos son los medios que nos dejó Nuestro Señor para conocer su voluntad adorable, o bien de realizarla sin tener la satisfacción del amor propio de haberla conocida perfectamente. Roguemos para que Nuestro Señor en el Evangelio se explicó muy claramente sobre la gran eficacia de la oración humilde, confiada y perseverante, con recta intención y abandono en la divina voluntad» (Vol. 39, p. 74).

14. Las apariciones de La Salette y de Lourdes

Veamos ahora la conducta del Padre en la cuestión de La Salette.

La aparición de Nuestra Señora en la montaña de La Salette, el 19 de septiembre de 1846, hubo un tiempo que conmocionó a todo el mundo. No pocos autores la ilustraron con sus escritos, sargados oradores la proclamaron de sus púlpitos y en muchas ciudades y aldeas se introdujo la nueva devoción. En un cierto punto, sin embargo, por un lado, se hizo camino la devoción a Nuestra Señora de Lourdes, y por otro lado intervinieron dos decretos de la santa Sede, finalizados a frenar unos abusos introducidos en la devoción a La Salette, así que bien pronto la primera fue conquistando el mundo, mientras la otra no sólo poco a poco fue menguando, sino que por muchos fue creída casi prohibida por los antedichos decretos, que en cambio querían enderezarla en el cauce de la verdadera devoción.

Mientras tanto digamos que las dos apariciones fueron igualmente reconocidas por la Autoridad Eclesiástica competente, que es la diocesana.

Seguidamente a un riguroso proceso canónico, en que fueron investigados minuciosamente los hechos, interrogadas las personas, examinados los milagros, Mons. Laurence, obispo de Tarbes, decretó: «Juzgamos que la Inmaculada María Madre de Dios apareció realmente a Bernardette Soubirous el 11 de febrero de 1858 y en los días siguientes, por dieciocho veces, en la Gruta de Massabielle en la periferia de Lourdes; que esta aparición reviste todos los caracteres de la verdad y que los fieles pueden con tranquilidad prestarle fe» (cf. Trochou, **S. Berdardetta Soubirous**, Marietti, Torino, p. 326-327).

Parecidamente, por La Salette tenemos el reconocimiento del obispo de Grenoble, a quien pertenece La Salette. Tras el regular proceso, durado cinco años, Mons. Filiberto de Bruillard, el 19 de septiembre de 1851, declaró: «Nosotros juzgamos que la aparición de la Santísima Virgen a los dos pastores, el día 19 de septiembre de 1846, en una montaña de la cadena de los Alpes, situada en el territorio de la parroquia de La Salette del arciprestazgo de Corps, tiene en sí todos los caracteres de la verdad, y que los fieles están autorizados a creerla con segura certeza» (Barbero, **La Salette**, Ed. Paoline, p. 229).

Pío XII menciona este documento en la carta dirigida al Superior General de los Misioneros Saletinos el 8 de octubre de 1945, en preparación del primer centenario de la aparición «**cuyo proceso canónico – él releva – instituido en sus tiempos por la autoridad diocesana, se solucionó favorablemente**» (cf. **II Magistero Mariano di Pio XII**, Ed. Paoline, p. 141).

Para entender plenamente lo que diremos más adelante, aprovecha tener en cuenta la postura asumida por la Santa Sede con relación a las dos apariciones de que hablamos. Tres obispos en 1877

interrogaron en propósito la Santa Congregación de los Ritos y tuvieron esta respuesta: «Aquellas apariciones o revelaciones no fueron ni condenadas ni autorizadas por la Santa Sede, que sencillamente permitió que se crean de fe puramente humana, sobre las tradiciones que las refieren, corroboradas por las pruebas y por los testimonios dignos de fe (...).

«Entonces ni autorización ni condena, sino una postura permisiva de la Santa Sede. Este texto fue citado al pie de la letra treinta años después, en la Encíclica de Pío X contra el Modernismo» (cf. Volken, **Le rivelazioni nella Chiesa**, Ed. Paoline, p. 203).

15. Porque La Salette queda en la sombra

¿Cómo, pues, mientras la luz de Lourdes envía siempre nuevos resplandores, la de La Salette parece eclipsarse?

El Padre Volken (**ob. cit.** 115) cree que «una revelación particular, por su misma naturaleza, es expuesta a críticas; pero si es destinada para **edificar** la Iglesia siempre lo conseguirá en los tiempos que Dios querrá». Y prueba este principio con la devoción al Sagrado Corazón. Santa Margarita murió en 1690; los hechos de Paray-le-Monial y la devoción al Sagrado Corazón serán reconocidos totalmente bien doscientos años después la muerte de Margarita. Un solo hecho significativo: el libro del P. Juan Croiset, S.J., **La devoción al Sagrado Corazón**, publicado en 1691, fue puesto en el índice y de allí fue quitado sólo en 1887.

Nosotros deseamos y rezamos por el triunfo de la devoción a Nuestra Señora de La Salette; y mientras tanto escuchemos por el Padre las motivaciones que obstaculizaron su proceso.

Él atribuye todo esto al «enemigo de todo bien, que suscitó fanáticos defensores de la aparición, y dio el empuje para el exceso a los promotores de la buena fe, y nació de ello una especie de presunción al punto que quisieron imponer casi como un dogma la aparición y las palabras de la Santísima Virgen, se quisieron adelantar atrevidamente los serenos e iluminados juicios de la Santa Iglesia, más bien se llegó al punto de ofender altas Autoridades Eclesiásticas. Se imprimieron libros, que uno tras otro, merecieron ser puesto en el Índice. En el campo eclesiástico el clero ofendido en Francia reaccionó y nacieron de ello luchas de prensa, que cada vez más salieron perjudicando la aparición». En este alboroto de cosas, llegaron los decretos de que hablamos arriba, que fueron diversamente interpretados: «Los contrarios tomaron argumento para desacreditar la aparición, los promotores se volvieron más fanáticos y violentos.

«La consecuencia fue que muchos creyeron que la Santa Iglesia prohibiría la devoción a Nuestra Señora de La Salette (mientras que esto no fue nunca) y se enfriaron en ella. Famosa la aparición de Nuestra Señora de Lourdes, y entonces a esta se volvieron todas las miradas y La Salette, excepto en la santa montaña, quedó eclipsada» (N.I. Vol. 1, p. 188).¹⁴

¹⁴ Sin embargo, ahora estamos en periodo de recuperación: «El Santuario de La Salette, el más alto de Europa, aunque casi redoblado por la capacidad receptiva del Albergue, con la construcción de un amplio complejo, detrás del ábside de la Basílica, fue completo durante toda la temporada. Basta con pensar que cada día entre 25 y 30 autobuses de línea subían a La Salette, recorriendo las curvas cerradas de una carretera entre las más fascinantes de alta montaña, sin contar los demás autocares de empresas particulares y los conches sin número con grupos familiares. Se conseguía difícilmente encontrar una plaza para aparcar, aun en los amplios aparcamientos preparados para esto. Los días inmediatamente anteriores al 19 de septiembre, fecha de la Aparición, un número indescriptible y muy consolador de confesiones y Santas Comuniones puso a dura prueba el celo de los buenos Misioneros de La Salette, ayudados por numerosos cohermanos,

16. La condena del libro del Abad Combe

El Padre se halló implicado en la cuestión de La Salette a causa de Melania, la pastorcita a la que, junto con Maximino, había aparecido la Virgen.

Sabemos que ella, con 66 años, en 1897, fue a Mesina, donde tuvo durante un año la dirección de las Hijas del Divino Celo, cuando el Instituto pasaba por una crisis gravísima, que había puesto en peligro su existencia.

A pesar de todo lo que se dijo sobre esta mujer aún discutida, el Padre retuvo que su intervención fue «una imprevista bendición de Dios, una suerte inesperada e inolvidable», porque en el año que tuvo el gobierno, regeneró la casa tanto que el Padre llegó a decir que ella «echó los cimientos de este humilde Instituto de las Hijas del Divino Celo» (Vol. 45, p. 444).

Ninguna maravilla que el Padre haya tenido para ella, además de la admiración por sus virtudes descomunales, un profundo sentimiento de gratitud, hasta considerarla la cofundadora, y que, en diciembre de 1905, en el primer aniversario de la muerte, ocurrida en Altamura, allí se fue con un grupo de hermanas, para celebrar en aquella catedral una solemne conmemoración con un discurso que luego pasó en la prensa.

Aconteció que en 1907 la Sagrada Congregación del Índice condenó un libro del Abad Gilberto José Combe, que llevaba, traducido al francés, el discurso del Padre sobre Melania.

El Padre fue muy entristecido por ello y de inmediato escribió a la Sagrada Congregación para protestar su perfecta docilidad a las orientaciones de la Santa Iglesia. He aquí el texto de su declaración:

«Al Eminentísimo Cardenal Prefecto y a los Eminentísimos Cardenales y Excelentísimos Consultores de la Sagrada Congregación del Índice.

«Llegó a mi conocimiento que la Sagrada Congregación del Índice prohibió un volumen publicado últimamente en París, titulado: **El secreto de Melania pastorcita de La Salette y la Crisis actual, por el abad Gilberto Combe Cura de Diou (Allier).**

«Ahora como en dicho volumen en la p. 21 hasta la p. 36 está insertado un Elogio fúnebre mío, pronunciado en Altamura, en honor de la difunta Pastorcita de La Salette, así quiero declarar a Vuestras Eminencias y a todos los Excelentísimos y Reverentísimos Padres Consultores, que si en cualquier lugar de dicho elogio fúnebre hubiesen hallado algún motivo de dicha prohibición, además de los que Vuestras Eminencias y Excelencias pudieran encontrar en todo el volumen, así yo quiero perfectísimamente uniformarme al rectísimo juicio de la Santa Iglesia, manifestado por Esta Sagrada Congregación, y quiero reprobar todo lo que en dicho Elogio fúnebre hubiera podido dar motivo de prohibición.

«En cuanto a la aparición de la Santísima Virgen de La Salette, y a los hechos prodigiosos que se atribuyen a la difunta Melania Calvat, no quiero prestar sino una fe puramente humana, según la

venidos a ayudar de Italia, Suiza, Alemania, Bélgica, España» (Cf. **L'Osservatore Romano**, 29 de septiembre de 1971, p. 6).

mente del Sumo Pontífice Urbano VIII, y también estoy pronto a desistir de esta fe, si el juicio de la Santa Iglesia y del Beatísimo Padre se manifestara contrario a estas credencias piadosas.

«Beso humildísimamente las manos de Vuestras Eminencias y Excelencias, y me declaro:

Mesina, 31 de mayo de 1907

Humildísimo siervo

Canónigo Aníbal María Di Francia»

(Vol. 28, p. 52).

La protesta de arriba no tuvo consecuencias por la Sagrada Congregación; sin embargo, destacamos que los Teólogos censores no hallaron nada para rebatir en este elogio, al revés, afirman que el libro de Combe tuvo que ser condenado por otras motivaciones. Y esto es confirmado por el hecho que al Padre no fue impuesta ninguna retractación o corrección, como se hubiese tenido que hacer si en su discurso se hubiese hallado algo digno de reprensión.

17. La Carta al Abad Combe

Una copia de la protesta de arriba fue enviada por el Padre al Abad Combe, el 15 de agosto del mismo año, acompañada por una carta que es un verdadero monumento de su espíritu eclesial.

Antes de todo lo exhorta a aceptar con mérito la condena de su libro: «Mi muy querido cohermano, vos conocéis como se tiene que tomar todo de las manos de Dios y con gran humildad de corazón, reconociendo que todo es para nuestro mejor, que nosotros merecemos siempre ser mortificados por su mano divina. Tratándose luego de ciertas contradicciones o amonestaciones que llegan a nosotros por parte de altísimas autoridades eclesiásticas, como son las Sagradas Congregaciones Romanas, que representan al mismo Sumo Pontífice, nuestra sujeción tiene que ser suma, nuestra humildad profunda y nuestra prudencia santa. No tenemos en este caso considerar ciertas circunstancias que determinaron aquella amonestación o contradicción por parte de los Prelados de la Santa Iglesia. Dios se sirve de muchos medios, pero las decisiones de los altos Prelados de la santa Iglesia son obra del Espíritu Santo que la gobierna. Tenemos que reprobamos cordialmente todo lo que ella reprueba, renunciando hasta a nuestro juicio. Si luego el Altísimo querrá cambiar Él las cosas, sabrá muy bien mudarlas en su tiempo y lugar. Y mucho menos lo hará cuanto menos nosotros supimos someternos a los que Le representan».

Mientras tanto, aprovecha la ocasión para exponer a Combe sanos principios a los que se tienen que inspirar todos los que se empeñan en defender La Salette.

«Aquí no puedo eximirme, mi muy querido hermano en Jesucristo, de someteros unas ideas mías acerca de los errores en que se cae ordinariamente defendiendo La Salette, con no leve perjuicio de esta santa causa.

«De diferentes defensas que leí sobre La Salette, y de diferentes personas que traté, pude relevar que, defendiendo la aparición de la Santísima Virgen, el Secreto y la Regla de los Apóstoles de los últimos tiempos, no se procede con la debida prudencia, con la debida circunspección y reserva, ni con la debida caridad.

«Y he aquí los errores en que prácticamente se suele caer:

«1. La aparición de la Santísima Virgen se pone en el nivel de los dogmas de la Santa Iglesia, mientras tales hechos prodigiosos no son sino creencias privadas. La fe humilde y sencilla los cree, según los motivos de credibilidad, pero no hace falta ponerlos al par de los dogmas de fe.

«2. El Secreto se pone en el nivel del Evangelio; y esto también es un error. El criterio en la aceptación de parecidas revelaciones tiene que ser bien diferente de aquel con que aceptamos el Evangelio como palabra de Dios. Las revelaciones privadas pueden ser sujetas a errores no por el instrumento divino que las da, sino por el instrumento humano que las recibe, así como lo permite el Señor. (...)

«Que los defensores de La Salette hagan de ello una especie de dogma de la aparición y una especie de evangelio del secreto, esto no puedes aprobarse. Por este modo se ponen en un terreno falso y, como un error llama otro, acontece que defendiendo La Salette y el Secreto se encienden, se agitan, pretenden que todo el mundo tenga que creer, y por poco no llaman las saetas del cielo sobre los que no los creen, imitando así el celo poco discreto de aquellos discípulos del Señor que querían hacer bajar el fuego del cielo sobre aquel pueblo de Judea que no quiso recibir a Jesucristo. Sin embargo, el Divino Maestro les dijo: **No sabéis a qué espíritu pertenecéis.**

«Según mi débil parecer, las defensas demasiado exageradas, que se hicieron por La Salette y por el Secreto perjudicaron no poco estos divinos acontecimientos, y así el que ganó fue el demonio.

«Pero, donde el enemigo de todo bien obtuvo las más grandes ganancias es con el impulsar talmente los defensores de La Salette a pasar los límites que la **defensa** de la Salette se hizo una **ofensa** contra las Autoridades Eclesiásticas, con perjuicio grandísimo de las obras del Señor. Todo esto no puede gustar al Señor.

«Según las enseñanzas de la más sana teología, Dios quiere que todo lo que Él actúa en privado en su Santa Iglesia sea sometido directamente al parecer y a la voluntad de los que Le representan. Dios es celoso de este orden establecido por Él mismo, y no quiere que se altere esta regla de fe. Cuando se trabaja para que los altos personajes de la Santa Iglesia acepten las privadas revelaciones u otras obras privadas, hace falta hacerlo con gran humildad y sumisión a la potestad de la Santa Iglesia, hace falta insinuarse muy humilde y prudentemente para conquistar el consentimiento y la aprobación de las Autoridades Eclesiásticas. Así hicieron los Santos, a pesar de las más grandes revelaciones privadas de las que gozaban.

«¡Sin esta humildad y prudencia, la defensa de la misma verdad se convierte en un fanatismo!»
(N.I. Vol. 8, p. 61).

Es esta la doctrina católica sobre los carismas, que fue sancionada por el Vaticano II: «El juicio de su autenticidad y de su ejercicio razonable pertenece a quienes tienen la autoridad en la Iglesia, a las cuales compete ante todo no sofocar el Espíritu, sino probarlo todo y retener lo que es bueno» (LG 12).

18. ... Y a León Bloy

Más o menos los mismos relieves el Padre los presenta al célebre León Bloy (1846-1917).

El escritor apocalíptico francés se interesó él también de La Salette, publicando su volumen **Celle qui pleure** y envió copia de ello al Padre, igual tras indicación de Combe. El libro naturalmente resentía del ambiente polémico del tiempo y sobre todo de la intolerancia del autor.

El Padre le escribe el 18 de septiembre de 1908, acusando el recibo de la obra y «como verdadero amigo y admirador» le hace sus observaciones. Importantísima la primera: «No se puede aprobar que se escriban y se impriman invectivas y palabras injuriosas contra los obispos, que son ungidos por Dios, confirmados por la plenitud del sacerdocio y por una altísima dignidad. Si hubiera obispos que no cumplen bien sus obligaciones, no toca a nosotros juzgarlos y condenarlos. Ellos dependen por el Obispo de los Obispos, que es el Romano Pontífice, al que se tiene que dejar toda cura». E insiste: «Creo que el sistema usado hasta ahora por los aficionados de La Salette y de Melania, para defender la aparición y acreditarla, haya sido equivocadísimo, y adecuado para desacreditar sea la aparición, sea Melania. ¿Qué bien se podrá jamás sacar por La Salette tomándosela en contra con las Autoridades Eclesiásticas y desacreditando los obispos franceses?».

Y sigue: «Os añado que toda vuestra publicación no es legítima, porque falta el **Imprimátur** de la Autoridad Eclesiástica. Ni vale con decir que este **Imprimátur** no sería necesario; ¡al revés, para vuestro libro es absolutamente indispensable! Si la Curia Romana dará alguna importancia a vuestro libro, lo hará poner en seguida en el Índice. Otras publicaciones parecidas sobre Melania y sobre La Salette, hasta ahora fueron puestas en el Índice. Ahora preguntaría a sus autores: ¿escribir obras para que sean puestas en el Índice es acaso el mejor medio para acreditar a Melania y La Salette? Yo conozco un dicho francés que dice: **¡Surtout pas trop de zel!**».

Encierra con una propuesta digna de su amor a la Virgen y a la Iglesia: «Mi muy estimado señor Bloy, yo os pido un favor en nombre de la Santísima Virgen de La Salette, y de Melania: retirad todas las copias de vuestro libro, y enviádmelas a mí, y, con el pacto que sean **todas**, yo las compraré y las destruiré; luego volveréis a imprimirlas corregidas y con el **Imprimátur** de la Curia» (N.I. Vol. 8, p. 80). Pero León Bly no hizo nada, y sobre la eventual condena al Índice dijo que esta sería **el mejor reclame para su libro** «Pero yo – escribe el Padre a Combe – haré cuenta que no leí esta palabra, que no huele a catolicismo»; y añade, escusando y compadeciendo: «Ciertamente le habrá salido inadvertidamente en un momento de desequilibrio, y por eso lo compadecemos. ¡Yo también en un momento podría actuar peor!» (N.I. Vol. 8, p. 64).

19. Por la vida de Melania

A la aparición de La Salette es vinculada obviamente la memoria de Melania. Nosotros sabemos cómo la juzgaba el Padre: alma de grandes virtudes, merecedora igual de los honores de los altares, no falta, sin embargo, de defectos, que él recuerda de vez en cuando en sus escritos. El Abad Combe se había propuesto de escribir su biografía y el Padre, alegrándose con él, lo amonesta, para evitar una nueva condena.

«Si vos queréis que esta publicación consiga el gran objetivo que todos deseamos, hace falta que conduzcáis este trabajo de modo que no pueda subyacer a otra prohibición por parte de la Sagrada Congregación del Índice.

«Un estilo y un lenguaje de gran moderación, de gran reserva y de ilimitado respeto y sumisión a los Prelados de la Santa Iglesia tiene que predominar en vuestra publicación. No tiene que haber

nadie que ofenda la caridad hacia sacerdotes o periodistas, o también hacia los detractores o contradictores de La Salette. Dejemos al porvenir la crítica histórica de estos hechos contemporáneos. Por el momento el estado de las cosas, la prudencia, la caridad, la justa satisfacción que tienen que tener muchas Autoridades Eclesiásticas ofendidas, y la necesidad de destruir toda huella de fanatismo en este asunto, exigen la máxima cautela y circunspección. Ciertos hechos los reivindicará la historia. Publicando una vida de Melania, de nada otro nos tiene que apretar que hacer resaltar la gran santidad de aquella alma, sus íntimas y continuas comunicaciones con Dios, las virtudes extraordinarias que la adornaron. Su padecer y los dones **gratis dati** con que el Señor la enriqueció». Y he aquí como colofón un cierre verdaderamente estupendo: «Salvo el juicio de la Santa Iglesia, **al que creo más de lo que vi con mis ojos y toqué con mis manos**» (N.I. Vol. 8, p. 63).

Bastaría sólo esta profesión de fe para medir la total e incondicionada fidelidad del Padre a la Santa Iglesia.¹⁵

20. Protesta de fidelidad al Papa

Encerramos este capítulo con la siguiente protesta de fidelidad al Papa, que el Padre escribió para todos los Rogacionistas:

«Declaro que, como cristiano por la Gracia del Señor, como Sacerdote indigno de la Iglesia Católica, como miembro de una Congregación que tiene como primer objetivo el incremento del sacerdocio, prometo que tendré el más gran respeto, la más ilimitada sumisión y subordinación hacia el Sumo Romano Pontífice. Lo miro y lo remiraré siempre, hasta el último aliento de mi vida, como a la Persona misma de Jesucristo, y con el mismo Amor lo amaré y obedeceré.

«Todos los intereses del Sumo Pontífice, los intereses vivísimos en mi corazón; sus palabras, sean también dichas fuera de la cátedra y en simple conversación, serán para mí palabras de salvación eterna. Todas las opiniones y maneras de pensar del Santo Padre serán regla de mis opiniones y mis maneras de pensar, por las cuales cambiaré mis propios juicios y sentimientos. Los dolores y las penas del Sumo Pontífice serán penas y dolores míos.

«En la predicación, en las confesiones, en las conversaciones, transmitiré a los demás estos mis sentimientos de sumisión ilimitada y cariño filial para con el Vicario de Jesucristo. En mis pobres plegarias, especialmente en la Santa Misa, en la acción de gracias, en el rezo del Oficio Divino, en la oración, en el Santo Rosario, mi primer objeto será el Sumo Pontífice y todas sus santas intenciones. Si el Santo Padre publica unas encíclicas o hace unos discursos, y tengo la dicha de leerlos, trataré de captar su sentir, y obedeceré exactamente a todo lo que él mande o aconseje.

«La persona del Santo Padre será para mí sagrada y adorable, y si tuviera la suerte de ver alguna vez al Sumo Pontífice, consideraré como grandísimo honor el poder besar y volver a besar sus venerables pies e incluso el polvo que ellos pisan.

«Todo esto yo declaro: 1. Porque reconozco que es voluntad de Nuestro Señor Jesucristo que de tal forma se honre, se ame y se obedezca a su Vicario, ya que el Señor esto lo considera como

¹⁵ Combe no escribió la obra prometida; León Bloy en 1912 publicó la **Vie de Melanie**, que sin embargo son las notas autobiográficas de Melania, limitados a los años de su adolescencia (1831-1846). Hasta ahora, lamentablemente, no se escribió una vida documentada definitiva de Melania, que por lo tanto permanece todavía una figura, como ya dijimos, variamente discutida.

hecho a Sí mismo; 2. Porque todo esto está en nuestra regla y espíritu dominante de este humilde Instituto; 3. Porque yo lo experimento profunda e íntimamente; 4. Porque reconozco que de esta sumisión y perfecta docilidad al Sumo Pontífice proviene toda bendición de Dios y todo bien para cada Instituto y cada alma; y que, en lo contrario, enflaquecer esta sumisión, bajo pretexto de inoportunas distinciones entre **ex cátedra** y **non ex cátedra**, entre persona y carácter sagrado, es el comienzo de gravísimas caídas para los individuos y de ruina para las Comunidades» (Vol. 44, p. 123).

Esta espléndida declaración, transcrita en un artístico pergamino, fue entregada al Papa Pablo VI por el Padre General en la audiencia concedida a los Padres Capitulares el 14 de septiembre de 1968; y el 1 de octubre siguiente Mons. Juan Benelli, Sustituto de la Secretaría de Estado, nos comunicaba el complacimento del Santo Padre por el filial homenaje, añadiendo: «El Santo Padre leyó con ánimo conmovido las fervidas expresiones de profunda fe en la misión del Papa, de sincero amor hacia El que lleva el peso y la responsabilidad, de completa adhesión a las enseñanzas y a las orientaciones del Magisterio Pontificio». Seguía así: «En la certeza que los sentimientos que animaron el venerado Fundador sigan siendo estímulo y programa para todos los miembros de las dos Congregaciones por él instituidas, el Santo Padre formula el augurio que esto ejemplar apego a la Cátedra de Pedro sea recompensado con abundantes favores celestiales y sea fuente de muchos méritos y felices incrementos».

4. EL DIVINO MANDATO

1. Había nacido por ello. 2. La hora de la Providencia. 3. La vocación rogacionista. 4. El primer escrito sobre el «Rogate». 5. La gran revelación. 6. El secreto de todas las obras buenas. 7. La necesidad de sacerdotes. 8. ¡Cuánto pocos son los sacerdotes hoy! 9. Quiénes son los trabajadores. 10. Todos vienen de la oración. 11. ¡Dios lo quiere! 12. Pero, ¿por qué la oración? 13. Oración y acción. 14. El «Rogate» y la santificación del clero. 15. El mérito de la oración rogacionista. 16. ¡Doloroso misterio!

1. Había nacido por ello

Entremos ahora en el campo en que el Padre recogió sus mejores laureles: el **Rogate**. Él mismo reconoce su propio mérito, en su autoelogio, en una frase que diríamos se le escapó de la pluma, motivo por lo cual su humildad acorrió en seguida para atenuarlo: «Por el **Rogate** no digamos nada: a ello se dedicó, o por celo o por obstinación, o por el uno y la otra juntos» (N.I. Vol. 7, p. 241).

La historia nos asegura que fue ardientísimo celo, que le fue explícitamente reconocido por los teólogos censores de los escritos. Uno de ellos más bien nos da este juicio lisonjero: «El Siervo de Dios fue tan penetrado por la necesidad para la Iglesia de tener numerosos y dignos trabajadores y de la eficacia del recurso evangélico para impetrarlos, que para actuarlo movió, se podría decir, cielos y tierra. Este argumento fue la razón de su vida, la nota dominante de sus escritos, la característica de su Obra».

Esta afirmación me recuerda las palabras que escribí en años ya lejanos: «El **Rogate** fue la luz de sus pasos, la estrella de su pensamiento, el sol de su vida; había nacido por ello; y no se puede imaginar el Padre si no en el acto de agitar esta luminosa bandera, con el ansia que latía en el corazón de llevarla a la conquista del mundo. “¡Ay! – él gritaba – Se hacen oraciones para la lluvia, para las buenas temporadas, para la liberación de los divinos castigos, y para otros cien argumentos humanos, y descuidamos de rezar al Sumo Dios para que envíe buenos trabajadores evangélicos a su mies”. Y en una ardiente oración al Sagrado Corazón él gime: “Y, ¿por qué pues todos vuestros amantes no elevaron ante vuestra presencia esta oración saludable? ¿Por qué, mientras tantas almas perecen, (...) el mundo católico no se levanta como un solo hombre para implorar de vuestro divino Corazón, (...) innumerables sacerdotes? (...) Dilatad, oh Señor, desde el oriente hasta el occidente, desde el Sur hasta el Norte, este espíritu de oración; sean fervientes y desborden por ello los corazones de todos los altos Prelados de la santa Iglesia, de vuestros Sumos Pontífices, de los Obispos, (...) de los Sacerdotes que son vuestros discípulos, y de la entera Iglesia docente. Se inflamen por ello los corazones de todas las vírgenes y de las monjas consagradas a Vos. (...) Os pedimos, oh Señor Jesús, el triunfo de la **Rogación Evangélica** de vuestro Corazón en toda la santa Iglesia, en todo el mundo. Haced que sea una **Rogación universal** (...) que todos los ojos se dirijan a este divino deseo de vuestro amantísimo Corazón, que todos los oídos sean penetrados por este grito incesante de vuestro Corazón anhelante: La mies es abundante, pero los trabajadores son pocos. **Rogate ergo Dominum messis, ut mittat operarios in messem suam**”. ¡He aquí el alma incandescente del Padre! Son palabras dictadas por el fuego que se le había entrado desde el cielo hasta los huesos, como con el Profeta Jeremías (Lam 1, 13): **De excelso misit ignem in ossibus meis et erudivit me**» (El **sacerdocio**, carta circular, p. 43).

Es esto, claramente, el carisma del Padre.

El Concilio recordó la doctrina de los carismas, enseñada ya por San Pablo, según la cual Dios, «distribuyendo a cada uno según quiere (1Cor 12, 11) sus dones, con los que les hace aptos y prontos para ejercer las diversas obras y deberes que sean útiles para la renovación y la mayor edificación de la Iglesia» (LG 12). El carisma del Padre fue la inteligencia y el celo del Rogate, que están en la base de todas sus obras, como aparecerá luminosamente en este y en el siguiente capítulo.¹⁶

¹⁶ Nuestro Capítulo ordinario-especial de 1968 en la **Declaración sobre la naturaleza y fin de la Congregación**, trata ampliamente el carisma del Padre (p. 31-66).

2. La hora de la Providencia

Admiremos, mientras tanto, la intervención de la Providencia en la hora oportuna.

Sabemos por la historia que Dios suscita sus siervos con determinadas misiones en la Iglesia, según las necesidades de ella, en el lugar y en el tiempo establecidos por Él.

Así se explica la vida y la obra de los fundadores de órdenes y congregaciones religiosas, empezando por San Benito hasta las grandes almas contemporáneas, que enjoyaron la Iglesia con institutos admirables que respondían a las necesidades de los tiempos. Dios suscitó al Padre cuando la Iglesia en Italia atravesaba un periodo muy triste por las condiciones del clero.

La revolución, dominada por liberales, socialistas, masones, había lamentablemente desviado no pocos sacerdotes, suprimidas las familias religiosas, depauperadas las diócesis y los seminarios y difundido en los estratos diversos de la sociedad, no excluido el pueblo más bajo, el espíritu laico, que significaba, en el mejor de los casos, indiferencia religiosa, y mucho más a menudo evidente desprecio y abierta persecución a la Iglesia, al Papa y a todo lo que en algún modo había alguna referencia con la vida religiosa. No se puede olvidar el insulto hecho a los restos mortales de Pío IX, en la noche del 13 de julio de 1881, en el traslado del Vaticano al cementerio del Verano.

Sobre todo, preocupaba el aire mundano de la desobediencia y del libertinaje que se había infiltrado en el clero, así que en aquellos años se contaron numerosas defecciones: se habla de un 10% y en algún lugar hasta del 20 %, por el Sur de Italia; pero el desorden había arrollado toda la península. Monseñor Bonomelli, tomando posesión de la diócesis de Cremona en 1871, con 350.000 habitantes, tenía que llorar la apostasía de 35 sacerdotes. Mons. Corti, Obispo de Mantua, murió repentinamente de disgusto por las apostasías en su clero, entre las cuales numerosos profesores del seminario.

En Sicilia actuaba el **batallón eclesiástico**, llamado también **batallón sacrílego**, formado por curas y frailes que habían dejado el divino servicio, especialmente tras circular de Monseñor Cirino Rinaldi, último **Juez de la Real Monarquía**, que invitaba a todos los superiores eclesiásticos de Sicilia a dejar total libertad a los súbditos de alistarse en el ejército de Garibaldi.

«En el Meridión la situación era particularmente grave en las diócesis de Lecce y Mesina, dada la edad avanzada de los dos Ordinarios, que había permitido la instauración de los más graves desórdenes, incluso morales». Pío IX lamenta con el rey de Nápoles (02.10.1857) «los graves desórdenes que existen en la diócesis de Mesina, considerando la antigua ineptitud y la presente imbecilidad del Cardenal» (cf. Aubert, **Il Pontificato di Pio IX**, con apéndice del Padre Martina, p. 673). Mons. Minúoli (cf. **Vicende storiche del Seminario di Messina**, p. 26) hace la rehabilitación del Cardenal Villadicani, Arzobispo de Mesina; y ciertamente los méritos de este habrán sido positivos (cf. Oliva, **Annali di Messina**, Vol. 8, p. 358-359), pero él era un hombre sencillo, y seguramente no tenía el pulso para mantener la disciplina en aquellos tiempos tempestuosos; se añadía luego la debilidad de la edad y los malintencionados abusaban de ello. De aquí las quejas de Pío IX que en 1859 le envió el administrador apostólico. He aquí como el Padre, en el elogio fúnebre del Cardenal Guarino, menciona sobriamente las condiciones de la diócesis de Mesina en la entrada de aquel arzobispo, en 1875: «Guárdeme el Señor que yo, alabando Guarino, quiera esparcir sombra sobre sus antecesores, de santa y venerada memoria. ¡Pero los tiempos del '60 para nosotros fueron tiempos de aflicciones extraordinarias para la Iglesia de Dios! Se vio la desolación del Reino del Señor y la abominación de la casa de Dios, de que habló el vidente de Babilonia. Recién llegado a

Mesina, el Arzobispo Guarino, con aquella intuición de donde él tomaba conocimiento de las cosas y de las personas, en una sola mirada vio y saboreó el miserable estado de nuestra diócesis» (Vol. 45, p. 30).¹⁷

Miserable, podría decirse más o menos, el estado de todas las diócesis de Italia, que se reflexionaba siniestramente en el bajón de las vocaciones eclesiásticas y religiosas. En el arco de la vida del Padre he aquí las estadísticas del clero diocesano y regular: en 1861 los sacerdotes eran 118.488 con una población de 21.777.334 habitantes; en 1921 la población había subido a 38.033.000, mientras el clero había bajado a 62.942 miembros. Evidentemente había entrado la anemia en el organismo de la Iglesia, y para devolverle frescura y vigor, hacía falta que nueva linfa circulara en sus venas. Hablando fuera de metáfora, el esplendor de la Iglesia es vinculado ordinariamente con el esplendor de su sacerdocio; por eso hacía falta encontrar el medio de suscitar en la Iglesia sacerdotes numerosos y santos.

El sacerdote es un hombre divino y no puede crearlo la industria humana, y he aquí la motivación por la cual Jesús mismo se preocupó de indicarnos este medio en la oración, cuando nos mandó: **Rogate ergo Dominum messis, ut mittat operarios in messem suam.**

Para que este medio fuera ampliamente conocido, adoptado, valorizado, Dios envió a su Iglesia nuestro Padre como apóstol del **Rogate**.

3. La vocación rogacionista

¿Cuándo el Padre tuvo la vocación rogacionista? Refiriéndose al **Rogate**, él confiesa explícitamente que «el Señor, por su infinita, gratuita bondad, le dio luces sobre una gran palabra del Evangelio, en que se encierra el secreto de la salvación de la Iglesia y de la sociedad» (Vol. 38, p. 11); y bajo el velo de lo anónimo cubre la acción de la gracia, que vinculaba su pensamiento y su corazón al mandato evangélico: «Hubo un tal que tuvo una atención sobre este divino mandato, aún antes que lo leyera en el Evangelio, y empezó con esta atención su carrera en la vida» (**Preciosas Adhesiones**, 1919, p. 10). Esta atención fue una inspiración divina, que lo previno en el brote de aquellos jóvenes años: fue «una idea grande, sublime, que el Espíritu, que sopla donde quiere, parece que haya inspirado Él mismo, muchos años antes de que se empezara la Obra Piadosa, desde los principios de una juventud espiritual» (**Ibid.** p. 7).

Escuchemos nuevamente la confesión del Padre, siempre cubierta por el anonimato: «Un joven, en el principio de su vida espiritual, y cuando aún no conocía aquellas divinas palabras de Nuestro Señor Jesucristo: **Rogate ergo Dominum messis ut mittat operarios in messem suam**, grabadas en el Santo Evangelio, tuvo en la mente este pensamiento dominante, o sea que para actuar el mayor bien en la Santa Iglesia, para salvar muchas almas, para extender el reino de Dios en la tierra, ningún medio sería tan seguro como el crecimiento de selectos ministros de Dios, de hombres santos, apostólicos, según el Corazón de Jesús y que así óptima y provechosa oración que se tendría que preferirse sería la de pedir insistentemente al Corazón de Jesús que envíe en la tierra hombres santos y sacerdotes escogidos, como en tiempos de San Domingo y San Francisco, como en tiempos de San Ignacio y san Alfonso y parecidos. Esta idea le parecía muy clara e indiscutible.

¹⁷ De estas dolorosas condiciones del clero en Italia y en Mesina ya hablamos más extendidamente en nuestro **Bollettino** interno, en **La Mesina del Padre**, n. 148-151, año 1969-1970.

«Dicho joven seguidamente quedó sorprendido y compenetrado leyendo en el Santo Evangelio aquellas divinas palabras: **La mies es abundante, pero los trabajadores son pocos; rogad, pues, al Señor de la mies que mande trabajadores a su mies**» (Vol. 2, p. 143).

Por su parte, el Padre Vitale: «En el fervor de sus oraciones, e igual también antes de vestir el hábito, estando ante Jesús Sacramentado, iba reflexionando (no cierto sin divina inspiración) que una de las gracias importantísimas para la salvación de las almas, que se tendría que pedir continuamente a Nuestro Señor, es sin duda la de enviar santos sacerdotes a su Iglesia. Buscaba en los libros de devoción una oración parecida, pero no conseguía encontrarla según su genio, y desde aquel entonces llevó siempre grabada en su mente la necesidad de esta oración.

«Luego, cuando la vio en el Santo Evangelio mandado con aquellas palabras: **Rogate ergo Dominum messis ut mittat operarios in messem suam**, sintió como una voz interna dirigida a él, para que se hiciera de ella apóstol y propagador» (ob. cit. p. 42). Esta última afirmación no parece concordar con lo que entendimos por el Padre, que hace remontar la voz interior a tiempo anterior a su conocimiento de la palabra evangélica y antes de vestir la sotana. Él ya tenía la costumbre piadosa de visitar cada día el Santísimo Sacramento expuesto para las cuarenta horas, turnándose las iglesias de la ciudad; y nos recordaba que un día, en una de estas visitas en la iglesia de San Juan de Malta¹⁸ tuvo la primera inspiración de consagrarse a la oración para obtener sacerdotes, aun ignorando el mandato evangélico.

Acordemos unos otros pensamientos del Padre sobre el origen remoto de su vocación rogacionista. Decía que le provocaba gran dolor la deserción de sacerdotes y frailes por causa de los motines revolucionarios del tiempo; por otro lado, la santidad le parecía demasiado trascendente y admiraba el gran heroísmo de los santos, que consideraba en los frescos de las iglesias y de los conventos, especialmente de su Porto Salvo. Para hacer florecer nuevamente en aquellos tiempos la piedad, pensaba que sólo la oración fuera el medio adecuado, y así componía alguna de ellas para conseguir sacerdotes santos: un día, sin embargo, leyó en el Evangelio el **Rogate**, de aquí su asombro que ninguno de los muchos manuales de piedad que conocía diera relieve a ello, y así se sintió impulsado para cultivar la rogación evangélica.

4. El primer escrito sobre el Rogate

Durante el periodo de la preparación al sacerdocio del Padre, el divino Rogate, como sol que crece poco a poco en el horizonte, iba día tras día iluminando cada vez más su mente y caracterizando su vida espiritual. No encontramos, sin embargo, entre los escritos de este periodo, oraciones para el Rogate: las que nos quedan remontan a los primeros años del inicio de la Obra de Aviñón; pero estamos convencidos que sea de su pluma una **Invitación a la oración en La Palabra Católica** del 13 de marzo de 1875, dirigido a los mesineses, que esperaban el nuevo arzobispo tras la muerte de Mons. Natoli. El artículo es anónimo, pero totalmente entonado con el espíritu y la mentalidad del Padre, con una referencia a pensamientos y frases específicamente suyos.

Tras recordar el divino mandato, sigue: «Si nosotros solemos apresurarnos con oraciones públicas para que el Señor envíe la lluvia sobre nuestros campos, tanto más tenemos que rezar

¹⁸ La gran iglesia de San Juan de Malta surgía donde actualmente se halla la prefectura: aquella actual corresponde al ábside de la antigua iglesia derribada por el terremoto de 1908. Allí se veneran las reliquias de los cuerpos de San Plácido y de los Santos Mártires mesineses.

fervorosamente a Dios para que socorra de las viñas de nuestras almas a través del cuidado de un Pastor sabio de la divina sabiduría». Exhorta a pedir a la Santísima Virgen de la Sagrada Carta «un arzobispo santo y docto, un hombre de sentido común, de prudencia y de fortaleza, que sea de Ella devotísimo» insiste sobre la importancia y la necesidad de la oración para esta finalidad: «Elevemos el suspiro de los profetas, cuando deseaban ardientemente el Salvador, y rezaban los cielos para que lloviesen al Justo y la tierra para que lo germinara, ya que un buen Pastor en una diócesis es la imagen de aquel divino Pastor que dio toda su Sangre preciosa para sus ovejitas. **Como el Padre me envió, así os envío a vosotros** – dijo el Señor a los apóstoles, que fueron los primeros obispos de la Iglesia; y ellos, justamente porque investidos con este sublime mandato fueron capaces de convertir miles y miles de almas. Igualmente, ¡cuántos arzobispos santos y doctos, porque llamados por el Señor para este cargo difícilísimo, fueron en todo tiempo el consuelo, el amor, la prosperidad de los pueblos! (...) Se delicia el espíritu cuando se lee de un San Ignacio obispo, de un San Blas, que fueron una bendición del Cielo para sus diócesis y la pública edificación, hasta el derramamiento de su sangre.

«¡Cómo nos ablanda leer que un San Carlos Borromeo, resplandeciendo en abnegación y caridad, lo da todo para sus pobrecillos, cuida su bien material y espiritual, arriesgando su misma vida! ¡Cómo es conmovedor leer que un San Francisco de Sales, con su mansedumbre posee toda la tierra confiada a él, que no ahorra fatigas para bien de las almas, y con la voz y con el ejemplo y con los escritos y con todo sacrificio a Dios convierte miles de ellas! ¡Cuánto es dulce leer que un San Alfonso de Liguorio, incansable y fervoroso, procura con todos los medios la ventaja de su diócesis y a través de la más escrupulosa vigilancia llega a hacerla modelo de perfección, campo exuberante por méritos y virtudes. He aquí los verdaderos llamados por el Señor. (...) Católicos mesineses, elevemos al Señor y a la Virgen Inmaculada súplicas ardientes y continuas, para que Dios nos envíe un obispo según su corazón».

Creemos que esto sea el primer escrito del Padre sobre el **Rogate**; pero su vocación no podía permitirle de limitarse a esto; e intentaremos seguirlo en la afirmación y desarrollo de su gran ideal.

5. La gran revelación

Escuchemos mientras tanto por él la interpretación del texto evangélico:

«Dos evangelistas, San Mateo y San Lucas, son aquellos que relatan este divino mandato del celo del Corazón de Jesús.

«San Mateo (9, 37-38) así se expresa: Entonces Jesús dijo a sus discípulos: **La mies es abundante, pero los trabajadores son pocos; rogad, pues, al Señor de la mies que mande trabajadores a su mies.** San Lucas (10, 2) así escribe: Y les decía: **La mies es abundante, pero los trabajadores son pocos; rogad, pues, al Señor de la mies que mande trabajadores a su mies.**

«Estos dos pasajes de los Santos Evangelios forman una gran **revelación**.

«En primer lugar demuestran el ardiente celo del Corazón Santísimo de Jesús, que tenía que crear el sacerdocio, su verdadero sacerdocio en la tierra, para seguir con el culto divino, para ofrecer perpetuamente la Víctima de infinito valor, y para continuar en la tierra su divino ministerio de salvación eterna de las almas. Él representaba, con aquellas simbólicas palabras, la Santa Iglesia y todo el mundo, y cada reunión social, como una mies, que, bien cultivada por medio de los buenos

trabajadores, llenaría los místicos graneros con la abundante cosecha, pero que también se perdería míseramente si fuera descuidada.

«Jesús Señor nuestro con aquellas palabras iba a demostrar que la salvación de esta mística mies de las almas son sus sacerdotes, pero que, para obtener este bien inestimable, hace falta pedirlo al altísimo Señor, que es Dios, que es Él mismo. Quiso instruirnos que sus sacerdotes no surgen por casualidad, no se forman de por sí, no pueden formarlos el esfuerzo humano; sino que vienen de la divina misericordia, que los crea, que los engendra, que los entrega al mundo, ¡y que si no se repara para tenerlos, no se otorgan!

«¿Acaso todo esto no es evidente? Dios envía los santos en la tierra. ¿Acaso esta no es una de las más grandes misericordias que Él concede? El mandato de Jesucristo es muy claro: **La mies es abundante, pero los trabajadores son pocos; ROGATE ERGO DOMINUM MESSIS, UT MITTAT OPERARIOS IN MESSEM SUAM**» (Preciosas Adhesiones 1919, p. 7).

6. El secreto de todas las obras buenas

Duele que el Padre no nos dejara un escrito exhaustivo, completo sobre el **Rogate**. Tratando sobre la oración él promete un «capítulo apropiado» (Vol. 1, p. 66) sobre la oración rogacionista; lamentablemente, sin embargo, prevenido por la muerte, no pudo traducir en acción su buen propósito. Pero, como **ex abundantia cordis os loquitur** (Mt 12, 34), el corazón del Padre desbordaba por el amor y el celo para la difusión del divino mandato y él nunca estaba satisfecho de llamar sobre ello la atención universal; y, por lo tanto, si nos falta un tratado orgánico sobre el tema, el Rogate aflora naturalmente en todos sus escritos, que nos revelan límpidamente su alma. Vamos a espigar en estos.

Antes de todo el Padre pone en relieve la importancia de aquella divina palabra.

«El **Rogate** contiene, más que una exhortación, un mandato de Jesucristo dirigido a todos los cristianos y más particularmente a los sacerdotes. (...) En esta palabra de la Sabiduría Encarnada se encierra un secreto de salvación para la Iglesia y la sociedad» (Vol. 3, p. 57).

«Es Dios que tiene que suscitar a sus ministros, que tiene que enviar desde el cielo las santas vocaciones, pero Él quiere ser rezado. Aquel **Rogate** es un mandato. Oh, ¡cómo arde por el infinito deseo el Corazón Santísimo de Jesús, de querer conceder tanta misericordia! Y espera que los pueblos ya – y nosotros todos los sacerdotes – nos despertamos de la negligencia usada hasta ahora, hacia un tan importante mandato y Lo suplicamos por tan grande e inexplicable misericordia. **Rogate ergo** nos grita aquel Corazón amorosísimo mientras ve que perecen universalmente innumerables generaciones de almas redimidas con su Sangre preciosísima: almas que, si fueran sólo catequizadas, edificadas, introducidas a la fe y a la religión, recogidas, en resumen, por los místicos trabajadores, llegaría a la salvación y muchas a la santificación» (Vol. 37, p. 123). «Por la fiel obediencia a este divino mandato y por la universal propagación de esta rogación evangélica, podrán llegar inmensos bienes a toda la Iglesia y a todos los pueblos» (Vol. 44, p. 112). «En aquella divina palabra se contiene el secreto de la salvación de las almas y de la curación de todas las naciones» (Vol. 45, p. 399).

«Dios hizo que todas las naciones se pudieran salvar, pero para su salvación nada puede valer como **la sal y la luz del mundo** o sea el buen número de trabajadores evangélicos. Esto es el remedio radical: ¡atentamos, pues, a este santo radicalismo, si queremos una imprescindible regeneración

social!» (**Preciosas Adhesiones** 1901, p. 38). «En relación con la Santa Iglesia, con la sociedad, con el mundo entero, es el gran medio de todos los bienes y de toda salvación en el tiempo y en la eternidad» (**Preciosas Adhesiones** 1919, p. 7). «Aquella palabra de Jesucristo es un mandato con una importancia suprema, más bien recurso **infallible** para la salvación de la Iglesia y de la sociedad» (Vol. 2, p. 144). El **Rogate** contiene «el secreto de todas las obras buenas y de la salvación de todas las almas» (**Preciosas Adhesiones** 1901, p. 5); ninguna maravilla, entonces, si «en la propagación de esta divina palabra Satanás ve el principio de la destrucción de su reino» (Vol. 2, p. 145).

«Es cierto que en la obediencia a este divino mandato se contiene el más grande de los recursos que pueda haber en la Santa Iglesia para la dilatación del reino de Dios. Y viceversa: desatender este gran medio es la más triste causa de la desolación del lugar santo y de la ruina de todos los pueblos y de las naciones. (...) **¡Rogate ergo!** He aquí la gran palabra, el divino mandato, que por otra parte no podía brotar sino por el ardiente celo que atormentaba el Corazón de Jesús; y, usando la palabra bíblica, este celo devoraba aquel divino Corazón, por uno de los más grandes intereses de la Santa Iglesia, que es el suficiente número de ministros escogidos del santuario, para la mayor gloria de Dios y la salvación de las almas» (**Dios y el Prójimo**, n. único, junio 1925, p. 13).

7. La necesidad de sacerdotes

Para entender mejor la importancia del Rogate, el Padre nos llama la atención sobre el papel del sacerdocio en la Iglesia: «La obligación de esta oración se saca por la gran necesidad que la Iglesia y todos los pueblos del mundo tienen. Es orden preestablecido por Dios que el hombre no pueda ser conducido a la verdad y a la salvación sino por medio del sacerdote. Dios estableció que la misma redención se haga inútil sin el sacerdote que la siga y que recoja sus frutos. Por esto justamente Jesucristo dijo a los sacerdotes: **Vosotros sois la luz del mundo, vosotros la sal de la tierra**; no puede haber luz, si no resplandece esta lámpara en el celemín, y no hay como preservar los alimentos de la corrupción si esta sal no los conserva. Es triste el espectáculo que la Iglesia y la sociedad ofrecen. La mística Esposa de Jesucristo llora porque escasean sus evangélicos trabajadores, y las ruinas de la sociedad se acumulan. Donde algún bien aparece, donde la fe florece, donde las almas encuentran salvación, donde la juventud crece creyente, donde los pobres encuentran alivio, donde surgen las buenas obras, donde la buena religión es sostenida, defendida, propagada y el error combatido, donde el laicado es católico y activo, allí está siempre la obra del sacerdote; la obra de los obispos, de los preladados de la Iglesia, de los sacerdotes de ambos los cleros; es siempre la misma la que actúa todo el bien que hay en la tierra: y todos reciben luz y esplendor por el Sumo Jerarca, que es el sol de la Santa Iglesia, el que recibe directamente su luz por Dios. He aquí la gran Jerarquía Eclesiástica, toda compuesta por trabajadores escogidos por Dios para el divino ministerio.

«Bajo este esplendor todo el mundo tiene la vida.

«Imaginemos por un poco que el sacerdocio, como un sol en su ocaso, se apagara. ¿Todo el mundo no quedaría en las tinieblas? ¿Dónde más estarían el culto de Dios, los sacramentos, la Santísima Eucaristía, la Palabra de Dios, la fe, la caridad? Todo perecería.

«Imaginemos por un poco lo contrario, o sea que la tierra abundara por ministros escogidos de Dios, por sacerdotes numerosos y santos; tan numerosos, que corresponderían uno por cada cien habitantes del mundo, tan santos, que igualaran los antiguos Apóstoles: ¿no sería esta la improvisa salvación y felicidad de todas las almas ninguna exceptuada?» (Vol. 3, p. 59).

8. ¡Cuántos pocos son los sacerdotes hoy!

El Padre nos presenta la situación del clero en sus tiempos; pero no se puede decir que hoy la misma situación mejoró.

Antes de todo él se pregunta: «¿Cuál es la mayor aflicción que atormenta hoy la Santa Iglesia?». Y contesta sin titubear: «Es la gran escasez a la que la tristeza de estos tiempos redujo los dos cleros» (**Dios y el Prójimo**, n. único, junio 1925, p. 14). Hoy también como un día en los caminos de Palestina «Jesús hace oír la dolorosa lamentación: **Messis multa, operari autem pauci**.

«Cuando nuestro Señor Jesucristo así hablaba, tenía presentes todos los siglos, todas las ciudades, todos los pueblos, todas las regiones del mundo hasta el fin de los siglos, y de todos deploraba en su corazón la escasez, más o menos grave en unos u otros tiempos, de evangélicos trabajadores» (Vol. 43, p. 149).

«Si dirigimos la mirada sobre nuestros míseros tiempos, no podemos no participar en las penas del Corazón adorable de Jesús, viendo cuánta penuria haya de cultores de la mística mies; la Iglesia es depauperada, las almas perecen, la desolación predicha por el profeta Daniel se extiende con mucho afán de los Pastores de la Santa Iglesia, que ven sus diócesis faltas de sacerdotes y a menudo muchos pueblos y aldeas en los campos quedar faltos del cura, además de muchas deficiencias en las ciudades.

«Un obispo me escribía que tiene 42 parroquias en zonas rurales sin cura capellán. Quien más quien menos, de ello se quejan otros obispos. ¿Qué pasa con aquellas pobres almas? ¡Dios mío, qué abismo de miserias!» (Vol. 43, p. 150).

«Sin embargo en aquellos mismos pueblos en que se lamenta la escasez de los ministros del santuario habría por suerte almas inocentes de niños que, si fueran cultivados en la piedad y en el amor de Dios, pronto germinaría en ellos la vocación al estado eclesiástico. Tal vez es por falta de medios, que sus familiares no se arriesgan de hacer iniciar a estos niños la carrera eclesiástica; tal otra, porque creciendo los años se apaga en ellos aquella semilla de piedad, que el Señor le había infundido y que no se cultivó; ahora es por el deseo de una pronta ganancia, que ellos se inician a un trabajo diverso; ahora por la negligencia de la familia. Diversos, en resumen, son las motivaciones por las que un gran número de jovencitos, que podrían ser sacerdotes santos, permanecen en medio del siglo, con peligro de sus almas y con tanto daño de las demás» (**Dios y el Prójimo**, mayo 1915).

Mientras tanto, ¿quién salva las nacientes generaciones? ¿Quién parte el pan de la divina palabra a los niños que lo piden y no lo encuentran? ¿Quién abraza e instruye la mísera juventud, tan traicionada por doquier? **Dejad que los niños vengan a Mí** (Mc 10, 14), dijo Jesucristo. ¿Quién, pues, dejará que los niños vayan a Jesús? ¿Acaso las sociedades de beneficencia filantrópica? ¿Acaso los colegios meramente civiles? ¿O bien los protestantes, que, tras la guerra europea, se desparramaron por cualquier lugar – emisarios lautamente recompensados – para abrir guarderías – ¡Dios mío! Y escuelas y colegios y orfelinatos gratuitos, para aferrar la tierna edad y descristianizarla, enseñando que Jesucristo no fundó una iglesia o que esta no es visible, que rezar a María Santísima es ofender a Jesucristo, que usar las santas imágenes es ir en contra de los divinos mandamientos, que el sacramento eucarístico no es Jesucristo, que la confesión fue inventada por los curas, etc. etc. Oh, Dios bendito, ¡qué ruina de almas!

«A nosotros los sacerdotes nos toca aferrar las nacientes generaciones. ¡No basta que las regeneremos a la gracia con el santo bautismo, si luego las abandonamos a los lobos rapaces! (...) ¡Pero nosotros no bastamos, no, no! ¡Somos escasísimos por doquier! Escasísimos trabajadores. (...) Los pueblos no los pidieron al Señor, nosotros mismos no los pedimos, no dimos la cuenta que se tenía que dar al gran recurso mandado por Jesucristo, y he aquí sus efectos: centenares de parroquias sin pastores» (Vol. 43, p. 155).

«¡Ay de mí! ¡Cuántos jóvenes, en la flor de la edad toman un pésimo camino, porque en tiempo oportuno no hallaron los buenos trabajadores evangélicos, que, con uniones piadosas, con las alianzas, con las buenas lecturas, con las santas industrias y con verdadero celo, los acojan y los introduzcan a la piedad! Perece la honestidad en peligro de muchas jovencitas del pueblo y civiles porque no se hallan ministros del Señor, que incansables en la predicación, en el confesionario, en las instrucciones, conduzcan a las jóvenes a la frecuencia de los sacramentos, y, con los recursos de la caridad, den ayuda y amparo a las más pobres. ¡Cuántos pobres mendicantes viven en la más torpe ignorancia por no haber sacerdotes que los instruyan y eleven! ¿Quién bendice y legitima el vínculo matrimonial? ¿Quién tutela y une al Esposo divino las vírgenes anhelantes los místicos esponsales? ¿Quién asiste piadosamente a los moribundos en la orilla de la eternidad? Oh, ¡cuántos enfermos y moribundos languidecen y perecen, a menudo sin la confesión, sin recibir el santo viático y la extremaunción, porque no se hallan sacerdotes prontos! Y, quién sabe en cuántas aldeas no existe ni un cura capellán, ¡y aquí se vive y muere como brutos!

«La impiedad, el agnosticismo, la anarquía de todo santo principio de fe y civilización se abren cada vez más camino en el mundo; crecen los malos hábitos, crece la mala prensa, crecen las sectas, las conspiraciones, las revoluciones, y crece la miseria y la desesperación.

«Única barrera eficaz y vigorosa para tanto mal, solo recurso para tantas llagas sociales, puede ser el crecimiento de los buenos ministros del santuario, sea regulares que seculares» (Libro de oraciones **Buenos trabajadores**, p. 6).

«Si miramos las regiones de los infieles - ¡y son las más extendidas del mundo! – el corazón se nos aprieta por el abandono en que se hallan muchas de aquellas almas, que también valen como nuestras almas, redimidas ellas también con la Sangre adorable de Nuestro Señor Jesucristo, entre ellas muchas también se encuentran dispuestas a la verdad. ¡Cuántos miles de niños sin bautismo, comidos por las bestias, echados por los padres salvajes en un río o bajo el pie de un árbol aún infantes! ¡Cuántos miles de aquellos pequeños salvajes crecen embrutecidos y así mueren sin conocer a Dios y a su último fin!

«¡Y todo esto porque faltan los trabajadores de la mística mies, siendo escaso el número de los misioneros en comparación con los que se requerirían en aquellas vastas regiones de infieles!» (Vol. 43, p. 150).

«Hoy, en resumen, pueden repetirse las palabras de Nuestro Señor Jesucristo: **Messis multa, ¡operarii autem pauci!**» (**Preciosas adhesiones**, 1901, p. 11).

9. Quiénes son los trabajadores

Sin duda son los sacerdotes. «¿No son los sacerdotes – se pregunta el Padre – los nuevos Cristos, enviados por Jesús al mundo, como Él mismo fue enviado por el Padre? (...) El sacerdocio

tiene él solo la gran virtud de destruir el reino del pecado y cambiar la faz de la tierra. Ello tiene un poder que no es de este mundo, tiene una fuerza divina, un secreto milagroso, con que se gana los corazones y hace impotentes todos los adversos poderes terrenos e infernales. La historia de diecinueve siglos demuestra y confirma esta verdad y evidencia. Sin esta eficacia divina del sacerdocio no podría para anda explicarse ni el sumo prodigio de los Apóstoles, que regeneraron la humanidad con la necesidad de la cruz, ni el de todos los hombres apostólicos, que luego actuaron asombrosas maravillas, para sostener la Iglesia y salvar las almas» (Libro de oraciones **Buenos trabajadores**, p. 7).

El Padre sin embargo reconoce que el concepto de trabajador tiene que ser extendido más allá de las filas del clero: «Es verdad que el laicado católico es fuente de innumerables trabajadores», pero esto siempre está en relación con el sacerdocio: «¿Cómo podría haber laicado católico sin sacerdocio, que directa e indirectamente lo crea? También las sagradas vírgenes consagradas para la beneficencia espiritual y temporal del prójimo son hijas del sacerdocio católico» (**Secr. Milag.** 1907, p. 135). En otro lugar el Padre recuerda la fuente de este apostolado laico, pero siempre vinculado con el sacerdocio: «Hay apóstoles de buenas obras de caridad que no son sacerdotes, pero ellos reciben la gracia para actuar el bien en los pies del altar, donde el sacerdote inmoló la Víctima divina, donde la encerró en el santo sagrario. La Santísima Eucaristía comunica al sacerdocio, y por medio del sacerdote a todo fiel, la inestimable fecundidad de todas las buenas obras particulares y públicas» (Vol. 45, p. 502).

El concepto del Padre, pues, se amplía: «La divina palabra es siempre una síntesis sublime, que encierra innumerables misterios, y de la que se pueden sacar muchas saludables aplicaciones. Aquel divino **Rogate ergo** no se tiene que considerar solamente en relación a los Sacerdotes suscitados por supremas vocaciones, y estas conseguidas por la obediencia a aquel divino mandato, sino que se tiene que considerar en orden a todos los que el Altísimo impulsa con su divina gracia para actuar un bien más o menos eficaz en su Iglesia, en la gran mies de las almas» (Vol. 43, p. 157). Luego explica: «Pedir trabajadores a la Santa Iglesia quiere decir en primer lugar pedir al Señor sacerdotes según su corazón, en segundo lugar, hombres y mujeres religiosos y religiosas o también seculares, que llenos de espíritu de Dios y de santo celo se comprometan para la salvación de las almas con todo medio posible» (Vol. 2, p.144). Y detalla aún más: «Como hay los que siembran y los que recogen, los que riegan con las lágrimas la semilla que germina, los que vuelven alegres con las gavillas recogidas, los que separan el trigo de la paja, los que lo conservan en los graneros, los que lo reparten; así en la formación de la salvación eterna de las almas hay diferentes agentes en diferentes grados y clases sociales. Los primeros entre ellos, que con mayor fruto pueden coadyuvar la acción de la Santa Iglesia y del sacerdocio católico para la salvación de las almas, en el modo más eficaz y efectivo, son sin duda los príncipes de las naciones, los reyes, los gobernantes y todos los que forman los altos oficios gubernamentales y administrativos. Oh, ¡cuánto depende de los que tienen en manos el poder el cultivo de la mística mies de las almas! Los gobernantes verdaderamente católicos, piadosos, verdaderos hijos de la Santa Iglesia, que tienen el temor y el amor de Dios, que están humildemente sumisos al Vicario de Jesucristo, son el brazo derecho de la religión, y es inmenso el bien que pueden hacer en el místico campo de la mies de las almas. (...). Cuando pues se quiere corresponder a aquel gran mandato del divino celo del Corazón de Jesús, hace falta que, rezando el Altísimo, se ponga una especial intención que el Sumo Dios dé gobernantes según su corazón a todas las naciones.

«Otros buenos trabajadores de la mística mies son los buenos educadores y las buenas educadoras; aquí se acumulan intereses inmensos del Corazón Santísimo de Jesús. ¡Educadores malos de los que míseramente abunda la tierra, son un azote, un huracán, una tempestad, un ciclón que la

derrumba la alborota, la devora! Estos son especialmente los profesores ateos, o agnósticos o inmorales; ¡ay por la juventud que los encuentra!

«Obedecer a aquel divino **Rogate**, vale también pedir a la divina bondad maestros y educadores y directores de institutos creyentes, practicantes, timoratos de Dios, que mientras instruyen la mente con santa instrucción, santamente educan también el corazón.

«Esta oración vale también, para que el buen Dios dé luces y gracias a todos los padres, que tienen en sus manos la gran mies de las futuras generaciones, para que sepan edificar con su ejemplo sus hijos y saberlos tener lejos de los peligros del alma, los crezcan con santa educación y los presenten con buen éxito, o bien encaminados hacia el buen éxito, hacia aquel Dios que los para este fin se los dio». Y aquí el Padre no puede aguantar un relieve doloroso, que, si era válido en aquellos tiempos, hoy lo es aún más: «Ay de mí, ¡cuántos raros son estos padres, y cómo a menudo la casa y la familia forman justamente aquel mundo que es uno de los tres formidables enemigos del hombre!» (Vol. 43, p. 158).

En estas palabras del Padre podemos leer una anticipación del decreto del Vaticano II sobre el apostolado de los laicos **Apostolicam actuositatem**.

10. Todos vienen de la oración

Faltan mientras tanto los trabajadores. ¿Cuál es el remedio por tanta deficiencia? El Padre contesta: «Nuestro señor lo indica grande, universal: **Rogate ergo Dominum messis**... Ello, pues es vinculado a la oración: soberano, infalible remedio. Y llamamos infalible este remedio, porque, habiéndolo indicado e impuesto Nuestro Señor, no puede fallar; y si indicó la oración para esta finalidad, quiere decir que la quiere escuchar, sino, no la habría mandada. Y es como si hubiese dicho: si me pediréis los trabajadores para la mies de las almas, os los daré; y esto significa también: si no me los pediréis, no los tendréis cómo y cuántos necesitáis» (Vol. 43, p. 159).

Y justamente esto el Padre quiere poner en relieve: el sacerdocio ciertamente no podrá nunca extinguirse totalmente en la Iglesia, porque de este modo cesaría la misma Iglesia: «Es verdad que, por los méritos y las oraciones de Jesucristo, por los méritos y las oraciones de la Santísima Virgen, todas las buenas obras de los escogidos, el culto de Dios y las oraciones universales de la Santa Iglesia y de todos sus hijos, en todos los tiempos y en todos los lugares, merecieron el reino de Dios y su justicia; y así el místico campo vio cultores evangélicos casi ángeles del Cielo, hombres casi divinos, portentos de heroísmo y santidad. ¿Quién podría negar esto? ¿Cuántos ministros de Dios resplandecen hoy en ambos cleros? ¿Cuántos luminares de ciencia y de santidad? Pero con todo esto sería un error más que grave decir que Nuestro Señor Jesucristo pronunció superfluamente aquellas palabras: **Rogate ergo** etc.; y que obedecer literalmente a este divino mandato no comporte el conseguimiento de una abundancia más numerosa y santa de trabajadores para la mística mies» (Vol. 3, p. 59).

Queda siempre verdadero lo que el Padre destaca: «Todos los fieles tienen que comprender que la misericordia más grande que el Buen Dios haga para un pueblo, para una ciudad, será justamente la de enviarle sacerdotes escogidos, como la misericordia más grande que Dios hizo a todo el género humano fue la de enviar en la tierra a su Unigénito Hijo, que luego dijo a sus discípulos: **Sicut misit me Pater et ego mitto vos** (Jn 20, 21). Al revés, ¡el castigo más grande con que el Altísimo golpea los pueblos es cuando los priva de sus ministros, o mejor de ministros según su

Corazón! (...) Los pueblos tienen comprender esto, y acostumbrarse a rezar al Señor para que les envíe los sacerdotes que catequicen, que les administren los sacramentos, que los conduzcan a la vida eterna» (**Preciosas adhesiones**, 1919, p. 9).

El Padre insiste sobre estos pensamientos: «Cuando el sumo Dios envía los sacerdotes según su Corazón a la Santa Iglesia y a los pueblos, ¿Quién puede decir el inmenso bien que de ello resulta? Bien, si Jesucristo dijo: **Rogad al Señor de la mies**, quiere decir: 1. Que Él quiere absolutamente que todos hagamos esta oración; 2. Que Él la atenderá infaliblemente; y que así cuanto más se dilate esta divina oración, tanto más la Santa Iglesia sobreabundará de escogidos y santos ministros del Santuario. Y he aquí la salvación universal, siendo los sacerdotes la luz del mundo y la sal de la tierra» (Vol. 2, p. 143).

11. ¡Dios lo quiere!

«Si la oración para conseguir los sacerdotes según el Corazón de Dios y si las relativas obras para propagarla no tuviesen su origen que **en una simple inspiración y en la espontánea reflexión sobre su utilidad**, ciertamente que a una propaganda parecida se tendría que corresponder por todos, y con preferencia, por su alta finalidad. Pero, ¿qué decir si se sabe que fue Jesucristo mismo a promoverla y a mandarla?» (Vol. 43, p. 153). «En este mandato hay la obligación de una oración universal de la más alta importancia. Y es notable que San Lucas, transmitiendo de la boca adorable de Jesucristo aquella divina exhortación, no usa la palabra **dixit**, dijo, sino la palabra **dicebat**, decía, y esto demuestra la repetición y la insistencia con que inculcaba esta divina oración» (Número único, p. 14). «Es consolador reflexionar que, si Nuestro Señor Jesucristo nos mandó esta oración, quiere decir que la quiere atender, quiere decir pues que, si esta oración se propaga, se extiende, se generaliza, los pueblos y las naciones serán proveídos con buenos evangélicos trabajadores.

«En este modo el Evangelio será predicado en todo el mundo, y se prepararán los tiempos en que habrá un solo rebaño y un solo Pastor» (**Preciosas adhesiones**, 1901, p. 38).

«Cuanto sea necesaria esta oración, lo demuestra el ejemplo mismo de nuestro divino Redentor. Tenía Él llamar al santo sacerdocio los primeros ministros de la ley de gracia, los que tenían que ser como el primer fecundo germen del sacerdocio católico: y bien, ¿qué hace? ¿Qué medio utiliza para formar la vocación de los doce pescadores? Antes de buscarlos, antes de invitarlos, ¡Él se retira en la montaña y reza! Reza sobre una montaña, como si de allá hubiese querido hacer ascender más directa al Padre suyo si ardiente oración; ruega por la noche porque ningún humano acercamiento lo distraiga del gran asunto que trataba con el Padre suyo, ruega toda la noche porque con el sacrificio del descanso y de todo sí mismo, acompañando sus oraciones **cum lacrymis et clamore valido**, ¡pueda mayormente merecerse ante el Padre de ser escuchado **pro reverentia sua**! En cuanto baja de la montaña, aún mojado por las lágrimas y el sudor, llama los apóstoles para que lo sigan, para hacer la escogida primicia de su sacerdocio. ¡Vaya lección para todos para que comprendamos cuánto tan grande gracia se tenga que pedir con particulares oraciones!» (Vol. 3, p. 58). Y en otro lugar, comentando aún el mismo episodio, escribe: «Nos enseñó en este modo que esta gran misericordia, que se podría decir madre y origen de muchas misericordias, ¡no se consigue sino con grandes oraciones! Ni puede ser diversamente: Nuestro Señor Jesucristo antes que viniera al mundo, quiso que se deseara mucho y que se rezara. Los Sacerdotes son los nuevos Jesucristos: hace falta santamente desearlos y pedirlos al Señor» (Vol. 54, p. 504).

«De la Santísima Virgen sabemos que guardaba en su corazón las palabras de su Hijo divino (cf. Lc 2, 51). Y, ¿por qué las guardaba? ¿Acaso para tenerlas ociosas, como el talento del Evangelio? (Cf. Mt 25, 25). ¡Ay, no! Más bien para practicar incansablemente lo que su divino Hijo mandaba. Por eso nunca comió ociosa el Pan Eucarístico, sino con sus oraciones procuró y todavía procura los ministros del altar.

«También los apóstoles tenemos que creer que rezaron por esta santa finalidad, ellos que cuando el Espíritu Santo les acordó todo lo que Jesucristo les había dicho y mandado, oh, ¡cómo fueron todo celo y premura obedeciéndole!

«De esta opinión es justamente el Alápidés, en la explicación de este paso del Evangelio de San Mateo y de San Lucas. En efecto, para agregar un nuevo apóstolo a su sagrado colegio, que fue Matías, hicieron preceder la elección por la oración (cf. Hch 1, 24) (Vol. 43, p. 30)».

«En el **Prefacio de la Misa De communi Apostolorum** es también bonito y notable lo que la Iglesia nos hace repetir: **Es verdaderamente digno, justo, conveniente y saludable, que te recemos con insistencia, oh Señor, Pastor eterno, que no abandones tu rebaño.**

«La Santa Iglesia asistida por el Espíritu Santo, estableció los **Cuatro tiempos** y las **rogaciones** no tanto para obtener del Sumo Dios los frutos del campo, sino para obtener los cultores del místico campo. Pero esto fue poco advertido, y aquel gran mandato de Jesucristo no fue para nada realizado.

«Sin embargo alguna voz se levantó a lo largo de los siglos para reclamar la atención sobre aquel mandato divino. San Ilario, en los primeros siglos de la Iglesia, comentando aquel paso en San Lucas y San Mateo, así se expresa: **Este don nos viene de Dios por medio de la oración y de la plegaria.** San Alberto Magno, en una ferviente apóstrofe que se dirige a la preciosísima Sangre, así reza: **Os adoramos en la Santísima Eucaristía, donde os sabemos contenido sustancialmente (...). Caed como torrentes sobre la Iglesia, fecundadla con Santos, enriquecedla con almas angélicas, que sean como flores en el jardín del Padre celestial, y derramen su suave perfume en todo el mundo.**

«Faber, en su docta obra **Conciones**, comentando aquel pasaje del Evangelio, relata las palabras de San Jerónimo (Lib. II in epist. **Ad Galatas**): **Roguemos al Señor de la mies para que envíe trabajadores que cosechen las espigas del pueblo cristiano, preparadas para el futuro trigo, las recojan e impidan que se vayan perdiendo, guardándolas en los graneros.**

«También Sacy, en sus comentarios sobre el Evangelio, así se expresa: **La misión de los trabajadores evangélicos tiene que ser un efecto de las oraciones de la Iglesia.** San Vicente Pallotti compuso en propósito una pequeña oración en latín, que él rezaba y propagaba por doquier, que así empieza: **Per sacrosanta humanæ redemptionis misteria, mitte, Domine, operarios in messem tuam.**

«San Luis María Griñón en una larga oración tiene expresiones sublimes, divinas para invocar la bondad celestial que conceda una misericordia tan incomparable.

«En la vida del Venerable P. Genaro Sarnelli, escrita por P. Dumartier (traducida al italiano por Bozzatra, ed. Festa, p. 104) se lee en una carta a una religiosa: “Nuestro Señor en el Evangelio dice a sus discípulos: Mis queridos, girad la mirada, contemplad los muchos países del mundo, mirad cuántas almas son en su sazón para la cosecha: la mies es abundante, los trabajadores son pocos, rogad al Señor del campo para que envíe los trabajadores para su mies. Todas las que sois, tened

siempre en la boca esta jaculatoria, avalorándola con los méritos de la preciosa sangre de Jesucristo y uniéndola al celo del divino Salvador para la gloria del Padre y la salvación de las almas: **Domine messis, Domine messis, mitte operarios in messem tuam**. Dios Padre todopoderoso, creador de las almas, enviad muchísimos trabajadores para hacer la cosecha; os encomendamos las almas a Vos tan queridas» (Vol. 3, p. 57).

Hace falta reconocer, sin embargo, que se trató siempre de voces aisladas.

12. Pero, ¿Por qué la oración?

El Padre se presenta una dificultad: pero, ¿cómo, si la mies es propiedad de Dios, **in messem suam**, por qué tenemos que rezar nosotros para tener los trabajadores?

Y contesta él mismo: «Todo lo que Dios dispuso que hagamos para nuestra salvación, dispuso que lo hiciéramos por medio de nuestra oración; y por un misterio inefable, la voluntad omnipotente de Dios necesita, para cumplirse, de ser ayudada, en el orden de la gracia, por la voluntad débil del hombre. Dios mismo no puede cosechar la mies de las almas, o sea no puede salvarlas, si ellas no rezan, si no quieren rezar.

«Además es necesario rezar al Señor de la mies, porque no es utilidad suya si envía los trabajadores a su mies, y si ellos cosechan una mies abundante; sino que la utilidad es exclusivamente nuestra, o sea de los hombres, de los que tenemos mutuamente solicitar y promover, con la oración a Dios, la salvación.¹⁹

«En realidad, ¿qué obra de fe y caridad se puede pensar en la tierra sin el sacerdocio católico? ¿Acaso no es esto la sal de la tierra y la luz del mundo? ¿Acaso no son los sacerdotes los nuevos Cristos, enviados por Jesús al mundo como Él mismo fue enviado por el Padre? Es bueno trabajar por toda obra buena, pero es algo sobresaliente suplicar el Altísimo, ya que Él lo quiere, para que envíe a la tierra numerosos ministros suyos; y esto lo actúa evocando aquí y allá sus elegidos al sagrado ministerio con aquella vocación fuerte y suave que atrae y transporta y conduce desde el siglo hasta sus santos sagrarios. ¿Quién puede resistir a su poderosa llamada? Y son justamente estas vocaciones santas que se piden obedeciendo a aquel divino mandato: **Rogate ergo...** Siempre hay una gran diferencia entre sacerdotes llamados por esta omnipotente vocación y aquellos que llegan por el camino de industrias y trabajos humanos» (N.I. Vol. 10, p. 220).

«Y aquí se hace notar que, habiendo dado Nuestro Señor Jesucristo este precepto, de ello viene por consecuencia que si una tal oración es descuidada, si un tal mandato de oración se demora, todas las fatigas de los pobres obispos y de los rectores de los seminarios se reducen generalmente a un cultivo artificial de curas; porque alguna parte de los jóvenes, o muchos de ellos entran en seminario sin una verdadera vocación, sino más bien para robar los estudios a precio discreto, y entre los que llegan al altar, pocos son los que llegan con una fuerte vocación en el ánimo. Ya habrá sacerdotes, pero con vocaciones a medias, porque falta el especial concurso de la gracia, que se tiene que procurar por la obediencia más exacta a aquel divino mandato, o sea de la oración más extensa e ininterrumpida para los buenos sacerdotes según el Corazón de Dios. ¡Éstos no puede darlos sino Él que es poderoso

¹⁹ Estas reflexiones son sacadas por la **Vida de Nuestro Señor Jesucristo** de **Rodolfo Certosino**, Vol. I, c. 133.

para sacarlos y suscitarlos hasta de las piedras! **Etiam ex lapidibus istis!** (**Preciosas Adhesiones** 1919, p. 9).

«Las vocaciones, como la gracia eficaz, tienen que bajar de lo alto, y si no se reza, si no se realiza el mandato de Jesucristo, las vocaciones desde lo alto no bajan y los abundantes efectos de muchos trabajos y de tanta cultura no se consiguen. Y todo esto porque cualquier esfuerzo nuestro no puede infundir la eficaz y ferviente vocación, mientras la oración unánime de la Iglesia puede conseguirla, y entonces el trabajo de los obispos en los seminarios puede ser proficuo y eficaz.

«Insistimos en decir que único recurso es la oración, no usarlo quiere decir desconocerlo, quiere decir no tener las buenas vocaciones» (Vol. 29, p. 167).

13. Oración y acción

El Padre ciertamente no subestima la importancia y la necesidad de la acción para reclutar y formar los sacerdotes: sólo él pretende que se dé a cada elemento el lugar que le es debido: primero la oración, luego la acción, la que, más bien, tiene que ser fruto de la oración.

En efectos escribe: «Estoy de acuerdo que aquí no está todo, o sea que no es sólo rezando que se provee el altar con los sacerdotes, y que se necesita también la acción. ¡Oh, sí! Y hay muchas acciones para formar los buenos ministros del santuario, cuantas son las grandes Órdenes religiosas con que la Iglesia es llena, cuantos son los estupendos seminarios, confiados a los obispos de la Santa Iglesia, cuantos son los nacientes institutos religiosos. Pero, ¿qué significa esto? ¿Qué vale la acción sin la oración? ¿Y no trabajaron inútilmente los que quisieron edificar la casa, si Dios no la edifica? (cf. Sal 126, 1). **Cada buen regalo y cada don perfecto llega desde lo alto y baja del Padre de la luz**, escribió el apóstol Santiago (Sant 1, 17).

«Si pues se desean buenos ministros del altar, vocaciones santas de escogidos trabajadores de la mística mies, es indispensable la oración, es indispensable obedecer a aquella divina palabra» (Vol. 45, p. 503).

El connubio entre oración y acción el Padre lo explica magníficamente así: «Tenemos que rezar para obtener los buenos trabajadores a la Santa Iglesia y en el mismo tiempo trabajar para esta finalidad. Cuando pedimos a Dios bendito una gracia, para conseguirla más fácilmente hace falta que pongamos también nuestra obra. Por ejemplo: nosotros rezamos por la conversión de los pecadores; nuestra oración es más eficaz y la conversión se conseguirá más fácilmente cuando unimos nuestros medios y nuestros trabajos para convertir los pecadores.

«En la misma manera, queriendo obtener los buenos trabajadores para la Santa Iglesia, no nos contentaremos de la sola oración, sino a la oración añadimos la obra, o sea ponemos los medios para producirlos. Oh, ¡cómo una cosa es vinculada con la otra!» (N.I. Vol. 5, p. 8).

La fecundidad de las obras depende de la oración. «¿Dónde acontece – se pregunta el Padre – que tal vez abundan los sacerdotes, (...) y escasean los trabajadores? No se puede negar que el trabajo de formar unos sacerdotes no sea activísimo en la Santa Iglesia. Hay estados y hay numerosos seminarios de jóvenes clérigos, y no menos casas religiosas y congregaciones con noviciados muy florecientes. Pero aquí se tiene que observar que, en el orden establecido por la Providencia, **acción y oración** tienen que ir unidas para dar su efecto. **Rogar** al Señor que envíe trabajadores a la Santa

Iglesia y luego no cooperar para tanto, **pudiendo y debiendo**, es oración vana, **velut... cymbalum tinniens** (1Cor 13, 1). Al contrario, **actuar** para la formación de los sacerdotes y no acompañarlo con la oración es obra perdida, **quasi aere verberans** (1Cor 9, 26). Querer formar unos sacerdotes sin pedirlos al Señor – es un pensamiento que el Padre repetía con frecuencia – es lo mismo que reducirse a un cultivo artificial de curas» (Vol. 3, p. 60).

El Padre nuevamente destaca: «la mayor parte de los jóvenes, o muchos de ellos, entran en el seminario sin la verdadera vocación, y entre los pocos que llegan al altar son raros los que allí llegan con una fuerte vocación. Y todo esto porque cualquier nuestro estudio no puede infundir la eficaz y ferviente vocación en las almas; hace falta que esta venga de lo alto, baje poderosa desde el Espíritu Santo; y esto, no se puede tener si se desatiende la gran oración mandada por Nuestro Señor Jesucristo. La oración unánime y fervorosa de la Santa Iglesia puede obtener las vocaciones santas y eficaces; y entonces el trabajo de los obispos en los seminarios puede ser provechoso, e inmensamente eficaz.

«Lo mismo se tiene que decir con referencia a las Órdenes religiosas» (Vol. 43, p. 151).

La oración obtendrá también los medios materiales de la formación: «Cuando esta oración, distinguida siempre por el divino **Rogate**, será popular y difundida, hará bien comprender a muchas personas piadosas y numerosas la gran importancia de tener sacerdotes escogidos, según el Corazón de Dios y las moverá más fácilmente a ofrecer sus medios materiales para su educación y feliz éxito de aquellas mismas vocaciones, que su oración habrá obtenido por el Señor». Y así «el nuevo clero será fruto de la oración y de la acción» (Vol. 43, p. 156).

Escribe aún el Padre: «Muchos bienes provienen a las almas de los fieles con la propagación de esta divina oración. Oh, ¡cómo se abre su mente para comprender la importancia del sacerdocio y de todo lo que se le refiere! ¡El ejercicio de esta oración tiene que llevar necesariamente a la ayuda a las sagradas vocaciones porque deseando los buenos trabajadores evangélicos y pidiéndolos al Señor, se pasa más fácilmente a poner los medios para producirlos!» (N.I. Vol. 10, p. 210).

14. El Rogate y la santificación del clero

El Padre precisa la diferencia entre oración para **obtener vocaciones** y la para la **santificación del clero**. Sin duda esta segunda intención es óptima, pero quisiéramos decir que la primera es más radical. «Hacemos observar – releva el Padre – que rezar directa y explícitamente por las nuevas vocaciones fuertes, santas y poderosas, es algo más proficuo y más correspondiente a aquella divina exhortación o intimación, porque así se pide al Corazón Santísimo de Jesús que forme sus santos **ex novo**.

«En efecto, el Alápidés, explicando este dicho de Nuestro Señor Jesucristo, observa que cuando Dios corresponde a esta oración y envía los trabajadores a la Santa Iglesia, los envía santos» (Vol. 43, p. 156).

«Con aquel **Rogate ergo** Jesucristo se comprometió en enviarnos hombres diferentes de los otros, ungidos con un carácter divino, suscitados por Dios mismo como un prodigio, tales que se pueden comparar a la improvisa aparición o salida que seres parecidos hicieran de las piedras. Dios es poderoso para hacer esto, pero no lo hace si no lo rogamos. En cambio, se comprometió a hacerlo cuando lo rogamos» (Vol. 3, p. 61).

El Padre desarrolla nuevamente estos pensamientos: «Las oraciones para la **santificación del clero** no se refieren **directamente** a las vocaciones santas y numerosas de ministros del santuario de Dios: esta intención ciertamente es santa, santísima, pero de esta oración queda más bien el gran mérito al que la hace, mientras los efectos encuentran el gran obstáculo en la voluntad humana, que, especialmente en las almas consagradas a Dios que lamentablemente no progresan en el camino de la santificación, resiste a la divina gracia, que sus oraciones atraerían, ¡y así a menudo el fruto es escaso!

«Pero la oración o rogación que se apoya en el gran **Rogate**, mandado por Jesucristo bendito, se refiere directamente al MITTAT: rogad al Señor de la mies, que **envíe** los trabajadores a su mies. Ahora es justamente en aquel MITTAT que se esconden las vocaciones santas de nuevos sacerdotes; es en aquel MITTAT que se encierra la infalible promesa de un Dios que se compromete de atender una tan grande oración y de corresponderle suscitando almas bien dispuestas, hijos queridos a Su Corazón, jóvenes piadosos y escogidos, e infundiendo en sus pechos el soplo omnipotente de una vocación santísima, irresistible del Espíritu Santo, que cuando llama al servicio divino y al sacrificio actúa en el alma comuna fuerza impulsiva divina, que, aunque dejando perfectamente libre la voluntad humana, impulsa eficazmente el llamado al conseguimiento del bien anhelado, y él no encuentra tranquilidad y paz si no secundando un tan omnipotente impulso. Y estos son los verdaderos llamados, los sacerdotes formados por el Espíritu Santo, en fuerza de aquella oración mandada por Nuestro Señor Jesucristo con aquellas divinas palabras: **Rogate ergo...**».

En este concepto insiste aún en una carta al Siervo de Dios Guido María Conforti, precisando la naturaleza de la oración del **Rogate** que se tiene que distinguir de las oraciones que tienen como objetivo la **santificación del clero**. «Óptimas estas oraciones; pero la Excelencia Vuestra comprende bien qué gracia sea necesaria para sacudir un ministro del Señor relajado y empujarlo en el camino de la santificación. (...) ¡Pero diversa cosa es corresponder al pie de la letra a aquel divino mandato! Aquí se trata de la poderosa vocación del Espíritu Santo, que, tras diez días de oraciones, de Apóstoles aún tímidos e inciertos bajó para formar las poderosas vocaciones, que el Altísimo tiene casi suspendidas en sus divinas manos, esperando que la oración mandada por él se las arranque y las haga bajar en muchos corazones preparados y dispuestos.

«Y, ¿quién puede decir cuántos centenares de millares de ellas tiene el Señor bajo su mirada en la tierra? Pero, ¿cómo se puede pretender de tener estas gracias si no se piden, mientras Él mismo lo manda?» (Vol. 29, p. 163).

15. El mérito de la oración rogacionista

También esto quiere recordarnos el Padre, para excitar el celo de los que aceptan el divino mandato.

Aquellos que rezan por las vocaciones «obtienen por el Señor lo que piden. Acontecerá que por la oración asidua, humilde y constante de una sola alma el Señor enviará desde el cielo una gran gracia poderosa de vocación a un escogido en la tierra. Él se sentirá decir en el íntimo del corazón: **¡Sequere me!** Y como la voz de Dios es voz del Todopoderoso, que, aunque dejando libres no le se puede resistir, aquel escogido entra en el santuario de Dios, es enriquecido por todas las dotes de la inteligencia y del espíritu, se enciende con el fuego del sagrado ministerio, y he aquí que se convierte en apóstol, un misionero, un párroco, un doctor, un predicador, un salvador de almas. Él inmola cada

día la Víctima divina, gime con el divino Oficio entre el vestíbulo y el altar, ya no es un hombre terrenal, derrama por doquier el buen perfume de Jesucristo, edifica la Iglesia. ¿Quién puede decir los grandes bienes que de allí vienen para el mundo entero? Bienes que se multiplican incesantemente y se multiplicarán hasta el fin de los siglos.

«Dios compensará con inefables eternos premios este trabajador escogido, pero, ¿quién le será partícipe en el mérito y en la recompensa de tantos inmensos bienes actuados, sino aquella alma elegida que exclamando diariamente ante el Señor: **Domine messis, Domine messis, mitte operarios in messem tuam**, mereció la gracia de aquella vocación?

«San Vicente de Paoli dijo: **¡Ninguna buena obra puede igualarse a la de la formación de un solo sacerdote!** ¡El que puede poner su obra, cualquiera que sea, para la formación de los sacerdotes, la ponga, por favor, con todo el corazón! Pero, ¡para que haya sacerdotes según el Corazón de Dios roguemos, roguemos, hagamos rogar también los demás que el Señor nos los envíe! **Rogate!**, dijo a todos Jesucristo Nuestro Señor; y roguemos todos, todos. Esta oración para obtener los buenos trabajadores a la Santa Iglesia sea una **rogación universal**, dirigida al Corazón Santísimo de Jesús, del que, justamente, como centro del más vivo cielo del Hombre-Dios, salió aquel divino mandato: **¡Rogate!**» (Vol. 3, p. 61).

16. ¡Doloroso misterio!

El Padre no puede esconder su doloroso asombro por el olvido en que cayó, durante los siglos, esta divina palabra.

«Los pueblos no hicieron atención a este divino mandato y lo desatendieron completamente» (Vol. 3, p. 59).

«¡Ay de mí! ¡Este gran remedio me parece que se atendió muy poco, que poco o nada se usó! ¡Habrá sido por gran castigo de la humanidad, que lo desmereció!» (Vol. 29, p. 166). «Hace falta decir la verdad: esta palabra en los Santos Evangelios hasta ahora no fue muy considerada» (Vol. 37, p. 123). «Lamentablemente es un doloroso misterio, que no se puso atención en esta palabra» (Vol. 3, p. 63). Ella permaneció «un secreto que se puede decir escondido, porque no le se hizo nunca una seria atención» (**Ibid.** p. 57). «En veinte siglos – esta es la verdad – la gran palabra, que es, ni más ni menos, que un explícito y repetido **mandato** de Nuestro Señor Jesucristo, permaneció casi sepultada o inadvertida en las mismas páginas del Santo Evangelio. (...) ¡Inexplicables misterios de Dios! Igual el Altísimo reservó la manifestación de este secreto, por otra parte, tan claro, para nuestros tiempos, en que el Santuario se volvió desierto, y las ciudades y los pueblos son faltos de lo que forma el más gran elemento de salvación» (**Preciosas adhesiones**, 1919, p. 7). «Una sierva de Dios rezaba una vez: “Señor, ¡por qué no enviáis sacerdotes numerosos según Vuestro Corazón a la Santa Iglesia?”. Y Jesús le contestaría: “¡Porque no me rezan por ello!» (**Ibid.** p. 9).

El Padre pone al mismo Nuestro Señor en coloquio con un alma para deplorar este olvido dañoso de aquella divina palabra y para exhortarla a cuidar su propaganda: «Oh, ¡qué poco me obedecieron y siguieron en este mandato y deseo mío! ¡Por esto los campos de mi Iglesia a menudo fueron desiertos y faltos de buenos cultores y el trigo selecto se perdió! Hoy más que nunca mi Iglesia necesita de ministros según mi corazón, ¡pero la justicia contiende con mi misericordia por causa de los pecados de los hombres! Ruégame, hija, ruégame incesantemente y pide con sincero celo a mi

Corazón divino los trabajadores para mi mies. ¡Mira cuántas almas perecen porque falta el sacerdote que las instruya, que las ayude, que las conduzca a mi Corazón! La Sangre que derramé para la salvación de las almas queda dispersada e infructuosa, porque no hay el que lo aplique para su salvación.

«¡La luz del mundo se eclipsó y la sal de la tierra menguó!

«Ruégame, oh hija; pídemme santos, santos, santos para toda la Iglesia, para todas las ciudades, para todos los pueblos. Mi Corazón no puede resistir al ímpetu de mi infinita bondad, que quiere no sólo a todos salvos, sino a todos santos. Toca a las puertas de mi Corazón, para que las abra de par en par y envíe a la tierra numerosos y escogidos trabajadores de la mística mies.

«Mi santísima Madre comparte conmigo todo el ardor y el celo que me devora para llenar la Iglesia de almas santas, de sacerdotes según mi Corazón, y tú, hija, no podrás hacerle cosa más grata que rezarme y rezar mi Madre dulcísima, y los Ángeles y los Santos por esta gracia de las gracias, por esta misericordia de las misericordias.

«Ya llegó el tiempo que mi divino mandato tiene que ser dilatado en mi Iglesia y si tiene que formar de ello una incesante **rogación** de muchos corazones y muchas almas, por la que se tendrán que abrir los cielos y tendrán que llover los justos en la tierra» (Vol. 2, p. 149).

Dios, como ya dijimos, envió sobre la tierra al Padre para ser el apóstol de esta **rogación**: veámoslo ahora en el ejercicio de este apostolado.

5. «CON EL ROGATE, EN EL ROGATE Y DESDE EL ROGATE»

1. La primera idea de las comunidades religiosas. 2. El Rogate en la Obra. 3. El programa de la Obra. 4. Idea predominante. 5. La primera oración para obtener los buenos Trabajadores. 6. Las congregaciones religiosas. 7. La actividad externa de las Congregaciones. 8. «Misión verdaderamente divina». 9. El nombre de las dos Congregaciones. 10. El librito de oraciones para los buenos Trabajadores. 11. La Sagrada Alianza. 12. La Unión Piadosa de la Rogación Evangélica. 13. Para llegar al Papa. 14. El versículo rogacionista. 15. Las tres propagandas. 16. En los Congresos Eucarísticos. 17. Siempre el Rogate. 18. A Mons. Conforti. 19. El castigo más terrible. 20. La misión más alta y más bella.

1. La primera idea de las comunidades religiosas

Ya vimos qué era para el Padre el divino mandato: veamos ahora cómo Él a ello se dedicó.

Nos dijo él mismo que siendo aún laico y clérigo había cultivado la oración para los buenos trabajadores; sintamos ahora sus íntimos sentimientos en el principio de su misión sacerdotal. Él sigue hablando en tercera persona: aquel joven, «hecho sacerdote, tuvo una idea, o sea que podría ser algo muy acepto para el Corazón Santísimo de Jesús y para el Inmaculado Corazón de la Santísima Virgen, y fecundo de muchos bienes, si se formaran dos comunidades religiosas, una de hombres y una de mujeres, que tuviesen el **voto de obediencia** a aquel mandato de Jesucristo: **Rogate ergo** etc. y por medio de este voto se obligaran a tres cosas:

«1. A rezar cada día y fervorosamente el Corazón adorable de Jesús, la Santísima Virgen María, San José los Ángeles y los Santos, para impetrar numerosos y santos sacerdotes y sagrados trabajadores y trabajadoras para la Santa Iglesia, para todos los pueblos, para todas las naciones del mundo, y vocaciones santísimas y extraordinarias para todos los seminarios, para todas las órdenes religiosas y a todas las diócesis.

«2. A propagar por doquier, por lo que fuera posible, este espíritu de oración en homenaje y obediencia a aquel divino mandato.

«3. A vivir los unos y las otras, en la esfera de su limitación y posibilidad, como trabajadores de la mística mies, trabajando para el bien espiritual y temporal de los prójimos.

«Con esta idea fija, aquel pobre sacerdote miró a las tantas y tantas comunidades religiosas y congregaciones de toda manera que existen y se van siempre formando en la Santa Iglesia, y fue sorprendido viendo que ninguna Orden religiosa recogió jamás aquella divina palabra de la boca adorable de Jesucristo Nuestro Señor, y casi no se hizo ni caso de ella.

«Entonces aquel sacerdote, viendo con las simples luces de la razón apoyada a la fe en el Evangelio, que aquella es palabra de Jesucristo, es mandato del cielo de su divino Corazón, es palabra y mandato con una importancia suprema, (...) aquel sacerdote pensó (¡Dios le perdone la osadía!) de empezar las dos dichas Comunidades o Congregaciones religiosas con aquel voto de obediencia de triple cumplimiento. Y las inició desde hace más años» (Vol. 2, p. 144).

El Padre escribe hacia el año 1905, cuando sus obras se habían ya bastante afirmado; pero aquella expresión: **¡Dios le perdone la osadía!**, encubre un estado de ánimo que queremos destacar.

El Padre no empezó sus instituciones con un preciso programa elaborado con antelación: se dejaba conducir por la Providencia, que revela sus designios ordinariamente a través de las circunstancias. Conocemos, en efecto, las circunstancias que lo indujeron a comprometerse para sanear el Barrio Aviñón, del que él antes ignoraba hasta el nombre. Escribiendo al P. Cusmano (7 de agosto de 1884) destaca: «Desde hace más de seis años me encuentro en el principio de algunas fundaciones sin casi conocer cómo allí me encuentro» (N.I. Vol. 7, p. 33). Las fundaciones de las que habla son los incipientes institutos de caridad, sin ninguna referencia a las Congregaciones religiosas, por las que no creía ser llamado. Él pedía insistentemente al cielo un escogido a quien confiar sus instituciones con la misión del **Rogate** y así realizar su sueño de entrar en la Orden de la Santísima Virgen del Carmelo. En efecto, leemos en sus notas: «El día 27 de diciembre – fiesta de San Juan Evangelista – de 1893, miércoles, tras celebrar la Santa Misa, entendí que crecía en mi alma, con

gozo, el deseo de hacerme carmelita descalzo, tras la inauguración de la Pequeña Obra Piadosa y la entrega de la misma a un escogido» (N.I. Vol. 10, p. 36).

A tanto lo empujaba su humildad, sintiéndose en absoluto inadecuado a la misión asumida por sus institutos, de los que no se atrevía a llamarse fundador. «Dios no envió el fundador – el escribe – un hombre de su derecha, digno de la importancia de aquella divina palabra, digno de una Obra que de aquella divina palabra forma su emblema, su misión, su voto, sus operaciones.

«En verdad esta hazaña se presenta con una importancia tan suprema, que hacía falta uno de aquellos fundadores, de los que se sirvió el Altísimo para la formación de las Órdenes religiosas. Pero, ¡oh, misterios imperscrutables de Dios! ¡Oh, diversidades de las obras de Dios! Esta Obra de la formación de aquellas dos comunidades no había tenido fundador, porque aquel sacerdote que empezó no fue sino el **iniciador** de las mismas. Se permaneció mucho tiempo esperando que la Divina Providencia enviara un Fundador digno instrumento del Altísimo. Pero como las Obras de Dios no siempre proceden en una manera, el Fundador no vino» (Vol. 2, p. 147). Aquel inicio de fundación pareció al Padre una osadía, y por eso implora por Dios que le perdone...

2. El Rogate en la Obra

Veamos ahora la influencia del mandato evangélico en la vida de la Obra y, como de costumbre, tenemos siempre que escuchar al Padre: «Los dos Institutos – escribe – surgen **con el Rogate, en el Rogate, y desde el Rogate**; recogieron, podríamos decir, desde los mismos labios adorables del Divino Maestro estas ardientes palabras; se las entendieron penetrar en las entrañas del espíritu y en las más escondidas fibras del corazón; son todos del divino **Rogate**, se lo absorbieron como esperanza de su existencia en Jesús, en sus anhelos de la gloria del Padre y de la salvación de las almas» (cf. **Antología Rogazionista**, p. 670).

«La gran palabra del Evangelio, idea grande, sublime, que el Espíritu, que sopla adonde quiere, parece que la inspiró Él mismo, muchos años antes de que se empezara la Obra Piadosa, desde los comienzos de una juventud espiritual, la llamamos revelación evangélica, idea divina – ni sería humildad atenuarla – previno y acompañó al mísero sacerdote iniciador en la difícil hazaña; ella es la que consideramos antes y ahora como la base en que se edifica la Obra Piadosa, como la llave que nos abrió algún erario de las deseadísimas gracias divinas» (**Preciosas Adhesiones** 1919, p. 7).

3. El programa de la Obra

Sabemos de la historia el origen y el siguiente desarrollo de la Obra; veamos, mientras tanto, el espíritu que lo animó.

Entrado en el caos de Aviñón, el Padre se encontró delante de una chusma «de infelices que vivían como brutos. Era el caso de acordarse de la palabra del Evangelio: “Aquellas muchedumbres eran mal conducidas y yacían como rebaño que no tiene pastor. (...) entonces Jesús dijo: **La mies es de veras abundante, pero los trabajadores son pocos; rogad, pues, al Señor de la Mies para que envíe trabajadores a su Mies**”» (N.I. Vol. 10, p. 207). Y «empezó la Obra Piadosa de Beneficencia en aquel corral de barracas poniendo como programa principal de la piadosa hazaña la obediencia

más perfecta y más necesaria a aquel divino mandato del divino celo del Corazón de Jesús: **Rogate ergo Dominum messis, ut mittat operarios in messem suam**. De ello hizo una regla de oración común, en medo a aquella multitud de pobrecillos y de hijos de pobrecillos en el máximo abandono, que de veras formaban un rebaño sin pastor.

«Era muy bonito que la **Rogación evangélica** para obtener los buenos trabajadores para la Santa Iglesia resonaba ya en las tiernas voces de los niños de los pobres, y de aquel mísero lugar se elevaba al Cielo, al trono de Aquel que **humilia respicit in caelo et in terra** (Sal 117. 6), y **exaudit desiderium pauperum** (Sal 90, 17).

«Se catequizaba aquella plebe, se educaban e instruían en las artes y en los trabajos las dos secciones de los chicos y de las chicas, y antes de todo se hacía abundar la educación religiosa, y la continua incesante oración para obtener de los Corazones adorables de Jesús y de María todo lo que se quisiera.

«La enseñanza que se daba era esta: “Hijitos, para salvaros os recogimos aquí, pero veis cuántas dificultades impiden la formación y estabilidad de estos institutos: por eso tengamos confianza y sirvamos a Dios, amemos a Jesús, apoyémonos en la oración: todo se consigue con la oración humilde, confiada, perseverante”. Y, en efecto, la oración era el continuo aliento de la Obra naciente. También por la noche tal vez se rezaba con vigiliias apropiadas» (**Preciosas Adhesiones** 1919, p. 8).

4. Idea predominante

El Padre sigue: «Pero la palabra del Evangelio preocupaba incesantemente mis pensamientos, desde hace los comienzos de la Obra Piadosa.

«Había que reflexionar: ¿qué son estos pocos huérfanos que se salvan, y estos pocos pobres que se evangelizan, ante millones que se pierden y yacen abandonados como ovejas que no tienen pastor? Consideraba la limitación de mis misérrimas fuerzas y el pequeñísimo conjunto de mis capacidades, y buscaba una salida, y la encontraba amplia, inmensa, en aquellas adorables palabras de Nuestro Señor Jesucristo: **Rogate ergo Dominum messis, ut mittat operarios in messem suam**.

«Entonces me parecía haber encontrado el secreto de todas las obras buenas y de la salvación de todas las almas.

«Con esta idea predominante, consideré este Instituto Piadoso, no tanto como una simple pequeña Obra de beneficencia, que tiene la finalidad de salvar un poco de huérfanos y pobres, sino como una que tiene una finalidad aún más grande y extensa, más directamente direccionada a la divina gloria y salvación de las almas y para bien de toda la Iglesia. O sea, la finalidad de recoger de la boca santísima de Jesucristo el mandato de su Divino Corazón expresado con aquellas dulcísimas palabras: **Rogate ergo Dominum messis, ut mittat operarios in messem suam**, y de cuidar su cumplimiento en el mejor modo posible, **ad maiorem consolationem Cordis Jesu**.

«¡Verdaderamente el Espíritu de Dios sopla adonde quiere (cf. Jn 3, 8), y se signa elegir tanto lo que es, cuanto lo que no es, para que ninguna carne pueda gloriarse ante su presencia! (Cf. 1Cor 1, 28-29).

«Así gustó a la divina misericordia, **que se fija en las cosas pequeñas en el cielo y en la tierra** (Sal 112, 6) de confiar a esta Obra Piadosa de pobrecitos y huérfanos, un tan gran tesoro, una tan preciosa semilla, un granito igual de mostaza, que mañana, con la bendición del Señor, podría extenderse por toda la Iglesia. Así gustó al Señor de abrir la inteligencia de unos cuantos niños y jóvenes, y huérfanos y pobres, que forman el contingente de esta Obra Piadosa, para comprender la importancia de esta palabra: **Rogate ergo Dominum messis, ut mittat operarios in messem suam.**

«Este espíritu de oración se convirtió muy pronto en el espíritu de esta Obra Piadosa: forma su carácter, su finalidad y su ejercicio» (N.I. Vol. 10, p. 208).

5. La primera oración para obtener los buenos Trabajadores

El ejercicio de esta oración empezó con el comienzo mismo de las comunidades.

Sabemos por el Padre que, abriendo la capilla en Aviñón, quiso que en la pequeña fachada dominara el divino mandato: **Rogate Dominum messis**, porque, escribía al P. Cusmano (19 de febrero de 1885): «Este espíritu de oración para este soberano interés del Sagrado Corazón de Jesús, o sea la gracia de conseguir buenos Trabajadores para la santa Iglesia, me esfuerzo de convertirlo en espíritu y vida de esta Obra» (N.I. Vol. 7, p. 35).

Compuso entonces una ferviente súplica al **Corazón Santísimo de Jesús**, para que sirviera en sus comunidades y para difundirla entre los fieles. Creyó que si una Obra afirmada y ampliamente conocida, en vez de la mínima obra de Aviñón, querría asumirse la tarea de la propaganda, esta habría salido más fácil y de más seguro efecto. Pensó en los Salesianos y escribió a Don Rua, invitándolo a asumir, para este asunto, el compromiso de la impresión y difusión. Pero Don Rua no pudo aceptar.

Entonces el Padre imprimió la oración en su tipografía en Mesina (**Tipografía Barrio Aviñón**, 1885).

Con la publicación de este impreso, la oración rogacionista tomó la salida del Barrio Aviñón para recorrer los caminos del mundo.

Hay que destacar que en esta súplica al Corazón Santísimo de Jesús aparece, anticipándola de casi ochenta años la proclamación hecha por Pablo VI en el Concilio Vaticano II, el título de **Madre de la Iglesia** dado a la Santísima Virgen: «Dueño supremo de la mística viña escuchadnos, (...) hacedlo por amor de María Santísima, Madre vuestra y **Madre de la Iglesia**».

6. Las Congregaciones religiosas

La obra de beneficencia llevó a la fundación de las dos Congregaciones religiosas, de las que conocemos las dificultades y las luchas; aquí las recordamos por sus relaciones con el **Rogate**. Si en la primera la oración del **Rogate** se cultivaba con fervor, ella se tenía que afirmar necesariamente como actividad predominante en las Congregaciones.

El Padre: «Tocaba a las dos pequeñas Comunidades religiosas que dirigían los orfanatos masculino y femenino, apropiarse de este **sagrado patrimonio** de la Obra Piadosa de los Pobres del

Corazón de Jesús, siendo sus depositarios y custodios, formando el centro de esta importante práctica religiosa, teniendo siempre encendido y vivo este hogar de celo y oración, y convirtiéndose en sus propagadoras. Los asistidos en cada obra de beneficencia son los individuos que se suceden los unos a los otros: ellos no forman la **institución**, sino que son su **objeto**; la **institución** reside en los que se consagran para una misión, que se unen en un vínculo de profesión religiosa, con un nombre, una regla, un hábito sagrado» (N.I. Vol. 10, p. 209).

En una carta del 28 de octubre de 1887, el Padre, implorando la autorización de «Las pobrecitas ínfimas del Corazón de Jesús», recuerda al Arzobispo Guarino sus orígenes y fin, repite un pensamiento que ya leímos en el comienzo de este capítulo: «Pensé que sería cosa agradable al Sumo Dios, y no inútil para la Iglesia, la reunión de almas vírgenes, que estrechas en el vínculo de la caridad y viviendo alegre y fraternalmente en unidad, elevaran el místico gemido de la Tórtola e imploraran ante el Divino Corazón con fervientes y perseverantes el gran tesoro de los buenos evangélicos Trabajadores para la santa Iglesia y este espíritu de oración formara el carácter y el emblema de su Institución. Desde aquel día en que empecé a recoger, por lo que mezquinamente pude, las huerfanitas abandonadas, introduciéndolas a la piedad, procuré hacerles entender la Palabra de Nuestro Señor Jesucristo: **Rogate ergo** etc.». Recuerda luego la vestición de las cuatro novicias, que llevan en el pecho el sagrado emblema del **Rogate**, que, a las comunes tres promesas de castidad, obediencia y pobreza a ellas añadieron la cuarta, «de rezar la divina misericordia para que envíe los buenos Trabajadores a la santa Iglesia»; promete, finalmente, que en la profesión se convertirían en votos (N.I. 5, p. 313).

7. La actividad externa de las Congregaciones

Ella, en la idea del Padre, brota lógicamente del Rogate:

«Que luego las Congregaciones – él escribe – tengan que cuidar las obras de caridad y de beneficencia a ventaja del prójimo, es una consecuencia legítima e inmediata de la misión asumida con su 4º voto: porque, si los unos y las otras rezan incesantemente para obtener los buenos Trabajadores para la Santa Iglesia, si ellos tienen que secundar el deseo del Corazón Santísimo de Jesús expresado con aquel divino mandato, es bien razón que ellos sean los primeros a estudiar, por lo que es posible a la humana fragilidad, de actuar como buenos trabajadores. Además, la perfección de su cuarto voto no sólo los compromete a esta importante oración, sino que los obliga también a propagar por doquier su espíritu; y esto no se puede conseguir mejor sino educando huérfanos y catequizando pobres, enseñando a los unos y a los otros cuánto es deseable la más deseable de todas las gracias, cuánto se tiene que obedecer al mandato del Corazón Santísimo de Jesús, y educarlos a ponerlo en práctica» (N.I. Vol. 10, p. 209).

Escribiendo a sus hijos, él presenta el Rogate de Jesús como un decálogo que ellos se imponen de observar: en efecto son diez palabras: **Rogate - ergo - Dominum – messis - ut - mittat - operarios in - messem - suam**: y saca de ello esta consecuencia: «Hallándonos aquí comprometidos en cada sílaba de este místico decálogo, tendríamos que avergonzarnos de pedir a su Divina Majestad, a los Corazones Santísimos de Jesús y de María, los buenos trabajadores de la mística mies de las almas, si nosotros mismos en los dos institutos no nos esforzáramos con todas las fuerzas del alma, del corazón, de la mente y del cuerpo, en actuar nosotros también, con la ayuda divina y con toda buena voluntad y recta intención, como buenos trabajadores de la mística mies de las almas. Aquellas divinas palabras, que piden trabajadores para la inmensa mies de las almas, nos tienen listos para

entregarnos, siempre mezquinos y con la divina ayuda, a cualquier obra de caridad, de beneficencia espiritual y corporal, a la que se pueden extender los esfuerzos de los que pertenecen a los dos Institutos del Corazón de Jesús».

8. «Misión verdaderamente divina»

El Padre insiste para que sus hijos sientan la importancia y la belleza de la vocación rogacionista y cada vez sean menos indignos con la santidad de la vida y el celo incansable en la propaganda del divino **Rogate**, que hace la institución igual única y singular en la santa Iglesia, a pesar de sus limitaciones, motivo por el cual le aplicaba una expresión bíblica.

En efecto escribía: «Esta mínima institución puede decir: **Nigra sum sed formosa**. Yo soy negra por el iniciador que me puso por delante; negra por los defectos en que me desarrollo; negra por las contradicciones que me rodean; pero soy hermosa por el reflejo luminoso del mandato del divino celo del Corazón de Jesús, por el gemido incesante de esta sublime oración que difundo y propago por doquier; hermosa por esta santísima aspiración de ver enriquecida la Santa Iglesia con los trabajadores según el corazón de Dios; hermosa por la Sagrada Alianza de muchos Prelados de la Santa Iglesia, que bendicen abundantemente y me ofrecen al Altísimo en el gran sacrificio de la Santa Misa; hermosa por los huérfanos que en abundancia alimento y evangelizo» (Vol. 37, p. 69).

En el comienzo de la fundación de las hermanas, he aquí como escribe a las primeras novicias (2 de julio de 1888): Jesús «os enseñará a cumplir bien, con su ayuda, la gran misión de obtener los buenos trabajadores para la Santa Iglesia. Es esta la gran tarea que Nuestro Señor Jesucristo, en su gran Misericordia, se complació de confiar a vosotras pobrecillas humildes y miserables. ¡Oh, tarea verdaderamente sublime! ¡Oh, misión verdaderamente divina! Se trata de que una mísera pobrecita tiene que hacerse madre fecunda de innumerables almas, con otra gloria aún mayor, como es la de engendrar espiritualmente a los Sacerdotes para la santa Iglesia. ¡Yo me siento confundido y repleto de admiración hacia la divina Bondad! (...) Vosotras tendréis que rezar para conseguir los buenos trabajadores a la santa Iglesia, pero en el mismo tiempo tendréis que trabajar para esta finalidad. (...) He aquí, mis queridas hijas, abierto el campo más bello a las obras de la más perfecta caridad. Si el buen Jesús no se fija en mis pecados y os bendice, vuestra vocación ya está formada, y el cuarto voto ya está listo: *el celo*, o sea celar el honor del Santuario como dijo el Señor nuestro Jesucristo: **Zelus domus tuæ comédit me**. Me devoró el celo de tu templo. Celar los intereses del Sagrado Corazón de Jesús y entre ellos el supremo interés de obtener a los buenos trabajadores para la Santa Iglesia» (N.I. Vol. 5, p. 7).

Por otra parte, he aquí lo que el Rogacionista tiene que reconocer y proponer: «Consideraré siempre estas palabras (el **Rogate**) como especialmente dirigidas a los miembros de este piadoso Instituto, y como si ellos las hubieran recogido directamente de la boca Adorable de Jesucristo. En este espíritu me consideraré afortunado también yo de ser llamado a instruirme en esta divina Palabra, a la que dedicaré mi vida y mi misma persona. Consideraré frecuentemente la oportunidad de esta santa misión, y el voto de obediencia a este Mandato divino, al que somos llamados en este piadoso Instituto. (...) Dedicaré a esta oración incesante, o bien a esta **Rogación Evangélica del Santísimo Corazón de Jesús**, toda mi vida y todas mis intenciones. (...) Estaré dispuesto, con la ayuda del Señor, a cualquier sacrificio, incluso a derramar la sangre y a dar la vida, para que esta *Rogación* se haga universal» (Vol. 44, p. 129).

En un discurso a las Hijas del Divino Celo, recordado el **Rogate**, así reflexiona y exhorta: «Esta palabra estaba allí en el libro del Santo Evangelio, grabada por dos evangelistas. Miles de Órdenes y Congregaciones depredaron santamente aquel libro divino, tomando por norma de su institución quien un versículo quien otro; quien una sentencia, quien otra; quien aquel mandato, quien aquel consejo; pero, como si Jesucristo Señor Nuestro le hubiese puesto encima su divina mano, para esconder aquella divina palabra, aquel divino mandato, nadie lo notó hasta que a las más miserables entre sus criaturas, el adorable Redentor la descubrió, la indicó, la introdujo en vuestras orejas, la imprimió en vuestros corazones, la desarrolló en vuestros labios y la colocó en vuestros pechos, junto con su Corazón herido y llameante.

«¡Por favor! Aprovechad tan inefable predilección. Usad incesantemente este medio, elevad suplicantes vuestras manos hacia el cielo y gemid para que los cielos se abran y lluevan los justos, y la tierra germine los salvadores. Agitad por doquier este sagrado estandarte, y cuanto más esta oración mandada por Nuestro Señor Jesucristo, guardada para nuestros tiempos y confiada a vosotras, se elevará al Señor de la mística mies, tanto más se multiplicarán en la tierra los buenos trabajadores y la mística mies de las almas será salva» (Vol. 45, p. 399).

Y el Padre saca de aquí las consecuencias:

Primero: el amor al Instituto: «Amemos nuestro Instituto; ofrezcámonos incansables a su fábrica espiritual. No nos dejemos desanimar. (...) Amemos el Instituto; nombre querido: **Rogación del Corazón de Jesús**. Jesús lo amó, nos dio las más bellas esperanzas por su porvenir que, si bien reflexionamos, ¡no podemos desconocer que Dios lo quiere! ¡Aunque este Instituto sea pequeño, también la finalidad a la que tiende, la misión a la que se consagra es tan grande que nos tiene que hacer felices de pertenecerle! No os hablo de los pobres, de los huérfanos, sino del estandarte **Rogate ergo Dominum messis...** ¡Qué misericordia! ¡Qué don! Qué honor ser llamado para recoger, propagar, indicar a toda la cristiandad esta palabra, como para decir: oh pueblos, ¡he aquí el remedio para todos los males! ¡Esta misión es demasiado sublime, y yo me siento anonadado!» (N.I. Vol. 6, p. 85).

Segunda consecuencia: obligación de la fidelidad: «¡Oh, hijitos! ¡Qué grande es el tesoro que se nos confió! Pero tenemos que temblar que se nos quite, si no corresponderemos con la observancia de la vida religiosa. Ya vino el tiempo que la palabra del **Rogate** tiene que ser conocida, que este mandato tiene que ser difundido. Dios inefable nos dio esta misión. Pero ella perecerá en nuestras manos si no nos formamos para la vida religiosa. ¿Qué dije? ¿Perecerá? ¡Nosotros pereceremos, ella triunfará! Dios nos arrancará de la mano el precioso talento para darlo a otros, **et locabit aliis agricolis, qui reddant ei fructum temporibus suis** (Mt 21, 41). ¡Ay hijitos! ¿Cómo pensar a tanta desventura sin desfallecer por el dolor? ¡Ay! No nos hagamos indignos de tan inefable misericordia. Ser dignos de ella significa justamente ser perfectos religiosos con la observancia de los santos votos y de las reglas. ¡No bastará, no, hacer propaganda, hacer la Unión Piadosa, si nosotros **intus** no seremos todos de Jesús, si no formamos una comunidad observante, una comunidad que, con el ejercicio de los votos de las virtudes, sea queridísima a los Corazones Santísimos de Jesús y de María! ¡Para nada nos servirá escribir, imprimir, celar, si no seremos hombres de oración, mortificados, desapegados, verdaderos estimadores de Jesús y de María, estimadores de la cruz, del sacrificio, castigados en las palabras, obedientes, observantes, hombres de vida interior! Entonces Dios bendecirá el pequeño germen y las vocaciones vendrán. ¡Por favor, renovémonos, esforcémonos! Digamos: **¡Nunc cœpi!**». Y con profundo sentimiento de humildad seguía haciendo referencia a sí mismo: «Como la formación de una comunidad depende en gran parte por el buen ejemplo del director, yo tengo que decir con preferencia: **¡Nunc cœpi!** Que, si de verdad no empiezo, rogad para

que como vil instrumento se me eche por un lado y el Señor confíe a otros vuestras almas para edificarle y para que no se quite la santísima misión que Jesús, María y José os confían, diciéndoos: **Rogate ergo etc.**» (N.I. Vol. 6, p. 90). ¡El Señor nos dé la gracia de aprovechar estas preciosas enseñanzas del Padre!

9. El nombre de las dos Congregaciones

Veamos ahora la realización del programa.

El fin de las Congregaciones tenía antes que nada ser anunciado por el nombre de las mismas. En realidad, en los primeros tiempos el Padre no se preocupó de esto: hacía falta salvar las almas y los cuerpos de aquella chusma en Aviñón, luego habría pensado a un título definitivo. Las primeras hermanas se llamaban las **Pobrecitas del Corazón de Jesús**, pero en la ciudad se indicaban como las **hermanas del Canónigo Di Francia**, y así los clérigos, en los primeros años, cuando se consideraban seminaristas externos, se llamaban **clérigos del Canónigo Di Francia**; luego, el 6 de mayo de 1900, cuando empezó la comunidad religiosa masculina, fue llamada **Congregación de los Clérigos Regulares Oblatos del Corazón de Jesús**.

Eran nombres provisionales, que al Padre no gustaban: él buscaba otros tales que correspondieran a su idea dominante: el **Rogate**, que formaba el espíritu de las comunidades nacientes. «¡Es importante – escribe – nombrar las obras igual que las personas! ¡Cuántos nombres bajaron directamente desde el cielo! ¡Cuántos dispuestos por la Providencia por caminos admirables! (...) Se hicieron durante muchos años oraciones a aquel Dios soberano, que es el Padre de las luces; se pidieron para esto oraciones de las almas buenas y se aplicaron muchas Misas para las Almas Santas del Purgatorio» (N.I. Vol. 10, p. 109).

El mes de enero de 1901 fue dedicado totalmente al Nombre Santísimo de Jesús con esta intención, para buscar los nombres. La luz llegó en el último día, durante la Santa Misa; pero el Padre lo mantuvo secreto. Yendo a Roma en aquel año, habló de ello con Cardenales y oficiales de las Sagradas Congregaciones y obtuvo su autorización; el 14 de septiembre, fiesta de la exaltación de la Santa Cruz, obtuvo la autorización por Monseñor D'Arrigo, Arzobispo de Mesina, y el día siguiente, domingo 15, en aquel entonces fiesta del Nombre Santísimo de María, hizo su solemne proclamación ante la comunidad.

He aquí los nombres con referencia al **Rogate**:

1. La oración para obtener los buenos Trabajadores fue llamada: **La Rogación evangélica**.
2. El Instituto religioso, fue llamado: **Instituto de la Rogación Evangélica**.
3. Los religiosos del Instituto: **Los Padres Rogacionistas del Corazón de Jesús** o bien sencillamente **Rogacionistas**.

También el nombre de las hermanas brota genialmente por el **Rogate**. Oigamos al Padre: «Esta palabra divina, si se considera bien, es una expresión del divino celo del Corazón de Jesús, que no una vez, sino más veces la repitió, según el dicho de San Lucas (10, 2): **Et dicebat illis**. No dice: Jesús **dijo**, sino **decía**, con lo que se indica aquel divino celo, que nunca se cansaba de exhortar a los hombres para esta importantísima oración. Puesto esto, **la rogación evangélica**, con una sagrada

perífrasis, la llamamos también **el mandato del divino celo del Corazón de Jesús**. Consecuentemente:

4. La casa de las hermanas es dicha: **Instituto del Divino Celo**;
5. Las hermanas tomaron el nombre: **Las Hijas del Divino Celo del Corazón de Jesús**, o bien sencillamente: **Las Hijas del Divino celo**» (Ibid. p. 111).

Toda la Obra con las dos congregaciones, los orfanatos, las diversas actividades desarrolladas por ella, es designada por el Padre con un nombre no oficialmente reconocido, pero muy común entonces por nosotros: **La Obra Piadosa de los intereses del Corazón de Jesús** porque ella es comprometida justamente en estas tareas, principal entre todas la de obtener buenos trabajadores para la Santa Iglesia.

10. El librito de oraciones para los buenos Trabajadores

Digamos ahora cómo se practica en las comunidades este espíritu de oración.

Cada día ellas ofrecen al señor, por medio de la Santísima Virgen, toda buena obra, todo ejercicio de piedad, de fe y religión, con la intención de implorar numerosos y escogidos trabajadores para la Santa Iglesia; y todas las oraciones en el comienzo y en acabar cada acto común se cierran con la jaculatoria: **Domine messis, mitte operarios in messem tuam**.

Se añaden oraciones diarias preparadas para esta finalidad, compuestas por el Padre. Además de la que se mencionó antes, al Corazón Santísimo de Jesús, «compuse otra – escribe el Padre – dirigida al **Corazón Inmaculado de María**, y luego al glorioso **Patriarca San José**, patrón universal de la Santa Iglesia. Estas tres oraciones se rezan una por la mañana, la otra en el mediodía, y la tercera por la noche.

«Como en esta Obra Piadosa predomina la enseñanza sobre el infinito valor de la Santa Misa, y todos se educan a considerarla como el centro de las divinas maravillas, como el medio efficacísimo, más bien infalible para obtener toda gracia, así cada día se ofrece la Santa Misa con el rezo de una breve ofrenda preparada para conseguir los buenos Trabajadores para la Santa Iglesia. Otra ofrenda parecida acompaña cada noche el rezo del Santo Rosario.

«Compuse un librito²⁰ de diversas oraciones sobre el mismo tema. Las oraciones de este librito²¹ se rezan por entero cada día por las dos Congregaciones; y entre dichas súplicas hay una **para todos los clérigos del mundo e iniciados al santo sacerdocio** y otra **para la restauración de las Órdenes religiosas**.

²⁰ En 1892 la oración al Corazón Santísimo de Jesús fue publicada en **Milán** con los **Tipi della Biblioteca Cattolica Editrice**. Ella fue traducida al polaco por la noble Doña Iastrzebska, y «difundida – escribe el Padre – en aquella mísera nación en que tan vivo y siente la necesidad de los ministros del Santuario». Existe también una traducción al alemán hecha en el Tirolo por el Sacerdote Esteban León Skibnierski.

²¹ El **Librito** de las oraciones fue imprimido por la **Tip. Edit. Giuseppe Toscano**, Mesina 1899, traducido al francés, en Amiens, por el Abad De Brandt, santo canónigo de aquella catedral. El Padre menciona unas traducciones en curso, al inglés y al español, para las dos Américas, pero no creo que las completó.

«Además de este ejercicio diario, se reza otra oración, dirigida a **Jesús Sacramentado**, todas las veces que se expone en trono y otra oración se dirige a los Santos Apóstoles doce veces cada año, o sea cada vez que recurre la festividad de uno de ellos.

«En los **cuatro tiempos** de las cuatro estaciones, y en los días de las **Rogaciones** el ejercicio de esta oración aumenta. En las **Rogaciones** las comunidades giran por la propia casa en procesión, llevando un estandarte en que domina el Corazón Santísimo de Jesús rodeado por el pasaje evangélico en grandes letras, y rezan juntas unas oraciones en lengua vernácula en forma de letanías, con que se pide al Corazón Santísimo de Jesús todo lo mejor que se puede pedirle para que sobreabunden en la Santa Iglesia los escogidos ministros del Santuario. Así se entra en los oratorios y se acaba con otras oraciones análogas».²²

11. La «Sagrada Alianza»

Esta nos llama a la memoria los dolorosos acontecimientos de 1897 cuando un cúmulo de tribulaciones internas y externas afectó la Obra con tanta violencia, que, si no fue destruida a partir de sus raíces, lo se debe a la misericordia de Dios y a la poderosa intercesión de la Santísima Virgen.

En medio de la tempestad, un pensamiento le hacía al Padre más sensible la eventual destrucción del Instituto: he aquí sus palabras: «Cuando en nuestras hazañas todo se va por el aire, no queda otro consuelo que la resignación a la Divina voluntad, que lo hace todo bien, aunque no lo comprendamos. Pero en mi caso había una circunstancia que amargaba aún más este cáliz: o sea tenerme que resignar en ver dispersarse el germen de una Obra consagrada para la santísima finalidad de aquel mandato celestial: **Rogate ergo Dominum messis, ut mittat operarios in messem suam**; tener que recoger este sacrosanto estandarte, en que resplandece una de las más tiernas expresiones del Corazón Santísimo de Jesús, e al que puede estar vinculada la salvación de las almas por el camino más breve y más seguro» (N.I. Vol. 10, p. 211).

Mientras tanto al Padre no quedaba otro camino que la oración; y él en ella insistía, día y noche con sus comunidades, invocando la colaboración principalmente de comunidades de vírgenes consagradas al Señor. Recordaba en el mismo tiempo las palabras que le habían sido dichas por un tal fulano: «¡Las bendiciones de Dios todavía no bajan en esta obra!». Aquella persona quería decir: «Las bendiciones de Dios aún no bajan para fecundarla y hacerla prosperar». Él «comprendió aquella palabra y la guardó en su corazón, y empezó a desear las **bendiciones fecundadoras del Corazón de Jesús**, como Jacob anheló la de Isaac» (**Preciosas Adhesiones** 1919, p. 8).

Entonces pensó de dirigirse a sacerdotes amigos y conocidos para una «colecta no de dinero, sino de diversas misas, o sea del fruto especial de la divina misa, aplicado exclusivamente para ventaja e incremento de esta Obra». Y lo hizo a través de una carta circular de julio de 1897 (Vol. 37, p. 27). Obviamente, en los Institutos «se elevó cuanto más se pudo el concepto de la Santa Misa. Se hizo comprender que con la ofrenda de la Santa Misa se obtiene cualquier gracia, que la Santa Misa lo es todo, que cuando se inmola la Víctima Divina los cielos se abren y las gracias bajan como la lluvia.

²² Sólo de pocas de dichas oraciones nos resulta la fecha de composición: las **Letanías de las rogaciones**, el 7 de mayo de 1888; a los **Santos Apóstoles**, el 8 de junio de 1888. Conocemos también la fecha de otras oraciones, que sin embargo no están publicadas en el librito: **Al Corazón Inmaculado de María para los buenos Trabajadores**, el 21 de marzo de 1885; **al Corazón Inmaculado de María para la santificación de todos los clérigos**, el 9 de junio de 1888.

«Es superfluo decir que la Santa Misa cada día se aplicaba para estas finalidades, por lo cual no se recibían limosnas, no queriendo alienar las intenciones diarias del fruto especial del gran Sacrificio (**Preciosas Adhesiones** 1919, p. 8). Un pensamiento atormentaba la mente del Padre: «¡La Santa Misa y las bendiciones! Oh, ¿quién ofrecerá dignamente la Santa Misa para esta Obra Piadosa, para atraernos las divinas bendiciones? Y, ¿tendrá que menguar una obra que, además de la salvación de las almas, atiende, igual única en la Santa Iglesia, a cumplir y hacer cumplir aquel gran divino mandato: **Rogate ergo Dominum messis, ut mittat operarios in messem suam?** ¿Cómo no confiar en el Corazón Santísimo de Jesús que nos salvará?» (**Ibid.**).

Envió entonces su petición a los obispos, en primer lugar los de Sicilia y luego del continente; pero mientras en el pensamiento original quería atraer ayudas espirituales para la Obra, seguidamente le añadió la propaganda de la oración rogacionista, con una nueva petición que tuvo preferencia sobre las otras, o sea que los obispos uniesen su intención a la del componentes de la Obra Piadosa en las oraciones diarias que en ella se hacen para obtener los buenos Trabajadores, y que más bien para este fin tuviesen que aplicar todas sus obras y oraciones.

La acogida que tuvo la petición del Padre no sólo fue favorable y cortés, sino por algunos se puede decir entusiasta. «Empezaron a llegar cartas de adhesión tan expresivas – anota el Padre – que superaron toda nuestra expectación. Las cartas que llegaron del episcopado de Italia son preciosísimas, y forman los **más celosos documentos del archivo de la Obra Piadosa**. En cada llegada de tan preciosas adhesiones se tocaba para la fiesta la campana del Sagrado Oratorio, y se agradecía a Nuestro Señor y a la Santísima Virgen.

«Si hubiese habido niño o niña en penitencia por alguna pequeña falta, en seguida se perdonaba. Y para todos era un día de fiesta y de santa leticia» (**Preciosas Adhesiones** 1919, p. 12).

Seríamos tentados aquí de presentar una antología de estas cartas, que sin embargo fueron ya publicadas. Nos limitamos a sólo dos citas: «Ninguna obra más bella y santa que aquella que el Espíritu consumidor de la economía divina del universo puso en el corazón a Vuestra Señoría y le dio genio y fuerza para iniciarla. Reflexionando en ello, no encuentro otra más digna de plauso y de apoyo». Así contestaba Monseñor Domingo Marinangeli, Patriarca de Alejandría de Egipto (24 de enero de 1904).

Y Monseñor Rugerio Catizzone, Arzobispo de Catanzaro (2 de agosto de 1900): «Le aseguro que esta institución fue durante mucho tiempo una aspiración de mi alma: considere cuánta alegría y satisfacción me llevó la suya. ¡Caí de rodillas agradeciendo a Dios!»

Hay que destacar que unos prelados no se limitaron a una sola Misa en el año, sino que suscribieron para dos o tres. Monseñor Marinangeli, citado arriba, el Cardenal Lualdi, Arzobispo de Palermo, y Monseñor Pedro Boccone, su vicario general, se empeñaron para doce misas en el año, una cada mes.

Bonito el pensamiento de Monseñor Boccone: si su pastor se dirige al Corazón Santísimo de Jesús, celebrando para esta intención cada primer viernes, él lo hará el primer sábado, implorando la intercesión del Corazón Inmaculado de María.

El Padre, destaca, entre los otros, dos efectos de esta Sagrada Alianza:

1. **Para las diócesis y los seminarios:** «Diversos obispos me pidieron los libritos de las oraciones para difundirlos en sus diócesis, y especialmente en las comunidades religiosas. Pero lo que más importa es que introdujeron su rezo diario en sus seminarios; y esto vale por un medio muy

idóneo para el cultivo y desarrollo de las santas vocaciones. Los clérigos, rezando diariamente aquellas oraciones, además que atraen la divina misericordia para su buen éxito, quedan cada vez más compenetrados de la importancia y de la misión del sacerdocio, y hallan en aquellas oraciones la regla de su conducta para santificarse y salir buenos trabajadores evangélicos para la divina gloria y la salvación de las almas» (N.I. Vol. 10, p. 215).

2. Para la propaganda de esta oración. «¡De veras es un consuelo ver cómo este mandato del Redentor Jesús empieza a ser cumplido! Los obispos toman en serio esta importante oración y se unen espiritualmente a este instituto piadoso en las preces diarias que aquí se practican para obtener los buenos trabajadores para la Santa Iglesia, y para este gran fin prometieron de enderezar todas sus buenas obras y prácticas de piedad» (**Ibid.**, p. 215).

La Sagrada Alianza pronto ensanchó sus horizontes, y antes fueron invitados los Padres Generales de los religiosos, y luego todos los sacerdotes a participar en ella.

Unos años más tarde, el Padre hizo un intento de dividir la Sagrada Alianza en dos ramas: en **Sagrados Aliados**, a los que se pedía los cuatro favores mencionados arriba; y **Sagrados Aliados Celadores**, que se comprometían también a hacer propaganda de la Sagrada Alianza y de la Unión Piadosa; pero esta segunda rama, después de un simple principio de florecimiento, muy pronto se secó. La primera rama, en cambio, con la ayuda de Dios, se desarrolló ampliamente. Tras veinticinco años de la primera adhesión hecha por Monseñor Juan Blandini, obispo de Noto, el 22 de noviembre de 1897, el 22 de noviembre de 1922 habían participado a la Sagrada Alianza 38 Cardenales, 213 arzobispos y obispos, 34 generales de Órdenes religiosas y 624 sacerdotes.

12. Unión Piadosa de la Rogación Evangélica

La Sagrada Alianza llama la atención de la Jerarquía y de los sacerdotes sobre el **Rogate**; sin embargo, adelantando lo que relevaría muchos años más tarde el Papa Pablo VI, el Padre escribía: «Es deber de todo cristiano obedecer a este divino mandato» (Ficha Unión Piadosa, p. 3); por eso pensaba a la multitud de fieles para invitar a esta oración, con particular atención a las almas piadosas y devotas que frecuentaban los Sacramentos, especialmente las almas consagradas, que participan la sed de Nuestro Señor para la salvación de las almas: ¡cuánta fuerza podrán hacer sobre el Corazón de Jesús sus oraciones! Para todos los fieles, pues, el Padre estableció la **Unión Piadosa de la Rogación Evangélica del Corazón de Jesús**.

Fue erigida con decreto de Monseñor Letterío D'Arrigo, Arzobispo de Mesina, el 8 de diciembre de 1900, con sede en Mesina, en el oratorio de la casa madre de los Rogacionistas. El registro de los socios fue estrenado durante una vigilia ante el Sagrario, en la medianoche de 1900, con la transcripción del primer socio, el ya recordado Monseñor D'Arrigo.

Seguidamente, la Unión Piadosa fue enriquecida por indulgencias por la Sagrada Congregación en 1906 y el Padre publicó su ficha de agregación, reglamento de los socios y oraciones. Se tiene que destacar que el Padre quiso que la inscripción fuera totalmente gratuita, así como también gratuitamente repartía las fichas.²³

²³ Haciendo presente el significado más amplio de la palabra **trabajador evangélico** (cf. c. 4, n. 9), en la ficha de la Unión Piadosa, el Padre explicaba detalladamente las intenciones que se proponen los socios:

Luego pensó en una hoja de propaganda y el 26 de junio de 1908, viernes después de la octava de Corpus, fiesta del Corazón Santísimo de Jesús, el Padre lanzó por primera vez la revista **Dios y el Próximo**, que quiso como órgano de la **Unión Piadosa universal de la Rogación Evangélica**, de la **Sagrada Alianza** y del **Pan de San Antonio** para nuestros Institutos; y así escribe sobre el **Rogate**:

«Hete aquí, oh Corazón abismo de la luz vivificante, el eco estremecido de tus divinos gemidos, cuando exclamaste: “Oh Dios, el celo de tu casa me devoró. (...) La mies es abundante, pero los trabajadores pocos; rogad, pues, el Señor de la mies, para que envíe trabajadores a su mies”.

«Oh, ¡qué secreto de tus íntimos secretos! (...) Oh Corazón ardientísimo, ¡el celo de tu casa nos devore, el estandarte de tu evangélica Rogación se agite a los cuatro vientos, se desencadene de todo pecho este incesante suspiro y se multipliquen tus escogidos y tus escogidas como las estrellas del cielo, como las arenas del mar! ¡Todos los pueblos sean nuevamente redimidos, las naciones, que tú hiciste curables, sean el trofeo de tus victorias y la Iglesia, con su Soberano Jerarca cante eternamente el himno de sus, de tus triunfos! Oh Corazón del divino Amante, a ti nos confiamos y a tu santísima dulcísima Madre. Oh María, oh, con Jesús único suspiro de nuestros corazones, por favor, ¡recibe por Jesús y en Jesús la ofrenda de esta Revista, y con Jesús asístenos, confórtanos, corónanos de felices éxitos, para infinita y eterna consolación de su divino Corazón!» (N.I. Col. 1, p. 110).²⁴

«Para corresponder prácticamente a este divino mandato del divino celo del Corazón de Jesús, los socios de esta Unión Piadosa ofrecerán a los Corazones Santísimos de Jesús y de María todas sus buenas obras, todo ejercicio de piedad, de fe, de religión, y especialmente la Santa Misa y el Santo Rosario: todo esto con una intención **general** y con unas intenciones **particulares**.

«La intención **general** es la de obtener de la divina bondad numerosos y escogidos ministros del santuario, trabajadores incansables de la mística mies. Las intenciones **particulares** son las siguientes:

«a) Para que, del Corazón Santísimo de Jesús, por medio del Inmaculado Corazón de María, salgan gracias poderosas y eficaces de santificación y de vocación que llamen los escogidos para el santo sacerdocio, renovando aquellas vocaciones divinas con que Nuestro Señor Jesucristo llamó los apóstoles y los discípulos para su divino seguimiento.

«b) Para que la divina gracia sostenga, dirija y conduzca a todos los llamados en suerte a la adquisición de las virtudes evangélicas, de la buena instrucción literaria y eclesiástica, y al feliz conseguimiento del santo sacerdocio.

«c) Para que todas las sagradas Órdenes religiosas y las Congregaciones religiosas, de las que la Iglesia es rica, florezcan siempre por la regular observancia, y abunden siempre por vocaciones santas, por sujetos idóneos según el Corazón de Dios.

«d) Para que el Espíritu Santo vivifique continuamente su Iglesia con la santificación de todos los miembros de la Jerarquía Eclesiástica, renovando sus divinos prodigios de caridad, de celo y de fervor en todos sus ministros.

«e) Para que sean igualmente llenas de santidad y celo todas las sagradas vírgenes, que atienden a la propia santificación y a la salvación de las almas, y la divina vocación las suscite numerosas y santas por doquier.

«f) Para que la divina providencia suscite por doquier los buenos educadores y las buenas educadoras, también laicas, para la salvación y el buen éxito de la niñez y juventud.

«g) Para que todos los padres sepan educar santamente su prole.

«i) Para que todos los pueblos y todas las almas aprovechen, para su eterna salvación, todo lo que actúa en la Santa Iglesia el ministerio sacerdotal, correspondiendo a ello con santa docilidad.

«l) Para que este espíritu de oración, en conformidad con aquella divina palabra **Rogate ergo** etc. se acreciente y se dilate para todo el mundo, y se forme una **rogación universal** dirigida al Corazón Santísimo de Jesús, para obtener la más grande de todas las misericordias para la Santa Iglesia.

«m) Para que la divina misericordia quiera guardar y acrecentar en la divina gracia y en el divino amor, dos nacientes Institutos en que el germen de esta divina **rogación** apareció por la primera vez y es cultivado; quiera concederles vocaciones santas y escogidas.

«n) Habiendo dicho el Apóstol que las peticiones que hacemos al sumo Dios tienen que ser siempre acompañadas por la acción de gracias, así los socios de esta Unión Piadosa, mientras presentan al Altísimo todas estas intenciones para obtener de su infinita bondad los buenos evangélicos trabajadores para la Santa Iglesia, pondrán también una particular intención para agradecer incesantemente el Sumo Dios porque en todo tiempo nunca cesó de enviar a la Santa Iglesia hombres apostólicos, sacerdotes, sagradas vírgenes, buenos educadores de la juventud, y toda suerte de cultores del Místico campo, ¡a pesar de toda humana ingratitud y demérito!» (Ficha Unión Piadosa 1908, p. 13-16).

²⁴ Desde casi 40 años la propaganda de la Sagrada Alianza y de la Unión Piadosa se confió a nuestra revista mensual **Rogate Ergo**.

Sede de la Unión Piadosa fue durante muchos años el modesto oratorio de Aviñón, pero seguidamente pasó al templo majestuoso dedicado al Sagrado Corazón, rico de mármoles y arte, uno de los monumentos más bellos de la nueva Mesina, y como en el primer oratorio, también en la fachada del nuevo templo el Padre quiso que dominara en grandes letras el **Rogate**, bajo la imagen de bronce del Corazón de Jesús en actitud de invitar los pueblos a acoger y cumplir el divino mandato.

13. Para llegar al Papa

Más de una vez el Padre había presentado al Papa sus pequeñas Obras para tener ánimo y bendición, y siempre las había recibido muy cordiales y paternas por el Vicario de Jesucristo. Pero el Padre no quedaba totalmente satisfecho por ellas. Él presentaba las obras en su doble actividad: la beneficencia y el cultivo del **Rogate**; ahora acontecía que los orfanatos sí impresionaban, pero sobre el **Rogate** no se hacía mención.

«Poseemos dos cartas de Su Santidad León XIII de feliz memoria, con que él se complace mucho por nuestros pequeños Institutos de beneficencia. Yo quisiera que la atención del Vicario de Jesucristo se dirigiera hacia esta misión, para mirarla no en nosotros, sino en sí misma, en el divino cielo del Corazón de Jesús, que **decía** (dicebat): **Rogate ergo Dominum messis, ut mittat operarios in messem suam**. Yo soñé que el Santo Padre la deseara mucho, y si la hallara conforme a los soberanos deseos del Corazón Santísimo de Jesús y oportuna para los presentes tiempos calamitosos de la Iglesia, la bendijera, dándole aquella palabra de ánimo y de impulso, que fecunda y desarrolla las Obras, también las más embrionarias» (Vol. 37, p. 45).

El Padre escribía estas palabras en los primeros días de enero de 1904 al Padre Bernardino Balsari, Prepósito General de los Rosminianos, rogándolo de querer explicar su interés para que hiciera llegar directamente en las manos de Pío X una carta suya de un «oscuro y miserable sacerdote» (**Ibid.**). A pesar de que no sabemos si hubo o no una intervención del Padre Balsari, queda el hecho que en el mismo mes de enero el Padre presentó su Obra y tuvo, a través del Secretario de Estado, Cardenal Merry del Val, esta respuesta muy consoladora:

Roma, 30 de enero de 1904

Reverendísimo Señor,

Adhiriendo con mucho gusto al deseo que Vuestra Señoría me expresaba en su hoja del pasado 28 c. m. no tardé en informar al nuevo Pontífice sobre la Asociación Piadosa de sacerdotes, que existe en Mesina, con la finalidad de rogar a Dios para que quiera conceder buenos Trabajadores a la Santa Iglesia.

Me alegro pues de significarle que Su Santidad se complació sinceramente del favor que dicha Asociación encontró en muchos y tan prestigiosos Personajes de la Jerarquía Eclesiástica, que en ella reconocieron el modo de hacer eco al mandato de Jesucristo: **Rogate ergo Dominum messis ut mittat operarios in messem suam**. Uniendo, pues, con verdadero placer su oración a la de estos socios, Su Santidad imparte a Usted y a ellos la Apostólica Bendición.

Con sentidos de sincero aprecio paso al placer de firmarme:

De Usted aficionadísimo para servirla

Imagínense la fiesta en Aviñón cuando llegó esta carta, con toque de campanas y campanitas sin parar, y la alegría de todas las comunidades.

Dos veces el Padre fue en audiencia privada con Benedicto XV y las dos veces el tema principal de que habló fue el **Rogate**.

El 11 de noviembre de 1914, cuando recordó la «exhortación o mandato de Nuestro Señor», el Papa precisó en seguida: **Mandato** y añadió que él era «el primer rogacionista» porque el más comprometido de todos en esta oración. El Padre le pidió que quisiera dignarse de confirmar todas las oraciones que se hacen para esta finalidad en los Institutos y por los socios de la Unión Piadosa «**poniéndole su santa intención**». «En este punto – él destaca – el aspecto del Santo Padre revistió un carácter más solemne. ¡Él apareció muy satisfecho, y recordó la Comunión de los Santos! Y como en la Comunión de los santos hay la comunión y la participación de todas las buenas intenciones, de todas las oraciones que se elevan en la Santa Iglesia, así Él se expresó que unía su intención a la nuestra. O bien, diríamos nosotros, ¡Él atraía en aquel momento, recordando la comunión de los Santos, todas nuestras intenciones de la predicha Rogación Evangélica, a su santísima y soberana pontificia intención! Y concluía diciendo más veces: “**¡Sí, sí, lo concedo!**”. Oh, ¡qué valor adquirieron así nuestras humildes oraciones!» (N.I. Vol. 1, p. 160).

Tuvo la segunda audiencia el 4 de mayo de 1921. El Soberano Pontífice dijo al Padre, a propósito del **Rogate**: «Esta oración para obtener los buenos Trabajadores tiene que interesar sobre todo al Papa, que siente la necesidad de sacerdotes en toda la Iglesia». Y permitió de dar su augusto nombre a la Unión Piadosa de la Rogación Evangélica. Luego, el 14 del mismo mayo, hizo llegar al Padre un augusto autógrafo, mediante un precioso pergamino, en que alababa la institución y la bendecía ampliamente.

14. El versículo rogacionista

La primera idea de una invocación para insertar en la **Letanía de los Santos** en favor del **Rogate**, la encontramos en la intervención del Padre en el congreso eucarístico de Catania en 1905. Él cierra su discurso con estas palabras: «Si a los Prelados de la Santa Iglesia, que están más en alto en los escalones sublimes de la Eclesiástica jerarquía, pareciera justo y conveniente provocar por el celo siempre activo de este Sumo Pontífice (Pío X), que fue llamado **ignis ardens**, una decisión, por la cual en las Letanías de los Santos, que se suelen rezar ante Jesús Sacramentado expuesto en la forma de las Cuarenta horas, se introdujera el versículo **Ut Operarios in messem tuam mittere digneris, Te rogamus, audi nos**, oh, ¡igual esto sería un principio de nuevos inmensos bienes para la Santa Iglesia, de nueva y eterna glorificación de Jesús en Sacramento!» (Vol. 45, p. 507).

En Mesina se practicaban cada día las cuarenta horas circulares en las diversas iglesias, con el rezo diario de las Letanías de los Santos, como también era costumbre entonces en muchas ciudades; así que diariamente se elevaría ante el trono de Jesús Sacramentado la invocación de para los buenos trabajadores: de aquí el valor que el Padre añadía al versículo, que hoy no se comprendería siendo las nuevas letanías de los Santos estructuradas diferentemente, y también porque se pueden usar unas invocaciones dedicadas en la celebración de la Santa Misa.

Fue una voz lanzada en el Congreso, que sin embargo no hubo consecuencias; sin embargo, el Padre la tuvo arraigada en la mente, ni jamás la olvidó. El 11 de julio de 1909, en audiencia con Pío X, obtuvo para las casas de los Rogacionistas y de las Hijas del Divino Cielo de poder insertar en las letanías de los Santos, después de **Ut Domnum apostolicum et omnes ecclesiasticos ordines in sancta religione conservare digneris, Te rogamus, audi nos**, este otro versículo: **Ut dignos ac sanctos Operarios in messem tuam copiose mittere digneris, Te rogamus, audi nos**.

Para la extensión de esta intención a toda la Iglesia, el Padre solicitó la petición de numerosos Obispos en la Santa Sede, y las presentó en parte a la Congregación de los Ritos y en parte directamente a Pío X, que las remitió a la misma. No faltó de presionar a Monseñor La Fontaine, Secretario de la misma: «Un asunto de tan saludable importancia (...) es confiado en modo especial a la fe, al celo, a la caridad de Vuestra Excelencia, porque, en calidad de Secretario de la Sagrada Congregación de los Ritos, pertenece a Vuestra Excelencia de poner todo a callar, o empujar santa y sabiamente las cosas en adelante para la mayor gloria de Dios y mayor bien de la Santa Iglesia y de la sociedad en peligro, ¡que no puede salvarse sino por el sacerdocio santísimo de Jesucristo!». Y tras insistir sobre la importancia del **Rogate**, vuelve al pensamiento que le oímos repetir mil veces: «Es verdad que los pobres obispos buscan llevar adelante los seminarios (de los que muchos ya cerraron) y de cultivar clérigos, pero si las vocaciones no vienen de lo alto y no son así como sabe darlas el Espíritu Santo, los seminarios, y los noviciados se reducen a un cultivo artificial de clérigos, cuyos éxitos pertenecerán más al siglo que a nosotros» (Vol. 29, p. 63).

Lamentablemente la respuesta de la Sagrada Congregación de los Ritos, el 20 de febrero de 1913, fue: **Dilata**, o sea que el asunto no se tomaba en consideración.

Bajo el pontificado de Benedicto XV el Padre recogió nuevas abundantes adhesiones, que presentó al Papa, que remitió también estas a la Sagrada Congregación de los Ritos: «Pero ninguna novedad – él escribe – salvo que Su Santidad envió a nosotros, para alabanza y ánimo, un pergamino» (Vol. 29, p. 145).

En los primeros tiempos de su pontificado, Pío IX, adhiriendo a la petición del Cardenal Prefecto de **Propaganda Fide**, añadió a las letanías de los Santos el versículo misionero (**Ut omnes errantes** etc.) para que el Señor conduzca a todos los infieles a la Santa Iglesia. «Pero, ¿cómo puede esto acontecer – se pide el Padre – si no se multiplica el número de los misioneros? Y, ¿cómo esto puede multiplicarse si no se cumple calorosamente lo que mandó Jesucristo cuando dijo: **Rogate ergo** etc.?» (Vol. 43, p. 151). “Pero igual esta es la hora propicia del versículo rogacionista”, pensó el Padre, y así intentó interesar al Cardenal Antonio Vico, prefecto de la Sagrada Congregación de los Ritos. Tras hacerle conocer lo que había hecho anteriormente, hace notar que el versículo misionero encuentra su natural cumplimiento en lo rogacionista, y concluye muy modestamente: «Si Vuestra Eminencia halla esto digno de su alta consideración, podría asegurarse y tomar conocimiento de dichas adhesiones de los Sagrados Prelados de la Santa Iglesia, y hacer seguidamente lo que el Señor le inspirará, para someter al Sumo Pontífice el deseo piadoso de tantos insignes Prelados. Suplico en el mismo tiempo la sabia discreción de Vuestra Eminencia para que quiera absolutamente esconder mi nombre, que en asunto tan importante no haría que daño» (Vol. 29, p. 146).

15. Las tres propagandas

Resumiendo todo, en el pensamiento y en la actividad del Padre la difusión del **Rogate** abraza tres propagandas: la **Sagrada Alianza**, la **Unión Piadosa** y el **Versículo Rogacionista**, que él desarrolla junto o separadamente, según las personas y las circunstancias, pero constante y fervorosamente.

Digamos ahora que el 1 de enero de 1920 el Padre envió humildemente una circular a todos los obispos de Italia con diversas propuestas para la difusión del Rogate.

En la primera. vuelve sobre el versículo para insertar en las letanías mayores.

«Sería entonces la Santa Iglesia en persona, que rezaría toda para obtener sacerdotes santos y numerosos» (Vol. 29, p. 166-170). Soluciona las eventuales oposiciones que se podrían levantar,²⁵ y ruega a los obispos de escribir una ferviente súplica al Santo Padre para obtener tanta gracia.

Segunda propuesta: sugiere que los obispos quieran ilustrar **ex professo**, con una adecuada pastoral, el mandato de Nuestro Señor, demostrando la necesidad que todos, el clero especialmente, rueguen para que el Señor quiera suscitar jóvenes escogidos «para que el sacerdocio formado por el Espíritu Santo pueda detener todo mal y salvar los pueblos de las crecientes destrucciones espirituales y temporales». La pastoral se podría cerrar encomendando la Unión Piadosa de la Rogación Evangélica, que sería justamente la tercera propuesta.

«Así, concluye el Padre, ¡se prepararían las bendiciones de Dios para su seminario y para todo su místico rebaño!

«Oh, ¡si todos los obispos actuaran esto en sus diócesis! La oración mandada por Nuestro Señor Jesucristo como **supremo e infalible remedio** para tener sacerdotes según el Corazón de Dios, se convertiría en una **Rogación universal**, que haría la más fuerte y dulce violencia al Corazón Santísimo de Jesús, ¡para arrancarle abundantemente esta gracia, de la que los pueblos se hicieron tan indignos!» (Vol. 29, p. 166-170).

Muchos obispos, tras esta sugerencia, erigieron la Unión Piadosa en sus diócesis; no faltaron también unas hermosas cartas pastorales; pero no resulta nada sobre el versículo.

De todas maneras, el Padre no se dejaba escapar ocasión para volver sobre su asunto predilecto.

16. En los Congresos eucarísticos

En el internacional de Roma de 1905, fue para hablar: «fue tomada en consideración esta saludable propaganda, y el congreso, oficialmente, con la autorización del Vicario del Santo Padre, hizo votos para que todos se unan con sus intenciones y oraciones a esta **Rogación evangélica**» (Vol. 45, p. 506).

²⁵ Las oposiciones no eran hipotéticas: las había avanzado el Secretario de Estado, Cardenal Pedro Gasparri, que no quería alterar las Letanías Mayores a motivo de su veneranda antigüedad. El Padre responde que las mismas Letanías habían sido integradas con el versículo contra los turcos cuando hubo el peligro que estos destruyeran el cristianismo. Además, destacaba el Padre, ¡cuántas modificaciones se habían hecho en sus tiempos, en las letanías de la Virgen, en el breviario, en el misal, etc.; hoy por la inmovilidad en este campo no se podría ni pensar!

Habló en Catania, también en 1905, y a partir de las relaciones entre **Eucaristía** y **Sacerdocio** hacía salir la necesidad de obedecer al divino mandato: «No se puede pensar la Eucaristía sin el sacerdocio; no hay real sacerdocio sin la Eucaristía. Jesucristo en sacramento es la vida de la Iglesia: cuando Jesús en sacramento es olvidado, no es amado no es creído, no se recibe como alimento, entonces la Iglesia languidece en sus miembros: ¡ella es acá y allá enferma! Pero, ¿quién puede reparar al olvido de Jesús en sacramento? ¿Quién propaga sus glorias? ¿Quién demuestra su infinito amor? ¿Quién excita los corazones para amarlo, para desearlo? ¿Quién repara los errores, que quisieran oprimirlo? ¡Es él, sólo él, exclusivamente él! Él crea la Eucaristía, se así me es permitido expresarme. Él engendra a Jesús a la vida sacramental. Él Le prepara un pueblo perfecto.

«Con todo esto – él concluye – arriesgo tímidamente mi pobre parecer, que no se pueda honrar mejor la Santísima Eucaristía, que no se pueda mejor corresponder a las sublimes finalidades de tan grande sacramento, sino atendiendo a aquella divina exhortación: **Rogate ergo Dominum messis, ut mittat operarios in messem suam**» (Vol. 45, p. 502).

No pudiendo intervenir en 1922 en el Congreso internacional de Roma, escribió un opúsculo: **Una gran palabra**, en que ilustraba el divino mandato, que los fervientes jóvenes de la **Milicia de Jesús** difundieron entre los asistentes al evento en muchos millares de copias.

El 6 de septiembre de 1924 habló en la reunión de los sacerdotes en el congreso eucarístico de Palermo. En Sicilia el Padre era muy conocido, al punto que, cuando lo anunció el Padre Venturini S.J., la multitud de los sacerdotes aclamó con voces de alegría y grandes aplausos; cada uno empujaba para verle mejor y oírle. Él habló como siempre con sencillez, con el corazón en la mano, con unción de santo y celo de apóstol. Repitió lo que había predicado miles de veces; dijo que, si para nosotros es un deber de gratitud preparar a Jesús sus triunfos eucarísticos, es también un evidente mandato suyo interesarnos en la manera más eficaz de su sacerdocio, con aquel gran medio que Él nos dio: **Rogate ergo...**

Habló pues de las Obras, de la Sagrada Alianza, de la Unión Piadosa, del versículo Rogacionista: y este voto fue acogido por unanimidad.

17. Siempre el Rogate

Es superfluo decir que, con cualesquier tratara el Padre, el tema de la oración para los buenos trabajadores a floraba siempre, especialmente con las comunidades religiosas.

A las Boconistas, tras alabar el espíritu y las obras de su fundador, el Padre Cusmano, añade: «por nuestra parte no podemos sino indicarles aquella divina palabra del Evangelio, que forma el espíritu principal de nuestros mínimos Institutos» (N.I. Vol. 5, p. 231); y las invita a inscribirse en la Unión Piadosa, enviando las fichas.

He aquí lo que escribe a las religiosas españolas de la Venerable de Ágreda:

«Os encomiendo la oración diaria para obtener de la divina misericordia gran abundancia de sacerdotes santos y vírgenes santas en todo el mundo, en toda la Iglesia»; e insiste con su refrán: «¿Qué vale que los sacerdotes los formen los obispos en los seminarios y las Órdenes religiosas en sus casas si no es Dios que los forma? ¡Un sacerdote formado por el Sumo Dios (oh, ¡si lo fuera yo así!) actúa más que mil otros! Pero Dios deja hacer a los hombres y no hace Él si no se obedece a

aquel mandato, al que pocos obedecen: **Rogate ergo** etc. ¡Todos los monasterios, todas las santas vírgenes tendrían que hacer cada día con gran fervor esta oración!» (Vol. 38, p. 48).

En cuanto fue a Oria tras el terremoto, el Padre quiso una unión espiritual con aquella comunidad de benedictinas, y naturalmente el **Rogate** es el vínculo de unidad: «Queremos unirnos espiritualmente con las Hijas del Divino Cielo en todos sus ejercicios de devoción, (...) y especialmente en las oraciones diarias que las dos Congregaciones piadosas practican para invocar de la divina misericordia numerosos y santos sacerdotes y buenos trabajadores de la mística mies, en obediencia el divino mandato del divino cielo del Corazón de Jesús» (Vol. 43, p. 125).

Otra unión espiritual el Padre la estrechó con las Salesianas Hijas de Santa María, significada en un marco simbólico, y la vio como una nueva manifestación del Sagrado Corazón, que invita las Hijas de la Visitación a cultivar el divino mandato. Esta práctica él la juzga perfectamente según el espíritu de su vocación, según las palabras de León XIII: «De las Salesianas esperamos el triunfo de la Santa Iglesia; ellas tienen que rezar al Señor de la mística mies para que envíe los trabajadores a su campo» (Vol. 38, p. 21 y 41). El Padre les presentó un formulario para enderezar al Papa, con la petición de la inserción del versículo rogacionista.

Cuando Don Orione fue nombrado por Pío X Vicario General de Mesina, el Padre se le ofreció como un humildísimo súbdito junto con sus comunidades: «Desde este momento somos todos sujetos a su sabia dirección, y Vuestra Señoría Reverendísima es proclamado nuestro Director General»; no puede, sin embargo, el Padre dejar de llamar la atención nuevamente de aquel Siervo de Dios sobre lo que formaba el ansia vibrante de su alma: «Presento a Vuestra Señoría Reverendísima, junto con todo el personal de nuestras mínimas casas, aquel sagrado estandarte en el que está escrito: “**Rogate ergo** etc.”. Esta divina palabra, salida del divino cielo del Corazón de Jesús Vuestra Señoría la recoja de la boca adorable del Redentor divino, como la recogimos nosotros y la grabamos en nuestros corazones, para formar de ella una santísima misión, ¡y de ella sea apóstol y pregonero!» (N.I. Vol. 7, p. 120).

Nos gusta aquí recordar la Sierva de Dios condesa Helena de Pérsico, con la que el Padre fue en relación epistolar.

«Sería muy contenta – le escribe la Sierva de Dios – de poder conocerle personalmente, pero no sé cómo se pueda combinar; sino, como Usted escribe muy bien, todos somos unidos en el Corazón divino». Lástima que no nos quedan las cartas del Padre, sino sólo las respuestas de la Sierva de Dios; y en estas siempre hay la referencia al **Rogate**. «Le agradezco por haberme enviado las fichas de la obra **Rogate**. La quiero mucho de verdad e intentaré difundirla según mi posibilidad. Oh, que envíe el Señor trabajadores, y trabajadores santos a su mies; ¡la mies es verdaderamente abundante, pero los trabajadores y trabajadoras son justamente un número escaso!».

18. A Monseñor Conforti

Guardamos dos importantes cartas del Padre al Siervo de Dios Monseñor Guido María Conforti, obispo de Parma, fundador de la **Sociedad Piadosa de San Francisco Javier para las misiones y Presidente de todas las obras Misioneras**.

El Padre no quedaba satisfecho de la ficha de inscripción que se difundía por la Sociedad Piadosa, en que se daba principal importancia a la recolección de limosnas: **finalidad**: preparar

misioneros celosos; **condiciones:** donar dos monedas cada año; **ventajas:** hay un listado, y ciertamente no son insignificantes; al margen de la ficha, una jaculatoria: **Señor Jesús, multiplicad, os rogamos, el número de los pregoneros evangélicos.** La oración salía como un relleno fuera de contexto, de secundaria importancia.

El Padre no podía resignarse con eso y se lamentó con el Siervo de Dios: «Someto a Vuestra Excelencia que para formar misioneros según el Corazón de Dios, la propagación de una amplia oración al gran Señor de la mística mies tiene que estar en primer lugar; las necesarias aportaciones para el mantenimiento de los candidatos al gran apostolado, en según lugar; y esto tiene que conducirse en un modo tan abierto y marcado para hacer comprender a los fieles que su limosna será bendecida, y dos monedas serán enriquecidas por la oración mandada por Nuestro Señor Jesucristo. Para esta finalidad, se tendría ya que reparar a la secular negligencia de aquel divino **Rogate**, grabándolo en grandes letras en todas las propagandas piadosas que quieren el incremento de las Obras misioneras. Los fieles tendrían que ser exhortados para una frecuente práctica de esta oración, no como una invocación nuestra, sino como un mandato evangélico, que les tendría que penetrar en el alma con todos los medios y todos los comentarios.»

E insiste: Nuestro Señor «no podía en un modo más claro indicarnos el gran remedio a la deficiencia de los trabajadores de la mística mies, cuando viendo las multitudes abandonada decía (no **dixit**, sino **dicebat**): **La mies es abundante, pero los trabajadores son pocos, rogad pues al Señor de la mies para que envíe trabajadores a su mies.**

«Nótese aquel **pues (ergo)**. No dijo **ERGO** trabajad para formar sacerdotes; **ERGO** recoged dinero etc., sino dijo **¡ROGAD!** La acción, la aportación para aquella finalidad son cosas santas, no hay duda, y tenemos que decir que eran supuestas en el divino pensamiento, pero es raro que a lo que claramente es dicho se haga poco caso o nada, cuando en cambio se hace bastante caso a lo que justamente se supone que también había sido querido por Nuestro Señor.

«La oración para obtener los sacerdotes fue encomendada, mandada por Nuestro Señor Jesucristo, e indicada como el remedio infalible para la deficiencia de sacerdotes numerosos y escogidos. ¿Qué podríamos esperar de bueno, con todos nuestros esfuerzos, si desatendemos el gran remedio que nos indicó Nuestro Señor Jesucristo? Nuestro afán, y los mismos millones, que podríamos hallar bajo tierra, ¿serán un remedio mejor que aquello?

«Me compadezca Vuestra Excelencia si desahogo mi corazón en el suyo tan inflamado de celo misionero» (Vol. 29, p. 159-160). Encomienda por tanto cálidamente la Unión Piadosa de la Rogación Evangélica, por la cual todo se da **gratis (Ibid. p. 164).**

19. El castigo más terrible

«Oiga, Señora Condesa: se dice que el castigo más grande de Dios es la gran escasez de los ministros del santuario, y lamentablemente es verdad que esta es un castigo máximo. Pero yo conozco otro más terrible todavía, como el que es su causa, o sea cerrar los oídos del alma y del cuerpo para no escuchar aquel gran mandato del divino celo del Corazón de Jesús: **Rogate ergo** etc. (...) aunque sea presente en dos Evangelistas que hacen entender que Nuestro Señor no dio una vez este gran mandato, sino que lo repitió más veces. ¡La expresión del Evangelio no es **dixit**, sino **dicebat!** (...) No es un hombre que manda esta oración: ¡es Dios, es el mismo Jesucristo! (...) Yo atribuyo a la

terrible influencia diabólica la lamentable negligencia de aquel remedio indicado por Nuestro Señor» (Vol. 41, p. 159-160).

La condesa a la que se dirige el Padre es la Venerable Teresa Ledochowska, insigne fundadora de las **Hermanas Misioneras de San Pedro Claver**, para las misiones africanas. Publicó dos boletines: **El eco de África** y **El Niño Negro**, cada uno en diez idiomas. Escribió muchos artículos, apelaciones y opúsculos para difundir la idea misionera y tuvo centenares de charlas en diversos idiomas y países. Como fruto de sus labores pudo enviar a los misioneros de África considerables ayudas financieras, además de numerosos objetos y ornamentos sagrados, como también miles de libros imprimidos en las lenguas africanas.

El Padre hubiese deseado que la actividad de la Venerable y de su Instituto se fijara también en el **Rogate**: «Qué agradable sería al Corazón de Jesús, en relación a las inmensas necesidades de las Misiones de África, que una familia religiosa de 93 vírgenes sus esposas (el Padre escribía el 4 de agosto de 1921) elevaran las manos al Cielo y con gemidos y suspiros imploraran de la Divina Bondad numerosos y santos misioneros para todo el mundo, sea para las tierras de los infieles que para las tierras católicas, porque no hace falta ser exclusivistas, como suele pedir el amor propio, sino cuando no podemos extender a todos nuestras ayudas personales, tenemos que extenderlas con la caridad de la oración» (**Ibid.** p. 160).

Pero hace falta reconocer que el carisma del **Rogate** era don que el Espíritu Divino reservaba al Padre, ¡y él se tenía que entregarse a ello hasta el extremo! El **Rogate** no es conocido, no es apreciado, no es atendido... ¡Era su pensamiento dominante!

En 1906, cuando pudo creer que la propaganda de la oración rogacionista pudiese «encender por doquier, tras estar reprimida durante diecinueve siglos», escribía satisfecho: «¡Me siento morir, más que confundir, ante tanto extenderse del gran recurso que queda al mundo, a las Iglesias, a las naciones para el triunfo de Dios en la tierra!» (Vol. 29, p. 58).

Sin embargo, muchos años después el Padre tenía que constatar con amargura que el mandato del Señor quedaba aún olvidado... ¿A quién recurrir? ¿Qué medio intentar? ¡Sólo quedaba la oración! (...) Rogar al Señor para que difundiera el espíritu de la oración rogacionista, y he aquí que escribe una serie de ardientes **oraciones para el triunfo del divino mandato**. Se dirige al Espíritu Santo, al Sagrado Corazón, a la Santísima Virgen, a San Miguel Arcángel, a San José, a San Antonio de Padua... (Vol. 5, p. 66-74).

Dimos algún ensayo antes (Capítulo 4, n. 1); nos permitimos aquí unas otras citas:

«¿Y qué? Oh Señor todopoderoso, ¿os olvidaréis así de la pobre humanidad porque nos olvidamos del Mandato del divino Cielo de vuestro Corazón? Por favor, ¡no queráis en tal modo vengaros como vuestra perfecta justicia reclamaría! Sería comprometida vuestra Sangre Preciosísima que derramasteis para la salud de las almas. Vengaos con vuestra infinita Bondad y misericordia. Difundid en la santa Iglesia, como dijisteis por boca del Profeta Zacarías, el espíritu de oración; espíritu de esta divina oración, de esta divina Rogación que Vos mandasteis como indispensable para conceder en la tierra esta misericordia de las misericordias, ¡esta gracia de todas las gracias, por la cual las nubes lloverán los justos, y la tierra germinará los salvadores!» (**Ibid.** p. 69).

«Oh Madre, ¡haced que de este espíritu de oración se inflame toda la Jerarquía Eclesiástica! ¡Por favor! ¡Inflamad vos todos los corazones de las santas vírgenes, de las monjas piadosas, de las almas amantes de Jesús, de los contemplativos, y de todos los hombres de buena voluntad que hay en la tierra, cuyos nombres están escritos en el libro de la vida! (...) Oh Madre de la Iglesia, oh,

Corredentora de las almas, otorgad vos del Corazón amorosísimo de Jesús, el triunfo universal del divino **Rogate**» (*Ibid.* p. 69).

«Como el sol recién salido resplandece desde oriente hasta el ocaso, así el divino mandato del divino celo del Corazón de Jesús resplandezca luminosísimo especialmente en la mente de las almas escogidas, las que están unidas mayormente a Jesús y que son heridas por los intereses de su divino Corazón; y este particular imprevisto interés del Corazón de Jesús las penetre a todas y las haga gemir y suspirar incesantemente ante la divina presencia, para que la divina misericordia, sin más retraso, llene la tierra con apóstoles santos, para que se abatido y derribado el reino de Satanás, y se dilate por doquier el reino de Dios y Jesucristo reine en todos los corazones. Amén» (*Ibid.* p. 71).

20. La misión más alta y más bella

Hace falta ahora reconocer que, en la Santa Iglesia, hoy en día, ya no hay aquel olvido del **Rogate** lamentado por el Padre en sus tiempos. Entonces él habría deseado una intervención del Papa, que diera comienzo a una cruzada de oraciones bajo la bandera del **Rogate**. Pío X había definido el **Rogate** un mandato de Jesucristo; Benedicto XV se había proclamado el primer rogacionista y el más interesado en esta oración; y no puedo olvidar la mirada emocionada del Padre, su sonrisa sincera, su alegría plena cuando, hacia finales de 1921, nos anunció que el Papa, en una oración para la propagación de la fe, había recordado el divino **Rogate**. Y escribió: «¡no se puede considerar sin gozo interior el aparecer, como el primer rayo de sol naciente, de este espíritu de oración o rogación universal por obra de dos Sumos Pontífices!» (Vol. 43, p. 152).

Sigue refiriéndose a la acción de Pío XI: «Pero este sol **oriens ex alto** empezó a adelantarse esplendoroso y luminoso desde los primeros días del pontificado de Su Santidad Pío XI. ¡Habiéndole sido presentada la **Unión Piadosa** de oraciones para obtener sacerdotes elegidos para la santa ciudad de Roma, por obra del Eminentísimo Cardenal Vicario, la alabó altamente y, con una expresión digna de ser bien considerada y ponderada, la llamó **obra de las obras!**». El Padre comenta: «¡Palabra verdaderamente inspirada! ¡Dios habló por boca de su Vicario! Obra de las obras es rezar para las vocaciones santas. (...) Y esta expresión, penetrándola, querría decir: una obra dedicada para esta finalidad de obtener por el Señor sacerdotes escogidos, es obra madre de muchas obras buenas, la obra generadora de obras grandes y santas para la máxima gloria de Dios, para la mayor salvación de las almas, para el más amplio desarrollo de la divina misión de la Iglesia de Jesucristo en el mundo entero, como la que consigue ciertamente los elegidos de Dios, y hasta los santos de Dios en la Santa Iglesia» (*Ibid.* p. 153).

Pero el triunfo del Rogate era reservado para nuestros días. El Vaticano II impulsa «la concreta participación de toda comunidad de los fieles en el deber de fomentar las vocaciones» prescribe que esta obra sea «establecida en el ámbito de cada diócesis» y encomendando los medios tradicionales de cooperación a la gracia, recuerda antes de todo «la oración instante» (O.T. 2). Pablo VI, en la **Summi Dei Verbum** (n. 12), recuerda a todos los hijos de la Iglesia el deber de corresponder al divino mandato: «El primer deber que incumbe a todos los cristianos, en orden a la vocación sacerdotal, es la oración, según el precepto del Señor: **La mies es mucha, pero los operarios son pocos. Pedid al Señor de la mies que envíe obreros a su mies** (Mt 9, 37-38)», porque «en estas palabras del Divino Redentor está claramente indicado que la primera fuente de la vocación sacerdotal es Dios mismo, su misericordiosa y libérrima voluntad». Por lo tanto, establecía la **Jornada mundial de oración por las vocaciones** para celebrarse cada año en el cuarto domingo de Pascua, domingo del Buen Pastor.

¿Es temerario pensar que fueron las oraciones del Padre las que prepararon este día?

Queremos acabar este capítulo nuevamente con las palabras alentadoras de Pablo VI, que se nos refieren directamente.

En la audiencia concedida a nuestros Padres capitulares el 14 de septiembre de 1968, él tazaba indeleblemente el retrato de cada rogacionista y el valor de su vocación: «El mismo nombre os califica en la misión y en la imagen de adoradores e implorantes para la misión más alta y más bella de merecer y preparar las vocaciones para el Reino de Jesucristo».

¡Ojalá fuéramos verdaderamente dignos de tanta misión!

6. «AQUELLA ESPERANZA QUE MUERE EN EL CIELO»

1. La esperanza escatológica. 2. Su vida estaba repleta de esperanza. 3. Oh, Paraíso... 4. El apóstol de la esperanza. 5. ¡Tenía hasta hambre de indulgencias! 6. Desprendimiento de los bienes terrenales. 7. Confianza en Dios. 8. Siempre confianza. 9. Los votos de la confianza. 10. El tercer voto de la confianza. 11. Non confundar in æternum! 12. Unas anécdotas.

1. La esperanza escatológica

Hablemos ahora de la esperanza teologal, llamada por el Vaticano II **esperanza escatológica** (G.S. 21), o sea la esperanza de la vida eterna para alcanzar en el Paraíso: **es la virtud sobrenatural por la cual confiamos en Dios y de Él esperamos la vida eterna y las gracias necesarias para merecerla** (Catequismo de S. Pío X).

Ella viene en seguida después de la fe. «Sin la esperanza, nuestra fe nos da sólo un conocimiento superficial de Dios. Sin amor y esperanza la fe se limita a conocer a Dios como a un extranjero, porque es la esperanza que nos tira en los brazos de su misericordia y de su providencia. (...) Si no espero en su amor para mí, jamás conoceré de veras a Jesucristo» (cf. T. Merton, **Nessun uomo è un'isola**, Garzanti, Milano 1956, p. 33, 41), **porque Jesucristo es nuestra esperanza** (1Tim 1, 1). Esta es una virtud que ocupa un sitio central en la teología de hoy: ella, en efecto, es el tema de numerosos congresos entre estudiosos, mientras el Vaticano II recuerda que los presbíteros «robustecen la esperanza firme respecto de sus fieles» (P.O. 13).

2. Su vida estaba repleta de esperanza

Proporcionalmente con la fe del Padre, tanto era grande también su esperanza. Se puede decir que toda su vida estaba repleta de esperanza, como también estaba repleta de fe, que más bien se concretizaba en la esperanza.

Contaba con el Paraíso como a él debido no por los propios méritos, sino por los méritos infinitos de Jesucristo; decía, en efecto: «¿Por qué Jesús habría sufrido su pasión tan atroz, en medio de indecibles tormentos, sino para asegurarnos el Paraíso?».

Pensaba ciertamente que el Señor, habiéndolo hecho sacerdote, le habría pedido más estrecha cuenta de sus dones, pero estaba seguro que en el juicio de Dios triunfaría su amor y su misericordia. En este punto nunca mostró incertidumbres o bien titubeos.

Desde la edad de cuarenta años había empezado a rezar diariamente la larga oración para la buena muerte atribuida a San Leonardo de Porto Maurizio; sin embargo, un día me dijo: «Ahora no me sirvo más de aquella fórmula: me estrecho diariamente cada vez más a Nuestro Señor y lo ruego para una buena muerte con los gemidos del corazón».

Él creía que, dada la infinita misericordia de Dios, pocas son las almas que se pierden: sólo un misterio de rebelión humana podía explicar el Infierno; por eso no quería que se alimentaran ansiedades en propósito: «Tenemos los medios que nos dio el Señor: – decía – la oración, los sacramentos, las buenas obras; la protección de la Santísima Virgen y de los Ángeles y Santos; ¿qué más queremos para asegurarnos el Paraíso?»

Enseñaba que para merecer el Paraíso hace falta padecer y trabajar; ¡y sabemos cuánto él padeció e hizo en toda su vida de 76 años! Todo lo hizo y todo lo padeció por amor de Dios, con la esperanza de ir un día a gozarlo en el Paraíso.

3. Oh Paraíso...

Encontramos en sus escritos una maravillosa protesta de su esperanza en Dios. En la **Carta a los amigos**, así abre su corazón: «¡Oh Paraíso! ¡Oh reino de la eterna gloria! ¡Oh fin del doloroso destierro de la vida! ¡Oh Ciudad eterna de Dios! ¡Oh visión beatífica del que es la belleza infinita, la bondad infinita, que también en este valle de lágrimas aparece con un admirabilísimo rayo en todo lo que es bueno, en todo lo que es bonito, en todas las sublimes maravillas de la creación!

«Ay, ¡la deseo esta eterna bienaventuranza, esta región de luz y esplendores, esta contemplación interminable de Dios en que por la eternidad se gustarán delicias siempre nuevas, porque Dios es infinito, y en él también el espacio, del que no hay término, es absorbido en Dios!

«Ay, ¡No, no! No quiero caer en la eterna condenación, en el abismo del fuego eterno, bajo el abominable dominio de Satanás, que odia y odiará para siempre al Sumo Dios, a Jesucristo, a María Santísima, a los Ángeles, a los Santos y todo lo que a Dios pertenece. Él, Satanás, que transforma en su odio y en su rabioso padecer todas las almas condenadas que en vida lo escucharon, ¡lo siguieron, lo obedecieron cediendo a sus perversas, sutiles, invisibles sugerencias!

«Oh amigo, oh señor mío, ¿acaso no seremos compañeros en el cielo, en el regazo de Dios, beatificándonos mutuamente?» (Carta a los Amigos, p. 69). En una carta a Melania (10 de agosto de 1897) corre con su pensamiento a la felicidad del cielo: «¡Oh qué será estar en el Vientre de Dios durante los siglos eternos! ¡Qué será nadar en el océano de la luz infinita, cuando un pequeño y lejano reflejo tanto nos embriaga! ¡Oh compañía de los Beatos y de los Santos en la Patria celestial, cuánto sois deseable! ¡Oh vista de la Inmaculada Señora María, cuando llenarás de gozo a todos los elegidos! ¡Oh eterna posesión de Dios, cómo no formarás el suspiro de todos los corazones! ¡Bendigamos a nuestro dulcísimo suavísimo Jesús, que nos recompró con su Sangre Preciosísima para hacernos eternamente felices!» (N.I. Vol. 8, p. 1).

El pensamiento del Paraíso lo confortaba inmensamente en la pérdida de sus seres queridos. Su corazón tiernísimo no podía no padecer la separación, pero él, aunque tuviese lágrimas para cada desventura, nunca lloró por sus muertos, nos decía el Padre Vitale: «¡Están en el regazo de Dios, y hoy o mañana iré a encontrarlos nuevamente!». Sin embargo, hacía y procuraba muchos sufragios. Por la muerte de la madre no derramó ni una lágrima, y tuvo una tal conformidad con la voluntad de Dios, que pareció insensibilidad, él, que era tan sensible.

«Alguna noche tras la muerte de la mamá – escribe el Padre Vitale – fui con otro clérigo a Aviñón para presentar al Padre las condolencias. Lo encontramos en perfectísima calma, unido a la voluntad de Dios y nos contó las bonitas virtudes de su madre y su santa fin» (**ob. cit.** p. 198). Cuando murió su hermana Catalina, - cuenta el Padre Russello – el Padre apareció en la capilla diciendo: “Murió mi hermana”, y juntando las manos dijo: “Hagamos la voluntad de Dios y recemos por ella”. En la muerte de la madre D’Amore, superiora de Trani, a sor Cristina que lloraba, el Padre impuso de ira la capilla para llorar los pecados del mundo.

Hallaba luego palabras apropiadas para consolar a los supérstites. A un joven que había perdido su madre: «Yo me imagino vuestro gran dolor: ella formaba el centro de todos vuestros afectos y de todas vuestras premuras. ¡Era tan buena, amable, piadosa, humilde! Nunca olvidaré las cordiales acogidas y las maneras exquisitas con que me hospedó y trató en mi venida allí. Vos perdisteis el objeto más querido en esta tierra. Pero con todo esto no tenéis que abatiros. Vos tenéis fe y virtud, y así tenéis que elevar la mente a Dios y allá en la posesión del infinito contemplad aquella

alma santa. Esta vida mortal no es sino una escena rápida, nosotros fuimos creados para un destino eterno, y a esto tenemos que dirigir todas nuestras miradas, esperando ser un día todos reunidos en el regazo de Dios» (Vol. 42, p. 124). Luego sigue asegurando sufragios.

Encuentra un pobre hombre desconsolado por la muerte de la mujer: «Mire – le dice – para nosotros que tenemos la fe, el dolor en estas circunstancias es muy fácil para aliviar. Muchos marchan para América dejando a sus seres queridos la certeza que seguidamente los llamarán consigo. Y estos, aliviados por esta esperanza, no sufren, no lloran y apenas sienten el desprendimiento. Bien, el Paraíso es la meta de todos los viajes, el que va antes, allí se va para descansar y desde allí nos espera, nos desea, nos llama y nosotros un día lo veremos nuevamente. Es un desprendimiento temporáneo y nada más».

Estas palabras hicieron un efecto tal en el corazón de aquel hombre que no sólo fue suficientemente confortado, sino que lo convenció, al punto que lo recordaba aún muchos años después.

4. El apóstol de la esperanza

Derramaba su gran esperanza derramaba ampliamente a su alrededor, y en los que le acercaban intentaba infundir el deseo del Paraíso.

Con los sermones, escritos y conversaciones, piadosas o sencillamente amistosas con gente indiferente o atea, habló siempre sobre el cielo como nuestra patria. A todos, sanos, enfermos, moribundos, infundía confianza y esperanza en el Paraíso.

Este apostolado de la esperanza lo ejercía principalmente, como era obvio, en sus comunidades. Probablemente no hubo discurso o charla para nosotros sin que se hablara del Santo Paraíso, para ganarlo a través de los sacrificios, como hicieron los santos, de los que nos daba para leer las biografías.

Nos decía que tenemos que ir absolutamente al Paraíso, por la gracia y la misericordia de Dios. Por eso quería que se cultivara la esperanza del Paraíso. A menudo preguntaba a las niñas: «¿Queréis ir al Paraíso?». Y a la respuesta entusiásticamente afirmativa, seguía: «Sí, todas al Paraíso, pero cuidado... oración, huir del pecado, obras buenas, todas hechas con espíritu de fe».

Encerramos con un bonito testimonio de una Hija del Divino Celo que escribe: «Demostraba un deseo tan ardiente de ir al Paraíso, que en este propósito nos hacía largos discursos. El Paraíso lo demostraba a nosotras tan bello y gracioso, que nos parecía que lo mirara con sus propios ojos. Su confianza siempre se apoyaba en los méritos de Jesucristo, que gracias a su sangre derramada nos abrió el Paraíso. Sus charlas se cerraban con estas palabras bonitas: “Hijitas, ¡esperemos que como somos reunidos en este lugar, un día seremos reunidos allá arriba en el Paraíso!”».

5. ¡Tenía hambre de indulgencias!

También las indulgencias que buscaba ganar, y que nos deseaba a través de las prácticas relativas, son una prueba de su esperanza.

Recuerdo una conversación suya, en que declaró que, para sí, creía merecer un largo purgatorio. «Pero esto no quiere decir que allí tendré que estar largamente: tengo gran confianza que la misericordia de Dios me lo acortará mucho: existen los suffragios de la Santa Iglesia, y luego – concluyó sonriendo amablemente – ¡**nu sfurziceddu** (un pequeño esfuerzo) para el Padre vosotros ciertamente no faltaréis de hacerlo!»

Y por eso animaba las almas temerosas: «No, no así – a los que temían un purgatorio riguroso – aunque hubiésemos cometido los peores delitos, hace falta siempre confianza y esperanza en Dios». Un día en un sermón dijo: «Si hubiese traicionado a Dios como Judas con mis pecados, siempre confiaría en los méritos de Jesucristo para salvarme».

Aquella alma sencilla y cabal – **vere Israelita** del Evangelio – que fue la cándida sor Gertrudis, un día le dijo: «Padre, rece por mí después de mi muerte, porque tengo mucho miedo del Purgatorio». Le contestó: «Y, ¿quién te dijo que irás al Purgatorio?». Y sonriendo amablemente siguió: «De todas maneras dirás al Señor: el Padre me dijo que no me hagas ir al Purgatorio». Y la religiosa piadosa afirmaba que cada día recordaba estas palabras en la acción de gracias de la Comunión y se sentía acrecentar la confianza en la bondad del Señor. Unas veces se le oyó decir: «¿Por qué tenemos que ir todos a la fuerza al Purgatorio? ¿Acaso no están los méritos de Jesús, de la Virgen y de los Santos, que nos pueden librar de ello?». En otra ocasión, por la fiesta de una superiora, escuchó que una niña le deseaba de cumplir el purgatorio en la tierra. El Siervo de Dios sonrió y le preguntó si fuera contenta de eso; ante su afirmativa, le añadió: «Yo también te deseo esto; por otra parte, yo también lo deseo».

Se dijo que el Padre tenía hasta hambre de indulgencias. Nos encomendaba por eso que no dejáramos escapar ocasión para ganarlas.

Recordemos con cuánto fervor rezaba la célebre oración a Jesús Crucificado, tras la Santísima Comunión, encomendándonos de mirar la santa imagen.

Todas las devociones que prescribía o encomendaba, miraban a hacernos ganar las relativas indulgencias. Por eso nos hacía inscribir en numerosas Uniones Piadosas, y cada uno de nosotros recibía su relativa ficha.

Más bien destaca una hermana: «En la secretaría yo era la encargada, entre otras cosas, de inscribir las recién llegadas a las diferentes Uniones Piadosas, para participar de las relativas indulgencias; y el Padre a menudo me preguntaba si todas se habían inscrito».

6. Desprendimiento de los bienes terrenales

Fruto de la esperanza es el desprendimiento de los bienes terrenales. El Padre, si los buscaba y se servía de ellos, era sólo para hacer el bien. Su dinero y el de los demás lo tuvo siempre como medio para hacer el bien, como algo no suyo sino de **sus señores pobres**. Así que sólo para esto buscó dinero, y durante 20 años personalmente fue mendigando de puerta en puerta. Se despojó de todo para adquirir el cielo. Ni recibía habitualmente ofrendas para sus Misas, porque pensaba que el reino de Dios, buscado antes de todo le habría procurado dinero en abundancia. El pueblo se daba cuenta de su desprendimiento y de su gran confianza en Dios. Tras el incendio de la iglesia-barraca se pensó en la colecta de aportaciones entre el pueblo. Escribe el Padre Vitale: «Se dio comienzo a un público paseo para recoger las primeras ofrendas, y todos correspondían con las lágrimas en los

ojos y con la esperanza en el corazón. Nos conmovió en aquel paseo la actitud de una viejita enferma, que pedía lo que significara aquel ruido de gente agolpada a lo largo de la calle, y se le explicó lo que acontecía. Y entonces, como si se tratara de un hecho de ninguna consecuencia, la viejita se puso a gritar: “¡No temáis, no temáis! ¡La iglesia de madera ahora el Padre Di Francia la hará con oro, la hará con oro!”. La profecía se cumplió poco tiempo después» (**ob. cit.** p. 481).

Consideró el dinero como instrumento de bien, porque tenía una comunidad para mantener, obras para avanzar, lo buscó nunca para sus comodidades, sino sólo y siempre para sus niños y sus pobres. Por sus manos pasaron millones, pero nunca un céntimo se pegó a ellas. No tenía en cuenta las cosas terrenales, más bien tenía miedo que se pudiese ofender la Divina Providencia, si en algún modo se les hubiese apegado.

El secreto de sus riquezas estaba en la oración: en los momentos de graves y extremas necesidades, agarraba la pluma y escribía oraciones tiernísimas, que, decía, tenían que penetrar el Corazón de Dios, de la Virgen y de los Santos. Se nos quedan innumerables, mientras muchas otras se perdieron.

La nota dominante de todas estas súplicas es la confianza: a pesar de las penurias, las tribulaciones, las persecuciones en curso y venideras, su confianza permanecía inquebrantable; y hasta cuando parecía que sus oraciones fuesen rechazadas, él no desistía de la confianza infinita en el Señor, tanto que podía repetir con Job: **Aunque me mate, yo esperaré** (13, 15).

En los últimos años, cuando se le hacía notar que las ofrendas le llegaban abundantes de diversas naciones, él se emocionaba, juntaba las manos y decía lagrimando: «¡Cuánta gente buena, que piensa en las necesidades de los pobres! Pero, ¡qué bueno es el Señor! ¡Toda esta gente es un instrumento dócil en sus manos!»

Volveremos sobre el tema del desprendimiento cuando trataremos sobre la pobreza.

Destacamos aquí el cuidado que el Padre nutría para cultivar el desprendimiento interior. Escribe el Padre Vitale: «Una anécdota que él contaba y podría parecer pueril, pero al que conoce el ánimo del Padre y la perfección a la que él aspiraba, sale muy significativo. Había un gatito en la casa de Aviñón – igual en los primeros tiempos de la Obra – que se le había aficionado y cuando lo veía se le acercaba, ronroneando y no quería desapegarse de su persona. El Padre lo acariciaba, le daba algún bocadito y sentía alguna ternura infantil. Un día mientras él subía las escaleras lo halló muerto ante sus pies. “¡Ay! – me decía haciéndose serio – me impresioné por el hecho. ¡Igual en mí había algún pequeño apego a aquella criatura y el Señor no lo quería!» (**ob. cit.** p. 609). Episodio modesto, pero bien significativo, repetimos, por la espiritualidad del Padre.

Algo parecido pasó a Santa Teresa del Niño Jesús, antes que se hiciera carmelita. Su óptimo padre le había regalado un corderito todo blanco recién nacido. La santa esperaba de verlo saltar a su alrededor después dos o tres días, pero, cuando menos se lo esperaba, el corderito murió. He aquí como la Santa interpreta aquella muerte: «No te imaginas, madrina querida, ¡cuántas reflexiones me inspiró la muerte de aquella pequeña bestia! Oh, sí, ¡no tenemos que apegarnos a nada aquí abajo, ni a las cosas más inocentes, porque ellas nos irán a faltar cuando menos lo pensemos!» (**Historia de un alma**, n. 839).

El Padre Vitale así comenta el relieve del Padre: «¡Sin duda hace falta admirar el lenguaje y el sentimiento de los santos! Enseñaba por eso a nosotros sus hijos a ser desapegados hasta de las cosas espirituales, y usaba unas santas industrias justamente porque nos amaba mucho, para que nuestro corazón rompiera todo hilo, que podría tenerlo estrecho a la tierra. Tal vez con arte nos alejaba

de algún lugar, de alguna conversación, de alguna amistad poco buena, (...) tenía miedo de los ataques. (...) ¡Cuántas amonestaciones conserva nuestra alma! ¡Cuántas de ellas intentó infundirle! Con su gran ingenuidad, una vez que parecía que el Señor tardara en concederle alguna gracia, decía: «Examiné mi conciencia por si acaso tuviese algún apego que no me hace merecer la gracia, pero no lo conozco» (**ob. cit.** p. 609).

Lo de arriba nos recuerda lo que el mismo Padre Vitale escribió, refiriéndose a un conocido episodio de la vida de San Ignacio: «Un día considerábamos la gran unión que San Ignacio tenía con Nuestro Señor, tanto que, si él hubiese visto destruida su Compañía, único objeto de su amor en la tierra, le bastaría un cuarto de hora para cesar toda agitación provocada por la naturaleza. El Padre, en este punto, con sus salidas de simplicidad, exclamó: “¡Vaya, es demasiado!” Casi hubiese querido que la naturaleza humana no sufriera las inevitables repugnancias de la ley divina» (**ob. cit.** p. 551).

7. Confianza en Dios

De la esperanza tenía su origen para el Padre una inmensa confianza en Dios.

Son numerosísimas las oraciones que quedan, para rezarse en particular o comunitariamente, finalizadas a promover la confianza en Dios. En los momentos de tempestad, él solía pasar la noche en oración ante el Santísimo. Solía citar de la Biblia las palabras: «**Qui confidit in Domino sicut mons Sion, non commovebitur in æternum**».

Un sacerdote nuestro, habiéndole dicho una vez que ciertas expresiones escritas en el **Prefacio a las Preciosas Adhesiones**, en la primera edición, mostraban casi desmoralización ante los obstáculos insuperables:²⁶ “Sí – le contestó – pero no perdí nunca la confianza en Dios. David no perdió la fe cuando decía la misma frase: **Veni in altitudinem maris et tempestas demersit me**.

En cuanto a las luchas internas, desánimos, seguramente tuvo que tener, como resulta en diversas cartas, escritos y alguna expresión oral; sin embargo, él siempre conservó su calma confianza en Dios. Solía hacer relevar como los mimos defectos, también de un fundador de una obra santa, son en las manos de Dios argumento para probar la humildad y la esperanza que hace falta tener sólo en Él, para que ninguna criatura presuma en su presencia. Nunca un eclipse en su confianza, ni en las horas más oscuras.

Tuvo una vida agitadaísima y llevaba en la paz sus amargas, que no confiaba a nadie. Decía en estos casos: «Recemos, recemos; confianza en el Señor; ¡la Obra es de Dios y Dios la salvará!».

Angustiado, pero no abatido, mientras aumentaban las dificultades, aconsejaba aumentar las oraciones y encomendaba que en cada circunstancia no confiáramos en las criaturas, sino que pusiéramos toda nuestra esperanza en el Señor.

Decía con sencillez y sinceridad: «Yo nunca confié en los hombres», y repetía el dicho de la escritura que **Él cuenta con un brazo de carne, nosotros con el Señor, Dios nuestro, que nos auxilia y combate en nuestras guerras.** (2Crón 32, 8).

²⁶ El Padre, hablando de las dificultades que impedían el desarrollo de la Obra Piadosa, escribía: «Ellas fueron cada vez más creciendo, con tanta complicación de cosas, con tanta complicación de circunstancias, que la Obra se halló en un remolino de tribulaciones, y fue cien veces más cercana a morir antes de nacer. Cuántas veces me sentí próximos a exclamar con el lamentoso Profeta: ¡**Inundaverunt aquæ super caput meum, dixi perii!**» (N.I. Vol. 10, p. 211).

Un día al Padre Vitale, angustiado, enumeraba sus deudas, de los que decía que no podía salir; pero he aquí que poco después, pasando junto con él por no sé qué calle, se paró para admirar un palacio, pidiéndose si acaso los dueños tuviesen la intención de venderlo, porque decía que Aviñón no podía dar amplio respiro para el desarrollo de la Obra. Asombrándose el Padre Vitale de la contradicción cabal: «¿Qué quieres? – contestó – las deudas me preocupan a mí, la adquisición del palacio, en cambio es confiada a la Divina Providencia».

8. ¡Siempre confianza!

La confianza en Dios era la base en la que apoyaba la existencia y la vida de la casa. En efecto, en la entrada de Aviñón el Padre había escrito con grandes letras la exhortación evangélica: **Nolite timere, pusillus grex** (Lc 12, 32). Él luego habitualmente cerraba su día con un acto de abandono en Dios, rezando en las últimas oraciones de la noche el salmo de la confianza: **Qui hábitat in adiutorio Altissimi...** (Sal 90).

Requería esta confianza en Dios a las almas que se le habían confiado. El Padre Vitale sufrió durante largos años una grave tribulación interior; y el Padre en cada ocasión lo sostenía y animaba. Una vez que le pidió de hacer un retiro particular, le contestó: «Al Padre Vitale no le hace falta; eche los pensamientos inoportunos; él está en el regazo del Señor y justamente en su corazón» (Vol. 32, p. 17). En otra ocasión le escribía: «Cuánto tiene que padecer Nuestro Señor, después de lo que le amó, si usted piensa en el infierno... ¡En unas revelaciones de santos Nuestro Señor dijo que **los hijos** no tienen que pensar en el Infierno, porque tienen ya todo en común con el Padre celestial! **Alegraos**, dijo Nuestro Señor a los apóstoles, porque **vuestros nombres están escritos en el libro de la vida**. Lo mismo dice a nosotros: amémoslo, pidámosle la santa perseverancia y tengamos confianza que no fuimos hechos para el Infierno» (Vol. 33, p. 73). Otras veces: «¡Hágase ánimo! ¡Ya sufrió! Ya tuvo que engullir bocados amargos. (...) Pero Jesús está con usted y le dará otras tantas consolaciones» (Vol. 31, p. 91). «**Expecta Dominum, viriliter age et confortetur cor tuum**» (Vol. 31, p. 60).

«Miremos a Dios, hagamos lo que está en nosotros, y centrémonos en lo nuestro» (Vol. 32, p. 19). Por los muchos que fallecían en tiempo de guerra: «Recemos y confiemos en el Corazón del Sumo Nuestro bien Jesús: él nos los guardará o nos proveerá: no nos apoyemos en el hombre» (Vol. 32, p. 89). «Seguro que o defecciones, o bien desapariciones, o bien llamadas al Cielo, nosotros tenemos que ir a lo nuestro con la confianza en el Corazón Santísimo de Jesús, resolutos en no dejar nunca el arado para volvernos atrás, admitiendo incluso que no tuviéramos ningún éxito. (...) Hagamos lo que se puede en el nombre adorable de Jesús y no pretendamos **alta sapere**» (Vol. 33, p. 122).

A la madre Nazarena: «Espero que estéis bien en salud, y que ya vuestro corazón y vuestra alma estén unidos a Jesús como único, eterno infinito bien, para quien nada es entregar toda nuestra vida, incluso con tantos martirios cuantos sufrieron todos los mártires. Echad todo vuestro pasado, todo el presente y todo el porvenir en el abismo de toda misericordia, que es el Corazón amorosísimo de Jesús. Cuando nos recordamos de haberlo disgustado de alguna manera, también más veces, no por esto tenemos que desconfiar y desanimarnos, porque esto disgustaría mucho el Corazón Santísimo de Jesús, sino con paciencia, tranquilidad y gran confianza tenemos que presentarnos nuevamente al Sumo Bien, postrarnos humildes ante su presencia y decirle: “Oh Jesús, si mis culpas superaran las arenas del mar y las estrellas del cielo, yo no quisiera desconfiar, porque vuestra misericordia es infinitamente más grande que mis culpas”. ¡Jesús ama mucho las almas arrepentidas y humildes, y se

olvida en seguida de sus culpas! Ánimo, pues, santo coraje, y empezad de veras, nuevamente, a haceros santa» (Vol. 35, p. 131). «Todo os sirva para humillaros más ante Nuestro Señor, pero siempre con santa confianza, porque la humilde y amorosa confianza gusta mucho a Nuestro Señor. Todos tenemos que tener un amoroso arrepentimiento de las culpas pasadas: digo **arrepentimiento** y no **remordimiento**, porque la palabra **remordimiento** es muy fea y la tienen también los condenados: ¡hace falta arrepentimiento, lo que nos une a Dios!» (Vol. 35, p. 200).

Tras la ruptura del frente italiano en Caporetto en 1917, así anima las hijitas que prestaban su servicio en un hospital militar en Padua, escribiendo a la superiora: «Exhorto a vosotras y a las demás otras nuestras queridas hijas en Jesucristo para que tengáis confianza en aquel divino Corazón. No os asustéis, sino que confiéis bajo el manto de nuestra divina superiora, la Inmaculada Virgen María. Cumplid vuestro santo oficio, confortando estos soldados y levantando su moral. Sed todas observantísimas en el ejercicio de las santas virtudes religiosas, en la santa oración, en la santa obediencia, en la santa humildad y en toda buena disciplina. Portándoos así, podéis tener la confianza que el Corazón Santísimo de Jesús y la Santísima Virgen no dejarán de guardaros» (N.I. Vol. 5, p. 252).

A las Hermanas de Estrella Matutina, que atravesaban un periodo de excepcionales tribulaciones, el Padre las exhorta repetidamente a la confianza: «El buen Jesús quiera proveer para el porvenir de esta institución suya; y ciertamente proveerá. Ya fue establecido en los divinos decretos el día en que la Obra de la Santísima Virgen Dolorosa tendrá que volver a florecer y se extenderá para la divina gloria y salvación de las almas. Mientras tanto estamos en el Calvario: vendrá la resurrección. ¡Tengamos esta fe, esta confianza en el Corazón Santísimo de Jesús y en la hermosa Inmaculada Señora María! Cuán mayores fueron las humillaciones, tan mayores serán las misericordias de Nuestro Señor Jesucristo. Él triunfará en esta Obra» (Vol. 39, p. 34). Aún: «Recibí su carta cargada de preocupación; pero pensemos que Jesús adorable es padre amorosísimo y no deja perecer a sus hijas. Se esconde, hace ver que todo está perdido, o casi imposible, pero luego sabe volverlo todo para nuestro bien, en el tiempo determinados por sus eternos consejos» (Vol. 39, p. 68).

9. Los votos de la confianza

a) El perdón de los pecados

Veamos cómo el Padre cultivaba su confianza en Dios. La confianza antes de todo es don de Dios, y por eso la imploraba con la oración.

Remonta al año 1886 una oración **para la santa confianza**: «Yo os ruego, oh mi Jesús, dadme la tierna y filial confianza en Vos. Yo os temo, oh Jesús mío, porque sois mi Juez que me llamaréis al **redde rationem**; pero haced que también os ame como Padre Amorosísimo que tiene entrañas de caridad infinitas para con todos sus hijos. Si la vista de mis pecados y de mis miserias, y mucho más la vista de mi malicia me aterrorizan, y me tienen confundido y tembloroso ante vuestra presencia, por favor, haced que la consideración de vuestra infinita misericordia, y del amor infinito con el que me amáis, reconforte y levante mi espíritu, y me inspire una tierna y filial confianza en Vos. Por favor, haced que vuestras santas penas, vuestros amorosos dichos, y los detalles de amor de vuestro amantísimo Corazón, sean siempre tan presentes en mi pensamiento que la temblorosa alma mía se anime para echarse confiadamente en los brazos de vuestra misericordia. (...) Por amor de Vos mismo, oh Jesús mío, por vuestro Corazón abierto, por amor de la Madre vuestra Santísima, por amor

de San José y de todos los Santos y de todos los Ángeles, concededme esta gracia que tanto necesita mi alma; la gracia de una tierna y filial confianza en Vos que sois el Padre mío, el hermano mío, el Redentor mío y el esposo del alma mía. Quitad de mí todos aquellos obstáculos que me impiden tener esta bonita y plena confianza en Vos; ¡y concededme que con tierna y filial santa confianza yo os ruegue, os suspire, os ame, os desee, os busque, os sirva, viva y muera totalmente en Vos abandonado!». (Vol. 6, p. 140).

El espíritu humano tiene sus momentos de fervor, pero no faltan los de depresión, desánimo; especialmente las almas llamadas a alta perfección son purificadas por Dios con penas interiores extraordinarias; y entonces hace falta que el alma se abandone con total confianza en los brazos del Señor. He aquí una oración del Padre, que refleja sus condiciones espirituales en este tiempo: «Oh Jesús mío, Corazón dulcísimo de mi Jesús, desde hace tiempo una interna angustia y temor me lleva desánimo y me impide invocaros, deseáros, amaros y suspiraros confiadamente y tiernamente.

«Jesús mío, si esto es remordimiento de pecados no reparados, no confesados, no satisfechos, yo os suplico que con vuestra divina luz me iluminéis y con vuestra gracia todopoderosa me mováis eficazmente a reparar y purificar mi conciencia en la santa confesión, y a satisfaceros como Vos queréis.

«Pero si esta angustia es un escrúpulo, o una tentación, o disturbo de enferma naturaleza, os suplico, Jesús mío, que me la quitéis, o me la hagáis superar para que no valga a impedirme de unirme confiadamente a Vos Sumo Bien, amándoos, suspirándoos y buscándoos con santa confianza.

«Jesús mío, escuchadme, si a Vos así os gusta, y escuchadme cómo y cuándo y por cuánto os gusta, ya que en Vos me abandoné, para que hagáis de mí miserable lo que queréis» (Vol. 5, p. 142).

El alma verdaderamente humilde no dejará nunca el pensamiento de las propias culpas, y siempre tiene miedo de caer, sabiendo que la humana miseria es muy grande. En el mismo tiempo, sin embargo, ella acrecienta la confianza en Dios, porque Él es padre amoroso que siempre, olvidando las culpas, acoge en su abrazo el hijo arrepentido, aunque haya pecado setenta veces siete.

Es esta la confianza del Padre, que más bien se compromete en ella con voto.

Escribió en efecto en los primeros años del siglo:

«Señor mío Jesucristo, postrado ante vuestra divina presencia como el hijo pródigo al pie de su padre, me protesto con voto, ayudado por vuestra gracia misericordiosísima, de no desconfiar nunca de vuestra infinita bondad, clemencia y misericordia cualesquiera que sean mis iniquidades pasadas y presentes, y cuales sean por ser aquellas futuras, o graves o leves en las que por mi desventura tropezaría. Más bien me protesto con voto que en cuanto a los pecados pasados estaré confiando que ya me los perdonasteis, a pesar de que yo no dejaré nunca el santo temor y la dolorosa memoria y, en cuanto a culpas futuras que pueda cometer, me protesto con voto que aunque por mi desgracia cayera en las más graves iniquidades del mundo, también no desconfiaré nunca de vuestra misericordia, sino confiaré siempre que echándome ante vuestros pies y pidiéndoos perdón por la caridad de vuestro dulcísimo Corazón, recibiré de ello amplio perdón, más bien me protesto con voto que si después de haber sido perdonado de todas las iniquidades de la tierra que hubiese desgraciadamente cometido, recayera en las mismas o peores iniquidades por otras setenta y siete veces siete, o sea por un número indefinido de veces, confiaría siempre de la misma manera en vuestra infinita bondad, y con la misma confianza imploraría vuestro piadoso perdón, con la certeza de conseguirlo de la sobreabundante piedad de vuestro dulcísimo Corazón, generosamente como si nunca os hubiera ofendido. Así que hago voto que, en cualquier caso, o en cualquier repetición vendré

en vuestra presencia como si aquello fuese el primer fallo, con gran confianza que me acogeríais con los brazos abiertos, siempre y cuando mi arrepentimiento sea verdadero, sincero, y amoroso.

«Oh Jesús mío, por favor, ¡no dejéis decepcionadas mis esperanzas, sino concededme vuestra misericordia incluso más allá de lo que espero y confío! Amén, amén» (Vol. 4, p. 89).

b) La vida de la Obra

En finales de septiembre de 1898 se aproximaba la salida de Mesina de Melania Calvat, que había salvado las Hijas del Divino Celo del naufragio. Estaba pues recayendo completamente sobre el Padre la responsabilidad de la vida espiritual y material de la Obra, con todo el cúmulo de dificultades y miserias que conocemos. Era pues indispensable prepararse para enfrentarlas; y el Padre lo hizo estrechando en una **unión espiritual** las personas que dirigían los Institutos, «las más ancianas y apegadas a ellos», para comprometerlas en renovar y acrecentar su confianza en Dios, que por su misericordia salvaría la Obra.

«Los individuos de esta **unión espiritual** prometen, con la ayuda de la divina gracia, de redoblar su confianza en la infinita bondad de Dios, en la infinita misericordia del Corazón Santísimo de Jesús y en la poderosísima intercesión de la Santísima Virgen María y de los Ángeles y Santos protectores, tanto más, cuanto mayores puedan ser los peligros de la disolución de la Obra. Los individuos de esta unión espiritual toman por su uniforme la palabra del apóstol Pablo: **Speramus contra spem**: o sea esperamos contra todo lo que se opone a nuestra esperanza». Y por eso «renuevan explícitamente su resolución de perseverar con constancia y firmeza en el servicio de Dios en esta obra, a pesar de todas las persecuciones, de los fracasos, los desánimos, las tribulaciones, las escaseces, las contrariedades y toda tribulación: exceptuado cuando el Señor manifestara claramente, a través de los Superiores Eclesiásticos, de no querer más esta Obra» (Vol. 40, p. 122-123).

La vida de la Obra se desarrollaba siempre entre dificultades y contrastes; y he aquí que, en 1905, el 5 de julio, día de su cumpleaños, el Padre quiso glorificar la bondad del Señor con un nuevo voto de confianza, con el que se obliga a retener que nunca le faltará en todo caso la divina ayuda para la Obra y promete no perderse nunca jamás de ánimo viendo sus pecados o los de los que le pertenecen.

«Oh dulcísimo Señor mío Jesucristo, en las aflicciones y en las tribulaciones, en las incertidumbres y en las penurias que me rodean, yo vengo ante vuestros pies, y con toda humilde y amorosa confianza espero de Vos infaliblemente la ayuda el socorro y la providencia oportuna. Y para que en medio del temblor de mi frágil naturaleza esta confianza nunca me falte, yo hago expresamente de ello un **voto**, aquí ante vuestros pies, obligándome a no querer nunca desconfiar, o consentir a la mínima difidencia o desconfianza en las diversas circunstancias de estrecheces o desengaños, de fracasos, de persecuciones que nos podrán sobrevenir; más bien me obligo formalmente con **voto** de redoblar, en circunstancias parecidas, la humilde y amorosa confianza en la caridad dulcísima y en la sobreabundante piedad divina de vuestro benignísimo Corazón, y en la suavísima y materna caridad y compasión del Inmaculado Corazón de María Madre vuestra y Madre nuestra.

«Me obligo con **voto** que sobreviniendo parecidas e inesperadas e imprevistas circunstancias tendré, con vuestra gracia, y por cuanto puedo al menos con la voluntad, una firme fe y esperanza que Vos y la Madre vuestra santísima **podéis** y **queréis** librarnos de toda triste posición y peligro de dispersión, que Vos y la Madre vuestra santísima **podéis** y **queréis** alimentar, socorrer, proveer,

amparar, asistir, proteger, librar y salvar a tantos huerfanitos y tantas huerfanitas, tantos sacerdotes y tantas vírgenes, y tantos pobrecillos; todo este personal que hasta ahora sustentasteis milagrosamente; estos nacientes Institutos que son adornados con vuestra Divina Palabra: **Rogate ergo Dominum messis, ut mittat operarios in messem suam**, que abrazaron esta santa misión; estos Institutos que con tantos prodigios de vuestro poder y de vuestra misericordia condujisteis y guardasteis hasta aquí.

«Me obligo en el mismo tiempo, oh Señor mío, en no dejarme desanimar por el cumplimiento de este **voto**, por la vista de mis pecados o de aquellos que pertenecen a estos Institutos, sino que en cambio confiaré en vuestra infinita clemencia que queráis pasar por encima de todas mis indignidades, cubriéndolas con vuestros divinos méritos y satisfaciéndoos con el precio de la Sangre vuestra Preciosísima.

Oh amorosísimo Señor mío, aceptad y cerrad en vuestro amorosísimo Corazón y en el Inmaculado Corazón de María este **voto**, dadme gracia de observarlo exactamente en los momentos más críticos, incluso cuando nos condujeráis hasta las puertas del infierno, y nos redujeráis a la nada, entonces haced que yo miserable, lleno de humilde confianza, de esperanza y familiaridad, tenga la viva fe que vos podéis y queréis salvarnos, y nos **salvareis**, cuando menos lo esperamos, incluso actuando prodigios de omnipotencia y de misericordia! ¡Amén!

Un **Ave Maria** a la Santísima Virgen para que bendiga este **voto**, me dé gracia de cumplirlo fielmente, de esperar incluso **contra spem**, y la presente Ella misma al Corazón Santísimo de Jesús. Amén» (Vol. 4, p. 89).

10. Tercer voto de confianza

La eficacia de la oración se apoya totalmente en la confianza. Nuestro Señor dijo: **Todo cuanto pidáis en la oración, creed que os lo han concedido y lo obtendréis** (Mc 11, 24).

El Padre enseña: «Es indispensable la confianza en la oración. Pero, ¿qué es la confianza? Es una dulce unión con Jesús sumo bien, que nos lo representa amoroso, benigno, suave, deseoso de comunicarnos sus gracias; que nos lo hace ver padre, amigo, hermano, esposo, amante tiernísimo. Esta confianza amorosa no se para ante todos los motivos contrarios, sino que es tal que, aunque en la mirada del espíritu Jesús se presente, por justos motivos, contrario para cumplir el deseo, también esta amorosa confianza no cesa de impulsar el alma humilde y amante para que abrace las rodillas del amorosísimo Dios, para que lo mire con ojos implorantes piedad, para que vaya tras suyo si Él se aleja para no cumplir su deseo, y para exclamar con el ciego camino de Jericó, y hasta mejor que aquel ciego: “¡Oh Jesús, o mi Jesús, ten piedad de las súplicas que te presento y no cesaré de presentarte, hasta que por tu misericordia, por la dulzura de tu Corazón divino y por tu gloria no me escuches!

«Oh, ¡qué palabras fervientes, amorosas, humildes, dulces, afectuosas, dirá el alma a Jesús, cuando está llena de santa confianza que Él la tenga que atender! Oh, ¡cuánto gusta a Jesús esta oración llena de humildad y confianza! Oh, ¡cómo entonces Nuestro Señor Jesucristo y Dios nuestro se deja arrancar cualquier gracia de sus divinas manos!

«Un gran ejemplo de esta oración humilde y confiada la encontramos en el Evangelio en la persona de la Cananea, y tenemos que tenerlo presente» (Vol. 1, p. 65).

Gran ejemplo es para nosotros el Padre también. Su confianza en la oración nunca menguó, y trataremos este asunto más adelante; destacamos aquí que él se obligó a ella con voto, para que su confianza cada vez más y cada vez mejor fuera corroborada: he aquí el **tercer voto** de la confianza.

Lo emitió el 5 de mayo de 1910, fiesta de la Ascensión, en San Pier Niceto, donde se hallaba para predicar la novena a la Virgen de Pompeya, mientras en los orfanatos incumbía la amenaza de la destrucción por parte de las autoridades laicas por los asuntos de Francavilla Fontana.

« Oh Amorosísimo Señor mío Jesucristo, postrado ante vuestra divina presencia, en el abismo de mi nada, yo me protesto con voto que, con vuestra gracia, siempre quiero confiar en vuestra infinita bondad, siempre quiero confiar plenamente en las divinas promesas que Vos hicisteis de satisfacer nuestras oraciones, cuando dijisteis: **Amen, amen, dico vobis, si quid petieritis Patrem in nomine meo, dabit vobis**, o bien: **ego faciam**; además en aquellas divinas Promesas: **Petite et accipietis, quærite et invenietis, pulsate et aperietur vobis** y en aquellas otras: **Hasta ahora no lograsteis porque no pedisteis en mi nombre, pedid ahora en mi nombre y obtendréis, y vuestra alegría será completa**. Quiero al mismo modo confiar en aquellas dos parábolas tan expresivas del amigo que toca a la puerta del amigo por la noche para pedir los tres panes (pidiéndolos no para sí, sino para otros) y el Amigo (que sois Vos Sumo Bien) aunque sin querer consentirle, se rindió por la importunidad, y dio los tres panes; y en aquella otra parábola de la mujer que pedía justicia a un juez inicuo (no al amigo, ¡oh, portento!) y el juez inicuo (¡que no sois Vos, mi Sumo Bien!) ¡por la importunidad contentó aquella mujer!

«Ante estas infalibles y sorprendentes promesas yo hago voto de tener siempre confianza en Vos, en vuestro Corazón adorable, en vuestra infinita bondad y liberalidad, además en la de vuestra Madre Santísima y de vuestros Ángeles y de vuestros Santos, que yo quiero suplicar en Nombre vuestro, que me concederéis infaliblemente todas las gracias que os pedí, que os quiero pedir y que Os pediré en el porvenir para vuestra gloria y salud de las almas, para mí miserable y para todos los míos, y para estas Obras de la **Rogación** y del **Divino Celo** con anexas Obras de religión y de beneficencia, sea que estas gracias y misericordias y favores celestiales las pida a Vos, o a la vuestra santísima Madre o a los Ángeles o a los Santos, a condición de que las pida con recta intención, con la debida humildad, con fervor y santo ardor, con insistencia piadosa y constante perseverancia, y en unión con la adorabilísima vuestra misericordiosísima voluntad.

«Con todo esto, oh Amor mío dilectísimo, si, después de haber rezado con estas disposiciones tales como, en mi miseria, me sea posible poderlas tener, y con la mayor confianza posible de obtener todas estas gracias y misericordias, y yo no las obtenga o me parezca de no obtenerlas, hago **voto** que retendré siempre verdaderas e infalibles aquellas vuestras divinas promesas, que atribuiré únicamente a mi indignidad y a mis indisposiciones el no obtener las gracias y misericordias que pido para mí y para otras, y que, a pesar de esto, humillándome y actuando siempre en Vos, y estudiándome de hacerme digno, o bien estudiándome de hacerlas dignas mis súplicas a través los divinos méritos vuestros, de vuestra Santísima Madre, de los Ángeles y de los Santos, y a través de la ayuda de las almas justas e inocentes, tendré siempre la firme fe y la firme confianza, al menos con la voluntad, que Vos, liberalísimo Señor, podáis y queráis concederme y me concederéis todas aquellas gracias y aquellas misericordias y aquellos celestiales favores que yo os pedí, os pido y os pediré.

«Hago **voto**, oh dulce Corazón de mi Jesús, que, con la gracia vuestra, no me vendrá menos esta confianza, a pesar de que rechazarais mis oraciones setenta veces siete, sin escucharlas, o las rechazara la Santísima vuestra Madre, y las rechazasen los Ángeles y los Santos, y de lo contrario me aconteciera todo el revés de lo que pido. Entonces yo esperaré contra la esperanza y estaré siempre preguntando y esperando las divinas deseadas misericordias, y para dar homenaje a vuestras infalibles

promesas creo y creeré que me concederéis cada vez más, inmensamente más de lo que deseo, espero y pido.

«Este **voto** de confianza ilimitada en vuestra infinita bondad yo lo apoyo a vuestros méritos divinos, a los de la Madre vuestra Santísima, de los Ángeles y de los Santos y de las almas justas e inocentes, y Os suplico que queráis aceptarlo y cerrarlo en vuestro dulcísimo y piadosísimo Corazón, y alternarlo con el Corazón amorosísimo y candidísimo de vuestra Santísima Madre, y queráis mirar benignamente y misericordiosamente a este **voto** en todos los casos en los que ruego, espero, deseo, anhelo, lloro, y no consigo, o me parece no conseguir, cualesquiera sean las razones vuestras justísimas y santas por las cuales no me concedéis lo que pido, o me lo concederéis diversamente o no me hacéis comprender de concedérmelo.

«Corazón amorosísimo y suavísimo de Jesús, Corazón Inmaculadísimo y purísimo de María, ¡tened piedad de mí y por todas aquellas personas y por aquellas obras por las que gimo, suspiro y ruego! Piedad, **quia pauper et egenus ego sum et anni mei defecerunt in gemitibus. Extenuati sunt** etc. **Domine, vim** etc.

«Ángeles y Santos, vosotros también, por favor, ¡tened piedad de mí y de todo objeto de mis súplicas! Amigos celestiales... Almas de los justos de la tierra me valgan vuestras oraciones. Amén» (Vol. 4, p. 91).

Este voto el Padre lo sugería a las almas que de ello creía capaces, por ejemplo, la Madre Nazarena.

En el monasterio del Espíritu Santo durante un cierto periodo había sido una serie de pruebas por parte de Nuestro Señor. El Padre le escribe: «¡Me temo que en el monasterio del Espíritu Santo haya alguna oculta sentencia de expiación de la divina justicia, que hace algunas víctimas! (...) Alabemos a Dios y esperemos contra toda esperanza. ¡Renovemos el voto de confianza!» (Vol. 35, p. 99). Otra vez: «Me decís que la penuria se hace sentir. ¡Alabemos a Dios! ¡**Renovad el voto de confianza!**» (Vol. 36, p. 186).

En Oria una campesina piadosa, Virginia Dell'Aquila, vivía una vida de no común espiritualidad. El Padre no faltaba de hacerle visita, animarla y enderezarla sobre el camino del perfecto abandono en Dios. He aquí como la anima: «Siento que Virginia es atormentada por temores sobre sí misma. Pero, ¿ya no existe Virginia? Yo sabía que había muerta, ¿cómo es que resucita? Pues Virginia ya murió y ya no puede pensar en sí misma. Ahora hay una nueva Virginia, que no tiene otro pensamiento sino uno solo: ¡Dios y sus intereses! Esta nueva Virginia no tiene nada a que ver con aquella Virginia de antes, que era una pequeña descabellada, una que pensaba siempre en sí misma, si era salva o perdida, si era acepta a Dios o no, si hacía la voluntad de Dios o no. Aquella Virginia toda repleta de perplejidades e incertidumbres desapareció; y la nueva Virginia no piensa en sí misma, no piensa sino en los intereses del Corazón de Jesús; poco le importa saber si se salva o no, porque se abandona en el Corazón de Jesús en que nadie se puede perder. La nueva Virginia piensa de padecer para la conversión de los pecadores, ruega el Señor para que envíe los buenos Trabajadores a la Santa Iglesia, y gime y suspira no por sí, sino por los intereses de Jesús y de las almas» (N.I. Vol. 5, p. 114).

He aquí como responde a una desconsolada carta de esta hija suya espiritual: «Tú me escribes y te llamas **Virginia desgraciada**. Aquella palabra, **desgraciada**, no está bien, no la pongas más. ¡Desgraciado es el demonio, que para siempre perdió la gracia de Dios! Tú me dirás: **Soy desgraciada porque ya no tengo sacerdotes que me asistan**. ¡Esto querría decir que no te basta sólo Jesús! ¡Qué tontería! Me dirás: **Soy desgraciada porque no puedo tener la Santa Comunión**. Pero esta no es **desgracia** sino **voluntad de Dios**. No importa que no la conozcas, basta con que la hagas. ¿Y la santa

confianza dónde está? Confía en Jesús, que tanto te ama, que te quiso crucificada por su amor, y no le hagas este feo de faltarle de confianza. Sé alegre, pues, uniformándote a lo que el Señor dispone, y tengas **confianza, confianza, confianza**. Yo quisiera que hicieras el voto de la confianza y si tú consientes te lo escribo» (N.I. Vol. 5, p. 115).

11. Non confundar in aeternum!

El Padre se comprometía totalmente en la búsqueda de los recursos para ir adelante con su Obra; pero su recurso inagotable era siempre la confianza en Dios.

«Intenté muchos medios – escribe – toqué las puertas de muchas personas ricas, pero en vano; motivo por el cual estoy en el riesgo de tener que abandonar estos pobres hijos, si no fuera que elevo mis ojos al cielo y espero en El que alimenta hasta los pájaros del aire» (Vol. 41, p. 5). Y el Señor no dejaba sin premio la confianza de su Siervo.

«Cuántas veces – nos dice el Padre Vitale (**ob. cit.** p. 703) – presionado por los acreedores, sin un rayo de esperanza que los hombres lo compadecieran, aparecía una mano benéfica, oculta, que le daba la cantidad deseada. ¡Cuántas veces las comunidades, faltas de lo necesario, veían llegar unos alimentos de repente, que bastaban también por los pobres externos! ¡Cuántas veces el abismo parecía engullir todas las Obras y el precipicio se colmaba de repente por la omnipotencia divina! Ahora era un donativo inesperado en favor de la Obra; ahora una persona desconocida que se ofrecía para pagar las deudas, una cantidad encontrada en un cajón, u otra broma, si así gusta llamarla, de la Divina Providencia con su Siervo fiel».

Muchas obras tuyas parecían absurdas y se explicaban sólo por la inmensa confianza que tenía en Dios. Tal vez faltaba el alimento necesario. «Ningún miedo – decía – el Señor nos ayudará como en el pasado». En efecto a menudo por esta confianza inmensa en la ayuda divina, acontecieron hechos maravillosos; por ejemplo, algún sobre con dinero sobreabundante llegaba y solucionaba inesperadamente y abundantemente la cuestión del pan que había faltado aquel día.

Por otro lado, el Padre reconocía intervenciones particulares del Señor desde el comienzo de la Obra, en sus necesidades extraordinarias, y lo escribía al Padre Cusmano. «Estas pequeñas Obras son justamente incipientes; no hay rentas, se vive de puras limosnas; parece humanamente imposible seguir adelante, se vive con dificultad el día a día; ¡pero asistimos a grandes milagros de la Divina Providencia!» (N.I. Vol. 7, p. 33). Y otra vez: «La Divina Providencia se manifiesta en modo portentoso; aunque siempre estamos con deudas» (N.I. Vol. 7, p. 36).

En 1901, participando a los sagrados Aliados los nombres de la Obra Piadosa, que había estado largamente macerándose, se pide: «¿Acaso crecerá esta plantita? ¿Acaso ella se formará? ¿Se convertirá en árbol? ¡Sólo Dios lo sabe!» y sigue con el reconocimiento de la propia miseria: «Si miro el abismo de mi debilidad y miseria, nada bueno puedo desear por su porvenir. Pero si la obra es de Dios, su brazo todopoderoso le dará las personas adecuadas para su formación y estabilidad. Si se mira luego por el lado de los medios temporales de subsistencia, esta obra no tiene que la duración de un día, o sea del hoy solamente, y para mañana hay el vacío. Sin embargo, de esto no nos preocupamos mucho, pareciéndonos que lo importante para una Obra sea el de atender a la divina gloria y al bien de las almas con recta intención – y esto es pura gracia de Dios – y que las Obras se forman no con el oro y la plata, sino con echar sus bases en los purísimos principios del temor de

Dios y de las santas virtudes cristianas. De esto, sí, nos preocupamos hasta el punto de querer más veces desistir». Y confiesa luego la intervención de Dios en la Obra: «Ciertamente, aquella Divina Providencia que alimenta los pájaros del cielo y viste los lirios del campo, jamás nos faltó, sino a menudo nos socorrió en modo verdaderamente admirable». (N.I. Vol. 10, p. 112).

12. Unas anécdotas

Recojamos aquí unas anécdotas.

Antes de todo, escuchemos lo que Monseñor José Loyácono, Arzobispo de Ariano Irpino, que, antes de ser promovido al episcopado, fue hospedado durante unos días en las casas Aviñón en 1901.

«Por fama conocía la santidad del Canónigo Di Francia: la estancia con él, aunque breve, me la confirmó totalmente. Tuve la suerte de hallarme presente en la función con la que el Siervo de Dios instituía los **Rogacionistas del Corazón de Jesús** y las **Hijas del Divino Celo**.²⁷ Aquella función se me quedó grabada: en aquella querida capilla parecía entonces no haber nada terrenal: todo respiraba alrededor un aire sobrenatural.

«Entre los jovencitos allí recogidos se contaban por el Padre hechos extraordinarios de caridad y hasta unos milagros. (...) Contaban: una noche en la hora de cenar, los jóvenes que eran encargados de la cocina, se presentaron al Siervo de Dios y le dijeron: “Padre, en casa no hay ni una gota de aceite para condimentar la ensalada”. Y el Padre: “Pero, ¿lo mirasteis bien?”. “Lo miramos atentamente, y el recipiente está seco”. “Volved a mirarlo mejor”. Aquellos, aunque estaban seguros de no hallar nada, obedecieron. El Siervo de Dios, juntadas las manos, elevó los ojos al cielo en acto de oración. Aquellos volvieron en seguida, y llenos de asombro dijeron: “Sí Padre, en el recipiente hay bastante aceite”».

Por Teresa, hermana del Siervo de Dios, sabemos que a uno que una vez le gritaba en la calle: “¡Quiero ser pagado absolutamente hoy mismo!”, el Padre contestó: “Bien, hoy mismo seréis pagado: ¡venid esta noche a las 7 en el Brunaccini!”, que era la sede del orfanato femenino. El Padre no tenía ni un céntimo, pero en aquel día mismo recibió limosna abundante, y así pudo mantener el compromiso.

A menudo el Padre en caso de necesidad, recurría a la Virgen de la Carta, yendo a rezarla en la catedral. Un día, saliendo del duomo, halló cerca de la pescadería de la ciudad un tal Antonino Interdonato, contratista, uno de los bienhechores de la Obra, que, visto el Padre afligido, y habiendo conocido la razón, le regaló un billete de cien. Sin embargo, el Padre, volviendo tranquilo y contento a la casa, encontró una pobre mujer que manifestó sus urgentes necesidades, y entonces aquel billete de cien pasó sin otras cosas en sus manos. Llegado al Instituto, tras rezar delante del Sacramento, sintió por los suyos que había llegado una señora que había dejado un óbolo mayor.

Saro Marchese recuerda: «Una vez se le pidieron urgentemente al Padre 78 liras, no sé por qué necesidad impostergable de la casa. El Padre se hallaba con el Padre Vitale y el Canónigo Celona: sólo el Padre Vitale, hurgando en sus bolsillos, recogió pocas monedas: dos liras.

²⁷ Más exactamente: la función con la que el 15 de septiembre de 1901 el Siervo de Dios proclamaba los nombres definitivos de las dos congregaciones instituidas por él unos años antes.

«Haga entrar a todos los niños en la iglesia», mandó el Siervo de Dios.

«Él vistió sobrepelliz y estola, abrió el Sagrario y empezó el rezo de unos **Pater noster**. Acabadas las oraciones, se oye tocar la puerta. Era el cartero con un paquete urgente certificado. Como el Siervo de Dios lo tuvo en sus manos, se hizo dar las dos liras por el Padre Vitale para pasar la propina al cartero, que protestaba de no quererlas, y que de todas maneras eran demasiadas para el Padre Di Francia, que había mucha gente para mantener. Pero el Siervo de Dios siempre se mostraba generoso: insistió y aquel tuvo que aceptar.

«Se abrió el paquete: un par de pendientes de oro y un sobre que detallaba: “los pendientes los pondréis en la estatua de San Antonio; el dinero – en el sobre había cuatro monedas de oro de 20 liras cada una – servirán para las necesidades de los huerfanitos”. Así San Antonio enviaba las 78 liras que hacían falta, más la propina para el cartero».

En Oria un día se presentó un pobrecillo, al que le abrió la puerta el Siervo de Dios. Él fue al comedor, y tras recoger el pan de los sitios, como no había otra cosa, lo llevó al pobrecillo.

«Padre – protestaba el encargado – vea que ya es la ora de la comida y no hay más pan para la comunidad».

«El Señor proveerá ciertamente, no nos dejará en ayunas». Mientras la campana de la iglesia toca el **Ángelus**, una mujer viene a la puerta, con un gran cesto de pan fresco: pide que una forma de pan se le restituya con la bendición del Padre, y que lo que queda se destine para los niños.

Contaba el Padre, refiriéndose a los primeros años de la Obra, que una vez tenía que pagar el alquiler de las casitas y le faltaba dinero.

«Deme por lo menos 200 liras», dijo doña Ana, la encargada del cobro. Y el Padre: «¡Volved en unas horas!». Recién salida la señora, llegó el camarero de Mons. Guarino con 200 liras, que le enviaba el antiguo rey de las Dos Sicilias Francisco II, entonces desterrado a Berlín. El Padre le había escrito mucho tiempo antes, y finalmente llegaba la respuesta en el momento oportuno.

Sor Gertrudis contaba que ella entró entre las Hijas del Divino Celo tras la narración de un hecho extraordinario oído por la señorita Biotti Carlota, mesinés, profesora en Lípari, pueblo de Sor Gertrudis. El hecho es el siguiente: el Siervo de Dios un día en que sus proveedores se habían unido y se rechazaban de concederle un ulterior crédito, se recogió en oración y luego, saliendo, encontró que estos habían sido pagados por un desconocido y le entregaron, efectivamente, el recibo.

A Sor Gertrudis le confirmó el episodio Sor Verónica Briguglio, que entonces era superiora. A mí lo contó el sacerdote mesinés Cama, que lo había aprendido por su hermano Domingo, ya fallecido, entonces clérigo en Aviñón.

Parece que la cosa se repitió unas cuantas veces más.

Estos hechos se pueden también explicar con la intervención de algún bienhechor generoso – ¿Ciampa? ¿Costa Saya? ¿Interdonato? – que quisiera mantener el anonimato. De todas maneras, siempre hay la intervención de la Divina Providencia.

Francisco De Gregorio, que en el tiempo de que cuenta era aspirante coadjutor y luego, durante diversos decenios fue portero del Instituto, recuerda: «Estábamos sin dinero y sin comida: el Siervo de Dios había salido para pedir limosna, pero había vuelto cansado y con las manos vacías. Nosotros, mientras tanto, estábamos en la iglesia y habíamos sido exhortados por él para que rezáramos. Y he allí que el portero le entrega una carta que un desconocido le había dado en aquel momento: había

una cierta cantidad de dinero; el Padre quería agradecer, pero aquel señor ya había desaparecido, ni el portero supo decir quién fuera.

Estando las niñas escasas de ropa, el Padre las exhortó a pedirla a la Virgen María; y he aquí que llega un carro de ropa enviada por una señora caritativa: sábanas, camisas, tela, más una cama de hierro y cuatro colchones. Mientras se estaba descargando y se arreglaba esta providencia, llega otra nueva gracia de Dios: por parte de una persona desconocida una buena cantidad de pasta.

Un día un acreedor gritaba y amenazaba hasta la vida; el Siervo de Dios, tranquilo, intentó calmarlo, confiando en la Providencia. Tras pocas horas un sobre anónimo se le presentó a la puerta, mientras el acreedor lo acompañaba; pudo pagar la deuda y se le quedó algo de dinero.

Una mañana el Padre en la capilla extrajo la florecilla para el mes de mayo: «Escuchar la Santa Misa de rodillas, ojos bajos, manos juntas, sin apoyarse», y comentó: «Me hace falta una buena cantidad de dinero; un señor está dispuesto a prestármela, pero quiere una garantía que no puedo darle: vosotros haced bien esta florecilla, y esta es la garantía mejor que cualquier otra». Las niñas fueron atentas en la florecilla, y aquel señor en el mismo día mandó a llamar al Padre y le dio la cantidad sin garantía.

Una noche de 1901 el Padre reunió a las niñas y dijo: «Me hace falta urgentemente una gran cantidad de dinero: cada una de vosotras tiene que pedir 50 liras a la Virgen». El día siguiente el Padre volvió al Espíritu Santo anunciando: «Hijitas, las primeras 50 liras han llegado: ¿quién de vosotras rezó con fervor?». El día siguiente llamó nuevamente las niñas, enseñando un sobre hinchado: «Niñas, ¿qué hay en este sobre?» «Otras 50 liras», contestaron en coro. «No, aquí están todas las 50 liras que pedisteis a la Virgen... En realidad, faltan sólo 50: se ve que una no rezó muy bien... ¡Adelante con confianza!». Las otras 50 liras llegaron el mismo día; ¡y el Padre luego hizo notar a las niñas que el hombre que le había entregado el gordo de la cantidad, él no lo había conocido nunca!

Otras veces el Padre tomaba en sus rodillas un huerfanito pequeñito y decía: «Oremos a la Virgen; la Virgen a ti te atiende: ves que no tenemos para comer». El pequeño de tres o cuatro años juntaba las manos y decía el Avemaría; y la Virgen respondía según la necesidad.

«Un día, yo estaba presente – escribe el profesor Gazzara – el Padre casi llorando, dijo a un grupo de huerfanitos pequeñísimos: “¡Hoy no tenéis nada para comer! ¡Venga, vamos a la capilla!”. Yo lo seguí. Rezaban al Corazón de Jesús, por intercesión de San Antonio, con los brazos elevados. No pasó media hora y llegó un carro con encima un atún, enviado no sé por quién. Luego supe que había llegado pan, pasta y aceite en abundancia».

El mismo profesor Gazzarra escribió también que, en abril de 1901, halló al Padre en el Corso Cavour, y caminando con él recogió estos sentimientos suyos: «¡Cuántas alabanzas tengo que dar al Señor, por las gracias que me hizo a mí, su ministro indigno! Subí las escaleras de un rico, pero toqué a su puerta inútilmente, porque en cuanto la abrió y me vio, me la cerró en la cara; pero para mis huerfanitos será siempre pronta una mano benéfica». Mientras tanto se acerca un señor que le aprieta la mano besándola. En aquel apretón un billete de 50 liras había pasado de la mano del benéfico señor a la del padre.

Francisco Langher de Roccalumera, que vivía en Aviñón para estudiar, cuenta esta anécdota de 1889. Un día el proveedor de pan fue al Padre insistiendo para tener al menos un pago de 300 liras de su crédito, teniendo que pagar una deuda que caducaba en aquel día.

«Todo el capital de la comunidad hoy resulta unos veinte céntimos. – Le dijo el Padre – Pero esperad un poco, ahora haremos rezar a San José, que no faltará de proveer».

El panadero se sentó con evidente impaciencia: se levantaba, volvía a sentarse, pisaba los pies, quería marcharse, quería quedarse... Mientras tanto el Padre y la comunidad rezaban en la capilla. Después de veinte minutos, el Padre fue llamado a la puerta por dos señores. Eran dos oficiales franceses, uno capitán de largo curso, el otro el segundo de bordo, que declararon que, sorprendidos en la mar por una terrible tempestad, habían prometido que, si el Señor los salvaría, habrían donado 300 liras de limosna en el primer puerto donde aterrarían. Desembarcados en Mesina, habían llegado para satisfacer el voto, bien contentos de poder socorrer un instituto francés. El Padre les explicó que él se llamaba Di Francia, pero que era mesinés. Los dos, sin embargo, tras un momento de reflexión, concluyeron: «Si el Señor nos envió aquí, quiere decir que es su voluntad». Y le dieron las 300 liras. Y así también el acreedor aprendió a confiar en la Providencia.

Cerramos con dos anécdotas referidos por el sobrino del Padre Bonarrigo, José, que estuvo en Aviñón durante cuatro o cinco años. Una vez el Padre, volviendo sin nada a casa tras dar vueltas por la ciudad, hizo suspender el trabajo en los talleres y recogió a todos en la capilla para rezar para la providencia del día. Al medio día en punto el cartero trae una carta certificada con cien liras: las enviaba de Bélgica una señora que había visitado el Instituto algún año antes.

Sigue ahora un episodio doloroso, pero tenemos que pensar que sobre todo siempre triunfa la misericordia de Dios.

El Padre había tomado un préstamo, del que el Padre Bonarrigo no recuerda la cantidad, firmando un recibo que contaba de descontar con la ayuda que le concedía el Ayuntamiento. En el vencimiento, el Padre rezó aquel señor de querérsela renovar unos días más, en la espera que el Ayuntamiento le donara la cantidad. El acreedor se enfadó, y amenazó, en cambio, la demanda.

Vuelto a su casa, gritaba como un loco, que el día siguiente habría sido un día de batalla, como también contaron sus familiares... Pero, lamentablemente, aquel día no llegó nunca al pobrecillo, porque por la noche falleció por un ataque de apoplejía.

7. «AQUEL AMOR QUE SE ETERNA CONTIGO»

1. La santidad es caridad. 2. ¿Acaso Dios no merece todo nuestro amor? 3. ¡Dichosa el alma que ama a Dios! 4. El amor de Dios en todas sus obras. 5. El puro amor. 6. Odio al pecado. 7. «¡Este hombre vive en Dios!». 8. Una miniatura. 9. Siempre atento a impedir el pecado. 10. El espíritu de reparación. 11. La voluntad de Dios. 12. En las cosas prósperas y en las adversas. 13. Oraciones para cumplir la voluntad de Dios.

1. La santidad es caridad

Reina y madre de las virtudes es la caridad. «Ella contiene y compendia todas las perfecciones y sin ella no se podría tener todas las virtudes juntas ni una sola en modo perfecto. Como sin hormigón y la cal, que unen entre ellas las piedras en los muros, todo el edificio se derrumbaría, y sin los nervios, los músculos y los tendones el cuerpo se descompondría, así sin la caridad las virtudes no pueden sostenerse mutuamente» (San Francisco de Sales, Teot., Lib. XI, c. 9). Ya San Agustín había enseñado que ella es la medida de la santidad: «Caridad inicial es santidad inicial; caridad progresada es santidad progresada; gran caridad es gran santidad; caridad perfecta es santidad perfecta» (**De natura et gratia**, c. 70, n. 84). Y San Tomás establece el principio: **Esencialmente y de por sí, la perfección de la vida cristiana está en la santidad, en primer lugar, en el amor de Dios, y en segundo lugar en el amor del prójimo** (II II, q. 184, a. 3). Además, Nuestro Señor había asegurado que de la caridad **depende toda la ley y los profetas** (Mt 22, 40).

Por eso el Padre escribe que «todo tiene que empezar por el amor. es el amor para con Dios Sumo Bien que da un valor inestimable a cada nuestra acción. El amor es el maestro de toda perfección. Todo lo que no se hace por amor se pierde. El amor forma la rectitud de intención, haciéndonos actuar todo para Dios, para su gloria, para su honor, todo para motivo de gratitud hacia el Altísimo, por sus divinos beneficios en el orden natural, y hacia Jesucristo Nuestro Señor por los beneficios de su redención.

«El amor puro impulsa el alma a amar a Dios por sí mismo, más aún que por la obligación que el mismo Dios nos hizo, y al que nos comprometió con muchas pruebas, y por los grandes bienes que nos vienen por el amar a Dios. Este amor puro, al que todos tenemos que aspirar incesantemente, es el culmen de la caridad, y es imagen de la perfectísima caridad con que los Beatos aman a Dios en el Cielo. (...) Que esto sea el ejercicio de los ejercicios del divino amor: impulsar a este puro amor la mente, la voluntad, el corazón» (N.I. Vol. 10, p. 183). Veamos el amor de Dios en el Padre.

2. ¿Acaso Dios no merece todo nuestro amor?

Con la palabra y el ejemplo el Padre nos enseñaba el amor de Dios. Nos predicaba continuamente la belleza y la infinita bondad del Señor, destacando que sin el amor de Dios la vida queda estéril y jamás será posible ningún bien.

«Toda nuestra vida no sea sino un esfuerzo continuo de amar a Dios Señor Nuestro, Creador nuestro y Redentor nuestro, con un amor predominante, fuerte, tierno y constante, con un amor fervoroso, activo, compasivo, unitivo, eficaz» (Vol. 3, p. 166). ¡Dios es infinita belleza! «Tenemos que amar a Dios, porque Dios es bien infinito. En Dios se encierran todas las perfecciones, bellezas, tesoros; tesoros, perfecciones y bellezas que no podemos comprender. Si dirigimos la mirada en la naturaleza, vemos una imagen, aunque debilísima de los atributos divinos. Mirad el espacio: ello es tan inmenso, que la mente humana no lo puede calcular; sin embargo, Dios es más inmenso que el espacio. Mirad los astros: ellos son millones de millones, y entre ellos hay unos que son cien mil veces más grandes que nuestra tierra: suspendidos en el vacío giran y vuelven a girar con orden inalterable, y con todo esto no pueden expresar lo potente que es Dios, porque Dios los creó con un solo **fiat**, y podría crear otros, todos los que quisiera. Mirad la naturaleza: ¡cuántas bellezas contiene!

Hermosa es la primavera, perfumadas las flores, majestuosas las montañas, bonitos los torrentes, amenos los campos, misteriosos los abismos, terribles los océanos: ahora, ¡cuánta belleza y variedad tiene que haber en el Autor de tantas cosas!» (Vol. 23, p. 15).

Dios es bondad infinita. «Dios es un bien infinito. Todas las virtudes de los santos vienen de Dios; él muestra su cara a los Bienaventurados; todos lo desean, y prueban por ello una alegría cada uno diferente. Él llena de Sí mismo las diversas medidas de sus escogidos sin llegar a menguar; los escogidos lo contemplan durante una eternidad y nunca se cansan, porque mientras es y será eternamente lo mismo, es y será eternamente nuevo. Él es un bien tan sumo, tan infinito, que los bienaventurados no tanto lo aman porque hallan en Él su gozo, sino lo aman porque lo ven digno de ser amado, y lo amarían, aunque Él los hiciera padecer eternamente.

«Ahora si Dios es un bien sumo, un bien infinito, que encierra en Sí toda belleza, toda bondad, toda grandeza, ¿acaso no merece Él nuestro amor?» (Vol. 23, p. 16).

3. ¡Dichosa el alma que ama a Dios!

El Padre sigue, en el deseo que todos sus hijos se enamoren por el Señor: «¿Cuál es aquel corazón tan despiadado que querrá negar a Dios su amor? ¡Oh, míseras criaturas! ¡Se aman todas las cosas menos que Dios! Sin embargo, ¡todos los amores terrenales son inútiles, no son nada! Mirad a todo el mundo, y decidme qué aman. Vosotros veis a los que aman el dinero, el vestido, al que ama los fondos, la prosperidad, al que ama las conversaciones, al que ama las glorias, los honores, las criaturas, y, oh, ¡con qué amores profanos, y a menudo con cuánto transporte y pasión se aman las criaturas! Ay, ¡el amor del interés y el amor de las criaturas son los dos amores principales que ciegan al hombre! Y, ¡cuántos sacrificios se hacen por el interés y por las criaturas! ¡Se pierden las noches, se enfrentan peligros, uno se afana, suda, trabaja, pone a riesgo su vida! Tratándose luego del amor para con las criaturas, ay, ¡qué expresiones de inmenso transporte se dicen los amantes! ¡Se protestan de vivir el uno para el otro, de querer compartir los días de sus vidas, las penas, los dolores! Ay, ¿y qué más? ¡Se llegan a amar las criaturas hasta la idolatría! Pero dichosa aquella alma que vive del amor divino con excesivo transporte y en las criaturas ama al Creador; en vez de amar el interés, ama el Rey de todos los tesoros; ¡en vez de amar la vanidad, ama la Verdad eterna! Dichosa aquella alma que puede decir al mundo: ¡oh mundo traidor, ya no eres nada por mí! Tú no tienes sino atribulaciones y amarguras: yo probé tu cáliz y vi lo amargo que es; no te quiero, no quiero darte mi corazón; pero yo amo a Jesús, quiero dar mi corazón a Jesús».

4. El amor de Dios en todas sus obras

En sus sermones, en las oraciones, exhortaciones, el Padre nos invita a menudo a alabar, bendecir, adorar los divinos atributos, en la oración de las **primicias** quiere que empecemos siempre el nuevo año alabando la omnipotencia, la misericordia, la sabiduría, la providencia de Dios y todas sus divinas perfecciones; e insiste para que jamás olvidemos el amor que Él nutre para con nosotros y que se revela en todas sus obras: «El alma se conmueve y se enternece el corazón, cuando se piensa que Dios nos amó con caridad eterna. Aún no habíamos nacido al mundo, aún no habían nacido nuestros padres, ni los padres de nuestros padres y Dios nos amaba. Más bien, aún no había sido

formado el mundo, no habían sido formados los cielos, no habían sido creadas las estrellas, y Dios nos amaba. ¿Acaso Dios necesitaba de nosotros criaturas mezquinas? ¿Acaso Él no era completamente feliz sin nosotros? Ay, ¡Dios claramente no necesitaba de nosotros: ¡podía dejarnos en la nada, podía no amarnos, no crearnos, y habría siempre sido igual de feliz! Sin embargo, fue tanto el amor que llevó Dios para nuestras almas, que no sólo nos creó, sino que también nos redimió. Nos creó a su imagen y semejanza, y cuando perdimos la imagen y semejanza de Dios con el pecado, envió a la tierra su Unigénito para redimirnos. Y ¿qué pretende de nosotros este benignísimo Señor por el bien que nos llevó? ¡No pretende nada más que nuestro Amor!».

5. El puro amor

Antes de todo un relieve. El Venerable Tomás de Jesús en su admirable obra sobre los **Tormentos de Nuestro Señor**, en un cierto punto pide al Señor una chispa de amor. el Padre en el libro que usaba, borró **chispa** y la sustituyó con un **incendio de amor**. ¡Esta era el ansia, el suspiro perenne de su alma!

Desde sus primeros años, él alimentó en el corazón un ardiente amor de Dios.

Salido del colegio, se señaló en el culto de la piedad y de la virtud y progresó tan felizmente en la unión con Dios, que el confesor le concedió el permiso de la Comunión diaria, a los 17 años, privilegio muy raro en sus tiempos. Pero aún no sentía, ni presentía la voz divina que, unos años más tarde, se habría hecha sentir con fuerza, para arrancarlo del mundo y reservarlo para el Santuario.

Hubo más bien un momento en que el joven creyó ser llamado para formar una familia. Escribe el Padre Vitale: «En los primeros años juveniles le pasó en la mente la idea de pensar a un estado de vida para el porvenir, y su corazón, que latía por los santos afectos, tuvo un toque fugaz e inocente hacia alguna criatura que, aunque purísimo, le costó luego amarguras indecibles en la vida espiritual, porque temió que por algún instante de su existencia el corazón lo hubiese dividido entre Dios y el mundo» (**ob. cit.** p. 32). Sin embargo, no hubo ninguna división del corazón: el joven, ya con 18 años, empezaba a entender que tenía que orientarse en la vida; y si Dios no mostraba de escogerlo en modo particular para Sí, él se veía abierta antes el camino común, hacia el cual pensaba de orientarse. Pero Dios en un cierto momento se hizo sentir. Él decía que su vocación fue repentina; mientras no pensaba en ella, Dios le habló en el corazón de repente, y él tuvo la seguridad que era llamado para el sacerdocio.

Sin embargo, el recuerdo de aquel momento fugaz en que había pensado en el mundo – como destaca el Padre Vitale – lo amargó durante toda la vida. Y este recuerdo aflora en una magnífica composición en muerte de la joven Carolina de los barones Taccone Gallucci:

¡Oh, si tú amaste! Yo te diría: Dichosa tú,
Que detrás las divinas alas ceñiste
Antes que un amargo desengaño la flor
¡De tu belleza marchitara!
Oh, venturosa, te diría, fugaz
Sueño es la vida, una escena caduca
Que la adulación del amor pinta
Con tintas fantásticas; y se te acerca

Para apuntarla, impávida, serena,
Y enteramente verás su desnudo
Encanto, que sedujo los inexpertos ojos...
Créeme, lo sé yo, que de un amor precoz
Los arcanos sentidos entendí, y todavía
De juventud los primeros aires no bebía,
Que, afligido y desierto, el pie retraje
¡En la sombra amiga de los altares y lloré!

Igual esta es la **pena desconocida** que él menciona en los versos a la Virgen de la Mudada:

En la fibra más remota
De mi corazón exulcerado
Es una pena a todos desconocida
Es un padecer inexplorado;
No puede mirada de criatura
Penetrar esta sombra oscura.

Igual son también estos los **errores**, a los que se refiere en una estrofa a la Inmaculada publicada en aquellos años en **La Palabra Católica**:

Y yo también lloro ante tus pies, María,
En el dolor de mis desengaños:
Aquí, aquí dentro el alma mía,
¡Cuántos errores la vida envenenan!
Pero en la flor de mis jóvenes años
Te busqué con lágrimas en los ojos,
Doblado ante tus santas rodillas
¡Encontré la cruz y el altar!

El episodio no turbó, repetimos, para nada la serenidad de su alma, ni impidió su progreso en la santidad.

Él se comprometió en avanzar siempre en el amor del Señor, en amarlo lo mejor que le fuera posible; así que se puede decir que toda su vida fue un perenne acto de amor de Dios siempre creciente.

Una vez entró en un aula de las niñas, que estaban aprendiendo el verbo **ser**. Hizo en seguida su aplicación a Dios, ser y amor, que tenemos que adorar y amar, y siguió durante un buen rato con una meditación sobre el amor de dios, adecuada a la mentalidad de las niñas, que nunca más la olvidaron.

El amor de Dios era su vida: de ello hablaba con inmenso fervor, participando sus llamas al corazón de los oyentes; y sus obras llevan todas las huellas de este amor, que afloraba en su manera de hablar, de rezar de andar, de actuar.

Y difundió este amor en toda su vida con el ejemplo, los escritos, las obras de caridad y las congregaciones instituidas por él.

Leamos otra vez el testimonio hermoso del Padre Vitale: «Nuestro Padre se esforzaba de poseer el puro amor divino, y además que, de muchos actos de su vida privada, lo veíamos por aquellas ardientes premuras, por aquellas solicitudes incesantes que tenía para que en nuestras

Congregaciones no penetrara en ningún modo el espíritu del mundo o algún humano interés. (...) Quería que en sus comunidades cada alma buscara sólo a Dios tras sus ejemplos y enseñanzas, y se complacía mucho cuando hallaba almas sencillas, que no se sentían cautivadas para nada por las cosas del mundo, porque creía que estas almas atraían las bendiciones del Señor sobre la Obra.

«Él que busca a Dios – enseñaba – es humilde, sencillo, dócil, no usa artificios, no dice mentiras, ni disimula sino está en las manos de los superiores y se deja plasmar como la cera.

«Recuerdo que cuando las primeras veces, aún clérigo, empecé a frecuentar el Padre, él me mostró sus huerfanitos en las casas Aviñón y me expuso sus ideales, y concluyó: “En resumen, aquí buscamos a Dios y buscamos el Paraíso”.

«Y en esto se compendia verdaderamente el fin de todas sus Obras: buscar a Dios y el Paraíso.

«Animado por el amor divino, no buscó nunca dinero para el solo fin de aumentar los capitales de la Obra, ni cuando igual lo podía tener fácilmente, por el temor que se pudieran pasar los límites de la Providencia, ni siquiera ayudas humanas hasta lícitas cuando temía que no hubiese la pura gloria de Dios.

«Alguna vez considerando el vasto campo de la Obra que había empezado, exclamaba: “Oh, ¡en donde me embotellé! ¡Quién sabe si le gustará al Señor!”

«Le hacía impresión ver personas, aún sabias y devotas, que se contristaban ante las injurias y desprecios del mundo, y les llamaba la atención dulcemente, insinuando que buscasen el puro amor de Dios y nada más.

«En las graves desgracias – y no tuvo pocas – solía exclamar: “Busquemos a Dios, miremos a Dios solamente y a nadie más”.

«Esta pureza de amor de Dios explica su gran constancia e igualdad de ánimo en todos los momentos de su vida.

«¡Dichosos nosotros, si sabremos imitar al buen Padre!» (**Boletín**, 1931, p. 35).

6. Odio al pecado

El amor de Dios auténtico no puede limitarse a las palabras. Nuestro Señor dijo que ello consiste en la observancia de sus preceptos: **Si me amáis, observad mis mandatos** (Jn 14, 15). El primer compromiso del que quiere amar seriamente al Señor es el de evitar todo lo que pueda ofender mínimamente su santa ley; en otras palabras, tiene que odiar el pecado y esforzarse de evitar hasta las mínimas culpas.

Es esto un discurso muy necesario hoy en día. «Nuestro tiempo perdió la conciencia del pecado. Aunque quede alguna señal de ello, sin embargo, la ahoga. El hombre hoy no quiere sentirse pecador; quiere más bien justificar cada acción con la tolerancia, con la licencia. La llaman **moral permisiva**, que tiende a librar al hombre de todos los vínculos que los moralistas, los canonistas y los ascetas impusieron en su conciencia» (cf. **Osservatore Romano** 18.02.1972). no se habla ni se quiere sentir hablar de pecado: «El pecado es una palabra callada; la mentalidad de nuestro tiempo rehúye no solamente considerando el pecado por lo que no es, sino hasta con hablar de ello. Parece que esta

palabra sea obsoleta, casi una palabra indecorosa, de mal gusto» (**Ibid.** 09.03.1972). sin embargo, el pecado «es el drama siniestro en la vida del hombre, al que el laxismo moderno tiende a quitar toda gravedad» (**Ibid.** 20.07.1972).

Esta es la enseñanza de Pablo VI. El Concilio por su parte nos enseña que «los fieles luchan todavía por crecer en santidad, venciendo enteramente al pecado, y por eso levantan sus ojos a María, que resplandece como modelo de virtudes para toda la comunidad de los elegidos» (LG 65).

La lucha contra el pecado fue un compromiso fundamental en la vida del Padre.

Naturalmente, él también pagó su tributo a la miseria humana. «Una sola criatura – escribe él mismo – hubo en el mundo, cuyas virtudes fueron el abismo de todas las perfecciones, excluida la más mínima imperfección. Esta fue la Madre de Dios» (N.I. Vol. 8, p. 62). Todos los demás hijos de Adán sienten el que más, el que menos, los efectos de la culpa original. Por gracia de Dios, sin embargo, el Padre reconocía que sus culpas jamás alcanzaron el pecado mortal.

Durante su última enfermedad la noche del 10 de febrero de 1927, así me confiaba paternalmente: «Veo en mi mente todos los innumerables pecados que cometí en la vida, aunque, por la misericordia del Señor, confío que ellos nunca alcanzaron la gravedad. Pero la malicia de un defecto, ¿quién puede pesarla? El Señor me hace comprender muchos defectos de mi juventud y de mi infancia, hasta más de hace sesenta años atrás, y como ningún defecto quedó sin castigo; más bien el Señor me hizo comprender que aquel dado castigo me llegaba para purificarme de aquel tal defecto; y recuerdo por eso las palabras de la Sagrada Escritura: **Si el Espíritu está en ti no lo abandones, porque ello actuará la purificación de los pecados.** Pero hace falta tener siempre confianza en Nuestro Señor».

Él era dotado de un carácter vivo, combativo, que lo tuvo empeñado en una lucha intransigente contra sí mismo; pero el largo ejercicio de la virtud lo había llevado a dominar la naturaleza. Si alguna reacción instintiva raramente lo sorprendía, él en seguida corría a repararla.

Una mañana salió pronto y volvió tras dos o tres horas para celebrar. La noche anterior había tenido un coloquio con un tal señor Andó, y en la discusión por una y por otra parte se había levantado bastante la voz, pero luego se habían despedido, saludándose cordialmente. La mañana el Padre no quiso celebrar sin haber antes obtenido el perdón de aquel señor, igual lo hubiese ofendido o escandalizado, y no habiéndolo encontrado en su casa, había ido dando vuelta por la ciudad hasta que consiguió hallarlo. Y Andó fue en seguida a contar la cosa al Padre Vitale: «Pero, ¿qué piensa el Padre Francia? (...) no hubo justamente nada».

Sin embargo, es seguro que el Padre luchaba continuamente contra sus defectos y tenemos de ello testimonio en sus renovados propósitos que referiremos más adelante.

La confianza de conseguir a evitar el pecado él la ponía en el Señor, y escribió oraciones muy hermosas con las que pide esta gracia.

He aquí una a **Jesús crucificado**: «Oh Crucificado Bien mío, ¡yo no quiero amargar mínimamente vuestro Corazón que es abismo infinito de amor y de dolor! Ay, es que mi mala conducta mientras escandaliza el prójimo e impide la santificación de las almas, ¡destruye vuestro Divino Corazón! Por favor, Jesús mío, ¡nunca más acontezca tan enorme impiedad! Concededme una gracia, oh Señor mío Crucificado, por el mérito de vuestras santas llagas: quitad de mí todo pecado también venial, y quédeme la pena, ¡hasta decuplicada! Haced que desde ahora en adelante no cometa nunca más ni la más leve imperfección que podría afligir vuestro amantísimo Corazón y escandalizar

mi prójimo, ¡y dejadme también la pena decuplicada de aquellos pecados que vuestra infinita bondad me impedirá eficazmente de cometer! Amor mío Crucificado, demasiado destrocé vuestro Corazón, ¡haciéndome piedra de tropiezo para mis hermanos! Ay, no ¡hubiese nacido nunca, si tanto tenía que amargaros! Vos me amasteis desde la eternidad, ¡y por eso os dignáis crearme y redimirme! ¡Oh, infinita bondad! ¡Vos sois Todopoderoso! ¡Actuad este milagro de omnipotencia en mi alma! **Propter temetipsum.**

«¡Por esta cruz santísima en la cual agonizasteis y os inmolasteis al Padre! ¡Por estos clavos agudísimos que perforaron vuestras manos y vuestros pies, por estas espinas crudelísimas que trituraron vuestra inocentísima cabeza! ¡Por esta herida amorosa que está en medio de vuestro corazón, oh Jesús mío, y que es boca de caridad infinita! ¡Por la Sangre vuestra Preciosísima, oh Jesús mío, que grita misericordia! Hacedlo por amor de María Santísima Dolorosa: ¡por la agonía de su Corazón Inmaculado en los pies de la cruz! Jesús mío Crucificado, por amor de San Juan, de santa Magdalena, de San Juan de la Cruz que pidió y obtuvo una gracia parecida,²⁸ escuchadme, escuchadme, ¡concededme esta gracia que ardientemente os pido! Amén. Amén» (Vol. 6, p. 126).

Tenemos también una larga oración **para el buen comportamiento de cada día**, en que implora por el Señor gracia eficaz para que en el día en nada lo ofende o disguste.²⁹

²⁸ Conservamos tres pequeñas oraciones a San Juan de la Cruz, en las que el Padre lo reza para que le otorgue esta gracia que al Santo había sido concedida por el Señor (Vol. 6, p. 125).

²⁹ La presentamos enteramente: «Oh Corazón humildísimo y mansísimo de Jesús, que os propusiste para nuestro modelo, yo os suplico que os dignéis darme gracia eficaz para que yo en el presente día en nada os ofenda y os desagrade. Os entrego mi corazón, y os ruego que lo guardéis de los afectos que no sean de pura caridad, y de cualquier otro apego. Vos que nos dijisteis: **No se inquiete vuestro corazón**, reprimid en ello todas las reacciones también inmediatas, inadvertidas, indeliberadas, que fuesen de ira, de desdén, de preocupación, y produjeran malo ejemplo a los que he de edificar. Vestid este mi corazón frío e inquieto con el hábito preciosísimo de la santa mansedumbre y tranquilidad, para que en cada cosa contraria y en cualquier ocasión o contraste quede mi espíritu santamente indiferente y tranquilo. Haced, oh Jesús mío, que hoy los movimientos de mi corazón sean todos de verdadero celo y de una verdadera caridad; y por eso os ruego que me tengáis libre de aquel celo indiscreto que excede los límites de la prudencia y de la justicia, que actúa con pasión y tiende a destruir en vez que edificar. Liberadme, oh Jesús mío fuertísimo, en este momento de toda pusilanimidad, especialmente de aquella que mayormente me impide, e infundid en mí el santo y generoso valor. Yo voy en el día de hoy entre vuestros pobrecillos; haced, oh Jesús mío, que sea afable ante la multitud de los pobres; hacedme dulce en tratar, hábil en instruir, recto en juzgar, prudente en corregir, fervoroso en actuar. Hacedme verdadera luz del mundo y sal de la tierra, porque soy vuestro sacerdote, para que con el resplandor de la virtud y de la doctrina yo os edifique este día a las almas a mí confiadas, y cada vez más las conquiste a vuestro Divino Corazón.

«Yo os entrego en el día de hoy, oh Jesús mío, en modo particular mi lengua: guardadla vos y purificadla, oh Jesús mío. Enseñadme a callar y a hablar, o Palabra de Dios.

«**Pone, Domine, custodiam ori meo!** Liberadme de pasar en palabras ofensivas, inútiles, ociosas, contrarias a la caridad, a la prudencia, a la sencillez; y dadme palabras ardientes, de vida eterna, y elocuencia casta y sabia con los que trataré en este día. Os ruego, oh Jesús mío, por las vísceras de vuestra misericordia, que me libréis hoy de las insidias y de las tentaciones de mis enemigos infernales, y de toda ocasión de ofenderos; además de los engaños y de las malas artes de las criaturas. Yo me pongo a vuestros pies, oh Jesús mío, y me refugio en la llaga amorosísima de vuestro pie izquierdo; guardadme en ella como en una roca inexpugnable, y os suplico que me enseñéis a padecer por amor vuestro, a desear ardientemente y a buscar en cada momento de este día vuestro amor. Por favor, Jesús mío, yo no conozco todas las tribulaciones que vuestra mano providente y amorosa me prepara en este día; pero sean las que sean, os suplico que me deis gracia eficaz para abrazármelas con amor, como uno de los medios más adecuados para llegar a vuestro amor.

«Finalmente os ruego, oh Jesús mío, que sois el dueño de todos los corazones, me hagáis dóciles los corazones de todos los aquellos con los que trataré en orden a vuestra gloria y a la santificación suya y mía; y por esto os ruego, oh Jesús mío, que me concedáis en el día de hoy vuestra Voluntad, especialmente con el don del consejo por el que sepa modular mis conductas y las de los que se me confiaron. Os ruego, dulcísimo Corazón de mi Jesús, concededme en el día de hoy una particular vigilancia sobre uno mismo, y una particular diligencia en el ejercicio de las santas virtudes, y en el coger el momento precioso y la feliz ocasión de vuestras inspiraciones suavísimas. Hacedme fiel en las pequeñas cosas, mortificado en los sentidos, desapegado de los alimentos, y de las comodidades, y haced que todo se haga en vuestra divina presencia, que nunca pierda vuestra divina presencia, sino que siempre la tenga en la mente y en el espíritu, y que a vos levante continuamente en este día mi corazón y mi pensamiento, alabándoos, bendiciándoos, invocándoos,

Extremamente vigilante, pues, en evitar el pecado a toda cuesta, no hace maravilla si los testigos casi unánimemente pueden afirmar de no haber notado en él ninguna culpa.

7. «¡Este hombre vive en Dios!»

Que obtuvo o menos la gracia concedida a San Juan de la Cruz, de que hablamos más arriba, era la convicción de los que tenían una cierta familiaridad con el Padre, o sea que él conservó la inocencia bautismal. El Padre Vitale, que lo conoció mejor que nadie, más veces nos repitió que nunca había notado en el Padre culpas morales. «Oh – decía – tenía él también miserias, pero los que se llaman pecados propiamente deliberados, creo que en el Padre no cabían».

Esto no tiene que asombrar: los teólogos enseñan que las almas perfectas, aunque no puedan en la tierra eximirse de toda culpa de fragilidad y de sorpresa, llegan, por gracias singulares de Dios, a evitar aquellos pecados veniales que se cometen con propósito deliberado con plena advertencia y pleno consentimiento. Recordemos el episodio de su primera juventud, acompañando una vez el tío en la caza.

Su tío, con un amigo que encontró, presumía haber matado sólo en una hora un merlo que volaba, mientras el sobrino ingenuamente lo corregía: «No en una hora, sino desde las tres de la mañana; y no en vuelo, sino en un ramo de una higuera». El tío, dejando el amigo, lo reprochó por lo malo que había quedado con él, y el sobrino concluía con nosotros: «Mirad, ¡me querían enseñar a decir mentiras!».

A propósito de mentiras, él decía que el Señor le había dado como el instinto de decir siempre la verdad. La mentira le parecía tan extraña, que no sabía fácilmente suponerla a los demás: por ejemplo, a un zapatero que no era cierto fiel, confiaba en la afirmación de su inocencia. No admitía mentiras ni en bromas. En esto era particularmente severo: despidió una postulante que, después de algún tiempo, no daba prueba de corregirse de este defecto.

Un día durante el recreo un chico gritó al compañero de juego: «¡Mentira, mentira!».

El Padre que estaba en la habitación salió en seguida y reprochó: «¿Por qué culpas de “mentira”? Se tiene que decir: “no es así”; diciendo “mentira” supones que el compañero tenga la intención de engañar, y esto no está bien».

Recuerdo la recomendación a una superiora: «Por caridad, ¡ninguna diga mentiras, o sea falsa, sino que todas sean sinceras y sencillas, porque la mentira es la ruina de las almas!» (N.I. Vol. 8, p. 208).

deseándoos, suspirándoos, buscándoos, con actos interiores, con suspiros interiores, con fervientes jaculatorias, estando así recogido en Vos, mi centro, mi vida, mi tesoro, mi Sumo Bien, mi Todo, y mostrando incluso en el exterior para pública edificación, el recogimiento interior, a través de la modestia y la compunción del rostro y de las acciones, y la dulzura y suavidad de las palabras. Por favor, Jesús mío, haced que así santamente yo transcurra este día que vuestra infinita misericordia me quiere conceder, ¡y que podría ser el último de mi vida! Os ruego por esto para el uso divino que Vos, aunque eterno, hicisteis del tiempo, especialmente por el continuo espíritu de oración, por el que, siendo una misma cosa con el Padre, levantasteis continuamente al Eterno Padre, las más fervientes súplicas para todas las criaturas y también para mí miserable. Por favor, me valga una sola de estas vuestras divinas oraciones para otorgarme gracia eficaz para que yo en el día de hoy me comporte como en esta súplica os pido, y como tiene que deportarse en medio de los pobres y niños un ministro vuestro, ¡aunque tan indigno! Jesús mío, escuchadme; por amor de la Madre vuestra Santísima escuchadme; por amor de vuestros Santos escuchadme. Amén. Amén. Amén.» (Vol. 6, p. 138-140).

No se cansaba de encomendar a los superiores que vigilaran para que en las comunidades no hubiera desórdenes, que alejasen de las casas las bendiciones de Dios. Uno de los antiguos clérigos recordaba hasta los extremos de la vida del Padre que, con los brazos abiertos y la voz grave y solemne, exhortaba a huir el pecado como máximo mal, y añadía: «Ausente el pecado no tendremos nada para temer, y la Providencia nunca faltará».

En comunidad no se hablaba casi nunca sobre el pecado mortal; pero insistía con fuerza contra el venial y los defectos.

Tenía un verdadero terror para el pecado venial. Solía repetir: **¿Dilecta quis intelligit?** Decía que el pecado venial lleva a desordenes graves, que ni se llega a sospechar; que amarga a Dios, y por eso tenemos siempre que mantenernos lejos. Cuando él hablaba, sus ojos humedecían y su voz temblaba.

Su odio al pecado se entendía también por la pena que le causaban los defectos cometidos en comunidad: se volvía grave, serio, hasta mudar color en la cara; y era intransigente: pretendía el reconocimiento de la culpa y la corrección.

Referimos las palabras del Padre Vitale: «El Padre era celosamente vigilante en no cometer defectos voluntarios, y el que tuvo con él particular confianza puede atestiguar la miniatura de su conciencia, y el temor de disgustar al Señor, aunque con faltas muy leves. Sin embargo, solía decir que bebía como el agua su iniquidad. Nos recordaba siempre que el Señor exige de las almas que llama a la santidad una correspondencia perfecta y que castiga también con puniciones graves temporales los pequeños defectos de sus siervos. El que escribe recuerda menudamente el sermón estupendo que, siendo todavía clérigo, oyó por el Padre cuando, predicando los ejercicios espirituales en el seminario, habló sobre los pequeños defectos. Oh, aquellas palabras del Espíritu Santo, que él repitió más veces, cómo se nos quedaron grabadas en nuestra alma: **Qui spernit modica, paulatim decidet**. Oh, ¡cómo nos hicieron comprender el horror de las culpas veniales! Él, entonces joven, conocedor profundo de la Sagrada Escritura, literato, poeta, imaginativo, era, se puede decir inimitable en las meditaciones de los santos ejercicios. Cuántas personas de espíritu que en vida lo acercaron, pudieron decir: “¡Este hombre es todo lleno de Dios, vive en Dios!”» (cf. **Bollettino** 1933, p. 269).

8. Una miniatura

Un episodio muy significativo. En 1924, un trabajador, no de la casa sino de la empresa, descargando unas bobinas de papel, se lesionó gravemente por una fractura de la columna vertebral. En aquellos tiempos aún empezaba la reforma de las leyes sociales con los diversos seguros, y se tenía miedo de quién sabe cuáles multas, arresto inmediato, etc., por lo cual el abogado y los demás técnicos consultados por el Padre Vitale hicieron inscribir el trabajador en los registros de seguro de nuestra tipografía. El Padre lo supo por la noche, en la última hora. La mañana siguiente, antes de celebrar la Santa Misa, fue a la oficina de seguros para declarar que el trabajador no era tipógrafo, sino un obrero de la empresa, y que había sido inscrito en el registro de seguro la noche anterior, después de la lesión. Fue luego a aclarar el asunto con el Padre Vitale: «¡No pude dormir esta noche! ¿Cómo permitir una falsedad? Dios se ofende por esto. De todas maneras – añadió – el director soy yo, y respondo de las consecuencias: si toca la cárcel, me toca a mí». En realidad, el asunto no tuvo ninguna consecuencia penal porque no había habido duelo ni contravención a la ley: ¿un hombre que

es llamado para ofrecer un servicio temporal, por una sola vez, tiene que ser inscrito en el registro de los seguros? ¡Sin embargo queda el hecho que el Padre habría más bien enfrentado la cárcel sólo para evitar que se dijera una mentira!

El Padre Vitale – lo vimos arriba – hablando del Padre la define una **miniatura**.

¡Expresión más que feliz! El que visitando un museo pudo pararse, aunque poco ante aquellas incomparables maravillas de los códigos que son las miniaturas, tuvo modo de apreciar la riqueza del trabajo, el magisterio del arte, la preciosidad de los tesoros encerrados y condensados en pocos centímetros de pergamino, y en el mismo tiempo recordó el estudio, la paciencia, los cuidados meticulosos de aquellos monjes que nos dejaron tanta riqueza.

El Padre es un gran miniaturista: con la ayuda de la gracia trabajó paciente y constantemente en su alma y sacó de ella una preciosísima miniatura: todos los latidos del alma, digamos así, pasaron en el crisol por Dios y fueron enriquecidos y hechos preciosos por los tesoros de su amor.

Pero la miniatura no se puede apreciar adecuadamente si no se observa bien, atentamente y en cada pequeño detalle: el dibujo, el color nos aparecen en toda su maravillosa belleza: el azul purísimo, el oro y la plata resaltan en la luminosidad resplandeciente en un cuadro que encanta. Los antiguos tenían razón en indicar la acción de miniar con la palabra **alumbrar**: dar luz al dibujo, a la figura.

Cuanto más estudiamos el Padre, tanto más su figura se nos destacará **alumbrada** en la luz de la virtud que toca el heroísmo y en la maravilla de una incomparable finura espiritual.

Precisión y delicadeza son la característica de la miniatura; precisión y delicadeza por todo lo que se refiere a la virtud tenemos que admirar y aprender por el Padre.

Con una mirada interior acostumbrada a grandes finuras espirituales, no asombra que muchas pequeñas cosas, que no caían bajo las miradas de los demás, él las tenía como objeto de reprensión y corrección.

El Padre quería evitar ciertas expresiones, que también son de uso común, en las que sin embargo su delicadeza rechazaba: «Ay de quien le hubiese dicho: **Pobre diablo, Por Dios, maldito, destino feo**, y qué sé yo... así también no quería que se dijera **qué asco de tiempo, de viento** etc. es un despectivo, decía, no queda bien: el tiempo, el viento son criaturas de Dios y, por cuanto nos puedan parecer inclementes, ellas no hacen sino que cumplir la voluntad del Señor; ¿cómo pues quejarse de ellas y despreciarlas?». Y de su boca no salieron nunca palabras parecidas. (Vitale, **ob. cit.** p. 606).

Concluamos con el testimonio de una hermana, que necesita una clarificación. «Aborrecía toda clase de imperfección: descubriendo alguna falta, aunque mínima, exclamaba: “Misericordia, ¡qué hiciste! ¡Por esto tienes que confesarte!”. Y nos mandaba también que pidiésemos perdón a la superiora».

De esto no se saque que el Padre fuera un escrupuloso y que quisiera poner en un falso camino las almas que se le confiaban. Él considera los pecados veniales deliberados como **graves** en relación con la perfección, y explica: «No digo **mortales**» (N.I. Vol. 5, p. 224). Tratando luego de la confesión explica claramente su pensamiento: «Es verdad que los pecados veniales no son materia necesaria, teológicamente hablando, pero más que necesaria con relación a la perfección tiene que considerarlos un alma que quiere ser toda de Dios, que quiere sentir todo el horror de la ofensa de Dios, que quiere corregirse de toda imperfección y de toda mala costumbre, que quiere evitar con el mayor compromiso posible la propia relajación y que quiere crecer en el amor de Jesús y en toda santa virtud

religiosa» (Vol. 1, p. 14). Evidentemente el Padre quería en este modo inculcar horror para toda falta, por cuanto leve.

Se me quedó grabado en la mente lo que acontecía en ocasión de las salidas del Padre. Acorríamos a su alrededor para recibir su bendición; él entonces no nos hacía faltar una breve y ferviente exhortación al bien y a la virtud, inmancablemente, sin embargo, salía la recomendación al santo temor de Dios y a la huida del pecado, recordando las palabras de Tobías a su hijo: **Hijo, acuérdate del Señor todos los días. No peques ni quebrantes sus mandamientos** (Tob 4, 5); y las repetía con voz acalorada, con la vibración característica, que jamás podré olvidar, mientras los ojos se le llenaban con lágrimas. Para obtener por el Señor la gracia de huir el pecado, mandó por todas las comunidades una jaculatoria que se repite en común todas las veces que se va a la capilla, y cuando se sale de ella tras el rezo de las oraciones: **Señor Jesús, líbranos de todos los pecados mortales y veniales.**

9. Siempre atento a impedir el pecado

Del odio al pecado brota el compromiso de impedirlo, en lo posible. Durante la guerra europea (1915-18), profundamente afligido por las blasfemias de los soldados, el Padre escribió una carta al General Cadorna – que leí, pero lamentablemente se perdió – para que pusiese freno a esta necesidad, que era un desafío execrando al Dios de los ejércitos.

Con uno de nuestros jóvenes, soldado, que se quejaba con él por el ambiente inmundo y blasfemo en que se hallaba, desahogaba su ánimo amargado hasta la muerte: «Lamentablemente es verdad lo que me escribes en tu carta, y sabe Dios cuántas heridas prueba mi exulcerado corazón, oyendo tantas horribles blasfemias, que la misma pluma se resiste a escribir. Es una pena amarga esta, muy amarga, ¡que más bien me contentaría de morir de dolor para no sentir más profanado el nombre adorabilísimo de Dios Altísimo! ¡Bendigámoslos pues en nuestro corazón, hagamos lo mejor que podamos para reparar tantas impiedades y villanías de tantos desaconsejados, que, en vez de pedir perdón a Dios, llevan una vida disipada y escandalosa, hasta frente la muerte, que los domina! Recemos, pues, y reparemos, por lo que nos será posible, con nuestras buenas obras» (Vol. 41, p.33).

Él no faltaba de llamar la atención, en una manera u otra, el que blasfemaba; tenemos diversos ejemplos.

El obispo de Oria nos decía que el Padre aborrecía la culpa hasta en oír la cometida por otros y probaba gran pena cuando sentía que el nombre del Señor había sido ofendido. Recordaba un episodio: pasaba por una calle de Oria, cuando un hombre, que no lo había visto, riñendo con otro individuo, escupió una blasfemia. El Siervo de Dios sin pronunciar ni palabra, se le acercó y le puso una mano en la boca, casi para hacerlo callar. El individuo quedó confundido y empezó a besarle la mano, pidiéndole perdón y que rogara por él.

El Canónigo Celona: «Me acuerdo que andando un día junto con él, se acercó a uno que blasfemaba para llamarle la atención fraternalmente, y aquel fulano se disculpó diciendo: Perdone, Padre, no lo había visto».

Podemos seguir con ejemplos parecidos. El P. Ruggeri cuenta: «el Siervo de Dios se aguantaba bajo mi brazo, por estar débil con las piernas. Estábamos en Oria. Detrás de nosotros unos blasfemaron; y como si le hubiesen acuchillado, tuvo una mueca de dolor y de repente dio una vuelta,

implorando aquellos desaventurados que no volviesen a blasfemar. Seguimos nuestro camino rezando jaculatorias». El Padre odiaba el pecado, cuando oía blasfemar, no dejaba jamás de acercarse al pecador y lo amonestaba para que no volviese a hacerlo, con palabras suaves; el que había blasfemado se apaciguaba en seguida, y pedía perdón a él y a Dios. Me ocurrió de comprobarlo más veces por las calles.

«Me resulta, habiendo escuchado su predicación especialmente en la iglesia de la Anunciación, que se dolía por los muchos pecados cometidos por los hombres y llamaba la atención de los fieles para que no ofendiesen a Dios, también en vista de castigos terribles, como le había confiado Melania,³⁰ con los que hubiera azotado la humanidad pecadora».

Recuerdo un episodio que me contó el profesor Favaro.

Él iba una vez en tren a Taormina con el Padre para un asunto de aquella casa. Un viajero de repente se salió con una blasfemia. El Padre se levantó de repente y gritó con voz fuerte, acompañando las palabras con un gesto enérgico de la mano: «¡Dios solo es santo!». En la carroza se hizo un alto silencio, hasta la estación, que afortunadamente estaba cerca.

Uno que acostumbraba blasfemar en la estación de Mesina que se había enfadado por haber perdido algo, el Siervo de Dios le calmó amablemente dándole todo lo que tenía en la maleta, y llevándolo a su casa le dio la cantidad perdida y también una botella de vino. Esto me lo contó la hija de aquel señor.

Él pensaba que motivo o pretexto a la blasfemia era la miseria e intervenía con su caridad. «Se dolía de los pecados de los hombres. Cuando oía blasfemar, exclamaba afligido: “¡Dios mío, Dios mío, Dios mío! El Corazón de Jesús está traspasado”, y quería que se hicieran reparaciones. Calmaba a los que blasfemaban con buenas palabras y, si hacía falta, les entregaba dinero». «A menudo acontecía que algún carretero que blasfemaba se veía al lado el Siervo de Dios que le imploraba dolor y arrepentimiento por el gran daño de la blasfemia. El efecto no faltaba nunca. Como pensaba que la ocasión ordinaria de la ofensa de Dios era la miseria, curaba el cuerpo para llegar pronto y definitivamente a las almas». «Nos encomendaba repetida y cálidamente la caridad con que acoger los pobres, justamente porque temía que podrían ofender al Señor si hubiesen recibido de nosotros unas asperezas». «Recuerdo que un día uno que llevaba agua, habiendo deslizado, rompió el barril, le salió sangre del pie y rompió en blasfemias. El Siervo de Dios lo reprochó severamente, amenazándole los divinos castigos. Como el hombre supo por mí quién era aquel sacerdote, le pidió perdón. El Siervo de Dios le secó la sangre con un pañuelo que tenía en el bolsillo: lo acompañó a la farmacia Frasti y, habiendo sabido que el barril costaba cinco liras, le dio veinticinco para que comprara dos de ellos y lo que sobraba lo tuviera para los días en que tenía que quedarse en casa».

Como todo el mundo conocía la caridad del Siervo de Dios, no faltaban los que aprovechaban de ello. Unos amenazaban de blasfemar si el Siervo de Dios no hubiese atendido a sus peticiones de socorro, y él consentía a menudo para evitar la blasfemia.

Un operador ferroviario de Oria, tal Bonsanto, que acostumbraba blasfemar, conociendo el horror del Siervo de Dios por la blasfemia, y de sus generosidades pecuniarias también para que aquel horrible pecado fuera evitado, blasfemó en su presencia para obtener un abundante donativo, con el pretexto que le habían robado la cartera. Obtuvo, en efecto, no recuerdo qué cantidad, entonces no

³⁰ Así lo piensa el testigo, porque seguramente Melania recordaba siempre los castigos amenazados por la Santísima Virgen en su aparición en La Salette; sin embargo, el tema de los castigos de Dios por los pecados del mundo ya era frecuente en la predicación del Padre, y precedía sus relaciones con Melania, como se puede comprobar en sus escritos.

indiferente. El sin vergüenza me contó a mí mismo – habla el Padre Ruggeri – la bonita hazaña. Sin embargo, la mano de Dios lo alcanzó: mudado poco tiempo después a Taranto, murió aplastado por los parachoques de los vagones ferroviarios.

10. El espíritu de reparación

Consecuencia del amor de Dios y del odio al pecado es el espíritu de reparación, que fue vivísimo en el Padre.

En 1875 toda la prensa católica italiana reaccionó contra la profanación que se hizo en Dolo (Venecia), donde al caballo vencedor de una carrera, fue puesto sacrílegamente el nombre de **Dios**. En Mesina la autoridad eclesiástica mandó celebrar un triduo de reparación en las iglesias y en aquella ocasión el Padre compuso el Canto de reparación al Corazón de Jesús que empieza así:

Oh Corazón adorable
De paz y perdón,
Tú eres de la Tríade
El altísimo trono...

Luego cuando fundó la Obra quiso que todos los suyos se inscribieran en la **Unión Piadosa de oración y penitencia** que se propone justamente como finalidad específica la reparación de los pecados. Vigilaba para que se cumplieran con fervor en las casas los ejercicios piadosos reparadores en el primer viernes y el primer sábado de cada mes. Prescribió para el mes de abril las letanías al Sagrado Rostro, en reparación de las blasfemias; para los últimos días de carnaval quiso el triduo de reparación, en que se cantaban las conmovedoras estrofas compuestas por él **sobre las penas íntimas** del Corazón Santísimo de Jesús. Aquí recordamos la primera estrofa:

Oh afanes y espasmos del Sumo Bien,
Oh abismo incógnito de las incógnitas penas,
Profundo tormento, muto dolor,
Las fibras penetra del Divino Corazón.
Ay, ¡en su amable Rostro santo
Sonrisa y júbilo hubo jamás!
Pero todo es tiniebla, todo es lloro,
Ay, ¡triste es el alma del buen Jesús!

Recordamos luego la novena anual al Nombre Santísimo de Jesús con el Santísimo expuesto: en nueve oraciones se ofrecía la reparación por nueve categorías de pecados: blasfemias, blasfemias heréticas, persecuciones a la Santa Iglesia, insultos al papado y al sacerdocio, mala prensa, pecados de las almas consagradas, ruina de la juventud, profanación de la Santísima Eucaristía. Y estos fueron los temas de los sermones del Padre durante 34 años.

Además de estas reparaciones habituales había las extraordinarias, determinadas por casos particulares.

Existen muchas circulares en la congregación en que el Siervo de Dios manda unas reparaciones, a las que personalmente tomaba parte activa, por sacrilegios que llegaban a su conocimiento, especialmente de ultrajes a Jesús Sacramentado.

En estas ocasiones se imponía personalmente particulares penitencias y renunciaciones, y a las comunidades, según los casos, prescribía oraciones, horas santas, mortificaciones, vigiliaciones, encomendando a cada uno de consolar a Jesús como mejor sugería su fervor.

En la casa en que se hallaba él las reparaciones eran siempre más solemnes y sinceras, porque su palabra y ejemplo sacudían las almas y encendían el fervor.

Parecía sufrir incluso físicamente cuando exhortaba a rezar en reparación de blasfemias y sacrilegios: él lloraba por ello. Más de una vez, habiendo entendido blasfemar en la calle, volviendo a casa nos llamaba en la capilla para rezar en reparación y para la conversión del que había blasfemado.

Con ocasión del carnaval, además de las oraciones reparadoras dichas arriba, quería que las hermanas entretuvieran durante todo el día el mayor número de las chicas externas, haciéndolas divertir con juegos y también con pequeñas comedias, a las que se invitaban también los familiares. Quería así sustraerlas de las ocasiones de pecado.

Escribe el Padre Vitale: «Cuando acontecía en una iglesia alguna profanación contra Jesús Sacramentado, se veía acorrer el Canónigo Di Francia para proponer a los rectores unas reparaciones públicas. Los rectores se servían de él, porque no hacían esfuerzos en encontrar el predicador, las oraciones apropiadas, los cánticos: el orador, el poeta, el místico estaba a su lado» (**ob. cit.** p. 544).

Recordemos cuánto él se activó para que saliera numerosa y fervorosa la participación de los fieles a la reparación por él organizada en Camaro Superior tras un hurto sacrílego.

Otro sacrilegio aconteció en Mili San Pietro: fueron robados los vasos sagrados con las sagradas formas, que luego se hallaron lejos de la iglesia, en un campo, esparcidas en el suelo. El Padre acorrió a predicar un triduo de reparación, erigió a sus costas un icono en el lugar del hallazgo de las sagradas especies, e hizo establecer por el párroco una procesión eucarística anual reparadora, en el día aniversario del acontecimiento; y él allí intervenía incluso llegando desde lejos, y allí predicaba. Hay que tener presente que, mientras prescribía las reparaciones, el Padre aprovechaba para despertar el fervor de las comunidades: «Antes de todo se honre a Nuestro Señor en Sacramento y a la Santísima Virgen con la perfecta observancia religiosa, porque es seguro que no se duele Nuestro Señor por los pecados cometidos por los mundanos, tanto cuanto por los que cometen las almas consagradas a Dios» (Vol. 34, p. 12).

«Antes de todo seamos fieles a Nuestro Señor Jesucristo: cuidemos de amarlo, servirlo y no dejar nada, por cuanto sea posible, de los ejercicios habituales, oraciones, prácticas piadosas, y trabajos para bien de las almas y alivio de los pobres» (Vol. 35, p. 217).

A la primera guerra mundial siguió un periodo de graves desordenes, en que lamentablemente no era posible señalar específicamente las ofensas a Dios, las blasfemias, profanaciones, sacrilegios que se consumaban cada día en el mundo y particularmente en Italia. Por eso el Padre escribió una larga ardiente **súplica al Corazón misericordiosísimo de Jesús para la salvación de la actual aflictísima y perdida sociedad** (Vol. 5, p. 55), y **una ofrenda de la Santa Misa y Santa Comunión en reparación de los sacrilegios que se cometen en estos tiempos en todo el mundo y especialmente en nuestras zonas.**

De esta ofrenda señalamos unos cuantos pasajes: «¡Oh Corazón aflictísimo y atormentadísimo de nuestro Señor Jesucristo, nosotros queremos participar con Vos todas vuestras asperísimas penas que sufristeis en ver los horrendos sacrilegios planeados por el infierno y realizados por los infelices

pecadores contra este Santísimo Sacramento de vuestro infinito amor! Os compadecemos, oh Corazón afflictísimo de Jesús, ¡y con viva fe y con profundo sentimiento de piedad queremos penetrar en vuestras más íntimas amargas ante tantas y tan terribles ingraticudes humanas! Ay, Corazón Santísimo de Jesús, si pudiéramos repararos derramando totalmente nuestra sangre, lo haríamos con mucho más gusto, ¡y nos consideraríamos afortunadísimos inmolándonos todos como vuestras víctimas de amor!».

En reparación ofrece a Jesús sus mismos infinitos méritos y padecimientos, junto con aquellos de la Santísima Virgen María, y los méritos y el amor de todos los Ángeles y Santos, implorando que Jesús perdone y llame a penitencia los pecadores, «y perdonad también a nosotros – sigue – nuestras ingraticudes, y todas las ofensas que pudimos cometer contra este Santísimo Sacramento». Concluye: «Por favor, aceptad, oh amorosísimo Jesús, estos ofrecimientos reparadores y ahogad toda iniquidad humana en el piélagos infinito de vuestra Sangre Preciosísima y salvadnos. Amén» (Vol. 5, p. 49).

Esta ofrenda se rezó en las comunidades durante mucho tiempo. De otra extraordinaria reparación en honor de Nuestro Señor hablaremos seguidamente.

11. La voluntad de Dios

El amor de Dios está todo aquí: cumplir la divina voluntad en todo y por todo. Esta es la enseñanza y la práctica de Jesucristo: **No todo el que me dice “Señor, Señor” entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos (Mt 7, 21) y yo hago siempre lo que le agrada (Jn 8,29).**

Hacer la voluntad de Dios es la única preocupación de los santos. Se me quedó grabada en la memoria esta expresión de Santa Juana de Arco: «Yo no conozco ni **a** ni **b**, pero sé sobre la voluntad de Dios»; y por la voluntad de Dios y con la voluntad de Dios la campesina analfabeta de Domremy imponía sus planes de batalla a los mariscales de Francia y lanzaba los ejércitos a la victoria.

He aquí cómo nuestro Siervo de Dios cumplía la voluntad del Padre celestial.

Cuando fue hospedado por Monseñor Loyácono en Ariano Irpino atravesando con el obispo la plaza del palacio arzobispal, se acercaron al monumento del poeta popular, Canónigo Pedro Pablo Parzanese.³¹ Delante de aquel monumento, el Canónigo Di Francia, con dulce melancolía, rezó en voz baja los primeros versos del poema **La ciega de nacimiento**, una de las obras más bonitas de Parzanese:

No me digáis que vuelve la mañana
Para despertar las cosas durmientes,
No me digáis que de oro y rubí

³¹ Nacido en Ariano Irpino y muerto en Nápoles (1809-1852). Fue canónigo, vicario capitular de la diócesis, orador, poeta. Destacó por su valiente asistencia a los enfermos de cólera en 1837. Por sus rimas patrióticas la policía borbónica lo señaló entre los **atendibles**. Tuvo afinidad de índole y formación con el maestro del Padre, Bisazza, que le escribía el 6 de septiembre de 1847: «Hay una armonía entre nuestras almas, entre nuestros ingenios, entre nuestros corazones». «Autor de cantos patrióticos como **El concripto** se inspiró a la vida del campo y a los afectos domésticos, con humildad de corazón y delicadeza de conciencia. Sus **Cantos del pobre**, con intenciones educativas, tienen una delicadeza espontánea y poética» (cf. Bargellini, **Pian dei Giullari**, Vol. 3, p. 102). Hasta pocas decenas de años atrás, todas las antologías escolares publicaban unos poemas de Parzanese, que así fueron muy populares: **La Cruz**, **La ciega de nacimiento**, **El viejo sargento**, etc.

Son los lembos del cielo sonrientes:
Mi ceja el Señor no abrió
Hágase la voluntad de Dios.

Otro episodio digno de nota, recogido por un servidor por los labios del artesano Pedro Gullí, que estuvo presente. Un día entraba en la ciudad un tal Lorenzo, florero, con una canasta de gardenias, las blancas y perfumadas gardenias de Cumía. De repente la canasta se le cae de las manos y las candidas flores acaban en un charco.

«¡Hágase la voluntad de Dios!», exclama resignado el pobre hombre, que se vio así perdido el pan del día.

«Sí, hijo bendito y bueno: ¡hágase siempre la adorable voluntad de Dios!» añadió en seguida el Padre que sobrevenía unos pasos detrás del pobrecillo, habiendo visto la escena y oído las palabras. Y siguió: «Mira, es cosa de nada: quédate parado, mantén la canasta». El Siervo de Dios se inclinó, recogió del charco aquellas flores una por una, los colocó en la canasta níveos, intactos como antes...

«¡Milagro!», exclamó asombrado el pobrecillo; pero el Padre alargó el paso y siguió su camino.

«¡Hágase la voluntad de Dios!» era el programa de vida del Padre.

Le eran habituales estas expresiones: «Abandonémonos a la divina voluntad, hágase la voluntad de Dios, hagamos en todo lo que gusta al Señor, uniformémonos a la divina voluntad».

Nos solía decir: «pedid al Señor cualquier cosa, pero añadid siempre: Si a Vos gusta, Señor».

Recuerda el Padre Drago, que cuando en Roma se trataba de comprar la casa, el mediador junto con nuestro legal enredaba la madeja; a la habitual expresión del Siervo de Dios: **Hágase la voluntad de Dios**; él se opuso gritando: «Pero, ¡qué voluntad de Dios, en este caso! ¡Aquí se trata de engaños y de hurtos!». Y él, reprochándolo: «Cállate, hijo bendito: ¡hasta en estos casos hay la voluntad permisiva del Señor, igual que en la traición de Judas!».

Las hermanas de Estrella Matutina habían padecido daños; y el Padre les escribe: «¡Adoremos los juicios del Señor, que en diversos modos nos prueba, permitiendo los engaños o bien los errores del hombre y las maquinaciones del antiguo homicida, que es el demonio! Pero todas las cosas, dice el apóstol Pablo, ¡cooperan para el bien de los que aman y temen a Dios!» (Vol. 39, p. 12). Y en otra ocasión, esperando el éxito de ciertas prácticas iniciadas por él para bien de aquella comunidad: «Para el cumplimiento de las prácticas empezadas aún pasará tiempo. (...) Hace falta sin embargo **rezar**: hagamos novenas para que Nuestro Señor y la Santísima Virgen hagan salir todo felizmente en la divina voluntad» (Vol. 39, p. 28).

Él enseñaba: «Cuando decimos que se cumpla la divina voluntad en nosotros y en los demás, tenemos que decirlo más que con espíritu de resignación, con espíritu de súplica» (Vol. 6, p. 107).

En una carta a las novicias el Siervo de Dios destaca: «De veras hacer la voluntad de Dios es una gran cosa, es la mejor, y es la más grande obra que todos podemos hacer» (Vol. 34, p. 2). Por eso el Siervo de Dios se esforzó de conocer y cumplir siempre la voluntad de Dios.

Escribía a una comunidad de hermanas: «Los caminos del Señor son imperscrutables, pero son todos bonitos y amables; ¿quién puede penetrarlos? Alegrémonos de adorarlos sin conocerlos. ¡Ya conocemos bastante cuando sabemos cuánto nos ama Jesús dilecto! Recemos, actuemos y esperemos. Está escrito: **Hasta un tiempo sufrirá el paciente, luego se le dará la consolación**. El

salmista dice: **Los que confían en el Señor son fuertes y estables como el monte Sión**» (Vol. 39, p. 14). Prescribiendo oraciones para la deseada casa de Padua, encomendaba: «Antes de todo no tendríamos pedir y esperar nada más que el perfecto cumplimiento del divino beneplácito» (Vol. 34, p. 95).

El Padre procuró conocer y seguir siempre la divina voluntad. Nos enseñó que pidiéramos al Señor el conocimiento y la ejecución fiel de su voluntad imperante, y no solamente la permitente, porque en esta puede haber también el pecado. En todos los sufrimientos de diversa naturaleza, que padeció en su vida, fue siempre resignado a la voluntad adorable de Dios, jamás se sintió de su boca queja o resentimiento contra ninguna persona que le hubiese hecho algún mal. Su lema era: **¡Sabe el Señor lo que hace!** Y amonestaba sus hijos que ni ellos se dejasen escapar de boca quejas de cualquier tipo.

En todo su largo y variado apostolado recibió con hilaridad, como enviados por Dios, los muchos dolores y las pocas alegrías. Solía decir que para hacer la voluntad divina hacía falta también dejar las cosas más santas, misa, comunión... En los últimos días no pudiendo ya celebrar y no pudiendo comulgar, sufría mucho, pero se dominaba muy bien porque vivía unido con Dios.

Escribiendo justamente de estas condiciones tuyas a una comunidad, decía: «Estoy tan débil que no digo Misa ni hago la Santa Comunión. Rogad que haga alguna cosa mejor, o sea la divina voluntad siempre amable y adorable» (Vol. 39, p. 75). Algún día más tarde, a la misma: «No sé cómo acabará conmigo. Antes de todo deseo que la divina voluntad se cumpla en mí perfectamente; alabo y bendigo a Jesús por mi padecer» (**Ibid.** p. 77).

Cuando en 1924 fue gravemente enfermo en Roma, escribía al Padre Vitale: «Se entiende que estoy falto de Jesús adorable en su Hostia, pero su cruz me es igualmente querida y deliciosa, tomada especialmente en la amorosísima divina voluntad. En esta divina voluntad hay toda la vida y pasión de Nuestro Señor y todos los sacramentos. Allí me sumerjo desde hace los siglos eternos para hallar y restituir a su Divina Majestad todo el honor que le quité, aquí devuelvo al Corazón de Jesús todo lo que le defraudé; y hallo innumerables bienes espirituales y temporales que quité a mis prójimos y todos los consuelos que puedo devolver, también en el más allá, a todos los corazones que afligí, y así allí encuentro para mí todos los bienes disipados, porque la divina voluntad todo lo contiene en sí y siempre está actuando esta intensísima satisfacción universal por Dios y por las criaturas» (Vol. 33, p. 98).

En todos los acontecimientos, hasta en los más pequeños, reconocía la voluntad de Dios; luego los aceptaba con total adhesión, más que con resignación. El Padre Vitale recuerda: «El Siervo de Dios una vez con un movimiento instintivo salió, diciendo: “¿Qué hace aquí esta planta?”», indicando un brote espinoso que le molestaba la cabeza, mientras se comía en el patio en la mesa menos austera del primero de julio, en el barrio Aviñón, nuestra fiesta interna de gran importancia. «Sin embargo, en seguida después se repuso: “Perdonadme, hermanos, ¿Qué dije? ¿Qué hace este árbol? Hace la voluntad de Dios».

Intentó siempre conocer y cumplir, en todo, la voluntad de Dios. No empezaba ninguna cosa, aunque de leve importancia, sin anticipar una oración para conocer la divina voluntad; y no nos hacía pedir gracias al Señor si antes no lo hubiésemos rezado de hacernos conocer su divina voluntad. Más bien prescribió una oración diaria para rezarse en las comunidades para esta finalidad. Recuerdo que muchas veces, en casos determinados, imponía triduos o novenas particulares para conocer la voluntad de Dios.

Él, además, especialmente en cosas de algún relieve, a la oración añadía el consejo pedido a los superiores o bien a personas graves y de espíritu.

Tomada finalmente una resolución según la voluntad de Dios, con calma y firmeza iba hasta el fondo; como también era prontísimo a dejar una iniciativa ya empezada cuando se revelara contraria la voluntad de Dios.

12. En las cosas prósperas y en las adversas

Que el Padre fuera en todo unido a la voluntad del Señor, lo se saca por la calma perfecta que conservaba sea en las cosas prósperas que en las adversas; ponía todo su compromiso en el cumplimiento de sus iniciativas, pero luego, en cualquier modo saliera el asunto, permanecía siempre sereno.

Recuerdo justamente la postura del Padre en mérito a la causa con los Aviñón. Los herederos de los propietarios del barrio Aviñón le movieron causa porque no creían legítima la adquisición que él había hecho. El caso era preocupante y el Instituto corría el peligro de un grave daño financiero. El Padre hizo lo que tenía que hacer por su parte y trabajó activamente para preparar con los abogados la defensa. Nombró también una corte celestial, formada por Ángeles y Santos por los que estableció un turno de prácticas devotas y pidió también la aportación de oraciones a numerosas comunidades ayudadas por él. Pero luego se remitió tranquilamente en las manos de Dios. La causa ganada en tribunal y en el segundo grado de juicio, se perdió en el tercer grado. En cuanto tuve la noticia, informé de ello el Siervo de Dios: «¡Padre, perdimos la causa!». Él no hizo ningún gesto de sorpresa o maravilla. Se limitó a destacar: «Hijo mío, ¡Dios gana siempre, gana siempre!». Pero lo dijo con tal tranquilidad e indiferencia, que quedé altamente asombrado. Un acto de resignación me lo esperaba sin duda, pero no aquella imperturbabilidad, que me hizo asombrar. Se manifestaba así su gran unión con Dios. Había hecho lo posible por su cuenta, y esto le bastaba: todo lo demás tocaba al Señor, que «sabe – era su frase – lo que hace». Como si nada hubiese pasado, empezó a hablar de la Virgen de la Carta, por la que tenía que hacer un discurso en la catedral. La causa fue ganada luego definitivamente en la nueva corte de apelación en Palermo.

Diremos seguidamente de una disputa tenida con Monseñor Razzoli obispo de Potenza, a propósito de la Congregación de las Hijas del Sagrado Costado, por la que el obispo le prohibió de poner pie en su diócesis. El Siervo de Dios «a menudo solía decir: “Dejemos que actúe el Señor. Veremos cómo el Señor dispondrá las cosas”. Nosotros protestábamos por el interdicto notorio, y él decía: “¡No, no! Así dispuso el Señor. Hace falta uniformarse a su voluntad». Intervino luego la visita apostólica de Monseñor Farina; y la Superiora General intentó solicitar su solución, pero el Padre no aprobó su intervención:

«Sobre el Excelentísimo Monseñor Farina, os ruego de no escribirle más, y de no hacer nada, nada, nada para apresurar la solución de nuestro asunto. Dejemos actuar al Señor cómo, si, cuánto y cuándo quiere. Mientras tanto rezad para que todo salga para la mayor gloria de dios bendito y salvación de las almas» (N.I. Vol. 8, p. 241). Seguidamente escribía aún: «No os preocupéis sobre cómo acabará el antiguo asunto. Procurad que todas allá améis a Jesús, el sacrificio, la observancia en todo etc. y por lo demás Jesús pensará» (N.I. Vol. 8, p. 254). Dicta mientras tanto las reglas sobre cómo portarse en la espera: «Repongamos todo al Corazón adorable de Jesús y a la hermosa Madre Dolorosa y al querido y poderoso San José. ¡Haced bien rezando y haciendo rezar! ¡Oración,

confianza, prudencia, paciencia, recta intención, espíritu de humildad y ánimo tranquilo, son las armas para procurar lo que mejor gusta al Señor! No os quedéis satisfaciendo el amor propio de victorias y qué sé yo, contra los o las que contradicen etc. etc. sino reconozcamos que todo acontece por nuestros pecados, compadezcamos a todos, disculpemos las intenciones cuando no se pueden disculpar las acciones, y recemos para que Jesús una todos los corazones en uno solo con su Corazón divino y el de su Santísima Madre en el modo y por los caminos que a Él mejor gusta. No hagáis muchos discursos entre vosotras de los asuntos conocidos, excepto necesidades o utilidades, y para estimularos para que recéis, esperéis y calléis. Está escrito: **en el silencio y en la esperanza será vuestra fortaleza**, y en otro lugar: **Es bueno esperar en silencio la salvación que viene del Señor»** (N.I. Vol. 8, p. 232).

Tendremos ocasión de ver con qué generosidad aceptara la voluntad de Dios en todas las cosas. Aquí nos limitamos a algún episodio.

En 1911 hubo un intento de requisición de la casa de San Pascual en Oria, destinada a lazareto por temor del cólera. Ya se había iniciado la mudanza a los Celestinos, y en San Pascual era todo un movimiento para arreglar muebles y ropa en los lugares que se dejaban a nosotros. El Padre mientras tanto deba noticia de ello con estas palabras al Padre Palma, que se hallaba en Mesina, y que tendría que comunicarla a la comunidad: «Dándole la noticia allí de este nuestro acontecimiento, haga entender que todo se desarrolló tranquilamente, que todo viene del amorosa voluntad de Dios, que son vueltas e industrias del Divino Amor, fases que tienen que haber en la historia de una Obra, pruebas de fidelidad que hace el Señor, estímulos de la fe, por la cual en todo se tiene que ver la mano de Dios que actúa, apariencias de desventuras, que contienen fortunas espirituales, e igual también temporales, preludios de las divinas misericordias. Yo soy contento que el hecho no aconteció en el momento de su permanencia, porque usted habría padecido mucho por ello, especialmente dándome la noticia. ¡Ahora bendigamos y alabemos en todo la amorosísima voluntad de Jesús nuestro y su santísima y dulcísima Madre! No nos preocupemos para el porvenir, sino quedemos tranquilos y confiados en los Corazones Santísimos de Jesús y de María y en la protección de nuestros queridos Ángeles y Santos» (N.I. Vol. 7, p. 60).

Una vez, después de una contusión al pie, que iba empeorando, escribía al Padre Vitale: «¡Como quiere el Señor, que amorosamente nos visita!» (Vol. 31, p. 60). En otra ocasión: «Notamos entre las divinas gracias y misericordias las diversas, santas cruces sufridas, aflicciones, contradicciones, enfermedades y toda contrariedad, y de todo queremos agradecer la Divina Bondad, como también por la paciencia y resignación que se nos dio, y por haber todo dirigido para nuestro mayor bien» (N.I. Vol. 10, p. 249).

A propósito de la epidemia española, que hizo estragos en toda Europa, en septiembre – octubre de 1918, abre su alma al Padre Vitale: «¡La mano justa, santa y divina del sumo Dios se hace sentir por doquier en la demente y apóstata sociedad! Oh, ¡qué alegría conlleva esto, aunque nosotros tuviéramos que fallecer! ¡Venga el tiempo de la reivindicación de las incesantes iniquidades humanas! Sea reivindicado el Altísimo y satisfecho por la humana universal prevaricación. Queden los reyes y los pueblos, oprimidos y regenerados bajo el divino flagelo: todo esto será para salvación. **Soli Deo honor et gloria!** ¡Pero todavía **initia sunt dolorum!** ¡Abandonémonos confiados en el Corazón Adorable de Jesús y ofrezcámonos víctimas de su adorable voluntad!» (Vol. 32, p. 157). Y algún día después, expuestas las condiciones de la casa de Trani, en que, por miedo al contagio, «¡ningún cura va a hacer diariamente la Santa Comunión a aquellas hijas!» vuelve sobre el tema de la epidemia: «¡Cuánto es perfecto el sumo Dios hasta castigando! ¡He aquí un morbo que postra a todos, cuando nadie puede ayudar, ni gobiernos ni municipios ni Cruz Roja, ni hay medios, ni huevos, ni leche, ni

medicamentos, ni doctores! ¡Sólo en su divino Corazón podemos abandonarnos!». Sigue una mirada sobre las condiciones del mundo: «¡Y en los periódicos silencio e indiferencia, y en los teatros! ¡Ahora luego se prepara la moda italiana en competición con la de París para la posguerra! (...) ¡Hasta los juguetes italianos! Y la guerra se desarrolla con el divino misterio. (...) ¡Que Dios salve Italia, Francia y el mundo!» (Vol. 32, p. 159). Escribe en el mismo tiempo a Altamura: «¡Que viva Jesús, que viva la Cruz Santa! ¡Basta ya! Sea como quiere Dios: ¡su santísima voluntad hagámosla con alegría!» (Vol. 34, p. 105).

Tras preparar un plan para el arreglo de una casa, he aquí que la hermana destinada a superiora cae enferma seriamente. El Padre comenta: «¡El Señor en su infinita misericordia no acaba de visitarnos! ¿Acaso no tendríamos que bendecir al Sumo Bien? ¡Adoremos en el polvo los juicios incomprensibles del Altísimo!» (Vol. 35, p. 98).

En 1921 se presentaba la ocasión para la adquisición de un lugar en Roma, pero el Padre aún no veía claramente el asunto: «Es un problema por el que hace falta rezar aún para que Nuestro Señor amorosísimo nos ilumine, o mejor nos haga seguir su divina voluntad como mejor a Él gusta» (Vol. 36, p. 26). Cuando luego en 1924 eran próximos al compromiso, escribe a Madre Nazarena: «Pero lo sabe Dios si todo tendrá éxito: seamos indiferentes a lo que el Señor Jesús querrá» (Vol. 36, p. 102).

Anunciando luego la fecha para la firma del acuerdo, escribe aún: «¿Habrán impedimentos? ¡Lo sabe Dios! Recemos que la divina voluntad se cumpla cómo es mejor bajo sus divinas miradas» (Vol. 36, p. 109). Hablando luego de las enfermedades de las Hermanas, anota: «Jesús bendito nos visita en diversas maneras y hagamos con amor su adorable voluntad» (Vol. 36, p. 165).

13. Oraciones para cumplir la voluntad de Dios

No queremos aquí dejar unas oraciones del Padre para conocer la divina voluntad. Entre los manuscritos de su juventud, el 14 de noviembre de 1873 hallamos la oración «para cumplir el beneplácito de Dios», copiada en la **Imitación de Cristo**, libro tercero, cabo decimoquinto, números 2, 3 y 4, de la que la primera parte³² insertó seguidamente entre las oraciones diarias de la comunidad. A esta oración el Padre añadió la jaculatoria: «Madre amable del Señor mío, haced que yo quiera lo que quiere Dios».

En una oración del 2 de octubre de 1888, alaba al Señor a pesar de que Él no atendió una oración suya y se ofrece a disposición de su adorable voluntad (N.I. Vol. 10, p. 6). En una nota dejó escrito: «Quiero que la esclavitud de todo uno mismo a la divina voluntad sea mi último fin» (N.I. Vol. 10, p. 36).

La sobrina, la señora Rosalía Bonetti, recuerda: «Una vez escribió a mi madre una oración de si mano, en que pedía al Señor que la vida fuera siempre conforme a su santa voluntad. Dicha oración

³² «Señor, Vos sabéis bien lo que es mejor: hágase esto o aquello, como es vuestra voluntad. Dadme lo que queréis, cuanto queréis y cuando queréis. Actuad conmigo como sabéis, y como sea más vuestro deseo, y vuestro honor. Ponedme donde queréis, y haced de mí libremente toda vuestra voluntad. Yo estoy en vuestras manos; así que transformadme, una y otra vez, giradme. Heme aquí, vuestro siervo preparado para todo; ya que no deseo vivir para mí, sino para vos. Y, ¡ojalá esto fuera también digna y perfectamente!».

me llegó a mí y la recé hasta cuando, lamentablemente, perdí el manuscrito, porque no me acordaba las palabras de memoria».

En las oraciones que prescribió para la vigilia del primer día del año, hacemos al Señor una bonita declaración «de no querer otra cosa en este año sino lo que Él quiere». Y detalla: «Si Vos nos preparasteis gracias y misericordias, como acostumbráis hacer con vuestras criaturas, porque sois una Bondad infinita, nosotros os agradecemos desde ahora anticipadamente (...). Si Vos nos preparasteis tribulaciones y sufrimientos, como acostumbráis hacer con los que amáis y queréis salvar, nosotros desde ahora queremos recibir de vuestras manos divinas toda tribulación y sufrimiento que os gustará enviarnos y os queremos desde ahora alabar, agradecer y bendecir». (N.I. Vol. 9, p. 5).

Por un caso particular – igual en la ocasión de la secesión de la Jensen – escribió una apropiada ofrenda de la Santa Misa al Corazón Santísimo de Jesús, para que en aquellas circunstancias triunfara totalmente la divina voluntad: «Os ofrezco hoy el gran sacrificio de la santa Misa para la impetración del perfecto cumplimiento de la Divina Vuestra Voluntad en este altar; por esta Ofrenda de valor infinito, que es vuestra misma Preciosísima Sangre que en gran sacrificio os presento, yo os suplico y conjuro que me concedáis luces, prudencia, paz, caridad, fortaleza y puridad de intención en actuar con relación a este asunto; (...) no miréis mis deméritos, sino mirad vuestros méritos de infinito valor en este gran sacrificio, juntamente a los méritos de la Madre vuestra Santísima y de vuestros Santos, y concededme lo que os pido; y dadme santa virtud y fortaleza para que en cualquier caso, o conforme o disforme a mis inclinaciones y persuaciones, yo me quede tranquilo, sereno y pacífico, no queriendo nada más que lo que Vos queréis, deseando sólo Vos y vuestra mayor gloria, y considerando y adorando, en cada evento humano, incluso el más mínimo (**sic!**), el soberano imperio y las santas y perfectas disposiciones de vuestra Divina Voluntad» (Vol. 6, p. 1).

En sus últimos años compuso la «Coronilla de la divina voluntad» que rezaba cada día y también, especialmente en su última enfermedad, más veces por día. Se empieza con el **Pater, Ave, Gloria**, luego: **Fiat Domine, voluntas tua – Sicut in caelo et in terra**. Así por cada grano de la corona, concluyendo cada decena con el **Gloria**. Finalmente, se dice: **Señor mío Jesucristo, yo os amo, os alabo, os adoro, os doy gracias, os bendigo con el Padre y el Espíritu Santo. Amén**.

En la última enfermedad, escribía a un alma que le aseguraba oraciones: «Os agradezco vuestras oraciones, imploradme paciencia y fortaleza contra el enemigo que me turba e intenta infundirme un espíritu tétrico. Quisiera ser alegre, porque es una vergüenza no serlo cuando somos abandonados a la divina voluntad y en el amor del dulce Jesús» (N.I. Vol. 5, p. 139); y seguidamente: «Tuve momentos terribles con el cielo cerrado. (...) Pero esto advierto que cuánto más crecen mis penas físicas, morales y espirituales, tanto más me siento apegado a la divina voluntad: **¡Fiat! ¡Fiat!** Cómo queréis, Señor, a cualquier precio, ¡pero ayudadme! Y vos, impetradme por Jesús una perfecta uniformidad y conformidad a sus divinas voluntades; y por cuando el Señor me querrá, rogado que me prepare con una muerte tranquila, toda en su divina voluntad, con la conciencia purificada, para ser también exento de la pena del purgatorio, si así Jesús quiere» (**Ibid.** p. 143).

Recordemos unos testimonios: «Recuerdo muy bien su evidente resignación en su última enfermedad, en la casa del Espíritu Santo, antes de ser trasladado a la Guardia: su mirada especial dirigida al Cielo fue de una elocuencia especial». «En su última enfermedad resplandeció su completo abandono en Dios y su perfecta uniformidad a su voluntad; aguantó las cruces no sólo con paciencia, sino que gozaba con ellas. Solía decir: “¡Mi Pascua es la voluntad de Dios!”, y expresiones parecidas». «Durante la enfermedad, permanecí a asistirlo durante 15 días. Lo hallé uniformado a la voluntad de Dios; más bien, decía a menudo: “¿Qué son estos sufrimientos comparados con aquellos de Nuestro Señor?».

El estudio amoroso, prolongado a lo largo de toda su vida, de buscar y realizar en todo y siempre la divina voluntad, tuvo como efecto en el Siervo de Dios aquella perfecta uniformidad, que lo hacía «vivir en la voluntad de dios». Tenemos un testimonio de esto en estas notas privadas del Padre:

«La habitación de mi espíritu es la divina voluntad. En esa habitación se refugiará cada vez más el espíritu en todas las insatisfacciones y desengaños y desilusiones de sus deseos, aunque cuando a mí parece que miren para la divina mayor gloria; y por esto no haré inoportunas distinciones entre voluntad permisiva y voluntad imperante; sino que sea permisiva o bien imperante, ella será para mí siempre voluntad divina, adorable, amable, deseable, sobre todo, centro y refugio de mi espíritu.

«Odio todo lo que se opone a esta divina voluntad y así odiaré el pecado; y para que este amor a esta divina voluntad sea perfecto, odiaré no solamente las culpas graves, sino también las levísimas, más bien repudiaré todo lo que no está conforme con la plenitud de esta divina voluntad. Luego odiaré mis imperfecciones y estudiaré de corregirme y perfeccionarme.

«En esta habitación me refugiaré en todas las contrariedades y tribulaciones que me vienen sea por Dios sea por las criaturas, sea por los enemigos, sea por mí mismo o por malicia o bien por fragilidad, en todas mis desolaciones etc. etc. y en todas las penas que me vienen por mis imperfecciones.

«En esta habitación estaré siempre rezando por todas las finalidades de esta divina voluntad, para que se haga en la tierra como en el cielo. Luego rezaré especialmente por todos los intereses del Sagrado Corazón de Jesús, y particularmente para que se digne enviar los buenos trabajadores a la Santa Iglesia.

«Entre los deseos en que mayormente intentaré dilatarme, para corresponder a la divina voluntad, pondré primero los deseos del amor y de la santificación y de la salvación de las almas. En los deseos del amor no tendré límite, con la confianza que esto guste a la divina voluntad; lo mismo en los deseos de la santificación y salvación de las almas.

«Finalmente, procuraré que esta divina voluntad sea conocida por todos y sea amada y que todos se refugien en esta habitación, en la que se refugia mi espíritu ahora y por todos los siglos. Amén» (Vol. 43, p. 145).

8. JESÚS

1. «¡Enamoraos de Jesucristo!». 2. Amor a Jesús sobre todas las cosas. 3. Solemnes declaraciones de amor. 4. El Nombre Santísimo de Jesús 5. El Niño Jesús. 6. Jesús crucificado. 7. La preciosa Sangre y el sagrado Rostro. 8. El Sagrado Corazón. 9. Consagración y reparación. 10. Las penas íntimas.

1. «¡Enamoraos de Jesucristo!»

Jesús es la manifestación más viva y concreta del Amor de Dios para con la humanidad (cf. Jn 3, 16), y no podemos responder mejor a este amor sino amando a Jesús – ¡ojalá se nos fuera concedido por la divina misericordia! – hasta la locura.

¡Cuánto el Padre amaba a Jesús! Recuerda el Padre Vitale que, aún joven clérigo, una noche, tras haber tratado con él sobre las necesidades de su alma, fue por él despedido con esta expresión: «¡Enamoraos de Jesucristo!». Palabras sencillas pero dichas por él con un acento muy personal, resonancia de su corazón ardientemente enamorado de Nuestro Señor. Por lo tanto, el Padre Vitale escribe: «Lo que estas palabras produjeron en mi corazón no sé expresarlo, aunque todavía lo siento, habiéndome ellas herido el alma» (**ob. cit.** p. 558).

Enamorarse de Nuestro Señor es la pasión de los santos. Escribe Santa Teresa que el alma «puede representarse delante de Cristo y acostumbrarse a enamorarse mucho de su sagrada Humanidad y traerle siempre consigo» (Libro de la vida, cap. 12, n. 2). Y es lo que hacía el Padre. A un profesor ateo, Cannizzaro, él hacía la clara confesión de su pasión para con Jesús: «¡Le confieso, muy querido profesor, que Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre, es todo mi amor, es todo mi Sumo Bien! ¡Yo lo quiero con todo el corazón, con toda el alma, con toda la mente! ¡Él es todo el suspiro de mi vida, toda la esperanza de mi eterna felicidad!» (N.I. Vol. 5, p. 120). Él era de veras compenetrado por Nuestro Señor, y podía decir con el apóstol: **Para mí la vida es Cristo** (Flp 1, 21).

«Y por eso sus palabras – escribe el Padre Vitale – también conversando, solían penetrar en los corazones como dardos» (**ob. cit.** p. 558). Así él nos exhortaba: «¡El ejercicio del divino amor, al que tienen que atender los congregados, sea incesantemente dirigido a la persona adorable de Jesucristo! Oh, ¡quiera la divina bondad que vivamos enamorados de este Dilecto de los corazones, del Rey del eterno amor, del Amor eterno de nuestras almas! ¡Amemos a Jesucristo con gran transporte del corazón, de la mente y de todos nosotros mismos! Anhelemos, suspiremos el crecimiento de su santo amor, pidámoslos muchas veces cada día y en todos los actos religiosos al Corazón mismo adorable de Jesús, a su Santísima Madre del Amor hermoso, y a nuestros Ángeles y Santos abogados y protectores» (N.I. Vol. 10, p. 183).

Escribía en ciertos **Puntos de regla**: «El amor de Jesús tiene que ser el principio, el objeto, el fin y el alma de todas nuestras intenciones, acciones y observancias: Jesús sólo, todo en Jesús, por Jesús y de Jesús» (Vol. 3, p. 166).

Y en las **Declaraciones y promesas**: No tendré «presente otro objeto, como fin de cada acción mía y de toda mi existencia, que Jesús sólo: amar a Jesús Sumo Bien cuanto Él es digno, suspirar a Jesús, gustar en todo a Jesús, poseer a Jesús con el Amor más ferviente, con la más perfecta unión de mi voluntad con la de Jesús mi Señor. Contemplaré a Jesús con la mirada de la fe más viva en el íntimo de mi corazón, que demora en lo más profundo de mi alma y que me estimula a amarle, que me pide amor, que me atrae hacia Él, que anhela a hacerme una misma cosa con Él, y que se duele infinitamente por cada infidelidad mía que no repare. Le escucharé con los oídos del alma mientras me pide **almas, almas** y sacrificio por amor suyo y por las almas» (Vol. 44, p. 113).

El Padre creía justamente que la santidad de un alma se mide por su amor a Nuestro Señor; y por eso buscaba conocer y acercar las que reputaba todas comprendidas por este divino amor.

«Podrían hacer milagros – solía decir – muchas almas que parecen privilegiadas; pero si ellas no tienen un gran amor para con Jesús yo no me siento transportado por ellas» (Vitale, **ob. cit.** p. 552). Saludaba a Jesús como el **Divino Sagitario de los corazones**; y le gustaba contemplarlo en el acto de lanzar sus dardos amorosos para la conquista de las almas:

Cuando de dulce amor
Él quiere herir un corazón,
Basta que lo piense apenas:
Ajusta la mira, dispone
En el arco la agilísima saeta,
Y rápida la envía
Al corazón que no la espera;
Y, oh, ¡qué heridas abre en el corazón,
Que todo lo hacen latir de amor!

El Padre Vitale se complace de destacar un episodio, que se repetía inmanejablemente en el comienzo de cada año, en las casas en que él presidía a la extracción de las policitas, donde está indicado el nombre de un ángel y un santo al que hay que encomendarse particularmente durante el año, una mortificación, una oración y una virtud para ejercer. En una de estas es indicado el amor a Jesús. «Para el Padre aquella era la privilegiada; y hacía falta mirar la actitud que asumía cuando aparecía una tal policita. Entonces, después de leerla entre sí, antes de anunciarla a la comunidad, empezaba a sonreír, se quitaba las lentes, levantaba el brazo derecho y exclamaba: “Ay, hijitos, ¡qué hermosa es esta policita! ¡Qué suerte por el que la tomó! Contiene por virtud nada más nada menos que – y lo decía suavemente – amor a Jesús”. Batía las manos y todos respondían aplaudiendo; y quería que todos los corazones de sus hijitos se alegrasen sintiendo este nombre» (**ob. cit.** p. 554).

Otro episodio, al que estaba presente. Se quiso reproducir un grupo de huerfanitos alrededor del Padre, para una postal de propaganda. «La máquina estaba lista, en acto de dar el clic. Entonces el Padre de repente exclama: “¡Atentos hijitos! Mirad fijos la máquina, y cada uno de vosotros diga en su corazón: **¡Jesús, te quiero!** Y así la máquina fotográfica recogerá vuestro grito interior y lo fotografiará también dentro vuestra imagen”. ¿Acaso no revela este jueguito – concluye el Padre Vitale – la ardiente llama de su corazón?» (**ob. cit.** p. 559).

2. Amor de Jesús sobre todas las cosas

Los escritos del Padre son una continua exhortación al amor hacia Nuestro Señor: «Jesús no quiere corazones fríos: Él quiere amor, amor íntimo, tierno, expansivo, fuerte, tranquilo, pacífico, y bien ardiente, fervoroso, constante. Amad a Jesús con gran transporte de la voluntad, del intelecto, y además de todas las potencias interiores y de los sentidos del alma. Tengáis siempre presente su persona adorable, todos los misterios de su santísima vida, y sobre todo os atraiga a sí el santo sagrario, el nido amoroso que Él escogió, donde su divino cuerpo reúne las águilas» (Vol. 45, p. 397).

En una carta a los Rogacionistas: «Os exhorto, muy queridos hijos, para que vuestro corazón se dilate en el amor santísimo hacia el adorable y amantísimo Señor Jesucristo. ¡Ay de mí! ¿Qué buen éxito podrán hacer aquellos jóvenes que no sienten arder en sus corazones el amor hacia Jesús Sumo Bien?» (N.I. Vol. 5, p. 55). Él declaraba que no quería saber nada más que amar a Jesús: «Padre muy querido, escribía a un sacerdote, si conoce algún secreto sobre cómo se hace para hacerse santos, para

amar con puro amor a Jesús Sumo Bien, me lo enseñe también, ¡pero sobre lo demás no tengo que querer saber!» (Vol. 37, p. 44). Así exhorta las primeras novicias: «Procuremos, hijas en Jesucristo, de santificarnos, porque todo lo demás es vanidad. **Donde no hay la Ciencia del alma** – dijo el Espíritu Santo – **no hay ningún bien**. Amemos a Jesús Sumo Bien; quedemos a su alrededor con un solo corazón, con una sola alma [cf. At 4, 32], con una sola mente; miremos a Jesús, trabajemos por Jesús, celemos los intereses del Corazón de Jesús; suframos por lo que aflige a Jesús; alegrémonos por todo lo que gusta a Jesús; no haya para nosotros otro pensamiento que Jesús, y considerad, hijas benditas, que sólo con Jesús se encuentra toda felicidad». Claro que siguiendo a Jesús no se puede ser exentos de la cruz, por eso sigue: «Es verdad que existen las contrariedades, las contradicciones, las estrecheces, las cruces, pero estos son los medios de la santificación. ¡Estad seguras, hijitas, que, si os hallarais en el mundo, ahora sufriríais tribulaciones y penas muchos más graves y amargas, y sin ningún mérito! ¡Contentémonos pues de sufrir alguna pena con Jesús Sumo Bien que sufrió tanto por nuestro amor!» (Vol. 34, p. 75). En el reglamento de las mismas insiste: «Las novicias tengan por regla la virtud interior y sobre todo el ejercicio del divino amor. Háganlo y súfranlo todo por puro amor de Jesús Sumo Bien, para crecer en el amor de Jesús Sumo Bien; piensen siempre en Jesús, mediten su vida, su pasión, su muerte, los misterios de su amor infinito.

«Tengan siempre presente la persona adorable del Redentor divino, mediten especialmente las penas de su divino Corazón. Sean almas amantes y el amor las hará fuertes para padecer, para actuar, para inmolarse, y las conducirá a la divina unión que tiene que ser siempre el objeto de todo su padecer y de todo su actuar. Pidan siempre al Corazón Santísimo de Jesús su santo amor, el amor de la Santísima Virgen y todos los demás santos amores» (Vol. 2, p. 142).

En una oración que ellas hacían cada día a Santa Teresa, imploraban que «el amor tierno y fuerte para el sumo bien Jesús sea nuestro carácter y el carácter de este pequeño Retiro» (Vol. 2, p. 6).

Ni menos urgente es el Padre con los Rogacionistas: «Meditemos a Jesucristo en sus tres misterios del padecer: dolores de la humanidad, ignominias, penas internas. Son tres abismos del infinito amor, ¡y dichoso el que se apunta a ellos! Meditemos a Jesucristo en sus beneficios, generales y particulares, en su divina belleza, en todos los tatos de su vida mortal: meditemos su divino Corazón, hoguera de amor infinito. Meditémoslo en el exceso sobre admirable de la Santísima Eucaristía, en que se realizan tres misterios de infinita caridad: su morada ininterrumpida con nosotros, su inmólación continua en el altar, ¡la entrega de todo sí mismo en alimento y bebida! ¡No se puede amar a Jesucristo si uno no lo medita ni se puede no amarlo si uno lo medita!» (N.I. Vol. 5, p. 55).

Escribe para los jóvenes aspirantes Rogacionistas: «El postulante que no actúa todo por Jesús jamás adquirirá el espíritu interior. Todas las virtudes se reducirán en él en una práctica superficial; más bien él poco a poco adquirirá un espíritu de ficción y de hipocresía, que lo hará indigno de vivir en la casa del Señor» (N.I. Vol. 10, p. 164).

La vida de Nuestro Señor, sus santísimos ejemplos, sus divinas virtudes eran objeto continuo de la meditación del Padre; y lo que era atento a ordenar su vida sobre el divino Modelo, lo podemos deducir de unas notas suyas particulares, titulados **Imitación de Jesús Señor mío**, en que estudia la conducta del divino Maestro en las principales circunstancias de su vida: **Jesús Señor mío, en sus terribles padecimientos se recogía interiormente y rezaba incesantemente (...) compadeció los pecadores, los buscó, los amó (...) amó sus enemigos, los perdonó, los disculpó, rezó por ellos y los trató bien y unos cuantos se salvaron (...) no dijo ni una palabra, que no fuese santa y perfecta (...) no pasó un momento sin padecer, rezar y trabajar (...) escondió su infinito padecer con el silencio (...)**

Y sigue así, enumerando treinta y siete virtudes de Nuestro Señor, que él estudiaba imitar (N.I. Vol. 9, p. 9).³³

3. Solemnes declaraciones de amor

Ya hablamos antes de las reparaciones que el Padre hacía cada vez que acontecía alguna profanación o pública ofensa a Nuestro Señor. Aquí queremos recordar particularmente dos de ellas.

En 1875 Ernesto Renan, el autor de una blasfema y tristemente célebre Vida de Jesús, tras asistir a un congreso científico en Palermo, dio la vuelta de las principales ciudades de Sicilia, y el 16 de septiembre fue en Mesina. Aquí la secta se había activado, pero no consiguió preparar acogidas triunfales: la prensa católica había movilizado la opinión pública contra el novelista de la Sena, que con un aparado pseudocientífico había falsificado la historia, despojando la persona adorable de Nuestro Señor del aura de la divinidad. Insurgieron particularmente los jóvenes, con una generosa manifestación de fe; y el Padre – entonces no era aún sacerdote – publicó una vibrante protesta, de la que referimos la última parte:

«Mesineses, renovemos hoy las declaraciones de nuestra fe y los ímpetus de amor para con el divino redentor Jesucristo, verdadero Dios y verdadero Hombre, hoy que viene a profanar con su presencia nuestra católica Mesina un infeliz apóstata, Ernesto Renan; el que se atrevió a ultrajar la divinidad de Nuestro Señor Jesucristo, que halló hasta palabras de desprecio para burlar la sublime agonía del divino Redentor; ¡el que en su corazón no entendió sentimientos de afecto sino que para Judas el traidor! No haya entre nosotros el que no proteste altamente, el que en ningún modo haga homenaje o plauso, aunque sólo con la presencia, al autor del más abominable, del más detestable entre los perversos e impíos libelos, que la revolución y las sectas infernales, enemigas del nombre de Dios, llevan por doquier en triunfo. Y mientras los necios e ilusos atraviesan todo el territorio para que impunemente esta criatura infeliz pueda atreverse a ir de ciudad en ciudad sin ninguna vergüenza, nosotros recojámonos en nuestros templos elevando cánticos de alabanza y bendiciones al nombre dulcísimo de nuestro Redentor y mitiguemos con humildes súplicas su cólera justamente irritada por las culpas de los hombres; y sea uno solo el sentimiento de todos, uno solo el afecto, el pensamiento, el grito de amor: ¡VIVA JESUCRISTO, VERDADERO DIOS Y VERDADERO HOMBRE!» (**La Palabra Católica**, 16 de septiembre de 1875).

En 1916 el entonces desconocido Benito Mussolini en su periódico **El pueblo de Italia**, vomitó blasfemias sacrílegas contra Nuestro Señor, con un artículo, cuyo mismo título era un grito infernal: **¡No Jesucristo, sino Barrabás!** El mundo cristiano se estremeció con ello, y el Padre tuvo por ello una profunda herida en el corazón. Desde Padua, donde aprendió la noticia sacrílega, escribió en seguida, el 1 de octubre a las casas, disponiendo un triduo de reparación: «Hijos muy queridos en Jesucristo, no sé si os llegó la dolorosa noticia de los gravísimos ultrajes, que un impío periódico masónico de Milán hizo al adorable Nuestro Señor Jesucristo, blasfemando horrendamente, como igual nadie se atrevió a hacerlo, hasta ahora. Lo llamó con las palabras más injuriosas, escribió que se tendrían que destruir todas las iglesias, todos los altares, todas las estatuas de la Virgen y de los Santos, y otras parecidas blasfemias diabólicas, repitiendo hasta el grito: **¡Nosotros queremos a Barrabás, y no a Jesucristo! ¡Que Jesucristo sea crucificado y que viva Barrabás!**»

³³ El texto completo está en **Antología Rogazionista**, p. 90, nota.

Ante un lenguaje tan blasfemo todo el mundo católico se indignó. Todos los periódicos católicos levantaron su voz condenando las horribles blasfemias, por doquier se hicieron reparaciones públicas». Prescribe por lo tanto un triduo con estas prácticas: **Por la mañana:** 1. Una especial ofrenda de la Santa Misa «para alabar, bendecir y agradecer a Nuestro Señor Jesucristo, Redentor adorable y amadísimo, en reparación de las horribles, diabólicas blasfemias escritas y publicadas en estos días por un impío diabólico periódico de Milán». 2. Hágase la Santa Comunión reparadora, con la oración del primer viernes de mes. **Tarde:** Exposición del Santísimo Sacramento al menos dos horas antes del Avemaría: «Las prácticas de devoción no tendrán que tener la forma de oraciones para obtener gracias, sino que, en cambio, serán adoraciones, alabanzas y bendiciones, agradecimientos a Jesús Sumo Bien por su infinito amor, compensaciones honradas, protestas y actos de amor, reparación». Recomienda luego que «privadamente, toda alma que ama a Jesús divino Nuestro Redentor, le ofrecerá lo que mejor puede darle de reparación por tan diabólicos ultrajes» (Vol. 34, p. 106). En **Dios y el Próximo** de octubre el Padre escribe palabras muy graves para denunciar la nefanda blasfemia: «**¡Horrorosísimas blasfemias! ¡Reparemos!** ¡Igual la mayor parte de nuestros lectores sabrán qué horrorosísimas blasfemias publicó contra la adorable Persona de Nuestro Señor Jesucristo un impío y diabólico periódico de Milán! Sin que un natural respeto frenara los extremos de la ferocidad satánica; sin que la pluma hubiese temblado un momento, almas vendidas al demonio se atrevieron a escribir y publicar las más ultrajosas injurias contra el Redentor divino, ¡llegando hasta a decir que lo quieren expulsar del mundo a golpes, riéndose de ello! Y concluyeron repitiendo el grito impío: **¡Sálvese Barrabás, Jesucristo sea crucificado!**

«¡Almas infelices consumidas en la iniquidad! Nos atreveríamos a decir que para estos no nos sentiríamos impulsados a rezar por su arrepentimiento, ¡porque con su refinado y premeditado lenguaje muestran claramente que están en el número de los réprobos! Se puede decir de ellos con el Profeta: **¡Descenderunt in infernum viventes!** ¡Ellos bajaron al infierno todavía vivientes! Ellos son los de los que está escrito que serán el estrado de los pies de Nuestro Señor Jesucristo, cuando Él, saliendo de la derecha del padre, bajará a la tierra para el último juicio». Tras haber dicho la reacción de todos los buenos en todo el mundo, invita los fieles a ofrecer a Nuestro Señor reparaciones públicas y particulares por el gravísimo ultraje (N.I. Vol. 1, p. 178).

Las declaraciones de amor a Nuestro Señor no se tenían que limitarse al caso de reparación de las públicas ofensas, más bien el Padre quería que brotaran en todo momento desde el corazón de sus hijos. Por eso escribe: «No se puede hacer a Jesús amantísimo cosa más agradable que decirle: ¡yo te quiero! Él lo desea y lo quiere de nosotros. Repitámoselo pues a menudo: más bien, cuando con la boca no podamos, ¡digámoselo con el corazón! Y para que no haya momento de nuestra vida en que tan dulce nombre no fuera pronunciado por nosotros, declarémosle que con cada latido de nuestro corazón queremos repetirle: ¡Jesús te quiero! Y de veras Jesús merece todo nuestro amor. ¿Por qué, amándonos Él infinitamente, no tendríamos que corresponder en contracambio con el poco amor de que somos capaces? ¡Digámosle, pues, perennemente con todo el corazón: Jesús te quiero!». ³⁴

Y aquí hace falta que comente un episodio ligado a mi primer encuentro con el Padre, el 20 de agosto de 1911, cuando con otros ocho chicos, viajamos con él para ir a su Instituto de Oria.

Como se movió el tren me preguntó: «Dime: ¿cuánto quieres a Jesús?».

Yo tartamudeé: «¡Lo quiero lo que puedo!». Y él insistiendo: «Pero, ¿cuánto lo quieres amar?». No recuerdo si y lo que contesté; recuerdo, en cambio, que, tras dirigir a todos la misma

³⁴ Recordemos el hermosísimo **Acto de amor** publicado en la Antología Rogacionista, p. 111.

pregunta, él sugirió la respuesta: «¡Yo quiero amar a Jesús con el amor con que lo aman todos los Ángeles y Santos del cielo y todos los justos de la tierra, con el amor con que lo ama la Santísima Virgen María y finalmente con el amor con que lo ama su mismo divino Padre!».

Y explicaba: «Ciertamente no es posible llegar a tanto; pero, ¿qué importa? ¡A Jesús les gustan los santos deseos, se complace de ellos y acrecienta en el alma las llamas de su amor!».

4. El Nombre Santísimo de Jesús

Parémonos ahora en unas manifestaciones particulares del amor del Padre hacia Jesús y sus misterios, empezando por su especialísimo culto al nombre santísimo de Jesús. Como para San Bernardo, el nombre de Jesús era para él armonía para el oído, miel para la boca, gozo para el corazón. Su jaculatoria predilecta, que siempre tenía en los labios era **Vivat Jesus**: «el gemido de su alma – escribe el Padre Vitale – que siempre anhelaba unirse a Dios» (**ob. cit.** p. 556). El Padre Alessi, carmelita, recuerda con gusto su cruzada entre los niños, «antes del terremoto, para que todos saludaran: ¡**Alabado sea Jesucristo!** Él fue el pionero en Mesina. En los nombres que daba en la vestición de las hermanas, ¡cuántos hallaba que encerrasen el Nombre Santísimo de Jesús! Jesuina, Jesuel, Jesualda, Jesulmina... ¡No podía resistir el santo hombre a hacer sentir cuánto amaba a Jesús!» (Vitale, **ob. cit.** p. 555). Escribía: «Pronunciar Jesús quiere decir llamar al pensamiento todos los misterios de su amor, de la sabiduría, de la caridad de su dulcísimo corazón.

«Sólo sentir nombrar a Jesús debe ser para mí un despertar su divina presencia y todos los motivos que tengo de amarle como criatura suya, como redimido por Él, como sacerdote suyo, como suyo por todos los títulos y especialmente por las gracias particulares que me hizo. Inclinaré la cabeza en pronunciar o sentir pronunciar aquel Nombre dulcísimo» (Vol. 4, p. 113). No era para él superfluo para nada este relieve tratándose de algo prescrito por la liturgia; pero el Padre no limitaba la inclinación sólo a la prescripción litúrgica, sino que lo requería siempre y allá donde fuera pronunciado este nombre. «Cuánto me duele, decía un día con acento acalorado a la comunidad, cuánto me duele que algunos de estos hijos no inclinan la cabeza al nombre Santísimo de Jesús. Ni aprenden por mí el respeto para este santísimo nombre, mientras yo hago de propósito, por su ejemplo, una inclinación muy profunda» (Vitale, **ob. cit.** p. 556).

En las enfermedades el Padre tenía una gran confianza en el signo de la cruz en la frente, hecho en el nombre de Jesús y en las policitas del Santísimo Nombre, o sea trocitos de papel en que había hecho imprimir en caracteres minúsculos en nombre de Jesús. Escribió fervorosas oraciones para obtener curaciones con la invocación del Santísimo Nombre de Jesús y el uso de la policita (Vol. 5, p. 52-54).

Como San Bernardito de Siena, el Padre hizo imprimir en grandes letras el monograma del nombre de Jesús como el sol que irradia, para tenerlo expuesto en un cuadro en nuestras casas y lo difundía en medio del pueblo; con esta innovación, que, por debajo del nombre de Jesús, quiso en tamaño más pequeño que se añadieran las letras M.J.A.B. (María, José, Antonio, Bernardito).

Hablando de «esta bonita y saludable devoción» del Santísimo Nombre de Jesús, el Padre escribe que ella «en nuestros Institutos es entre las primarias» (Vol. 1, p. 80). Al nombre de Jesús quiso que se consagrara todo el mes de enero, con la lectura del librito apropiado, en la meditación de la tarde; y la fiesta, celebrada en nuestras casas el 31 del mes, tiene que ser preparada por la novena

con el Santísimo expuesto. Las oraciones de reparación, como mencionamos antes, son obras del Padre; a las estrofas, antes él añadió tres cuartinas a las conocidas comúnmente (**Al oído, al labio, al corazón etc.**); seguidamente, durante la guerra europea, añadió a cada estrofa otros cuatro versos, correspondientes a las reparaciones de cada oración.

Hasta 1907 la novena fue particular. En 1908 por primera vez se celebró en la iglesia del Espíritu Santo y nuestra **Tipografía del Sagrado Corazón** de Mesina publicó el librito del novenario con las oraciones, estrofas y súplica para el pueblo. Lo presentaba con un prefacio suyo nuestro Padre Pantaleón Palma, que nos hacía también saber que en aquel año en aquella iglesia «habían sido ofrecidas **cinco lámparas eucarísticas** en honor de las cinco preciosas letras que componen el nombre Santísimo de Jesús (**Jesus**) en ocasión de la fiesta». Se exhortaban los fieles a querer mantener encendidas aquellas lámparas, «y así Nuestro Señor Jesucristo, viéndose honrado por la pequeña llama, que le habla de su dulcísima morada sacramental, nos iluminará, nos confortará, nos hará felices». Lamentablemente, el terremoto acontecido en finales de aquel año lo dispersó todo y de las cinco lámparas ya no se habló más. De todas maneras, en la capilla de las hermanas fueron sustituidas con otras trece, en memoria de las trece Hijas del Divino Celo fallecidas en los escombros.

La fiesta del Santísimo Nombre, se celebraba con rito de segunda clase (hoy sería una **fiesta**) en la antigua liturgia, el segundo domingo después de la Epifanía; pero cuando en 1913 San Pío X la adelantó a los primeros días de enero no era posible, por las fiestas navideñas, prepararla con la solemne novena querida por el Padre; por eso fue desplazada al 31 de enero; y por rescrito pontificio celebramos en aquel día dos Misas del Nombre Santísimo de Jesús.

La novena se tenía que hacer con todo el fervor, y el Padre a menudo llamaba la atención de las comunidades en este propósito: «Supongo que ya con gran fervor empezasteis y continuáis nuestra hermosa novena anual al adorabilísimo nombre de Jesús. Los tiempos tremendos que van a ser peores (**22 de enero de 1917**), nos obligan a mejor recogimiento, y además a gemir con fervientes súplicas ante la divina presencia» (Vol. 34, p. 112).

Prescribía que la novena se hiciera «en regla con las nueve oraciones de reparación, la letanía del Santísimo Nombre y los cánticos» (N.I. Vol. 5, p. 14). Él la predicó cada año, durante treinta y cuatro años seguidos, en la casa en que se hallaba, y se encomendaba que en todas las otras casas posiblemente hubiese al menos un triduo de predicación. El Padre Vitale recuerda: «Oh, ¡cómo se inebriaba en aquellos sermones! Tal vez se volvía encendido en el rostro: la voz por la conmoción se le velaba, y los ojos se le humedecían. (...) ¡Cómo desmenuzaba el sentido de los himnos del gran San Bernardo, para que se enamorasen las almas de todos!» (**ob. cit.** p. 555).

El día de la fiesta se presentaba al Eterno Divino Padre la gran súplica para obtener gracias por los méritos del Nombre Santísimo de Jesús. Escribía el Padre: «Recomendamos que la súplica sea presentada y rezada con gran compunción y santo fervor, con fe viva y humilde confianza, apoyados en los méritos de Nuestro Señor Jesucristo, por los que el Eterno Divino Padre nada puede negar» (Vol. 34, p. 112). Es cosa de familia, por eso «la súplica tendrá que ser leída ante el altar del todo **privadamente**. No tendrá que estar presente ninguna persona extraña, así que las puertas del oratorio o de la iglesia tienen que quedar cerradas» (Vol. 34, p. 156).

La súplica, en la forma definitiva querida por el Padre, abraza 34 peticiones, que resultan cada una con un agradecimiento por las gracias recibidas y la petición de nuevas gracias según las necesidades de la Congregación; y se lee en todas las casas en el mediodía ante el Santísimo Sacramento con el sagrario abierto. Por la mañana del 1 de febrero se empezaba la ofrenda de 34 divinas Misas para implorar el atendimiento de la súplica.

He aquí con qué espíritu el Padre quería que se cumpliera esta práctica piadosa: «Se apoya todo el valor de esta súplica en aquellas divinas promesas hechas por Nuestro Señor Jesucristo, grabadas en los santos Evangelios, que aquí referimos. Dijo Nuestro Señor a sus discípulos y a sus apóstoles, y en su persona a los cristianos verdaderos seguidores suyos: **En verdad, en verdad os digo: si pedís algo al Padre en mi nombre, os lo dará** (Jn 16, 23).

«Y otra vez: **En verdad, en verdad os digo: (...) lo que pidáis en mi nombre, yo lo haré** (Ibid. 14, 13). Dijo Jesús también: **Hasta ahora no habéis pedido nada en mi nombre; pedid, y recibiréis** (Ibid. 16, 24).

«No tener fe a estas divinas promesas es negar la fe a la divinidad misma de Jesucristo. Rezar en nombre de nuestro Señor quiere decir pedir gracias por sus divinos méritos, méritos que nos lo pueden obtener todo por su Eterno Padre. Rezando en el nombre de Jesús, nos unimos a las oraciones mismas de nuestro Señor, cuando rezaba en el tiempo de su vida mortal, con oraciones perfectísimas, que su Eterno Padre no podía en ningún modo rechazar; y hasta ahora encerrado en los santos sagrarios, Jesús reproduce todas sus divinas oraciones divinas al Eterno Padre; y a estas nosotros nos unimos cuando rezamos en el nombre de Jesús, con una confianza firme que nada nos podrá negar el Eterno Padre, habiendo comprometida en ello su palabra el mismo Jesucristo. Si así tenemos que rezar en todo tiempo, mucho más tenemos que hacer en el día dedicado al nombre Santísimo de Jesús (Vol. 1, p. 79).

La solemne celebración de esta fiesta en la Obra fue empezada en 1888, en que la fiesta caía el 15 de enero, segundo domingo después de la Epifanía. Y aquel comienzo fue marcado por la cruz: por la mañana del 9 de enero fallecía inesperadamente la madre del Padre.

Cerremos este punto con la siguiente amonestación del Padre, que, aunque sea específicamente dirigido a las Hijas del Divino Celo, sin embargo no vale menos para los Rogacionistas: «Entiendan bien las Hijas del Divino Celo, que esta gran devoción al santísimo adorabilísimo nombre de Jesús, tiene que estar en vigor y fervor en nuestros Institutos, con la consagración de todo el mes, con la solemne novena, con la festividad del 31 de enero y con la presentación de la súplica que contiene las 34 peticiones o preguntas» (Vol. 1, p. 81).

5. El Niño Jesús

Para entrar en el reino de los cielos, Jesús quiere que volvamos a ser niños (Mt 18, 3). El Padre escribió para nosotros un pequeño opúsculo de veinte y cinco oraciones y propósitos para implorar por el Niño esta gracia, empeñando por nuestra parte **cualquier esfuerzo para convertirnos en niños de inocencia y sencillez**. Él tuvo por el Señor este don: vivió perfectamente el espíritu de la infancia espiritual.

Obviamente, no podía no tener particular ternura para el Niño Jesús. Cuando se hallaba ante el belén – que quería en todas las casas – hacía falta cantar los célebres versos de San Alfonso: **Ti voglio tanto bene...**, que él acompañaba con aquella voz calurosa, que, si no respetaba el valor y el tono de las notas - ¡su oído, sensibilísimos a los acentos, era absolutamente desafinado con el canto! – revelaba el íntimo fervor que le incendiaba el alma. Hacía falta verlo cuando llevaba el Niño Jesús en procesión por toda la casa el 2 de febrero, en la conclusión de las fiestas navideñas. Entre una oración y la otra, entre una estrofa y la otra, lanzaba gritos de entusiasmo y de amor: **¡Qué viva el**

Niño Jesús! ¡Qué viva la Palabra Encarnada del Padre! ¡Qué viva el Hijo de la Inmaculada Madre! ¡Qué viva la alegría de nuestros corazones! ¡Qué viva el Enamorado de nuestras almas!
La letanía se prolongaba cuando más y cuando menos; y todos a renovar aquel grito y a batir palmas...

Quería que la Navidad fuera preparada por una novena **sui generis**. Por la mañana del 16 de diciembre, nos despertaba con el sonido del armónium y, cuando era posible, con las gaitas, entonando en seguida el **Tu scendi dalle stelle**... el sacristán trabajaba preparando las lámparas: se llamaba la **novena de las nueve lámparas**. Durante la novena se recordaban los pobres y por lo tanto cada uno dejaba toda o bien parte de la fruta, que se retiraba y repartía a los pobres en la vigilia de la Navidad. Seguían las preparaciones: cuna, colchoncito, almohadita, etc.

El uso tenía que ser tradicional en Sicilia, porque recuerdo haber hallado, hace muchos años, un viejo librito de oraciones, de la primera mitad del siglo XIX, en que se hablaba justamente de preparaciones parecidas; pero el Padre le imprimió el sello de su genialidad. No se contentaba de la **cuna**, sino que la entendía en aquella particular manera: «formada con la madera que gustará tanto a Él; y por eso la tomaremos parte en la olivera de Getsemaní, y parte en un árbol que luego tendrá que servir para formar el altar de su sacrificio y de nuestra salvación». Luego venían las prácticas particulares para hacer; una oración, una penitencia, una obra buena, etc. Cada día un santo protector, una jaculatoria para repetirse en cada acto común. El Padre adelantaba una **Advertencia sobre el modo de practicar estas preparaciones**: «Nos llevaremos con el pensamiento en las alas de la inmensa virtud de la fe, en aquel tiempo en que hacían falta nueve días para nacer en la tierra la Palabra Encarnada, y como si entonces hubiésemos tenido el conocimiento de Jesucristo Nuestro Señor como ahora lo tenemos, nos apresuraremos para visitar la gruta de Belén, donde Él tiene que nacer y, viéndola tan pobre y considerando en qué pena y pobreza tiene que nacer el Hijo de dios por amor nuestro, nos activamos para prepararle las cosas más necesarias, para que, naciendo, no tenga que sufrir, y quede confortando por nuestra piadosa diligencia y por nuestro amor, aunque seamos mezquinos. Haremos todas estas preparaciones suplicándolo que, naciendo, quiera salir a luz del vientre inmaculado de su Madre no solamente en la gruta de Belén, sino también en nuestro corazón, que tenemos que prepararle en esta novena purificándolo de todo pecado, adornándolo con flores bonitas a través de estos y otros ejercicios de piedad, especialmente con fervientes actos de amor y con la santa comunión diaria. Estas preparaciones se tienen que hacer con fe viva y devoción, para que los objetos que se preparan para el Niño Dios, sean perfectos, y nos los encuentre incompletos o bien incómodos, peores que el mismo pesebre. Y para que podemos mejor tener éxito en este trabajo, rezaremos a la Santísima Virgen y al patriarca San José, para que nos ayuden a realizar santamente estas devotas preparaciones».

En la noche de Navidad, pues, se hacía al Niño Jesús una **triple** ofrenda:

1. las **preparaciones hechas en la novena**, que contenían **todo lo que en la gruta de Belén podía confortar las penas del Niño Jesús**.

2. **Nuestros corazones** – formando muchos corazones de papel y escribiendo encima afectos, propósitos, peticiones de gracias, etc. – para que el Niño Jesús **los ponga dentro su dulcísimo corazón y los hiera de eterno amor para Él**.

3. Un **corporal** nuevo, implorando por el Niño que haga nuestro corazón **puro y cándido**, como aquel sagrado lino, **límpido y pulcro de toda mancha**, así que Él encuentre en **nuestros corazones el perfume de sus virtudes y su habitación**.

Por las particulares necesidades tuyas y de la Obra, el Padre recurría muchas veces al Niño Jesús. Conservamos una carta de la Navidad de 1889, en que pide una intervención particular por las

dolorosas condiciones de los Institutos. Para entenderla bien hace falta considerar que el Padre, por la enfermedad de su hermano Juan, había sido obligado casi a abandonar la Obra que resintió de ello con graves consecuencias, tanto que tuvo que empezar de nuevo el orfanato masculino el 29 de noviembre de 1890.

«Adorabilísimo Niño Jesús,

«No sé dónde empezar esta mía mezquinísima, que tengo la suerte de dirigir a vuestra divina majestad. Empezaré por la confesión de mi iniquidad y de vuestra infinita gloria y grandeza.

«Yo os doy gracias, oh soberano Señor mío, por todas las gracias y misericordias que [os] gusta concedernos. En el mismo tiempo animado por la confianza que vuestra infinita bondad me inspira, yo os dirijo esta mezquinísima carta mía, con la esperanza que no queráis rechazarla, sino al revés os complazca acogerla generosamente.

«Pues, mi benignísimo Señor, yo vengo a dirigiros la más calorosa y ferviente oración acerca del estado de estas Comunidades.

«¡Ay de mí, que un tal estado es bastante desalentador! Los hijitos y los jóvenes viven sin disciplina, ¡faltos de los medios eficaces y adecuados para su buen éxito, sin personas idóneas para regentarlos, rodeados de algún ejemplo feo y malo, valiéndose por sí mismos, sin trabajos, sin artes, en el ocio y en la disipación!

«Las hijitas, ay de mí, con tantas bellas enseñanzas que recibieron, con tantas bellas pruebas que otra vez dieron, ahora, ay de mí, ¡están cerca a enfriarse y perecer! En el ocio, sin enseñanzas de trabajos, sin las debidas ocupaciones, en la privación de eficaces medios de buen éxito, ay de mí, ¡rasgan el corazón! Crecen en los años, ¡y su educación se marchita! ¡Y sus inteligencias, faltas de conveniente instrucción, entorpecen!

«Empezó la pequeña Comunidad del **Pequeño Retiro**. Aquí parece que quieren brotar los lindos y bellos lirios, pero ay de mí, ¡qué pena es ver tantas almas vírgenes sin guía, sin dirección, casi valiéndose por sí mismas!

«Pero hay todavía más, mi dulcísimo Señor. Vos lo sabéis, pero consentid que os lo explique».

Y sigue detallando el estado deprimente de aquellas casitas, que ahogan la Obra y que mientras tanto no se consiguen todavía adquirir, y concluye: «**Ne moréris, Domine, ¡ne moréris!** Iluminadnos, oh Señor, qué queráis que hagamos. Mover los corazones eficazmente para que nos ayuden a crecer. Plantad aquí en medio de nosotros vuestro reino. Salvad esta Comunidad. **Mitte, Domine, óbsecro, quem missurus es, quam missurus es quos et quas missurus es!**

«He aquí, oh dulcísimo Niño, las gracias que os pido, por favor, ¡no me las neguéis! Yo os las pido por amor de la Santísima Virgen Inmaculada y por el glorioso Patriarca San José, mientras humildemente postrado ante vuestros pies, me declaro: **Mesina, 24 de diciembre de 1889** - Vuestro Humildísimo siervo e hijo - Canónigo Di Francia Aníbal María». **Dirección:** Al infinito amor hecho Niño. **Belén de Aviñón**. Por favor de San José. Urgentísima» (Vol. 4, p. 40).

Remonta a 1899 la **peregrinación espiritual** a Belén. Explicamos lo que se trata.

El Padre reconoce que «tal vez fue feliz inventando prácticas de devoción y de piedad aprovechables» (N.I. Vol. 7, p. 241). Estas prácticas él las definía **industrias espirituales**; y «se conducían con tal finura de espíritu y penetración interior, que avivaban el amor de Dios. Su natural fantasía, su gran sentimiento hacia los altísimos ideales de la fe, la hizo presentar en manera bonita y

atrayente, para conquistar los corazones» (Vitale, **ob. cit.** p. 585). Entre estas industrias se tienen que contar las peregrinaciones espirituales, que el Padre hacía hacer en ocasión de necesidades particulares de la Obra. «Salían todas las hermanas formadas con las huerfanitas, después de haber rezado un itinerario en la propia iglesia, recorrían los jardines del instituto entre cantos y oraciones, se llegaba a un punto alto en que habían sido preparadas las imágenes de la Santísima Virgen o de los Santos. Aquel lugar representaba el santuario designado, se hacían las oraciones y las prácticas de piedad prescritas, y luego se volvía, siempre en orden, a la iglesia de donde se había salido, con la confianza de haber conseguido la gracia anhelada. Tal vez la peregrinación duraba más días, parándose en el santuario y repitiendo las oraciones» (Vitale, **ob. cit.** p. 588). Esta era la línea esquemática: no había un ritual fijo y el Padre variaba según los casos, las circunstancias y la inspiración poética que lo dominaba en aquella ocasión.

En 1899, decíamos, se hizo una peregrinación espiritual a Belén. No quedan oraciones u otras prácticas hechas entonces, exceptuados los versos cantados en coro y dos estrofitas para el ofrecimiento del corazón igual hecho por una huerfanita:

Quieta, quieta quiero ir
A ver Jesús dormir;
En su mano quiero apoyar
Mientras duerme, mi corazón.
Si se despierta en mano lo halla,
Entonces sí que se lo mira,
Entonces sí que lo renueva
¡En las llamas de su amor!

El Niño Jesús está en los brazos de San Antonio de Padua. Todos corren a San Antonio para pedirle gracias... Pero, ¿se acuerdan mientras tanto del Niño Jesús? ¿Sabían que el poder de San Antonio no es sino una participación del poder del Niño Jesús, y que es justamente del corazón del Santo Niño que San Antonio saca las gracias para sus devotos? Y así el Padre pensó cómo llamar la atención de los fieles sobre el Niño Jesús, coronando justamente con corona de plata al Niño Jesús que está en los brazos de San Antonio. Hizo el rito el 15 de agosto de 1915, fiesta de la Asunción de Nuestra Señora y... cumpleaños de San Antonio. Estas ideas se recuerdan en los versos, que se cierran con la invocación al Niño Jesús, para que, con la corona, acoja la ofrenda de los corazones:

Oh, Dios Niño, recibe,
Con la corona el corazón
De los hijos, adultos o pequeños,
De las niñas la flor.
Bendícenos, suplicantes,
¡Postrados ante Ti! (N.I. Vol. 2, p. 31).

6. Jesús Crucificado

Predicando una vez en Trani, el padre decía: «Hay un libro, fieles míos, en que pueden leer y aprender los entendidos y los ignorantes, los grandes y los pequeños, los justos y los pecadores. Es un libro abierto para todos, en el que se puede aprender, por todos, la más sublime teología de los atributos de Dios, de su poder, de su misericordia, de su justicia, de su caridad; un libro en el que, con

caracteres de sangre, pero de sangre no terrena, está escrito y explicado el misterio del amor eterno de un Dios hacia los hombres. Este libro es así de grande una escuela de sabiduría y de ciencia divina, que en ello se formaron los más grandes santos de la Iglesia, y sin ello es imposible comprender y practicar ninguna virtud. Todas las doctrinas del Evangelio son resumidas e ilustradas en este libro: todos los libros de la Sagrada Escritura, del Pentateuco de Moisés hasta la Apocalipsis de San Juan, no son, sino que páginas de este libro; todas las voluminosas obras de los Padres de la Iglesia, de los doctores, de los sagrados ministros maestros de los pobres, tienen su origen por estas páginas, y no son nada más que las frases de este libro, expuestas, ilustradas y comentadas. Este libro formó los santos. (...) ¿Cuál es este libro de todas las ciencias y de toda sabiduría que haya en el cielo y en la tierra? ¡Es el Crucificado, Jesucristo clavado en la cruz!» (Vol. 13, p. 51).

En este libro divino se formó el Padre. Su más común retrato nos lo presenta con el Crucificado en las manos; y esto es bastante significativo: nos dice que la nota característica de su santidad se ilumina de la luz que sale del Crucificado: amarlo y hacerlo conocer y amar, he aquí la finalidad de su vida. Indudablemente, esta es la característica de todos los santos, pero no se puede negar que en el Padre – que tuvo una vida de intensa actividad exterior – el pensamiento de la pasión y de los dolores de Jesús era tan explícito e inmediato, que afloraba continuamente en cada obra suya, apareciendo como dominante en toda su vida interior. El Crucificado era su amor, su pasión, su todo: llevaba en el corazón los sentimientos de San Pablo: **Dilexit me et tradidit semetipsum pro me** (Gal 2, 20), y **Si quis non amat Dominum nostrum Jesum Christum, sit anathema** (1Cor 16, 22).

Desde jovencito, haciendo el catecismo a los niños, amaba presentarles un gran Crucificado, enseñando las llagas, los clavos, la corona, el corazón abierto para hacer comprender el amor de Jesús para con nosotros, que lo impulsó a padecer todos los tormentos de la pasión y la muerte de Cruz para nuestra salvación y destacaba con voz conmovida: «Mirad cuánto nos amaba Jesús».

Un antiguo alumno suyo del Instituto Saccano recordaba que un día, mientras enseñaba a los niños el Crucificado y con lágrimas hablaba de su pasión, se desmayó y se tuvo que socorrerlo para hacerlo reavivar.

En el informe de las inspecciones catequísticas él sugiere al catequista de hablar a los niños «sobre el amor que nos llevó Nuestro Señor Jesucristo, sobre la obligación que tenemos de amarlo, sobre cuanto fue dolorosa la pasión de Nuestro Señor y cosas parecidas» (N.I. Vol. 7, p. 259).

«Cuando le ocurría de notar unas graves ofensas que Nuestro Señor recibía por los hombres, especialmente por almas consagradas a él, se veía amargado y a menudo nos decía: “Por esto Jesús sudó sangre, por esto sufrió el suplicio de sus carnes, por esto soportó el abandono del Padre suyo, etc.”» (Vitale, **ob. cit.** p. 558).

Él reputaba la meditación de la pasión como un deber de cada cristiano y fuente de innumerables bienes; se afligía profundamente en ver cuánto ella es olvidada por los fieles. «No meditar sobre las penas de Jesucristo – escribía – es una ingratitud que disgusta mucho al Señor, y esta fue una de sus penas en el huerto. En cambio, la meditación de las penas de Jesucristo tendría que ser nuestro pasto diario. (...) Parece increíble, pero es verdad: si una persona querida a vosotros se halla en los sufrimientos, vosotros la confortáis, os afligís con ella, compartid sus penas, y mientras nuestro Dios, nuestro Redentor, se convierte para nosotros el hombre de todos los dolores, ¡nosotros no tenemos ni una lágrima para derramar por su amor!» (Vol. 10, p. 130).

En el prefacio a los **Tormentos de Nuestro Señor Jesucristo** del venerable Tomás de Jesús, agustino descalzo, escribió: «Perseverar en esta meditación diaria, sea también por veinte minutos cada día, y no crecer en el divino amor, en detestar el pecado, en la virtud interior, es imposible; como

también es imposible al bendito amorosísimo Jesús frenar el impetuoso río de sus gracias, de sus luces y de sus eternos bienes sobre las almas, que meditando asiduamente sus inefables sufrimientos de 34 años³⁵ de vida mortal, se le hacen queridísimas y amadísimas» (N.I. Vol. 9, p. 133).

«El tema principal de la predicación del Padre era la pasión de Nuestro Señor Jesucristo: tal vez tenía unos nudos en la garganta, prorrumplía luego en lágrimas y nos hacía llorar a nosotros también. Cuando cada año, en las diversas recurrencias, predicaba en nuestras casas o bien en las iglesias públicas, sobre la pasión de Nuestro Señor, sobre las tres horas de agonía, sobre la Virgen Dolorosa y Desolada, sobre la Sangre Preciosísima, aparecía se puede decir singular en la conmoción que suscitaba y arrancaba las lágrimas» (Vitale, **ob. cit.** p. 557).

La pasión de Jesús era el argumento de su meditación diaria, que él prolongaba más de una hora; pero también en el día, a menudo entre una ocupación y la otra, recordaba la pasión, invitando, si era el caso, el que se encontraba con él a este recuerdo.

Escuchemos una hermana: «Después de la Misa se retiraba en la capilla, pero una vez yo, que no sabía que él estaba allá, abriendo lo encontré abrazado al Crucificado, que colgaba en nuestra capilla. En la misma postura lo hallaron varias veces unas cohermanas. Encerrábamos la puerta nuevamente, siempre con circunspección, para no turbarlo y para no merecer un reproche que seguramente nos haría».

La Madre Anunciación – de las **Misioneras Catequistas**, ya Hijas del Santo Costado – me contó esta anécdota: «Una vez el Padre, que había ido a visitar la casa de Marsico, la halló cerrada, porque la comunidad, que no había sido avisada de su llegada, había salido para una excursión. Él pasó el día en la catedral, en la capilla del Santísimo Crucificado. Por la noche las hermanas, mortificadas, se apresuraron a disculparse, pero él alegremente: “No hace falta: es una gran gracia poder pasar un día con Jesús Crucificado”».

Ya dijimos antes de la pequeña imagen de Jesús en los tribunales, que él hizo llegar al Papa. A menudo hacía su meditación sobre aquella santa imagen y se deshacía en lágrimas. Según la ocurrencia no se cansaba de llamar nuestra atención sobre aquel **¡Ipse autem tacebat!**, para que no tuviéramos que quejarnos por los sufrimientos y lo aceptáramos todo por las manos de Dios, uniendo nuestros dolores a los de Jesús. Nos dejó en las Constituciones: «Los rogacionistas, teniendo presente a Jesús Crucificado, se acordarán que su vida no es vida de gozo terrenal, sino de sacrificio».

En la citada carta al Profesor Cannizzaro, él habla de su meditación diaria sobre la pasión: «¡No hay día en que, en el silencio de mi habitación, no medite la persona adorable de Jesús Señor mío! Me traslado al tiempo en que él estaba en esta tierra, me parece verlo hermoso, amable, suave, que anda por los caminos de Judea, o que instruye, o que actúa milagros, o que se transfigura en el Tabor, haciendo aparecer su divinidad. Desde el Tabor paso al Calvario: lo veo primero en el huerto de Getsemaní (...)» y sigue así llamando a la memoria los diversos pasajes de la pasión hasta la muerte; y concluye en la manera querida por la circunstancia: «Cuando pienso en mi dilecto Señor Jesucristo, yo con el pensamiento, sin dejarme retener por mi orgullo, me tiro a sus pies, y lo adoro, lo agradezco, lo bendigo, porque siendo Dios se hizo hombre por amor mío y por amor mío, como por amor de todos, también de usted, quiso tanto padecer; ¡y murió sobre un tronco de cruz!». (N.I. Vol. 5 p. 121).

³⁵ El Padre habla de 34 años de padecimientos, porque, teniendo presente que **tota vita Christi crux fuit et martirium**, extiende su meditación y compasión por Jesús dilecto a todos los sufrimientos de su vida mortal, desde el primer instante de su encarnación hasta su muerte en la cruz.

Él deseaba que en todas las comunidades la meditación se hiciera siempre sobre la Pasión. Escribía a la Superiora General de las Boconistas: «Yo creo que una meditación matutina, diaria, indispensable para todos los religiosos y religiosas, tenga que ser la de la Pasión santísima de Nuestro Señor Jesucristo. No hay otra en la que mayormente pueda encenderse el Divino Amor, especialmente antes de la Santa Comunión. ¡Ni a la contemplación del infinito amor de Nuestro Señor Jesucristo en la Santísima Eucaristía se puede llegar mejor si no por la contemplación de las penas del Dios Crucificado! Como luego la Eucaristía es el memorial de la Pasión de Nuestro Señor, meditar cualquier otra cosa antes de la Santa Comunión, o sea en la oración de la mañana, no me parece adecuado para el mejor provecho del alimento eucarístico. En alguna comunidad hallé que no se hace ninguna meditación sobre la Pasión de Nuestro Señor, sino sobre otros temas, que se adaptarían mejor para hacer de ellos una lectura espiritual en el comedor etc.» (N.I. Vol. 5, p. 223).

Para nuestras comunidades el Padre prescribió que «la meditación de la mañana tendrá que ser dirigida toda a la Pasión santísima de Nuestro Señor Jesucristo» (Vol. 1, p. 27). Nótese bien el libro para usar, que no tiene que ser cambiado fácilmente, «sino terminando un libro que se encontró eficaz, será bien repetirlo más veces, también por largo tiempo. Ni se dé a creer que repitiendo se tengan que perder las santas impresiones y los afectuosos sentimientos del corazón. Esto puede acontecer en las lecturas profanas, pero jamás en las espirituales, que se refieren a los misterios de nuestra santa fe. (...) Cuanto mayormente se medita a Jesucristo, en todos sus misterios, especialmente en el misterio inefable de su pasión – sea también con el mismo libro y con las mismas palabras – con que el alma sea bien dispuesta por el amor y la humildad, y sea casta, cada vez más, progresará en la íntima, dolorosa y amorosa impresión de sus penas sin límites o de los excesos de amor del Redentor divino» (Vol. 1, p. 28).

Por eso él prefería entre los libros el Venerable Tomás de Jesús, mencionado antes: lo llamaba el **libro de oro** y con un incomparable prefacio suyo lo hizo imprimir nuevamente a sus costas. En sus 50 coloquios, el Venerable «golpea el corazón con muchos dardos ardientes, se podría decir, tantos cuantos son sus periodos, sus proposiciones, sus palabras». Una característica del Venerable «es un amor tan grande para el padecer, tan expansivo, y con una tal adhesión a la cruz, que llega hasta a hacer enamorar del padecer el alma más arisca. Las apóstrofes que hace a la cruz, las demostraciones de su preciosidad son tales, que no es posible no amar, no desear la cruz santísima de Jesucristo» (N.I. Vol. 9, p. 136). En esta manera el Padre interpretaba el Venerable Tomás, y con estos sentimientos revivía en sí mismo la pasión santísima del Señor. Este libro prescribió para todas las casas.

Pero el pensamiento de los dolores de Jesús no se limitaba a la meditación de la mañana: «Meditaba a menudo sobre la pasión. Ordinariamente a las 11 horas, trabajando en su escritorio, seguía la pasión de Jesús y me invitaba a hacer lo mismo, si yo por algún asunto me hallaba allá. En el viaje un día me habló casi siempre sobre la pasión. Encontrándome en la capilla sola, para alguna hora de reparación, y ocurriendo él también, me hablaba casi siempre sobre la pasión», así comenta una hermana.

7. La preciosa Sangre y el sagrado Rostro

Un particular aspecto de la devoción a la Pasión se refiere a la preciosa Sangre y al adorable Rostro de Nuestro Señor.

En Mesina la devoción a la Sangre de Jesús es antigua y Bisazza había cantado de ella las glorias en aquellas estrofas que después de más de un siglo aún casi cada día están en los labios de los mesineses. La revolución del Resurgimiento la había muy mortificada, pero en 1876 el párroco de San Lucas la hizo revivir tras una fervorosa novena predicada por el entonces subdiácono Aníbal Di Francia y se estableció su **Piadosa Asociación**. Por al menos cinco veces, en diversos años, el Padre predicó la novena de la Preciosa Sangre, además de triduos, charlas, coloquios. Él lo invocaba especialmente para conseguir la liberación de los divinos flagelos y la conversión de los pecadores; prescribió por eso en sus comunidades, entre las oraciones diarias, el rezo de **7 Gloria Patri**, con los brazos en cruz, intercalados por la jaculatoria: **Os saludamos, o Sangre inmaculada del Hombre-Dios, moneda preciosa para el rescate de los pecadores**. Prescribió también la meditación de la tarde en el librito de la **Preciosa Sangre** para todo el mes de julio, que le era consagrado. «Así en estos tristes tiempos – escribía – podremos presentar obsequios y homenajes de reparación a la Preciosísima Sangre, que todos los pecadores del mundo, y nosotros mismos, hicimos derramar al Divino Redentor de nuestras almas, con mucho dolor suyo; y podremos presentar este gran precio de nuestro rescate al Eterno Divino Padre para la salvación de la Santa Iglesia, a través la sobreabundancia de santos trabajadores, y luego para la salvación del mundo entero» (Vol. 34, p. 149).

Hablemos ahora de su devoción al Sagrado Rostro. Como para hacer conocer a los hombres las riquezas de Su Corazón el Señor se sirvió en el siglo XVI por una claustral, Santa Margarita María, así en el siglo pasado escogió la humilde portera del Carmelo de Tours, sor María Saint Pierre (1816-1848) para revelar las bellezas de su adorable Rostro. De ella sacó la llama de esta tierna devoción León Dupont (1797- 1876) que luego se convirtió en su apóstol. Nacido en Martinica, licenciado en derecho en París, entró en la magistratura; pero tras la muerte repentina de la mujer y la hija, se trasladó a Tours, donde se dedicó exclusivamente a la búsqueda de la perfección. Y en efecto ya desde hace unos años se introdujo su proceso de beatificación. Recibida por la Saint Pierre una imagen del sagrado Rostro, Dupont la expuso en su casa, teniendo allí permanentemente encendida una lámpara. Con el aceite de esta lámpara, el Señor empezó a actuar numerosos prodigios. Las multitudes acorrían por eso, bien personalmente o bien por correspondencia, al Siervo de Dios, que podía testificar: “Ya repartí más de ocho mil botellitas de aceite” (Santo Sermón **El Santo Rostro**, Marietti, Turín, p. 229-235).

Indudablemente la devoción del Padre al Sagrado Rostro se conecta con esta corriente bajada de Francia, porque los libros que leíamos en comunidad, se referían a los escritos de la Saint Pierre y al celo de Dupont. Entre los escritos del Padre la devoción al Sagrado Rostro remonta a 1896. Leemos en efecto en unas notas:

«**Sagrado Rostro**: Intenciones: Obra Piadosa: luces si tengo o no seguir con ella y cómo; aumento anual de virtudes, fervor, divino amor, perseverancia; vocaciones; clerical: organizaciones y estudios. ¡Que el Divino Rostro me sea de ayuda! ¡Que no venga daño para las almas! ¡Que quiera, por su infinita bondad, hacerme valer para tantas cosas!». Sigue un listado de ejercicios piadosos en honor del Sagrado Rostro con la ofrenda de la Santa Misa para 30 días, detallando día tras día un atributo del Santo Rostro: «El rostro de Jesús en formación, formado, nacido, lagrimoso, resplandeciente, creciente, adolescente, sudado, sudor sangriento, triste, sereno, orante, celoso, compasivo, suspirante, admirable-majestuoso, trasfigurado, atrayente, enamorante, turbado, descansando, languideciente, agonizante, sudando sangre, abofeteado, escupido, arañado, ruborizado, que se graba en el velo de Verónica, muriente en la cruz, extinto, sepultado, resucitado y glorioso» (N.I. Vol. 10, p. 39-40).

Y seguidamente: «**abril 1899**: tres novenas al Sagrado Rostro, con aquella súplica de Santa Gertrudis etc. **para la salvación de la Obra** y propagación de la **Misa Apostólica**». En aquel tiempo la Sagrada Alianza estaba en sus comienzos y el Padre había aceptado la calificación de **apostólica**, sugerida por Monseñor Genuardi, obispo de Acireale, para la misa celebrada por los Obispos Sagrados Aliados.

En los primeros años del siglo XX, el culto al Santo Rostro tuvo un fuerte impulso con la publicación de la **Historia de un alma**, la vida de Santa Teresa del Niño Jesús y del Santo Rostro, y la difusión del retrato inspirado por la Santa Sábana por obra de **Sor Genoveva** del Rostro Santo, Celina, hermana de Teresa. En cuanto el Padre tuvo la santa imagen, se convirtió en seguida en su propagador y orador. Espigamos de un artículo suyo publicado en **La Scintilla**: «Una artista devota fue la autora de esta imagen: hermana de una joven carmelita, Sor Teresa del Niño Jesús, muerta en perfume de santidad, y carmelita ella también. Estudió minuciosamente durante más de seis meses la Sagrada Sábana de Turín, de la que poseía una fotografía exacta.³⁶

«Ella buscó, con la ayuda de una lente, de reproducir todos los lineamentos de la fisionomía del Redentor y las más detalladas particularidades de esta adorable figura, habiendo cuidado de no modificar nada del modelo que tenía bajo los ojos, ni de hacerle la más pequeña añadidura. Se podría decir que un ángel movió su mano.³⁷

«Ella consiguió hacer resaltar maravillosamente no sólo las marcas de la sangre, las llagas, la hinchazón de la mejilla izquierda, la abolladura de la nariz, la tumefacción del ojo derecho, pero aún la dulce serenidad, la calma profunda, el sufrimiento concentrado y la sublime majestad del Rostro Divino. Allá donde por medio de este trabajo hecho con tanta paciencia y amor, podemos decir con toda verdad que ya poseemos, como no tuvimos nunca jamás en la Iglesia, la figura auténtica de Nuestro Señor Jesucristo después de ser puesto en el sepulcro. Al solo ver esta imagen, no se puede no exclamar: “Ay, ¡éste es Jesús, es justamente Jesús Señor Nuestro!

«¡Todas las expresiones divinas se hallan en aquel Divino Rostro, mientras sea contemplado con espíritu de fe y de amor! Se distingue en ello la divinidad, los afanes y los tormentos del hombre de los dolores, el sacrificio de la Víctima divina, que se inmoló por puro amor; en ello se lee la historia de los padecimientos sufridos desde el huerto hasta el Calvario: es un verdadero memorial de la adorabilísima Pasión.

«Y es imposible contemplar este divino Rostro, tan horriblemente deformado por nuestros pecados, sin ser atraído y conmovido. De ello emerge un no sé qué de tan profundo e íntimo, que penetra en lo hondo del alma y la entenece. Esta es la impresión que todos reciben. Muchos, viéndolo,

³⁶ No se trataba de una sola fotografía. El tío Guèrin había pasado a Celina **La Sábana de Cristo** de M. Vignon, con numerosas tablas que reproducen en positivo la forma negativa grabada en la tela embebida con aromas (P. Piat, **Celina hermana y testigo de Santa Teresa del Niño Jesús**, p. 99).

³⁷ Leemos en la vida que Celina «movilizaba todo el cielo en su socorro, deponiendo cada noche pinceles y cuadro delante de la **Virgen de la Sonrisa**, llevando cuando estaba sola, su tela delante del Santísimo Sacramento, como para someterla a su divina irradiación. Interesaba para ello también San José, todas las milicias celestiales y hasta su propia familia reunida allá arriba. Cuando el esfuerzo era demasiado duro, pensaba a la Virgen Dolorosa en el Calvario. A lo largo de unos meses, le ocurrió tres o cuatro veces – no se sabe bien si por efecto de una fantasía exaltada por el sujeto que la ocupaba o bien por un especial privilegio que venía para recompensar su trabajo – de distinguir delante de sí durante el espacio de un minuto (“No con los ojos del cuerpo”, precisa ella misma) el Rostro de Jesús afligido, con una belleza y nitidez fascinante. Terminada la tela la llevó a la Santa Virgen para ofrecérsela como primicia» (Piat, **ob. cit.** p. 101). El Padre ignoró todo esto, ¡pero cogió en la señal escribiendo que la mano de Celina había sido movida por un ángel! El cuadro salió un auténtica obra maestra, a la que, en marzo 1909, fue asignado el Gran Premio en la Exposición Internacional del Arte Religiosa de s’Hertogenbosch en Holanda.

lloran» (N.I. Vol. 2, p. 19). Y no sabremos decir con cuántas lágrimas el Padre bañó la imagen del Santo Rostro.

Esta imagen él la quería expuesta en todas nuestras casas, y no podré jamás olvidar la saludable impresión que hacía a nosotros, jovencitos, el cuadro que en Oria se hallaba en el coro, ante el cual se hacía la meditación diaria.

Al Santo Rostro se consagraba el mes de abril, con la meditación de la tarde y las letanías propias. En el carnaval de 1908 en Andria (Bari) fue representada una sacrílega parodia de la Pasión de Nuestro Señor; el Padre, como vimos en casos parecidos, celebró un solemne triduo de reparación en el altar del Crucificado en la iglesia del Espíritu Santo, con sermones, oraciones y cánticos y en aquella ocasión escribió versos inspirados en honor del Sagrado Rostro.

Rostro adorable
Del Hombre-Dios,
Rostro Santísimo
Del Amor mío,

¡Yo por ti anhelo
Muerdo de amor
Rostro Bellísimo
De mi Señor! (...)

Querré redimir
Todo mi pasado,
Los daños innúmeros
De todo pecado.

Más que con lágrimas
Con la sangre mía
Y para ti deshacerme,
Jesús Dios mío.

(N.I. Vol. 2, p. 18).

8. El Sagrado Corazón

En el ansia de reformas que hoy atormenta el mundo, la confusión de las ideas invadió todos los ramos de la vida religiosa, y no hace maravilla que la hermosa y saludable devoción al Sagrado Corazón sufrió por ello consecuencias deletéreas. Desde hacía más de ochenta años ella marchaba triunfalmente por los caminos del mundo, pero he aquí que hoy inesperadamente es obligada a ralentizar.

Los innovadores se preguntan: “¿Por qué la devoción al Sagrado Corazón? Es una de las numerosas prácticas superadas, anacrónicas, con un contenido puramente sentimental”.

Nosotros preferimos estar con el Magisterio que nos enseña que la devoción al Sagrado Corazón tiene fundamentos teológicos muy sólidos. Recordemos tres encíclicas que son la **magna charta** de esta devoción: la **Annum sacrum** (25.05.1899) de León XIII, que prescribe la consagración del mundo al Sagrado Corazón, la **Miserentissimus Redemptor** (08.05.1928) de Pío XI, que desarrolla el concepto y la obligación de la reparación, y la **Haurietis aquas** (15.05.1956), en que Pío XII define e ilustra la doctrina de esta devoción. A estas encíclicas se añade la carta apostólica **Investigabiles divitias** (06.02.1965) de Pablo VI, que tras recordar sintéticamente las características genuinas de esta devoción, lamenta que «el culto al Sagrado Corazón – ¡lo decimos con dolor! – en algunos menguó un poco» y desea que ello «reflorezca cada día más, y sea por todos considerado como una forma muy noble y digna de aquella verdadera piedad que, en nuestros tiempos, especialmente por obra del Concilio Vaticano II, es insistentemente requerido hacia

Jesucristo, **rey y centro de todos los corazones**, cabeza del cuerpo que es la Iglesia, (...) el principio, el primogénito de los resucitados, para que en todo Él tenga la primacía (Col 1, 18). Y como el Sacrosanto Concilio Ecuménico encomienda grandemente **los ejercicios piadosos del pueblo cristiano, (...) especialmente cuando se hacen por voluntad de la Sede Apostólica**, esta forma de devoción parece tener que inculcarse sumamente: en efecto ella consiste esencialmente en la adoración y en la reparación, dignamente ofrecida a Jesucristo, y está fundada sobre todo en el augusto misterio de la Eucaristía».

Pío XI enseñó que la devoción al Sagrado Corazón «encierra el compendio de toda la religión católica y por eso es la norma de la vida más perfecta, el camino más rápido para llegar al conocimiento profundo de Jesucristo Señor y el medio más eficaz para doblar los ánimos para amarlo más intensamente e imitarlo más fielmente. (...) El culto para tributar al Corazón Sacratísimo de Jesús es digno de ser estimado como la profesión práctica de todo el cristianismo. (...) Ello es sustancialmente el culto del amor que Dios tiene para con nosotros en Jesús y es juntamente la práctica de nuestro amor para con Dios y para con los demás hombres» (**Miserentissimus Redemptor**).

Se explica en este modo porque la devoción al Sagrado Corazón fue la devoción reina en el corazón de nuestro Siervo de Dios: ella se reduce prácticamente al amor de Dios y del prójimo; ¿y no fue esta llama que consumió el corazón del Padre?

Recordemos la apóstrofe con que, el 26 de junio de 1908, viernes, él dedicaba y consagraba el periódico **Dios y el Prójimo**, en su comienzo, al Sagrado Corazón en el día de su fiesta. Sacamos de ella unos cuantos pasajes: «Una leticia sobrehumana se difunde en nuestros corazones. ¡El deseo de muchos años, la publicación de este folleto, hoy se realiza, en el día a Ti querido, oh Corazón que beatificas los escogidos! Oh, ¡qué confortables augurios de tu agrado, de tus piadosas bendiciones!

«¡**Dios y el Prójimo!** Oh, ¿a quién consagraremos jamás las primicias, el progreso, el desarrollo de estas páginas, de este humilde periódico, que aparece nuevecito en el gran campo de la prensa católica, sino a Ti, oh Corazón amorosísimo del Dios hecho Hombre? Esta es una consagración que nosotros, ante tu presencia postrados, llevamos, ¿o acaso es la afirmación de tu eterno derecho, la entrega de lo que es tuyo, eternamente tuyo?

«Oh Corazón suavísimo, oh espejo limpidísimo de la purísima dilección de la caridad en su íntima esencia, acoge en el infinito deseo de tus delicadísimas fibras esta publicación periódica, que tiene dos finalidades en uno solo: **Dios y el Prójimo**» (N.I. Vol. 1, p. 110).

El Padre quiso consagrar al Sagrado Corazón sus instituciones también en el nombre, en un primer tiempo con el provisional: **Pobrecillos y Pobrecillas del Corazón de Jesús, Clérigos regulares oblatos del Corazón de Jesús**; y luego el definitivo: **Rogacionistas del Corazón de Jesús e Hijas del Divino Celo del Corazón de Jesús**.³⁸ «La especificación del **Corazón de Jesús** lo corona todo» destaca el Padre (N.I. Vol. 7, p. 47).

Y él añade: «He aquí un título que tiene que formar nuestro decoro, nuestra santa ambición, nuestro honor y, juntamente, fijaos bien, la regla de nuestros deberes. Es cierto que no hay devoción más tierna, más amable y suave que esta. Los destinos de la Obra Piadosa son enteramente puestos en el Corazón de Jesús, para que de ellos haga lo que es mejor ante su mirada»-

³⁸ En las constituciones autorizadas el apelativo del **Corazón de Jesús** fue eliminado por las **Hijas del Divino Celo**, que fue entendido como nombre completo; pero el Padre hacía notar que el **celo divino** es justamente el del Corazón de Jesús.

Al nombre se une el emblema del Sagrado Corazón, y el Padre saca para nosotros las consecuencias en un discurso suyo: «Sea vuestro nombre, sea el sagrado lema evangélico os obligan con todas las fuerzas, y hasta con el sacrificio de vuestra vida, a celar los intereses del Corazón adorable de Jesús, y todo lo que se refiere a su gloria y al bien de las almas» (Vol. 45, p. 398).

El amor del Padre al Corazón de Jesús fue definido en un testimonio con una frase sintética muy eficaz: «El Sagrado Corazón era su corazón». Los latidos de su corazón eran todos consagrados al Corazón de Jesús como por el amor del Corazón divino eran todos vivificados. Lo afectaban principalmente las ternuras y la compasión del Corazón de Jesús así vivamente palpitantes en las páginas del Evangelio, a través de las mil anécdotas y mil expresiones de amor que destilan de ello; y de ellas sacaba la ternura y la compasión de su corazón apostólico para todas las desaventuras humanas.

El Sagrado Corazón es el titular de sus Congregaciones, y cada año preparaba la fiesta, por lo menos con un triduo de predicación; y tomaba la ocasión por ella para excitar el fervor en las comunidades. «Hoy es el día del Corazón Santísimo de Jesús – escribe a sus hijas – y no sé si os aplicasteis y concentrasteis un poco considerando qué quiere decir Jesús Nuestro Señor y su divino Corazón. Si esta preciosa chispa del amor a Jesús no se enciende en nuestros corazones todo es inútil. Se tiene que considerar qué quiere decir Jesús y su amor para con el hombre y la felicidad de amarlo». Explica mientras tanto la naturaleza del verdadero amor divino: «Pero cuidado, que amar a Jesús no quiere decir sentir algo de devoción sensible, o gustar de no hacer nada y quedar en la iglesia: sino que quiere decir mortificarse, someterse a la obediencia, preservarse atentamente de los pecados también más leves, y abrazar la cruz del afán, del trabajo, de la pobreza, de la contradicción y de cualquier sufrimiento. Así se enciende en el alma el divino amor, que lleva consigo toda verdadera consolación» (Vol. 34, p. 79).

En otra: «El 21 de este mes de mayo – sagrado a la Santísima Virgen María – empieza la novena del Corazón adorable de Jesús, cuya fiesta recurre el 30 de este mes. Vosotras sabéis que este divino Corazón para nosotros lo es todo: somos a este divino Corazón consagrados, a Él pertenece la Obra, pertenecen todos nuestros pobres trabajos, todas nuestras intenciones. Son del Corazón de Jesús nuestras casas, nuestros orfanatos, nuestros externados, y todo es de aquel divino Corazón. Por eso esta novena y esta fiesta para nosotros es **primaria**. Por eso encomendamos vivamente a todas nuestras Casas que quieran celebrar esta novena y la siguiente fiesta con particular afecto, devoción y transporte de amor».

Y, tras disponer particulares oraciones y prácticas comunes, añade: «Suma atención, en la novena, para que no se cometa defecto ninguno; ejercicios de mortificación y de amor especialísimo a Jesús Sumo Bien, según la devoción de cada una» (N.I. Vol. 8, p. 196).

Para luego testimoniar también exteriormente la pertenencia al Señor, había dispuesto que, en los lugares de entrada, se expusiera la imagen del Sagrado Corazón, con esta inscripción en su base: **Yo soy el dueño de esta casa y de los que la habitan y me aman.**

En cuanto a la devoción al Sagrado Corazón, él declaraba: «Nada es más dulce, más suave y más querido para mi alma. Yo me consagro totalmente a este Corazón adorable y a todos sus gustos y deseos santísimos. Todos los intereses de este divino Corazón quiero que sean mis intereses. Me gloriaré de ofrecirme como amante, hijo, esclavo y víctima de este divino Corazón, y haré todo lo que me es posible para que sea conocido y amado en todo el mundo» (Vol. 44, p. 131).

En las casas tiene que dominar la imagen del Sagrado Corazón. A él gustaba una imagen publicada por la empresa Rossi de Milán: Nuestro Señor erguido, con el Corazón inflamado en el pecho en acto de acoger bajo su protección, como el Padre lo describió en sus versos:

Viva el Corazón que a nosotros se revela
En imagen tan dulce y sonriente,
Que nos extiende los brazos a tutela,
Casi a decir: “Hijitos estoy aquí:
No temáis, soy yo aquel poderoso,
Que las puertas del infierno destruyó,
Vosotros estudiad ser entre los míos
A los que el amor de amor me hirió”.

La inauguración en las casas tenía que tener una seria preparación. Escribía en Mesina: «El Corazón Santísimo de Jesús quiere ser deseado. Preparad estrofas, canto, súplicas, florecillas, penitencias, deseos y todo. Él vendrá con las manos santísimas extendidas en acto de divina protección, y casi para rechazar las potencias adversas en tiempos tan tremendos. Confiemos, esperemos, recemos, amémoslo, no lo ofendamos. Por favor, ¡ay de nosotros se después de tantas gracias le fuéramos ingratos! Los divinos flagelos se acercan» (Vol. 34, p. 100). Era el 12 de enero de 1915: la guerra azotaba Europa hacía seis meses, y en el siguiente mayo involucró también Italia. En Mesina en 1912, ¡cómo fue contento de coronar solemnemente aquella estatua del Sagrado Corazón, que luego lamentablemente se perdió con el incendio de la Iglesia!

El 8 de junio de 1923, fiesta del Sagrado Corazón, **el Comité Italiano de las peregrinaciones**, había organizado una grandiosa peregrinación nacional a Paray-le-Monial. El Padre dispuso entonces para todas las casas una **peregrinación espiritual** «deseado hacía muchos años». La morada en Paray se tenía que prolongar durante cinco días, según el programa de la peregrinación efectiva: cada día particulares obsequios al Corazón Santísimo de Jesús, oración por la peregrinación, cánticos, visitas al santuario y a los lugares diversos del monasterio donde se tuvieron las primeras manifestaciones de la devoción al Sagrado Corazón. El sexto día salida para Lourdes: dos días de viaje y tres de permanencia – siempre en unión de espíritu con la peregrinación efectiva – con obsequios, oraciones y cánticos a la Inmaculada. (N.I. Vol. 5, p. 63 y siguientes).

Conservamos diversos volúmenes de oraciones al Señor escritas por el Padre; la máxima parte son dirigidas al Sagrado Corazón.

9. Consagración y reparación

Las prácticas que predominan en la devoción al Sagrado Corazón son dos: la consagración y la reparación.

Desde que era clérigo, el Padre fue apóstol de la consagración al Sagrado Corazón. Le escribía en efecto la abadesa de las capuchinas de Ciudad del Castillo: «Recibí muchos libritos de la consagración al Sagrado Corazón, que voy difundiendo y son muy bien acogidos». Cuando luego fundó la obra no se puede decir cuántas veces hizo y renovó la misma consagración.

De ella tenemos numerosas fórmulas, porque él en los momentos más importantes de la Obra la renovaba con inmenso fervor. Recordemos la primera que nos resulta por sus escritos, en el año

1895: «Corazón Amorosísimo de Jesús nuestro **Celestial Amigo** (era el título eucarístico de aquel año), nosotros aquí todos postrados ante vuestra suprema presencia, conociendo cuánto Vos sois benigno y misericordioso, os consagramos todos nosotros mismos, toda esta Obra por como ella se encuentra todavía en su concepción, todas sus esperanzas, con todos nuestros deseos que se refieren a la formación de la misma. Corazón Santísimo de Jesús Celestial Amigo, (...) poned esta pequeña semilla en vuestro dulcísimo Corazón, y de este Amorosísimo Corazón haced que tenga vida y existencia esta Obra Piadosa de nuestros Pobrecillos, **ad maiorem consolationem Cordis tui, Iesu**» (Vol. 4, p. 50). Recordemos la consagración de 1903, cuando se cumplían los 25 años del comienzo de la Obra. Una mención la hallamos en el himno de aquel año:

Y tú, pequeña ignota centella,
Errabunda, de los remolinos juego,
Anda, penetra en aquel Corazón que brilla
En las llamas por su caridad.
Aquí toda perdida en aquel fuego,
Arderás en los éxtasis del amor
Deshacerte allí, en aquel Corazón
Tu gloria más bella será.

Para la reparación, conocemos el espíritu del Padre, que la mandaba para cada ofensa que llegaba a conocer y recordamos aquí la inscripción de todos nosotros querida por él a la **Unión Piadosa de oraciones y penitencia** nacida en París, para honrar el Sagrado Corazón, con aquella fervorosa ofrenda que fue largamente en uso, con la añadidura del primero viernes de mes, de los cinco **Pater, Ave, Gloria** con los brazos en cruz y la abstinencia del alimento. Práctica reparadora, la **Guardia de honor** con la relativa hora de guardia, los billetes celadores; sobre todo la Comunión reparadora del primer viernes, con específicas intenciones, publicada en el primero manual de nuestras oraciones.

Tenemos que hacer aquí una aclaración que se nos refiere más directamente como rogacionistas. La reparación tiene dos formas: la de **honor** y la de la **consolación**: «La primera es un tributo de honor y gloria, hecho al Sagrado Corazón de Jesucristo, para **compensarlo por la deshonra que todo pecado le provoca**. La segunda es una declaración de amor y consolación dada al Sagrado Corazón para **consolarlo por la tristeza que le causa el pecado**» (Agostini, **El Sagrado Corazón de Jesús**, p. II, p. 277). Las dos formas de reparación «entran las dos directamente en la devoción del Sagrado Corazón. Son inseparables entre ellas, porque una obra que honra a Jesús también lo consuela. Y los dos efectos son conjuntos y simultáneos, como **simultáneos** son en Jesús los efectos provocados por el pecado: la deshonra y la tristeza. Sin embargo, esto no quita que los dos efectos sean específicamente distintos, y que, en la intención del que repara, uno de los dos pueda tener la precedencia sobre el otro» (**Ibid.**).

Con este prefacio se entiende bien lo que dicen los teólogos, que la reparación requerida por el Sagrado Corazón es **sobre todo una reparación de consolación**.

Jesús en efecto pide justamente esta consolación a Santa Margarita: «He aquí aquel Corazón que tanto amó los hombres, (...) y que en cambio no recibe sino ingratitudes y ultrajes. (...) Tú al menos **dame esta consolación**, de colmar por cuanto podrás, a su ingratitud». Estas consideraciones nos hacen penetrar mejor en el espíritu del Padre, que no tuvo otro deseo en toda su vida que de hacerlo todo **ad maiorem, ad maximam, ¡ad infinitam consolationem Cordis Iesu!** El Padre quería con su espíritu penetrar en la gloria de los cielos, hasta llegar al trono del Sagrado Corazón para dar latidos de nueva alegría a aquel Corazón Divino, añadir sonrisa a su sonrisa, dicha a su dicha, paraíso

a su paraíso, enderezando a Él todos los latidos del propio corazón, consumiendo para Él todas las energías de su vida en la efusión de la caridad hacia Dios y hacia el prójimo, en el impulso de un irrefrenable celo para la conquista de las almas a su reino de amor, principalmente agitando en el mundo el estandarte del **Rogate**, «en el que están incluidos todos los intereses de aquel Corazón divino».

10. Las penas íntimas

La devoción al Sagrado Corazón es ligada directamente a la pasión. Escribe Pío XII: «En realidad, podemos afirmar — como lo ponen de relieve las revelaciones de Jesucristo mismo a santa Gertrudis y a santa Margarita María — que ninguno comprenderá bien a Jesucristo crucificado, si no penetra en los arcanos de su Corazón» (**Haurietis aquas**).

La pasión de la carne de Nuestro Señor, se explica y completa, digamos así, con la pasión del Corazón. El Padre escribe: «la Pasión adorable de Nuestro Señor Jesucristo tiene tres perspectivas: la primera está formada por los aspérrimos padecimientos de la humanidad santísima de Jesucristo; la segunda por los ultrajes u oprobios inenarrables a los que quiso someterse por amor nuestro; la tercera por las penas inconsolables de su alma y de su divino Corazón» (N.I. Vol. 9, p. 134).

Estas el Padre las define **penas íntimas del Corazón de Jesús**, y así explica su naturaleza: «Nuestro Señor sufrió en su corazón divino, durante todos los instantes de su vida, incluidos los nueve meses en que permaneció encerrado en el vientre materno, un abismo de penas interiores tan intensas, tan profundas, producidas por motivos de que no podemos evaluar el peso inmenso, evaluable por Él solo en las proporciones de su infinita sabiduría, que en cada momento hubiese podido morir por puro espasmo, si con su omnipotencia divina no hubiese conservado su vida hasta el último instante. Él hizo anunciar por los profetas este su padecimiento con las palabras y con las figuras más expresivas». Sigue la enumeración: «Desde varias fuentes brotaron las amarguísimas aguas que inundaron el alma santísima de Jesucristo. Las principales serían, como reveló el mismo Jesucristo a la Beata Villani: la vista de todos los pecados que cargó sobre sí y de los que se hizo responsable ante la justicia del Padre suyo; la humana ingratitud, ante su amor y sus padecimientos, por la cual hizo decir por el profeta David: **¿Quæ utilitas in sanguine meo?** La vista de la pérdida de las almas, que por boca del profeta lo hizo exclamar: **¡Dolores inferni circumdederunt me!** El cuadro asustador de su pasión futura y de la muerte que, con el poder de su divinidad, tenía siempre viva y presente ante su pensamiento, como si en acto la sufriera con todas las mínimas circunstancias. A estas penas, que oprimían su divino Corazón, se tienen que añadir otras particulares: la vista de las penas de su Santísima Madre, que era la sola capaz de penetrar en el profundo abismo de las penas íntimas del Corazón de Jesús y que tenía que convertirse en la Reina de los Mártires; las penas y los afanes que tenían que sufrir todos sus escogidos, sea en la tierra que en el purgatorio; la vista de las ingratitudes, de la ruina y dispersión del pueblo de Israel, que era su pueblo predilecto; la ingratitud, la obstinación y la pérdida de Judas; ¡y cuántos otros motivos innumerables de las agonías del Corazón de Jesús!» (Vol. 44, p. 103). La meditación de todas estas inefables penas «forma el carácter especial del humilde y pequeño nuestro Instituto, considerándolo como un particular don que a ello hace el Señor. (...) Penetrar en este singular, incesante, indecible padecimiento del Corazón de Jesús es gran don y misericordia de Dios, y mueve el alma a gran compasión, gratitud y amor» (N.I. Vol. 10, p. 185-186). El Padre penetraba en ello tan vivamente, que también su aspecto exterior resentía de ello; sus ojos se bañaban por las lágrimas, su rostro palidecía. Nos enseñaba que el **Rogate** brota del celo de la meditación de

las penas íntimas: «El espíritu particular de este instituto que se forma sobre aquella palabra de Nuestro Señor Jesucristo: **Rogate ergo** etc. va muy ligado con esta meditación de las penas íntimas del Corazón de Jesús, porque el alma que penetra en estas penas no puede quedar indiferente ante los intereses de aquel Corazón divino, y los siente vivamente y los comparte, y quisiera también sacrificarse por aquellos divinos intereses. Entonces resonará al oído aquella divina palabra y el alma en la obediencia a este mandato encuentra un gran medio para consolar el Corazón Santísimo de Jesús en sus penas. Esta oración mira directamente a la mayor gloria de Dios y santificación de las almas y comprende todos los intereses del Corazón santísimo de Jesús» (N.I. Vol. 10, p. 186).

9. EL DIVINO FUNDADOR

1. ¡Dios realizó algo nuevo!». 2. Adorador seráfico de la Eucaristía. 3. Fe profunda e ingenua. 4. 1 de julio de 1886. 5. La fiesta del 1 de julio. 6. La expectación. 7. El Título anual. 8. En honor de Jesús Sacramentado. 9. La Santísima Comunión. 10. Los sagrados fragmentos. 11. La Santa Misa. 12. El valor de la Santa Misa. 13. El Corazón Eucarístico de Jesús.

1. ¡Dios realizó algo nuevo!

Tenemos que dedicar al menos un capítulo a la vida eucarística del Padre.

Descubrimos los sentimientos de su corazón en lo que él prescribe a sus hijos sobre el culto para dar a Jesús Sacramentado.

«Centro de toda devoción y de toda operación, será el Santísimo Sacramento del altar, por el cual esta mínima Congregación deberá tener un santo transporte tal, y debe honrarse y complacerse tanto que este Instituto piadoso pueda decirse eucarístico. Para esta finalidad, además de todas las fiestas anuales del Santísimo Sacramento, además de la propagación de este santísimo culto y de la Comunión diaria, la Congregación celebrará cada primero de julio la presencia real del Santísimo Sacramento con aquellas ceremonias especiales que siempre se usaron en este Instituto» (Vol. 3, p. 17).

«Sea Jesús en Sacramento para todos los componentes de la Obra Piadosa, y por los que con ellos conviven, la mística abejera, alrededor de la cual ellos giren y vuelvan a girar, y dentro la cual descansen y formen la dulcísima miel de las virtudes, que más gustan al paladar de Jesús Sumo Bien» (Vol. 1, p. 98).

Y he aquí cómo el Padre destaca la acción de Jesús Sacramentado en la fundación de la Obra Piadosa: «Todo el centro amoroso, fecundo, necesario y continuo de esta Obra Piadosa de los Intereses del Corazón de Jesús tiene que ser Jesús en Sacramento. Se tiene que conocer y guardar ahora y en perpetuo que esta Obra Piadosa tuvo por su verdadero, efectivo e inmediato fundador Jesús en Sacramento. Parece que de esta Obra Piadosa se pueda decir: **¡Novum fecit Dominus!** Dios realizó algo nuevo; en cuanto que en las obras que Dios forma, Él suele poner un fundador rico de sus gracias y sus dones. Pero en esta Obra Piadosa, que tenía que elevar para institución el divino mandato del divino celo de su Corazón olvidado durante muchos siglos, se puede decir que el mismo Nuestro Señor, sin intermediación de un fundador en el verdadero sentido de la palabra, se mostró celoso de haber sido Él mismo desde el santo sagrario, el verdadero Fundador. Todas las gracias, las ayudas, las divinas providencias, todas llegaron de su divino Corazón en Sacramento» (Vol. 1, p. 96).

El Padre detalla aún, y quiere que «cuídese a lo que cuenta el sacerdote iniciador o iniciado» por el Señor para el «comienzo» de la Obra. «Hace veinte y cinco años, más o menos, duró el tiempo de una prueba continua y tal vez muy apremiante de esta Obra Piadosa. Pero Jesús en Sacramento, Divino Fundador, fue siempre el caudillo, el sostén la ayuda y todo. (...) Más o menos estábamos en el año veinte de la prueba y esta parecía llegada a los extremos, y se había convertido en pesadísima. Entonces aquel sacerdote no halló otra salida que recurrir a Jesús en el Sacramento. Escribió una súplica cuanto más ferviente, apremiante y convencedora, que como una flecha tuviese que tocar las entrañas de la misericordia del Corazón de Jesús en Sacramento y abierto el santo sagrario, (¡Jesús le perdona si fue así!) o igual después de la Santa Comunión en la Santa Misa, él aquella súplica a forma de carta la puso bajo el sagrado copón. Jesús Sacramentado la aceptó. Desde aquel entonces, gradualmente el horizonte se fue cada vez más aclarando, y Jesús Hostia, sol divino, apareció y empezó a difundir nuevos esplendores, que luego se convirtieron en rayos de luz, de gracias, de providencia. Empezó el incremento de la Obra. Todo esto se escribió para que quede perpetuamente la memoria y no se pierda nunca de vista que Jesús Sacramentado fue el Autor de esta Obra Piadosa suya consagrada a su Divino Corazón» (Vol. 1, p. 98).

2. Adorador seráfico de la Eucaristía

Bajemos ahora en unos detalles, y destaquemos antes de todo la fe y el amor del Padre para con Jesús Sacramentado.

Él fue un adorador seráfico de la Eucaristía. Desde joven fue asiduo en la adoración, especialmente en las iglesias en que se tenía expuesto el Santísimo en las cuarenta horas; prefería la iglesia de Portosalvo y la de Jesús y María de las Trompetas, porque regentadas por santos religiosos, a los que a menudo recurría para un consejo.

Pasando delante de las iglesias, buscaba la oportunidad de pararse, sea también por breve tiempo, para una visita al Santísimo Sacramento.

Cuando se entretenía en adoración en público estaba generalmente de rodillas, en una actitud angelical que edificaba, postura erecta, manos juntas o apoyadas a la frente; si se hallaba solo, tal vez se postraba por tierra o bien rezaba con los brazos abiertos o cruzados en el pecho, siempre en profundo recogimiento.

Saliendo de la adoración, como también después de la acción de gracias por la Misa, se le veía encendido en el rostro, y parecía transfigurado. Decía: «¡Quedarse una media hora delante de Jesús Sacramentado es de veras algo delicioso!».

Ante el Santísimo expuesto fue notado algunas veces que seguía durante cuatro o cinco horas siempre de rodillas. El primero de julio pasaba todo el día en adoración.

En los últimos años una vez dijo al Padre Vitale: «Me siento una gran debilidad en las piernas, igual porque estuve mucho tiempo de rodillas durante mi vida».

Cuando estaba en casa, las visitas al Santísimo eran frecuentes y prolongadas: allí ocupaba todos los tiempos libres, y muchas veces, viniendo personas para visitarle, hacía falta ir a llamarlo en la capilla.

Saliendo de casa, como también regresando, pasaba a la capilla para una visita, y prescribió esta práctica piadosa en los reglamentos para nuestras comunidades.

Una vez llegó en el Retiro muy deshecho y viéndolo en aquel estado, el Padre D'Agostino le invitó a sentarse y descansar; él quiso ir a la iglesia para la visita, que luego fue bastante larga, sin embargo, sufría por la neumonía, que luego lo obligó a la cama durante mucho tiempo.

Por la noche, a menudo, mientras los demás descansaban, él, a pesar de los largos y pesados afanes del día, antes de ir a la cama, pasaba mucho tiempo en la capilla; las oraciones y las adoraciones se acrecentaban cuando urgían necesidades particulares de la Obra y de las almas, y se prolongaban durante buen parte de la noche.

¡Qué apasionadas y ardientes son sus numerosas súplicas e invocaciones escritas, dirigidas a Jesús Sacramentado! ¡Allí brilla toda su fe y se siente vibrar todo su corazón!

Y, ¿qué decir sobre el fervor con que hablaba del Santísimo Sacramento? ¡Qué bien nos hacían en el alma sus palabras! Y para nosotros era un encanto escucharle: parecía que estuviese viendo Nuestro Señor.

El Padre Caudo, que una vez, de joven seminarista, había intervenido en Aviñón con ocasión de la fiesta del primero de julio, refería que sintiendo predicar al Padre en el coloquio antes de la solemne bendición eucarística, tuvo la sensación vivísima – que luego nunca tuvo en circunstancias parecidas – que el Padre hablara personalmente con Nuestro Señor; y esta impresión le duró constantemente durante toda su vida, que se concluyó a los noventa años.

Dos testimonios singulares: «Oh, ¡cómo ante la Hostia divina expuesta se encendía su elocuencia, tan sencilla a pesar de la profundidad del pensamiento, tan calma a pesar de la viveza del ardor, tan fascinante en aquel timbre armonioso de voz, tan apta para convertir por la veracidad cristalina de cada palabra!» (Sacerdote Cosme Spina). «Su conversación era de pocas palabras, pero si el discurso caía en su argumento predilecto – la Santísima Eucaristía – entonces se afervoraba tanto, que sus palabras parecían dardos encendidos que salieran de una hoguera, que, justamente, tenía que arder en su pecho. Además, la última vez que me entrevisté con él, me pareció que estaba viendo un santo sacerdote llevando las sagradas especies, tanto estaba concentrado en su recogimiento. Ya el hábito de la virtud lo había revestido con tal impermeabilidad, que la tierra con su barro ya no lo podía contaminar; y así su ser se había talmente espiritualizado, que ya no se podía contener en la vida corporal» (Maestro José Giannini).

3. Fe profunda e ingenua

Su fe eucarística era profunda e ingenua: ponía en el fondo del sagrario el copón **para no cerrar la puerta en la cara** de Jesús.

Él lo podía hacer fácilmente porque era esbelto de estatura. El Padre Messina se quejó suavemente un día con él, porque, siendo bajito, no alcanzaba para sacar el copón del sagrario. Y él: «¿Le parece correcto que a una persona notable se le cierre la puerta en la cara? También con Jesús tenemos que observar la etiqueta; usted sírvase del taburete que está debajo de la mesa y use con Nuestro Señor esta delicadeza».

Fue notado muchas veces que él, saliendo de la iglesia, caminaba a marcha atrás para no dar las espaldas a Nuestro Señor; más bien una hermana escribe que nunca lo vio dar las espaldas al Santísimo. Estableció que las hermanas del Espíritu Santo salieran de la capilla no por la puerta principal sino por la lateral, cerca del altar, para respetar la presencia de Jesús Sacramentado.

De vuelta de sus viajes, si encontraba la comunidad reunida en el patio en espera para obsequiarlo, decía pocas palabras de saludo y en seguida: «¡Jesús está esperando, nos veremos después!», y corría hacia Nuestro Señor, casi siempre seguido por nosotros, en aquel acto devoto.

Para la genuflexión al Santísimo era riguroso: no admitía las genuflexiones reducidas, que son un simple esbozo del acto litúrgico. Hasta que las piernas le aguantaron, o sea hasta 1924, él doblaba la rodilla hasta el suelo, más bien golpeando la rodilla en el estrado, añadiendo siempre una inclinación con la cabeza.

Cuenta una hermana: «Un día fui enviada para tomar las gafas olvidadas en la sacristía. Igual en la prisa no fui exacta en hacer la genuflexión pasando por delante del sagrario». «Oíd, volved atrás – me dijo – ¿no sabéis que allí está el Señor y que hace falta tratarlo bien?». Dos hermanas que habían pasado delante del sagrario con un gran ramo de flores, a pesar que hubiesen hecho una inclinación

con la cabeza, fueron cálidamente invitadas por el Siervo de Dios a volver, para entretenerse cinco minutos con el Señor.

Estando él en Oria, desde el coro, se dio cuenta que no toda la comunidad de los chicos, que salía después de la visita de la noche, había hecho bien la genuflexión ante el Sacramento. Bajó en seguida, nos llamó la atención sobre la presencia de Dios en el sagrario, y nos hizo repetir la genuflexión como prescrita.

Tal vez hacía su visita a Jesús con las velas encendidas y con el sagrario abierto. «Algunas veces lo vi, en plena noche, en Oria arrodillado en la capilla; igual para crecer más en el fervor en este espíritu de oración, nos dijo que encendiéramos todas las velas y para quedarse a solas durante largos ratos». De vez en cuando se cerraba en la capilla con llave, y según una confianza que me hizo Madre Nazarena, en sobrepelliz y estola abría el sagrario, encendía las velas, y luego con los brazos abiertos, o postrado en el suelo, entraba en la oración. Parece que lo hiciera especialmente cuando urgían los acreedores y en otros casos graves. En ocasiones parecidas mandaba que nadie lo molestara en su oración. Amaba la exposición del Santísimo. Instituyó en todas las casas, al menos una vez al mes preferiblemente en el día del retiro espiritual, una hora de adoración solemne, y cuando coincidía, era él que quería impartir la bendición eucarística. Durante la exposición del Santísimo quería que las oraciones vocales fueran más lentas y devotas. No olvidaré nunca mi primer encuentro con el Padre, cuando, chico de 12 años, viajé con él desde Bisceglie hasta Oria. Acercándonos a los diversos pueblos, él se asomaba a la ventanilla, buscando con la mirada la iglesia, y decía: «Mira, allá está Jesús; saludémoslo, igual ahora está solo, abandonado...», y sugería oraciones y jaculatorias.

4. 1 de julio de 1886

Emanación de la vida eucarística del Padre es la vida eucarística de su Obra Piadosa. He aquí cómo esta vida empezó y se desarrolló.

Recordemos que la Obra nació entre la plebe de Aviñón, donde el Padre en el centro de los nacientes institutos había abierto un modesto oratorio dedicado al Sagrado Corazón, para la instrucción de aquellos pobres, y para la celebración de la Santa Misa, que allí fue celebrada por primera vez el 19 de marzo de 1881. «Así Jesús Sumo Bien en Sacramento empezó a tomar posesión de aquellos lugares, y en aquel campo de pobrecillos puso el germen de esta nueva plantita. Pero la celebración de la Santa Misa, que algunas veces se repetía, no era en aquellos lugares sino una aparición y una desaparición de Jesús en Sacramento. Hacía falta que Él permaneciera allí con su divina y real presencia: sin esto el germen no habría podido poner raíces, y todo habría marchitado en su nacimiento». (Vol. 1, p. 96). Sabemos que el Padre Cusmano, visitando Aviñón, había exclamado: «¿Cómo se puede vivir en este santo lugar sin la presencia del Sumo Bien?». ¡Imaginémonos cuánto lo deseaba el Padre! (Vitale, **ob. cit.** p. 158).

Por lo tanto, «nacía en todos espontáneo el deseo que el oratorio se hiciera sacramental. Este pensamiento predominaba el iniciador de esta Institución Piadosa. En realidad se hubiese necesitado muy poco para colocar allí el Santísimo Sacramento: hubiera sido suficiente la autorización según la ley eclesiástica; pero el sacerdote que había empezado la Obra, creyó bien que la venida de Jesús Sacramentado en aquel oratorio, en medio de aquella multitud de pobres de toda clase y de niños, fuera precedida por una preparación bastante larga y adecuada para impresionar profundamente los ánimos; estimó que la venida del Santísimo Sacramento en aquel lugar marcara un acontecimiento,

una época de la Obra, porque Nuestro Señor Jesucristo habría sido allí hospedado en medio de los pobrecillos, hecho él también pobrecillo entre aquellas casitas, por amor de sus hijos derelictos.

«Se empezó pues con toda industria piadosa a suscitar una santa expectación en el alma de los niños recogidos, y en toda aquella multitud. Este trabajo duró dos años. En este tiempo se hacían instrucciones continuas sobre la importancia de este gran acontecimiento que se tenía que realizar, y se excitaban los corazones a la fe, al amor, al deseo de Jesús.³⁹

«Se escribieron unas estrofas y se pusieron en música, que empezaban con estos versos:

Cielos de los cielos, abríos,
Baje el Dilecto a nosotros, etc.

«Era una invitación amorosísima con que muchas almas inocentes y humildes llamaban el Sumo Bien en medio de ellas. Se añadió a ello una oración con el mismo tenor, adornada con expresiones bonitas con que la esposa del Cantar de los Cantares llama a su Dilecto, y se rezaba cada día. Mientras tanto se engrandecía el oratorio, añadiéndole un pequeño coro para las huérfanas, y se adornaba y embellecía cada vez más todo el pequeño templo y el sagrado altar.

«Para realizar el feliz acontecimiento, fue destinado, sin ningún preconcepto, sino igual por divina disposición, el día 1 de julio de 1886. Los preparativos y la expectación crecían con gran fervor. Se dispuso un himno para cantar en cuanto se pondría el Santísimo en el sagrario.

«Así llegó el 1 de julio de aquel año. Aquel día será para nosotros siempre inolvidable. Los huérfanos y las huérfanas con vestidos nuevos esperaban en la iglesia el gran acontecimiento. Los alrededores de aquel lugar y las callejuelas cercanas al oratorio habían sido todas limpiadas. Hacia las 7 de la mañana el sacerdote subió al altar para inmolar el divino Cordero, y atraerlo en el mismo tiempo para que morara entre sus pobres. las voces inocentes cantaban acompañadas por el armónium:

Cielos de los cielos, abríos,
Baje el Dilecto a nosotros...

«Con los cánticos se alternaba la oración de invitación a Jesús Sumo Bien.

«Llegado el solemne momento de la consagración, elevada en alto la sagrada Víctima bajo las dos especies del pan y del vino, y puesto el Santísimo en el sagrario abierto, he allí que el patético canto de la expectación se mudó en un repentino canto de júbilo:

Cesen ya las lágrimas,
Termine todo dolor,
Cántese la nueva era
De paz y de virtud.
Era de santo amor,
Vino entre nosotros Jesús.

«A la Santísima Comunión se acercaron los huérfanos y las huérfanas; el celebrante, tras una adecuada exhortación, repartió el pan de los ángeles; luego la oración de **communio** pronunció un discurso de ocasión, destacando la gran suerte de aquel mísero lugar transformado en la casa real del Rey de reyes, y la gran suerte de aquellos pobres y aquellos niños de tener entre ellos el Creador de

³⁹ «Para excitar más los tiernos corazones al deseo de la venida del Altísimo escondido en el Sacramento, se tenía el sagrario abierto, y allí se hacían dirigir las miradas anhelantes» (Vol. 1, p. 96).

todo, el Redentor adorable de nuestras almas, y así que se tenían que sentir obligados para quedar en su compañía.

«Tras la Santa Misa, fue colocado el Santísimo Sacramento en una hermosa custodia de plata maciza, que el año anterior una señora de paso por Mesina había regalado, junto con un copón y un incensario de plata, para el oratorio de los pobrecillos.

«De repente siguió la procesión del Santísimo Sacramento que, salido de la pequeña capilla, pasó por las callejuelas de aquel mísero lugar y entró en la calle pública de la ciudad. Lo adelantaban los huérfanos y las huérfanas con velas encendidas y lo seguía y rodeaba aquella multitud de pobres.

«Tras una breve vuelta la procesión regresó y el Santísimo fue puesto en el trono. La exposición duró todo el día; el alar resplandecía por las velas ardientes, las oraciones y los cánticos se alternaban, la adoración de los niños y del pueblo no se interrumpió; más bien en aquel día no se encendió la caldera, no hubo tiempo para preparar la comida, y los niños fueron felices de comer sólo bocadillos, para no ser distraídos de la adoración del Huésped divino. Por la noche hubo la solemne bendición del Santísimo, conque se encerró aquel día memorable.

«Pero allí no acabó la modesta solemnidad. Si la expectación se había prolongado durante dos años, la fiesta para la venida de Jesús Sacramentado tenía que durar muchos días, y efectivamente duró hasta el siguiente domingo, pero de modo que los niños se pudiesen divertir. En la callejuela interna, al lado del oratorio, fue colocado un púlpito, y en las horas de la tarde los niños, vestidos de clérigos, rezaban delante de todo el mundo unos cuantos discursitos sobre la venida del Dios Sacramentado. En el apartamento de las huerfanitas se hizo lo mismo. Muchos señores y señoras intervinieron.

«El último día, domingo, las dos comunidades de huérfanos comieron en las mismas callejuelas, cada una en el patio de su apartamento, con brindis de ocasión y santa hilaridad. En las horas de la tarde hubo nuevamente discursitos, y se encerró por la noche con una solemne bendición del Santísimo precedida por una adecuada exhortación.

«La Obra ya tenía la posesión del Autor de todos los bienes» (de un opúsculo del Padre: **La fiesta del 1 de julio**).

Para que el ambiente doméstico fuera entonado con la fiesta y pudiera llamar la atención de todos sobre el extraordinario acontecimiento, el Padre dictó muchas inscripciones que se leían en grandes letras en los puntos principales de la casa.⁴⁰

Durante el mes de julio el Padre repartió entre los amigos y bienhechores de la Obra la participación del gran acontecimiento del 1 de julio «octava de Corpus y vigilia de la Visitación de

⁴⁰ **En la entrada del barrio:** ¡Exultad, oh míseras casitas de los pobres! / el Rey de la eterna gloria / Jesucristo Sacramentado / sediento de amor / viene para morar / entre el pueblo de los pobrecillos / oh infinita misericordia / qué digna eres de alabanza y gratitud.

En la entrada de la guardería: Niños alabad al Señor / Pobrecillos del Sagrado Corazón de Jesús / Alegraos / Vuestro Padre amorosísimo / Jesús Sacramentado / ya llegó para morar / entre sus hijos / oh Eterno Amor escondido en Sacramento / tus hijos y pobrecillos / ahora están totalmente felices.

En la entrada de la capilla: Embriagada de alegría / celebra la capilla del barrio Aviñón / ya convertida / en casa del Dios vivo / espíritus celestiales a millares / la llenan y rodean / suspiros de vírgenes corazones / cánticos y oraciones / de inocentes niños y pobrecillos / como perfumada nube de incienso / se elevan ante la presencia / del Dios escondido Sacramentado / oh dilecto Amor nuestro Jesús / reina y triunfa para siempre en nuestros corazones.

En el pequeño Refugio: Pobrecillas / del Corazón dulcísimo de Jesús / alabad al Señor / vuestro eterno Amante / escondido en el Sacramento / instaló en este mísero lugar / su pabellón / cómo eres hermoso / cómo eres todo deseable / oh Padre, oh Amigo, oh Esposo y Hermano nuestro / Tú sólo oh Dilecto / reina para siempre en nuestros corazones.

María Santísima» para que ellos también «alabaran con nosotros al Dios Altísimo y amadísimo Jesús, que se digna de morar amorosamente entre los niños y pobrecillos». En los primeros días de agosto quiso un solemne novenario de acción de gracias «al Señor Dios Sacramentado, por haberse dignado poner su morada en aquel lugar, antes célebre como centro de depravación y abyección. Allí predicaron el Reverendísimo Canónigo Di Francia y el Padre Pulito» (**La luz** 14.08.1886).⁴¹

5. La fiesta del 1 de julio

El que no conoció el Padre difícilmente podrá darse cuenta de la importancia que él ponía en la fecha memorable del 1 de julio de 1886.

Más arriba ya leímos que en aquel día «la Obra ya pertenecía al Autor de todos los bienes». En sus escritos el Padre desarrolla este pensamiento: entonces Jesús «vino para no marcharse más, como había hecho en el pasado, con la celebración diaria de la Santa Misa, sino para quedarse con su divina presencia. Vino como rey entre sus súbditos para implantar su reinado, como buen pastor entre sus corderos, para formarse un pequeño rebaño suyo, que, confiado a Él en Sacramento, tenía que ser por Él mismo alimentado y vivir con Él sin temor. Vino como divino agricultor para cultivar él mismo – ¡y justamente él! – su plantita, en cuyo germen sepultado en la tierra de la prueba y de la mortificación se encerraba la pequeña semilla de su divino **Rogate**. Vino como padre amorosísimo entre sus hijos para formarse una pequeña familia, que viviera con su carne y su sangre, y fuera hecha capaz de su real presencia en Sacramento, para poder recoger de sus divinos labios el mandato del Divino celo de su Corazón: **Rogate ergo Dominum messis, ut mittat operarios in messem suam**; y este mandato está en la más íntima relación con Jesús Sacramentado, que no puede subsistir – habiéndolo Él así decretado – sin el sacerdocio.

«Con la venida de Jesús Sacramentado, la Obra Piadosa, en persona de sus primeros componentes, brotó como niña, mejor, brotó como pequeña caravana para empezar una peregrinación muy escabrosa, pero siempre confortada por la verdadera Arca de la Alianza que contiene no el maná simbólico, sino el pan vivo bajado del cielo, Jesús en Sacramento» (Vol. 1, p. 97).

De aquí el origen de la fiesta del 1 de julio, que el Padre quiso que fuera de **primer orden** en toda la Obra Piadosa.

Y él explica esta razón: «Es justamente de la fragilidad humana perder el primitivo fervor, si no vienen a reestablecerlo motivos poderosos. Por eso la Santa Iglesia, con sabiduría celestial, dispone en el año eclesiástico los aniversarios de los grandes misterios de nuestra santa religión. En fuerza de este principio fue establecido que un acontecimiento tan feliz, y que tan buena impresión había dejado en el alma de los acogidos, fuera recordado cada año. De esto vino una conmemoración anual, cada 1 de julio, preparada en modo que se hace muy eficaz para excitar la fe y la piedad hacia Jesús Sacramentado y la Santísima Virgen María» (**La fiesta del 1 de julio**).

Las intenciones de esta feliz conmemoración son explicadas por el Padre con estas palabras: «Es un tributo anual de amor y fe que toda la Obra, en cada uno de sus miembros y en cada una de sus casas, desde la más grande hasta la más pequeña, ofrece al adorable Sumo Bien Jesús en

⁴¹ Tras la venida de Jesús Sacramentado el Padre escribió una larga oración «al Emanuel que mora por la noche sacramentado en nuestra capilla» (Vol. 6, p. 33), de la cual tuvo luego origen la **declaración por la noche a Jesús Sacramentado** que, a través de diversas ediciones, llegó a hacer parte de nuestras oraciones diarias de la noche.

Sacramento, como centro de todos los amores, de todos los servicios, de todas las expiaciones, de todas las acciones de gracias, de todas las súplicas y oraciones, de todas las prácticas de piedad y las santas esperanzas de la Obra Piadosa; como fuente de todas las gracias, de todas las misericordias, de todos los favores celestiales del divino Corazón de Jesús, presentes, pasados y futuros, por toda esta Obra Piadosa y todos lo que le pertenecieron, le pertenecen y le pertenecerán. Es una deuda de gratitud por la amorosa y dulcísima morada de Jesús Sacramentado entre nosotros, día y noche, a pesar de nuestras miserias e infidelidades, a pesar muchas veces de la lánguida fe, la no total y pronta correspondencia a su amor, a sus inspiraciones» (Vol. 1, p. 104).

He aquí unos testimonios de esta fiesta: el Padre «quiso hacer de la Eucaristía el centro vital de la Obra, por esto hay las célebres fiestas del 1 de julio, que conmemoran la primera venida de Jesús en el Barrio Aviñón, después de dos años de preparación». «El culto era cuidado muchísimo. Bastaba ver el 1 de julio todo lo que hacía y ordenaba para que fuera solemne la vuelta de Jesús Sacramentado: el Padre era el alma de todo y de todos». «¡También en los niños la fiesta del 1 de julio, preparada por sus exhortaciones, producía gran entusiasmo!».

6. La expectación

La fiesta es precedida por una función que el Padre llamaba del **Sagrario vacío**, para hacerse en los últimos días de junio.

«La noche anterior – escribe el Padre – según el fervor, queda libre la casa de hacer una vigilia de adoración con acciones de gracias por la amorosa morada de Jesús en el sagrario» (Vol. 1, p. 105). El día siguiente, el sacerdote, bien instruido en propósito, hecha la comunión a la comunidad, consume las sagradas formas que sobraron, reducidas al mínimo según cálculos anteriores, purifica el copón, mientras se apagan las lámparas, y hace a la comunidad un discurso «tierno y conmovedor, con el que se pregunta: ¿dónde está nuestro Tesoro? ¿Dónde acabó nuestro infinito bien? He allá el Sagrario vacío, he allá el lugar donde Él moraba con nosotros día y noche. ¡Y así durante un cuarto de hora se tiene que destacar la diferencia entre tener entre nosotros el Santísimo Sacramento y no tenerlo! Esta función, que sale siempre nueva, toca todo corazón, y algunos ojos se mojan de lágrimas. La fe ya no puede más quedar enfriada. El orador termina excitando vivamente el deseo y la expectación de la vuelta de Jesús Sacramentado, y concluye el discurso con aquellos versos:

Cielos de los cielos, abríos,
Baje el Dilecto a nosotros,
Encerrado en el Hostia, víctima
De su divino amor,
Venga entre sus hijos,
¡El amado Redentor!

«Acabada la Misa y la acción de gracias de la acción de gracias de la Comunión, el oratorio empieza a rehacerse todo como nuevo. En las comunidades aquellos son días de expectación para la venida de Jesús Sacramentado.

Las almas más fervorosas e inteligentes en el espíritu creen estar de luto. Dos o tres veces cada día, entrando en el oratorio, se repite el canto: **Cielos de los cielos abríos**, y se reza la oración para la nueva venida de Jesús Sacramentado. Mientras tanto, todos se preparan, con una nueva

purificación de conciencia, para el gran día del 1 de julio» (**La fiesta del 1 de julio**). En una circular de 1913, así el Padre describía los días de la expectación; «En los días de ausencia y privación de nuestro Sumo Bien Sacramentado, en todas las casas se procurará estar en santa expectación, con silencio, poco y moderado recreo, oraciones y cantos ante el sagrario abierto, confesiones y purificación de conciencia para la venida de Jesús Sacramentado. Donde se puede se podría hacer alguna hora de vigilia alguna noche ante el santo sagrario abierto y especiales oraciones a la Santísima Virgen» (N.I. Vol. 5, p. 19).

Destaca el Padre Vitale: «El espíritu de aquella preparación, según el Siervo de Dios, tiene que consistir en entender la diferencia que hay entre el sagrario vacío y el que está en cambio habitado por Jesús. Vacío el sagrario, falta en la casa el rey, el padre, el bienhechor, la luz, el amigo y el Todo nuestro; y de aquí la aspiración de los corazones, para que se digne venir entre nosotros para colmar este vacío devastador».

La remoción de Jesús Sacramentado del santo sagrario de una iglesia pública podría llevar unos inconvenientes, así que el Padre quería que cada casa tuviese el oratorio semipúblico sacramental, también para poder disponer libremente para esta función que, en su espiritualidad, revestía una importancia decisiva. El obispo de Oria, sin embargo, Monseñor Antonio Di Tommaso, a pesar de que fuese muy condescendiente con el Padre, por motivos propios durante unos años no creyó oportuno concederlo al Padre en la casa de San Benito. Fue una pena sensibilísima por el Padre y aquella comunidad, que durante años multiplicaron las oraciones y los gemidos al cielo implorando esta gracia. ¡Qué fiesta se hizo, cuando finalmente el obispo lo permitió, más bien quiso él mismo celebrar la Santa Misa y encerrar a Jesús adorable en aquel sagrario! El Padre no pudo intervenir allí, pero fue presente espiritualmente, más bien envió los versos para cantarse en aquella función y una espléndida carta de agradecimiento a Monseñor Di Tommaso (Vol. 29, p. 71). Cuando, después de un tiempo, se fue a Oria, «el día en que pudo celebrar la primera vez en aquel altar – nota un testigo – fue para él y para nosotros un paraíso».

7. El título anual

«Sin embargo, entre los preparativos a la solemnidad piadosa, hay uno que hace siempre nueva esta conmemoración, y forma parte esencial de ella. Este consiste en un **título** cada año nuevo, con que se saluda el Verbo hecho Hombre que vuelve Sacramentado entre sus pobrecillos. La iglesia fue hecha sacramental el 1 de julio de 1886; los títulos empezaron con el primer aniversario, en 1887. Cada año el nuevo título se anuncia por el Padre espiritual de la Obra el 1 de mayo en la iglesia, acabada la Santa Misa. Todos esperan con ansia la participación del título que hasta aquel momento se sabe ser un secreto impenetrable del Padre de la Obra. Todos exultan en el anuncio del nuevo título; y este anuncio se hace dos meses antes para que los chicos preparen sus sermoncitos de ocasión. Mientras tanto se anuncia el título que se da a la Santísima Virgen, perfectamente análogo al que se da a Nuestro Señor, y se preparan también los discursitos adecuados» (**La fiesta del 1 de julio**). Unos años se dio también el título a San José, a San Miguel Arcángel o a San Antonio. Los títulos conllevan también los himnos relativos, que se reservaban al Padre, mientras para los sermoncitos aceptaba tal vez unos colaboradores. Se vino formando en tal manera el volumen **Los himnos del 1 de julio**, en que se recogen los versos que durante cuarenta años (1887-1926) el Padre escribió para nuestra grande fiesta eucarística: allí se derrama todo su corazón en alabanza de Jesús y de la Virgen María.

Por la mañana del 1 de julio se repite la escena de aquel mismo día de 1886: vuelta de Jesús Sacramentado, canto del nuevo himno, exposición del Santísimo durante todo el día, y encerramiento de las fiestas en uno de los domingos de julio con discursitos y declamación de los himnos; y como tal vez los declamadores no conseguían satisfacerlo, el Padre los reemplazaba él mismo. Para las casas femeninas, él añadió una bonita representación: **Las hijas de Jerusalén**. En 1911, bodas de plata de la venida del Señor, el Padre compuso un melodrama en honor de **Jesús esposo celestial de las almas escogidas**.

La presencia de Jesús Sacramentado en la obra, sin embargo, no tenía que ser honrada sólo una vez en el año, sino cada día. Por eso el Padre prescribió que, tras la usual jaculatoria con que se saluda Jesús entrando y saliendo de la iglesia: **Bendito y alabado sea el Santísimo y divinísimo Sacramento del altar**, se añadiera lo siguiente: **¡que se dignó venir a morar entre nosotros!** Y cada día se rezaba una oración de **acción de gracias por la venida de Jesús Sacramentado**; añadidura y oración fueron suprimidas en la reforma del manual de nuestras oraciones.⁴²

El último título asignado por el Padre fue el de **Perfectísimo Ejecutor de las voluntades de su Divino Padre**, para 1927; para los años siguientes el título fue dado por el Padre Vitale, pero no faltó otro asignado ahora por el Padre.

Entre los papeles dejados por él se halló un sobre en formato de tarjeta de visita, con la inscripción: **Para abrir por mi sucesor, después de mi fallecimiento**. Se pensaba quién sabe qué, qué clase de secretos etc. pero en cambio era algo digno de la piedad del Padre: abierto el sobre, en el papel se leía: **Divino Rogacionista**.

Evidentemente era un título para el 1 de julio, que el Padre guardaba para después de su muerte, casi agradeciendo una vez más a Nuestro Señor por haberle confiado la misión del Rogate. este título fue dado a Jesús en 1930.

Por motivos plausibles, hoy la fiesta del 1 de julio cambió de tono, permaneciendo siempre como solemne día eucarístico en todas nuestras casas. No hubo nuevos títulos, que cambiaron durante cincuenta años, pero Jesús reina en la Obra con el nombre perenne de **Divino Triunfador**, que compendia los títulos de cincuenta años, encierra la serie y recuerda a nuestra mente los derechos de Jesús, sus victorias y sus divinos triunfos en nuestra Obra.

En este último título una simple coincidencia nos autoriza a ver una intervención del Padre. Tras su muerte tocó al Padre Vitale escoger anualmente el nombre para dar a Nuestro Señor, hasta 1936, cuando él deponde: «creí que hacía falta darle aquel título que luego permanecería para siempre: **El Divino Triunfador**. Cuál fue mi sorpresa cuando, después de algún tiempo, me ocurrió de encontrar, entre los papeles del Siervo de Dios, una tarjetita con un escrito por su propia mano: **Divino Triunfador**. Igual era el título que él había dispuesto para aquel año, y quién sabe si no también para el porvenir, porque era su pensamiento, comunicado a unos cuantos, que después de cierto tiempo, se habría puesto fin a la novedad de los títulos».

⁴² «Os damos gracias, oh amorosísimo Jesús, porque os dignasteis de venir a morar en medio de nosotros. Nosotros os ofrecemos las acciones de gracias de todos los Ángeles y de todos los Santos y las de vuestra Santísima Madre, aquellos mismos que Vos mismo eleváis al Padre. Por favor, desde este sagrario de amor dignaos atraer todos nuestros corazones. Haced Vos que, en este Sacramento de amor, seáis nuestro centro amoroso, nuestro tesoro, nuestro todo. Aquí recentrad nuestros pensamientos, nuestros afectos, nuestra conversación, e inspiradnos aquellos obsequios y aquellas prácticas con las que nos atrevemos mayormente a compensar por tantos inestimables favores y complacer en todo vuestro divino Corazón». Seguía la jaculatoria según el título eucarístico: «Jesús nuestro Rey, reinad en medio de nosotros - Jesús nuestro Pontífice, ofreceos para nosotros al Eterno Padre - Jesús nuestro Padre, tened piedad de nosotros.

Terminamos esta redacción con las palabras con que el Padre encierra su opúsculo **La fiesta del 1 de julio**, destacando los frutos y la importancia: «Esta pequeña fiesta anual del 1 de julio fue la ocasión para despertar la fe y el fervor, y además el afecto para el propio Instituto. A menudo me acordé de aquella palabra del profeta Habacuc: **¡Domine, opus tuum in medio annorum vivifica illud!** Señor, vivifica esta Obra tuya en la mitad de los años. Amén».

8. En honor de Jesús Sacramentado

Vamos ahora a otras expresiones del culto eucarístico del Padre. Imprimió y difundió largamente el precioso opúsculo de San Alfonso, **Visitas al Santísimo Sacramento**.

De acuerdo con los obispos en los lugares en que iba, para poder predicar la palabra de Dios a un número el más grande posible de hombres especialmente, promovía una procesión eucarística y en seguida después hablaba como un serafín, y entusiasmaba el pueblo, que habría querido oírlo más a menudo.

Sor Ignacia, de las Hijas del Sagrado Costado, en un informe detallado, recuerda lo que aconteció en Marsiconuovo, con ocasión de la inauguración de la capilla sacramental, tras la usual preparación de oraciones y cánticos. En la clausura del día eucarístico, el 15 de septiembre de 1915, había sido fijada la procesión del Divinísimo con el séquito de las autoridades. Pero, tras mucha espera, el Reverendísimo Capítulo no se presentó. Un pensamiento atravesó la mente del Padre. Llamada Sor Ignacia, «Vos – le dijo – me llevaréis aquí unas antorchas, luego iréis delante con el incensario en toda la casa, y luego saldréis a la calle hasta la pública plaza». Llegadas las antorchas, se dirigió a las Autoridades: «Ustedes, señores, ¡tendrán el honor de acompañar el Señor con el cirio en la mano!». Hubo un gran silencio, porque aquellos señores, casi todos de color socialista, no eran acostumbrados a aquellas manifestaciones; sin embargo, cada uno tomó su antorcha y con ella apareció en público. El Señor recompensó aquel acto de valor con una santa alegría, por lo cual se dijeron felices de aquel honor.

Fue original la participación del Padre, mejor de toda la obra del Padre a la grandiosa procesión eucarística, que se celebró en Lourdes, en la clausura del Congreso Eucarístico Internacional el 26 de julio de 1914. En una carta circular, tras recordar la presencia de muchos enfermos desplegados en el paso de Jesús Eucaristía – como es costumbre en aquella tierra bendita – con el grito de fe: **¡Oh Señor Jesús Sacramentado, tened piedad de nosotros, sanadnos, sanadnos!**, el Padre sigue: «Entonces acontecerían probablemente unas curaciones instantáneas, tal como aconteció otras veces en Lourdes en las procesiones del Santísimo Sacramento. (...) Y bien, todos nosotros tenemos unas enfermedades en el alma más que en el cuerpo, y tenemos que anhelar la curación de las enfermedades espirituales más que de las corporales. Por esto, en cada casa, en el paso del Santísimo Sacramento en procesión se desplegarán diversas personas, en la derecha y en la izquierda como luego explicaremos».

Una representará la **Obra Piadosa de los intereses del Corazón de Jesús**, dos representarán los orfanatos, masculinos y femeninos, otras dos las dos **comunidades religiosas**, masculina y femenina, una los **pobres**. «Otra representará todos los presentes o ausentes, que específicamente querrán ser representados». Cada representante llevará una escrita en el pecho para indicar su propia representación: **Obra Piadosa, Orfanatos**, etc. Estos, y con ellos todos los que irán en la procesión,

tendrán que elevar su grito: **Oh Señor Jesús Sacramentado, tened piedad de nosotros, sanadnos, sanadnos.**

«Todas estas exclamaciones – destaca el Padre – se harán con las manos elevadas, en voz alta, gimiendo, y repetidamente durante la procesión, y se podrán empezar con el empezar de la misma. Las dos filas serán una de frente a la otra, de modo que el Santísimo pase en medio de ellas, evitando, por cuanto sea posible, que se interponga el público. Si la procesión sale en público, nada impide que esta devota y eficaz práctica se cumpla en público, sin restricciones indebidas o bien respecto humano». Y concluye: «Gran confianza debemos tener en el Sumo Bien Sacramentado de conseguir curaciones espirituales, si esta práctica piadosa será bien representada, con fe, humildad y amor» (N.I. Vol. 5, p. 26).

Un homenaje anual se hacía en Mesina a Jesús Sacramentado por los que el Padre bautizó **sagrados barrenderos**. Son ellos un invento de su fe. Recordemos que en los primeros años de la obra todo faltaba. Los chicos eran hasta descalzos... El Padre aseguraba que los zapatos vendrían y no faltaron más tras la institución de los **sagrados barrenderos**. La fe del Padre mal aguantaba en ver a Jesús en el día solemne de **Corpus Domini** llevado procesionalmente en triunfo por las calles no siempre bastante limpias, por el continuo ir y venir de carruajes, carrozas, vehículos de toda clase – los coches aún se tenían que inventar. Para impedir esto, él creó los **sagrados barrenderos de Jesús Sacramentado**. Se escogía entre los huerfanitos más devotos y piadosos, a los que este oficio se les concedía como premio. Provistos con escobas, recogedores, sacos, precedían la grandiosa procesión, preparando las calles para el Señor, que pasaba bendiciendo. Esto naturalmente no era suficiente. Hacía falta cubrir las mismas calles con flores en cantidad; y el que en aquellos días se acercara a nuestro Instituto, veía la casa literalmente repleta de flores – fruto de una verdadera redada organizada por nuestros bonitos jardines y por las villas en las periferias de la ciudad – que luego se repartían en el tiempo oportuno en los diversos puntos de la ciudad, en la espera de la hora deseada, para el paso del Señor.

Episodio para no olvidar. Un año, me parece que fuese 1925, unos gamberros habían decidido molestar los niños e impedir que cumpliesen su oficio. Pero los chicos pensaron que aquel era justamente el caso de dar prueba de valor; y tres o cuatro de ellos, tras un rápido vistazo de entendimiento, levantaron las escobas y los recogedores, prontos a demostrar con los hechos que querían quedar, a cualquier costo, los absolutos dueños del campo. A los gamberros no les hizo falta nada más, y constatada su derrota, se retiraron.

El Padre tuvo que ser informado de lo acontecido; en efecto, el día siguiente fue a Aviñón y, reunidos los chicos en el patio, quiso que les informaran detalladamente sobre lo que había pasado y que le presentaran uno por uno los valientes, para felicitarlos personalmente:

«Muy bien, muy valientes... ¿preparados para todo por amor de Nuestro Señor?».

«Sí, Padre, preparados para todo...».

«¿Hasta a dar la vida por Él?».

«Listos, Padre, con su divina ayuda...».

«Muy bien, benditos, benditos...». Levantó la mano para bendecir... y se alejó. ¡Sus ojos se habían llenado de lágrimas!

Tras el terremoto de 1908 el Padre fue bien contento de seguir una singular tradición eucarística de Mesina.

En la iglesia de San Joaquín en Mesina se usaba tener expuesto el Santísimo Sacramento durante el triduo de la semana santa. Encerradas las cuarenta horas en la catedral en el mediodía del miércoles santo, se exponía el Santísimo en la iglesia de San Joaquín. Por la noche se hacía la reposición y por la mañana del jueves santo se exponía nuevamente el Santísimo, que permanecía en el trono, cubierto por un velo transparente, noche y día hasta el **Gloria**, o sea según la pasada liturgia, hasta las 11 horas aproximadamente del sábado santo.

Se trataba de una práctica realmente secular, porque la iglesia de San Joaquín fue edificada en 1645 y el historiador mesinés Cayo Domingo Gallo, habla de esta extraordinaria exposición que, fuera de Mesina él dice haber tenido lugar sólo en Trieste.

Con el terremoto la iglesia de San Joaquín cayó, y con ella también esta práctica podía quedar sepultada. Intervino entonces un laico ferviente, el Señor Tomás Pasqua. «Yo – él dice – barbero, y cercano del difunto Arzobispo Monseñor D'Arrigo, manifesté el deseo que la devoción no se perdiera. Se pensó de común acuerdo al Canónigo Di Francia; en efecto yo fui encargado de hablar con él.

«Aceptó con alegría: escogió como capilla una habitación menos pequeña que la usual, y las cuarenta horas fueron un inmenso consuelo por los ciudadanos supérstites». Otro testigo recuerda la participación del Siervo de Dios a este triduo: «Recuerdo muy bien el triduo entre el jueves y el sábado santo, en que él personalmente leía las más bonitas oraciones sobre la pasión de Jesús delante del Sacramento expuesto en el ostensorio velado, hasta por la noche».

En las cartas que el Padre escribía a las comunidades, la llamada de atención sobre la presencia de Jesús Sacramentado tenía la finalidad de renovar en ellas el espíritu de fe y fervor. «Me complazco con vosotras porque vuestro Dilecto vino una vez más a morar entre vosotras, en el santo sagrario, donde os mira y os cuida amorosamente. Procurad, hijas benditas, de hacerle buena compañía: tened vuestro pensamiento dirigido a aquel Sumo Bien, ¡y estimaros afortunadas por tener tan cercano el gran tesoro! **Ubi cumque fuerit corpus illuc congregabuntur et aquilæ** (Lc 17, 35): donde está el Cuerpo, allí se recogerán las águilas, dijo Nuestro Señor Jesucristo. Quiera Dios que vosotras seáis como aquellas águilas y como palomas, que, volando sobre todas las cosas de esta tierra, os recojáis siempre con el corazón y con los afectos alrededor de aquel Cuerpo santísimo, que se entrega en alimento por nosotros» (N.I. Vol. 5, p. 7). «¡Pensad que tenéis entre vosotras el adorabilísimo, amorosísimo, enamorado de las almas Jesús! ¡Está con vosotras, os quiere, os quiere todas suyas; hacedle compañía santa en unión con su Santísima Madre y con el santísimo virgen padre San José!» (Vol. 38, p. 57). Por las Hijas del Sagrado Costado de Potenza, encomendaba a la Superiora: «¡Exhortarlas para que tengan buena compañía a Jesús en Sacramento, que está con ellas, mientras aún no está ni en Spinazzola ni en Mársico! Las hermanas de Potenza pues tendrían que adelantar a todas las demás en humildad, obediencia, caridad y espíritu de oración y sacrificio» (N. I. Vol. 8, p. 123).

Por lo que se le refiere, él era bien atento en practicar lo que encomendaba.

Había leído que Santa Verónica Giuliani por la noche no conseguía dormir pensando que tenía que recibir por la mañana Jesús Sacramentado: él por eso la ruega: «¡Por favor!, haced que me enamore talmente del Sumo Bien en Sacramento, y talmente languidezca por el ardiente sed de recibirlo y por el deseo de quedar siempre en su presencia, que con este pensamiento no duerma, no piense en otra cosa, no me alimente de otro que de cosas espirituales, que no guste ninguna otra cosa, ninguna otra cosa busque, y sólo sea mi gusto, mi alimento, mi delicia, mi todo Jesús en Sacramento» (Vol. 6, p. 131).

9. La Santísima Comunión

De la presencia real pasamos a la Santa Comunión. En los primeros años del Siervo de Dios dominaba todavía en Mesina un residuo de la mentalidad jansenista, que no permitía la primera Comunión a los hijitos que no tenían 12-14 años. El Padre pudo hacerla hacia los 7 u 8 años en el colegio por el buen espíritu que reinaba entre los Padre Cistercienses, y por el celo del Padre Ascanio Foti, que lo preparó. El niño preguntaba a menudo al buen padre: **¿Qué se tiene que decir a Jesús, cuando llega en el alma? ¿Qué hay que pedirle?** Se lo enseñaría luego el mismo Jesús lo que hay que pedir, porque le dejó en el alma un fuerte deseo de recibirlo cada día; deseo, sin embargo, que por las condiciones mencionadas arriba no pudo ser satisfecho sino sólo el domingo, hasta los diecisiete años, pocos meses antes de vestir el hábito clerical. Luego él pensará de recuperar las comuniones que se perdió durante la infancia con otras tantas comuniones espirituales. Escribe, en efecto: «Por todas las santas comuniones sacramentales, que no hice desde la edad de siete años hasta los 17, tengo que hacer cerca de 2.355 comuniones espirituales, y por eso las haré tres veces al día durante tres años y medio, si el Dios bendito me da gracia. Mesina, 7 de junio de 1907 – viernes, fiesta del Corazón de Jesús» (N.I. Vol. 10, p. 69). Por eso leemos en los testimonios: «Se quejaba consigo mismo que los tiempos de entonces no permitían la primera Comunión en tierna edad, y estimulaba así por el gran paso los niños». Y no podemos olvidar de destacar una querida coincidencia. El 1 de julio de 1910, Jesús Sacramentado en su vuelta en nuestros sagrarios había sido saludado como **Tierno y dulce Amante de los niños**, y en una estrofa del himno el Padre invitaba a los niños a la sagrada mesa con estas palabras:

Arriba, venid, queridos niños,
Para vosotros la mística mesa preparó.
Ay, no os digan: sois pequeños,
para entender aquella Hostia allí...
Decid: Él es nuestro: somos sus dilectos,
Él es el Amante de los niños.

Decid: para comprender aquel gran misterio
Toda sabiduría necedad es,
Hasta es pequeño el espacio entero.
¡Pero no es pequeña nuestra fe!
Yo hablo a los sencillos, estos son los dichos
Del dulce Amante de los niños (Vol. 46, p. 193).

Unos meses después, y justamente el 8 de agosto de 1910, el Santo Padre emanaba el decreto **Quam singulari** sobre la primera comunión de los niños. En los versos del Padre nos parece leer en antelación los argumentos propuestos por el Papa en aquel decreto, que tendrá que darnos unos santos – la expresión es de Pío X – hasta entre los niños. En seguida el Cardenal Génari publicó un comentario al decreto, y el Padre hizo una larga recensión en el **Dios y el Prójimo** (N.I. 1, p. 140).

Una de las más queridas ocupaciones del Padre era la de preparar los niños a la Primera Comunión, y lo hizo hasta que le fue posible; y cuántas bendiciones dio a Pío X, que había adelantado la primera comunión a los niños. «A los seis o siete años nosotros los huérfanos hacíamos la primera comunión, y cuando podía era él que nos preparaba; nos encomendaba la comunión frecuente y también diaria, pudiendo hacerla».

En los reglamentos el Padre recuerda que uno de los mayores compromisos de las hermanas es el de preparar bien las niñas a la primera Comunión, de modo que el recuerdo del gran día se les quede grabado en la mente como fecha inolvidable; baja, pues en los detalles que aquí sería largo exponer y se pueden leer en la Antología rogacionista (p. 748 y ss.).

Había notado que muchas hermanas no recordaban el día de su primera comunión. «Esto lo afligía mucho, porque creía que toda alma hubiese tenido que conservar perenne memoria del gran beneficio recibido per Nuestro Señor, y por ello durante la vida hacerle repetidas acciones de gracias. Y entonces su amor para con Jesús, irrequieto como el fuego, le hace hallar el medio de suplir a la deficiencia de los primeros años» (Vitale, **ob. cit.** p. 589). E instituye la suave práctica de la **Renovación de la primera Comunión**. Cada alma en el día establecido tenía que suponer de hacer la primera comunión, y prepararse con aquellos actos de amor, que hubiera tenido que hacer en la edad infantil si hubiese apreciado el gran don» (**Ibid.**). Naturalmente, el Padre escribió para la función adecuadas oraciones y versos (Vol. 5, p. 30). Recuerda una hermana: «Muchas hermanas no se acordaban el día exacto de su primera Comunión; él entonces les hizo poner un velo blanco, les dio velitas en la mano, celebró misa con coloquio especial, repartió recordatorios: aquella fue considerada su primera Comunión».

Otro apostolado fue el de la Comunión diaria.

Promovió la Comunión diaria en los Institutos desde sus comienzos, con detalladas prescripciones para la preparación y la acción de gracias. En esto el Padre había sido fácilmente secundado, ya que cuando oía hablar de ritos con **comunión general** – como se acostumbraba decir entonces – decía: «¡Por gracia de Dios en nuestras casas la comunión general se hace cada día!». Dio difusión al decreto de Pío X **Sacra Tridentina Synodus** (20 de diciembre de 1905).

Una antigua huerfanita le escribió de América que frecuentaba la comunión cada ocho días. «Y, ¿por qué no cada día? – él le contestó; y luego añadió – Te envío el librito donde está imprimido el decreto, y luego hay una bonita explicación. Intenta aprovecharlo» (Vol. 42, p. 65). En nuestra iglesia de Mesina erigió la asociación de la **Liga sacerdotal eucarística**, agregada a la primaria en Roma, en la iglesia de San Claudio, **para propagar la Comunión frecuente y diaria en toda clase de personas**.

En la visita hecha a Monseñor Loyácono «los que tuvieron modo de aprovechar las enseñanzas del Siervo de Dios fueron los seminaristas porque, siendo el seminario pegado al palacio arzobispal con comunicación interna, pudieron acercarlo frecuentemente. Pidió si frecuentaban la Santa Comunión. Contestaron que la hacían más veces en la semana. Y el Siervo de Dios: “Y vosotros, ¿cuántas veces a la semana coméis?”. Contestaron: “Cada día”. “Pues – concluyó el Siervo de Dios – como cada día necesitáis el alimento material, así también cada día necesitáis el alimento espiritual, o sea la Santa Comunión para sustentar el alma».

Tratando sobre el espíritu del Instituto, el Padre hace hincapié en este punto: «Llamamos aquí toda la atención de las Hijas del Divino Celo sobre este importantísimo punto, del que depende en particular modo su santificación y la salvación e incremento y estabilidad de su Institución» (Vol. 1, p. 1).

Él quiere que el alma se acerque a la Comunión «hambrienta de Jesús, sedienta de Jesús. Todos sus afectos naturales, todos los sentimientos de su corazón, todas las facultades humanas, toda la humana sensibilidad, todo tiene que ser transformado en esta inteligencia espiritual y en esta hambre y sed de Jesús» (**Ibid.** p. 3).

Él insistía continuamente y premurosamente en la preparación y en la acción de gracias de la Santa Comunión.

Preparación **remota**: «conducta verdaderamente religiosa e impecable: para este fin dirigir todos los actos de virtud diarios: la paciencia, los trabajos, las mortificaciones, las oraciones, las súplicas, las lecturas espirituales, el silencio y toda otra práctica» (**Ibid.** p. 4).

En las oraciones de la noche para las hermanas, hay una que se refiere a la Santa Comunión para tomar el día siguiente. El alma irá a la cama con el pensamiento de la comunión y despertándose por la noche lanzará fervientes jaculatorias a Jesús que en el sagrario la espera.

Preparación **próxima**: empieza con la meditación y el Padre prescribe que sea en la Pasión que es «la disposición indispensable y felicísima para acercarse con el alma compungida, ferviente y amante de la sagrada mesa eucarística para sacar el verdadero provecho» (**Ibid.** p. 28).

Antes de la Santa Misa, como diremos más adelante, el Padre usaba dirigir a las comunidades una breve exhortación, que siempre tenía dos partes: la primera se refería justamente al divino Sacrificio; la segunda se abría generalmente con estas palabras: «Venimos ahora a los que harán la Santa Comunión. **Aquí está el punto...**», decía con voz sostenida y gesto significativo de la mano derecha, y seguía con unas palabras para afervorar para la Santa Comunión. Él no admitía – como se acostumbraba generalmente en las comunidades femeninas en aquellos tiempos – que se hiciera la Comunión antes de la Santa Misa; tenía que hacerse en el momento propio durante la celebración del Sacrificio. En la consagración cesaba toda otra oración. Se leía en cambio una preparación en común, a la que seguían unos minutos de recogimiento.

Recibido el Señor, hacía falta en seguida empezar «no una sola acción de gracia pasajera, sino un complejo de acciones de gracias (**¡y los describe detalladamente!**) de todo el día hasta el tiempo de la otra Santa Comunión» (Vol. 1, p. 8). Él decía que cada Comunión tiene que ser acción de gracias de la Comunión pasada y preparación de la futura, de modo que cada Comunión fuese más fervorosa y fructuosa que la otra.

A la Comunión bien hecha el Padre ligaba justamente la vida de la Obra.

«En el nombre de Jesús, llamo a todas las Hijas del Divino Celo presentes y futuras a considerar que toda la existencia y todo el progreso en el Señor de su humilde institución y de los fines anexos, depende por el acercarse a la Santísima y frecuente Comunión Eucarística con las disposiciones y preparaciones y acciones de gracias que arriba expusimos. Ya que estén seguras las Hijas del Divino Celo que la unión eucarística de amor con Jesús Sumo Bien es la que da vida y existencia, incremento, fecundidad, estabilidad a una institución religiosa. Estén seguras que cuando todas están así unidas a Jesús y Jesús a ellas, la institución queda fundada **super firmam petram**, y ni los poderes humanos, ni los poderes diabólicos podrán abatirla o bien debilitar sus beneficios resultados en la Santa Iglesia. (...) Pero todo lo contrario acontecerá si este importantísimo punto se desatiende, si una comunidad se relaja en la preparación remota y próxima de la Santa Comunión frecuente o en la digna acción de gracias de la misma. Jesús adorable quedará diariamente disgustado por la tibieza con que las almas consagradas a él lo reciben diariamente con el corazón alienado de su divino amor, apegado con muchos otros apegos al propio yo, hinchado de amor propio, igual hasta manchado por culpas graves o casi, con envidia, celos, rencores: ¿cuáles serán entonces las consecuencias? Dios retira sus misericordias, estrecha la mano a sus gracias». Termina con un importante aviso para las responsables: «Yo encomiendo pues calidísimamente que las Superiores sean muy vigilantes para que la Santa Comunión Eucarística se reciba con todas aquellas

disposiciones y devociones y recogimiento que arriba comentamos, y que así también se hagan seguir las acciones de gracias» (Vol. 1, p. 10).

No se tienen que olvidar unos detalles.

El Padre era cuidadosísimo, hasta en los mínimos detalles, en enseñar el modo de recibir la Eucaristía: a qué altura el platito, cómo abrir la boca, sacar la lengua etc. A menudo hacía preceder estos ejercicios continuos bajo su dirección. «Un día que tenía en la Comunión el platito muy lejos de la garganta – así una hermana – a pesar de sus reiteradas recomendaciones en contrario para no dispersar los fragmentos, me lo tomó a fuerza y me lo llevó bajo la garganta».

Él deseaba que se corriera al altar, justamente con el ansia del hambriento a la mesa. Una hermana destaca: «No niego que tal vez yo con alguna otra hermana sonriéramos no poco frente a su conducta de negarnos la Comunión durante la Misa, cuando no arrancábamos de nuestros sitios para correr a la balaustra, provocando, luego de una protesta general de arrepentimiento y de insistencia ante él para que reabriera el sagrario, y ante su negación, correr tras él que se alejaba casi indignado para tocar su puerta pidiendo perdón y la sagrada forma. Una vez sólo a las once se dobló para administrárnosla; así porque pensaba que en nosotros no hubiera hambre de Jesús, y más bien de esto nos acusaba». Claramente esta podía ser una industria piadosa del Padre, para excitar el **hambre de Jesús**, pero puede también entenderse como medida de prudencia.

Leemos en efecto en otro informe: «Encomendaba que a la Comunión se fuera no en orden rígido, como también acontece en los Institutos, sino todos juntos como para hacer ver que se era ansiosos de recibir el alimento del alma. Igual algunos de nosotros aprovechaban de ello, y esto era adrede para que, en la confusión, que siempre nacía, no fuera notado el que se abstenía».

10. Los sagrados fragmentos

Su preocupación por los Sagrados fragmentos le había ya puesto en mente de componer un opúsculo destinado a los celebrantes. Envió también un aviso a las casas para exponerlo en todas las sacristías encomendando justamente el escrúpulo en recoger los fragmentos.

Este aviso provocó las reacciones del Sacerdote Vicente Iuvara, capellán de las Hijas del Divino Celo en el Espíritu Santo en Mesina, porque creía erróneamente de leer una acusación velada de negligencia sobre su cuenta.

Pero nada de todo esto. El Padre pensaba que, tratando la Santísima Eucaristía, si no se usan las debidas atenciones, se corre el riesgo de hacer dispersar los sagrados fragmentos: sólo un principio general; y que llamar la atención del sacerdote en este punto no tiene que ofender a nadie. ¿Era una exageración la suya? No se tiene que negar que los Siervos de Dios tienen una manera toda suya para mirar las cosas, también comunes.

Que caiga a tierra una forma consagrada, comúnmente no hace impresión; se recoge y se pone en el copón. Pero el Cura de Ars se paraba ante el peligro que la forma caída en el suelo pudiese ser pisoteada... «Un día él lloraba, hablando de las formas que pueden caer al suelo, y decía: “¡Se pisotea por doquier el buen Dios! Oh, ¡cuánto es doloroso! ¡Es terrible y no se puede pensar!” (Fourrey, El Santo Cura de Ars auténtico, p. 624, nota 137). También al Padre ocurrió una vez esta desventura: «Recogió la forma y en el lugar puso la campanilla. Acabada la función, se humilló delante de

nosotros, diciendo ser indigno de tener en la mano el Señor y pidió públicamente perdón a Jesús». No falta, más bien, en este propósito, una anécdota de auténtico heroísmo. Sabemos por sor Gertrudis que, habiendo un día una huerfanita de siete u ocho años devuelto después de la Comunión, el Padre quedado solo en la capilla, engulló todo, temiendo que allí hubiera aún la presencia real. Y otra hermana refiere que por dos veces el Siervo de Dios succionó la emisión de dos huerfanitas, en diferente tiempo, en que se suponían las especies sacramentales.

Las formas tenían que ser dispuestas en el copón ordenadamente, tras haberlas cuidadosamente libradas de los fragmentos.

No quería que los copones fueran muy llenos, con el peligro que, abriéndolos, alguna forma pudiera saltar fuera.

Viniendo ahora al escrito sobre los Sagrados fragmentos, digamos que lo había empezado el 26 de noviembre de 1926, en forma de carta circular a los obispos: antes de todo exponía en muchas páginas muchos casos en que había podido dolorosamente constatar evidentemente manumisión y profanación de los sagrados fragmentos; y proponía los remedios. Antes de todos: **la confección exacta de las formas**. Aquí sin embargo termina el manuscrito, sin poder ni terminar la descripción de este primer remedio, porque en enero de 1927 el Padre fue enfermo a la cama para no levantarse más (N.I. Vol. 9, p. 236-242).

11. La Santa Misa

Antes de todo el Padre era atentísimo a la materia del Santo Sacrificio. Escribía: «Las Superiores no confíen para nada en las formas compradas sin conocer la proveniencia» (Vol. 1, p. 42). Cuando abrió su molino en Mesina se alegró inmensamente que la autoridad eclesiástica había obligado a los sacerdotes de tomar las formas allí o bien donde seguramente las hacían con su harina (Vol. 45, p. 452). En 1916, enfureciendo la primera guerra mundial, estrenó en San Pier Niceto un molino anexo a nuestro orfanato de aquella ciudad, ante la presencia de las autoridades y de numerosos invitados. Finalizando el discurso, recordó que el trigo es materia remota para la Eucaristía y siguió: «Bajo este punto de vista la inauguración de un molino como este nuestro es de la máxima importancia. Ello ofrece la harina pura, inalterada para la formación de las formas, que sirven para perpetuar la vida sacramental de Jesucristo en la tierra. (...) Y sepan, señores, que para nosotros el mejor fin para alcanzar por medio del estreno de este molino es justamente esta gran finalidad eucarística. ¡Oh, lo quiera Dios, que esta rueda y estas piedras giraran siempre, día y noche, para formar harina muy escogida, que se convirtiera totalmente en formas sagradas, para alimentar centenares y millares de almas en San Pier Niceto, en la entera provincia, en toda Sicilia! Oh, entonces sí que la abundancia de la divina providencia llenaría la tierra, y los castigos del Señor serían alejados» (Vol. 45, p. 520).

En una congregación había descubierto que las formas se hacían de harina comprada en el mercado común; escribe en seguida a la Madre General: «¡Producen las formas para la Santa Misa con harina comprada en la plaza! Haced hacer tres paquetes postales de harina de puro trigo para formas y enviadlas a las tres casas» (Vol. 35, p. 122).

No menor preocupación tenía para el vino, augurándose que se podría cuidar, en una casa nuestra, una producción propia, para abastecer todas las demás (Vol. 1, p. 46). En este punto sin

embargo el Padre era más tranquilo, porque en Mesina se tenía el abastecimiento de la familia Ciccolo y de la Antonuccio, que daban las mejores garantías.

Una vez quedó muy disturbado, porque, teniendo que celebrar en no sé qué país – me parece de Calabria – se dio cuenta que el sacristán fue a pedir un poco de vino en una posada. El Padre se rechazó de celebrar; y desde aquel entonces llevaba siempre consigo forma y vino cuando preveía que tenía que celebrar en iglesias desconocidas.

Había escrito: «Quiero que toda mi vida sea una continua preparación y una continua acción de gracias por la celebración del tremendo Sacrificio y de la Santa Comunión Eucarística. Con todo esto me hago una ley de anteponer siempre una preparación próxima de al menos unos cuantos minutos, de rodillas. Antes de la Santa Misa evitaré toda clase de discurso o bien distracción, y observaré perfecto silencio. Celebrando el tremendo sacrificio pronunciaré pausadamente las palabras y con voz compungida desde la introducción sin nada precipitar. (...) Tendré cuidado que el servicio de la Santa Misa proceda según las normas, y si el ministrante precipita las palabras, o será distraído, lo amonestaré hasta severamente si hace falta; y en este punto no seré indiferente. Tras la Santa Misa haré una acción de gracias de al menos veinte minutos, retirándome aparte en la misma iglesia o bien en la sacristía, aunque tal vez podré dedicarme a alguna obra de caridad o del ministerio» (Vol. 44, p. 127).

Oigamos de los testimonios cómo él mantuvo estos propósitos.

«Celebró cada día la Santa Misa; en los viajes procuraba, también cambiando tren, de no omitirla; contaba las misas no celebradas por enfermedad y luego procuraba de repetir misa en nuestras casas y fuera, siendo pocos los sacerdotes en aquel tiempo entre nosotros.

«Cada día celebró la santa Misa hasta que las fuerzas se lo permitieron. (...) ¡La celebración de la Santa Misa no era sin lágrimas! Solamente en los últimos tiempos consiguió, no sin esfuerzo a frenarlas, porque se había dado cuenta que los asistentes se fijaban en él de propósito. Igual por esto prohibía al ministrante acercarse demasiado al estrado, especialmente en la consagración (**recuérdese que en aquel entonces el altar estaba dirigido hacia la pared o bien hasta pegado a ella**). Su acción de gracias a la Misa era muy larga y conmovida profunda y visiblemente».

«El sacerdote Sibilla, hallándose en la sacristía en el punto en que el Siervo de Dios empezaba la Misa, dijo al Padre Vitale: “¡Permítame que me quede aquí, para tener el gusto de asistir a la misa de un santo!».

En un hermoso testimonio, de Monseñor Francisco De la Queva, archidiácono de la catedral de Taranto, leemos que cuando el Padre iba allá «celebraba habitualmente la Santa Misa en la catedral, llevando consigo la materia del Sacrificio. Aparecía en él en la preparación de la Santa Misa y tomando los paramentos sagrados algo de un **seráfico ardor**. Dada la hora tardía, las 12, no me era posible quedar para asistirlo, pero el sacristán, Leonardo Ruppi, me refería que se entretenía en la celebración y que luego sabía compensar la incomodidad».

Fue notado que antes de la Santa Misa se vaciaba los bolsillos, para ir al altar libre de las cosas terrenales; llevaba sólo el pañuelo y las gafas. A propósito del silencio antes de la Misa, una hija del Sagrado Costado, una mañana fue a hablarle de no sé qué; y el Padre: «Por esto no hacía falta hablar, bastaba una señal».

«Recuerdo que nunca hablé, ni quería que se hablara durante la celebración. Celebraba con mucho fervor». Así el Hermano Luís María Barbanti, que más abajo vuelve sobre el tema para

recordar una excepción: «cuando celebraba la Misa parecía estar en éxtasis. (...) Recuerdo que un día, antes del desastre del 28 de diciembre de 1908, celebraba la misa; yo decía las oraciones de la comunidad; en el momento del **lavado** me llamó por medio del ministrante. Cosa rara: durante la Misa no procuraba ni sufría ninguna distracción externa.

«Me dijo: “En la puerta hay personas que piden por mí: que esperen cuando se acabe la Misa”. Efectivamente había gente que venía de Roma y que iba a Catania, pero quería hablar con el Siervo de Dios y estaban discutiendo animadamente con el portero, que observaba que sólo a las ocho y treinta horas o bien a las nueve, habría podido conferir. Evidentemente desde la puerta de la capilla, siendo mucha la distancia, no podían llegar palabras y voces. En las primeras no di importancia al hecho; luego pensé mucho en ello».

A menudo lo vi llorar durante la Misa; igual por esto me encomendó un día que me quedase un poco más lejos del altar: en su humildad no quería que lo viera. Fui encargado del comedor durante bastante tiempo: el desayuno se enfriaba porque prolongaba demasiado su acción de gracias tras la Misa.

Su Misa era un poco más larga que la de los demás; pero sus palabras, que nos dirigía siempre en los diversos puntos de la Misa, nos la hacían gustosa.

Más exhaustivo este otro testimonio: «Cuando él nos decía la Misa – cosa frecuente en los primeros tiempos – acostumbraba, en los días laborables, hacer un discursito como preparación a la comunión antes de la Misa, con explicación de las intenciones de la Misa; el segundo tras el Evangelio, como explicación de ello, y el tercero en la comunión como preparación. Tal vez, en los días festivos, la Misa, incluidas sus exhortaciones, se prolongaba bastante; conque naturalmente nos cansábamos, aunque su palabra era siempre nueva y bien aceptada, especialmente en el Evangelio. Más tarde, cuando se dio cuenta de ser largo, confesaba cándidamente que hacía falta llegar a una cierta edad para entender que las cosas largas acaban cansando. Recuérdese sin embargo que normalmente en la Misa había un centenar de comuniones y no había diácono asistiendo». Celebraba cada día, si estaba de viaje interrumpía el recorrido para no privarse de la Misa; atendía el ayuno (**entonces el ayuno eucarístico era riguroso**) hasta la una para poder celebrar; reservaba para sí cuando tenía que repetir misa en el mismo día y declaraba que, si hubiese sido permitido, haría mil veces cada día la comunión, y se maravillaba como la Iglesia tuviera que imponerla, y **por al menos una vez en el año**.

En Ariano Irpino «celebró y predicó en la catedral y todos tuvieron de él la impresión como de un santo». A este testimonio de Monseñor Loyácono, hacemos seguir la del Cura Vicario, Sacerdote Ángel Rizzi, entonces seminarista, que había sido escogido, con un compañero suyo, para servirle la Misa en la catedral, que el Siervo de Dios celebró «con tal piedad y recogimiento y no sin un dulce reproche para nosotros los seminaristas que, en las respuestas de la introducción, contestábamos con un poco de prisa».

«Le serví algunas veces la Misa: era de suma edificación para todos; a mí me parecía un sacerdote en éxtasis. Delante del Sacramento estaba arrodillado y profundamente inclinado». Es el testimonio de Tomás Pasqua, sacristán de San Dionisio, que añade este detalle: «Su acción de gracias después de la Misa era larguísima. Una vez en San Dionisio, tras celebrar la Santa Misa, se retiró en la cantoría para hacer la acción de gracias sin comunicarlo a nadie. Cerrada la iglesia, quedó dentro; y salió de allí cuando vino el sacerdote custodio».

12. El valor de la Santa Misa

La devoción y el recogimiento brotaba de la gran fe del Padre en el valor de la Santa Misa; y por eso, en vía ordinaria, él no aceptaba limosna para la celebración, «no queriendo alienar las intenciones diarias del fruto especial del gran Sacrificio» (**Preciosas Adhesiones** 1919) de los fines santísimos que él se proponía: la gloria de Dios, el triunfo de la Iglesia, la formación de la Obra etc. «Era raro que celebrara Misas manuales, porque tenía sus intenciones; las Misas manuales las pasaba a nuestros Padres».

En una oración personal suya por la noche – que fácilmente remonta a los primeros años del sacerdocio – él recuerda todas las santas Misas que se celebrarán durante la noche: «En agradecimiento por todas las gracias que me hicisteis en el día que ahora acaba, especialmente porque esta mañana me hicisteis celebrar el gran sacrificio de la Santa Misa, y por tantas ayudas, asistencias y providencias y preservación de muchos males y en descuento de muchas miserias mías y pecados, y por la infinita paciencia con que me aguantasteis y bendijisteis, os ofrezco vuestros mismos méritos, vuestro divinísimo Corazón, en unión con el inmaculado Corazón de vuestra Santísima Madre, con todos los méritos de los Ángeles y de los Santos, y os quiero presentar todas las divinas Misas que se celebran en esta noche en todas las partes del mundo, en unión con todas las que se celebraron y se celebrarán. (...) Esta ofrenda quiero presentaros en esta noche en cada instante, en cada latido de mi corazón, en cada movimiento, en cada respiro. (...) Y todo en sufragio de las Almas Santas del Purgatorio, para la conversión de todos los pecadores, para la salvación de todas las almas, por los intereses de vuestro divino Corazón, por todos y por todo» (Vol. 6, p. 104).

En todas las necesidades, recurría a la Santa Misa, tal vez a triduos, septenarios, novenarios de Misas; en casos más graves celebraba seguidamente 33, no porque creyera que «la eficacia de ellas fuera en relación con dicho número», sino porque entendía con aquel número honrar los años que, según la común opinión, Nuestro Señor vivió en la tierra. Más bien en sus últimos años, llevó el número a 34, considerando también la vida del Señor desde el momento de la Encarnación.

En medio de la Comunidad él «elevó cuanto más pudo el concepto de la Santa Misa. Hizo comprender que con la ofrenda de la Santa Misa se consigue toda gracia, que la Santa Misa es todo, que cuando se inmola la Víctima Divina los cielos se abren y las gracias bajan como lluvia» (**Preciosas Adhesiones**, 1919).

He aquí lo que escribió sobre la participación a la Misa por parte de sus hijitos: «Tienen que asistir en ella con ánimo lleno de fe y de santa esperanza de conseguir toda clase de gracia espiritual y temporal, en orden a la gloria de Dios, al bien de toda la Iglesia y de todo el mundo, y a la propia santificación y santa prosperidad. Cuando se celebra la Santa Misa se tienen que ver con la mirada de la fe ríos inmensos de gracias y bendiciones que se derraman por toda la Santa Iglesia y por todo el mundo. (...) En la Santa Misa Jesús ofrece a la Santísima Trinidad todo el obsequio que le es debido por todas las criaturas, adora por nosotros todos los divinos atributos, se ofrece víctima de satisfacción infinita a la divinidad de la Santísima Trinidad por todas las gracias y misericordias del Padre, de sí Mismo y del Espíritu Santo; y junto, nuestro poderoso mediador, impetra siempre gracias y misericordias. (...) Hágase la debida atención y particular caso a la gran calidad de **ofreciente**, que reviste cada persona que asiste a la Santa Misa, o sea que los que ofrecientes de la Santa Misa son tres: Nuestro Señor, el sacerdote celebrante y cualquier que asista con fe y amor. Los sagrados escritores enseñan que el que, por su negligencia y falta de fe y devoción, no recibe gracias durante la Santa Misa, nunca jamás las recibirá» (Vol. 1, p. 37). El Padre por eso escribió unas ofrendas de la

Santa Misa que se leían cada día y otras innumerables, ocasionales, por las diversas circunstancias, que se hallan recogidas en los diversos volúmenes de sus escritos.

¿En qué modo las comunidades asistían a la Santa Misa? Hoy, tras el Concilio esto no se entendería, pero en aquel entonces eran otros tiempos, y el uso común llevaba que la misa se escuchara rezando oraciones. Dejando a un lado los motivos históricos que indujeron a tanto, hasta la prohibición de traducir en vernáculo los textos litúrgicos, recordemos que el Padre tenía que tratar con chicos, y si los chicos no rezan oralmente no rezan para nada y no consiguen recoger sus pensamientos. Esta era también la praxis de los santos. San José Cottolengo había llenado con muchas oraciones la Misa de la comunidad; y ésta más bien tenía que escuchar una segunda llamada de los «**55 Paternoster**», porque tantos se tenían que rezar allí por determinadas intenciones. Don Bosco hacía rezar oraciones por los chicos durante la Misa. Esta manera de asistencia era luego legitimada por las leyes litúrgicas del tiempo. León XIII no se cansaba de encomendar a los fieles el rezo del Rosario **durante la Santa Misa (Supremi Apostolatus**, 1 de septiembre de 1883; **Superiore anno**, 13 de agosto de 1884).

Y Pío XII en la **Mediator Dei** (20 de noviembre de 1947), considerando que no todos son idóneos para comprender rectamente los sagrados ritos, ni todos tienen el mismo ingenio, carácter y naturaleza, enseñó que los fieles podían escuchar la Santa Misa «meditando piadosamente los misterios de Jesucristo, o bien **realizando ejercicios de piedad y haciendo otras oraciones**»; y estas palabras fueron integralmente llevadas en la Instrucción **de la Sagrada Congregación de los Ritos** (número 29) del 3 de septiembre de 1958, en la vigilia, se puede decir, del Vaticano II.

Por eso el Padre admitía moderadamente las oraciones durante la Misa (novenas, lecturas de los meses en curso etc.) hasta la consagración, pero luego quería la preparación a la Santísima Comunión. Recuerdo una anécdota. Un domingo un lector, tras la elevación, empezó la oración para ser librados de los divinos azotes, que, seguida por los **7 Gloria** con los brazos en cruz, acabó justamente en el momento de la Comunión. El Padre improvisó un coloquio; después de la Santa Misa no faltó el reproche: «¿No sabéis, hijos benditos, que la primera condición para ser librados de los divinos azotes es hacer bien la Santísima Comunión?».

13. El Corazón Eucarístico de Jesús

La devoción al Sagrado Corazón es íntimamente ligada a la Santísima Eucaristía, porque si ella es la devoción del amor de Jesús para con los hombres, ¿cuál prueba más grande de este amor podemos nosotros admirar sino en la Santísima Eucaristía? Y he aquí la devoción al **Corazón Eucarístico de Jesús**.

Ella nació en el siglo XIX para honrar el acto de amor con que Jesús instituyó la Santísima Eucaristía; y cuenta entre sus apóstoles San Julián Eymard, San Juan Bosco, Monseñor De Segur... en finales del siglo XIX la devoción era muy difundida en todas las naciones con numerosas cofradías; más bien la que se había erigido en Roma en la iglesia de San Joaquín, oficiada por los Padre Ligorios, había sido elevada a Archicofradía en 1903 por León XIII.

El Padre no podía quedar indiferente a esta devoción, que unía el Sagrado Corazón y la Eucaristía; y el 1 de julio de 1913, en Oria, tras una fervorosa preparación de la comunidad con un triduo de oraciones e instrucciones, proclamó el **Corazón Eucarístico de Jesús Superior absoluto**,

inmediato, efectivo de los Rogacionistas. En memoria de esta proclamación escribió un **Pequeño Reglamento**, donde enseña cuáles tienen que ser nuestras disposiciones interiores recibiendo a Jesús Sacramentado como nuestro divino Superior (N.I. Vol. 9, p. 26, 34). Prescribió entonces, en el comienzo de todo acto común, el rezo de la jaculatoria **Sacratissimum Cor Eucharisticum Domini Nostri Jesu Christi tamquam praeceptor noster in medio nostrum praesens, una cum Superiorissa nostra Immaculata Virgine Maria, nos dirigat, regat et gubernet. Amen.**

En aquel año en el Congreso Eucarístico Internacional de Malta, el Padre Alfonso De Feo, redentorista, había presentado una intervención sobre el Corazón Eucarístico de Jesús.

El Padre leyó aquel discurso y escribió al Padre De Feo sus felicitaciones, a las que hacía seguir la petición de una gracia singular: «Mi queridísimo Padre, le pido doblado una gracia: en todo lo que actúa y piensa por la gloria del Corazón Eucarístico de Jesús, Nuestro Sumo Bien, me una a su espíritu, no digo como compañero, sino como un pequeño criado, que está a servicio de un señor del que sigue los pasos. Todo lo que Vuestra Reverencia actúa y piensa por el amor y el honor del Corazón Eucarístico de Jesús, quiero con Vuestra Reverencia pensarlo y actuarlo yo también como pequeño criado. ¡Bendito siempre sea el Corazón Eucarístico de Jesús!» (N.I. Vol. 5, p. 289).

Sin embargo, después de solamente unos años, una noche en una reunión en Oria, el Padre prescribió a la comunidad de no decir más **Corazón Eucarístico**, sino solamente **Corazón de Jesús**. ¿Qué había acontecido? Lo que generalmente sigue acontecer al nacer las nuevas devociones: nunca faltan los celosos que llegan a exceder; y por lo tanto habían salido equivocaciones, exageraciones y errores sobre el significado, el objeto y el fin de la devoción al **Corazón Eucarístico**; así que la Santa Sede, con decreto del 15 de julio de 1914, fue obligada a intervenir para condenar los errores. Se dijo entonces que esta devoción había sido condenada, y la Santa Sede intervino nuevamente con un decreto del 3 de abril de 1915 para aclarar que la devoción al **Corazón Eucarístico** rectamente entendida no era prohibida para nada, más bien **positivamente reconocida**. Fue entonces grande la alegría del Padre, que se acrecentó luego, cuando Benedicto XU publicaba el 9 de noviembre de 1921 la Misa y el oficio del Corazón Eucarístico de Jesús.

Hoy esta devoción tuvo una nueva sanción por la encíclica de Pío XII **Haurietis aquas** (15.05.1956) que la encomienda vivamente, porque «ni será fácil entender el amor con que Jesucristo se nos dio a sí mismo por alimento espiritual, si no es mediante la práctica de una especial devoción al Corazón Eucarístico de Jesús» (n. 35).

10. ¡MARÍA!

1. No puede uno ser cristiano sin ser mariano. 2. Testimonios. 3. En cada sermón, la Virgen María. 4. La contraseña especial del Instituto. 5. Creció con los años. 6. ¡Soñando con el Carmelo! 7. La santa esclavitud de amor. 8. A María Reina de los corazones. 9. La gracia más inestimable. 10. La Virgen María en la Obra.

1. No puede uno ser cristiano sin ser mariano

Después de Jesús, María; pero lo que dijimos acerca de la devoción al Sagrado Corazón tenemos dolorosamente que repetirlo por la devoción a la Virgen: hoy también ésta está en crisis, bajo el pretexto que ella busca redimensionar la mediación de Jesús ante el Padre.

Pero esta es una herejía, y no es de hoy: más de 270 años atrás, San Luís de Montfort condenaba enérgicamente el error de unos **devotos escrupulosos**: «“Habladnos – dicen ellos – de los que son devotos de Jesucristo” (y es bastante cáustico el relieve del Santo:) Ellos lo nombran a menudo sin descubrirse la cabeza: lo digo así entre paréntesis; “A Jesucristo hace falta recurrir; solo Él es nuestro mediador. De Jesucristo se tiene que hablar en el púlpito: esto sólo es serio”». El santo destaca que esta es una sutil insidia del maligno, bajo pretexto de mayor bien, porque se honra mejor a Jesucristo cuando se honra mejor a María (S. Luis María Griñón de Montfort, **Tractado de la verdadera devoción**, n. 94); y por eso el Padre afirma decididamente: «No ama Jesús el que no ama María, y más se ama María más se ama Jesús» (N.I. Vol. 10, p. 184). La intercesión de María es moralmente necesaria para la eterna salvación (Vol. 22, p. 84); y aún: «Sin la devoción a María no sólo no puede haber devoción y virtud, sino tampoco salvación eterna» (N.I. Vol. 6, p. 231).

Esta es la enseñanza de la Iglesia. Grave la afirmación de San Pío X: «Desgraciados e infelices aquellos que olvidan María con el pretexto de honrar a Jesús: ellos ignoran que no se puede hallar a Jesús sino con María, Madre suya» (**Ad diem illum**, 02.02.1904).

Pío XII: «El culto a la Madre de Dios es un elemento fundamental de la vida cristiana» (12.10.1947). «La devoción mariana os llevará a una mejor comprensión de Jesucristo y a una unión más intensa con sus misterios. Recibiréis, por así decir, a Jesucristo de los brazos de María y Ella os enseñará a amarlo y a imitarlo» (29.09.1957).

El Concilio Vaticano II: «la misión maternal de María para con los hombres no oscurece ni disminuye en modo alguno esta mediación única de Cristo, antes bien sirve para demostrar su poder» (LG 60). Y Pablo VI: «La devoción a la Virgen María es necesaria para cada fiel» (29.01.1967); más bien en el discurso tenido en Cardeña a la Virgen de Bonaria precisó mejor el papel de la Virgen María en la vida espiritual con una expresión que val todo un tratado de mariología: «No puede uno ser cristiano sin ser mariano» (24.04.1970). Es la respuesta que barre totalmente todos los escrúpulos de los falsos devotos condenados por Montfort.

¡Los santos son cristianos perfectos, y por lo tanto tienen que ser perfectamente marianos! Justamente en el proceso de beatificación de un Siervo de Dios se examina la naturaleza y el grado de su devoción mariana. En el santo bautismo con la gracia divina se infunde en el alma la semilla de todas las virtudes y entre ellas el amor a la Virgen. Significativa es la confesión del Venerable Francisco María Pablo Libermann (1802-1852), que a los 25 años pasó al cristianismo desde el judaísmo: «En cuanto el agua del bautismo bajó en mi cabeza de judío, inmediatamente amé a María, que antes detestaba» (Robaldo, **Ejercicios marianos**, p. 1591).

Ninguna maravilla, pues, porque «el amor tierno, profundo, dulce, suave hacia la Gran Madre de Dios, María Santísima – escribe el Padre – es aquella llama de amor que forma los santos, aquella llama que no puede separarse del amor de Dios y sin la cual ninguna gracia del Señor se puede conseguir. La inmaculada Señora es La que forma el amor de todos los predestinados» (Vol. 45, p.

160). Él por lo tanto exhortaba: «Considerad a menudo las grandezas de María, poneos delante de los ojos el ejemplo de los santos, de los que ninguno se hubiera santificado sino hubiera sido particularmente devoto de la gran Madre de Dios, por lo cual San Luis Montfort escribía que la devoción a María Santísima es **secreto de santidad**» (N.I. Vol. 3, p. 183). Hablando a los seminaristas, exclamaba: «¡Oh, si pudiera saber quién es entre estos clérigos el más ferviente amante de la Santísima Madre de Dios, quisiera estrecharlo en el corazón, felicitarle con él, quisiera casi venerarlo como un futuro santo, como uno que se convertirá ciertamente en un celoso ministro del Señor, un apóstol de fe y caridad, un salvador de almas!» (**Ibid.**).

¡Qué ímpetus de amor a la Virgen María hallamos en los escritos del Padre!

«¡María! Solo este nombre es una música dulcísima, que aplaca las tempestades del corazón, es un bálsamo suavísimo, que dulcifica el espíritu más oprimido y amargado» (**Ibid.** p. 160). «Dulce y suave es hablar de Ella, cuyo nombre es un panal de miel, cuya venerada imagen arrebató el corazón, cuyo divino recuerdo hace languidecer por el amor» (Vol. 20, p. 309).

Empezando un año el mes de mayo, se proclama muy feliz de usar la lengua «para alabar Aquella, por la que con mucho gusto quisiera derramar mi sangre» (Vol. 24, p. 92). «¿Te quiero, oh Virgen Inmaculada, oh querido sueño de mi vida, después de Jesús todo mi amor, mi esperanza! ¡Tú sabes que te quiero!» (Vol. 21, p. 172). «En Jesús, Bien Soberano, María Inmaculada es mi dulce amor, es mi suave esperanza, mi amparo, mi gloria, mi salvación» (**Ibid.** p. 99).

Sin embargo, el Padre Vitale, recordando un coloquio con el Siervo de Dios, parece tirar agua al fuego de sus llamas de amor mariano.

«Me pidió un día el Padre en su gran sencillez y confianza de alma: “¿Ama Vuestra Reverencia a la Santísima Virgen, y cuánto a Nuestro Señor?”. Yo tuve que contestarle: “¡Padre, no mucho!”. “Ay, sí – añadió – ¡yo tampoco mucho, porque el amor de Nuestro Señor me subyuga!”.

«Sus palabras **no mucho**, se entiende, tenían un significado muy diferente de las mías. Él las explicó con lo que añadió: “¡El amor de Jesús me subyuga!”.

«Y bajo este yugo que lo dominaba completamente, él no hallaba el amor de María sino bajo una nube, que velaba el incendio amoroso, que también ardía en su corazón para con la Santísima Virgen» (Vitale, **ob. cit.** p. 560).

Me permito observar que aquí no se trata de nube: diría que el maro de María había llegado en el Padre a su perfección.

El Vaticano II explica que la naturaleza de la devoción a la Virgen tiene que ser de tal manera que, «al ser honrada la Madre, el Hijo, por razón del cual son todas las cosas (...), sea mejor conocido, amado, glorificado, y que, a la vez, sean mejor cumplidos sus mandamientos» (**LG**, 66). Esto mismo había dicho en otras palabras San Luis Griñón más de dos siglos y medio antes: «La devoción a María no nos es necesaria, sino que para hallar a Jesucristo perfectamente, amarlo con todo el corazón y servirlo con fidelidad» María (S. Luis María Griñón de Montfort, **Tractado de la verdadera devoción**, n. 62). En consecuencia, María «Muy lejos de considerar para sí misma un alma, Ella la echa en Dios y la une a Él tanto más perfectamente, cuanto más esta alma es unida a Ella. María es el eco maravilloso de Dios que responde solamente **Dios**, cuando le se grita **María**» (**Secreto de María**, n. 21). Es la prueba de la sentencia aceptada por la piedad católica: **Per Mariam ad Jesum**.

Muy a razón escribe el Padre: «Jesús no se puede separar de María Santísima, no son completas las alabanzas que se dan a Jesús, si no se añaden las alabanzas a su Santísima Madre. Se

completa la plenitud del amor de Jesús con el amor de María Santísima. No se obtiene Jesús sino por medio de María» (N.I. Vol. 3, p. 87). De aquí el saludo cristiano que él quiso en las casas: «¡Alabados sean Jesús y María!».

Y exhortando a sus hijas, explica: «en verdad amando y sirviendo a esta gran Madre, y no de otra forma, se puede llegar a conocer, amar y poseer con unión de caridad el Sumo Bien Jesucristo Nuestro Señor, que debe formar nuestro último soberano fin. Pero no hallará Jesús el que no busca a María, y el que busca María hallará a Jesús».

El Padre desde los primeros años había buscado María y María lo había llenado de Jesucristo; por lo tanto, él concluye: «Amad a la Santísima Virgen con gran transporte de amor, porque así creceréis en cada virtud y seréis todas de Nuestro Señor Jesucristo» (Vol. 34, p. 219).

2. Testimonios

Veamos ahora cómo era juzgada por los contemporáneos la devoción del Padre a la Virgen. Hace falta adelantar que él, como veremos, tuvo unas preferencias por unos títulos o privilegios de la Santísima Madre, pero hace falta también recordar que la Virgen es una, es siempre Nuestra Señora, y por eso cualquier título inflamaba el Padre y el que lo sentía hablar sobre un título particular notaba en él tanto celo, entusiasmo, fervor, que pensaba que aquello fuera su título predilecto. Se pueden entender así en su correcto significado unos cuantos testimonios.

«Amó la Virgen María y bajo los títulos conocido y con otros que cada año buscaba y nos indicaba para venerarla durante todo el año eucarístico». «Sobre el amor y la veneración a la Virgen, hace fe toda su vida, su predicación y sus escritos. Desde joven nunca disoció la devoción de la Virgen de la de Nuestro Señor. De ella ilustró todos los títulos litúrgicos en los sermones y en los panegíricos. Gran parte de su obra poética habla de la Virgen: por la Virgen de Lourdes hay un pequeño poema,⁴³ escrito juvenil, de sabor clásico, apreciado también por Cesáreo.⁴⁴ (...) Antes de las fiestas marianas, quería que a las oraciones se añadiese alguna vigilia nocturna, el ayuno y diversas otras mortificaciones, según el espíritu primitivo de la Iglesia en la celebración de las vigiliat. Especialmente en las festividades marianas prescribía en las casas la llamada **Competición de las virtudes**».

Escribió muchas oraciones en Su honor, en prosa y en versos. Cuando se iba cada semana a la Superiora, para la acusación privada de alguna falta, quería que se acabara con esta jaculatoria: «María Inmaculada, nuestra superiora y Madre, castigadnos, pero perdonadnos». «El Siervo de Dios fue muy devoto de la Virgen Santísima. Celebrando cada año la fiesta de Jesús Sacramentado, celebraba junto la de la Santísima Virgen; como por Jesús dictaba un himno con un título especial,

⁴³ El Padre lo llamó **canto**: son 17 octavas.

⁴⁴ Juan Alfredo Cesáreo (1860-1937), literato y poeta mesinés, que sin embargo enseñó durante largos años en la universidad de Palermo, donde falleció. «Inefables dolores, que consideraba como expiación de sus culpas, lo llevaron gradualmente a la conversión religiosa. Los **Cantos de Pan**, los **Poemas de la sombra**, los **Coloquios con Dios** son la historia de un alma turbada por el misterio, destrozada por el contraste entre espíritu y sentido, purificada por el dolor y por el ansia religiosa» (**Enciclopedia Católica**, Vol. 3, col. 1348). Era compadre del Padre; leemos en efecto en unas notas suyas: «El 28 de enero de 1912 en Palermo, el día de domingo, tuvo en la Santa Confirmación los dos hijos del profesor Cesáreo, o sea Guido, de 15 años y Hugo, de 14. Los confirmó Su Eminencia el Arzobispo Lualdi, Cardenal» (N.I. Vol. 10, p. 641).

así dictaba otro con título análogo para la Virgen. A menudo predicaba sobre la devoción a la Virgen y escribió aún unos poemas hermosísimos y populares, que aún se cantan».

«Estaba loco por la Virgen, que veneraba bajo todos los títulos, especialmente la Inmaculada, el Carmen, etc. Si hubiera podido, nos hubiera hecho todas carmelitas. En efecto, nuestro hábito es, por el color, carmelita». «Amó inmensamente la Virgen y nos la hacía amar; nos hacía inscribir a todas las congregaciones marianas, especialmente a la esclavitud de la Virgen». «Muy singular fue su devoción hacia la Virgen. Recuerdo un panegírico a la Virgen de la Escalera – habla un religioso – fue una obra maestra; lo que encantaba sobre todo era su sentido de amor filial a la Virgen. Esta devoción la instiló grandemente en sus instituciones». «Nos hablaba con tierna devoción de la Virgen; amaba sus imágenes; quitaba las que no inspiraban devoción; estaba hasta enamorado de la Niña María».

«Recuerdo que cerca de 1890 escribió una Salve a la que hizo poner música y se cantaba por todo el barrio del Espíritu Santo. (...) Lo mismo aconteció cuando en la gran iglesia de la Magdalena se dedicó un altar a la Virgen de Pompeya y el Reverendísimo Canónigo Sofía, rector del templo, invitó el Siervo de Dios para predicar el triduo y se cantó la misma **Salve del Cielo Reina** con el mismo entusiasmo».

Un devoto mesinés: «Puedo afirmar que en cada conversación suya conmigo y también con otros invocaba la ayuda de la Virgen en nuestro favor. creo que las palabras de la ofrenda que siguen el Rosario, en la edición mesinés, son obra suya, como son suyas casi todas las oraciones que se cantan en las novenas más importantes».

«La ofrenda empieza con estas palabras: “Oh María dulce patrona”. Por cuántos rosarios tuve entre las manos, empezando por las ediciones de los Padres Dominicos de 1834, nunca se me ocurrió de leer una oración parecida que encierre dignamente el rosario». «Su devoción a la Virgen era intensa y varia. Las oraciones escritas por él en este propósito son numerosísimas. Un año nos hizo hacer en espíritu una peregrinación a Lourdes; durante muchos años nos hizo hacer otro a La Salette. Escribió oraciones, para la ida, la estancia y la vuelta, que se realizaba el 29 de septiembre, fiesta de San Miguel Arcángel, después de haber ido al Monte Gargano, siempre en espíritu: nuestro fervor naturalmente crecía, porque se añadían oraciones y meditaciones».

«En general, pienso que todas las devociones inculcadas a nosotras, fueran las suyas: Virgen del Carmen, de la Visitación, y en general de todos los títulos principales de la Virgen; en tales circunstancias se hacían triduos y novenas con oraciones compuestas por él, acompañadas por sus respectivos sermones y con la explicación de la florecilla. Hacíamos unas peregrinaciones espirituales a Lourdes y a La Salette. (...) En el mes de mayo, en un día escogido (en realidad era echado a suerte) se tenían que amargar los alimentos con cierto polvo; pero la hermana dedicada a su servicio nos decía que él también hacía lo mismo en honor de la Virgen». «Un día en una charla a las hermanas, mientras nos exhortaba a amar a la Virgen, tuvo que decir que él amaba la Virgen desde cuando tenía tres años».

3. En cada sermón, la Virgen María

«Amó muchísimo la Virgen María; de ella hablaba a menudo. En San Pier Niceto iba a predicar la novena del ocho de mayo. Su palabra era un encanto. Como divina superiora Le dio

muchos títulos». «El Siervo de Dios era enamorado de la Virgen: cuando ocurrían fiestas, novenas, triduos y meses consagrados a Ella, nos hablaba de Ella y nos hacía practicar florecillas». «A la Virgen la quería hasta la locura, especialmente a la Niña María. Durante nuestras pequeñas procesiones internas nos hacía repetir unas jaculatorias compuestas por él. Amaba representarnos los lugares de los santuarios marianos: por ejemplo, nos hacía hacer una gruta como la de Lourdes y nosotras a peregrinar, hasta que, llegados a la gruta, bebíamos el agua bendita por él. Nos hizo agregar a todas las uniones marianas. Todas nosotras somos esclavas de la Virgen y renovamos el voto el día de la Inmaculada. Escribió mucho sobre la Virgen en prosa y en versos». Un antiguo alumno tipógrafo afirma: «Índice de su devoción a la Virgen son los diferentes títulos, que le daba en ocasión del 1 de julio. Imprimí una infinidad de opúsculos en prosa y en versos que celebraban todos la Virgen bajo diversos títulos». «Tengo solo que añadir que, comentando el himno de la Navidad de Manzoni, no se daba paz por cómo el poeta hubiese podido escribir: **Su puro vientre se Le abrió**. Decía que si el poeta hubiese sido aún vivo, le habría escrito para que lo corrigiera». El Siervo de Dios allí veía puesta en cuestión o por lo menos no puesta en el justo relieve la integridad virginal de Nuestra Señora. «No hacía sermón en que no entrara, al menos en la conclusión, un pensamiento sobre la Virgen. ¡Títulos, oraciones, poemas, triduos, novenas a la Virgen, de ellos escribió y propuso muchos!».

«Sé que, como también se lee en la vida, siendo aún diácono, llamado por los párrocos, predicó sobre la Virgen, y que su vocación eclesiástica la creía un don de la Inmaculada, que en su templo en Mesina era a menudo meta de sus visitas, que a la Inmaculada regaló su anillo canonical. Predicó tanto sobre la Virgen. Permanecen muchos escritos suyos, completos y en notas. Buscó instilar esta profunda y filial devoción suya en otros. No sé cuántas estatuas regaló también fuera de nuestras casas. Las industrias espirituales – así las llamaba para que fuera siempre caliente en nosotros el amor hacia la Virgen – eran diversas y todas muy acertadas».

«Amó mucho a la Virgen, especialmente a la Niña, la Presentación, y deseaba que las novenas se hicieran con solemnidad. Nos hablaba a menudo de ella, haciéndola considerar no sólo como madre, sino también como superiora, estimulándonos a trabajar bajo su mirada, justamente como Superiora. Si veía una nuestra capilla sin la imagen de María – habla una Hija del Sagrado Costado – era él que la procuraba, preferiblemente como Inmaculada, con los ojos bajos y las manos juntas».

La devoción a la Virgen era muy tierna: la obsequiaba bajo muchos títulos; los más queridos eran los del Carmen y de la Niña. Por esta sin embargo hay fiestas especiales: precede una novena, luego la vigilia y la procesión interna con cánticos escritos por el Padre. «Los temas de sus sermones se entonaban con las circunstancias litúrgicas, pero no faltaba nunca en ningún sermón, aunque fuera del tema, un pensamiento para la Virgen». «Amaba la Virgen en modo especial y esto se notaba de sus sermones y de sus oraciones: celebraba especialmente la Inmaculada, la Elevada al cielo: alimentaba tierna devoción para la Dolorosa, sus discursos nos acrecentaban el amor a la Virgen». «Tuvo una gran devoción a la Virgen: más bien digo que fue la palanca para su santidad. En los sermones tenía que entrar siempre la Virgen. Nosotros nos inflamábamos».

«Se alegraba porque llevaba el nombre de María: la Virgen era para él **la mamma mía**. Fue una fiesta para toda la comunidad de Trani cuando nos llevó una bonita talla de Nuestra Señora de La Salette, cuya llegada nos anunció bajo la alegoría de la llegada de una gran dama, que teníamos que acoger en la mejor manera». «Estaba loco por la Virgen: la veneraba bajo todos los títulos, especialmente del Perpetuo Socorro, de La Salette, de la Dolorosa, de la Inmaculada y de la Niña. Recuerdo como si fuera hoy, un novenario tenido por el Padre en forma de peregrinación a la Virgen de La Salette: la fantasía era tan viva que nos parecía estar allí de veras por aquellas callejuelas de

montaña, en aquellas estaciones, que nos acercábamos cada día más a la meta. El día noveno nos alegraba: ¡En pocas horas estaremos en el Santuario!».

4. La contraseña especial del Instituto

Intentemos ahora ir a los detalles.

Antes de todo digamos que el Padre nació espiritualmente en el nombre de María. En su familia la devoción a la Virgen era fuertemente sentida, y sus padres, entre otras cosas, tenían la santa costumbre de poner a todos los hijos como segundo nombre el de María. Pero al Padre, esto resulta como primer nombre sea en la oficina de registro religiosa sea en la civil. Hubo seguramente una equivocación, pero el Padre allí veía no sin fundamento un signo de predilección de la Virgen, de ello se alegraba y santamente se gloriaba de ello. «Pienso – decía – que el demonio en aquel momento tuvo que estremecerse por la ira, porque la Virgen María demostró de tomarme bajo su protección particular, sin la cual me habría perdido». Añado que en los sermones exhortaba los padres a poner a los hijos el nombre de María, al menos como segundo nombre.

Siendo fundador, al Padre quiso que todas sus Hijas del Divino Celo tuviesen el nombre de María antes del nombre de religión: pero no lo imponía en la vestición. Después de la profesión perpetua, las hermanas tenían que implorarlo con una triple sucesiva petición, **instanter**, **instantius**, **instantissime**, y merecerlo con una conducta cada vez más incensurable. Él entonces lo concedía con alegría, reservándose el derecho de retirar la concesión si seguidamente ellas se mostrarían pertinazmente indignas.

Del amor a María, todas las gracias: y por eso escribía a sus hijos: «Delante del erario de los divinos tesoros de las gracias está María. El que ama María, el que se entrega a esta gran Madre, el que la invoca, el que la honra, Dios estableció que sea enriquecido con gracias sobre gracias. El que está lejos de ella, no tendrá que esperar: todos los ejercicios de devoción se dispersarán: su perseverancia vacilará» (N.I. Vol. 5, p. 59).

El Padre quiso la devoción a la Virgen María como característica de sus Obras. Ella «forma una contraseña especial del Instituto» (Vol. 44, p. 113). «El reglamento de esta pequeña comunidad propone la devoción a la Santísima Virgen como medio eficaz para obtener la santificación y todo buen intento. Por favor, ¡que el amor a la gran Madre de Dios y su culto formen una parte esencial del espíritu de esta pequeña congregación! Entonces, postulantes, reinará Jesús en vuestros corazones, cuando el amor a María Santísima habrá penetrado en ellos. ¿Qué se puede decir de un postulante, que fuera frío en el amor hacia la Santísima Virgen? Se tiene que decir con seguridad que él no tendrá la santa perseverancia en la vocación, ¡y correrá el riesgo de salir del camino de la salvación!» (N.I. Vol. 10, p. 68). «La Congregación de los Rogacionistas del Corazón de Jesús tendrá por gloria suya especial la más gran devoción y el más gran transporte de amor para con la gran Madre de Dios, María Santísima que es su principalísima Patrona. Los Congregados, por lo que les será posible, propagarán su culto y se esforzarán de hacerla conocer y amar. Se celebrarán las novenas y las fiestas de la Santísima Virgen con el fervor más grande» (Vol. 3, p. 17). «Espero que la devoción a la Santísima Virgen tenga que ser una de las especiales características de nuestra mínima Obra» (N.I. Vol. 5, p. 59).

Por esto el Padre insiste con fuerza sobre la importancia de esta devoción para los Rogacionistas: «Es menester que los congregados consideren toda la sobrehumana importancia de la devoción a la Santísima Virgen María, a la luz de lo que de la Santísima Virgen Madre de Dios y de los hombres enseñan en competición la fe, la palabra de Dios, la Santa Iglesia, el ejemplo de los santos, las obras de los Padres y Doctores, las revelaciones, la historia, los monumentos y la humanidad de todos los tiempos y en todos los lugares y a través de todo lo que predicaron de María Santísima todos los santuarios etc. (...) Es menester que predomine la enseñanza que entre nosotros la devoción a María Santísima tiene que ser más que singular, tiene que formar el orgullo y la gloria de este mínimo Instituto. Así pues, se usarán siempre todos los medios para tener elevado este estandarte mariano: se estudiarán y considerarán las grandezas de la Santísima Virgen, se celebrarán exactamente sus días de memoria, y de ellos unos cuantos con particulares ejercicios de devoción, y se recurrirá a la Santísima Virgen en todas las necesidades. Además, procuraremos con todas las fuerzas de difundir y predicar las glorias de la Santísima Virgen, y hacerlas conocer y amar por todas las almas, si fuera posible. Pediremos siempre a Nuestro Señor Jesucristo, que nos haga conocer mucho y amar su santísima y dulcísima Madre, que es también Madre nuestra, y nos dé gracia de hacerla conocer y amar por todos los corazones. Todos nosotros, con todas nuestras cosas, somos y seremos eternamente consagrados a los Corazones dulcísimos de Jesús y de María: y la Rogación del Corazón de Jesús es también y será siempre la Rogación del Corazón de María» (N.I. Vol. 10, p. 184).

En una de las Súplicas presentadas en el Nombre Santísimo de Jesús, el Padre imploraba: «Os suplicamos, oh Señor, dadnos siempre el gran don de una tierna devoción a la Santísima Virgen María, Madre de vuestro Unigénito Hijo Jesús y Madre nuestra; haced que esta devoción prevalezca en toda esta Obra» (N.I. Vol. 9, p. 66).

El **Rogate** es un don especial de la Virgen a los Rogacionistas. He aquí como habla de ello el Padre en uno de los sermoncitos del 1 de julio: «Ahora te rogamos, oh Inmaculada Madre de Dios, no ceses de mostrarnos tu maternal protección, en ti ponemos toda nuestra esperanza; a ti confiamos todo nuestro interés: especialmente te confiamos este sagrado estandarte que forma toda nuestra gloria, la bandera de nuestra religiosa expectación, alrededor del que nos estrechamos, con el que somos fuertes entre nuestras debilidades, ricos en nuestra pobreza, valientes en medio de las luchas de la vida: nosotros lo confiamos a ti: Tú que guardabas en tu materno corazón las palabras de tu Divino Hijo, no faltaste ciertamente de guardar este sublime dicho, salido del cielo del Corazón Santísimo de Jesús: **Rogate ergo Dominum messis, ut mittat operarios in messem suam**; y, ¡oh, admirable misterio de tu materna bondad! Esta sagrada palabra, este divino mandato, escondido **in Corde tuo**, te dignaste de desvelarlo a nosotros pequeñísimos hijos tuyos en medio de estas barracas, y por nuestro medio te dignaste propagarlo también en otros lugares, y de llamar sobre ello la atención de la Iglesia» (N.I. Vol. 3, p. 157). En una carta insiste sobre las predilecciones de la Virgen sobre el **pequeño germen** en gracia justamente del divino mandato: «Estoy seguro que la comunidad de los pequeños Rogacionistas tenga que atraer un especialísimo amor de la gran Madre de Dios sobre ellos. Ella ama mucho los jovencitos de todo instituto religioso, cuando en ellos reina Jesús Sumo Bien; pero tenemos que decir que ama con mayor ternura una comunidad de queridos hijos que sean consagrados, además que, a las obras de caridad, a aquel divino mandato de Nuestro Señor Jesucristo: **Rogate ergo Dominum messis, ut mittat operarios in messem suam**. ¿Cómo no habrá una inmensa complacencia de ello aquella gran Señora, que en esta oración ve la máxima gloria de Dios y el máximo bien de las almas? ¿Cómo no mirará con ojo de particular cariño esta comunidad, que se puede decir la primera nacida en la Iglesia con esta misión santísima?». Pero esta predilección de la Virgen hace falta comprometerse para merecerla; y por eso el Padre concluye: «Sin embargo queda

que el pequeño germen tiene que desarrollarse exuberante de santas virtudes, ¡especialmente con el calor del amor de Jesús dilecto!» (N.I. Vol. 5, p. 59).

5. Creció con los años

La devoción a la Virgen en el Padre creció con los años; y la parte por Ella tenida en su vida espiritual nos resulta de sus innumerables oraciones personales, además de las usadas en las comunidades.

Con 17 años, en 1868, pide ayuda a la Virgen y le ofrece su cítara juvenil:

¡Por favor, confórtame tú, Madre divina,
En la pujante corriente del mal;
En mis versos te cantaré reina,
Santa, inmortal! (Vol. 47, p. 167).

Un canto a la Virgen, publicado el 8 de diciembre de aquel mismo año 1868, cuando el Padre aún no había decidido su porvenir, se encierra con esta tierna invocación, para que la Virgen lo ayude a realizar su íntimo deseo de poseer a Dios:

Y yo también lloro ante tus pies, María,
De mis faltas en los íntimos afanes;
Aquí, aquí, en el alma mía
¡Busco a Dios, pero no lo sé hallar! (...)
También en el tierno florecer de los años
Te busqué con lágrimas en los ojos,
Doblado ante tus Santas rodillas
¡Por favor, que encuentre el que quiero amar! (Vol. 47, p. 138).

Sus cantos a la Virgen, bajo todos los títulos, son sin número, y cuando en 1921 nuestros cohermanos de Oria obtuvieron de poder publicar unos versos suyos, él consagró el libro **Fe y poesía** a la Virgen María, con una dedicatoria que es también ella un canto de amor: «A ti celestial divina Inmaculada Virgen María – Estrella espléndida en eterno en el pensamiento de Dios – único objeto – de la posible extensión del divino poder creador – en pura criatura – a ti consagraron – los más grandes poetas de Italia – desde Dante hasta Tasso, desde Monti a Manzoni a Bisazza – la inspiración fecunda y los clásicos versos – sello de elevadísima poesía – en contra de que está la horrible y embarrada musa de los que alaban Satanás – que bajo tu pie tiembla y se retuerce – a ti dulcísima a la que dedicaron – los pinceles el de Urbino – el cincel de Buonarroti – las más extáticas melodías – genios nuestros y de ultramar desde Gounod hasta Mercadante – a ti Reina de los Ángeles Madre de Dios – inspiradora de lo hermoso, de lo bueno de lo sublime – benignísima Señora – que entre las selectas flores no desdeñas la humilde fronda – estos pobres versos – ofrezco con piadosa y fija mirada de amor».

A Ella pide la conversión, con súplicas de que mencionamos un ensayo en el primer capítulo. Hallo tres novenas a la Inmaculada, escritas en años diferentes, en que se entrega a la Santísima virgen para su progreso en el camino de la virtud.

La primera remonta a 1876 o bien 1877, porque el Padre entonces todavía no era sacerdote. Habla a la Virgen: «Antes de todo me dedico, me consagro, me entrego todo como vuestro esclavo» y por el mérito de todas aquellas eminentes virtudes, privilegios y prerrogativas que, como las 12 estrellas os adornan la cabeza, pide «12 gracias: 1. El santo Paraíso para mí y todos los míos, con la gracia de no tocar las flamas del Purgatorio. 2. Un Amor ardiente, continuo, fervoroso, para vuestro Divino Hijo, para Vos, para San José, y para los Ángeles y Santos que Vos queréis que yo más ame, con una operativa Caridad del prójimo. 3. Una Fe viva con confianza en los méritos de Jesucristo y en vuestra intercesión todopoderosa. 4. La santa humildad interna y externa en grado heroico. 5. Una perfecta uniformidad, conformidad y deiformidad en la voluntad de Dios. 6. La gracia de contentar en todo y por todo vuestro Divino Hijo, hasta el último instante de mi vida. 7. El Santo Sacerdocio con la gracia de la ciencia eclesiástica y del verdadero celo apostólico, para trabajar continua, eficaz, y abundantemente, y con pureza de intención para la salud de las almas, para la mayor Gloria de Dios, y para vuestro honor. 8. El espíritu de la oración con la invocación y meditación continuas de las penas de Jesucristo y de vuestros dolores. 9. La gracia de predicar y alabar por doquier provechosamente con todo medio, a vuestro Hijo Divino, a Vos, San José, bajo todo título, y a aquellos Ángeles y Santos que queréis que más ame. 10. El santo recogimiento continuo, con el ejercicio de la divina presencia, y con la virtud del silencio. 11. Una tierna y predominante devoción a Jesús Sacramentado, con la gracia de recibirlo cada día sacramentalmente, muy a menudo espiritualmente, y en forma de viático en la hora de mi muerte. 12. Finalmente, por los méritos de vuestra Inmaculada Concepción os pido la santa Perseverancia final y aquella gracia que Vos creéis más expediente para la santificación mía y de mi prójimo, y para la mayor gloria de Dios. Amén» (Vol. 7, p. 163).

Otra oración después del sacerdocio: pide aún doce gracias «en honor de las doce simbólicas estrellas, que os ciñen la cabeza virginal: 1. Que me deis la gracia de anonadar totalmente mi voluntad en la de vuestro divino Hijo, que no tenga más voluntad sino la misma de vuestro divino Hijo; 2. ¡Encended en mi corazón el incendio del divino amor! haced que la llama purísima del amor de Dios penetre íntimamente en las médulas de mi espíritu, y desde las raíces destruya mi amor propio. Dadme también vuestro santo amor, la gracia de amaros lo que merecéis, y dadme una tierna devoción a Jesús Sacramentado; 3. Obtenedme un perfecto desapego de todas las cosas, para vivir solamente en Dios; 4. Tierna Madre mía, impetradme de Dios una profunda y sincera humildad: humildad interna y externa, perfecta conciencia de mi nada, y espíritu de mortificación, por lo cual me humille ante Dios y ante las criaturas. Hacedme amar los desprecios, las injurias, las humillaciones, y hacedme concebir un profundo desprecio de mí mismo. Oh espejo de verdadera humildad, obtenedme esta gran virtud junto con la virtud de la santa obediencia; 5. Imploradme la hermosa virtud de la mansedumbre y de la dulzura con todos, especialmente con los hacia los que siento repugnancia. Dadme un corazón sencillo, alegre, dulce, suave afable, benigno, compasivo, humilde y manso; 6. ¡Imploradme, por favor, una profunda contrición de mis pecados, un dolor íntimo interno que me desgare el corazón y me lo haga sangrar por todas las ofensas que hice a vuestro divino Hijo! 7. Imploradme el espíritu de la santa oración, la gracia de meditar las sublimes verdades de la fe, especialmente la pasión de Jesús y vuestros dolores, y de rezar sin interrupción, especialmente en las ocasiones de pecado. Dadme también un santo recogimiento con ejercicio continuo de la divina presencia, y con la virtud del silencio; 8. Obtenedme por Dios la santa virtud de la pureza; pureza de conciencia, a través de la santa confesión humilde, frecuente y sincera; pureza de intención para hacerlo todo para la mayor gloria de Dios; pureza de alma y cuerpo; 9. Obtenedme una heroica fe con amorosa y filial confianza en el sagradísimo Corazón de Jesús y en vuestra materna afición; 10. Imploradme un celo sincero y fervoroso para la mayor gloria de Dios y para la salvación de todas las almas, con la gracia de cumplir en todo perfectamente las obligaciones de mi estado y el sublime ministerio sacerdotal. Dadme la

gracia de trabajar fructuosa e incansablemente para la gloria de Dios y la salvación de las almas. Dadme la gracia de celebrar el santo sacrificio de la Misa con profundo recogimiento e íntima devoción, y de rezar el santo y divino oficio con igual recogimiento y devoción; 11. Tierna Madre mía, dadme la santa virtud de la fortaleza, especialmente para vencerme a mí mismo, haciéndome siempre santa violencia para superar las dificultades y vencer el amor propio, para mortificarme interior y exteriormente, y dadme fortaleza, oh Mujer fuerte, que ganasteis todo el infierno, para que venza yo también el demonio, el mundo, la carne; 12. Imploradme, por favor, vos que sois vida y esperanza nuestra, imploradme la santa final perseverancia en la gracia de vuestro divino Hijo haced que viva santamente, que muera santamente y pase luego de esta vida a amaros eternamente en el Paraíso» (Vol. 7, p. 137).

Otro carácter tiene una tercera coronilla, también para la novena de la Inmaculada: son doce pequeñas oraciones, como siempre, en las que se recuerda en cada una un privilegio de la Virgen, pero se remite a Nuestra Señora por la gracia que se necesita; en cada oración en efecto insiste siempre en la misma petición: « Por favor, Madre Inmaculada, por esta Vuestra gloria y por honor de Dios, impetradme aquella gracia que Vos sabéis que más que toda otra me hará ser tal como me quiere el Sagrado Corazón de Jesús» (Vol. 7, p. 157).

6. ¡Soñando con el Carmelo!

Él pensó durante muchos años de ser destinado a vivir una vida mariana entre las filas de los Carmelitas. Consideraba su compromiso por la Obra de Aviñón en aquellos tiempos como un servicio provisional, en su idea la Obra era sublime, y por eso no podía ser confiada a sus míseras fuerzas; el Señor había querido él en el comienzo, pero luego habría enviado un siervo suyo más grade para llevarla adelante; por eso rogaba insistentemente: **Mitte Domine, ¡quem missurus es!** (N.I. Vol. 4, p. 34, 35). Confiada la Obra a manos, según él, más expertas, él se haría carmelita descalzo, para ponerse más directamente en la escuela de María. Por eso empezó pidiendo la inscripción al Tercer Orden. Hallamos una larga oración «A la Santa Virgen del Carmelo para obtener la gran gracia de hacerme terciario carmelita (1 de enero de 1888)» (N.I. Vol. 10, p. 18). Terminada la oración, no habla ya de Tercer Orden, sino que pide hasta la entrada en el Primero. Sin embargo, empezó el noviciado para el Tercer Orden el 26 de agosto de 1888, y hallamos el listado de las prácticas relativas, diarias, semanales, mensuales, anuales.

Entre las mensuales él anota una práctica ciertamente supererogatoria: escribir al Padre General dando cuenta de sí. Si se hallaran estos informes podríamos conocer mejor la vida mariana del Padre. Profesó el 30 de agosto de 1889 en Nápoles.⁴⁵

En las condiciones en que se hallaba el Padre no podría ir más allá del Tercer Orden; pero oh, si Dios bendito le hubiese enviado el hombre de sus sueños... **¡Quem missurus es!** ¡Habría volado

⁴⁵ Para ser completos hay que decir que se nos quedan dos fórmulas de profesión del Padre, en la misma hoja idénticas, una en latín y la otra en italiano, pero con fechas diferentes. La italiana del 30 de agosto de 1889, en Santa Teresa, en Nápoles; la otra del 10 de septiembre de 1895. En esta segunda el Padre se presenta con el nombre de Fray Juan María de la Cruz, **in saeculo** Anibal María Di Francia. La fórmula de 1889 es autenticada por el Padre Marcelo de la Inmaculada Concepción, por delegación del Padre Provincial; para la segunda el sacerdote delegado para recibir es el Padre Alejandro de San Francisco. Esta segunda profesión es fechada en Nápoles, Santa Teresa en Chiaia, **in sacello privato**. Puede creerse que también la primera aconteció allí mismo; pero lamentablemente el nombre del Padre no aparece en el registro de los Terciarios ni en Santa Teresa en Chiaia, ni en Santa Teresa en el Museo. No sabemos en ninguna manera explicarnos este duplicado de profesión, absolutamente idéntico, repetimos, en el mismo papel, con la diferencia de seis años.

pronto al Primer Orden! Leemos en sus notas: «el día 27 de diciembre, fiesta de San Juan Evangelista, de 1893, miércoles, tras la santa Misa, entendí crecer en mi alma, con gozo, el deseo de hacerme carmelita descalzo, después de la inauguración de la Pequeña Obra Piadosa, y la entrega de la misma a un Elegido» (N.I. Vol. 10, p. 36). No nos resulta qué entendiera el Padre por **inauguración de la Pequeña Obra Piadosa**: ¿no había sido inaugurada años atrás? Sin embargo, el elegido no vino, porque el elegido era él, que vivía perfectamente el espíritu mariano, que tenía que transmitir ampliamente en sus Obras.

7. La santa esclavitud de amor

Pero el culmen de la devoción del Padre a la Virgen está en su vida de perfecta consagración a Ella en el espíritu de santa filial esclavitud de amor, según la enseñanza de San Luis María Grignon de Montfort.

Hoy la palabra **esclavo** provoca repulsión: somos en el siglo de la democracia, de la libertad absoluta, que a menudo desborda en la licencia... Sin embargo, San Pablo no se avergonzaba de llamarse innumerables veces **esclavo de Jesucristo** y **esclavos de Jesucristo** llamaba también los cristianos (1Cor 7, 22; 1Tim 2, 24). Se dirá: esclavos de Jesús sí, pero no de la Virgen. Sin embargo, contesta el Santo de Montfort, «si no se quiere que nos llamemos esclavos de María Virgen, ¿qué importa? Constituirse y proclamarse esclavos de Jesucristo es ser esclavos de María Virgen, porque Jesucristo es el fruto y la gloria de María» (**Tratado de la verdadera devoción**, n. 77).

También hoy la **Legio Mariæ** es totalmente fundada en esta santa esclavitud de amor y está conquistando el mundo.

¿Cuándo el Padre conoció Montfort? En un sermón de 1876, menciona un «Siervo del Señor vivido en Francia en el siglo pasado» que, mirando con ojo profético al futuro, solía repetir a menudo: «No están lejos los tiempos en que Dios manifestará, más solemnemente que en todos los siglos pasados, las glorias y el poder de María Santísima; María Santísima será conocida y revelada por doquier por el Espíritu Santo, y Ella resplandecerá más que nunca con su misericordia para convertir los pecadores, con su poder y derribar el reino de Satanás, y con su gracia para santificar los pueblos» (Vol. 17, p. 123).

Sabemos que este Siervo de Dios era Montfort (1673-1716), porque resulta evidente la referencia a los números 49 y 50 del **Tratado de la verdadera devoción**, pero para el Padre tenía que tratarse aún de un anónimo, porque al revés lo mencionaría. En el mismo 1876 o bien 1877, en una novena a la Inmaculada él se dedica, consagra, entrega a la Virgen como **esclavo**, pero este título se tiene que considerar como espontánea declaración sugerida por su fervor, y no en relación con la práctica enseñada por Montfort, entonces desconocida en Italia. Sabemos que el **Tratado** se hizo conocer en Italia cerca de 1887, en una traducción italiana publicada por la librería Salesiana de San Pier D' Arena. El Padre la tuvo en seguida en sus manos; y el libro permaneció durante años en la casa de San Pascual en Oria.

El 10 de junio de 1888 hizo su consagración a la Virgen, con fórmula propia, interponiendo la intercesión de Montfort, entonces venerable (N.I. Vol. 9, p. 13). La fórmula refleja perfectamente la doctrina del Santo, pero no parece que desde entonces vivió plenamente aquella fórmula de consagración. Se tiene que pensar que entonces no penetró el sentido profundo de la devoción

monfortana, **secreto de santidad, método de vida**; tuvo que considerarla como una de las muchas consagraciones a la Virgen escritas por él antes y después. En realidad, quitada esta consagración, durante largos años, no se halla más ninguna mención a la santa esclavitud, ni en sus escritos u oraciones particulares, ni en los destinados a las comunidades; y cuando en un sermoncito de 1903 habla del **secreto de santidad** de Montfort, se menciona no la devoción especial del Santo, sino la devoción a la Virgen en general (N.I. Vol. 3, p. 183).

Ninguna maravilla. Montfort habla de diversos grados de esta devoción totalmente interior y de los que la comprenden: «Unos cuantos, en pequeño número, no subirán sino un escalón. Pero – se pide el Santo – ¿quién subirá el segundo? ¿Quién llegará hasta el tercero? Finalmente, ¿quién morará allí en modo estable?». Y contesta: «Sólo el al que el Espíritu de Jesucristo desvelará este secreto» (**Tratado**, n. 119).

La revelación de este secreto al Padre vino muchos años más tarde.⁴⁶

Y esto fue en mayo de 1906, en Roma. De allí, justamente, hacia el final de aquel mes, él escribe a sus hijas en Mesina:

«En este viaje mío, aprendí un nuevo y gran tesoro de la devoción a la Santa Virgen como **secreto de santidad**, que abre un nuevo horizonte sobre la suerte de pertenecer a María Santísima y hallar a Jesús mediante suyo. Es un sistema de devoción trazado por un gran Sirvo de Dios hace poco tiempo beatificado, y que nosotros conocemos.

«Esta devoción que os llevaré, con la ayuda del Señor, como un tesoro de precio inestimable, desde lejos, será el cumplimiento de la hermosa proclamación que allí hicimos de la Inmaculada Señora como Madre, Dueña, Maestra y Superiora absoluta; más bien la respuesta de la Santísima Virgen a nuestra proclamación. (...) Pues me preparo, con la doctrina de aquel Beato que os dije, a haceros todas de la Santísima Virgen, así que seréis todas de Jesús» (Vol. 34, p. 219).

Sobre esta proclamación hablaremos luego, ahora recordemos unos días antes, cuando el Padre hizo su consagración en Roma, en el **Santuario de María Reina de los corazones**, como nos relata el Padre Calisto Bonicelli de los Monfortanos. «Tuvimos la ventura de conocerlo en 1906. Hallándose en Roma, vino al Santuario bien cuatro mañanas seguidas para celebrar la Santa Misa. La cuarta fue para hacer además su consagración. Nos parece aún de verle, tras celebrar, llevarse al fondo del Santuario, cumplir el acto solemne y permanecer durante un tiempo para rezar con los brazos extendidos hacia la Hermosa Reina, así como él usaba llamar la Virgen. Luego salió feliz de haber reforzado sus vínculos justamente en el día consagrado a la humildad de María, como llevaba entonces, el 13 de mayo, el calendario de nuestra Congregación» (Vitale, **ob. cit.** p. 567). En esta ocasión el Padre profundizó el espíritu mariano de Montfort en una página titulada justamente: **Esencia de la Santa Esclavitud**.⁴⁷

⁴⁶ En las mismas condiciones se halló, en un primer lugar, el Siervo de Dios don Silvio Gallotti (1881-1927) acerca del **Tratado** de Montfort: «Lo había leído, pero como acontece al que no se halla en las oportunas disposiciones de espíritu, no había hallado en ello nada especial: le pareció una forma devocional, y de estas formas se sabe cuántas nacen» (Sac. F. M. Franzi, **Un Sacerdote de María**, p. 170). Tras diez años de sacerdocio, «el espíritu de Jesucristo le reveló este secreto» y don Gallotti se convirtió en el **serafín y apóstol** de la Virgen.

⁴⁷ Y aquí está: «Roma, 13 de mayo de 1906. Esencia de esta esclavitud mariana, por lo que míseramente puedo comprender que sea aplicable para mí:

1. Ya no me pertenezco, sino que soy de María. Mi cuerpo con todos sus derechos físicos y sociales, con el uso de los sentidos, con las facultades etc. es todo de María: puede hacer ella lo que quiere.
2. El alma igualmente, con todas sus facultades espirituales, intelectuales, volitivas, con todas sus potencias etc. es de María. Todos los derechos, que pueda tener mi alma para existir, todos son de María.

De vuelta a Mesina, el Padre se dedicó a preparar en el mejor de los modos la consagración de sus comunidades a la santa esclavitud, fijada por la fiesta de la Inmaculada de aquel año 1906. Leemos en una carta del 9 de julio al Padre Bonicelli: «No puedo olvidar jamás la gran suerte que entonces – el 13 de mayo – tuve de consagrarme a la Santísima Virgen Reina de los corazones, como último de sus esclavos. Y la misma suerte espero que la tengan participando todos los miembros de mis Institutos, después que con la ayuda del Señor los habré bien instruidos en la sublime doctrina del gran enamorado de la Divina Madre, el Beato Luis María» (N.I. Vol. 7, p. 145). Y seguidamente, el 11 de septiembre: «En mis comunidades se enciende el fervor, para llegar a la feliz finalidad de la devoción del Beato Luis María» (**Ibid.** p. 146). Tras haber inaugurado un icono de la Santísima Niña en Taormina, escribe el 10 de septiembre a la Madre Nazarena, para participar a las comunidades: «Algo espera aquella Niña allá: espera que todos y todas nos entreguemos a la perfecta esclavitud de nosotros mismos hacia Jesús Sumo Bien, en María nuestra señora, superiora, dueña, maestra y madre, según las enseñanzas divinamente inspiradas del Beato Luis María» (Vol. 35, p. 16).

La preparación inmediata se tiene que hacer atendiendo rigurosamente lo que «nuestro amadísimo Beato, el apóstol del Espíritu Santo y de María Santísima prescribe en su **Tratado de la verdadera devoción** (n. 226-233) por los que quieren conseguir la incomparable suerte de hacerse verdaderos y perfectos esclavos de Jesús en María por Jesús» (N.I. Vol. 7, p. 146). Son 33 días de prácticas particulares: ofrenda diaria de la Santa Misa, con fórmula adecuada; 12 días preliminares y 3 semanas, cada una dirigida para una finalidad particular. Se empieza el 5 de noviembre. El Padre ya el 3 escribe al Padre Bonicelli informándolo que los suyos «son enamorados de aquella doctrina revelada, ¡y no pueden esperar el momento de convertirse en esclavos de María Santísima!». Pero ellos imploran oraciones de los Padres Monfortanos, escogidos seguidores e hijos del gran Beato, para que «por el mismo y por la gran Reina de los corazones sean hechos dignos de llegar a tan grande y sublime suerte y de conseguirla plenamente».

Más bien se encomienda al Padre Bonicelli, que él «con el permiso de sus superiores nos implore las oraciones de las demás casas, especialmente de las Hijas de la Sabiduría, enviando una

-
3. Todos los méritos, todas las gracias, las virtudes que con la ayuda todopoderosa de la gracia yo pueda tener y ejercer, tanto pasados como presentes y futuros, son de María.
 4. Todo lo que poseo y pueda poseer, o por cualquier manera me pertenece, sean cosas o bien personas, por lo que está en mí, es todo de María; así también todos los derechos a la vida física, civil, social, moral etc. es todo de María; todo le pertenece, como un esclavo – con todo lo que es y tiene el esclavo – pertenece a una Dueña y Señora absoluta, que lo adquirió o bien lo tuvo en donación por el mismo esclavo o bien por otros.
 5. por la perpetuidad de esta donación y esclavitud, la gloria eterna, que espero con la esperanza cristiana, por lo que está en mí, es de María Santísima para poder disponer desde ahora para dividirla con otras criaturas que quisiera salvar; incluyendo en esta donación solamente la súplica eterna que no me fuera jamás disminuida, con la fruición de la gloria, la capacidad de la caridad, o bien de amar a Dios y a María Santísima, eternamente y sin medida.
 6. Dada esta perfecta y completa esclavitud, la práctica de ella consistirá en:
 - a) Meditación y renovación de ella; b) Atención virtual o al menos habitual de ella. Recibir como don y gracia por la Dueña hacia el esclavo **todo en todos los momentos**, y ser grato humildísimamente, acciones de gracias; c) En el uso de la vida y de todas las cosas de la vida física, intelectual, moral, espiritual, pedir, al menos virtualmente, el permiso a la Santísima Virgen para actuar, para usar, para fruir; d) huir el pecado totalmente y actuar para el mayor bien, por el principio que el esclavo tiene que tratar bien lo que pertenece a la Dueña y hacer perfectamente la voluntad de Ella; e) Tomarse cada cruz, padecer, humillación, contrariedad, etc., como castigos merecidos y también amorosos, de la Dueña celestial dirigidos para la expiación y la reparación; f) Fundamentarlo todo en el amor de hijo y considerarse como un hijo que, por un singular amor a la Madre Reina, si no lo quiere hacer esclavo, o bien que la Reina adopta por hijo el esclavo impulsada por inmenso amor, y el esclavo permanece hijo y esclavo.
 7. Toda esta esclavitud dirigirla para un último fin, o sea ser perfecto esclavo de Jesús Sumo Bien, o bien hacer reinar Jesús perfectamente en mí por medio de María Santísima.
 8. Si hasta ahora busqué hallar y poseer a Jesús, y no lo conseguí, quiere decir que giré alrededor de las murallas de la Mística Ciudad y no pude entrar en ella porque no fui a la **Puerta**: ahora hace falta que entre por la **Puerta que es María Santísima**. ¡Amén!» (N.I. Vol. 9, p. 14).

carta circular a las diversas casas, también imprimida, **pagando nosotros todo gasto**». Aquí el Padre apunta que, en los diversos ejercicios preparatorios prescritos por el **Tratado**, el añadió una oración diaria al «queridísimo Beato, porque Él será un protector nuestro especialísimo» (N.I. Vol. 7, p. 146). Evidentemente, fundamentando la preparación, estaba el estudio de los dos libros del Beato: **El Secreto de María** y el **Tratado de la verdadera devoción** «de que todos permanecieron profundamente impresionados. Aquellas páginas son llenas de fuego celestial y vibran saetas flameantes del amor de la Santísima Virgen, de las que estaba repleto el Beato Luis. Entre los amantes de la Santísima Virgen, él tiene un puesto eminentísimo» (**Ibid.** p. 147).

La vigilia de la Inmaculada se hizo un riguroso ayuno a pan y agua y, con el ahorro fue sacada la contribución para pagar a la Virgen.

La consagración en la casa masculina fue hecha en la vigilia de medianoche; en la femenina la mañana de la fiesta, porque la función piadosa fuera presidida por el Padre en ambas casas: y en cada una de ellas se hizo – destaca el Padre – «con gran entusiasmo y fe. (...) Ambos actos de consagración fueron puestos en un cuadro preparado con las firmas, al pie de la Santísima Virgen, nuestra dulcísima Dueña y Señora» (**Ibid.**).

El padre prescribió desde entonces que cada año, y para las nuevas reclutas y para la renovación de la consagración se hiciera siempre la preparación prescrita de 33 días, el ayuno en la vigilia y el envío del tributo de filial esclavitud para enviar a Roma a los Padres Montfortanos: ¡a esto él tenía mucho! Como también a la revista mariana **Reina de los corazones**, que durante muchos años fue el órgano de la homónima archicofradía. La quería en todas las Casas, también en las de las Hijas del Sagrado Costado, cuando asumió su dirección (N.I. Vol. 7, p. 152) e introdujo también entre ellas la Santa Esclavitud de amor.

San Luis María Griñón aconseja como práctica «laudabilísima, muy honorífica y de gran utilidad, (...) llevar como contraseña de la propia esclavitud de amor, cadenitas de hierro benditas» (n. 236). He aquí lo que pensaba el Padre: «Nos queda ahora hacer otra bonita función: la de la tradición de las **cadenitas**. Esta pequeña función pensé como hacerla, para que salga con efecto. Aún las cadenitas no fueron entregadas a nadie. Cultivé el deseo y el entusiasmo de tenerlas, y las prometí como premio de la fe, del fervor, de la devoción, etc. Hay almas que están ansiosas por tenerlas. Se establecerá que se tiene que hacer petición para tenerlas, poco a poco se conceden y se hace una tradición con un poco de sagrada solemnidad. La idea predominante es esta: que todos ya son esclavos de la Santísima Virgen, pero a los que se les dé la cadenita reciben un signo de particular atención y cariño por parte de la Virgen Inmaculada, Dueña Celestial» (**Ibid.** p. 148). En este propósito, el Padre había también introducido en las Casas la devoción a la Santísima Virgen de la Cadena, pero fue obligado a renunciar a la función, más bien tuvo positivamente intervenir para limitar el permiso de llevar la cadenita, porque la prudencia en los jóvenes no igualaba el fervor y se cometían excesos con daños para la salud.

8. A María Reina de los corazones

A servicio de la Hermosa Reina cantada por el Montfort el Padre puso también su vena poética, porque «jamás el piadoso canónigo se rechazó de hacer lo que se le pedía por amor de la Hermosa Reina y del Beato Montfort». Tras petición del Padre Bonicelli, en efecto, el tradujo de Montfort el cántico **Cuenta a todos, alma mía**, traducción que fue adoptada como himno oficial de

la archicofradía. Siguieron otras diversas traducciones: **Madre de Dios, del mundo augusta Reina – Amo ardientemente a María – El triunfo del Avemaría – Pongo mi confianza en María – El nacimiento de los hijos de María – Los misterios del Santo Rosario – La coronación de María Santísima**. Se trata de traducciones en ritmo obligado, porque en Francia son cantadas por el pueblo y se querían introducir en Italia las mismas melodías.

Un relieve gracioso, por un fallo del copista. La traducción según el original: **¿quién es aquel hombre que a mi paz atente? – He aquí María; ¡me duermo en su Corazón!** Escribe el Padre: «Igual la persona que copió escribió **duerme** en vez de **duermo**. Sin embargo, también aquel **me duerme** tiene un concepto afectuoso y bonito, aunque diferente de aquel del Beato. Es un bonito concepto que nosotros nos dormimos en el Corazón de la Santísima Virgen, pero no menos hermoso es que la Virgen misma nos hace dormir en su materno Corazón» (**Ibid.** p. 155).

No faltan sin embargo los versos originales del Padre sobre la santa filial esclavitud de amor. he aquí el bonito **Canto a María Reina de los corazones**:

Ave, oh Madre Reina de los corazones,
Paraíso del Verbo encarnado,
Tú la Trinidad hasta enamoras
Que más hermosa formarte no puede.
 ¡Oh, tres veces aquel corazón beato
 Que a ti esclavo, oh María se consagró!

Dulces nudos, cadenas suaves,
Vos formáis mi sagrado deseo:
¡Por favor, entre los esclavos apretadme
De la excelsa Reina celestial!
 Así sólo seré de mi Dios
 Más que siervo, o esclavo fiel.

¡Os detesto, infelices días míos
De una edad disipada en vano!
Es tiempo, mi corazón, que vuelvas
Derramado lágrimas a los pies del Señor.
 Ya te extiende benigna la mano
 La Celestial Reina de los corazones.

Amanece pues, como lo hizo no lento,
Hecho mísero el pródigo hijo:
Son dos corazones, contéplalos atento,
Que te esperan ardientes de amor:
 Uno es el Rey que a te dirige su ceja,
 La otra es la Reina de los corazones.

Y tú, ¿te atreves a nombrarte hijo
Que tan dulces Parientes dejabas?
Ay, confiesa con el rostro en el suelo:
¡Para mí el nombre de hijo no es!
 Por favor, ¡qué último sea entre los esclavos

De la Hermosa Reina y del Rey!

Oh Beato Luis, oh divina
Flama viva de amor y celo,
Nuevo amante de la augusta Reina,
Fundador de la gran esclavitud,
Te imploro con gran deseo:
¡Hazme esclavo en María de Jesús!

Estaré derritiéndome en llanto
Sobre la huella de los pies adorados,
Mojaré de mis lágrimas el manto
De la excelsa Reina de los corazones;
La memoria de los fallos pasados
¡Será flecha metida en el corazón!

No, no quiero, no merezco joyas
De mi Rey, de mi gran Reina;
Sus espinas, sus clavos, los flagelos,
Su cruz en el corazón estará;
¡Y el dolor de la Madre divina
Del esclavo la paga será!

Mesina, 23 de julio de 1906 (N.I. Vol. 2, p. 53).

¡Ojalá nos fuese concedido penetrar el alma del Padre para conocer los frutos brotados por su total y absoluta donación a la Virgen!

En agosto de 1906, implora por el Padre Bonicelli de obtenerle «por la gran Madre de Dios aquel humildísimo y muy sabio espíritu de devoción, obsequio y amor hacia la Santísima Virgen, que era todo del feliz y amable Beato Luis María, que esperemos ver pronto santificado».⁴⁸

Y vuelve con viva complacencia al día de su consagración: «¡Experimento dulces efectos de esta gracia deseada desde hace muchos años! (...) Por qué caminos inesperados (...) ¡Ya la gran Madre en el día de su humildad! **Laus Deo et Mariæ!**» (N.I. Vol. 7, p. 145).

En una nota suya del 19 de octubre de 1907, el Padre se propone de escribir una súplica a San Juan Evangelista «para ser admitido en su casita (**in sua**) en Jerusalén, a servicio de la Inmaculada Madre de Dios, tras la muerte, resurrección y ascensión de Nuestro Señor Jesucristo, para servirla humildísimamente, yaciendo siempre ante sus pies, y amándola y sirviéndola en todo y por todo, y sirviendo símilmente el dilecto Discípulo y las mujeres piadosas» (N.I. Vol. 10, p. 63). No hallamos esta súplica, que igual no fue escrita jamás, pero el Padre vivió en este espíritu de servitud y de amor de la Madre Inmaculada.

⁴⁸ Fue canonizado el 27 de julio de 1947.

9. La gracia más inestimable

San Luis María Griñón enumera entre los gozosos efectos de la consagración dignamente vivida, la presencia de la Virgen en el alma, la vida de unión con Ella, en diferente grado y no cierto en manera sensible (**Secreto de María**, n. 57).

¿Qué se puede decir del Padre? ¿Fue favorecido en este punto por algún don extraordinario?

Espigamos entre sus notas. «El 13 de mayo de 1911, la Santísima Virgen, en Roma, me hizo su prisionero, en la capilla de la Nieve, y luego, antes su santa imagen, **immediate!**» (N.I. Vol. 6, p. 102). El Padre no comenta esto, por eso tampoco lo haremos nosotros.

El 30 de agosto de 1912, empezando la novena de la Santa Niña, así le habla en una súplica: «Me postro ante vuestros pequeños pies, y besándolos una y otra vez, os presento este deseo mío de poseeros (...) por tres años aquí en mi corazón. (...) Me conceda – el Corazón de Jesús – **esta gracia, ¡entre todas la más inestimable!** (...) Oh emperadora mía, empiece así mi regeneración y la perfecta readquisición de todos los bienes perdidos, por el Corazón Santísimo de Jesús, para las almas y para mí» (Vol. 7, p. 110).

Podemos creer que la oración fue escuchada: más bien lo fue sin duda, como nos resulta por el testimonio del Padre, que escribe: «En la feliz medianoche del 8 de diciembre de 1913, en Trani, en la capilla sacramental de la Inmaculada Concepción, siendo doblado ante el Santísimo Sacramento, y ante la milagrosa estatua de María Santísima Inmaculada, y siendo yo mísero en sobrepelliz y estola (hallándonos en vigilia y oraciones con toda la comunidad), hecha pausa y silencio, y todos en oración, justamente en la medianoche, en la fe santísima de la infinita bondad del Corazón Santísimo de Jesús, ¡tuve la gracia deseadísimas, suspiradísimas, la más inestimable ante todos los Ángeles y Santos! (...) ¡En aquel momento renovamos la Sagrada filial esclavitud!» (N.I. Vol. 10, p. 90). Igual un estudio más profundo podrá luego precisar mejor el valor y la naturaleza de esta gracia, que indudablemente se refiere a una particular presencia de María en el alma del Padre, que, tras haber comentado lo de arriba, se refiere a una estrofa de sus versos a la Virgen de la Mudada:

En la fibra más remota
De mi corazón inebriado
Es una **alegría** a todos ignota
Un bien tal me fue dado,
¡Que no puede criatura ninguna
Penetrar mi fortuna!
Demasiado grande es mi contento,
¡Mi alegría es consumada!
¡Qué inmensa renovación,
Por María de la Mudada!

Él sin embargo no menciona otra estrofa, que nos da luz sobre este singular favor del cielo:

En los senderos de la vida,
Mercadante afortunado,
Yo hallé la margarita
Por la que tanto troqué.
Margarita preciosa,

¡Perla escogida, perla escondida!
¡Oh misterio, oh maravilla!
¡Oh Niña recién nacida!
Del Eteno es mía la Hija,
Oh María de la Mudada.

Las dos estrofas, en el original, llevan como título «Gran gracia singular ya conseguida: posesión de la Santísima Virgen» (Vol. 47, p. 99). El padre mientras tanto apunta: «El día 9 (**diciembre de 1913**) empecé 36 divinas Misas de acción de gracias, ofrenda y súplica por la correspondencia» (N.I. Vol. 10, p. 91).

10. La Virgen María en la Obra

Empezando su misión en Aviñón, como hablaba de Nuestro Señor a aquella multitud de niños y pobres, así les hablaba de la Virgen María, inflamando los ánimos de amor a María con oraciones y cánticos. Cuánta ternura en estas pequeñas estrofas a la **Virgen Madre de los pobres**:

Oh María, Madre dilecta,
Una oración a ti se eleva,
Desconsolados hijos de Eva
¡Invocamos tu bondad!
 Hermosa Virgen, date prisa
 ¡De nosotros ten piedad!

Somos oprimidos y derelictos,
En la mesa el pan nos falta,
Y cansada nuestra vida
Entre afanes ya se va.
 Hermosa Madre de los afligidos,
 ¡De nosotros ten piedad!

Sopla viento y tempestad
Y desploma los tejados;
Oh María si no te apresuras
Este invierno se morirá.
 Hermosa Madre y Madre verdadera,
 ¡De nosotros ten piedad!

Niños y jovencitos,
Virgencitas abandonadas,
Pecadoras doloridas
Viejos curvados por la edad,
 Te rogamus, date prisa:
 ¡De nosotros ten piedad!

Con el progreso de la Obra se iba cada vez más enraizando en ella el culto y el amor a la Virgen.

En el comienzo del día, se pide la bendición a la Santísima Virgen: «Oh Virgen toda hermosa e Inmaculada, empezando este nuevo día elevamos las miradas a vos que sois la bella aurora y os pedimos la santa bendición. Bendecidnos, oh Madre y salvadnos. Amén». Otra magnífica oración para obtener las santas virtudes: «Oh Virgen María Inmaculada, que sois la Maestra de toda perfección, enseñadnos las santas virtudes, para que podamos gustar al Dios de las virtudes. Dadnos una fe viva, una esperanza firme, una ardiente caridad, la prudencia, la justicia, la fortaleza y la templanza. Dadnos la humildad, oh Virgen humildísima, la humildad del corazón y de las obras: la humildad pronta, la mansedumbre, la paciencia. Virgen purísima, haced puras nuestras almas para que Jesús descansa en nosotros, y dadnos una perfecta conformidad a la divina voluntad y la santa final perseverancia. Amén» (Vol. 2, p. 19).

Las fiestas de la Virgen el Padre – como ya destacamos – quería que se celebraran con solemnidad, preparadas con una novena o triduo, a menudo predicados por el Siervo de Dios, con mortificaciones, florecillas, jaculatorias comunes durante el día, tal vez con vigiliias, generalmente de una hora hasta una hora y media (de las 23.30 a la 1.00). En la mesa se dispensaba del silencio, pero los discursos llevaban un reflejo de la solemnidad, con brindis a la Virgen, a los superiores, hermanos, etc. Un año en el comedor faltaba el entusiasmo habitual – era la Asunción e igual el calor del verano había apagado la vena poética – y he aquí que el Padre en seguida para reavivar el entusiasmo: «Hijos, ¿qué hay hoy en el Paraíso?». «Gran fiesta, Padre». «Bien. Y, ¿qué pensáis que digan hoy los Ángeles a la Virgen?». «¡La aclaman Reina!». «Y, ¿qué pensáis que le diga San José?». Cada uno dijo la suya, pero no quedando satisfecho, el Padre contestó para todos: «Ahora, he aquí, le dice, he aquí que ya cesaron oh dulcísima esposa, el destierro, cesaron los martirios: recibe el premio más grande, subes las más sublimes alturas del cielo, hasta la derecha del divino Hijo, porque la profundidad de un abismo tuvo tu humildad...» y siguió un buen rato en este tono.

El Padre vigilaba que en todas las casas el mes de mayo se celebrara con fervor, con florecillas, jaculatorias, lecturas preparadas, cuando faltaba el discurso, que a veces era tenido por turno por los chicos. Se encerraba el mes de mayo con la ofrenda de los corazones. En un corazón de papel cada uno abría su corazón a la Virgen y, después de la ofrenda, se dejaban durante un tiempo al pie de la Virgen y luego se quemaban.

Un año el mes de mayo – que en Mesina dura 33 días, encerrándose el 3 de junio, fiesta de la protectora de la Ciudad, la Santísima Virgen de la Sagrada Carta – ofreció 33 misas a la Santísima Trinidad «en adoración de todos los divinos atributos y en acción de gracias por todas las gracias, dones y privilegios concedidos a la Santísima Virgen María, especialmente en acción de gracias por **su divina maternidad**; el 3 de junio, luego, en acción de gracias por haber dado a nosotros, los mesineses, la carta de la Santísima Virgen María y su particular perpetua protección» (Vol. 6, p. 154).

En el mes de octubre el rosario se rezaba por entero, en tres veces, y según las disposiciones pontificias del tiempo, las primeras cinco decenas por la mañana, durante la Santa Misa con el sagrario abierto.

Cada sábado, la meditación sobre la Virgen, abstinencia de la fruta⁴⁹ y discursito mariano.

⁴⁹ En este propósito, una rectificación. Escribe el Padre Vitale: «En un día de fiesta ocurrido en sábado, se dispensó del silencio y se pasó la fruta. El Padre no dijo nada, pero él no la comió; alguien se permitió de observar que aquel día hasta la Virgen habría sido indulgente. (...) Y él contestó: “Mantener los propósitos hace parte de la fidelidad: si se prometió a la Virgen la abstinencia el sábado, hay que observarla siempre”» (**ob. cit.** p. 617). El episodio es contado por un testigo en el proceso. La anécdota viene de mi parte, y se la conté al Padre Vitale. Pero no se trataba de un sábado. El Padre tenía mucho a la virtud, no sólo por propia cuenta, sino también por nuestra cuenta y si hubiese advertido que podía salir comprometida la **fidelidad**, habría sin nada hecho retirar la fruta de la mesa. Recuerdo perfectamente el episodio por la

Casi rogado por una hermana para que comiese fruta un sábado festivo: «No, no, hermana – dijo – hice una promesa a la Virgen de abstenerme, y desde pequeño».

Cada primer día de mes, consagración a María Santísima del Perpetuo Socorro. Desde 1886 introdujo la devoción al Corazón Inmaculado de María con el obsequio cada sábado para la conversión de los pecadores y, seguidamente, en 1913, la comunión reparadora el primer sábado de mes, antes aún de la petición de la Virgen de Fátima, cuya aparición él desconoció. En la entrada de nuestras casas, el Padre quiso que, al lado del Corazón Santísimo de Jesús, fuese expuesto el Corazón Inmaculado de María, con la propia inscripción: **Yo soy la Dueña de esta casa y de todos lo que la habitan y me aman.**

Entre los huérfanos instituyó la **Unión Piadosa de los Luisitos**, con tres grados: **Aspirantes, Luisitos, y Luisitos de María Inmaculada**, para confiarlos todos a la Virgen llevados por mano por el Angélico Santo de los jóvenes.

En un discursito de julio de 1903, el Padre recuerda cuánta dulzura de María llegó a la Obra: «¿Quién no sabe qué son las amarguras de la vida? ¿Quién no bebió alguna vez el cáliz de la amargura y habrá dicho con el quejoso Jeremías: **el Señor me inebrió con ajenjo**? La amargura es algo más que la tribulación, el dolor o la pena o la aflicción.

«La amargura es una mistura de tribulación, dolor, pena, aflicción, que sin algún consuelo baja penetrando los más íntimos sentidos del espíritu y lo amarga, aunque no quite su paz al alma resignada a la Divina Voluntad. Por eso Ezequías tuvo que decir: **Ecce in pace amaritudo mea amarissima**. Una Obra aún naciente tiene que pasar por estos caminos. Los corazones de los que empiezan una Obra de este tipo, tienen que ser tal vez inebriados con ajenjo; pero, ¿qué hace la Santísima Virgen en casos parecidos? ¿Qué hace La que es saludada por todos como la misma **dulzura**? Ay, no está allí indiferente, sino acorre pronto para consolar los corazones afligidos, para disipar sus amarguras y llenarlos con el gozo del Espíritu Santo.

«En los días de mayor pelea y angustia, tuvimos desde más años una dulcísima costumbre. Nos imaginamos que esta Obra Piadosa sea un barquillo sobrecargado de gente, lanzado en las tinieblas de la noche en un tempestuoso océano, en que no se ve ni cielo ni tierra, sino que se oye sólo el estruendo de los truenos, el grito de la tempestad, el silbido de los vientos. (...) Y entonces encendimos el altar de la Santísima Virgen, nos recogimos en los pies de su santa imagen, y desde lo íntimo del corazón entonamos aquel dulcísimo himno, con que la Santa Iglesia saluda la Santísima Virgen diciéndole: **Ave, ¡Maris Stella!** Y, ¡oh, admirable misericordia de María Santísima! ¡Muy a

fecha para mí inolvidable: domingo 15 de junio de 1924, día de mi primera Misa. Estaba en la izquierda del Padre y el Padre Santoro en la derecha. El Padre no tocó la fruta. Yo me permití de invitarlo a comer... Sonrió y empezó: «¿No te acuerdas la policita?» ... De repente me acordé. En el primer día de aquel 1924, antes de la extracción, el Padre nos había hecho destacar que cuánto más costa la abstinencia para hacer, tanto más hace falta ser contentos de dar a Jesús este testimonio de amor, y que más bien cada uno tendría que pedir a Jesús la policita que conlleva mayor sacrificio. Concluyó dirigiéndose a Jesús Niño: «Oh Jesús, hazme salir **todos los frutos**, que te los quiero dar con todo el corazón». Extrajo la policita: **¡todos los frutos!** A Jesús le había gustado su sacrificio. Me acordaba de la anécdota, pero me permití de añadir que en aquella fiesta extraordinaria – ¡eran los primeros sacerdotes de la Obra! El Niño Jesús habría permitido la excepción: «No – dijo – Mantener las promesas pertenece a la virtud de la **fidelidad**; y él no tocó un fruto durante todo el año 1924.

Recuerdo un sábado en que el Padre nos hizo comer fruta y comió él mismo también. Se trataba de fruta regalada muy madura, que no habría durado hasta el día siguiente y en la cocina faltaba en aquellos tiempos la nevera. El Padre explicó: «La Virgen no quiere que se desperdicie la gracia de Dios, a daño de la pobreza». Y esto cabe una vez más en el espíritu del Padre.

menudo esta dulcísima Estrella disolvió nuestras tinieblas, calmó la tempestad, nos llenó de gozo y alegría, convirtiendo así en santa dulzura toda amargura de nuestro corazón!» (N.I. Vol. 3, p. 154).

Estas eran las oraciones de la comunidad, guiadas siempre por el Padre; pero él muy a menudo trataba los asuntos de las casas a solas con la divina Madre.

Habiendo una vez presentado una súplica a la Santísima Virgen, así escribe a Melania para interesarla para rezar Ella también para su cumplimiento: «Le digo que se trata de una porta que está cerrada con doble llave, y no se sabe qué hacer para abrirla. El candado es de aquellos con el secreto, igual que aquellos candados en que se cierra formando una palabra que luego hace falta conocer dicha palabra para saber el secreto para abrir; e igual el candado de esta puerta cerrada estará escrito: **expiación**, o **penitencia**, o igual alguna palabra similar, que no sabiendo yo leer bien, no tengo el secreto para abrir». Sigue en seguida una declaración de total confianza en la Virgen: «Es verdad que cuando Dios cierra, como dice la Sagrada Escritura, nadie abre, pero creo que esté exceptuada la Santísima Virgen, que abre y cierra a su gusto. Y tanto es verdad esta que el Dilecto Discípulo vio una **Puerta en el Cielo**, y se explica que era la Santísima Virgen. Así pues, la Madre Santa no sólo abre y cierra, sino que Ella misma es Puerta, por la que pasa toda gracia a nosotros» (N.I. Vol. 8, p. 4). Se entiende que la expresión del Padre se tiene que coger en el sentido ortodoxo: no que la Virgen pueda contradecir la voluntad de Dios o su justicia, sino que Dios, por la intercesión de la Virgen, sabe bien compensar las exigencias de su justicia con la abundancia de sus misericordias.

Las súplicas que el Padre dirigía a la Virgen son sin número, y todas rebosantes de la más ferviente fe y filial candor; las depositaba delante de la Inmaculada o de la Niña: Escojamos: «Por favor, ¡tened piedad de nosotros, oh Poderosa Emperadora, salvadnos! Mañana no tenemos más pan, no tenemos más pasta, no tenemos más ingresos; por favor, ¡actúad los prodigios de vuestro poder y vuestra misericordia!». Hace el listado de varias notas de deudas, que suman 3.291 Liras, y añade: «Más para hoy, 2 de diciembre, sábado: el pan diario. Esclavo A. M. di F» (Vol. 7, p. 39).⁵⁰

Otra vez presenta una nota de deudas de 590 Liras, con esta nota: «Virgen Inmaculada, Madre Dilecta, ¡dignaos proveerme por este pago y bendecidme!» (Vol. 7, p. 45). Aún: «Por favor, ¡acorred en mi ayuda! ¡Disponed tres gracias de Vuestro Corazón Inmaculado! Providencia pronta de quinientas liras para pagar doscientas hoy mismo a la T. A.,⁵¹ 50 liras a la Administración del gas, ¡otras liras para otros gastos urgentes, entre ellos 50 liras para D. [= Doña] Nazarena! Mesina, 27 de diciembre de 1900 Esclavo, esclavo, esclavo. Hijo, hijo, hijo Aníbal María» (Vol. 7, p. 4). La confianza en la Virgen nunca le faltará: «Ya estamos en las últimas. El barquito está repleto de criaturas, el viento sopla fuertísimo, la marea sube. (...) ¡Levántate, estrella del mar, levántate, Aurora de consuelo y de salvación! Vos ya conocéis nuestras posiciones, los medios se acaban, estamos repletos de deudas; especialmente unos son muy pujantes. (...) ¡Vamos a perecer! ¡Yo me siento desfallecer! Niños, clérigos, jóvenes, pobres, afligidos todos tienen que tener alimento: ¡tengo que responder a todos! Madre Santísima, ¿qué haré? ¿Quién me dará socorro? Vos sois la Madre del socorro, la Auxiliadora de los cristianos: ¡salvadnos! Basta con que lo querréis. Vos sois la árbitra de la gracia. Oh Hermosa Emperadora, no tardéis más! Para mí todo está perdido: ¡no puedo, ya no sé qué hacer! ¡Ya desfallezco! Madre amorosísima, ¡en vos quiero confiar, en vos quiero esperar! ¡Siempre nos ayudasteis! Madre Santísima, ¡ayudadnos también ahora y pronto! (...) Madre

⁵⁰ Para juzgar el alcance de estos números – sea para las deudas, que, para las limosnas, como veremos luego – hace falta tener presente el valor del dinero en aquellos tiempos, cuando el pan costaba pocos centavos y una comida justamente alguna lira.

⁵¹ Teresa Aviñón: se trata del alquiler de las casitas.

Santísima, me hacen falta personas, me hacen falta medios, **ne moréris, Domina, ne moréris. Adiuva nos.** El misérrimo A. Di F.» (Vol. 7, p. 48).

¡Terminemos estas citas con esta otra súplica inmensamente significativa! ¡Nos revela todo el tormento íntimo del Padre que se halla en la necesidad de involucrar en la rueda de sus actividades, muchas personas obligadas a sufrir con él y por él! «Oh soberana Emperadora, Niña María Inmaculada, ¡voy a suplicaros que extendéis vuestra mano poderosa para que sea reparado todo el mal que hice poniendo en marcha esta Obra Piadosa! Por favor, ¡he aquí que llevo muchos a padecer conmigo! ¡He aquí que comprometo el sacerdotal honor y carácter con muchas ligerezas, inconsideraciones, errores y miserias! Y entre tantas miserias y errores, ¡qué montón de deudas con mucha pobre gente y con muchos, sin que luego tenga medios para satisfacer! Ay de mí, ¿qué haré? ¡Desde todos los lados estoy acorralado! Si me dirijo a las criaturas, ¡vos sabéis cómo me hallo! Heme aquí ante vuestros pies, oh Emperadora mía: ¡vuestro corazón es tiernísimo y piadosísimo y no sabe resistir a nuestros males!». Sigue la nota de las deudas totales de 10.250 Liras (Vol. 7, p. 51).

Nos apresuramos, mientras tanto, a decir que nunca, nunca la Madre Santísima no atendió la expectación de su hijo fiel: siempre, siempre de una manera u otra proveyó con materna solicitud y generosidad.

11. UNA CORONA DE ROSAS A MARÍA

1. «Títulos numerosos y deslumbrantes». 2. La Madre de la Iglesia. 3. Nuestra Señora del Carmen. 4. Nuestra Señora de Itria y Nuestra Señora de Pompeya. 5. La Estrella Matutina. 6. Nuestra Señora de Lourdes. 7. La Inmaculada. 8. La Virgen de la Sagrada Carta. 9. María Niña. 10. Los dolores de María. 11. Nuestra Señora de La Salette. 12. Nuestra Señora de la Merced. 13. Nuestra Señora de la Vena. 14. Nuestra Señora de la Guardia. 15. Nuestra Señora de la Rogación.

1. «Títulos numerosos y deslumbrantes»

«No habrá tantas estrellas en el cielo, ni tan luminosas y resplandecientes, por cuantos títulos numerosos y deslumbrantes de luz celestial honran Aquella que Dios creó como maravilla de su omnipotencia, como abismo de su gracia y estupor de todo el universo. Así es la hermosísima Señora María, que es inmensamente rica y extra rica de nombres y títulos más bellos y sublimes» (N.I. Vol. 3, p. 203).

Así escribe el Padre: y nosotros repetimos lo que habíamos dicho antes, que él veneró la Virgen bajo todos los títulos, según la ocasión que se le ofrecía; aquí intentamos recordar sumariamente los que por él fueron en especial amados y encomendados.⁵²

Antes de todo digamos alguna palabra sobre la cultura mariana del Padre.

Ella se fundamenta principalmente en la Sagrada Escritura, de la que sabemos cuánto fuera enamorado; siguen unas obras que estudió de joven: **La Madre de Dios**, del Padre Joaquín Ventura; **El mes de mayo de los predicadores**, espeso volumen, precioso porque acabado cada sermón llevaba una apéndice con un abundante florilegio patrístico: **María en el Consejo del Eterno**, del Padre Ludovico de Castelpiano de los frailes menores, obra en tres volúmenes; **El Pie de la Cruz**, del Padre Faber; siguen luego los libros que siempre tuvo en sus manos: **Las glorias de María** de San Alfonso, **El tratado de la verdadera devoción a María** de San Luis Griñón de Montfort, **La Mística Ciudad de Dios** de la Venerable De Ágreda, al que se tiene que añadir la obra de Vigo: **Historia de los Santuarios marianos en todo el mundo**, obra en 12 pequeños volúmenes. Además, el Padre tenía un profundo conocimiento de la historia religiosa de Mesina, porque él sentía vivísimo en el corazón el amor para su ciudad, muy rica de memorias sagradas, especialmente de santuarios marianos.

El Padre puso esta cultura a servicio de su corazón para exaltar la Virgen María en los numerosos sermones que tuvo a los fieles y en las conversaciones familiares diarias con sus hijos.

Sin embargo, precisamos que el Padre trata de la Virgen según la mariología de su tiempo y no en términos de rigor científico, sino que, salva la ortodoxia de la doctrina, en una forma oratoria popular, como requería, ayer como hoy, el espíritu pastoral del que habla a la multitud de los fieles.

Él anuncia las verdades sobre la Virgen según la teología, la tradición, la historia, la enseñanza de los santos, pero siempre evitando las cuestiones que dividen los teólogos. La Virgen María es la Madre de Dios y de los hombres, la Madre de la Iglesia, la Inmaculada, la Corredentora, la Mediadora y ya está, eliminando las distinciones y las subdistinciones válidas sólo para crear confusión en la mente sencilla de los cristianos comunes.

⁵² Señalamos dos tesinas de sacerdotes rogacionistas sobre la mariología del Padre:

1. P. Juan Cecca, **Nuestra Señora de la Rogación**, para la especialización en Mariología, en la Facultad Teológica Marianum. Roma.

2. P. Luis Alessandrà, **La Virgen María en los escritos y en la obra del Canónigo Aníbal María Di Francia**, para la licencia en teología en la Pontificia Universidad de los Estudios San Tomás de Aquino, Roma.

2. La Madre de la Iglesia

Empecemos con el título de **Madre de la Iglesia**. Pablo VI reconoce que «no es nuevo en la piedad de los cristianos», sino «que pertenece a la genuina sustancia de la devoción a María» (cf. **Osservatore Romano** 22.11.1964). León XIII ya indicó la Virgen «verdaderamente Madre de la Iglesia y Maestra y Reina de los Apóstoles» (**Adiutricem populi**, 05.09.1895). Sin embargo, las comisiones conciliares vieron allí tales dificultades, que el Concilio quedó perplejo y no creyó oportuno pronunciarse en una declaración oficial. Pero Pablo VI, por aquella plenitud de autoridad que hace el Papa superior al Concilio, en el cierre de la III Sesión Conciliar, «para gloria de la Virgen y para nuestro consuelo» proclamaba solemnemente la Santísima Virgen **Madre de la Iglesia** añadiendo: «Queremos que con este título suavísimo desde ahora en adelante sea aún más honrada e invocada por todo el pueblo cristiano» (22.11.1964).

Recordamos este título no porque el Padre hizo particular propaganda de ello, sino porque no siendo, los suyos, tiempos de contestación, él no nutría ninguna perplejidad en este punto: que la Virgen fuera **Madre de la Iglesia** para él era obvio, natural, y así, presentándose la ocasión, la saludaba con aquel título. He aquí, por ejemplo, como la invoca en las oraciones para obtener los buenos Trabajadores: los pide al Señor «por amor de María Santísima Madre vuestra y **Madre de la Iglesia**»; y dirigiéndose directamente a la Virgen: «Oh Inmaculada Madre de Dios y Madre nuestra, vos sois **la Madre de la Iglesia**, que tuvisteis por vuestro Hijo la misión de plantarla e iluminar los Apóstoles». Evidente alusión a los Hechos de los apóstoles (1, 14) que nos muestran los discípulos orantes en el Cenáculo, recogidos alrededor de la Madre de Jesús, que entonces «empezó a ejercer con la Iglesia naciente el oficio de Madre. Ella como tierna madre confortaba los primeros fieles, con las exhortaciones, con los consejos, con los ejemplos de su santísima vida y con los cuidados más maternales. Ella rezaba a menudo a Dios, para que convirtiera los pecadores, confirmara los buenos, ayudara los vacilantes; y los millares de personas que se convirtieron con los sermones de San Pedro fueron el fruto de las oraciones de María. Por eso el amoroso Redentor quiso que permaneciera en la tierra después de su ascensión, para que, al revés, su Iglesia no permaneciera en el olvido» (N.I. Vol. 3, p. 187).⁵³

La **Lumen Gentium** nos presenta la Iglesia como cuerpo místico del que Jesús es la cabeza (n. 7). Así el Padre nos llama todos a este «cuerpo místico, formado por la unión de todos los creyentes; una gran familia, en que conviven los seguidores del Evangelio en la unión de la misma fe, en la profesión de la misma verdad». Y he aquí la Virgen toda comprometida «para salvar la Iglesia porque es **Madre de la Iglesia**: habiendo ella guardado y escondido y conservado a Jesús en su carrera mortal, igualmente toca a Ella guardar, proteger, conservar la Iglesia de Jesús en este mundo, siendo la Iglesia engendrada por los padecimientos de Jesús y por los dolores de María» (Vol. 17, p. 98).

⁵³ Esta misma idea había expresado en su tiempo San Bernardito, que cree que la Virgen pidió a su Divino Hijo de llevarla al cielo en su ascensión: «Entonces Jesús para consolarla le contestó: Oh Madre mía dulcísima, el pequeño rebaño de estos hijos tuyos, por ahora, no puede ser privado de tu compañía. ¡Son numerosos los pueblos que me tendrán que conquistar y nacerán de tu caridad! Por eso, Madre tolera pacientemente que, por algún tiempo, te quede con ellos. (...) Te dejo al pequeño rebaño de estos dilectos hijos como Madre consoladora y Maestra; una vez más a ellos te entrego como Reina Maternal y Señora» (cf. Pilla, **S. Bernardino da Siena**, p. 215 - Enciclopedia dei Santi, Edic. Cantagalli, Siena 1970).

3. Nuestra Señora del Carmen

Ya vimos arriba cuánto el Padre fuera su devoto; se inscribió más bien al Tercer Orden y profesó en ello, dolido por no poder pertenecer al primero: más bien deseó que sus instituciones participaran de ello. Recordemos que, en la súplica por la fiesta al Nombre Santísimo de Jesús, en sus últimos años, no faltaba nunca de pedir «una particular agregación de nuestras Comunidades religiosas al insigne Orden del Carmelo, por la cual la Madre Santísima nos considere como especiales hijos e hijas suyos» (N.I. Vol. 9, p. 84, n. 30).

Él, sin embargo, pedía una agregación **libre** – era su expresión – o sea que no conllevara ninguna dependencia o mejor asimilación con los carmelitas, habiendo nuestros institutos un carácter especialísimo y una misión singularísima, que es la del **Rogate** confiada a ellos por la bondad del Señor. «Tras esta sublime misericordia de Aquel que **spirat ubi vult et humiliat respicit in caelo et in terra**, siento la obligación de conciencia – así él escribe en otra ocasión, en que tenía miedo que pudiera acontecer una cierta asimilación con otro instituto – de guardar este divino depósito y hacer igual obligación a mis sucesores» (Vol. 37, p. 52).

He aquí porque el Padre no siguió las prácticas para la agregación al Orden Carmelita.

Sin embargo, su devoción a la Virgen del Carmen fue intensa, y quiso para sus hijas el hábito que en el color recordara el Carmen justamente para ponerlas bajo la protección particular de la Virgen; y a Nuestra Señora del Carmen dedicó la iglesia edificada por él en Giardini (Mesina) al lado del Instituto.

4. Nuestra Señora de Itria y Nuestra Señora de Pompeya

Recordemos dos novenas, que él escribió en honor de la Virgen.

Antes de todo, **Nuestra Señora de Itria**. Es noto que Itria es la abreviación de Odigíttria, y ello recuerda el Santuario que, tras el Concilio de Éfeso (431), la emperadora Santa Pulqueria erigió en Constantinopla, en honor de la Madre de Dios, en la calle Odegón, de aquí el título de Constantinopla o de la Odigíttria, cortado en Itria, que pasó a significar la **Virgen Madre de Dios**. En los tiempos de los emperadores iconoclastas, los monjes basilianos robaron la santa imagen, llegando hasta Bari cerca de 718. De aquel lugar la devoción se difundió en Italia Meridional. En Mesina los historiadores cuentan que ella era venerada en 6 iglesias, y que la imagen expuesta en San Nicolau de los griegos era célebre por la multitud de milagros: aquel rostro fue visto más veces irradiarse de luz y más veces lagrimar, como entre el asombro de todo el mundo, aconteció en el terremoto de 1598 (cf. Samperi, **Iconología Mariana**, lib. IV c. 25).

Ni menos prodigiosa se reveló la imagen venerada en la iglesia de San Leonardo (**Ibid.** c. 30). El Padre hizo el panegírico de Nuestra Señora de Itria en 1899 en Pézzolo (Mesina), donde se celebraba solemnemente la fiesta.

Nuestra Señora de Itria en Polístena (Regio Calabria) es compatrona de la ciudad con la Santísima Trinidad. Rector de la iglesia era en sus tiempos Monseñor Domingo Valensise, Sacerdote muy celoso, que luego fue consagrado obispo de Nicastro. Durante su rectorado desarrolló grandemente el culto de la Virgen, especialmente celebrando en su honor, con gran solemnidad, el

mes de mayo; y el 20 de agosto de 1885 obtuvo por León XIII, por recomendación de más de cuarenta obispos, que el mes mariano se pudiera celebrar, en cualquier lugar, con la misa en honor de la **divina maternidad. Quod beneficium nec regionum nec temporum limitibus definitur**, así reza la inscripción dictada por el Padre Angelini, S.J. que se lee en la losa recordatoria puesta en aquella iglesia.

En preparación de esta fiesta, Valensise se encomendó a su amigo, el Padre, que le compuso las oraciones para la novena, tejiéndolas con el cuento de los acontecimientos referentes al famoso cuadro de Constantinopla, intercaladas con estrofas para el canto, a las que seguía el himno.

Se imprimieron por una persona devota, en Siena (**Tipografía Editora San Bernardito**, 1889).

El culto a **Nuestra Señora de Pompeya**, empezó en los últimos veinte y cinco años del siglo XIX, cuando, por el celo del abogado Bartolo Longo, hoy Siervo de Dios, y de la condesa De Fosco, que luego fue su mujer, nació, justamente en el desolado valle de Pompeya, un templo que, en la intención de los fundadores tenía que ser una modesta capilla para los campesinos de los alrededores, y que, en cambio, se convirtió muy pronto en un templo preciosísimo rico de arte y mármoles, por las gracias y milagros actuados por la Santísima Virgen invocada bajo aquel título.

Como el Padre se di cuenta, empezó poniendo a servicio de Nuestra Señora de Pompeya su inspiración poética con la **Salve**, de la que comentamos antes, y que tituló: **Saludo de la ciudad de Mesina a la Santísima Virgen del Rosario de Pompeya**. En 1890 había preparado un librito suyo: **Novenario de breves oraciones en honor de la Santísima Virgen del Rosario del Valle de Pompeya, con pocas pequeñas estrofas en canto**. En la contraportada es indicada también la editora: Piacenza, **Tipi Hermanos Bertola**, 1890. No fue publicado, sin embargo, por la intervención negativa de Bartolo Longo, muy buen amigo del Padre, al que él tuvo que enseñar el manuscrito. El Padre había escrito las oraciones «en orden a la historia del santuario», para que «sirvieran en general para toda clase de personas, sin incluir un motivo particular» (Vol. 7, p. 143). Bartolo Longo en cambio había publicado su novena **para obtener gracias en los casos desesperados**. Queda sin embargo el hecho que esta novena encontró mucho favor entre los fieles, se difundió en escala internacional, traducida en muchos idiomas; por eso no era el caso de intentar la sustitución. En cambio, fueron bien acogidas las pequeñas estrofas que empiezan: **A dos piadosas almas** y la **Salve** de más arriba, insertadas en los libros imprimidos en Valle de Pompeya, y hoy muy conocidas, al menos en Sicilia.

Evidentemente el Padre al escrito daba la huella de su espíritu: y por eso había añadido a la novena dos oraciones a la Santísima Virgen de Pompeya, una para conseguir los buenos trabajadores evangélicos y otra para el triunfo de la Santa Iglesia.

En 1909 el Padre, por la generosidad del Vicario foráneo Sacerdote Francisco Antonuccio, abrió un orfanato antoniano en San Pier Niceto (Mesina) con iglesia anexa dedicada a la Santísima Virgen de Pompeya y por diversos años allí predicó la novena. Recordemos los temas tratados en mayo de 1910: **Nuestra Señora de Pompeya es maestra de los pueblos**. Ella enseña: 1. Los misterios; 2. La vigilancia y la oración; 3. La peregrinación de esta vida; 4. Las obras de caridad; 5. La paciencia; 6. El apego al Papa; 7. La frecuencia a los Sacramentos; 8. La fe en lo sobrenatural; 9. Recurrir a Ella en el valle de Lágrimas (Valle de Pompeya) (Vol. 21, p. 44).⁵⁴

⁵⁴ El Padre aprovechaba todas las ocasiones para hacer honor a la Virgen María. Una vez se halló, fácilmente por motivo de ministerio, visitando la capilla dedicada a Nuestra Señora del Pilar. Esta devoción viene de España, Nuestra Señora

5. La Estrella Matutina

Apóstol de la devoción a la Santísima Virgen **Estrella Matutina** en Nápoles fue la Venerable Sor María Luisa de Jesús (1799-1875) terciaria dominica, alma dotada de virtudes extraordinarias y enriquecida por el cielo de sublimes carismas. Edificó un monasterio y una iglesia dedicados a la **Estrella Matutina**. El Padre fue a hallarla en Nápoles y más de 50 años después, el 3 de diciembre de 1922, recuerda aquel encuentro con frescura y entusiasmo, por lo que la Hermana piadosa había preanunciado para su porvenir: «Llegué a Nápoles, escribe, el 26 de julio de 1870. Palpitaba por la sagrada emoción ante la grata del Monasterio de Estrella Matutina, en presencia de la humilde Sierva del Señor, que, dotada como era por el Espíritu del Señor, recurrió mi porvenir con lo que su Esposo Celestial le inspiraba» (Vol. 45, p. 553).

El Padre se hizo apóstol de esta devoción en Mesina. En 1875 publicó un librito de oraciones y versos, precedidos por un capítulo en que justifica el título de Estrella Matutina dado a la Virgen y declara: «La presente novena fue compuesta e imprimida por mí en acción de gracias a la hermosa Estrella Matutina por una gracia que me concedió». Parece que se trate de curación.

La devoción se introdujo, en un primer tiempo, en la iglesia de San Julián, pasada luego definitivamente en la de Santa María del Arco, exponiendo a la veneración un cuadro que, tras su indicación, hizo pintar por el valioso artista su conciudadano José Minútolí, haciendo luego una halagadora presentación (25 de julio de 1877) en **La Palabra Católica** (N.I. Vol. 1, p. 18).

La fiesta se celebraba allí cada año con fervor y solemnidad, preparada por la **Unión Piadosa bajo el título de María Santísima Estrella Matutina para el triunfo de la Fe**; y, en efecto, en el librito estaba anexa una **Oración a María Inmaculada Estrella Matutina para el triunfo de la fe católica**. A la **Unión Piadosa** dieron el nombre, además de la multitud del pueblo, elementos representativos de la ciudad y en la cabeza de la nota de los socios aparece el Príncipe De Alcontres. Ella permaneció activa y fervorosa hasta el terremoto de 1908, que derribó la Iglesia.

De la predicación del Padre sobre la **Estrella Matutina**, recordamos el panegírico de 1875 y 1877 la novena de 1877 y 1879 y otros dos discursos de 1880 y 1889.

6. Nuestra Señora de Lourdes

En el apostolado del Padre ocupa un puesto singularísimo Nuestra Señora de Lourdes, cuya devoción él primero introdujo en Mesina.⁵⁵

del Pilar de Zaragoza, porque, según una tradición piadosa, la Santísima Virgen, cuando aún vivía en la tierra, habría aparecido al apóstol Santiago sobre una columna, en España, para pedir la edificación de un templo en aquel lugar. Los fieles que frecuentaban aquella capilla visitada por el Padre no tenían oraciones adecuadas para invocar la Virgen bajo aquel título; él por eso escribió en seguida una novena propia con oraciones y versos, con esta nota: «Estas oraciones y estrofas fueron escritas en la sacristía de la capilla de María Santísima del Pilar, en San Pier Niceto, al lado del río, hoy 9 de mayo de 1904» (Vol. 7, p. 70). El edificio fue derribado por el terremoto de 1908.

⁵⁵ Hoy en día, en Mesina, surge, en Santa María de los Ángeles, un bonito santuario dedicado a Nuestra Señora de Lourdes, con la reproducción de la gruta original, cuidado por los celosos Frailes menores, que quieren reivindicar a un insigne religioso de ellos, el venerado Padre Bernardo de Jesús el mérito de haber introducido él primero esta devoción en Mesina,

en 1875 en la iglesia de Santa María de Puerto Salvo, de allá luego trasplantada a Santa María de los Ángeles en 1898, donde el Padre Bernardo había preparado una artística gruta con las estatuas de la Virgen María y Santa Bernardita (cf. **La Scintilla**, 23 de agosto de 1970, p. 3).

Estamos delante de simples afirmaciones: y tenemos que saltar de 1875 a 1898 para asistir a una particular manifestación de pública de culto de Nuestra Señora de Lourdes por parte de los franciscanos.

El Padre confesaba que había sido él quien introdujo en Mesina el culto a Nuestra Señora de Lourdes. Al Padre Silvestre Di Bella que un día le presentó en homenaje el pequeño manual de oraciones para los devotos de la Virgen de Lourdes, publicado por sus cohermanos, los Frailes Menores de Santa María de los Ángeles, el Padre, tras haber dado una mirada superficial al opúsculo dijo: «Aquí hay un error histórico; el culto a Nuestra Señora de Lourdes en Mesina fue introducido en mayo de 1876 en la parroquia de San Lorenzo».

Queriendo bien descifrar el asunto, se trata de entenderse sobre el significado para dar a la expresión **introducción del culto de Nuestra Señora**.

Indudablemente no se quiere decir que la primera noticia de las apariciones de Lourdes fue llevada a Mesina por el Padre Bernardo en 1875. Mucho antes de aquel año la fama del gran acontecimiento había llenado el mundo y seguramente también en Mesina los diversos predicadores de novenas y triduos marianos en todas las iglesias de la ciudad habían hablado de ello, como hoy también se habla de Fátima y Siracusa. El mismo Padre Bernardo también antes de 1875 habría hablado y predicado sobre ello. El Padre divulgaba esta devoción cuando tenía 15 años.

El autor del artículo quiere ligar el inicio del culto a la Virgen por parte del Padre Bernardo, con la vuelta de él de la peregrinación a Lourdes, que tuvo lugar justamente en 1875. Pero necesitaríamos pruebas, para hacer coincidir la peregrinación del Padre Bernardo con el **culto de Nuestra Señora de Lourdes difundido en la ciudad**. En cambio, estas pruebas **abundan en favor del Padre y de la Iglesia parroquial de San Lorenzo**.

1. El Padre, entonces aún subdiácono, predicó el mes de mayo de 1876 totalmente dedicado a la narración y explicación de las 18 apariciones de Lourdes en la sobredicha parroquia de San Lorenzo.

2. En la conclusión del mes, erección canónica de la **Asociación Piadosa de Nuestra Señora con el título de Lourdes**, muy pronto agregada a la **Archicofradía primaria** de Roma.

3. En julio del mismo año, el Padre publicó un librito, para uso de la Asociación, con noticias sobre la aparición, oraciones y versos, que se convirtieron muy pronto en populares. El Padre Vitale (p. 58) destaca: «Como vuelve querido sentir resonar en los templos de la ciudad y las iglesias de las aldeas y también por las calles, por las niñas piadosas aquel estribillo: **Gritamos con júbilo hasta las estrellas Viva la Virgen de Massabiellas...**». En este pequeño opúsculo el Padre afirma contundentemente: «Esta querida devoción hoy existe en nuestra ciudad. Tuvo su origen en mayo de 1876, por las narraciones que se hicieron de las apariciones de Lourdes en la Iglesia parroquial de San Lorenzo».

4. Institución de los **Sábados de la Virgen de Lourdes**; o sea **todos los sábados** del año, desde junio hasta abril, en la parroquia se hacía una función especial: oraciones y cantos a Nuestra Señora de Lourdes, seguidos por la predicación. Durante tres años seguidos, empezando por junio 1876, predicó el Padre: conservamos huellas de más de cien sermones sobre la Virgen, que se encierran todas o con un recuerdo a las apariciones de Lourdes o bien con el relato de algún milagro allí hecho por la Virgen.

5. En un sermón de sábado 2 de diciembre del mismo 1876 el Padre hace el punto sobre el desarrollo de esta devoción en la ciudad: «Hace siete meses apenas que la devoción a María de Lourdes fue introducida y, nacida casi por encanto en el pasado mes mariano, se difundió rápidamente en toda la ciudad; así que, donde las demás devociones empiezan con poco y luego con los años se desarrollan lentamente, esta devoción en cuanto apareció en seguida se ensanchó, se hizo conocer por todos, ganó todos los corazones. Y Nuestra Señora de Lourdes, que se dignó de escoger este lugar, esta parroquia, llamó hasta aquí a sus pies los habitantes de los más opuestos barrios de la ciudad; y de toda parte de la ciudad vinieron a esta iglesia para inscribirse a la **Congregación de la Inmaculada Concepción de Lourdes**. La congregación de la Virgen de Lourdes hasta ahora cuenta cerca de 400 asociados de ambos sexos, que, aportando la ligerísima cantidad de 5 sueldos cada mes, forman aquella cantidad mensual conque se mantiene esta devoción, se celebran los sábados de todo el año, se tiene siempre adornado con cera el altar de María, se celebra la fiesta anual, se celebrará cada año el mes mariano con predicación durante todo el mes; y además se procuran muchas otras ventajas, como son los entierros, etc. nosotros pues podemos concluir que también aquí en Mesina la devoción a María de Lourdes está ya establecida, ya procede céleremente» (Vol. 17, p. 126).

6. Se estableció la fiesta de Nuestra Señora de Lourdes en la parroquia de San Lorenzo, en que se celebraba el segundo domingo de junio. Leemos en **La Palabra Católica** (12.06.1878) que en 1878 «predicó el triduo el Sacerdote Francisco Pulito y tuvo el panegírico el Sacerdote Aníbal Di Francia, en la presencia del Arzobispo Mons. Guarino».

7. En los primeros tiempos en la parroquia se veneraba un cuadro de la Virgen, una común oleografía, pero el Padre lanzó pronto la idea de una estatua de madera. El encargo fue confiado a un artista mesinés de indiscutible valor, José Prinzi, vencedor del concurso por la Estatua de San Guillermo, que se admira en Roma, en San Pedro, entre los santos fundadores. La estatua muy conseguida de la Virgen fue inaugurada sábado 29 de diciembre de 1877, con un discurso del Padre.

8. Añado un argumento negativo, que seguramente tiene su valor hasta prueba contraria. **La Palabra Católica** de aquellos años – la única revista católica de la Ciudad – jamás menciona el culto de la Virgen de Lourdes fuera de la parroquia de San Lorenzo, mientras no olvida las indicaciones de ritos sagrados hechos en todas las iglesias de la ciudad. Para el veinticinco aniversario de las apariciones, he aquí lo que leemos en **La Palabra Católica** del 18 de julio de 1883: «En la

Siendo subdiácono, predicó el mes de mayo de 1876 en su parroquia de San Lorenzo y tomó por tema las 18 apariciones de la Virgen. Recordando aquellos días, tras muchos años, el Padre exclamaba: «Oh, aquella historia de por sí tan tierna y conmovedora, ¡qué atractivas, qué impresiones producía en todos! ¡El pueblo crecía noche tras noche, y noche tras noche crecía el entusiasmo!» (Vol. 19, p. 169).

Desgraciadamente, sin embargo, de todo aquel mes no nos queda que apenas una página, que nos muestra con qué genialidad el Padre sabía sacar sabias aplicaciones morales de los más sencillos acontecimientos y de las más humildes circunstancias para infundir en las almas el amor a la Virgen (Vol. 22, p. 138).

En las comunidades el Padre quiso la novena en preparación a la fiesta del 11 de febrero y un obsequio particular por cada día de las apariciones. Amaba que en las casas se reprodujera la gruta de Lourdes, y en muchas ocasiones hacía hacer la peregrinación espiritual a la Virgen para obtener gracias. Se recuerda en las memorias que un año, con ocasión de prolongada sequía en Mesina, mandó hacer durante tres días una procesión de la comunidad del Espíritu Santo a la gruta de Lourdes con oraciones y cánticos. Fue notado que, en la última noche, en la conclusión de la función empezó la lluvia mientras se cantaba la última estrofa de su himno a la Virgen María en que se recuerda justamente la lluvia milagrosa de Elías:

Blanca, blanca sobre el arco horizonte
Saliste bajo la mirada de Elías.
Cuando, de la árida montaña él dijo:
“Mira, Acab, la lluvia vendrá”.
Blanca, blanca apareciste, María,
De una gruta en las sombras calladas,
Casi diciendo a los pueblos:
“¡Estoy aquí, la lluvia vendrá!”.

7. La Inmaculada

Digamos en seguida que el título mariano que mayormente afectó el Padre, y en que se centraron todos sus amores por la Virgen, fue el de la **Inmaculada**. A parte la inspiración de la gracia, seguramente influyeron en él los tiempos y el ambiente familiar. Mesina fue siempre muy devota de la Inmaculada Concepción. La gran iglesia edificada en 1254, pocos saben que está intitulada a San

iglesia parroquial de San Lorenzo fue solemnizado el 25º aniversario de la Santísima Virgen de Lourdes. En los días 12, 13, 14 tuvo lugar un triduo con sermones pronunciados por excelsos oradores. El día 15, domingo vigilia de la última aparición de la Santísima Virgen, hubo Misa solemne con el coloquio en la que muchísimos fieles se alimentaron con el pan de los Ángeles. Hacia las 10 y 30 horas tuvo lugar la Misa solemne canonical y por la noche el panegírico pronunciado por el Canónigo Di Francia. El concurso y la devoción del pueblo fue satisfactorio. Merece particular atención el altar mayor adornado con mucho gusto». Sobre ritos parecidos en otras iglesias, ni palabra; en cambio, ¡hubiese sido tan natural mencionarlo en tal ocasión!

El 18 de abril de 1892, el Padre predicó aún en San Lorenzo para encender nuevamente el entusiasmo en los socios de la Unión Piadosa, que había languidecido, «como acontece por la humana fragilidad, que no conserva el primitivo fervor» (Vol. 19, p. 169). En aquella exhortación ninguna referencia a otros centros de devoción nacidos en otros lugares de la ciudad. Y la Unión Piadosa se reanimó y quedó próspera hasta el terremoto de 1908. El terremoto lo arrasó todo. Tras el desastre, los Padres Carmelitas, a los que se les confió la parroquia de San Lorenzo, naturalmente dieron desarrollo a la devoción a la Virgen del Carmen, y la de Lourdes permaneció indiscutiblemente en el celo de los Frailes Menores.

Francisco de Asís: los mesineses la llaman en cambio de la **Inmaculada**, justamente por la tradicional devoción del pueblo a la Inmaculada, que cada año se celebra con mucho concurso.

En 1854 la definición dogmática encendió en el mundo entero una llama de entusiasmo por la Inmaculada. La familia Di Francia era devotísima de ella, y la mamá durante mucho tiempo acompañó el hijo en esta devoción, que se desarrolló y fortaleció en el colegio San Nicolau, bajo la guía del Padre Ascanio Foti, maestro de los novicios, que cada día acompañaba el jovencito colegial Di Francia en el tributo que hacía a la Inmaculada con el rezo de la coronilla. Desde los jóvenes años él consagra su musa a la Inmaculada, que le fue inspiradora de estrofas en que derrama toda la llena de su corazón. En **La Palabra Católica**, en 1868, publica octavas melodiosas a la Inmaculada; en 1870 escribe **Fe y dogma**, composición polimétrica. Recuerdo una estrofa, en que el poeta resume los símbolos bíblicos de la Virgen: la madre cristiana habla de la Virgen a sus niños:

Cuenta que Ella es la espléndida
Estrella que los cielos adorna,
Del Sumo Dios la límpida
Fuente que los campos irriga,
El alba de amor que disipa
Las sombras nocturnas en el cielo,
Rosa que el aire perfuma
De arcana voluptuosidad.
Palmera que extiende un velo
Sobre el peregrino que va.

En 1874, con el título **Culpa y Redención**, eleva un nuevo **Canto por María Inmaculada**, en versos libres, en 4 partes, que termina con la visión de la Virgen que vendrá para salvar el mundo:

Ante tus pies las más sagradas oras corriendo
De mi vida, oh Virgen, te hablo
Una oración confiada, y miro
Tanta edad que huye, y mucha, alrededor
De culpas oscuridad. También me sonrío
Una esperanza, un íntimo, secreto
Presentimiento. Oh, tú, Madre vendrás,
Otra vez para triunfar vendrás,
Gloriosa. En los fraternos amplexos,
Tocados por arcana verdad celestial.
Resucitarán los pueblos traicionados.
Y la Cruz aquel día, recomponiendo
Entre sus brazos grandiosos el mundo,
Se elevará para siempre corredentora
Sobre las ruinas que la edad arrolló.

Hallamos además dos composiciones poéticas en prosa, que él titula **Salmos**, una publicada en **La Palabra Católica** (07.12.1878) con el título **Sine labe** (N.I. Vol. 2, p. 232) y la otra en **II Corriere Peloritano** (08.12.1894) con el título **Himno de alabanza y gemido de oración** (*Ibid.* p. 237). En 1904 con un nuevo himno conmemora el cincuenta aniversario de la definición.

Como fundador, el Padre consagró sus obras a la Inmaculada, que es su principal patrona; él más bien la quiso proclamar divina superiora de los institutos. Para las Hijas del Divino Celo la

función se celebró el 8 de diciembre de 1904, en el cincuenta aniversario de la proclamación del dogma, tras una preparación durada todo un año desde diciembre 1903 con especiales oraciones diarias para disponerse al gran evento. Él explica su naturaleza en la súplica a la Virgen: «Vos sois efectivamente la Dueña, Superiora y Madre de todos los institutos religiosos, pero es también verdad que esta autoridad, superioridad y maternidad está siempre en relación con la fe y santo deseo con que cada Instituto implora y desea un bien tan inestimable. En nuestro entendimiento, pues, suspiramos que esta autoridad, superioridad y maternidad queráis asumirla sobre este Instituto en una manera más especial y particular, ni más ni menos como si vos fuerais entre nosotras como Dueña, Superiora y Madre, para dirigirnos, regentarnos, mandarnos, corregirnos, castigarnos, vigilarnos, para gobernarnos en todas las cosas espirituales y temporales, en la observancia de la regla, en la piedad, en la disciplina, en los actos comunes, en las cosas más pequeñas como en las más importantes.

«De manera que cualquiera sea la que nos gobierna en calidad de superiora, no sea, en cuanto a su oficio, que vuestra verdadera vicegerente, una vuestra vicaria o representante» (Vol. 7, p. 62). Desde el 28 de septiembre empezó la ofrenda de 71 divinas Misas en acción de gracias a la Santísima Trinidad por todas las gracias concedidas a la Santísima Virgen durante todos los años de su vida terrenal, 71, según una tradición popular.

Casi para reconocimiento práctico de la sumisión hacia la Santísima Virgen, cada noche todas las llaves de casa se ponían en un cestito y se depositaban al pie de la Virgen, en la habitación de la Superiora.

La misma proclamación para la Congregación de los Rogacionistas fue hecha el 2 de julio de 1913, mientras el día antes se había hecha la relativa proclamación del Corazón eucarístico de Jesús como Divino Superior. En un triduo de preparación el Padre nos había comentado detalladamente las fórmulas de proclamación, para que comprendiéramos mejor su íntimo sentido.

La mañana del 2 de julio, hubo la inauguración de la hermosísima estatua de la Inmaculada. La espera se había cultivado en los ánimos durante mucho tiempo. Hacía falta descubrir la imagen ante la comunidad, recogida en el patio, alrededor de la caja que la contenía. Listos los monaguillos con las velas, la cruz, cubo de agua bendita para la procesión: en trepidación los músicos y cantores para saludar la Virgen en seguida a la primera aparición. El Padre en sobrepelliz y estola empieza a maniobrar, ayudado por otros, martillo y tenazas: la caja se abre, los ojos de todos se apuntan y... ¡qué desilusión! La caja está vacía... «Oh, – exclama mortificado – la **Mística Paloma** ya voló». Y he aquí que tras él se gira por la casa, se busca en todos los rincones del jardín... finalmente se entrevé una lucecita en el fondo de un pasaje subterráneo, se oye el arrullo de las palomas... «He aquí, he aquí la **Mística Paloma**... ¡se refugió en las grietas de la roca!». Y entusiasta prorrumpe la invitación en canto:

Levanta, Paloma del cielo,
Deja tu nido en la roca
Sal de las ruinas
Como de la sombra el sol.
¿No oyes? A ti levantan
Tantos hijos tuyos el grito,
En el santo sagrario
¡Te espera el Hijo Dios!

Siguió la procesión cantando: **Desatad un cántico, almas hermosas**, etc. «¡Era un encanto! – escribe el Padre – Así se llevó en la iglesia, y celebré la Misa con sermón etc...». «A mediodía la

Santísima Virgen fue proclamada **Superiora absoluta, efectiva** etc. etc., con entrega de llaves, libros, etc. ¡Ahora somos más seguros! ¡Viva Jesús! ¡Viva María! (...) Decid a la comunidad – sigue el Padre a la Madre Nazarena – que la divina Superiora las quiere perseverantes en su obediencia materna» (Vol. 34, p. 97).

A propósito de estas prácticas originales, revela un testigo que «ciertas veces las manifestaciones de piedad del Siervo de Dios eran infantiles: otros sonreírían por sus salidas en ocasión de nuevas estatuas que se tenían que bendecir: las escondía en un rincón de la casa y luego invitaba al descubrimiento de ellas a los huerfanitos, que disfrutaban de ello, después de haber corrido por todos los rincones en búsqueda». Contando estas cosas parecen de veras infantiles, pero viviéndolas, hechas por él, con aquel espíritu suyo y aquel fervor, llenaban de entusiasmo y fomentaban la piedad. En la inauguración que comentamos arriba se halló presente también un huésped, Sacerdote Cosme Spina, de Ceglie Messápico, que así recordaba el hecho después de 40 años: «Hacía falta ver qué interés ponía el fundador en aquella función, y como, en aquella especie de idilio sagrado, resplandecía su ternura hacia la Virgen, que llamaba **La Paloma**. Con ansiedad febril la buscaba entre las místicas grietas, allá en el jardín que resonaba por los cánticos que el hombre venerando elevaba hacia Ella con sus alumnos. Luego finalmente **La Paloma** se hallaba y entonces a celebrarla acompañándola en devota procesión. En un cierto punto el desfile se paraba, unos alumnos proclamaban unos discursitos, a cada uno de los cuales el Padre aplaudía entusiásticamente, batiendo las palmas con una sencillez infantil, quisiera decir franciscana. Tras la conclusión, la procesión retomaba su camino, y girando un poco más en la plaza de la iglesia, entraba en ella triunfalmente con la multitud de los devotos que aclamaban a la Madre de Dios».

Otro episodio significativo de la piedad del Padre. Un día viniendo de Mesina a Oria, halló que la Virgen había sido puesta en el altar: se pensaba que fuera aquello el sitio más adecuado, porque de allá dominaba como madre y reina; pero el Padre no autorizó y ordenó que fuera colocada otra vez en el modesto pedestal en el **sancta sanctorum**, al lado de los alumnos: «Así me gusta – dijo – la Mamá entre sus hijos; si los chicos no ven la Virgen, no rezan bien».

La fiesta de la Inmaculada se preparaba con los doce sábados, con oraciones y cantos, e inmediatamente, por doce días, en vez de una novena, a menudo predicados por él, con especiales florecillas y ayuno a pan y agua en la vigilia.

En los primeros días de diciembre de 1918, se esperaba el Padre en Mesina, de vuelta de las Apulias. Llegó en cambio una carta de Santa Eufemia de Aspromonte, donde se había parado para visitar aquella casa. Había pasado que se había enterado que en la parroquia había faltado el predicador para el triduo de la Inmaculada. Escribe al Padre Vitale que había pensado que tenía que predicarlo él: «¡Me pareció que la Santísima Virgen lo quisiera! ¡Hace falta servirla por doquier esta dulcísima Madre! Usted pensará a lo demás, **quæ solet máxima pro minimis reddere**» (Vol. 32, p. 167).

La Inmaculada recompensó siempre la filial confianza del Padre con su validísima protección en las horas tristes de la Obra.

La mañana del 25 de mayo de 1897 «la estatua de madera de la Inmaculada, en el Oratorio interno del monasterio del Espíritu Santo (en Mesina), empezó a dar aceite muy abundante, por las manos, un poco por debajo de la barbilla, un poco por el pecho, pero más por los pelos, un poco por los labios. Esta emisión de aceite duró durante cerca de un mes, pero siempre disminuyendo. La base de la estatua fue mojada por el aceite, diversos trozos de papel y algodón sirvieron para secarla, y unas cuantas gotas fueron recogidas en una cucharita» (N.I. Vol. 10, p. 226). Para verificar el hecho,

el Padre invitó el Vicario General Monseñor José Basile, que quiso el parecer de un experto. El artista mesinés Antonio Saccá, escultor en madera de reconocida importancia, examinó atentamente el fenómeno y declaró que ello no se podría atribuir ni a la madera de álamo, con que estaba hecha la estatua, porque ya seco de hacía muchos años, ni al aceite de lino, con que había sido pintada porque esto, una vez seco, no se derrite en ninguna temperatura.

El Padre leyó en el hecho el anuncio de un inminente peligro para la Obra y la protección de la Virgen, que impetraba por el Señor la salvación. En realidad, justamente unos meses después el arriba mencionado Vicario General decretaba la supresión inmediata de la Congregación femenina, diferida luego de un año **ad experimentum**, durante el cual bajó a Mesina Melania, la pastorcita de La Salette, que consolidó la Congregación.

El Padre recuerda el episodio en su **Melodrama para las bodas de plata por la venida de Jesús Sacramentado**, poniendo en la boca de Jesús estas palabras dirigidas a la Congregación de las Hijas del Divino Celo:

Con las máquinas tuyas engañosas
Tanto había obrado el gran enemigo...
Tú trepidaste mísera y llorando
¡Sin una mirada, sin un dicho amigo!

Pero vigilaba mi dulce Madre
En tus suertes y te recogió en su pecho;
Se movió contra las tartáreas turbas,
Y un año más te fue concedido al menos...

¡Qué tristes aquellos días! Entonces la Madre mía
Del simulacro de tu capilla
Dio gotas como el que por vía
Suda por el afán: así sudaba también Ella.

Por ti sudaba pidiéndome salvación
Por ti sudaba para expulsar Satán,
Parecía llorar contigo y la amargura
Dividir contigo por el reciente afán.

Trato misericordioso de la bondad materna de la Virgen: la mañana del 28 de diciembre de 1908, los huérfanos de Mesina se habían recién recogidos en el dormitorio alrededor de la Inmaculada por el rezo de las oraciones, cuando la tierra tembló terriblemente, las paredes se tambalearon y aquella porción de dormitorio en que se habían retirado los niños se destruyó y el tejado cayó con un gran estruendo. Lo que quedaba del dormitorio en que estaban los niños, quedó intacto, casi sostenido por las manos de la Virgen, para protección de sus hijos, que todos salieron incólumes del gran desastre, bajo el cual hallaron la muerte más de 80.000 personas.

En el Instituto de Trani había una jovencita con tuberculosis en el último estadio: la muerte era cuestión de días. Mientras tanto se tenía que inaugurar en aquella casa una estatua de la Inmaculada, que había sido depositada en la habitación al lado de la enfermería. La noche de la vigilia, 12 de abril de 1912, tras sus repetidas insistencias, el Padre hizo acompañar la joven delante de la Virgen, y hasta le permitió que ella misma encendiera la lámpara. Mientras tanto ella rezó: «Virgen mía, estoy aquí, de vos espero ser curada». Llevada nuevamente a la cama, contra su costumbre se

durmió inmediatamente. Y he aquí que en el sueño ve la Virgen, justamente la Inmaculada de la estatua, pero viva y palpitante, que se mueve, se le acerca y con el pulgar le hace un sensible signo de cruz en la espalda. La chica en aquel contacto vivo se despierta y se halla sentada en la cama; pero en seguida se tumba y se duerme. Y la Virgen se le muestra nuevamente y le habla: «Hija, te faltaba un pulmón, te lo devolví: estás curada. ¡Llama la maestra e ir todas a la capilla para dar gracias al Señor!». Y así la comunidad alegremente pasó todo lo que quedaba de la noche delante de Jesús Sacramentado. Por la mañana los doctores confirmaron la curación, el Padre informó de ello en seguida a Pío X, que sin embargo ordenó que no se divulgara el hecho antes que no hubiese hecho una investigación jurídica. Se esperó un año para que la curación fuese comprobada por el tiempo; pasado el cual, Monseñor Carrano, Arzobispo de Trani, instruyó el proceso canónico, que juzgó milagrosa la curación, y envió el informe a la Sagrada Congregación de los Ritos.

La estatua milagrosa es la de Cantalamessa, con las manos juntas, que gustaba mucho al Padre, que la definía la humildad glorificada; había retirado un ejemplar en 1911 para la casa masculina de Mesina: tras el milagro de Trani, la quiso en todas nuestras casas – menos para el Espíritu Santo, en que se venera la Inmaculada del prodigioso sudor – y en diversos años, envió veinte y tres copias a las varias comunidades religiosas que conocía.

8. La Virgen de la Sagrada Carta

Auténtico mesinés, el Padre no podía no alimentar un culto profundamente sincero hacia la gloriosa protectora de Mesina, la Santísima Virgen de la Sagrada Carta.

Se entiende que él antes de todo ponía su cítara a disposición de su Virgen, en ocasión de la fiesta del 3 de junio; y publicó en 1868 un poema sáfico, en 1870 un himno, en 1871 melodiosas octavas en que recoge las vicisitudes históricas en que triunfa en Mesina la Madre de la Carta; en 1879 y en 1892 hallamos dos **Salmos**.

Tenemos sin embargo que reconocer – tras su confesión – que él de joven no estaba convencido por la tradición; la creía tardía, sin un sólido fundamento. Fue su confesor y maestro de moral, el Canónigo Ardoino, que lo indujo a estudiar los documentos del pasado, y él le hace público testimonio en el elogio que entretuje en el funeral: «Yo te soy agradecido, y bendigo desde el fondo de mi corazón tu santa memoria, porque cuando ignoraba, como en el día de hoy muchos mesineses lo son, esta gran gloria y este inmenso tesoro, por ti aprendí a conocerlo, a apreciarlo, a amarlo» (Vol. 45, p. 14).

Se dio por tanto al estudio de diversos autores que escribieron sobre ello: Belli, San Pedro Canisio, Perrimezzi, Samperi y muchísimos otros.

Hace falta sin embargo destacar que todos estos autores son de 1600; y los escritores posteriores, hasta el literato barón Nicolás Gallucci y el Padre Pazolis de Turín, en la mitad de 1800, y el Padre Roberto da Nove, con sus sermones, de 1928, hicieron una obra parenética, divulgativa, aceptando la tradición que era presentada por los escritores nombrados más arriba. ¡A partir de 1600 hasta hoy la crítica hizo su buen camino! ¡Llegó hasta a morder las páginas del Evangelio! ¡Imaginemos si podría respetar la Sagrada Carta! Sin embargo, no podemos hacer culpa al Padre si él no era un hombre de estudio: había escogido zambullirse hasta los ojos en las miserias de los pobres y niños abandonados y no le quedaba tiempo – ¡ni tenía gana por ello! – de embarrarse en cuestiones de crítica histórica; por la tradición ciudadana le bastaba confiar en aquellos autores, que merecían

todo su respeto y su fe, y por eso pudo escribir que esta gloriosa tradición de la carta de María «es apoyada por incontestables documentos» (Vol. 47, p. 105). Se arreglaba, pues, según esta creencia; y encomendó a sus hijos un estudio de esta tradición para mantener entre los mesineses el culto de la Virgen de la Carta.

Escribió un opúsculo en que recogió lo que la tradición trasmite sobre la embajada enviada por los mesineses a la Santísima Madre de Dios, y la respuesta de Ella a través de una preciosa carta con la que asegura a la ciudad su bendición y su perpetua protección. A las noticias se añaden oraciones y versos, que se usan actualmente en la catedral para la novena de la Virgen y van por las manos de todos.

En 1881 predicó, en su parroquia de San Lorenzo, todo el mes de mayo sobre la Virgen de la Carta, y más precisamente en la protección extendida durante los siglos, de la Santísima Virgen en favor de Mesina a través de prodigios, apariciones, cuadros milagrosos, que habían dado origen a los numerosos santuarios marianos, de que eran tachonados la ciudad y los alrededores.

En 1890 tuvo en la catedral el panegírico en la solemne fiesta del 3 de junio; a la que intentaba no faltar nunca, para hacer su homenaje filial a la patrona celestial. Un año se halló en Nápoles y se fue a celebrar en la Iglesia de la Sagrada Carta (Vol. 32, p. 130).

La fiesta de la Virgen de la Carta la quiso, por todas nuestras casas, precedida por una novena.

Recordemos su panegírico en Mesina el 3 de junio de 1909, cuando la fiesta se celebraba por primera vez en una barraca, en las ruinas de la ciudad destruida por el terremoto. En aquel estado de malestar, no se había ni pensado en el predicador; como el Padre fue informado de ello, la vigilia, se ofreció a Monseñor Arzobispo para hablar durante el pontifical. «Hacer hoy retórica me parecería un delito – él dijo – me interesa en cambio que no vacile en nuestros pechos la gran fe que tenemos que tener en la perpetua protección que nos prometió la Madre de Dios». Y siguió afirmando que el castigo no había venido para la perdición de Mesina, sino para su corrección, como siempre se verificó en los siglos pasados: así Mesina resucitará purificada de su desventura. Lágrimas y sollozos de todo el pueblo pusieron el sello en las palabras del predicador, que exhortaba a renovar la confianza en la protección de la Virgen y a santificar la propia vida para merecerla.

9. María Niña

Leímos diversos testimonios sobre la particular devoción del Padre a María Niña; he aquí otras: «Amaba tanto la Virgen, especialmente bajo el título de Niña. Recordaba el dicho de un santo: el que ama la Virgen está seguro de ir al Paraíso».

«Amó mucho a la Virgen, especialmente la Inmaculada y María Niña. Escribió poemas y cánticos, que cantaba él mismo junto con nosotros con los brazos elevados. La Niña además era la poesía de su corazón: ¿quién puede describir aquellos discursos para su fiesta, cuando con su característica ingenuidad, con una sonrisa y una palabra, que brotaba tierna y fecunda de su labio, nos transportaba en espíritu a Nazaret, y nos hacía casi esperar porque Joaquín y Ana nos dieran el permiso de visitar la recién nacida? Son escenas que se experimentan, pero no se comentan». Estaba loco por la Niña María. Se hizo fotografiar con la Niña en mano.

En cada casa el Padre quería la estatua de la Niña, solemne la fiesta preparada por una novena con obsequios, florecillas, vigilia en la noche de vísperas de la fiesta, y por la noche se encerraba con

la procesión por toda la casa. Y hacía falta entonces sentir las vibraciones del corazón del Padre en los gritos calurosos que intercalaban oraciones y cánticos: «¡Viva la Santísima Niña María! ¡Viva la Predilecta de Dios! ¡Viva la emperadora de todo el universo! ¡Viva la soberana encantadora de los corazones!». Y las comunidades aclamaban con entusiasmo: ¡Viva, viva!

Pero a la Niña María es ligada en modo particular la casa de Taormina. Esta desde sus comienzos fue dedicada a la Niña, y se puso de ella una pequeña estatua en el comedor. A la Divina Madre seguramente le gustó el pensamiento, pero quiso demostrar que en aquella casa Ella tenía que ocupar un puesto central. Sigamos los acontecimientos.

En el patio se hallaba un enjambre con unas 600 abejas, regalado por el Padre Antonio Catanese. La mañana del 26 de julio de 1906 habían ido a abrir la colmena, pero la encontraron vacía. La superiora, Sor María Carmela D'Amore, fue a referir el asunto al Padre, que se hallaba en la casa, que acogió la noticia sonriendo.

Aquella misma mañana la hermana sacristana, poniendo en orden el depósito de la sacristía halló una pequeña estatua en mal estado y casi irreconocible, tanto que creyó que fuera un San Antonio. La llevó al Padre justamente mientras Sor D'Amore lo informaba sobre el enjambre vacío. Como el Padre vio la pequeña estatua: «Oh – exclamó – no se trata de san Antonio. ¡Es la Niña María!». Y dirigido a la superiora: «¡He aquí la verdadera **Abeja Reina**; y las abejas son nuestras almas!».

El Padre llevó la pequeña estatua a Mesina, la hizo restaurar por el piadosísimo pintor Salvador Ferro, en el Espíritu Santo la hizo vestir de Reina y la llevó nuevamente a Taormina, donde la noche entre el 7 y el 8 de septiembre, «a las once y cuarto tocó el despertador y, entrados en la sacristía, fue descubierta la Divina Niña tras oraciones hechas para la ocasión, y en procesión con las velas encendidas y cantando las pequeñas estrofas, se dio la vuelta a la casa y luego la bonita estatuilla de nuestra amabilísima Dueña y Madre Niña fue colocada en su nicho. Al aire libre en la logia se hicieron luego los obsequios a la Inmaculada Niña, en medio de la alegría de todas las huerfanitas y al sonido del armónium. El cielo era perfectamente sereno, y no soplaba aire de viento, así que las llamas de las velas encendidas ante el sagrado icono quemaban sin molestias» (Vol. 35, p. 16. Cf. también N.I. Vol. 5, p. 237).

La Niña, mientras tanto, en el patio, expuesta al sol, con el tiempo había perdido su color así que el Padre en agosto de 1908 la retiró para restaurarla. Tras haber anunciado su vuelta y haber excitado el entusiasmo de las hijitas, la llevó nuevamente a Taormina unos días antes del 21 de noviembre de aquel mismo año, fiesta de la **Presentación de la Santísima Virgen al Templo**. Por eso hizo preparar una habitación, que fue dicha de la **Divina Superiora**, en el Instituto al que más tarde dio el nombre de **Conservatorio**, y todas las de la casa – que tuvieron cada una un nombre hebreo y un determinado encargo – tenían que quedar a servicio de la Dueña celestial, para compensarla del escondimiento en que había sido tenida en el conservatorio de Jerusalén.

La noche del 20 de noviembre, la Niña fue llevada a la iglesia de Santa Catalina, y la mañana del 21 fue llevada nuevamente al Instituto acompañada por dos personas que representaban los padres de la Virgen. Entrada en la iglesia fue acogida con gran júbilo y acompañada al altar; y aquí cada uno puede imaginar con qué fervor el Padre la saludaba y la invitaba a permanecer en aquella casa, entre sus hijas y esclavas de amor. Referimos aquí dos estrofas de los versos compuestos por él para la ocasión:

Dios te salve, Niña, amable
Sobre toda etérea cosa,

de los campos del empíreo
Mística rosa;
Tu perfume es el aliento
De toda virtud divina,
Que el alma refina
¡Al puro amor del Cielo!

Pues, ¿vienes, tú oh tierna
En tu celestial manto?
Oh, suspirada, ¡háblanos
Con aquel labio tuyo santo!
Derrama sobre todos un rayo
De tu rostro tan bello:
¡Caminarán con aquello
Las Hijas de tu celo!

Para la circunstancia el Padre había dictado esta inscripción: **A la Niña María Inmaculada - con tres años – que entra en la casa – de las Hijas del Divino Celo – del Corazón de Jesús – en Taormina – para morar allí doce años – por cómo entró en el Conservatorio – anexo al Templo de Jerusalén – entonces no conocida – ahora por sus esclavas e hijas – conocida, venerada y acogida – como Superiora, Maestra, Madre y Dueña.**

En 1903 empezó la fecha fija del Padre: el 21 de noviembre, invariablemente, siempre en Taormina, para celebrar el cumpleaños de la Niña y ofrecer su servicio de **Capellán esclavo de la Divina Niña**, hasta 1920.

En 1917 el peligro de torpedos en el estrecho hacía temer que el Padre por aquella vez habría faltado a la cita; pero él ya el 10 de agosto, desde Altamura había confirmado el compromiso escribiendo a Taormina: «Siempre tengo presente aquella casa con la Divina Virgencita Superiora, que me da licencia hasta el 15 de noviembre y luego me dice: “¡Aquí, en seguida, vuelve a mis pies!” Sí Señora mía, con la divina ayuda que vos me obtendréis, el 21 de noviembre estaré a vuestros pies como esclavo e hijo indigno» (Vol. 34, p. 33).

Pero hacia finales de octubre hubo realmente un hundimiento en el estrecho, debido parece a una mina, justamente en los días de la ruptura del frente de guerra: por eso el Padre con el Padre Palma prefirieron pasar el mar en barco: «pero había marea un poco fuerte – escribe el Padre – y parecía que el mar nos engulliría: las olas batían y nos mojaban. Pasamos el tramo rezando los 100 **requiem**, y muchas otras oraciones a la Santísima Madre, a San Francisco de Paula, a San Antonio, a los Santos Apóstoles etc. etc. estuvimos una hora, y luego aterrizamos en Ringo, donde tomamos el tranvía y fuimos derechos a la estación» (N.I. Vol. 5, p. 257).

Cumplidos los doce años de morada de la Niña Santísima en el conservatorio, con quince años, la Virgen fue entregada en esposa a San José, tras un triduo de preparación, en 1921 el 23 de enero, en que el antiguo misal llevaba justamente la fiesta del Matrimonio. Y entonces en la **habitación de la Divina Superiora** tomó sitio San José y, en sus lados, los venerandos padres de la Virgen, Santa Ana y San Joaquín.

¡Y cómo hacía falta estar atentos y no faltar de respeto a la celestial Señora! Recuerda Sor Lauretana que, siendo portera en Taormina, un día hallándose en la capilla de la Niña, se puso a correr prontamente al sonido del timbre, olvidando, en el paso, de venerar la Niña. El Padre se dio cuenta y

la paró: «¿Así tratáis la Reina del Cielo? Haced una inclinación y luego pasad más allá». Añadía la hermana: «me parece oír todavía la voz amonestadora del Siervo de Dios».

10. Los dolores de María

Somos muy deudores a los dolores de la Virgen, por eso el Padre quería en nosotros una sincera devoción a la Dolorosa.

«Cuando estaremos en el cielo – predicaba – gozaremos de la gloria de Jesús y María; pero mientras estamos en este valle de lágrimas, tenemos que llorar con Jesús y María: nuestra ocupación tiene que ser la de contemplar las penas de Jesús y María: nuestra devoción a la Virgen Santísima, bajo cualquier título, se tiene siempre que referir al título de **Dolorosa**. ¡En cualquier santa imagen de María Santísima la tenemos que ver dolorosa, mientras padece!» (Vol. 21, p. 69). Más precisamente quería que se meditara la desolación de la Virgen, especialmente en el sábado santo, cuando María sufría por Jesús, que yacía en el sepulcro.

El Padre: «Otra es la contemplación de las penas de María **Dolorosa**, otra la de las penas de María **Desolada**. Son dos especies de penas muy diferentes entre ellas, de las que una es el culmen de la otra. María se llama **dolorosa** hasta todo lo que sufrió en compañía de su Jesús, compartiendo sus penas, bebiendo su cáliz amargo. María es **desolada** cuando Jesús ya no estaba, cuando quedó totalmente falta de él: entonces la medida de su dolor llegó a la plenitud y desbordó. (...) El martirio de la Desolada empezó justamente después de la muerte de Jesús: Nuestro Señor Jesucristo en la cruz, inclinando la cabeza, entregó el espíritu: **Et inclinato capite** (...). En aquel momento todas sus penas de treinta y tres años acabaron; Jesús, el hombre de los dolores, acababa de padecer. ¡Pero Aquella que había sido la compañera de sus dolores, la corredentora del género humano, no cesó de padecer, más bien entró en un nuevo mar de angustias, más amplio, más profundo, más amargo, más tempestuoso: entró en el mar sin orillas de la **desolación!**» (Vol. 20, p. 69).

La liturgia del tiempo consagraba dos fiestas anuales a la Dolorosa: el viernes después del primer domingo de pasión y el 15 de septiembre. Las dos fiestas el Padre hacía celebrar en las casas con particulares obsequios; la primera más bien era precedida, además que, por la semana, por los siete viernes.

Para la **Dolorosa** de septiembre de 1913, dos hermanas habían ido a Bordonaro para la cuestación del mosto. El Padre las llamó en seguida para que volviesen, con un fuerte billete **urgentísimo**: «¡Muy dolido que, en el día consagrado a la Madre Dolorosa, que es la Divina Superiora tuvisteis el atrevimiento de ir a pedir el mosto y dejar sermones, función y retiro mensual! Muy dolido que el día sagrado a la Madre Dolorosa, que la prepuesta os dio este permiso: ¡sois intimadas de volver en seguida a Mesina!». Y se firma no según la costumbre, **Padre**, sino, en la manera sostenida... **Can. A. M. Di Francia** (Vol. 34, p. 99).

Hay una anécdota bonita en la vida el Padre sobre la Dolorosa.

Escribe: «El 11 de febrero de 1905 el Párroco Chillé nos regaló la bonita estatua de la Dolorosa e Inmaculada: dos misterios en relación con el 11 de febrero» (N.I. Vol. 10, p. 235). La estatua yacía abandonada en un depósito de la sacristía de la parroquia de San Antonio Abad (Era entonces aquella la parroquia del Barrio Aviñón, que en cambio ahora se halla en la de San Clemente).

El Padre la pidió en don y se apresuró a llevarla al Espíritu Santo en una carroza. Entrando en casa fue en seguida a tocar la campana de la reunión, anunciando con premura la visita de una gran Señora, que esperaba en el locutorio... Pero he aquí que la gran Señora entra llevada a brazos, y en seguida aplausos, hurras, oraciones. Pero la estatua estaba bastante mal, hasta le faltaban los pies: hizo falta restaurarla, vestirla a nuevo; y así hubo la nueva entrada de la Virgen en la casa sábado 19 de mayo de 1906.

El Padre era en Roma, y las hermanas prepararon la función según el estilo usado por el Padre e hicieron a Él un informe. Él contestó: «¡Lo que me escribisteis en vuestra carta sobre la entrada amorosa que nuestra dulcísima Madre, Dueña, Maestra y Superiora hizo nuevamente en aquella afortunada comunidad, golpeó la piedra de mi corazón frío e hizo brotar alguna lágrima! Que os bendiga, hijitas, discípulas y súbditas, vuestra Inmaculada Dolorosa Madre y Superiora, y os colme con sus más selectas gracias, ¡para haceros siempre crecer en el fervor santo de amar, servir, complacer la **Celestial Reina de los corazones!**». Luego explica qué quiere decir amar la Virgen: «El amor a la Santísima Virgen consiste principalmente en la imitación de sus virtudes, especialmente la humildad, la pureza del alma, el amor fuerte y constante para Nuestro Señor, el celo de su gloria y de la salvación de las almas, una gran caridad y dulzura en todos los encuentros».

Vuelve a la función hecha en Mesina: «Todo lo que hicisteis para la acogida de la dulcísima Madre fue bonito, inspirado y muy acepto por la hermosísima Señora y su Divino Hijo y nuestro bien Jesús. ¡Yo no merecí hallarme presente!» (Vol. 34, p. 219).

El Padre hizo colocar la estatua en el pasillo al lado de la puerta de la Madre General, para despertar en las religiosas el pensamiento que esta es la Vicaria de la Virgen; y «nos insinuó la costumbre – recuerda una hermana – de obsequiarla cada vez que pasaríamos por allí».

11. Nuestra Señora de La Salette

En la vida del Padre la Virgen de La Salette ocupa un sitio de primaria importancia, por las relaciones que hubo – como ya mencionamos antes – entre él y Melania Calvat, que a los 14 años había sido favorecida por la aparición de la Virgen.

Un particular es bien hacerlo conocer. El Padre, aún no era sacerdote, el 22 de septiembre de 1877, en su predicación del día de sábado en la parroquia de San Lorenzo, habló de la aparición de La Salette. Nos queda el manuscrito del discurso (Vol. 18, p. 130) con esta nota bajo el título: **Se hallaba Melania presente**. La nota sin embargo es escrita – por el Padre, está claro – con otra tinta, la que hallamos usada por él en los años 1897-98, cuando Melania estaba en el instituto de Mesina. Evidentemente tuvo que haber sido ella misma a hacer al Padre esta confianza: Melania entonces iba a Palermo al Padre Cusmano – con él se entretuvo durante un tiempo – y de paso por Mesina se halló casualmente, de incógnita, asistiendo la predicación que el Padre hizo entonces sobre la Salette.

En Mesina la devoción a la Virgen de La Salette se predicaba desde hacía muchos años. En San Nicolau por el Arzobispado se había erigido la **Asociación de Nuestra Señora de La Salette** desde hacía 1878 (cf. **La Palabra Católica**, 30-04. 1879); homónima asociación surgió en la iglesia de **Santa María de los Esclavos**, bajo la catedral, en la capilla dedicada a la **Virgen de La Salette**, donde se veneraba una hermosísima estatua hecha en París: la capilla había sido restaurada con mucho gusto y sin ahorro de costes en 1892, y la fiesta, que en aquel año se quiso particularmente solemne,

había sido precedida «por un devoto triduo egregiamente predicado por el joven sacerdote don Francisco Vitale» (cf. **Corriere Peloritano**, 22. 09.1892).

Después de la venida de Melania en Mesina, el Padre se sintió en la obligación de cultivar y difundir más esta devoción por gratitud a la Santísima Virgen, de la que recibía la salvación de la Obra. Publicó un pequeño opúsculo con el relato de la aparición, oraciones y versos para las tres estaciones.

En 1898 el Padre fue como peregrino a la santa montaña «para dar gracias a la gran Madre por haberse dignado de aparecer en la montaña y por haber dado nosotros la gran gracia de tener Melania en la Obra Piadosa para el tiempo que Dios querrá». De allí escribe a Melania: «Jamás podía imaginarme merecer una gracia tan grande de llegar a los pies de nuestra Señora, Reina y Madre, María Santísima de La Salette. No puedo decirle la gran impresión que probé: se siente aquí la presencia de la Santísima Virgen. El lugar es muy pintoresco, solitario y silencioso. Se ve bien que en el tiempo de la aparición esta soledad entre las montañas tenía que encantar un alma que, lejos de los ruidos de las criaturas, buscaba Dio solamente, mientras los rebaños pacíficos pastaban alrededor tranquilamente. (...) Recién llegado en este sagrado lugar, me tiré delante de nuestra dulcísima Madre celestial, representada por aquellas estupendas estatuas de bronce, que son una verdadera obra maestra de arte y fe. El pecador empezó a derramar algo de su miserable corazón, como una sencilla introducción de todo, porque aún tengo que ser presentado a la Santísima Virgen mediante una carta de la pastorcita, y tengo que presentar todas las demás cartas y súplicas (...) todavía no vestí la gran librea del Sumo Sacerdote para presentarme en el altar, pero siempre humillado en el abismo de mi nada, a la Augusta Señora y Madre» (N.I. Vol. 8, p. 10). El Padre permaneció tres días en La Salette al pie de la Virgen; pero no nos manifestó nada de los secretos de amor pasados entre él y la Madre del Cielo.

Rezando delante de las tres estatuas de bronce, que recuerdan los tres diversos momentos de la aparición, notó con decepción que por la noche no ardía ni una lámpara delante de las santas imágenes. Envío pues al Santuario un presente suyo significativo. Hizo construir por la empresa Bertarelli de Milán tres ángeles en bronce, altos un metro, que sostenían una lámpara en la mano izquierda, y en la derecha esta inscripción: **Los Ángeles de Mesina iluminan entre las tinieblas de estos montes la Reina de los Alpes, la Santísima Virgen de La Salette. Oh María, Madre de Dios, la ciudad de tu Sagrada Carta te saluda, te ama y te pide misericordia.**

Y como él quería que la ofrenda fuera un donativo de toda la ciudad, empezó un curso de predicación sobre La Salette en las diversas iglesias de Mesina: San Clemente, Catalanes, Anunciación de los Teatinos, etc. en la que se tenía expuesto en lugar oportuno el dibujo del ángel.

En diversas ocasiones hacía hacer a las comunidades la peregrinación espiritual a La Salette. La primera se hizo el 19 de septiembre de 1898, tras la vuelta del Padre de la peregrinación efectiva. Así él la comenta: «De vuelta, propuse a Sor María de la Cruz (**Melania**) la peregrinación espiritual a La Salette. Ella fue tomada por vivo entusiasmo y ella misma preparó el estandarte y lo organizó todo. Entonces preparamos las tres estaciones en el amplio patio de occidente y, debajo de la primera estación de la Virgen que llora, pusimos un contenedor de agua, mezclada con la prodigiosa agua de La Salette, casi representando aquella milagrosa fuente. A partir de los días anteriores al 19 de septiembre empezaron las procesiones, como si se fuera a la montaña bendita, alternando unos cánticos por mí compuestos para la ocasión. Melania de La Salette peregrinaba con nosotros. El día aniversario de la aparición se celebró la llegada a La Salette. Rezamos, ofrecimos súplicas, en escrito a la Santísima Virgen, cantamos los himnos de las tres estaciones, y otro en francés, con motivo que tiene algo angélico y empieza así: **Je te bénis, o Montagne chérie**, etc. Es una antigua costumbre

para hacer, en la montaña de la aparición, por algún Padre misionero, **le récit**, o sea el relato de la aparición, todas las veces que una peregrinación llega, y esto durante el verano acontece cada día. De esto me vino el pensamiento de rezar nuestra Melania que ella misma hiciera **le récit** en nuestra peregrinación espiritual. En un principio la humilde sierva del Señor se negó, porque sentía una inmensa repugnancia hablando sobre sí misma. Pero, impulsada por mis insistencias, consintió. Todos estábamos a su alrededor en profundo silencio, delante las tres estaciones, al aire libre, el tiempo era bastante calmo. Melania, con voz muy débil y suave, como también era su habitual costumbre, empezó así su discurso: “Yo cuidaba las vacas de mi dueño”, y siguió narrando la hermosa aparición de María Santísima. (...) Tras el **récit** hubo la distribución del agua. Melania misma la sacaba con un pequeño vaso que aún conservo y la entregaba a cada uno de nosotros. ¡Son memorias muy tiernas, si tenemos fe sencilla en Dios, si el amor de Jesús y de María nos atrae, si la virtud nos edifica, y si vivimos con la continua esperanza de una vida sempiterna!» (Vol. 45, p. 84).

12. Nuestra Señora de la Merced

La devoción a Nuestra Señora de la Merced era muy aceptada al pueblo de Mesina. Fue una de las primeras devociones del Padre, porque una iglesia de la Merced estaba al lado de su casa, él la frecuentaba de pequeño, allí servía los sagrados ritos y de monaguillo allí tuvo el panegírico de la Virgen. En ocasión del centenario, en 1918, intentó encender nuevamente la devoción entre los fieles, después que el terremoto había sepultado muchas sagradas memorias. Escribe al Padre Vitale (13.07.1918): «Preocupémonos justamente de este centenario de la Santísima Virgen de la Merced, con la gran finalidad que la Madre Santísima nos libre a todos de las esclavitudes espirituales» (Vol. 32, p. 138). Y poco después (18.07.1918): «Me interesa que, además de estas dos casas, tome parte en Mesina el pueblo: ¡en Mesina, donde había **tres iglesias de Nuestra Señora de la Merced!** (...) Hágase una buena propaganda, según las noticias que salen de la circular, de los boletines etc. Hágase la novena con súplicas y cantos, con el librito de Bisazza y canto de las estrofas e himno, como en la circular. Procúrese que en la Santa Misa de la media noche – **había sido concedida por la ocasión** – intervengan los fieles». El Padre exhortó a la celebración del centenario las Hijas del Sagrado Costado, las Hermanas de Estrella Matutina etc. enviando libritos, boletines, fichas, habititos, medallas, etc. en las casas de Mesina y Oria, por autorización conseguida por el Vicario General de los Mercedarios, fue erigida la **Unión Piadosa de Nuestra Señora de la Merced**. Para preparar los ánimos el Padre dirigió a las casas dos circulares, una el 13 de junio y otra el 16 de julio. Recordado sumariamente el origen, la finalidad y las glorias de la Orden Mercedaria, recuerda la carta del Santo Padre Benedicto XV al Vicario General de la Orden que establece la finalidad de las celebraciones: o sea la de obtener de la Santísima Virgen redentora de los esclavos, de ser librados de la esclavitud del demonio, del pecado y de las pasiones.

«Y en esta principal finalidad – sigue el Padre – llamo la atención de todas nuestras casas. Celebremos con devoción y viva fe este centenario, para que la Madre Santísima nos desate con gracia poderosa de cualquier vínculo de pasión, sea grave o bien leve, rompa en nosotros todo apego también mínimo a nosotros mismos, a nuestros deseos, a nuestras tendencias no bien ordenadas, para que, adquirida verdadera libertad de espíritu, podamos llegar a la verdadera unión de amor con Jesús Sumo Bien, Señor nuestro y Dios nuestro.

«Y como todos en nuestras casas nos gloriamos de ser esclavos de amor de nuestra divina Superiora y Madre, así ponemos también la intención de este centenario que, mientras somos

desligados de toda esclavitud de pecado, quedemos cada vez más atados y ligados con las fuertes y dulces cadenas del divino amor con Jesús Sumo Bien y con la Santísima Virgen María» (Vol. 34, p. 140).

13. Nuestra Señora de la Vena

Es una devoción que el Padre dejó en herencia a la casa de Giardini.

Vena es fracción del municipio de Piedimonte Etneo, en la provincia de Catania y diócesis de Acireale. Allí surge un santuario de la Virgen bajo el título justamente **de la Vena**, recordando la vena de agua improvisamente brotada del suelo tras el paso del caballo que llevaba un cuadro de la Virgen. Según la tradición el hecho remontaría a los tiempos de San Gregorio Magno, y en aquel terreno silvestre en que aconteció pertenecía a Santa Silvia, madre de San Gregorio, que concedió a los monjes benedictinos un gran terreno para edificar un monasterio que tuvo una historia gloriosa en los tiempos pasados.

Con diversas vicisitudes, a través de los tiempos, el monasterio fue finalmente destruido y el santuario casi olvidado, hasta que, en los primeros años del siglo XX, por mérito principalmente de Mons. José Alessi, hombre sabio, de mucha piedad y orador muy famoso, fue construido un nuevo santuario, y la devoción a la Virgen de la Vena fue hecha revivir entre el pueblo, que allí acorre en peregrinación hasta de países lejanos. Hace unos años el santuario se convirtió en parroquia.

El Padre había abierto una casa suya de Hijas del Divino Celo en Giardini (Mesina) no muy lejos de Piedimonte. La comunidad atravesó períodos de tempestad, con obstáculos, luchas y el peligro de tener que retirarse. Entonces el Padre hizo voto de introducir en la iglesia de la comunidad la devoción a Nuestra Señora de la Vena. Las dificultades se superaron y la comunidad de Giardini empezó su vida tranquila. Entonces el Padre erigió un nuevo altar en la iglesia, en el que expuso el cuadro de Nuestra Señora de la Vena, copia fiel del que se venera en el santuario, realizado por Teresa Basile, pintora de Taranto.

La inauguración, acontecida el 15 de diciembre de 1916, fue precedida por un triduo solemne predicado por el Padre, con la difusión entre el pueblo del librito de las oraciones para la Virgen de la Vena.

El Padre da noticias de ello a Altamura con estas palabras: «El día 15, octava de la Inmaculada, inauguramos en Giardini una hermosa pintura al aceite de Nuestra Señora de la Vena. Ojalá que nos sea vena de acciones de gracias y nuevas alabanzas» (Vol. 34, p. 110).

En la iglesia reedificada tras la segunda guerra mundial, no sabemos con cuanta superficialidad e inconciencia se pasó por encima del voto del Padre: eliminado el altar de la Virgen de la Vena, la hermosa pintura – a la que estaba ligada tanta historia de la casa – ¡fue vendida a un privado!

14. Nuestra Señora de la Guardia

A la Virgen de la Guardia son dedicados muchos santuarios. Dejando a un lado el muy célebre que domina Marsella y remonta al año 1214, nos referimos a los que surgen en Italia; casi todos sin embargo en el genovés, o no muy lejos de allí (en Tortona, por ejemplo, hay el que erigió Don Orione); y casi todos dicen relación, directa o indirectamente, al de Génova, edificado en el monte Figoña, tras aparición de la Virgen al campesino Bendito Pareto, el 29 de agosto de 1490. En aquella montaña en los tiempos de los romanos había una estación de **guardia**, donde se hacían las señalizaciones necesarias para el movimiento de las tropas; de aquí el título de **Nuestra Señora de la Guardia**, dado a la iglesia nacida en aquel lugar tras petición de la Virgen Santísima y que Benedicto XV definió **Santuario príncipe de la tierra de Liguria**.

También el Padre amó este título, pero en relación a una aparición local de la Virgen, en el desemboque al mar del torrente que baja entre las aldeas de Paz y Santa Águeda. Allí no lejos de la costa, en la parte derecha del que sube el torrente, surgía desde hacía siglos una pequeña capilla dedicada a la Virgen de la Escalera y a unos pocos metros de la misma una torre, llamada de Azzarello, para la guardia que constantemente hacía falta tener contra los piratas que a menudo infestaban las costas. Por la noche del 2 de febrero de 1554, los guardias se durmieron y los piratas desembarcaron libremente para asaltar el pueblo de Faro. La Virgen despertó un campesino, tal Juan Domingo Sieri, que corrió al pueblo para dar las alarmas y los enemigos fueron rechazados y arrojados de vuelta al mar.⁵⁶

Desde aquel entonces en adelante la Virgen de la Escalera fue llamada **Nuestra Señora de la Guardia** y el nombre de **Guardia** fue dado también al torrente.

La iglesia permaneció edificada, oficiada en los domingos y fiestas, hasta los últimos años del siglo XIX. Luego el nuevo propietario derribó la iglesia y la torre histórica, convirtiéndolo todo en una viña, y hoy allí surge una villa.

Cuando el Padre, en 1920, compró un fondo rústico en el torrente Guardia, para dar un aliento a sus comunidades, quiso retomar el culto de la Santísima Virgen y la iglesia que allí edificó la consagró a Nuestra Señora de la Guardia. Cuando llegó la estatua, llevada en procesión siguiendo el torrente, él esperaba en sobrepelliz y estola delante de la iglesia. Bendijo el simulacro, celebró la Santa Misa y habló de la Virgen como él solo sabía hablar. Era el 25 de abril de 1924, segundo domingo de Pascua.⁵⁷

Aquí el Padre pasó los últimos días de su vida y de aquí, de los pies de la Virgen, se fue al cielo el 1 de junio de 1927.

15. Nuestra Señora de la Rogación

Es un título privado, ni el Padre jamás lo propuso a las comunidades, como tampoco el de **Nuestra Señora del Divino Celo**.

Los títulos para ser propuestos a la devoción del pueblo cristiano tienen que ser sometidos primero al juicio de la Iglesia (Can. 1259-1261); y esto no fue hecho, pero el Padre esperaba que un

⁵⁶ El acontecimiento se lee relatado detalladamente por el historiador mesinés jesuita Padre Samperi en su **Iconología Mariana**, L.V. c. 3.

⁵⁷ Cf. nuestro **Boletín**, mayo-agosto 1931, p. 43-48; y en el opúsculo preparado con noticias históricas, a las que siguen oraciones y versos del Padre Santoro.

día se hiciera, porque se trata de títulos que iluminan la misión de la Virgen acerca del **Rogate**, por lo cual podríamos decir que la Virgen de la Rogación es nuestra Virgen... por eso el Padre escribía para los rogacionistas: «Propagaré, por lo que me será posible, la soberana devoción a la Santísima Virgen María bajo cualquier título, incluidos los de Nuestra Señora de la Rogación Evangélica del Corazón de Jesús y de Nuestra Señora del Divino Celo, cuando estas devociones serán permitidas» (Vol. 44, p. 133).

Para tener la autorización, el título tiene que apoyarse en un fundamento serio, especialmente teológico. Por lo de Nuestra Señora de la Rogación, nuestro Padre Cecca hizo un estudio apreciable, que podría ser profundizado y ampliado, en la confianza que pueda valer eficazmente a la finalidad. De aquel estudio sacamos la conclusión:

«Tras examinar el valor del mandato de Jesús: **Rogate ergo...**, vimos cómo Di Francia hizo el estandarte de su misión para el incremento de las vocaciones sacerdotales. En Di Francia apareció aún que María es el prototipo del rogacionista. O sea, la que obtuvo con su oración el Redentor y cooperó con Jesucristo para la salvación de las almas, convirtiéndose en Madre y Reina universal.

«Ahora, su la vocación es un invito a ser apóstol para llevar a los hombres la redención de Jesucristo, aparece claro en Di Francia que María tuvo y tiene hasta ahora sumo interés para con los apóstoles, como seguidores de su misión de Corredentora; y en consecuencia de su Mediación, es en su poder obtener con su oración que se multipliquen estos invitos y adhesiones.

Se puede decir, pues, que, por todas estas prerrogativas, Di Francia puede aplicar a la Virgen el título de **Mater Rogationis, Nuestra Señora de la Rogación**. Y nosotros la invocamos con él:

Madre, cuyos mil títulos
Proclaman Señora,
Cuyo dulce nombre adornan
De gracia y esplendor,
Igual te será no última
Gema que el pelo te adorna
Dueña de la mística
Mies llamarte aún».⁵⁸

⁵⁸ **Boletín**, marzo-abril 1966, p. 216.

12. «LOS QUERIDÍSIMOS ÁNGELES Y SANTOS»

1. Formamos todos una sola familia. 2. Todo por el amor de Jesús. 3. La devoción a los Ángeles. 4. San José. 5. San Antonio de Padua. 6. San Luis Gonzaga. 7. San Alfonso María de Liguorio. 8. Santa Verónica Giuliani. 9. San Camilo de Lelis. 10. San Francisco de Sales. 11. Beata Eustoquio. 12. Los celestes Rogacionistas y las celestes Hijas del Divino Celo.

1. Formamos todos una sola familia

El Vaticano II redujo el número y el rito de muchas fiestas de santos «para que las fiestas de los santos no prevalezcan sobre los misterios de la salvación», y por lo tanto «extendiendo a toda la Iglesia sólo aquellas que recuerdan a santos de importancia realmente universal», pero permite que se deja «la celebración de muchas de ellas a las Iglesias particulares, naciones o familias religiosas» (S.C. n. 111).⁵⁹

Esta reducción fue por no pocos erróneamente interpretada como una desautorización o bien una indirecta condena del mismo culto.

Don Barsotti, lamentando la apatía casi general de hoy en día para el culto de los santos, pide a los cristianos: «Si de verdad creen en el amor del prójimo, entonces ¿por qué no sienten la comunión de los santos? ¿Por qué el amor para con los santos parece menguar en la Iglesia de hoy? Si tienen que amar el prójimo, ¿quién es más prójimo que los santos del cielo?». Y sigue: «No se diga que los santos nos disturbaban en nuestra unión con Dios. Es algo de por sí natural: vivimos en familia. ¿Por qué tendría que molestarnos su presencia? Nosotros vivimos, respiramos una misma atmósfera de luz, respiramos una misma atmósfera de serenidad, de alegría, respiramos una misma atmósfera de amor. Estamos con ellos y ellos están con nosotros».

Pero la cuestión ya fue puesta y solucionada por el Concilio: «nuestro trato con los bienaventurados, si se lo considera bajo la plena luz de la fe, de ninguna manera rebaja el culto latréutico tributado a Dios Padre, (...) sino que más bien lo enriquece copiosamente» (LG 51). Don Barsotti recuerda en propósito el ejemplo de Santa Teresa: «Podríamos pensar que una mística de aquella grandeza viviera totalmente inebriada de Dios y que olvidaba los santos. En cambio, igual no hay ninguna santa en la Iglesia que, más que Santa Teresa, tuviera una gran devoción a San José, a los apóstoles Pedro y Pablo y a muchos santos.⁶⁰ Solo así ella vivía una vida de amor, y podía sentirse hermana de todos».

Don Barsotti baja a un caso personal, recordando una impresión suya ligada a la fiesta de San Nicolás de Tolentino: «¿Quién era este Santo que tenía que honrar, que tenía que entrar en mi vida? ¿Quién era este santo totalmente desconocido, que sin embargo me amaba, y se hacía presente en aquel día en toda la Iglesia y se hacía presente para mí?». El Santo a su vez se hizo sentir: «Y recuerdo que justamente mientras acababa la meditación que hice sobre este santo, que para mí era como caído del cielo, me hallé en la mano una pequeña imagen suya, casi confirmando que él había pensado en mí, que él me conocía y me amaba, aunque yo no lo conocía» (cf. Divo Barsotti, **Nella comunione dei Santi**, Vita e pensiero, Introducción y passim).

Cabe en este propósito recordar aquí un pensamiento bonito de Celina, la hermana de Santa Teresa del Niño Jesús: «Como una esponja llena de agua no puede ser tocada sin comunicar el líquido con que es empapada, así no se puede acercarse un santo, que transpira por todos los poros la gracia

⁵⁹ Tal reducción fue hecha tras el Concilio de Trento, así que el Misal publicado por San Pío V marcaba un sano equilibrio entre la parte temporal o ferial y santoral; pero con el curso de los siglos y con el multiplicarse de las canonizaciones las fiestas de los santos crecieron mucho. (Cf. **Enciclopedia Católica**: Calendario de la Iglesia universal).

⁶⁰ Recordemos: Santa María Magdalena, el santo rey David, San Andrés apóstol, San Ilarion, Santa Clara, Santa Catalina, San Alberto etc.

divina, sin padecer su influjo. Es esto el motivo por el cual los Santos son tan útiles a la Iglesia» (cf. Piat, **Celina**, Ed. Ancora, p. 69).

Pero volvamos al Concilio. Este quiere las fiestas de los Santos porque «proclaman las maravillas de Cristo en sus servidores y proponen ejemplos oportunos a la imitación de los fieles.» (S.C. 111), y la **Lumen Gentium** dedica tres números (49, 50 y 51) al culto de los santos, reivindicando su legitimidad, determinando su naturaleza y detallando sus ventajas. El Concilio «recibe con gran piedad (...) y confirma los decretos de los sagrados Concilios Niceno II, Florentino y Tridentino» sobre el culto de los santos; quiere que se quiten eventuales abusos por excesos o bien por defectos y se insista sobre la verdadera devoción a los Santos (51) los Santos «no cesan de interceder (...) a favor nuestro ante el Padre (...). Su fraterna solicitud contribuye, pues, mucho a remediar nuestra debilidad» (49). Su vida es «el camino más seguro por el que, entre las vicisitudes mundanas, podremos llegar a la perfecta unión con Cristo o santidad, según el estado y condición de cada uno» (50). En la vida de los Santos «Dios manifiesta al vivo ante los hombres su presencia y su rostro. En ellos Él mismo nos habla» (50). «el consorcio con los santos nos une a Cristo (...). Es, por tanto, sumamente conveniente que amemos a estos amigos y coherederos de Cristo, hermanos también y eximios bienhechores nuestros; que rindamos a Dios las gracias que le debemos por ellos; que los invoquemos humildemente y que, para impetrar de Dios beneficios (...) acudamos a sus oraciones, protección y socorro» (50). Y recordemos que «todos los que somos hijos de Dios [**en el cielo, en el purgatorio y en la tierra**] constituimos una sola familia en Cristo» (51).

Viviendo en la fe tales sublimes enseñanzas, con cuánto entusiasmo y fervor tendríamos que recordar las palabras del prefacio de la Misa para la fiesta de Todos los Santos: «Hoy nos concedes celebrar la gloria de tu ciudad santa, la Jerusalén celestial, que es nuestra madre, donde eternamente te alaba la asamblea festiva de todos los Santos, nuestros hermanos. Hacia ella, aunque peregrinos en país extraño, nos encaminamos alegres, guiados por la fe y gozosos por la gloria de los mejores hijos de la Iglesia; en ellos encontramos ejemplo y ayuda para nuestra debilidad».

2. Todo por el amor de Jesús

Lo de arriba nos explica maravillosamente la vivísima devoción que el Padre alimentaba por los Ángeles y Santos. Él escribió: «Los Santos viven en el corazón, en los afectos, en los pensamientos de los hijos de la Iglesia; ellos tienen vida en la fe, en la expectación, en el amor del que siente la necesidad de una inmortalidad bienaventurada» (Vol. 45, p. 561).

Esto es el espíritu del Padre: él vivía la **comunión de los santos** y los sentía amigos y hermanos; confesaba por eso alegremente de tener «pocos amigos en la tierra, pero muchos en el cielo».

Esta devoción brotaba del amor de Jesucristo: «En Jesús con su divino amor, tenemos que alimentar en nuestro corazón todos los demás santos amores; por eso tenemos que amar a la Santísima Virgen María, (...) al Patriarca san José (...) y todos los queridísimos Ángeles de Dios y todos sus queridísimos Santos con todas las divisiones celestiales, cuya bienaventurada compañía esperamos gozar en eterno» (Vol. 3, p. 166).

Por eso el Padre, desde su primera juventud, «se delectaba y se inebriaba con la lectura de las vidas de los Santos» (Vol. 45, p. 552), de los que se comprometía a imitar los ejemplos e invocar la

protección para sí y para sus obras. Los santos para él eran todos predilectos. Son innumerables los pequeños opúsculos que contienen himnos y oraciones a Jesús a la Virgen María, a los Santos, todos llenos de piedad y de unción. Se podría decir que no hay iglesia en ciudad o aldea de Mesina que no tenga algún pequeño opúsculo suyo de oraciones para devociones especiales o bien tradicionales. Todos recurrían a él, porque sabía interpretar admirablemente el significado de la fiesta y el sentido de los fieles.

Para los Rogacionistas escribió: «El culto y la devoción de los Santos serán preciosos entre los Rogacionistas del Corazón de Jesús. Preferentemente se honrarán los Santos más próximos a Nuestro Señor Jesucristo y a la Santísima Virgen. Como el mínimo Instituto de los Rogacionistas tiene por finalidad obedecer al mandato dado por Nuestro Señor Jesucristo a los apóstoles: **Rogate ergo** etc. así tendrá una particular devoción a los Santos Apóstoles, y a cada uno dirigirá un particular obsequio el día de la fiesta, especialmente a los Santos Pedro y Pablo y a San Juan Evangelista» (Vol. 3, p. 18).

En cuanto a su personal devoción a los santos, hace falta reconocer que era verdaderamente católica, o sea universal. Aquí cae bien la expresión del Padre Palumbo, un sacerdote que enseñó durante unos años en nuestras escuelas de Oria: «¡El Padre jamás dejó un santo sin obsequio, como jamás despidió un pobre sin socorro!». Seguramente él tenía una jerarquía y un límite en sus devociones, pero no se negaba nunca para rendir homenaje a un santo, cuando se le presentaba la ocasión. Y así se explican muchísimos versos en honor de los santos, unos también poco conocidos, escritos o por propia iniciativa o bien tras alguna petición. Muchas veces los versos completan un librito de oraciones y súplicas debidas a su pluma.

Mencionamos en orden cronológico: San Leonardo abad, Santa Marina, San Pancracio, San Ignacio mártir, San Bernardo, San Barsanofio, San Pedro de Alcántara, Santa Fara, Santa Lucía, San Francisco de Paula, San Camilo de Lelis, Santa Gertrudis, Santa Julia, San Liberal, Santa Margarita Alacoque, Santa Rita, Santa Úrsula, San Lorenzo, San Pantaleón, San Estanislao Kostka, San Luis Gonzaga, San Buenaventura, San Juan de la Cruz, Santa Teresa, San Francisco de Asís, San Francisco de Sales, San Eupilio diácono y mártir, San Vicente de Paul, Santa Ana, Santos Alfio, Filadelfio y Cirino, Santa Dorotea, San Luis María Griñón de Montfort, Santa Melania **junior**, Santa Liduvina, Santa Dominga, San Hugo Abad, San Vicente Ferrer, Don Bosco, todos los Ángeles y Santos. Espléndida la conclusión del himno para todos los Santos: el Paraíso es el pleno triunfo del Amor divino:

Como astros que se vencen
El uno al otro de belleza,
Resplandecen los Ángeles
Y los Santos con ellos;
Y en medio de la gloria
De tanta pureza
Uno solo y múltiple
¡Triunfa el Amor!

Algún relieve.

San Francisco de Paula era el santo de familia, motivo por el cual el padre del Padre se llamaba Francisco Pablo; así también luego su hermano cura que, sin embargo, tuvo este nombre también para recordar el padre fallecido antes de su nacimiento.

San Francisco de Asís raptaba el Padre – juntamente con San José Benito Labre – por su pobreza evangélica. Hubo un periodo en que el Padre tuvo la idea de hacer sus religiosas terciarias franciscanas. Escribe en efecto a las primeras novicias que tienen que cultivar la devoción «al glorioso San Francisco de Asís, modelo de evangélica pobreza, y del que esperan de convertirse en terciarias» (Vol. 2, p. 31): evidentemente, sin embargo, el amor a la Virgen del Carmen y el deseo de asegurar la absoluta independencia del **Rogate**, tuvieron la precedencia.

Por Santa Teresa del Niño Jesús él escribió una novena de oraciones para que se rezaran privadamente desde 1915, cuando la Santa todavía era Sierva de Dios; a la novena añadió una súplica en que la proclamaba «**especial protectora y cohermana** de la mínima comunidad de las Hijas del Divino Celo» (Vol. 8, p. 50). Recuerdo una anécdota acontecida durante su última enfermedad, un par de meses antes de su muerte. Una noche me hace llamar. ¡Estaba exhausto! «Toma el cuadro de Santa Teresita», me dijo. Lo tomé del estudio y se lo puse delante. Rezó: «Oh mi querida hermanita, tiradme una de vuestras rosas». Pedía de poder descansar una media hora. Aún no había terminado la petición, que le Pequeña Santa lo había escuchado: durmió durante unas horas calmo y tranquilo.

Bajemos ahora a hablar en detalle acerca de la devoción del Padre a los Ángeles y a los Santos.

3. La devoción a los Ángeles

Sobre su devoción a los ángeles, igual no hay oración compuesta por él que no los recuerde, especialmente el Arcángel San Miguel. Nos encomendaba la devoción a los Ángeles de las diferentes esferas, especialmente a los de los lugares en que surgían nuestras casas.

En particular recordemos que en las policitas que se extraían en el comienzo de cada año, en cada una era marcado el nombre de un Ángel, o de más Ángeles o de un coro de Ángeles, que tenía que ser el particular patrón, durante todo el año, del que recibía en sorteo aquella policita.

Los nombres de los Ángeles son pocos – apenas tres – luego eran indicados los coros, y a estos se añadían los Ángeles indicados por la Sagrada Escritura: el Ángel que consoló Jesús en el huerto, el que liberó a San Pedro, el que paró el brazo de Abrahán, etc. y cuando no bastaban se invitaban los demás Ángeles: el Ángel de la Guarda de San José, el de San Antonio de Padua, el de san Luis, etc. Notamos en particular en lo que se refiere a San Miguel: que San Miguel era el patrón de las casas y en cada una el Padre quería una estatua del glorioso Arcángel; que en el mes de mayo cada noche se leía algún pasaje para recordarlo.

El Padre, pues, eligió San Miguel Arcángel como patrón de la Obra, y en un acontecimiento común, muy sencillo, leyó casi una confirmación de esta elección por parte de Nuestro Señor.

Se contaba que, recordando la promesa hecha por Dios al pueblo hebreo: **Voy a enviarte un ángel por delante, para que te cuide en el camino y te lleve al lugar que he preparado** (Éx 23, 20), deseaba tener un ángel para custodiar y guiar la Obra. Hizo petición de esto al Señor, como solía, a través de una súplica; y creía, en la sencillez de su fe, que el Señor se lo concedería, aunque no hubiese tenido ninguna señal externa de autorización divina. He aquí, sin embargo, que unos días después de esta súplica, le llega desde Monte Sant Angelo una carta de Monseñor Gatti, rector de aquella insigne basílica de San Miguel que, adhiriendo a la Sagrada Alianza, exhortaba el Padre a poner la Obra bajo la protección del gran Arcángel, que la guiaría y la haría hecha prosperar

felizmente. «¡He aquí la respuesta del cielo! – exclamó el Padre – El Ángel de la Obra es nada más y nada menos que el Arcángel San Miguel: ¡el Señor nos confía a su protección!».

E intensificó en la Obra el culto a San Miguel: en la iglesia de Mesina quiso que fuera dedicado a Él un altar; prescribió dos novenas para las fiestas del ocho de mayo y del 29 de septiembre, con los versos compuestos por él. El 30 de septiembre de 1910, con el Padre Palma fue peregrino a Monte Sant Ángel y presentó una súplica a San Miguel, rogándolo por las diversas necesidades de las Casas.

Un año, 1917, en julio, lo unió excepcionalmente a la fiesta de Nuestro Señor y de la Virgen, con un particular título. Tras saludar a Jesús Sacramentado **El piadosísimo compañero de nuestro destierro** y la Santísima Virgen como **Continua socorredora de todos**, sigue: «Y ahora os esperáis, hijos míos, que demos el nombre análogo al gran Patriarca San José. Pero el Santo Patriarca José, que desde los inicios de la fe cristiana amó siempre el escondimiento, este año, como en unos años pasados, quiere quedar escondido y cede el puesto al glorioso Arcángel San Miguel. Oh, el gran y poderoso Arcángel, es también nuestro gran y especialísimo protector, más bien Él es el encargado por Nuestro Señor Jesucristo para proteger la Iglesia y todo el pueblo cristiano. ¡Él muchas y muchas veces nos mostró su poderosa protección! Nosotros, pues, lo saludaremos llamándolo **El gran diputado de la humana protección**». Y escribió el himno a San Miguel bajo este título.

A la devoción a San Miguel, seguía la del Santo Ángel de la Guarda. A menudo nos hablaba de la devoción al Ángel de la Guarda y nos la encomendaba vivamente. El Ángel de la Guarda no tenía que faltar en los pasillos de nuestras casas. Recuerdo sus continuas recomendaciones. Cada martes hacemos particular obsequio. Escribió un opúsculo sobre los Ángeles de la Guarda, y nos decía de honrar el nuestro como el testigo de nuestras acciones, y regalaba medallas para llevarlas encima.

Como ya destacamos antes (cap. 1, n. 2) a su Ángel se encomendaba con gemidos para obtener la conversión y la santificación. En una nota de oraciones personales, el Padre se encomienda al Santo Ángel de la Guarda «para estar en la divina presencia para rezar y alabar a Dios, conocerlo, obedecerlo, en resumen, asociarme a las operaciones de mi Ángel, él en la visión, y yo en la fe» (Vol. 44, p. 97).

Se dirigía a su Ángel de la Guarda para que lo encomendara a los Ángeles de la Guarda de las personas con que trataba.

Esta devoción la encomendaba a los jovencitos, exhortándolos a tener viva la presencia del Santo Ángel, a ser dóciles a sus inspiraciones, repitiendo con frecuencia y confianza el **Angele Dei**, especialmente en los peligros del alma y del cuerpo. Sugería recurrir al Santo Ángel durante los tiempos de calamidad y de divinos castigos. en el reglamento de las primeras novicias leemos: «Usarán para el Santo Ángel de la Guarda este signo de respeto, que en los lugares estrechos lo invitarán a pasar él primero, y la noche besarán dos veces en el suelo, como a quererle besar los pies» (Vol. 2, p. 31).

Durante la epidemia de cólera de 1887, el Padre habiendo experimentado en manera particular la asistencia de los Santos Ángeles, prometió escribir un librito de consideraciones y oraciones sobre los Ángeles de la Guarda. Lo publicó, en efecto, en 1908 y en una nueva edición en 1910, con el título: El preservativo de los divinos flagelos y la invocación de los Ángeles Custodios como protectores en tiempos de públicas calamidades.

Recordemos también una oración privada a San Rafael, medicina de Dios, en la que implora la curación de su espíritu (cf. cap.1, n. 2).

Se tiene que destacar una particular devoción del Padre, que él tanto nos encomendaba: «Quería por nosotros una especial devoción a los siete Ángeles que están delante del trono del Altísimo, sobre todo al Arcángel San Miguel, San Gabriel y San Rafael». Así él la explica: «En el capítulo XII (v. 15) del libro de Tobías en la Sagrada Escritura, se lee que el Arcángel San Rafael, cuando se manifestó a Santo Tobías y al hijo de él, dijo: “Yo soy uno de los siete Ángeles que estamos en la presencia del Altísimo” contemplándolo, gozándolo y siempre listos para cumplir toda su voluntad, pero justamente porque aquellos siete Ángeles le están más próximos, reciben mayor conocimiento de la presencia del Altísimo, y son como los escogidos para ejecutar los mandatos de su divina Majestad, para transmitirlos no solamente a los hombres, sino también a los demás Ángeles del Cielo. De los primeros tres de estos Ángeles hallamos los sublimes y expresivos nombres en la Sagrada Escritura; los otros cuatro los conocemos por una piadosa revelación hecha a un siervo del Señor en un convento en tiempos antiguos. Los siete nombres son misteriosos, y contienen en su etimología unos significados particulares y admirables.⁶¹

«Grande es el poder de estos siete Ángeles; eficacísima es su intercesión, sumamente beneficiosa su protección. Es utilísimo invocarlos los siete juntos en las diversas circunstancias de la vida, y especialmente para que nos sean protectores en la muerte. Y no es menos útil invocar la protección de estos siete gloriosísimos Ángeles en el tiempo de los divinos castigos para que nos liberen de ellos». Por eso el Padre añade una particular oración para esta finalidad (Vol. 9, p. 82).

4. San José

Durante la guerra, el Padre había añadido a las oraciones antes y después las comidas tres glorias, respectivamente a San José, a San Miguel y a San Antonio de Padua. Un día se enteró que yo anteponeía San Miguel a San José. Me dijo: «Yo no toco para nada la cuestión de la superioridad de San José o de San Miguel: es una cuestión ociosa; yo después de la Santísima Virgen pongo en seguida San José porque, como Jesús, María y José fueron siempre unidos en la tierra, así los considero unidos también en el cielo; y creo que el glorioso Arcángel no tenga que ofenderse por esto».

San José venía en seguida tras Jesús y la Virgen, para ser el padre de la providencia y el patrón de la Iglesia, modelo de la vida interior y protector de la Obra. Como alimentó y defendió el pequeño

⁶¹ Aquí están: Miguel, **celo de Dios**; Gabriel, **fortaleza de Dios**; Rafael, **medicina de Dios**; Uriel, **fuego de Dios**; Saaltiel, **oración de Dios**; Jeudiel, **alabanza de Dios**; Baraquiel, **bendición de Dios**.

El Alápidé en su comentario al Apocalipsis (1, 4) refiere dichos nombres por una revelación privada del Beato Amodeo de Sylva, portugués, vivido en Roma en tiempos de Papa Sixto IV (1471-1484), del que era confesor. Pero antes de él estos nombres se conocían en diversas ciudades de Italia. Un sacerdote de vida santa, Antonio Lo Duca, en Palermo, reabriendo al culto en 1516 la capilla de San Ángel, vieja de unos siglos – al lado de la catedral – halló pintados en la pared las figuras con los nombres de dichos siete Ángeles, y renovó su culto en Sicilia. Al lado de la iglesia, Lo Duca construyó un monasterio de clausura. Iglesia y monasterio fueron luego destruidos por un incendio; pero en el área detrás de la Catedral se recuerda aún hoy el lugar con el nombre de **Plaza de los Siete Ángeles**. Lo Duca pasó a difundir el culto de los siete Ángeles en Roma y obtuvo por el Papa Pío IV que fuera confiada a su amigo Miguel Ángel la construcción de la Basílica de **Santa María de los Ángeles**, que originalmente era dedicada a **Santa María de los Siete Ángeles**; y en realidad el gran cuadro que allí se venera, hecho ejecutar por Lo Duca en Venecia en 1543, representa justamente la Santísima Virgen con el Niño rodeada por siete Ángeles (cf. V.C. Bernardi Salvetti, **S. Maria degli Angeli alle Terme e Antonio Lo Duca**, Desclèe & Editori Pontifici).

Jesús, así el Santo tenía que proteger la **mínima** obra suya de la Rogación Evangélica y de los orfanatos.

La devoción a San José era ferviente en la familia del Padre. Se veneraba en casa un devoto busto del Santo en madera, ante el cual cada año la familia renovaba la propia consagración. Conservamos muchas de estas fórmulas, empezando de 1876, escritas por el Padre y firmadas por todos los miembros de la familia. Con la muerte de la mamá del Padre, el busto pasó a Aviñón.

A San José el Padre se encomendaba por su vida interior: «Oh San José glorioso, a vos recorro, que sois el dispensador de todos los divinos tesoros. Deseo hacerme santo, ser todo de Jesús, servirle en esta Obra Piadosa, así como Él quiere» (Vol. 4, p. 18). Se dirigió a él implorando que, tratando los asuntos, el demonio o bien la naturaleza no lo engañasen: «Tratad vos el asunto, glorioso Patriarca, por cómo es más conforme a la divina voluntad y a la mayor consolación del Corazón Santísimo de Jesús. (...) Oh Santo poderoso, oh, ¡haced que no en vano yo pusiera en Vos toda mi confianza y recurriera a vuestro poderoso patrocinio! De vos espero aquellas divinas gracias en propósito, que contenten no mi amor propio y mis otras pasiones, sino más bien el Corazón Santísimo de Jesús y los deseos de su alma santísima» (Vol. 6, p. 12).

Empezando la Obra, el Padre la pone bajo el patrocinio de San José e invoca su protección con una ardiente oración:

«Henos aquí todos ante vuestros pies, oh Santo excelso, poderoso y misericordioso. (...) Dignaos echar una mirada compasiva y benigna sobre estos lugares de extrema miseria, de aflicción y de desorden aquí desde mucho tiempo reina la ignorancia, el aburrimiento, el escualor, el abandono y también el pecado. Aquí el enemigo infernal aflige los cuerpos y hace perder las almas. A vos elevamos nuestras manos suplicantes y exclamamos: **Venid, venid para visitar vos mismo estos lugares con vuestra especial protección; venid, venid para tomar bajo vuestro poderoso patrocinio esta contrada con todos los que aquí moran; venid para amparar bajo vuestro manto estos cuchitriles con los que los habitan;** venid para iluminar con la divina luz de la gracia y de la sabiduría las mentes ignorantes de tantos infelices. (...) Tened piedad de todas las virgencitas en peligro; piedad de muchos viejos derelictos y cayentes; piedad especialmente os pedimos por tantos pobres niños dispersos, que crecen en la suciedad y en el abandono. Os suplicamos que os dignéis proteger en modo particular las obras de caridad que empezaron en este lugar; hacedlas crecer como preciosos brotes en el Corazón Santísimo de Jesús; y os suplicamos que os dignéis hacer nacer en este lugar nuevas obras de caridad, para recoger los niños dispersos y para salvar tantas pobres almas de la ignorancia y del pecado» (Vol. 8, p. 12).

La casita que acogió las primeras cuatro hermanas la llamó **Pequeño Refugio de San José** y al santo entregó el primitivo germen de la naciente congregación: «Os entrego estas cuatro almas y a vuestra paterna caridad las encomiendo, para que os dignéis santificarlas, para hacerlas aptas para todo lo que de ellos pueda querer el divino beneplácito. (...) Os suplico, oh glorioso Santo, que hagáis sincera su voluntad, firme su propósito, sabia su intención, fervoroso su deseo, prudente y santa su conducta y perseverante su devoción». Y concluye: «Que, si alguna alma de estas fuera obstinada y no fuera llamada para el estado religioso, os ruego, oh Santo Patriarca, que en este **Pequeño Retiro** a vos consagrado, no tenga parte, sino que aquí solamente moren las que Dios se complazca de llamar a la santa profesión religiosa» (Vol. 4, p. 23).

Las vesticiones y profesiones se hacían el 19 de marzo. Cuando luego se añadió la comunidad religiosa masculina, ella también bajo el patrocinio del Santo, las vesticiones de esta tenían lugar en

la fiesta del patrocinio – celebrada entonces el tercer miércoles o el tercer domingo después de Pascua – para que allí estuviera el Padre, ocupado con la comunidad femenina el 19 de marzo.

La fiesta del Santo era preparada por una solemne novena y por los siete miércoles de San José. Para los rogacionistas se hacía luego la novena del patrocinio para la renovación de los votos: oraciones al Corazón Santísimo de Jesús, a la Santísima Virgen Inmaculada y al Santo, al que seguía un sermón o meditación acerca del estado religioso. El Padre generalmente nos comentaba con entusiasmo y con prácticas aplicaciones algún pasaje de un libreto ya pasado hoy de moda, pero que suscitó y sostuvo numerosas vocaciones en los tiempos pasados: **El Paraíso en tierra** del Padre Natale de la Compañía de Jesús.

Para las huerfanitas había escrito siete pequeñas estrofas para hacerlas cantar una cada día, durante toda la semana, durante el trabajo, para implorar la ayuda de San José sobre las personas y la Obra.

Aquí está una de ellas:

Tú estos lugares nos adquiera,
A nosotras las virtudes concede,
De nosotras expulsa el demonio,
Consérvanos y provéenos.
Y esta platita, oh Santo,
Hazla crecer tú, mientras tanto.

Confiaba en San José para la vida interior de las comunidades, y escribió una oración a San José **para obtener la virtud interior** (Vol. 4, p. 8) que se rezaba diariamente durante el mes de marzo. A él dirigía continuas oraciones para las santas vocaciones; hasta quiso en las casas una lámpara a San José llamada justamente **la Lámpara de las vocaciones**, y a menudo la recuerda en los himnos a San José según los diversos títulos que le daba, uniéndolo, a partir de 1905, casi cada año, a Jesús y a María en las fiestas del 1 de julio.⁶²

Mira, oh Santo una llamita
Día y noche delante de ti
Arde, y ruega como en su idioma
Para que los escogidos y santos
Quieras por doquier suscitar (1905).

Si aquella lámpara que te arde junto
Te pide escogidos la noche y el día
Por favor, ¡muéstranos tu favor,
Oh fidelísimo Cofundador! (1906).

Aquella lámpara que llamea
Ante ti noche y día,

⁶² Encontramos entre los escritos del Padre un himno a San José para la coronación de una estatua suya en Caudino di Arcevia (Ancona). La coronación se hacía entonces por decreto de la Congregación de los Ritos que, según la praxis, lo concedía sólo para las imágenes de Nuestro Señor y de la Virgen María. En vía excepcional en 1904 lo concedió también para la estatua de San José de Caudino; y la coronación se hizo solemnemente el 26 de julio de aquel año. El Padre escribió el himno parece tras la invitación del amigo Padre Biascheli, Superior General de los Misioneros de la Preciosísima Sangre, interesado para obtener el decreto de la Santa Congregación.

¿No será la señal etérea
Que otros llame a su alrededor?

(...)

De ciudades, de pueblos ignotos,
Llama a los hijos sólo a Dios notos,
Inocentes, puros y sencillos
Como ellos son en nuestros votos (1914).

En los primeros tiempos de la Obra, cuando aún no había empezado la devoción del **pan de San Antonio**, el celestial proveedor era San José y el Padre recurría a Él en todas sus necesidades. Recordamos una anécdota de aquellos años. El proveedor del pan había citado al Padre al tribunal por retraso en los pagos. Cuando el juez le pidió quién era su abogado, el Padre sacó del bolsillo una imagen de San José... «Esto es mi abogado. ¿Qué puedo decir? Tengo que pagar y pagaré como San José me enviará los medios; ruego mi acreedor de tener un poco de paciencia». Con estas palabras se presentó el acreedor, que justamente se llamaba Presente, diciendo: «Otra vez: **pagaré, tened paciencia**, y yo tendré paciencia esta otra vez». Y la audiencia terminó.

Cuando, en 1911, hubo la Visita Apostólica, el Padre, inaugurando una estatua del Santo en Taormina, lo proclamó **Visitador**:

Con inmenso gozo exultemos,
Hermanas e Hijas del Corazón Sagrado;
Se escucha el eco de un piadoso llamado
¡Llegó José Visitador!

Las súplicas dirigidas a San José, en cualquier circunstancia de la Obra, eran continuas e innumerables. Leemos en un informe: «Tenía en la capilla del barrio Aviñón un busto del Santo, que parecía un cartero, cargado de sobres y llaves. Con las llaves era investido cada vez que se adquiría una casita de Aviñón, significando así que Él era el dueño legítimo». Lástima que, con el incendio de la iglesia de 1919, fue perdida la estatua y, con las súplicas, ¡quién sabe cuánta historia de los Institutos!

El Padre resume en pocas líneas la acción de San José en nuestra Obra: «El Santo Patriarca la cuidó como si se la hubiese confiada el Corazón Santísimo de Jesús y su divina Esposa María desde su primer comienzo. A San José fue confiada la plantita, y él la protegió amorosamente entre los vientos y las tempestades. Cuando la tierra alrededor era una árida arena, él la regaba con el rocío matutino; cuando el sol ardiente amenazaba con secarla, Él le hacía sombra con su manto; cuando el transeúnte quería arrancarla o sin querer pisarla, Él con mano poderosa la defendía; cuando animales peligrosos amenazaban con devorarla, Él los rechazaba hasta los abismos; cuando torrentes impetuosos estaban para abrumarla, Él acorría para hacerle diques poderosos. Ay, él la creció como Jesús y María la querían. Él reforzó las raíces, hizo extender sus ramos, hizo madurar sus frutos; y finalmente habrá dicho al Ángel de Padua: “Antonio, ¡te encargo como repartidor de mi providencia sobre esta Obra Piadosa de los intereses del Corazón de nuestro Jesús!”» (N.I. Vol. 3, p. 270).

Y en otro lugar el Padre retoma este último pensamiento: «Entre nosotros hay la íntima persuasión que San José obtuvo para nosotros desde el Cielo la protección de San Antonio de Padua; más bien, quién nos prohíbe de pensar que San José, justamente San José, como Patrón universal de

la Iglesia, ¿no hubiera dado a todos los pueblos, en estos tiempos, la devoción del **pan de San Antonio** de Padua para consolar toda clase de personas?» (*Ibid.* p. 249).

Bonitos testimonios tenemos por las Hijas del Sagrado Costado:

«¡Amaba mucho San José! Nos escribía de poner nuestras Casas bajo su patrocinio; solemnizaba y hacía solemnizar su fiesta con novena y, si se podía, con una comida para los pobres». «Nos inculcaba esta devoción a nosotras que, necesitando en aquel momento la ayuda del Padre, podíamos apreciar mejor toda la preciosidad de su confianza en el Santo Patriarca». Hermosísima es la deposición de la Madre Quaranta: «Me queda para hablar sobre su gran devoción y confianza en San José. Nos sugería una devoción tierna, sencilla e ingenua al Santo Patriarca: según él en cada necesidad hacía falta rezarlo con el corazón e insistentemente, hasta amenazarlo con quitarle el Niño, cubriéndolo con un papel, si no nos hubiese venido en socorro. El Siervo de Dios quería que comiéramos pan de trigo, cerca del año 1913. El trigo vino. Quería que comiéramos fruta cada día, y nos faltaba dinero para comprarla; sin embargo, la fruta nunca faltó. El aceite de la lámpara de San José tal vez faltaba, y no se sabía qué hacer. Rogado o bien amenazado, San José era siempre presente».

Y esta anécdota la veneranda Madre Quaranta me lo contó más de una vez, con significativos detalles que aquí quiero destacar.

El Padre halló que las hermanas usaban un pan que no era comestible, y por eso dijo: «No, hijas, el pan tiene que ser de puro trigo, sino al revés no tendréis fuerzas para trabajar». «¿Y quién nos lo da, Padre?». «Pedídselo a San José; más bien haced así: tomad un saco y ponerlo abierto bajo el cuadro de San José: Él os proveerá».

Así se hizo; y como el lugar era mezquino y una única habitación servía de locutorio, taller y comedor, y cualquier visitante veía el saco abierto bajo el cuadro de San José.

En aquellos días pasó el doctor, que quiso sentir la explicación y no pudo no sonreír ante la salida peregrina. El hecho es que, contra cualquier previsión, en aquellos días pasó allá un rico señor, que dejó a la casa una gran moneda de oro. «¡Algo – decía la Madre Quaranta – que nunca jamás habíamos visto!». Como el donante salió, ¡entró una señora ofreciéndonos trigo! San José había contestado a la confianza del Padre; y el doctor, en cuanto supo la cosa, sintió crecer la devoción al Santo.

5. San Antonio de Padua

Después de San José, henos con San Antonio.

Oigamos por el Padre cuál era su ánimo agradecido y devoto hacia San Antonio bendito. En 1918, anunciando con la usual circular los nuevos títulos para las fiestas del 1 de julio, tras saludar a Nuestro Señor **El gran Tesoro escondido en el campo de la Iglesia**, y a la Santísima Virgen **Erario siempre abierto de los divinos tesoros**, dirige la tercera proclamación al «glorioso Taumaturgo singularísimo incansable bienhechor nuestro y de todos los que a nuestras mezquinas oraciones se encomiendan, que es el ínclito San Antonio de Padua». Y da la motivación: «Ya veo vuestra alegría, hijos queridísimos, por el homenaje inesperado, pero merecidísimo, que todas nuestras casas se prepararán para hacer a un Santo que, si por todos, como **Santo de todo el mundo**, es queridísimo y

amadísimo consolador, para nosotros es lo que yo no puedo expresar, ya que a sus méritos, a su poderosa intercesión ante los Corazones Santísimos de Jesús y de María, y digamos también ante el gran Patriarca San José, debemos nuestra existencia, ¡la feliz solución de todas las intrincadas posiciones en que esta Obra Piadosa iba enredándose como en un labirinto en que no se veía la salida! Y Él, cuando aún en Él no pensábamos, nos hizo ir mar adentro, nos obtuvo incremento siempre creciente, ayudas espirituales y temporales de toda manera y continuos, gracias hermosas, difíciles e inesperadas y siempre nueva estabilidad de las Casas.

«Yo, hijos muy queridos, que llevé durante muchos años el peso de las dificultades excepcionales y de las estériles fatigas de la Obra, siento una profunda gratitud hacia este nuestro amadísimo y dulcísimo Santo, como tenéis que sentirla vosotros también. Es por esto que este año nos sentimos impulsados para honrarlo con la tercera proclamación del título, y creemos con esto de hacer algo agradabilísimo, según justicia, a los Corazones de Jesús y María, al Patriarca San José y a todos los Ángeles y Santos nuestros abogados y protectores, saludando el excelso San Antonio de Padua con el Título de **El gran bienhechor universal**» (Vol. 34, p. 133).

Y como celestial bienhechor San Antonio entró en la historia de la Obra. En la familia del Padre la devoción a San Antonio era desconocida; predominaba – como también en toda la ciudad de Mesina – San Francisco de Paula, con la memoria de su inolvidable milagroso paso del estrecho con la llegada al Ringo.

San Antonio se invocaba principalmente para hallar las cosas perdidas, y los primeros contactos con el Santo el Padre los tuvo justamente cuando pudo hallar nuevamente las hebillas de plata de sus zapatos y un precioso manuscrito de oraciones: en ambos casos la intervención del Santo le pareció prodigiosa. Él hace un informe de ello a Padua, a la dirección de la revista **El Santo de los Milagros**, que la publicó en el número del 1 de abril de 1890 (Vol. 1, p. 65). En este informe el Padre llama San Antonio **mi glorioso Santo**, y esto hace pensar que en aquel tiempo San Antonio ya había entrado en el círculo de sus protectores.

Otro episodio el Padre lo hacía remontar a los primeros años de la Obra. Un día él necesitaba absolutamente de mil liras. Fue a la iglesia de la Inmaculada a rezar en la pequeña habitación de San Antonio. Salido de la iglesia encontró el Canónigo D'Amico: «¿Qué tenéis, Canónigo, que me parecéis preocupado?». «¡Es que necesito urgentemente mil liras!». «¡He aquí las mil liras!».

Una predilección del Santo para la Obra se tuvo durante el cólera de 1887. Una señora piadosa, Susana Consiglio, viuda Miceli, prometió a San Antonio una cantidad de dinero para dar a los huérfanos del Canónigo Di Francia si el Santo hubiese preservado de la enfermedad a ella y a su familia. Obtenida la gracia envió – por medio de su criado Letterío Curró, de Torre Faro – la cantidad de **60 liras para los huerfanitos del Padre Di Francia, para comprar con ello pan en honor de San Antonio**.

La devoción del pan de San Antonio para los pobres nació en Tolón años después de Mesina, en 1890. El Padre se preocupaba de destacar esta precedencia, como una predilección de San Antonio para con la Obra Piadosa; y por eso pidió un documento, que le fue entregado por la Curia Arzobispal de Mesina en 1906.

Empezó poniendo la cajita con al lado la hoja explicativa para el Pan de San Antonio para los huerfanitos que fueron llamados **Antonianos**, en diversas iglesias y tiendas, antes de la ciudad y luego de la provincia; y en estos primeros años destacó en el celo de la propaganda el Hermano José Antonio Meli.

Mientras se difundía la devoción de San Antonio, con siempre creciente beneficio de la Obra, el Padre en la fiesta del Santo de 1901, el 13 de junio, como signo de gratitud, proclamó San Antonio **Bienhechor insigne de estos Institutos y de todos nosotros**: «Por favor, oh glorioso Santo, queráis aceptar esta devota proclamación, y queráis desde ahora en adelante constituíros efectivamente como **nuestro Bienhechor insigne**, tanto en orden espiritual como temporal, implorándonos de los Corazones Santísimos de Jesús y de María, los medios eficaces de santificación y formación e incremento de estos Institutos y de total cumplimientos de los buenos deseos **ad maiorem consolationem Cordis Iesu**» (Vol. 8, p. 70).

Seguidamente, la protección del Santo sobre la Obra se fue mayormente afirmando con la propaganda que se hizo a través de la prensa, antes de todo con el librito **El Secreto Milagroso** y a partir de 1908 con el periódico mensual **Dios y el Próximo**, que en el final de la vida del Padre tocaba las 300.000 copias, llegadas después hasta 700.000. en esta propaganda el Padre tuvo como validísimo colaborador y organizador de las secretarías el Padre Pantaleón Palma.

El Padre fue, pues, insigne propagador de las glorias del Santo Taumaturgo: nos quedan numerosos triduos, novenas, trece días que él predicaba casi cada año en nuestras iglesias y oratorios. Además de la fiesta del 13 de junio, quiso solemne para nosotros también la conmemoración de la traslación de las reliquias del Santo, el 15 de febrero, dicha vulgarmente la **Fiesta de la Sagrada Lengua**, porque la lengua del Santo se conserva incorrupta tras más de siete siglos de su muerte; el Padre la ilustró con oraciones y versos. Centro del culto antoniano en Mesina es la Iglesia de la Rogación, que es también Santuario de San Antonio.

El Padre aprovechaba cada circunstancia para recomendar esta devoción. Hay episodios muy singulares. Me limito a esto, referido por Francisco Stracuzzi, de Furci Sículo, que era un comerciante de agrumes.

En 1901 las cosas no le iban bien. Un día, viajando en treno en tercera clase, se halló sentado al lado de un cura, que él no conocía. Charlando de esto y de aquello, Stracuzzi en un cierto punto salió con estas palabras: «Necesitaría ganar mil liras para arreglar en cierto modo mi balance, pero no sé cómo hacer, dados los tiempos pocos buenos que corren». El cura que estaba a mi lado, con una seguridad de sí que me sorprendió e intrigó mi curiosidad me dijo: «¡Es fácil! Basta dar una lira a San Antonio». Y yo: «Yo le daría diez también, ¿y ganaría diez mil liras?». «no – contestó él – una lira solamente». «Y como pedía a quién tendría que darla y quién fuera él, me contestó: “Yo soy el Canónigo Aníbal María Di Francia; deme la lira a mí”. Así hice. Pero, lo confieso, bastante escéptico. El día siguiente fui a Mesina. Justamente fuera de la estación se me acerca un tal fulano, conocido mío, pero de vista, como comerciante, que me dice: “Si me cedéis la partida de naranjas que tenéis en Adrano, yo os doy mil liras de ganancia”. Pensé en seguida al Canónigo Di Francia, a su promesa, a las mil liras y cedí. Desde aquel entonces en adelante me convertí en un admirador y asiduo bienhechor del Instituto fundado por él.

Sin embargo, ante ciertas desviaciones, el Padre se apresuró de aclarar la idea de la devoción a San Antonio, en una página de **El Secreto Milagroso**, donde escribe una **Importante advertencia para los que esperan alguna gracia**. «En la mayoría las gracias que humildemente y con fe se piden a San Antonio se obtienen. A algunos el Santo las concede en seguida, a otros después de un tiempo, y a otros más tarde aún. Algunos, sin embargo, después de mucho tiempo, no consiguen aún la gracia. Nosotros los exhortamos a no desanimarse y a perseverar en la oración y a añadir alguna enmienda de la propia vida. Si el Santo suele conceder gracias también a los pecadores, a almas lejanas de Dios, y tal vez también a los no católicos, lo hace para llevarlos al buen camino. El fin del que espera gracias por San Antonio de Padua tiene que ser el verdadero bien espiritual de sí mismo y de los suyos, en

orden a la vida eterna: al revés toda devoción degenera en superstición» (**El Secreto Milagroso**, 14ª edición, p. 105).

El Padre insistía considerando la devoción a San Antonio bajo este perfil; no hace falta limitarse a ver en ella el socorro material para alivio de innumerables miserias – que también no es cosa indiferente – sino que se tiene que mirar al bien de las almas, que por medio de San Antonio son atraídas a Dios: «Los continuos milagros que este gran Santo derrocha desde hace ocho siglos en todo el mundo le atribuyeron el nombre de Taumaturgo y la devoción del mundo entero. Pero el milagro de los milagros es la continua, inmensa conquista de almas, que Él por doquier actúa: conquista que Él empezó amplia, eficaz, sorprendente en los cortos años de su vida mortal, y que recién subido al cielo no cesó de seguir más amplia, más eficaz, más sorprendente, diría casi inmensa, en toda la cristiandad y en todas las regiones de los infieles» (N.I. Vol. 3, p. 279). El Padre, por eso, en 1924 quiso aún asociar San Antonio a las fiestas de aquel 1 de julio, y tras saludar a Jesús Sacramentado **El tierno y piadoso amigo de los pecadores**, a la Santísima Virgen María **Reconciliadora de los pecadores**, saludó nuestro San Antonio **Perenne conquistador de almas** (Vol. 30, p. 146).

6. San Luis Gonzaga

Una Obra que mira a la formación de la juventud no puede no inspirarse a los ejemplos de San Luis Gonzaga. El Padre por eso lo proponía a nuestros jóvenes como modelo y patrón. En la iglesia de Mesina quiso dedicarle un altar: cultivó en las comunidades la **Piadosa Unión de los Luisitos hijos de María Inmaculada**, reservando las admisiones y las promociones justamente en el día de la fiesta del Santo, preparada por un triduo solemne.

Recordemos aquí dos fiestas extraordinarias del Santo, el centenario de la muerte, 1891, y la de la canonización, 1926.

En 1891 tuvo el panegírico del Santo en la iglesia de los Padres Jesuitas y en **Il Corriere Peloritano** publicó un espléndido salmo: **Lirio y Ángel**, que queremos hacer conocer a nuestras comunidades:

«Un lirio germinó en la viña de Engadí y sus hojas bebieron el rocío de la mañana.

«A él se dirigió la mirada de los cultivadores del campo, y el sol de oriente lo vistió con un espléndido rayo.

«No apareció tan bello Salomón en sus reales vestimentas, cuando lo miró estática la reina de Saba.

«Con el efluvio que parte de sus frondas fueron perfumados los vientos que bajaron de los montes.

«¡Cómo es suave el Lirio de la viña de Engadí! Los Ángeles del Señor lo besaron llenos de ternura, y a su alrededor tripudiaron los coros celestiales.

«He aquí cómo se hará hermano de los Ángeles: ¡venid, mirad cómo crece exuberante el Lirio del fértil valle!

«Se extendieron las manos de los profanadores, y el mundo había formado un remolino para engullirlo. Sobre él se desencadenaron las tempestades.

«Los vientos estallaron furiosos, y una zarza de espinas lo estrechó para destrozarlo. Todos dijeron: ¡Cómo será hermoso en medio de nosotros el Lirio de Engadí! Pero los Ángeles se lo hicieron hermano.

«¿Dónde está el Lirio, adorno del campo? Ellos eran nueve veces nueve mil de las altísimas esferas, y nueve veces nueve mil de las regiones supernas, y nueve veces nueve mil de los sublimes cielos.

«Cuando luego comparecieron ante el Altísimo, un Ángel más estaba entre ellos.

«Y los firmamentos cantaron sus alabanzas, y dijeron: el rayo de la Sabiduría lo penetró y el Amor traspasó su corazón.

«Él se derritió como cera ante el fuego, y se embriagó con el vino de la caridad.

«Se escondió bajo el árbol de la Cruz y fue presa del delirio, las inquietudes del puro amor penetraron las entrañas del espíritu.

«Él exclamó: “¿Quién me dará alas de paloma, y huiré y me elevaré sobre la tierra, y ultrapasaré el espacio sin fin, y descansaré en Dios?

«Y el Hijo del Hombre lo ató con una banda de oro y lo estrechó a su Corazón.

«Y el rubio Nazareno lo transformó todo en su amor.

«Y la Virgen Madre del Nazareno lo acunó en los suaves carismas de su Corazón Inmaculado.

«Allá está el pequeño Benjamín raptado fuera de sí, por el que elevó un grito de alegría el alma del héroe santo de Loyola.

«Exulta, oh plantación de escogidos, exulta, oh familia de los justos.

«El Lirio de la Viña de Engadí fue trasplantado en tus jardines, y luego en los jardines del Paraíso, y él se mudó en Ángel.

«Incomprensible es su gloria, y Él no se cansa de elevar las manos suplicantes ante la presencia soberana de Dios.

«Porque la viña de Engadí sea repleta de lirios, para que les salgan detrás las alas a los hijos de los hombres.

«Y él repite con los Ángeles el inmortal trisagio: Santo, Santo, Santo el Dios de infinita majestad. Él es quien confunde los grandes y exalta a los pequeños.

«A Él gloria y honor por todos los siglos eternos» (N.I. Vol. 2, p. 243).

El semanal de Brescia, **La Madre Católica**, publicando enteramente el salmo de arriba, daba este juicio: «Admirable cántico demasiado hermoso y demasiado altamente inspirado, (...) y nosotros lo llamamos cántico porque, aunque dictado en prosa, es todo poesía, y de la más divinamente inspirada, tanto que a nosotros parece no tenga nada que envidiar a los Cánticos de Salomón».

Para el centenario de la canonización, 1926, celebramos en Mesina en nuestra iglesia la conmemoración ciudadana, culminante en la grandiosa procesión con la intervención del arzobispo, capítulo, clero diocesano y regular y todas las asociaciones de la ciudad. Para nuestras casas el Padre mandó novena solemne, lectura de la vida del Santo, procesión interna con súplica «para que reine

en todas nuestras casas la pureza del alma y de las costumbres, que sea inmaculada la mente, inmaculado el corazón, inmaculado los afectos» (Vol. 34, p. 214).

En la canonización, San Luis tuvo como compañero su digno cohermano San Estanislao Kostka: para Él también el Padre dispuso una novena solemne, con idénticas prácticas y, para el día de la fiesta, procesión interna y súplica «al querido Santo, que quiera entrar como nuevo protector en nuestras Casas, para que Jesús y María hagan allí reinar la pureza del alma y de las costumbres y la perfecta observancia de las virtudes religiosas».

Nótese: las pequeñas estrofas a San Estanislao relativas a las oraciones y el himno fueron los últimos versos, con los que encerró la actividad poética del Padre.

7. San Alfonso María de Liguorio

San Alfonso entra en la vida del Padre a través de sus escritos, que él empezó a gustar siendo todavía laico. Hacía sus delicias la lectura y la meditación de las obras ascéticas del Santo: **El camino de la salvación, Sobre el gran medio de la oración, La práctica de amar a Jesucristo, la Preparación a la muerte**, y principalmente **Las Glorias de María**. ¡Y se enamoró del Santo! Resumió en pocos pasajes su vida, igual para uso personal, para tener presentes los ejemplos de caridad, de celo, de virtudes del Santo Doctor, porque el opúsculo no fue publicado sino después de su muerte. A San Alfonso el Padre se dirigía para la propia conversión. Nos quedan siete oraciones para esta finalidad (Vol. 6, p. 13 y 123), como ya vimos antes (cap. 1, n. 3) y otra aún a Jesucristo «para aprovechar de las oraciones que el glorioso San Alfonso prometió de hacer para todos los que, vivo o muerto que fuera, rezarían por Él». Y termina con esta invocación: «Oh glorioso San Alfonso mío, rogad a Jesús y María por mí, y obtenedme una verdadera conversión a Dios de mi alma pecadora y una tierna devoción a la Santísima Virgen María, y la perseverancia en la oración. Amén. Amén» (Vol. 6, p. 120).

Repartió a las comunidades la vida de San Alfonso del Padre Berthe, en dos volúmenes gordos, para que se leyera en el comedor, y de esta lectura me permaneció un recuerdo indeleble. Se leía pues que San Alfonso y sus compañeros en Deliceto por la extrema pobreza de la casa sufrieron inmensamente el frío, tanto que el Santo estaba obligado a enviar a la cama sus religiosos durante el día, para que pudieran calentarse un poco.

«¡Oh, pobrecillos! – interrumpió el Padre – ¡Pobre San Alfonso! Hijitos, si nos fuéramos hallados en aquellos tiempos, ¿no habiéramos ayudado a San Alfonso? ¡Tenemos ahora que enviar algo a los Padres Redentoristas en Roma, con la intención de subvenir a las necesidades de entonces del Santo!». Y así el Padre hizo.

El Padre Salvador Di Coste, superior de los Redentoristas de Francavilla Fontana (Brindisi) cuenta cómo conoció el Padre y la impresión que recibió de él. De su iglesia, tras la expulsión de los Redentoristas por las leyes subversivas de 1866, había sido quitada la estatua de San Alfonso y guardada por la Cofradía de la Inmaculada. Volviendo ahora los Redentoristas a Francavilla, la Cofradía les restituyó la estatua del Santo, que allí fue trasladada de la iglesia de la Inmaculada en un día de 1924. Cómo el Padre – que se hallaba en Oria – aprendió la noticia no lo sabemos; está sin embargo que el Padre Di Coste, que había ido a la Iglesia de la Inmaculada para armar la procesión, «Vi un sacerdote postrado – escribe – recogido, en una postura de fervorosa oración, que me chocó,

(...) y cuando fue quitada la estatua para ser trasladada a su antigua morada, el Canónigo Di Francia se movió del lugar en que rezaba y puesto detrás de ella la acompañó hasta nuestra iglesia». Así empezó la relación del Padre Di Coste con nuestro Padre, que, tras guardar durante varios años el solideo de San Alfonso tan querido para él, se lo privó de regalo para los hijos del Santo de la comunidad de Francavilla.

Recordemos ahora la parte tenida por el Padre en una reparación hecha por la ciudad de Mesina en ocasión de insultos blasfemos contra San Alfonso.

Hacia finales del siglo XIX, un luterano de Estetino (Alemania) llamado Alberto Grassman, queriendo desacreditar el ministerio de la confesión, empezó a criticar la teología moral de San Alfonso, y publicando pasajes mutilados, unos cuantos suprimiéndolos y otros alterándolos, ¡tuvo la pretensión de demostrar no solamente que San Alfonso fuera un ignorante, sino más bien un divulgador de doctrinas perversas, un asesino de almas! El libelo pareció tan infame a los mismos luteranos, que estos llevaron a Grassman ante el tribunal de Núremberg, que lo condenó y prohibió la comercialización del escrito infame.

Esto fue llevado a Italia y no fue prohibido, más bien hizo de ello una amplia propaganda Podrecca con su periódico, **El burro**, y «bajo los augurios de un nombre tan excelente – escribe el Padre – empezaron los enemigos de la Iglesia a vomitar las más inmorales burradas contra San Alfonso» (N.I. Vol. 9, p. 119). Pero, «¡ante los rebuznos blasfemos anti alfonsinos, una gran reacción de fe católica se levantó por doquier! El nombre del glorioso San Alfonso resonó en los labios de los católicos entre el santo entusiasmo de las más solemnes celebraciones, de las más cálidas protestas, de las más interminables procesiones. Mil sagrados oratorios cantaron la singular santidad e inmensa doctrina de este gigante del ingenio y de la virtud» (**Ibid.** 120).⁶³

Por doquier se hicieron reparaciones para el ínclito Santo. En Mesina fue nombrado un comité diocesano, del que participó el Padre, que dictó una vibrante apelación a los católicos mesineses, en que, exaltando los méritos y las virtudes de San Alfonso, se invitaban todas las clases de ciudadanos a hacer pública enmienda al glorioso Santo.

Se celebró un solemne triduo el 12, 13 y 14 de septiembre de 1901, con oraciones reparadoras y cánticos, y sermón del Sacerdote Francisco Bruno. La fiesta, el 15 – 85º aniversario de la beatificación del Santo, acontecida en 1816 – Misa Pontifical del Arzobispo Monseñor D'Arrigo y panegírico del Sacerdote Bruno.

La función se celebró en la iglesia del Sagrado Corazón, erigida por la piedad de la familia D'Arrigo en 1891, donde el entonces Canónigo Don Letterío había querido que fuera consagrado un altar a San Alfonso con esta dedicatoria dictada por el Padre: **Para que en Mesina – ciudad sagrada a la Madre de Dios – no faltara honor y culto – al gran propagador de Las Glorias de María – San Alfonso María de Ligorio – este primer altar – a él es consagrado** (N.I. Vol. 9, p. 155).

⁶³ Igual en aquella ocasión el Padre en la nota de sus oraciones personales puso una «para la extensión del culto de San Alfonso María» (Vol. 4, p. 97).

8. Santa Verónica Giuliani

Desconocemos cómo nació en el corazón del Padre la devoción a Santa Verónica Giuliani, que en Mesina no era conocida. Podemos pensar que él permaneció impresionado por la lectura de la vida de la Santa, que es de verdad maravillosa. El Padre nos contaba que aún jovencito secular vio una vez entre las manos de un compañero una medalla de San Alfonso y Santa Verónica y tanto se activó que consiguió obtenerla por el propietario, cambiándola con una amplia ofrenda de medallas y coronas, tanto que suscitó las maravillas del chico.

«Él no podía comprender mi felicidad – nos decía sonriendo en los últimos años – San Alfonso y Santa Verónica fueron canonizados juntos, y yo nutría para los dos una gran devoción; y aquella medalla desde entonces la llevo siempre encima».

En 1874 publicó un librito con oraciones y versos a Santa Verónica y declaraba en el prefacio: «Así cumplo con una promesa por una gracia que la Santa benignamente me concedió».

Testimonio de su devoción a la Santa son las oraciones que le dirige para obtenerle la gracia de la **sincera conversión, una confesión como la que Ella hizo delante del Señor, la Santísima Virgen y los Santos**; y la de ser **como ella se imaginaba que fueran los sacerdotes**, como destacamos en el primer capítulo (n. 3).

El año 1875 marca el comienzo de sus relaciones epistolares con las Capuchinas de Ciudad de Castillo, donde se conserva el cuerpo de la Santa. Fue invitado entonces a predicar la novena para su fiesta, había obtenido el permiso por los dos respectivos ordinarios, pero tuvo que renunciar a ello por una imprevista enfermedad.

El nombre del Padre es ligado a la publicación de los maravillosos escritos de la Santa, que, aunque no fue terminada por él, también le procuró el mérito de haber hecho conocer a los italianos este **Tesoro escondido**, como él lo tituló.

Los manuscritos de la Santa permanecieron sepultados en el archivo de las Capuchinas de Ciudad de Castillo durante más de siglo y medio. En 1880 Francisco Dause, de Grenoble, ya viejo con más de ochenta años, empezó su publicación que no pudo seguir, porque falleció. «El trabajo quedó incumplido; fue mejor así, porque el Dause seguía un criterio puramente crítico, publicando el diario a la letra, o sea con los innumerables errores ortográficos y sin la necesaria puntuación; de modo que lo habría leído sólo alguien armado con toda la paciencia de Job» (cf. Cioni, **Santa Verónica Giuliani**, p. 113).

Esta paciencia la tuvo que tener el Padre, pero él no quiso pretenderla por sus lectores; corrigió los errores ortográficos, usó la puntuación, pero de modo que no se alterase la palabra y el estilo, que nada perdió ni de su sencillez ni de su belleza e inspiración.

El primer volumen salió en 1891, publicado por la **Prem. Tip. Dell'Avvenire Giuseppe Crupi**, Mesina, precedido por notas biográficas de la Santa, enriquecida por el Señor con dones extraordinarios hasta sus años más tiernos.

Referimos aquí unos pasajes: «Se dijo por más de un Autor que en la vida de la gloriosa Santa Verónica Giuliani, capuchina, el poder del Sumo Dios quiso recoger en uno, buena parte de aquellos dones singulares del divino amor, que se hallan repartidos aquí y allá en las vidas de los santos más

excelsos. Y este juicio forma un elogio muy relevante; ni parecerá exagerado si se lee la prodigiosa y misteriosa vida de esta predestinada criatura, hasta ahora no bastante admirada.

«Santa Verónica Giuliani es gloria de toda la humanidad, es prodigio del poder de Dios, es decoro y esplendor de la Santa Iglesia, es verdadero espectáculo al mundo, a los ángeles, a los hombres, y podría ella misma decir de sí en un sentido reducido y acomodado: **Fecit mihi magna qui potens est**: el Poderoso ha hecho obras grandes por mí».

Santa Verónica es la santa del sufrimiento; el martirologio nota expresamente: **Ilustre por el intenso deseo de padecer** (9 de julio); y por eso el Padre destaca: «Verónica no tuvo por casualidad este nombre. Dios a menudo dio los nombres según las predestinaciones. Jesucristo Crucificado era todo grabado en el alma y en el cuerpo de esta dilecta y fiel Verónica, por eso llevaba en su corazón grabados materialmente los instrumentos de la pasión: clavos, cruz, espinas, lanza, columna y hasta las siete espadas de María Dolorosa. Estos signos sobrehumanos fueron luego comprobados regularmente en el corazón de la santa, tras su muerte».

En manera particular el Padre recordaba cómo el Señor constituyó la Santa durante toda su vida, en un estado de penas interiores para la conversión de los pecadores, haciéndola participar a las penas del Purgatorio y, en ciertos sentidos, también a las del infierno. Todas estas penas son minuciosamente descritas por la Santa en su Diario, cuya lectura suscita en el alma una profunda saludable impresión. Por eso un testigo asegura que la devoción a Santa Verónica el Padre «nos la encomendaba para la adquisición del santo temor de Dios».

La sobrevenida enfermedad y ulteriores compromisos impidieron al Padre de seguir la publicación, que fue retomada por el Padre Pizzicaria, S.J. que a su vez se paró en el Vol. 7 en 1905. El Padre igual esperó de poderla terminar él, porque en 1918, en plena guerra europea, compró el papel para la impresión de los dos volúmenes que quedaban, dejándolo en depósito en la **Tipografía de los Huerfanitos del Sagrado Corazón en Ciudad de Castillo**.

Pero él pudo ver desde el cielo el cumplimiento de la obra, curada por el Monasterio de la Santa.

En una carta de 1895 a la Madre Abadesa del Monasterio de Santa Verónica, el Padre expone sus intenciones que lo movieron a empezar la Obra: «Gracias al Corazón Santísimo de Jesús, jamás tuve la mínima ambición de querer compartir en este asunto de la publicación de los escritos de nuestra dilecta Santa, de hacerle servicio de tener medio para hacer algo agradable a nuestro Señor, ¡y provocar su misericordia sobre mí miserable pecador! Gasté casi 1000 liras y las doy casi por perdidas. ¡Entrego los volúmenes hasta a 0,50 liras! (**El precio de portada era de 2,50**) Todo **ad maiorem consolationem Cordis Iesu!**» (Vol. 38, p. 1).

Las monjas habrán hecho saber al Padre de estar dolidas que otra persona lo sustituyera en su hazaña; él en cambio anima: «No sé por qué se tienen allí disgustar si yo u otros, o cien otros, empezaran las obras del Señor, que es cosa tan digna para revelar, como dice la Sagrada Escritura. ¿Acaso no se tendría de esto estar contentos, cuando no se busca sino la pura gloria de Dios? ¿Y no es verdad que emulando charismata meliora se acrecientan la gloria de Dios y la salvación de las almas? Yo creo que cuando se trata de propagar el bien no hacen falta interesadas restricciones, sino ánimo generoso, y tener placer uno por el bien que hace el otro. Por eso el apóstol escribía a los Filipenses: **Dum omni modo, sive per occasionem, sive per veritatem, Christus annuntietur, et in hoc gaudeo et gaudebo**» (Ibid.).

Más veces las monjas solicitaron una visita del Padre, que pudo finalmente realizar su sueño en 1918, permaneciendo dos días en Ciudad del Castillo, el 16 y 17 de mayo. Fue la alegría plena de su espíritu: rezar ante aquel cuerpo bendito, ver los lugares santificado por la presencia de la gran Santa, ¡qué incendio de amor de Dios le encendía en el corazón! Escribe desde Roma el 19 de mayo, Pentecostés, a Sor María Nazarena: «¡Estuve en Ciudad del Castillo al pie de mi Santa Verónica! ¡Qué cosas celestiales! Entré en el monasterio observantísimo, celebré la Santa Misa en las habitaciones de la Santa etc. Tuve bonitas reliquias y entre ellas el calentador en que ponía el fuego en el invierno. Os llevé a todas a Santa Verónica» (Vol. 35, p. 212).

Fue nuevamente a Ciudad de Castillo para la fiesta de la Santa de aquel mismo 1918, y desde allá el 9 de julio telegrafió a Mesina: «Me hallo asistir fiesta Santa Verónica uniendo todos espiritualmente» (Vol. 34, p. 251). Leemos en las crónicas de nuestras Casas el entusiasmo con que hablaba de su peregrinación a Santa Verónica y del fervor de aquella comunidad, en que el espíritu de la Santa se hacía sentir casi sensiblemente. También en aquel monasterio el recuerdo del Padre era vivo aún después de muchos años. En 1925 la Abadesa Sor María Francisca le escribía: «Recordamos siempre con gusto su dulce agradecidísima visita, que nos hizo hace muchos años, y queremos esperar que para el centenario nos quiera dar la querida satisfacción de oírla nuevamente».

¡Pero la fiesta centenaria de Santa Verónica, 9 de julio de 1927, el Padre la celebró con la Santa en el cielo!

Antes aún del calentador, el Padre había obtenido por monjas diversas otras reliquias, entre ellas la máscara en cera que reproduce las características de la Santa transfigurados por su íntima unión con Dios.

9. San Camilo de Lelis

Para el tercer centenario de la muerte de San Camilo de Lelis, en 1914, los Padre Crucíferos de Mesina invitaron nueve oradores, escogidos entre el clero diocesano y el regular, para la predicación de la novena. El Padre habló en el primer día y recordó, entre otras cosas, cuánto Mesina es deudora al gran Santo, que fue personalmente a abrir allí una casa de sus religiosos. «Y aquella casa y aquellos buenos Padre Camilos duraron tres siglos, ¡hasta que el soplo devastador suprimió las Órdenes religiosas en toda Italia en 1866! Oh, ¡cuántas veces, en tres siglos, los hijos de San Camilo estuvieron firmes entre la peste, el cólera, las epidemias y los terremotos, dando también la vida en la asistencia de los enfermos y moribundos! Venida la abolición, recuerdo, siendo yo entonces jovencito, que en Mesina toda la ciudad fue casi indiferente por la supresión de las casas de monjes que estaban entre nosotros, exceptuado por la casa de los Padres Camilos. Era un disgusto universal entre nosotros: ¿por qué, se decía, quitar los Padre Crucíferos, que hacían tanto bien y ejercían tanta caridad estando al lado de los enfermos y de los moribundos, y por qué?» (Vol. 45, p. 380).

El centenario de San Camilo se celebra en todo el mundo: «pero – seguía el Padre, dos ciudades de Italia tienen, casi más razón de las otras, exceptuado Roma, de celebrar las glorias de este gran Santo. Estas dos ciudades son Nápoles y Mesina. Porque el ferviente corazón de San Camilo, aquel corazón que reprodujo en sí la caridad, el amor, la compasión del Corazón Santísimo de Jesús, aquel corazón que se consumó por los pobres, los míseros, los enfermos, los moribundos, terminado de vivir San Camilo, fue extraído de su sagrado cadáver y fue dividido en dos partes, de las que una mitad fue dada a Nápoles y una a Mesina. Oh, ¡gran predilección para nosotros de la Santísima Virgen

de la Sagrada Carta! Aquel corazón parece que nos quiera decir: mesineses, yo os quiero, estoy entre vosotros para compadeceros; vuestras penas, vuestras enfermedades, están siempre ante mí, **coram me Semper infirmitas et plaga**, y por esto os di otra vez mis hijos» (**Ibid.** p. 381).

Este corazón permaneció en Mesina por el celo del Padre, como nos resulta de un informe extendido por él tras petición del superior de los Padres Crucíferos, el Padre Ernesto Fochesato (N.I. Vol. 9, p. 137-142).

Aquí presentamos un resumen.

Digamos antes de todo que, en la muerte de San Camilo, acontecida en Roma el 14 de julio de 1614, era presente el Padre Califano, superior de la casa de Mesina, que obtuvo como reliquia para su casa un trocito del corazón del Santo (cf. Mario Vanti, **San Camilo de Lelis**, p. 647). Así Mesina desde aquel entonces vino en posesión de la insigne reliquia, que, con muchas otras y con todos los ornamentos de plata de la iglesia tras la supresión, acabó en las manos del Padre Sóllima, ya de los crucíferos, que las custodió hasta la muerte.

Extinto por lo tanto en Mesina el orden camilo, el Padre Pandolfini, provincial, que había reconstituido la comunidad en Palermo, se acordó con los herederos de Sóllima, para retirar en Palermo todo lo que quedaba de los camilos de Mesina; y juntos establecieron el día y la modalidad de la convivencia.

Escribe el Padre: «Esta noticia inesperada me produjo un gran dolor: más de lo que pueda producir a un gran aficionado de pinturas antiguas la salida de una ciudad de un cuadro famoso, que pertenecía a aquella ciudad.

«Cómo es posible? – decía entre mí – si sale alguna pieza de antigüedad de un pueblo al que pertenece, todos se conmueven, todos se oponen, se agitan; ¿y mientras sale una preciosa reliquia de un santo tan grande, que perteneció por muchos siglos a Mesina, nadie se queja? ¿Y tendrá que salir hacia Palermo, que nunca la poseyó, tan tácitamente? ¿Mesina tendrá que permanecer falta de este tesoro espiritual e igual desaparecer junto por ella la protección del Santo?

«¡Yo fui inconsolable!».

La mañana destinada para la entrega de los objetos, el Padre – casi empujado por un impulso irresistible – saltó en seguida de la cama y salió fuera poniéndose a caminar sin meta por la calle Garibaldi, cuando se encuentra con el Padre Cucinotta, antiguo crucífero, lo informa de lo que estaba para acontecer y lo interesa vivamente del asunto.

El Padre Cucinotta tuvo la idea de participar la noticia a los sobrinos del Padre Sferruzza, que había muerto último superior de los Padres Crucíferos en Mesina; y en efecto fue él mismo inmediatamente.

Los Señores Sferruzza se sintieron cogidos en el honor de familia: ¡su tío había recogido y guardado con tanto cuidado aquel adorno de plata, y ahora tenía que acabar a Palermo!

Ellos entonces – en tres o cuatro – se pararon delante del palacio de los hermanos Sóllima, y cuando se presentó el enviado por el Padre Pandolfini para retirar la caja, lo apostrofaron vivamente y le intimaron resueltamente de retirarse.

Así el corazón de San Camilo permaneció en Mesina (N.I. Vol. 9 p. 137 ss.).

En 1890 el Padre había escrito una ferviente oración al Corazón Santísimo de Jesús para la vuelta de los Padres Camilos en Mesina, que se encerraba con el obsequio a San Camilo y el canto del himno al Santo: se rezaba por nuestras comunidades cada 18 de mes ante el corazón del Santo, que el Padre cada vez iba a retirar de la Curia Arzobispal; pero luego, temiendo que la sagrada reliquia se pudiese dañar en este movimiento de vaivén, no la retiró más, siguiendo sin embargo siempre en casa las oraciones hasta la vuelta de los Crucíferos en Mesina en 1905.

Encerramos con un episodio brillante por sencillez, en que la imagen de San Camilo y San Alfonso ofrecen la ocasión al Padre para manifestar el candor infantil de su fe en Jesús Eucaristía.

«Tras el incendio de la iglesia-barraca, para sustituir una imagen de San Alfonso y una antigua pintura de San Camilo, el Padre compró él mismo en Nápoles dos oleografías para exponerse en la capilla provisional. Ahora aconteció que el sacristán colocó el cuadro de San Alfonso **in cornu evangelii** y san Camilo **in cornu epistolæ**.

«Pero, entrado el Padre en la capilla ordenó en seguida el cambio de los sitios, porque los santos eran en una posición tal que, colocados en aquella manera, daban las espaldas al Santo Sagrario. Esto no pudo escaparse de su ojo, y no pudo ser consentido por su fe. Por eso dijo: “Hijo bendito – dijo al sacrista – ¿no os dais cuenta que, puestos así, los santos dan las espaldas al altar? ¡Esto no les puede gustar!» (Vitale, **ob. cit.** p. 574).

10. San Francisco de Sales

De San Francisco de Sales sabemos que al Padre gustaban sus escritos desde su juventud, como los de San Alfonso, lo invocaba para que le implorase la mansedumbre, en ocasión de la fiesta hablaba de él a la comunidad antes de la Santa Misa, exaltando su mansedumbre y humildad; pero entre las innumerables oraciones escritas por él en la juventud y en la edad adulta, no hallamos una dirigida a San Francisco de Sales.

En el último decenio de vida vemos encenderse en él la devoción al Santo, en consecuencia, de un pensamiento, un deseo, más bien, él dice, de un **ideal** (Vol. 28, p. 12), que alimentó en el corazón y que el Señor le dio gracia de alcanzar en 1920: la **unión espiritual** de sus Hijas del Divino Celo con el Orden de la Visitación o bien Hijas de Santa María, o bien Salesianas, fundadas por San Francisco de Sales. Al Padre le importaba mucho, porque las Hijas de Santa María son predilectas del Sagrado Corazón, habiendo Él confiado a una de ellas, Santa Margarita María Alacoque, sus magníficas revelaciones con la tarea de difundir en el mundo la devoción. Con la unión espiritual al Orden de la Visitación, el Padre quería atraer las particulares predilecciones del Sagrado Corazón sobre las Hijas del Divino Celo.

La unión conllevaba la participación mutua o bien el intercambio de bienes espirituales entre las dos comunidades, con el mérito de las oraciones, observancias, ejercicios de piedad y de virtudes religiosas. El intercambio – nota el Padre – es inadecuado, dada la pobreza espiritual de las Hijas del Divino Celo; «pero, ¡Viva Jesús! – él sigue – Las humildes Hijas del Divino Celo tienen algo para ofrecer por parte de aquel divino amantísimo Corazón a las veneradas Hermanas Salesianas». Presentan a ellas el **Rogate**: «Ellas así les ofrecen una bonita y propicia ocasión para hacerse cada vez más dilectas al Corazón adorable de Jesús, elevando a su presencia sus eficaces y fervientes oraciones para arrancar a aquel divino Corazón la gran misericordia de todas las misericordias,

sacerdotes numerosos y santos para todo el mundo» (Vol. 38, p. 16). Ni tienen que temer las Salesianas de hacer con esta obra no conforme a su vocación; y por eso el Padre les recuerda las palabras de León XIII: «De las Salesianas Nosotros esperamos el triunfo de la Santa Iglesia. Ellas tienen que rogar al Señor de la mística mies, para que envíe los Trabajadores a su campo» (Vol. 38, p. 21). Añade el Padre: «San Francisco de Sales llamó a sus hijas **Hijas del clero**; pero entrando en este espíritu de oración, ellas se convertirán en **Madres del futuro clero**» (Ibid. p. 22).

Cuando hubo la primera adhesión de las Salesianas de Roma el Padre da la participación de ello a las Casas, el 2 de julio de 1920, manda una adecuada acción de gracias durante un mes, y coge la ocasión para exhortar al fervor: «Por esta unión espiritual, todas las Hijas del Divino Cielo presentes y futuras humildemente pueden esperar que el Corazón adorable de Jesús y la Santísima Virgen María casi las prefirieron, para que correspondan a tan insigne gracia con la perfecta observancia, con el crecimiento en el divino amor del Corazón Santísimo de Jesús y de su Santísima Madre, con el ejercicio de las santas virtudes religiosas y con el verdadero celo de los intereses del Corazón de Jesús» (Vol. 34, p. 158).

Se acercaba mientras tanto el tercer centenario de la muerte de San Francisco de Sales. Tras la afiliación, las Hijas del Divino Cielo, «siendo en cierto modo hijas adoptivas del glorioso San Francisco de Sales, era demasiado justo que celebraran el centenario». Así el Padre en el recuerdo que después imprimió para esta fiesta.

El Santo murió en 1622.

Durante todo aquel año, el Padre hizo leer en el comedor la vida del Santo en tres volúmenes, que repartió en las casas. La fecha de la muerte cae el 28 de diciembre; siendo por esto impedida la celebración de la novena por las fiestas navideñas, se hizo un triduo solemne. El Padre hizo imprimir un recuerdo de lo que fue hecho en el Espíritu Santo, donde celebró él, con sermón por la mañana en la Santa Misa, y por la tarde las oraciones de la Filotea con canto de estrofas compuestas por él. Se recuerda que el Himno fue escrito por el Padre la mañana del 28 de diciembre y que se cantó en la función de la tarde, con procesión y súplica al Santo de querer ratificar la unión espiritual con sus hijas, «Para que el Corazón dulcísimo de Jesús, viéndonos así unidas a esta santa familia religiosa, nos mire y nos acoja con nueva clemencia, piedad y misericordia, y así también la hermosa Inmaculada Madre. Vos, oh Gran Santo, obtenednos este rescrito de gracia por el Corazón infinitamente amante de Jesús Sumo Bien. Oh, ¡si pudiéramos, por esta nueva completa gracia, crecer todas, presentes y futuras, en el más íntimo conocimiento y en el más íntimo fervor del tiernísimo eterno amor de aquel divino Corazón, y quedar totalmente consumidas!».

La función fue dispuesta de manera que se pudiese entonar el himno **Te Deum** a las 20 horas, «Con el doble propósito de alabar al Dios Altísimo por la felicísima muerte de su fidelísimo siervo, acontecida trescientos años antes, en aquella hora, y concluir nuestro triduo en honor del Santo».

Más o menos los mismos ritos tuvieron lugar en todas las demás casas.

El Padre, seguidamente, en 1923, empezando nuestra escuela apostólica en Oria, la dedicó a San Francisco de Sales, con una oración por las vocaciones para rezarse el 29 de cada mes, añadiendo la invocación a los Santos patronos de la ciudad y del convento, San Barsanofio, San Carlos Borromeo, San Francisco de Asís y los santos Pedro de Alcántara y Mauro Abad, con un **Pater, Ave, Gloria** cada uno (Vol. 8, p. 60).

11. La Beata Eustoquio

La Beata Eustoquio (1434-1485) de la familia Kalefati Colonna, fue un alma encendida por una ardentísima caridad, rica de experiencias místicas tanto que se puede paragonar con Santa Catalina de Siena, Santa Teresa de Jesús, Santa Verónica Giuliani. Es gloria mesinesa y el Padre era orgulloso por ello. Decía: «Estos son los grandes tesoros de que se tiene que gloriarse un pueblo cristiano; estas son las verdaderas glorias, de que tiene que ir superba una ciudad católica». Él por esto alimentaba por la Beata una gran devoción. En 1889 publicó su perfil biográfico en **La luz** – semanal católico ciudadano – que luego recogió en opúsculo añadiendo oraciones y versos. Muchas veces predicó su novena y el panegírico y sobre todo se activó para difundir su culto en medio del pueblo, para que se recurra a su intercesión para tener los deseados milagros necesarios para la canonización.

Para este fin empezó prácticas con el Postulador General de los Frailes Menores (N.I. Vol. 5, p. 285) y en seguida promovió una grandiosa peregrinación a la cuna de la Beata, en la aldea Annunziata, el 22 de agosto de 1920, a la cual participó toda la ciudadanía con a la cabeza el Arzobispo Monseñor D'Arrigo. Aquella mañana el Padre celebró la Misa en el pequeño establo en que nació la Beata; y esto por primera vez, después de muchos siglos. Desde aquel entonces aquel lugar fue transformado en capilla. Por la noche el Padre cerró la peregrinación con un fervoroso discurso al aire libre.

Él fue feliz de poder ofrecer un particular homenaje a la Beata en nuestras casas de Oria. En esta ciudad desde 1613 el obispo del tiempo, Lucio Fornari, había hecho esculpir diez bustos de santos, revestidos con oro puro y cada uno llevando en el pecho una teca con reliquias del santo que representaba, expuestas en otros tantos nichos en una capilla dedicada. Entre ellos había también nuestra Beata. El busto fue restaurado hacia finales de 1700 por el obispo Alejandro María Kalefati, de la misma familia de la Beata, que puso en su base una inscripción latina, que suena así: **Beata Eustoquio, virgen mesinesa, de la noble estirpe de los Kalefati Colonna, ilustre fundadora en Mesina del monasterio de Montevergine. Lucio Fornari obispo uritano en el año 1613 la hizo esculpir y el indigno sucesor Alejandro María Kalefati la restituyó al culto en el año 1783.**

Cuando, derribada en 1750 la vieja catedral que amenazaba caer, fue erigida la nueva – la actual – desapareció la capilla de las reliquias y los bustos de los santos fueron apartados. Kalefati los hizo restaurar y dispuso que en ciertas solemnidades fueran expuestos, con los relativos reliquiarios, en la balaustra del presbiterio, rodeados por flores y cirios. Cuando el Padre fue a Oria aún de clérigo, había venerado allí las reliquias de su santa conciudadana.

El sitio en que los bustos se exponía no era ciertamente de los mejores, porque impedía la vista del altar y de los ritos, por eso Monseñor Di Tommaso extrajo las reliquias, que recogió en un nicho adecuado, y los bustos fueron dispersados aquí y allá. El de la Beata, con unos otros, acabó en un rincón del tejado de la catedral, expuesto a todo lo que vientos, arañas y gallinas le deponían encima.

Como lo supo el Padre, lo pidió al Canónigo Don Cosme Ferretti, que ya se había convertido en el propietario; éste, generosamente beneficiado por el Padre, se lo cedió con gusto. Tras una sumaria limpieza para hacerla presentable, la estatua fue llevada a nuestro orfanato masculino el 17 de octubre de 1923. Toda la comunidad, dirigida por el Padre, fue a su encuentro.

El primer obsequio fue el rezo de tres **Pater, Ave y Gloria**; luego fue trasladada en procesión en la amplia sacristía, el Padre contó brevemente la vida maravillosa de la Beata, y concluyó rezando de rodillas las oraciones del librito compuestas por él.

Algún día después la Beata pasó al orfelinato femenino, en San Benito, donde tenía que permanecer; y entró allí en una manera original... como también era costumbre del Padre. Se excitó la expectación de la comunidad por la inminente visita de una gran señora, y cuando se anunció su llegada y todas formadas las comunidades vestidas a fiesta esperaban ansiosamente, vieron, de veras... la gran señora, la dilecta Esposa del Rey de reyes, que también era la hija de los nobles Kalefati Colonna... Luego, convenientemente restaurada, el Padre expuso al culto la estatua en el oratorio de aquella comunidad.

En la historia de la Beata se destacó una característica que no se tiene que olvidar. Durante siglos Ella suele dar a menudo signos misteriosos a su comunidad o bien a otros: fuertes golpes sobre los muebles, toques de campana, apariciones, rumores insólitos en los pasillos, etc.

También con el Padre ella se hizo sentir. El Padre nos decía que un año se había empeñado para el panegírico, pero luego el asunto se le había completamente pasado de la mente. Y he aquí que tres días antes de la fiesta, mientras estaba en la habitación oye tres golpes vibrados en el escritorio, como si una mano le batiera tres fuertes puñetazos; y pensó en seguida a la Beata y al sermón para preparar.

Más impresionante es el hecho acontecido el 20 de enero de 1925.

En diciembre de 1924 él había vuelto a Mesina de Roma gravemente enfermo, tanto que suscitó serias preocupaciones en las comunidades: inapetencia, falta de sueño, afán de respiración y progresivo decaimiento de fuerzas, así que hablaba ya de recibir los sacramentos.

Se llegó así al 20 de enero de 1925. En aquel tiempo el cuerpo de la Beata había sido quitado del locutorio y colocado en una capilla provisional en el jardín del monasterio, por cuya erección el Padre había contribuido generosamente. Aquel día las huerfanitas y las hermanas del Espíritu Santo habían sido invitadas a cantar la misa en la nueva capilla. Antes de salir de casa, la Madre General, Sor María Nazarena Mayone, encomendó cálidamente a las jóvenes de pedir a la Beata la curación del Padre.

En el Evangelio Monseñor Bruno subió en el púlpito para el panegírico. Eran casi las once y media horas cuando el orador recordaba a los fieles de rezar para la curación del Canónigo Di Francia, gran devoto de la Beata y bienhechor insigne de su monasterio.

Hacia aquella hora el Padre, que no sabía nada de las hermanas ida a cantar y de las oraciones que en aquel momento se hacían por él, llamó el hermano que lo asistía, María Antonio Scolaro, y con visible esfuerzo y voz fatigada le dijo: «Hoy es la fiesta de la Beata, recemos un **Padre nuestro**».

Mientras estaba empezando la oración, he aquí resonar tres golpes vibrantes, como de martillo, contra la pared, en el tubo gordo de metal, para el desagüe de la lluvia, que está justo en frente a la cama. No se habían rehechos por la maravilla, y he aquí que los golpes se repiten. Entre la maravilla, la sorpresa y el asombro, el hermano corre a llamar a la superiora y como esta pone pie en la habitación, los tres golpes se repiten una tercera vez, con igual violencia, en el mismo punto. Se intentó explicar la causa, pero allí alrededor no hay nadie que dé golpes o trabaje. «Padre, es la Beata que se hace sentir», concluyó emocionada la Superiora. Y que de verdad la Beata se hubiese hecha sentir lo prueba la mejoría que en seguida se verificó en la salud del Padre, que pudo retomar no

mucho después sus actividades, hasta los viajes a las Apulias y a Roma para las necesidades de sus casas.

12. Los celestes Rogacionistas y las celestes Hijas del Divino Celo

Leemos en un informe: «El Padre veneraba muchos santos del calendario y nos los hacía venerar con sermones, discursos, ejercicios de piedad, tanto que parecía que fueran venerados por primera vez». Así que podríamos alargar bastante el listado de arriba, y añadir el centenario de San Luis María Griñón en 1916, el de San Vicente Ferrer y de la canonización de san Francisco de Paula en 1919, y en el 1920 la fiesta por la canonización de Santa Margarita María Alacoque, por la que se había largamente rezado. Hablaremos en mejor lugar sobre la devoción a Santa Gertrudis.

Encerramos este capítulo recordando los Celestes Rogacionistas y las Celestes Hijas del Divino Celo.

Es una de aquellas que el Padre llamaba **industrias espirituales**, fruto seguramente de su fe sencilla y viva.

Él se deshacía en búsqueda de vocaciones para sus dos Congregaciones, para que pudiese triunfar en el mundo el **Rogate**; pero luego pensó: el triunfo del Rogate no menos que a nosotros, más bien, antes que a nosotros, interesa a los santos del cielo; que por eso podrán proteger las Congregaciones consagradas al **Rogate**, obtener para ellas numerosas vocaciones, y rezar en el mismo tiempo que el Señor envíe trabajadores a la Santa Iglesia: serán, pues, ni más ni menos, los Rogacionistas e Hijas del Divino Celo Celestes.

Empezó entonces la proclamación de diversos santos y santas – unos doscientos – cuyo espíritu más se acerca al espíritu de la Obra. El primer celeste Rogacionista, en la intención del Padre, era San Francisco de Sales, el 29 de enero de 1916, al que seguía, el 31 del mismo mes, Don Bosco, que entonces era Venerable; sin embargo, por un fallo de correo, llegó antes la proclamación de Don Bosco, que se hizo el 31, y luego la de San Francisco de Sales el día después.⁶⁴

En una carta del Padre al Padre Vitale, el 27 de enero de 1916, leemos unos detalles que es bien recordar. «En esta hora ya habrá recibido y actuado la proclamación del amable y glorioso San Francisco de Sales, tras haber hecho insinuante explicación a aquellos queridos hijitos y haberlos excitados y elevados al cielo sobre las poderosas alas de la fe santísima». Habla luego de proclamación de las Celestes Hijas del Divino Celo, que el Padre Vitale hará en la casa femenina: «Vuestra Señoría hará una bonita instrucción sobre estas proclamaciones, elevando al cielo las almas de las Hijas del Divino Celo y de las huerfanitas». Y siguen las normas prácticas: «Note que estas **proclamaciones** son privadas: pueden hacerse en comunidad antes de la Santa Misa. También en el coro, si en la iglesia hay gente. Las hojas de las proclamaciones se guarden en un cuaderno, pegándolas o cosiéndolas en algún margen. Mientras tanto se abre un registro, en que se apuntan las proclamaciones con su fecha, y luego anualmente se lee en el comedor con día de precedencia, para que se despierte la memoria; y el día siguiente se quiere aplicar la Santa Misa para el celeste Congregado Rogacionista, y las Hermanas para esto y para la celeste Congregada que sea.

⁶⁴ Entre los escritos, hallamos como primera proclamación la de San Gerardo Maiela el 16 de octubre de 1915, que igual el Padre hizo sólo en Mesina.

«Se entiende que nosotros, por ahora, proclamamos sólo aquellos y aquellas celestes que son objeto de devoción, que amamos, que admiramos e invocamos etc. (...) como si por estas razones estuviésemos seguros que aquellos y aquellas gocen en hacerse Rogacionistas e Hijas del Divino Celo: en resumen, ¡son nuestros **llamados** y nuestras **llamadas** celestes! ¡Con el tiempo las vocaciones celestes crecerán ciertamente!».

Los Rogacionistas hacen la proclamación de los Santos, las Hijas del Divino Celo la proclamación de las Santas y **la aclamación** de los Santos; por eso el Padre precisa al Padre Vitale: «Me dirá: ¿y por qué la comunidad masculina no proclama las Santas? En verdad no me parece que esto se tenga que hacer. También las hijas las proclaman conmigo por ellas y por nosotros».

Tratándose de práctica privada no se requería la autorización eclesiástica; pero el Padre la descubre en «una cosa muy graciosa». Cuenta él mismo: «Tenía en el bolsillo, un día, mientras iba a nuestro amadísimo arzobispo, el manuscrito de estas proclamaciones todavía no imprimido. Sacando del bolsillo unos papeles, y apoyándolos en la mesa de Monseñor, cuando volví a ponerlos en el bolsillo, olvidé el manuscrito **secreto** en la mesa de Monseñor. Ya había salido, y Monseñor cayó en la cuenta, y seguramente tuvo la curiosidad natural, justa y legítima, de ver lo que fuera aquel escrito de mi mano. (...) Y, llamado el Canónigo Ciccolo - ¡un miembro del Capítulo! ¡Le dio la misión de entregármelo! Con eso, el Canónigo Ciccolo puntualmente obedeció. ¡Y así la autorización eclesiástica fue completa y formal!».

Sigue este relieve: «¡Misteriosa disposición de la Divina Providencia, que parece que quiso así dar una sanción eclesiástica a las vocaciones celestes, y Monseñor validarla para un gran incremento!». Todo esto según la mentalidad del Padre; él entendía, sin embargo, que esta mentalidad suya no era comprensible para todos, y por eso no olvida de observar: «Si no me tomaron por loco».

Y cierra elevándose a las regiones del sobrenatural: «He aquí que mientras las humanas vicisitudes se reducen, y nos hacen tan difíciles las vocaciones (**había guerra, con los religiosos bajo las armas**) ¡nosotros nos convertimos en un ejército, o sea dos Comunidades tan numerosas que superarán dentro de poco cualquier otra! ¡Qué gracia del Señor! ¡Seremos así la **Religio populata** en medio de la **Religio depopulata**!⁶⁵ Conque nos asista la fe santa, pura y **cándida in simplicitate cordis. Amén**» (Vol. 31, p. 76).

⁶⁵ Era el nombre simbólico de Benedicto XV según las presuntas profecías de Malaquías. La asonancia no es feliz, porque no reproduce el pensamiento: **pópulo y depópulo** en latín tienen el mismo significado de **destruir, devastar**; y aquí el Padre al **populata** da es significado italiano de poblada.

13. HOMBRE DE ORACIÓN

1. Oración litúrgica y oración privada. 2. «¿Hoy en día se reza?». 3. Sentimiento y sentimentalismo. 4. Testimonios. 5. El espíritu de oración. 6. Pide el espíritu de oración. 7. La mecha vacilante. 8. Su enseñanza. 9. Necesidad y eficacia de la oración. 10. Confianza absoluta en la oración. 11. En casos particulares. 12. La oración del corazón. 13. Examen de conciencia y lectura espiritual; 14. Exhortación.

1. Oración litúrgica y oración privada

Uno de los más amargos frutos que nos reservó el actual proceso de secularización es la devaluación de la oración.

El Padre Voillaume (**Con Jesús en el desierto**, meditación 6) hace el punto sobre la actual batalla contra la oración: «Nos enfrentamos a toda una transformación psicológica de la mentalidad de los hombres en lo que se refiere a la oración. Todas las formas de oración son objeto de crítica, excepto tal vez la oración comunitaria, y aún a este respecto nos podríamos pedir si en ciertos casos tal vez conserva el valor de oración y no es sentida mayormente como expresión de la comunidad».

Hoy hay cierta valorización exasperada y exclusiva de la llamada religiosidad bíblica y litúrgica, que degenera en la desestima sistemática y tal vez que llega hasta el desprecio de toda práctica religiosa no litúrgica, en la convicción que las celebraciones litúrgicas sean suficientes y sustitutivas de todo ejercicio piadoso. Pero esto es falso, porque si «la Liturgia es la cumbre a la cual tiende la actividad de la Iglesia y al mismo tiempo la fuente de donde mana toda su fuerza» (SC 10), es también verdad que «la sagrada Liturgia no agota toda la actividad de la Iglesia» (SC 9), porque Jesucristo habla de una oración personal para hacerse en secreto: **entra en tu cuarto, cierra la puerta y ora a tu Padre, que está en lo secreto** (Mt 6, 6); y el Concilio recuerda este texto evangélico (SC 12).

«Es luego una ilusión que a la vida cristiana pueda bastar la sola oración litúrgica, porque no hay verdadera oración litúrgica – esta es verdadera cuando se hace no sólo con los labios y con los gestos del cuerpo, sino también con el **corazón** – si el corazón es ausente y no arde. Ahora sólo la oración personal enciende y alimenta la llama del corazón. Solamente ella, pues, **hace gustar** la oración litúrgica y la preserva del riesgo del formalismo y de la costumbre» (cf. **Civiltà Cattolica**, 20.06.1970, p. 523).

«La piedad personal prepara y acompaña la litúrgica, porque crea en cada miembro de la asamblea de culto aquel clima psicológico de fe, caridad y recogimiento, sin el cual la liturgia se reduciría a un objetivismo no lejano a la magia. Si privadamente no se sabe rezar, no hay asamblea litúrgica que valga para transformar en oración lo que oración no es. En la liturgia el acto humano comunitario, o sea puesto por el miembro de la asamblea con los demás miembros, los que todos juntos actúan como comunidad, tiene su valor individual por la relación directa con Dios, que supera el ámbito de la comunidad. Pero si falta este encuentro personal con Dios, que es enormemente favorecido por la así llamada piedad privada, no vale para nada, para cada alma, hallarse en cien mil y hacer la misma acción litúrgica comunitaria».⁶⁶

Todo esto es enseñanza de Pablo VI, cuando dice que la disminución de la oración personal o bien extralitúrgica «amenaza la misma liturgia de empobrecimiento interior, de ritualismo exterior, de práctica puramente formal» (22.05.1970).

⁶⁶ Cf. L.M. Carli, **Nova et Vetera**, Istituto Editoriale Mediterraneo, Roma, p. 165-66.

2. ¿Hoy en día se reza?

Dada la desviación, muy difundida en lo que se refiere a los principios sobre la oración, el Papa se preocupa de llamar la atención de los fieles sobre la sana doctrina. Y aquí nos parece indispensable referir unos pensamientos suyos.

El Papa reprocha la actitud «de los que se consideran satisfechos de la caridad hacia el prójimo, para poner en la sombra y declarar superflua la caridad hacia Dios. Todos saben qué fuerza negativa asumió esta actitud espiritual, según la cual no la oración, sino la acción haría vigilante y sincera la vida cristiana. El sentido social reemplaza el sentido religioso». (21.08.1969). El Papa recuerda «la necesidad de volver a la oración personal. Pero, ¿para qué volver? Porque nosotros tenemos la opinión (...) que hoy también los buenos, también los fieles, también los que se consagraron al Señor, ruegan menos que en un tiempo pasado (...) ¿Se ruega hoy en día? ¿El hombre moderno sabe rezar? ¿Siente la obligación de hacerlo? ¿Siente la necesidad? ¿Y también el cristiano tiene la facilidad, el gusto, el compromiso por la oración?». Y recuerda el Rosario, el Vía Crucis, etc. y especialmente la meditación, la adoración eucarística, el examen de conciencia, la lectura espiritual. «Son formas de oración que la piedad de la iglesia, aunque sin declararlas oficiales, o sea propiamente litúrgicas, nos las enseñó y encomendó mucho» (13.08.1969). Seguidamente insiste aún: «Hoy más que nunca hace falta alimentar un espíritu y una práctica de oración personal. (...) Tanto la inteligencia de las cosas y de los acontecimientos, como también la misteriosa pero indispensable ayuda de la gracia disminuyen en nosotros, e igual llegan a faltar, por la deficiencia de oración». Y menciona las crisis dolorosas de las que somos testigos en estos años: «Nosotros creemos que muchas de las tristes crisis espirituales y morales de personas, educadas e inseridas, a nivel diferente, en el organismo eclesial, sean debidas al languor e igual a la falta de una regular e intensa vida de oración, sostenida hasta ayer por sabias costumbres externas, abandonadas las cuales se apagó la oración: y, con ella, la fidelidad y la alegría» (20.08.1969).

Recogemos la paterna y cálida invitación del Papa a las almas consagradas: «¿Cómo no vais a desear, queridos religiosos y religiosas, conocer mejor a Aquél que amáis y queréis manifestar a los hombres? ¡Con Él os une la oración! Si hubierais perdido el gusto por ésta, sentiríais nuevamente el deseo poniéndoos humildemente a orar» (Pablo VI, **Evangélica testificatio**, n. 42).

3. Sentimiento y sentimentalismo

El grito de rebelión a la oración vocal privada se quiere justificar también por el peligro que ella consiga ahogar el impulso interior y acabe – como tal vez aconteció – en el sentimentalismo. Pero esta miseria se tiene que atribuir a la naturaleza humana, que permanece en la base de cualquier método y forma de oración: ya leímos sobre la queja del Padre Voillaume acerca de la oración comunitaria.

Luego, no hay que confundir sentimiento con sentimentalismo: al primero importa sentir vivamente, profundamente el coloquio con Dios en el íntimo del corazón, por lo cual se acrecienta en el alma la divina unión, mientras el segundo es una degeneración, una nebulosa evanescencia del sentimiento, que no da al alma ningún impulso para la virtud, más bien la hace vivir en el campo de peligrosas ilusiones. El sentimentalismo se tiene que contrarrestar enérgicamente, el sentimiento, en

cambio, no puede faltar en la oración, bajo la pena de reducirla a simple sonido de palabras. Recuerdo haber leído, a propósito de su influencia en la vida, que el sentimiento en arte hace los genios, en guerra los héroes y en religión los santos.

Esta forma de oración, que tuvo en San Alfonso su apóstol y doctor, hizo los santos de estos últimos siglos.

Queremos presentar aquí dos oraciones del Padre, ricas por el sentimiento, pero muy lejanas del sentimentalismo.

En la acción de gracias de la Santísima Comunión: «Lo llamaron [a Jesucristo] los Patriarcas y los Profetas con ardientes suspiros, pero no lo vieron. Y tú, alma mía, fuiste digna de recibirlo dentro de ti. Dichosa fue mi boca, que se abrió para recibirlo, dichosa fue mi lengua que lo tomó, ¡dichoso mi pecho que lo recibió!». Y vamos ahora a lo concreto: «Por amor vuestro quiero sufrir en paz toda cosa contraria, quiero ser obediente a mis Superiores, quiero ser humilde, con todos, y quiero amar a todos como a uno mismo en vuestra caridad. Por amor vuestro observaré el santo silencio, no contestaré airada cuando me insulten, no diré excusas cuando me reprochen (...)» (Vol. 2, p. 16).

Una oración al Corazón Inmaculado de María para la santificación de todos los clérigos: «Oh Purísimo Inmaculado Corazón de María, os encomendamos a todos los Clérigos. Llevadlos en vuestro Seno, oh Virgen Inmaculada, como llevasteis a Jesucristo bendito que fue el Primogénito de todos los Predestinados; llevadlos en vuestro Seno, tomadlos bajo vuestra particularísima Protección. He aquí, oh Madre Santa, la mies hermosa, amarilla en los campos de la Iglesia, esperanza futura de la Esposa mística de Jesucristo. Madre santa, recogedla en vuestro Inmaculado corazón y crecedla toda para Jesús». Pide por ellos: «Por amor de Jesús bendito os rogamus, alejad a todos los Clérigos del mundo de todo afecto terrenal; ya que son llamados en suerte al Divino Servicio, haced que nada los ate a este mundo mezquino y a ninguna criatura, vaciad sus jóvenes corazones de cualquier cosa terrenal y llenadlos con el Amor Divino. Sí, Madre del Amor hermoso, enamorado de Jesús estas almas que aspiran al Sacerdocio, llenadlos con Jesús en el corazón, en los pensamientos y en todas las potencias de su espíritu. Por favor, haced que desde ahora conozcan y amen a todas las almas. (...) Oh María Purísima e Inmaculadísima, haced inmaculados a los candidatos del Sacerdocio, para que anden en el camino de la cristiana Perfección con pulcritud de corazón y pureza de conciencia, y crezcan en humildad, obediencia, mansedumbre y piedad, con el ejercicio de la santa Oración y frecuencia de los Santos Sacramentos» (Vol. 7, p. 14)

Nada de sentimentalismos, pues; y por eso el Padre escribía a las primeras novicias: «La piedad y devoción de las novicias sea sencilla, sincera, sin afectación, escrúpulos e ilusiones; por eso harán caso más a la substancia que a las formas de la piedad» (Vol. 2, p. 31).

4. Testimonios

Antes de seguir adelante, veamos, según la costumbre, los testimonios. En los capítulos anteriores referimos no pocos de ellos, hablando sobre el amor del Padre hacia Nuestro Señor, la Santísima Virgen, los Ángeles y Santos; aquí vamos a contar otros, que se refieren más directamente a la oración.

Antes de todo, unos testimonios genéricos.

El Padre era un hombre de intensa vida interior; de oración continua y de inmolación universal; vivía con la oración y la meditación; las oraciones las hacía siempre con gran espíritu de fe; su mente estaba siempre sumergida en Dios, también exteriormente parecía absorto en Dios. En particular, empecemos con el Padre Vitale: «Los hombres del Señor son hombres de oración. Es imposible no encontrar esta característica de la oración en los santos. Faltará en algunos de ellos la ciencia, faltará la majestuosidad de las obras, o bien el don de los milagros, o bien de otras virtudes resplandecientes, pero jamás faltará la virtud de la oración, que los une con Dios y que hacia ellos atrae las gracias divinas. En nuestro Padre el espíritu de oración fue profundo, íntimo, intensísimo y extendidísimo. Por quien le estuvo cerca y no tuvo íntimas relaciones con él, bastarían para bien entender este espíritu del Padre las innumerables oraciones de todo tipo que él compuso durante toda su vida, por las diferentes circunstancias que se presentaron una tras otra.

«Su fe era viva, era la necesidad sentida por su alma, su gran confianza en Dios que todo habría conseguido a través de la oración. Y, cuánta suavidad, ¡cuánta unción sabía transfundirle! Como bajan al corazón al igual que bálsamo perfumando muchas expresiones amorosas, tiernas, eficaces, que sabía dirigir a Nuestro Señor en las necesidades privadas o comunes. Nosotros rezamos muchas de aquellas oraciones periódicamente, en nuestras comunidades, y nos parecen siempre nuevas, siempre hermosas, siempre inspiradas: no cansan ni molestan, ni se desdeñan, como se suele decir, por la continua repetición. (...) Por este espíritu nuestro Padre, aunque agobiado por las labores de la Obra, pasaba largos ratos en la oración.

«Cuando le parecía que alguna gracia hiciera esperar para ser concedida: “Ay, exclamaba, hagamos, hagamos alguna novena eficaz, poderosa”, (...) y hubo cuando dijo: “¡El Señor de veras me lo concede todo!”. (...) ¡Dichoso él, que se lo sabía merecer!

«Había cuando convocaba toda la comunidad en que se hallaba, y se tenía que ir en seguida a la iglesia, y empezaba rezando largas oraciones, sin hacer caso a las ocupaciones o al cansancio. (...) Era esto un peligro que lo superaba, eran luces que se tenían que esperar por Dios, eran necesidades urgentes para proveer. (...) Sus discursos privados, cuando se referían a las necesidades de la Obra, o a la salvación de las almas, o a las necesidades temporales de los pobres, acababan siempre con estas palabras: “¡Recemos, recemos!”. Y era tal el sentimiento con que repetía estas palabras que, como aseguran los nuestros que lo escuchaban, ellas penetraban en el alma como voz celestial» (cf. **Bollettino** 1929, p. 155-157).

El Padre tenía un amor excepcional para la oración vocal. Las hacía muchas y largas, además de las ya impresas. También en la predicación solía concluir con una oración hecha rezar por todos los oyentes. En lo que se refiere a la meditación, la hacía seguramente más larga de una media hora por la mañana, antes de la Misa, preferiblemente sobre la pasión de Jesús, en el libro del Venerable Tomás de Jesús. Sin duda tenía que meditar por la tarde preferiblemente sobre los beneficios de Dios, en el libro del Venerable Sarnelli, a menudo sobre las máximas eternas en los libros de San Alfonso de Ligorio. Estas costumbres suyas de meditación, las encomendaba también a nosotros, y las hizo objeto de nuestra regla de vida. Encomendaba también vivamente la meditación nocturna en la capilla. Igual para controlar la fantasía, durante la meditación solía ponerse delante muchas imágenes sagradas, en la habitación. Todos sus discursos, conversaciones, perfumaban con esta comunión habitual con el Señor.

A propósito de esta manera de meditar ante las imágenes sagradas – que nos recordarán también muchos otros – es oportuno destacar que ella es sugerida por Santa Teresa y no sabemos si el Padre la aprendió por ella. «Lo que podéis hacer para ayuda de esto, procurad traer una imagen o

retrato de este Señor que sea a vuestro gusto; no para traerle en el seno y nunca le mirar, sino para hablar muchas veces con Él, que Él os dará qué le decir» (**Camino de perfección**, c. 26, n. 9).

El Padre «estaba en continua oración. Lo vi muchas mañanas (era muy mañanero) arrodillado en el borde de la cama con muchas pequeñas imágenes delante para hacer la meditación de la mañana mandada por nuestras reglas. La oración nocturna, luego, era habitual para él hasta que se lo permitió la salud. Yo que dormía durante mucho tiempo a su lado lo sentía levantarse y rezar, especialmente cuando se tratara de solucionar o bien reparar inconvenientes o fracasos en alguna casa. A mí aún clérigo, con la máxima sencillez aconsejaba la oración nocturna porque la creía algo fácil también para un joven estudiante. Rezaba muchas oraciones vocales; las que imprimió son innumerables. En la mayoría eran todas de su composición. La oración mental era más minuciosa, especialmente antes y después de Misa. La meditación propiamente dicha la hacía por la mañana y por la noche; desde luego, esta es nuestra regla. Meditaba sobre todo sobre la pasión de Jesucristo y especialmente sobre sus dolores internos. Meditaba un poco de rodillas y otro poco sentado para no cansar el cuerpo. Por la mañana casi siempre de rodilla. Solía estar delante de diversas pequeñas imágenes sagradas, que sin embargo tenían que inspirarle piedad; igual, creo, para meditar mejor. Toda su vida fue recogida en Dios, así que también sus conversaciones lo reflejaban».

«Se levantaba antes de las cinco de la mañana, hacía su hora de meditación y las oraciones de acción de gracias después de la Santa Misa. Durante el día frecuentaba la iglesia a menudo; siempre de rodillas y derecho. Nos decía que no hiciéramos nada, ni la mínima acción, sin buscar de decir alguna oración, para dar gloria al Señor y por el buen éxito de las obras». Recuerda una hermana: «Un día, mientras sabía que él había salido, entrando en su habitación para arreglarla un poco, lo vi en cambio con los brazos abiertos y en alto, de rodillas y con la cabeza elevada al cielo. Ni se dio cuenta que estaba yo, ni de los ruidos que había provocado en la antesala. Casi asustada, me volví atrás». «Hacía oraciones vocales con los brazos abiertos en forma de cruz; así teníamos que hacer nosotros, y batía las manos para llamar la atención cuando algún huerfanito no se acordaba. A menudo meditaba sobre los misterios de la pasión y nos encomendaba a nosotros lo mismo. Tras la Misa se encerraba largamente para la meditación; supongo que meditara desde la mañana, aún antes de nuestra entrada en la capilla, porque la luz que filtraba por su habitación estaba ya encendida mucho antes que nuestro amanecer».

«Cuando era con nosotros rezaba también vocalmente; yo lo vi hasta llorar. En Oria lo vi en su pequeña celda en actitud de oración; casi nunca lo vi apoyado. Creo que meditara cada día al menos durante una hora; si alguna vez se iba a su habitación por la mañana, lo se hallaba en meditación. Alguna vez, por ejemplo, hallándome en Oria, si se le preguntaba alguna cosa sobre la Comunidad, decía: “Me estoy preparando a la Misa”; sin embargo, estaba listo para hacer obras de caridad, y también para confesar, si hacía falta. Por la noche recuerdo que solía meditar ordinariamente sobre los divinos beneficios, en un libro de Sarnelli, que además aconsejaba a nosotros».

En su última enfermedad, durante quince días lo asistió el Padre Carmelo, que aseguraba: «Rezaba siempre, oralmente, y tal vez me reprochaba a mí que, cansado de responderle, me distraía». Escribió muchas veces cómo se tenía que hacer la oración vocal: “Sea la oración a una sola voz y en tono flébil y compungido. En el caso que a menudo se hagan errores, pónganse de acuerdo antes”. Más bien alguna vez él mismo presidía en el rezo de las oraciones y con una campanita mandaba pararse si se hubiese contravenido al orden. Vamos a cerrar con una anécdota contada por las hermanas. Una vez con el Padre oyeron tocar el Ángelus mientras estaban andando en un camino embarrado. «En seguida el Padre se puso de rodillas; nosotras le imitamos, pero solas jamás lo haríamos». El Ángelus habitualmente se encerraba, en respuesta al **Domina messis**, con el **Ergo**

etiam in istam: el Sacerdote Spina, tras largos años, recuerda como el Padre «acompañaba este Ergo... con el movimiento significativo de la mano y de la cabeza».

5. El espíritu de oración

Recordemos aquí una disposición del Concilio: «los miembros de los Institutos, (...) han de cultivar con interés constante el espíritu de oración y la oración misma» (PC 6).

Decimos que un alma que reza con frecuencia y fervor tiene el espíritu de oración; puede ser que lo tenga, más bien lo tendrá sin duda, porque el amor a la oración consolida el espíritu de oración, como a su vez este espíritu acrecienta el amor a la oración: entre ellos son interdependientes. Pero hablando con más precisión, una cosa es la oración, otra es el espíritu de oración.

El espíritu de oración es la disposición habitual del alma que mantiene constantemente su contacto con Dios, que reza siempre, según la enseñanza del Señor: **Oportet Semper orare et non deficere** (Lc 18, 1) y el precepto de San Pablo: **Sine intermissione orate** (1Tes 5, 17), en el modo que nos es mejor posible, transformando en oración todas las acciones del día, sin nada olvidar de las obligaciones del propio estado.

¿Cómo puede acontecer esta transformación? El Padre sugiere: «Antes de cada acción, antes de cada oficio, hace falta elevar la mente en Dios; y luego, para reparar a nuestra humana fragilidad, que no consiente tal vez una continua elevación de la mente en la oración, hace falta formar una intención llamada **virtual**, queriendo poner la intención de rezar en cada momento, añadiendo también en cada momento la acción de gracias; Nuestro Señor, en su infinita bondad, acepta toda intención amorosa de querer hacer lo que la humana fragilidad u otras condiciones no dejan hacer» (Vol. 1, p. 74).

Es esta la enseñanza de los maestros de espíritu. Pero **la intención de orar en cada momento** se podría fácilmente quedar en el campo de las... intenciones piadosas. El pensamiento no escapó a los autores del decreto **Perfectæ caritatis**. «Los Padres Conciliares – escribe uno de ellos, señalando que es historia, no una intuición del que habla – habían escrito en un primer tiempo **el espíritu de oración**, pero luego tuvieron miedo de... demasiado espíritu, y añadieron **y la misma oración**, siempre con la preocupación de ser concretos y realistas. Hace falta el espíritu de oración y hace falta la misma oración. Tendría que ser obvio que el espíritu de oración lleva a la oración, pero como no es obvio que todas las veces que se habla de espíritu de oración se rece, el Concilio tomó sus precauciones y dice que los religiosos tienen que cultivar el espíritu de oración y... rezar» (cf. P. Anastasio del Ss. Rosario, **La vita religiosa nella Chiesa alla luce del Concilio Ecumenico Vaticano II**, pag. 189).

Y, ¿cuánto tienen que rezar? Los religiosos tienen sus reglas y tradiciones, que marcan el mínimo indispensable para tener vivo en el alma el espíritu de oración según la propia vocación. Una culpable negligencia u olvido en estas prácticas tiene indudablemente un reflejo negativo en el espíritu de oración. De aquí el compromiso del Padre – como veremos más adelante – para que se fuera fidelísimos a las prácticas de piedad establecidas.

El espíritu de oración entre los religiosos es favorecido por el ambiente de recogimiento y silencio que tiene que envolver la casa. Todas las reglas de las religiones hacen gran cuenta de ello, Pablo VI lo destaca en la **Evangelica testificatio**: «El hombre interior ve en el tiempo de silencio

como una exigencia del amor divino, y lo es normalmente necesaria una cierta soledad para sentir a Dios que le habla al corazón» (n. 46).

Acordemos lo que el Padre escribió sobre el silencio, como elemento indispensable de recogimiento y vida interior; y cuánto fuera celoso en ello. Quería que desde el abrir y el cierre de las puertas se estuviera atentos para evitar ruidos; si hablando se levantaba mucho el tono, él en seguida hacía signo con la mano para moderarse, acompañando el gesto con el silbido de la voz, añadiendo a menudo alguna frase apropiada, particularmente la palabra de Isaías a propósito de Nuestro Señor: **No gritará, no clamará, no voceará por las calles** (42, 2).

Hallándose una vez en la Guardia, había notado que la tranquilidad del medioambiente era turbada por el cacareo de trece gallinas de guinea; quiso que se eliminaran, y guardadas las necesarias para la comida de la comunidad, envió las demás al Espíritu Santo con este billete: «**Matadas porque no observaban el silencio**».

6. Pide el espíritu de oración

Rezar, saber rezar, es don de Dios: la enseñanza de la Escritura es perentoria sobre este punto: es el Espíritu divino que reza con nuestros labios: **nosotros no sabemos pedir como conviene; pero el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos inefables** (Rom 8, 26); por eso Dios da a su Iglesia el espíritu de oración: **Derramaré sobre la casa de David y sobre los habitantes de Jerusalén un espíritu de perdón y de oración** (Zac 12, 10).

El Padre pedía con insistencia al Señor el espíritu de oración: «Querido Jesús, maestro divino, vos me ordenasteis la oración como medio necesario para la salvación, dadme su espíritu. Dadme un espíritu de ferviente oración por los intereses de vuestro divino Corazón» (Vol. 6, p. 99).

Cuando se hizo terciario Carmelita, San Juan de la Cruz – el gran maestro de oración, el **doctor místico** – se convirtió en su particular patrono – y no fue casualidad que tomó su nombre – y a él se dirige con una larga oración para obtener el don de la oración: se revela allí toda el alma del Padre: «Oh mi glorioso San Juan de la Cruz, yo voy confiado a vuestros pies, y recurro a vuestra poderosa intercesión. Yo soy sobremanera mísero e ignorante en los caminos de la santa oración, ¡y por eso mi alma, como tierra estéril e infecunda, no da frutos de virtudes, sino espinas de malas inclinaciones y pecados! ¡Yo deseo ardientemente, oh mi glorioso Santo, de aplicarme en el ejercicio de la santa oración, aunque tan tarde y tras haberlo descuidado durante muchos y muchos años por mi culpa! Voy por eso ante vuestros pies, y os ruego que os dignéis aceptarme por vuestro discípulo, el último entre vuestros discípulos. Seáis vos mi maestro en el camino de la santa oración. Ofrecedme vuestra piadosa y experta mano, para entrar en este camino de salvación y bien progresar en ello. Vos fuisteis enriquecido por los tesoros de la Sabiduría celestial en las cumbres del alto monte de la divina contemplación, pero os dispusisteis a tan grande don con la más perfecta mortificación de los sentidos, reduciéndoos en la obscura noche de la fe, con el vaciado de todas las potencias en perfecta desnudez de espíritu y secundando con perfecta docilidad los movimientos de la gracia y las secretas operaciones del Espíritu Santo; yo miserable os suplico, por amor de aquella divina Bondad, que hagáis de vos un santo tan contemplativo y elevado en oración, que os dignéis implorarme gracia eficaz por el Corazón Santísimo de Jesús para renegar toda satisfacción de los sentidos, para mortificar todas mis pasiones, para vencer con santa violencia todo mi desordenado amor propio, y para reducir a tal estado de muerte interior mi espíritu, para que libre y rápido pueda proceder en

aquel camino de santa oración, en el que la divina Bondad querrá que yo camine. Por favor, ¡haced, oh glorioso Santo mío, que el amor y la humildad no se alejen jamás de mí en la santa oración, y que en ella me aplique con todas las fuerzas de mi espíritu para llegar a la divina unión con la perfecta uniformidad de mi voluntad con la divina voluntad! Vos que fuisteis sublime director de las almas, iluminadme para conocer el camino en el que tengo que progresar en ella, y hacedme vigilante en las insidias de mi amor propio, de mi mala naturaleza, del demonio o bien de otra falsa dirección. Imploradme gracia que yo no caiga en vanidades espirituales o bien en ilusiones de fantasía, sino con pura fe ande en los caminos de la santa oración, no buscando otra cosa que Dios porque es Dios. ¡Por favor! ¡Tomad cuidado de esta pobre alma mía, que perece por el hambre y la sed, por no saber recoger el maná, ni sacar el agua! ¡Por favor! Cuando mi espíritu frío, árido, distraído y oprimido, huye la santa oración, vos, mi dulcísimo maestro, con aquel celo que tuvisteis en vida para encaminar las almas a la oración, conducidme fuertemente y suavemente en ella. ¡Por favor! Por aquel santo celo os suplico, imploradme este gran don; y si mis culpas, o también otros defectos naturales, me hacen indigno o bien inhábil por ello, presentad vos al Sumo Bien vuestros méritos, por amor de sus santísimas llagas imploradme perdón completo de mis culpas, y la gracia que en mí sea creado un corazón mundo y sea renovado un espíritu recto. Ay, ¡cuántas veces me hice indigno de este gran don por mis pecados y mi falta de correspondencia a la gracia! ¡Y he aquí que me hice para siempre indigno de don tan excelso! Ahora que mi caso es grave y mi causa parece perdida, yo recurro a vos, gran maestro y celador de la santa oración, hacedme también de abogado ante el trono de la divina misericordia, ¡y haced que se me devuelva lo que perdí, y del que me hice absolutamente indigno! ¡Por favor! Mi querido San Juan, vos conocéis en Dios mis indecibles miserias, las extremas necesidades de mi alma, su naturaleza, sus culpas, sus malos hábitos, sus deseos; vos conocéis por qué caminos Dios me quiere conducir, y conocéis cuánto sea breve la vida que me queda para poderme enmendar. (...) Yo me pongo, pues, en vuestras manos: no son altas contemplaciones que os pido, mil veces no; sino la gracia de caminar bien en aquel camino de oración que se me hace bien, y por el cual me quiere conducir Dios bendito. Todo esto espero por vos por amor de Jesús, por amor de María, por amor de San José, por amor de Santa Teresa, por amor de la Santa Cruz. Escuchadme, escuchadme, y escuchadme pronto» (Vol. 6, p. 131).

7. El pábilo vacilante

Como ya leímos, el Padre no aspira a las embriagantes altezas místicas de San Juan de la Cruz, que el Santo detalla en maneras insuperables en su **Llama viva**; se ve más bien tan lejos de aquellos vuelos sobrenaturales que describe, aplicando a sí mismo, «el miserable estado de un alma que en vez de llegar a la divina unión, se siente llena de sí misma y de las criaturas», en cuatro estrofas en antítesis de la **Llama viva**⁶⁷ del Santo:

⁶⁷ Las obras de San Juan de la Cruz comentan los cánticos espirituales compuestos por él y, fuera de la intención del autor, revisten carácter autobiográfico, porque son todos medios de expresión de sus experiencias místicas. La **Llama de Amor Viva** es la explicación de un poema en cuatro estrofas: «Obra la más corta entre los escritos mayores del Santo, pero la más desbordante de luz y fuego» (Cf. S. Giovanni della Croce, **Opere**, Postulazione Generale dei Carmelitani Scalzi, Roma, Pref. p. XII): trata sobre el supremo estado místico que se puede alcanzar en la tierra. El Santo reconoce que estas estrofas «contienen cosas muy espirituales e interiores, por las que es insuficiente el lenguaje común». Por esto él «intentó con alguna repugnancia en declararlas» y, tras haber tardado algún tiempo su comentario, «ahora tomo valor para escribir – apunta – porque parece que el Señor me iluminó bastante el intelecto e infundido cierto fervor». (*Ibid.*, p. 785). He aquí las estrofas:

Oh verdadero pábilo vacilante
Que congelas y destruyes a unas
Que turbas el corazón en su centro más oscuro,
Ahora que triunfas y silbas
Rechinando te manifiestas
¡Qué diferente eres de lo que aprendí!

Llama que sacas de los ojos
Lágrimas amargas, y haces
Llagas profundas tras repetido golpe,
Llama de barullo horrible
Que descuentas cada partido,
¡Vida en muerte matando tú mudaste!

Relámpago de fuego horrible
En cuyo oscuro fulgor
De mi pecho con hondas cavernas extremas
Que ciego estaba y en error
Con horrible torpor
¡Al Bien verdadero juntos dan hielo y oscuridad!

¡Cuán de afanes llena
Despiertas en mi pecho
Allí tienes tu desventurado hogar!
Tu aliento inquieto

¡Oh llama de amor viva
que tiernamente hieres
de mi alma en el más profundo centro!
Pues ya no eres esquiva
acaba ya si quieres,
¡rompe la tela de este dulce encuentro!

¡Oh cauterio suave!
¡Oh regalada llaga!
¡Oh mano blanda! ¡Oh toque delicado
que a vida eterna sabe
y toda deuda paga!
Matando, muerte en vida has trocado.

¡Oh lámparas de fuego
en cuyos resplandores
las profundas cavernas del sentido,
que estaba oscuro y ciego,
con extraños primores
calor y luz dan junto a su querido!

¡Cuán manso y amoroso
recuerdas en mi seno
donde secretamente solo moras,
y en tu aspirar sabroso
de bienes y gloria lleno,
cuán delicadamente me enamoras!

De ansiedad repleto
¡Cuán míseramente aún me angustias!

Y añade: «De un alma tan infeliz, ¿podéis no sentir compasión vos, oh gran San Juan de la Cruz, que fuisteis devorado por **Llama viva**? Ay, ¡piedad! ¡Piedad! ¡Piedad!» (N.I. Vol. 10, p. 20).

No nos sale fácil juzgar el grado de oración del Padre. Escribe el Padre Vitale: «No sabemos se hubiese tenido unos dones infusos en la oración: él siempre lo negaba. Lo que es cierto es que él hablaba de todas las especies de oración sobrenatural, de la oración de quietud a la de los místicos esponsales, con tal claridad, lucidez y precisión, que parecía que las hubiese experimentado. Las obras de San Juan de la Cruz, de Santa Teresa, de San Juan Clímaco le eran familiares. Para él ninguna dificultad presentaban la **Noche oscura**, la **Escalera mística**, las **ascensiones** teresianas; solucionaba toda objeción, aclaraba toda duda: y eso parece que no pueda acontecer sin cierta experiencia» (Vitale, **ob. cit.** p. 574).

El mismo Padre Vitale había escrito también en propósito: «Recuerdo que cuando yo era joven, me parece no aún sacerdote, un hombre de mucha doctrina espiritual, teniendo miedo que pudiera tener alguna ilusión en la oración, me dijo: “No te atrevas a leer San Juan de la Cruz”. Yo lo comenté con el Padre, que me contestó: “Aquel santo hombre no lo leyó”. Cuando luego leí San Juan de la Cruz, me di cuenta que lamentablemente aquel director espiritual lo había leído, pero que ciertas ascensiones de los estados místicos, si no se prueban, no se puede comprender, como yo tampoco los comprendí con claridad. Y, ¿qué pasa con el Padre? De todas maneras, no formando la oración infusa la santidad, más bien pudiendo ser peligrosa, a nosotros basta que sepamos que fue grande el espíritu de oración en el Padre para intentar imitarle. Y nosotros que estuvimos cerca de él y lo acompañamos por las calles, en las casas, iglesias y en las habitaciones, creemos que ciertas invocaciones hacia Dios que se le escapaban, ciertos suspiros, unos gemidos, fueran unas continuas jaculatorias, que él elevaba al cielo para estar casi siempre en oración» (cf. **Bollettino** 1929, p. 157).

Es cierto de todas maneras que él a menudo nos repetía que «el Señor dio **Spiritum precum** a la Obra», pero en realidad dicha Obra era el fundador, que a la Obra tenía que transmitir este espíritu. En el prefacio al libro de oraciones de las comunidades pone en relieve esta idea: «La oración es el gran medio seguro, infalible, que nos dejó la infinita bondad del Corazón Santísimo de Jesús, para obtener toda gracia y la vida eterna, para nosotros y para los demás.

«Esta mínima Obra Piadosa, que pasó por muchas aventuras y vicisitudes, siempre y continuamente, desde su primero aparecer, se alimentó con oraciones y prácticas de piedad, y se llevó adelante a menudo con ingeniosas y sagradas industrias. Se puede decir que la oración y la piedad formaron la aspiración y la respiración de esta mínima criatura del Señor. Todos somos testigos de las gracias singulares y a veces prodigiosas, que conseguimos con estos medios divinos, en muchos años, viendo nacer de la nada y de los más míseros y abyectos comienzos, esta Obra Piadosa, con casas religiosas y orfanatos, y con las inesperadas providencias del Cielo» (N.I. Vol. 9, p. 2).

Decíamos que el espíritu de la Obra refleja el del Fundador, que hizo de la oración el alma de su vida.

«Haced todo con la oración» (N.I. Vol. 5, p. 257), escribe a una hija espiritual suya. Gracioso es la anécdota contada por una hermana. «En Trani una puerta se había atascado y muchas hermanas se habían puesto a empujar con toda la fuerza para abrirla. Mientras se afanaban para conseguirlo, se halló el Padre pasando por allí, y él preguntó si antes de todo habían rezado. A la respuesta negativa él añadió con acento grave: “¿Y cómo os atrevéis a empezar una acción sin la oración?”. Dijo luego con las hermanas una **Avemaría**. En seguida después, como una hermana dio el primer golpe a la

puerta, esta se abrió». Escribía: «La oración es en todo indispensable» (Vol. 39, p. 35). «Haced todo con la oración»; y él, aunque totalmente absorbido por la febril actividad de todos los días y por las apremiantes preocupaciones por sus Obras, siempre reservó a la oración el primer lugar, haciendo de ella el centro animador de cada actividad suya, muy convencido – como afirma San Buenaventura citado por él – que «el tiempo que gastamos en la oración, Dios nos lo devuelve con otras tantas bendiciones en nuestras obras» (N.I. Vol. 10, p. 33).

La oración es el secreto del éxito de las obras: es «el fuego, que forma la energía, la máquina motriz, que da impulso a toda la fábrica. Ay, sin este fuego interior, que se llama vida espiritual, oración, súplica, penitencia, que se llama bienaventurado comercio de la criatura con el Creador, unión amorosa del alma con Dios, ninguna obra puede producirse, ninguna palabra verdaderamente redentora puede conquistar los corazones, ninguna beneficencia verdaderamente proficua y duradera se puede establecer; y cualquier afán no se reduce a otra cosa sino a aquel dicho del Apóstol: **Me convertí** (si me falta el Espíritu del Señor) **casí como uno que golpea el aire, casí un metal que resuena y que pronto desvanece** (cf. 1Cor 13, 1). (...) La vida interior, la unión con Dios, el celo, la caridad, la sed de las almas, ofrecen una gran arma al hombre de Dios, con que él actúa grandes cosas para el Señor y las almas, no tanto con sus trabajos personales, con nuevos sacrificios personales, con la obra, con el compromiso, cuanto, por un invisible, mejor, por un visible concurso del divino poder. Esta arma con que todo se vence, esta llave de oro que abra los tesoros de la divina gracia, es la oración. Un siervo de Dios (**el Padre Cusmano**) que oí predicar una vez, decía con frase lapidaria inolvidable: «¡Dios es omnipotente, pero la oración es **omnipotentísima!** ¡Y así es!» (Vol. 45, p. 155-157).

8. Su enseñanza

Vayamos espigando entre las enseñanzas del Padre. Precisamos, antes de todo, la terminología. Los autores espirituales distinguen oración mental y oración vocal; el Padre se sirve de la palabra clásica usada por Santa Teresa y San Juan de la Cruz, de **Oración**, que se subdivide en **plegaria** y **meditación**.

Hablando de la una y de la otra especie de oración, tiene palabras que no se pueden olvidar: «Para la buena conducta de toda la vida cristiana y religiosa, es indispensable la oración, que se compone de meditación y de plegaria.

«Nuestro Señor ligó todas sus gracias a la oración. Él dijo pedid y conseguiréis, buscad y hallaréis, tocad y se os abrirá. La oración, como enseñan los teólogos, es necesaria de necesidad de medio, o sea significa que no se puede salvar el que no ruega, ni puede conseguir gracias por Dios el que no las pide. Nuestro Señor, en su infinita bondad, para impulsarnos a rezar, comprometió su divina palabra, asegurándonos sobre la eficacia infalible de la oración, o sea que nosotros obtendremos infaliblemente de su divino Corazón todo lo que nos hace falta para vivir y morir santamente.

«Pero si tan indispensable y eficaz es la plegaria, se tiene que considerar seriamente que ella depende de la oración, o sea de la meditación. El que no medita no ruega. Es la meditación la que genera la oración. La meditación hace conocer al alma la necesidad de la gracia, e impulsa a pedirla. Hace conocer cuánto Dios es digno de culto, de adoración y de amor, y el alma se eleva hasta la divina presencia, para implorar amor, perdón y gracias. la meditación hace conocer la propia nada, las

propias miserias y el alma no puede resistirse de implorar misericordia y salvación. La meditación que tiene como objeto Jesucristo en todos los misterios de su santísima vida mortal, enciende el alma con santos deseos de buscar a Jesús, de amarlo, de contentarlo, de poseerlo» (Vol. 1, p. 25).

Y en otro punto el Padre insiste nuevamente: «Todos los santos escritores, apoyados en la Palabra de Dios y en las enseñanzas de los Padres de la Santa Iglesia y en la experiencia, creyeron siempre que la oración es indispensable para el progreso en la santa perfección, así que no puede haber ninguna sólida virtud en un alma si el ejercicio de la oración es descuidado.

«La oración atrae grandes luces en el espíritu para conocer las propias miserias y detestarlas, genera el santo temor de Dios, ilumina el alma sobre las verdades eternas, las pone en comunicación con Dios, aumenta la fe y la esperanza, y mueve poderosamente el corazón al amor divino. Un alma sin oración es una tierra estéril y maldita; un alma amante de la oración es una tierra regada por el rocío de la gracia» (N.I. Vol. 10, p. 185).

La necesidad de la meditación el Padre la presenta bajo tres diferentes perfiles: «Yo exhorto con todas las fuerzas de mi alma las Hijas del Divino Celo para que sean amantísimas de la oración mental, en primer lugar, porque ella es **el gran medio para comunicarse dignamente**; en segundo lugar porque **genera el espíritu de la oración eficaz** para obtener todo bien por Dios, y en tercer lugar porque **por sí misma empuja el alma a la adquisición de la más alta perfección**» (Vol. 1, p. 27).

Sobre el método de la meditación del Padre no nos entretendremos: se acerca al de San Alfonso: preparación, consideración, afectos oraciones, propósitos. En cada una de estas partes el Padre da conveniente desarrollo. Más bien creemos oportuno recordar lo que él destaca sobre las distracciones en la meditación y particularmente en las distracciones involuntarias, de las que naturalmente no somos culpables. El Padre nos avisa: «El alma no debe creerse que no pueda ser culpable por causa de las distracciones que le sobrevienen en el tiempo de la santa meditación. En este asunto no hay quien pueda decirse inculpable en causa». Y hace un listado de estas causas: «Nos vienen las distracciones en la oración en primer lugar porque no somos almas mortificadas, no somos muertos a nosotros mismos. En segundo lugar, puede acontecer – y esto es peor – que anteriormente nos dimos nosotros mismos ocasiones para distraernos, como por ejemplo haciendo discursos inútiles, viviendo disipados en el día, o alimentando en nosotros unos apegos. Los apegos son a preferencia la causa de las distracciones en el tiempo de la oración, porque entonces vienen en la mente los objetos o las personas hacia los que el alma se siente apegada. Si se combaten todas estas distracciones y se rechazan en el tiempo de la oración, se llaman involuntarias en acto, pero son voluntarias en causa. Y nótese que cuando las causas que admitimos son voluntarias, entonces es muy difícil que en el tiempo de la oración el alma voluntariamente la rechace.

«Creemos que cuando el alma es verdaderamente mortificada y diligente en sus deberes, distracciones en la oración acontecen difícilmente y, si acontecen, fácilmente se expulsan» importantísima la conclusión: «De aquí vea cada alma cuánto se tiene que humillar ante Dios por las distracciones que la obstaculizan y persisten en el tiempo de la oración, y se tiene que reconocer culpable ante el Señor, aunque en acto no puede haber pecado cuando el alma se arrepiente de las causas, que rechaza y condena en su corazón». Se trata naturalmente de un rechazo serio y no ilusorio; por eso el Padre: «Este rechazo de la causa entonces puede decirse sincero, cuando (el alma) efectivamente se enmienda de sus apegos y de sus disipaciones diarias y se dedica a la mortificación y a los ejercicios de la santa humildad» (Vol. 1, p. 34).

Sobre las ventajas de la meditación, he aquí aún unos relieves del Padre: «Si meditáramos a menudo las verdades de la fe, si a menudo nos recogiéramos en la divina presencia, si fuéramos aficionados de la oración y en ella perseveráramos las horas enteras, y luego durante todo el día, en todas las acciones tuviéramos siempre presentes los misterios de la fe, oh, ¡qué sobrehumanas mutaciones acontecerían en nosotros! Poco a poco un rayo del infinito resplandor de Dios entraría en nosotros, mientras las tinieblas serían expulsadas, nuestro intelecto se llenaría de luz divina: con esta conoceríamos el mal para detestarlo, el bien para abrazarlo, mientras un fuego celestial incendiaría nuestro corazón y movería eficazmente nuestra voluntad. Nos convertiríamos en santos si perseveráramos en el ejercicio de la meditación; si en cambio somos fríos, si nuestro corazón es lleno de apegos, si nuestras pasiones son vivas, si nuestro intelecto es obtuso, si somos pobres de virtudes, ¡ay de mí! Esto acontece porque no meditamos» (Vol. 24, p. 126).

El Padre recomienda que no nos exentemos fácilmente de la meditación con el pretexto de la salud: «Nadie tendrá que desatender la oración de la mañana si no por justa motivación autorizada por la dirección. El motivo de salud tendrá que disculpar sólo cuando efectivamente haya una grave incomodidad y razonable peligro de grave incomodidad. Las personas en el mundo, por razones de solas ganancias terrenales, ponen a menudo en riesgo su propia salud, y trabajan también enfermas con la fiebre encima. Y Dios las ayuda, porque a menudo son padres que tienen que ganarse el pan para sus hijos, funcionarios que tienen que cumplir con su deber, criados que tienen que satisfacer a sus dueños. Si nos ahorramos con el permiso de la obediencia cuando tenemos fiebre o somos efectivamente enfermos, al menos estemos al tanto para no dejar la oración por motivos leves, que el demonio y la mala naturaleza nos hacen parecer graves» (N.I. Vol. 10, p.180).

9. Necesidad y eficacia de la oración

Pasando ahora a la oración, destacamos que el Padre insiste antes de todo sobre su necesidad.

«Es necesaria la oración porque Nuestro Señor estableció de no conceder gracias sin ella; necesaria, dicen los santos, como el aliento es necesario para la vida. La oración es el respiro del alma» (Vol. 1, p. 51). Y recuerda el ejemplo de los santos: «Los santos fueron muy sabios para servirse de este gran medio no sólo para salvarse, sino también para crecer en toda más heroica virtud, para vencer y abatir toda su desordenada pasión, para superar toda dificultad, para superar todo el infierno, para santificar y salvar innumerables almas y actuar maravillosos prodigios. Allá pusieron sus afanes, sus obras, sus sacrificios de toda clase; pero ni las fatigas, ni las obras, ni los sacrificios hubiesen tenido valor sin la oración ferviente e incesante. La inutilidad de cada nuestro esfuerzo para la santificación nuestra y de los demás, la gran necesidad que por esto tenemos en la oración, se entiende bastante de lo que dijo Nuestro Señor Jesucristo, o sea: **Sin mí no podéis hacer nada**. Sin la gracia de Jesucristo Nuestro Señor, sin su ayuda, sin sus luces, sin su divino socorro, es pues claro y cierto que nada bien podemos hacer ni para nosotros ni para los demás. Pero esta gracia, esta ayuda, estas luces, este divino socorro, no pueden obtenerse que con la oración» (Vol. 1, p. 58).

«Pero la oración, por cuanto es necesaria, igualmente es **eficaz**.

«He aquí una verdad muy consoladora. ¿Qué significa eficacia de la oración? Significa que cuando rezamos con fe, con fervor y con las debidas disposiciones, la oración penetra ante la divina presencia y consigue con certeza lo que se pide. Esta certeza se apoya nada más nada menos que en la promesa misma inefable de Nuestro Señor Jesucristo, que nos dijo: **Pedid y se os dará, buscad y**

encontraréis, llamad y se os abrirá; porque todo el que pide recibe, quien busca encuentra y al que llama se le abre (Mt 7, 7-8); y contó en propósito la palabra del amigo que toca en la puerta del amigo para pedir los tres panes (Lc 11, 5-8) y de la viuda que consigue justicia de un juez que no quería hacérsela porque injusto (Lc 18, 2-5). En otro lugar dijo: **¿Qué padre entre vosotros, si su hijo le pide un pez, le dará una serpiente en lugar del pez? ¿O si le pide un huevo, le dará un escorpión?** Y concluyó: **Si vosotros, pues, que sois malos, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, ¿cuánto más el Padre del cielo dará el Espíritu Santo a los que se lo piden?** (Lc 11, 11-13). Él dijo además en tono de promesa solemne: **En verdad, en verdad os digo: si pedís algo al Padre en mi nombre, os lo dará** (Jn 14, 13-14 y 16,23). Luego de todas estas solemnes divinas promesas, ¿quién puede dudar que a la oración no sea ligada una eficacia toda divina? ¿Quién puede dudar que el Señor no nos quiera atender? ¿Qué excusa podrán aducir ante Dios los que no obtienen gracias porque no rezan?» (Vol. 1, p. 59).

10. Confianza absoluta en la oración

Estas verdades el Padre las vivía profunda y perennemente, tanto que obligó con voto, como ya notamos antes,⁶⁸ para creer en la eficacia de la oración, que el Señor, en un modo u otro siempre atenderá, a pesar de cualquier dificultad u oposición que humanamente pareciera contrarrestar el atendimiento de la oración.

Era por eso incansable en sugerir siempre de recurrir a la oración: «¡Recemos! Hagamos alguna penitencia, porque los tiempos se oscurecen. Que dios bendito nos guarde y nos salve» (Vol. 31, p. 58).

«Tengamos gran fe en la oración constante y con purísima intención» (Vol. 32, p. 114). «Recemos con la firme confianza que la oración recta y constante jamás puede fallar su objetivo» (Vol. 33, p. 54). «Recemos, recemos; ¡la oración es todopoderosa!» (Vol. 35, p. 71). «Roguemos siempre, porque la oración constante, humilde y confiada y recta es infalible» (Vol. 36, p. 62). A una Superiora: «Consultad Nuestro Señor y la Santísima Virgen en la oración, y tomad la decisión» (Vol. 36, p. 149). «Si queréis haceros santa amad mucho la oración, especialmente la meditación de los padecimientos de nuestro Señor. Amad mucho a Jesús y el amor lo enseña todo y lo hace todo» (Vol. 34, p. 35). «La oración humilde, devota, perseverante, recta, confiada y hecha con vivo interés, penetra los cielos y obtiene toda gracia. Seguramente las dificultades no faltarán, pero la ayuda del Altísimo es todopoderosa» (Vol. 39, p. 6). Anunciando a las comunidades que se presentaba una probabilidad de una casa en Padua, destacaba: «Nosotros usamos anteponer a todo nuevo comienzo oraciones apropiadas, para que nuestros pecados no hagan volver atrás la suave aparición de la divina misericordia y para que el Divino Espíritu y la Santísima Virgen del Buen Consejo nos iluminen y nos dirijan en la iniciativa y nos hagan todo salir con éxito para mayor gloria de Dios y bien de las almas, para mayor gloria de Dios y bien de las almas, para infinita consolación del Corazón Santísimo de Jesús» (Vol. 34, p. 94). «La oración humilde, constante, perseverante, acompañada con la buena conducta, con la observancia y con la recta intención, obtiene todo de la divina bondad» (Vol. 39, p. 46). «El postulante tiene que fundar la esperanza de su verdadero incremento en Jesús en el espíritu de oración. Si se usará bien el gran medio de la oración, todo irá bien; pero si falla en la oración, se secará el manantial de las gracias y todo perecerá. **Quod Deus avertat!**» (N.I. Vol. 10, p. 166). Él

⁶⁸ Cf. cap. 6 n. 10.

por eso «escribió muchísimas oraciones y poemas a la Virgen, a Jesús, a los Santos. En cuanto se canonizaba un santo, había oraciones e himnos por él. Para cada necesidad de las comunidades las oraciones brotaban de su corazón ardiente, cálidas y abundantes de su pluma, y nosotros las rezábamos. De estos escritos hallo que relucen especialmente su fe profunda y el abandono total en Dios. Volviendo a las dificultades que habían amenazado muchas veces la vida de la Obra, el Padre recordaba que en aquellos casos no había otra salida que la oración: “En estas cosas, hijo mío, hacía falta recurrir en la oración a Nuestro Señor y no había otra cosa». «El único camino para alcanzar al Señor y ser unidos a Él es la verdadera profunda humildad, la pura fe, la mortificación y el espíritu de oración».

El Padre no se contentaba de oraciones genéricas, tomada de los libros: quería las adecuadas para el objetivo. A las Hermanas de Estrella Matutina, que buscaban una casa adecuada, encomienda de «hacer **especiales** oraciones a Nuestro Señor. Digo **especiales oraciones**, porque no tienen que ser aquellas de un libro de devoción, sino oraciones adaptadas singularmente para vuestros casos. Esto es el sistema que tuve durante cuarenta años para la formación de esta Obra Piadosa, que ahora la Divina Bondad bendijo. Por cada circunstancia escribí especiales oraciones. Parece que la Divina Bondad me dio la inspiración por ello». E insiste otra vez con las mismas: «Nosotros obtuvimos las gracias a fuerza de oraciones y novenas **escritas de propósito**. Vuestra santa fundadora (**Sor María Luisa**) una vez me escribía: “En todo tiempo se vieron los milagros de la oración, y yo soy testigo de ello» (Vol. 39, p. 37).

Así se explican las innumerables oraciones escritas por el Padre: para la propia conversión y santificación, para obtener las virtudes interiores: la humildad, el desapego, el celo; para la conversión de las almas, para el progreso de la Obra, para salir de determinadas dificultades, para evitar los diversos peligros, para ser librados de los divinos flagelos, por particulares necesidades de la Santa Iglesia y del mundo. Hay que recordar en particular las oraciones numerosas, ardientes para obtener los buenos Trabajadores a la Santa Iglesia y para el triunfo del Divino Rogate en el mundo, la gran pasión de su vida. Así que se puede convenir con el Padre Vitale (**ob. cit.** p. 757), que escribe: «No sería igual grave exageración decir que no pasara día sin que no escribiese unas oraciones» y que «en los momentos graves comprometía, digamos así, todo el Paraíso, para corresponder a sus gemidos».⁶⁹

⁶⁹ Durante el periodo de graves persecuciones de la Obra en Francavilla Fontana, el Padre se comprometió en esta larga lista de oración: «Novenas para hallar gracia y misericordia para mí y para las obras, ante los ojos de Nuestro Señor Jesucristo y de su Santísima Madre. Empiezan el 20 de abril de 1910, miércoles, fiesta del Buen Ladrón: Al Corazón Santísimo de Jesús – Al Nombre de Jesús – Nuestro Señor Crucificado – Sagrado Rostro – Preciosísima Sangre – Niño Jesús – Jesús agonizante en la Cruz – Jesús Redentor – Jesús Sacramentado – Jesús Sacramentado en los títulos del 1 de julio – Santísima Virgen Niña – Santísima Virgen Inmaculada – Santísima Virgen Madre de Dios – Mi Niña Emperadora – Divina Niña María – Madre Santísima Dolorosa – Santísima Virgen en las Bodas de Caná – Santísima Virgen de la gruta de Belén – Santísima Virgen Elevada al cielo – Santísima Virgen de Lourdes – Santísima Virgen de las Victorias – Corazón Inmaculado de María Santísima – Santísima Virgen de Pompeya – Nuestra Señora del Coro en Ágreda – Nuestra Señora de La Salette – Santísima Virgen de la carta Rápida Escuchadora – Santísima Virgen de la Fuente – Santísima Virgen de la Vena – Santísima Virgen del Pozo – Santísima Virgen de las Gracias – Santísima Virgen de la Misericordia – Santísima Virgen Estrella Matutina – Santísima Virgen **Auxilium Christianorum** – Santísima Virgen de todas las apariciones – Santísima Virgen de todos los títulos – Santísima Virgen de todos los santuarios – Santísima Virgen de la Audiencia – Santísima Virgen Desolada – Santísima Virgen del Amparo – Santísima Virgen de los títulos del 1 de julio – San José (patrocinio) – San José de todos los títulos – San José de los privilegios ignotos – San José padre virgen de Nuestro Señor Jesucristo – San José de Caudino – San José de todos los santuarios – Siete dolores y siete alegrías de San José – San Miguel Arcángel – San Gabriel Arcángel – San Rafael Arcángel – Siete Ángeles de la Divina Presencia – Mi Santo Ángel de la Guarda – 1. Coro de los Ángeles (Serafines) – 2. Querubines – 3. Tronos – 4. Dominaciones – 5. Virtudes – 6. Potestades – 7. Principados – 8. Arcángeles – Mil Ángeles de la Guarda de María Santísima – Todos los Ángeles – San Juan Bautista – San Joaquín y Santa Ana – Santos Apóstoles – Santos Eremitas y Penitentes – San Benito – Santa Gertrudis – Santos Mártires – San Domingo – San Francisco de Asís – San Antonio de Padua – San Francisco de Paula – San Vicente Ferrer – Santo Protector del año – San Francisco Javier – San Alfonso de Ligorio – San Juan de la

Un teólogo censor destaca: «Son todas oraciones originales, unas de considerable extensión y desarrollo, en un estilo sencillo, totalmente personal, que por eso reflejan al vivo los sentimientos piadosos del Autor».

Para cada día de la semana estaban marcadas oraciones y prácticas particulares: domingo, por la Santísima Trinidad; lunes, las Almas santas del Purgatorio; martes, Ángel de la Guarda y San Antonio; miércoles, San José; jueves, Santísimo Sacramento y San Luis; viernes, Sagrado Corazón; sábado, Santísima Virgen.

Así también para cada mes: enero, todo dedicado al Nombre Santísimo de Jesús, que culminaba en la solemne novena y súplica; febrero, Nuestra Señora de Lourdes y Sagrada Lengua de San Antonio de Padua; marzo, San José; abril, Sagrado Rostro; mayo y junio, respectivamente Santísima Virgen y Sagrado Corazón, con sermones, florecillas, oferta de los corazones; julio, preciosísima Sangre; agosto, Asunción de María y nacimiento de San Antonio; septiembre es un treno de fiestas marianas: Niña María, Nombre de María, Dolorosa, Nuestra Señora de La Salette, Nuestra Señora de la Merced; octubre, Santo Rosario y Ángeles de la Guarda; noviembre, Almas Santas; diciembre, Inmaculada y Navidad. Diversas veces en el año se practicaban unas vigiliias nocturnas o en preparación de diversas festividades o bien para implorar por Dios sus misericordias para la Obra y para el mundo entero.

11. En Casos particulares

Además de las oraciones reglamentares asignadas para los días festivos, a menudo el Padre componía unas cuantas nuevas para una dada solemnidad, o bien cuando urgían particulares necesidades.

Escribió: «Tiempo adecuado para obtener el atendimiento de nuestras oraciones, es el de las solemnidades del año eclesiástico. Como también los reyes de este mundo son más propensos para atendernos en los grandes días de las santas solemnidades, que recuerdan los misterios y triunfos de su amor divino para con el hombre; y el mismo se tiene que decir sobre la Santísima Virgen María, y relativamente a las festividades de los ángeles y de los santos». Y concluye: «Hace falta aprovechar de ello para presentar súplicas y oraciones humilde, confiada y ardientemente en estas solemnidades, para obtener lo que antes no se obtuvo. No necesitamos dejarnos escapar ocasiones tan propicias» (Vol. 1, p. 75). El Padre no se las dejaba escapar de verdad, y nos quedan numerosas súplicas en que insistía confiadamente ante el Señor, la Virgen María, los Ángeles y Santos, para que en los días de sus solemnidades le fueran generosos por bendiciones y gracias para él, la Obra, la Santa Iglesia y para todo el mundo.

La oración era para el Padre el recurso universal, y por eso enseñaba que «en cada ocasión, en cada vicisitud, en cada peligro, en cada necesidad, hace falta recurrir al gran medio de la oración, siendo esta la llave de oro que abre el tesoro de las divinas gracias y de las divinas misericordias». Y

Cruz – San Francisco de Sales – San Nicolás Peregrino – San Ignacio de Loyola – San Bernardo – San Luis – San Plácido y Compañeros – Beata Eustoquio – Santa Teresa – Santa Verónica Giuliani – Sana Catalina de Siena – Santa Filomena – Santos Ignotos – Almas Santas del Purgatorio – Venerable Tomás – Venerable De Ágreda – **Encomendarse**: a las Hermanas de Estrella Matutina – Al Padre Losito – Al Padre... - A ... - Sor María de Jesús – Venerable Don Bosco – Don Rua – Padre Cusmano – Sor Melania – Sor María Luisa del Sagrado Corazón – Sor María Consejo – María Palma» (Vol. 9, p. 26).

recuerda una práctica usada comúnmente en sus tiempos en comunidad: la de las así llamadas seis novenas: «Háganse, en tales casos por lo demás las seis novenas: al Corazón Santísimo de Jesús, a la Santísima Virgen bajo el título que parecerá más conveniente, a San José, a San Miguel Arcángel, a San Antonio de Padua y especial sufragio para las Almas Santas. Estas novenas se pueden hacer no tras en nueve días, sino también en dieciocho o en veintisiete, como, por ejemplo, dos o tres en el día». Él sin embargo sugiere de hacerlas en tres días, «si la gracia es muy urgente» y también todas en un solo día «si la gracia es urgentísima» (Vol. 1, p. 78).

A propósito de estas oraciones, diríamos que la Santísima Virgen era invocada generalmente como Inmaculada, pero el Padre había escrito unas novenas apropiadas bajo el título de **Nuestra Señora del Perpetuo socorro**, de los **Milagros**, del **Buen Consejo** y de la **Sagrada Carta, rápida escuchadora en los casos urgentes y desesperados** (Vol. 7, p. 42, 130, 165, 151). Se escogía el título más adecuado a la circunstancia.

En privado encomendaba mucho acudir filialmente a Nuestra Señora del Buen Consejo, especialmente para el buen cumplimiento de los encargos: «Aconsejamos, especialmente en los casos dudosos, en las perplejidades etc. además de la invocación del Nombre Santísimo de Jesús, la de la Santísima Virgen del Buen Consejo, que se puede hacer diciendo interiormente: “Madre del Buen Consejo, por amor de Jesús, vuestro dilecto hijo, iluminadme cómo tengo ahora que arreglarme, cómo aquí y ahora tengo que resolverme” y similares. Esta invocación de la Santísima Virgen del Buen Consejo, hecha con amor y fe, siempre se demostró eficaz más de lo que se crea, y abre las inteligencias más obtusas» (Vol. 1, p. 124).

Durante la guerra el Padre hizo una peregrinación a Nóvoli (Lecce) al Santuario de **Nuestra Señora del Pan**; en la vuelta, ordenó que, en todas las casas, a las oraciones del comedor, se añadieran dos Avemarías a la Virgen del Pan, «una antes y otra después, en acción de gracias». Quiso, más bien, que «cada casa tuviese la figura, en un marco, de Nuestra Señora del Pan, que la tuviera expuesta en el comedor o en la cocina, para que la Santísima Virgen, por su materna bondad, no nos hiciera nunca faltar el pan». Este título era por él también un recuerdo de Melania que, habiendo estado durante muchos años en la provincia de Lecce, se había aficionada a ello: «Tenéis que saber que nuestra querida Melania tenía una especial devoción a Nuestra Señora del Pan, y antes de salir de nosotros, dejó un cuadro en nuestra panadería, para que la Virgen no nos hiciera faltar el pan. En efecto, gracias a la Divina Providencia, en tiempos tan críticos, el pan nunca nos faltó» (Vol. 34, p. 124).

12. La oración del corazón

El Padre tenía en gran consideración las fórmulas de oración en uso en la Santa Iglesia, y las encomendaba cálidamente: el **Pater**, el **Ave**, el **Gloria**, el **Requiem**, el **Santo Rosario diario** «que en nuestras casas no se tiene nunca que omitir» (Vol. 1, p. 86); las oraciones sacadas de la Sagrada Escritura, especialmente los salmos, las colectas del misal, las letanías de los Santos. Pero insistía en la oración personal, ligada no a fórmulas determinadas, sino que brotaban del corazón inflamado por el amor de Dios; la llama en efecto **oración del corazón**.

«Oración eficazísima es la que sale del corazón, sea que se haga internamente, sea vocalmente.

«El alma ejercitada en la oración mental, en la meditación y en la mortificación; el alma que siente el amor de Jesús, el vivo interés por los intereses del Corazón de Jesús, el vivo compromiso de

conocer a Jesús y amarle; que siente la compasión y el celo ardiente por las almas; esta alma de virtud y sacrificio, no tiene necesidad de aprender fórmulas de oraciones por los libros, sino que el Espíritu que está en ella la hará gemir **gemitibus inenarrabilibus** (Rom 8, 26) con gemidos inefables. Ella rezará con vivo ardor, sentirá la adorable presencia de su Dios, de su Jesús, y para obtener las gracias divinas de su gloria y la salvación de todos, se anonadará ante la divina presencia, besará sus pies adorables, dirigirá la mirada interior de la más tierna confianza a su Sumo Bien; de su corazón anhelante por los intereses del Corazón de Jesús saldrán palabras bonitas, sabias, amorosas, convincentes para arrancarles aquellas gracias que el mundo no merece, saldrán suspiros, y como de un manantial brotarán las lágrimas del corazón de sus ojos. Para más enternecer el Corazón de su divino Esposo y arrancarle gracias de gloria y salvación que parecerían casi imposibles, esta alma mezclará a sus ardientes súplicas expansivas y efusivas acciones de gracias, por todas las divinas gracias, que el Señor entregó con abundancia, entrega y entregará sobre toda la humanidad.

«Si ella será sola rezando, donde oído humano no puede escucharla ni ningún ojo verla, entonces sus gemidos serán gritos fortísimos, y postrada por tierra, con los brazos elevados, con las miradas fijas en el cielo, o a su Crucificado, o bien al santo Sagrario, mojando con el llanto también el suelo, ella llorará como el sacerdote entre el vestíbulo y el altar (Jl 2, 47). Entonces su oración se ensimismará con la oración divina de toda la vida de Nuestro Señor Jesucristo, los gemidos del alma serán los gemidos de Jesús en las soledades en las grutas o bien en los montes; serán los suspiros y las súplicas de Jesús que padece en su pasión, desde el huerto hasta la cruz, hasta aquel grito fuertísimo con el que Jesús entregó el espíritu; serán las mismas divinas súplicas que se repiten y se repetirán hasta la fin de los siglos por el Dios escondido en el santo Sagrario, Pontífice Sumo que interpela por nosotros.

«Esta alma unida a Jesús con la meditación, con la mortificación, con el sacrificio de toda sí misma, cuando por la obediencia y por los actos comunes será quitada de la oración, ella no le quitará su corazón, sino todo su día, todas sus acciones serán oración o actual o bien virtual, y hasta la noche será tiempo muy oportuno por ella de la oración, aún más ardiente y apasionada con Jesús; y en el mismo sueño esta alma, intencionalmente al menos y en fuerza de sus declaraciones y deseos, rezará con Jesús, como hacía en el día.

«¿Quién puede decir cuántas gracias continuas arrancará esta alma de los más recónditos rincones del Corazón adorable de Jesús por toda la santa Iglesia, por todas las almas peregrinantes y purgantes, y por todo el mundo? ¿Quién puede decir cuánto esta oración saldrá agradable al Corazón Santísimo de Jesús? A esta alma tan orante habló el Espíritu en la Sagrada Cántica, cuando por parte del Esposo Celestial le dijo: **Mira, el invierno ya ha pasado, brotan las flores en el campo, llega el arrullo de la tórtola, se oye en nuestra tierra. Levántate, amada mía, hermosa mía, y vente. Paloma mía, en las oquedades de la roca, en el escondrijo escarpado, déjame ver tu figura, déjame escuchar tu voz: es muy dulce tu voz y fascinante tu figura** (Cant 2, 11-14): las voces que salen de tu corazón anhelante de mi gloria y del bien de las almas son emisiones de Paraíso.

«Cuando también por los intereses del Corazón de Jesús (esta alma) se habrá olvidado de sí misma en la oración, también habrá salido de ella más santificada; y de todo el bien que habrá atraído a las almas, de toda la divina gloria que habrá procurado, de todas las consolaciones celestiales que habrá procurado al Corazón Santísimo de Jesús, ella misma tendrá mucha parte.

«Oh, ¡si Dios quisiera que, en todas las comunidades consagradas a Jesús, hubiese almas que así rezaran!» (Vol. 1, p. 87).

13. Examen de conciencia y lectura espiritual

Entre las prácticas de piedad que Pablo VI lamenta que particularmente se olvidaron hoy hay el examen de conciencia y la lectura espiritual. El Padre hacía de ellos medios indispensables y poderosos auxilios de santificación.

El examen de conciencia es indispensable, si se quiere verdaderamente nutrir horror para el mínimo pecado. El Padre más bien quiere que sus hijos «se hagan conscientes de la más leve imperfección; recordando que Nuestro Señor dijo a todos, y lo dijo especialmente para los religiosos: **“Sed perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto”** (Mt 5, 48). Y en otro lugar: Me daréis cuenta también de una palabra ociosa (cf. Mt 12, 36)». En el examen el Padre insiste, con ejemplos prácticos, para que se revise la raíz o raíces y el hábito de las faltas para que se pueda llegar a la corrección.

«¡Oh, si el Señor nos iluminara para descubrir y calificar nuestros pecados, hasta los que parecen leves imperfecciones tal como son ante su presencia, oh, cuántas malas raíces de pasiones ocultas veríamos dentro de nosotros que son el origen hasta de la más leve imperfección!

«¡A partir de esto considere toda alma cuánto importa que se haga con muchísima atención, con el máximo recogimiento e implorando las luces divinas el examen de conciencia que unos cuanto hacen superficialmente!» (Vol. 1, p. 16).

«Otro gran medio de santificación, que tiene que ser siempre en vigor en nuestras casas, es la lectura espiritual. Esta es muy parecida a la oración, cuando se atiende a ella en perfecto silencio y quietud exterior e interior.

«La lectura espiritual bien conducida es como una lluvia benéfica y suave, que penetra dulcemente en la tierra del corazón, y la riega y en ella infunde con gran gusto y provecho del alma. En la oración mental el alma no siempre está estable y dispuesta para atraer esta lluvia de la gracia en un modo sensible, y tiene que hacer muchos esfuerzos; pero en la lectura espiritual el alma recibe pasivamente y específicamente este dulce riego del espíritu.

«Cada uno procure estar atentísimo, para sacar provecho de ello, alejando toda distracción, y recogiendo y guardando en su corazón las divinas enseñanzas que escucha, como si le hablara Jesucristo mismo con las palabras de aquel libro. Toda buena lectura espiritual es palabra de Dios». Tratando luego sobre la lectura espiritual privada, el Padre sugiere: «Si acontece que durante esta lectura el alma se sintiera transportada para meditar algún pasaje, lo haga sin problemas, porque de ello sacará también buen provecho» (Vol. 1, p. 90, 91).

14. Exhortación

Encerramos este importantísimo capítulo sobre la oración antes de todo con la llamada de atención de Pablo VI a los religiosos: «No olvidéis por lo demás el testimonio de la historia: la fidelidad a la oración o el abandono de la misma son el paradigma de la vitalidad o de la decadencia de la vida religiosa» (**Evangelica testificatio**, 42). Estas graves palabras del Papa hallan una anticipación en esta vibrante y cálida exhortación del Padre, de la que toda sílaba tiene que permanecer esculpida para siempre en la mente y en el corazón de cada uno de sus hijos. La breve e

incisiva introducción nos llama la atención sobre la importancia que él ponía a lo que iba a decir: «¡Habla el Padre, y así dice a sus hijos en Jesucristo!».

Escuchemos, pues, con reverencia y devoción: «Quiero que sepáis y recordéis siempre, y que lo sepan y lo recuerden todas las Hijas del Divino Cielo que vendrán después de vosotras, que toda esta Obra Piadosa de los intereses del Divino Corazón de Jesús, con sus dos comunidades religiosas, con los orfanatos y las obras anexas, tuvo en gran parte su origen, su incremento, aquella formación que tiene en el presente, y todo, gracias al gran medio de la oración; y especialmente gracias a la oración o súplica anual presentada en enero, en el Nombre Santísimo de Jesús, al eterno Divino Padre, con la fe en las inefables divinas promesas de Nuestro Señor Jesucristo; ¡súplica con la que, presentando al Eterno Padre los méritos de infinito valor de su divino Hijo, se pidieron a la divina Bondad gracias especialísimas, gracias todas espirituales de santificación, de formación de esta Obra Piadosa del Señor; se pidió el reino de Dios y su justicia, con la fe apoyada en los méritos de infinito valor de Nuestro Señor Jesucristo y a su divina palabra, además que a la poderosa intercesión de la Santísima Virgen María, de los Ángeles y de los Santos!

«En correspondencia con esta súplica, se unieron las oraciones posibles, en todos los tiempos, en todas las circunstancias, y especialmente en la Santa Misa y en las solemnidades y en los casos críticos y siempre con las condiciones que escribimos y apuntamos en este detallado capítulo de la oración.

«Se procuró añadir en el mismo tiempo las obras a la oración, de alejar hasta todo mínimo pecado deliberado, se hizo todo esfuerzo para ayudar el prójimo espiritual y corporalmente, se dirigió la mirada de la intención sólo a Dios; jamás se dejó de implorar de la divina Bondad los buenos trabajadores para la Santa Iglesia, en conformidad con nuestra especial misión, en obediencia al divino mandato del divino cielo del Corazón de Jesús, y se mantuvieron en vigor muchas industrias espirituales.

«Y así la divina misericordia se inclinó hacia esta pequeña semilla, y la bendijo; miró con su mirada benigna a los pobrecillos y pobrecillas de su divino Corazón y dijo: **¡creced y multiplicaos!**

«Todo esto se recuerde por las comunidades y se sepa que el día en que – ¡Dios no lo quiera! – se entibie la fe sencilla en la oración, en la súplica anual, en las queridas industrias espirituales, y se oscureciera – Dios no lo quiera – la mirada de la pura y recta intención y se olvidaran – ¡Dios no lo quiera! – las queridas industrias espirituales, y no se hiciera caso – ¡Dios no lo quiera! – también al mínimo defecto deliberado, ¡ay! ¡Que se sepa que entonces sería ya abierta la puerta al demonio, que entraría para devastar el redil! Dios, bendito y justo, disgustado, retiraría su gracia, quitaría desdeñado su rostro de esta Obra Piadosa, que le fue tan querida, a la que muchos inmensos y singulares beneficios hizo, ni la volvería a remirar como obra suya y más bien le mostraría su indignación, ¡porque tanto más desdeña nuestro Señor y abandona una obra cuando se le vuelve infiel, por cuánto más era querida ante su divino Corazón y la había beneficiada! Y entonces todo se destruye: lo que se hizo en mucho tiempo, fueran también siglos, se derrumba y perece en poco tiempo, como, lamentablemente, aconteció por tantas Obras que florecían y eran santas en la Santa Iglesia, que, relajándose, luego perecieron en poco tiempo».

Y aquí el Padre llama la atención de todos, especialmente de los superiores, a sus graves responsabilidades: «Cómo hace falta, pues, estar muy vigilantes, especialmente por parte de los superiores y superioras, para no entrar en la relajación en las comunidades, manteniendo en vigor la observancia, el ejercicio de las santas virtudes, y oponiéndose con todas las fuerzas al mínimo defecto voluntario, con la eliminación hasta de las personas incorregibles; además de la gran atención y todos

los medios que se tienen que usar para no aceptar o introducir en la comunidad personas de falsa vocación». Cierra finalmente con un acto de confianza en la oración: «¡Pero recemos al Señor que nos dé almas de verdadera vocación, cuyo corazón sea apegado a Jesús, cuya mirada de la mente sea dirigida a Jesús, que comprendan los intereses del Corazón de Jesús y de la propia santificación y salvación!» (Vol. 1, p. 88-90).

14. EL CELO

1. La llama de la caridad. 2. La ofrenda generosa. 3. En Aviñón. 4. ¡Fuera los Jonás! 5. Para la conversión de los pecadores. 6. Apostolado de la familia. 7. Vuelta al redil. 8. Tomás Cannizzaro. 9. La carta a los amigos. 10. Con los sacerdotes caídos. 11. Todo lo interesaba. 12. Por dos comunidades religiosas. 13. El concurso de belleza 14. Por las almas purgantes.

1. La llama de la caridad

«¿Qué es el ardor o, más bien el celo? Fue definido por el Doctor de la Iglesia San Francisco de Sales: el fervor de la caridad. Oh, ¡qué definición! Cuando la caridad hierve, cuando no puede contenerse más en el corazón, cuando este fuego irrumpe y sus vivas llamas se derraman; cuando este amor santísimo del bien hacia los demás no puede quedarse tranquilo, sino que tiene que actuar, que impedir la perdición de los demás, que proteger de los peligros de los demás, que arrancar las almas inocentes al ocio, a la disipación, a la ruina moral y civil, oh, entonces la caridad se transformó en celo» (Vol. 25, p. 59). Así el Padre, que escribe aún: «El amor de Dios que explota y sale fuera de sí se llama celo: celo que busca la gloria de Dios, la salvación de las almas y anhela de inmolarse para Dios y las almas» (Vol. 45, p. 347). Y más difusamente: «La caridad engendra en sí misma una virtud, que es como su fervor y su llama, que se eleva hasta Dios, y saca del amor y de la gloria del Infinito las motivaciones de su más intensa actividad. Esta virtud es el celo para la gloria de Dios y la salvación de las almas. Ella sustituye al egoísmo del siglo el verdadero altruismo y hace interesar tan vivamente por el verdadero bien de los demás y por el triunfo de la verdad, que el hombre que es conquistado por ello no puede quedar inactivo: su vida se convierte en un continuo afanarse por Dios, por la verdad, por el bien moral de todos, y en un continuo martirio viendo tanto mal que se difunde en la sociedad, y en no poder abrazar todo el mundo en el círculo limitado de las propias acciones» (Vol. 45, p. 121).

Esta fue la vida del Padre. Él podría aplicar a sí mismo las palabras del profeta Elías: “**Ardo en celo por el Señor, Dios del universo, porque los hijos de Israel han abandonado tu alianza**” (1Rey 19, 10). No por nada quiso que fuera reproducido, en un fresco de la iglesia de Mesina, la imagen de Elías raptado en el carro de fuego. Los mismos nombres, escogidos tras años de oraciones, por sus congregaciones religiosas, reflejan justamente las llamas de su celo. **Rogacionistas**, desde el **Rogate**: palabra divina que, «si se considera bien, es una expresión del divino celo del Corazón de Jesús, que no una vez solamente, sino más y más veces la repitió, como dice San Lucas: **Et dicebat illis** (Lc 10, 2). No dijo: Jesús Dijo, sino decía, conque es significado aquel divino celo, que no se cansaba en exhortar a los hombres sobre esta importantísima oración». Así que el **Rogate** puede definirse: «el mandato del Divino Celo del Corazón de Jesús». De aquí también el nombre de las hermanas, inspirado él también al divino mandato: **Hijas del Divino Celo** (Vol. 10, p. 111).

Escribiendo para las hermanas en un primitivo reglamento, el Padre destaca el espíritu apostólico del Instituto principalmente con el celo para el **Rogate**: «El celo es por sí mismo una virtud que consiste en buscar con fervor y ardor la divina gloria y la santificación de las almas. Ahora no pudiendo una virtud cualquiera abrazar todos los objetos de que ella es capaz, dado el humano límite y fragilidad, hace falta que la dirijamos hacia objetos particulares para tener un ejercicio completo, por cuanto sea posiblemente perfecto. Puesto esto, ¿cuál será el mejor objeto sobre el que principalmente se dirigirá el celo de la Pobrecilla del Sagrado Corazón de Jesús, que hace voto de celar la divina gloria y la salvación de las almas? Este objeto será: **obtener con las oraciones y las cooperaciones los buenos Trabajadores a la Santa Iglesia**. En este objeto se halla como en un compendio todo lo que pueda haber de mejor para la mayor gloria de Dios y salvación de las almas. Y la razón de esto es clara. Los buenos trabajadores evangélicos, que son los sacerdotes, son los a los que fue dada directamente por Nuestro Señor Jesucristo el poder y la misión de glorificar a Dios y salvar las almas: **Sicut misit me Pater** – dijo Jesucristo a los Apóstoles – **et ego mitto vos** (Jn 20, 21). Ahora, ¿cuál fue la misión de Nuestro Señor Jesucristo y todo el objetivo de la redención, sino

la gloria del Padre y nuestra salvación? Y esto justamente forma el objetivo y la misión de los ministros del santuario. (...) Sí, cada buen sacerdote es un glorificador de Dios y un salvador de almas: es Jesucristo mismo, que da al Eterno Padre lo que pertenece a su divino amor y salva las almas de la muerte eterna». Y he aquí la consecuencia: «Puesto esto, se ve claramente que el mejor medio, el medio más seguro y más fácil para procurar gloria a Dios y salvación a las almas es justamente el de procurar los buenos sacerdotes a la Santa Iglesia. Y esto es el camino más breve y más seguro por el que un alma, que se siente encendida por el celo para la gloria de Dios y la salvación de las almas, puede obtener la una y la otra» (Vol. 3, p. 82).

Escribiendo luego por los Rogacionistas, pone en relieve la cooperación personal para añadir a la oración: « Del aprecio y asidua meditación y cultivo de esta Divina Palabra, de la ilimitada Obediencia a este Mandato Divino y del fiel cumplimiento del mismo, reconozco que ha de venir, como inmediata y legítima consecuencia, el que todos nosotros, los componentes de este nuestro mínimo Instituto, mientras elevamos súplicas y suspiros al Altísimo para que llene la Santa Iglesia y todo el mundo de buenos y evangélicos obreros, es bien justo que procuremos con ardiente celo y con el sacrificio pleno de nosotros mismos, realizarlo también nosotros como trabajadores evangélicos en la mies del Señor». Y he aquí la consecuencia práctica: «declaro que no quiero escatimarme en nada para gloria del Señor y para salvación de todas las almas. Si no ardiese por una continua sed de almas, me tendré por infiel, negligente y perezoso; y considerando todos los motivos, y con fervientes oraciones y con el continuo trabajo, aun obligándome a mí mismo, suscitaré en mí el hambre y la sed por las almas y, o las sienta vivas o no las sienta vivas, por mi culpa o no, este hambre y sed, no cesaré, con la Gracia del Señor y con la fuerza de voluntad constante, de trabajar en la mística mies de las almas; y para este fin, en primer lugar procuraré mi santificación, para que pueda trabajar fructuosamente en la santificación y salvación de los demás. Amaré de tal forma las almas, que, por la salvación de una sola, consideraré bien empleada mi vida, aunque estuviera toda llena de sufrimientos, trabajos y sacrificios; teniendo presente aquella enseñanza de los Santos, o sea que Jesucristo Nuestro Señor ama tanto a una sola alma como a todas las demás juntas, y que, si en el mundo no hubiese habido sino una sola, por esta alma Nuestro Señor hubiera sufrido Pasión y muerte» (Vol. 44, p. 130). Especificando este concepto el Padre añade: «El espíritu de sacrificio es inmediata consecuencia del verdadero celo, y tiene que ser el espíritu de todo miembro de esta mínima Congregación. Con este espíritu de sacrificio, el Rogacionista del Corazón de Jesús no se ahorrará en nada para la gloria de Dios y para el bien de las almas, sino que abrazará fatigas, privaciones, padecimientos, molestias, y aguantará contradicciones, humillaciones y todo, conque pudiera sacrificar su tiempo, su descanso, su tranquilidad, su salud y todo sí mismo, incluso para la salvación de un alma sola» (Vol. 3, p. 22).

Esta es la enseñanza. Veamos ahora cómo el Padre la pone en práctica.

2. La ofrenda generosa

Antes de todo leamos la ofrenda de su vida para obtener de la divina misericordia un sacerdote apóstol que regenere su Mesina en el espíritu y fervor de la fe cristiana. Remonta a los primeros años de su sacerdocio: 3 de mayo de 1880.

«Eterno Dios, Creador y Señor de todas las cosas, Dueño supremo de todas vuestras criaturas, yo me postro con la cabeza en el suelo, ante vuestra presencia. Yo confieso alabo, bendigo y exalto vuestra infinita bondad y vuestros divinos atributos.

«Quisiera, Dios mío, ¡destruirme y deshacerme todo yo para vuestra gloria! Pero, ay de mí, ¿por qué no sé amaros, por qué no todos Os aman? ¿Por qué no todos Os sirven, Os obedecen, Os contentan? Toda carne ha corrompido su camino, y todos nos hemos vuelto inútiles; no hay quien haga el bien, ni uno solo. Haced, oh Señor, que todos los pueblos de la tierra Os confiesen y den alabanza a Vuestro Nombre Divino. **Confiteantur tibi populi, Deus, confiteantur tibi populi omnes** (Sal 66, 4).

«De un modo especial Os suplico, oh Señor, por los méritos de vuestra Palabra que queráis mirar, con ojos de misericordia, esta ciudad que bien podría llamarse: **la no compadecida**. Bendecidla y sanadla, Vos que hiciste sanables las naciones. Santificad a los sacerdotes que en ella se encuentran, Vos que hacéis a **vuestros ministros fuego ardiente** (Sal 103, 4).

«Ay, mi Señor y Dios, **¡la sal de la tierra se vuelve sosa! ¡La luz se pone bajo el celémín! ¡Se ha eclipsado la luz del mundo!** (Mt 5, 13-15). Quisiera, oh Dios mío, ejercer en medio de este pueblo mi ministerio sacerdotal, como lo ejerció el apóstol Pablo en las tierras donde el Espíritu Santo lo llevó.

«Quisiera primeramente lamentar siempre en aterrado ante vuestra presencia, cubierto de ceniza y de cilicio, en el ayuno y en la oración, para aplacar vuestra justa cólera, e implorar vuestra copiosa misericordia. Quisiera, oh Dios mío, trabajar día y noche para vuestra gloria, con el estudio, con la predicación, con las confesiones, con la asistencia a los enfermos, con la instrucción de los niños y con toda clase de medios para conseguiros todas las almas, trabajando para la conversión de los pecadores y la santificación de los justos.

«Pero, ay de mí, ¡mis deseos son **como los deseos que matan al perezoso** (Prov 21, 25)! ¿Qué haréis de mí, oh Dios mío? Siervo inútil e instrumento inútil soy yo. Envía, Señor, a quien tienes que enviar. Vos que sois omnipotente **para suscitar hijos de Abraham hasta de las piedras** (Mt 3, 9); **¡suscitaos en esta ciudad un sacerdote fiel que actúe según vuestro Corazón** (1Sam 2, 35)! De los tesoros de vuestra infinita bondad enviad a Mesina un verdadero apóstol prevenido por vuestras bendiciones; un sacerdote puro, casto, íntegro, sencillo, manso, sobrio, justo, prudente, lleno de Espíritu Santo, lleno de entrañas de misericordia, de fortaleza y de constancia, lleno de la ciencia de los Santos y de toda doctrina eclesiástica y literaria para cumplir del modo más digno de vuestra gloria su sublime ministerio.

«Yo hablo como un necio e ignorante, oh Dios mío, pero Vos dignaos suscitar este sacerdote santo y sabio y entonadle vuestro mandato divino de matar y de alimentar, tal como lo entonasteis a Pedro (Hch 10, 23), o de arrancar y plantar, de destruir y de edificar como lo entonasteis a Jeremías (1, 10).

«Haced que en vuestro nombre derribe el reino de Satanás y construya vuestro Reino, os dé a conocer y amar por todos, reforme el clero, eduque a los niños, guíe a las vírgenes, consuele a los afligidos, sufrague las almas del purgatorio, resplandezca como el sol por el buen ejemplo, por las obras y por la evangélica predicación; echad una red tan grande que todas las almas sean conquistadas por vuestro amor.

«Por favor, os suplico, oh Jesús mío, suscitad este sacerdote y santificad a todos los otros sacerdotes, y haced surgir nuevos sacerdotes santos y sabios en Mesina y en todas las ciudades y en todos los lugares del mundo, en todo momento.

«Ay, y ¿qué haréis de mí, miserable pecador? Si para suscitar a este sacerdote según vuestro Corazón, Vos queréis, oh Dios mío, la ofrenda de mi vida, heme aquí, os la ofrezco ahora mismo. Os

ofrezco mi vida tan mezquina como es, y para que esta ofrenda tenga valor a vuestra presencia divina, la uno al sacrificio de infinito valor que os hizo de su vida vuestro Hijo Divino, y que cada día se renueva en la santa Misa.

«Aceptad, oh Señor clementísimo, esta mi ofrenda; hacedme desaparecer de la tierra, y en mi lugar poned este apóstol deseado, este sacerdote fiel que actúe según vuestro Corazón. **Envía, Señor, a quien has de enviar** (Éx 4, 13).

«Sí, os suplico, oh Dios mío, aceptad este cambio de mi inútil vida; me retiro, me humillo y cedo el sitio a quien pueda mejor que yo contentaros y glorificaros.

«Escuchadme, Señor Dios, por amor de vuestro Unigénito Hijo, el cual está sediento de vuestra gloria y de la salvación de las almas. Tened piedad del Corazón amantísimo de vuestra Palabra, que desea sacerdotes santos. Escuchad no mis oraciones, sino las oraciones, los votos, los deseos de aquel corazón divino en el que encontráis todas vuestras complacencias. Ay, si Vos os dignáis escucharme, oh Dios mío, os alabo, bendigo y agradezco desde ahora, y con todo el corazón conmovido de gratitud exclamo: **Nunc dimittis** (...) (Lc 2, 2).

«Señor Dios todopoderoso, apiadaos de la miseria de vuestro siervo; hablo como un necio; perdonadme. De este ofrecimiento mezquino que os hice, haced lo que más os agrade. Sea siempre bendita vuestra voluntad en la que quiero sumergirme ya a partir de ahora. Glorificad, oh Dios mío, vuestra voluntad y vuestra misericordia. Amén. ¡Viva Jesús y María!» (Vol. 4, p. 3).

El Padre pues ofrecía al Señor su vida para obtener a su Mesina el apóstol deseado. ¿Quién nos prohíbe creer que el apóstol suscitado por el Señor sea justamente él? Si buscamos «un sacerdote puro, casto, íntegro, sencillo, manso, sobrio, (...) eduque a los niños, guíe a las vírgenes, consuele a los afligidos, sufrague las almas del purgatorio, resplandezca como el sol por el buen ejemplo», que trabaje «día y noche para la gloria de Dios», buscando «con toda clase de medios para conseguir todas las almas, trabajando para la conversión de los pecadores y la santificación de los justos», ¿no lo hallamos acaso en él desde los comienzos de su vida sacerdotal?

Y digamos también antes aún del sacerdocio, si ejercicio de celo es la oración rogacionista, que él tomó en su corazón desde los primeros tiempos de su vida laical. Él escribió: «el primer celo el alma consagrada a Jesús tiene que tenerlo sobre sí misma; y en este celo tiene que ser fuerte castigándose a sí misma, a reprimir, a buscar con todo compromiso la propia santificación» (Vol. 1, p. 206). De este compromiso atestigua toda la vida del Padre, y no repetiremos lo que en este propósito ya escribimos desde el primer capítulo; y los que seguirán nos darán nuevo testimonio.⁷⁰

3. En Aviñón

El celo condujo al Padre al sacerdocio: «Con 17 años – escribe de sí mismo – se sintió llamado (en un modo más bien extraordinario o mejor no perfectamente ordinario) al sacerdocio. Se acercó a

⁷⁰ El 10 de marzo de 1888, el Padre en una oración suya **Para la salvación de Mesina** vuelve insistentemente sobre la imploración de un sacerdote enviado «para **salvación** de este pueblo, de esta ciudad, de estas tres Diócesis, de todas estas aldeas y de muchas almas en todo el mundo». Y he aquí sus deseos: «Yo lo espero y lo deseo con aquellos mismos deseos con los que la Madre vuestra Santísima suspiraba vuestra venida a la tierra, y os suplico que no me confundáis en mi espera y no me defraudéis en mi deseo. Dadme, oh Jesús mío querido, esta gran gracia que yo ardientemente deseo, que es que os dignáis enviar la **salvación** de este pueblo, y que yo un día vea vuestro Elegido, y diga: **Nunc dimittis servum tuum, Domine**. (N.I. Vol. 10, p. 23).

ello con un cierto amor a la devoción y con el deseo de ser todo de Jesús y de ganarle almas» (N.I. Vol. 7, p. 140).

Destaca el Padre Vitale, a propósito del encuentro del Padre con Zancone, que le pidió la limosna: «Cuando el Padre Di Francia halló la primera vez, aún diácono al mendigo casi ciego por las calles, y le dirigió la pregunta: “¿Adónde moras?”, e hizo seguir la promesa: “Vendré a buscarte con los demás pobres”, quería significar: “Quiero salvarte, quiero salvar muchas almas embrutecidas por la culpa, y junto con la vida del alma cuidaré también de la del cuerpo» (Vitale, **ob. cit.** p. 654).

Con aquella promesa, el Padre se comprometía de visitar el barrio Aviñón y de hacer el bien para aquellas almas, pero no pensaba ciertamente de hallarse ante aquel desastre material y moral, que caracterizaba el barrio, que también llevaba un nombre luminoso en la historia. Cuando se vio en medio de aquella mazmorra, de la que seguidamente hablaremos largamente, «se dio cuenta – son palabras suyas – que lugar mejor no podía hallarse para ejercer allí un poquito de caridad por puro amor de Nuestro Señor Jesucristo Sumo Bien, ¡que también ama tanto a los pobrecillos y los quiere salvos!» (**Preciosas adhesiones** 1919, p. 5). No se trataba de ejercer un **poquito** de caridad; cierto es poco y nada todo lo que se hace por Nuestro Señor; pero nuestra pobre naturaleza es tan miserable, que sólo una virtud heroica es capaz de enfrentar ciertas situaciones. No se hizo atrás ante ninguna dificultad, y consiguió transformar aquel lugar de cueva del vicio en oasis de virtudes.

Ordenado sacerdote, siguió y amplió la obra empezada, empeñando hasta el último centavo de su patrimonio. Ardió por el deseo de la salvación de las almas, y habiendo un día hallado en medio de las míseras casitas del Barrio Aviñón aquella mísera gente, sintió por ella una piedad inmensa, la recogió, la sustentó, la educó religiosamente y así poco a poco empezó su obra mirable de la evangelización de mucha gente y del refugio de huérfanos y huerfanitas, que él sostuvo con sus bienes familiares y, acabados estos, con la caridad cristiana.

Frutos de su celo son principalmente las comunidades fundadas por él, sobre las que él vigilaba atentamente para que allí reinasen la virtud y el amor de Dios. Ya dijimos arriba de su celo por el catecismo; añadimos aquí desde un informe de una hermana: «Yendo a las casas, el Padre aprovechaba para hacer sentir la divina palabra, dos o tres veces cada día, tomando la ocasión de las mínimas cosas para afervorar en la virtud; hablaba del paraíso, de unas anécdotas de la vida de los santos, de la historia sagrada, mucho de la vida de Nuestro Señor, algún pasaje del Evangelio, de la Santísima Comunión, etc. Jamás oí por la boca del Padre una conversación inútil o superficial, sino siempre edificante».

Los volúmenes que nos quedan con los esquemas oratorios del Padre recogían en buena parte sermones, instrucciones, ejercicios para nuestras comunidades.

Pero de este celo del Padre por el bien de sus hijos nos entretendremos en propósito en particulares capítulos.

Aquí recordamos que el ardor que lo atormentaba no se limitaba al círculo de sus comunidades, sino, especialmente en los años juveniles, desplegó una intensa actividad oratoria, principalmente en Mesina y en las aldeas cercanas. Recuerdo que era celoso, por medio de la predicación, de la gloria de Dios y del bien espiritual del prójimo. Espontánea e improvisamente se presentaba a los párrocos de los pueblos, hacía tocar las campanas y, al pueblo recogido en la iglesia, predicaba por la gloria de Dios y el bien de las almas. Su tema preferido era la caridad, y esta predicación sobre la caridad se escuchaba con mucha atención por los fieles.

Se recuerda una verdadera misión tenida en Aviñón tras el terremoto de 1894. «Inmediatamente tras el terremoto, heridos, dispersos, perdidos en el espíritu, solos o en procesión acorrían todos al barrio Aviñón. El Siervo de Dios predicaba y confortaba; hacía rezar las letanías de los Santos; también indiferentes y ateos hallaban orientación tras sus palabras». Él predicaba cada noche muchas veces, según el número de las peregrinaciones que allá hacían los mesineses, aterrorizados por el terremoto, que lloraban sus pecados tras las palabras de santa unción del Siervo de Dios. El Cardenal Guarino, bendecía desde su palacio con la mano izquierda, habiendo la derecha paralizada, los peregrinos que volvían de la predicación.

Todos inspirados a la gloria de Dios y al bien de las almas eran todos sus viajes. Él viajaba frecuentemente para hallar vocaciones, para aconsejarse y confrontarse con almas santas, de cuya conversación tenía una sed particular, para acercarse a bienhechores, para predicación, para obras de caridad, que su corazón le hacía abrazar, para peregrinaciones a santuarios, especialmente para las visitas continuadas a las casas. Él las asistía continuamente con sermones e instrucciones, industrias de piedad, en que era inagotable, solucionando dificultades, animando a todos. Todo esto conllevaba un viajar casi continuo, especialmente cuando las casas se multiplicaron. Él visitó el santuario de Loreto, el santuario de Nuestra Señora del Buen Consejo de Genazzano; muchas veces el santuario de Pompeya, donde gozaba de la íntima amistad de Bartolo Longo; más veces el santuario de María Auxiliadora en Turín, el Sagrado Monte de Orta (Novara), el noviciado de los hijos de Don Orione en Brà, donde predicó.

4. ¡Fuera los Jonás!

Acordemos una carta del Padre «a los ilustres señores empleados, criados, recogidos de este Instituto y a los señores ayudados por el mismo» en que comprometía a todos a la práctica de los deberes religiosos, a la huida del pecado, bajo pena de expulsión. Y empieza por un argumento práctico: si no se vive como buenos cristianos, Dios no envía la providencia y los recogidos serán faltos de pan y los empleados no podrán tener el sueldo.

«Es verdad que vosotros empleados y vosotros criados, trabajáis cada uno en su oficio, y yo también trabajo en diversas maneras para llevar adelante el barco, pero todo será inútil si nos falta la ayuda de la divina providencia. (...) Pero es fácil comprender que, si nos olvidamos de Dios, Dios se olvidará de nosotros; ¡y entonces tendremos un buen trabajo, un buen afán! La divina providencia no vendrá, o bien vendrá muy escasa y estrecha». Y he aquí las obligaciones que nos incumben: «Es por esta razón que me siento en la obligación de pedir por vosotros señores la observancia de los deberes religiosos, y el cumplimiento de las obligaciones de todo cristiano. Vosotros queréis que os pague, que os remunere, que os tenga, y yo requiero de vosotros que no pongáis obstáculo a la divina providencia con un olvido total de Dios. Yo no puedo pagaros más, retribuiros como requiere vuestra necesidad o merecen vuestros trabajos, si Dios no me envía los medios; y si vosotros no cumplís los deberes hacia Dios tengo fundadamente que temer que Dios estos medios no me los envíe. Se trata pues de un interés no solamente mío, sino también vuestro».

Baja ahora a demostrar que «sin el asiduo cumplimiento de unos deberes religiosos, es imposible mantenerse en gracia de Dios.

«Sin confesarse nunca, sin acercarse nunca a la Santa Comunión Eucarística, sin escuchar nunca la palabra de Dios, sin nunca instruirse en las cosas principales de nuestra santa religión, sin

nunca elevar los ojos al cielo para rezar a Dios, para adorarlo como nuestro Señor y Creador, sin nunca considerar nuestro último fin y los eternos destinos por los que Dios nos creó, esto se llama no ya vivir como cristianos, sino como seres negligentes y desagradecidos: se llama vivir como insensatos, se llama ponerse en riesgo de perderse eternamente. ¡Y mientras tanto con este olvido de Dios y de nuestros deberes religiosos, es inevitable que el alma se tenga que llenar de pecados!».

Y he aquí la consecuencia que el Padre saca: «¡Es aquí el punto tremendo de mis preocupaciones y de nuestro común daño! Os aseguro o mis muy queridos, que nada temo y nada me desanima en el andamiento de esta Obra de beneficencia, excepto el pecado. La escasez de entradas, las dificultades, las persecuciones, etc., todo me parece nada y en todo espero y confío en el Señor, que es padre providente y amoroso. ¡Pero si entre las personas que viven en los Institutos existen pecados, entonces yo lo veo todo perdido!

«¡Así es, hermanos muy queridos! Lo dijo el Espíritu Santo en los Libros Santos: **Miseros (...)** **facit populos peccatum** (Pro 14, 34): ¡el pecado hace miseros los pueblos! Los hombres lejanos de Dios apegan su corazón a ninguna otra cosa que, al interés, desatienden sus deberes religiosos; y Dios no bendice los negocios, no bendice las industrias, no bendice los campos, no bendice el trabajo; nosotros hacemos proyectos, y Dios los hace fracasar; ingresamos también dinero, y Dios nos lo hará desaparecer sin provecho.

«Nada va adelante sin la bendición de Dios; todo prospera cuando Dios da su bendición.

«Pero Dios no puede bendecir a los que desatienden los actos religiosos, especialmente la confesión, la Santa Comunión, la predicación, la instrucción religiosa, la lectura de un libro devoto, las oraciones de la mañana y de la noche. Estos viven olvidándose de Dios sin fuerzas espirituales para resistir a las tentaciones, y caen en muchos pecados internos y externos, de pensamientos, palabras, obras y llegan hasta el punto que justifican sus mismos pecados, los creen nada, más bien se dicen los mejores cristianos del mundo».

Y he aquí la reacción del Padre: «Pero yo no pienso como ellos; así que no quiero que tanguen parte ninguna en mis institutos de caridad personas de tan ancha conciencia. Estoy seguro que me vendría un daño para todos los Institutos. Bastó un Jonás en una nave para hacer levantar una borrasca que estaba para sumergir todo el barco; y entonces la borrasca acabó, en cuanto Jonás fue echado al mar.

«Si yo tolero que en mis Institutos tengan parte personas no temerosas de Dios, dejadas en los deberes religiosos y entonces ensuciadas por continuas transgresiones de la santísima ley de Dios, yo tengo fundadamente que temer que Dios retirará su mano, que la providencia cesará y que la tempestad nos sumerja. En este caso tengo que ser resolutivo en echar a los Jonás en el interés de la salvación común. En este caso mi obligación, para salvar los demás, es la de cortar el miembro infecto, que por su relajada conducta atrae los divinos castigos. ¡Y si yo no actuaré así, soy yo que tengo que dar cuenta al Señor y tengo que esperar sus justos castigos!».

Concluye invitando a todos estos «hermanos muy queridos» a aceptar estas palabras suyas «como avisos saludables que el mismo amorosísimo Nuestro Señor Jesucristo os envía para ponerlos bajo un camino de buena observancia de la Ley cristiana, en un camino que os atrae las divinas bendiciones en esta vida y os dispone a la adquisición de la vida eterna» (Vol. 3, p. 133).

Siguen luego unas normas sobre la asistencia a la Santa Misa, frecuencia de los Sacramentos e instrucciones religiosas apropiadas.

5. Para la conversión de los pecadores

La conversión de las almas es obra de Dios; y por eso el Padre quiso que su obra de Aviñón fuera un centro de oraciones para implorar por la divina misericordia la conversión de las almas. Allí estableció la **Cofradía del Corazón Inmaculado de María para la conversión de los pecadores**, con las relativas prácticas y oraciones. Se hacían oraciones al Corazón Santísimo de Jesús para este mismo fin (Vol. 4, p. 9). Quiso que todos fueran inscritos a la **Unión Piadosa de oraciones y penitencia**, que tiene como fin la conversión de los pecadores, la destrucción de la mala prensa, la exaltación de la Santa Sede Apostólica, y él añadía la impetración de los buenos Trabajadores y la conversión de Francia (N.I. Vol. 10, p. 22).

En los primeros tiempos se rezaban tres oraciones al Corazón Santísimo de Jesús por intenciones que tenían que ser particularmente aceptas: por las almas entibiadas en el santo servicio, que ya no atendían a su amor; por las que eran más dispuestas a amar el Sagrado Corazón y le habían sido más queridas, sino que ahora se habían enfriado, hasta el punto de exponerse al riesgo de perderse; y, finalmente, por las que el Sagrado Corazón había escogido para su seguimiento y que se habían alejado.

Hallamos luego entre sus escritos una oración personal, original: «Por aquella alma en todo el mundo que, tomada de chiquitina y educada cristianamente se haría santa más que todas las otras (**ceteris paribus**) y que se encuentra en peligro de educación no buena» (N.I. Vol. 10, p. 22).

Las oraciones se multiplicaban cuando el Padre era llamado por algún moribundo rebelde o cuando tenía por mano casos espinosos y difíciles.

Muchas veces se sintió que estaba listo para morir por la conversión de las almas, incluso de un alma sola.

A menudo celebraba por la conversión de los pecadores, y sintiendo hablar sobre algún moribundo impenitente, reunía la capilla para oraciones particulares, y exhortaba también a hacer florecillas, ayunos, vigiliias para esta finalidad, según los casos; y él era el primero en estas prácticas.

Cuando se presentaba el caso de gente públicamente contraria a la religión, y los otros sacerdotes habían intentado en vano de acercarla, se recurría al Padre y él, puesta la comunidad en oración, acorría para ofrecer su ministerio.

«Por mi conocimiento personal, - escribe el Padre Vitale – puedo decir que siempre, o casi, la gracia del Señor triunfaba. Yo mismo en muchos casos recurrí con gusto a él, que, en seguida, también por la noche, acorría al moribundo. En este propósito, recuerdo que en ciertos casos hallaba una resistencia tan fuerte, que estaba obligado a alejarse. Otra vez un moribundo lo miró torcido, largamente, recogió saliva y le escupió en la cara. En esta, como en otras circunstancias, el Padre conservó siempre su calma, porque en su humildad, se creía un instrumento inadecuado en las manos del Señor».

Otro episodio, que afortunadamente tuvo un éxito diferente.

Uno de nuestros fámulos cuenta la conversión de un cierto Magazzù, que era una boca de infierno por las blasfemias que vomitaba continuamente. No quería ni oír hablar del Padre. El Padre Ernesto, de los Camilos, de acuerdo con la mujer, había logrado bautizar los hijos ya mayorcitos.

El Padre mientras tanto rezaba por él y se había encomendado para que se lo hicieran acercar; pero él permanecía siempre obstinado.

Una noche, sin embargo, nuestro fámulo lo encontró, cerca de su casa, que estaba abatido sobremanera. Tras pedirle qué tenía, lo invitó a entrar en casa, donde estalló en lágrimas, recordando su pobre vida y cuánto mal había hecho, especialmente con sus blasfemias contra Dios, sus Santos y también contra nuestro Siervo de Dios.

El fámulo lo animó y logró finalmente llevarlo al Padre. «La escena del encuentro – él dice – me acordó el padre del hijo pródigo, que abraza nuevamente al hijo».

El día siguiente, el Padre quiso darle personalmente la Comunión. Cuando, luego Magazzù tuvo necesidad, fue socorrido largamente y con abundancia por el Siervo de Dios hasta la muerte.

6. Apostolado de la familia

Con la entrada en Aviñón, el Señor asignaba al Padre la misión de poner orden en aquella mazmorra de seres humanos, que habían bajado tan abajo que llegaban al embrutecimiento. No conocían vínculos de familia, ni respectaban derechos o deberes de sangre. ¡Las uniones eran todas ilegítimas! Fue para el Padre una gran faena pulir aquellas mentes cegadas y hacer comprenderles la dignidad del matrimonio; pero él con la ayuda de Dios, invocado con oraciones y sacrificios, consiguió poco a poco reparar a aquel desorden; se entiende, todo a sus costas, empezando con vestidos decentes, para sustituir los andrajos, hasta el alquiler de la casa donde pudieran tener un nido.

La última secuela de este género de apostolado entre los antiguos habitantes de Aviñón se tuvo unas decenas de años después, con el matrimonio de una que había estado entre las primeras huerfanitas acogidas: una tal Lucía que, teniendo en aquellos días el Padre que ir a Nápoles, se le pegó a la sotana gritando: “¡No vayas a Nápoles, no vayas!”.

¡Pobre hija, presentía igual que aquella salida marcaría el comienzo de su ruina! En efecto su madre – no sabemos si inconsciente o perversa – ¡en aquellos días la arrancó del Instituto, abandonándola luego a su destino! ¡La pobre Lucía se acompañó durante cuarenta años con un hombre que la hizo madre de diez hijos! Después de mucho tiempo las oraciones del Padre y de muchas almas buenas, que él solicitaba para este fin, triunfaron y él consiguió finalmente bendecir el matrimonio de esta su antigua huerfanita.

Entre las almas consagradas, que el Padre llamaba para colaborar en su apostolado, se tienen que recordar principalmente las hijas de la Venerable Sor María Luisa de Jesús, las hermanas de Estrella Matutina en Nápoles. Leyendo el elogio fúnebre de estas religiosas venerandas, María Lucía del Sagrado Corazón, en noviembre de 1907, justamente en Nápoles, él hace esta revelación: «En Mesina me llamaban un día para regularizar eclesiásticamente el matrimonio de un hombre que desde muchos y muchos años vivía fuera de la gracia de Dios. Él estaba enfermo de corazón. Yo sentí algo inusual que me decía que tenía que hacerlo todo apresurándome lo más posible. Lo confesé, lo uní en sagrado matrimonio con su esposa, y le administré la Santa Eucaristía. La misma noche improvisamente espiró. Su salvación fue pues un verdadero portentoso. Yo quedé sorprendido por ello. Cuando he aquí que me llega una carta de Sor María Lucía, que me hace conocer que, estando ella en la presencia de Jesús expuesto en el Sacramento, le parecía que su Dilecto le dijera: “Dime, ¿qué

quieres?”, y ella respondía: “Oh Jesús mío, dadme la salud de las almas, especialmente de Mesina”» (Vol. 45, p. 139).

El Padre tenía un celo particular para esta obra santa del ministerio sacerdotal, y por eso la encomendaba a sus hijos: «Se ocupen también los sacerdotes Rogacionistas de regularizar las uniones ilegítimas con el Sacramento del matrimonio» (Vol. 3, p. 29). Recuerda una hermana: «A los trabajadores y a los mendigos nosotros, tras recomendación del padre, se tenía que preguntar cómo estuvieran en conciencia, aunque con toda la prudencia posible. Se obtuvieron así, tras conveniente preparación, confesiones y comuniones primeras o renovadas, y fueron regularizadas uniones concubinarias».

Pero no se trataba sólo de mendigos y trabajadores. El abogado Guardavaglia de Taormina no estaba casado eclesiásticamente; el Padre, tras largas oraciones, regularizó su matrimonio; y el abogado se le permaneció aficionadísimo, retomó las prácticas de la vida cristiana y se convirtió en bienhechor asiduo y gran defensor de aquel instituto.

Y aquel instituto estaba colocado en el primer piso del antiguo convento de los capuchinos, y en el bajo, tras la requisición, había sido transformado en cárcel local. Carcelero era un tal don Pancracio Incorvaia. Se le daba el **don** según el uso español común en Italia meridional, pero nadie piense en un cura, porque don Pancracio era bien lejos de recordar un cura por su conducta: litigioso, blasfemo y concubino. Recuerda la superiora de aquella casa: «Pedí al Padre cómo se tuviera que tratar con aquel hombre que, viviendo en el piso debajo de nosotras nos daba con su vida y conducta molestias y desagradados sin fin. “Hija mía – contestó – hace 20 años que yo con la hostia en mano ruego por su conversión; tú en cambio quisieras su conversión sin nada; recemos, en cambio, y tratémoslo con dulzura”. Vimos, en efecto, que alguna vez al Siervo de Dios abrazar y besar con efusión a don Pancracio, entre la maravilla sonriente del pueblo; los regalos no eran raros; pero no era rara ni la indelicadeza de don Pancracio. Su mujer estaba a punto de dar a luz una criatura y yo pedía al Siervo de Dios de poderle hacer de madrina. Me concedió el permiso: tuve sin embargo la consolación de bautizar una hija legítima, porque antes del nacimiento, el Siervo de Dios había conseguido la confesión, la comunión y el matrimonio. Don Pancracio fue otra persona: no más blasfemias, riñas, malos ejemplos, sino iglesia, sacramentos, oraciones hasta su santa muerte. Para el pueblo esto constituyó una maravilla grande». El Padre luego tuvo la niña gratuitamente en nuestro instituto; y cuando seguidamente dicho Incorvaia dejó el servicio, para tenerlo siempre unido religiosamente, compró un terreno, en que había sido durante mucho tiempo aparcerero, y allá lo dejó durante toda su vida, aunque previera que toda la ganancia iría para beneficio de Incorvaia. El Padre lo abasteció durante toda la vida con libros sagrados, que él devoraba con inmenso provecho del alma».

Sabe casi a prodigio evidente el caso del doctor Salvador Cacciola. El Padre le estaba particularmente agradecido, porque como alcalde había facilitado la fundación del Orfanato en Taormina. Pero él lamentablemente era ateo y, además, tras la muerte de su piadosa señora, convivía con la criada. El Padre rezaba siempre por él y esperaba confiado la hora de la misericordia.

Lo visitaba y en una cierta ocasión hizo dar en el Instituto una representación en su honor; le envió su **Carta a los amigos** de que hablaremos luego, y la señora aseguró habérsela leída y comentada juntos. Finalmente, Cacciola prometió que se confesaría y habría regularizado su posición. Sin embargo, un día se hizo saber al Padre que Cacciola estaba gravemente enfermo. Él corrió en seguida de Mesina y lo halló que había perdido los sentidos por una conmoción cerebral.

Y aquí hay un detalle que recogí de la viva voz del Padre.

Anticipo que el Padre conocía bien el método de cura del abad Kneipp, habiéndolo ya felizmente experimentado en sí mismo.

Como pues entró en la habitación del moribundo, inmediatamente hizo salir a todo y ordenó: “En seguida, dos cubos de agua, uno de caliente y otro de fría, y dos toallas”. Se puso a la obra con energía: sólidas envolturas de agua caliente en los pies y fría en la cabeza. Siguiendo durante algún tiempo esta operación, el enfermo abrió los ojos, reconoció el Padre que pudo así confesarlo, casarlo y darle el santo oleo. Así, reconciliado con Dios, el doctor Cacciola cerró la vida. La alegría del Siervo de Dios fue infinita: recordaba el hecho entre lágrimas. Los que sabían de las desesperadas condiciones de Cacciola hablan de **muerto resucitado**. El Padre daba en cambio el mérito al alma santa de Kneipp, que con su cura hidroterápica hace mucho bien a la humanidad.

7. Vuelta al redil

Queremos aquí hablar de protestantes vueltos a la Iglesia por obra del Padre. Naturalmente no todos los casos son conocidos.

Recordemos que una vez el Padre fue a Taormina para bautizar una señorita protestante; también en Oria recibió una abjura y muchas en Mesina. Aquí señalamos las principales.

La luz (29 de mayo de 1886) publica el informe del bautismo administrado por el Padre a la Señora Catalina Oliva, nacida Lendy, de la Suiza alemana, protestante de nacimiento, mujer del Prof. Cayetano Oliva, el seguidor de los **Anales de Mesina** de Gallo. La función fue hecha en la capilla de Aviñón, en la presencia de los niños recogidos, «que exultaban y quedaban edificados por este piadoso espectáculo por ellos ciertamente nuevo». Aquí también, además del bautismo, hubo la legitimación del matrimonio. El Padre había preparado esta conversión con sus oraciones y sacrificios personales, pero también dirigiendo a este fin el sacrificio de una joven existencia.

Los cónyuges Oliva tuvieron una hija, Olga, flor de gentileza y bondad, que por voluntad del padre fue educada en la religión católica y tuvo como confesor nuestro Padre, que la condujo por el camino de la virtud. Pero he aquí que una enfermedad imprevista le cortó la existencia con solo 18 años. El Padre la asistió en la enfermedad, animándola a santificar sus dolores con la perfecta resignación a la voluntad de Dios y a ofrecerlos por la conversión de la madre. Más bien la jovencita, en sus últimos momentos, dando a la mamá el abrazo supremo, la suplicó de abrazar la fe católica si quería asegurarse que habrían sido eternamente juntas en el cielo. La madre prometió. Olga murió el 21 de abril de 1885, y la madre en mayo de 1886 hizo su abjura.

Un joven de buena familia, Ernesto Crisafulli, había sido engañado por los protestantes; el Padre le fue detrás durante mucho tiempo, pero finalmente la gracia triunfó en él, que quiso retratar sus errores, encargando el Padre de hacer publicidad de ello a través de la prensa. Y el Padre lo hizo pasando a **La Luz** (18 de enero de 1890) esta comunicación: «El que suscribe, habiendo por gracia del Señor conocidos los errores del protestantismo en el que había caído, declaro de haber renunciado a las falsas enseñanzas de los protestantes y de haber abrazado nuevamente la fe católica, en la que nací, y espero perseverar, con la gracia del Señor, hasta la muerte. Mesina, 11 de enero de 1890. Ernesto Crisafulli».

Digamos también de una conversión fallada. En Taormina se había establecido desde hacía muchos años, por motivos de salud, una rica señorita inglés, protestante, la Hill, por la que el Padre

rezó hasta la muerte. Estaba firme en sus ideas y obstinada, pero con un corazón muy sensible hacia las miserias del prójimo. Entre otras cosas, se activó para la venida de los Salesianos en Taormina, organizó una escuela de bordado para las chicas pobres de la ciudad, era generosa con todos en limosnas. El Obispo de Gozo (Malta) que la conocía bien, hablando de ella con el arcipreste de Taormina, dijo: «Dejadla así: es en buena fe».

Era aficionada al Padre y entusiasta por la Obra: la socorría en las necesidades, le enviaba hasta su enfermera cuando hacían faltas unas inyecciones, y cuando en un incendio del ropero las hermanas quedaron sin ropa, ella vistió toda la comunidad con ropa nueva.

En la muerte del Padre participó al cortejo fúnebre y, sola, tuvo el privilegio de poner en la caja una palmera con un puñado de violetas, que había llevado de Taormina, con la escrita: **Al querido Canónigo Di Francia**.

Pero permaneció firme en sus ideas religiosas hasta la muerte. ¿Qué pensar de ella? El Padre decía sobre su cuenta a la superiora de Taormina: «La Hill se salvará mejor que yo, que tú y que otros, por sus obras de caridad».

En los últimos años de la vida del Padre era alcalde de Taormina el Caballero Zúccaro. Este tenía la madre viuda, que daba escándalo con sus costumbres, y la mujer protestante, con que no estaba casado eclesiásticamente. El Padre con frecuentes visitas llamó a la vida cristiana la madre, mientras la conversión de la mujer aconteció en el siguiente modo. En el 1923, el Padre predicó en Taormina los trece días de San Antonio. La mujer del alcalde fue asidua en los sermones. Quedó tan afectada por la conducta del Siervo de Dios, que cuando este le pidió si fuera católica, contestó que no, pero que sería contenta si el Siervo de Dios en persona la convencería. La catequización duró casi un mes: la abjura, la confesión, la comunión, matrimonio – y tras unos días también la confirmación – fueron el resultado de su apostolado.

La protestante confesó que, tras aquella interrogación del Siervo de Dios, si era católica o menos, su conciencia no había tenido más paz, hasta la conversión, unos años después, a esta comadrona suya, que se había enredado en los errores de la teosofía, el Padre escribió una larga carta para llamarla nuevamente a la sana doctrina de la obediencia a la Iglesia.⁷¹

A menudo tras la legitimación del matrimonio seguía el bautismo de los hijos; y tratándose de pobres, no bastaba la sola obra espiritual del Padre: «Se interesaba de legitimar las uniones conyugales y de hacer bautizar los niños, naturalmente entregando ayudas». Una hermana habla de bautismo de jóvenes pertenecientes a «familias aberrantes, tras haberlos personalmente instruidos religiosamente»; el hecho «produjo una sacudida saludable sobre los familiares Cardile y Vinci. En la familia Cardile los bautizados fueron dos: uno de trece y uno de cerca 18 años, mientras la hermana de primera comunión era ya profesora. En la familia Vinci el bautizado tenía 10 años y la hermana de primera comunión cerca de 14 años».

Se tiene que recordar el caso del honorable Fulci, profesor en la universidad, y gran oriente de la masonería mesinés. Recuérdese que la masonería de entonces no era la que hoy se quiere presentar como más buena y suavizada; sino que declaraba guerra al clero, a la Iglesia y a la religión en general. El Padre había conseguido casar Fulci eclesiásticamente; y en esto fue eficaz la intervención de Don Orione, entonces Vicario General de Mesina. Ahora se trataba de bautizar el hijo y el profesor había establecido una parodia del bautismo: una función con el champán en un barco. Los buenos, con el obispo en la cabeza, estaban consternados por el escándalo. El Padre se presentó

⁷¹ Véase arriba: cap. 3, n. 12.

humildemente y sencillamente, para pedir el honor de hacer el ministro del bautismo religioso. Fulci quedó desplazado; pero luego en seguida consintió más bien se administró el sacramento no en su casa, sino en la parroquia poco lejana, justamente, porque decía el Siervo de Dios, para que el escándalo intentado fuera públicamente borrado. Fulci permaneció siempre muy apegado al Padre: lo llamaba en voz alta **mi compadre** en toda circunstancia, más bien parece que dijo al Siervo de Dios: **¡Usted sólo en mi casa, pero no otros sacerdotes!** El Padre no dejó más a Fulci con regalos, visitas, etc. pero él se le mostró siempre obstinado. Sin embargo, fue notado en él algún signo de arrepentimiento, alguien dijo que una vez el honorable Fulci, aunque sin quitarse el gorro, pasando delante de la iglesia de San Clemente, saludó. En casa permitió, tras regularizar religiosamente el matrimonio, que la mujer tuviera encendida una lámpara ante una imagen del Sagrado Corazón en el cuarto de dormir. La gracia del Señor siempre actúa; y en efecto asegura el Padre Vitale que el profesor encomendó al Padre que en caso de muerte fuera él en asistirle; sin embargo, el Padre falleció antes que él. Fulci, en la muerte del Siervo de Dios, lo lloró sin avergonzarse, exclamando: «¡Perdimos al Padre!». Intervino en los funerales y mantuvo un cordón durante el cortejo fúnebre.

En su última enfermedad, recibió con gusto la visita del Padre Vitale, que ya contaba de llevarlo a la confesión; pero empeoró improvisamente y no hubo tiempo para avisar al sacerdote. Tenemos sin embargo que pensar que las oraciones del Padre le obtuvieron misericordia: la noche antes de la muerte, el Padre Vitale, despidiéndose de él lo exhortó de encomendarse a Dios y él añadió espontáneamente: **Y a Nuestra Señora**. ¿Y acaso la Virgen no habrá intervenido para salvarle?

El hijo de Fulci fue en su tiempo preparado para la primera Comunión directamente por el Padre, que quiso que la función fuera hecha por el Padre Vitale, para permanecer él al lado del jovencito y sugerirle cómo acoger y agradecer al Señor.

8. Tomás Cannizzaro

Sabemos que el Padre, en cuanto sabía de algún individuo lejano de la Iglesia, especialmente si de relieve, se ponía en seguida tras sus huellas para alcanzarlo. Entonces dominaba en Mesina la masonería, que fue una gran espina en el corazón del Padre. Él, sin embargo, tuvo unas buenas consolaciones, porque muchos, o bien masones y otro, que habían rechazado los sacramentos, luego se rendían ante las premuras del Padre Francia.

Generalmente él se introducía por medio de las hermanas: las enviaba al enfermo con un saludo y un regalo, y así fácilmente se abría el camino para el contacto personal.

Entre los hombres ilustres lejanos de la fe, que el Padre recondujo a Dios en punto de muerte, se recuerdan principalmente el farmacéutico Cananzi y el insigne jurista y hombre político Francisco Faranda.

Más estrechas relaciones, duradas muchos años, el Padre las tuvo con Tomás Cannizzaro (1838-1921) insigne poeta, patriota y poligloto mesinés, autor de muchos volúmenes de versos italianos, sicilianos y franceses y de muchas traducciones de lenguas antiguas y modernas;⁷² pero lamentablemente la luz de la fe no brilló ante sus ojos sino en los últimos momentos. El Padre cultivó relaciones amistosas con él, insinuándose fácilmente con el pretexto de la poesía. El Padre Vitale que

⁷² No hay que confundirlo con el palermitano Estanislao Cannizzaro (1826-1910), químico con fama universal, que recuerda **La ley de los átomos** y las **Reacciones**, que toman justamente el nombre de **Cannizzaro**.

generalmente lo acompañaba en las visitas, destaca: «Las introducciones a los coloquios religiosos eran normalmente literarias: se leían mutuamente las propias poesías». Un año tras la muerte de Cannizzaro se hizo una solemne conmemoración en Mesina, pero simplemente por el lado literario y patriótico, y el Padre sintió que tenía que intervenir para rectificar, o mejor, para integrar la figura con un artículo publicado en **La Scintilla** (6 de septiembre de 1922), en que en tercera persona habla sobre las relaciones transcurridas entre él y el poeta.

«Tomás Cannizzaro fue un ilustre ingenio de nuestra ciudad, con vasta erudición, escritor muy versátil en prosa y en poesía. Conocedor de diversas lenguas escribía en versos franceses con la misma facilidad, gusto y elegancia como en propia lengua. Fue en correspondencia con muchos literatos, entre los cuales Víctor Hugo, que fue a visitar en Francia, y fue tres días comiendo con él. Conocido y admirado también en Italia por las muchas obras publicadas por él, recién ocurrida su muerte muchos periódicos del continente escribieron artículos de alabanza. Hace unos días, con ocasión del primer aniversario después de la muerte, se hizo en Mesina una conmemoración pública en el **Parisien** y leyó un docto discurso nuestro queridísimo amigo el doctor Leopoldo Nicotra.

«Aquí ahora se tiene que poner alguna cosa en su sitio. El Cannizzaro no fue un escritor católico. En hecho de principios tuvo unas aberraciones extravagantes; fue sin embargo un hombre de mucha bondad natural, recto, incapaz de ofender a cualquiera. Sus hijas, de educación religiosa católica, hacen buen testimonio de la libertad de conciencia, que en ella respetaba el propio padre.

«Él tuvo unos tíos abuelos canónigos, que le dejaron con una propiedad, con una capilla anexa, para la celebración de la divina Misa en cada festividad; y Cannizzaro – se diga esto para honrar la verdad y su añorada memoria – no dejó nunca de cumplir con esta obligación para beneficio de aquellos nativos, hasta que el terremoto no destruyó totalmente la iglesia. Pero él declaró que, si aquella buena gente la hubiese reconstruida, él habría hecho empezar nuevamente la celebración de la Misa festiva.

«Por todas estas buenas disposiciones de su alma, él mereció que la mirada de Dios se dirigiera misericordiosa sobre él».

He aquí las relaciones con el Padre: «Hace unos cuantos años lo visitaba un sacerdote nuestro, él también admirador de su ingenio y de sus buenas cualidades, y también escritor de versos. Se contrajo entre el uno y el otro una estrecha amistad, y Cannizzaro gozaba mucho en sentirse leer los versos de aquel sacerdote, todos de temas sagrados. Salían así las más afectuosas insinuaciones en el alma de Cannizzaro, para que atendiera ya a la salvación eterna de su alma, creyendo a la divinidad de Jesucristo y a la religión católica. Un día Cannizzaro le quiso leer una composición juvenil en honor de la Santísima Virgen, escrita, sin embargo, por comisión, pero llena de sentimientos bonitos por la Madre de Dios».

De estas **insinuaciones** del Padre nos quedan unos versos en respuesta a los de Cannizzaro y según el metro y la rima de aquellos. Con admirable modestia Cannizzaro le había escrito:

El saber humano es polvo que el viento
Un instante levanta y lleva consigo,
Resplandor que recién nacido ya se apagó.

Si la conciencia mía puede entretenerse
Sólo te dirá, ni otro decir desea,
Esto: **Hoc solum scio, me nihil scire.**

Y el Padre a él:

¡Quisiera que como impetuoso viento
El Eterno Espíritu te golpeará, y así
Se abriera el rayo de la Fe apagado!

¡Ay! No quiero contigo entretenerme
Te quiero y te digo que mi corazón desea
¡Que tú también puedas **Jesum Christum scire!**

Otro soneto se encierra con este deseo:

Sublimes altezas a Él (**Jesucristo**) se postraron
Como a Dios que toda soberbia venció:
Nuestras culpas por él se perdonaron.

¡Gime conmigo, oh señor con voz humilde,
Y tu ojo, que muchas veces lloró,
El fulgor de su Cruz ilumine!

Cannizzaro escribió tres octavas echando disparates sobre la fe, y el Padre respondiendo, rectifica y precisa. Aquí referimos sólo una:

Fe divina es ciega y también vidente,
Es oscura y luminosa para la razón;
Pero fe humana voluntariamente
Se columpia en una vana ilusión.
El que no tiene fe divina muy a menudo
Cree verdadero el error que a él se impone,
Pero, del falso quitado el negro velo,
La fe santa es estrella del pensamiento.

El Padre encerraba otro soneto llamando la atención del Cannizzaro sobre la fe en la divinidad de Jesucristo:

Por favor, ¿por qué (disculpa señor mío)
Por qué no inflama y entusiasmo tu corazón
El solo pensamiento que Jesucristo es Dios?

El poeta le contesta que aprecia a Jesús como **sublime hijo de María**; y el Padre toma ocasión de esto para escribirle una carta muy bonita en que le habla de la divinidad de Jesucristo: «Le agradezco sus dos bonitos y espontáneos sonetos; pero yo, que le quiero muy mucho, deseo ardientemente que usted ame a Jesucristo, no solamente como **sublime Hijo de María**, ¡sino también como Hijo eterno del eterno Padre y verdadero Dios! ¡Crearle como hombre, admirarlo como sublime hombre, es lo mismo que descreerlo! Si yo, por ejemplo, dijera: Estimo al señor Cannizzaro como ciudadano honrado, pero lo creo un idiota, ¡es cierto que yo estaría en el error, y mi estima hacia usted sería desestima! ¡Así que no puede despojarse Jesucristo de su divinidad sin hacerle un mal gravísimo! Pregunto: Usted, ¿de dónde saca el conocimiento de Jesucristo como hombre sublime, que echó a los fariseos, que consoló a los afligidos etc.? Seguramente del Evangelio. Bien, los Santos Evangelios están llenos de la divinidad de Jesucristo». Y se detiene probando con los episodios evangélicos la humanidad y la divinidad de Nuestro Señor (N.I. Vol. 5, p. 118).

Volvamos ahora al informe del Padre: «Aquel sacerdote, su verdadero amigo, le recordaba algunas veces aquellas palabras de Victor Hugo, que **entre las miserias de este mundo hay una gran esperanza, ¡la que nos sonríe con una felicidad siempre eterna, que brilla a través de las tinieblas de esta vida!**

Era ausente de Mesina aquel sacerdote cuando Cannizzaro llegó a la última enfermedad. un rayo de la luz divina iluminó su mente.  l dijo: “Yo quiero morir con los Sacramentos de la Santa Iglesia: quiero hacer esto por mí mismo, sin ningún intermediario”. No esper  pues que se lo sugiriera su propia gentil hija que le estaba al lado, sino envi  una embajada a un amigo sacerdote suyo dominico a la Giostra. Con él se confes , quiso el Santo Viático y la Extremaunci n, e, invitado por el confesor a retratar sus errores contra la religión católica, dio con gusto su consentimiento y firmó la retractación.

«Así la misericordia de Dios, **que tiene brazos así grandes**, tenemos fundamento de esperar que acogió aquella pródiga alma en su eterno perdón».

A partir de esto el Padre saca un argumento en favor de nuestra religión: «Naturalmente los periódicos de Italia, que alabaron Cannizzaro y que son contrarios a nuestra santa religión, o por lo menos son indiferentes, no hablarán de este nuestro artículo, pero lo publicamos para que los verdaderos católicos, o los bien dispuestos, entiendan que la ciencia de todas las ciencias es la de vivir según la fe católica;  de la que ninguno jamás se arrepintió en el lecho de muerte, sino que en cambio muchos sintieron la necesidad de abrazarla! Es esta una de las más grandes pruebas de la divinidad de nuestra Santa Religión Católica» (N.I. Vol. 1, p. 97).⁷³

9. La carta a los amigos

En sus últimos años, para alcanzar magistrados, profesores, profesionales, intelectuales en general que estaban lejos de Dios, el Padre imprimió un opúsculo teológico-moral-pastoral, en el que llama la atención de todos sobre el supremo interés del hombre, o sea la salvación del alma. El título

⁷³ **La Scintilla** (1 de septiembre de 1921) anunciando la muerte de Cannizzaro, recordaba los méritos literarios y concluía: «Conserv  hasta el último momento una lucidez mental maravillosa y ** l mismo, espontáneamente**, pidió los consuelos religiosos». Era pues pacífico que Cannizzaro en punto de muerte se convirtió. Ahora he aquí que tras cuarenta y cinco años de su fallecimiento se quiere negar su conversión (N. Falcone, **Tommaso Cannizzaro**, D’Amico, Mesina 1966). «Se intent  por más partes ver en el último Cannizzaro el hombre que tocó a las puertas de la Iglesia, para pedir el consuelo de la fe. Pero se lean con serenidad las páginas del opúsculo **De la polarit  universelle**, publicados dos años antes de la muerte y nos parecerá inverosímil toda otra profesión, inútil el mismo intento de una diferente exposición, de una corrección enmendadora del pensamiento natural y adquirido (p. 18). Y «si en el lecho del moribundo poeta el 25 de agosto de 1921 acorrió el Padre Enrico De Vita, fue por sollicitación de la prima Patella, una mujer de iglesia, del piadoso Tomás Pasqua, llamado como flebótomo, no ya por expresa voluntad del muriente» (**Ibid.**). Para responder al Padre, que había pedido detalles sobre la muerte, el Padre Vitale se inform  por Pasqua y yo estuve presente a la conversación. Pasqua afirmaba categóricamente que Cannizzaro, espontánea y l beramente, pidió el sacerdote, y justamente al Padre De Vita, superior de los dominicanos de Giostra. “Me extraña – relev  el Padre Vitale – que no pidió por el Canónigo Di Francia”. (...) Y Pasqua: “el profesor sabía que el Canónigo Di Francia no estaba en Mesina”. Y de verdad el Padre le había notificado que habría faltado durante dos meses. Que luego en realidad haya sido Cannizzaro a querer el sacerdote se confirma indirectamente por la elección del Padre De Vita. Si hubiera sido Pasqua a solicitar algún sacerdote, no habría ido a la lejana Giostra, sino que habría llamado uno de los sacerdotes que estaban all  cerca: Vitale, Bruno, D’Andrea, Bensala, etc. Prueba determinante es la retractación escrita de que el Padre habla sumariamente, y seguramente tuvo que haber noticia por la hija del profesor. El argumento contrario, que se quiere aducir por las ideas de Cannizzaro expresadas en su último libro, publicado dos años antes de la muerte, no tiene valor: la conversión es milagro de la gracia, que interviene cuando Dios quiere y no es dicho que tenga que preceder de años la muerte.

sabe a académico, pero es una viva manifestación de su corazón: **Carta del canónigo Aníbal María Di Francia a sus Amigos y Señores, que él quiere como a sí mismo y cuyo bienestar y felicidad desea y anhela como de sí mismo.**

Trata en manera llana y elemental sobre Dios, Jesucristo, la Iglesia, las obligaciones que tenemos hacia Dios, sobre la importancia de la salvación eterna y de los medios para conseguirla: oración, buena lectura, devoción a la Virgen. Se lanza contra el «gran acatamiento», o sea el respeto humano y hablando sobre la humildad, que abre las puertas a la gracia, recuerda nuestros grandes que supieron pisotearlo valientemente; entre los antiguos, Dante, Giotto, Colombo, Miguel Ángel, y entre los cercanos a nosotros: Volta, Péllico, Manzoni, Augusto Conti, su maestro Bisazza, de los que refiere escogidos testimonios; cierra con el famoso discurso tenido per Juan Prati en el senado, citado por entero. Aquí referimos sólo esta estupenda afirmación de fe: «yo soy creyente y para mí es una gloria declararlo desde esta silla. Así los viejos pastores de mis Alpes dirán: “Él es el mismo que conocimos de niño; ¡confesó a Dios en nuestras cabañas, ahora lo confiesa en el Senado de Italia!”». ¡Y no me turbaré por pocos libres pensadores, espíritus dañinos e incautos, que, por una idolatría exagerada de ciencia y libertad, quisieran velar la gran figura del Todopoderoso!».

Esta carta, explica el Padre, «la pensé por aquellos hombres de los que, o por mi conocimiento personal o bien por informes de otros, o bien por fama, pareciéndome los más bien dispuestos para recibir las puras expresiones de mi corazón, con pura imparcialidad de la más recta razón». He aquí la motivación que le indujo a escribir: «Como sacerdote de Jesucristo, desde cuando abracé este santo ministerio, entendí siempre un vivo afecto, que me hizo desear el bien y la felicidad de los demás como la de mí mismo. Me parece tener una relación de santa amistad con todos en la tierra, sean de mi religión o bien de otra, sean ricos o pobres, señores u obreros, humilde y mísera gente o bien alta aristocracia. Vi a un hermano mío, a un señor en cada uno, y lo que mejor deseé para mí en esta vida y en la otra, lo deseé igualmente para todos». Así en una hoja que acompaña la carta.

Nos gusta referir la conclusión. Tras haber explicado cuánto es fácil la observancia de la ley de Dios y con cuánta amargura es sembrado el camino de la perdición, así que «se padece y se sufre más en perderse que lo que se haga para salvarse», el Padre se pide: «Y ahora, ¿qué otra cosa queda para añadir?».

Contesta: «Agoté todas las amorosas e insinuantes persuasiones para conducirla entre los brazos salvadores de Dios su Creador, su Redentor, para recordar a su mente la gran importancia de salvarse en eterno junto con todos los suyos, ¡para indicarle los medios fáciles con que alcanzar este altísimo fin!

«Ahora solo una cosa me queda para hacer, y la haré con todo el corazón, o sea: rezar diariamente para Usted, mi muy querido, (...) y especialmente en la celebración de la Santa Misa, cuando tengo a Jesús en mis manos.

«Sí, recé, rezaré para su salvación eterna hasta el último extremo de mi vida. Cuando el afán de muerte me cansará, querré que aquellos últimos anhélitos sean tantas súplicas a mi Señor Jesucristo para que su divina gracia la ilumine, la conmueva y la gane; para que le vuelvan a la mente todas las palabras de esta carta mía, y sobre cada cosa de este mundo falaz y engañoso, despierten en usted el más vivo interés de la eterna salvación suya y de los suyos y para tomar los indispensables, pero fáciles méritos que le sugerí.

«Pero esto no basta. Cuando estaré en el cielo, en el seno de mi Creador y divino Redentor, como firmemente espero, seguiré rezando cara cara a mi adorado Señor y a la Santísima Virgen María, al santo de que usted lleva el nombre y a su Ángel de la Guarda, para que usted se salve eternamente

junto con los suyos, poniendo hasta ahora su eficaz cooperación; ¡y que yo tenga la gracia de tenerla como compañero de la eterna bienaventuranza!».

Con esta atestación y esperanza se cierra la carta que el Padre Vitale justamente define «el testamento del Padre, el último grito de su alma en medio de la sociedad en que vivió: **¡Sitio!**» (**ob. cit.** p. 666).

El Padre quiso una edición en formato grande en cuarto: «yo oponía razones de estética tipográfica – nos recuerda el tipógrafo – pero fue él a decirme: “No, no, se trata en mayor parte de personas mayores, que no tienen buena vista y necesitan caracteres muy grandes». El libro fue enviado personalmente a muchos así llamados amigos, conocidos por su incredulidad. La señora Schiró recuerda que el Padre se encomendaba a su padre, Hércules Bonetti, que le dijera los nombres de estos aberrantes para poderlos alcanzar con este medio. La dirección manuscrita del Siervo de Dios hizo no poca impresión a algunos. Cuando se hallaba con alguien de estos, casi la primera pregunta que hacía, era la de saber si hubiera recibido la carta y qué efecto hubiese logrado su lectura, porque él en su ingenuidad y en su celo, pretendía casi la conversión y la práctica cristiana.

10. Con los sacerdotes caídos

El Padre lloraba cuando se trataba del honor de Dios ofendido y no se ahorraba nada para proponer incluso la remoción de algún párroco que olvidaba sus obligaciones. Escribe el Padre Vitale: «Más de una vez tuvo en su vida que llorar amargas y dolorosas lágrimas sobre la suerte de algún rebaño confiado a pastores indignos, que se camuflaban con vestes de cordero y engañaban los superiores. Y no faltó nunca de afanarse con todos los medios, corriendo hasta peligro de su propia vida para ayudar las Autoridades en esta obra de salvación; hasta cuando no consiguió librar las ovejas vacilantes. ¡Cuántas bendiciones luego llovieron en la cabeza del Padre!» (**ob. cit.** p. 660).

Se demostró lleno de caridad y celo con los sacerdotes que habían caído y los apóstatas. En todos los encargos que le fueron confiados por los obispos – y tuvo unos encargos muy delicados, por ejemplo, de sacerdotes infelices y también apóstatas – se demostró padre amoroso, lleno de caridad y circunspección. Por muchos casos, sé positivamente, que los recuperó a Jesucristo y a la Iglesia. Muchos sacerdotes, que no se portaban bien y eran suspendidos **a divinis**, fueron acogidos por el Siervo de Dios, de acuerdo con el Obispo, hasta su redención. Hay alguien que hace sus nombres: «Recuerdo el bien que actuó hacia el apóstata sacerdote Natoli: lo acogió en Aviñón: era ya próxima la rehabilitación en la curia, pero la tuberculosis rompió su joven existencia. Recuerdo el sacerdote Meli, uso a la embriaguez, por el cual inventaba cualquier cosa: de acuerdo con el arzobispo lo encerró en Aviñón. Recuerdo el Padre Chinigò de los Mínimos: secularizado tras el año 60 y viviendo en concubinato con hijos: con cuidados asiduos, gentiles y discretos, había obtenido el arrepentimiento; pero el terremoto de 1908 le quitó la vida. Recuerdo el sacerdote Carbone en guerra con el arzobispo: el Siervo de Dios lo condujo en el recto camino. Con el sacerdote Carbone, suspendido **a divinis**, usó mucha caridad. Le predicó los ejercicios en nuestra casa, se interesó con el obispo, lo hizo volver a sus mansiones».

Del Padre Carbone destacamos que él, para ayudarse económicamente, había montado una tienda de embutidos y él estaba en el banco cortando mortadela y jamón, con mucho escándalo de la gente, contra la prohibición de la autoridad eclesiástica. El Padre le hizo relevar la grave inconveniencia y lo exhortó a trabajar en su iglesia, más bien le regaló una estatua de Santa Rita,

asegurándole que habría tenido trabajo y pan. Así empezó el culto de la Santa en la iglesia de San Paulino, en Mesina.

El Padre Carbone no se cansaba de celebrar las alabanzas del Padre y «muchas veces – cuenta un religioso nuestro – enseñándome la tumba del Siervo de Dios en San Antonio exclamaba: “¡Cuánto estoy obligado con aquella grande alma! ¡Estoy seguro de salvarme porque él una vez me prometió que en el Paraíso rezaría por mí!».

Recuerdo otro sacerdote, en Oria, el Canónigo Ferretti, que era arcipreste de la catedral, en conflicto terrible con el obispo hasta provocar la intervención del Santo Oficio, que lo privó del beneficio y suspendió **a divinis**. El Padre indujo el sacerdote a reconocer su error, a través de una pública retractación en la prensa, a humillarse ante el obispo y a obtener la rehabilitación. Hasta la muerte aquel sacerdote guardó por el Padre una memoria agradecidísima.

Sin lugar a dudas, no era sólo el Canónigo Ferretti quien guardaba este recuerdo del Padre. El Canónigo Barsanofio Bembi escribió: «Especial sensibilidad el Siervo de Dios mostró por las necesidades del clero y la casa de Oria fue a menudo amparo de muchos eclesiásticos que venían para invocar su ayuda. No rechazaba nunca su obra incluso ante dificultades gravísimas y no lo desanimaban tampoco los fracasos, especialmente cuando se trataba de obtener la rehabilitación de algún extraviado».

Las oraciones por los pobres apóstatas eran continuas: en una nota suya tenía cinco de ellos confiados a las sagradas llagas de Nuestro Señor; y uno de ellos, del que la apostasía le era más dolorosa, porque ya capellán en la casa de Giardini, lo había encerrado en la llaga del Corazón de Jesús (N.I. Vol. 10, p. 84).

De los cinco, cuatro murieron reconciliados con la Iglesia y con señales de sincero arrepentimiento; el quinto, lamentablemente – ya capuchino de Francavilla Fontana – fue precipitando cada vez más hasta ser declarado excomulgado en vida y murió en tal estado: ¡confiemos en la misericordia del Señor!

Objeto de oraciones y atenciones particulares del Padre fue el sacerdote Perciabosco. Se había enfrentado fuertemente con el obispo en el tiempo de la revolución por motivos políticos y había abandonado el sacerdocio retirándose en una casa de campo suya en el territorio de Pézzolo (Mesina), aunque conservando siempre la integridad de la conducta. El Padre le escribía (N.I. Vol. 5, p. 298), lo visitaba, lo exhortaba, pero aquello hacía el sordo. Una vez le envió el Padre Franzé, de los Frailes Menores, para invitarlo a bajar a Mesina. «Es un sacerdote que sufrió mucho – dijo al Padre Franzé – vive solo en medio del monte y no dice Misa desde hace muchos años. Si usted lo pudiera reconducir hasta aquí haría una obra santa para él, que ciertamente vive mal por su indigencia material y moral, que linda miseria más escuálida». El Padre Franzé fue, y fue bien recibido; Perciabosco le habló muy bien del Padre y le obligó a tomar algo de comida con él, preparado por él mismo, porque no tenía criados. ¡Pobre viejo! Vivía muy mal, en mucha estrechez y, a pesar de que fuera bastante culto, se había casi embrutecido por estar solo, segregado del consorcio humano.

«Le hablé con corazón fraterno – escribe el Padre Franzé – para inducirlo a dejar aquella vida y retirarse cerca del Padre Di Francia, donde habría sido acogido con los brazos abiertos, limpiado, guardado y venerado». Sin embargo, aquellas palabras cayeron en el vacío. Cuando el Padre lo supo, inculcó a sí mismo por el éxito infeliz de aquella misión: «Hace falta rezar aún con más fervor, ¡y yo tengo muy poco fervor!». Pero sus oraciones, finalmente, triunfaron: Perciabosco murió después del Padre, reconciliado con Dios (cf. **Bollettino** 1947, p. 70).

11. Todo lo interesaba

Todas las obras que se referían a la gloria de Dios interesaban vivamente el Padre.

Cuando, tras laboriosas prácticas, se consiguió hacer volver a Mesina los Padres Jesuitas, ausentes desde la supresión borbónica del siglo XVIII, las logias masónicas se pusieron en movimiento para crearles graves molestias, con la intención de obligarles a retirarse. Los buenos, sin embargo, tomaron partido en su defensa. El Padre en 1891 aceptó con gusto de tener la prolucción en la academia que los estudiantes habían preparado con ocasión del día del santo de su rector, el jesuita Padre Alfonso Labso; prolucción que fue una exaltación de esta «religiosa familia, que desde hace más de tres siglos, como estrella brillantísima, lleva la juventud a la salvación», a pesar de las luchas a las que es sometida: «Oh jóvenes, – exclama – menospreciad la mueca del mundo, y decid abiertamente: “¡Nosotros somos discípulos de un jesuita!» (Vol. 45, p. 435). El Padre Nalbone recuerda: «Más veces, siendo yo rector en Mesina, tuve a invitarle para discursos en el colegio, y él aceptó siempre con prontitud, edificando inmensamente los fieles. La Compañía lo tenía querido, y le dio la **Filiación**, o sea la participación a los méritos y sufragios de la misma». Recordemos la novena y el panegírico a Nuestra Señora de la Escalera, el panegírico de San Ignacio, cuando se retomó su fiesta interrumpida desde 1773, y por el año centenario de San Luís, en el 1891, el panegírico del Santo.⁷⁴

Para obtener el regreso de los Padre Crucíferos en Mesina, el Padre hizo rezar largos años, como ya dijimos.

En una súplica al Sagrado Corazón, recordando que el Orden Camilo había sido floreciente en Mesina, imploraba: «Os suplicamos que Os dignéis, en vuestra infinita caridad de hacerlo resurgir. (...) y Os rogamos, oh Señor, que estos ministros de los enfermos los enviéis a esta ciudad: verdaderos hijos de San Camilo, que sean celosos, que tengan la caridad, la humildad, y todas las virtudes de su santo Fundador, para que por su ministerio sean salvas las almas y consolado vuestro Divino Corazón» (Vol. 4, p. 47). El día 18 de cada mes se hacía el obsequio a San Camilo por esta intención.

Otra lucha se encendió contra los Salesianos y su instituto San Luis; y he aquí que el Padre pone en oración las comunidades, para que las fuerzas adversas no prevalezcan contra los hijos de Don Bosco: «Oh Señor Jesús, ¿y hasta cuándo los adversarios de vuestras santas Instituciones se gloriarán por su iniquidad?». Y presenta al Sagrado Corazón «todas las divinas Misas que se ofrecen en este día en todo el mundo; os ofrecemos el Corazón Inmaculado de la Madre vuestra Santísima, con todas sus divinas virtudes», y ruega: «haced triunfar la justa causa, no nos quitéis esta santa escuela, este sagrado Instituto, donde la juventud aprende a creer, a conocer, a temer, a amar, a servir» (Vol. 6, p. 53).

El orfanato Lombardo, en Mesina, así llamado porque edificado con las ayudas llegadas de Lombardía para los huérfanos del terremoto, había sido construido falto de capilla; el Padre se activó para que esta se sacara de uno de las salas más amplias, convenientemente adaptada y equipada con altar, bancos, indumentos sagrados, casi todo a su cuenta, encargándose él mismo de la Misa festiva y relativa instrucción religiosa de los jóvenes.

⁷⁴ El Padre Vitale recordaba que, en la comida, en que participó él también, el Padre terminó su brindis con esta invocación: **Luis, suba a ti mi palabra – Por favor, ¡consérvanos los hijos de Loyola!**

Así también no tenían servicio religioso los alumnos de la escuela agraria de San Plácido Calonerò, que sin embargo estaba edificada al lado de una iglesia estupenda pero encerrada para el culto. El Padre obtuvo que fuera abierta nuevamente para beneficio de la escuela anexa, y proveyó también aquí para la Misa festiva. Cuando estaba libre iba allá él mismo, de lo contrario proveía por medio de otros.

Recuerda el Padre Vitale: «Yo con otros sacerdotes y clérigos, fuimos expresamente enviados por él para celebrar misa y dar la enseñanza catequística en cuanto fue abierto el Orfanato Lombardo, en gran parte acondicionado gratuitamente por el Padre, y a la Escuela Agraria de San Plácido Calonerò».

En Lardería había acontecido un motín popular, porque no se quería aceptar el nuevo capellán asignado por el arzobispo; y los ánimos se habían encendido tanto que se llegó a amenazar de muerte el cura que se hubiese atrevido a presentar en aquella iglesia. En realidad, se quedaron unos domingos sin misa.

Con el beneplácito del arzobispo el Padre fue allá: fue acogido con indiferencia, pero muy pronto se pasó a la deferencia y a la devoción; y él siguió en aquel ministerio durante un tiempo, celebrando dos veces la misa en las dos fracciones, con no poco sacrificio porque ya había pasado los setenta años y entonces el ayuno eucarístico era estrecho. Escribió a una hermana: «En aquel tiempo, yo con otra hermana lo acompañamos para la doctrina cristiana para los niños de aquellos salvajes, como él los llamaba. El Padre acabó aquellas peregrinaciones cuando el obispo proveyó con otro sacerdote, pero siguió siempre interesándose sobre las condiciones de aquel pueblo», porque «conocer para él una necesidad espiritual del prójimo era lo mismo que tirarse de cabeza para intentar satisfacerlo».

El Padre aprovechaba todas las ocasiones para decir la buena palabra y exhortar al bien. **II Faro**, semanal católico de Mesina, había empezado la publicación de un trabajo simpático en que, en diversos cuadros, empezaba a presentar la actividad de un joven sacerdote que se convierte en el apóstol de su pueblo. El Padre aprovecha para manifestar todo su apoyo al autor: «En el número 9 de **II Faro** me hicieron leer un artículo con el título **Observando**, (...) en el que, con formas y vistas hermosas, por cuanto conformes a la verdad, se viene a demostrar el gran y divino poder del sacerdocio católico, regenerando almas, países y naciones, con la suavidad de la gracia y de la doctrina evangélica. Aquel pequeño artículo, en que se describe el joven cura que sale del seminario bien educado en las sanas virtudes, que vuelve a su pueblo natural y, viéndolo demacrado o casi desmoralizado por los malos ejemplos anteriores, no se desanima, confía en Dios, conforma santamente su conducta y empieza con santas industrias a ganarse las almas: ¡este ejemplo, digo, me conmovió hasta las lágrimas, porque hace ver prácticamente lo que pueden hacer los evangélicos trabajadores en el nombre de Dios! Yo hallé allí para meditar largamente, como sobre una lectura espiritual; así quisiera que aquel artículo lo leyeran y meditaran los clérigos. Verdaderamente el sacerdote es la sal de la tierra y la luz del mundo; él tiene una atracción divina sobre los corazones, cuando cumple santamente su oficio.

«¡Cuánto es importante, pues, que los sacerdotes estudiemos hacernos dignos de nuestro divino ministerio! Me felicito vivamente con el escritor de aquel artículo, cualquier él sea, y quisiera estrecharlo al corazón» (N.I. Vol. 1, p. 80).

II Faro (14.03.1902) así comenta esta carta: «Las palabras de los grandes son siempre un conforto, y estas que el ilustrísimo Canónigo Aníbal Di Francia dirige a nuestro modesto trabajo, nos

lleen de alegría y nos animan entre muchas desilusiones y amarguras. Lo agradecemos con el corazón por tan amables expresiones y por su válido apoyo, en el que tanto contamos».

Escribió la hermana del Padre: «En la cercana aldea de Gesso el pueblo vivía lejos de los sacramentos y olvidando completamente toda práctica religiosa. El Padre a su cuenta envió un padre jesuita para una misión que duró quince días, en los que la fe ya apagada en aquellos corazones fue despertada otra vez admirablemente: un gran número de conversiones, de uniones ilícitas regularizadas con el matrimonio religioso. Fue inaugurado solemnemente un altar del Sagrado Corazón de Jesús y la asociación piadosa homónima, nacida con mucho fervor en aquellos días. Por la ocasión, el Padre regaló una hermosa estatua del Sagrado Corazón, que hasta ahora es venerada con gran piedad por todo el pueblo de aquella aldea».

En sus últimos años, el Padre llegó a conocer que en Taormina se tenían numerosas y frecuentes sesiones de espiritismo con las mesas hablantes y que unas chicas que frecuentaban el taller de las hermanas eran aficionadas de ello. Lo que sea la naturaleza de aquellos fenómenos particulares – que se reducen tal vez a meras payasadas – la doctrina espiritista es ciertamente inconsistente e impía (cf. Enciclopedia Católica, **Espiritismo**) y las repetidas condenas de la Iglesia imponen al católico de estar lejos de ella.

Recuerdo la pena del Padre cuando, hablando con uno de los Padres Salesianos de Taormina, éste sonrió, dando poca o ninguna importancia al asunto. «¿Usted se ríe? – lo reprochó el Padre – ¡Pero si aquí hay para llorar!».

En todo esto él veía sin duda la obra del diablo; imagínense por esto con cuánto celo se dedicó a predicar contra esta grave superstición, que llevaba a enfriar la fe y al declino de la práctica religiosa. Y, como de costumbre, él adelantó a este apostolado suyo la oración. Imprimió unas oraciones al Sagrado Corazón etc. Habla de espiritismo en la **Carta a los amigos** (p. 55). En Taormina, gracias a Dios, obtuvo el arrepentimiento de muchos espiritistas. Conozco unos cuantos, que se dedicaban a las prácticas espiritistas, que abandonaron tales prácticas, tras confesarse con el Siervo de Dios.

12. Por dos comunidades religiosas

Aunque muy comprometido con sus comunidades, el Padre con mucho gusto se prestaba a ayudar otras en toda ocasión. Recordemos dos institutos, por los que el celo del Padre se prodigó en modo particular.

El primero es él de las **Gertrudinas del Sagrado Corazón** en Nápoles. Empezado en 1902 como casa de trabajo para trabajadoras jovencitas, se transformó seguidamente en orfanato y luego salió el Instituto religioso. Su fundadora fue la oblata benedictina doña Gertrudis Gómez d'Anza, ayudada por el Sacerdote Ángel Padovano. La Obra – como también todas las Obras de Dios – durante muchos años progresó en medio de muchas dificultades. El Padre la conoció hacia el año 1910, y empezó a ayudarla en muchas maneras, hasta enviar unas religiosas suyas, que permanecieron allá un tiempo, vestidas como benedictinas, para introducir a la vida religiosa las aspirantes gertrudinas, por las que dictó también un reglamento adecuado.

Para hacer prosperar la obra también en el lado económico, publicó a su cuenta un pequeño opúsculo compuesto por él: **La Santa de las gracias**, en honor de Santa Gertrudis parecido al de

nuestro **Secreto Milagroso**, para atraer la atención de los fieles sobre el nuevo Instituto que hoy prospera felizmente (N.I. Vol. 6, p. 230-269).

El Sacerdote Padovano, en un número único, que presenta la Obra, la **Heroína de Mansfeld** (Nápoles 1914), reconociendo los méritos del Padre, le da el título de **cofundador**.

Más larga y difícil fue la obra del Padre con relación a dos Institutos fundados por un benemérito sacerdote de Gravina de Apulia, el Padre Eustaquio Montemurro. Se trata de los **Pequeños Hermanos del Santísimo Sacramento** y de las **Hijas del Sagrado Costado**. Como el Padre Montemurro tuvo que retirarse, el Padre, adhiriendo a la invitación de unos obispos, asumió su dirección, en la confianza que Montemurro volviera a conducir sus Obras, que le habría entregado nuevamente. Cuando vio que la vuelta no era posible, agregó a los Rogacionistas los pocos **Pequeños Hermanos** que habían sobrevivido, mientras otros habían regresado a sus casas. Para la precisión, destacamos que **Pequeños Hermanos** era el nombre de la Congregación, pero no había ningún religioso; en este caso se trataba de meros aspirantes, chicos de las primeras clases de educación secundaria.

Las Hijas del Sagrado Costado permanecieron bajo la dirección del Padre durante unos años y, mudado luego el nombre en el de **Hermanas Misioneras del Sagrado Costado**, tomaron un desarrollo consolador. Sobre las vicisitudes del Instituto hasta que permaneció con el Padre escribí en una publicación a parte;⁷⁵ en este trabajo destacamos episodios respondientes a los capítulos del libro.

La superiora de la casa de Potenza había abandonado la Congregación, dejando unas penosas consecuencias entre las chicas, que habían fomentado las reacciones de los familiares contra el Instituto. Siguió una revolución: se asaltó la casa de las hermanas, se lanzaron piedras contra las ventanas del palacio obispal, intervino la fuerza pública. El obispo Mons. Monterisi quería suprimir las hermanas. Intervino el Padre, que hizo notar al prelado: «Cuanto más es combatida una casa, tanto más profundas pone las raíces, para dar sus frutos abundantes **in tempore suo**. Además, ceder el campo al enemigo quitando las tiendas no da gloria al Señor. ¿Por qué quitar a Potenza el bien que hacen aquellas hermanas, aunque solo para tantas niñas que ante el Altísimo valen mucho? ¿Por qué dejar que gane el enemigo infernal? No dude Vuestra Excelencia que en su tiempo la institución hallará su camino, con mayor ventaja de este pueblo» (5 de julio de 1912). Y a la superiora de las **Hijas** da a conocer que escribió al obispo «procurando reconciliarlo en favor de estas hermanas»; y anima paternalmente: «Sea lo que sea, confiemos en el Señor y no en criatura alguna. Procuremos de contentar los Corazones Santísimos de Jesús y de María y no tengamos miedo de nada». Y como las alumnas de Potenza habían bajado de número, el Padre destaca: «No pasa nada: un alma sola vale cuanto todas las almas; cuidemos la instrucción de las pequeñas niñas y Jesús y María nos bendecirán»; y sigue para su consuelo: «Permaneced con un buen ánimo, no os abatáis, no os desaniméis, confiad en el Corazón Santísimo de Jesús; toda institución naciente tiene que pasar por estas vicisitudes. Hace falta constancia, gran confianza en el Señor, esperar **contra spem**» (N.I. Vol. 8, p. 121, 123).

Ahora un buen recuerdo de Monseñor Farina: «Noté el celo del Siervo de Dios para que el pueblo de Spinazzola no faltara de ayudar una guardería y un taller femenino regentado por las Hijas del Sagrado Costado. La casa donde ellas moraban y que era sede de sus obras las tenían en alquiler. Los propietarios por improvisa decisión la habían puesta en venta y pedían un precio de afección con pago inmediato. La Congregación naciente de las Hermanas no tenía para nada medios para adquirirla

⁷⁵ **El Padre y las Hijas del Sagrado Costado** (Extracto de nuestro Bollettino, años 1968 y 1969).

y lo mismo pasaba con el Obispo de Venosa, en cuya jurisdicción está Spinazzola. El buen Obispo con gran dolor veía que se perspectiva la supresión de aquella institución benéfica en aquel pueblo, en que la propaganda subversiva, que en aquel tiempo (en el año 1920) se afirmaba por doquier, había tomado ventaja y dominaba la administración pública. Viendo todo esto el Canónigo Di Francia, con gran generosidad, se comprometió él mismo para procurar los fondos necesarios para la adquisición, a pesar de las preocupaciones económicas que él tenía por sus obras. En efecto lo consiguió y la casa fue adquirida y hasta ahora está regentada por las hermanas, cuya obra en Spinazzola se afirmó y desarrolló».

13. El concurso de belleza

El quince de agosto en Mesina es tradicional la procesión de la **Vara**, un pesante carro con diversos pisos repleto de angelitos en movimiento ascendiente y descendiente, con encima la estatua de la Virgen. La **Vara** es arrastrada con cuerdas por el pueblo al grito entusiasta de **¡Viva María!**

En 1923 por la fiesta de mediados de agosto fue organizado por primera vez un concurso de belleza. El Padre ardió de indignación aprendiendo esta noticia, y en seguida publicó una protesta en **La Scintilla**, firmándola **Sacerdotium lux mundi**. Destacó antes de toda la inconveniencia de este concurso para los fines educativos y formativos de las chicas.

Tras haber mencionado la tradicional costumbre de la Vara, observa: «¡Pero hoy estamos en total evolución de civilización! ¡Aquella procesión y todo lo demás son cosas rancias de las fiestas a lo mejor de nuestros abuelos! ¡Hoy hacen falta cosas completamente diferentes! Hacen falta las mujeres exhibiendo el escote, con brazos desnudos con vestidos blancos como camisas para la noche, cortas como las de las bailarinas. ¡Hace falta aún más! La fiesta de la Santísima Virgen se tiene que solemnizar haciendo creer a las pobres jovencitas, ¡nada menos!, que nacer hermosa es un mérito, un gran mérito, digno de honores, aplausos, admiración y premios: ¡reprobación y ostracismo, en cambio, por no ser hermosa! ¡Fatalidad que imitar como los simios sea en Italia un privilegio tan grande! ¡Se imitan las prensas francesas, las costumbres de en ultramar, las americanadas del nuevo mundo!

«¡**El concurso de belleza!** Aquella pobre jovencita, a la que se quiere enseñar la modestia, que es la perla preciosa de la edad, tiene que ser examinada, escrutada, mirada una y otra vez a toda ventaja de un triunvirato de árbitros, (...) que examinarán si las orejas son cortas o bien largas, el naso de cuántos centímetros, la boca si ancha o estrecha, los dientes si blancos o negros, si las mejillas presentan anemia o color: ¡importante examen a veinte, treinta, a cuarenta jovencitas, si allí acorren! Aquellas cinco que al gusto extrafino de los arriba alabados parecerán las más bellas, serán escogidas, las demás descartadas. ¡Y he aquí que las primeras se van en éxtasis, porque creen que ser hermosa es algo igual que ser buena, virtuosa o sabia, y las repudiadas, derrotadas, creen que son dignas de reprobación y castigo! ¡Así el orden de ideas en la más tierna edad es subvertido! ¿Qué vale más para estas fracasadas esforzarse en ser virtuosas y sabias? ¿Asistieron igual al examen y al premio de la virtud y de la sabiduría? (...)

«¡Las cinco premiadas tendrán pajes! ¿Cómo no? ¿No tiene por derecho criados la que obtuvo el diploma de hermosa? Y los pajes, niños sobre los siete años, fijarán con sus ojos sus dueñas, y empezarán ellos también a entender algunas cosas. (...) Noble escuela en verdad, que prepara los futuros y precoces enamoramientos con tan desordenado movimiento de los afectos juveniles, con

tantas angustias de las familias, con tanta locura, ya que toda la dote de la novia basta que sea una ilusión de belleza, y tantas huidas, (...) y tantas tristes consecuencias, ¡hasta el terrible fenómeno de los trágicos suicidios en la más tierna edad!

«Ante esta americanada, que atenta al grave daño de los hijos e hijas de nuestro pueblo (ya que no podemos para nada suponer que familias serias y civilizadas presenten su inocente prole a tal principio de desmoralización) elevamos una voz de protesta, un grito de sentida angustia por tanta funesta iniciativa, que jamás había aparecido en Mesina: ¿y tendría que entrar en ella en el día sagrado a María?

«Rechazamos este primer intento tan importuno y peligroso, que seduce la pura conciencia de la adolescencia de ambos sexos, y además se reduce a una profanación de la solemne festividad de la Santísima Virgen Elevada al cielo».

Tras haber insistido en la profanación de esta fiesta, en que los jóvenes son llamados en modo particular a contemplar la gloria de «La que encierra en sí todas las bellezas del Cielo y de la tierra y que enamoró los más grandes genios del arte y de la literatura», llama la atención de los Señores del Comité a sus responsabilidades ante Dios: «Señores del Comité de las fiestas de mediados de agosto, no queremos ofenderos, pero examinamos la grave inconveniencia de la cosa en sí misma, y del inevitable daño moral de almas sencillas y cándidas, o también de almas que recorrieron las malas sendas de la vida y que mañana tendrían que confirmarse en el arte de la atracción seductora!

«Pero objetivamente os compadecemos como los que, sin darse cuenta, vivís en un mundo perdido, en una sociedad corrupta, entre la infeliz mayoría que no quiere conocer a Dios, que a todo piensa fuera que los grandes misterios de la Fe, que el terrible porvenir del más allá y de la severísima cuenta que de aquí al breve término de la vida tenemos que dar de cada nuestra acción a aquel Juez soberano, ¡que dijo que más le valdría hacerse poner una piedra de molino al cuello y ser arrojado al fondo del mar, en vez de ser causa de escándalo para los inocentes! ¡Y tras el fiero pasaje de este mundo, el encuentro de una eternidad feliz para los observantes de la ley divina, para los practicantes de la religión santísima de Jesucristo, e infelicísima para los que vivieron ajenos de Dios y de sus deberes religiosos, y que luego, en un segundo, como escribe el Evangelio, caen en el Infierno!

«Os compadecemos con el corazón, ¡pero os exhortamos, por las entrañas de la divina caridad y por el bien de vuestras almas, que dejéis el proyecto pensado!

«¡No hallaréis más compasión ante Dios, ante la sociedad de los honrados, si persistiréis aún, después de que llamáramos vuestra atención sobre la gravedad del asunto, a la que no pensabais! Enseñemos más bien a nuestras jóvenes, si queremos hacerles algún bien moral y civilizado, el dicho del Espíritu Santo en los libros santos: **Vana est pulchritudo; mulier timens Dominum ipsa laudabitur**: Es inútil la belleza; la mujer que teme el Señor será alabada» (N.I. Vol. 1, p. 100).

14. Para las almas purgantes

El celo de la gloria de Dios se extiende más allá de los límites de la vida terrenal. «La caridad, que parte del amor de Dios, tiene como fundamento la fe. Ella sale de los límites del tiempo, y busca miserias para expiar también fuera de esta tierra de destierro, en las regiones de la eternidad» (Vol. 45, p. 98). En el Purgatorio hay almas sin número que anhelan el momento feliz de pasar al Paraíso y alabar a Dios por toda la eternidad. Mientras tanto gimen inefablemente entre tormentos indecibles.

¡Con cuánto fervor el Padre hablaba de ello! Un recuerdo del abogado Romano: «Lo escuché una vez mientras hablaba sobre las almas purgantes y me emocionó. Si tuviera que hacer una confesión, diría que, si tengo una devoción hacia aquellas almas santas, lo debo a aquel discurso». Cuando el Padre describía las penas del Purgatorio no podía aguantar las lágrimas, especialmente considerando la pena del daño, la lejanía de Dios, que es la más sensible para las almas purgantes.

«¡Dios! ¡Nosotros no lo conocemos en este mundo! ¡Ay, somos como ciegos de nacimiento, que no desean la luz del sol porque nunca la vieron! La desean sin embargo con un íntimo, con un inefable deseo las almas del Purgatorio: lo vieron ellas a Dios en cuanto se presentaron ante su presencia: vieron su belleza infinita, aquella belleza que tiene en éxtasis sempiterna todos los innumerables seres celestiales; pero aquel verla fue un instante: ¡la vieron y la perdieron! Sin embargo, ¡qué profundas impresiones dejó en ellos la vista de Dios! No valen todas las llamas del Purgatorio para distraerlas de aquella amorosa atención. Piensan en Dios, lo aman, lo desean, lo anhelan, lo suspiran: como palomas encarceladas, baten y vuelven a batir las alas de sus deseos, pero todo es inútil. ¡No pueden volar a Dios si, antes, no satisfacen totalmente su justicia! Oh, ¡qué pena es esta! Oh, ¡qué estado doloroso de aquellas almas! Están siempre en la ansiedad de lanzarse hacia Dios, y no lo pueden alcanzar; ¡aman a Dios y no lo poseen! Son esposas de Dios, pero no ven la cara del Esposo: reinas del Paraíso, pero prisioneras del Purgatorio; el destierro ya acabó, pero aún no entran en la Patria. Pudieran al menos elevar a Dios sus súplicas, y con fervientes oraciones apresurar el acabamiento de sus penas. (...) ¡Pero no! Las almas del Purgatorio no pueden rezar por ellas mismas. ¡Se quedan inmersas en sus dolores amargos, sin poderse mínimamente ayudar!» (Vol. 45, p. 403).

Se puede por lo tanto imaginar fácilmente la devoción del Padre para las almas purgantes. Escribió: «En este Instituto hay una particular compasión y devoción hacia las Almas del Purgatorio, y yo cultivaré en mí esta devoción y compasión sufragando aquellas almas santas» (Vol. 44, p. 113).

El Padre tuvo una devoción singularísima para las Almas purgantes: nos dejó muchas oraciones por ellas. A menudo celebraba, hacía limosnas, ayunos, mortificaciones, florecillas, predicaba los siete días por las almas del Purgatorio, como también por los pecadores. Solía decir: «¡Recemos por ellas y ellas rezarán por nosotros!». Encomendaba las oraciones indulgenciadas para sufragar las almas santas. Pidiendo gracias, interponía siempre su intercesión. A menudo daba limosnas abundantes para hacer decir Misas por las almas purgantes. Celebrando en la comunidad, antes de empezar – ya lo dijimos adelante – exponía las diversas intenciones de la celebración, y nunca faltaba el recuerdo de las almas purgantes, especialmente las más abandonadas.

Las almas sacerdotales eran las preferidas. Añado que el Padre decía a menudo siete días de Misas para las almas purgantes sacerdotales: las últimas siete misas que celebró fueron dichas por este fin, y él agradecía al Señor por haber podido ultimar este ciclo de siete días.

Recuerdo ahora unas prácticas particulares dejadas a la obra: particular sufragio cada lunes, las oraciones así dichas gregorianas en sufragio del Purgatorio, o sea oraciones para rezarse antes de la misa, en los misterios principales o fiestas del Señor y de la Virgen, para obtener en aquel día que todo el Purgatorio se vacíe; nuestros actos comunes empezaban y se cerraban con el sufragio de las almas purgantes. Entre otras cosas el Padre agradecía al Señor porque la obra sentía esta ternura hacia las almas del Purgatorio. Citamos de los reglamentos: «Entre las devociones y prácticas de piedad tiene que tener la prioridad la de sufragar las almas santas del Purgatorio. Para este fin los postulantes no olvidarán de hacer a menudo meditaciones y lecturas sobre el Purgatorio. En todos los actos comunes las oraciones se cerrarán con el **Requiem**. Cada lunes ofrecerán la Santa Misa en sufragio de las Almas Santas, como también la Santa Comunión. Celebrarán el mes de noviembre ofreciendo

todos los ejercicios de piedad para su ventaja» (N.I. Vol. 10, p. 168). «Para las almas del Purgatorio harán la **donación piadosa** (acto heroico de caridad) antes del tiempo de la profesión» (Vol. 2, p. 31).

15. EL SEGUNDO MANDAMIENTO

1. El precepto evangélico. 2. Desde los primeros años. 3. Vio y besó a Nuestro Señor. 4. Por amor de Dios. 5. Grandes y príncipes ante Dios. 6. Heroísmo auténtico. 7. «A mis queridos Señores Pobres». 8. Sin compás. 9. Autodefensa. 10. «La caza a los pobres».

1. El precepto evangélico

Recordemos el precepto evangélico de la caridad: «**Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente.** Este mandamiento es el principal y primero. El segundo es semejante a él: **Amarás a tu prójimo como a ti mismo.** En estos dos mandamientos se sostienen toda la Ley y los Profetas» (Mt 22, 37-40).

El Padre nos deja este breve y sugestivo comentario: «En Jesucristo y en el amor puro de Jesucristo nuestro sumo bien, tenemos que amar con entrañas de visceral y fraterno amor al prójimo como imagen de Dios, nuestro parecido y signo y comparación del amor de Jesús, formando estos dos preceptos uno solo, del que **depende toda la ley y los profetas**; y esto quiere decir que el resumen de toda la doctrina de los libros del antiguo y nuevo Testamento, y de todas las leyes de la santa Iglesia, y de todos los escritos de los Padres y Doctores y de los escritores eclesiásticos, y de toda la palabra anunciada por los apóstoles, por los mártires, por los confesores de todos los siglos, todo se reduce a esto: amor de Dios sobre todas las cosas y del prójimo como de nosotros mismos: esta es la caridad y la caridad es Dios y Dios es caridad» (Vol. 3, p. 166).

Por esto prescribe el Padre para sus Institutos: «El precepto dado por Nuestro Señor Jesucristo: **Amaos los unos a los otros como yo os he amado** (Jn 13, 34), que forma el distintivo de los verdaderos cristianos, es precepto primario en este Instituto, como el de amar a Dios sobre todas las cosas, con todo el corazón, con toda el alma, con todas las fuerzas» (Vol. 44, p. 120).

«La más perfecta observancia de este precepto es el medio más eficaz de mi santificación» (Ibidem p. 114). «La religión no es solamente culto y piedad: ella es práctica de obras buenas, (...) beneficiar los míseros y los afligidos» (Vol. 45, p. 47).

Éste es el programa: veamos ahora cómo él durante toda la vida le permaneció fiel.⁷⁶

2. Desde los primeros años

Creo que sean felizmente aplicadas al Padre unas expresiones de Job, que es bien recordar antes de empezar el resumen – muy reducido – de su actividad caritativa:

Nunca me cerré al pobre necesitado o a la viuda consumida por el llanto; nunca comí el pan en soledad, sin querer repartirlo con el huérfano porque Dios desde joven me cuidó como un padre, me condujo desde el seno materno (Job 31, 16-18); socorría al pobre que gime, al huérfano necesitado (...) yo era padre de los míseros (Ibid. 29, 12 y 16).

El Padre, por su caridad espiritual y material, derramó su vida, sus bienes y todas las limosnas recibidas. Sintió en grado máximo la caridad hacia el prójimo, que explicó como una misión que Dios le había confiado a favor de los huérfanos y necesitados; su obra fue polifacética, abundante y continua, y Mesina estaba orgullosa de tener en el Padre Francia el apóstol sincero de la caridad.

⁷⁶ Cf. **Acción religiosa y social del Cardenal Dusmet y Aníbal Di Francia**, tesis de licenciatura en letras y filosofía del Padre José Borraccino RCJ en la Universidad de los estudios de Roma.

Supo desde los primeros años repartir sus modestas sustancias; quiso y supo seguir una obra eficaz para el alivio de tanta miseria que lo rodeaba; no se confundió nunca por la anchura o la profundidad de los compromisos que asumía; él siempre ensanchaba extendía, mejoraba su obra. La virtud que le caracterizó mayormente fue la caridad, porque las obras realizadas por él demuestran esto luminosamente: vivía con ella en ella y por ella. El Canónigo Aníbal María Di Francia para todos es sinónimo de caridad. En propósito tenemos un claro testimonio del mismo Siervo de Dios: en una carta a los señores administradores comunales de Ostuni, el Padre, hablando de las diversas obras de caridad, confiesa ingenuamente: «Es una misión de la que siento que nací por ella» (Vol. 42, p. 35); y al Comité de Beneficencia de Taormina: «Desde mi juventud me consagré a un único fin, o sea el de socorrer – por cuanto es posible a la estrechez de mis limitadísimas fuerzas – la miseria del prójimo» (Vol. 41, p. 43).

Sin embargo, no podemos defraudar la señora Ana Toscano del mérito de haber dado a sus hijos ejemplos de virtud excepcional, a los que el Padre se inspiró desde sus años más tiernos. A menudo regresaba a casa con algún niño andrajoso para alimentar y limpiar o alguna niña necesitada de amparo, por la cual se interesaba. Alguna vez ocurrió que, volviendo a casa para comer sud dos hijos sacerdotes hallaron que la mamá aún no estaba lista, más bien, tras haberlo preparado todo, en el último momento la comida había ido a parar a una familia necesitada, y ahora para ellos tocaba esperar que la mamá empezara nuevamente su servicio.

De Aníbal ella decía que desde pequeño mostró tierna solicitud hacia los pobres, dando todo lo que podía recoger de objetos y comida para ellos. Y esto es confirmado por una prima suya: «Desde niño fue muy caritativo para con los pobres, hacía falta estar al tanto porque todo lo daría para esta finalidad».

De unos recuerdos de la hermana Teresa destacamos que, llegada un día a la mamá una mujer pobre en búsqueda de pan y trabajo, el pequeño Aníbal espontáneamente fue a buscar dos escudos de plata, regalo de la tía Luisa La Farina para su cumpleaños y los ofreció a la pobrecilla.

Bonito es el episodio de San Nicolau cuando, a los 10 o 12 años, mientras sus compañeros bromeaban malamente con un pobre, tirándole encima la piel y las sobras de la comida, él en cambio se levantó todo encendido por la caridad, recogió en seguida lo que pudo y fue a ponerlo en las manos del pobrecillo, indignado por los modos de los compañeros.

Otro episodio delicado. En casa Di Francia se habían olvidado de pagar la impuesta de la propiedad. Como se usaba en aquellos tiempos, un centinela fue puesto en la puerta de casa. El militar, fuera, al aire libre, sufría el frío y el hambre. La mamá estaba ocupada lidiando con el papeleo para el pago de la propiedad y la remoción del importuno centinela. Aníbal en casa estaba preocupado sólo por el sufrimiento del guarda: por eso lo hizo subir, al amparo de la lluvia, y lo fortaleció con un buen desayuno.

Para agotar el testimonio de la hermana del Padre, anticipamos el relato de otro episodio caritativo, que tuvo lugar más tarde, o sea cuando el Padre empezó su morada en el barrio Aviñón. Tomó como excusa un triduo que tenía que predicar en honor del Corazón Santísimo de Jesús. La mamá permitió que permaneciera en el barrio para ahorrarle la molestia de volver a casa muy tarde y le abasteció para la cama dos suaves colchones de lana. Pero estos en aquel mismo día fueron regalados a dos pobres, que dormían en la nuda tierra, y él durmió en las tablas cubiertas por una manta. La mamá cayó en la cuenta, proveyó en seguida con otros dos colchones; esta vez sin embargo protestó que se los daba sólo en préstamo. (...) Pero en poco tiempo desaparecieron aquellos también, para poner un poco de orden en una familia muy pobre, en que se dormía en lamentable promiscuidad.

3. Vio y besó a Nuestro Señor

De lo que mencionamos arriba, y mucho más de lo que destacaremos luego, aparece evidente que el amor para con los pobres en el Padre fue un don extraordinario de Dios, que lo destinaba a una sublime misión de caridad para hacer de él verdaderamente el Padre de los huérfanos y de los pobres, como universalmente lo llamaban en Mesina. Este don parece que se le dio o, mejor, confirmó, en un episodio, que igual sale de los límites del natural. Más de uno cuenta el hecho con algunas variaciones. Nosotros referimos el informe publicado por el Padre Santoro en nuestro **Bollettino** (mayo-agosto 1927, p. 132).

La noche del 20 de febrero de 1925 el Padre Santoro se entretenía con el Padre en el Espíritu Santo, para tener noticias por él sobre el origen de la Obra: noticias publicadas seguidamente en el **Bollettino**. El Padre, pues, hablando, mencionó algo extraordinario. (...) “¡Que no, no te lo voy a decir!”. Y el Padre Santoro entonces implorando: para el bien de la Obra, para nuestra edificación, para la gloria del Señor, para hacernos amar nuestra vocación; hasta que cedió.

«Y entonces, empezó, no sin un poco de dificultad tras mil protestas de confidencialidad:

“Lo digo para hacer conocer cómo el Señor hizo para atraerme al amor de los pobres y para edificación.

“Un día caminaba hacia casa, en los primeros tiempos, más bien en los primeros días en que comenzaba la Obra. De repente me encuentro en un grupo de personas que hacían círculo al redor de algo: era un chico deficiente, todo sucio, con los labios llenos de baba y la ropa hecha jirones y asquerosa; y aquella gente hacía de todo ello un espectáculo. Yo me compadecí, tomé aquel chico de la mano, lo llevé conmigo a mi casa, y así aquella gente se marchó. Llegado a casa, yo estaba solo con él, porque nadie de mis familiares estaba dentro. Lo tomé, lo limpié, le di de comer y lo acosté en la cama. Luego, considerando en aquel pobrecillo Nuestro Señor, según su divina palabra, me acerqué para besarle, queriendo besar a Jesús. En aquel momento desapareció de mis ojos aquel chico deficiente: yo vi acostado a Nuestro Señor Jesucristo, vi el rostro de Nuestro Señor Jesucristo con una mirada real, penetrante, que me afectó, me enterneció: besé y volví a besar el rostro de Nuestro Señor Jesús. Igual era una visión de inteligencia”.

“Luego todo volvió al estado anterior. Lo proveí de todo y lo despedí. De aquel momento tuve un transporte mayor para con los pobres. Aquel chico fue puesto en un asilo, luego no supe nada más”».

4. Por amor de Dios

Transporte para con los pobres, que es todo caridad y amor de Dios. En efecto el amor del prójimo es virtud teologal cuando el prójimo se ama no por sí o por cualquier motivo humano, sino por amor de Dios: o sea cuando en el prójimo se ama Dios. Es palabra revelada: **En esto conocemos que amamos a los hijos de Dios: si amamos a Dios y cumplimos sus mandamientos** (1Jn 5, 2).

Así fue el amor del prójimo en el Padre. Muy emblemática es por lo tanto la expresión del Canónico Celona: «Los pobres para el Padre eran verdaderamente Jesucristo».

El Padre amó el prójimo con un amor sobrenatural y se sacrificó por ello, porque quería salvar su alma: para este fin eran enderezadas todas sus fatigas: los orfanatos, el celo para el Rogate, la Unión Piadosa, las Congregaciones religiosas. Todo lo que tenía y lo que hizo, fue siempre con referencia al amor de Dios y del prójimo.

Después de todo, no podía haber satisfacción humana en el elemento en el que trabajaba, que era el rechazo de la sociedad, en casos naturalmente repelentes, que en otros suscitaban repulsión. Él se moraba continuamente en medio de los pobres, los limpiaba, los aliviaba, les besaba los pies, hasta tal vez cargarse con sus insectos. Y hay que decir que él personalmente era muy limpio por naturaleza y por educación. Hacía todo esto por amor de Dios, no ya por sensibilidad natural, que nos puede conmovir tal vez, pero no persevera; y por esto sólo la caridad por amor de Dios puede explicar su obstinación y perseverancia en medio de las dificultades, contradicciones, incomprensiones y persecuciones que tuvo que aguantar para defender los pobres.

Solía decirnos: «¿De veras amáis al Señor? Igual no, porque al revés delante del andrajoso y llagado y sucio no sentiríais repugnancia, porque justamente en él hay el Señor». Cuenta una hermana: «Creo que el amor para con los pobres era el efecto del amor hacia Dios también por este hecho: Sor Nazarena celebraba su santo el 6 de agosto: aquel día el Siervo de Dios le envió como regalo y felicitaciones un viejo horrible por trapos y suciedad, para que le lavara los pies; yo que vi desde lejos aquel miserable, tuve asco. Ciertamente la preciosidad de la obra de misericordia tenía su origen justamente por el ser aquel pobre la imagen viviente de Jesucristo, según el pensamiento del Siervo de Dios».

Tras haber entendido estos testimonios, escuchemos las palabras del interesado: el Padre mismo nos abre su alma en la carta al profesor Cannizzaro, de que hablamos antes: «El amor que llevo a mi Señor Jesucristo como verdadero Dios, me impulsa a obedecer a todas sus palabras, además que produce en mí otra llama de amor, o sea el amor de mi prójimo. Jesús dijo: **Amad a vuestro prójimo como vosotros mismos**; y yo me esfuerzo de amar el prójimo como mí mismo; y es por esto que dediqué mi mísera vida para bien de mi prójimo, por lo que mezquinamente puedo. Jesús dijo: **Dad al que os pida, y: Lo que hagáis al más mísero lo haréis a mí mismo**; y yo intento no negarme a nadie, y en la persona del pobre venero a la persona de Jesucristo. Jesús bendijo a los niños, lo amó con amor tierno, y dijo: **No menospreciéis a nadie de estos niños, porque sus Ángeles contemplan continuamente el rostro de Dios**. Y yo por esto amo mucho los niños y me esfuerzo de salvarlos. Considero antes de todo que el máximo fin de todo lo que hizo, dijo y padeció Nuestro Señor Jesucristo, fue la eterna salvación de las almas, y sudó sangre en el huerto pensando en cuántas almas se pierden por el orgullo y la sensualidad; y yo me esfuerzo antes de todo para la salvación eterna de las almas.

«Todo esto le digo, muy querido profesor, no para alardear de ello, porque yo no soy nada, sino para demostrarle que el amor del prójimo **hasta el sacrificio** no puede subsistir sin el amor hacia Jesucristo Dios. Hablo del sacrificio verdadero, humilde, íntimo y no del fanatismo, que no consigue sino aparentar el amor del prójimo.

«Considere, muy querido profesor, que, si yo no amara a Jesucristo, me aburriría muy pronto estando en medio de los pobres más abyectos, y despojarme de lo mío, y perder el sueño y la propia tranquilidad por los pobres y por los niños» (N.I. Vol. 5, p. 121).

5. Grandes y príncipes ante Dios

Pero sobre el amor del Padre para con los pobres queda mucho más para decir.

Recordemos el juicio que dio de él aquel incomparable siervo de Dios que fue el Venerable Ludovico de Casoria, que, en el primer contacto que tuvo con el Padre entrevió la singular belleza del alma. «El Padre Ludovico, oyendo hablar nuestro Padre, y sobre sus obras empezadas, dijo entre el serio y el divertido al Padre Bonaventura, su compañero y luego sucesor, que estaba presente: “¿Qué vamos a hacer? ¿Lo tenemos entre nosotros? Es muy inclinado por los pobres”. El Padre en los coloquios que tuvo con el santo hombre le quería arrancar algún secreto que éste usaba en la falta de medios. Y aquel hombre del Señor le quería persuadir que la caridad tiene que ejercerse dentro ciertos límites. El Padre parece que no quedó muy satisfecho por la respuesta, porque le parecía duro rechazar los pobres, y replicó más de una vez: “Pero, ¿cómo se puede negar a los pobres necesitados?”. Y el Padre Ludovico, tras sus insistencias, comprendiendo que el amor de Jesucristo era muy grande en el sacerdote que le hablaba, le dijo en tono serio: “¿Cómo se hace? ¿Cómo se hace? Y si alguna vez también el Padre Ludovico, **que tiene un corazón por Jesucristo**, se duele por no poderlos ayudar, ¿qué quieres hacer?”. El Siervo de Dios, ante un alma que le entendía no pudo no descubrirse y traicionarse a sí mismo. Otra pregunta le dirigió el Padre, que hallaba tal vez los pobres resistentes para confesarse, sobre la manera de portarse con ellos; y el Venerable contestó: “Cuando vos habréis recogido un pobre y lo habréis limpiado y vestido desde la cabeza a los pies, y lo habréis socorrido al menos durante un mes, entonces podréis empezar a hablarle de confesión» (cf. Vitale, **ob. cit.** p. 129-130).

Leamos mientras tanto las declaraciones que el Padre escribió para sus Rogacionistas: «Amaré y respetaré a los pobres de Jesucristo, con espíritu de fe y caridad, y los consideraré como miembros dolientes del Cuerpo místico de Nuestro Señor Jesucristo, teniendo siempre presente lo mucho que el mismo Jesucristo Nuestro Señor ensalzó a los Pobres, declarando como hecho a sí mismo lo que se haría a ellos. Deploraré que el mundo ignorante y perdido los desprecia y margina por su condición, cosa que hacen también a menudo muchos cristianos. Y yo, los tendré por personas notables, como nobles y príncipes ante Dios, acordándome de aquella divina palabra: **Honorabile apud Deum nomen eorum** (Sal 71, 14). Haré consistir este amor en compadecerlos, aunque sean molestos o defectuosos, en socorrerlos y haciendo que los socorran, en servirlos, si es debido, en ayudarles donde pueda, y más aún en evangelizarlos y en acercarlos a Dios» (Vol. 44, p. 114). Esto naturalmente es el fin al que tiene que tender la caridad hacia los pobres: «La caridad temporal tiene que ser acompañada por la espiritual. Los pobres necesitan ser evangelizados.

«Se hallan tal vez unos que, durante años y años, por negligencia, no se acercan a los sacramentos, que no saben los fundamentos de la doctrina cristiana. Hace falta reunirlos al menos el domingo y las fiestas y, antes de darles el socorro corporal, instruirles en el catecismo, enseñarles el rezo del **Credo**, del **Pater**, del **Avemaría**, hacerles rezar un poco y luego, en las festividades confesarlos y hacerles acercar a la Santa Comunión. Recordemos que Nuestro Señor, como signo de su divinidad y que Él era el Mesías prometido, tras haber recordado los grandes milagros de su omnipotencia, añadió el mayor milagro de su misericordia: **¡Los pobres son evangelizados!** Evangelizar los pobres sin socorrerlos es un trabajo incompleto. Hace falta unir ambas cosas, y se habrá hecho un servicio infinitamente agradable al Corazón adorable de Jesús, que nos obtendrá la abundancia de las divinas bendiciones. Así pues, que nunca falle este espíritu de doble caridad» (N.I. Vol. 10, p. 114).

A la enseñanza seguía el ejemplo.

El Hermano Mariano, hallándose en Nápoles con el Siervo de Dios, fue invitado por él en una mañana a vestirse bien, porque se tenía que visitar no sé qué marqueses, barones o príncipes, de que hacía también el nombre. En cambio, la mañana se pasó visitando y ayudando con buenas palabras y abundantes limosnas a pobres uno más miserable del otro. Volviendo a casa, le preguntó si las visitas a los aristócratas estaban aplazadas para la tarde.

“No, – contestó el Siervo de Dios – ya las hicimos”.

“¿Y hacía falta – replicó el Hermano Mariano – vestirme tan limpio y con ropa nueva para llenarme de insectos?”

“Los pobres son príncipes y los insectos que se toman por ellos son perlas” explicó él.

Escuchemos una hermana: «Una vez en el patio de Trani, donde estaban muchos pobres esperando la sopa, el Padre pasó en medio de ellos quitándose el sombrero e inclinando la cabeza, hasta que no bendijo la comida que se hallaba en la caldera. Ante nuestras expresiones de asombro, dijo: “¿Aún no estáis convencidas que los pobres son la imagen de Jesucristo?”. Otra vez veníamos con el Padre de Mesina: de la estación de Oria hasta San Pascual, él de la carroza saludaba a la derecha y a la izquierda continuamente. Curiosa quise ver para quién eran aquellos saludos; y el Padre cayó en la cuenta: “¿Quieres saber a quién saludo? Son nuestros señores, que van a tomarse la sopa».

Cuenta un fámulo del instituto: «Me hallaba en Oria en 1910. Me preguntó de repente: “¿Quieres adquirir unas indulgencias por tus muertos en el terremoto? Te propongo un sacrificio no pequeño: lavarás a Tomás. Era este el más asqueroso pobre de Oria, por los parásitos y las suciedades, que llegaban hasta a cerrarle las pálpabras. Acepté. Apareció entonces cogido del brazo de esta triste figura, diciéndome: “Éste es superior a un rey y a un emperador, porque representa la figura de Jesucristo”. Junto con otro lo lavé en una caldera de agua muy caliente. El Siervo de Dios me dio unos efectos personales suyos muy nuevos para vestirlo». Tomás muchas veces recibió este tratamiento por el Siervo de Dios, porque lamentablemente recaía muy pronto en su estado repugnante, porque se vendía los vestidos para volver a los trapos; y el Siervo de Dios, aunque lo sabía, no se cuidaba de la suerte que esperaba su don.

La caridad hacia el prójimo empeñó toda su vida: lavaba y revestía como nuevos los pobres como si fueran Jesucristo. Les besaba los pies, les daba personalmente de comer. Era conmovedor verle andar por las calles acompañado por lisiados y necesitados de toda clase; ocurría en los primeros tiempos que, saliendo para pedir limosna, regresara a casa sin tener más monedas. Alguna vez fue visto ceñido con un delantal, mientras cortaba el pelo y limpiaba excrementos humanos.

Un religioso recuerda los primeros tiempos de su entrada: «Se hacía un honor comer a menudo con los pobres, tal vez tomando una cucharada de sopa de los mismos pobres. A menudo les lavaba los pies y tal vez limpiaba de la cabeza a los pies un recién llegado. Alguna vez me estremecí por el asco viendo sentado en la mesa, tras invitación del padre un pobre todo sucio y que ensuciaba: y él observando benignamente que mis repugnancias desaparecerían una vez entrado plenamente en la Congregación. “Eres un novato”, me decía».

Destaca el Padre Vitale que «el Padre no podía vivir sin las emociones provocadas por estos casos naturalmente repugnantes, sobrenaturalmente deliciosos.

«Estuve presente yo también muchas veces a la escena de pobres repugnantes por la suciedad, que entraban en la habitación del Padre y salían de ella limpios y vestidos como nuevos. Él

personalmente cuidaba la transformación, porque al lado de su habitación había una vasca que le servía también a él». Un hermano había creído oportuno segregarse, como para los pobres, un vaso, porque había servido una vez a uno de ellos. Cuando el Siervo de Dios se dio cuenta de ello, hubo broncas fuertes y resentidas, porque los pobres son nuestros señores y no hace falta tener miedo de sus manos y de sus labios, a menos que no sean infectas. Aquel vaso lo reservó para sí y, por cuanto el hermano arrepentido y humillado lo había pedido para su uso, no hubo manera que fuera contentado. Los pobres recibían antes de todo el baño con agua caliente y él era quien los limpiaba y revestía con ropa nueva. Ocurría a menudo, los sábados, que el Siervo de Dios no entregara la ropa usada, porque la había dada toda durante la semana a los pobres y al encargado del ropero, que preguntaba dónde había ido a parar, respondía sencillamente con una sonrisa.

Además de la sopa diaria, de que hablaremos luego, el Padre en las solemnidades principales quería para los pobres una comida en plena regla. En tales ocasiones recuerdo la alegría cordial, íntima, profunda, que tenía. También él quería servir: su porción tenía que ser recogida con una cuchara de muchas otras, casi que la tuviera por caridad de ellos. Se sentaba y comía entre ellos, con ellos reía y conversaba. Él con los pobres haciendo brindis al santo de qué recurría la fiesta, a Nuestro Señor y a la Virgen. Para él y también para nosotros tenía que ser aquello un día de santo orgullo, porque príncipes, marqueses y barones habían honrado nuestro comedor.

Los últimos latidos de su corazón fueron los pobres: «Señor – decía – al menos una parte de las oraciones que se hacen por muchos para mí vaya por los tantos pobrecillos que no tienen herencia de afectos». Y tuvo también la fuerza, en los últimos días, de encomendar al Padre Vitale la caridad material para con los pobres, recordando muchos nombres a los que se tenía que socorrer, y estableciendo también la medida relativa. El Padre Vitale detalla mejor: «Un día durante su enfermedad nos decía: “Hice un pacto con Nuestro Señor, que de todas las oraciones que se hacen en nuestros Institutos para mi curación me aplique, si le gusta, solamente una quinta parte, y sólo una décima parte de las que me hacen todas las demás comunidades religiosas: lo demás lo dé el Señor a tantos pobrecillos que sufren, que no tienen a nadie que rece por ellos» (Vitale, **ob. cit.** p. 675).

6. Heroísmo auténtico

En la ciudad se sabía que el Siervo de Dios a menudo tomaba una cucharada de alimento de diversas tazas de los pobres para formar su comida; más bien a menudo comía en la misma taza de los pobres que daban más asco. A menudo tras haber instruido en la doctrina cristiana los pobres de Aviñón, y tras haberlos alimentado, él mudaba su comida de pasta calentada con poco aceite, para él, por estar delicado de salud, con algún otro pobre que estaba sufriendo. «En Oria ordenó a la superiora una comida para numerosos señores para el día siguiente. Naturalmente se sacaron, por su orden, los mejores cubiertos y manteles que teníamos. El día siguiente, en la hora establecida, aparecieron unos treinta pobres. Los dos más andrajosos y mocosos, por su elección, se sentaron a su lado: nosotras, cuenta una hermana, permanecimos confundidas; nos miramos en la cara y llamamos, incluido el Padre Palma y la superiora D'Amore. En un cierto momento me di cuenta que a uno de los pobres que estaba sentado a su lado, le caía la baba en su plato. El Padre se habrá dado cuenta, y distraídamente cambió con este el suyo. Yo que me di cuenta de todo, tuve un movimiento de repulsión y de asco, por lo cual grité: ¡Nuestra Señora! El Padre con un gesto me impuso silencio. Acabada la comida, dije claramente al Padre: “Si me hago santa, quiero ser una santa limpia y no sucia”. Él rió y me puso la mano en la cabeza. Un día me invitó con sor Gertrudis – cuenta la misma

hermana – a hacer una florecilla en honor del Niño Jesús: aceptamos, y él, adelantándonos, nos condujo a una chabola donde yacía un hombre enfermo, que, por un diluvio de insectos, que habían invadido no sólo toda la chabola, sino que le habían comido también un poco la cabeza, vivía en un estado impresionante. Nosotras y él lo trasladamos a una tienda improvisada con sábanas, y mientras nosotros esperábamos la desinfección de la chabola, él en una tinaja lo limpió con agua caliente; hizo llevar desde el instituto del Espíritu Santo la ropa personal y otras prendas y lo revistió. Quitado un orlo de la tienda, vi el Padre postrado con el rostro inclinado a los pies del pobre. Creo que estuviese besándolos».

Aprendió una vez por los periódicos que en una chabola en Gavitelli yacía abandonada una pobre vieja. Envió en seguida dos hermanas para ver: era un ambiente revolante. Hizo hacer en seguida limpieza a la persona y a la casita, y pagó una mujer para que ayudara y sirviera la pobrecilla, hasta que se hiciera libre un sitio en las Hermanitas para abrirla. Estas estaban indecisas para aceptarla, porque la vieja por la noche gritaba; cuando en cambio la acogieron en el asilo, vinieron a decir que los gritos habían acabado desde la primera noche. “¿No os lo había dicho ya – replicó el Padre – que todo esto dependía de la higiene?”. La hermana que cuenta el caso, sigue: «Podría contar otras anécdotas infinitas: de todas ellas me parece resultar que la caridad hacia el prójimo derivaba de la caridad hacia Dios, porque la premura personal y aquella que requería en nosotras era sobrenatural, viendo en el prójimo la imagen de Dios, que debía y quería consolar; en efecto no sólo se preocupaba de limpiarlo, vestirlo, alimentarlo, sino también le pedía como estuviera en conciencia, proveyendo con el catecismo, hecho a menudo personalmente por él y proveyendo hasta para el arreglo de convivencias en el pecado».

Cuenta la superiora de Taormina: «Lo esperábamos un día en Taormina; vino en cambio el día siguiente. Le pedimos la razón: nos dijo que el día anterior, mientras iba en carroza hacia la estación de Mesina, entrevió entre los trapos y el polvo algo indefinido. Mandó al conductor de ir a ver: era un pobrecillo irreconocible entre sus trapos, la barba y el pelo largo. Hizo mudar dirección: se lo cargó en la carroza, lo llevó a la casa masculina, lo limpió de la cabeza a los pies, le hizo tomar dos huevos con pan y vino, lo acostó en la cama e interesó a las Hermanitas para que lo recibieran. Todo esto y otro aún nos lo refería con sencillez, con una sonrisa angelical, y concluía: “Está claro que emperlado como estaba (aludía a los insectos, que llamaba perlas) no podía acudir a vosotras y participároslo”.

«Llamó a la puerta un día un viejo, pobre, horrible a la vista en la cara y en los vestidos; dijo que el Padre Francia lo había invitado para el mediodía. Yo se lo anuncié: se levantó, se quitó el solideo, se inclinó, lo hizo sentar en su sitio, donde tenía los cubiertos; yo tuve que hacer unas muecas, porque él me miró muy mal. Fue pedido al pobre qué quería para comer; y éste: “Lo que quiere **Vuestra Señoría**”. Llevé pasta, carne, dulce, fruta. Acabada la comida, el Padre me ordenó un paquete en que hubiera un poco de todo; y tras haber quitado al pobre la servilleta, que antes le había colgado al cuello, y rezada la oración de acción de gracias, lo acompañó hasta la puerta, entregándole el buen paquete». Sin embargo, siguió en seguida la bronca para la superiora: «El Padre se había dado cuenta que yo había servido con desgana, y entonces me reprochó dulce pero seriamente: “Si hubiera venido Jesús, tu esposo, en hábito limpio y elegante, lo habrías celebrado; vino en cambio bajo la forma de un pobre – ¡y qué pobre! – ¡e hiciste muecas! ¿Cuándo lo entenderéis que los pobres son Jesucristo?”».

Estos episodios se repetían con frecuencia y la pluma del Padre Vitale nos los presentaba con vivacidad bajo los ojos.

«“Hermana – decía a la superiora de la casa – haced la caridad de preparar hoy una comida

discreta, porque no estoy solo, tuve que invitar una persona importante. Es un noble señor y no puedo desatenderlo”. Y la superiora pensaba ella también en hacerse honor por su parte. Cuando todo fue listo, el Padre ordenó que se llevasen a la mesa los alimentos, y entonces abrió la puerta y apareció un viejo cubierto de trapos, que hacía compasión sólo mirándolo, y era por él presentado a las hermanas como el invitado que él querría honrar. Pero tal vez, habiéndose repetido el hecho más veces en las casas, antes de admitir el noble señor al banquete, el Padre lo había limpiado, para que apareciera con cierta decencia» (Vitale, **ob. cit.** p. 680).

En Taormina había una viejita, que pretendía la limosna sólo si la daba el Padre (**cuando se hallaba en casa**); y ante mis quejas – atesta la superiora – confesaba que la misericordia ejercida personalmente por un santo era por ella luz y consuelo. Se llamaba Pepita: un día no vino más a vernos con su usual bastoncito, con el cual se servía para llamar a la puerta de casa. Unos días después el Siervo de Dios sintió su ausencia, y no habiendo yo dada la razón, me echó la bronca, por mi conducta indiferente. Después de unas informaciones descubrí finalmente su refugio: un hedor de cerrado y de basura nos paró en la puerta; luego conseguí limpiarla, con otras hermanas, limpié el ambiente, arreglé todo. Seguidamente, el fámulo y yo llevábamos para comer, con indecible satisfacción del Padre, que gozaba de nuestro gradual conocimiento de diversas obras de misericordia. Tras su propuesta, fue invitada a trasladarse a una habitación de nuestra casa de huéspedes, en que habría sido servida convenientemente; no aceptó porque aquella madriguera era de su propiedad, y quería morir allí. Murió en cambio en el hospital y tuvo el acompañamiento de las huerfanitas».

«Había una mujer, que estaba enferma con un absceso en el cuello, y como no la medicaba nadie, el mal empeoraba y provocaba un hedor intolerable. Los pobres, para no tenerla al lado, le cedían el sitio, porque se diese prisa y se marchase de allí. De repente, ya no la vi volver. Pasaron dos, tres días. (...) Yo decía entre mí: pero, ¿por qué? ¿Acaso murió? En cambio, era totalmente otra cosa: supe luego que el Padre encontró por la calle una viejita hedionda y moribunda y, enternecido, se la cargó en la carroza y la llevó al hospital. Era justamente aquella pobrecilla, que, habiendo huido de todos por el hedor que exhalaba de aquella llaga, vagaba por aquí y por allá».

7. «A mis queridos Señores Pobres»

En el próximo capítulo trataremos las limosnas del Padre; ahora, seguidamente, destacaremos que su generosidad con los pobres era uno de los motivos – e igual el único – por lo cual muchas veces, y muy superficialmente, se criticaba el Padre Francia: buen hombre, santo quizás – y esto lo admitían todos – pero se deja cegar por el corazón y los malvados abusan de ello: sus pobres son una pandilla de ociosos y aprovechadores.

Las quejas empezaban por los mismos pobres, por motivos opuestos, porque no se veían satisfechos totalmente a medida de sus reales o imaginarias necesidades. «Yo mismo – afirma un señor – tuve que intervenir también con las manos, para defender las hermanas que repartían el pan contra los insultos de beneficiados nunca contentos. Muchas veces los más beneficiados lo insultaron e insultaron también a los hermanos que repartían la limosna, pero él los perdonó, aunque amonestándolos por el mal que hacían a Dios y a los hombres; y lo mismo nos encomendaba a nosotros».

De estas quejas, el Padre tomaba motivo para seguir y perfeccionar su obra de catequización de aquellas manadas. Y conservamos una carta que, en sus últimos años, les dirigió, titulada

justamente: «A mis queridos Señores Pobres». Encomienda de no ser excesivos en las pretensiones y recuerda los principios morales a los que tienen que amoldar su vida para que la Providencia de Dios no los abandone.

«**A mis queridos Señores Pobres:** 1. Tienen que persuadirse que no es posible contentarlos con grandes ayudas por lo que necesitan; y esto por la razón que los Señores Pobres no acaban nunca, hay miles de ellos; y para dar a cada uno lo que desea, haría falta una fuente que derramara monedas de oro; 2. La obligación directa del Canónigo Di Francia y de las Hermanas es mantener adecuadamente los dos numerosos orfelinatos de Mesina, y preocuparse por las fábricas que necesariamente se tienen que hacer; y por todo esto no hay dinero suficiente; y estamos con fuertes deudas; 3. Unos cuantos Señores Pobres se apelan a la providencia de San Antonio de Padua; pero San Antonio de Padua quiere que antes pensemos para los internos para que no les falte nada: luego para los de fuera no podemos que entregar pequeñas ayudas haciendo esfuerzos, porque verdaderamente ni esto se podría hacer».

Evidentemente a los pobres hacía falta hablar así: veremos luego que él no destinaba pequeñas ayudas y no con esfuerzo, sino con gran corazón, mortificado sólo por la impotencia de hacer más... leemos mientras tanto la carta, que sigue con sus enseñanzas: «4. Yo hago una advertencia muy seria a todos estos Señores Pobres, y les hago conocer cuál es la razón por la cual la pobreza crece, y qué tienen que hacer para ser ayudados por el Sumo Dios: 1. No tienen que insultar a Dios con la blasfemia; 2. Si tienen hijos, no tienen que darles el mal ejemplo de blasfemias y malas palabras o riñas en familia; 3. No tienen que emborracharse; 4. Deben hacerse la Comunión al menos una vez en el año y en las principales festividades con la familia, y tener una conciencia siempre limpia de pecado grave; 5. No tienen que enviar imprecaciones al prójimo; 6. Tiene que decirse en familia el Santo Rosario cada noche, y por la mañana y por la tarde las oraciones; 7. Respetar las cosas de los demás; 8. Trabajar, trabajar, trabajar, cada uno en la propia profesión. No se dice: **¡No tengo trabajo!** ¡El trabajo no falta al honrado y al que tiene buena voluntad! ¡Hace falta hoy en día agarrar un trabajo y saberlo mantener! Si no se halla trabajo depende por la falta de voluntad resoluta, y puede haber también castigo por parte de Dios por una vida no correcta. Por eso hace falta: 9. Vivir pues con el santo temor de Dios, huyendo el pecado y con el pensamiento predominante de tenerse que salvar eternamente el alma junto con la propia familia. El que desatiende la salvación de la propia alma y de los suyos, luego no puede pretender que Dios lo ayude. El mundo va hacia la ruina y la miseria crece porque los hombres no practican los deberes religiosos, se olvidan de Dios y del alma y se abandonan a diversos pecados. Unos cuantos creen de poderse escusar diciendo: “Yo llevo encima la figura de San Antonio, del Sagrado Corazón de Jesús, etc.”. ¡Pero hace falta toda otra cosa! Hace falta lo que arriba dijimos. Inútil, más bien dañosas son las supersticiones del cuerno, de la pata del caballo y parecidas. ¡Dios se ofende por ello! Sin bendición de Dios hay hambre, miserias y desventuras; y Dios no bendice los que no practican los actos religiosos y no tienen la conciencia limpia».

Cierra con estas **Advertencias:** «Están escritas en los Libros Santos estas palabras: **Non vidi iustum quaerentem panem:** nunca vi el justo mendigar el pan. ¿Por qué pues muchos y muchos mendigan el pan? ¿Lo tengo que decir? O porque no se acercan nunca a la confesión y comunión; o porque alimentan vicios de vino y otro...; o bien porque no respetan las cosas de los demás; o porque no respetan a Dios y dicen palabrotas inmorales: o bien porque no hacen más que decir mentiras para engañar: pero Dios lo ve todo y lo sabe todo y la mentira y el engaño irritan su cólera». Henos aquí en el apretón final: «Ahora pues, tened presente, mis queridos Señores Pobres, estas advertencias que os hace vuestro amigo y hermano en Jesucristo, el Canónigo Di Francia; observad la ley de Dios y los preceptos de la Santa Iglesia constantemente, portaos según todas estas advertencias, luego veréis que el buen Dios, Jesucristo Nuestro Señor, hará la paz con vosotros y os ayudará en todo» (N.I. Vol.

10, p. 116, 117).

8. Sin compás

Hecha la debida parte a los pobres socorridos por el Padre, vayamos a aquellos que lo acusaban de mala administración por la amplitud de sus beneficencias.

Sin duda en la caridad el Padre no se arreglaba según los criterios comunes. Refiriéndose a su encuentro con el Siervo de Dios el Padre Santiago Cusmano, nos comunica las ideas de éste en propósito: «Le pedí – escribe – si en las obras de beneficencia se tiene que ir con el compás, o sea calculando entradas y salidas, como se hace en una administración en regla, y proporcionando así el bien que se puede hacer, o bien se puede ir a las buenas, con la confianza en Dios sin muchos cálculos. Me contestó con estas mismas palabras: “¡Cuando yo no iba con el compás, veía milagros!”» (N.I. Vol. 9, p. 147). Efectivamente, esta es la conducta de los santos: Cottolengo, Don Bosco, Don Guanella, Don Orione, si hubiesen usado el compás no habrían hecho lo que hicieron.

He aquí cómo el Padre justifica su obra: «Si yo, desde cuando empecé recogiendo los niños y niñas dispersos, hubiese tomado el compás del frío administrador, antes de todo no habría cambiado las pocas cosas de mi casa y luego, queriendo proporcionar la salvación de la pobre y perdida orfandad a las aportaciones, que fueron siempre escasas, no hubiera formado institutos de chicos y chicas. Si en todo hace falta un poco de arranque, de iniciativa, de impulso, ¡mucho más, creo, hace falta cuando se trata de salvar la niñez abandonada, que perece y se pierde de un día para otro! Hoy hay en Mesina dos orfanatos, donde muchos chicos y muchas chicas, que ahora estarían perdidos, hallaron educación, vida y salvación. ¿Por qué pues tendría que apagar en mí, por frío e inoportuno cálculo, esta llama o instinto que me llevó hasta acá?» (Vol. 45, p. 459-460).

El Padre pues nunca usó el compás, sino a todos abrió el corazón sin preocuparse de otra cosa. Tiene razón el que atestigua: «No fue un organizador, sino un héroe de la caridad, era un genio de la caridad, vivía en ella; él abstraía de este pobre mundo sublunar, de que ignoraba los vínculos y las limitaciones; de aquí las consecuentes reacciones por parte de los hombres de ordinaria administración. Por esto él iba siempre recto en su camino de la caridad; y cuando le insultaban por ello, él no oía o bien se reía».

El Padre asumía abiertamente la defensa de los pobres. «A menudo pidiendo y recibiendo la limosna, solía decir a los donantes: “Vosotros sois ricos para dar a los pobres, que son los predilectos de Dios”. Una vez que una superiora le dijo que los pobres especulan, el Siervo de Dios contestó: “Hace falta creer a los pobres”. El Padre Drago en Oria intentaba investigar en la pobreza de los pobres, porque unos cuantos la querían poner en duda, tras informe de terceros. Pedido el consejo del Padre, se oyó contestar: “No vayas por sutilezas; también un rico si se humilla para pedir limosna junto con un pobre auténtico, esta humillación es signo de necesidad. Por eso da a todos, más bien con discreción hacia los ricos decaídos”».

«Se presentó un pobre en Altamura, en los primeros días de la apertura de aquella casa. El Padre le lavó los pies, lo vistió con ropa nueva y le dio de comer, a pesar que las hermanas le hubiesen dicho que era un público blasfemador. El Padre declaró antes de todo que no hacía falta hablar así para no ofender la caridad; y luego que él se encargaría por la conversión de aquella obra de caridad material. Hallándose entonces presentes dos huerfanitas, el Padre les dijo: “¿Queréis hacer una

mortificación? Dad vuestras cerezas a este pobre”. Algo que hicieron con gusto».

«Un día un viejito en Oria le dijo: “Mi corazón desea fumar; hace mucho tiempo que no fumo”. Y él: “¡Dichoso! ¿Por qué no me lo dijisteis antes? ¿Qué fumáis?”. “Esto se pide a los señores – contestó el viejo – ¡yo me contento hasta de la basura!”. El Padre ordenó en seguida que le comprasen cinco puros. Yo observé que no era el caso de alimentar también los vicios; pero él añadió: “Esta también es una caridad. ¿Cómo quieres quitarle el vicio con esta edad? Cuando venga dadle un toscano, pero que no lo vean los demás”». Así el Padre Drago.

Recuerda una hermana: «Yo fui entre las vendedoras de pan y recuerdo que un día, durante la guerra del año 15, una verdadera invasión de mujeres que pedían pan; y como la policía intervino y arrestó unas de ellas, el Padre subió en el techo gritando: “¡Déjenlas, déjenlas, se trata de hambre!”. Otra vez, no pudiendo las hermanas de la panadería librarse de las vejaciones de un señor que ya había estado en la cárcel, que dio una bofetada a la vendedora, fueron obligadas a llamar las guardias. Estas, a las que el molestador era bastante conocido, lo querían llevar a la prisión. Pero llega el Padre, se interpone entre los guardas, intenta persuadirles que todo fue por el hambre, sólo por hambre, y que pensará él a hacerlo razonar, socorriéndole, para que no fuera agraviado por las amonestaciones, que lo conducían a mayor ruina. Las guardias exclamaron: “¡Padre Francia, Padre Francia! ¡Con cierta gente tendríamos que tratar nosotros!”. Y el Padre tuvo que pensar al alma y al cuerpo de aquel desafortunado» (Vitale, **ob. cit.** p. 688).

El abogado Romano: «Recuerdo la gran longanimidad del Siervo de Dios hacia un tal fulano que, con el pretexto de tener que conseguir un diploma de inglés, a menudo le sacaba dinero; e intentando yo avisarle, me contestó ingenuamente: “Entiendo que se aprovecha, pero vendrá ciertamente una buena vez cuando conseguirá el diploma”».

9. Autodefensa

Unas cuantas páginas antes entendimos cuáles eran las reacciones del Padre a las acusaciones de ser generoso en la caridad: **o no oía o reía por ello**. Pero una vez él quiso defenderse. En 1906, publicando el discurso por él tenido con ocasión de una ilustre visita a su orfelinato femenino, le pone una nota en que se defiende de diversas acusaciones, entre las cuales esta; y merece la pena de leer la autodefensa.

«Se me acusa que socorro los pobres. ¡Esta acusación en verdad me duele! Socorrer los pobres afligidos, míseros, abandonados, que mueren por el hambre y el frío, lisiados, ciegos, inhábiles para el trabajo, es una obligación de cada cristiano, hasta haciendo esfuerzos. Nuestro Señor Jesucristo nos enseñó hacer a los demás lo que quisiéramos que se nos hiciese a nosotros.

“Pero vos no tenéis los medios para socorrerlos, tenéis lo huérfanos para proveer”.

«Yo nunca quité a mis huérfanos acogidos para socorrer a los pobrecillos. Los medios los procuré de la pública beneficencia, y comprobé que una Providencia soberana, ante la cual el pobre no vale menos que el rico, nunca me hizo faltar los medios para dar un poco de sopa y algo de pan a los pobres más derelictos y necesitados.

“Pero vos socorréis mendigos que podrían trabajar”.

«Ruego a mis señores caballeros venir algún día en el mediodía a mi Instituto y verán la

piscina probática. Verán a viejos decrepitos, ciegos, lisiados, languidecientes por el hambre. Aseguro que unos cuantos los levante del suelo desmayados por el hambre. Si luego entre muchos hay unos cuantos sin trabajo, ¿acaso no hay entre los que están en el paro los que, aunque quieran trabajar, no hallan su trabajo? ¿La sociedad tiene que condenarlos a muerte? Pero la caridad y la humanidad no se atreven a hacerlo, no se atreven a negar al menos un trozo de pan.

“Pero sabemos que unos cuantos os engañan y os roban”.

«Puede ser que bajo las formas mentirosas de extrema pobreza se esconda tal vez un manilargo y me robe la sopa y el trozo de pan (¡mucho cosa, en realidad!). Pero yo no puedo adoptar la máxima: “¡Para que el culpable se castigue, el justo perezca!”. ¡No puedo, repito, por temor de dar el trozo de pan a un mendigo falso pobre, negarlo a muchos verdaderos infelices!».

Concluye con una observación bastante pertinente: «¡Me roban! Pero, por favor, caballeros, ¿fueron ustedes jamás robados? ¿Jamás la fraude humana y simulación os sacó dinero del bolsillo o de la caja fuerte, a pesar de vuestra vigilancia y prevención? ¡Ay, igual os estoy tocando en una tecla muy dolorosa y os estoy despertando memorias funestas! (...) ¡Les ruego, pues, que no se me critique con mucha facilidad, si mientras reparto un socorro a muchos pobres afligidos, ocurre en la masa un mendigo, que finalmente es doblemente infeliz! ¡Sí! La sociedad no se cuidó de él cuando era pequeño, uno que había empezado a mendigar; él fue abandonado a sí mismo, se dio a la mala vida: ¿hoy la sociedad lo condenará a muerte? ¡Al menos en el aliento celestial de la caridad podrá hallar un aura de paz, que lo reconduce a mejor consejo!» (Vol. 45, p. 462).

10. La caza a los pobres

Hubo un tiempo – los últimos años del siglo diecinueve y los primeros del veinte – en que en Italia se habían ensañado contra los pobres mendigos. “¡Es una vergüenza – se decía – para la nación, hoy, con tanto progreso, bajo la luz de tanta civilización, ver el espectáculo de hombres y mujeres que tienden la mano por las calles! Pero, ¿cuál es el remedio? En vez de proveer a sanar esta llaga social con las necesarias providencias, se recorría a la manera más rápida: los mendigos hallados en flagrante se echaban a la prisión. En Mesina muchos periódicos habían empezado una campaña contra los pobres. el Padre sentía todo el disgusto de esta injusticia social y su corazón sangraba. Tomó, pues, la pluma y dirigió, rogando que la publicaran, esta carta abierta a los directores de todos los periódicos ciudadanos en defensa de los mendigos. La tituló: **La caza a los pobres**.

«Muy Estimado Señor Director del Periódico...

«Vuestra Señoría en su Periódico llamó alguna vez la atención de la Jefatura de policía contra los pobres mendigos, que algunas veces se ven en las calles de la Ciudad aceptando la limosna. Lo mismo hicieron casi todos los demás Periódicos de Mesina. El resultado de esta campaña fue lamentablemente funesto para los pobres infelices mendigos.

«Desde hace un año asistimos a una especie de **caza a los pobres**. Agentes inexorables espían los pasos de estos miserables, sean ellos incluso viejos lisiados, hundidos, enfermos, inhábiles para el trabajo, y en cuanto ven uno de ellos que gira un rincón, o cruza una calle, lo agarran, y lo arrastran al Juzgado. El Juez lo encuentra culpable de lesa paz ciudadana, y lo condena a la cárcel de uno hasta seis meses. Aquel infeliz, culpable por ser pobre, se ve encerrado en la cárcel como un malhechor, expía dos o tres meses de condena, y sale en libertad.

«Entonces se le presenta un terrible dilema: **o morir de hambre en un rincón de la calle o volver a pedir limosna.**

«Morir de hambre es demasiado duro: la naturaleza se rebela, reclama un alimento. ¿Pedir limosna? Pero, ¿y la *prisión*? ¿Y los policías? ¿La condena? En este contraste el poderoso instinto de la conservación prevalece, y el pobre está obligado a extender nuevamente la mano para pedir el óbolo. Y he aquí que el agente lo coge en flagrancia y lo presenta nuevamente al Juez, que como reincidente le aplica una pena mayor. Así vuelve a ingresar en la cárcel, y de ella sale para volver allí nuevamente, a menos que no se acostumbre a vivir sin comer o no se ahorque con una cuerda para acabarlo definitivamente. Conozco a unos pobres que salen y vuelven a entrar en la cárcel alternativamente. ¡Un Juez de Mandamiento en estos días me aseguraba de haber enviado a las cárceles hasta sesenta de ellos!

«¡Ahora no hay quien no vea que este modo cruel de actuar en contra de los pobres es una verdadera injusticia social!

«Se dirá que es la Ley que los condena.

«Despacio; la Ley condena la **cuesta hecha con modos vejatorios**, y en persona de jóvenes mendigos que al trabajo prefieren vejar al público, e igual también aprovechar de él.

«¡Pero es toda otra cosa encontrar a un pobre viejo cadente, que con voz piadosa extiende la mano y pide un trozo [de pan], para no morir de inedia como un perro!

«Este infeliz es un hombre como nosotros; él siente como nosotros las necesidades de la vida; él batió inútilmente la puerta de los Asilos de Beneficencia: le fue dicho que no había sitio, que hay muchas peticiones, y el infeliz implora la caridad pública.

«¿Dónde están aquí los modos vejatorios? ¿Qué ley puede afectar a este pobre derelicto? Pero, ¿es acaso un delito la pobreza? Sé que la pobreza se considera como una desventura, como una infelicidad, como una grave tribulación; pero, ¡nunca jamás se dijo que ser pobre es una delincuencia!

«Si la pobreza fuera un delito, si el pobre fuera lo mismo que un malhechor, ¿por qué Él que vino en el mundo para enseñarnos a amarnos los unos a los otros como hermanos, quiso abrazar la pobreza y protegió a los pobres, y declaró como hecho a sí mismo lo que se hace a los pobrecillos abandonados?

«Pero, dirán algunos, ¿no es una ventaja para un pobre ser conducido a la cárcel, y aquí ser alojado y alimentado?

«Al que hace esta objeción, se podría decir: si vosotros fuerais en la posición de aquel pobre, ¿preferiríais que os llevaran a un tribunal y condenado a seis meses de cárcel, en vez que disfrutar la libertad personal? Se sabe que al pobre encerrado en prisión no se da ni un buen almuerzo ni una cama suave. Se trata de darle aquel poco de sopa y aquel trozo de pan negro que él se buscaría con la limosna.

«En este caso dejad que este trozo de pan se lo coma sin la pesadilla de las rejas y de la puerta de hierro, dejad que duerma tranquilo en su miserable cama, sin el fantasma de seis meses de condena, ¡ni de un oscuro porvenir que le se presenta!

«El pobre es falto de muchas y muchas cosas, ¡pero al menos dejadle disfrutar con el libre sol, el libre aire, el libre horizonte de la naturaleza, hoy que hay tanta libertad para todos!

«¡Más se considera esta grave injusticia social y más aparece espeluznante!

«Desde hace muchos años yo vivo entre los pobres, y podría aquí reforzar mi tesis con hechos, pruebas y episodios.

«Por ejemplo: en mi Instituto masculino acogí a un pobre. Este hizo el barrendero durante toda la vida con tanta asiduidad y compromiso para merecerse hasta admiración. Hoy es un viejecito tembloroso y achacado. Como mi Asilo es para niños y no para viejos, y como las finanzas de mis Institutos son bien estrechas, este pobre viejo no puede recibir nada más que alojamiento y comida.

«Pero el hombre para vivir no necesita sólo de comida. Aquel viejecito tiene unos bienhechores que en unos días de la semana le dan un dinero por caridad. Él los va a visitar en los días designados. Con aquellos dineros tiene que proveerse de alguna camisa, de algún par de zapatilla, y algo de tabaco.

«Hace un mes salía del portón de uno de sus bienhechores; un agente de policía lo cogió y lo llevó al Juez. Fueron inútiles los lloros, las protestas, y fue condenado a un mes de cárcel.

«Pero, díganme, ¿cuál fue el delito de este infeliz? ¿Se puede acaso sin la más mínima culpa aplicar la pena? ¿Existe acaso en alguna nación este código penal? Ay, ¡que no es esto lo que quiere la Ley!

«Si para el pobre es un delito pedir la limosna, entonces es igual de culpable, un cómplice, el que la hace, empezando por mí, por el Jefe de la Policía, y por los Jueces, los que, todos, siendo hombres, tuvimos que sentir más veces en nuestra vida la compasión para con los pobrecillos, y tuvimos que socorrerlos con algún óbolo. Pero vosotros podéis encarcelar a todos los pobres del mundo, podéis apresarlos como los perros y hacerlos morir ahogados, pero no podréis jamás destruir el sentimiento de la caridad, que empuja a dar una ayuda a los infelices. ¡Siempre habrá corazones benéficos, que quieren dar de comer a los hambrientos, que quieren vestir a los desnudos, que quieren considerar a los pobres cadentes y abandonados como a sus propios hermanos, que quieren sentir el suave consuelo de hacerles el bien, sean hasta mendigos perdidos entre las calles públicas, donde a menudo los vimos próximos a morir de hambre!

«Ni podréis destruir los pobres, porque la condición de la vida humana y la organización de la sociedad está de tal manera que los pobres no se pueden eliminar integralmente. Sea que se preparen prisiones o que se procesen, o cualquier medio se use, siempre se realizará la palabra del Evangelio: **Páuperes semper vobiscum habétis**. ¡Los pobres los tendréis siempre entre vosotros!

«En vez de encolerizarse contra los miserables mendigos, en vez de pesar sobre las finanzas del Estado o de la Provincia para mantener a tantos pobres en las cárceles, piénsese más bien en abrir en Mesina un nuevo Asilo para estos infelices. Pero, es doloroso admitirlo, ¡las obras de caridad en Mesina no se comprenden bastante!

«Ya está a punto de llegar el invierno, tan pesado para los pobrecillos. ¿Qué tendrán que hacer estos infelices, si no pueden ni pedir un óbolo? Lo gracioso es que había en Mesina dos dormitorios públicos, en que estaban alojados más de ochenta pobres entre hombres y mujeres; estos dormitorios se cerraron. Los pobres que dormían en ellos pasaron las noches del verano al aire libre. ¿Tendrán que hacer lo mismo en las noches de invierno cuando cae la nieve? Si en el día pedirán un par de dineros para dormir en el albergue, ¡serán detenidos, juzgados y condenados!

Muy Estimado Señor,

«A pesar de la diferencia de los principios religiosos que igual nos separan en el campo de la Fe, yo creo que Vuestra Señoría tenga un corazón inclinado a la compasión para con los derelictos.

«Yo hago pues una apelación a sus sentimientos humanitarios, y La ruego que quiera, por medio de su Periódico, definir la correcta noción de la represión de las cuestas ilícitas y también de los modos vejatorios, y quiera poner fuera de la aplicación rigurosa de la Ley a los pobres infelices viejos, cadentes, inhábiles al trabajo, u ofendidos de la persona, y que no encuentran amparo en los públicos albergues, a pesar de las reiteradas insistencias que hacen muchos de estos pobres, por como a mí me consta, sea en el Albergue de Collereale, y sea en las Hermanitas de los Pobres, y sea en la Casa Piadosa.

«Me parece que todos estos sean dignos de compasión y de ayuda, más que de inquisición policial, y de cárceles.

«Los pobres miserables derelictos no pueden defenderse por sí mismos, no tienen abogados que tomen enérgicamente su defensa, no tienen periódicos que se ocupen de ellos y procuren su ventaja; ellos son hoy el rechazo de la sociedad, ¡y no son creídos dignos ni de vivir!

«¡Valga esta consideración para mover mayormente el noble ánimo de Vuestra Señoría para tomar en el corazón la causa de estos débiles y oprimidos, y ejercer así la noble virtud de la caridad, por la que tendrá bendiciones de Dios y de los hombres!

«Acepte, Ilustre Señor Director, las expresiones de mi más sincero respeto, y créame.

«Mesina, el 30 de agosto de 1899

Su Devotísimo Servidor

Canónigo A. M. Di Francia

Muchos periódicos difundieron la apelación del Padre; más bien unos lo presentaron con palabras halagadoras.

«De aquel hombre piadoso y santo, que es el Canónigo Di Francia, recibimos la presente carta, que es la expresión más alta y sincera de la verdadera caridad cristiana, a la que él sacrificó y sacrifica una vida muy noble por virtudes excelsas y por amor sincero y conmovedor de la humanidad doliente» (de **L'Alba** del 7 de septiembre de 1899). «Aquel benemérito sacerdote, que responde al nombre del Canónigo Aníbal Di Francia, nos envía el siguiente artículo, que revela cada vez mejor su corazón angelical y su gran amor para la humanidad doliente, que halla en él – diferentemente de ciertos gordos y grandes liberalones – el apóstol verdadero y grande de la caridad cristiana» (de **L'Ordine**, 14 de septiembre de 1899).

La intervención del Padre fue benéfica sobremanera para los pobrecillos. Afirma el Padre Vitale: «El artículo hizo tanta impresión que el superintendente dejó libre la cuestación».

No parece que fue coronada de feliz éxito otra iniciativa del Padre, motivada por un doloroso espectáculo que le tocó ver en Bari. Lo entendemos por una carta por él dirigida desde Altamura el 21 de febrero de 1918 a la dirección del periódico **Il Corriere delle Puglie**.

«Con ocasión de la deplorada muerte el infeliz Oronzo Rosselli, apodado **U Rizz**, su difundido periódico publicó vibrantes artículos para condenar los actos inhumanos y salvajes de gamberros brutales que, hasta el trayecto al Camposanto, hicieron objeto miserable de sus vejaciones, injurias y

malos tratos, aquel pobre desgraciado, hasta que dieron lugar a la grave sospecha que lo condujeron a la tumba tras haberle hecho beber algún veneno.⁷⁷

«Ciertamente esto es la noble tarea de la prensa: combatir el mal, promover el bien, celar los derechos de la humanidad también en los seres más miserables y abyectos.

«Es por esto justamente que me siento en el deber de llamar la atención de Vuestra Señoría sobre hechos parecidos a los de Oronzo Rosselli, del que fui testigo el día 18 de este mes, en esta gran ciudad de Bari.

«Iba para alcanzar la estación de ferrocarriles Bari-Matera, hacia las 13, y estaba en compañía del Reverendísimo amigo mío el Canónigo Cármine De Palma, del Capítulo de Bari, cuando, en una de las calles cercanas a la estación, se nos ofrece a la mirada el doloroso espectáculo de un pobre afligido y miserable, sitiado por una manada de gamberros, que lo burlaban y molestaban en muchas maneras, y quien lo tiraba desde atrás aferrándolo por el borde de la chaqueta harapienta, quien le daba un golpe, quien le tiraba encima alguna basura. La víctima se enfadaba, gritaba, se debatía, cuando, llegados nosotros dos, lo acercamos para confortarlo, dándole también la poca compensación de alguna moneda, que el pobrecillo aceptó con signos de reconocimiento.

«Así impresionados, hicimos otros pocos pasos y entramos en otra callejuela, que lleva a la Bari-Matera, ¡cuando he allí que un segundo triste espectáculo se nos para delante! Otra nueva manada de precoces delincuentes, cacareando, insultaba y molestaba un mendicante medio deficiente, repitiéndose en este otro las descompuestas escenas del anterior.

«En ver esto no pude contenerme; y avanzando, regañé enérgicamente aquellos gamberros como se merecían. Entre tanto, el deficiente perseguido se marchó, para hallar igual en otro lugar nueva cuadrilla de pequeños ociosos que le hicieran padecer más ásperos malos tratos.

«Señor Director, eleve la voz con su tan difundido periódico, para que acaben estas obscenidades en una ciudad, que es la perla de las ciudades de Italia. En nombre de la humanidad, en nombre de Dios, en el que todos somos hermanos, en nombre de la civilización, mientras deploramos el triste caso que envenenó la vida y la muerte de un infeliz, ¡levantémonos concordes en defensa de otros seres infelices, a los que no faltan dolores, para que se tengan que añadir las mortales vejaciones de pequeños gamberros!

«¡Reivindiquemos la piadosa memoria del pobre Oronzo Rosselli, impidiendo que otros padezcan la misma suerte!

«Se interese Vuestra Señoría, se interesen los grandes señores que pueden mucho, o por sus altas relaciones o bien por los eminentes sitios que ocupan, para que aquellos pocos vagabundos o viejos derelictos que mendigan por la ciudad, no se dejen a la merced de los malos instintos vejatorios de chicos imprudentes, sino que se conduzcan a algún asilo, o como sea, que se provean y tutelen.

Encomienda ahora estos **chicos imprudentes**. «Mientras lloramos estas pobres víctimas de la inconsciente barbarie de desenfrenados pequeños vagabundos, pensemos también a estos, ellos también infelices, pequeños verdugos. El ocio en que viven, el abandono, el vagabundeo, los hacen tan crueles e inhumanos; mientras en cambio, si una mano piadosa los condujera, si una providente injerencia civil se ocupara de alistarlos al trabajo, a la moralización, muchos de ellos, que también en

⁷⁷ Afortunadamente, de la autopsia y de la pericia química se pudo excluir la hipótesis del envenenamiento (**Corriere delle Puglie**, 08.03.1918).

el fondo llevan los gérmenes naturales de alguna buena tendencia, se convertirían ellos también en buenos y honrados ciudadanos y obreros».

Vuelve pues a sus **pobres vagabundos**. «Y ahora, si mi petición no es importuna, me atrevería a rogar Vuestra Señoría durante algún tiempo, en su **Corriere delle Puglie**, a abrir una suscripción para dar un poco de ayuda a los más desaventurados entre estos deficientes y vagabundos, al menos desde ahora hasta la no lejana festividad de la Santa Pascua.

«Para este objeto, por mi parte me comprometo, con veinticinco liras, cuando la suscripción tenga lugar» (Vol. 41, p. 139-140).

El Padre había escrito: «Se ruega la inserción»; pero la dirección del **Corriere** ni publicó la carta ni pensó en la suscripción: el ambiente laico del tiempo, decididamente hostil a todo lo que hiciera referencia a la religión y al clero, no permitía que se diera importancia a las sugerencias de un cura, además extranjero.

16. TODO PARA TODOS

1. La santa misión de dar. 2. Sus limosnas. 3. Anécdotas. 4. Para los encarcelados. 5. Para las almas consagradas. 6. Las Hermanitas de los Pobres y las monjas de Estrella Matutina. 7. La hospitalidad.

1. La santa misión de dar

El programa del Apóstol: hacerse todo a todos para llevar a Jesucristo (cf. 1Cor 9, 22), fue el programa del Padre y de su Obra. Quería por esto una amplitud de caridad sin confines: «Recuérdense las Hijas del Divino Cielo que la Obra Piadosa de los intereses del Divino Corazón nació con esta santa misión de **dar**, y cuantos más damos, tanto más el Señor nos dará, habiendo dicho: **Unum datis et centum accipietis et vitam aeternam possidebitis**; por uno que deis os será devuelto cien y tendréis la vida eterna; y más allá: **Melius est dare quam accipere**» (Vol. 1, p. 214). Dijo un día: «Si desde el Paraíso, tras mi muerte, aprendiera desafortunadamente que el sentido de la caridad fallara en una de mis hijas, pediría al Señor de ir con un bastón para castigarla». Y una hermana en un informe, mencionando esta expresión, añade su motivación: «porque en este modo se alejaría de la Obra la Divina Providencia».

En los orígenes de la fundación el Padre, a las jóvenes que entraban en el noviciado, hacía hacer, además de las promesas de castidad, pobreza y obediencia, también las de la caridad y oración por los buenos Trabajadores. Para los Rogacionistas escribió: «Los Rogacionistas procurarán de alimentar y ejercer para con el prójimo la doble caridad espiritual y temporal, a través de las diversas obras de religión y beneficencia, que forman el fin de este Instituto piadoso. Mirarán de no afligir a nadie, procurarán de consolar y confortar a todos, sea con palabras santas sea con ayudas temporales, por lo que les sea posible. Ejercitarán particular caridad haciendo mayor bien a los de los que recibieran alguna ofensa o contradicción y se mirarán de todas maneras de vengarse de ellos» (Vol. 3, p. 23).

¿Cuáles serían por lo tanto las obras específicas del Instituto? He aquí las que las circunstancias permitieron de actuar en los tiempos del Padre, y las demás en programa, en la espera que la Providencia divina nos abra sus caminos: ambas se conectan con el **Rogate**.

«Nuestra nobilísima uniforme: **Rogate ergo Dominum messis, ut mittat operarios in messem suam**, mientras nos compromete a oración continua, para pedir al Dios de las misericordias los buenos trabajadores a la Santa Iglesia, nos obliga a las obras de caridad que con la divina ayuda podamos débilmente realizar. Hasta ahora estas son dos: la educación y salvación de los huérfanos abandonados, y la evangelización y socorro de los pobres más miserables y delictos.

«Son dos santas misiones a las que tenemos que atender con gran transporte de fe y amor» (N.I. Vol. 10, p. 196). Pero el Padre fijó para su Obra un programa más amplio. Se pide en efecto cuáles fundaciones podemos hacer, y responde: «Según los medios, las circunstancias, las posibilidades, las invitaciones, los lugares, los pactos para hacerse, etc. se pueden abrir orfanatos, guarderías, colegios, asilos, escuelas de trabajo, escuelas primarias o bien de clases intermedias o superiores». El **Rogate** en su práctica aplicación nos obliga a «cualquier obra de caridad», nos compromete «en toda clase de santo cultivo espiritual y temporal para ganar almas al Corazón Santísimo de Jesús, para su máxima gloria e infinita consolación». A las obras dichas arriba el Padre añade para las Hijas del Divino Cielo: «Asilos de pobres y hospitales y cualquier fundación de caridad de internas y externas» (Vol. 1, p. 185-186).

Es superfluo decir que el Padre encomienda el estudio. Hablando en efecto de hermanas «jóvenes de mucha inteligencia» hasta proponer la graduación, destaca la ventaja que se tiene que esperar de ello «por el fin loable de formar seguidamente un instituto de escuela interna parificada.

Y esto sería ventaja no leve para la instrucción de las Hijas del Divino Celo, por el gran bien que podría hacer con la instrucción especialmente entre las clases civiles». Y destaca: «Para todo esto que se refiere a los estudios, cuide la prepuesta; y podrá también recibir jovencitas sobre los doce años, cuando manifiesten buena inclinación y buena vocación, como las que mejor pueden iniciarse a los estudios y esperar de ello un buen éxito» (Vol. 1, p. 154).

2. Sus limosnas

San Juan de Lodi, en la vida de su maestro y padre espiritual, San Pedro Damián, escribe de él: «Sobre las obras de misericordia, ¿quién podría decir cuánto y en cuántas maneras él se gastó? ¿Quién más dedicado que él en el estudio de la limosna? ¿Quién más devoto en lavar los pies a los pobrecillos? ¿Quién más solícito y pronto para vestir los desnudos, alimentar los hambrientos, visitar los enfermos? En estas obras podemos decir que él no se concedía vacaciones, siempre que el tiempo y las circunstancias se lo permitieran» (cf. S. Giovanni da Lodi, **S. Pier Damiani e i suoi discepoli**, Edizione Cantagalli, Siena, p. 59).

Parece una anticipación del retrato del Padre: lo vimos ya en el capítulo anterior; ahora sigamos en el mismo tema, y parémonos a recordar bastante las limosnas del Padre, que **siempre serán celebradas en la asamblea de los buenos** (cf. Eclo 31, 11).

Del apéndice de las primitivas constituciones, espigamos estas enseñanzas: «Recordando el mandato y las exhortaciones de Nuestro Señor Jesucristo: Dad al que os pide, y el otro: **Quod superest, date pauperibus**, la institución piadosa de los Rogacionistas será larga, según la posibilidad, para con los pobres, los afligidos, los derelictos. Procúrese que no falte nunca la caldera de los pobres en cada casa del Instituto; y esto sin preocupación, sino que, tras proveer los internos en todo, dese a los pobres que vengan, míseros y necesitados, la sopa, un poco de pan y algo de dinero, según la edad y los achaques de la extrema pobreza; y todo esto con santa hilaridad, teniendo presente el dicho del Apóstol: **Deus diligit hilarem datorem**. Lo mismo se tiene que decir cuándo se puede socorrer con vestidos y ropa o bien con otras formas de caridad; y siempre sin nada quitar de lo que necesariamente hace falta a los internos.

«Estas limosnas se tienen que hacer en espíritu de fe, apoyados en la promesa infalible de Nuestro Señor Jesucristo: **Unum datis et centum accipietis**, y en la otra: **Date et dabitur vobis: mēsuram plenam, confertam, coagitatam, supereffluentem dabunt in sinum vestrum**.

«Si de una parte tenemos que buscar nosotros los medios de subsistencia para nosotros y las obras, por otra parte, tenemos que homenajear la otra palabra del Divino Redentor: **Beatius est magis dare quam accipere** (Hch 20, 35). Esta fe en las palabras de Nuestro Señor Jesucristo, nos hará recordar lo que él mismo declaró cuando dijo: **Quidquid fecistis uni ex minimis meis, mihi fecistis**.

«Para conforto y excitación para el ejercicio de limosna de toda clase, y de caridad del prójimo, recordemos las hermosas y conmovedoras palabras del Espíritu Santo por medio del profeta Isaías (58, 7-11): “Parte tu pan con el hambriento, hospeda a los pobres sin techo, cubre a quien ves desnudo y no desentenderte de los tuyos. Entonces surgirá tu luz como la aurora, enseguida se curarán tus heridas, ante ti marchará la justicia, detrás de ti la gloria del Señor. Entonces clamarás al Señor y te responderá; pedirás ayuda y te dirá: «Aquí estoy». Cuando alejes de ti la opresión, el dedo acusador y la calumnia, cuando ofrezcas al hambriento de lo tuyo y sacies al alma afligida, brillará tu luz en

las tinieblas, tu oscuridad como el mediodía. El Señor te guiará siempre, hartará tu alma en tierra abrasada, dará vigor a tus huesos. Serás un huerto bien regado, un manantial de aguas que no engañan»» (N.I. Vol. 10, p. 113).

Hablando de las limosnas del Padre, nos hallamos realmente delante de un campo infinito... Recojamos unas macetas.

Sobre la caridad del prójimo los testimonios son muy numerosos y concordes: «Haría falta justamente unos volúmenes para contestar adecuadamente. Se nos pedía: “¿Adónde va el Padre para tomar todo este dinero para proveer para todas las necesidades inmediatamente? ¿Sea por las cosas que por las personas?”. Todo lo hacía porque amaba al Señor. Se multiplicaba a sí mismo con la palabra, con el consejo, con el ejemplo, con la ayuda para solventar todas las necesidades. Haría falta un día entero para contarlo todo. Recogía los huérfanos y los llevaba al instituto, alimentaba a los pobres, los vestía; para los enfermos se quitaba hasta la comida de la boca».

Cada día en todas las casas, como prescrito por él, no faltaba la caldera para los pobres. El Siervo de Dios mismo probaba la sopa de los pobres y protestaba si no la hallaba bien condimentada. Todas nuestras obras masculinas y femeninas son para los pobres. Destaca un sacerdote: «Digno de consideración es el hecho que cada día en la puerta de sus institutos se presentaban pobres de ambos sexos y recibían un plato de sopa y pan, y dinero». «Cada día en el Espíritu Santo proveíamos la comida a cientos de personas con acerca de doscientos quilos de pan – teníamos entonces el molino y la panadería – además de la comida y el dinero. Un prefecto de la provincia no creía que se pudiese repartir tanto y quiso un día averiguar, asistiendo personalmente. Cuando el Padre se hallaba en las casas, él mismo daba personalmente el óbolo fijado para los pobres; la cantidad, en este caso, era siempre mayor. Bromeando, decía un día: “Ves, esta cacerola sirve para contener la limosna; pero las monedas, una vez allí dentro, hierven y crecen cuando se dan a los pobres”. Aludía a la cacerola de hierro esmaltado, que normalmente se usaba para la necesidad».

Había pasado en proverbio en Mesina el dicho: En la casa del Padre Francia el que llega se sienta y come. Y el Siervo de Dios, oyéndolo un día completó con gusto: (...) el que llega, se sienta, **manda** y come... porque a estos pobrecillos hace falta darles todo lo que desean, decía. Y de veras para los hambrientos se destinaban las mejores comidas que se disponían; para los desnudos la ropa personal nueva y no usada, si la tenía; al revés era la que se hallaba en las mejores condiciones.

Sor Eugenia recuerda que el Padre un día la llamó para decirle: «Desde ahora en adelante coseréis ropa que pondréis en el ropero para tenerla lista cuando se presenten unos pobres que la piden: a los pobres hace falta darles ropa nueva y no vieja».

¡Cómo se alegraba cuando podía darles a sus pobres una sorpresa! Narra una hermana que una mañana de septiembre de 1925 el Padre vio en el jardín del Espíritu Santo unos melocotones hermosos en el árbol y le dijo: «Recoged unas cuantas y llevádmelas a mi habitación». La hermana, pensando así de honrar al Padre, recogió las más bonitas y las preparó en la mesa. Cuando fue la hora de la comida, el Padre llamó la superiora y le dijo: «Estos melocotones fueron recogidos para mí, pero en el locutorio hay muchos pobres; vamos a repartirlos para hacérselos gustar».

Ciertas cosas ya las dijimos antes, pero no disguste escuchar otros informes: «En todas las casas tenía ropa personal: casi siempre la pasaba a los pobres, que anteriormente él había limpiado y liberado de parásitos. Los pobres para él eran los señores. (...) Tuve que tratar con una sorda y ciega, que había vivido siempre en los bajos. Fue acogida por el Siervo de Dios, curada en todo como siempre. Tuve personalmente su cuidado. Me desanimé muchas veces por las palabrotas que me dirigía. Relatando esto al Padre, se conmovió y dijo a la Madre Mayone: “¡Hace falta catequizar

aquella viejita! Yendo a San Pier Niceto, pedía siempre por una viejita deficiente acogida por nosotras y en las fiestas principales comiendo con nosotras, la hacía sentar a su lado. Tanta caridad la derramó para evitar el pecado; para que un carretero no blasfemara, una vez le regaló una abundante propina».

Una noche el Padre, regresando tarde en casa, cansado por las fatigas del apostolado, pidió si se habían recordado de llevar la cena a un pobrecillo que, indispuesto, no podía salir de casa. El que había recibido el encargo contestó muy mortificado y doliente que se había olvidado de ello. El Padre se entristeció. Fue allá donde se había guardado un poco de cena para él, la envolvió en una servilleta, lo escondió bajo su capa y en aquella hora se fue hacia la chabola donde vivía aquel pobrecillo. «Yo encargado del comedor lo vi a menudo dar su pobre comida a algún pobre que había pedido en la puerta, pero no se le había podido dar nada, porque no había sobrado nada». Una hermana cocinera recuerda que durante unos días le pidió un plato especial como si fuera para él; pero en realidad ponía la pasta en una cacerola, que envolvía en un paño y se alejaba. Yo curiosa me di cuenta el tercer día; con confianza filial le puse el dilema: “¡O me decís a quién se lo lleváis o no la cocino más!”. En su bondad me contestó que la llevaba a un pobre que vivía en una chabola no muy lejos del Espíritu Santo.

Recuerda un antiguo huérfano: «Muchas veces me decía con toda reserva: “Luis, esta noche irás a la cama más tarde”. En seguida iba a la rueda; las hermanas le giraban unas latas de petróleo adaptadas a marmitas; y los dos las llevábamos en los alrededores, donde él entrando en las callejuelas, encendía unas lucecitas y suministraba comida caliente para aquellos indigentes, tras a ver encomendado oraciones al Señor y resignación cristiana».

«No era raro el caso en que íbamos, tras su orden, a la casa de algún pobre para entregar ropa, después de que él había estado allí anteriormente. Cuando podía, los abrigaba con las Hermanitas, a las que daba cada mes un dinero».

Queriendo indagar sobre las limosnas que él hacía, uno pierde la cuenta, porque no sólo la mano izquierda ignoraba la derecha, sino también la derecha no sabía lo que daría. No se tenía que mirar a los gastos para curar a los enfermos y para subvenir al prójimo en cualquier necesidad, incluso a cuesta de alquilar una casa o vender los muebles de la iglesia.

Un religioso nuestro recuerda: «La primera vez que vi al Padre fue en la Pascua, cuando, viniendo él a San Antonio, y siendo rodeado por muchos pobres, puso en seguida mano a la cartera y repartió a todos, sin examinar los billetes de media talla: aquella caridad tan espontánea, generosa, universal, me emocionó». «Su caridad hacia Dios y el prójimo fue desmedida: llegó, por ejemplo, hasta quitarse los zapatos para darlos a un pobre mientras iba a la estación. Y fue obligado a volver a casa en una pequeña carroza». Un viejito, hallando a dos Hijas del Divino Celo en la estación: “¡Vosotras – dijo – sois hijas de aquel santo Padre, que me usó tanta caridad!”. Una vez, habiendo recibido por él una limosna, hallé que me había dado, sin contarlas, quinientos liras.

«A menudo el Siervo de Dios me invitaba a hacer actos de caridad hacia el prójimo, anticipando esta interrogación o una parecida: “¿Estás dispuesto, por amor de Dios, a visitar aquel pobre o a llevar esta ayuda? En efecto él socorrió el prójimo antes de todo con la palabra y con el ejemplo de la vida cristiana. (...) Repartía limosnas, artículos de ropa, vestidos, y a menudo sirviéndose de mi obra para pedir o para comprar objetos parecidos». Recuerdo que más de una vez, cuando no tenía para dar, se quitaba la ropa de encima o daba el pañuelo. «El reloj del Siervo de Dios acabó en las manos de un padre de familia, que le había manifestado sus necesidades».

Los pobres por él eran llamados príncipes, barones, marqueses. Les daba según sus posibilidades, las necesidades y su nivel social. A menudo muchos artículos de ropa personal se

distribuían a ellos. Las encargadas del ropero lo reprochaban muy a menudo por la ropa que había repartido anteriormente en sus viajes. El dinero solía darlo abundante y sin contarlo; y nos solía decir: “Haced que vuestra izquierda no sepa lo que da la derecha”. «Para el bien de los pobres y de los huérfanos plantó un molino y una panadería y cada día se repartía el pan a los pobres gratuitamente, a los demás por un precio muy barato, a pesar de que fuera de puro trigo».

«A menudo me buscó a mí que estaba en el banco de venta de la panadería, para tener dinero y pan para algún pobre que se había presentado allá; y cuando me pedía también si hubiera algo para poner en el pan, justificándose diciendo que no siempre, también al hambriento el pan baja limpio sin nada, sin ponerle alguna otra cosa dentro». Un hombre que fue diversos años carrocerero en la casa de Trani recuerda: «Puedo decir que era un santo también por su caridad: por doquier pasábamos con la carroza, estábamos siempre acorralados: él batía con la sombrilla; yo paraba y él dando, continuamente dando».

3. Anécdotas

Recojamos aún otros episodios sobre la caridad del Padre, siempre sin la pretensión de agotar el tema.

Célebre la viejita en Oria, conocida comúnmente como **la viejita de papa Aníbal** también por el Siervo de Dios: sentada en una piedra bajo la ventana del Siervo de Dios, con tono de lamentación e ingenuidad, cuando necesitaba algo, mirando hacia la ventana invocaba: **Baja, papa Aníbal, que te quiero**; y él entregaba un pequeño sobre con dinero a uno de nosotros, repitiendo amablemente: “Llevad esto a la vieja del papa Aníbal”. Muchas veces, sin embargo, el Padre iba por el camino más corto, dándole ropa, dinero y alimentos directamente de la ventana del convento.

Cuenta el P. Carmelo:

«En Oria, en el invierno de 1910, teníamos un día sólo pan e higos secos. Las hermanas de San Benito nos daban pudiendo, alguna otra cosa. Se presentó a la puerta un pobre y pidió socorro para sí y para su familia. Al Siervo de Dios, que me pidió, respondí que lamentablemente teníamos justamente sólo aquellos alimentos. Pero él, un poco molesto, insistió porque se tenía de todas maneras proveer también con alguna otra cosa; pero luego me dijo que entendió que el mendigo era un antiguo carnicero, y que se le podía entregar un cordero, que desde casi un año poseíamos para inmolarlo en su tiempo: el mendigo habría podido venderlo, proveyendo así a sus necesidades inmediatas. Los huerfanitos, que se habían aficionado al cordero, quedaron afligidos; y él: “¿Qué pasa? ¿Queréis ofrecer al Señor como Caín y no como Abel?”. La música gustaba y el viejo carnicero unos días después volvió a pedir. El Padre le envió cinco liras conmigo; pero aquel no se dignó de tomarlas. “¿Acaso quiere una vaca? – me dijo el Siervo de Dios – Dile que no la tenemos”. Luego se contentó con ellas».

El Padre «con los pobres usaba una generosidad me atrevería a decir asombrosa. Unos ancianos trabajaban en nuestro jardín de Oria. Se les daba por la mañana un buen trozo de pan con algo de acompañamiento. El Siervo de Dios halló escaso el tratamiento y ordenó leche y café: la bebida caliente habría hecho bien a los viejitos. Pero estos, contentos y orgullosos en un primer tiempo, imploraron muy pronto el antiguo régimen, porque, decían la leche no les llenaba el

estómago. El sirvo de Dios a nosotros: “Está bien, a la leche añádase otro pan, fruta y queso”. El Padre Palma objetó: “O el uno o el otro tratamiento”; y el Siervo de Dios: “¡El uno y el otro!”».

En 1917 en el Espíritu Santo un gentío pedía pan. La Prefectura, sin embargo, había prohibido el reparto (**había la guerra**). En el gentío destacaba una señora vestida elegantemente, que se acercó al Siervo de Dios e impetró, por amor de Dios, pan para sus hijos. El Siervo de Dios se encogió de hombros, porque la prefectura vigilaba e impedía. Pero en un cierto momento, como tomado por improvisa inspiración, corrió dentro y apareció luego en seguida con un pan repartido en dos y con dentro dos albóndigas: “Si os dirán algo – advirtió – decid que el Padre Francia le dio su comida y de ello tenía el derecho”.

A las hermanas de Oria, que suministraban poca limosna, el Padre que se dio cuenta, pidió la razón. Estaban en seguida después de la primera guerra mundial. Y el Siervo de Dios: “¡Mujeres de poca fe! ¡Con los pobres no se puede escatimar!”. En efecto, en seguida las ayudas y las ofrendas abundaron.

Un episodio contado por una hermana ya superiora en Francavilla Fontana: allí «se estaba muy mal en finanzas: éramos prófugas del terremoto del 28 de diciembre; se diría que casi no se comía. Vino un día un pobre: lo envié de vuelta sin haberle dado nada. El Siervo de Dios se dio cuenta y me pidió: “¿Qué le diste a aquel pobrecillo?”. Contesté: “Nada, Padre”. “¿Cómo nada?”. Y yo: “¡Padre, es que no tenemos nada!”. Pero habiéndose dado cuenta que sobre una mesita había una botella de aceite, me la indicó para reproche; y yo para disculparme: “Padre, es el aceite para la lámpara”. Y el añadió dolido: “Perdisteis la fe; si hubieseis querido, daríais la mitad de aquel aceite”; y luego me impuso una penitencia: “Durante nueve días darás la comida a todos los pobres que se presentarán para pedir limosna”. Pidiendo perdón, contesté que sí, pero dada nuestra miseria no sabía cómo habría sido posible. Como si hubiesen hecho correr la voz, cada día vinieron muchos pobres: a todos di para comer en abundancia; y abundancia, con mi asombro, en aquellos nueve días hubo también para nosotras de la comunidad. Cuando luego volvió, el Siervo de Dios me pidió: “Hicisteis la penitencia?”. Le contesté que sí y le manifesté cómo hubiéramos tenido más bien abundancia, a pesar del numeroso concurso de los pobres. Él se mostró complacido; y a mi pregunta cómo tuviese que arreglármela con los pobres en el porvenir, me dijo: “No os doy limitaciones por los pobres; cuanto más podáis, dad”. Él nos enseñaba: “No se tiene nunca que despedir los pobres sin limosna”». Otro testigo: «Habitualmente yo era el encargado para hacer la visita a los pobres en sus casas; el Padre quería que me informara sobre todo de sus condiciones morales. Las limosnas eran abundantes: cien liras entonces eran la cantidad ordinaria. Para fuera se servía de cartas certificadas, y cada mes eran tan numerosas, que yo tenía que ir a varias oficinas de correo para no molestar a los empleados de una sola oficina».

El Siervo de Dios tenía cuenta también, en la manera de dar limosna, además de la cantidad, del grado social de los decaídos, que quería que se trataran con especial atención. Los pobres civiles tenían un horario diferente. Profunda resonancia tuvieron en su corazón las necesidades de los nobles decaídos, y por ellos usaba la delicadeza de hacer llegar la ayuda oportuna en su casa periódicamente y en secreto.

Leamos otros informes: «Una mañana vi a Adolfo de Meo muy afligido. Estaba desesperado porque no sabía cómo pagar una cuota. La cantidad era importante y el pago caducaba aquel día. Pensé en seguida al Siervo de Dios; corrí y le manifesté el caso. Él me agradeció porque le había dado la ocasión de hacer el bien a un muy bueno padre de familia, y me dio en seguida la cantidad.»

Un señor decaído de Trani, hallándose un día muy mal, no sé por qué obligaciones, corrió al Siervo de Dios que había visto en la estación de ferrocarril, y le expuso brevemente sus casos. Este lo condijo consigo en la carroza, que las hermanas habían enviado, y tras haberlo bien alimentado en el Instituto, le dio la cantidad. El señor le dijo que aquel día el sol había puesto fin a las densas nubes de su espíritu.

Recuerdo un episodio que me contó el abogado Trisolini de Oria. Un señor decaído de aquella ciudad, Don Rugerio De Ángelis, vivía largamente ayudado por el Padre. Una vez tuvo el pensamiento de hacer testamento, dejando al Padre, como testimonio de gratitud, lo único que tenía: su casita. Dicho, hecho; y entregó el testamento al Padre en un sobre cerrado. Poco después se arrepintió e hizo recurso al abogado Trisolini para que se le devolviera el testamento; pero que hiciera la cosa con mucha delicadeza, para que no le hiciera perder la ayuda... Pasando el Padre, el abogado le invitó a subir en su casa y le expuso el asunto. «Deme cinco minutos de tiempo: voy y vuelvo, aquí a San Benito...». Y en efecto volvió en seguida con el sobre cerrado, y devolviéndola rogaba el abogado de asegurar al De Ángelis que la ayuda usual se le aumentaría y se mantendría por toda la vida.

Escribe el Padre Vitale: «Había allí aquellos que no podían, por su condición decaída, confundirse con la plebe, y estos el Padre los llamaba a parte y tenía para cada uno de ellos un plato particular, una buena comidita, se puede decir; y también aquellos que tenían que llevarse a casa algo de dinero para la lámpara, el jabón y alguna necesidad, para ellos el Padre con su bolso siempre lleno y siempre vacío proveía» (Vitale, **ob. cit.** p. 679). Oí por el Caballero Musicó: «Una noche de invierno mientras lloviznaba encontré el Padre en la calle con el Hermano María Antonio, los dos cargados de ropa, que escondían bajo la capa. “Padre – le pidió el caballero – ¿qué va haciendo en estas horas, con este frío y con el agua?”. “No se puede pensar en el frío y en el agua, cuando en la manzana (...) hay una familia que se muere de hambre... No tiene valor para venir a verme; y hace falta que vaya yo”». «Sé que gente decaída recurría a él no en vano: yo mismo – cuenta el Profesor Gazzara – alguna vez tuve unas comisiones confidenciales. Se me dijo que en un año dio a alguna familia cerca de cien mil liras». Sirvió personalmente durante un mes un abogado venido de Roma, llamado Cipriani, echado, me parece, de sus malos hijos. Estos se arrepintieron, y lo llamaron de vuelta; y el Siervo de Dios le pagó el viaje, tras haberme hecho comprar un vestido bonito para él y un birrete de seda, no un gorro, de su gusto. «Usaba con los burgueses caídos en pobreza un trato especial: una habitación a parte; servilletas y cubiertos diferentes; decía: “La caridad no tiene que ser ocasión de mortificación”».

Una vez compró, muy caras, unas cerezas marchitadas, pero advirtió que no se tenía que comerlas todas, sino que se escogieran las mejores. Y yo: “Y entonces, ¿por qué las compró?”. “¡Calla, indiscreto! – contestó – hacía falta ayudar aquel pobrecillo que las vendía”. Sabemos esto por el Padre Drago.

Escribe el Canónigo Bembi de Oria: «El Siervo de Dios trataba a todos con bondad, para todos tenía una buena palabra, y todas las necesidades tenían una resonancia en su corazón. Muchos trabajadores hallaron en seguida trabajo en sus institutos, muchos pobres la ayuda diaria, así que pronto el Canónigo Di Francia no sólo se reveló como el padre de los huérfanos, sino también el padre de los pobres y todos lo miraban con gran veneración».

El Padre Carmelo:

«Una vez que quería asumir uno que estaba sin trabajo para emplearlo bajo nuestras dependencias en Oria, le destacué que no nos hacía falta; pero él me contestó: “Servirá para hacernos

ejercer la caridad”. Y yo: “Pero, ¿dónde está el dinero?”. “Justamente por ello tenemos que tomarlo; así se obliga la Providencia a ir a nuestra ayuda”.» No es cierto esto el común criterio de administración, pero cuando se razona con los principios de la fe, uno no se puede portar diferentemente. ¡Cuántos acorrían al Padre Francia para pedir socorro! Escribe el Padre Vitale: «Había altos empleados que habían perdido el empleo, comerciantes que habían fracasados, profesionales que se habían vuelto inhábiles, gente que se avergonzaba de presentarse públicamente: todos estaban convencidos que hallarían amparo en el corazón del Padre. A los que lo interrogaban: “Padre, ¿no me podría dar un empleo para alimentar mi familia cada día?”, el Padre, tras pensar un poco, y según la calidad de la persona, contestaba: “Está bien, aquí tenemos portero, pero usted lo ayudará”. O bien: “Vos sabéis escribir, os confiaré a mi secretaría para copiar ciertas cartas”. A otros contestaba: “No necesitaría empleados, pero podéis ordenar los libros de la biblioteca, os hago mi bibliotecario”. A uno él mismo preguntaba: “¿No tenéis trabajo?”. Y si contestaba negativamente, el Padre lo creaba: y todo esto como si se tratara de un ayuntamiento o de una prefectura, en aquel mísero y pobre lugar de Aviñón, cuna de la gran Obra Antoniana que, según la frase de uno de nuestros Rogacionistas, cuando lo vio por primera vez, no habría formado objeto de invidia a San Francisco de Asís» (Vitale, **ob. cit.** p. 681).

Había encargado una estatua, para regalar no sé a qué comunidad, a un artista de Carovigno, y hablaba de ello con un tal Palazzo, hermano de una hermana nuestra, buen conocedor del tema. Este pidió cuál fuera el precio concordado. El Padre lo dijo y el Padre Drago, que era presente, soltó de inmediato: “¡Es demasiado!”, mientras el señor Palazzo confirmaba que era verdaderamente exagerado. El Padre llamó luego al Padre Drago: “¿Quién te rogó de intervenir? En esta manera no se puede hacer algo de bien... Si yo quiero ayudar a un pobrecillo, en seguida se viene a decir que es demasiado, que el precio es exagerado”.

Un día a un nuestro religioso fue ordenado por el Siervo de Dios de cerrar en una carta un billete de mil liras. Era igual el año 1913. El religioso levantó el billete para hacerle entender que era de mil liras, y el Siervo de Dios: “Sí, sí, nada de miedo, ¡son mil liras que quiero dar!”. El día siguiente fue llamado nuevamente por el Siervo de Dios, que le mostró una carta ya abierta en que había dos mil liras, enviadas por un bienhechor: “Hombre de poca fe: ¡ayer dimos mil, hoy recibimos dos mil!”.

En una aldea cerca de Mesina vivía una pobre mujer casi centenaria, lejana de los sacramentos porque olvidada por todos. El Padre la quiso en el Instituto, en el Espíritu Santo, donde la acogió en la habitación mejor. «Le asignó una hermana que día y noche la guardara con diligencia y amor, sin hacerle faltar nada. Cada día iba a visitarla y le pedía si Sor Raquel, la asistente, la sirviera bien, y mostrándose la anciana siempre contenta, el Padre dirigía alguna alabanza a la religiosa, añadiendo: “Os la recomiendo, no pido otro trabajo por vos, sino que la sirváis bien, y cuando faltéis que no quede nunca sola”. El día que cumplió cien años, el Padre invitó a comer con la celebrada los hijos y los nietos, ellos también pobres, y luego quiso que las hermanas besaran su mano, queriendo rendir homenaje al Creador por la longevidad concedida a aquella criatura. Murió doce días después de su cien aniversario, y el Padre dispuso fervorosos sufragios por su alma» (Vitale, **ob. cit.** p. 693).

Del informe de la hermana Teresa destacamos un episodio que tuvo que acontecer en los primeros tiempos de la Obra. «Un año el Padre, en el día de la Epifanía, mientras estaba dirigiéndose a la catedral para el pontifical, en la calle halló una pobre mujer avanzada en los años, casi deficiente, enferma y naturalmente hecha blanco de insultos y burlas de gamberros. El Padre aleja a los chicos, llama una carroza, hace poner allí la infeliz y la acompaña al hospital, porque la pobrecilla estaba casi muerta. En el hospital se resistían en recibirla, pero el Padre pidió que la tuvieran provisionalmente y corrió al prefecto, exponiendo el caso urgente y obtuvo excepcionalmente que la infeliz fuera

ingresada por autoridad. El Padre corrió al hospital y no fue contento hasta que no fue cierto que la pobrecilla fuera regularmente ingresada. Fue esta su mística ofrenda de oro al Niño Jesús por aquella Epifanía».

En 1921 el almirante ruso Ponomaref, ya comandante del crucero ruso que acorrió en socorro de Mesina en seguida después el desastre de 1908, expulsado de Rusia por la revolución, había pedido ayuda a los mesineses. En la ciudad se constituyó un comité para la recogida de los socorros y el Padre resulta en el primer listado. Él quiso que las comunidades cooperaran en la obra buena; por eso ordenó que se ahorrara algo y se hiciera algún sacrificio, también en la comida, de manera que se juntasen mil liras, que fueron entregadas a **La Gazzetta** con esta indicación: «El Canónigo Di Francia y sus colegas, las hermanas y los huerfanitos y huerfanitas, con los ahorros de alguna privación diaria ofrecen con ánimo conmovido mil liras para el tan benemérito almirante Ponomaref, que como ángel consolador acorrió a Mesina con los suyos en el gran terremoto del 28 de diciembre de 1908, y salvó de muerte cruel bajo los escombros muchos y muchos mesineses nuestros hermanos» (N.I. Vol. 5, p. 101). **La Gazzetta** (22.02.1921) publicó el donativo con este comentario: «Son las palabras de un hombre de corazón, con un alma noble, que sabe hallar cómo ser benéfico incluso cuando a cualquier otro la beneficencia resultaría grave y penosa. Las obligaciones que sobre él incumben hacia el Instituto Piadoso que dirige habrían podido con pleno derecho eximirlo de todo concurso a nuestra petición. ¡En cambio no! Él quiso participar, y con la mayor largueza posible, aunque esta largueza tendrá que obligar unas privaciones a sus huerfanitos. Sea de ejemplo el acto nobilísimo del Canónigo Di Francia para todos los que deberán solamente quitar algo de su superfluo». Algún día después una nueva donación, que **La Gazzetta** (24.02.1921) anunciaba así: «De la inagotable generosidad del Canónigo Di Francia recibimos otro donativo: dos tabaqueras de plata, que habían sido ofrecidas a los orfanatos de su Asilo, y que él destina a nuestra suscripción. Le renovamos nuestros mejores agradecimientos».

Una mujer de Oria que acababa de dar a luz yacía sin sábanas en la cama, entre grandes dolores. El Padre, que pasaba por allí, llamado por las niñas: “Papa Aníbal, la mamá está mal”, entró en la casa, consoló la mujer con buenas palabras y con su bendición. El día después fue a confesarla y a llevarle la Comunión: la mujer se halló curada totalmente: mientras tanto las hijitas recibieron todo lo bueno durante este periodo, sobre todo comida y ropa para la familia.

En Trani un niño lloraba justamente bajo la ventana del Padre. Este envió una hermana para informarse. El niño tenía hambre y su madre no tenía nada para darle. El Padre se compadeció: tomó su comida y la dio al niño y cuando supo que los que ayunaban eran ocho en toda la familia, ordenó que por todos los ocho se proveyera diariamente, renunció a la renta de la casa, dio unos vestidos y proveyó en el mismo tiempo para instruirlos en la doctrina cristiana y en la observancia de los días festivos.

A menudo tomaba en sus espaldas las cruces de las familias, tratándose especialmente de chicas, para poner en ellas armonía y paz también con dinero. Recuerdo una familia de Genzano (Potenza) en que había problemas entre marido y mujer, y esta venía hasta a Oria para recibir ayudas materiales no indiferentes.

4. Para los encarcelados

Atraía en manera particular la caridad espiritual y temporal del Padre una clase de personas que necesita mucho en ayuda y redención: los encarcelados.

En Trani visitaba a menudo los encarcelados y los socorría, y me parece que de ello hizo un precepto para la superiora de aquella comunidad. De vez en cuando llevaba personalmente, acompañado por algún otro y por los encarcelados, la comida. A ellos administraba los Sacramentos. Hacían por su orden bollos para llevarlos a los encarcelados.

En Taormina el asunto era más fácil; porque, como ya dijimos, la cárcel del mandamiento ocupaba el bajo del antiguo convento de los capuchinos, mientras las hermanas moraban en el primer piso. Por lo tanto, en Taormina en Pascua llevaba la comida a los encarcelados, tras haberlos evangelizados. La comida sin embargo no se limitaba a la sola Pascua: para los encarcelados había la comida cuando el Padre llegara en Taormina, y luego en Pascua, Navidad y fiestas principales; si alguien estaba enfermo, la comida era diaria, según las prescripciones médicas. Para el precepto pascual de los detenidos él intervenía con predicación, confesión y Misa cada año.

Alguien destaca que la comida se extendía también al personal de las cárceles; y «cuando el Siervo de Dios estaba presente, anteponía a la comida bonitas y eficaces instrucciones». Hacia el año 1903 se hizo en Taormina la inauguración de la nueva cocina. Algún día después, la superiora lo comentaba al Padre, que había estado ausente. «Él pidió en seguida: “¿Para quién cocinasteis la primera vez?”. “Para los encarcelados y pobres”, contestó la superiora. El Siervo de Dios sonrió complaciente, porque se había interpretado su pensamiento».

En cuanto llegaba en Taormina, en seguida iba a visitar a los encarcelados, que se le encariñaban y lo esperaban con ansiedad. Un día, yendo él en la ciudad para la cuestación, uno que había sido librado de la cárcel quiso hacer él la cuestación para agradecer al Padre.

Un chico detenido se desesperaba gritando: “¡Yo no quería matarlo!”. Se trataba en realidad de un homicidio casual en una riña con otro chico, acabada mal. El Siervo de Dios finalmente consiguió hacerle entender el mal y pedir perdón al Señor. A un encarcelado dio por el momento sus pantalones con toros artículos de ropa echándolos de la ventana en el patio; luego llevó otro par en casa para tenerlo listo en caso de una eventual necesidad.

El que conoció el Padre entiende bien cuánto sean ricas de significado estos dos testimonios, que ponemos aquí encerrando este tema: «No hubo afligido que no hubiese recibido consuelo por el Siervo de Dios». «Los días del Siervo de Dios pasaban haciendo el bien a todos, en el alma y en el cuerpo; así fue entretejida su vida: nadie se marchó de él sin haber sido consolado. Era una vela que iluminaba y calentaba».

5. Para las almas consagradas

Las necesidades de los sacerdotes y de las comunidades religiosas, especialmente claustrales, no podían escapar de la mirada caritativa del Padre. Él escribió para nosotros: «Una caridad de donativos y ayudas a los pobres, agradable más que toda otra al Sumo Dios, y por la que hay las más estupendas promesas de compensación y bendiciones celestiales es la limosna que se hace a los que

pertenecen al Señor directamente, como serían sacerdotes pobres y comunidades religiosas de ambos sexos, cuando pasan graves necesidades. Uno no se puede no conmocionar y alargar la mano hacia los que pertenecen a Nuestro Señor Jesucristo, con la gran ilimitada confianza en la divina promesa, cuando se leen estas palabras del profeta Malaquías (3, 10-12): **Traed todos los diezmos al tesoro y habrá sustento en mi templo. Ponedme así a prueba, dice el Señor del universo, y veréis cómo abro las compuertas del cielo y derramo bendición sin medida. Ahuyentaré de entre vosotros el insecto devorador** (o sea haré huir los insectos que devoran las cosechas, las orugas, las plagas, etc.) **y no se os echarán a perder los frutos de la tierra, ni se estropeará la viña, dice el Señor del universo. Todos los pueblos os felicitarán, pues seréis un gozo de país»** (N.I. Vol. 10, p. 114).

El Padre se halló en condición de dar cuenta de sus larguezas a Monseñor Parrillo, Visitador Apostólico de sus Congregación y he allí como él se justifica: «Tengo que destacar a Vuestra Señoría Reverendísima (¡Que me representa la Suprema Autoridad!) un modo de actuar que tiene algo raro, como me porté durante cuarenta y más años, que me hallo en el campo de las obras de beneficencia. Tuve una gran premura para con los huérfanos y pobres, y está bien; pero tuve casi una presunción de querer dar, no solamente para las obras empezadas por mí, sino también para las obras buenas de los demás, no sólo para las personas internas acogidas por mí en Institutos, sino también por pobres mendigos, y especialmente para casas religiosas. Me entregué a aquella divina promesa: **Unum datis et centum accipietis**, y a la otra: **Dad, y se os dará: os verterán una medida generosa, colmada, rebecida, rebotante, pues con la medida con que midiereis se os medirá a vosotros** (Lc 6, 38)». Para la ayuda de las casas religiosas, cita las palabras de Malaquías referidas más arriba por nosotros, y sigue: «el dar lo guardé como secreto infalible de continua Divina Providencia. Y mi esperanza en Dios nunca fue defraudada. Nuestro Señor, por su infinita bondad, en todo lado nos sobreabunda con Divina Providencia. Por lo cual tengo que notar que mis donativos, en verdad, en relación con nuestros institutos y con las personas internas, no se podrían decir inconsideradas, porque, por gracia de Dios, nunca hice faltar nada en primer lugar a los internos. Y es sobre la exuberancia de hoy que se intentó hacer inversiones en el banco de la Divina Providencia, sin mucho **festinare in crastinum**» (Vol. 29, p. 46). Escribía en efecto el Padre Vitale: «Invirtamos los capitales en el Banco segurísimo de Nuestro Señor, que da el interés del cien por uno sin ningún peligro de fracaso» (Vol. 33, p. 52), y a la Madre Nazarena: «Hagamos alguna buena limosna, que es la inversión más segura» (Vol. 36, 13).

He aquí diversos informes para los sacerdotes: «Tuvo una caridad especial, constante y discreta hacia los sacerdotes pobres, proveyéndolos con dinero, hospedándolos en los Institutos y añadiendo otra caridad para aquellos sacerdotes extraviados, que habían olvidado su carácter sacerdotal y los relativos deberes. Esto me resulta por experiencia directa o bien porque oído por hermanos aún vivientes». «Visitó a menudo sacerdotes enfermos o extraviados para confortarlos con sus oraciones y a todos daba lo que en estos casos sugería su gran corazón, solícito también por los intereses del cuerpo, o para intentar su vuelta al redil. A menudo el Padre Bonarrigo, recuerdo bien, me decía: “Sabes, el Padre fue a Gualtieri, o a otro lugar, para confesar tal sacerdote...».

«En los que se refiere a la caridad hacia el prójimo, la tuvo hacia los sacerdotes caídos o inválidos sin ayuda de los familiares». Recuerda una hermana: «Yo misma preparé la comida durante casi dos años para dos sacerdotes, el párroco Chillé y el sacerdote Francisco Carnazza, capellán del camposanto. La motivación oficial era porque estaban solos. El instituto se encargaba de llevarla a su destino. El sacerdote Carnazza, abandonado por los familiares, fue asistido y alimentado por el Siervo de Dios hasta la muerte. El párroco Gentile, enfermo, tuvo por el Siervo de Dios cuidados afectuosos para el alma y el cuerpo hasta que murió».

Sabemos por el Padre Carmelo que para los sacerdotes pobres tenía una generosidad particular: «Esta caridad era toda reservada. En casos parecidos, pidiendo cantidades, solía decir: “Tengo un pequeño asunto para hacer”. Íbamos de viaje desde Oria hasta Roma; me pidió en el tren algún dinero para dárselo a un sacerdote pobre que había visto en el mismo tren. Se quejó que tenía solo cien liras para el viaje de vuelta. A pesar de mi resistencia, las quiso todas y, tras ponerlas en un sobre, fue a entregarlas. Un señor que estaba sentado al lado, me pidió quién fuera; se asombró mucho oyendo que era el Padre Francia, de que había oído hablar mucho. Sacó de la maleta un sobre, le puso dentro una cantidad de dinero y, regresando el Siervo de Dios, manifestó toda la devoción de sus sentimientos, y como atestado, entregó las mil liras que estaban allí. El Padre comentó: “Si hubiésemos dado cincuenta liras, igual hubiésemos tenido quinientos; dimos cien y el Señor nos envió mil».

En Oria vivía un sacerdote que había sido fraile. Era rico, pero los sobrinos dilapidaron sus pertenencias y se redujo a la extrema indigencia. El Siervo de Dios se compadeció de él, tanto más que por el Padre Palma no había tenido noticias edificantes sobre él. El Padre condenó la conducta del antiguo fraile, sin embargo, se recuperó de inmediato y dijo que, a pesar de todo, era un sacerdote necesitado y como tal, hacía falta ayudarlo absolutamente; más bien quiso que se le diera todo lo que teníamos en la casa.

Era larguísima la generosidad del Siervo de Dios en favor de las comunidades religiosas. «Cerré los ojos – escribía – especialmente cuando se trató de ayudar religiosos y casas religiosas» (Vol. 29, p. 47). Cuando murió, la casa madre de Mesina enviaba la suma de 130.000 liras cada año como ayuda ordinaria para muchos monasterios y casas religiosas. Además, cada casa tenía sus comunidades para socorrer, sea que fueran en el listado de Mesina sea fuera de ello. La superiora de Taormina había enviado, tras una petición, 100 liras a las dominicanas de Bolonia. Estas, agradeciéndolas, pedían aún socorro. La hermana presentó su maravilla al Padre, que le dijo: “¿Y tú, comes una vez solamente? Son de clausura, envía cien liras cada mes”. A Estrella Matutina, en Nápoles, se enviaban desde Taormina cien liras mensuales; un día, sin embargo, el Padre dijo a la Superiora: “Tienes que enviarles doscientos cada mes: ¿no recuerdas que su casa se está cayendo?”. Sabiendo que alguna vez las cartas certificadas contenían cantidades superiores a las declaradas: “¿Por qué no haces tú lo mismo – me decía – con los que te piden?”. Alguna vez era él mismo que preparaba, como la llamaba, la sorpresa.

Los Padres Capuchinos de Giardini se hallaban en un mal momento no logrando cubrir el techo de su nueva iglesia dedicada a Nuestra Señora de Pompeya, en localidad Villa Agonía. El Padre, encontrándose a pasar por allí, como oyó la cosa, dijo al superior, Padre Antonio de Patti: “Lo pagaré todo yo, ¡pero silencio absoluto!”. El silencio fue roto sólo tras la muerte del Siervo de Dios; el Padre Antonio concluía: «Vuestro Padre era un santo y amaba a la Virgen María».

También los Padres Ligorinos en la reciente fundación de Francavilla tenían sus preocupaciones por la restauración de la iglesia hallada despojada de todo. «Estaba en angustias – escribe el superior Padre Salvador Di Coste – por los gastos ingentes que se necesitaban. Pero el Canónigo Di Francia me exhortó en tener confianza en la Providencia y en no tener miedo de poner mano a la obra. Para confortarme mejor y cooperar juntos a esta obra de Dios y de San Alfonso, me prometió de dar también su modesto óbolo. Y aunque él se hallaba en estrecheces por las muchas necesidades de sus obras, que tenía que sustentar, este modesto óbolo, como él lo llamaba, no faltó de enviármelo cada mes, durante diez meses, con mil liras cada mes» (cf. **Bollettino**, febrero 1947).

Don José Rossi, de Trani, fundador de la **Infancia Abandonada**, decía que una vez recibió una cantidad muy grande, porque el Siervo de Dios quería hacer enmienda por la frialdad de las

hermanas del Divino Celo, que había determinado por unos cuantos meses que el sacerdote se alejara de aquella casa, donde recibía normalmente unas limosnas.

A las limosnas el Padre no faltaba de añadir palabras de ánimo: le escribió una vez tras su visita al asilo: «Le aseguro que me llevé de ello las más bonitas expresiones. (...) Sé bien, por larga experiencia, cuánto se tiene que trabajar en los primeros tiempos de obras parecidas, y admiro lo que usted inventa y actúa con paciente interés para llevar adelante el orfelinato. El Corazón adorable de Jesús, al que Usted consagró aquellos pequeños, le asista, y dé honra, incremento y prosperidad a la Obra piadosa empezada» (N.I. Vol. 5, p. 294). También esta carta fue acompañada, escribe Don Rossi, por una **ayuda consistente**.

Para las obras de Don Orione, que el Siervo de Dios entregó una cantidad, es seguro: escribe en efecto a Don Orione un billete el 27 de noviembre de 1911: «Estoy listo por aquellas liras propuestas. Me haga saber cuándo tengo que venir para verle y hacerle la entrega» (Vol. 37, p. 3). No nos resulta la entidad de la cantidad; sin embargo, leemos que el 8 de diciembre de 1911 don Orione adquiriría la casa para el noviciado de su Obra en Bandito, cerca de Brà, en provincia de Cuneo; y el autor de su biografía Don Sterpi destaca: «La amistad santa de Don Orione con el Siervo de Dios Canónigo Aníbal Di Francia le proporcionaba parte de los medios para adquirir la tranquila morada de los condes Moffa, cerca de la ciudad natal de San José Cottolengo» (cf. Don Carlo Sterpi, **Vita di don Orione**, p. 337). Y el Padre estaba listo para hacer un nuevo donativo. Escribe en efecto a Don Orione el 2 de septiembre de 1915: «¿Se recuerda Vuestra Señoría Reverendísima cuando tuve el bien de hacerle aquel donativo para Bandito, localidad Moffa? Hoy, por divina misericordia podría dirigirme hasta más allá, en el caso que Vuestra Reverencia lo necesitara...» (N.I. Vol. 7, p. 131). No faltó de dar a Don Orione ayudas de otra clase. Le escribía en efecto: «Le remito muy de corazón acerca de dos mil direcciones de nuestros devotos, que me hallo imprimidos. Otras direcciones los haré copiar por los registros, y estoy feliz que en este modo lo pueda aprovechar para sus santas obras» (Vol. 37, p. 1).

Hablando de comunidades femeninas, en la citada carta a Monseñor Parrillo, el Padre escribe: «¿Acaso tendría que decirlo? Se lo digo en estrecha confianza: a un monasterio decaído en Nápoles, llamado de las monjas de Estrella Matutina, hace diez años entregué ciento veinte mil liras. A casi todos los monasterios de las Salesianas de San Francisco de Sales en Italia y unos cuantos en Francia, hacemos donativos mensuales, que suben a muchos miles de liras cada mes. Las Salesianas de Bolonia, por graves circunstancias en que se hallaban, tuvieron por nosotros treinta mil liras. Clarisas, Carmelitas, Dominicás, etc. tienen ayudas mensuales, dados los tristes tiempos, ¡en que las monjas de clausura perecen y son las verdaderas víctimas del siglo!» (Vol. 29, p. 47).

Antes de seguir en este tema, creo que sea oportuno destacar el celo del Padre para la santificación de las almas consagradas y cómo él se preocupaba que en las comunidades ayudadas por él floreciera la observancia y el fervor. Escribe: «Ruego hacerme saber si en este monasterio se observa la **vida común** (el subrayado es del Padre) y la perfecta regla de Santa Clara» (Vol. 38, p. 27). «Deseo con sincero corazón que las hermanas Salesianas se hagan todas santas, para gustar inmensamente al Corazón Santísimo de Jesús, para compensarlo por los que no lo aman y ganarle muchas almas» (Vol. 38, p. 25). No falta en una ocasión de hacer destacar que en una comunidad «¡entró la relajación en algunas, por lo cual el Señor, indignado, golpeó toda la comunidad! ¡Hace falta ser fuertes y despedirlas! Es importante restablecer la más perfecta disciplina y santificación en todos los miembros de la comunidad. Haría falta un gobierno enérgico y vigoroso, que restableciera la perfecta observancia, ya que hay unas cuantas que se aprovechan de la bondad y de la edad de las ancianas» (Vol. 39, p. 49-50). Y en otro lugar: «Lo que fue causa de diversas relajaciones es la falta

de una **seria y bien reglamentada disciplina**. Y la disciplina en los Institutos religiosos es de tal importancia que, vacilando la disciplina, se deteriora el espíritu» (Vol. 39, p. 36).

Volvamos ahora a las ayudas del Padre a los monasterios.

En una visita a las clarisas de Altamura había conocido que el techo del monasterio necesitaba reparaciones. Vuelto a casa, envía un sobre a la abadesa: «Le ofrezco mil liras para aquellos trabajos del techo. Esta superiora dispuso 50 liras por este monasterio» (Vol. 38, p. 27).

El Canónigo Termine, dignidad de la Catedral de Trani, confesor de las clarisas de la ciudad, habiendo expuesto al Siervo de Dios la necesidad urgente de la comunidad, recibió en seguida todo lo que, parece, tenía en el bolsillo, o sea 500 liras. En Nápoles, en un monasterio de hermanas destinó la cantidad de cincuenta mil liras para reparaciones, hacia los años 1910-1912. Creo que se trate del Instituto de las Gertrudinas – no de monasterio – de que hablamos antes, que él llegó a conocer justamente en aquellos años.

En Ceglie Messápico (Brindisi) la veneranda Madre Lalia había fundado una casa de Hermanas Terciarias Dominicanas, y allí pasó los años de su destierro hasta la muerte.⁷⁸ El Padre fue durante algún tiempo director espiritual de esta alma extraordinaria y bienhechor de su casa.

He aquí lo que escribe del Padre una de aquellas hermanas: «El Siervo de Dios subvenía otras comunidades religiosas y congregaciones como habría hecho por sus comunidades. También a nosotras no faltó nunca de darnos su ayuda: nos ofreció dinero para la construcción de la cocina, para colocar los azulejos en el suelo de la sala de entrada de nuestro instituto. Nos habría ofrecido ayudas para abrir un orfanato para el bien de las huérfanas del pueblo de nuestro instituto, si otras razones no nos lo hubieran impedido. En 1917 predicó los ejercicios espirituales en nuestra comunidad de Ceglie Messápico. Sus argumentos se extendieron sobre el comentario de nuestra regla y constituciones, especialmente sobre los votos religiosos. Su palabra sencilla y llana sacudía las almas y recuerdo que, antes de acabar los ejercicios, una madre muy piadosa, a la que, porque era de una familia rica, se le permitía de tener para sí algo de comida que le daban los familiares, en seguida lo dejó y se aplicó también el cilicio y hacía otras mortificaciones».

⁷⁸ Madre Antonia Lalia (1839-1914) de Misilmeri (Palermo), fundadora de la Congregación de las **Hermanas Dominicanas de San Sixto Viejo** en Roma, fue un alma grande en un cuerpo pequeño amenazado por las mortificaciones y los achaques. Tras 17 años de gobierno de la Congregación fundada por ella, fue apartada, porque tenía, en los proyectos de Dios, fecundar su obra con su inmólación. «¡Es magnífica Madre Lalia en aquella hora! Ella sí, tiene que desaparecer, pero no su Congregación, que tiene que vivir, porque es obra de Dios, fruto de lágrimas y heroísmos inenarrables. Los directores espirituales – que ella tuvo muy grandes, como el Padre Lombardo, el Padre Lepidi, el Canónigo Di Francia – como la habían dirigida y sostenida en la fundación de la Congregación de San Sixto Viejo, en la hora de las tinieblas, en la hora del cáliz le están cerca para presentar a Dios aquella hostia purísima. Depuesta de general, toma el camino del destierro, bendiciendo y besando la mano que la golpea. Es la madre que siempre tiene la culpa; es ella que tenía que pagar, sufrir, morir para salvar los hijos. ¡Así como Jesús!» (Padre Taurisano, en el prefacio de **Madre María Antonia Lalia** de Sor M.G. Arena, O.P.).

Escribiendo al Padre el 7 de marzo de 1913, exclama: «Mi dulce destierro, mi querida prisión, mi delicioso paraíso. Jesús está solo en este sagrado ciborio, yo estoy sola en esta amada celda. Él forma y es mi paraíso; espero, de este paraíso de santa resignación, pasar al eterno descanso». Murió el año siguiente, el 9 de abril de 1914. Veinticinco años después, caídas muchas prevenciones, hecha luz sobre diversas vicisitudes, la Congregación rindió público reconocimiento al mérito de la insigne fundadora y quiso que sus restos mortales volviesen a la Casa Madre. El 22 de julio de 1939 fueron sepultados en el aula capitular de San Sixto Viejo, cuna de la Orden dominica, testigo de tres resurrecciones de la muerte actuadas allí por Santo Domingo. La reciente biografía escrita por el Padre Timoteo Centi O.P. (**Madre M. Antonia Lalia, fundadora de las Hermanas Dominicanas de San Sixto Viejo**, Ediciones San Sixto Viejo, Roma, 1972), pone en relieve la obra del Padre en la dirección espiritual de la Madre Lalia.

Las ayudas a la Obra de Madre Lalia no se limitaban a la casa de Ceglie; encuentro en las notas del Padre: «**Palermo**, Dominicas; **Ceglie**, Dominicas; **Roma**, Dominicas San Sixto; **Roma**, Dominicas Santa Catalina; **Roma**, Dominicas Santos Domingo y Sixto» (N.I. Vol. 10, p. 77).

Las relaciones con las Capuchinas de Ciudad de Castillo empezaron en los años juveniles del Padre, a motivo de su devoción a Santa Verónica Giuliani, que allí vivió y murió, donde se venera su cuerpo. De las cartas de la abadesa del tiempo, sor Teresa, sabemos que él ya desde entonces enviaba ayudas; y así siguió durante toda la vida. Las monjas se dirigían a él también por muchas cosas pequeñas que él se preocupaba de satisfacer en todo. Escribe desde Trani, en 1919, a la Madre Nazarena en Mesina: «La Abadesa de Ciudad de Castillo recibió el velo o llevallino para sor Verónica: ella lo quisiera un poco de color verde clarito y un poco del blanco: si podéis, enviádselo; si no, avisadme que lo busco yo en Nápoles o Roma, o bien dadme la dirección de donde lo retiráis» (Vol. 35, p. 225). Pocos días después hace saber que lo envió él (**Ibid.** p. 227).

De otro monasterio le escriben cartas «con tinta blanca y me sale difícil leerlas». El Padre piensa en la pobreza de aquellas hermanas y en la respuesta anota: «Me permito de añadir diez liras para una botella de tinta de buena calidad» (Vol. 39, p. 45).

La prontitud y generosidad con la que los diversos monasterios de las Salesianas habían admitido su Obra a la participación de los méritos de todas las buenas obras que se cumplen en aquellos sagrados retiros, estimulaba la caridad del Padre a alargar su mano en subvenir en las necesidades materiales de aquellas casas; y «aceptó con gusto la ofrenda de algunas hermanas de ir a pedir para las hermanas Visitandinas, de las cuyas condiciones penosas nos había hablado. ¡Era tan generoso, en los límites de las posibilidades, hacia aquellas esposas de Jesucristo!». Tenemos una resonancia de ello en las cartas de los diversos monasterios, de las que nos limitamos a recordar solamente dos.

La Superiora de las Visitandinas de Roma, vía Salaria, escribe:

«Quiso que participaran, no sólo nuestra comunidad de Roma, sino también muchísimas en Italia y fuera, de la providencia que el Señor le entregaba; algo que para nosotras y para tantas casas fue una verdadera bendición y lo hizo nombrar entre los más insignes bienhechores de nuestros monasterios». Del Monasterio de Pescia: «También nosotras, humildes Visitandinas, fuimos objeto de su caridad sin límites, enviándonos a menudo ayudas en dinero, y no negándose nunca cuando, por alguna particular necesidad, recurrimos a su generosidad» (Vitale, **ob. cit.** p. 700).

Las Visitandinas de Roma nos señalaron además particulares recuerdos, que no queremos olvidar: «Cuando el Siervo de Dios venía a Roma y pasaba a vernos nos parecía que San Francisco de Sales llegara a visitarnos; muchas de las hermanas de la comunidad pedían de hablarle en particular y tomar sus consejos; nosotras adheríamos con gusto, y todas sacábamos conforto de ello, fervor e impulso en el camino de la perfección. Era tan humilde, recogido, más bien habitualmente parecía como raptado en Dios. Una vez que vino a celebrar con nosotras, un sacerdote piadoso nuestro capellán – él también en la patria de los santos actualmente – viéndolo, dijo que había sido raptado por su devoción y recogimiento, y que aquel sacerdote forastero (no lo había visto nunca, anteriormente) tenía en todo su portamento algo de sobrenatural».

La Superiora General de las Boconistas de Palermo escribe al Padre a nombre también de sus cohermanas «nunca satisfechas de significarle la plenitud de nuestra gratitud por el exceso de su exquisita y noble caridad con las hijas del Padre Santiago» y pide una fotografía suya «para que,

pegada a nuestros muros, podamos admirar en la veneranda figura el amigo dignísimo de nuestro venerado Fundador».⁷⁹

No podía el Padre olvidarse de los monasterios de Mesina. Antes del terremoto la ciudad abundaba de monjas, tanto que había una calle – hasta no muchos años atrás – llamada justamente **vía de los Monasterios** (hoy vía **XXIV Maggio**), porque en ella desembocaban los numerosos monasterios de la ciudad. El Padre no hacía faltar a aquellas santas reclusas el confort de su caridad. José Bonarrigo, que hacía de administrador en Aviñón recuerda: «Un día el Padre me envió a comprar cinco quintales de legumbres, con el encargo de acompañarlos al monasterio de Santa Teresa, que entonces surgía donde ahora hay el Instituto Domingo Savio». Y era el año 1894, cuando nuestro Instituto navegaba económicamente en pésimas aguas; pero era esto el secreto del Padre: cuanto menos tenía, más daba, para atraer en este modo la divina Providencia.

Más adelante hablamos de la devoción del Padre a la Beata Eustoquio; se puede imaginar, pues, si podía olvidarse de las hijas de la Beata. Fue él, en efecto, un gran bienhechor de su monasterio. Recuerda una hermana: «Sé por conocimiento personal que enviaba muchas veces cada año a las monjas de Montevergine, la comida, además del cheque mensual. Lo mismo practicaba en Taormina con los Padres Salesianos, de los que uno era nuestro capellán». Ni los olvidaba desde lejos, especialmente cuando necesitaba ayudas particulares del cielo. Desde Trani escribe al Padre Vitale: «Le añado 250 liras, que quisiera que se dieran de mi parte, 100 a las Hermanitas y 100 a Montevergine; y 50 a los Salesianos de Taormina» (Vol. 33, p. 65).

Tras laboriosas prácticas de los competentes superiores se consiguió abrir nuevamente en Mesina el Monasterio de Santa Clara, derribado por el terremoto de 1908. Oh, ¡la alegría del Padre que había deseado mucho que se encendiera nuevamente en Mesina este nuevo hogar de oración! En la primera visita que hizo al monasterio, escriben aquellas hermanas: «Estuvimos cerca de una hora en conversación con él – que tanto deseaba nuestra venida – y nos parecía – y tuvimos de ello profunda convicción – que estábamos hablando con un santo; y no hay que asombrarse, porque la apariencia se confirmaba por su actitud y sus palabras. Despidiéndose, conociendo nuestra penuria, nos puso en la mano una larga cantidad de dinero para proveer a nuestras primeras necesidades, una buena cantidad de higos secos y tres formas de pan. (...) Y no se paró aquí su caridad: venía a vernos, siempre dándonos largas limosnas, y no contento de ello, nos dejaba con estas palabras: “Cuando necesitéis algo, escribidme”. Cuando se admitía alguna candidata a la vestición, para encarar los gastos nos enviaba dinero. Y no faltaba nunca de darnos legumbres, patatas, fruta, aceite, leña, un poco de todo. (...) Lo llamábamos **nuestro padre**. (...) Otra vez, conociendo nuestras privaciones, nos envió un pulpo de dos quilos y una botella de aceite para condimentarlo. (...) Era esto su único latido: beneficiar, aliviar las penas de sus hermanos, y para hacer esto no se cuidaba de sí mismo, se sacrificaba».

El pulpo me recuerda otra anécdota que me fue contado no recuerdo si por una hermana o por el hermano María Antonio.

Una vez, mientras entraba en el monasterio de las clarisas, oyó un vendedor que chillaba en la calle el pescado; y él a la hermana: “Dadme en seguida un contenedor, que quiero daros pescado”.

⁷⁹ El Siervo de Dios P. Santiago Cusmano (1834-1888) de Palermo, antes médico y luego pasado al clero diocesano, fue uno de los más grandes apóstoles de la caridad del siglo pasado. Fundó la Obra del Bocado del Pobre, que le fue inspirada por una visita hecha a la casa de un amigo suyo, en que miró, con alegría y edificación, que cada uno de los comensales quitaba un bocado de su porción para ponerla en un plato destinado a un pobre. La Obra abraza dos ramos: los religiosos Siervos de los Pobres y las Hermanas Siervas de los pobres, más conocidos con el nombre de Boconistas.

La hermana se vino con un modesto plato. “No, no – dijo el Padre – un buen contenedor grande; ¿qué hago con este plato?”. Obtenido lo que deseaba, corrió a comprar el pescado fresco.

El monasterio de Santa Clara nos recuerda otra anécdota amable sobre la caridad del Padre. ¡La antigua abadesa, sor Isabel Di Giovanni, de los Duques de Precacuore, el 9 de noviembre de 1923 celebraba los cien años! Había entrada en clausura – como se usaba en aquellos tiempos – como educanda a los tres años y había permanecido allí para siempre; alejada de Mesina después del desastre, había vuelto allí cuando se abrió nuevamente el monasterio. «Oh archivo de memorias – de las záncleas vicisitudes», la saludó en sus versos el Padre, que quiso celebrar la fecha, multiplicando la caridad al monasterio, y con una pequeña academia preparada por las Hijas del Divino Celo y por las huérfanitas.

En Nápoles halló el monasterio de las **Treinta y tres** en condiciones económicamente desastrosas: las pobres monjas sufrían el hambre de verdad. Además de dar sus donativos, el Padre hizo converger hacia aquella casa religiosa el pan de San Antonio.

Es ampliamente documentado por la diaria experiencia que el bienaventurado San Antonio obtuvo numerosas gracias al que le prometió pan para los huérfanos y los pobres. “¿Acaso no concederá el Santo – pensó el Padre – las gracias al que se las pide interponiendo las oraciones de aquellas piadosas claustrales?”. Imprimió pues una hoja, en que, recordada brevemente la naturaleza de esta práctica piadosa, sigue: «Entre las personas necesitadas por la que se tiene que hacer la promesa del **pan de San Antonio de Padua**, hay una clase que no se tiene que olvidar jamás. Estas son las sagradas vírgenes encerradas en los Monasterios, almas queridísimas para Dios, pero víctimas, se puede decir, del empobrecimiento que padecieron, por la abolición de las corporaciones religiosas: víctimas del gran enfriamiento de fe y caridad de nuestros tiempos. Sin embargo, ellas son, las sagradas vírgenes consagradas a Dios, las esposas místicas de Jesús Sumo Bien que, mientras el mundo enloquece y atrae los divinos castigos, rezan, gimen y suspiran ante Dios, y obtienen muchas divinas misericordias. ¡Fieles! San Antonio de Padua, que hasta ahora concedió innumerables gracias y prodigios por cualquier le prometió el pan para los pobres y los huérfanos, mucho más concederá para el que hará su promesa en ventaja de las sagradas vírgenes depauperadas por la tiranía del mundo enemigo de Dios. Sí, ¡el Santo quiere que se ayuden las esposas del adorable Señor Jesucristo!».

Explica luego cómo se tiene que entender la promesa y enseña el monasterio al que está destinado el donativo: «He aquí en Nápoles un antiguo Monasterio de sagradas vírgenes llamado de las TREINTA Y TRES, en honor de los treinta y tres años de Nuestro Señor Jesucristo. El que desee la gracia pida las humildes y fervorosas oraciones de estas piadosas y recogidas vírgenes, haga su promesa al Santo. Las vírgenes esposas de Jesús rezarán al gran Santo, y el gran Santo obtendrán del Niño Dios gracias inesperadas y sublimes. ¡Probadlo, oh fieles!».

Esta hoja impresa, puesto en un marco, fue expuesto, con el permiso de los relativos Rectores, en muchas iglesias de Nápoles, al lado de una cajita con la imagen del Santo, destinada para recoger las limosnas o bien las peticiones de oraciones, con esta inscripción: **Cajita del pan de San Antonio de Padua para las sagradas vírgenes depauperadas** (Vol. 9, p. 161).

El cuidado que el Padre se tomó de las Hijas del Sagrado Costado, no se limitaba a la parte espiritual y disciplinar. Una de aquellas hermanas, magnificando su caridad, declara que «basta mencionar sólo lo que hizo para nuestro Instituto: en primer lugar, puede ser que ello hubiese muerto si él no hubiese llegado». Aconteció seguidamente en el mismo Instituto una dolorosa escisión, de la que hablaremos en su lugar, pero el Padre siguió siendo como padre para todas. Sigue en efecto la hermana: «Cuando el Siervo de Dios fue tratado en malas maneras, siguió cuidando de nosotras como

sus hijas; y no sólo nosotras, sino también las otras que se habían alejado». En realidad, él pudo escribir de aquella Congregación: «Recogí en mis brazos esta hija adoptiva, la reconduje delante de la Santa Iglesia, la alimenté como mejor pude en el alma y en el cuerpo, la llevé en mi pecho, presentándola a los Corazones Santísimos de Jesús y de María. Nunca hice el sordo ante las lamentaciones piadosas de todas estas queridas hijas, cuando sus necesidades me expusieron» (N.I. Vol. 7, p. 195). Casi no se halla carta del Siervo de Dios a las superiores de las Hijas del Sagrado Costado en que no añada unos donativos para las necesidades genéricas o determinadas de las casas. Precisamos lo que, en el informe de Monseñor Farina se dijo antes en manera no especificada. Para evitar que las Hijas del Sagrado Costado de Spinazzola fueran expulsadas de la casa en que moraban, el Siervo de Dios pagó un total de 40.000 liras.

6. Las Hermanitas de los Pobres y las monjas de Estrella Matutina

Se nos queda para decir en particular sobre dos Institutos que gozaban las preferencias del Padre en el campo de sus donativos: las **Hermanitas de los Pobres** y las **Monjas de Estrella Matutina** en Nápoles.

El Padre se había interesado con el Canónigo Ciccolo para la venida en Mesina de las Hermanitas de los Pobres desde cuando tuvo la idea de regenerar el barrio Aviñón. El 27 de febrero de 1882, fue él mismo a buscarlas en la estación «con una carroza con dos caballos, por respeto a las almas consagradas» - decía el Padre - y las hospedó en su casa. Ellas sin embargo acogieron unos pobres de Aviñón, pero se establecieron en los primeros años en una casa alquilada en el Ringo, para pasar luego en Gazzì, y Aviñón permaneció siempre en los hombros del Padre. El Canónigo Ciccolo, que en un primer tiempo le había dado una mano de ayuda, muy pronto lo dejó empeñándose totalmente en la protección de las Hermanitas. Cuando luego él cayó mortalmente enfermo, en 1920, les dijo a estas: “En vuestras necesidades, recurrid al Canónigo Di Francia; acordaos que fue él que os hizo venir a Mesina y él os tendrá que ayudar”. Recomendación inútil, porque el Padre ya era y permaneció siempre generoso bienhechor de aquel Instituto.

Además de los donativos mensuales ordinarios, él tenía siempre en el cajón un bloque de sobres con la dirección de las Hermanitas, así que cuando lo creía, no tenía que hacer nada más que ponerle dentro la cantidad querida, cerrar y enviar. El hecho me lo contó Sor Beatriz, que preparaba ella misma los sobres. El zapatero para la fabricación de los zapatos de toda la comunidad, era pagado por el Padre.

La hermana encargada había una vez retirado una cajita de óbolo llena y la había entregada al Padre: mientras tanto llegaron las Hermanitas, y él sin nada más la vació en sus manos, sin cuidarse de contar la cantidad. Este caso ahora recordado no aconteció sólo una vez: un informe depositado por las Hermanitas nos hace saber que esto acontecía en manera casi habitual, cada vez que ellas iban a verle. Más bien una vez, de vuelta de su giro, las hermanas hallaron también un sobre con una cantidad extraordinaria. Se sintieron en deber de regresar al Padre para devolverla. «Pero el Padre contestó con su gran bondad: “Lo que se dio se dio”».

Cuando Monseñor Paíno, en el comienzo de su episcopado, «entusiasmado por fabricar la casa de las Hermanitas de los pobres» manifestó el deseo de ser ayudado en aquella obra, el Padre le ofreció ciento cincuenta mil liras. Destaca el Padre en la carta citada a Monseñor Parrillo: «Efectivamente (Monseñor Paíno) puso en seguida mano a la fabricación del asilo de las Hermanitas,

que con el terremoto lo habían perdido todo, además de la muerte de muchas hermanas; y parece que no hizo un misterio de ello con aquellas mismas, porque dos Hermanitas de los Pobres vinieron a darme las gracias por la aportación de la que ignoraban la cantidad, y me la pidieron, pero no se la desvelé» (Vol. 29, p. 47).

En dicho informe, se cuenta el encuentro tenido por el Padre en Taranto, con las Hermanitas de Andria: aquel encuentro produjo para las Hermanas «un donativo generoso».

Un día el Padre hizo una visita al Instituto junto con el Padre Vitale y estaba yo también. Hallamos en la cocina una pequeña estatua de San José, que llevaba atado al cuello un trocito de madera: signo, según la costumbre de aquella comunidad, que el Santo tenía que proveer la madera para la casa. El Padre sonrió y dijo en seguida: “Librad a San José, que ya os provee”. Y ordenó que fuera llevado al Instituto no recuerdo qué cantidad de madera.

Vayamos mientras tanto a la Estrella Matutina.

El Padre conoció la fundadora de aquel monasterio, la Sierva de Dios sor María Luisa de Jesús, el 26 de julio de 1870, ¡y la impresión que tuvo de ella fue imborrable! «Ya pasaron cincuenta y dos años – él escribe en 1922 – desde el conseguimiento de mi ideal, o sea de ver una santa viviente, y más bien que verla y hablarle, sentir su sagrada dilección, durante el espacio de cinco años, los que sobrevivió, gozar desde Mesina por una frecuente correspondencia con cartas, y luego, elevada a los amplexos eternos de Dios, tener de ella por sus piadosas hijas espirituales, como reliquias insignes, su blanco velo y la cándida toca de barbeta, que yo conservo desde aquel tiempo como recuerdos preciosos» (Vol. 45, p. 554). Estos sagrados vínculos establecidos entre el joven clérigo y la santa fundadora, se perpetuaron luego con las fervorosas monjas de aquel monasterio, de las que el Padre recordaba especialmente sor María Lucía del Sagrado Corazón y Sor María Consejo, las que todas tomaron en el corazón las obras del Padre, implorando al Señor por ellas estabilidad y progreso. Así él recuerda la aportación de las Hermanas de Estrella Matutina a su Obra en el elogio fúnebre de sor María Lucía en 1907: «El año 1880 era sacerdote recién ordenado, empeñado en la evangelización de muchos pobres mendigos, que eran confinados en un remoto rincón de mi Mesina. Yendo a Nápoles y aquí llegado encomendé a las oraciones de estas sagradas vírgenes aquella Obra recién empezada, y les dije que aquellos pobres, después de catequizarlos, los habría llamado: **Los pobres del Sagrado Corazón de Jesús**. Este nombre tocó las fibras de aquella alma amante: ella, junto con alguna otra virgen de este Instituto tomó tan vivo interés para con esta Obra recién empezada, que yo puedo atestiguar que fue su ángel tutelar, y poderoso impulso para su formación. Hace veinte y siete años y más que trabajo míseramente en esta Obra, en medio de dificultades a menudo tan graves para que todo sea destruido en un momento. Y sor María Lucía, junto con otra su felicísima compañera, siguió paso tras paso todo su desarrollo, interesándose de ella con continuas oraciones ante su dilecto Señor y su dulcísima Madre, la fúlgida Estrella Matutina. Oh, ¡cuántas veces mis débiles fuerzas fueron a punto de vacilar y desistir ante lo imposible! Pero tenía un refugio: escribir al Monasterio de Estrella Matutina, y me llegaban cartas llenas de consuelos celestiales, de casi proféticas garantías sobre el buen éxito futuro; y, más que a mí las cartas, llegaban al cielo las humildes oraciones de aquella alma amante, que me atraían aquella gracia, que yo no podía merecer, para sostenerme en la ardua hazaña.

«Puedo decir que, en las largas y diversas vicisitudes de esta Obra, sor María Lucía del Sagrado Corazón compartió todos sus dolores y alegrías: tuvo en ellos parte esencial. Así que, no en vano, en una carta suya hace muchos años, cuando aún casi nada se podía decir fundamentado, me escribía: **El Señor Jesús es quien formará esta Obra; pero se necesitará tiempo, y no veremos**

todo su desarrollo en la tierra, sino desde el cielo, yo y las otras que fuimos las fundadoras» (Vol. 45, p. 137-138).

Por su cuenta, el Padre no faltaba de compensar el celo de aquellas fervientes religiosas, especialmente cuando su fundación empezó a sufrir dolorosamente por la tristeza de los tiempos.

Antes de todo compensa con la oración. Escribe a aquella superiora: «Ofrezco diariamente en la Santa Misa cinco intenciones para este Instituto: 1. Santificación; 2. Divina Providencia; 3. Adquisición del lugar Estrella Matutina u otro mejor; 4. Un nuevo siervo de Dios, como el Padre Navarro (**que había sido el ángel protector de la Fundadora**); 5. Una nueva sierva de Dios, como Sor María Luisa de Jesús. Estas cinco gracias pido con gran fervor: ¡actúe el buen Dios con su infinita misericordia!» (Vol. 39, p. 51).

Anima a la nueva superiora y la exhorta a cuidar la disciplina:

«Indignamente la exhorto a confiar en aquel Divino Esposo, que le confía la sucesión de Sor María Luisa: Él le dará la gracia que usted necesita. Cuide de hacer florecer la observancia, la oración, el silencio, todas las prácticas religiosas y la caridad mutua. Cuide de no pasar por encima de los pequeños defectos, porque así se relajan las Comunidades. Me perdone si me atrevo a tanto» (Vol. 39, p. 84).

El monasterio sufría penurias y el padre era generoso en socorrerlo. Casi siempre en las cartas añade dinero; tal vez, siendo falto de ello, escribe a la casa de Mesina de enviarlo. Una hermana recuerda: «Habiendo el Padre pedido desde Nápoles a la Madre General, Sor Nazarena 1.000 liras para Estrella Matutina, esta cantidad, que era la única en la casa, fue en seguida reintegrada por una anónima igual oblación, justamente mientras dicha madre entregaba las mil liras para el giro postal». Otra: «Recuerdo aún que se tenían en casa en Mesina no más de treinta y mil liras: mitad de ellas dispuso que tenían que consolidar la casa de Estrella Matutina, diciendo con ingenio que las invertía en un banco que no falla, al cien por uno de interés».

La tribulación más grave que afectó la fundación de Sor María Luisa de Jesús fue la de haber sido expulsada de la propia casa. La sociedad de la Restauración había «abatido el bonito y espacioso monasterio fundado por Sor María Luisa de Jesús, cerca de San Antonio Abad, despedido las sagradas vírgenes, adecuado al suelo la casa del Señor y destruido la devota iglesia anexa dedicada a la Santísima Virgen en el glorioso título de Estrella Matutina» (Vol. 45, p. 562). Las hermanas «tuvieron que ampararse en una casa demasiado incómoda, estrecha antihigiénica, sin luz, sin aire, en las callejuelas sucias y ruidosas de una ínfima plebe, en Santa Lucia a Mare, ¡donde el ruido de los gritos continuos, no siempre modesto, las ensordece y distrae de las devotas meditaciones y de las asiduas oraciones!» (**Ibid.** p. 564). En aquel lugar malsano en poco tiempo ocho de aquellas hermanas habían muerto.

Esta triste condición preocupaba mucho el Padre. «No le digo – escribía a la superiora – cuánto estoy afligido por el estado de salud de estas hermanas, que yo considero todas como mis hermanas en Jesucristo e hijas. Pongo a su disposición mis casas, si algunas de estas enfermas necesitaran algún cambio de aire» (Vol. 30, p. 30). «Espero oír buenas noticias de las pobres enfermas. Mientras tanto si necesitáis alguna cosa para las enfermas, decídmelo francamente. No haced faltar el caldo, la leche, los huevos, etc. etc.» (**Ibid.** p. 32).

La superiora aceptó la invitación y unas hermanas fueron a Taormina, Altamura y Trani para cambiar el aire y descansar, y regresaron a su comunidad tras haberse muy beneficiado.

Pero era indispensable quitar la comunidad de aquel ambiente insano, y el Padre se puso a la obra con todo el compromiso.

Intentó movilizar los católicos napolitanos, y en diciembre de 1922, en una iglesia tuvo un discurso a una asociación de mujeres católicas, presididas por la duquesa de Airola, ilustrando la figura de la Sierva de Dios sor María Luisa, gloria de Nápoles, «una nueva Santa Teresa, una verdadera Santa Gertrudis de nuestros tiempos», despertando el interés de los napolitanos para la reconstrucción del monasterio y de la iglesia de Estrella Matutina. Por su parte sabemos, como dicho antes, que contribuyó con la cantidad de ciento veinte mil liras. Imprimió, además, con una presentación suya el comentario de Sor María Luisa sobre el **Cantar de los Cantares**, destinando para ventaja del monasterio toda la ganancia.

Para el desarrollo de una Obra el lugar, sin embargo, no es todo. Él notaba: «La institución de Sor María Luisa es reducida a tal punto de escasez de medios y de vocaciones que más bien va pereciendo. Hace falta que la institución empiece a corresponder a las exigencias espirituales y sociales de los tiempos» (Vol. 39, p. 5). «¡Quiera el buen Jesús que así se pueda asegurar el porvenir de esta piadosa Institución! Ciertamente que alguna cosa se tiene que hacer, algún recurso se necesita; porque tal como estáis, la cosa no puede durar y la institución está en peligro. La limosna hoy está, pero mañana no, cuando no se trata sino de monjas encerradas. Cuando sea que el Señor me llamará a la eternidad, yo no sé si mis sucesores seguirán socorriendo esta casa como hago yo. Ciertamente el Señor no me necesita ni a mí ni a nadie, pero quiere que pongamos los medios y seamos providentes. Dice el Señor: ayúdame que yo te ayudaré» (**Ibid.** p. 6). Y por eso sugería, antes de todo, la institución de un orfanato: «En vuestras reglas, escribe, hay el germen del orfanato, o sea el cultivo de las niñas pobres, que tenéis por regla. De este punto al orfanato no hay una gran distancia. Si hoy el Instituto no hace un paso más adelante y más saludable para el cultivo y la salvación de las huerfanitas abandonadas, no quiere decir que va más allá, o sea que cambia naturaleza o índole: más bien no hace que perfeccionar su santa misión» (Vol. 39, p. 5). «El orfanato os llamará las bendiciones de Dios y de los hombres. Hace falta que las jóvenes de esta institución se muevan, se pongan en actividad, sino al revés todo va a perecer» (**Ibid.** p. 55).

De todas maneras, él asegura que rezará para esta finalidad, y quiere que las monjas recen mucho para conocer la voluntad de Dios: sugiere particulares oraciones y novenas; y concluye: «Recemos y referidme» (**Ibid.** p. 55). Las Hermanas de Estrella Matutina se pusieron en actividad ensanchando el círculo de su apostolado y la dulcísima Madre Estrella Matutina las bendijo e las hizo prosperar.

7. La hospitalidad

Prescribe el Padre: «Una forma de caridad que inmensamente nos tendrá que preocupar es la hospitalidad. Esta se tiene que cumplir con las más selectas cortesías y premuras de la caridad. Se acojan los huéspedes enteramente gratuitos si pobres, y se procure, para los días en que son alojados, de no hacerles faltar nada. Tengamos presente la palabra de San Pablo: **Por la hospitalidad, Abrahán mereció acoger a ángeles** (cf. Heb 13, 2).

«Para que la hospitalidad sea posible, procúrese que cada casa tenga unas habitaciones separadas del Instituto, porque no es regular que los huéspedes estén en contacto con los internos:

esto no se tiene que admitir. Habrá uno o dos hermanos o bien también sacerdotes que tendrán el cuidado directo de los huéspedes» (N.I. Vol. 10, p. 113).

Bien dicho todo esto, cuando se puede disponer de una casa amplia y cómoda; pero en el Barrio Aviñón había sitio apenas para los internos, y sin embargo no se tenía que negar la hospitalidad por falta de lugar. Hacía falta pues en la última hora de la noche preparar una cama en una escuela, en un taller, en la portería, y la mañana correr para quitar todo por tiempo.

Tras haber preparado una noche unos sitios de fortuna, he aquí que en la última hora llega un nuevo huésped, y me toca pensar también para este. De mi actitud el Padre se dio cuenta que... no podía estar alegre y quería significar: “Pero, si no tenemos sitios, ¡que vaya a buscar en otro lugar!”. Él me dijo en seguida cariñosamente: “Si no queremos sufrir ninguna molestia, ¿cuánto vale nuestra caridad? Si en la casa lo tuviésemos todo en su sitio, con las comodidades queridas, qué poco merecería nuestra caridad”.

Una noche, en los últimos años de la vida del Padre, me vi obligado a rechazar un huésped, porque no sabía dónde hacerlo apoyar. Como él lo supo, quedó muy contristado, y me dijo: «Había allí mi habitación, podías ponerlo allí». Desde entonces en adelante para los huéspedes se utilizó también la habitación del Padre, como él permanecía en el Espíritu Santo.

Cuenta el Padre Drago: «En Oria tocó tarde en la noche un fraile que se calificó como procurador general de su orden; pero yo tuve mis dudas. Le hice dar la cena, pero lo envié a una posada para dormir, encargándome yo mismo para pagar. (...) Luego se lo comenté al Siervo de Dios, que me reprochó e intentando yo de defenderme, explicando mi duda que se tratara de un ladrón, me repuso en seguida sonriendo: “¿Y qué te iba a robar?».

En 1892 el Padre hospedó durante un tiempo un sacerdote que parecía que no tuviese todos los papeles en regla. He aquí lo que le escribe el Padre cuando aquel, tras salir de Mesina, le había enviado sus agradecimientos: «La hospitalidad que os di fue para mí un deber, queriendo el Señor que así se trate con los forasteros; sólo perdonad que no pude ofreceros mejores comodidades, siendo nosotros constituidos **in paupertate**. Aprendo de vuestra carta que vais a ir a África. Pero, ¡Buen Dios! ¡Cuántas cosas se dicen sobre vos! Aquí llegaron muchas noticias; fundamentalmente, todas las noticias concuerdan que sois un Misionero, pero concuerdan también que salisteis de vuestra Orden. Yo mismo os aseguro, mi querido amigo, que no sé qué pensar: en vos hay un poco de misterio. Vuestra perfecta secularización, vuestra total carencia de Breviario (cosas no plenamente justificadas por las razones que lleváis) y muchas otras circunstancias, dan una cierta sospecha en vuestra conducta. Yo mientras tanto os estimo cordialmente, y a pesar de que dejasteis vuestra Orden, yo os rogaría, amigo muy estimado, de volver a vuestra Santa Religión. ¡Pensad, hermano mío, que servir a Dios con fidelidad tiene que ser todo nuestro interés en esta vida, para así alcanzar la vida eterna! Todo pasa, la eternidad se acerca, ¡pensemos a salvar almas y a salvarnos a nosotros mismos! ¿Por qué no me dijisteis a qué misión vais? ¡Todo es un misterio! Adonde estéis no os olvidéis de nosotros. Vuestra memoria es para nosotros muy querida. San José ya aceptó la súplica **china** y un bienhechor nos adquiere una parte del lugar.⁸⁰ Escribidnos. Aquí rezamos para vos. Cuando vengáis a Mesina estas casitas siempre estarán abiertas para vos. Que el Señor os asista. ¡Por favor! Sed fervoroso, observante, humilde, desapegado de todo, obediente, sincero, **in charitate non ficta, cum omni humilitate et patientia**» (Vol. 37, p. 21).

⁸⁰ Se trata de Francisco Javier Ciampa, gran bienhechor de nuestro Instituto.

Tras el terremoto de 1908, el Padre acogió en el Instituto de Mesina un venerando sacerdote, Francisco Jannello, ciego desde hacía muchos años. En su juventud había fundado un periódico, **La Sicilia Cattolica**, por lo cual tuvo que sufrir por mano de un sicario que le atentó la vida. Había estado durante muchos años vice rector del seminario de Mesina. Tras el desastre, escribe el Padre, «quiso retirarse en nuestro Instituto y nosotros estábamos horados y contentos por ello. Le ofrecimos los cuidados más filiales, los más cuidados servicios». Cuánta delicadeza le usaba el Padre, que muchas veces se confesaba con él, y cómo vigilaba para que no le faltara nada, y nos lo proponía como ejemplo de paciencia, que de veras en el venerando sacerdote fue heroica para aguantar durante largos años su dolorosa ceguera. Murió el 11 de febrero de 1919, y el Padre lo recordó con afectuosas palabras en el **Dios y el Próximo** del siguiente marzo (N.I. Vol. 1, p. 209).

Recojamos de diversos informes: «Tuvo un culto para la hospitalidad. En el Barrio Aviñón, que faltaba de todo, él se multiplicaba para que, a los huéspedes, frecuentes y también insignes, no les faltara nada. De todo ello nos dejó vivísima recomendación». «Para él la hospitalidad era sagrada: no hacía falta simplemente hospedar, sino prevenir las necesidades y los deseos del huésped». «Ayudaba en todas las maneras, también con el alojamiento, los misioneros que se presentaban. Yo – asegura una hermana – tuve muchas veces por el padre el encargo de atender a la hospitalidad más generosa y gentil en Trani». «Recuerdo cómo continuamente y gravemente nos amonestaba de no rechazar jamás la hospitalidad a nadie, sacerdote o laico que fuera». Y el Padre vigilaba que todo se hiciera «con las más selectas cortesías y sagradas premuras de la caridad». Nos recuerda una hermana: «El Siervo de Dios había ordenado de preparar la comida para dos personas: yo que conocía el estado social de los dos, puse en la mesa un material ordinario; él en cambio me hizo limpiar la mesa y usar lo más bonito, diciéndome: “Así hace falta tratar los huéspedes, cuáles comidas pudieran comer, a qué hora tomaran las comidas, si desearan cualquier otra cosa etc.”, y nos decía a nosotras: “No basta con hacer la hospitalidad, hace falta hacerla bien, en modo que al huésped no se le dé ninguna molestia y sujeción. “Recuerdo, él contaba, que una vez, invitado a comer, eran casi las dos y aún no se hablaba de ir a la mesa. Yo no me aguantaba más y sufría”, y cerraba echándose la culpa: “Entonces falté en la sencillez: hubiese tenido que decir: disculpad, mis señores, yo no estoy acostumbrado, dadme algo que me coge la flojedad... Por eso hace falta prevenir las necesidades de los huéspedes» (Vitale, **ob. cit.** p. 679).

En los primeros tiempos de la fundación las hermanas hospedaron dos religiosas. El Padre, alegrándose de ello, tomó de ello la ocasión para exhortar a sus hijas a la virtud: «Tuve mucho gusto en saber que en medio de vosotras se hallan alojadas dos hijas de San Francisco. Tratadlas muy bien, cómo mejor podéis, y aprended cuánto son dedicadas para servir a Jesús Sumo Bien en la propia institución. Esta fue una gracia grande, que nos hizo el Santo Niño Jesús, de poder hospedar a estas hijas suyas. Es la segunda comunidad religiosa, que toma hospitalidad en las casitas de las Pobrecillas del Sagrado Corazón de Jesús. ¡Qué gran honra es esta para nosotros! Seamos gratos al Señor. Estas buenas Hermanas se encariñaron en esta nuestra pequeña Institución, y rezan y esperan en su crecimiento.

«Mirad, hijas benditas, cómo en la Iglesia de Nuestro Señor, están surgiendo muchas plantitas de diversas maneras, pero todas bonitas, que dan los primeros frutos para Jesús y las pobres almas. Como las dos comunidades que nosotros hospedamos, hay también muchas y muchas, desde poco tiempo fundadas, y todas crecen con el favor de la Divina Providencia. ¡Yo pienso que quizás la divina misericordia quiera bendecir este pequeño germen, este granito que apenas se ve, y lo haga crecer como arbolito en el jardín de la Santa Iglesia! Mis pecados y mis imperfecciones no merecen tanto, ¡pero vosotras rezad que el Señor os guarde aquellos otros medios de santificación que os dio! Si os ejercéis con celo en las santas virtudes, y justamente en las pequeñas virtudes diarias, si amáis

con santo amor el propio reglamento, el propio nombre, y el propio sagrado emblema, hay que superar que el granito fructificará» (Vol. 34, p. 75).

Una hermana en su informe recuerda un caso singular: «A dos hermanas de otra congregación, que habían perdido el último tren, y que se habían presentado a nuestra casa a las 10,30 horas de la noche el Padre dio hospitalidad y tras haberme llamada, mandó que la cocinera y la encargada del ropero se levantaran para preparar respectivamente la comida y las camas. El día siguiente proveyó también con el desayuno para el viaje».

Un religioso francés, expulsado por las leyes de supresión, el Padre Bovin, antes del terremoto de 1908, fue amparado por el Padre durante dos años.

Cada vez que en el antiguo breviario leía las palabras de San Gregorio: «Los peregrinos no hace falta sólo invitarlos, sino también obligarlos a aceptar la hospitalidad» (Feria II infra Oct. Pasc. I. 3) el pensamiento me corría espontáneo al Padre.

«Si pasaba un sacerdote, él lo rogaba casi a hospedarse con nosotros, y a menudo era él que se preparaba la habitación y la cama». El Padre Vitale escribe: «Una noche, en el tiempo del terremoto regresaba en tardas horas de un viaje, y había hallado en el transbordador un sacerdote y pensó entre sí: “¿Dónde tendrá que dormir este Padre en Mesina, no habiendo habitaciones?”. Se acerca y lo invita a venir al Instituto. Era por la noche y oímos el Padre que tocaba a nuestra habitación: “Pronto – dice – levantaos, tenemos un huésped, hay que preparar un alojamiento”» (Vitale, **ob. cit.** p. 697).

Habían llegado una noche en invierno en Oria tres capuchinos, ya muy tarde, y el Hermano José Antonio los oyó, en la estación proponerse de ir al seminario para pedir hospitalidad. El Siervo de Dios lo reprochó porque no había ofrecido nuestra hospitalidad, y a pesar de la noche avanzada y la lluvia, con la linterna lo envió a buscarlos, para que los invitara a nuestra casa. Los halló, en efecto, delante del portón del seminario, que lamentablemente no se había abierto hasta aquel entonces. Aceptaron aquellos buenos Padres. El Siervo de Dios manifestó las más amplias disculpas, hizo preparar el agua caliente para que se lavaran los pies; él mismo pretendió hacer aquel servicio; fue en búsqueda de mantas para que no sufrieran por el frío; me parece que él quedó sin o casi. «En todas las horas del día y de la noche, durante muchos años, recibimos unos huéspedes; más bien, era él mismo, a menudo, que a unos viajeros pedía si tenían donde alojarse y, en caso de necesidad, ofrecía siempre sus casas, a pesar de que fueran pequeñas, sin adornos y pobres. (...) Alguna vez nos condujo también unos obispos, y ante nuestras observaciones que esto no era conveniente, también en relación con su dignidad, él contestaba en seguida que la declaración de su pobreza lo salvaba de toda acusación».

Hallándome una vez con el Padre en Nápoles, buscamos inútilmente hospitalidad en diversas casas religiosas de la ciudad – entonces no había la residencia sacerdotal –; y finalmente, nos tocó recurrir a la casa de sus familiares. Me dijo: “Ves, hijo, cuánto nos toca sufrir para hallar un alojamiento; esto nos tiene que confirmar cada vez más en el espíritu de nuestra Obra, de estar siempre listos a la hospitalidad”; recordado el hecho de Abrahán y de los Ángeles hospedados por él, siguió: “Para demostrar que le gusta el espíritu de la Obra, el Señor nos dio la gracia y el honor de alojar, en las pobres Casas Aviñón, los sucesores de los Apóstoles, hasta dos obispos». Los recuerdo: Monseñor Nicolau María Dobrecic, Arzobispo de Antivari Primado de la entonces Serbia, y Monseñor Eugenio Giambro, obispo de Nicastro. ¡Oh, la solicitud del Padre, para que no faltara nada! Vino él mismo para preparar la cama, y como el obispo de Nicastro tenía una estatura muy alta, teniendo miedo que no estuviera a gusto, el Padre tuvo el cuidado de poner unos cojines para alargar el colchón.

17. EL PADRE

1. Progresar alegres en el camino de la caridad. 2. Entre nosotros y con los demás. 3. No por un simple modo apresurado. 4. La caridad consiste en rezar... 5. Bondad y firmeza. 6. La corrección. 7. Siempre animando. 8. Siempre para el bien material y espiritual de los hijos. 9. Caridad y respeto mutuo. 10. Con los enfermos. 11. La primera grande guerra.

1. Progresar alegres en el camino de la caridad

La vida religiosa en la Iglesia **se ramifica** en diversas familias, estructuradas **de tal manera que puedan cumplir con seguridad y guardar fielmente su profesión y avancen con espíritu alegre por la senda de la caridad** (LG 43).

Escuchemos aún el Padre sobre este inagotable tema: «Como mísero e indigno, en la calidad de actual director, ruego a mí mismo y a todos mis hermanos en Jesucristo, para que la caridad fraterna entre los miembros de este Instituto, la caridad tierna, verdadera, cristiana y santa, pura, sin aceptación de personas, en Dios y por Dios, en continua imitación de nuestros divinos modelos, Jesús y María, dé forma a todas nuestras acciones y forme nuestro espíritu precipuo y de esta mínima institución, hasta que el buen Dios querrá hacerla existir.

«Para la práctica de la caridad con el prójimo, ponemos por regla las celestiales y divinas palabras del apóstol de las gentes: “Si hablara las lenguas de los hombres y de los ángeles, pero no tengo amor, no sería más que un metal que resuena o un címbalo que aturde. Si tuviera el don de profecía y conociera todos los secretos y todo el saber; si tuviera fe como para mover montañas, pero no tengo amor, no sería nada. Si repartiera todos mis bienes entre los necesitados; si entregara mi cuerpo a las llamas, pero no tengo amor, de nada me serviría. El amor es paciente, es benigno; el amor no tiene envidia, no presume, no se engríe; no es indecoroso ni egoísta; no se irrita; no lleva cuentas del mal; no se alegra de la injusticia, sino que goza con la verdad. Todo lo excusa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta. El amor no pasa nunca. Las profecías, por el contrario, se acabarán; las lenguas cesarán; el conocimiento se acabará.” (1Cor 13, 1-8). ¡Qué profundo significado contienen estas divinas palabras! ¡Qué gran norma son ellas para los que quieren imitar verdaderamente el divino modelo Jesucristo en su máxima caridad, que lo hizo inmolar para todos!

«La caridad con el prójimo sea para los congregados de la Rogación del Corazón de Jesús el alma de toda su vida, el estudio de toda su perfección. Busquen el bien de los demás espiritual y temporal como él propio, al menos afectivamente, cuando no se puede efectivamente.

«Cúidese cada uno atentamente de faltar a la caridad con sus hermanos, y hagamos propósito, y renovémoslo a menudo, de pedir siempre a los Corazones Santísimos de Jesús y de María esta virtud excelentísima, que antes de todo tenemos que aprovechar nosotros, luego nuestra institución y luego los huerfanitos que educamos y los pobrecillos del Corazón de Jesús, y luego quiera el Sumo Dios que la puedan aprovechar toda la Santa Iglesia» (N.I. Vol. 10, p. 195-196).

2. Entre nosotros y con los demás

La caridad, enseña el apóstol, es **el vínculo de la perfección** (Col 3, 14) y he aquí como el Padre hace su aplicación a la comunidad: «La piedra de comparación de toda virtud, como de toda buena índole, es saberse portar según la caridad y la conveniencia con los con que se vive. Esto forma el cemento de la comunidad, que no puede subsistir si los miembros entre ellos no están bien conectados por una unión mutua según la caridad y la conveniencia» (Vol. 10, p. 173). Bajando luego a lo práctico, sugiere: «Procuraré formarme un corazón tierno, afectuoso y amable con todas las

personas del Instituto, y pediré al Corazón Santísimo de Jesús este espíritu de Caridad para con todos mis hermanos. Los amaré, me compadeceré de ellos, rezaré por ellos y procuraré, en cuanto de mí dependa, su bien como si fuera el mío. Procuraré no admitir dentro de mí antipatías o rencor contra nadie, y mucho menos hacia quien me parezca contrario u ofensivo; y en este propósito prometo: 1. Que no creeré fácilmente que me hayan ofendido, pensando que mi imaginación y mi amor propio me hace exagerar algunas cosas pequeñas e interpretarlas mal. 2. Que, si realmente alguien me ofendiera, no me enfadaré, le excusaré, le querré aún más, lo miraré con buena cara, le encomendaré al Señor, y haré lo posible por devolverle bien por mal» (Vol. 44, p. 120).

Pero la caridad no puede entenderse en el sentido actuado por el sacerdote y el levita del evangelio, imitada al círculo de la propia comunidad; ella es universal, abraza a todos los hijos de Dios; por eso el Padre recuerda que «la caridad, el respeto y las maneras corteses que tenemos que usar entre nosotros, igualmente tenemos que usarlas con todos» incluso por el buen ejemplo «poniendo en ello esta otra particular atención, que está desacreditado mucho el hábito sagrado y el instituto cuando no se edifican los prójimos con maneras honradas y caritativas, y se usan en cambio modos ásperos e inconvenientes, falta de caridad y benignidad o bien, Dios no lo quiera se llegara también a ofenderlos con palabras o con hechos. Podemos tal vez negarnos a las pretensiones de los demás, pero se tiene que hacer con modos urbanos y salvando por lo que se puede la caridad. En todas maneras es mejor exceder en la caridad y en las buenas maneras, que equivocarse en la rigidez y en el rigor» (N.I. Vol. 10, p. 196).

3. No por un simple modo apresurado

Parémonos ahora para ver el Padre en el ejercicio de su caridad en el gobierno de las casas. De aquí se puede sacar la naturaleza por el nombre mismo con el que lo llamaban. No era el director, el superior, el general, el fundador, el Padre Di Francia; era **El Padre**, y ya está. Es verdad que en su testamento él explica este nombre, como «un simple modo apresurado con que solía señalarse» (N.I. Vol. 7, p. 240). Pero no le daban este significado sus hijos espirituales; no le daba este significado toda la ciudad de Mesina, por la cual la palabra tenía valor antonomástico. Lo destaca el abogado Romano: «En Mesina, como diciendo **El Canónigo** se entendía sin lugar a duda el canónigo Vitale, así diciendo **El Padre** sin ninguna otra añadidura, se entendía el Canónigo Di Francia» (Cf. Tusino, **II P. Francesco Bonaventura Vitale**, p. 70). No había ciertamente este nombre un simple valor de abreviatura por el Arzobispo de Mesina, Monseñor Ángel Paíno, cuando, hablando ante su ataúd, exclamaba: «Permitidme de derramar mis lágrimas; sí porque perdimos al Padre, oh muy queridos huerfanitos: toda Mesina se siente huérfana en este momento; yo también me siento huérfano, porque sentí toda la superioridad de aquel corazón, cuando él venía a verme para decirme siempre la palabra del amor y de la fe. Todos nos sentimos huérfanos, porque, ante una paternidad, que se eleva gigante como la suya, todos nos sentimos hijos suyos» (Vitale, **ob. cit.** p. 740).

Él era nuestro Padre; a él nuestro respeto profundo y nuestra veneración; pero él quería ser como uno de nosotros, en medio de nosotros por doquier, sea en la iglesia, sea en el comedor, sea en el patio. Sin haber entonces una detallada determinación jurídica de regla, él practicaba y practicábamos el **Capítulo de las culpas** en público comedor.

Evidentemente no podía no ser exigente en materia de observancia; pero lo hacía siempre como un padre: «Os encomiendo el amor para la disciplina. La disciplina es el sostén de las comunidades: sin disciplina no puede progresar ninguna comunidad. ¡La disciplina quiere decir

observar el propio reglamento, marchar con el horario en todo y observar bien el silencio! **¡Reglamento – Horario – Silencio!** Oh, ¡cuánto se hacen responsables aquellas hijitas que en una comunidad desatienden la disciplina, y son causa de hacerla desatender a las demás! ¡Qué gran mal que hace a una comunidad un alma indisciplinada! Por favor, ¡que desde ahora en adelante cada alma entre vosotras sea como la abeja, que hace en silencio la propia miel!» (Vol. 34, p. 75). Él destaca: «¡Cada observancia, cada acto de virtud de la persona, es también patrimonio de toda la Iglesia, de toda la humanidad! ¡Cada inobservancia, cada falta de virtud es una traición, de cuyas consecuencias el Señor pedirá cuenta!» (N.I. Vol. 10, p. 72). Escribe a una superiora: «¡Encomendad por mi parte la buena observancia, en tiempos tan tremendos! (**Se estaba durante la primera guerra mundial**) ¡No irrite a Nuestro Señor! Seamos fervientes en el amor de Jesús y María. Hagamos santa competición de humildad, obediencia, silencio, sacrificio, trabajos humildes, caridad y respeto mutuo; atentísimas en la santa oración, de la cual depende toda santificación. ¡La que sea tibia, distraída en la santa oración no se santificará jamás!» (N.I. Vol. 5, p. 24). «Os exhorto, hijas benditas, a renovar siempre vuestro espíritu, levantándoos de las caídas, humillándoos y retomando valientemente el camino de las santas virtudes. No faltéis en ejercerlos en las pequeñas virtudes diarias y en las pequeñas mortificaciones, ¡porque ciertas pequeñas virtudes son más preciosas a los ojos de Dios que las virtudes sublimes! Parecidamente, cuidad no caer en los pequeños defectos, cuyo hábito impide la divina unión: **capite vulpes parvulas, quae demoliuntur vineas** (Cant 2, 5). Coged los pequeños zorros, que dañan la viña; o sea procurad quitar del corazón las pequeñas pasiones, las pequeñas maldades y todas las malas inclinaciones que, como los zorros, dañan la bonita viña del espíritu» (Vol. 34, p. 1).

¡Y cómo se afligía cuando notaba faltas de correspondencia a la gracia, por cuanto él intentara siempre dominarse! El Padre era excepcional, o sea por una pequeña falta nuestra en seguida se excitaba; nos hacía ver la gravedad de la misma, y hasta nos reprochaba; pero en seguida después se calmaba, y tan pronto como veía una señal de nuestro arrepentimiento, perdonaba la culpa o reducía al mínimo la pena, con gozo en su alma. «Sus amonestaciones siempre eran paternas: reprochaba haciendo en el mismo tiempo conocer el mal en sí mismo y la ofensa a Dios».

4. «La caridad consiste en rezar...»

El Padre vigilaba atentamente para que no menguara la caridad entre sus hijos y prescribe que los superiores vigilen sobre esto, bajo pena de ver el decaimiento de la vida espiritual en la Obra.

«¡El enflaquecerse del amor santo de uno con el otro es una puerta abierta, entre las más nefastas, para la total relajación! El superior tendrá que vigilar sobre esto en modo más particular; y antes de todo él mismo ame mucho, mucho, mucho, con tierno y santo amor, a sus religiosos; y se lo demuestre con los hechos» (Vol. 1, p. 135).

«Estar muy atentos y vigilantes, súbitos y superiores, en no admitir ninguna relajación, o bien ocasión de relajación en la santa observancia y en el ejercicio de las santas virtudes. No admitir personas extrañas a la comunidad, siendo esto principio de relajación. Amarnos todos de puro, santo, tierno amor los unos a los otros, para formar todos un solo corazón y una sola alma; y luego afligirnos sumamente por el deterioro de alguien entre nosotros, procurar la enmienda y alegrarnos inmensamente por el bien espiritual de un cohermano» (Vol. 40, p. 141).

La primera manifestación de la caridad fraterna se hace con la oración. «La caridad consiste

en rezar con un corazón sincero el uno para el otro, especialmente interesándose por el cohermano vacilante en la virtud o en la vocación. Oh, ¡cuánto será merecedor aquel religioso que, viendo vacilar un cohermano, **llora él mismo ante Dios!** ¡Cuánto es deplorable en cambio ver todos indiferentes los de una comunidad, ante las vacilaciones de una vocación!». En estos casos el Padre exhorta al superior a «hacer rezar en común, sin especificar la motivación, sino **por una intención**» (Vol. 1, p. 136).

¡Cuánto rezaba el padre para sus hijos! Prescindiendo de la intención general puesta en todas sus oraciones, y de las intenciones determinadas por las diversas necesidades de la Obra, que luego todas se solucionaban para nuestro bien, hallamos entre sus escritos numerosas oraciones con intenciones específicas para determinadas personas.

Recuerda los que estuvieron en la Obra Piadosa y luego salieron de ella: «los niños de la guardería, las viejecitas, los clérigos, los sastres, los zapateros y todos, sin excluir a nadie, los que tomaron parte en esta Obra» y pide: «Oh Jesús Buen Pastor, yo os suplico (...) que los bendigáis; y si son niños, los salvéis de la corrupción del pecado, si son viejos los conduzcáis felizmente al puerto de la salvación, y si son miserablemente extraviados los llaméis amorosamente a penitencia. Por favor, piadosísimo Señor, ¡haced que un día nos todos vemos otra vez en el Paraíso!». En particular: «Os encomiendo, oh Virgen Inmaculada, en modo particular aquel hijito L... (No sabemos quién sea) Por favor, tomadlo bajo vuestra materna protección y salvadlo» (N.I. Vol. 10, p. 26).

En una de las peticiones en la **Súplica al Eterno Padre para los méritos del Nombre Santísimo de Jesús**, el Padre reza y hace rezar para que ninguno de los miembros de sus institutos, sean religiosos que niños y niñas, presentes y futuros, se pierda.

Tenemos la larga oración «Por todas mis hijas del Pequeño Refugio» que se concluye extendiendo el pensamiento a todas las hijas futuras: «. Y todo esto Os pido, oh Jesús mío, no por ellas solas, sino por todas aquellas que en el futuro formarán parte del pequeño rebaño, y por todas las almas redimidas» (Vol. 6, p. 142). Para la «pequeña semilla» de los clérigos: «Corazón dulcísimo de Jesús, a Vos los confío; Vos, por favor, recibidlo en vuestra abierta herida y aquí infundidle el humor vital de vuestra gracia, de vuestra vida, de vuestra virtud; aquí prevenidlo con vuestras bendiciones y enviadlo hacia la perfecta madurez». (Vol. 10, p. 28). Ruega para ellos a la Virgen: «Madre Santa de Nuestro Señor Jesucristo y Madre de la Iglesia, Madre de todos los hijos de Eva, yo (...) a Vos los confío, a Vos los entrego, ni puedo haceros don más grato que el de poner en vuestras manos a los que aspiran a ser los representantes del Hijo Vuestro Divino, los Salvadores de las almas. (...) Madre Santa, rogad, rogad, rogad y actuad por su santificación; haced entonces que crezcan en la Divina Unión con Jesús». Y he aquí la conclusión: «Yo os ruego, además, oh Santísima Madre, que derraméis con gracias y suavidades mis labios cuando hablo con estos hijos para exhortarlos a la virtud y a la buena disciplina, ¡y que me liberéis, os lo suplico, de darles mal ejemplo, incluso minimísimamente en cualquier cosa! Os encomiendo, oh Santísima Virgen, también la salud corporal de estos escogidos; guardarlos Vos de todo mal, Vos hacedlos crecer en buena salud para que sean útiles un día en la Iglesia del Señor. Os ruego, oh dulcísima Madre, que infundáis una santa alegría en sus corazones y los tengáis siempre santamente alegres. **Causa nostræ lætitiæ, ora pro nobis.** Madre Santa, ¡atended a esta mi pobre súplica! Por favor, ¡escuchadla por amor de Jesús! ¡Por el honor de Jesús! ¡Por la gloria de Jesús! **Ad maiorem consolationem Cordis Iesu.** Amén. ¡Amén!» (Ibid. p. 29).

El Padre acostumbraba recurrir en muchas ocasiones a San Antonio, con promesa de obsequios o celebración de Santas Misas y reparto de pan a los pobres tras gracia obtenida. En estos votos, a menudo él recuerda las necesidades de sus hijos y regresando cada uno de nosotros de la guerra, celebraba una santa Misa de acción de gracias y repartía 13 quilogramos de pan a los pobres.

hay una promesa, que revela la delicadeza de su caridad: «¡Si X se dobla a la santa obediencia!» (N.I. Vol. 9, p. 303).

¡La oración para los cohermanos tiene que abrazar con ardiente caridad nuestros cohermanos difuntos! No me olvidaré nunca que, asistiéndome en la ordenación sacerdotal, en el memento de los muertos, - entonces se usaba sólo el I canon – me susurró al oído: «Recuerda al Padre Bonarrigo», que había muerto ya hacía más de 14 años. En este propósito, él me dictó, el 16 de abril de 1922, Santa Pascua, esta pequeña pieza para nuestro Bollettino: «**Las queridas almas de nuestros difuntos**. La comunión de los santos es un artículo de nuestra Fe. Cuando moralmente podemos suponer que un nuestro querido fallecido, vivido santamente y santamente muerto, esté gozando la visión bienaventurada, en ciertos momentos de la vida nos dirigimos, casi instintivamente, para invocarlo. Esto acontece generalmente; tal vez la protección de nuestros seres queridos, o bien invocados den el Cielo, sufragados en el Purgatorio, la experimentamos en modo sensible.

«Desde hace más tiempo yo buscaba unos papeles importantes, pero no había modo de hallarlos. Estaba yo en Giardini y, sin especial recuerdo de dichos papeles, pensé celebrar una divina misa para el alma de nuestro queridísimo Padre Bonarrigo. En el altar, me sobrevino un pensamiento: “¿Acaso él me dará una señal que aceptó la Misa?”. Pero, repito, no pensaba para nada en los papeles. Tras haber subido a Taormina, quería revisar unos cajones, cuando en las manos me cayeron aquellos papeles envueltos en una pequeña banda, donde por mano del Padre Bonarrigo estaba escrito: estos son los papeles tales y tales. ¡Imagínense mi sorpresa! ¿Acaso no era una señal evidente, que aquella alma santa había aceptado la divina Misa, y de ello me mostraba la gratitud?»⁸¹

«Como hay una iglesia triunfante en el cielo, militante en la tierra y purgante en el Purgatorio, y como forman las tres la única Iglesia de Jesucristo; así cada comunidad o familia religiosa tiene sus miembros en el cielo, y los tiene tal vez en el purgatorio y los tiene en la tierra. Y estas tres porciones, forman una única Comunidad religiosas en Jesucristo Nuestro Señor, y se participan entre ellos los bienes inmensos de la gracia.

«Tal vez pienso que la mejor de todas nuestras Casas está en el Cielo, donde hay hermanos y hermanas, huérfanos y huérfanas; donde, según dice Nuestro Señor, no hay hombres y mujeres, sino todos son como los Ángeles de Dios.

«Sacerdote verdaderamente congregado hay uno solo, y es el Padre Bonarrigo, que me espera de alcanzarlo antes de todos los demás.

«Mientras tanto aquella casa celestial, resplandeciente por el divino **Rogate**, revestida por eso ella también con una belleza toda singular, que le sale del divino celo del Corazón de Jesús, vigila sobre nuestras Casas, y reza por los que le pertenecen, esperando que seamos todos una sola cosa con Jesús y María, como Jesús está con el Padre suyo» (N.I. Vol. 10, p. 161).

5. Bondad y firmeza

«Destacaba sobre todo en el gobierno del Padre la bondad, y con esta corregía cuando hallaba algún defecto. Por ejemplo, a mí dirigió el dulce reproche por ser naturalmente salvaje hablando y

⁸¹ El Padre Bonarrigo recogía con amor filial escritos y memorias del Padre, que escribe una vez al Padre Palma: «Esta mañana abrí el cajón de mi escritorio y hallé los papeles de mis poemas de Taormina, un sobre puesto delante. ¿Quién lo puso? Igual el alma santa del Padre Bonarrigo» (N.I. Vol. 7, p. 52).

actuando, por lo cual me hizo esperar un año más antes de mi vestición como hermana. Otra vez, dirigido a la Madre Nazarena, estando yo presente, y notando mi usual modo de hablar, dijo: “Hermana, ¿no le dais nunca un poco de azúcar a esta hijita?”. Un día no pudo salir, no sé por qué razón para el continente; tras haber regresado, le pedí una palabra de consuelo para mi espíritu afligido, que me dio paternalmente. Salido de la habitación, se halló con el párroco Occhiuto de Santa Eufemia (Calabria) y festivamente le dijo: “Menos mal que no salí, porque esta hijita me necesitaba”».

¡Cómo compadecía y animaba! Al Padre Vitale, que se hallaba en un mar de faenas durante una ausencia del Padre: «¡Me imagino sus trabajos! Que el Corazón de Jesús le asista. No se canse en escribirme si no puede» (Vol. 31, p. 7). Cuando la guerra oprimía, y naturalmente también en el interior se sufrían los efectos, el Padre hace también el gracioso con el Padre Vitale: «¿Para el frente también el Canónigo Vitale? ¡Vaya! Sin embargo, peleará valiente, ceñido con la cota de malla de la fe, con el escudo de la divina protección, con la espada de la oración, el elmo de la santa oración, y ganará» (Vol. 32, p. 92). Y más adelante: «Ametralladoras, bayonetas, 420, armas y armadas fueron vencidas por el General Vitalis. ¡El barrio tiene su bandera, los enemigos están retirándose!» (Vol. 32, p. 114).

A una de las primeras novicias, que había desatacado en una canción a la Virgen, el Padre hizo guardar este billete: «El Can. Aníbal María Di Francia hace sus felicitaciones a la novicia Affronte, y se complace a gloria del Señor de esta primera flor de sagrada armonía ofrecida a la Santísima Virgen. El Señor la bendiga y la haga toda suya. 28.02.1890» (Vol. 34, p. 61). A una hermana, que a la capacidad en el arte musical unía una voz encantadora, escribió así (11.06.1890):

«Habla Jesús:

Yo te di la voz armoniosa,
Se a mí me la devuelves es justa cosa.

El alma:

Yo no soy nada, sino lo que me diste a mí
Oh Jesús te lo quiero dar todo a ti.»

En otra ocasión a la misma hermana regaló una imagen de Nuestra Señora de Lourdes, con estas palabras detrás: «Un ¡viva! en el Señor y una bendición particular con el deseo que se una la armonía de las santas virtudes, siendo esto el verdadero cántico armonioso ante el Señor. C.A.M.D.F.» (Vol. 43, p. 164).

Un ejemplo que concierne a mí. Se sabe que en el campo del talento poético yo tengo dotes totalmente negativas. Una vez, en cambio, no pude sustraerme a la petición de unos versos para el santo del Padre. Se entiende que... intenté hacer lo que pude... El Padre en la primera ocasión me dijo: “Leí tus versos... bien, necesitas ejercitarte un poco...”. Y tuve, en alguna otra ocasión el valor, más bien la osadía de seguir componiendo versos y el descaro de recurrir al Padre, ¡que tenía la paciencia de no tirar a la papelera mis pobres garabatos!

Dos hermanas habían regresado al siglo cansadas por la disciplina religiosa; pero se arrepintieron y pidieron de ser admitidas nuevamente. El Padre les hace notar: «¿No os disteis cuenta que el demonio os venció? ¡Una buena religiosa sufre con paciencia las contrariedades y se alegra cuando es despreciada y humillada por amor de Jesucristo!»

«Oh, ¡pobre Nuestro Señor, que tiene que sufrir hasta por las almas a Él consagradas! ¡No basta lo que le hacen los mundanos!

«Ahora pues, si vosotras queréis volver arrepentidas ante los pies de Nuestro Señor, yo hago una excepción y os abro las puertas de la casa madre de Mesina. Así podréis empezar nueva vida y rehabilitaros borrando con verdadero arrepentimiento y con perfecta conducta religiosa el paso inconsiderado y el mal ejemplo que disteis. ¡Oh, cuánto daño se hace con un mal ejemplo como esto!» (Vol. 34, p. 122).

Encuentro escrito: «Charlas, lecturas espirituales, conversaciones particulares eran para el Siervo de Dios las ocasiones para elevarnos al Señor. Y en esto participábamos igualmente religiosos y religiosas, huerfanitos y huerfanitas y laicos beneficiados».

El Padre insistía obviamente con los sermones y con las exhortaciones: «Me encomiendo, hijitas muy queridas, que seáis dóciles a la gracia del Señor, que os llama para que os hagáis santas, para que seáis todas de Jesús» (N.I. Vol. 8, p. 181). No dejaba sin embargo de mostrarse intransigente en los puntos esenciales. Escribió: «Los superiores y los directores prometan de corregir paternalmente los súbditos y de expulsar inexorablemente los obstinados incorregibles» (Vol. 40, p. 142).

Escribe a una Superiora: «Sepan (las hermanas) que las que no fueran rectas yo no las podría tener en la comunidad, en ninguna condición, y sería obligado a eliminarlas» (N.I. Vol. 8, p. 123). Tratando de una en particular: «En cuanto a X no os dejéis transportar por la ternura del corazón y por una inoportuna piedad. Yo dudo del éxito de esta persona. Recemos y permanecemos vigilantes. Referidme fielmente sus actitudes. Vosotras animadla, y usadle maneras, ¡pero exigidle que se porte bien! En las comunidades se tiene que cuidar el bien común más que el individual. Mejor pocas y buenas. Las falsas vocaciones arruinan las comunidades» (N.I. Vol. 8, p. 201). La hermana no quería reconocer sus errores; y el Padre fue inexorable: «¡Que la X cambie de conducta es imposible hasta que no reconozca sus errores! ¡Y sin un gran milagro jamás los reconocerá! Tratadla con caridad y prudencia, como hicisteis hasta ahora, pero firme que tiene que marcharse». Y como la superiora intercedía para que la perdonara, el Padre insiste: «Por favor, ¿a quién tenemos que perdonar? ¿A una que cree que no faltó en nada? Persuadiros que el único recurso para ella es el de despedirla. Esto será mejor para ella, espiritual y corporalmente, y también para nosotros». Y concluye con una sentencia incisiva, que los responsables no tienen que olvidar: «Retened, sin muchos escrúpulos, que una que dirige una comunidad ejerce la caridad cuando elimina los elementos subversivos; y cuando duda en quitarlos, falta a la caridad» (N.I. Vol. 8, p. 198).

Lamentablemente no fue este solo el caso de expulsión. El Padre mismo confía a Monseñor Razzoli que él en 30 años despidió más de 150 jóvenes «y unas de ellas después de muchos años de postulando, unas cuantas que ya tomaron el hábito, tras experimentar su incorregibilidad» porque él «estuvo fuerte, por gracia del Señor, en cortar» (N.I. Vol. 7, p. 197). Ni se crea que fue precipitación la del Padre. He aquí lo que escribe a una superiora tras expulsar una hermana: «Sor X hace falta despedirla. Ciertamente el Señor la puede cambiar en un momento, y rezamos por ello. Pero ella non muestra para nada este principio. No reconoce para nada que faltó, lo niega todo, tiene un espíritu vicioso, no tiene para nada vocación religiosa, no tiene ánimo disponible para la obediencia. La obstinación de querer estar en el Instituto a su manera no es vocación sino propio cómodo y tentación del demonio para arruinar nuestras casas. No nos podemos esperar que ella se convierta en un tiempo que igual nunca vendrá; tenemos más bien guardar en nuestras casas las almas que se confiaron a nosotros, librándolas de un elemento tan subversivo» (N.I. Vol. 8, p. 192).

6. La corrección

El Padre llegaba a la eliminación tras haber cumplido todos los intentos para reducir el culpable al reconocimiento de sus errores. A tal reconocimiento tenía que tender la corrección. Él escribe unas sabias normas sobre la corrección para los superiores y para los súbditos.

«Aceptar las correcciones es señal de alma sencilla y bien dispuesta a la virtud: pero rechazar las correcciones es verdadero indicio de alma soberbia, incorregible. Exhortamos cálidamente los jóvenes postulantes para que se humillen interiormente cuando sean humillados y corregidos. Entonces no tienen que disentir en su interior de la corrección, considerando que la razón esté con ellos. Es esto un sutil y peligroso engaño del amor propio. El postulante que aspira verdaderamente a la vida religiosa, tiene que reconocer que faltó todas las veces que es corregido. Si él así no actúa, será imposible todo progreso en la virtud, y su vocación fracasará. Recordemos las palabras del salmista: **Que el Señor me reprenda, pero que el ungüento del impío no perfume mi cabeza; no permita el Señor que yo cubra mis pecados con excusas vanas** (Sal 140, 5)» (N.I. Vol. 10, p. 175). Y nuevamente: «Aceptaré con humildad de corazón las advertencias y amonestaciones y evitaré de excusarme y de discutir su decisión; sino que con corazón humilde y sencillo reconoceré que he fallado y procuraré enmendarme, y en el caso de que vea que no he cometido esas culpas de las que se me acusa, pensaré que quizá no las pueda reconocer por el ofuscamiento producido por mi amor propio, y por eso me humillaré doblemente en mi corazón. Sin embargo, si con recta intención, tuviese evidencia de que realmente no cometí ese fallo, o callaré por humildad y por prudencia, o me justificaré con calma y sencillez, por una o dos veces solamente» (Vol. 44, p. 120).

He aquí también unos pensamientos dirigidos a los superiores: «Una de las obligaciones más graves de cada superior es la de corregir los defectos de sus sometidos. Sin embargo, cuanto esta tarea es de capital importancia, tanto es ardua y difícil para el que no la empieza con las debidas cautelas, y podrá salir con el efecto contrario, produciendo mayor daño donde se quiere producir un bien. Nada es más delicado que corregir. La corrección es **un remedio**, que puede convertirse en veneno, o por lo menos peligroso, cuando no se regula la dosis, o cuando se equivoca uno por el otro; por ejemplo: un reproche, donde hace falta contenerse; una fuerte bronca, donde hace falta una palabra dulce; y así sucesivamente; y es como si a un enfermo en cambio de un medicamento se le diera otro, que le hiciese daño en vez de curarlo. Oh, ¡cuánta ruina conllevan las correcciones equivocadas! El superior, pues, para cumplir bien este deber importante, tiene que hacer **el diagnóstico** de los defectos.

«En primer lugar tiene que comprender bien los defectos de sus súbditos, conocerlos, evaluarlos, para hacer una razón exacta: y esto no lo podrá realizar sin oración para tener luces divinas, y sin mucha atención y examen. Él tendrá que hacer una especie de diagnóstico espiritual de cada súbdito suyo, y comprender las raíces de las que brotan los defectos, que no tienen en todos las mismas raíces; las que en unos son más profundas, en otros más superficiales; en unos hay más malicia, en otros más debilidad y fragilidad. (...) Un superior, pues, rezará siempre al Señor para obtener las luces sobre cómo dirigir la comunidad confiada a él y cada persona; y aquí se añade que tiene que rezar en los casos particulares, sea también por un momento, interiormente, cuando la cosa es urgente».

Y he aquí como se tiene que hacer la corrección: «El superior procurará bien de no corregir con ira, con ímpetu, con indignación y palabras de ofensas personal, o contra los familiares del súbdito, o bien echándole en la cara cosas disgustosas, como, por ejemplo, la pobreza o los orígenes humildes etc. Esto hiere mucho. Más bien, si el superior se halla con esta indignación, hace falta que

antes se frene, se calme, y luego, pasado un tiempo, corrija. Recuérdese el dicho del Eclesiástico: **En el furor se dicen palabras, que luego uno considera que no eran justas**. Además, el superior puede, en unos casos, corregir con un tono bastante elevado, como el celo requiere, pero, para que esto forme un verdadero celo y nada sea de la naturaleza, hace falta que el superior, aunque santamente indignado, sea dueño de sí mismo, preocupado de la gloria de Dios, del bien de las almas, del interés de quitar o reparar los malos ejemplos. Aquí tiene que valer el dicho del profeta: **Enojaos y no pequéis** (Sal 4, 5). El superior levantará bastante la voz, se hará serio y en todo hará aparecer el verdadero celo que lo tiene que animar, y para nada ira ni desprecio: esto mata el alma del súbdito, lo echa en la desconfianza y en la desesperación. El verdadero celo en cambio es pura caridad, y, mientras parece que destruye, en cambio vivifica y atrae» (Vol. 1, p. 139-141). Pero el superior no es infalible corrigiendo; y por eso, cuando «se da cuenta que se equivocó en la corrección, ruegue a **Nuestra Señora de la Reparación**, para que Ella repare; y el superior mismo con prudencia empiece él mismo la reparación como mejor puede, directamente, retratando la corrección, o bien indirectamente, según los casos. En todo se tienen que implorar las luces divinas» (**Ibid.** p. 141).

Escribe el Padre Vitale: «En los castigos que estaba obligado a dar quería hacer comprender que era su fin la corrección de los defectos y la purificación del alma, y no ya la pena material. Por eso a menudo daba el castigo, pero notando unas buenas actitudes en el sujeto en someterse, lo dispensaba de hacerlo, o bien mostraba su satisfacción por la pronta obediencia» (Vitale, **ob. cit.** p. 646).

Aplicando estas normas, las correcciones del Padre eran generalmente eficaces. Era muy bueno; cuando hacía la parte fuerte, nadie de los que fueron castigados se resintió, más bien lo hallaba todo justo. En todo fue para nosotros siempre un padre.

Empiezo recordando un castigo que él me dio. Era sacristán en Oria; y un día, llamándome después de la Misa me dijo que merecía un castigo por haber llenado el cupón con formas para consagrar, así que, abriendo él el copón, una forma había caído en el corporal.

“Deme, Padre el castigo”.

“Estarás de rodillas en el comedor”.

Hecho el castigo, fui a pedirle perdón. Lo hallé que estaba escribiendo en su escritorio. Mientras me arrodillaba, sonrió... “Padre, le pido perdón por el disgusto de esta mañana...”. Me interrumpió: “No fue un disgusto, la forma no estaba consagrada. Algunas veces doy unos castigos a los hijos para ver si los aceptan humildemente. Quédate tranquilo, el Señor te bendiga...”. Y me despidió en paz.

Un día cruzaba con prisa el pasillo delante de su habitación. Él se asomó a la puerta, me hizo señal con la mano de moderarme y me dijo sonriendo: “No te acuerdas de lo que dice Dante sobre la prisa? **Que a cualquier acto quítale el decoro** (Purg III, 11). La prisa quita perfección a las cosas, daña las cosas. Ves, pues, pero... sin prisa». Una hermana: «Una vez me precipitaba bajando las escaleras. El Padre me paró y me dijo: “Hija mía, esto no es caminar de religiosa, porque se rompe el silencio; en la casa del Señor se tiene que tener máximo respecto sino se acabó todo, todo...».

Una vez había tenido que llamar la atención de una novicia, que luego había enviado ante los pies de Jesús Sacramentado. La noche, hablando a todas, y ampliando la conversación, pero evidentemente haciéndose entender por la interesada, dijo entre otras cosas: «Una no se tiene que entristecer, hijitas, por ciertos defectos, que una puede cometer, ni otras se tienen que asombrar por ello. El Señor suele golpear con ellos lo que de bueno puso y quiere poner aún en el alma, y por eso

hace falta que se corresponda con humildad y confianza. Tenéis que saber también, hijitas, - y marcaba mayormente las palabras - para los que no tienen un carácter vivo es más difícil hacerse santos. Es una gran gracia del Señor la viveza del carácter. Hace falta agradecerlo y aprovecharlo. Así, pues que no puede haber entristecimientos por parte de unas, ni asombro por parte de otras”. E insistía nuevamente acerca de la gracia singular de tener un carácter vivo. Y aquellas palabras bajaban como bálsamo para aliviar el corazón de la joven que tanto lo necesitaba».

Un día el Padre en Taormina pidió a la superiora de enviarle alguien para dictarle unas cartas. La superiora le envió una joven aspirante entrada desde hacía poco tiempo. Esta empezó a escribir y, en cuanto terminaba la frase, levantaba la mirada al Padre como para invitarle a seguir. Tras repetirse la cosa por dos o tres veces, el Padre dijo: “Me estoy recordando de mi abuela”. La chica no dijo nada, pero el hermano María Antonio, que estaba sentado al lado del Padre, le pidió: “¿Por qué, Padre?”. Y el Padre, dirigido a él, pero de modo que la joven oyera, siguió: “¡Porque mi abuela sufría mucho cuando la miraban!”.

La joven entendió la lección, y ya no levantó la mirada.

Sor María Beatriz una vez no se había mostrado suficientemente respetuosa para con los Rogacionistas. El Padre le había llamado la atención, pero luego la consoló con este billete: «A mi querida hija en Jesucristo sor María Beatriz. Recuerdo del Padre y bendición por la docilidad y humildad con la que acogió el paterno reproche sobre una falta inadvertida cometida acerca de las respetuosas relaciones para tener con la comunidad religiosa sacerdotal en todo acontecimiento. Mesina 14 de julio de 1926. **El Padre**» (Vol. 34, p. 52).

La misma Sor Beatriz recuerda, por su entrada en el noviciado, unos tratos excepcionales, que no me consta que el Padre los utilizara jamás en ocasiones parecidas.

«La vigilia de la vestición, yo con otras tres compañeras nos vimos presentar por el Padre una cesta que tenía diversos objetos de disciplina, mencionando los sacrificios y las renunciaciones graves de la vida religiosa: lo hizo para darnos miedo y para probarnos. El día después, tras la función de la vestición, en el comedor, nos impuso el beso de los pies de todas las hermanas y criadas, y de esperar la comida en limosna de las demás, que nos dieran unas cucharadas en los platos más pobres de la casa, recogidos para estos en aquel día».

Hablando con el Padre hacía falta controlarse bien en las palabras, en los gestos. «nos encomendaba estar atentos sobre la vida interior y no cubrir con falso velo de virtud el vicio, y solía decir que hace falta usar un lenguaje propio, adecuado, correspondiente a las acciones humanas: la exactitud en la observancia de la virtud prohibía que se llamara escrúpulo; el resentimiento ante las ofensas no se tenía que llamar dignidad personal, sino amor propio; el no ceder ante el parecer de los demás, no ser a menudo fortaleza de carácter, sino orgullo; necedad el hablar cuando en cambio conviene callar, en vez de franqueza y sencillez» (Vitale, **ob. cit.** p. 607). Así también «muchos pequeños actos no observados por nosotros llamaban su atención: usar una silla delante para apoyar los pies, pasar ante Jesús Sacramentado con un paquete entre las manos, reír ante una persona de respeto sin cierta moderación, murmurar de algún defecto del prójimo sin escusarlo, tildar de ignorancia alguien sin hacer destacar de ello alguna capacidad, y muchas cosas que comúnmente se estiman por nada, para él eran principios fundamentales de santa perfección» (**Ibid.** p. 606).

A propósito de murmuración, el Padre Caudo recuerda como el Padre hizo callar un tal fulano que murmuraba: «No sé si lo que dices sea verdad; sin embargo, es verdad que tu culpa hablando mal de tu hermano es más grave que la de él» (cf. **La Scintilla**, 20 de agosto de 1951). Recuerdo otra anécdota, en que fue interesado el mismo Padre Caudo. Un sacerdote de Catania había enviado al

Padre en homenaje un libro suyo: **Mi viaje a Lourdes**. El Padre lo habría querido agradecer enviando el libro del Padre Caudo: **Desde Mesina a Lourdes**, y me encargó de pedírselo. El Padre Caudo me dijo que no habría sido conveniente enviarlo, porque aquel sacerdote lo había copiado del suyo. Al Padre le supo mal, no sabiendo entender que se pueda publicar un plagio como obra propia: tuve por eso que relevar los numerosos tratos trasportados **ad litteram** en el libro que le había sido enviado. Cuando el Padre estuvo seguro de la cosa, me dijo sonriendo: “Ya está, ya está; ya lo entendimos”, cerrando con una punta de orgullo patrio: “¡Catania copió Mesina!”.

Como quiere la caridad, el Padre no ahorraba la corrección a nadie, según la necesidad. Oigamos al Padre Vitale: «Recuerdo que un día, por una respuesta un poco equivocada, hecha no sé por quién, nos pusimos a reír. El Padre, que estaba a mi lado, me dijo discretamente: “No ría”. Otra vez en una reunión de hermanas y sacerdotes nuestros, estando presente el Padre, yo sostenía una cierta tesis, y me dirigía con los ojos hacia una hermana, que creyendo la más inteligente de las demás, suponía que participara mi punto de vista. Durante mi exposición, vi que el Padre se dirigía con gestos y miradas a mí, pero no entendía el sentido de todo ello; más tarde me hizo tener una tarjeta en secreto, en que había escrito: “Diríjase a la superiora”, ¡porque suponía que esta se hubiese podido creer disminuida delante a sus hermanas!». En otra ocasión quiso dar al Padre Vitale ocasión para una renuncia. Este desde Oria había escrito una postal ilustrada a su hermana, que estaba en el Espíritu Santo. El Padre le escribe: «Su hermana está bien, pero no le di su postal ilustrada. ¡No nos hagamos dirigir por la sensibilidad de la carne y de la sangre, que es engañadora!» (Vol. 31, p. 20).

Una hermana no estaba contenta por su traslado a Altamura; y se comprende bien que, en este estado de ánimo le salían todos los disturbios... El Padre le escribe paternalmente: «Cuida, hijita en Jesucristo, que todo el malestar que acusas no venga más bien por el disgusto de hallarte en Altamura. El aire de Altamura es sobresaliente: no tienes ninguna enfermedad. Tu debilidad física es acrecentada por el desaliento del alma de no querer estar en esta Casa: es una nostalgia por falta de resignación y de virtud. Tú no tienes la firme resolución de estar donde te pone la obediencia, no te confías a la obediencia, no rezas al Señor y a la Santísima Virgen, que te den firmeza en el sitio en que la Divina Voluntad te puso. Eres como una niña que llora y busca a su mamá. Que sepas, hija, que cuando una joven no quiere estar en una casa – esta es una enfermedad que se llama **nostalgia**: es una enfermedad moral – entonces le salen todas las enfermedades en apariencias, ¡y hasta puede llegar la fiebre, también! Pero cuando una joven religiosa comprende que es la santa obediencia y la voluntad de Dios que la tienen en un sitio, y está fuerte contra las tentaciones del demonio y de la naturaleza, ¡entonces las enfermedades no la toman y luego se hallará llena de paz, fortaleza y salud! (...) Hijita bendita, cálmate, anímate, mantén el buen humor, no hagas la niña da prueba de fidelidad al Esposo Celestial. Poco a poco retoma el trabajo, quédate en perfecta obediencia de esta buen Madre Superiora. ¡Dios ayuda las almas obedientes! ¡Espero oír buenas noticias sobre tu cuenta!» (Vol. 34 p. 62).

Tal vez se recurría al Padre en cosas de ninguna importancia y el Padre intentaba iluminar las buenas hijas... Escribe a la Madre General: «¡Decid a Sor María Lettería que no tengo tiempo para escribir cartas sobre preguntas superfluas! Si mañana, por ejemplo, me pide si puede comer la comida en el comedor, ¿tengo que contestarle? ¿Acaso se cree ella que escribir no me costa? La bendigo y actúe» (Vol. 35, p. 172).

A la misma Madre General no ahorraba llamadas de atención, porque la quería irreprochable en todo. Ella había escrito a una superiora con un tono que no gustó al Padre, y le hizo en seguida la llamada de atención: «A propósito de la carta que le enviasteis, yo quité el trato que os remito en adjunto: no me pareció bueno. Vos, hija bendita tenéis que usar con las hermanas, especialmente las ancianas y prepuestas, un lenguaje siempre cortés, afable, humilde, sino las escandalizáis» (Vol. 35,

p. 4). Y, a propósito de la misma carta, insiste en otra ocasión: «Os encomiendo, hija bendita, de escribir moderada, humilde, respetuosa con las esposas de Jesucristo, y edificante. No acostumbremos nuestras hermanas a un tono de siglo, de rencor y cosas parecidas. Hablemos como religiosos. El Señor en la Santa Escritura habla así al alma: **Diffusa est gratia in labiis tuis, propterea benedixit te Deus** (Sal 44,3): En tus labios se derrama la gracia, el Señor te bendice eternamente. También está escrito: (Eclo 40, 21) La flauta y la cítara hacen el canto agradable, pero todavía más la lengua dulce» (Vol. 36, p. 186). En otra ocasión le escribe: «¿Veis cómo se dan pasos equivocados? La Sagrada Escritura dice: “A menudo uno se desahoga en su indignación con palabras de ira, pero luego se da cuenta que se equivocó” (**Ibid.**). A propósito de algún despiste, destaca: «¿Un momento puede perder un alma! En efecto, así dispuso el Señor, pero recemos que nos dé siempre luz para ayudarnos en guiar las almas, porque es algo inmensamente delicado» (Vol. 35, p. 49).

Un día Madre Nazarena fue obligada a pedir perdón en público, porque había tardado unos momentos en un acto común. Escribe una hermana: «Un día el Padre me halló en el acto que la madre me reprochaba. Él, dirigiéndose a la superiora, le dijo: “Bien, hermana, no la oprimáis, no la oprimáis”».

Simpática es la manera con la que es dirigida otra llamada de atención. Se estaba en las negociaciones para la adquisición de la casa de Padua; los tiempos estaban estrechos, urgía el dinero y mientras tanto de Mesina ninguna noticia. Llega finalmente el dinero, anunciado, sin embargo, como en modo marginal, en fondo a una carta. Oigamos el reproche del Padre: «Esta mañana recibí vuestra carta certificada y la asegurada por el Canónigo Celona con el giro postal de 38.000 liras. Considerando los retrasos del correo, aquí los franciscanos estaban a punto de temer que el dinero no llegara. Para asegurar estos Padres, y para saber algo os hice el telegrama. Tras una media hora que el telegrama salió, me llegó antes vuestra sola carta certificada. Con algo de trepidación la abrí, eché un vistazo, pero... ¡vuestro lenguaje todo mencionaba menos la parte esencial! Me habláis de la casa de Altamura, de Melania, de Mastropasqua, de la Procopio, de mi salud, etc. luego, por dos páginas, leyendo cosas ajenas, empecé a perder la esperanza que el giro postal hubiese sido enviado. Cuando he allí, en la tercera página, casi por incidencia, como una noticia echada por casualidad en medio de las demás, hallo que por aquel giro postal encargasteis el Canónigo Celona. Quise haceros esta descripción para deciros que hace falta juicio cuando se escribe. (...) tengo que decir que aquella entre todas que cuando escribe no deja lagunas, no deja cosas en el aire, pone todo en su sitio y de todo da perfecta noticia es sor María Carmela D’Amore. Pero también vos, por gracia del Señor tenéis ingenio y prestando atención, podéis hacer igualmente. Igual porque aquella no tiene vuestras ocupaciones. Vos veis cómo yo empecé esta carta acusándoos haber recibido los **35 centavos** que me enviasteis; y estoy cierto que esto os satisfizo, porque en cambio se os hubiese hablado en dos o tres páginas de todas otras cosas, vos permaneceríais en duda». Y concluye muy bien: «Ahora ya está con esta charlita literaria y filosófica» (N.I. Vol. 5, p. 242).

Sin embargo, interesaba sobre todo al Padre la vida interior de la Madre Nazarena. Le escribía una vez: «Exceptuado que la gracia os ilumine, si no vencéis esta pasión dominante, **el apego al propio juicio**, no os haréis santa» (Vol. 31, p. 10). A propósito de unas vocaciones: «Os encomiendo de desapegaros un poco de vuestro juicio. (...) ¿Creéis que esto no haga ningún daño a vuestra alma? ¿Qué no lo tendréis que descontar, además de esto, en el purgatorio?» (Vol. 35, p. 59). Lamentando un desorden causado por una hermana que estaba en el sitio de mando, le observa: «Siempre os dije, que no se tenía que poner a mandar o a vigilar: ciertas almas, si presiden, pierden el equilibrio» (Vol. 35, p. 56). En otra ocasión: «En vuestra última carta había dos pequeños informes (...) ¡de resentimiento! Cuidad vuestro interior» (Vol. 36, p. 47).

También a Melania el Padre no hacía faltar sus relieves. Sabemos que él tenía de ella una idea muy elevada, la consideraba «una santa de primer orden, llena del Espíritu de Dios, inocentísima, encendidísima de amor hacia Jesús y María y de gran penitencia» (Vol. 42, p. 60). Pero Melania, como hija de Adán, tenía ella también sus defectos, y el Padre reconoce que estos echan una sombra sobre su figura; «y para que esta sombra desaparezca, hace falta que hable la voz de los milagros, a la que no se puede resistir. Al revés Melania no subirá nunca en los altares» (N.I. Vol. 8, p. 69).

Recuerdo una expresión de San Jerónimo a San Paulino: conociendo en profundidad las obras y los méritos del santo obispo de Nola, San Jerónimo pretendía que él tuviese que ser excelente en todo, y desde el fondo de su desierto de Judea, así escribía: «Yo en ti no puedo tolerar para nada la mediocridad, porque deseo ardientemente que llegues a poseer todo en alto grado de perfección» (cf. San Jerónimo, **Epist. 58 ad Paulinum**). Así el Padre con Melania: él la quería santa para autenticar con su vida la realidad de la aparición de la Virgen; por eso no le ahorraba nada, aunque lo hiciera con toda delicadeza: «Usted me perdone, queridísima madre, si tal vez tuve la presunción de corregirla; siempre lo hice por verdadero amor en Jesús, y por el gran interés que siento que la pastorcita de María Santísima sea irreprochable y santa, para testimoniar así la gran aparición y no dar ocasión al demonio de trabajar contra nuestra hermosa Madre de La Salette» (N.I. Vol. 8, p. 11).

Sabemos que Melania era naturalmente llevada a exceder en el rigor; y he aquí como el Padre la invita a la dulzura en el gobierno de la comunidad del Espíritu Santo: «¡Encomiendo a su benigna caridad y tierna misericordia todas estas hijas, especialmente las más indisciplinadas, las más defectuosas, las menos virtuosas, para que Vuestra Maternidad haga con todas el papel de buena pastorcita, que va en búsqueda de las que se perdieron para acariciarlas amorosamente y llevarlas nuevamente al redil del Amante Celestial! La palabra dulce, benigna, llena de amor, dicha en el tiempo oportuno eleva el valor en las almas débiles, infunde esperanza y confianza, e impulsa para bien actuar. **Sermo opportunus optimus** (Pro 15, 23). Que, si luego Vuestra Maternidad ve en Dios que algunas de estas hijas no sean dignas de tanto bien, porque no se muestran dispuestas a sacar provecho de ello, ¡por favor! no cese de rezar a la hermosa Madre María para que las convierta, para que tenga piedad de estas palomas heridas y derrame en sus llagas, junto con el vino del justo rigor, el aceite de la santa unción de la caridad y de la misericordia, y las gane todas a Jesús. Amén» (Vol. 42, p. 107).

7. Siempre animando

Hagamos una selección de los escritos del Padre; selección que claramente no puede que ser sumaria.

En los primeros años de la fundación escribe a las hermanas: «En la fundación de esta Obra Piadosa, el Señor requiere muchos sacrificios, igual porque igualmente grandes tendrán que ser los destinos. Mientras tanto, hijas benditas, animaos, atended a vuestra santificación; tened celo para la divina gloria y para la salvación de las almas, rogad fervorosamente para obtener los buenos trabajadores a la Santa Iglesia, y no dudéis que Jesucristo bendito os confortará y consolará» (Vol. 34, p. 2).

A los postulantes de Oria que aspiraban al santo hábito: «Hijitos muy queridos, que vuestro deseo sea santo y producido por el ardiente amor de Jesús dilecto, ¡porque gran felicidad es la de amar a Jesucristo Sumo Bien y de anhelar de consagrarse totalmente al divino servicio! Entrenad,

hijos muy queridos, en el divino amor y en la hermosa y santa virtud de la humildad, que es la base de toda otra virtud; seáis inmaculados como ángeles, porque Jesús quiere mucho las almas cándidas. La santa obediencia sea vuestra delicia. Que Jesús os haga todos suyos y nada de este mundo malo» (N.I. Vol. 5, p. 40). Respondiendo un año a las felicitaciones pascuales: «Os agradezco de ello con el corazón y os deseo dos veces más. Que Jesucristo Sumo Bien os infunda su santo amor, para que no penséis, no deseéis, no suspiréis que Jesús nuestro todo. Considerad, hijos muy queridos, la gracia de la santa vocación, que se os dio, y procurad corresponderle dignamente. Amad mucho las santas virtudes y cuidad también las pequeñas cosas». Entonces se estaba en guerra, muchos religiosos estaban alistados, y por eso el Padre concluye: «Os encomiendo de rezar por vuestros cohermanos que están en el ejército» (N.I. Vol. 5, p. 42). «A los queridísimos nuestros jóvenes rogacionistas – escribe al Padre Vitale – diga las cosas más hermosas de mi parte: que los tengo siempre presentes en mis mezquinas oraciones, para que se hagan santos. ¡El Corazón de Jesús dilecto espera su buen éxito y dichoso el que corresponde a sus santísimos fines!» (Vol. 33, p. 52).

El Padre había tenido que mortificar una religiosa; la noche pidió a la superiora que le enviara aquella hermana para rezar junto con él el rosario; habiendo ido a la cama porque indispuesta, la superiora le envió otra, que sin embargo el Padre despidió. La mañana siguiente dijo a la hermana mortificada: “Ayer noche te había pedido a ti para rezar el rosario, porque había herido tu corazón”.

A una superiora envió esta pequeña carta animadora en firma de Jesús: «Jesús a su dilecta hija y esposa. No desconfiéis de mi misericordia. Tú eres querida para mí y la mirada de tu recta intención hiere mi Corazón. Te quiero con un amor infinito. Sírveme con alegría de corazón, pero cuando es tiempo de llorar, llora conmigo y con la Madre mía. Sea tu alimento mi amor, mi voluntad, la humildad, la obediencia. Trata a todas con sabiduría, prudencia, caridad. Ruégame mucho por todas las almas que te día para dirigir y en toda circunstancia no hagas nada sin dirigirte a mí, invocando mis luces, mi ayuda. Te bendigo, hija y esposa mía. Te preparo una gran corona en el cielo si me eres fiel. Tu JESÚS» (Vol. 34, p. 40).

A una hermana que hallaba pesado el yugo de la obediencia, he aquí lo que escribe el Padre: «Pensad cuánto es grande la felicidad de pertenecer a Dios con los votos religiosos, y no os desaniméis con el voto de la santa obediencia, porque Jesucristo dijo: **¡Mi carga es ligera, mi yugo es suave!** Cuando obedecéis, (**pensad de obedecer**) a la Santísima Virgen en persona de las superiores, porque sabéis que la Divina Superiora es la Santísima Virgen» (N.I. Vol. 5, p. 261).

Otra hermana había decidido de marcharse, a pesar de las premuras del Padre para hacerle abrir los ojos sobre el paso imprudente que iba a hacer; y él le escribió: «Es muy natural que en esto tenga que afligirme por muchos motivos; pero siento gran paz en el fondo de mi conciencia, porque os enseñé siempre la verdad y nunca di lugar a vuestro amor propio» (N.I. Vol. 5, p. 36).

Había una hermana que, por cuanto buena hija, no se cuidaba para nada y por el aspecto, muy feo, y por el aliento fétido que daba. «Naturalmente – dice una hermana – no era deseada por nosotras en nuestras conversaciones o encuentros casuales; pero no era así por el Siervo de Dios, que, justamente, la conducía a menudo en sus viajes, y con gusto la prefería en sus dictados. La pobrecilla solía decir en su ingenuidad: “¡Qué bueno era el Padre! ¡Cuánto me quería!”.

De mucho ánimo necesitaba la Madre Nazarena, en su oficio de Superiora General, con todas las penas anexas y conexas al encargo. Y el Padre se muestra a ella siempre con su paternidad: «Teneos firme y no os entristecéis: Jesús está con vos, María Santísima está con vos. Pocas sois las hermanas antiguas fieles, y tenéis todas unidas en espíritu pelear, amaros mucho e inmolaros para la Obra del Señor» (Vol. 35, p. 52). «Por vuestra cooperación yo alabo al Señor, habiendo sido vos hija

dócil y obediente, y diría casi compañera fiel en las vicisitudes, ahora tristes ahora alegres, de este Instituto, y en muchos sacrificios a los que enfrentamos, por aquel santo ideal que nos predomina, consolados por la gran esperanza del cumplimiento de los buenos deseos» (Vol. 35, p. 5). «Atended a vuestro espíritu, de cuidar el temor de Dios; no os abandonéis en la salud por desconfianza y desánimo, sino con la fe dejaos conducir por la divina voluntad y por la obediencia, con santa alegría, donde Dios quiere; sino, os abatís por propia voluntad, sin concluir nada» (Vol. 35, p. 39). A propósito de unos defectos notados en la Comunidad: «No lloréis, no seáis niña. No comprendí si se trata que la comunidad hace unos defectos graves, o las chicas, o las postulantes o las hermanas. Vos no habéis sido clara y de lejos permanece la duda. De todos modos, a todo reparará la Divina Superiora, quedad tranquila» (Vol. 35, p. 112). En otra ocasión: «Ánimo. Está escrito: **En la noche habrá tristeza, pero por la mañana alegría.** Jesús dilecto os consolará. Es por él que desechasteis vuestra vida» (Vol. 36, p. 140). En una postal para el onomástico: «Con muchos deseos para que sigáis en el trabajo de arar espiritualmente el campo del alma, para fructificar siempre por Jesús en el propio corazón» (N.I. Vol. 5, p. 245). Cerremos con estas palabras, que, si nos muestran el corazón paterno del Siervo de Dios, forman una regla de oro para el gobierno de las comunidades: «Por todas las cosas de Mesina recemos con confianza, que la Santísima Virgen no nos abandonará. Animaos, no os entristezcáis, procurad que haya la observancia, tened la disciplina, tened las jóvenes bien sujetas, seáis mansa, pero con autoridad, y dad el ejemplo en la observancia de la disciplina y de la piedad. Confiad en la Santísima Virgen, de la que fuisteis elegida para tomar su lugar en el gobierno de la comunidad; rogadla a menudo con toda confianza y la Madre Santa no podrá no atenderos cuando le presentáis sus méritos y los del Patriarca San José. Se necesita la cruz santa, el padecer, la angustia para formarse un Instituto; pero, ¡dichoso el que se inmola para la consolación del Corazón Santísimo de Jesús! La Hija del Divino Celo tiene que ser toda celo para llevar la cruz e inmolarse para la santificación y salvación de las almas» (Vol. 36, p. 172).

8. Siempre para el bien material y espiritual de los hijos

El gobierno del Siervo de Dios fue siempre prudente: sus cuidados fueron siempre entendidos para nuestro bien material y espiritual.

Su caridad tenía una tal finura que nos prohibía de llamar cualquiera de la comunidad cuando estaba en el comedor, por cualquier noticia, sea alegre que triste, para no molestar la comida.

En las casas masculinas no era raro que, especialmente en el invierno, por la noche el Siervo de Dios pasara por los dormitorios para constatar si todos durmieran bien calientes, y de vez en cuando era él que reponía las mantas y que vigilaba para que no hubiera corrientes de aire.

Por lo que se refiere a la caridad interna hacia nosotras, encomendaba a menudo a nuestra superiora de no reprochar si antes la culpa no fuera constatada; y tenía que bastar la humillación de la hermana, ya padecida por la culpa misma cuando había sido conocida por las demás, sin la necesidad de añadir palabras. Así una religiosa. Él jamás reprochó alguien en presencia de otros, a menos que la falta no fuera pública.

En la muerte de la Madre D'Amore, superiora en Trani, la casa había quedado afectada. «En esta ocasión vimos relucir especialmente los resplandores de la caridad del Padre. Vigilaba en la cocina cada día en la preparación de las comidas; giraba en el comedor para que nada faltara, para

que a las que padecían se les diera una comida más conveniente o preferida. No quería que se usaran huevos pasados de más de tres días; giraba en los almacenes para que nada fuese caducado».

Una hermana: «Se preocupaba para que nuestros trabajos materiales no fueran excesivos. Llevábamos una marmita de sopa para los pobres; para no hacer muchas veces la escalera, habíamos puesto en ella más de lo debido; el Padre se dio cuenta de la dificultad de nuestros movimientos e intervino para que vaciáramos en parte la marmita, tras haber resistido a nuestras protestas y haberse asegurado personalmente». El Padre no quería que sus hijas llevaran pesos demasiados graves: una postulante en Oria, que llevaba una olla de comida de la cocina a la rueda, fue reprochada y ayudada personalmente por él. Así aconteció aún a la misma postulante que llevando algo de madera, al Padre pareció que fuera muy cargada, y todo en ansia iba a llamar las superiores, pero la postulante se apresuró a hacer ver que podía tener la carga con una sola mano. Sólo así el Padre se tranquilizó.

Una hermana reconoce al Padre el mérito de haber podido seguir la divina llamada: «El Padre favoreció y defendió mi vocación religiosa en un modo verdaderamente paterno: con la mamá, ya viuda y con otros tres niños, usó paciencia y caridad moral y material verdaderamente heroica, porque esta se obstinaba a negarme el permiso; y por eso nos hizo sufrir mucho a mí y a él. Para decir algo, la mamá me quería muy a menudo en casa disimulando estar enferma, y el Padre siempre contentándola. Añado que mientras tanto el Padre nunca me hacía ir sin ayuda de todas clases: me hacía comprar hasta el dulce. Una vez la mamá llegó a disimular que estaba moribunda: yo fui. Se llamó el médico, al que había pensado también el Padre en caso de peligro: no había nada. Yo sentí el deber de comentar al Padre el asunto, del que yo y las hermanas de religión habíamos reído, mientras el Padre con su rostro serio me hizo comprender que era falta de respeto hacia la mamá. El Siervo de Dios, para ayudar mi vocación, solucionaba todos los obstáculos que mi madre interponía; entre otro, se dijo listo a tomar a mis hermanitos; y cuando mi mamá no quiso pagar la máquina de coser, que había comprado, antes de que entrara en la congregación, fue él que pagó la deuda».

Otra hermana atravesaba unas pruebas duras en el noviciado y era fuerte la tentación de volver atrás. Un día el Padre fue a encontrarla en su oficio – estaba en la secretaría – y hablando muy despacio le dijo: “Oíd, hermana: yo, por ahora, todos, todos los días tengo el pensamiento de encomendaros en la Santa Misa, en modo especial a Nuestra Señora, para que os haga ser fuerte, os dé victoria y os haga ser humilde y sumisa. En cuanto a la profesión religiosa, quedad tranquila y segura que la emitiréis en mi primera vuelta a esta casa. Os bendigo, hija, permaneced tranquila”. Y la tranquilidad total bajó en aquel corazón.

También un nuestro hermano coadjutor tiene algo para decirnos en propósito, que atribuye al carisma de la penetración de los corazones por parte del Padre, lo que le pasó en los primeros días de su entrada en el Instituto. «Tuve la impresión, él dice, de haber caído en lugares para nada adecuados para mí. Había escrito a los familiares para que me vinieran a buscar nuevamente; hablaba con el Padre Vitale, que, tras haber intentado persuadirme, ya me había dado el permiso para marcharme, cuando he aquí que entra el Siervo de Dios, viniendo del Espíritu Santo a San Antonio, que, sin haberme aún conocido, ni conociendo la razón de aquella presencia mía, dijo sin nada: “Este joven no tiene que salir. Una voz me decía insistentemente en el corazón esta mañana: Ves a San Antonio”. Yo me quedé: desapareció la tentación».

Otro caso, en que sin embargo la penetración de los corazones le reveló la futura defección de un religioso. En Mesina un día ya se había cerrado la lectura en el comedor y se estaba en espera de levantarse. Mientras se esperaba en silencio, un joven estudiante, tal Hermano Juan Bautista Noto, tomó el libro de lectura y se puso a leer por su cuenta. El Padre se levantó, se acercó al hermano y le retiró el libro, en silencio, poniéndolo nuevamente en la mesa. Luego volvió a sentarse en su sitio, no

sin haber dicho al Padre Vitale una palabra en secreto. Más tarde el Padre Vitale nos confió que el Padre le había dicho que aquel hermano no tenía vocación. Nosotros quedamos asombrados, empezando por el Padre Vitale, porque el joven, que ya estaba en el segundo o tercero año de liceo, prometía bien. Queda el hecho, sin embargo, que tras unos años abandonó el Instituto.

Sigamos con anécdotas de otra clase.

Otra hermana cuenta: «Teniendo que ir a Augusta para retirar una huerfanita ya despedida, pero que había escrito desde su casa una carta conmovedora, en que imploraba ayuda también espiritual, la mañana de la salida de Giardini vi al padre en la estación con el billete de segunda clase en la mano. “El viaje es largo, hijitas, hace falta la segunda clase” (**entonces se usaba viajar en tercera**). Así una vez, saliendo en la media noche desde Nápoles para ir a Trani, lo hallamos a pesar que nos hubiésemos despedido apenas una hora antes, en la estación, para interrogarnos desde el suelo, mientras estábamos en la ventanilla, si hubiésemos comido y si tuviésemos algo para el viaje».

Quiero recordar una anécdota muy modesta que se refiere a mí, en que pude admirar la delicadeza del Padre. Remonta a los primeros tiempos de mi entrada en el Instituto, en Oria. En una pequeña charla, el Padre nos había hablado, como hacía a menudo, sobre la pasión de Jesús mostrándonos una pequeña imagen del Crucificado en la actitud de soberano dolor y de extremo abandono. Y he aquí que de repente me levanto y digo: “Padre, ¿me da aquella imagen?”. Y el Padre: “Oye hijo: tengo solamente esta y no te la puedo dejar, porque me sirve para mostrarla, como a vosotros, así en todas las casas para excitar en los hijitos el amor a Jesús que sufre; pero quédate tranquilo que te la mandaré.

Yo ya no pensaba más en ello; pero el Padre, en medio de sus ocupaciones, tenía también el pensamiento para aquel chiquillo que yo era entonces. Pasaron muchos meses y volviendo una vez Pedro Palma desde Mesina me dijo: “El Padre me dio un sobre para ti, encomendándose de entregártelo personalmente”. Era la querida imagen del Crucificado, que conseguí guardar, entre tantas peripecias, desde casi sesenta años, como grato recuerdo del Padre y de su devoción a la pasión.

Escribe una hermana: «Recién entrada en la comunidad tuve que constatar la gran caridad del Siervo de Dios. Por ejemplo: sabiendo que estaba un poco ofendida en una pierna, me prohibía cualquier trabajo manual, como el transporte de objetos pesados, recoger una cualquier cosa desde el suelo, estar sentada sin apoyo, etc. listo también a imponerse estas fatigas él mismo, justo para no verme sufrir. La dulzura, la caridad de él aparecían en toda acción, en todo encuentro, en todo acontecimiento. Habiendo yo cometido una falta leve, fui advertida que por parte del Padre se me reservaba un grave castigo; en cambio, en el primer encuentro con él, tuve una sonrisa suavísima y amable, una buena palabra. Esto me sirvió para tranquilizarme, animarme y enmendarme».

Destaca el Padre Vitale que «a un cohermano que desde largo tiempo sufría unas penas interiores, que el Padre no había conseguido calmar: “No puedo hacer nada más – decía – que rezar el Señor, que pase a mí este cáliz que os hace agonizar”» (Vitale, **ob. cit.** p. 674).

La última vez que el Padre fue en Oria, en el noviembre de 1926, no se sintió en fuerzas de subir a la casa de San Benito para despedirse de las hermanas, pero las hizo bajar a San Pascual. Él sin embargo se dio cuenta que faltaba la Salmeri, antigua huerfanita que había quedado en el Instituto como hija de la casa. Preguntó en seguida noticias sobre ella; y habiendo sabido que no había venido porque no podía caminar por los callos en los pies, envió en seguida una carroza para cogerla, porque era la última vez que él había venido en Oria y no quería marcharse sin haberla bendecida. «Me acogió, ella dice, con extrema caridad paterna; me dijo que él también sufría por dos callos y me

aconsejó de encomendarme a San Carlos Borromeo, paciente también él de este mal; me ofreció la mano para besarla espontáneamente, casi tuviese el presentimiento del último encuentro».

Recordemos aún otros episodios:

A una joven, que quería entrar entre las Hijas del Divino Celo, antes de hacer la petición consejo un triduo de oraciones, que él también habría hecho por su cuenta; y le dijo: “Vos desead ser hermana; lo seréis, pero yo deseo tres cosas por vos: abnegación, obediencia, uniformidad a la voluntad de Dios”. A otra que también pedía la admisión, dijo: “En mis institutos las hermanas compiten, sabéis, para hacer los oficios más humildes y más bajos, como barrer, trabajar en la cocina, fregar los platos etc. ¿Queréis hacer todo esto?” ... Las jóvenes fueron religiosas. Una chica, acompañada por su confesor, se presentó en Trani, donde halló el Padre y la Madre Nazarena, que trataban con el arzobispo sobre la apertura de la casa. «El Padre – ella escribe – me pidió si sabía barrer. Respondí: “Padre, ¡lo voy a aprender!”. Y en seguida el Padre la aceptó». Otra joven se presentó en los primeros tiempos de la apertura de aquella casa. El Padre le hizo diversas preguntas sobre la vocación, pero posponía la decisión, diciendo que luego vería el quehacer, exhortándola mientras tanto a la oración. La joven frecuentaba el taller de las hermanas. La mañana del 20 de septiembre de 1910, fiesta de San Miguel, el Padre, dándole la Comunión en la Santa Misa, la miró en una manera particular. Acabada la Misa, entrado en la sacristía, antes de quitarse los sagrados paramentos, llamó a la joven con la superiora, la interrogó si de veras estaba decidida a entrar en la comunidad: y luego añadió: “Si os dijera de permanecer aquí hoy, sin ir a saludar a los familiares, ¿estaríais contenta o preferiríais ir primero a la familia?”. Contestó que estaba lista para permanecer en la casa del Señor. El Padre luego dispuso que, a mediodía, acompañada por una hermana, se fuera a despedirse de los suyos. Él luego dijo a la madre Dorotea que, mientras celebraba el divino Sacrificio, había tenido, sobre aquella vocación, una inspiración especial, y no veía la hora de realizarla.

Una joven había establecido de entrar en comunidad para la fiesta de la Ascensión. “Para elevarse en la virtud”, dijo la hermana que la presentaba. “Sí, observó el Padre, pero antes de ascender, hace falta descender: el Lirio de los valles, Jesús, se halla abajo en la humildad”; y en la admisión al aspirantado, dándole el delantal le dijo: “Jesús no vino para ser servido, sino para servir”.

Un día llamó a sor Lucila para llevar un cuadro del Sagrado Corazón. Subiendo las escaleras, el Padre le preguntó: “¿Eres profesa?”. “Sí, Padre”. “¡Pues eres esposa de Jesús, esposa de un Dios! Pero ser esposa de Jesús quiere decir parecerse a Jesús, y Jesús tiene la corona de espinas: tú también tienes que aguantar las espinas por amor de Jesús...”.

Una hermana recuerda la única vez que vio al Padre, en la última vez que él fue a Trani. Ella era postulante y, encontrándola, el Padre le dijo: “Tú este año empezarás y vestirás el hábito religioso; pero te encomiendo que reces, que reces y que te enfervorezcas cada vez más en la oración. Tenéis que competir entre vosotras en la práctica de las virtudes”.

Unas cuantas recuerdan las conversaciones del Padre. «Argumentos de devotas conversaciones eran de preferencia la pasión de Nuestro Señor, la devoción al Corazón Santísimo de Jesús, los dolores de María, la correspondencia que se debe de cada alma, especialmente religiosa, a todas las gracias del Señor». Una vez se paró en el hábito religioso: «¡Qué gran gracia del Señor, oh hijitas, ser revestidas por el hábito religioso! Y ¡qué correspondencia se debe de cada alma!

«Pero ay, ay del que no corresponde. (...) ¡El mismo hábito religioso guardado por los Ángeles encima de un alma que no corresponde, los hace llorar! Sí, los ángeles miran las almas confiadas a su custodia y dicen: “Oh, aquel hábito, aquel hábito cuanto no está bien a aquella alma, aquel escapulario

cuánto contrasta con su conducta. ¿Dónde está la paciencia de aquella alma? Por nada, por cosas de poca importancia se molesta. ¡Y por eso lloran, hijitas, por eso lloran los Ángeles! Miran el velo y: “¿Cuál es jamás su recogimiento, el recentrarse de los pensamientos en Dios? Distraída, desviada por estupideces, por tonterías”. (...) Y así seguía el Padre con tal acento penetrante, una voz llorosa para hacer conmovir e infundir en cada una un altísimo sentimiento de respeto para el hábito religioso».

Otra hermana: «Sus charlas me hacían llorar a menudo, porque su palabra era tan penetrante que conmovía todos los corazones. Tengo que confesar abiertamente que cada vez que me acercaba al Padre, bastaba una sola palabra para quedar consolada. En sus charlas nos hablaba a menudo sobre el espíritu de sacrificio, de abnegación. Nos exhortaba a ofrecernos como víctimas de reparación por los muchos ultrajes que recibe Jesús en su Sacramento de amor, por nuestras propias infidelidades, por muchos pecados que se cometen en este mísero mundo. Este espíritu tenía que ser bien enraizado en su corazón».

Pidió una vez a unas hermanas: “¿Cuál es la virtud que corona todas las demás?”. Cada una intentaba dar una respuesta, apropiada, pero evidentemente no acertaban; de repente la última dijo: “La perseverancia”. Y entonces el Padre hizo una hermosísima instrucción sobre la solidez de la perfección, que no consiste en las éxtasis, visiones y revelaciones etc. sino en la práctica constante de la virtud hasta el final, porque sólo a la perseverancia se le da la corona.

Aún un relieve sobre la delicadeza paterna del Siervo de Dios: una vez había reunido la comunidad para una charla; se da cuenta, sin embargo, que falta una hermana, que había ido a descansar porque por la noche tenía que vigilar. Y entonces el Padre: “Aplacemos la charla para cuando estaréis todas. Yo tengo interés que la palabra de Dios sea escuchada por todas, y el bien que puede hacer a una sola alma me apremia cuanto el bien de todas.

Otra vez una anécdota en que se reconoce una luz extraordinaria de Dios. Atestigua una hermana: «Un día el Padre nos predicaba en la capilla; de repente se interrumpió y siguió la celebración de la Misa. Luego le pregunté la razón de aquella mudanza repentina. Me contestó: “Conocí que sólo seis almas habrían aprovechado de la palabra de Dios, y yo para no agravar las conciencias, me callé».

9. Caridad y respeto mutuo

El Padre nos dejó escrito para nosotros: «La unión de los corazones en el mutuo santo amor sea guardada siempre y celosamente; cada uno mire a cada otro como a un queridísimo hermano en Jesucristo. Todos sean estrechos con vínculos de la mutua caridad. Para mantener la unión de los corazones, además de la observancia de las propias reglas y el ejercicio de todas las santas virtudes, aprovechará no contradecirse en la conversación, sino hace falta cumplir el dicho del apóstol: **Contentiones et lites evita** (Tit 3, 9): Evita las cuestiones y las peleas» (Vol. 3, p. 23).

El Padre vigilaba para que el precepto de la caridad mutua se observara.

En nuestra comunidad, cuando salían unas pequeñas peleas, él llegaba para recordarnos el ejemplo de Nuestro Señor que perdonó siendo perseguido. «Si acontecía alguna riña entre las hermanas, quería, después de la paz, que no se hablara más de ello. Una actitud parecida tuvo en ocasión de la huida de una hermana, que él con su caridad llamó otra vez al redil, e impuso sobre todo eso una piedra tumbal.

«Recuerdo que a menudo sus recomendaciones en propósito manifestaban la preocupación de llegar a conocer si en nosotros hubiera espíritu de venganza o rencor por alguna ofensa recibida, justamente para poder perdonar más fácilmente. Uno de nuestros hermanos coadjutores, por unas disputas, no quería hablar desde varios días con otro hermano. El asistente se sintió en deber de avisar al Siervo de Dios por carta. Repuso en seguida con correo urgente, mandando que el culpable fuera separado de la comunidad, privado de la Comunión si antes no se fuera confesado, y con la amenaza que, si no hubiese obedecido en seguida, hubiese decretado la expulsión».

Aún una enseñanza del Padre, acrecentada por un ejemplo.

Él presenta el caso de un religioso, «que hará alguna ofensa a otro, o bien le negará alguna cosa o lo acusará por pasión, en alguna manera faltará hacia el cohermano en la caridad o en la cortesía. ¡Esto es el momento en que el demonio está vigilando para insinuar la indignación, el rencor en el alma del que recibió la ofensa! ¡Momento fatal! Aquella persona, por falta de sólida virtud, cede a la tentación y he aquí la división de aquellos dos corazones, con su séquito de murmuraciones, de sospechas y de mal ejemplo. En estos casos, el superior tiene que interesarse más del ofendido que del que ofende. Tiene que calmarlo, reconducirlo a los santos principios, rezar por él» (Vol. 1, p. 136).

En los primeros meses de 1910 una persecución sectaria había suprimido con viva fuerza el orfelinato femenino de Francavilla Fontana, mientras el Padre conseguía salvar el masculino llevándolo con destreza a Mesina. Vuelto a Francavilla, el Padre encontró las hermanas en un estado de ánimo que no es difícil imaginar: pasaban justamente el **momento fatal** nombrado arriba. En el íntimo podían sentir germinar sentimientos de rencor hacia los ofensores, de los que abiertamente hablaban no para tejer las alabanzas; y esto las podía llevar hacia un decaimiento espiritual, y «empezar, nota el Padre, la relajación de toda la comunidad».

Él proveyó a solucionar el inconveniente, escribiendo **una oración al Santo Divino Espíritu por nuestros perseguidores**. «para obedecer a la ley santísima de Jesús Señor Nuestro que nos mandó de amar a nuestros enemigos y de rezar por aquellos que nos persiguen y nos calumnian» pide que el Santo Divino Espíritu baje «poderosamente y amorosamente en el corazón y en la mente de todos nuestros perseguidores y calumniadores que nos afligieron y nos amargaron persiguiendo y denigrando estas mínimas Instituciones, y trastornaron y casi destruyeron algunos de estos Institutos». Implora que toque «a compunción y a contrición el corazón de todas estas personas» y las convierta «todas al Corazón adorable de Jesús». «Escribid a todas, todas estas personas en el libro de la vida eterna, a todas, todas llenadla con vuestras bendiciones y con vuestros dones en esta vida, libradlas de todo mal del alma y del cuerpo, asistidlas e iluminadlas especialmente en la hora de su muerte. (...) Desde lo íntimo del corazón esta súplica Os presentamos, como la presentaríamos para nosotras mismas y para las personas más queridas que tuviéramos en esta tierra y si, para lograr a ellos todos estos bienes, tuviéramos nosotros también que padecer algo, y fuese incluso el sacrificio de nuestra vida, ¡para todo, con vuestra divina gracia, nos queremos ofrecer!» (Vol. 4, p. 123).

Esta oración fue rezada en comunidad diariamente durante varios meses.

Manifestación de la caridad es también el respeto mutuo, fundado en los principios de la fe; por eso el Padre escribe: «Además del puro amor mutuo, cada uno tendrá un gran respeto para los demás y mirará a cada uno en la estimación infinita que hizo de él Nuestro Señor Jesucristo» (Vol. 3, p. 23), y detalla: «Junto con este santo Amor, tendré hacia todos los miembros del Instituto, grandes o pequeños, superiores o iguales y también empleados, el más sincero respeto, considerándolos en Dios, Sumo Bien, que los creó, los redimió con su Sangre preciosísima que los guarda, que los

escogió, que se dio a si mismo por cada uno de ellos, que los apacienta tan a menudo con su Cuerpo Divino y con su Sangre preciosísima y los destina a poseerle eternamente. Por eso me cuidaré de no decir nunca ni la más mínima palabra ofensiva, y menos aún a un muchacho» (Vol. 44, p. 12).

Escribió para las superiores: «La superiora, además del amor tierno y maternal que tendrá que tener para con sus hijitas, tiene que tener para las mismas en su corazón un gran respeto considerándolas como esposas de Jesucristo, o bien esposas prometidas o novias del Divino Amante. Mostrará este respeto prudentemente de modo que ninguna de ellas tuviera que sentirse menguar el temor reverencial que cada una tiene que llevar a la propia superiora. Se cuidará bien la superiora de no decir jamás a sus hijitas palabras ofensivas, reproches con el habla mundana. Pero el respeto que tiene que mantener para con sus hijitas, no quita para nada que tenga que corregirlas dignamente por sus faltas, reprocharlas y también castigarlas, pues si hiciera diferentemente sería respetar el cuerpo y menospreciar el alma» (Vol. 1, p. 130).

Tenemos que destacar con cuanto respeto el Padre trataba a todos: hasta con un chiquillo usaba todas las atenciones. Una vez, recuerdo, a un joven encargado del ropero, pidió: “¿Puedo rogaros?”. “Imagínese Padre: mande”. “Necesito una toalla”. El joven no podía aguantar su asombro y a todos pregonaba la delicadeza del Padre.

Atestigua una hermana: «Una vez me llamó a su habitación para dictarme una carta para la superiora de la casa de Trani, sor Dorotea, para rogarla que de dicha casa hiciera salir una hermana para la casa de Altamura. Dirigía esta oración con palabras tan humildes que yo, asombrándome, decía dentro de mí: “¡Cómo! Él es el fundador, el superior, es todo en la Congregación, ¿y ruega de esta manera?”. El Padre, como si hubiera escuchado mi razonamiento, se interrumpió y mirándome dijo: “Sabe usted, yo las respeto a mis hermanas, ¿sabéis? He aquí porque les escribo con estas palabras y las ruego así”. La misma hermana sigue: “**Yo nunca doy órdenes, sino que ruego**”. Me dijo una vez que, habiendo yo escrito por su parte una postal a la madre Dorotea, la había empezado así: “**Por orden del Padre** etc.”. Y tuve que corregirla».

No le gustaban para nada ciertas confianzas, que en realidad se reducen a falta de respeto; la confianza excesiva, reza un dicho, acaba en mala educación. Lo que en este punto se tiene que destacar más en el Padre, era el respeto que mostraba hacia sus colaboradores más próximos: el Padre Vitale y el Padre Palma. Él era el superior y además se alejaba de ellos por muchos años de edad; sin embargo, en tantos años, con aquel corazón suyo tan tierno y expansivo, nunca con ellos tuvo una expresión que indicara un bajón de tono, en lo que se refería al respeto, hasta en los momentos me más cordialidad y de más íntima confianza. Era siempre un caballero, en el significado más alto de la palabra, con una delicadeza y gentileza hasta exquisita, y nunca aconteció, tratando con ellos que no los llamara con el **Vuestra Reverencia**; el último término, al que le consentía bajar su familiaridad, como más confidencial era el uso dialectal **Vossía**, reducción de Vuestra Señoría.

10. Con los enfermos

Se pidió a un cohermano nuestro: “¿Usted sabe, especialmente en las relaciones con la comunidad, si el Siervo de Dios tuvo unas preferencias?”. “Sí”, fue contestado, “Por los que mayormente sufrían”.

Entre los sufridos se cuentan, antes de todo, los enfermos. «El Padre era tan sensible a las penas de los demás que, si hubiese tenido tiempo y modo, habría pasado todas las horas cerca de la cama de los enfermos y sufridos. Solía decir: “¡Qué gran misión es la de asistir a los enfermos y confortar a los que sufren!» (Vitale, **ob. cit.** p. 675).

El Padre quería antes de todo que, sin llegar a ser fanáticos, se cuidara la salud. Una vez no recuerdo qué imprudencia cometí: como lo supo el Padre me llamó la atención: “¡Tú no sabes apreciar qué don de Dios es la salud! ¡Con la salud se puede hacer mucho, mucho bien!”.

Se quejaba que «tratándose de la vista, de la que no se conoce bien el valor en nuestras casas», unos cuantos habían tomado la costumbre de leer también en media oscuridad, «a pesar de mis continuas y replicadas advertencias» (Vol. 36, p. 166).

Se preocupaba para que hiciéramos una vida muy disciplinada. «En cuanto al higiene, escribí, yo alardeo un poco. Soy Kneipista, leí también el tratado de Mantegazza, y cuido escrupulosamente la higiene. (...) Aire y luz son los primeros factores de la vida; y nosotros deploramos que esta importante regla higiénica es maltratada y prácticamente desconocida por la mayoría. Entre nosotros reina con vigor. La buena salud que, gracias a Dios, gozan mis huérfanos, es también debida a la más larga observancia de esta regla higiénica: aire, aire, aire siempre, aire fresco, aire nuevo de día y de noche, en el dormitorio, en el taller, en la escuela, en el recreo, en el comedor, por doquier» (Vol. 45, p. 460-461).

Quería que el enfermero, escogido entre los dotados con «paciencia y caridad en modo particular» supiera **conocer** a los enfermos; y explicaba: «Por **conocerlos** se entiendo que tendrá que darse cuenta de quién en la comunidad está poco bien, aunque alguien descuide de hacerlo saber; y tras darse cuenta de ello, referirá al superior» (Vol. 3, p. 34).

No se tenía que mirar a los gastos, los que fueran, para cuidar a los enfermos y ayudar al prójimo en cualquier otra necesidad, hasta llegar a comprometer una casa o vender los muebles de la iglesia.

Todos nuestros enfermos eran objeto de la particular caridad del Padre.

Recordemos el cólera de 1887. «¡Oh, las premuras y las ansias, los temores del Padre por guardar en aquellos días luctuosos la salud espiritual y temporal de sus niños! Más que una madre amorosa se fijaba en su rostro para ver si empezaba a ser pálido; intentaba descubrir si sintieran dolores, si la comida provocara malestar, si necesitarían de un régimen especial o de cuidados médicos» (Vitale, **ob. cit.** p. 181). Durante aquel tiempo fue en Aviñón el hermano del Padre, el sacerdote Don Francisco, que compartió con él las preocupaciones y los trabajos de la asistencia a los enfermos. Casi mitad de la comunidad fue contagiada. De un informe de Rosina De Blasi, una de las huerfanitas acogidas, sabemos que de las 17 hasta la medianoche vigilaba don Francisco. A partir de la medianoche lo sustituía el Padre. «Cuando nos veía un poco tranquilas descansando, él se retiraba a la iglesia para rezar y de vez en cuando se acercaba para ver si alguien necesitara ayuda. Vigilaba además diligentemente sobre las personas que se recuperaban; no las hacía acercar a la cama de las enfermas. Estableció una sola persona como enfermera, animándola a la santa caridad. Le decía: “¡Nuestro Señor te guarde y te preserve de todo mal!». En efecto aquella no sufrió ningún disturbio durante todo el tiempo que permaneció para asistir a las enfermas, a pesar que fuese una persona muy frágil. El Padre hacía él de enfermero. Nunca salía a la ciudad, por miedo que alguna falleciera durante su ausencia, porque se moría fácilmente. Una noche suministró el Santo Viático a cinco enfermas; y él con su hermano vigilaron toda la noche al lado de su cama». Sabemos que hubo sólo una víctima: Savino, un niño de cinco años, que murió rezando el Avemaría.

Era siempre cuidado especial del Padre preocuparse de las almas y de los cuerpos. «Un día me hizo un dulce reproche – habla el Hermano Luís María Barbante – porque había curado, tras instrucción del doctor, a un hermano, Fray Francisco, que sufría por tuberculosis en los huesos, mientras él estaba ausente. Yo mismo, enfermo, fui enviado por él a San Pier Niceto para mudar de aire». Y una hermana: «No puedo olvidar las atenciones verdaderamente maternas que él me us  personalmente cuando, enferma, me quiso acompañar a Taormina, esperando que all  mejoraría. Solía visitarnos a las enfermas acompañado por alguna hermana». «Para nosotras estaba siempre en gran trepidación cuando estábamos enfermas. Superiores y cohermanas estábamos todas movilizadas, cuando se trataba sobre la asistencia. A otra afectada por migraña, de Taormina, me la confes  ella misma, us  palabras de consuelo, y luego, poniéndole la mano en la cabeza, la libr ».

Veamos sus atenciones más que paternas: «Un golpe de tos, aunque sin ser específico, era para él en seguida una preocupación, y: “Superiora, enviad esta hermana quince días en la cama”. Y, si la veía simplemente pálida, la enviaba a Guardia sin nada más, un lugar fuera de la ciudad de nuestra propiedad. Para nosotros era m s que un padre, más bien una madre. “ Comiste?  Dormiste?  Te hace falta algo?”. Eran sus preguntas discretas y continuas, cuando veía que una de sus hijas estaba indispuesta. Unas hermanas eran escogidas para cuidar a la apertura y al cierre de las ventanas, para evitar corrientes de agua y proveer a su conveniente renovación. Increíble cómo hubiese cuidado las mínimas cosas, intentando proveer, porque, en los límites de lo posible, nada faltara a una de nosotras. Sabiendo que una hermana de servicio a la Madre Nazarena había sido enviada a la portería para sustituir la hermana portera enviada a Taormina, él la reenvió atrás para que nada faltara a la enferma».

Oímos por el Padre Drago que en 1909 el Padre hall  en Francavilla dos nuestros postulantes con problemas de salud. Para que se recuperaran sin más los llevó consigo a Oria, donde sin embargo aún no había la casa masculina. Por la benevolencia de aquel obispo, Monseñor Di Tommaso, se hospedaron en el seminario y para las comidas iban a San Benito con las hermanas. En aquel tiempo el Padre Palma insistía para bajar con el Padre en Mesina para asuntos que decía urgentes; y el Padre: “El asunto más urgente por ahora es la salud de estos hijitos”. Los entretuvo, pues, durante quince días y luego los acompaño nuevamente, ya restablecidos, a Francavilla; luego bajó a Mesina.

Para todos tenía un cuidado paternal o, mejor, maternal; para los niños, luego, era tiernísimo. Creía de ver en muchos de ellos unas enfermedades, unas palideces, unas necesidades de cuidados.

«Mientras repartía la Comunión a nosotras las postulantes, se dio cuenta que una estaba pálida, pero, para reconocerla luego, le dio un golpe con el platito. Tras la Misa, en el recreo, pregunt  quién fuera: “Yo, Padre”; y él: “Hermana maestra, enviadla al campo, necesita un cuidado». Cuenta una hermana: «Una señorita, acogida por caridad porque enferma, estaba obligada a tomar comida sin sal. Naturalmente hallaba muchísima dificultad. El Siervo de Dios para animarla, propuso de imitarla: yo tuve que obedecer y prepararle comida sin sal. El día después me rebeló y él rechazó la comida saborosa y quiso la sosa. “ Por qué quer is privarme, me reproch , de un acto de caridad? Justamente para animar a la enferma yo mandó así».

En aquellos tiempos la tuberculosis se cuidaba en casa; mejor, la tuberculosis era una enfermedad incurable y los enfermos quedaban en casa y «se tomaban – escribía el Padre – las debidas precauciones para evitar los contagios» (Vol. 3, p. 35).

Sor Camila desde jovencita fue puesta al servicio de las infectadas: «El doctor – ella atestigua – quería sustituirme con una más anciana en la asistencia de las infectadas, justamente por mi joven edad; pero el Padre: “No, no, doctor, por esto no se enfermar  seguramente. Tengo 67 años (**entonces**

era el 23 de septiembre de 1946); desde la edad de 13 años fui en la enfermería antes como bajo-enfermera y luego como enfermera, y nunca tuve una gripe. Las hermanas saben de la profecía que se refiere a mí» (U. 14, 44).

Visitando las casas, el pensamiento del Padre corría en seguida a los enfermos. Una noche llegó a Roma a medianoche, muy cansado. Como de costumbre, se fue derecho a la capilla, y tras la visita a Jesús Sacramentado, pidió informaciones sobre unas enfermas que estaban en casa.

En los viajes el Padre recordaba siempre a sus enfermos. Escribe a la Madre General recordando justamente una joven enferma de tuberculosis:

«No recuerdo en este momento las otras preguntas que tendría que haceros; sin embargo, recuerdo bien de pedir os noticias sobre la querida sor Elena; y le llevaréis todas mis bendiciones» (Vol. 36, p. 132). Y unos días después: «Decid a sor Elena que la bendigo, y que esté fuerte en los Corazones de Jesús y de María, como alma predilecta por ambos» (Vol. 36, p. 137). Una superiora quería que se le quitara, para enviarla a otra casa, una huerfanita con tuberculosis: «Es una pretensión que no se puede admitir», escribe el Padre a la Madre General, encargándola de decir a la superiora que «si el Señor dispuso esta cruz por aquella casa, que la abraza. Cuando nos hallamos en el mismo caso, nunca pensamos de confiarla a otra casa. Además, con todas las debidas cautelas no hay peligro; y una que muere en los brazos de la caridad en una casa, luego en el cielo no cesará de rezar por aquella casa» (Vol. 36, p. 173).

Si por un lado no se tenía que mirar a los gastos ni ahorrar cuidados y sacrificios para los enfermos, estos sin embargo también en la enfermedad tenían que portarse como religiosos y usarla para la santificación. Sin embargo, el Padre escribía para nosotros: «En el caso que yo caiga enfermo, o necesitara de cuidados, estaré bien atento que la enfermedad no sea para mí causa de relajación. Me confiaré a la caridad de los superiores y cohermanos y no seré ni pretencioso, ni impaciente, sino que creeré que también en caso de enfermedad el siervo del Señor tiene que observar la santa pobreza, tiene que aceptar de sufrir alguna penuria o alguna dificultad como permitida por Dios, tiene que salir de buen ejemplo también mejor que en la salud, porque el buen soldado se prueba en la batalla» (Vol. 44, p. 137). Y obliga al enfermero de poner alrededor del enfermo un clima de piedad y recogimiento, que favorezca la unión con Dios: «El enfermero atenderá que en la enfermería no falte el espíritu de la devoción y de la piedad. Él tendrá sumo cuidado que se administre la Santa Comunión a los enfermos también diariamente para los que la pueden recibir cada día.

«Hará alguna buena lectura para el que la puede escuchar; hará algún recuerdo de buenos sentimientos y exhortaciones a la paciencia; impedirá defectos, discursos inútiles entre los enfermos y tendrá presente que también en la enfermería el demonio trabaja para la relajación, cuando para los enfermos no se atiende que al cuidado del cuerpo y nada se hace para el bien espiritual» (Vol. 3, p. 35).

El Padre escribiendo a las enfermas siempre recordaba el pensamiento del provecho para sacar de la enfermedad. «Se gasta continuamente para vuestra salud, y se gastó mucho dinero. Esperemos que nos lo hagáis bendecir con vuestra conducta» (Vol. 34, p. 11). Sor D'Amore había sufrido una grave operación y llevaba desde hacía 7 meses la fiebre; y el Padre le escribe: «Por este camino podéis resurgir a una vida nueva de verdadera observancia y humildad. Aunque no podáis recibir la Comunión, abrazad la cruz y en la cruz hay Jesús Crucificado. Quedaos en la divina presencia, decid de vez en cuando unas jaculatorias, haceos leer o bien leed unos libros espirituales» (Vol. 34, p. 21). En otras ocasiones: «Por vuestro espíritu no os preocupéis, porque padeciendo se gana más que rezando y actuando. Tened recta intención, alma sincera, amad a Dios, y no hace falta nada más»

(Vol. 34, p. 22). «Quedaos uniformada a la voluntad del Dios Altísimo, humillaos, tomadlo todo como descuento de vuestros pecados y esperemos que de la tribulación salgáis reformada en el espíritu» (Vol. 34, p. 24). «Mientras os sigue la fiebre hace falta que os cuidéis. El médico quiere que hagáis un régimen líquido. No digáis que no os gusta, porque esto no está bien, escandalizáis la postulante: o sea cada defecto de palabras, de discursos inútiles, de actos de impaciencia o de poca uniformidad, etc. etc. ¡Pensad un poquito al espíritu, que vale más que el cuerpo!» (Vol. 34, p. 25). «Me complazco que estéis mejor. Esperemos que la Divina Superiora os conceda pronto la gracia. Prometed muerte al amor propio, docilidad, mansedumbre» (Vol. 35, p. 123).

11. La primera grande guerra

¡Cuánta trepidación en todo el mundo a partir del 1 de agosto de 1914, cuando tuvo inicio aquel **guerrón**, a dicha de San Pío X, que se extendió como un incendio a casi todos los estados de Europa y a América! Se esperaba que Italia se mantuviera neutral. El Padre en febrero de 1915 señaló al Padre Vitale un artículo del **Corriere d'Italia**, según el cual, en base a fundamentadas informaciones de Viena, Austria estaba dispuesta a reconocer nuestros derechos sobre las tierras irredentas; pero el Padre destacaba: «Políticamente hay buenos indicios que no habrá guerra en Italia: pero tengo miedo por el pecado. ¡El ejército no hace nada más que blasfemar!» (Vol. 31, p. 64). ¿Es atrevido pensar en la guerra como un castigo de Dios? ¡En efecto hubo guerra en Italia, y larga, y áspera y sangrienta!

La mayor preocupación del Padre en aquel tiempo eran los pecados que se cometían en el ejército. Escribía a un querido hijo suyo soldado: «¡Estos son los tiempos, muy querido hijo! ¡No se quiere creer que está allá arriba El que tiene en manos las suertes de todas las naciones y que la blasfemia, las malas palabras, las deshonestidades del ejército de cualquier nación pueden comprometer hasta una justa causa! El gobierno, en el interés de nuestra dilecta patria italiana, tendría no sólo que prohibir tales pecados en el ejército, sino castigarlos severamente» (Vol. 30, p. 93). Por esto en los primeros meses de la guerra envió una carta al comandante supremo General Luis Cadorna, exhortándolo a prohibir en el ejército la blasfemia y el mal hablar, para atraer sobre nuestras armas las bendiciones de Dios.⁸²

Prescribió en las casas oraciones por la paz, encomendando observancia y fidelidad al Señor. «Sed todas observantísimas de las santas virtudes religiosas, especialmente en el amor de Jesús y de María, en los actos religiosos, en la santa oración, en la santa obediencia y en toda buena disciplina. Así portándoos, podéis confiar que el Corazón Santísimo de Jesús y la Santísima Virgen no dejarán de protegeros» (N.I. Vol. 5, p. 252). «Recemos incesantemente y portémonos con el más riguroso temor de Dios. ¡Decidlo a todas!» (N.I. Vol. 5, p. 253).

Se imponía en aquellos días un régimen de austeridad, tanto más necesario para nuestras casas, porque el Padre no entendía que se estrechara la mano con los pobres. Él, como de costumbre, se arreglaba en todo con los principios de la fe. Prescribió antes de todo que en cada casa hubiera «la figura, enmarcada, de la **Virgen del Pan**, como ya dicho, para que la Santísima Virgen, por su bondad materna, no nos hiciera faltar nunca el pan».

⁸² Yo leí esta carta, pero lamentablemente no está presente en los escritos del Padre, porque no quedó copia.

Dio luego sabias normas para la producción, la economía, la conservación y el racionamiento. Recordemos lo que dispone para la producción: «Las casas que tienen terrenos de campo cuiden seriamente para hacerlos fructificar, incluso pagando un precio elevado, como hallarán en uso, los agricultores; y allá donde ellos no se hallen, y donde se quiera ahorrar en parte el gasto del cultivo, no habrá nada malo, más bien será algo muy laudable, que las mismas jóvenes de nuestras casas y las mismas hermanas, por cuanto sea posible, se lleven a las propias tierras para el cultivo. Es tiempo de comer efectivamente el pan con el sudor del propio rostro. (...) ¡Hace falta arrancar a la tierra con las propias manos la comida, para no fallecer!

«La tierra, cuando no habrá pan, os dará patatas, verduras, cereales y frutos; ¡y todo, con la bendición de Dios será bueno para no perecer! (...) Cada trabajo que hagáis, queridas hijitas, para producir alimentos, será bendito por el Señor, porque lo haréis no sólo para vosotros mismas, sino también por muchas huérfanitas que mañana os pedirán llorando el pan, y para muchos pobrecillos que sitian las puertas de nuestros institutos, que, cuando el hambre avanzara, evitarían la muerte con algún sencillo alimento de verdura. Además de la cultivación de los campos, será óptima la cría de animales, por ejemplo, gallinas, palomas, conejos, tocinos, cabras, vacas, lo que mejor se puede, y según el pasto que se puede suministrar a dichos animales».

Tras haber hablado de la economía, conservación de los géneros, del racionamiento, he aquí la conclusión reavivada por el aliento del afecto paterno: «Finalmente encomendamos que la observancia de toda esta economía se halle modo de conciliarla con no privar los sujetos de un alimento indispensable y de no conservar los géneros dejando casi hambrientas las personas, porque tenemos que tener gran confianza en el Corazón Adorable de Jesús, en la Santísima Virgen, en San José y en San Antonio de Padua – hasta que en las casas reina la observancia, el servicio de Dios, el amor de Jesús y de María, los ejercicios de las santas virtudes, y se cumplen fielmente toda nuestras especiales prácticas del año eclesiástico, y se trabaja sin ahorrarse – que el Corazón adorable de Jesús y la Santísima Virgen no nos abandonarán, no nos dejarán perecer, sino que nos ayudarán siempre, mientras nosotros nos ayudaremos» (Vol. 34, p. 125-127).

En 1916 el Padre abrió la casa de Altamura para los huérfanos de los militares muertos en guerra, y en el 1917 envió ocho hermanas a Padua, tras petición del obispo, para servir en el hospital militar Belzoni. Era natural que las consecuencias de la guerra se hicieran sentir gravemente en el Instituto masculino, cuyas filas disminuyeron por las continuas llamadas a las armas; y todas gravaban en el corazón del Padre.

El comienzo de la guerra de 1915 nos arrancó a casi todos nosotros para el servicio militar; el santo fundador tuvo una pena indecible, pero siempre fue calmo; cada uno de nosotros tuvo unas cartas todas llenas de confianza y ternura.

Recibiendo noticia que este o aquello de sus hijitos había sido alistado, hacía sus desahogos generalmente con el Padre Vitale: «¡Alabemos siempre la divina voluntad! Nosotros somos nada: el Creador sabe Él cómo tiene que conducir sus criaturas» (Vol. 31, p. 58). «¡Viva Jesús! ¡Adoremos! ¡El alma llora, pobre y querido hijo! ¡Pero dejemos todo y todos en el Corazón adorable de Jesús! (...) **Ploremus coram Domino!** ¡Es tiempo de gemidos y suspiros! ¡Corazón de Jesús, salvadnos!» (Vol. 32, p. 86). Cuando supo de mi movilización me escribió: «¡Aprendí que has sido declarado hábil para la guerra! ¿Qué te tengo que decir? Me afligí hasta las lágrimas, pero, ¿tenemos que desconfiar de la dulcísima misericordia del Corazón Santísimo de Jesús? ¡Nunca se sabe! Está escrito (San Pablo) que todas las cosas se vuelven en bien para los que aman a Dios y le temen» (Vol. 30, p. 90).

Escribió entonces la **oración para nuestros cohermanos que se hallan en la milicia**, que se rezaba cada día en todas las casas; pero el pensamiento de sus hijos no faltaba nunca en las conversaciones, en los discursos, en los versos anuales para las fiestas del 1 de julio. «Te aseguro que las oraciones para todos vosotros queridísimos hijitos en Jesucristo, son incesantes» (Vol. 30, p. 92). «Estate seguro que las oraciones para vosotros no las dejo nunca» (**Ibid.** p. 94). «Me hallo en Roma desde alguna semana. Entre pocos días, Dios mediante, tendré la audiencia privada con el Santo Padre, y pediré una particular bendición por todos vosotros en el ejército» (**Ibid.** p. 102). «No te desanimes: son todos caminos de Dios. ¡Cuando vosotros nuestros queridísimos hijos volveréis al querido Instituto, como firmemente esperamos en la caridad del Corazón Santísimo de Jesús, volveréis hombres hechos, para ser campeones de Jesucristo y de su Evangélica Rogación! Mientras tanto el Señor quiere que paséis por una serie de sacrificios de toda clase, interiores y exteriores, porque está escrito: **El que no sufrió, ¿qué conocerá jamás?** Así abandónate en el Corazón Santísimo de Jesús y en los brazos de su Santísima Madre, y déjate conducir por la divina Providencia» (**Ibid.** p. 101).

Gozaba inmensamente el Padre por la armonía entre nosotros los soldados: «Es algo admirable que nuestros queridísimos hijos, aunque esparcidos aquí y allá, entre ellos son unidos en santa amistad y fraternidad; se escriben, se dan noticias, se acompañan en todos sus destinos, y todos luego son unidos a nosotros perfectamente como si fueran en comunidad. ¡Efectivamente puede decirse que nuestra comunidad existe más firme que antes! ¡Quiera el buen Jesús devolvérmolos a nuestras mismas casas!» (Vol. 32, p. 132).

La guerra lamentablemente hizo una víctima entre los nuestros, un joven estudiante: el Hermano Mansueto Drago caía en la batalla en el Monte Negro (Carso) el 24 de marzo de 1917. El Padre nos lo recordaba así: «Verdaderamente era un joven ejemplar, de un éxito sobresaliente; ¡pero su éxito ya lo hizo en el Paraíso! Ahora esperemos que el Corazón adorable de Jesús se lo tomaría como víctima muy agradable para salvaros a todos vosotros» (Vol. 30, p. 84). Él hizo imperecedera su memoria en el himno del 1 de julio de aquel año:

Compañero piadosísimo
De nuestro destierro, ahora mira
De tu **Rogate** el pequeño
Rebaño que a ti suspira,
Que adora tu decreto
Por tu hijo **Mansueto**
Que llevar quisiste a ti. (Vol. 46, p. 298).

Otra víctima hizo también la guerra: un primo del hermano Mansueto, Fray Mariano Drago, coadjutor rogacionista. Soldado en Palermo, en pocos días se quedó completamente ciego.

Como el Padre fue advertido por la grave amenaza incumbente sobre aquel queridísimo hijo, corrió a Palermo y así de allá da la noticia a los Padres Vitale y Palma en Oria: «¡El Señor nos visitó con su santa cruz siempre bendita! **Calix meus inebrians quam praeclarus est!** ¡El muy querido nuestro Fray Mariano es en grave peligro de permanecer totalmente ciego!». Y después de mencionar las causas del inicio y del brote de la infección, sigue: «¡Jamás estuve tan afligido! ¡Morir un joven en el frente no es el máximo de los dolores, como creíamos! ¡Perder la vista con 25 años para vivir muerto otros cuarenta, cincuenta años, es más terrible! Cierto que nosotros, que por gracia del Señor somos cristianos y sus ministros, alabamos siempre y bendecimos la voluntad adorabilísima de Dios, ¡pero Él no prohíbe al sagrado paterno amor que alimentamos por nuestros queridísimos hijitos en Jesucristo de implorar gracia, gracia!» (Vol. 32, p. 5).

El Padre permaneció once días en Palermo, haciendo de enfermero (Vol. 30, p. 84) y trabajando activamente, ayudado por el buen Padre Juan Messina⁸³ para conseguir poder llevarse a su casa aquel pobre hijito. En una larga carta cuenta todo el doloroso vía crucis que le tocó hacer para obtener la licencia. La dificultad llegaba por la sospecha que el joven se hubiese procurado la enfermedad (Vol. 32, p. 9).

¡La mañana del 19 de febrero de 1917 aquel resto de vista que le quedaba se apagó para siempre! El Padre escribe el día 20: «¡Telegrafíe a casi todas nuestras casas y monasterios, a siervas de Dios! Supliqué el Corazón adorable de Jesús, la Madre Santísima, los Ángeles, los Santos, San Antonio de Padua, las Almas Santas del Purgatorio, sor Teresa del Niño Jesús. (...) Tuve el agua de La Salette, se la puse. (...) Lo santigué con el Nombre Santísimo de Jesús, como prescribe San Vicente Ferrer. (...) pero la noche sobrevino: ¡sus ojos se cerraron en las tinieblas, para abrirse igual a la eterna luz!»

Lo consolaba grandemente la serenidad del querido enfermo: «Las muchas oraciones que se hacen por él, pobre hijo, le atraen la mirada misericordiosa del Señor, que esta noche amorosamente de repente le infuso tanta tranquilidad interior, que en cuanto lo había dejado, o bien que me había él despedido, lo oí como si se lamentara. No sabía qué fuera: me acerqué y le pregunté qué era lo que tenía. Calmo y tranquilo me contestó: “Estoy cantando: **¡¡Sangre del primer Mártir!!!**”» (Vol. 32, p. 8).

El Padre esperaba que con terapias apropiadas se pudiese llegar a salvar por lo menos un ojo, que parecía menos afectado; ¡pero todo fue inútil! Lo hizo visitar por los mejores especialistas, pero todos concordemente declararon que humanamente no quedaba nada para hacer. El Profesor Cincirone, oculista de fama internacional, le dijo: “Hijo, ¡no confíes en los hombres, sino sólo en Dios!”.

Y con la confianza en Dios el Padre multiplicaba y hacía multiplicar oraciones para la curación del hermano Mariano. Lo llevó hasta a San Giovanni Rotondo al Padre Pío, que marcó con la señal de la cruz los ojos apagados, pero los ojos no se abrieron; y al Padre que pedía si había esperanza, contestó: “**Llamemos!** Lo que el Señor no hace ahora, lo podrá hacer más adelante” (Vol. 32, p. 166).

Fracasado este intento, el Padre envió al hermano Mariano a Pompeya, «¡a los pies de Aquella que es el canal inmenso de todas las gracias y milagros de la divina omnipotencia!»; y declaraba al Padre Vitale: «La confianza en los Corazones amorosísimos de Jesús y de María no quiero dejarla. Los hombres, santos o no santos, son hombres, ¡pero todo bien baja de lo alto!». Y concluye: «En cuanto a nuestro hermano Mariano, él es muy resignado. Adoremos los divinos juicios» (**Ibid.**).

Aunque en la plenitud de la resignación, no faltaban al querido joven momentos de desaliento, y una vez que él se quejaba con el Padre por la tristeza de sus condiciones: «Hijo, le dijo el Padre, para poderte consolar, ¡ruego el Señor que te devuelva con un milagro la vista de al menos un ojo, quitándomela a mí!» (Vitale, **ob. cit.** p. 674).

⁸³ El Padre Juan Messina (1871-1949), sacerdote de gran celo y caridad. Para la redención de los hijos del pueblo fundó **La Casa Piadosa Trabajo y Oración** en el barrio San Erasmo, por él alegremente definido como **El África de Palermo**; nosotros diríamos: el barrio Aviñón de Palermo. Para la asistencia de su Obra fundó las **Ursulinas Congregadas**, con las reglas de Santa Ángela Merici. Un terrible día de 1949, inesperadamente recibió el orden por el alcalde de Palermo de llevar a otro lugar sus comunidades, teniendo que ser derribada su grande y bonita casa, porque «¡rompía el encanto del paseo marítimo!». Fue un choque: el corazón del piadoso sacerdote no aguantó, y después de unos días murió por ello; pero por la protesta del pueblo la casa permaneció... Tras el Concilio, en 1967, las Ursulinas del Padre Messina fueron incorporadas por las **Pequeñas Misioneras de la caridad** de Don Orione.

18. YO QUIERO A MIS NIÑOS

1. El origen de las famosas estrofas. 2. Obra santísima. 3. ... Y fecunda de bienes. 4. Entre sus niños. 5. Con ciertos personajes... 6. «El corazón que él tuvo». 7. La fiesta onomástica de 1923. 8. Admisión. 9. Educación religiosa. 10. Los educadores que el Padre quería. 11. Método educativo. 12. Educar todo el hombre. 13. Educación a la piedad. 14. Educación al trabajo. 15. Castigos.

1. El origen de las famosas estrofas

El Padre, siempre con pocos recursos, le había pedido al Ayuntamiento de Mesina una ayuda extraordinaria de mil liras para las fiestas de mediados de agosto de 1902. El Consejo Comunal entonces era en manos de los **Jacobinos de la Montaña**, enemigos declarados de Dios y de los curas. La petición del Padre fue discutida en la sesión del 12 de agosto y «hubo, por parte de la **Montaña**, un ataque total contra el Canónigo Di Francia. ¡Hubo quien dijo que el Padre no sabía educar porque era un cura! ¡Otro que dijo que el filántropo amasaba carne humana sin siquiera un ideal! Hubo quien despotricó contra la higiene de los lugares y contra los métodos disciplinarios; y el que más lo guardaba en el alma, más condimentaba esta comida preparada para los niños derelictos» (Vitale, **ob. cit.** p. 336). Obviamente la ayuda fue negada.

El cruel trato usado en contra del Padre, suscitó la indignación de toda Mesina.

Recordemos la protesta de **El Faro** (14 de agosto): «No probamos tanta impresión por el rechazo de las mil liras – porque conocemos desde mucho tiempo el odio satánico de la mayoría de los Concejales contra las instituciones de carácter religioso – cuanto aquella que probamos por las bajas y vulgares invectivas lanzadas por aquellos señores contra el más gran bienhechor de los huerfanitos y contra su institución. Se dijeron todos los colores. (...) Se dijo que el Canónigo no hace otra cosa que amasar carne humana. Mentiras cobardes y mezquinas, porque los huerfanitos tienen un molino y una panadería, una sastrería, una tipografía, una zapatería y allá se trabaja todo el día. ¿Y qué, sobre la moral? ¡Las jovencitas las enviaremos a aprenderla al Instituto Normal Femenino, los jovencitos a algún otro!». Y unos días después (29 de agosto) volviendo sobre el tema, entre otras cosas destaca: «Si los Concejales votaron contra el orden del día por las mil liras al Canónigo Di Francia, hicieron muy mal y no cumplieron para nada la voluntad del pueblo, que no mil, sino diez mil liras habría dado al Ángel de la caridad».

En aquella ocasión el abogado Ángel Toscano escribió unos versos en alabanzas del Siervo de Dios, exaltando su misión benéfica de padre de los huérfanos.⁸⁴

En respuesta el Padre, el 25 de septiembre, le dirigió un carme que es una verdadera joya de su corazón más que de su pluma; un carme que los Rogacionistas no podrán olvidar Jamás. Él lo dedica **al Eximio Señor Doctor Ángel Toscano que por su magnanimidad con versos afectuosos quiso animar mis pobres trabajos para la salvación de los huérfanos derelictos.**

Como nota de cantos peregrinos,
Me llega el sonido de tu bella cetra,
Oh amigo desconocido, y de mis niños
Se me renueva en el amor inocente.

⁸⁴ El Abogado Ángel Toscano – de una rama que nada tiene a que ver con los Toscano del Padre – fue periodista acreditado y poeta de gusto clásico. Aún joven murió bajo los escombros del terremoto de 1908. Era de recta conciencia y por eso apreciaba la obra filantrópica del Padre, aunque nunca tuvo relaciones con él; no militaba, sin embargo, en el campo católico. No conseguimos hallar aquellos versos. El Padre se limitaba a decir que «habían sido publicados en un periódico de Mesina que no pertenecía a la prensa católica. Pero no importaba, añadía, ya que en Mesina estos Orfelinatos son muy queridos por todos». El periódico tenía que ser el **Lucífero** justamente fundado y dirigido por el Toscano; y el Padre evidentemente no quería hacerle propaganda. Quizás se podría encontrar en alguna biblioteca; nosotros lo buscamos en vano en Mesina, Palermo y Nápoles.

Yo amo a mis niños; ellos para mí son
El más querido ideal de mi vida,
Los arranqué del olvido, del abandono,
Impulsado en el corazón por una esperanza atrevida.

Florechillas de Italia, recién nacidas,
Abierto estaba el abismo para devorarlos,
No había mirada de ojos enamorados
Que pudiese un sol momento alegrarlos.

Infantes perdidos en el camino,
Sin amor, sin vivacidad, sin sonrisas,
¡Ay de mí! ¿Qué porvenir, qué destino,
Los en el lagar del dolor, conquistaría?

Perlas inmaculadas mis niñas,
Las recogí en el lodo una por una,
Casi como conchas por el camino:
Hoy iniciadas para una suerte mejor.

Me llaman Padre: en sus cabezas
La mano del Ministro de Dios se pone;
Llaman Madre, y a este nombre tan dulce
Contesta del Señor la casta esposa.

Para que no falte el pan a estas mesas
Me enfrié, sudé... oh, mientras tanto he aquí
Hoy la comida, hijos míos; para mañana
¡Proveerá aquel Dios que os quiere tanto!

A menudo llamé a puertas de hierro en vano:
Atroz fue mi sentencia:
- ¡Fuera de aquí el importuno, está loco!
¡Que pague la pena de su locura!

Oh niños míos, llegará un día en que
Conoceréis mi martirio y el amor mío,
Que más no ama el padre sus hijos,
¡Que por vosotros imploré a los hombres y a Dios!

Oh amigo desconocido, pudiesen tus versos
Derretir los hielos y convertirlos en fuego
Para que la Piedad derramara sus dones
¡Piedad que al cielo y a la tierra invoco!

2. Obra santísima

Parémonos ahora a estudiar el Siervo de Dios como **padre de los huérfanos**. El Siervo de Dios se distinguió por la caridad hacia el prójimo; pero entre este prójimo los latidos más tiernos fueron por los huérfanos, sobre todo de ambos padres. Una hermana más bien escribió a propósito del orfelinato de Roma, que entonces se empezaba: «Dictando una oración al Sagrado Corazón y a la Virgen, el Padre pedía que los Sagrados Corazones enviaran a aquel orfelinato aquellos, entre los huérfanos que, siendo más traviesos, si no se acogieran en aquel asilo de caridad, se perderían más fácilmente».

Idealmente e históricamente el apostolado de los huérfanos en la vida del Padre es ligado a su misión rogacionista.

Escribe en efecto: «Principio de eterna caridad es la palabra salida del divino celo del Corazón de Jesús: **Rogate ergo Dominum messis, ut mittat operarios in messem suam**; y si dilatamos nuestro corazón en esta caridad divina, cumpliríamos a todos los oficios de los buenos evangélicos trabajadores» (N.I. Vol. 10, p. 196).

Sabemos también por el Padre cómo históricamente las obras en su origen fueron envueltas por el **Rogate**.

Cuando él se halló ante la turba de Aviñón, recordó el cuadro evangélico de las muchedumbres errantes sin pastor, el lamento del Señor por la abundante cosecha que perece, y el divino mandato: **Rogate ergo**... «Desde entonces, dice, me hallé comprometido, según mis débiles fuerzas, en el alivio espiritual y temporal de aquella plebe abandonada» (N.I. Vol. 10, p. 207).

De aquí nacieron los orfelinatos.

En sus enseñanzas el Padre nos recordaba dos pensamientos: «Solía decir: son los sacerdotes los que propagan el Reino de Dios, y en esto son insustituibles; son los niños educados cristianamente, que vivirán una vida buena y santa, mientras los viejos, no educados desde niños, cojearán más fácilmente. Y añadía muy a menudo: cuidado sobre todo el barro de la calle, o sea los más abandonados, porque, dejados a sí mismos, pecan y hacen pecar. La gracia del Señor alcanza bien también a estos, y no es verdad para nada lo que quisieran los varios Lombroso, que el niño delincuente no se recupera». Insistía por eso el Padre que se apreciara en su justo valor el apostolado entre los huérfanos: «Entre todas las obras santas, la de salvar los tiernos niños es santísima; a ella, pues, atenderemos con todo sacrificio y penetrando con espíritu de inteligencia el sumo bien que se hace arrancando los niños del vagabundeo, del peligro, de la perversión para iniciarlos a una educación y a una instrucción, para producirlos buenos cristianos, perfectos católicos, ciudadanos honrados y trabajadores, y un día buenos padres de familia, si Dios a tanto los destina» (N.I. Vol. 10, p. 197). «La salvación de los huérfanos abandonados será una de las obras predilectas de los rogacionistas del Corazón de Jesús» que «empezarán los huerfanitos con cuidado paterno y afectuoso a sana educación y conveniente instrucción, proveyéndolos en todo lo necesario, especialmente en caso de enfermedad, estimando el último de los huerfanitos cuanto el primero de los padres» (Vol. 3, p. 29). Y empezando el tratado sobre los orfelinatos, repite aún estos pensamientos: «Venimos ahora, hijitos benditos en Jesucristo, a tratar sobre los orfelinatos, o sea ¡sobre la gran misión que asumimos de recoger niños huérfanos de ambos sexos, perdidos, pobrecillos, abandonados, para arrancarlos a la perdición del alma y del cuerpo, sustrayéndolos en la más tierna edad al abandono, a la perversidad del mundo malvado, al hambre, a la extrema miseria, al ocio destructor, a los escándalos y a los

continuos peligros, a las ruinas temporales y eternas! Oh, ¡qué agradable es al Corazón Santísimo de Jesús esta obra de salvación de la orfandad abandonada! ¡Qué adquisición de alma es esta jamás! ¡Arrancarlas al demonio y darlas a Dios!» (Vol. 1, p. 239).

¡Arrancarlas! Para el Padre en muchos casos se trataba de verdaderos y reales arrebatos que le tocaba hacer, especialmente en los primeros tiempos, porque las mentes ignorantes y obtusas de las madres de Aviñón, refractarias a cualquier destello de civilización y virtud, no conseguían entender que la acogida en el instituto era la salvación para las hijas, ¡y querían usar el celo del Padre para sacar provecho personal! Recordemos cuando, habiendo la intemperancia de la Jensen vaciado la casa, el Padre tuvo que ir dando vueltas y vueltas para recoger las niñas que le habían sido quitadas.

Recordemos el caso de Josefina Lembo. Huérfana de ambos padres, el Padre había logrado internarla arrebatándola de las seducciones que se le iban presentando. Los familiares no se daban paz para tenerla nuevamente, como también no se daba paz el Padre para no hacérsela arrancar de las manos. Y, antes de todo, recurría al Señor. Hallamos oraciones al Señor, a la Virgen y a San José **para la salvación de una huerfanita**, la Lembo.

«Oh Jesús Buen Pastor, no permitáis al enemigo infernal arrancar de vuestros brazos amorosos esta ovejita que a ningún otro pertenece si no a Vos, porque sois el Padre de los Huerfanitos. Yo os ruego, Jesús mío, como indigno ministro vuestro y os suplico que os dignéis salvarme esta hijita, que es hija vuestra, de las manos de los que quisieran arrebatarla al Pequeño Refugio, e iniciarla al peligro o a la educación poco recta.

«Os ruego, oh Santísima Virgen, (...) que me iluminéis cómo debo comportarme para lograr en esta intención [la] salvación de esta huerfanita. Madre Santísima, dadme luces y dad luces a los que tratarán este asunto, y hacednos fácil cuanto haremos para lograr el buen resultado que deseamos.

«Os ruego, querido San José, que os dignéis calmar los ánimos de los familiares de esta huerfanita, especialmente de N.N. y de dar a ésta el santo temor de Dios, y sabio discernimiento para consentir dejar la pequeña huerfanita en el Pequeño Refugio. Os encomiendo aquellos otros familiares y os ruego que los hagáis favorables a nuestra intención para el bien de esta huerfanita, si así le gusta a Jesús bendito» (Vol. 6, p. 145-146).

A la oración el Padre acompañaba la acción, que de la oración tenía que implorar feliz éxito: consiguió en efecto a hacer nombrar un nuevo consejo de familia, más razonable, que permitió la entrada de la niña en el orfanato, que allí permaneció hasta completar la educación. Luego los familiares la quisieron en Argentina, pero de allá escribió al Padre que lamentablemente tuvo que romper con su hermana, que la había echada de casa. «Pobre hija – le contestó el Padre – ¡cuántas cosas sufriste! ¡Pero yo todo lo prevenía lo que sufriríais, porque sé cómo está formada la sociedad, y especialmente que quiere decir tener familiares que crecieron sin educación religiosa!». Y destaca: «Bendigo aquellas fatigas que gasté para tu salvación y cuánto tuve que sufrir con tus familiares. El bien que recibisteis de este Instituto ahora lo puedes comprender, y lo comprendes y lo aprecias. Mucho te quiso y te privilegió la Santísima Virgen María, y tú no ceses de agradecerla y ser fiel a tan amorosa Madre y a su Divino Hijo, Jesús Sumo Bien» (Vol. 42, p. 58).

Y sigue con consejos paternos sobre la manera de portarse en un sitio de trabajo, que consiguió hallar.

3. ... y fecunda de bienes

El Padre llama toda nuestra atención sobre los motivos naturales y sobrenaturales que nos tienen que animar en el ejercicio de esta santísima obra.

«Se considere que quitar un huerfanito o una huerfanita de un porvenir fatal y darle la prosperidad de la vida espiritual y temporal, es un bien de verdadera redención, que no se restringe a aquella alma solamente, ¡sino que lleva consigo incalculables consecuencias de otros bienes que se perpetúan de generación en generación! Un huérfano con un buen éxito, una huérfana bien instruida y moralizada perpetuarán su buena educación y moralización o con buenos ejemplos que darán en medio a la sociedad o convirtiéndose en padre y madre de hijos, a los que participarán desde los pañales las enseñanzas de la fe y de la buena civilización, y las piadosas prácticas de la religión y la buena preparación al trabajo, todos bienes, en resumen, de los que ellos se alimentaron en el piadoso instituto, que los recogió y los creció para Dios y para su feliz porvenir». Anima, pues, a los educadores al pensamiento del premio que guarda para ellos el Señor: «¡Gran recompensa a aquellos que trabajan y se sacrifican para la doble salvación de las almas tiernecitas, en las que hacen nacer la sonrisa del amor santo en los ojos y en los labios, allá donde habría salido el llanto y el desespero de una vida doblemente infeliz!». Y luego vuelve nuevamente para hacernos «considerar cuán grande, cuán inmensa, cuán inestimable será el premio que dará Nuestro Señor Jesucristo en vida, en norte y después de la muerte a las almas amantes que habrán trabajado y se habrán sacrificado para misiones tan santas, que hacen exultar de alegría con el Corazón Santísimo de Jesús la Santa Iglesia aquí en la tierra y toda la corte celeste del Paraíso, con los Ángeles y los Santos, y especialmente con la Madre Santísima María» (Vol. 1, p. 239-240).

El Padre mira sobre todo a la consolación del Corazón Santísimo de Jesús: «No hay obra más apreciable que esta, más agradable, diríamos al Corazón de Jesús, que la educación y la salvación de las almas niñas y jóvenes. Sí, aquí Nuestro Señor no elevará aquella exclamación de suprema angustia, con que se expresa en la santa Escritura viendo la desolación asustadora que el mundo hace de muchas almas infantiles y su infelicísima vida y pérdida eterna: **¿Quæ utilitas in sanguine meo?** (Sal 2, 9-10). ¿Qué utilidad en mi sangre, si no puede bastar para salvar muchas miserables criaturas? Pero, al contrario, el Señor Nuestro Jesucristo, delante de esta santísima misión de doble salvación de la orfandad abandonada y derelicta con todas las felicísimas consecuencias, exclamará con alegría infinita: **¿Quæ utilitas in sanguine meo!**». Aquí el Padre da al **quæ** el significado de **cuanta** – ¡cuán grande! – que no se corresponde al valor lexical de la palabra, pero no puede decirse mal aplicado en un significado original, que el Padre pone en los labios de Nuestro Señor: «Oh, ¡qué inmensa utilidad yo leo por el derrame de mi Sangre! ¡Cuántas almas presentes y futuras son conducidas a mi Corazón por la obra de mis fieles ministros y de mis fieles esposas! ¡Bendito, dirá Jesús, aquel Sangre adorable que yo derramé entre atroces tormentos para la salvación de las almas!».

Recuerda luego el Padre el estrago que en el mundo se hace de las almas inocentes, recordando la matanza de los inocentes hecha por Herodes, con mucho tormento del Corazón Santísimo de Jesús: «¡Todo el mundo sabe cuán grande fue la pena de Nuestro Señor Jesucristo aún niño, cuando en su huida a Egipto se le presentó delante la matanza de los Inocentes mandada por Herodes el impío! Él veía aquellos tiernos niños asesinados y ahogados en la sangre, sentía el tormento y los gritos de las pobres madres; y sensibilísimo más allá de toda imaginación humana como Él era, sentía realizarse en su dulcísimo Corazón aquella dolorosa escena, sentía internarse en su Corazón aquellas puntas de los golpes, aquellos fendientes de cimitarra. Sin embargo, cuánto tenía que consolarse aquel Corazón divino pensando a la sublime glorificación que tendrían en el Cielo aquellos inocentes así atrozmente

traspasados por el intercambio de él». He aquí ahora la aplicación que el Padre hace de este episodio evangélico: «¡Otra matanza más amarga y terrible gravaba, atormentaba, despedazaba el Corazón Santísimo de Jesús al ver las innumerables almas en el abandono y luego, más que por el impío Herodes, ser arrolladas y matadas por el enemigo infernal con la tremenda lanzada del pecado y sin madres, o sea verdaderas educadoras, verdaderas celadoras, que tendrían por virtud de su ministerio interesarse vivamente y en cambio no lo hacen! (...) ¡Esta inaudita matanza no aconteció una vez sola, sino millones de veces desde que el mundo existe!

«Ahora, pues, hijitas mías en Jesucristo, no penséis en salvar solamente vuestras almas, porque así corréis el riesgo de no salvaros. No hagamos nuestra alma más preciosa que el alma de nuestros hermanos, escribió el apóstol Pablo (Hch 20, 24)». Concluye extendiendo nuestra misión más allá del apostolado por los huérfanos: «Tomemos pues cura inmensa de los huérfanos abandonadas; y como se trata de educación y salvación de almas infantiles y juveniles, cae justamente a propósito considerar que este celo tenemos que procurar que se extienda no sólo a la orfandad abandonada, sino en general a todas las jóvenes y tiernas almas, sean huérfanas o no». Encomienda por eso vivamente las guarderías y los externados: «Estos no menos que los orfanatos sirven para la salvación de muchas almas presentes y futuras, y son obras no menos agradables al Corazón Santísimo de Jesús» (Vol. 1, p. 239-240).

4. Entre sus niños

Veamos ahora el Padre entre sus niños.

«Barrio Aviñón. Los niños en las oficinas. El Hermano Luis paseaba en el patio llevando bajo su brazo, como siempre, el hermano Mariano, ya ciego. Unos niños – los pequeños exentos del trabajo – igual por alguna trastada o riña acontecida entre ellos, lloran tristes en los pies del gigantesco eucalipto, que domina y perfuma el patio. De repente entra el Padre, que viene desde fuera: gorro en la cabeza y capa, como siempre, con los lembos distendidos, que acrecienta la majestuosidad de su noble portamento. Los niños explotan: “¡El Padre! ¡El Padre!” y corren a su encuentro festivos, batiendo las palmas. El Padre sonrío, abre la capa, y los chiquillos se ponen debajo, felices. “Vamos, vamos – dice el Padre – ¡caminemos así!”. En esta manera, casi arrancando los niños bajo la capa da con ellos con pasos medidos la vuelta del patio. Episodio que dice realidad y símbolo» (Tusino, **Conferencias pedagógicas y formativas**, p. 83). En la sombra de su trepidante y generosa paternidad – hecha de amor y martirio – el Padre protegió sus hijitos, los condujo en los caminos de la vida.

Escribe el Padre Vitale: «Recogiendo los niños derelictos, él tuvo en mente de preservarlos de la corrupción del siglo, y todos sus esfuerzos eran por eso dirigidos para este fin: vigilarlos y hacerlos vigilar celosamente, más que una madre vigile un hijo suyo en los peligros materiales. Y por eso iba instilando continuamente en las tiernas almas los sentimientos de íntima piedad y de temor de Dios. Él mismo enseñaba la doctrina cristiana con aquellos métodos que salían más eficaces, para hacer enamorar los pequeños de la virtud y hacerles tener horror al pecado. ¡Con cuántas premuras y cuántas industrias los preparaba para la primera comunión, y con cuánto fervor los hacía acercar, luego, muy a menudo, y unos cuantos cada día, al banquete eucarístico! Para ellos escribía preparaciones y agradecimientos particulares, para ellos tenía amonestaciones suaves antes de escuchar la Santa Misa, para ellos instituía unas congregaciones piadosas, con prácticas hermosísimas, como la de los **Luisitos Hijos de María Inmaculada**, que ya mencionamos. No quería que a los niños se contaran como hacen unos padres, episodios de horrores y sangre, o cuentos de

brujas y magos, que les pudiesen causar temor y espanto, para no hacerlos crecer tímidos, miedosos y supersticiosos. Escribió unos reglamentos sobre su educación que son verdaderamente joyas de enseñanza práctica, para seguirse por superiores inmediatos y por los vigilantes» (Vitale, **ob. cit.** p. 640).

En consecuencia, destaca aun justamente el Padre Vitale: «¡Cuánto se complacía el Padre que los niños comprendieran que él era de veras un padre adoptivo de ellos, y disfrutaba oyéndose llamar con el nombre sencillo de **Padre!** Cuando todos juntos viéndolo comparecer, también después de ausencias breves, se arrodillaban exclamando: **¡Padre bendíganos!**, sus ojos sonreían y se sentía satisfecho. Se ponía a menudo en medio de los niños o de las niñas en el tiempo del recreo para hacerlos reír con anécdotas humorísticas y edificantes, con historietas que iban luego a acabar con alguna moralidad y los dejaba desahogar con juegos infantiles y alegres» (Vitale, **ob. cit.** p. 670).

Los huerfanitos eran los pequeños Jesucristo, de los que era un honor aceptar con sus cucharas un poco de comida, para tener así su alimento. Escribe el Padre Vitale: «Tal vez entraba en sus comedores y con gran afecto, casi queriendo participar de su vida, decía: “¿No le dais nada a vuestro Padre, que es pobre?”. Los niños y niñas presentaban su comida, que habían empezado a usar y él tomaba de ella una cucharada de esto, una de otro, hasta colmar su plato y comía en medio de sus hijos, que admiraban y disfrutaban porque tenían al Padre entre ellos» (Vitale, **ob. cit.** p. 670). Otro episodio referido por una antigua huerfanita: «Un día el Padre nos propuso a las huérfanas una excursión a nuestro jardín en el Espíritu Santo. Llegadas a un punto nos hizo sentar, y unas cuantas repartían el pan, él el queso. Llegado a mí dijo: “Toma este otro trocito”. Acabado el reparto, vino a buscarme y me dijo: “¿Me haces la caridad de darme un trocito de queso?».

Era infantil, diré así, en ciertos momentos. Recuerdo que estábamos en Oria. Las buenas hermanas de San Benito nos dieron unas castañas asadas. El Siervo de Dios que estaba allí, hallándolas duras, nos prohibió aquella merienda gustosa, porque podría dañarnos los dientes. Mandó en cambio unas galletas e hizo poner las castañas en un baño de agua. «Una vez vio a una niña con una peladilla en la boca. Corrió a quitársela reprochando la vigilante, porque la niña podía tragarla sin darse cuenta y amonestó: “Cuando tengáis unas peladillas, antes trituradlas en el mortero y luego los daréis así a las niñas”. (...) Cuanto más pequeños eran los niños, cuanto más sufridos, tanto más los quería. Más de una vez las hermanas intentaron despertar las niñas de muy tierna edad, que dormían en la capilla, sabiendo cuánto el Padre fuera riguroso con las que se dormían. Se dio cuenta el Padre y: “No las toquéis, dice en voz baja a la vigilante, dejadlas dormir sin problemas a los pies de Jesús, estas inocentes criaturas. Él se complace de ellas. Bien otra cosa es de las jovencitas que tienen el uso de la razón y tienen que saber respetar a Nuestro Señor».

En el orfelinato de Taormina halla una niña de tres años que llora y grita desconsoladamente. Se para a mirarla, se enternece y llora. “¿Qué tiene esta niña?”, pide a la hermana. “Padre, no quiere tomar leche”. “Oh, hija mía, no lo quiere porque le da asco; deja, deja, ¿por qué hacerla llorar así?”. Y tomada de la mano la niña, la lleva a su habitación, repitiendo con voz acalorada: “Pobre hija mía, me la contristaron, me la hicieron llorar... ¡con tres añitos!” (Vitale, **ob. cit.** p. 669). Tenía un exquisito y cortés sentido de la paternidad para con los huerfanitos. Un día una niña muy pequeña le dijo: “¡Padre, agua!”. Él escapó en seguida a su habitación, y salió con un vaso de agua, que él mismo suministró. La hermana intentó sustituirse al Padre, y él: “Te ruego que no te interpongas nunca cuando las huerfanitas se dirigen a mí como a un padre, que yo intento ser para ellas. ¡No te puedes imaginar mi alegría en estos casos!”. La misma hermana recuerda que el Padre tenía una idiosincrasia por los limones – ¡algo muy raro para un siciliano! – por lo cual sentía la piel de gallina solamente tocando un limón, y mucho más pelándolo. Bien, por un sentido de mortificación y de superación de

uno mismo, en Taormina, quiso él pelar y cortar unos limones dándolos a las huerfanitas que por él y no por otros querían recibirlos, para gustarles más. «Yo, que me di cuenta del sacrificio del Padre, prohibí a las niñas de pedir o recibir más limones por el Siervo de Dios; pero habiéndolo sabido él, me observó: “¿Por qué me tienes que privar esta ocasión para vencerme a mí mismo?”».

5. Con ciertos personajes...

Cuenta una hermana que venía de las huerfanitas: «Yo me hallaba desde hacía tres años entre las huérfanas; mi hermana, entrada conmigo en el orfelinato con 7 años, después de un poco de tiempo se volvió intratable, hasta morderme no sólo a mí, sino también a la superiora y al Padre; sin embargo, como yo, había sido educada por las hermanas. Un día el Padre la llama a sí y con un chorro de agua tomada de una botella, acompañado por una oración suya, la cambió en el momento; me solía llamar luego **la hermana de la bautizada**. Sé que con alguna otra hizo lo mismo».

Recordemos un episodio referido por el Padre Vitale. Una noche el Padre llegó a Oria con cinco niños de muy tierna edad; tres niños y dos niñas... Éstas se enviaron a San Benito, pero para hallar sitio en San Pascual para los niños nos tuvimos que arreglar porque la casa estaba llena. El Padre había arrancado los niños a los protestantes que hacían estragos en su pueblo. Entre los pequeños, «uno de ellos empezó a mostrar síntomas muy morbosos de cleptomanía. Nada escapaba de su rapacidad, cuando podía agarrar algo, sin ser visto por nadie: llaves, hierros, pañuelos, medias, objetos de todo tipo; y se llenaba los bolsillos con ello, las mangas, el chaleco, todo él mismo. (...) Iba a descansar con algún objeto robado en el puño y, durmiéndose se le caía en el suelo durante la noche. Una mañana el vigilante no halla los zapatos para ponérselos... y se sospecha que habían caído en las usuales y, en efecto, el maníaco las había tirado en el baño. (...) Otro día faltaron unos veinte cubiertos en el comedor, (...) habían sido escondidos tras un altar en la capilla. Sólo repugnaba a su naturaleza - ¡vaya bromas de la enfermedad! – tocar dinero o comida. Las pruebas hechas con ello resultaban todas negativas.

«El asunto era serio y grave, porque ningún medio de corrección se había podido hallar, para reponerlo en el recto camino; dulzura, amonestaciones, castigos, amenazas de expulsión, nada valía para hacer esperar en una curación. Se escribió por lo tanto a la vieja abuela del niño – no tenía padres – que estábamos obligados a devolvérselo. La pobre mujer, que igual había notado en él signos precoces de este vicio, contestó que el mal le había sido transmitido en la sangre por el abuelo y especialmente por el padre, que tenía morada habitual en las cárceles por los continuos hurtos. Y la desventurada, aconsejada por unas personas, no halló ningún medio que hacer una petición a las autoridades para ingresar al niño en un colegio de corrección, y la envió a los superiores del orfelinato para ocuparse del asunto.

«Pasó mientras tanto el Padre en Oria y, informado minuciosamente de los graves desórdenes y de la inutilidad de los medios adoptados, en un primer lugar reconoció que no había otro recurso que el indicado. Se le dio para leer la petición hecha a las autoridades competentes y se le vio palidecer el rostro. Luego exclamó: “Es una condena a muerte esta, una sentencia definitiva. El niño estará en medio de los delincuentes; al temor de Dios se sustituirá el susto de la prisión; y quién sabe si tras haber sido acostumbrado entre nosotros sufrirá el justo rigor de aquellas leyes, si no se rebelará, se podría perder...”

«Padre, decían los superiores, pero, ¿qué tenemos que hacer?»

«Yo también, añadía el Padre, reconozco la oportunidad de los colegios de corrección – y concentrándose en sí mismo concluía: “Mañana hablaremos”.

«Se intuía que él quería rezar antes de dar el último golpe a la vida espiritual del niño, no le bastaba el corazón, lo había quitado a los peligros del mundo, lo quería conservar en el Corazón de Jesús, como hacía con todos sus huérfanos, y ahora tenía que alejarlo nuevamente. No nos engañaríamos si pensáramos que todo el día y la noche igual los pasó en oración y penitencia.

«El día siguiente expuso a los superiores su ingeniosa salida, como último recurso. Ponerle en el cuello del cleptómano un cartel con la escrita a grandes letras: **¡Ladrón!** Y tenía que llevarlo en medio de la comunidad, menos que en la iglesia, con la promesa que se le habría quitado una vez cumplido el arrepentimiento. El culpable no se atrevió a resistir, pero se sintió mortificado por la vergüenza de la pena. Con todo esto de vez en cuando raramente no tenía fuerzas de resistir al hábito malvado, sino que se alejó de ello poco a poco, así que en brevísimo tiempo se pudo obtener una contrición total y el Padre lo pudo mantener en la comunidad» (Vitale, **ob. cit.** p. 64).

Aún recuerda una antigua huérfana, que luego permaneció como hija de la casa y murió en San Benito con casi noventa años en el mes de marzo de 1972, María Salmeri: «Muchas veces me presenté a él para decirle que no tenía más la vocación y él escuchándome siempre con calma para quitarme la tentación. Una vez llegué hasta a escribirle una carta, que él tuvo guardada y que me mostró en uno de mis vueltas siempre en el mismo tema, y que determinó la desaparición de la tentación, sobre todo habiéndome hecho leer en la carta estas declaraciones mías: “Padre, considere como tentación del demonio este mi persistir en querer dejar la religión”».

6. «El corazón que él tuvo»

«Era el Padre que probaba las comidas cuando se llevaban a la mesa; admitía más bien la cocción exagerada de los alimentos, porque temía un dolor de estómago de los huérfanos. Nos encomendaba no dar a menudo dulces a los huérfanos; pero cuando los tenía él, eran todos para ellos». Recuerdo que un año al Padre le regalaron unos dulces para carnaval. Él estaba en el Espíritu Santo y los envió a Aviñón con este billete: «Sólo para los huérfanos; los aspirantes tienen que recordar que estos son días de reparación y penitencia». A propósito de la cocción de los alimentos, el Padre Vitale recuerda que habiendo un tal un día enviado la comida preparada para los huérfanos, el Padre lo envió a la cocina para que fuera cocido mejor (Vitale, **ob. cit.** p. 668). Así también la fruta mejor era para los huérfanos. «Me aconteció de ofrecerle un buen plato de hijos recogidos personalmente, en Taormina, tras su petición, pero él no los comió, ofreciéndolos a las huérfanas».

«Lloraba una niña que había sido acogida aquel mismo día. El Padre la hizo venir a sí, y envió la hermana a tomar una fruta; sin embargo, el Padre no fue contento de la que la hermana llevó... “Pero, ¿dónde está la fruta que estaba aquí?”, indicando a una mesa cercana; “¿Acaso la conservasteis para mí?”. Vino finalmente aquella fruta deseada: “Ahora está bien”, exclamó el Padre, y pelándola, acercaba los pedazos a la niña» (Vitale, **ob. cit.** p. 668). Las primicias de la fruta cuando eran insuficientes para todas las comunidades, se destinaban preferentemente a los huérfanos.

No podía aguantar que un niño estuviese en la mesa sin pan, aunque hubiese ya acabado su porción; quería que nosotros los vigilantes pusiéramos otro, aunque no tuviese que comer más, porque solía decir: “El niño de vez en cuando no pide porque se avergüenza”.

«Generalmente el Siervo de Dios, además de la bondad, deseaba también la cantidad para sus comunidades. Recuerdo alguna vez las maravillas del Padre Vitale, y la respuesta pronta y casi descarada del Siervo de Dios: “¡Vaya! Padre Vitale, los niños comen con apetito y luego con dos saltos digieren todo y pronto».

«Habiendo el Padre Vitale cambiado un hermano con otro por razón de economía, el Siervo de Dios, viendo que el alimento y fruta no llegaban así con aquella abundancia querida por él, porque quería mucho a los huérfanos, dispuso que se volviera al primer ecónomo, que era fray Plácido, y que no iba por lo sutil cuando se le pedía pan y fruta y alimentos». «El Siervo de Dios no sufría que los huérfanos fueran castigados durante mucho tiempo. Cuando veía alguien separado de la comunidad por esto, en seguida corría hacia él, lo interrogaba, lo disponía a pedir perdón y luego lo enviaba al prefecto asistente y, si era el caso, le pedía si hubiera aceptado las disculpas del niño. Todo esto para garantizar el prestigio de la autoridad». No recuerdo que hubiese amenazado de expulsión a nadie; a los gamberros solía decir: “¡Cuidado que el Señor te castiga!”. Los mejores los premiaba con libritos y coronillas.

«En un día de recreo, las huérfanas de Taormina bajaron, por disposición del Padre, a la casa de Giardini y comieron allí. El Padre quiso servir las él, pero, preparando la mesa, se dio cuenta que los vasos no bastaban; y entonces dijo a la superiora: “¿Cómo es que faltan vasos?”. La superiora repuso: “La casa es pobre y no bastaron”. El Padre entonces replicó: “Venid conmigo”. Y entraron en la sala donde se hallaba una cristalería. Ordenó de abrirla, y allí halló vasos de cristal, grandes y pequeños, que se usaban para los notables. Con alegría los tomó y dijo de llevarlos a la mesa, porque **¡las huérfanas tienen más derecho de las señoras aristocráticas!**» (Vitale, *ob. cit.* p. 668).

Otro episodio gentil: «El Siervo de Dios había prometido a las huérfanas de Taormina unos anzuelos para pescar en el mar de Giardini. Las condujo él mismo, yo era la superiora. Se alquilaron cuatro barcas. La alegría de las huérfanas y del Siervo de Dios todas las veces que se pescaba algún pececito era inefable. Pidió sin embargo a los pecadores de darle cinco o seis quilos de peces, porque evidentemente la pesca de las niñas había sido irrisoria. Una vez bajadas del barco, quiso saber cómo las niñas preferirían comer los pescados, y todas contestando decían su propio gusto. Regresadas, yo, aunque cansada y superando las quejas de la cocinera, ayudada por las más mayorcitas, cociné efectivamente según el gusto de cada una; la fiesta fue inmensa, la alegría indecible. El Siervo de Dios, volviendo algunos días después de Mesina, me interrogó si hubiese obedecido, y a la respuesta positiva dijo: “Nos llaman **padre y madre**, y así efectivamente tenemos que ser. Son circunstancias estas que imprimen en sus pequeñas almas el sentimiento de gratitud al Señor y excitan más profundamente a la obediencia».

Dos huérfanas, en el Espíritu Santo, eran más afligidas que las otras, porque los familiares no venían a verlas, a diferencia de las demás compañeras. Hablé de esta pasión al Siervo de Dios: ordenó en seguida dos paquetes con diversos objetos apetitosos, y un billete con la escrita: **Tu Padre**, con todas las apariencias externas de un paquete postal. Durante la comida, en efecto, fueron entregados los paquetes. Las pobrecitas quedaron extremadamente incrédulas. Después de comer el Siervo de Dios, a las 17 horas de aquel día mismo (era Pascua), ordenó que al sonido de la campana las dos huérfanas bajaran al parlatorio, anunciándoles la visita de su padre. Abierto el portón apareció él. Ante su sorpresa dijo: “¿Acaso no soy vuestro padre?”. Y aquí palabras y gestos que provocaron un diluvio de lágrimas en todas.

Una huérfana enferma, pero que vivía en la comunidad, fue vista por el Siervo de Dios con la cara toda picada por los mosquitos. Se le pidió qué era lo que tenía, y aquella a contar las razones, y además añadió que por la noche no podía dormir por los mosquitos.

El Siervo de Dios dispuso en seguida que le fuera puesta una mosquitera, y a nosotras que quedamos un poco sorprendidas, dijo: “Tenéis que saber que ante las huérfanas y luego a estas huérfanas, no hay ni generales ni soldados: ellas cuentan más de cualquier otro”. La noche de aquel día me pidió si se hubiese preparado todo. La recomendación, casi con las mismas palabras, me fue renovada. Esta misma huérfana, que se llamaba Papale, cuando se casó tuvo la casa incendiada por un relámpago. El Siervo de Dios mandó que le fuera dada ropa, no sé cuánto le dio de dinero y nos mandó que cada mes la ayudáramos según sus necesidades.

En Taormina había una huerfanita, Falanga, de 14 años, bastante deficiente, pero justamente por esto preferida por el Siervo de Dios: cada vez que iba allí, la buscaba entre todas, y le daba el puesto de honor, haciéndola sentar a su lado. Un día cuando vino, escapamos todas para recibirle; pero la pobre Falanga tropezó y se rompió una pierna. El Siervo de Dios tuvo una gran pena; ordenó para médicos y medicamentos, la hizo conducir al senador Durante,⁸⁵ que veraneaba en Letoianni, su pueblo natural, y luego a Mesina. Después de seis meses se curó finalmente, porque el primer yeso no se lo habían hecho bien. El Siervo de Dios finalmente se tranquilizó; durante seis meses no había estado en paz ni él ni nosotras, a las que pedía continuamente cuenta. En este propósito me dijo un día: “Aunque deficiente, es una criatura de Dios, más bien una privilegiada, y así la tenéis que tratar vosotras”. «Cada vez que venía me hacía la misma instrucción: “Acordaos de ser muchas mamás con vuestras huerfanitas. La mamá mira a sus hijitas, nota si son pálidas, si comen, si duermen; en defecto, pide su razón. Así vosotras”. Él mismo daba el ejemplo, y decía: “Ay de vosotras, que asumís a menudo ligeramente estas responsabilidades”». Por eso el Padre Vitale, tratando justamente sobre los huérfanos enfermos: «Con los enfermos no se pueden describir sus amorosas premuras: pobres de los asistentes y pobres de las hermanas, que tenían que responder minuciosamente al Padre sobre los cuidados ofrecidos a los enfermos día y noche. No queriendo confiar a extraños el cuidado de los convalecientes, cuando necesitaban un cambio de aire, en cuanto las fuerzas financiarías se lo permitieron, adquirió dos casas de campo, una para los chicos y la otra para las niñas, y que pudiesen servir también por los enfermos, que convenía separar de los demás enfermos comunes» (Vitale **ob. cit.** p. 669-670).

Otro episodio que revela demasiado celo por parte de una superiora, que dio ocasión a una sabia lección por parte del Padre: «La superiora de Trani había creído poder ordenar a las huerfanitas de aquella casa la petición del permiso para poder ir a la mesa cuando tocaba la campana de la comida. Un día se halló el Padre, que a mediodía se vio pedir por las huerfanitas la caridad de comer. Quedó asombrado por este modo de actuar y en seguida ordenó que se acabara. “¡Qué raro! – decía dirigido a la Madre - No ellas a vosotras tienen que pedir el permiso, sino vosotras a ellas: ¿si no estuvieran ellas, estarías vosotras?”. Este pensamiento tan sencillo y tan profundo conmovió a todas».

7. La fiesta onomástica de 1923

La recordamos por dos pequeños poemas del Padre, que dirigió a las huerfanitas de Trani.

En la modesta academia tenida en aquella casa para la fiesta del nombre de María, unas niñas le declamaron unos versos. El Padre se lo hizo entregar y seguidamente contestó con otros tantos versos, que llevan el mismo metro y la misma rima de aquellos.

⁸⁵ Cirujano de fama internacional.

El primero poema es dirigido a Josefina Loiodice:

Si yo tuviese virtudes parecidos a flores
Los más suaves consejos cogería,
Y pinturas de amables colores
A ti ofrecería.

A ti los daría, hijita mía,
Para hacerte amar a Jesús con vivo afecto;
Ahora ruego a Jesús que tú le seas
Tú misma un don acepto,
Un don que Él estreche a su Corazón
Sonriéndote en dulce acto de amor.

No hay invierno ni jardín agostado
Para el que en amar Jesús pone toda cura,
Ni languidece la naturaleza,
Ni el juicio queda ofuscado,
Sino por Jesús sabe hallar los acentos
Que les dirás fervientes
También por parte mía.

Hija, recoge estos dichos míos
En tu corazón, donde jamás no sea
¡Que se pierda el rayo avivador
Que Dios nos lleva, y que se llama amor! (Vol. 42, p. 2).

Seguidamente responde a las demás, acompañando los versos con paternas exhortaciones: «Yo no olvido aquel día en que celebrasteis mi santo, y cuanto fui feliz en veros tranquilas y obedientes. (...) Seáis siempre dóciles, obedientes devotas y no os faltará la protección de Nuestro Señor y de la Santísima Virgen en vida y en muerte. (...) ¡Pensad que moriremos, que la muerte no mira ni a las mayores ni a las pequeñas, y que después de esta vida nos espera un eterno premio o bien un eterno castigo! Os encomiendo que hagáis bien las oraciones y bien la Santa Comunión. Estamos en la novena de la Madre Inmaculada, preparaos bien para su fiesta, y os hará hermosas gracias».

He aquí los versos:

Oh hijas benditas por el Señor,
El Padre ya os lleva en su corazón,

Y os presenta a Dios en su rezar,
Porque seáis a Dios dilectas y queridas.

Para vosotras ruega así: “Haced, oh Jesús
Que estas hijas crezcan en la virtud,

Como muchos bonitos y blancos lirios
Lejos del mundo y lejos de los peligros,

Que hagan una buena salida
Para ser dignas de la eterna vida.

Oh Inmaculada Virgen María,
¡Por favor, vos salvadlas, y así sea! (Vol. 34, p. 185).

8. Admisión

Veamos ahora la enseñanza del Padre como educador.⁸⁶ Él había empezado la Obra entre los pobres de Aviñón, a la que se tenía que repartir ayudas, en vez de esperar por aquella; así que la condición indispensable para la admisión era justamente la miseria y el abandono: estos eran los títulos válidos ante la caridad del Padre.

«No hay seres mayormente expuestos a los peligros y a la depravación, y que más reclaman la ayuda de cada corazón noble y piadoso, como las pobres niñas huérfanas, extraviadas y vagabundas» (N.I. Vol. 5, p. 155). Consecuentemente, la admisión era gratuita; «Ordinariamente, los huerfanitos tienen que ser tomados desde el mayor abandono y pobreza y se tiene que huir de pretender un pago mensual; y sería grave cosa si se rechazaran huerfanitos pobres, porque no se tuviera que esperar pagos mensuales».

El Padre admite que se requiera por los que se presenten la cama y los pocos enseres, igual pedidos entre parientes o bienhechores, pero «en último, cualquier sea el resultado, el huerfanito se acepte en el nombre de Dios, del que es una criatura» (Vol. 1, p. 245).

En 1907, hallándose en Padua, el Padre fue feliz de poder ofrecer como homenaje a San Antonio la aceptación de una chica, y así informa de ello el Padre Palma: «¡Es una muchacha un poco enferma, un poco obtusa, una verdadera huerfanita descalza, derelicta! ¡Será una florecilla agradable a nuestro Santo!» (Vol. 30, p. 24).

Muy significativo el siguiente episodio. Una viuda, criada del conde Déntice di Frasso, se presentó al Padre con la recomendación del dueño para obtener la admisión de su niño. El Padre dijo: «Este niño no está abandonado; tiene la protección del señor conde, que puede ponerlo sin dificultad en otros Institutos de pago: así él tendrá ocasión de hacer un poco de bien a sua alma y nosotros no quitamos el sitio a un huerfanito que esté sin protección de alguien». Y no lo aceptó. Sobre este punto él encomendaba prudencia, pero también firmeza, reconociendo que no siempre se puede hablar a los que presentaban los niños con esta claridad; no faltarán nunca, sin embargo, unas justas motivaciones que podrán legitimar el rechazo.

Otra condición para la admisión se refería a las niñas: prefería las huérfanas de madre. En el pensamiento del Padre los huérfanos tenían que permanecer en el Instituto hasta los 18, 20 años, más

⁸⁶ El tema fue tratado bastante en dos tesis de graduación por un sacerdote rogacionista y por una Hija del Divino Celo: P. Luigi Paolo di Bitonto, **Annibale M. Di Francia e seu método educacional rogacionista**, en la Facultad de filosofía, ciencias e letras, Bauru (S. Paulo - Brasil); Suor Teresa Loviglio, **L'opera educativa e il pensiero pedagogico di Annibale Maria di Francia**, en el Instituto universitario comparado de Magisterio «Maria SS. Assunta», Roma, 1968-69.

bien hasta la mayor edad. A menudo, sin embargo, acontecía que las mamás retiraban las niñas por fútiles motivos, mortificando así sus esfuerzos para su educación.

El Padre Santoro, tras contar, en sus Memorias, de nuestra Obra Piadosa, el fracaso del primer orfelinato femenino por obra de las madres que habían retirado a sus hijas, añade estas declaraciones del Padre: «Desde aquel entonces él empezó a comprender cuánto sea para evitar tomar huérfanas de padre, que tengan la sola madre, porque siempre, o casi siempre, tuvo que arrepentirse de ello. Gente del pueblo, sin ningún entendimiento de la obligación de educar o hacer educar bien las hijas, basta que un alma cualquiera les diga: “Vuestra hija la maltratan”, para que se impongan de tenerla de vuelta. Más veces el Padre fue convocado en la jefatura de policía por estas y por este motivo. No faltas de cierta malicia natural o adquirida por su demasiado bajo origen y vida sin ninguna educación, se daban cuenta de su premura para salvar su prole y de ello se aprovechaban, y a ello con una cierta disimulación se tenía que corresponder. Episodio gracioso: una de aquellas madres muy vulgar, que tenía una hija pequeña en aquel naciente orfelinato, se presentó un día a la directora, la Señora Jensen, y le dijo de referir al Padre con acento muy significativo: **Comu! i genti mi mangianu’ a facci dicennumi: Aviti na figghia da intra e nun vi dunanu nenti!!!**».⁸⁷

En una carta al alcalde de Oria, a propósito de dos niñas retiradas por las madres, el Padre recuerda esta norma «de no aceptar jamás huérfanas de padre que tengan la madre, porque una larga experiencia, **que nunca falla**, me convenció que las madres, por volubilidad propia de las mujeres, y por sensibilidad natural no regentada por recta razón, hoy ponen una muchacha con tanto entusiasmo en un instituto, y mañana se la retoman». Y justifica así esta regla de conducta suya: «¿Quién autoriza a una madre de aprovecharse de mi instituto, donde se está por el tiempo que se quiere? Acepto yo las huérfanas para educarlas y para hacerlas salir con éxito y no para tenerlas a disposición de las madres caprichosas» (Vol. 41, p. 106).

Sin embargo, hace falta tener presente que esta norma no es absoluta, de modo que no se admitan excepciones. El Padre mismo escribe en efecto: «Con todo esto hay casos particulares y raros en que la prudencia quiere que permita aceptar aquella huérfana que tiene madre» (Vol. 1, p. 241). Pero para él, hace falta confesarlo, esta regla permanecía a menudo en el papel; su corazón no le dejaba resistir ante casos miserables que se presentaban cada día... ¿Quién sabe cuántas huérfanas de madre el Padre recibió en sus casas?

Otra limitación en el fichaje: la edad de los acogidos, de los cinco a los siete años. Los quiere pequeños, porque los quiere inocentes. Prescribía que los huérfanos para acoger no superaran el séptimo año de edad, para formar un ambiente puro. Escribe: «Será un verdadero ideal para la perfecta formación de un orfelinato modelo, tomar niñas o niños de pequeñísima edad y faltos de ambos padres. Las hermanas pueden tomar niñas de dos años, también tenerlas en brazo, a condición que no sean muchas, porque comprometerían demasiado. Váyase también gradualmente en la admisión de las niñas cuando se abre un orfelinato, para que se haga posible su educación progresivamente. Nótese sin embargo que cuando las niñas tomadas de pequeñas se serán bien educadas, y florece la inocencia, la piedad y el trabajo, entonces se pueden admitir muchachas hasta los 10 años, a condición que no conste una mala proveniencia. Formado un buen ambiente, las nuevas llegadas grandecitas, se funden y tomadas por la buena conducción general» (Vol. 1, p. 241). En hecho de edad el Padre era más bien elástico; sin embargo, a nosotros, por reglamento, el Siervo de Dios mandaba unas limitaciones,

⁸⁷ Una traducción podría ser esta: “¿Y cómo es esto? La gente me come la cara diciéndome: ¿tienes a tu hija allí dentro y no te dan nada de dinero?”. Cf. **Bollettino**, enero-abril de 1927, p. 202.

especialmente de edad, en admitir los huérfanos, pero él a menudo no sabía resistir al impulso de la caridad.

Caso típico el de Rosaria Scimone, muchacha de Taormina de catorce años. «Desviada, arrollada en lo moral, molesta a sí misma, con un oscuro porvenir por delante, rasgada, el pelo revuelto, turbia, un día estaba tomando agua en la fuente, cuando pasó un forastero con una máquina fotográfica y, mirado aquel personaje, la hizo posar y la fotografió. Resultó una especie de salvaje africana, con los pies desnudos y sucios, con el pelo descompuesto y el ojo y el rostro turbios, para provocar juntamente un sentido de horror y de compasión, ¡hasta dónde pueda llegar una infeliz huérfana abandonada a sí misma en la flor de sus años! De aquella fotografía se hicieron muy pronto en Taormina unas postales». Era el caso en que las mallas del reglamento tenían que ser ensanchadas; y el Padre sin nada abrió a la pobre desviada las puertas de su Instituto. «Cuando la chica cumplió 21 años, ya era transformada: nadie la reconocería en la fotografía del forastero». El Padre entonces le hizo hacer una segunda fotografía «que, oh, ¡cuánto de veras representa los milagrosos efectos de una buena educación! Allí se ve una joven limpia, serena, cuya mirada, cuyo rostro espiran la suave compostura del alma tranquilo de la que se siente regenerada, de la que mira confiada y tranquila su porvenir. Tiene entre los dedos las páginas del pequeño libro, que significan moralidad, honradez y cultura también de la mente. ¿Dónde está ya la salvaje africana, que desanimaba y dolía sólo al verla? ¡Ella desapareció no delante de las ráfagas arrolladoras de las tormentas de la vida, sino delante del soplo puro, benéfico, animador de la triple educación civil, moral e intelectual!» (N.I. Vol. 5, 157-158).

9. Educación religiosa

¿Qué finalidad se proponía el Padre en la educación de sus jóvenes?

Enderezar los jóvenes hacia su último fin. Es esto el fin de la educación autoritariamente enseñado por el magisterio de la Iglesia: «Es, por tanto, de la mayor importancia no errar en materia de educación, de la misma manera que es de la mayor trascendencia no errar en la dirección personal hacia el fin último, con el cual está íntima y necesariamente ligada toda la obra de la educación. Porque, como la educación consiste esencialmente en la formación del hombre tal cual debe ser y debe portarse en esta vida terrena para conseguir el fin sublime para el cual ha sido creado, es evidente que (...) no puede existir educación verdadera que no esté totalmente ordenada hacia este fin último». Así Pío XI (**Encíclica Divini Illius Magistri**, 5) el 31 de diciembre de 1929, mientras el Padre anticipaba con otras palabras la misma idea desde hasta 1890, cuando escribía en clausura de su **reglamento** para los huerfanitos: «Dóblense los huérfanos a la disciplina y al trabajo ya desde pequeños, que así serán contentos cuando serán mayores. Aprendan desde ahora a cumplir sus deberes hacia Dios, hacia sí mismos y hacia el prójimo, y se pondrán así en el camino de hacer una buena salida y, lo que, es más, empezarán desde ahora a actuar su eterna salvación; porque todo pasa y cada hombre fue creado para la eternidad y cada cristiano tiene que tener siempre delante su último fin, que es la salvación eterna de la propia alma» (Vol. 2, p. 73).

De aquí la necesidad antes de todo de la educación religiosa. «Hace treinta años, predicaba el Padre en 1909, que trabajo para recoger huérfanos y educarlos, para proveer a su porvenir, ¡y estimé y experimenté que la base inquebrantable de toda educación civil es la educación religiosa! ¡Toqué con manos esta verdad enseñada por la experiencia, por la razón, por la fe, por los sabios y por el sentido común de toda la humanidad, que para formar el hombre civilizado, educado, buen ciudadano,

hace falta formarlo buen cristiano!» (Vol. 45, p. 469). Buen cristiano quiere decir cristiano ferviente, practicante, empeñado en vivir los votos de su bautismo, y por eso el Siervo de Dios deseaba que no sólo nosotros los religiosos, sino también los huérfanos fueran no sencillamente cristianos, sino hasta santos. En efecto, el Vaticano II recordó que la santidad no es privilegio de un linaje o clase social, sino deber de todos (LG 31).

Cuando el Padre encomienda la salvación de los huérfanos, se refiere antes de todo a la salvación eterna. En un sermón a las hermanas: «El mundo está lleno de almas que se pierden: arrancad cuantas podáis, cuantas os sea posible de la eterna ruina. Recoged las huérfanas abandonadas, instruidlas, alimentadlas. Toda alma de estas que vosotras salvéis será germen de salvación eterna para muchas otras almas en el porvenir, y todas acrecentarán la corona de vuestra gloria en el cielo». Y quiere que el corazón de sus hijitas se ensanche para estrechar en el amplexo de la caridad el mundo entero, porque todo el mundo se salve: «Por todas las almas que no podéis salvar con vuestra obra, tened un deseo vehemente, un hambre y una sed continua de su salvación. No seáis indiferentes a la pérdida de una sola alma, porque un alma sola costa toda la sangre de Jesucristo y le es preciosa como todas las almas juntas» (Vol. 45, p. 398).

«Cuántas veces nos encomendaba de ver en los niños y en los sufridos en general no el semblante humano sino la imagen de Dios, ¡por lo cual pensar y proveer a ellos era lo mismo que servir y pensar a Dios como asistiendo en la Misa o en la meditación! Cuántas veces nos encomendaba de adornar con la educación cada vez más la cara de las criaturas humanas y de quitar las manchas que las hubieran deturpadas. Recuerdo aún la llamada de atención seria y amable en el mismo tiempo que me dio cuando, en un brote repentino, me había permitido de decir, a un chico no bonito de aspecto como de carácter: “Pero, ¡qué feo es aquel chico!”. Y él diciéndome: “¡Mira al alma creada por Dios y no al cuerpo!”». Así un nuestro religioso.

10. Los educadores que el Padre quería

El Padre quería justamente que el educador fuera perfectamente consciente de su oficio y convenientemente preparado en su difícil tarea. Por lo tanto, él lo enfoca en seguida en el ambiente lleno de espiritualidad.

«Educar los niños, escribe, es obra de continuos sacrificios, que requiere gran abnegación: se tienen que aguantar molestias, privaciones, malestares, dificultades. Abracemos todo con buena gana y ofrezcamos al adorable Señor Nuestro Jesucristo» (N.I. Vol. 10, p. 197). Las hermanas «lo hagan y lo sufran todo por amor de Jesús Sumo Bien, (...) sean almas amantes y el amor las hará fuertes para padecer, actuar, inmolarse» (Vol. 2, p. 78). «El rogacionista tiene que caminar en la presencia de Dios, tiene que tener a Jesucristo en su mente, en su corazón, en sus acciones, en sus palabras, en sus aspiraciones» (Vol. 3, p. 77). El Padre atribuye justamente el buen funcionamiento de una casa de educación al espíritu de sacrificio de las personas dirigentes: «Nuestra casa de Trani es un verdadero consuelo. Tenemos chicas ingenuas, dóciles, humildes, trabajadoras, que es un placer. Todo fruto de una dedicación iluminada, santa, inteligente de su maestra, que hace día la noche y se sacrifica» (Vol. 35, p. 134).

Así que el educador tiene que ser de ejemplo para el educando. El Padre vuelve con insistencia en este tema en los diversos reglamentos que escribió para los rogacionistas y para las hermanas. «Para tener éxito en esta santísima hazaña y obtener la buena salida de los niños, tenemos que

edificarlos con el santo ejemplo en todo y por todo. Tengamos presente con gran temor la terrible amenaza del divino Maestro (Mt 18, 6): **¡Ay del que escandalice!**» (N.I. Vol. 10, p. 197). «Antes de todo el personal de hermanas y anexas asistentes tiene que ser tal que en ello resplandezca observancia, piedad, celo, caridad, unión de los corazones, santo fervor, para que de ello lleguen a las acogidas ejemplos de virtud y santidad y, más que con palabras, sus acciones penetren muy edificantes en la tierna alma de los sujetos» (Vol. 1, p. 245). «Antes de todo, las hermanas darán en todo y por todo buen ejemplo a las educandas, sea hablando midiendo las palabras, sea en el amor al trabajo, sea en las prácticas religiosas, sea en la obediencia a la prepuesta, sea estando en paz y respetándose entre ellas y en toda otra cosa. (...) Ay si la indujeran a hablar mal o referir o donarse objetos o llevar embajadas o mostraran complacimento del **corta y cose** en su favor. Sería lo mismo que perder la propia dignidad y arruinar las pobres educandas». «Se encomienden sin problemas a las hermanas los actos urbanos y de conducta civil, según los principios de sana educación, siendo la verdadera educación hermana de la verdadera devoción» (Vol. 2, p. 91).

En los primeros tiempos la asistencia de las chicas tocaba a las novicias; y el Padre escribe para ellas: «Para hacer las educandas dóciles, obedientes y disciplinadas, la primera cosa es que la novicia les dé buen ejemplo; así que se ornamentará con santa paciencia, dulzura, mansedumbre y caridad, hablará casi siempre con voz suave y mansa, porque esto es eficaz para tenerlas quietas, más que cualquier invectiva o áspera reprensión. Una educadora que tenga el hábito de la mansedumbre hará mansas las propias alumnas» (Vol. 2, p. 27). «Las novicias del Pequeño Retiro se creerán como las siervas de las educandas y de todos los pobres, especialmente de la Obra Piadosa. Procurarán, sobre todo, para la gloria del Sumo Dios, para el consuelo del Corazón Santísimo de Jesús y para la santificación de las almas, ser de buen ejemplo a las educandas y de edificarlas en todo, a través del ejercicio de las virtudes» (Vol. 2, p. 33).

«El educador es el espejo en que se moldean los chicos. De su portamento y de su conducta depende el portamento de los alumnos. El prefecto de los chicos antes de todo tendrá inmaculada conducta moral y religiosa, que tiene que aparecer en los actos, en los gestos, en las palabras y en todo el modo de actuar, hablar y pensar» (Vol. 3, p. 111).

El Padre baja a relieves muy oportunos, que llaman toda la atención de los educadores y educadoras: «Cúidese que el tierno ánimo de las niñas, sean también de la más pequeña edad, es naturalmente capaz de intuir, aunque inconscientemente, lo que es bueno en la conducta de las que a ellas son prepuestas. Se forman así en sus pequeñas almas sensibles criterios y gérmenes malos, si malos – ¡Dios no lo quiera! – serán sus ejemplos. Las enseñanzas de palabra, sean sabios lo que se quiera, desaparecen como humo al viento ante la acción no buena» (Vol. 1, p. 246).⁸⁸

⁸⁸ No será mal si referimos unos ejemplos descritos por el Padre, que se revela en ellos psicólogo muy agudo: «Una hermana que no se hace la señal de la Cruz ante las tiernas niñas, con aquella gravedad y compunción que requiere un acto como esto, les enseña – se dé cuenta o no – de tener por nada la señal de la cruz. Una hermana vigilante que, delante de las niñas, sean también de tres años, habla poco respetuosamente de la propia superiora, las priva absolutamente, para no decir otra cosa, de la enseñanza que hay un principio de autoridad divina, que se transmite en la tierra a criaturas que sean investidas con una superioridad. Una hermana o asistente, que en el comedor hablando con las chicas come y bebe con voracidad, sin moderación etc. enseña magistralmente a las niñas y a las chicas la glotonería. Cuántos de estos ejemplos se podrían mencionar, de acciones que parecen de poca importancia, pero sin embargo son suficientes para dañar las almas de las huerfanitas educandas. Pero, ¿qué más? La mente virgen y tierna de las chicas llega hasta a resentir en el interior del alma las malas cualidades, sean también transitorias, que una maestra pueda alimentar tácitamente en sí misma. Una hermana o maestra o vigilante, pongamos el caso, que tenga el alma perturbada por rencor voluntario hacia una compañera: será inútil escondérselo: las chicas, poco a poco, sin darse cuenta, lo comprenden. Hay una especie de influjo magnético que las penetra» (Vol. 1, p. 246).

En el mundo la ruina de las almas en las familias es ordinariamente una masacre. Se dijo que en el mundo la educación se puede definir: “El arte más difícil confiada en las manos más inexpertas”. Se actúa y se habla mal delante de las niñas y se dice: “¿Qué saben ellas? ¡No comprenden nada!”. Pero los niños lo entienden todo, aunque inconscientes, tanto es verdad que un niño en pañales empieza a aprender un idioma y en dos años o menos lo habla» (Vol. 1, p. 246).

Otro deber del educador: la oración para los educandos. Es de fe que sin la gracia de Dios no podemos hacer nada: esta gracia la tienen que invocar los educadores para cumplir su tarea.

Oigamos al Padre: «No se empieza bien si no de Dios, así que los educadores, que están para la dirección, la educación y servicio de los huerfanitos, al buen ejemplo para educarlos santamente, tienen que añadir la oración» (Vol. 1, p. 247). «Tenemos que rezar diariamente a Nuestro Señor Jesucristo y a la Inmaculada Madre para nuestros huerfanitos, para que sean dóciles, para que hagan provecho y crezcan con el temor de Dios» (N.I. Vol. 10, p. 197). «Para salir bien en todo esto, el prefecto cada día implorará la ayuda del Señor, siendo la educación de los jóvenes el arte de las artes, la ciencia de las ciencias, ¡y sin la ayuda y las luces del Señor no se puede conseguir! Él rezará también el Señor y la Santísima Virgen diariamente para el buen éxito y salvación de sus alumnos» (Vol. 3, p. 112). Para las hermanas el Padre había prescrito una oración diaria para hacerse en común «en una hora del día o de la noche, cuando las hermanas pueden recogerse a parte de las huerfanitas – oración dirigida a la Santísima Virgen Inmaculada – a cuyo título están especialmente intitulados nuestros orfanatos desde el comienzo. Esta oración se tiene que hacer con celo y fervor, porque Nuestro Señor y la Santísima Virgen quieren dar luces sobre cómo atender en el oficio de las huérfanas y, estas, gracias de docilidad y de fiel correspondencia en las enseñanzas, y buenas direcciones y maternos detalles de amor a las hermanas» (Vol. 1, p. 247). Además de la oración en común, el Padre encomienda la particular, hecha «en la Santa Misa, en la Santa Comunión y en otras propicias circunstancias del día» (**Ibid.**).

Para mayormente inculcar la necesidad de la oración, el Padre insiste en recordar las dificultades inherentes a la obra educativa: «En verdad dice muy bien San Juan Crisóstomo: ¡ninguna arte humana, sea también de escultores o de pintores eximios puede elevarse al mérito de los que saben **adulescentium fingere mores!** O sea, formar al bien las costumbres de los adolescentes» (Vol. 1, p. 246). «La educación de los niños es **ars artium, scientia scientiarum**: ¡pocos la saben poseer y se tendría que ser filósofo, teólogo, gran conocedor del corazón humano y santo para ser perfecto educador del niño más pequeño! Hagamos pues cuanto más podemos con todo esfuerzo y con toda súplica a Jesús y a María, para que den luces acerca de la edificación y la educación de los niños» (N.I. Vol. 10, p. 198).

Característico un episodio que sirve al Padre para insistir sobre la necesidad de la oración en la educación. Se refiere al primer huerfanito acogido en la casa de Roma en 1925. No recuerdo qué pequeña trastada hubiese cometido. Las hermanas lo presentaron al Padre sugiriéndole de pedir perdón; pero el niño no se inmutó: quedó firme, frío, mirando casi en actitud de desafío, por que pudiera comportar la obstinación de un mocoso de cinco años. El Padre escribió: «Las hermanas me lo llevaron para pedir perdón: él se me puso delante como un pez mudo, sin decir palabra, a pesar de las sugerencias y de las insistencias de la hermana. No parecía convencido de su error».

El Padre concluía: «Recemos, pues, porque sin la gracia divina no es posible doblar la voluntad humana, ni la de un niño con cinco años».

No quiere sin embargo el Padre que las dificultades de la hazaña prevalezcan sobre el valor de sus hijos: «Los que dejaron el mundo y se entregaron a Dios en la santa religión y que atienden

seriamente a la propia santificación, pueden, con la ayuda divina y teniendo presente la gran importancia de la educación de los niños y de las normas y exhortaciones de estos reglamentos, enderezar las tiernas almas a una educación verdaderamente religiosa, moral y civil» (Vol. 1, p. 246). Y cree que, cuando un alma se pone con buena voluntad en la hazaña, con la divina gracia conseguirá el objetivo: «Aquí, gracias al Señor, hallé las chicas tranquilas y, lo que más importa, parece que la hermana **asistente** se esté convirtiendo en una buena educadora, piadosa, prudente, mansa, cuidadosa, confiada en el Señor y en la Santísima Virgen, a los que encomienda cálida y diariamente sus alumnas. A menudo unos se forman formando los demás» (Vol. 31, p. 50).

11. Método educativo

En hecho de educación el Padre acepta **el método preventivo**, comúnmente conocido como **método de don Bosco**. Es un método viejo de siglos, porque don Bosco mismo lo reconoce como uno de los «sistemas **siempre** usados para la educación de la juventud» (cf. Braido, **El sistema preventivo di don Bosco**, p. 34). Pero es dicho de **don Bosco** porque nadie como este santo supo aplicarlo y difundirlo con tanta coherencia y perfección, llevándolo a dar los más felices resultados. El Padre prescribe: «Hace falta seguir el método o sistema de don Bosco, o sistema preventivo». Y explica: «Consiste este sistema **en prevenir** los chicos para educar. (...) Sean ellos vigilados en modo que no tengan espacio o libertad para relajarse y cometer faltas, y formados así cristiana y devotamente que ellos mismos tengan el santo temor de Dios, de modo que estén atentos y circunspectos para no cometer unas faltas relevantes» (Vol. 1, p. 266).

Todo el secreto del éxito del método preventivo está ligado a la asistencia o vigilancia. Don Bosco insiste repetidamente en ello; y el Padre no menos que él, en toda ocasión: «La vigilancia y supervisión de los chicos sea para nosotros un precepto y una obligación de los más estrechos. El director y los inmediatos, cada uno por su parte, nunca pierdan de vista ningún chico, en la iglesia, en los talleres, en la escuela, y especialmente en el recreo y en los dormitorios. Se tenga presente que los chicos tienen muy sutil inteligencia y buen instinto para saberse sustraer a la supervisión sin que el educador o el vigilante se dé cuenta. Éste sea de los chicos más listo y sutil para no hacerlos sustraer. El demonio busca asiduamente la perversión de los niños: el supervisor tiene que eludir, con gran atención, todas las insidias de Satanás y guardar como ángel los niños confiados a él para devolverlos inmaculados al Señor» (N.I. Vol. 10, p. 198).

Para las hermanas: «Uno de los medios más importantes para tener en perfecta disciplina las huerfanitas del Instituto, es la supervisión continua y cuidadosa. (...) La supervisión continua, hecha cuidadosamente y con ánimo siempre vigilante sobre las chicas, es la gran protección para impedir todo defecto; es el uso del así llamado **método preventivo**. De esta tensión del alma de las hermanas educadoras para con las huerfanitas, estas aprenden la importancia y el fin de esta continua supervisión sobre ellas.

«Aprenden a vigilar sobre todo defecto y a tomar el hábito de la disciplina y de observancia de los propios deberes. ¡Ay si esta vigilancia se relaja en las hermanas que para ello son diputadas! ¡Inmediatamente e inevitablemente se relajan las educandas huerfanitas! La maestra de por sí, o bien por medio de la vice maestra si esta es verdaderamente consciente de su alta misión y de su grave responsabilidad no tendrá que dejar un solo momento las chicas abandonadas a sí mismas.

«La hermana supervisora tiene que tener bajo mirada todo el conjunto de las huerfanitas y no le tiene que escapar ningún movimiento de las mismas, ninguna acción, ninguna palabra» (Vol. 1, p. 247). Particular atención a las chicas se tiene que dar en el recreo: «Aquí la hermana tiene que ser toda ojos sobre las chicas. Las conducirá en el espacio o terreno anexo al orfanato y aquí les permita de jugar, saltar y hacer jaleo, porque necesitan desahogarse, y esto tanto confiere a la salud y al desarrollo de las chicas. Pero vigile que no se hagan daño, que no se peguen, que no se tiren, que no riñan. Vigile que nadie, y tanto menos dos solas, se aparten a distancia, o tras madera o árboles para confabular, sino que las tenga todas bajo control en el mismo terreno, que tiene que ser libre y abierto, para no ofrecer ocasión de escondrijos» (Vol. 1, p. 250).

En el reglamento para el prefecto de los artesanitos: «Antes de todo el prefecto, para el exacto cumplimiento de su delicado oficio, tendrá que estar muy atento a la supervisión de los chicos. Esta consiste en tenerlos siempre controlados, de modo que vigile todas sus acciones en el trabajo, en los actos religiosos, y especialmente en el recreo, advirtiéndoles que esto es el tiempo en que los chicos intentan sustraerse a la supervisión del prefecto. Para que esto no acontezca, él no quedará despreocupado mientras juegan, ni permitirá que estén detrás de sus hombros, sino se pondrá en un punto en que los pueda tener todos bajo control o paseando en medio de ellos lo hará con arte, para sorprenderlos también si hablan entre ellos en voz baja. Los dejará gritar y saltar como quieren, evitando que se pongan las manos encima, que se peguen, que se ofendan o que hagan daño a la comunidad o que echándose en el suelo estropeen los vestidos. En el tiempo del trabajo vigilará los diversos talleres; estará atento que los chicos no queden ociosos, o bien charlen o jueguen o contrarresten con los propios maestros de arte. En la iglesia la supervisión tiene que ser muy diligente: cuidará que los chicos entren compuestos y recogidos, (...) estará atento que todos respondan en las oraciones, con voz moderada y a tempo. Vigilará los chicos en el momento de la comida, para que no falten a las reglas de la etiqueta. (...) Se advierte el prefecto de estar atentísimo en dar los permisos de modo que los chicos, habiendo uno tras otro obtenido el permiso de ausentarse, no se encuentren luego y se reúnan en algún sitio fuera de la supervisión de él. Vigile mucho, por lo tanto, porque en esto lo chicos con mucha habilidad arrancan permisos para después hallarse juntos» (Vol. 3, p. 110-111).

La cuidadosa y asidua vigilancia no tendrá nada de pesado y de policíaco **en el método preventivo** de que tratamos, porque alma y vida de esto es el amor.

«La Superiora y las maestras sentirán en su corazón afecto y respeto en Dios de todas las pobres huerfanitas confiadas a ellas, considerándolas como almas queridísimas al Señor, e igual más queridas que ellas mismas por su inocencia y pobreza. Las guarden como la niña de sus ojos. Nunca usen hacia ellas palabras injuriosas o ásperas o cargadas de ira e impaciencia, ni cuando se trata de corregirlas, de reprocharlas o de castigarlas. Su trato con las huerfanitas sea caracterizado por la dulzura, la caridad, la santa premura de crecerlas buenas y producir su buen éxito. (...) Todas las niñas las quieran en Dios y muestren a todas igualmente este amor, y siempre con prudencia para que no abusen de ello. Esto no quita que pueden tal vez mostrar un buen rostro como premio a las más buenas, humildes, obedientes y observantes» (Vol. 1, p. 260).

El prefecto tiene que portarse en medio de los chicos «de modo que predomine el vivo interés de su bien; así que los chicos lo entrevean, lo comprendan y queden presos por él. ¡Es esto el verdadero secreto de la educación! Cuando el educador siente el vivo interés del bien de los alumnos y los quiere religiosamente teniendo compasión para su porvenir cuando no hagan buena salida, él puede también ser fuerte, puede hasta castigarlos si ellos fallan y los alumnos nunca se indignarán y lo amarán y lo temerán» (Vol. 3, p. 112).

El Padre insiste sobre esta tecla del amor: «Hace falta querer con puro y santo amor los niños, en Dios, con íntima inteligencia de caridad, con caridad tierna, paterna, y esto es el secreto de los secretos para ganarlos a Dios y salvarlos. Hace falta tratarlos con mucho afecto y dulzura, aunque con aquella actitud que excluye el abuso de la confianza y familiaridad y lleva al temor reverencial. Nunca y jamás se tienen que injuriar los chicos. Si hace falta castigarlos se haga también con gentileza y de manera que el chico comprenda que se hace por su bien. Nunca y jamás se tienen que repetir ante los demás chicos las faltas de uno que puedan causar escándalo especialmente a los pequeños, faltas que no son conocidas: en estos casos se amonesta y castiga el chico en secreto. Nunca y jamás se tiene que indignarse con los chicos y guardarles rencor y difidencia: esto es lo mismo que desanimarlos y hacerlos relajar. Disimúlense muchas faltas que es mejor disimular. Evítense castigos y correcciones fuertes en aquel momento en que provocarían reacción en el chico, que esto sería como derribar el edificio». Y aquí el Padre vuelve sobre la necesidad de la oración. «El supervisor y educador necesita de muchas luces de Dios, y tiene que pedir las diariamente al Señor y a la Madre del Buen Consejo también con lágrimas y también interiormente en las ocasiones diarias» (N.I. Vol. 10, p. 198).

12. Educar todo el hombre

Pío XI detalla autoritariamente el campo de la educación, que se refiere a todo el ser humano, individual y socialmente, en el orden de la naturaleza y en el de la gracia. «Nunca se debe perder de vista que el sujeto de la educación cristiana es el hombre todo entero, espíritu unido al cuerpo en unidad de naturaleza, con todas sus facultades naturales y sobrenaturales, cual nos lo hacen conocer la recta razón y la revelación» (Encíclica **Divini illius Magistri**, 43).

Empecemos por el cuerpo: cuidado de la salud; «Las chicas tienen que ser tenidas con perfecta higiene y limpieza. En esto tienen que cuidar mucho las hermanas. La higiene y la limpieza confieren mucho a la salud de las chicas, que sin ellas se debilitan mucho. Hagan considerar que no solamente se asume la obligación, recibiendo las huerfanitas, de educarlas bien y de atender a su bien espiritual, sino corre también grave obligación de custodiar, guardar y hacer progresar la salud corporal de las acogidas» (Vol. 1, p. 242). «Educando la mente y el corazón, no olvidaremos de procurar que las jovencitas crezcan con sana constitución, fuertes y robustas» (Vol. 43, p. 14). Y contra las acusaciones que se le lanzaban de no tener bien sus chicos, el Padre se defiende provocando una averiguación: «Ruego a los señores y señoras mesineses venir a averiguar.

«Conozco en algún modo mis deberes de instructor. No es solamente a la salvación de las almas y a la religiosa educación de mis niños acogidos que yo atiendo, sino que me tomo también gran premura de su salud corporal y de su educación civil. Buena alimentación, higiene, limpieza, etiqueta son entre los factores principales de mis institutos. En cuanto a alimentación hace falta ver cómo están rojizos y bien fuertes los chicos y las chicas» (Vol. 45, p. 460). El Padre baja a indicaciones detalladas para la comida, para que sea sano, suficiente y variado (Vol. 1, p. 243).⁸⁹

⁸⁹ El Padre había escrito un pequeño reglamento sobre la manera de tomar la comida, que se leía en el comedor dos veces cada mes:

COMEDOR – I. **Preceptos morales:** 1. Antes de la comida breve oración y agradecer a Dios acabada la comida. 2. Comer no por gusto de la garganta, sino para obedecer a la ley de la naturaleza y para mantenerse en salud para vivir según los fines de Dios. 3. Atender durante la comida a la lectura espiritual, para que al alma no le falte su alimento. 4. Considerar los muchos pobres que sufren por el hambre y disponerse a ayudarlos pudiendo. 5. Pensar en aquella mesa eterna y

El recreo tiene que ser «vivo, movido, al aire libre». Las hermanas «miren siempre atentamente el aspecto de las chicas; si las encuentran un poco tristes que no toman parte viva al recreo, es indicio que la salud no va bien; pues, en seguida tomen remedios para ello» (Vol. 1, p. 243).

La instrucción de los chicos se limitaba a las escuelas básicas. Aquí hace falta recordar la condición de aquellos tiempos, cuando para un trabajador era una excepción el certificado de la quinta o sexta clase elemental.

El Padre prefiere maestros internos: «El recurso a los profesores seculares, tiene que ser justo cuando sea inevitable» y, antes de admitirlos, «hágase siempre una búsqueda muy cuidadosa, (...) se hagan investigaciones, y antes de todo háganse oraciones antes de buscar, y luego tómense informaciones con personas idóneas» (Vol. 1, p. 251). «Tenemos que procurar, cuanto más sea posible, de eliminar de la enseñanza elemental de nuestras huerfanitas las jóvenes maestras externas» (Vol. 34, p. 263).

El Padre reconocía la función educativa del teatro, y por eso favorecía en sus institutos los **teatros**, así como él escribe: «Estos son útiles para instruir, educar las chicas, sea para gustar al público, edificarlo e inclinarlo a favor de las chicas y del Instituto» (Vol. 1, p. 164).

13. Educación a la piedad

«Si es importante guardar atentamente y mantener la salud corporal de los huerfanitos, oh, cuánto es más importante educarlos según los principios religiosos, que están en la base de toda educación y que miran a la felicidad temporal y eterna de los sujetos» (Vol. 1, p. 251). A los chicos el Padre recuerda que tiene que ser «religiosos no sólo en la práctica exterior de sus deberes, sino también interiormente, teniendo siempre el santo temor de dios, que es la guía segurísima de todo buen éxito» (Vol. 2, p. 75).

Es necesario, pues, formar la conciencia cristiana del niño y del joven, que «consiste, ante todo, en instruir su inteligencia acerca de la voluntad de Cristo, su ley, su camino, y, además, en cuanto desde fuera puede hacerse, para introducirla al libre y constante cumplimiento de la voluntad divina. Este es el deber más alto de la educación». Así Pío XII (**Radiomensaje sobre la conciencia y la moral**, 23.03.1952, 5).

La iluminación de la mente requiere, antes de todo, instrucción religiosa; y sabemos que el Padre fue apóstol del catecismo, y prescribe que cada día hace falta explicar el catecismo a los chicos (N.I. Vol. 10, p. 197), «según los mejores sistemas, porque la enseñanza sea completa y fecunda». Para estimular la emulación quiere las competiciones catequísticas y las premiaciones. Encomienda la adecuada explicación de las verdades de la fe, de manera que la instrucción religiosa no se reduzca a un mero ejercicio de memoria. «Enseñar mecánicamente la doctrina a las niñas y a las chicas es casi

celestial a la que nos espera Nuestro Señor Jesucristo en su reino para darnos la comida de la eterna gloria, si nos lo mereceríamos con nuestras acciones.

II. Preceptos higiénicos: 1. Comer en su tiempo y masticar bien la comida para bien digerirla. 2. No comer demasiado caliente porque esto arruina los dientes y daña la digestión. 3. No beber frío inmediatamente sobre la comida, porque se daña la digestión y también hace daño a los dientes.

III. Preceptos de buena educación: 1. Comer lo que se os presente sin quejarse, y no haya comida que no comáis. 2. Comer con tiempo y con educación. 3. No ensuciarse las manos, el rostro, la servilleta. 4. No poner los codos en la mesa. 5. Comer con tiempo sin hacer jaleo (N.I. Vol. 10, p. 160).

nada. (...) Consideren las hermanas que enseñar bien la doctrina cristiana a las huérfanas acogidas, es algo de alto interés, a lo que se tienen que aplicar seriamente, porque de aquí viene el verdadero provecho de las chicas» (Vol. 1, p. 253).

La instrucción no es suficiente para la educación, si la voluntad no es fortalecida contra las insidias del mal, cuyas raíces se hunden en el íntimo de nuestra naturaleza dañada por el pecado de origen. El Padre recuerda toda nuestra atención sobre este punto cuando escribe que «tratándose de educación de los niños, no se tiene que querer que hagan, sino que se tiene que querer que quieran hacerlo» (Vol. 1, p. 266). La voluntad se fortalece «con las verdades sobrenaturales y los medios de la gracia, sin los cuales es imposible dominar las propias pasiones y alcanzar la debida perfección educativa de la Iglesia» (Pío XI, Encíclica **Divini illius Magistri**, 44).

He aquí porque el Padre insiste en la educación religiosa: práctica de virtudes, florecillas y sobre todo frecuencia de los sacramentos, Santa Misa diaria, oraciones, convivencias, ejercicios espirituales, **Unión Piadosa de los Luisitos hijos de María Inmaculada** para los chicos, de las **Hijas de María**, para las huerfanitas. Se acusa el Padre de haber puesto demasiadas oraciones, pero acordaré que esto era el método usado por los educadores del tiempo, y basta nombrar don Bosco, príncipe entre los educadores. De él escribe Braido: «El ambiente de piedad querido por don Bosco es tan intenso que impresiona y maravilla cualquier extraño» (**ob. cit.** p. 281). Pero de esto ya hablamos más antes; aquí recuerdo aquellas que el Padre llama santas insinuaciones, dirigidas a «infundir la fe en las cosas divinas». Los educadores, además que hablar a los chicos de Dios, de Jesucristo, de la Virgen, de los santos, eleven a Dios su pensamiento con la contemplación de la naturaleza: «Háblese a menudo de las maravillas de la creación, del sol, de la luna, de las estrellas, de los días bonitos de primavera, y campos, de los árboles, de los frutos, de las flores, de los alimentos que comemos, del agua que bebemos; y hágase comprender que toda la creación es obra de Dios Todopoderoso, que todo fue creado para nuestro bien». Esto se podrá obtener, sin embargo, sólo a condición que los educadores «sean ellos mismos impresionados profundamente por las cosas santas, sean ellos verdaderamente almas espirituales y tales que puedan dar, como más antes se dijo, ejemplos santos con su portamento, añadiendo a ello fervientes oraciones» (Vol. 1, p. 252).

14. Educación al trabajo

La educación de los chicos es integrada por el trabajo en su doble finalidad de medio educativo y fuente de ganancia. Las ideas del Padre las hallamos expuestas en un discurso de 1906 con ocasión de la visita hecha por un comité de señoras al orfelinato femenino de Mesina.

«Siempre creí que un Instituto que tiene como fin la educación de la juventud, en el que, además de las niñas, hay también unas jovencitas capaces de trabajar, si quisiera sustentarse con las solas limosnas se parecería ni más ni menos que a un joven robusto que, en vez de trabajar, quisiera vivir mendigando. (...) En efecto, apoyarse en las limosnas para los Institutos de jovencitos de ambos sexos, sería un perjuicio a la recta dirección educativa. Los chicos y chicas tienen que acostumbrarse al trabajo desde su más tierna edad, y creciendo en los años se tiene que hallar la manera de hacer fructífero el trabajo. El trabajo en una casa educadora es entre los primeros eficientes de la moralidad; de allí es el orden, es la disciplina, es la vida, es el depósito del buen porvenir para los sujetos que son educados. Ellos aprenden por tiempo a ganarse el pan con el sudor de su frente» (Vol. 45, p. 44).

Para los chicos el Padre abrió varias oficinas: tipografía, sastrería, zapatería, carpintería, oficina mecánica; a las que introducía los huérfanos «según su natural inclinación» (**Dios y el Prójimo**, 1925, p. 11). Para las chicas: bordado en blanco, en seda, en oro, trabajos de ganchillo, croché, almohada, oro hilado, encaje uso antiguo, y prendas de punto. Para despertar la emulación entre los chicos el Padre quería la premiación, la exposición de los trabajos y, en cierta medida, la participación en las ganancias, así que, cuando los chicos «salgan del Instituto, en la debida edad, se les entregará el peculio» (N.I. Vol. 5, p. 80).

Veamos con cuánto compromiso el Padre insiste por un cierto trabajo ante una superiora de otra congregación: «Sobre el trabajo de **ganchillo** no puedo aceptar por buena la excusa que me llevasteis, o sea que estas externas no quieren hacerlo etc. Esto acontece porque vosotras no sabéis o no queréis con firme voluntad conducir el asunto. Enseñadlo al menos a dos externas, las más pobres, diciéndoles a ellas y a sus familiares que queréis pagarlas; y en cuanto os entreguen algún primer trabajito, aunque mal hecho, tal que lo tenéis que quemar, aceptadlo y dadles dos o tres liras por una – las pago yo –; y así las incentiváis. Seguid y luego vendrán las demás. Encomendaos a la Santísima Virgen, porque en todo hace falta la oración. A las huerfanitas internas dad a trabajar bien el ganchillo, y el primer trabajo bien hecho me lo enviáis a mí en Mesina y os lo pago; y así seguidamente. ¡Creo que ya me expliqué! Para conducir las casas hace falta actividad, trabajo, sacrificio, y no apoyarse solamente en las limosnas» (Vol. 38, p. 6).

15. Castigos

El testimonio de nuestro Hermano Luis, que fue prefecto de los huérfanos durante cuarenta años, nos reproduce sintéticamente el pensamiento del Padre: «A partir de 1908 fui elegido por el Siervo de Dios como prefecto de los huérfanos: pretendía de mí y también del colega de Oria vigilancia absoluta, comprensión del alma juvenil, que antes de todo hace falta iluminar; quería que se infligiera la punición no inmediatamente después de la culpa y aconsejaba también algún regalo al que había fallado que apareciera arrepentido».

Con la atenta vigilancia y la formación de la conciencia de los chicos, aplicando rectamente el método preventivo, las faltas ordinariamente no serán graves; «con todo esto – destaca el Padre – siendo la naturaleza humana inclinada al mal desde la adolescencia y habiendo tal vez algunos, especialmente nacido en medio del vulgo, índole no buena, puede acontecer que, para reducirlos, se tenga que unir, de vez en cuando, a la educación religiosa y civil, alguna punición» (Vol. 1, p. 266).

Sobre este punto el Padre llama toda la atención del educador, como ya referimos ampliamente antes (cap. 17, n. 6).

En consecuencia, escribe el Padre: 1. Los castigos nunca tienen que ser frecuentes. Si se toman los medicamentos frecuentemente pierden el efecto, porque la persona se acostumbra, por lo cual se tiene que incrementar la dosis; y con todo esto el efecto saludable del medicamento va siempre menguando, de modo tal que hace falta poner manos y cambiar remedio». El Padre aplica convenientemente: «Todo lo que no puede hacerse con los castigos, que en un instituto de educación, en manos de religiosos, no pueden ni tienen que llegar a tal punto que los alumnos no le sientan más, y que el Instituto se convierta en una casa de corrección»; con consecuencias deletéreas para los educandos y los educadores: «Entonces la comunidad de los chicos es arruinada, y así también se pierde todo el espíritu de los religiosos educadores, que se hallarán en continuas situaciones

embarazosas, molestos, sin tranquilidad interior etc. y todo iría al revés. Las puniciones pues tienen que ser raras, rarísimas y moderadísimas» (Vol. 1, p. 267).

2. «**Las sanciones tienen que tener una cierta proporción con la culpa**, como el medicamento, que dado al enfermo más allá de la dosis útil, hace mal más que bien, y hasta puede llegar a matar. El educador no tiene que castigar hasta lo que lo empuja el propio resentimiento, sino según razón, y más bien menos en vez que más de lo que merece la falta» (**Ibid.**).

3. «**Un método excelente del educador es la persuasión**. O corrija los alumnos o bien los castigue o los amoneste, él busque siempre con palabras firmes, paternas de persuadirlos sobre el mal hecho, sobre el error cometido, y luego, tras confutar sus excusas, requiera alguna vez su consentimiento, como, por ejemplo: “¿Estáis convencido de haber cometido esta falta? ¿Es justo lo que os dije?”, etc. Con la persuasión obtendrá también que acepten de buena gana las puniciones y saquen provecho de ello» (Vol. 3, p. 113).

Encomienda a las hermanas, «que la punición, antes de darla, se haga aceptar a la culpable, persuadiéndola con buenas palabras que ella misma la tiene que querer para dar satisfacción al Señor por la falta cometida, porque el Señor le perdona la culpa y la pena y hacerla luego con santa humildad y docilidad de ánimo» (Vol. 1, p. 267).

De una carta del Padre relevamos un buen ejemplo en propósito. Se trata de un chico que él había aceptado en Oria para aliviar la pobreza de la familia, numerosa y destrozada.

Pero el chico no lograba resignarse a la lejanía de la casa. El Padre así responde a una carta de él: «Recibí tu carta, en la que me dices que quieres volver a Mesina, porque **tu carácter** te dice de volver; entonces te tenemos todos que compadecer, porque no eres tú el obstinado, sino **tu carácter**. Por favor, ¿qué es este **carácter**? Yo no entiendo. ¿Alfredo es una cosa y el carácter es otra? Pero entonces quisiera saber quién es el obstinado aquí: ¿Alfredo o bien el **carácter**? Si el obstinado es el carácter, y Alfredo es dócil y razonable, que dé un tirón de orejas a su **carácter**. A nosotros, en efecto, poco importa del **carácter**, que se vaya también al infierno; nosotros queremos salvar a Alfredo a pesar de aquel bribón del **carácter**, que quisiera perderlo. ¿Qué dice de ello Alfredo?

«Pero ahora te lo explico yo lo que es el **carácter** de Alfredo. Es aquella costumbre perdida desaventuradamente hasta los 13 años de vivir sin guía, de hacer la propia voluntad, de estar libre: pésima costumbre, porque el Espíritu Santo así dice: **Bonum est viro cum portaverit iugum ab adolescentia sua**: Buena cosa es para el hombre haberse doblado bajo la guía desde hace su adolescencia. Decir el **carácter** es lo mismo que decir: la **mala naturaleza**. Ahora este mal carácter es justamente lo que se tiene que corregir. Sería bonito si cada uno que no razona, o no se sabe comportar, dijera: “¡No soy yo, es el **carácter, compadecidme!**”.

«El carácter, querido Alfredo, es nuestra voluntad, ni más ni menos. Ahora no estás en una edad en que te es permitido hacer tu voluntad. Me dices de **hacerte la caridad** de hacerte volver a Mesina. ¡Cómo se ve que eres un chico que no razonas! La caridad te la hice yo llevándote a Oria para educarte e instruirte. Esto es mi **carácter**: ¡hacer bien a los chicos como tú! ¿Cuándo volverás a pensar? Te aseguro que si fuera tu padre... ¡No creía que eras tan sin juicio para no entender tu bien y tu mal! ¡Ruega, ruega, ruega, ruega a la Virgen que te ilumine!». Añade en posdata: «El **carácter** que tú dices es el **diablo con los cuernos**, que busca tu mal y te tienta» (N.I. Vol. 5, p. 104).

4. **Oración**. «Primeramente, antes de castigar, el educador tendrá indispensablemente, aunque se trate de una leve punición, invocar las luces del Señor, con la ayuda del Cual uno nunca se equivoca» (Vol. 1, p. 267).

5. «**Una sustracción simulada de afecto**: rechazar la chica que se acerca, no mostrarle buena cara, mostrarle de no quererla más. Cuando las buenas relaciones de puro y santo afecto entre maestras y discípulas serán bien establecidas, entonces esta sustracción de benevolencia, en apariencia, es la mayor punición que se pueda dar a una chica. Esta punición se puede acentuar más o menos según la falta, y alargarla más o menos. (...) Queda siempre firme que también el buen efecto de este castigo no se puede tener que cuando se usa raramente. Pero usarlo frecuentemente es lo mismo que aprovecharse de ello, y así la sabiduría de una educadora está en impedir el mal, no en castigarlo» (Vol. 1, p. 268).

19. PRUDENCIA

1. Reguladora de las virtudes. 2. Siempre prudente. 3. Oración a la Santísima Virgen. 4. Oración y consejo... 5. ... Fueron luz para sus pasos. 6. Nunca fue excesivo. 7. Las nuevas fundaciones. 8. No desdeñaba los medios humanos. 9. No lo engañaban. 10. Gobierno de un audaz. 11. Sencillez.

1. Reguladora de las virtudes

Después de las virtudes teologales, que nos unen a Dios directamente, pasemos a las virtudes morales, que favorecen y perpetúan esta unión, regulando nuestras acciones de modo que, a pesar de los obstáculos que se hallan dentro y fuera de nosotros, sean dirigidas continuamente hacia Dios.

La primera de estas virtudes es la prudencia, que es considerada como la reina de todas las virtudes morales, porque ninguna de estas puede resistir en grado perfecto sin la prudencia, que dirige todas las facultades humanas hacia el fin. Con elocuente imagen la prudencia es llamada **auriga virtutum**, el cochero de las virtudes, porque ella de todas templada el ejercicio según las reglas de la razón, que tiene cuenta de las personas, del lugar, del tiempo, de las relaciones sociales. Ella inclina el intelecto del hombre para escoger en toda circunstancia los medios mejores para obtener los diversos fines subordinándolos al fin último. Prácticamente la prudencia se define la virtud por la cual juzgamos lo que se tiene que hacer o evitar en un caso particular, según los principios de la fe, refiriéndolo todo al fin sobrenatural.

Oigamos al Padre cuando habla de la prudencia del superior: «La prudencia es una de las más importantes virtudes que tiene que tener el superior. Esta virtud, que es la reguladora de todas las virtudes, consiste en saber bien comprender y aprender cada cosa, sea espiritual que temporal. Ella no precipita, no va a los extremos, toma el camino del medio, disimula, es longánima, es paciente, es cautelosa, es astuta para no dejarse engañar, vigila y es experimentada y siempre presente a sí misma. Pero el superior tiene que saber distinguir bien entre prudencia santa y prudencia profana: hay la prudencia que viene del Espíritu del Señor, y hay una prudencia falsa que viene del espíritu del mundo. La primera actúa con el fin recto de la gloria de Dios, del bien de las almas, y por esto justamente se sabe moderar, si hace falta, y sabe disimular y aconsejar; pero la prudencia humana actúa por fines terrenales, por intereses terrenales, posponiendo a Dios y las almas por respeto humano y por los ataques personales. El buen superior deteste como morbo pestífero esta prudencia humana, y no actúe nada o piense o disimule por respetos humanos, por consideraciones y simpatías personales, aunque tal vez se puedan usar ciertas cortesías y consideraciones por los grados sociales de las personas, no siendo la prudencia una virtud descortés y áspera, porque entonces se convierte en imprudencia. Pero jamás el superior verdaderamente prudente bajará a compromisos con la conciencia hacia el que sea y por cualquier circunstancia; y en los casos dudosos la verdadera prudencia recurre a la oración y al sano consejo. En todo el superior sea prudentísimo, para evitar los graves daños que vienen a la comunidad por la imprudencia. Rece cada día el adorabilísimo Nuestro Señor Jesucristo, el Divino Espíritu Santo y la Santísima Virgen María, **Virgen prudentísima**. Lea a menudo los libros sapienciales de la Sagrada Escritura y los grandes elogios que hace el Espíritu Santo de la virtud de la prudencia» (Vol. 1, p. 203).

2. Siempre prudente

El gobierno del Padre era prudente, lleno de discreción, o sea fuerte y tierno al mismo tiempo. Él se mostraba resolutivo, según los casos, pero siempre equilibrado.

También cuando reprochaba no tenía nada amargo. Su palabra alcanzaba siempre el efecto, porque hacía entrever, en nuestras culpas, más nuestra malicia, la amargura de su corazón y la del

Corazón de Dios. Nadie que, por una razón u otra, dejó el Instituto, conservó nunca para él resentimiento u odio; para todos él permanecía siempre el Padre porque en realidad como padre buscaba siempre el bien de todos.

Era sobre todo clarividente en la discreción de los espíritus; e iba hasta el final en el bien para defenderlo, en el mal para alejarlo. Para no alimentar las contiendas entre las partes, buscaba con prudencia sobrenatural dar la culpa o la razón a cada una, obteniendo siempre la armonía. Luego era muy agudo, con una verdadera diplomacia cristiana conduciendo ciertas discusiones fuera y en nuestras casas.

Su enseñanza era siempre inspirada al **quærite primum regnum Dei**, al que se dirigían todas sus acciones y aspiraciones; nos hacía ver con sus palabras afervoradas el Infierno y el Paraíso, para que odiáramos el pecado y nos enamoráramos de la virtud, pero él nunca iba a los excesos. En otros se notaban tal vez unos excesos de rigor, no en el Padre; más bien era él que, en ciertas situaciones, restablecía el equilibrio.

Destacan las hermanas que, teniendo que despedir alguna hija, el Padre lo hacía con circunspección, y la proveía de dinero y otras cosas, de manera que ella, regresando en el mundo, no tuviera que hallarse mal durante los primeros tiempos.

En caso de corrección, la hacía siempre en secreto, si la falta no era pública.

Recuerda un nuestro religioso, que durante largos años fue asistente de los huérfanos: «Si alguien de nosotros fallaba, el Padre lo reprochaba siempre a solas, y era muy celoso de la discreción, porque ningún otro conociera el hecho. Un día, como proyecté una película mientras los chicos eran presentes, fui amablemente amonestado por él porque, siendo presente en Mesina, aunque ausente de Aviñón, no lo había antes informado. No sólo mandaba la obediencia, sino requería en este acto la delicadeza. Yo tenía la facultad para proyectarlo, tras haberlo antes examinado; pero él en Mesina, tenía que ser avisado antes. En todo caso, sin embargo, nadie de la comunidad tenía que saber de esta amonestación».

3. Oración a la Santísima Virgen

Bajemos ahora un poco en detalles.

Las virtudes son un don de Dios, pero también fruto de nuestra cooperación a la gracia; y la primera cooperación es siempre la oración humilde, ferviente, constante. He aquí una bonita oración del Padre a la Santísima Virgen, escrita en 1888, **para la santa prudencia**. Es todo un programa de vida según esta virtud, que él insistentemente implora por la Madre Inmaculada.

Empieza con una declaración de humildad, confesándose muy deficiente en este punto: «**Virgo prudentissima, ora pro nobis**. ¡Virgen prudentísima, rogad por nosotros! ¡Rogad por mí! ¡Modelo de perfectísima Prudencia, (...) rogad por mí, al que es estricto deber el ejercicio de esta virtud, siendo yo un sacerdote prepuesto a la dirección de tantas almas! Ay, ¡yo voy ante vuestros pies, oh Madre Santa, y por esta gracia os suplico! Por favor, por los méritos de vuestra Divina Prudencia, ¡imploradme una virtud tan bella! Vos riquísima en tan gran virtud cristiana, ¡participad de ella a los que son pobrísimos de la misma!».

Las diversas tareas de la prudencia son especificadas así: «Visitad vos, oh Madre Santa, mi inteligencia ofuscada y perfeccionad el ejercicio de sus facultades a través de la prudencia. Dadme gracia abundante y eficaz que en todas mis operaciones me proponga antes de todo un fin justo y honrado que se refiera a la mayor Gloria de Dios, a mi santificación y a la del prójimo, que yo nada encomience sin la sabia reflexión, el consejo y la oración; dadme abundante y gracia eficaz que sepa bien escoger y proporcionar los medios para el fin, y actuar o decidir con diligencia, paciencia, longanimidad, sin prisa, expectación, resolución, según que esto o aquello, más o menos, piden los casos y las circunstancias. Por esto os ruego que me deis Gracia de saber callar y saber hablar, de saber mostrar el interior y de saberlo esconder, de saber eximir y de saber estar firme de saber comprender y conocer las cosas en su aspecto verdadero y genuino».

La prudencia tiene relación con el pasado, el presente y el porvenir: «Llamad oportunamente a mi memoria mi pasado, oh Virgen Prudentísima, y haced que la experiencia del pasado me conduzca y gobierne en el porvenir; hacedme atento y circunspecto en el presente para que yo pondere y reflexione lo que pienso, lo que digo, lo que actúo, lo que omito, lo que escucho, y dé el justo peso a las cosas. Ay, dadme una clara providencia del futuro, de modo que sepa calcular las consecuencias de toda acción pensamiento, palabra y omisión, y nada actúe que no sea conforme a la prudencia cristiana, y nada deje que sea conforme a la prudencia cristiana».

Sabemos que hay también hay una prudencia profana, de la carne, que es la antítesis de la cristiana; y el Padre ruega a la Virgen que lo preserve de esta falsa prudencia: «Virgen Prudentísima, ¡hacedme aborrecer la falsa prudencia del mundo y de la carne! Ay, dadme aquella prudencia de la que fue espejo sin mancha el Adorable Vuestro Unigénito Señor Nuestro Jesucristo, del que fuisteis Vos perfectísima imagen, y del que fueron perfectos imitadores los Santos. Ay, aquella prudencia de serpiente os pido que está unida a la sencillez de paloma, y le cede en todo la diestra, aquella prudencia que está en total oposición con las falsas máximas del mundo, aquella prudencia que viene del don del Consejo, por la cual se consideran en nada todas las cosas terrenales, los placeres, los honores y las satisfacciones, y se aprecian únicamente las cosas celestiales, y la adquisición de las santas virtudes; aquella Prudencia que hace sus cálculos no según el tiempo y los sentidos, sino según la eternidad, la fe, y el espíritu. Libradme, oh Virgen Prudentísima, libradme por amor del Corazón Santísimo de Jesús, de todo actuar imprudente, libradme de actuar con precipitación y temeridad, por ímpetu de afecto o de fantasía, con inconsideración y ligereza; ay, ¡especialmente os suplico que pongáis la santa prudencia como custodia de mi lengua y cerrojo de mi boca! Ay, se acaben, por vuestra materna caridad, las palabras imprudentes en mis labios, ¡y se acaben para siempre! Virgen prudentísima, ¡rogad por mí! Libradme, oh Virgen Prudentísima, de todo extremo vicioso, además de toda negligencia o lentitud o pereza en ejecutar las divinas Voluntades sea en todas las obligaciones de mi estado sea en todas las obras de caridad».

Cierra con una ferventísima imploración: «Oh piadosísima Madre mía, ¡Vos sois muy poderosa y misericordiosa! ¡Una gracia tan grande, una virtud tan bella, podéis obtenerla hasta para un hombre imprudentísimo y que no sirve para nada, como soy yo! Ay, ¡he aquí el burrito ante vuestros pies! Virgen Prudentísima, hacedme prudente, dadme esta bella virtud, haced que este año me ejercite particularmente en ella,⁹⁰ para en todo dar consolación al Corazón Santísimo de Jesús, con la edificación de toda alma. Amén. Amén. Por amor de Jesús dilecto, por amor de San José, escuchadme. Por amor de todos los Ángeles, por amor de todos los Santos, escuchadme. Amén. Por honor y gloria de la Santísima Trinidad, escuchadme. Amén» (N.I. Vol. 10, p. 9).

⁹⁰ Igual en la policita de aquel año al Padre le había tocado como virtud para ejercer justamente la prudencia.

Igual esta oración hace referencia a la policita de 1888. Pero el Padre tenía una predilección por el título de **Nuestra Señora del Buen Consejo**, con el que a menudo recurría a Ella; más bien había escrito cinco oracioncitas bajo este título (Vol. 7, p. 165), que igual rezaba cada día. Hallamos en efecto en sus prácticas diarias: «Oraciones mías particulares a Nuestra Señora del Buen Consejo» (N.I. Vol. 10, p. 38) y más abajo menciona los versos de Arici, que fácilmente tenían que cerrar las oraciones: **Virgen Madre, sonriente imagen...** Recordando las dificultades que obstaculizaban el camino de la Obra en los primeros años, se refiere a este «elegante lírico de Brescia del equipo selecto de los poetas del siglo pasado» y a sus hermosísimos versos en honor de la Santísima Virgen bajo el dulce título del Buen Consejo. «Yo los recordaba a menudo – escribe – y en los momentos en que la tempestad crecía, y toda salida parecía cerrada, exclamaba con aquellos versos delicados:

Como Te vio el peregrino caminando,
Quitar las nubes sólo una ceja girando,
Para salvar mi barquillo, Madre,
¡Dame consejo!» (N.I. Vol. 10, p. 212).

4. Oración y consejo...

Las continuas recomendaciones que el padre dirigía a sus hijos: **Haced todo con la oración**, era dirigidas principalmente a sí mismo, o bien eran la resonancia de su vida que, aunque moviéndose continuamente a la luz de la divina presencia, sentía la necesidad de preponer a sus acciones unas oraciones particulares, más o menos largas, según la importancia del asunto. A menudo más bien hacía rezar sus consejeros, que tuviesen la luz necesaria para conocer la voluntad de Dios.

En una ocasión escribe al Padre Vitale: «Concuerdo yo también que la prudencia es necesaria, pero como esta santa virtud tiene grados de pura razón, de razón con fe, de fe ordinaria, de fe extraordinaria, etc. así hace falta acompañarla con la oración y el consejo; pero el Eclesiástico dice dos cosas: **Fórmate dentro un corazón de buen consejo, ya que no podrás tener mejor consejero que esto.** (Y esto – comenta el Padre – tiene que tomarse con ánimo recto). Y en otro pasaje: **Antes de pedir consejo a los hombres, pídelo al Altísimo**» (Vol. 31, p.12). El Padre reguló su vida según estas enseñanzas reveladas.

Cuando la Jensen se retiró, haciendo recaer sobre él todo el peso del orfanato y de la comunidad religiosa femenina en su primer comienzo, el Padre escribió una ofrenda de la Santa Misa, en que rezaba así: «Os suplico, oh Señor mío Jesucristo, que me iluminéis sobre quién recurrir para consejo, y en mismo tiempo os suplico que iluminéis Vos vuestros ministros para que se regulen cómo Vos queréis, y me respondan según lo que a Vos mejor gusta: Yo os suplico, oh Jesús, que por aquel Señor todopoderoso que Vos sois, en virtud de esta Ofrenda de infinito valor, mantengáis el enemigo infernal para que en nada prevalezca en similar asunto, sino que, al revés, todo salga según vuestra mayor gloria, para pleno cumplimiento de vuestro mayor beneplácito y satisfacción de vuestro mayor gusto» (Vol. 6, p. 1). Y mientras se esperaba la decisión de Monseñor Guarino, en una oración a San José implora «abundancia de divinas luces para nuestro monseñor arzobispo sobre este asunto: **haced que sus consejos, sus amonestaciones, sus manifestaciones, sus concesiones, sus reprensiones, sus autorizaciones y sus medidas en el propósito no sean otro que una perfecta manifestación de la divina voluntad, para que en todo nos arreglemos y nos portemos por cómo es más agradable a la divina voluntad, sin el más pequeño triunfo de nuestras pasiones o naturalezas y menos rectas inclinaciones**». Hace luego a San José la entrega de todo sí mismo: la mente, el corazón, la lengua «y

particularmente la mano derecha, para que os dignéis regularla totalmente vos en escribir, para que no escriba palabra según dicten las pasiones o las sugerencias del enemigo infernal, sino que me mueva para escribir y lo que escriba lo dicte el Divino Espíritu y la recta y prudente razón» (Vol. 6, p. 11).

En otra ocasión así se dirige a la Santísima Virgen de la Sagrada Carta: «Os suplico que me iluminéis en la presente vicisitud, para que me resuelva por cómo es más conforme a la Divina Voluntad. Libradme, oh Madre Santa, de mi necio consejo, y dirigidme según las luces de la Gracia Divina. (...) Por favor, Madre Santa, Vos iluminadme, e iluminad a los que consultaré para un consejo, para que no sean ellos, sino Vos misma la que me aconseje por medio suyo» (Vol. 7, p. 16). Igual se trataba de renovar al arzobispo la renuncia al canonicato, porque a la oración se añade un **Pater, Ave y Gloria** a San Juan Bautista De Rossi, cuya devoción había sido sugerida al Siervo de Dios por Monseñor Guarino con ocasión de la renuncia presentada a él desde 1883.

En un caso particular pide a la Virgen: «Si a Vos gusta que yo recorra a M. A. (**Monseñor Arzobispo**) o al P. E. (**Padre Eugenio de Sortino**, capuchino de vida santa) o a otros, por favor, ¡Vos iluminadme! Y recorriendo a uno de estos santos Ministros del Señor, yo os suplico que me deis gracia para saber pedir sus consejos hablándoles con sencillez y verdad, y ¡os suplico que vos misma os dignéis iluminar aquellos Ministros del Señor a los que recurriré para que me dirijan según el Corazón Santísimo de Jesús!» (N.I. Vol. 10, p. 7).

En otra ocasión hace rezar San José por las niñas en este modo: «Os rogamos, oh Santo Patriarca, por amor del Niño Jesús y de la hermosa Madre Inmaculada, implorad luces al Padre, para que se regule en todo por cómo sea más conforme a la justicia, a la caridad, a la prudencia y a la equidad» (Vol. 8, p. 21).

En 1910, mientras se disparaba la lucha contra los Institutos de Francavilla, con el peligro de involucrar también los de Sicilia, el Padre ofrece la Santa Misa a la Santísima Trinidad, poniendo la intercesión de Nuestra Señora del Buen Consejo, implorando las luces divinas para regularse: «¡Concededme una particular ayuda y don del **Consejo** en estas circunstancias, en estas perplejidades, en estos acontecimientos pasados, presentes y futuros inminentes, en estas próximas angustias, incertidumbres, tribulaciones y persecuciones! Por favor, ¡por este preciosísimo ofrecimiento, iluminadme, dirigidme, gobernadme, enderezadme, aconsejadme! Haced, por favor, ¡que el don del **consejo** en mí sea eficaz por vuestra clara luz y por la eficaz vuestra inspiración! Y así también dignaos iluminarme si y a quién tengo que pedir Consejo, e iluminadme, oh Padre de las luces, a mí y a los a que recurriré para consejo, para que actuemos según el pleno cumplimiento de vuestra santísima voluntad y del Corazón Santísimo misericordiosísimo de Jesús, para salud y santificación de las almas y para vuestra mayor gloria y derrota de Satanás» (Vol. 4, p. 120).

A la oración unía pues el consejo. Conocemos por su vida algunos de sus consejeros: Don Cusmano, el Padre Ludovico de Casoria, Don Bosco, Monseñor Pennino, sus confesores, sus religiosos y, después del terremoto, Don Orione.

Así quería que nos arreglásemos: «Cuando la superiora y las hermanas tienen que tomar consejo por directores espirituales, antes se dirijan al Dios altísimo para que disponga unas luces suyas para ellas, y disponga luces para aquel ministro suyo donde van a tomar consejo. Así actuando tengan fe que el Señor Jesús y la Santísima Virgen no las dejarán sin un divino consejo sobre cómo arreglarse. Pero tomen el consejo de una persona segura, de un sacerdote verdaderamente piadoso, imparcial, instruido y sabio» (Vol. 1, p. 195-196).

5. ... Fueron luz para sus pasos

La oración y el consejo fueron luz para los pasos del padre en toda su vida. Él mismo se hace este testimonio, escribiendo a las capuchinas de Ciudad de Castillo: «Yo lo hago todo con el consejo de los sabios y no busco sino la pura gloria de Dios, al menos en la intención, siendo en efecto tanto mísero en las acciones» (Vol. 38, p. 1).

¡Cuánta prudencia para imponer los nombres a sus Congregaciones! No quiso precipitarse, esperó hasta 1901, y en la circular que envía a los obispos sagrados aliados en octubre de aquel año revela toda su fatiga interior para llegar a los nombres que respondían a su ideal (cap. 5, n. 9).

Como para el nombre, no faltaron oraciones para el hábito. Entre las notas del Padre hallo marcado: «El día 7 de septiembre de 1909 empecé 33 misas para el hábito de los Rogacionistas» (Vol. 6, p. 109).

Escribiendo los reglamentos para las hermanas, de repente se pregunta: «¿La superiora tiene que estar en alguna cosa bajo la obediencia de alguna?». El Padre se ve que permanece perplejo y no se sabe decidir; pero sigue: «Aplazo la respuesta en este punto tras mayores luces y consultaciones» (Vol. 1, p. 180).

También los nombres para imponer a las hermanas tenían que ser inspirados en la oración. Preparándose para la vestición, una postulante había pedido al Padre el nombre de Sor Crucificada. Después de unos días el Padre le dijo: «Recé, pero no me lo siento». Y la llamó Sor Marcelina.

Los cambios para hacer en las comunidades, tienen que ser todos preparados y acompañados por la oración: «Rezad y haced rezar – escribía a la Madre Nazarena – porque cada movimiento de personas no tiene que ser nunca por nuestro capricho, sino con la voluntad y el beneplácito de los Divinos Superiores» (Vol. 35, p. 264).

Cuando se tenía que completar la capilla funeraria de las hermanas en Taormina, la superiora pidió al Padre una inscripción adecuada; e insistía para tenerla en seguida. Y el Padre: «Vos no comprendéis la importancia de lo que pedís. Es un recuerdo que tiene que pasar a la posteridad. Por eso hace falta invocar las luces del cielo con la oración, la mortificación y el tiempo». Después de tres días le entregó la inscripción: «Vivieron unidas – en el amor del esposo celestial Jesús – Hijas del Divino Cielo de su Corazón – aquí cada una depones – sus restos mortales para revestirlos gloriosos – en el gran día de la universal – resurrección» (Vol. 43, p. 89).

Encontró «graves dificultades que le atravesaron la institución de las dos Congregaciones y la vida de diversas casas; él las superó con paciencia y fe, porque siempre rezaba y nos hacía rezar Jesús, la Virgen y los Santos, especialmente San José y los Arcángeles protectores; pero no rechazaba, más bien pedía los consejos de personas prudentes, de almas santas que él conocía, sobre todo del Arzobispo Guarino». «Solía decir: **Fac omnia cum consilio et non pœnitebis postea...** En los asuntos más difíciles de la comunidad, reunía todos los sacerdotes para el consejo». «Se debió a su prudencia de gobierno el alejamiento de la disolución de la Congregación femenina». «El Padre Bonarrigo me confiaba – decía el Hermano Luis – que el Siervo de Dios a menudo recurría a él para las luces, y en su muerte el Siervo de Dios en un telegrama, me parece, y ciertamente en el elogio fúnebre, lo llamó su primer consejero y él cumplía siempre los consejos que le daba el venerando Padre Bonarrigo, hasta antes de que él fuera sacerdote». «Anteponía a la acción meditación y recurso al Señor, pidiendo también el consejo humano y nuestras oraciones. A menudo nos decía: “Rogad

hoy y sobre todo mañana en la Santa Misa, por un asunto que se tiene que tratar”. Y el día siguiente, después de Misa, a menudo decía: “¡Rogad nuevamente, porque la voluntad del Señor todavía no se manifestó!».

Un religioso nuestro escribe: «Puedo atestiguar que no noté nada imprudente, en el gobierno del Padre, tanto más que yo y muchos de nosotros de la Congregación sabemos que muy a menudo iba a almas elevadas y nos hacía rezar antes oraciones a Dios y a los Santos, especialmente tratándose de asuntos importantes». Gobernando los Institutos, a menudo llamaba sus colaboradores más cercanos para conferir sobre los medios más adecuados para el gobierno de las casas. En efecto, jamás me di cuenta de actos intempestivos. También en sus exhortaciones era equilibrado.

Su prudencia era apreciada por personas señaladas por virtud. Sé que personas eminentes, entre ellas obispos, solían aconsejarse con él. En Oria a menudo el obispo pedía su consejo: bromeando nos decía: “**Papa** Aníbal nos aconsejó y nos aconsejará”. Yo además vi a menudo personajes eclesiásticos y laicos ir a verle para consejo.

Terminemos con un testimonio de una Hija del Sagrado Costado: «En general puedo afirmar que en todos los asuntos fue guiado por gran prudencia, como también para aconsejar y dirigir, aunque tal vez su celo nos pareció un poco fuerte. Nos educaba a sabernos gobernar por nosotras mismas, para el tiempo en que hubiese faltado».

6. Nunca fue excesivo

Examinando ahora las diversas actividades del Padre, destacamos hechos y testimonios, que ponen en luz su sobrenatural prudencia.

Recuerda un funcionario: «El gobierno del Padre era caracterizado por severidad cuando uno se equivocaba, pero nunca separado de la dulzura; siempre prudente y amable, incluso cuando reprochaba. Un día tuve el instinto de poner las manos encima, en signo de abrazo, a un colega funcionario como yo; en seguida me hizo un signo de desaprobación, más con el gesto que con las palabras; cuando fui solo, me pidió casi disculpa, haciéndome sin embargo observar que no era prudente una eventual costumbre». Nos resulta que, en cuanto a la prudencia, aunque él practicara las virtudes en grado heroico, no las imponía a los demás. Más bien difícilmente concedía el ejercicio de virtudes muy arduas... Encomendaba cálidamente la salud corporal y llamaba locuras de la juventud, como San Bernardo, las penitencias exageradas de aquella edad. Hacía falta prevenir los peligros: no podía comunicarse aquella hermana que hubiese entrado en la panadería llevando agujas o alfileres puestos encima, por el peligro eventual de caer en la masa. «Sé que negaba casi siempre, si se pedían, las mortificaciones un poco graves, aunque aconsejando las virtudes en grado elevado». A una hermana que, durante la guerra, le pedía de comer solo pan, durante los viernes de cuaresma, respondía: «Esto no puede ser, porque en estos tiempos el pan escasea: haced ayuno como los demás días, exceptuado el viernes santo, en que podréis hacer el pan y agua». Así también: «No os lo permito (dormir vestida en los tablones cada noche). Como trabajáis todo el día, así la noche hacia las 10 horas procurad de ir a la cama, regularmente, en un colchón bastante suave, y dormid tranquila, durmiendo sobre los pies de Jesús Sumo Bien. Sin embargo, para contentaros os permito de dormir vestida en los tablones una vez sola por semana, pero cubierta y con una manta sobre los maderos» (Vol. 34, p. 34).

Hay que destacar el criterio con que tiene que regularse una superiora en permitir para las hermanas las penitencias voluntarias. Ella: «moderará y regulará las penitencias voluntarias teniendo presente, además de la salud, los trabajos y los encargos de la hermana, el provecho en las santas virtudes de la obediencia, de la humildad, del celo y exactitud para cumplir los propios deberes, de la renuncia de la propia voluntad y juicio etc. Hay almas que fácilmente se iluden con las penitencias corporales: son capaces de hacerlas algunas aspérrimas, y luego faltan sin escrúpulo a la santa obediencia, a la humildad, a la caridad fraterna, al buen cumplimiento de los oficios etc. Estas almas haciendo penitencias corporales se creen ya santas, y así se confirman en el mal ejercicio de las virtudes, se convierten en obstinadas, iracundas etc. etc. Para ellas las **penitencias impuestas** son mejores, también sensibles, así como privarlas de las penitencias que caprichosamente quieren hacer. Si, sin embargo, son de buena voluntad, así que quieren corregirse de sus vicios y adquirir las verdaderas virtudes, entonces se les pueden permitir las penitencias voluntarias, siempre discretamente, a condición que se prevengan que tienen que ofrecer al Señor aquellas penitencias para obtener gracias de corregirse de las malas inclinaciones y de avanzarse en las santas virtudes religiosas, amenazándolas de no permitir más las penitencias voluntarias, si no se avanzan en las santas virtudes» (Vol. 1, p. 217).

He aquí como una hermana juzga la prudencia del Padre en las correcciones: «A menudo lo vi callar y sobrepasar por prudencia. Según las faltas corregía y llevaba remedio. En los consejos y en las correcciones nunca fue excesivo. Habiendo yo una vez referido a chicas externas las cosas de la casa, él me dio un golpecito en la cabeza y me dio una admonición escrita con su puño: **No hables nunca con las externas sobre las cosas de la casa**».

Del Padre como confesor se refieren estos juicios: «Yo, dice una hermana, me confesaba extraordinariamente con él, y noté siempre una prudencia angelical y en el gobierno externo fue siempre prudente. En toda su actividad noté siempre como fin la gloria de Dios y la salvación de las almas, adoptando como medios oración y meditación». Y otras: «Yo me confesé una sola vez con él y me fijé en su discreción. (...) Confesaba sólo en línea excepcional, cuando una insistía, al menos para la dirección espiritual; él decía explícitamente que era superior y que así no podía ser confesor ordinario». «Me confesé alguna vez con él y no tuve que quejarme por el rigor». «Unas de nosotras habrían querido confesarse con él, pero él se negó, añadiendo su calidad de director del Instituto». A propósito de confesión se destacó: «Nunca noté por parte del Padre alguna imprudencia: las confesiones las quería breves».

Leemos una carta suya al párroco Padre Moramarco, confesor de las Hijas del Divino Celo en Altamura: «Le encomiendo vivamente las confesiones de esta casa mía: ¡que sean breves relativamente, sin el mínimo discurso que no tenga la finalidad del sacramento, siguiendo, en todo y por todo, las reglas, los usos, las dinámicas del Instituto, y especialmente la perfecta conformidad con el funcionamiento y la dirección y las órdenes en foro externo de la superiora y de la maestra! De allí nacen tales inconvenientes y se alimentan talmente las insubordinaciones e indisciplinas, que las comunidades se desbarajustan. Tenemos de esto ejemplos funestos.

«Por eso, ¡cuando se puede tener para confesor en una comunidad femenina un propio sacerdote de una comunidad masculina es una suerte y una garantía! Pero lo mismo acontece cuando el confesor externo es sabio, prudente, de espíritu, cuidadoso, experimentado, no fácil en creer en quejas y subterfugios de alguna que, en vez de confesarse útilmente, entreteje maliciosamente el desahogo contra las superioras etc., y con tanta naturaleza y maliciosa industria, que el confesor, si no es bien experimentado, le da razón con gran daño del alma y de la disciplina.

«Discúlpeme estas advertencias, pero el Señor no quiere que despreciemos las palabras amonestadoras de los ancianos. ¡Y yo en propósito tengo largas y dolorosas experiencias!

«Ahora, pues, utilice el sistema adoptado por San Agustino, especialmente con las devotas: **¡Cum mulieribus sermo brevis et rigidus!** ¡Ponga en su sitio cada alma para obedecer, respetar, amar y santamente temer la propia superiora! No acepte (no digo no haga) discursos de curiosidad etc. Verá que así las almas serán más buenas. Evite que se entretengan mucho en la confesión: corte lo superfluo, las acostumbre a confesarse brevemente: **est, est; non, non** (Evangelio). ¡Para una comunidad es un mal ejemplo cuando una sistemáticamente está ratos de media hora, de tres cuartos de hora y hasta una hora en el confesionario! ¡Yo confesaba 17 hermanas de la caridad **en una hora**, ni podía estar más, porque ellas mismas no me lo consentían! ¡Aquellas son almas! ¡Y nosotros tenemos que educarlas así, especialmente en una comunidad naciente!» (N.I. Vol. 5, p. 302).

Las sabias normas de docilidad y sumisión arriba sugeridas, permanecen válidas también después del Concilio: a pesar del diálogo, sea cuanto se quiera amplio y exhaustivo, la obediencia permanece siempre obediencia, **quedando, no obstante, siempre a salvo su autoridad** (la del superior) **para determinar y mandar lo que debe hacerse** (PC 14).

En cierta ocasión en Oria un joven religioso había cometido unos defectos, culminados luego en una **rebelión soldadesca** en la presencia de dos cohermanos, y el día siguiente se había comunicado sin haber hecho reparación. Informado de ello, el Siervo de Dios de Mesina escribió al prefecto de hacer saber al culpable sus «paternas amonestaciones y de exhortarlo a confesarse cuanto antes, prepuesto algún día de retiro espiritual y confesarse – destaca el Padre muy oportunamente – con algún confesor que no le dé razón, sino que le dé la culpa, ¡porque si él, o con su modo de confesarse, o bien con demasiada indulgencia del confesor, recibirá razón o casi, por el confesor, será perdido! ¡Muchos se pierden por este camino!» (Vol. 30, p. 52).

La Madre General en la visita de una casa había demostrado de no tener confianza en la superiora. He aquí como el Padre le llama la atención e instruye: «En sustancia hay da compadecer alguna cosa en aquella superiora. Vos habéis hecho bien en observarlo todo y en referírmelo todo. Pero no apruebo que las hermanas entendieron que vos reprochasteis, o sea os escandalizasteis por tantas faltas. Habríais tenido que conducir las búsquedas de manera que no llamarais la atención de las hermanas sobre las faltas de la superiora. Hacía falta un poco de indiferencia y justificarla, al menos aparentemente. Ella ya me escribió humildísimamente desde Oria, aceptándose totalmente el oficio. En el fondo es una buena hermana; y luego haría falta sentir también sus justificaciones. Hicisteis bien en establecer los actos comunes, pero no puedo creer que se iba en el completo desorden. No se tiene que creer en todo lo que dicen las jóvenes cuando viene una nueva superiora, especialmente cuando esta muestra una cierta curiosidad en averiguar. Puede ser también que antes la ayudaron o la empujaron para exceder, y ahora la acusan. ¡Aquella hermana edificó aquella comunidad en muchas cosas!» (Vol. 35, p. 98). Muchas hermanas escribiendo al Padre para asegurarse del secreto hablaban de **sigilo de confesión**; el padre contesta: «Cuando me escribís, no digáis sigilo de confesión, porque estamos fuera de confesión, y a los directores no se imponen sigilos, excepto remitiéndose a su discreción» (Vol. 34, p. 88).

7. Las nuevas fundaciones

¡Cuánta prudencia hallamos en el Padre para las nuevas fundaciones!

Requiere por lo menos un mes de oraciones particulares con celebraciones de Santas Misas, y luego visita de los lugares, si adecuados, higiénicos, etc. «No se acepten fundaciones donde la casa y la posición de la misma no sean según la higiene y que no tengan luz y aire y agua» (Vol. 1, p. 193). Hacía falta antes de todo tener presente la disponibilidad de los sujetos, que no faltarán si se espera en darles adecuada formación: «Cuando la formación espiritual, intelectual y doméstica está bien hecha, Nuestro Señor envía siempre nuevas y buenas vocaciones, porque el Instituto se convierte en arca de salvación para los que se agregan a ello» (Vol. 1, p. 182). El Padre no aceptaba de trabajar en entes morales: siempre rechazó la ofrenda, como se opuso resolutamente cada vez que se le exhortaba a erigir en ente moral sus orfanatos: él quería conservar absoluta independencia con plena libertad de acción.

El mantenimiento de las nuevas casas no lo pretendía asegurado totalmente: «Quede sin problema un margen vacío por lo que se pueda añadir con los propios lucros y por cuanto concurra en ello la Divina Providencia, en la que hace falta tener gran confianza; pero no se tiene que ir a los excesos tentándola comenzando una fundación donde humanamente hay poco o nada para esperar» (Vol. 1, p. 184).

El Padre Vitale habría tal vez querido frenar los impulsos del Padre, para consolidar las casas existentes. El Padre le escribe: «Yo también quisiera **una casa sola** buena, pero, ¿si los acontecimientos nos llevan? Igual – él añade por reflejo de humildad – habrá también mi amor propio o mi ligereza, y ruego al Señor que no me haga abrir casas si antes etc. ¡Pero si se da alguna ocasión demasiado buena no tengo el ánimo de rechazarla! ¡Recemos!» (Vol. 31, p. 9). En Trani hubo cólera en 1910. ¿Acaso podía el Padre dejar en la calle las huérfanas del cólera? Y añade el orfanato a la escuela de trabajo que había abierto unos meses antes. Aquel santo hombre del Arzobispo Monseñor Carrano permaneció perplejo... El Padre avisa de esto la Madre General: «Monseñor como siempre declama, reprueba, autoriza, quiere, no quiere, critica, alaba, no mira en la cara y me da dinero. ¡Me dio 300 liras y tiene listas ya otras 950 para el equipo, porque se tiene que comprarlo todo para las huerfanitas que llegan pobrísimas! ¡Viva Jesús!». Alguna línea más abajo: «Monseñor me reprochó casi que tomo huerfanitas sin tener los medios, y yo le dije que por ahora acojo unas pocas, o sea cinco. Calló, ¡pero luego me envió a decir que acogiera 13 de ellas, en honor de San Antonio!» (Vol. 35, p. 48).

Los deseos del Padre, como en todo, también en las fundaciones, eran subordinados a la voluntad de Dios. En 1912 pareció abierto el camino para la entrada en Padua de las hermanas, que habrían ido para el servicio de la parroquia de los carmelitas (cf. Vol. 34, p. 94). Pero las condiciones que se ponían por aquel párroco eran hasta imposibles; y el Padre no dudó en renunciar a su proyecto. Escribió al párroco: «Es verdad que deseamos entrar en Padua, pero nuestro deseo es moderado, porque sometido a la voluntad de Dios, que quiere que nos arreglemos siempre con prudencia. Usted requiere que las hermanas tengan que vivir a costas del Instituto y que cualquier ganancia que les venga por el trabajo personal, guardería, taller, etc. todo tiene que ser escrupulosamente entregado al párroco. Pero esto, Padre mío, no es según justicia: ¡el Evangelio es claro: **Dignus est operarius mercede sua!** Si en Padua no podemos entrar en mejores condiciones, decimos que aún no llegó para nosotros la hora de Dios y renunciamos a ello siguiendo a rezar». ¡Y se rezó hasta 1948!

Era riguroso que en las casas se mantuviera el acuerdo con los párrocos. Con el de Torregrotta, las hermanas tuvieron durante un tiempo unos malentendidos; y el Padre Mesina insistía para que el Padre provocara por la Curia Arzobispal una sanción. El Padre le contestó: «No envié las hermanas

a Torregrotta para levantar una contraparte al párroco: si se creara una situación parecida, retiraría las hermanas inmediatamente».⁹¹

El 11 de febrero de 1927, bajo los augurios de la Virgen de Lourdes, el Padre abrió su última casa, en Novara de Sicilia.

Sin embargo, él no pudo intervenir, porque afectado por la enfermedad que unos meses después acabó con él. Escribió por lo tanto a las hermanas que, saliendo de San Pier Niceto tenían que iniciar la fundación, cómo tenían que portarse con aquel arcipreste: «Él os hará las debidas acogidas, y vosotras tendréis que comprender bien la misión importante que tendréis que cumplir. (...) Tened presente que el Reverendísimo Padre Arcipreste tomará de vosotras gran cuidado, y a él tendréis que mostrar obsequio y respeto y en muchas cosas conformaros con sus consejos, salvo siempre nuestras reglas y vuestra perfecta dependencia por la Superiora General» (Vol. 34, p. 71).

No permitía que personas extrañas convivieran en comunidad, incluso tratándose de bienhechores. Escribía a las Hijas del Sagrado Costado: «Aunque aquella señorita sea **un alma santa**, también no es conveniente que estén seglares con religiosas, (...) con el tiempo los inconvenientes de la convivencia serían inevitables». En cuanto a las ventajas que se podrían esperar de ello, añade: «Busquemos a Dios, actuemos según rectitud, no nos apoyemos en las criaturas ni en los bienes terrenales y entonces Dios nos ayudará» (Vol. 38, p. 60).

Las hermanas de Estrella Matutina habían abierto una nueva obra en una casa dependiente de una iglesia, y el Padre les aconseja como portarse: «En cuanto al Reverendo Rector, usadle toda la atención posible, ceded en todo aquello en que podéis ceder sin perjuicio, callad sin resentiros, rogad a Jesús que le dé sentimientos mansos y razonables, usad suma prudencia de no haceros escapar palabras de crítica, de desaprobación etc. etc. hablando con las externas o bien con las oblatas, porque cada palabra luego es referida y exagerada, y el demonio se sirve de ello para enturbiar las aguas. No deis escucha a cualquier referencia que os hicieran las externas o las otras, o bien las oblatas, contra él; sino cortad en seguida el discurso, decid que no creéis nada contra él, y callad en seguida, porque muchas veces unas hacen dos partes, y refieren mal por una parte y por la otra. Portándoos así con prudencia, oración y disimulación, respeto y mansedumbre, podéis confiar en el Señor, que en su tiempo os dará victoria. Hace falta, como dice San Pablo, vencer el mal con el bien. De otra cosa importante quisiera advertiros, o sea, ¡que no habléis nunca entre vosotras en voz alta sobre el Padre Rector, porque hay siempre oídos que escuchan y si cogen alguna palabra imprudente, en seguida la van a referir! (...) ¡Tened pues cuidado! ¡Prudencia y oración! ¡Sed sabias!». Y más abajo insiste: «Tenéis que quitar cualquier ocasión para no poner armas en manos al demonio. Reflexionad que vuestra posición allí es muy delicada. No sois enteramente en casa vuestra. Sois en medio de personas que, aunque sean mejores que vosotras, también pueden ser un instrumento en las manos del demonio para disturbaros, aunque no deis ningún motivo. ¡Imaginaos luego si dais algún motivo!». Acaba exhortando a la confianza: «Pero cuando somos perseguidos sin nuestra culpa, sino rezando por los que nos persiguen y respetándolos y haciéndoles también del bien, entonces el Señor nos defiende, nos guarda y nos hace siempre triunfar» (Vol. 39, p. 36).

Abriendo las nuevas casas, quería que las otras contribuyeran para ayudarlas al menos para la decoración de la capilla y, en caso de estrecheces también en otra manera; pero cuando la casa era ya arreglada, tenía que comprar de las casas lo que hacía falta. A propósito de la impresión del **Dios y el Próximo**, el Padre escribía a la Madre Nazarena: «Siempre hay aquella máxima que las casas, cuando

⁹¹ La carta al Padre Mesina y la otra al párroco de Padua las leí, pero lamentablemente no conservamos copia de ella. Las citaciones son de notas que conservé durante largo tiempo.

no tienen nada, tienen que ser ayudadas por las demás, y esto por la exactitud y la regularidad. Así que, desde ahora en adelante a los periódicos unid la nota de los gastos» (Vol. 35, p. 147).

8. No desdeñaba los medios humanos

«El motivo dominante de las instrucciones del Padre a nosotras – escribe una hermana – era el desprecio casi de los medios humanos». Aquel **casi** está para indicar que la confianza en la Providencia predominaba, pero los medios humanos según prudencia no eran rechazados. Él «decía que Jesús no habría multiplicado los panes si hubiese habido el medio de comprarlos». En todas sus obras, después de los medios sobrenaturales, aprovechaba todos aquellos naturales lícitos. Ejemplos: la causa de Aviñón, donde puso delante también su título noble, porque sabía que un juez tenía una debilidad por la aristocracia; fue atrás de cada concejal a propósito de la cesión del Monasterio del Espíritu Santo; previno la ejecución de la obra sectaria en Francavilla, enviando los huerfanitos a Mesina el día antes.

Cuando se dio cuenta que, con el pretexto de Francavilla, había sido atacada toda la institución, escribió al Padre Vitale: «Me parece que tengo que moverme, para hacer por mi parte todo lo posible para evitar el peligro que nos amenaza. Se entiendo que antes de todo rezamos y confiamos en el Corazón de Jesús. Pero alguna cooperación tenemos que ponerla»; y más abajo: «El instituto masculino en Francavilla está en continuo peligro de desaparecer. ¡Adoremos los juicios de Dios! ¡Pero el Señor del mal sabe sacar el bien! Confíemos y, si tenemos que actuar, actuemos» (Vol. 31, p. 6). Y actuó eficazmente: sacó por la noche los chicos hacia Mesina y en seguida pasó a Roma para aclarar las cosas, sirviéndose de sus conocimientos con el ministro, General Spingardi, que había sido comandante de la fortaleza de Mesina.

Con ocasión de la disputa con Monseñor Razzoli por las Hijas del Sagrado Costado, una de aquellas hermanas acusó el Padre de pretender las curaciones en las enfermedades con el uso de papelitos con el nombre Santísimo de Jesús. He aquí cómo el Padre se disculpa: «Esta es una acusación falsa con tergiversación de las cosas. Jamás eliminé la obra del médico para sustituir los papelitos del Corazón Santísimo de Jesús: habría sido una grave imprudencia, temeridad y superstición que, gracias al Señor, nunca cometí. En mis institutos los médicos se pagan cada año, y hay unos para las enfermedades ordinarias y otros especialistas para los ojos, garganta, oídos. Últimamente puse una de las Hijas del Sagrado Costado en la casa de salud del doctor D'Erchia, en Bari, para una operación quirúrgica que, gracias al Señor, salió felizmente; y pagué algo como mil doscientos liras. Pero no niego que, junto con los recursos humanos, se usan, en mis institutos, en los casos graves, los papelitos del Corazón Santísimo de Jesús, más bien especialmente aquellos del Santísimo Nombre, y notamos sus admirables efectos». Y dice de «dos curaciones e inveteradas y graves enfermedades acontecidas entre las Hijas del Divino Celo» con el uso de los papelitos del Nombre Santísimo de Jesús «cuya relación fue publicada en el periódico, publicado en Nápoles por Don Paoloni, **El Celador del Nombre Santísimo de Jesús**; pero en aquella relación «son especificados los recursos humanos usados» y es dicho que «**El Nombre Santísimo de Jesús los hizo salir eficaces**» (N.I. Vol. 7, p. 212).

Escribiendo a las Hermanas de Estrella matutina encomienda la confianza, pero sobre todo la buena conducta: «Hace falta redoblar nuestra confianza en Dios y rezar y, **lo que es más importante**, portarse santamente para mover el Corazón de Dios» (Vol. 39, p. 38). Otra vez, tras diversas sugerencias sobre cómo activarse para hacer desarrollar su institución, concluye: «¡Poned cuidado en

lo que añado! Dios es la riqueza infinita, y puede hacer brotar dinero de las rocas, ¡pero Él quiere vuestra cooperación! (...) ¡Ayúdate que te ayudo, dice el Señor! ¡Las madres ancianas quédense rezando, pero las jóvenes trabajen, caminen, se comprometan!» (Vol. 39, p. 64).

El Padre quiere que se entretaja siempre confianza en Dios, oración y cooperación, según las propias capacidades; y sobre esto insiste hablando del buen cumplimiento de los encargos: «Se tiene que aceptar cualquier oficio de las manos de Dios bendito y de la Santísima Virgen con fe y amor, y con firme resoluta voluntad de cumplirlo con toda atención, inteligencia, diligencia, (...) o sea se tiene que saber comprender y saberse resolver. Mentos obtusas, idiotas, jamás cumplirán bien el oficio, también el más sencillo; pero una inteligencia puede abrirse a la luz de la gracia. No se acepten en comunidad personas demasiado idiotas; sino hablando de aquellas que por poca inteligencia no sabrían desarrollarse en la actividad y en cada caso del cumplimiento del propio oficio, insistimos que se ayuden con la oración remota y próxima actual que, nótese bien, no saldrá eficaz si la persona no habrá aceptado el oficio con ánimo alegre y resolutivo de cumplirlo bien, y no ponga toda su buena voluntad para salir bien. Si así es, como esperamos de todas, cada una, si no le llega bien el intelecto, ayúdese con la oración. Aconsejamos, especialmente en los casos dudosos, en las perplejidades etc. además de la invocación del Nombre santísimo de Jesús, la de la **Santísima Virgen del Buen Consejo**, que puede hacerse diciendo interiormente: “Madre del Buen Consejo, por amor de Jesús, vuestro dilecto hijo, iluminadme cómo tengo que arreglarme, cómo tengo que resolverme y cosas parecidas”. Esta invocación de la Santísima Virgen del Buen Consejo, hecha con amor y fe, se demostró siempre eficaz más de lo que se crea y abre las inteligencias más obtusas». Si unas no experimentan su eficacia, el Padre culpa de ello al alma que falta de las disposiciones queridas: «Unas cuantas no llegan a cumplir exactamente su propio oficio, haciendo con esto no leve daño a sí mismas y a la comunidad, sea porque no aceptan con ánimo alegre y resolutiva voluntad, ni con fe, el oficio que les da la santa obediencia, sea porque desatienden la oración remota y próxima y actual; y por eso no pueden acusar su insuficiencia, sino que se hacen culpables de cada fracaso» (Vol. 1, p. 123).

Evidentemente en el sujeto tiene que haber cierta capacidad o preparación para el oficio, al revés habría presunción.

Recuerdo que durante la guerra de 1915-18, tras la muerte de nuestro motorista en Oria, el hermano Mauro no hallaba el que lo sustituyera; y era un problema porque, quedando parada la zapatería, peligraba la dispensa de unos religiosos nuestros. El Padre Palma asignó el oficio a un hermano absolutamente nuevo en la tarea, que no consiguió a encender el motor – se trataba de motor de combustión interna – a pesar de los **Pater noster**, que el Padre Palma rezaba uno tras otro. El Padre, que seguía la maniobra, interrumpió en un cierto punto: “Padre Palma, rezar sí, está bien; ¿pero el hermano sabe o no llevar el motor?”. “Padre, ¡es completamente novato!”. “Y entonces, concluyó el Padre, no pretendamos milagros: se haga venir el instructor de la empresa que lo proveyó.

En el comienzo de la guerra el Padre se preocupó de advertir con una carta circular todas las casas sobre cómo se tenían que portar en la correspondencia sometida a la censura. Tras haber dicho que la correspondencia es abierta y si allí hallan «noticias sobre los hechos de la guerra, cuyo conocimiento pueda considerarse como furtivo y clandestino y que provocara alarmas en cuando las noticias se propagaran, la ley puede proceder a penalizar los autores de las cartas» da estas disposiciones: «El director aquí suscrito encomienda cálidamente a esta casa, que de cualesquiera clase sean las noticias que podrían transmitirse por hechos acontecidos allí, o bien por hechos acontecidos en otros lugares y por ellos conocidos, se abstengan para no incurrir en la censura y en las penas correspondientes». Quiere además que «se acuse al suscrito la recepción de la presente circular, y cuídese que todos los sujetos de esta casa respeten estas normas». Finalmente, manda: «Se

conservar en archivo el presente documento» (N.I. Vol. 5, p. 31). Y al Padre Vitale: «Pongamos atención en hacer telegramas, porque hoy también las cosas y las palabras más inocentes provocan sospecha» (Vol. 32, p. 73). Y renueva el recuerdo a las hermanas de Padua después de la derrota de Caporetto, como si fuera una recomendación superflua: «Yo no sé si en Padua pondrán **censura** por las cartas que salen o por las que llegan o por ambas. De toda manera, para nosotros esto será superfluo, porque nuestro escribir mutuo es todo conforme a los rectos principios religiosos, civiles, ciudadanos y patrióticos: así que es superfluo encomendaros que escribáis cada cosa clara, porque tal vez se podría tergiversar por la **censura**, o bien equivocarse sobre expresiones inocentes. Pues observad lo que os digo» (N.I. Vol. 5, p. 251).

La correspondencia con los devotos de San Antonio, que esperaban gracias por las oraciones de los huérfanos, generalmente era confiada a las hermanas, y el Padre encomendaba prudencia: «Cuidado en cómo se escriben las correspondencias a los devotos; o sea cuidado que no se tienen que prometer gracias y milagros, sino que se tiene que dar esperanza, si Dios quiere, si es bien del alma, etc. ¡Cuidado!» (Vol. 34, p. 38).

9. No lo engañaban

Bajemos aún en detalles.

Leemos en un informe: «Generalmente no noté imprudencia en el Padre», en otro en cambio se halla para contestar: «Según la impresión que recuerdo, no tenía mucha prudencia humana; oí decir que a menudo era engañado en los asuntos». Según la impresión del que escribe, en cambio, creo que no es del todo acertado este testimonio, como justifican otras evidencias y hechos que podemos recordar.

Las adquisiciones mayores, el Siervo de Dios no los hacía sin el consejo de los técnicos y antes de todo de los superiores eclesiásticos. «Un día – habla el Padre Vitale – manifesté mi desacuerdo; me contestó: “Sepa que lo hice con el consejo del Obispo”». Una Hija del Sagrado Costado: «Antes de fundar una casa también de nuestra Congregación hacía todo con mucha prudencia, poniéndose de acuerdo con las autoridades eclesiásticas y civiles».

El abogado Crisafulli: «Conocí el Siervo de Dios desde cuando era chico, admirándolo por su virtud. Siendo abogado lo recibí a menudo en mi casa, porque él sentía el deber de consultar mi modesta persona cada vez que tenía que hacer algún acto administrativo, aunque hubiese ya consultado otros abogados».

En los asuntos el Padre no tenía los ojos cerrados.

Tratándose de edificar nuevamente la iglesia del Espíritu Santo en Mesina, derribada en el terremoto de 1908, se impuso y tuvo razón sobre el ingeniero y el constructor, que querían abatir los muros del monumento, haciendo perder a la Obra la ayuda del Estado. Avisa de esto al Padre Vitale, con estas palabras: «La prevengo que tanto el ingeniero como el constructor proyectaban de derribar completamente las paredes, pero yo me opuse, y así se rindieron y formaron el proyecto de encadenar las paredes. El constructor pretendía que no hay nada artístico. ¡Así que hace falta decirles a ambos que no derriben, o mejor que no sorprendan el criterio del Genio Civil, que por su naturaleza inclina a hacer demoler todo, y rehacerse a costas del que allí cae! ¡Buen servicio nos quisiera hacer el ingeniero! ¡Proteste usted por mi parte! Los muros no son artísticos: si se derriban, cesa toda razón

de obtener ayudas por el Ministerio de la Instrucción pública. Además, ¡el director de los monumentos quiere conservar las paredes!» (Vol. 32, p. 38).

En la adquisición de la casa para las Hijas del Sagrado Costado en Spinazzola, recordemos las palabras de Monseñor Farina: «Admiré en esta circunstancia la prudencia del Siervo de Dios, que supo también en la adquisición eludir las pretensiones exageradas de los vendedores, que querían aprovechar de la premura vivísima que se tenía de adquirir, por parte de las hermanas y del obispo».

Un caso mucho más sencillo, que, pero es índice del cuidado del Padre. La factura del agua de septiembre – octubre de 1911 le parecía exagerada. Escribe a la superiora: «¿Cómo es posible, ya que desde el 1 de agosto tenemos el agua antigua? Dicen que tanto marcaba el motor. Pero, ¿había el motor en aquellos dos meses? ¿Era exacto? ¿Acaso hubo una introducción casual en los tubos del agua antigua? No paguéis si todo esto no se aclara» (Vol. 35, p. 84).

Donde el Padre vino no digo jugado, sino pillado por la garganta, fue en la adquisición de las Casas Aviñón. La Obra había nacido en aquella **tierra maldita**, y era aquella la que se tenía que redimir y el Padre no la podía abandonar: los dueños se daban cuenta y pretendían un precio de afección. Obviamente hacía falta escucharlos; sin embargo, el Padre entendía bien que se trataba de una especulación.

Finalmente, el Padre consiguió comprar aquellas casitas, pero «al precio carísimo de mil liras cada una – apunta él mismo – cuando habrían podido pagarse apenas unas trescientos liras» (N.I. Vol. 1, p. 271).

Hubo un cierto momento, antes de la adquisición, que los propietarios parecía que quisieran recurrir a la subasta. El Padre recurre antes de todo a la oración y escribe al Padre Vitale: «Haga preponer desde ahora las seis novenas para que el Señor me dé luces y ayuda, (...) oración y consejo maduro de hombres competentes si estamos obligados a recurrir a la subasta»; y añadía: «Estemos muy alerta que no nos hagan alguna mala jugada, porque este lugar es centralísimo en la nueva Mesina, y no es difícil hallar el que concurra en la subasta para tomarlo a precio incluso elevado, llegando acordándose con Andó y Pino (**los propietarios**), a los que poco o nada importará si nos lo envían todo río arriba» (Vol. 32, p. 93).

En tales casos no quedaba que resignarse, y el Siervo de Dios escribía al Padre Vitale: «¡Dele lo que quiere! Paciencia. ¡Los lugares adquiridos por el Señor a un alto precio valdrán mucho espiritual y temporalmente!» (Vol. 33, p. 137). Y unos días después insiste: «Acabe con las casitas, no se quede mirando el precio» (Vol. 32, p. 141).

Las Casas de Aviñón dieron graves preocupaciones al Padre hasta sus últimos años. El marqués Bruno Antonio las había fabricado disponiéndole en diversas filas en el terreno de su propiedad hacia 1840. Sabemos que poco a poco el Padre consiguió comprarlas, pagándolas, como ya dijimos, en peso de oro. Después de unos veinte años de pacífica posesión de todo el conjunto, he aquí que uno de los herederos avanza pretensiones sobre las callejuelas que unían las casas que, según él no recaían en el contrato de adquisición, y movió una causa que llegó hasta la casación. Finalmente, el derecho de propiedad del Padre fue definitivamente reconocido.

Veamos la conducta del Padre en este asunto.

Destacamos antes de todo que Aviñón estaba talmente en mala fe que me fue referido que dijera: “Aunque perdiera la causa, ciertamente el Canónigo Di Francia no me hará pagar nada”,

pensaba que iba a hacer una especulación; y el Padre, dadas las precarias condiciones financieras de él, lo socorría y siguió socorriéndolo siempre, durante y después de la contienda.

Para la defensa, como siempre, el Padre hizo recurso a los medios naturales y sobrenaturales. Empezando por estos últimos, con genialidad eligió toda una corte celestial, presidida por San Miguel Arcángel con jueces, abogados, consejeros etc. formados por Ángeles y Santos, con el público **asistente, orante, esperante e influente**, las Almas Santas del Purgatorio; a los que todos se dirigían con particulares oraciones (Vol. 5, p. 108).⁹²

Ciertamente el Padre no pretendía milagros, así que proveyó para la defensa nombrando abogados, poniéndose a su disposición para noticias y aclaraciones. Recuerda el abogado Romano: «En la causa contra Aviñón, en que fui defensor del Padre, él demostró un ánimo tan imperturbable, que toda su confianza estaba puesta en Dios; más bien puedo añadir que en esta circunstancia él se confió también sobre el parecer de otros abogados del foro mesinés».

10. Gobierno de un audaz

Espigando en los diversos informes, hallamos unos juicios sobre el gobierno del Padre: «El gobierno del Siervo de Dios fue el de un santo, se diría más de un imprudente porque audaz, confiando absolutamente en la Providencia».

En el Padre dominaba sobre todo la caridad, que lo hacía pasar por encima de ciertos expedientes humanos. Él vivió heroicamente las virtudes, especialmente la caridad. Era como un águila con las plumas de oro de ella. Así era creído y por eso obsequiado por los ciudadanos. La sola virtud de la prudencia humana faltaba en él, dominada por el criterio de la fe y de la caridad. «Nunca noté imprudencia en su conducta, aunque no se pueda llamar imprudencia su ilimitada confianza en Dios». «La dirección administrativa no era lo suyo: su aritmética no era humana». «Para mí fue un hombre siempre equilibrado, que no daba el paso más largo que la pierna. Cuando luego veía manifestada la voluntad del Señor, se echaba en Él y corría su camino». «Sus golpes de cabeza ocurrían cuando se trataba de caridad; especialmente encontrando en la calle algún niño perdido, para él tenía que haber un lugar en el Instituto».

Hace falta tener presente estos testimonios para considerar los límites de las acusaciones contra la prudencia del Padre.

«No siempre tuvo prudencia humana: abrazaba más de lo que no hubiese podido, pero como él confiaba en Dios, el imposible se convertía en realidad. Recuerdo que oí exclamar al Canónigo Vitale una vez: “¡Santo Padre, santo Padre!”; dirigiéndose a mí: se trataba de no sé qué compromiso tomado por el Padre, en materia de caridad, que ante la mirada prudente del Padre Vitale parecía un absurdo, pero que ante el corazón del Siervo de Dios que confiaba en la Providencia, no era nada o casi». En efecto, el Padre Vitale, fundado sobre la experiencia continua, añadía: “¡Pero el Señor lo

⁹² Hay que recordar una argucia del Padre. En esta corte celestial las partes de abogado fueron asignadas a San Francisco de Sales, a San Alfonso de Liguori y a San Francisco de Paula. El Padre Drago, con una punta de inocente malicia, hizo observar al Siervo de Dios que San Francisco de Paula no estaba en su sitio al lado de los dos maestros de derecho San Francisco de Sales y San Alfonso... «He aquí – contestó el Padre – San Alfonso representa la ley, San Francisco de Sales la dulzura y la persuasión; que luego si la ley y la razón no valen – concluyó riendo – se presenta San Francisco de Paula, que levanta su bastón y lo pone todo en orden». Es un recuerdo a la salida graciosa del dialecto romanesco: **Quanno ce vo', ce vo'...**

arregla todo!”. El Siervo de Dios no conocía límites a su caridad y habría encarado la ejecución de cualquier obra, fuera hasta la construcción del hospital mayor de Milán en Mesina».

El problema de los medios para la vida de una Obra es ciertamente un gran problema, y sabemos cuánto seriamente empeñaba el Padre; pero ello no es el problema principal. He aquí lo que el Padre escribe en propósito a Monseñor Zimarino, obispo de Gravina: «En estas obras el asunto de los medios creo que esté en el tercer lugar. Primero hace falta **la obra espiritual**, o sea la recta y pura intención, el espíritu de fe y sacrificio, el amor de Nuestro Señor y del querido prójimo; y todas estas cosas hermosas tienen que hacerse reinar en las instituciones, por lo que **potest humana fragilitas**, porque las miserias humanas siempre están con nosotros; luego hace falta **la obra eclesiástica**, o sea estar en perfecta regla con las autoridades eclesiásticas, bendecidos por ellos y perfectamente dependientes por ellos; en tercer lugar viene **la obra civil**, o sea medios, administración, trabajos, industrias, etc. Está claro que hace falta también **trabajar: ora et labora**; y entonces, cuando se atiende en primer lugar al reino de Dios y a su justicia, y se añade el propio trabajo para comer el pan de cada día **in sudore vultus**, ¡oh! ¿acaso pueden faltar los medios? Faltará el cielo, o sea la atmósfera, y la tierra, ¡pero la palabra de Dios nunca fallará!». Por lo tanto, confiesa: «Mis pequeñas obras siguieron durante unos treinta años sin fondos en la caja, sin rentas fijas, y vimos los milagros de la Providencia» (N.I. Vol. 7, p. 162).

Contra la prudencia del Padre está la acusación lanzada por Monseñor Razzoli, que él fuera impresionable e impulsivo, y por eso precipitoso en sus decisiones. A esta responde Monseñor Farina: «A mí pareció que se confundiera la fortaleza y la prontitud de decisiones, aparecidas con fundamento necesarias, como impulsividad, allá donde él se revelaba reflexivo y prudente, ni se fiaba sólo de su parecer, sino que pedía consejo».

Una acusación específica se refiere al número de los chicos que el Padre acogía. Recuerda una hermana de las más ancianas: «No me parece que haya sido un ejemplo para imitar acoger en los primeros tiempos huérfanos y huérfanas, cuando faltaban lugares capaces y vestidos y medios higiénicos: para nosotros era casi un desespero: sólo cuando pudimos acudir nosotras las hermanas se solucionó este inconveniente».

¡Si el Padre en el comienzo del Obra hubiese buscado en Aviñón el ideal, la Obra no hubiese nacido! Él se defiende de esta acusación: «Se dijo de mí que soy demasiado fácil para aceptar las chicas». Y contesta: «Hace falta hallarse bajo las graves presiones morales en que a menudo me hallo: hoy es un noble que me suplica, mañana es un representante de la pública prensa que intercede, luego es un bienhechor que pretende; otra vez - ¡parece increíble! – es uno de aquellos mismos que deploran mi facilidad a tomar huérfanas, que me presiona y me acosa para que acepte una; otra vez será un caso crítico, de gravedad excepcional, que se impone; alguna vez es una niña vestida de negro, descalza, harapienta, con dos ojitos lagrimosos, que mira a la hermana como para decirle: “¡Oh, yo ya no tengo madre, tomadme entre vosotras!» (Vol. 45, p. 447).

Al alcalde de Oria escribe en cierta ocasión: «Algunos me dijeron que voy demasiado lejos tomando huérfanos, y que no calculo entre salidas e ingresos. Igual tienen razón: pero así soy yo: ¡siento talmente vivo el interés de salvar la orfandad derelicta y en peligro, que no puedo siempre frenarme, ni puedo ponerme en manos el compás del frío calculador!». Y he aquí la apelación a la Providencia: «Finalmente creo que la santidad de la Obra es tal, que tiene que haber una Providencia divina y humana, para que por nuestra parte se haga lo que podemos» (Vol. 41, p. 93). Queda que la **extrema ratio** era siempre la ayuda del Señor.

Tal vez son las circunstancias que se imponen: lo vimos antes para la casa de Trani: ante las perplejidades y titubeos del arzobispo el Padre había limitado la aceptación de las huérfanas del cólera; pero luego fue el mismo prelado a querer acrecentado el número...

Otra acusación se refiere a las demasiadas oraciones. «Pienso que el único exceso fuera constituido por las oraciones muy prolijas durante el día; en toda otra cosa no requería sino lo que podían dar nuestras fuerzas, y en modo especial esto lo relevé mientras mitigaba las asperezas del carácter de Melania, debidas igual a la preocupación de explorar nuestra vocación».

De las oraciones hablamos antes donde también aclaramos el pensamiento del Padre. Recuerdo cuando estudiante de gimnasio en Oria teníamos el rezo diario de las oraciones largas para obtener los buenos trabajadores, que se hacían muy pesadas para los estudiantes; el Padre Vitale sometió el caso al Padre que en seguida las sustituyó con aquellas breves, reduciendo las largas a los solos domingos y fiestas. Él luego hizo una reducción general de las oraciones, y referimos estos pensamientos de la circular con que da comunicación a las comunidades: «Con el comienzo de la Obra Piadosa en adelante se abundó en el rezo de un número elevado de oraciones; pero sea creciendo los trabajos y los muchos tráficos en todas nuestras casas, sea porque se creyó que alguna reducción de oraciones pueda hallar compenso en aumento de meditación o de lectura espiritual, para una mejor formación del espíritu, se pensó de quitar unas oraciones vocales y de reducir otras, sea para evitar que tal vez se digan sin la debida concentración, sea porque tal vez coinciden diversas novenas y triduos, e igual con lecturas del mes, y esto produce una cierta precipitación en querer cumplirlo todo» (Vol. 34, p. 183).

La última acusación se refiere a la administración.

«No me parece que hubiese sido muy prudente en la administración del dinero, aunque esto pueda ser muy bien justificado por su inmensa caridad hacia el prójimo y por su sencillez, que creía en la bondad de los demás. En los primeros tiempos era él que dirigía los dos Institutos, y las casas, dada su sencillez y excesiva bondad, no iban muy bien... preciso que este no buen gobierno consistía en deudas y en la explotación por parte de parásitos, laicos y no laicos, que frustraron durante mucho tiempo su sacrificio». Así un testigo.

Oigamos cómo el Siervo de Dios, en nota al más veces citado discurso de 1906, se defiende de la acusación de no saber administrar.

«Esta grave acusación, que para mí salió lamentablemente dañosa, merece que yo conteste algo en propósito. Y antes de todo, en mi instituto tengo un ecónomo, que día tras día apunta en un libro las entradas y las salidas hasta el último centavo que se ingresa y se gasta». Hace pues el listado de los diversos registros para el molino y panadería, los de la propaganda antoniana, los de los bienhechores, los registros de los vencimientos etc. y protesta: «¡Cada uno lo puede averiguar todo! ¿Qué tendríamos que hacer más? Comprendo yo también que siempre hay algo para mejorar; y yo tengo unas ideas a las que tiendo siempre para conducir a perfeccionamiento, si Dios quiere, una obra que empezó de la nada, entre las barracas de los pobrecillos, con el impulso del corazón, para salvar la niñez abandonada y socorrer la humanidad doliente. Y de la nada y de las barracas, ya estamos con la existencia de dos orfanatos, que también atrajeron la simpatía y la admiración de las clases nobles y populares de Mesina. ¿Por qué pues se habla de mala administración?»

«Mal administrada se dice de una casa, de una empresa que, a pesar de ser rica de ingresos y rentas, fracasa. Pero por nosotros aconteció justamente lo contrario. Casi sin medios, siempre fuimos adelante, mantenemos siempre huérfanos y pobres, siempre perfeccionamos el funcionamiento de nuestra empresa doméstica y pública. ¡Nosotros amamos inmensamente el orden, el sistema, la

regularización de todo, porque reconocemos que el buen orden viene de Dios, que es el Orden supremo, que reordenó el **caos pondere et mensura!** Con todo esto tuvimos que aguantar durante muchos años, y por parte de algunos, la falsa acusación que ninguna administración existiera en nuestros Institutos».

No contento de limitarse a la defensa, el Siervo de Dios ahora pasa al ataque: «¡yo quisiera ahora el permiso de cambiar un poco las argumentaciones! ¿Cómo van muchas y muchas casas, que se dicen bien administradas? ¿Cuáles son los prodigios de ciertas mentes administrativas? ¿Por qué los fracasos son al orden del día, también en persona de aquellos que tienen cuentas, registros y contables en toda regla? ¿Por qué los gastos superfluos son a menudo para daño del balance? ¿Por qué el ansia de acrecentar las propias finanzas hace arriesgar grandes capitales? Hace años un rico señor de Mesina me hizo unas fuertes observaciones sobre mi manera de administrar, y en público Consejo en el ayuntamiento me fue contrario para un aumento de la aportación anual, ¡porque **yo no sé administrar!** ¡Bonita manera en verdad de ayudar a mis administrados para reparar a mi mala administración! Además, es una manera muy simple, porque se quita lo **administrable**, ¡y así mi inhabilidad de administrar queda en potencia, y no se traduce en acto! ¿No es así? Bien, después de poco tiempo, aquel señor, con un relámpago de mente administrativa, se enredaba en un contrato, ¡donde perdió entre doscientos y trescientos mil liras! Yo podría mencionar nombre y apellido de aquel señor, ya fallecido; pero no lo hago por respeto de la familia». Y concluye: «Y luego, ¡ay si el Canónigo Di Francia gasta cinco liras para preparar un poco de sopa para la pobre gente que se muere de hambre! Si las gastara por lujo y diversiones, entonces sí que no tendría que responder a la crítica» (Vol. 45, p. 463).

Como se ve, el razonamiento gira cuando el Padre se limita a «esta santa virtud de la prudencia» en sus «diversos grados de pura razón y de razón con fe», pero cuando se entra en el campo «de la fe extraordinaria (cf. n. 4) tenemos que admitir que el discurso común se equivoca. En efecto el Padre mismo confiesa – como escribió a Monseñor Parrillo (capítulo 16, n. 5) – **que su modo de actuar tiene algo raro**, y él tuvo **una especie de presunción de querer dar**, sin muy **festinare in crastinum**, confiando a aquella divina promesa: **unum datis et centum accipietis**, y también: **Dad y se os dará; os verterán una medida generosa, colmada, remecida, rebosante**. ¿Quién querrá condenar un hombre que vive en plenitud esta página de Evangelio?

En un informe es mencionada la conducta del Padre: «En la medida de la caridad material hacia el prójimo, según mi parecer faltaba de prudencia, en cuanto daba a todos los que se presentaban sin ninguna discriminación y en abundancia. Un día yo mismo me permití de hacérselo observar: el que pedía era uno que acostumbraba ir a beber y a jugar. Me contestó: “¿Y qué sé yo? ¡Piden y yo tengo que dar!». El testigo se ve que no supo aferrar el profundo significado de aquel: **tengo que dar**: era la fuerza de la caridad que casi lo obligaba.

El Padre Carmelo en muchas ocasiones pudo darse cuenta del alma del Padre en este punto: «A menudo le hacía ver con los libros de administración en la mano, que las salidas no correspondían a las entradas y que se necesitaba frenar, para que no perder el control. Y él a mí: “Muy bien, hijo mío: la matemática tiene razón; pero si tuviéramos que hacerle caso, acabaríamos no haciendo nada. Hace falta usar pues la matemática de la fe; con esta no nos perderemos nunca”». Concluye una hermana con esta breve significativa declaración: «Con la caridad del Padre no usaba prudencia humana: confiaba sólo en Dios y el fin lo alcanzaba así». ¡Y el que confía en Dios nunca queda confundido!

11. Sencillez

El Evangelio une la sencillez a la prudencia; y he aquí cómo el Padre las une en sus reglamentos: «Hace falta antes de todo, como principio de toda virtud religiosa, tener un alma sencilla, sin simulación, sin doblez, sin hipocresía, ni con Dios ni con los hombres. Pertenece a la santa sencillez no juzgar mal de quien sea, sino inclinar siempre y disculpar y compadecer las faltas de los demás. La santa sencillez no piensa y no razona internamente para desaprobando los mandatos de la obediencia, ni para condenar las acciones de los demás, sino todo ve con una infantil persuasión que todo tiene que ser bueno. Con todo esto, cuando la sencillez es verdaderamente así, trae consigo el espíritu de la prudencia, realizándose el dicho de Nuestro Señor Jesucristo: **sed sagaces como serpientes y sencillos como palomas** (Mt 10, 16). Esta prudencia es purísima y celestial, no es la de la carne y de la sangre, ni del siglo y de los humanos respetos, sino que es la prudencia que, aunque mirándolo todo sencillamente, discierne el bien del mal, como es en la divina presencia. La santa sencillez conlleva el sumo aborrecimiento de la mentira; así que cada congregado guárdese como de una peste del alma del espíritu de mentira, sino que sea franco, sincero, leal, ¡y su hablar sea siempre según el divino oráculo: **¡Est, est, non, non!** (Mt 5, 37). Para que no se ponga en riesgo la sencillez y la sinceridad, los congregados no harán casi nunca uso de la así llamada **abstracción mental**, sino más bien cubrirán con el silencio lo que no conviene manifestar» (Vol. 3, p. 22).

En estas palabras el Padre, sin pensar, hace el retrato de sí mismo.

El Padre Francisco Fazio, jesuita, en pocas líneas nos presenta de él este perfil: «El Canónigo Di Francia era un hombre verdaderamente animado por principios sobrenaturales. Era el hombre de Dios, todo empapado de piedad y devoción así que actuaba siempre sobrenaturalmente. Sus características eran: una gran sencillez, parecida a la de un niño bueno, incapaz de pensar mal de nadie y muy inclinado a verlos todos buenos, como bueno era él. La segunda calidad suya propia, y que en él era soberana, era la caridad sentida, que en él era la madre tiernísima de todas sus obras, y luego el amor a las muchas oraciones. En resumen, mi opinión es que él era un santo con vida toda interior sin artificio, pero sencillo y tan natural en él y toda actuada en la caridad hacia los infelices. Un día me decía con el candor de un niño y con la sonrisa en los labios, pero sin sombra de vanidad: “Yo estoy en el corazón de todos”».

El Padre Antonio Di Coste, redentorista, escribió que «habiéndolo bien conocido, el espíritu característico del Siervo de Dios era el espíritu de sencillez, el espíritu de infancia, que en otra época había animado el Seráfico de Asís, el Santo de Sales, y últimamente Santa Teresita del Niño Jesús. Ingenuo, enemigo de toda doblez y disimulación, abierto y manso como un niño, (...) he aquí lo que era el Canónigo Di Francia».

Inaugurándose en Oria la **Calle Aníbal María Di Francia**, en 1945, el obispo, Monseñor Di Tommaso, recordó las vicisitudes que acompañaron el contrato de adquisición del convento de San Pascual treinta y seis años antes. El asunto lo trataba personalmente el obispo con el propietario, don Nicolás Salerno Mele, que pretendía como **conditio sine qua non** la reserva de la caza a los tordos, para continuar la actividad en el jardín del convento.

El obispo, tras largas insistencias, había logrado hacer desistir al propietario de la pretensión. Mientras se cerraba la discusión, he allí que entró en la sala el Padre. El propietario renueva con él el intento:

“Todo va bien – dice – pero Su Excelencia en una cosa no me quiere contentar”. “¿Cuál?”, preguntó el Padre. “He aquí: deseo reservarme la caza a los tordos en el bosque del convento”. “¡Pero nosotros no tenemos a los tordos! Usted venga sin problema a cazar cuando quiere”. “Pero el canónigo no sabe – intervino entonces el obispo – quiénes serán las futuras cazadoras...”. “¡Cazadoras!”, exclama el Padre. “Sí, cazadoras, porque tendrían que ir a cazar la madre y la mujer de don Nicola, con la compañía de las amigas y conocidas...”. “Oh, ¡esto no puede ser!”, replicó el Padre; que sin embargo añadió con su habitual sencillez: “Oiga, hagamos así: los tordos que a Usted tanto interesan, los cogeremos nosotros y se los enviaremos a su casa una y otra vez”.

Pero a don Nicola no interesaban los tordos, sino el paseo de familiares y amigos en el bosque. Por eso, admirado por la sencillez del Padre, renunció a la pretensión (**Para la inauguración de la Calle A. M. Di Francia**, p. 49).

Leemos en el Padre Vitale (**ob. cit.** p. 610): «El que busca a Dios – enseñaba el Padre – es humilde, sencillo, dócil, no usa artificios, no dice mentiras, ni disimula, son que está en las manos de los superiores y se hace plasmar como cera suave. Quería que en sus comunidades cada uno buscara solamente a Dios detrás de sus ejemplos y enseñanzas y se complacía mucho cuando se hallaba en almas sencillas, que no se sentían para nada comprometidas con las cosas del mundo, porque creía que ellas atraían las bendiciones de Dios en la Obra».

La última vez que fue en Oria a una postulante que quería un recuerdo él contestó: “¡Es, es; no es, no es!”.

Se entiende que el Padre quería el contacto con las almas sencillas dondequiera que las encontrara.

En sus tiempos vivía en las Apulias Fray José Ghezzi (1872-1955) laico de los Frailes Menores, que, en la humildad, en la sencillez, en el trabajo diario empezado y realizado con verdadero espíritu de abnegación y amor, como en los muchos sufrimientos del alma y del cuerpo, aceptados por las manos de Dios y soportados con mirable paz, supo silenciosamente elevar el edificio de su santidad. En efecto, el pueblo lo aclamaba santo admirando sus virtudes, alumbradas tal vez por la luz del prodigio. El Padre tenía de él alta opinión, y cuando sabía que estaba en Manduria no faltaba de ir a verlo para gozar de la santa conversación de aquella alma sencilla y verdaderamente enamorada de Dios. Él admiraba en él principalmente la humildad y sencillez porque, aunque fuera de la muy noble familia de los duques de Lecce, tras el diploma de secundaria, a pesar de la invitación del obispo diocesano, Monseñor Tarma, de alistarse en el clero diocesano, prefirió el humilde hábito franciscano y la clase de los hermanos laicos, convirtiéndose durante decenas de años el humilde mendicante en favor de las misiones franciscanas, edificando los pueblos que visitaba.

Un episodio de otra clase, también significativo. Lo comenta el Padre Franzé, él también de los Frailes Menores. Él recuerda cómo hizo un día reír el Padre comentándole la conversión de Mecio. Este era el conserje de la sala anatómica: buen hombre, apegado a su familia y a su oficio, pero extremadamente ignorante en religión. El Padre Franzé, entonces estudiante de medicina, después de un año de trabajo, consiguió a instruirlo suficientemente y hacerle la primera comunión. Oigamos lo que él escribe: «La piedad de Mecio, en su primera unión con Dios, superó toda expectativa mía. Recogido, todo absorto en la oración, él agradecía el Señor leyendo en el librito de las **Máximas Eternas** que le había regalado aquella misma mañana, y yo admiraba tanta piedad y me complacía de ello. Lo dejé rezando y fui a la habitación para preparar un poco de desayuno, que por la circunstancia no tenía que ser sólo café y leche. Esperé acerca de una hora y Mecio no se presentaba: de vez en cuando me acercaba a la iglesia y, viendo Mecio preso en la lectura de su libro, no me

atreví a disturbarlo. Cuando las Misas fueron todas celebradas y los feligreses se fueron, he aquí que mi hombre vino todo radiante y contento. “Pero, ¿Por qué estuviste tanto tiempo en la iglesia?”, pregunté. ¡Mi Mecio había hecho la Comunión en cada Misa, y después de cada comunión leía lo que podía en las Máximas Eternas, sin mirar si rezaba la novena de los muertos o bien el rito de la bendición del escapulario de Santa Brígida!

«Cuando comenté esta anécdota, el Padre rió, pero añadió: “¡El Señor no podía hallar un alma más sencilla y más inocente para ser hospedado! ¡Estas almas en su ignorancia ganan mucho más que nosotros con nuestra ciencia!”» (cf. **Bollettino**, mayo-junio 1947, p. 42).

Naturalmente la sencillez del Padre no le impedía la franqueza, con la que defendía sus ideas sin respetos humanos.

El jefe de policía de Mesina había pedido al Padre de acoger en su Instituto el huérfano de su criada. El Padre contestó que no le era posible acogerlo en Mesina, porque el chico había pasado de mucho la edad permitida por el reglamento, pero, «por el gran respeto» que él llevaba «a todas las autoridades constituidas» lo habría aceptado en Oria. El Cuestor quedó ofendido y le habló por teléfono **en modo vibrado e indignado**. El Padre le escribió: «Me parece, muy ilustre Señor Superintendente, que no podría hacer más para mostrarle toda mi deferencia. Más allá, considere que soy un sacerdote y no puedo pasarme en asuntos de conciencia. Sobre este punto, como hablo a Vuestra Señoría, así hablaría a Su Majestad el Rey, que me admiraría y alabaría» (N.I. Vol. 5, p. 193). Y el jefe de policía calló.

Como ya recordamos antes, para ayudar sus hijos a empeñarse en el camino de la infancia espiritual, el Padre escribió, en la novena de la Santa Navidad de 1919, un pequeño opúsculo titulado: **Propósitos y oraciones al Niño Jesús para convertirnos en niños**; y examinando los principales caracteres de los niños, que él en honor de la fecha de la natividad de Nuestro Señor lleva al número de 25, como «los niños lo creen todo, no conservan rencor, hacen y piensan lo que quieren los padres, aman a todos los allegados, etc. etc.» dirige una amorosa oración al Divino Infante, para que adorne el alma de cada uno con aquellas virtudes y les inspire eficaz propósito de perseverar.

20. JUSTICIA

1. A cada uno lo suyo. 2. Fue justo con Dios. 3. En la casa de Dios. 4. Los adornos sagrados. 5. El día del Señor. 6. La acción de gracias. 7. Jesús Sacramentado en la nueva capilla. 8. Fue justo con los hombres. 9. Las deudas. 10. Sentido profundo de justicia. 11. Dad al César lo que es del César. 12. Amor al país. 13. Hacia los bienhechores.

1. A cada uno lo suyo

La palabra justicia en la Sagrada Escritura es a menudo sinónimo de santidad, como en la consoladora declaración del Señor: **Bienaventurados los que tienen hambre y sed de la justicia, porque ellos quedarán saciados** (Mt 5, 6), en que la justicia abraza todas las virtudes. En este sentido llamamos justos los santos. Aquí sin embargo entendemos por justicia aquella particular virtud sobrenatural, infundida por Dios en el alma, **que inclina la voluntad a dar constantemente a los demás lo que les es estrictamente debido.**

Después de la prudencia, la justicia es la virtud cardinal más excelente, aunque sea inferior a las virtudes teologales y también a unas virtudes derivadas por ella, como la religión, que tiene un objeto inmediato más noble.

La justicia regula nuestros particulares deberes para con el prójimo, mientras los hacia Dios son normados por la religión, virtud que se acerca cuanto más posible a la justicia, pero no es la justicia estrictamente hablando, porque esta requiere que se dé a otros, como ya dijimos arriba, lo que les es estrictamente debido, pero, no pudiendo la criatura dar a Dios el obsequio infinito que le debe, no acierta todas las condiciones de la justicia. La religión por lo tanto es una parte potencial de la justicia, como lo son también la gratitud por los beneficios recibidos y la obediencia que regula los deberes hacia los superiores.

De la virtud de la religión del Padre hablamos ya ampliamente; enviamos pues a lo que escribimos antes sobre su piedad, devoción, espíritu de oración, atención en evitar las mínimas culpas, empeño a cumplir en todo perfectamente la santa voluntad de Dios, todo siempre enderezando **ad maximam consolationem Cordis Jesu.**

Escuchemos ahora nuevos testimonios, que nos revelan otra perspectiva del alma del Padre en tema de justicia.

2. Fue justo con Dios

La justicia conlleva, antes de todo, la observancia de la ley de Dios, y se puede bien deducir la fidelidad del Padre a la divina ley de lo que dijimos principalmente en el capítulo sobre su amor de Dios sobre el odio al pecado y la premura de impedirlo a toda cuesta.

De los que lo conocieron es un coro de alabanzas sobre este punto: «Fue observantísimo de la ley de Dios». «No lo vi nunca faltar a sus deberes religiosos». «Su vida fue una continua inmolación al Señor y se comprometió siempre para cumplir, en la manera más perfecta que le fue posible, los mandamientos de Dios». «No tengo ninguna duda que él cumplió fidelísimamente, durante toda su vida, los preceptos y los consejos del Señor, porque constaté en él la más recta intención en todas las cosas: él servía a Dios con todas sus fuerzas».

Ya dijimos que, llegando en las casas, después de nuestro aplauso nos invitaba a acompañarlo a la capilla para saludar el Dueño de casa. Él no se creyó nunca dueño de sus fundaciones: el Señor y la Virgen Santísima eran los absolutos propietarios.

En Oria, subiendo las escaleras, se hallan dos cuadros, el Corazón Santísimo de Jesús y el Corazón Inmaculado de María. El Padre los hizo exponer el día mismo de la entrada en aquella casa, el 28 de septiembre de 1909, con esta inscripción bajo los relativos cuadros: “Yo soy el Dueño de esta casa y de los que la habitan y me aman”, y: “Yo soy la Dueña de esta casa y de los que la habitan y me aman”.

Sobre un paquete de documentos de la casa de Roma él escribió: «Papeles relativos al lugar nuestro, que es del Corazón de Jesús y de María Santísima, de San José, de San Antonio, de San Miguel Arcángel y de todos los Santos, en Roma» (Vol. 43, p. 914).

3. En la casa de Dios

Viniendo ahora a los detalles, empecemos relevando que el respeto del Padre para el lugar sagrado era sumo. Escribió: «Reconozco que donde mayormente tengo que destacar en el buen ejemplo a todos, es en la casa del Señor, o sea en la iglesia, sea en las de nuestros Institutos, sea en las públicas.

«Antes de entrar en la casa del Señor, tendré presente el dicho del Espíritu Santo: **Ingrediens templum Domini, observa gressus tuos**. No entraré con prisa e inconsideradamente, sino que, en su tiempo, pausadamente y recogido. Así me santiguaré con el agua bendita, y luego adoraré doblado el Santísimo Sacramento. Cuando me ocurre de pasar ante el santo Sagrario, estaré atento en hacer la genuflexión pausadamente y con recogimiento. En el tiempo que en la iglesia estaré de rodilla podré apoyar las manos en alguna silla o banco, y la frente en las manos para concentrarme, pero no doblaré el cuerpo en la silla o banco. No dirigiré la mirada aquí y allá, ni me agitaré. No hablaré con nadie, ni me haré hablar, exceptuados gravísimos motivos, y siempre con voz baja, sin descomponerme y brevísimamente. Si tengo que rezar en común, lo haré con tiempo y con voz flébil y mortificada. Si me siento, cuando me es concedido por regla común o para no poder estar más de rodilla, me esforzaré de estar interiormente recogido en la Divina Presencia, ofreciendo al Señor alabanzas, acciones de gracias, súplicas y amor, y alejando toda distracción» (Vol. 44, p. 121).

«Cuando se tiene que entrar en la iglesia o en el oratorio sacramental, esto hágase con la máxima reverencia y con viva fe, considerando que se va a la presencia del Sumo Dios, del adorable amorosísimo Señor nuestro Jesucristo, rey eterno, rodeado por los Ángeles y los Santos, con al lado la Reina del cielo y de la tierra, María Santísima, y que todos lo adoran profundamente. Antes de entrar, pues, se formen actos de viva fe interior; cada uno piense entre sí lo que tendrá que decir al Sumo Bien en Sacramento y cómo tiene que adorarlo y rezarlo. (...) Cada uno esté en la presencia del Dios Sacramentado con gran recogimiento y devoción; y tendrá que acrecentarse también más el respeto, el recogimiento, la devoción y la viva fe, cuando Jesús, Sumo Bien Sacramentado, está en el trono expuesto» (Vol. 1, p. 99).

Oigamos entre los testimonios.

El Padre Vitale: «En la casa de Dios el Padre se hallaba en su centro. ¡Qué recogimiento! ¡Qué compostura! La misma conducta pretendía de nosotros: entrar en la iglesia con los ojos bajos, con las manos juntas, sin estrépito de pasos. A menudo paraba los chicos que iban entrando, llamando su atención y los exhortaba al recogimiento, recordando con vivísimo sentimiento de fe los textos de la Sagrada Escritura: **Entrando en el templo de Dios, cuida tus pasos y, antes de la oración, prepara**

tu alma». En propósito, se recuerda una reunión convocada en la iglesia por él la noche del sábado santo de 1919. A un religioso que no supo contener la risa, hizo saber que no hay tentación más grave que reír delante del Santísimo Sacramento» (Vitale, **ob. cit.** p. 547).

En la iglesia exigía máximo respeto y profundo silencio; se fijaba en nuestra genuflexión; era todo de Dios y absorto en él. Obviamente quería que se supiera distinguir entre la presencia o menos del Santísimo Sacramento, tolerando que se levantara un poco el tono de voz en capilla durante la ausencia del Sacramento en los tres, cuatro días antes del 1 de julio, en que se limpiaba todo a fondo en la capilla, porque así nosotros, y también los huerfanitos, tuviésemos la sensación de la diferencia entre la ausencia y la presencia de Jesús: entonces se habría podido permitir alguna licencia, mientras con la presencia sacramental de todo lo que era naturalmente prohibido.

¡Cómo amaba el decoro de la casa de Dios! ¡Hasta algunos lo juzgaron exagerado! «Amó el decoro de la casa de Dios, de hecho, tal vez en exceso; la iglesia de San Antonio, para mí, es la prueba de este exceso, porque demasiado cargada de decoración, querida por él». Así otro crítico: «¿Si procuró el decoro de la casa del Señor? Mi gusto, para una capilla, sería un hermoso crucifijo en el altar, dos velas, para él, cuya alma era sencilla y de un niño, estaba muy bien un altar también cubierto con imágenes y estampitas, cuadros y cuadritos; en efecto su habitación tenía las paredes cubiertas de objetos parecidos de piedad». Pero otros lo juzgan diversamente: «Promovió, por lo que le fue posible, el esplendor de la casa de Dios. Las iglesias del Espíritu Santo y de San Antonio (hablando sólo de Mesina) son un espléndido argumento de este culto. Pobre, sin embargo, no miraba en los gastos para la decoración del templo, especialmente para el culto eucarístico. Nuestras hermanas heredaron un cuidado escrupuloso para la limpieza de los muebles».

«Mamba tanto la pobreza, pero para la casa de Dios gastaba todo lo que tenía: nuestra iglesia de Mesina es una demostración de ello». «Supe que, durante la construcción de nuestro templo de San Antonio, él manifestó el deseo que la construcción fuera la más espléndida». En verdad el Padre lo quiso hermoso, rico, acogedor, para favorecer al alma orante el coloquio con Dios. Pero todas las capillas de sus casas las quería sumamente decorosas.

«¡Amó mucho el resplandor de la casa de Dios! Cuando me nombró sacristán en Oria, me dijo: “Acuérdate, hijo mío, que esto es un oficio angelical: piensa en tener todo limpio, como tú sabes que se usa en Mesina”. ¡Ay si hubiese hallado la lámpara apagada! ¡Y cuántos reproches me dio por esto!». «En nuestras reglas, escritas por él, está prescrito el cuidado especial de la lindura de la capilla». «Él mismo enseñaba al sacristán la manera de quitar las manchas de cera». «No quería ver el muy mínimo hollín, todo tenía que lucir; e igualmente limpias se tenía que estar nosotras entrando en la iglesia. Una educanda sucia de harina recibió la Santa Comunión, pero con la condición de la exclusión si otra vez no se hubiese bien limpiada». «Tenía mucha atención para el culto de la capilla: a menudo llamaba la atención de la sacristana sobre unas deficiencias de limpieza, manteles, etc. Decía: “Hace falta hacer economía, pero nunca para la iglesia”. Era él que preparaba la capilla cuando se trataba de la apertura de una nueva casa».

4. Los adornos sagrados

La iglesia obviamente requiere un equipo de ropa, paramentos, muebles sagrados para que se pueda desarrollar en ella conveniente y decorosamente el sagrado culto... Y el Padre no ahorraba ciertamente.

Empecemos por las flores para el altar. El Padre prescribió: «En la mesa se procure de poner siempre flores naturales y frescas en recipientes elegantes. Las casas que tienen jardines tendrán un cultivo de flores para este fin. Las flores frescas, antes de ponerlas en el altar, se limpien de los animalitos por lo que se puede» (Vol. 1, p. 53).

Un antiguo huérfano, destacando que en Oria **hacía también el floricultor**, atestigua del Padre: «Estaba contento conmigo, cuando llevaba unas flores al altar». «La iglesia tenía que estar siempre limpia, nada de flores artificiales o marchitas, sino vivos y frescos. “La capilla es la casa del Señor, decía él, así que todo tiene que ser menos indigno que él”. Para que los ritos se desarrollaran bien, no sólo las cuidaba él personalmente en cumplirlos, sino que nos iluminaba a nosotros también sobre el significado litúrgico para participar inteligentemente». Los paramentos tenían que ser ricos. A él no escapaba nada, y nos llamaba la atención, aunque fuera por una vela que no estuviese en su sitio. «Por lo que se refiere a la decoración de la iglesia, era cuidadosísimo y casi escrupuloso: el corporal no podía ser usado nuevamente, apenas tenía alguna manchita; el purificador no se tenía que usar más de dos veces y ay si hubiese sido dado a otro sacerdote. Decía: “Como es de ineducados cambiar la servilleta en la mesa, con mayor razón esto no se tiene que hacer en el altar”. La llave del Sagrario tenía que ser bien guardada: contaba todo entristecido de aquel chico, no sé de qué otro instituto que, por la noche, hallada la llave en el altar, abrió y se comió todas las formas consagradas». Para evitar la profanación del Santísimo Sacramento, el Padre escribe: «Jamás se tiene que dejar sola la iglesia con la puerta abierta, ni jamás dejar la llave del Sagrario sin custodia, aunque la iglesia esté cerrada. El sacristán sepa que tiene una grave obligación de conciencia tener la llave del Sagrario cerrada y llevar consigo la llave de los cierres. De todo esto tiene también obligación de conciencia los superiores» (Vol. 1, p. 56).

Ya hablamos antes sobre la escrupulosidad del Padre acerca del Santo Sacrificio (cap. 9, n. 11). Espigamos aún de los diversos informes: «el vino para las Misas era objeto de un examen suyo particular y frecuente; en algún caso dudoso, lo quería sometido a análisis; nunca las ampollas se tenían que preparar la noche anterior, porque el vino podía ser bebido furtivamente en parte y sustituido con agua por los niños».

Para la Santa Misa quería las velas litúrgicas: cera de abejas.

No miraba en los gastos, a condición que hubiera velas litúrgicas de cera virgen. A menudo lo vi reprochar y enderezar los encargados de la capilla... Decía: “¡En esto no os perdono!”. En los reglamentos baja en el detalle. Después de haber dicho que por las velas de la misa «no se mire a ningún ahorro», prescribe que también las otras velas tienen que ser de buena calidad: «No se ponga en el altar una calidad de cera que se doble con el calor. Esto lo recomendamos específicamente porque el doblarse de la cera durante los sagrados ritos, es algo extremadamente sucio, peligroso por el incendio y causa de movimiento y disturbio durante los sagrados misterios» (Vol. 1, p. 41).

«Solía decir que para tres cosas no hace falta mirar a los gastos: culto, caridad, huérfanos». El Hermano Rafael, sacristán de San Antonio, puede recordar bien la magnificencia del Padre sobre este punto: «Para la iglesia quería cosas lujosas: apenas se requería algún objeto, lo procuraba en seguida, para que nuestra iglesia no faltara de nada».

Cuando iba a predicar o a celebrar en otras iglesias, especialmente de Calabria, a menudo tenía que quedar humillado y dolido viendo los adornos, especialmente del altar, poco decorosos, y se encargaba en seguida después de proveer personalmente. «Se afligía cuando, celebrando en otros lugares, hallaba poca limpieza, especialmente en los corporales, y me encomendaba de ser generosa cuando se pidiera alguna cosa a nosotras por las iglesias pobres».

Aunque pobre, enviaba grandes cantidades de dinero a las iglesias pobres para que fuesen adornadas. Dos sobrepellices hermosas que le regalaron para su santo, desaparecieron inmediatamente.

«Cada circunstancia ordinaria o extraordinaria era una ocasión para él para promover ritos, triduos, novenas etc.: para la ropa religiosa pensaban verdaderamente las hermanas, que eran irreprochables, porque formadas en su escuela. Los laicos proveían a limpiar el suelo, los bancos, y todo se hacía con orden: nunca recuerdo un reproche movido por el Padre en este tema». En verdad algún reproche en un caso no faltó que ciertamente es ignorado por el cronista... Cuando se celebró la primera vez en San Pascual (Oria), terminada la misa el Padre quedó muy mortificado, porque se dio cuenta que faltaba la alfombra en el estrado. Observó dolido que los candeleros eran viejos y que no había nuevos, pero no perdonó la negligencia de no haber puesto la alfombra que había. “Falló el sacristán, dijo, fallaron los demás que no advirtieron la falta, pero más que todos falté yo que celebré”. Reparó luego en el comedor comiendo de rodillas». Otro testimonio nos viene del informe de una Hija del Divino Celo: «Recuerdo una mañana que, por mi negligencia, no había cambiado los paramentos del día anterior; el Siervo de Dios, no dándose cuenta él tampoco al color de la fiesta del día, celebró con color diferente, se dio cuenta sólo después del ingreso y siguió la Misa. Al acabar se quejó conmigo y me dijo que habría hecho en penitencia un ayuno con pan y agua. Yo, de rodillas, declaré que tenía que hacerlo yo; y él, concluyendo: **“Bueno, ¡lo haremos los dos!”**».

«Fui sacristana durante muchos años – sigue otra hermana – me encomendó siempre de procurar paramentos y adornos los más ricos. Solía decir: “El voto de pobreza es para nosotros, no ya por el Señor”. Cuando podía procurarlos con trabajos y fatigas, y pequeñas industrias, para él era una fiesta».

Los paramentos tenían que ser siempre decorosos, incluso en los días ordinarios: «Es verdad, observaba, que el domingo es bien vestir mejor, pero en sustancia el sacrificio de la Santa Misa es el mismo que en los días feriales, y así los paramentos tienen que ser siempre bonitos». Fue más bien observado que en los sagrados paramentos el Padre cuidaba también los galones: los quería sobrepuestos, porque no bastaban los que resultaban con el mismo tejido.

5. El día del Señor

El día de fiesta tenía que ser para todos de verdad día del Señor.

Cada sábado, en el comedor, leyendo el calendario, antes del martirologio, tras anunciar las prácticas propias del domingo siguiente, el lector añadía: «Santificación de la fiesta con mayor oración, lectura espiritual y otro». En las casas femeninas las superiores avisaban que el día de fiesta era sagrado y que no todo lo que se cumplía en los días feriales era lícito hacerlo en el día del Señor.

El Padre era muy riguroso en la observancia del descanso festivo, tanto que hizo cambiar en la comunidad la ropa personal el viernes para el sábado en vez del sábado para el domingo, evitando así que en el día del Señor los encargos al oficio de recoger y apuntar la ropa dedicaran mucho tiempo de la mañana en este trabajo. En los días de fiesta no permitía que se hiciera nada que no fuese ejercicio espiritual, exceptuada naturalmente la cocina. El domingo era día sólo del Señor; no se podía ni barrer la capilla. En los días de fiesta quería que las oraciones fueran más frecuentes y más largas.

«El domingo y las fiestas tenían que destacar, además que, por los hábitos, también por una mayor libertad para ir más a menudo en la capilla privadamente».

La fiesta hacía falta sentirla, empezando por los hábitos. «En el domingo y en las fiestas quería nuevas nuestras vestiduras y adornada la capilla. El descanso tenía que ser absoluto». Un religioso hace esta aclaración: «Quería la así llamada **media uniforme** en los días festivos, que estaba entre la diaria y la de las grandes solemnidades. Un día notando que don Pedro Palma, hermano del Padre Palma, iba a la iglesia sin corbata, le hizo observar suavemente que en aquella manera no habría ido a visitar el alcalde, añadiendo: “Nuestro Señor no es menos que el alcalde”». «Amaba la solemnidad de los aparatos en las fiestas más solemnes, y unos sacristanes recibieron broncas por el Siervo de Dios por no haber cuidado en esto».

La fiesta tenía que servir para el alma y el cuerpo y hacía pensar en la una y en el otro. «El día de fiesta era del Señor hasta el escrúpulo y quería, especialmente en las grandes solemnidades, solemnidad también en la mesa». «El día de domingo y fiestas aconsejaba que se cantara por nosotros y por las huerfanitas, que los recreos fueran prolongados y se hiciera el paseo más largo y la cocina tenía que ser menos pobre. Se interesaba personalmente en esto».

Sin embargo, había una clase de trabajo que promovía para las fiestas principales o en determinadas ocasiones; y siempre teniendo presente el bien de las almas: el teatro, como se usaba llamarlo entonces. Favorecía los espectáculos en nuestras casas en los días de fiesta, para impedir que otros fuesen por doquier, con peligro de pecado.

Acerca del teatro, él prescribe: «Cualquier representación tiene que ser moralísima». El librito quiere que se autorice antes por los superiores, que tienen que eliminar cualquier expresión que pudiera mínimamente turbar la serenidad del alma de los chicos. En este punto era bastante riguroso. «Por ejemplo – escribe – se encuentra tal vez alguna exclamación que nombra el diablo, como algo de poca importancia: esto no está bien, porque se tiene que tener siempre un horror de este nombre; o bien alguna vez se nombra el nombre santísimo de Dios fuera de contexto, con ligereza o por algo inconsistente, en resumen, cuando no es una invocación de ayuda o de oración. Se modifiquen en el librito aquellos tratos en que un personaje muestra de decir mentiras, de modo que aquella mentira no hace impresión de reprobación entre las chicas de la misma casa, sino que parece algo para bromear. Quítense las frases de imprecación, cuando estas no hagan en el drama la parte que prepare los arrepentimientos y triunfos de virtudes» (Vol. 1, p. 159).

Él en los recortes de tiempo hallaba modo de escribir pequeños trabajos que hacía representar por las chicas.

Cuidaba mucho la declamación y cuando le era posible quería asistir él en las pruebas, y alguna vez hizo también de apuntador.

6. La acción de gracias

Parte potencial de la justicia, ya dijimos antes, es también la virtud de la gratitud, por lo cual se recompensa en alguna manera el bienhechor por el beneficio recibido. ¿Y cuántos y cuáles beneficios no recibimos nosotros por Dios? Él pues tiene todo el derecho de esperarse nuestro agradecimiento. **Dad gracias** – impone San Pablo – **en toda ocasión: esta es la voluntad de Dios en Cristo Jesús respecto de vosotros** (1 Tes 5, 18).

Por eso el Padre nos prescribe perentoriamente que «no se desatienda jamás este altísimo deber de la acción de gracias, no solo porque es un gran medio para obtener cada vez más nuevas gracias y misericordias, sino mucho más porque el gran Donador de todos los bienes merece el más grande y universal tributo de gratitud por parte de toda criatura en la tierra. ¡Esta gratitud tiene que ser una virtud predominante de este mínimo Instituto consagrado al Corazón dulcísimo de Jesús! No tenemos que cesar nunca de añadir las acciones de gracias a las oraciones, como nos exhorta San Pablo: **Con acción de gracias, vuestras peticiones sean presentadas a Dios** (Fil 4, 6)» (Vol. 1, p. 70).

Siguiendo, el Padre nos enseña a ver en todo un gran beneficio del Señor: «Vosotras, por ejemplo, necesitaréis, en un momento, un alfiler: girad la mirada y veis uno de ellos. Tendríais que decir dentro de vosotras: **Gracias Señor, ¡qué grande es vuestra bondad!** U otro parecido. Ningún don tiene que decirse pequeño, porque viene de las manos de Dios y sale de aquel divino Corazón, donde mora la infinidad del eterno amor de Dios para con los hombres. (...) Yo que escribo estos reglamentos pienso que, si hubiera el espíritu de contemplación que tenían los santos, por el hallazgo oportuno del más pequeño objeto, internándonos en considerar la divina bondad que lo dona, quedaríamos raptados en éxtasis. Pero procuremos al menos tener el espíritu de la meditación, que bien podemos adquirir con nuestros esfuerzos y con la divina gracia, y no digamos pequeño ningún don de Dios, y seamos solícitos en dar gracias a la divina bondad» (**Ibid.**).

Sigue una magnífica página sobre los divinos beneficios materiales y espirituales, alargándose en hablar sobre el cuidado paterno y el amor infinito con el que la providencia de Dios hace llegar a nuestra mesa un trozo de pan, desarrollando los pensamientos de un insigne prelado francés: «Monseñor De Segur, con una perspicacia toda celestial, nos invita a meditar un simple bocado de pan, que nosotros engullimos en un momento. Observad, él dice: aquel bocado de pan está formado por harina; aquella harina viene de unos cuantos granos de trigo; pero aquellos granos son fruto de otras semillas, que fueron puestas anteriormente bajo tierra; pero estas también vienen de otras, y las unas de las otras durante el curso de sesenta siglos, o sea de la creación del mundo, hasta el momento en que estáis engullendo el bocado. Ahora considerad, sigue diciendo Monseñor De Segur, cuántos inmensos campos fueron ocupados por aquellas mieses originales, cuántos millones y millones de hombres trabajaron sembrando aquellos campos, los cultivaron, los recogieron. Cuántas veces el sol se levantó para iluminarlos; cuántas veces la lluvia bajó del cielo para fecundarlos. ¡Se diría que todos los elementos y todas las criaturas fueran empleadas, durante el curso de los siglos para formar vuestro bocado de pan, y que Dios mismo estuviese comprometido en guardar aquellos granos de trigo los unos que venían de otros, durante sesenta siglos, para formar aquel pan, aquel bocado, que vosotras en un momento destruíis!» (Vol. 45, p. 518).⁹³

Pero no se trata de solo pan: «Dios nos dio innumerables alimentos para comer, y telas y paños para vestirnos, y casas para vivir y comodidades de la vida de toda clase». Pasando luego a las maravillas de la gracia, el Padre recuerda todo lo que hizo y padeció Nuestro Señor aplicado a cada uno de nosotros en particular: «Por mí Jesús murió, por mí permaneció en el Santísimo Sacramento, por mí creó los Ángeles, los Santos, la Santísima Virgen María; por mí formó la Santa Iglesia, con todos los tesoros de gracia que de ella derivan»; y destaca: «Ves de esto, oh alma, qué grande es la obligación de agradecer cada momento a Dios altísimo, la santísima y augustísima Trinidad, por todos los bienes que nos profunde, sea para el alma que para el cuerpo; y toda criatura benefició de ello y de ello beneficia, como si no hubiera que aquella sola en la tierra».

⁹³ En los reglamentos el pensamiento de Monseñor De Segur es analizado más detalladamente. Cf. **Antología Rogazionista**, p. 173 y ss.

Objeto de acción de gracias tienen que ser las cruces que el Señor nos envía: «Aquí hace falta añadir, que no menos objeto de acción de gracias son aquellos acontecimientos o aquellas cosas o contrariedades o padecimientos, que salen desagradables y disgustosos a los sentidos y al espíritu, porque tenemos que reconocer que todo es dirigido por el Sumo Dios, también sus castigos, para el máximo bien nuestro; y también por todo esto tenemos que agradecerlo igualmente y con todas las consideraciones hasta aquí expuestas».

Termina con este fecundo pensamiento: «Bienaventurada el alma que profundiza esta ciencia de la gratitud que tenemos que tener en todo y por todo al Sumo Dios, sea en aquellas cosas, o grandes o bien pequeñas, que se dicen prósperas, sea en aquellas cosas, grandes o pequeñas, que se dicen desagradables y contrarias; ¡sea por unas sea por las otras, no cesa de agradecer con todo el corazón la divina Bondad, no sólo en el acto, sino también cuando le vuelven a la mente!» (Vol. 1, p. 71-73).

El Padre antes de todo pide al Señor la virtud de la gratitud: «Os rogamos, oh Señor, que entre las muchas virtudes que parten de vuestro Espíritu Santo, nos concedáis también una sincera y santa gratitud por todas vuestras gracias, la cual expresemos con frecuentes acciones de gracias» (N.I. Vol. 9, p. 66, n. 13). Estas tienen que anteponerse siempre a nuestras peticiones de nuevas ayudas y misericordias divinas: «En las súplicas nótese atentamente que cada petición tiene que ser preparada por un afectuoso agradecimiento de las gracias ya obtenidas» (Vol. 1, p. 81).

En el cumplimiento de los encargos, se agradezca el Señor y así en las últimas oraciones de la noche: «A la oración, también actual e interior en relación al buen funcionamiento de los oficios, cada uno esté bien atento a hacer seguir la acción de gracias, agradeciendo caso por caso la divina misericordia por aquel buen cumplimiento. Cada noche, luego, en las oraciones antes de dormir, cada uno, en la acción de gracias del día, agradezca la divina Bondad por las ayudas, las luces y las gracias recibidas para cumplir bien el propio oficio, y pida perdón al Señor si faltó en alguna cosa» (Vol. 1, p. 124).

Además él, concluyendo el día, en la acción de gracias de la Santa Misa y de la Santísima Comunión recibida por la mañana «y por muchas ayudas, asistencias, providencias, preservaciones de muchos males, buenos encuentros, y en descuento de tantas miserias y pecados míos y por la paciencia infinita con que me tolerasteis y beneficiasteis», ofrecía al Señor sus mismos méritos junto con los del Corazón Inmaculado de María, con «todas las divinas Misas que se celebran esta noche en todas las partes del mundo, en unión con todas las que se celebraron y se celebrarán, en unión con todas la Cena Eucarística que celebrasteis con los Apóstoles, y al gran Sacrificio del Calvario» (Vol. 6, p. 104).

El Padre no tenía respeto humano, cuando era en juego el respeto de Dios. Cuando los huérfanos, prófugos del terremoto, entraron en Francavilla Fontana, el Comité laico había dispuesto que de la estación fueran directamente al municipio para la recepción; pero el Padre se opuso enérgicamente: «mantuvo firme que los huérfanos tuviesen que entrar antes en la iglesia de los Reverendos Padres Capuchinos, para agradecer el Altísimo e implorar, antes de todo, la protección celestial». Y así se hizo; luego, después del rito religioso, concluido con la bendición eucarística, se formó nuevamente el cortejo para el ayuntamiento (N.I. Vol. 1, p. 127).

Prescribió a las comunidades que, por la meditación de la noche, unos días de la semana se usara «el libro áureo de Sarnelli sobre los divinos beneficios», para «impresionarnos profundamente y acrecentar en nosotros la hermosa virtud de la gratitud y movernos con gran ánimo a agradecer frecuentemente al Señor» (Vol. 1, p. 70). El último día del año, a todas las oraciones nos hacía añadir: **¡Deo gratias!**

Hubo un periodo de tiempo en que prescribió: «Hasta un nuevo orden, después de cada decena del santo rosario, decir unánimes: **¡Deo gratias!** (Vol. 34, p. 155). La práctica duró diversos meses; luego igual el Padre Vitale le habrá hecho alguna observación, porque él responde: «El **Deo gratias**: yo también había reflexionado sobre el asunto de las indulgencias. Pero el **dignum et iustum est, æquum et salutare nos semper et ubique gratias agere**, me hizo anteponer el cumplimiento de este santísimo deber en el logro de aquellas indulgencias, que son anexas al rezo del Santo Rosario. De todas maneras, tomaremos pareceres superiores» (Vol. 33, p. 30). Igual los pareceres le fueron contrarios, porque la práctica no se siguió.

Quería en todas las casas el **Libro de los divinos beneficios**, o sea un registro en que «con el máximo cuidado», fueran apuntadas «todas las particulares gracias y divinas misericordias, todos, en resumen, los divinos beneficios más especiales sin olvidar ninguno de ellos, sean espirituales, que se refieren a la casa, sean temporales». Estos divinos beneficios serán luego recordados en el triduo de acción de gracias, que el Padre prescribe a todas las casas para el final del año. Y encomienda que tales libros sean guardados con atención «para que pasen intactos a la posteridad de nuestras Instituciones, y no se pierda ninguno, sino que se tengan celosamente encerrados en los archivos de las casas. Y así se alimente en la presente y en las futuras generaciones aquella grande y continua gratitud, que se tiene que tener a la divina infinita Bondad, no sólo por las gracias generales, sino también por las especiales de cada casa». Y concluye con una sugerencia: «Igualmente cada uno, según la propia devoción, o apuntará de por sí, o guardará en el propio corazón y en la propia mente, la memoria de las gracias especiales de las que se sentirá deudor hacia el divino amante amorosísimo Jesús» (Vol. 1, p. 118).

7. Jesús Sacramentado en la nueva capilla

Entre las gracias más grandes recibidas por la Obra, el Padre recordaba justamente la presencia de Jesús Sacramentado; y sabemos cómo quiso que se perpetuara la gratitud sea con la fiesta del 1 de julio sea con otras prácticas señaladas antes. Recordemos ahora el último homenaje público que él hizo al Santísimo Sacramento. Lo hacemos con las palabras del Padre Vitale.

«Se trataba que la capilla ordinaria de las Hijas del Divino Celo en el Espíritu Santo, siendo ya insuficiente para el número de personas que acogía, tenía que mudarse a otro lugar más amplio, y también más decorosamente preparado. Todo era listo por los primeros días de enero de 1927. En efecto, cuando el nuevo altar fue montado y el sagrario convenientemente adaptado para recibir Jesús Sacramentado, la superiora, creyendo de hacer algo agradable al Padre, rezó uno de nuestros sacerdotes de trasladar el Divinísimo con las debidas formas litúrgicas en la nueva capilla. Pero cuál fue la sorpresa de las hermanas, que participaron al Padre una noticia tan alegre, cuando lo vieron en cambio inflamarse como de un sagrado furor, y con graves acentos exclamar: “¿Y cómo os atrevéis a quitar Jesús Sacramentado de su morada, tras muchos y muchos años, sin tributarle unas solemnes acciones de gracias por los innumerables beneficios que derramó desde aquel lugar, sobre toda la comunidad y sobre todas nuestras Obras? ¡Qué frialdad! ¡Qué ingratitud!”. Creyendo de hacer aún en tiempo, vacilando sube las escaleras, para ir a la capilla, intentando impedir el traslado del Divinísimo; pero, lamentablemente, esto ya había acontecido. Empalidece, como herido por una herida interna, y las lágrimas le corren de los ojos. Pero no se queda quieto; y ordena que se reponga en seguida en el antiguo lugar Jesús Sacramentado. Reúne luego la comunidad y haciendo aprender la imprescindible obligación de dar gracias a Nuestro Señor por sus inmensos beneficios donados por

el santo sagrario, ordena un solemne triduo de adoración, y hermanas y huerfanitas en turnos tenían que alternarse durante el día para dar homenaje al Santísimo Sacramento.

«Él después, y los dos Padres Rogacionistas Palma y Vitale, habrían hecho por la noche un sermón de ocasión.

«La noche del 12 fue él el primero en predicar; y aunque cansado por los sufrimientos, parecía rejuvenecido en la presencia del Sumo Bien Sacramentado. Oh, ¡cómo fue facundo aquella noche, que marcó su último sermón en una iglesia! Empezó haciendo considerar que fue aquella la primera morada de Jesús Sacramentado en aquella casa; y luego el primer centro luminoso desde donde habían salido los medios restauradores de las gracias celestiales durante el espacio de 31 años. Decía: “Nosotros en el final de cada año usamos leer el listado de los divinos beneficios en ello recibidos, quién puede tomar en mano un listado de treinta años, ¿quién puede calcular este gran tesoro, este río de misericordias continuas, que brotaron de esta fuente que es Jesús Sacramentado? Jesús aquí fue Padre amoroso, ayuda, consuelo, vida. Aquí se celebraron las fiestas del 1 de julio, aquí se presentaron súplicas, vigiliias, oraciones, y Jesús en el silencio del Sacramento recogía y preparaba las pruebas de su amor, las santas Comuniones. Se dice que Jesús, cuando volvió de Egipto, quiso entrar en la gruta de Belén. Diría casi que nosotros tendríamos que salir de aquí llorando por los queridos recuerdos. Recuerden que hace 18 años aquí tuvieron el arca de salvación en el terrible terremoto. Y luego, mirad, ¿de este trono de amor acaso Jesús no miró a cada una de vosotras, no te llamó a ti, oh alma, y te dijo: ven, que te quiero salvar? ¿Aquí no hubo acaso las hermosas vesticiones? ¡Y cuántas almas, que ahora están en el cielo, Jesús las formó aquí, desde este santo sagrario!

«Recordemos además los signos particularísimos, recibidos en este lugar, del amor maternal de la Virgen Santísima».

Las noches siguientes predicaron el Padre Palma y el Padre Vitale, y luego la noche del 15, después que fue ordenado y adornado con aún mayor decoro el nuevo oratorio, fue trasladado procesionalmente, con la presencia de todos los cinco sacerdotes de la Obra, el Divinísimo entre los himnos y cánticos de las hermanas y huerfanitas. Y antes que el Padre Vitale impartiera la bendición, el Padre Fundador quiso dirigir otras palabras de exhortación a la comunidad, despertando en los ánimos nuevo fervor y sentimientos de amor profundo hacia Nuestro Señor Sacramentado» (Vitale, **ob. cit.** p. 714).

Cerraremos este tema de la gratitud hacia Dios recordando que el Padre, hacia el fin de la vida, en 1924, ofreció una serie de 33 divinas Misas al Señor «en acción de gracias por todas las gracias, por todas las misericordias insignes, extraordinarias, conocidas y ocultas, por todas las preservaciones, por todos los dones, por todas las vocaciones, las beneficencias, las bendiciones, que concedisteis, oh, Señor, a estos Institutos y a mí miserable pecador» (Vol. 6, p. 102).

8. Fue justo con los hombres

Tratemos ahora propiamente de la justicia, que, como dijimos, regula nuestras relaciones con los hombres.

He aquí, antes de todo, unos testimonios generales sobre la justicia del Padre.

«En cuanto a la justicia fue escrupulosamente exacto». «Nunca violó los derechos de los demás: todos sus acreedores fueron pagados y tenía los libros especiales para cada uno de ellos». «A mí resulta que fue siempre exacto en relación a la justicia, antes de todo con Dios y luego con el prójimo». «Siempre lo vi irreprensible en sus deberes de sacerdote». «Por lo que me resulta, siempre lo hallé justo con Dios y con los hombres». «Por lo que me consta, creo que siempre respetó los derechos de Dios; cuanto, al prójimo, era igualmente escrupuloso». «Excluyo que, en algún caso, por cualquier circunstancia, haya podido fallar a los deberes de la virtud de la justicia». «No sólo no negaba los derechos a los huérfanos y a los demás, sino que daba también generosamente, por caridad, a los que no trabajaban». «A los hombres pagó sus derechos; a los obreros, y también a nosotros tras haber cumplido nuestro deber, daba con gusto también una alabanza». «A los hombres no quitó un pelo: me contaron que habiendo caído en la cuenta que a un trabajador en el molino del Espíritu Santo se daba un cuarto de pan, y además pesado, ordenó que se le diera un pan entero».

En hecho de justicia, sin embargo, creo que sea necesaria una aclaración a una afirmación que podría tener una no precisa interpretación, aunque el autor mismo no piense para nada a una injusticia, sino más bien a una falta de prudencia humana.

Leemos pues el informe: «El Padre no tuvo prudencia humana. Recuerdo que queriendo edificar iglesia y orfelinato masculino, no fue muy por lo sutil ocupando también terreno ajeno, aunque en pequeñas superficies, que le era necesario para el proyecto de construcción, excepto aplazar la regularización con los respectivos propietarios en un segundo tiempo. Pero nunca sus imprudencias le fueron una desventaja o le causaron contiendas, sino que salieron graciosas a los mismos interesados: “Con el Padre Francia, no hay nada que hacer...”».

Hay que precisar el asunto.

El Padre hizo hacer el proyecto también sobre terreno aún para comprar, presumiendo razonablemente el consentimiento de los propietarios, que en efecto no le opusieron dificultades, como el testigo reconoce: **Con el Padre Francia, no hay nada que hacer...** Pero por la historia se tiene que destacar que uno de estos propietarios, el Señor Puleo, titular del molino y panadería de Gazzì, intentó ponerlo en una situación embarazosa por sus ideas liberales: no podía aguantar que su terreno tuviese que servir para una iglesia... El Padre Vitale le acechaba hacía tiempo, pero él hacía el sordo. Avisó de esto el Padre, que le escribió: «Hagamos empezar especiales oraciones, porque el demonio por medio de él intentará hacernos alguna mala jugada» (Vol. 33, p. 20). Cuando el Padre le envió un fámulo suyo, Rosario Marchese, para rogarlo de ceder, aquel señor acogió el hombre en malas maneras, apostrofándole rabiosamente: “¡Al diablo lo daré aquel terreno, pero no al Padre Francia!”. En cuanto fueron referidas al Padre estas palabras, con toda calma, exclamó: “Bien, esta vez me hago diablo y tendré el terreno para la iglesia”. Ordenó de adjuntar el asno al carrito y corrió a Gazzì al Señor Puleo. Le habló pocos minutos, y vuelto a casa envió a Marchese al Padre Vitale, para decirle de tomar los acordes con Puleo para la escritura del contrato.

9. Las deudas

Tanquerey, hablando de la justicia, escribe: «Se tendrá horror de las **deudas**, cuando uno no está seguro de poderlos pagar; y el que hubiese contraído una deuda, se hará un punto de honor pagarlo cuanto más antes posible» (cf. **Compendio di teología ascetica e mistica**, n. 1042, b).

Si los santos hubiesen tenido que fijarse en esta regla de los moralistas, no habrían hecho lo que hicieron... Pero esto no significa que los santos sean exentos de las normas de la moral, sino que saben aplicarlas a la luz de Dios. En la vida de don Bosco, Cottolengo, don Orione, las deudas se escriben en letras mayúsculas: aquellos grandes siervos de Dios estaban cargados de deudas hasta su cabeza; pero estaban perfectamente justificados en su modo de actuar, estando seguros de poderlos pagar, porque tenían firme confianza en Dios: la Providencia divina avalaba sus compromisos, y ningún acreedor quedó insatisfecho.

El Padre, después del trueque – es su expresión – de los pocos objetos de su casa fue muy pronto obligado a enredarse en las deudas para seguir con su institución. Las deudas le impusieron ciertamente una cuestión de conciencia y se la solucionó el Siervo de Dios don Cusmano: «Lo interrogué un día – escribe el Padre – si en estas obras de beneficencia se puede contraer deudas. Me contestó que sí, porque en este modo provocamos el que nos da crédito a hacer una obra de caridad» (N.I. Vol. 9, p. 147).

He aquí lo que nos dicen los diversos informes sobre las deudas del Padre.

«Siempre pagó las deudas; y cuando acontecía algún retraso involuntario, los intereses eran a usura; solía decir que los acreedores con él no se inquietaban». «Especialmente en los primeros tiempos compraba a crédito, pero nunca recuerdo que no pagó, antes o después, sus deudas. No tiraba del precio, más bien alguna vez daba más de lo debido, pudiéndolo». «Pagó siempre las deudas; si aconteció con alguna, esto ocurrió porque fue perdonada, como alguna vez pasó con el panadero Notturmo». Tal vez en efecto el Padre pedía alguna rebaja. En una carta de marzo de 1889 a una acreedora: «Le envió 60 liras como pago de 83,53 liras de las dos facturas. Por lo que queda quisiera algún descuento, tratándose de huerfanitas. Pero si no se puede enviaré lo que me diga» (Vol. 41, p. 10). También con su hermana Teresa contraía deudas. En efecto, cuenta su hija: «Pedía de vez en cuanto a mi madre algo de dinero, que devolvía poco a poco, hasta que la mamá le perdonaba lo que quedaba».

«En cuanto a la justicia en las relaciones con los hombres, recuerdo que el caballero Crupi, tipógrafo, proponiendo la adquisición de una máquina al Siervo de Dios, refería que este no podía adquirirla porque le faltaba el dinero, pero que él, a pesar de esto, se la entregó igualmente. Pero luego el Siervo de Dios le había correspondido hasta el último centavo. Muchas veces dijo que lamentaba que los trabajadores pidieran más que lo correcto, porque él confesaba que solía dar más de lo pedido según justicia». «En mis tiempos había siempre deudas con los vendedores de alimentos; pero las cajitas para el óbolo y la cuestación por las casas hecha por mí (**habla uno de los antiguos fámulos**) y recuerdo también por el Padre D'Agostino, cubrían siempre toda deuda».

«Pudo también no pagar en seguida las deudas, pero cuando lo hizo los pagó a usura». «Pagó las deudas, y no descansaba cuando no podía satisfacerlos en tiempo. Me llamaba con las huerfanitas para ir a la iglesia para rezar a San José, que siempre y casi en el momento nos atendía, también en circunstancias que me parecen prodigiosas». Había vencido una factura de diez mil liras y el Padre las pidió a los hermanos Saccá, promotores, no sin haber estado antes delante de San José para rezarlo; pero yendo al acreedor se sintió decir que la cantidad había sido pagada por un viejecito. El Siervo de Dios contento, saltando por la alegría fue a los Saccá, para pagar la hipoteca. Estos quedaron asombrados por la rápida restitución, y habiendo sabido que el Siervo de Dios había estado antes con su San José, concluyeron que no podían recibir el dinero de un santo».

Original interpretación, la de una hermana: «El padre pagó siempre, pudiendo, las deudas; cuando no pudo, los pagó el Señor, y me explico: estábamos en grandísima ansiedad porque teníamos

que pagar 14 mil liras por las máquinas de molino y panadería; se rezaba continuamente para que el Señor nos socorriera; pero vino el terremoto del 28 de diciembre, murieron los acreedores y todos los que estaban en causa con nosotras y quedamos libres; nos desobligamos, sin embargo, con muchas misas y otros sufragios».

Cuenta una hermana: «Un día todo en fiesta el Padre me dijo: “El Señor me dio una gran alegría. Tenéis que saber que, antes del terremoto, hallándome en defecto, pedí a un señor de Mesina, Rotino, dos mil liras. No hallé el padre, sino el hijo; me las dio sin problemas y prometí, entre la alegría y la mortificación juntas, por haber pedido con pudor, su restitución en cuanto fuera posible. Aconteció el terremoto de 1908. Nadie de la familia fue visto después. Hace unos días, hallándome en la subida del Grillo, en Roma, para ir a las Dominicas, me encuentro con un joven pálido, demacrado, mal vestido: “¿Me conocéis, Padre?”. En las primeras no lo reconocí; me dijo el nombre: sobresalté. Le confesé que hace tiempo tenía una espina en el corazón, porque estaba en la posibilidad de pagar aquella deuda antigua, pero no había conseguido hallar el acreedor. En seguida le entregué las dos mil liras; me activé luego para que se vistiera completamente, y le destiné un **quid** mensual, hasta que no se fuera recuperado económicamente”».

10. Sentido profundo de justicia

Habla el Hermano Luis, que fue, como dijimos, durante decenas de años, prefecto de los huerfanitos: «Con el Siervo de Dios **non erat acceptio personarum**: un huérfano era preferido al mismo Padre Vitale si hubiese tenido razón. Un día creí oportuno despedir un huérfano ya de dieciocho años: temía que en aquel día hubiese procurado daños en todos los sentidos, tras sus propósitos amenazadores. El Siervo de Dios y el Padre Vitale estaban ausentes aquel día. Conocido el hecho, el Padre Vitale por la noche hizo sus más altas maravillas: se podía esperar, etc. ¡y luego el huérfano había sido presentado por un personaje de Mesina, que no lo habría aceptado suavemente! El Siervo de Dios, después de haber medido bien las cosas, dijo que había actuado bien».

Solicitando oraciones por la causa de Aviñón, escribía a las hermanas de Estrella Matutina: «Ruego que nos encomendéis por una disputa: si es justa para nosotros» (Vol. 39, p. 67). Así también cuando tuvimos la visita apostólica de Monseñor Farina para las Hijas del Sagrado Costado, encomendaba a aquella superiora que «no quisiera ni deseara, sino que el triunfo de la verdad. Si estamos en el error, reconocemos la culpa. Si tenemos razón, queremos razón, por la pura gloria de Dios y bien de las almas. Tenemos pues que ayudarnos con la oración» (N.I. Vol. 8, p. 222).

Pasemos a otros hechos, siempre en tema de justicia. Sabemos que el Padre se preocupaba de dar más de lo que se le pedía, justamente por un profundo sentido de justicia.

Dijimos antes sobre las prácticas para la adquisición del convento de San Pascual en Oria con la mediación del Obispo. Precisamos aquí mejor la conducta del Padre en hecho de justicia antes de todo con la declaración del mismo obispos: «Me había comprometido a reducir un poco el precio de 25 mil liras para la adquisición del convento de San Pascual, pedido por el Canónigo por sus huerfanitos; pero cuando supo que el propietario vendía, en vez de ofrecerlo gratuitamente, porque sobrecargado de deudas, él en vez de complacerse conmigo por haberme activado para la reducción del precio, se sentía casi mortificado porque se había insistido en la reducción». Y el Padre Vitale detalla mejor: «Monseñor Di Tommaso había quedado positivamente maravillado por la ingenuidad infantil y por el sentido exquisito de justicia del Siervo de Dios a propósito del contrato para la

adquisición del fundo, me parece de San Pascual, por lo cual habría tenido que incrementar la cantidad pactada, por vano temor que no hubiera sido justa hacia el vendedor, por error de éste, y que el vendedor rechazó de aceptarla, admirando él también la delicadeza de conciencia. El obispo tuvo que intervenir para placar definitivamente la inquietud del Siervo de Dios».

Además de San Pascual, el Padre adquirió otros bienes monásticos, San Benito, también en Oria, Espíritu Santo en Mesina, Capuchinos en Taormina; y por todas las adquisiciones de esta clase, no sólo se premunía de obtener las aprobaciones debidas por la competente autoridad eclesiástica y para hacer la composición requerida antes del Concordato, sino que ofrecía oraciones y sufragios para los difuntos que habían morado en aquellas casas. A las hermanas de Estrella Matutina, que trataban la adquisición de un antiguo monasterio de Carmelitas, encomendaba vivamente: «Antes de todo pedidlo al Corazón Santísimo de Jesús si Él mismo está contento de dárselo con su plena bendición, con perfecto agrado, porque los bienes monásticos adquiridos por otros, inclusive con el consentimiento de los superiores eclesiásticos, llevan tal vez consigo alguna expiación. Empezad por los sufragios especiales a las almas santas carmelitas, especialmente de todas las monjas que vivían en aquel lugar, para que intercedan para hacérslo tener con la divina plena bendición». Hace luego un relieve sobre la adquisición hecha en Mesina: «Nosotros, en Mesina, tuvimos con el permiso de Roma, el hermoso monasterio del Espíritu Santo de las monjas cistercienses, que ya estaba vacío. A pesar de esto, ¡durante diez años los fallecimientos de nuestras hermanas y postulantes y chicas eran continuos! Finalmente, el terremoto mató 13 de ellas, de la sola comunidad de las hermanas, y derribó dos terceras partes del edificio. Luego de esto, las cosas fueron en la buena dirección. Nosotros cada mes sufragamos las monjas» (Vol. 39, p. 12). En los apuntes del Padre hallamos repetidamente santas Misas por las almas de los religiosos que vivieron en las casitas pasadas a nosotros: monjas del Espíritu Santo, capuchinos de Taormina, alcantarinos de San Pascual, monjas de San Benito. Así también «para alcantarinos y benedictinos vivientes» y también por «gracias y salud en aquellas casas» (N.I. Vol. 10, p. 67, 77, 78...).

Relevamos también que el Padre, justamente por el sentido de justicia, no quería atraer a sí almas que trabajasen en un determinado género de apostolado. Leemos en sus apuntes: «El día 26 de octubre de 1925 en Roma por la noche en el tranvía hallé la señorita Belloni Emilia, que vive en la Calle Nomentana 191, Roma, piadosísima celadora de la Sociedad de San Vicente de Paúl. ¿Podemos hacer de ella una dispensadora de los opúsculos antonianos? Diría que no, para no alejarla de su santa misión de los pobres de San Vicente de Paúl» (N.I. Vol. 10, p. 82). Durante la guerra del 1915-1918, la tipografía de Oria había quedado desierta por la llamada de los jóvenes a las armas. El Padre escribe al Padre Vitale: «¡Alabemos la divina voluntad y confiemos!». Se ofrecía un trabajador de la Sicilia; pero el Padre observa: «¿Si se halla hace años en una tipografía católica, podemos robárselo? Creo que no» (Vol. 31, p. 90). En efecto lo entretuvo sólo durante pocos días para acabar un trabajo urgente, y luego lo hizo volver allí donde había salido.

No quería que se tirara sobre los precios. «Recuerdo que un día el Hermano José Antonio Meli se jactaba ante el Siervo de Dios por haber comprado fruta a buen precio, casi por nada, tras haber contratado. (...) El Siervo de Dios observó con total sencillez que no compartía sus criterios y que a pesar de todo el vendedor tenía sus derechos y acabó diciendo que según él se tenía que preferir el Hermano Plácido que, cuando hacía sus compras para la casa, solía decir que era demasiado poco lo que pedían los vendedores».

Es cierto que el Padre, también en este punto, tenía unos criterios completamente suyos. Un día – yo estaba presente – pidió a un cochero cuánto quería para llevarlo a la estación. “Dos liras, padre mío”, contestó aquél. “¿Dos liras? Demasiado poco; al menos tres”.

Un episodio que nos refiere el Padre Vitale. Un día de 1916 o 1917 – en plena guerra europea – él bajaba de Oria a Sicilia. «Al llegar a Reggio Calabria, él cuenta, siendo muy tarde, no pude seguir para Mesina. Un portador me condujo a un albergue, llevándome las maletas. Le compensé por estos servicios un poco gravosos por el tiempo que diluviaba y las maletas pesadas, con dos liras; era la retribución fijada en aquellos tiempos. El día siguiente en Mesina comenté al Padre también el episodio del albergue. Me pidió cuánto había pagado al portador; sobresaltó, porque le pareció una cantidad demasiado miserable y casi injusta. Me pidió insistentemente su nombre, que recordaba: **Vito Morábito**, quiso sus datos, para reparar él, pasando por Reggio. Todo alegre me refirió luego que lo había pagado con una buena merced, tras haberlo felizmente encontrado.

La evidente injusticia, sin embargo, lo indignaba. Cuenta una hermana: «el Padre una vez propuso una excursión, después de Pascua, a nosotras y a las huerfanitas, a una aldea cerca de la ciudad de Mesina. Todas fueron andando, exceptuada yo, que con cuatro o cinco huerfanitas fui en carroza; pero tuve la imprudencia de no pactar antes con el cochero. Llegada al lugar, disputé con él porque pedía demasiado. En este punto intervino el Siervo de Dios, y se fijó en el taxímetro, no queriendo dar más. El cochero empezó a blasfemar, y el siervo de Dios contestándole que la justicia se tenía que observar: y lo que sobraba habría podido darse por otra motivación. Las blasfemias de aquel pobrecillo lo entristecieron, la sonrisa desapareció, nos dejó, apareció luego por la noche: me reprochó suavemente mi descuido; consoló nuestro disgusto diciendo que había tenido que salir para calmar y hacer arrepentir aquel pobrecillo. Casi para reparar a las blasfemias nos aconsejó una breve peregrinación a la Virgen de los Ángeles, cuya iglesia surgía y surge aún en una colina al lado de la aldea. Se volvió a casa no sin algún chiste dicho por él para levantar en nosotras el moral un poco bajo por aquel acontecimiento doloroso».

El Padre insistía que la justicia se ejercitar sobre todo con los trabajadores. «Nunca dejó descontentos los trabajadores, ni nosotros que teníamos una paga mensual». Dice una hermana: «En los primeros tiempos nuestras condiciones económicas no eran buenas y no era extraño de parte nuestra tirar algo en el sueldo de los trabajadores, pensando de actuar de listas. Lo supo él y fueron broncas, maravillas y amenazas, porque nada se les quitara de la justa merced».

Prescribió: «Cuídense los religiosos de transgredir la justicia, no pagando regularmente el trabajador; de trasgredir la caridad, sobrecargándolo demasiado; al contrario, sean benignos con los que trabajan por ellos, abundando más bien en consideración y retribución, en vez de pretensiones y estrecheces» (Vol. 1, p. 221).

No se tiene que esconder que algún empleado no siempre hacía según el deber, y más de una vez escuché el Padre quejarse del que abusaba con su bondad: “Mirad la humana miseria – decía – ¡no aprecian el gobierno paternal! ¡Vaya!”. Y quería decir: “¿qué se puede hacer? Ni por esto quiero cambiar sistema”.

De todas maneras, él era siempre para todos largo en compasión y ayudas.

Cuenta uno de estos: «Un día tuve que ausentarme de la oficina, diciendo a las hermanas que mi mujer estaba indispueta. El Siervo de Dios, que vino a saberlo, estuvo en ansia y pidió informaciones sobre mí muchas veces a las hermanas. El día siguiente, avisado de esto por ellas, me apresuré a presentarme al el Siervo de Dios, al que anuncié mi séptima paternidad. Él me regaló 500 liras y por el bautismo añadió otras 200; ordenó que la carroza de la casa fuera a mi disposición durante todo aquel día; me dijo que aquel día habría estado presente en espíritu, con la oración, siendo augural aquella fecha, el 8 de diciembre. Tras 40 días del parto, una infección de tifus puso en peligro la madre y, por falta de leche, el hijo el Siervo de Dios me consoló, prometió sus oraciones, añadió

que la Virgen le había asegurado la curación de la mamá. En cuanto al hijo, estaba preocupado porque le había hablado de la ineficacia de la leche de diversas especies de animales; entonces él ordenó que me dieran lo de sus vacas. Durante un año en efecto bebió esta leche, lo asimiló y se curó, mientras el de otras vacas le había hecho mal. Constaté luego que este niño creció y es el más fuerte entre mis hijos». El mismo fámulo sigue: «En 1925, con la ocasión de una gran fiesta ciudadana, mi mujer me atormentaba para proveer especialmente en los zapatos de los niños, que ya eran cuatro. No queriendo ir al Siervo de Dios, que conocía generoso, pero justamente por esto no quería aprovechar, resolví de emplear el reloj con la cadena de oro en la Caja de Ahorro Victorio Emanuel, donde exploré atentamente si alguien no hubiese visto mi operación; y no vi a nadie. Volviendo, el Siervo de Dios me pidió por qué hubiese tardado tanto. Efectivamente él me había enviado para una comisión que requería mucho menor tiempo; después de haberla hecha había ido a la Caja. Contesté, naturalmente con reticencia. Pero él insistiendo: “Que sepas que yo no soy como los brigantes con el peregrino de la floresta, con el puñal en la mano: ¡o el bolso o la vida! Con una simple carta también al extranjero envió dinero a gente desconocida; ¿por qué no tendría que darlo a los que me están cerca y que lo necesitan? Por otro lado, tú ves que no puedo prevenirlo todo. Tengo muchas cartas y muchos asuntos, como ves; no puedo siempre cuidarlo todo; alguna vuestra necesidad me puede escapar”. Me impresionó el tenor de la amonestación: ¿ya había intuido la operación? Fui obligado a confesarlo todo. “Tendría que castigarte, me dijo, porque te callaste; pero lo haré otra vez, si eres reincidente”. En seguida me dio las 250 o 300 liras que había retirado de la Caja para devolverlo inmediatamente, para recuperar así los objetos de oro, y mandó a la hermana cajera que desde aquel mes en adelante no 300 sino 600 liras me hubiesen tenido que dar cada mes como pago».

En Oria había un fámulo, Santiago Cappadonna que, tras muchos años de servicio, en la vejez había querido permanecer, «para prepararse a la muerte, decía, en la casa de Dios». El Padre se interesaba vivamente de sus necesidades. Escribía a Oria: «Os encomiendo todo cuidado amoroso al buen viejo Cappadonna. Se quejaba que los niños le habían tomado tres veces un madero en el que se apoyaba caminando. Proveedle un bastón adecuado, y cuando baja a la iglesia o sube, hacedlo acompañar para que no caiga. No tiene apetito, come con gana algún dulce: hacedlos hacer por sor María Isabel» (Vol. 30, p. 62). Al bastón adecuado pensó directamente él mismo, y la primera vez que volvió a Oria, le llevó uno de lujo, muy cómodo, con el mango curvo, y se lo ofreció con un paquete de dulces, con aquella sonrisa que ennoblecía inmensamente todo regalo. Cappadonna luego cogió una parálisis. «Si hubiesen visto al Padre cómo era todo preocupado para servirle y también, cuando no lo sintió más pedir ayuda por sus necesidades corporales, para lavarlo. La habitación del enfermo era en frente a la suya; entrando o saliendo de esta, hacía siempre una visita provechosa para el enfermo. Pretendía que también por la noche le hiciéramos la asistencia en turnos, a pesar que el viejito nos dispensara de ello. Una vez fueron broncas severas porque los platos vacíos no habían sido quitados en seguida después de la refección. “Lo entendéis vosotros, decía, ¿que estos pobrecitos representan mejor a Jesucristo? Y si cuando somos nosotros enfermos, todos nos esmeramos para servir, de modo especial lo tenemos que hacer para estas imágenes más expresivas de Jesús».

11. Dad al César lo que es del César

Vayamos ahora a otra parte potencial de la justicia: la obediencia. Esta virtud hace la voluntad incline a cumplir los preceptos de los superiores, reconociendo en ellos la autoridad divina (Rom 13, 1). Hablaremos luego más en propósito, tratando sobre los votos religiosos. Aquí nos limitamos a hablar de la obediencia y observancia del Padre hacia las autoridades civiles.

«Fue siempre obediente y respetoso hacia las autoridades eclesiásticas y civiles». Siempre reconoció en los superiores eclesiásticos y civiles la autoridad de Dios, **positis ponendis**». «La obediencia hacia el Obispo y los superiores en general era una obligación rigurosa». «No noté falta alguna en sus deberes hacia Dios. En lo que se refiere a los hombres revestidos de autoridad, nos decía de reverenciarlos porque representan a Dios». «Decía que a las autoridades hace falta someterse, a pesar de que nos hagan mal». «A menudo las primeras visitas, llegando a algún pueblo, eran para el archidiácono, el alcalde y las otras autoridades religiosas y civiles».

«Decía: “El alcalde puede no ser un verdadero católico o un verdadero cristiano, pero permanece siempre una autoridad a la que se tiene que obedecer”».

Prescribió que para todos se usaran las debidas atenciones. «Tratándose de autoridades civiles o gubernativas, las hermanas, en las diversas ocasiones en que tengan relación con las mismas, o por visitas que hacen a la casa, o bien algo por lo cual se tienen que dirigir a ellas, usen el máximo respeto y el lenguaje reverente, según los títulos que les toca. En las ciudades y especialmente en los pueblos pequeños, cultiven entre las alumnas, o entre las huérfanas acogidas, la estima para el rey, la reina,⁹⁴ y luego prefecto, el alcalde y, donde el lugar lo requiera, envíen felicitaciones con billetes de su parte en las fiestas onomásticas, en las principales festividades, año nuevo, Navidad, y también para sus señoras.

«Esto será útil, y tal vez se podrá, según los casos y las circunstancias, enviar algún regalo: por ejemplo, devociones, trabajitos de las chicas etc. En los recreos de teatros, en las premiaciones después de los exámenes es muy bueno invitarlos.

«En caso de enfermedades de dichas autoridades es también cosa muy buena mostrar interés, informarse, hacer saber que se reza por ellos, en la convalecencia enviar algún dulce que no haga daño, y cosas parecidas. Todo esto concilia estima, respeto y afecto; pero tiene que hacerse siempre con el principio de fe, o sea no para mendigar apoyos humanos, teniendo que apoyarse sólo en Dios, sino para gloria del Señor y para el bien de la institución, sea para el bien mismo espiritual de las personas de autoridad, que así tratadas se forman una buena idea de la santa religión católica y de las saludables instituciones de la misma» (Vol. 1, p. 221).

Dejando a los moralistas las complicaciones de las leyes penales, el Padre quería la observancia precisa de las disposiciones de la competente autoridad.

«Fue observante escrupuloso de todas las leyes. Un día llevé al instituto un poco de queso que me regalaron en familia. El Padre me pidió si hubiese pagado el impuesto. Contesté que lo había hecho todo para esconderlo. “Sería tentado de mandaros atrás, me dijo, para haceros pagar el impuesto; mientras tanto tenéis que confesaros de esto”». Unos meses después del terremoto «se enviaron a Oria desde Mesina muchas cajas de embalajes con dentro las diversas piezas de una máquina tipográfica. El Hermano José Antonio envió una carta avisando que esta caja, tal número y escritura, contenía sal, que en las Apulias es objeto de exclusiva. Habiéndolo sabido el Siervo de Dios, escribió en seguida un telegrama y luego una carta muy fuerte». «Fue escrupuloso también en los derechos del César. Un día me obligó, pasando en frente a la aduana, de tener en manos tres huevos y una botella de vino para la Misa, y en evidencia en el carro la carne y el forraje. El funcionario hizo una risa y nos dejó pasar. El Padre me dijo: “¡Así hace falta hacer!”. Fue escrupuloso, también en el pago de los impuestos. Encomendaba cálidamente que estuviésemos atentas a todas las disposiciones, también civiles, para ejecutarlas». «Interrogado por los funcionarios de aduana en la

⁹⁴ En tiempos del Padre Italia era un reino.

estación, el Padre mostró unas galletas caseras, que llevaba para superar los eventuales languores, y por eso no fue sujeto para pagar. Pero acordándose de tener otros dos buñuelos en los otros bolsillos, volvió en seguida para denunciarlos. Naturalmente provocó la sonrisa de aquellos funcionarios».

He aquí una estratagema de una hermana para salirse con la suya: «Para no pagar el impuesto de trescientos liras sobre un cargo de bufandas de lana (más o menos cincuentas) para las huerfanitas, según las sugerencias de los guardias puse dos viejas para cubrirlo todo. Conté esto al Padre toda feliz, pero él me reprochó diciéndome que esto iba contra la justicia y la verdad, ¡e hizo falta tiempo para quietarlo, pretendiendo absolutamente que yo volviera a pagar el impuesto!

«Un día le dije que unos sellos postales, en perfectas condiciones los aplicaba nuevamente en las cartas en salida, después de haberlos convenientemente limpiados. “No, no, me dijo, aunque el ahorro vaya para las misiones esto no es lícito: dadle al César lo que es del César; dad a Dios lo que es de Dios».

Recuerdo que en Roma una vez el hermano José Antonio no pudo hacer el billete del tranvía por el gentío, y llegado a su destino, bajó del medio. El Padre, como conoció el hecho, lo envió a buscar al funcionario para entregarle el precio del billete: cuarenta centavos. Pero el hermano no lo consiguió.

En 1919, yendo a Nápoles el señor Giglio, el Padre había pedido que se le enviara, por su medio, algo de azúcar y pasta, pero apunta: «Pero todo si no hay dificultad en el viaje; si se puede con facilidad y sin contrabandos prejudiciales. Si la ley lo impide, dejadlo. Si se puede pagar el impuesto de aduana, que se pague» (Vol. 35, p. 221).

Poco después recuerda que su tío Chitti, de 85 años, ciego, no tiene otra distracción que fumar pipas, pero el tabaco es escaso. «Hallarlo en Nápoles, en estos tiempos, es muy difícil». Encarga de hallarlo en Mesina, y escribe: «Enviádmelo con el Giglio, a condición que se pueda hacer sin perjuicio» (**Ibid.** p. 222).

Una vez en Mesina nos tocó pagar un fuerte sobrepago, porque la impresora durante un par de meses no había trabajado y con esto no se había alcanzado el consumo mínimo de electricidad. Para que el inconveniente no se repitiera, el mismo empleado que vino a leer el contador, sugirió confidencialmente – algo, decía, que hacen todos en ocasiones parecidas – de hacer ejecutar la máquina sin carga. Como lo supo el Padre: «¡Pero esto es un fraude! ¡Y mientras tanto aquel señor queda escandalizado por tu actitud, porque tenías que protestar!», y me envió a decirle que había dado un consejo malo y que nosotros no lo aceptábamos, «¡porque los religiosos no engañan a nadie!».

Aprendí directamente por el Abogado Juan Parigi, durante largos años empleado en los correos de Mesina, que, para el envío de las 300.000 copias de **Dios y el Próximo**, él había sugerido a la hermana de no denunciar el número exacto, para ahorrar en el gasto. Como lo supo el Padre, rechazó la sugerencia, porque con esto se cometían dos males: mentira y robo.

12. Amor al país

En el **dad al César lo que es del César** es indudablemente incluido el amor al país. Ciertamente esto «puede degenerar y convertirse en nacionalismo excesivo y dañino», como destaca oportunamente Pío XII, hablando a los que venían de Las Marcas, en un discurso que tuvo amplia

resonancia; pero no se tiene que ir al exceso opuesto. El Papa lamenta que «se encuentran hoy tal vez unos ciudadanos tomados casi por el temor de mostrarse particularmente devotos a la patria. (...) Y no falta el que evita hasta de pronunciar la palabra **patria**, e intenta sustituirle otros nombres más adecuados, se cree, en nuestros tiempos», y añade que «no último signo de desorientación de los ánimos es este disminuido amor al país» (23.03.1958). el Vaticano II confirmó estas ideas: «Cultiven los ciudadanos con magnanimidad y lealtad el amor a la patria, pero sin estrechez de espíritu, de suerte que miren siempre al mismo tiempo por el bien de toda la familia humana» (GS 75). Queda por lo tanto que «el patriotismo bien entendido es una verdadera virtud cristiana» (cf. Royo Marin, **Teologia della perfezione**, p. 674).

También esta es virtud tiene que ser relevada en el Padre.

Por patria se entiende su ciudad de nacimiento, antes de todo.

El Padre amó inmensamente su Mesina. «Mi Mesina, mi dilecta Mesina», solía decir. Cantaba sus glorias, que la hicieron ilustre en los siglos: «clásica tierra de héroes, (...) rosa del hermoso Peloro, (...) famosa en el grito de las armas, (...) Cuando al sonido de los carnes bélicos – el Anjou Sicilia echó. (...)». Pero exaltaba sobre todo su fe cristiana. «La verdadera gloria de un pueblo – decía – consiste en su fe; ya que la fe consiste en el obsequio del intelecto a las verdades eternas: ahora en esta sumisión de la razón humana a la verdad revelada, el hombre se convierte en siervo de Dios: y servir a Dios es lo mismo que reinar» (Vol. 22, p. 25).

De ciencia y de arte en los reinos
A ninguno segunda fuiste,
Noble madre de nobles ingenios,
Cuya fama perenne será.
No, de esta más bella y fecunda
Una tierra Italia no ha.

Pero más bella, más grande y divina
Que, en cualquier tu gloria profana,
Tú te elevas entre todas, oh Mesina,
Por la fe que inflama tu corazón.
Te rodea de gloria soberana
De la carta el sagrado valor (Vol. 47, p. 214).

De la ciudad de nacimiento, pasemos al país. El Padre amó Italia. La quería «grande, magnánima, poderosa», la exaltaba como «privilegiada entre todas las naciones» (Vol. 47, p. 109). Lamentablemente en su tiempo estaba todavía viva y caliente la cuestión romana, y él no podía no dolerse íntimamente por el conflicto doloroso que separaba Iglesia y Estado, e imploraba su solución (cf. cap. 3, n. 5).

Nos limitamos a recordar dos intervenciones del Padre en el **Dios y el Prójimo**, en un momento muy grave de la historia italiana: la derrota de Caporetto, en octubre de 1917, que llevó las tropas de los imperios centrales hasta las orillas del Piave. Son dos artículos vibrantes por verdadero y sentido patriotismo.

El primero se titula: **La hora del deber para todos** y recuerda a los italianos las obligaciones impuestas por la hora grave por la patria.

«La improvisa, inesperada irrupción de los ejércitos enemigos en la remota zona de nuestra hermosa Italia, aunque ya heroicamente bloqueada por nuestros valiosos soldados, impone a todos de reflexionar bien que la hora suprema del deber llegó para todos.

«Un deber grande lo tiene el ejército de batirse valerosamente y hacer ver y sentir al extranjero que la sangre latina no menguó en las venas de los hijos de Italia; y este deber es ya sentido por cada batallón, por cada soldado, como bien lo demuestra la tenaz resistencia de nuestra armada en el frente y cada contraofensiva.

«Un deber igualmente responsable tienen los hombres políticos y militares, que dirigen todo el movimiento civil y bélico; y este deber lo cumplieron loablemente, a costa también de sacrificar su descanso.

«Un santo deber tiene cada ciudadano, a cualquier clase pertenezca, de cooperar en todas las maneras que le sean posibles, para la defensa nacional y la más gloriosa victoria, quier con medios pecuniarios, quier salvando los huérfanos de guerra y de los ciudadanos, quier promocionando el cultivo de los campos, quier con la prensa o cualquier medio que valga para el ánimo del soldado y para la resistencia civil.

«Un santo deber lo tienen todos los creyentes, verdaderos católicos, entre ellos los eclesiásticos, que es el de añadir al deber de las acciones el de las oraciones continuas ante Dios y la Santísima Virgen para que nuestra patria amada tenga las tierras que los confines naturales asignaron, y se convierta verdaderamente grande entre todas las naciones del mundo.

«Otro sacrosanto deber incumbe a todos, y especialmente a los que puedan mejor cumplirlo. Este deber es poner freno a la mala costumbre, a la blasfemia, a la profanación de los días festivos. Todos tenemos que persuadirnos que por encima de nuestras armas y de las armadas está el Dios de los ejércitos, así como lo llama la Sagrada Escritura. Serán legítimas nuestras aspiraciones, que nos impulsan a la guerra, pero hace falta purificarlas del olvido de Dios y de todo lo que pueda alejar la bendición del Señor. El Ministerio sabiamente emanó desde el principio de la guerra, una circular que prohíbe la blasfemia a los soldados; pero ¿Por qué no prohibirla a todos? ¿Por qué no imponer unas penas y aplicarlas? Una nación católica tiene delante de Dios una mayor responsabilidad que una no católica.

«Es pues un deber de cada buen italiano no permitir la blasfemia y las malas palabras entre sus dependientes, castigarla, pudiéndolo hacer, para llamar a su deber los blasfemos, combatir la malacostumbre, observar las fiestas y hacerlas observar; y las mujeres acaben ya de vestir con el cuello y el pecho descubiertos. Tenemos deberes hacia la patria, y cuando cumpliremos los que tenemos hacia Dios, luego daremos el mejor servicio a la patria, que nos es tan querida, por su victoria, por su verdadero acrecimiento, por su gloriosa prosperidad entre todas las naciones del mundo» (N.I. Vol. 1, p. 195).

Durante la retirada, aconteció en el ejército el fenómeno de la disolución: el cansancio de la guerra, los malestares, el miedo fueron malos consejeros y muchos soldados, echadas las armas, disertaron. Recomponiéndose las filas de las armadas, el gobierno invitó a los desertores a presentarse, prometiendo amnistía para todos los que entrarían nuevamente en los rangos en un cierto tiempo. El Padre publicó entonces esta **Cálida apelación a los extraviados**.

«Nos dirigimos con el más vivo interés a nuestros lectores, a nuestros celadores y celadoras antonianos y – nos perdonen los reverendos sacerdotes – también al celo y a la caridad de los ministros del Señor – y especialmente de los curas de los pueblos de campo – para que cada uno redoble sus

esfuerzos para reclutar aquellos pobres soldados que, por un accidente cualquiera, se hallan fuera de sitio, cuando podrían y tendrían que hallarse allá donde el sagrado deber los llama.

«¡No queremos ya decir que mucho haya sido el número de los que desertaron, a los que un momento de mal reprimido afecto para la familia, o un instante de apuro indigno de un soldado italiano, arrollaron la mente al punto de dejar el sitio del deber y desviarse míseramente aquí y allá! Afortunadamente lo que sea firme y patrióticamente convencido el ejército italiano, lo demuestra la heroica resistencia de nuestras armadas en el frente, las cuales, cuando pasarán a la ofensiva, harán resplandecer aún más el valor latino.

«Pero de aquellos pocos soldados que ahora permanecen extraviados y no se atreven a presentarse a sus jefes para retomar el servicio militar, todos tenemos que interesarnos profundamente.

«El gobierno real, de acuerdo con el mando supremo, extendió la mano del perdón por estos militares desaconsejados, y ya dos veces, con indulgentes prórrogas, los invitó a la vuelta, bajo pena, en caso de trasgresión, de ser fusilados como traidores de la patria. Ya la mayoría felizmente volvió.

«Ahora cada italiano bueno, de cualquier clase y condición, hará obra eminentemente patriótica y evangélica empeñándose en hallar estos extraviados, y con eficaces palabras y sabios consejos, reconducirlos al puesto de su deber en el ejército real. Busquémoslos, informémonos más o menos dónde se pueda hallar alguno de ellos, y hallado, se haga reflexionar seriamente que dejar en abandono la patria en estos momentos, ¡es una cobardía incalificable, es un estigma infamante, que se reproducirá en todas las generaciones del que cometió delito parecido! Se le diga que, si todos hicieran lo que él hizo, ¡ya serían abiertas ignominiosamente todas las puertas de las ciudades italianas, y todos caeríamos bajo la esclavitud del extranjero, que molesta hasta mudar en establos nuestros templos sagrados!⁹⁵

«Sacúdase, recondúzcase, susurrándole también en el oído que ser fusilado en las espaldas es inmanejable si no se rinde, y es más terrible que morir gloriosamente en los campos del honor, que finalmente una vez se tiene que morir y **¡una muerte digna toda la vida honra!** En efecto, ¿quién lo dice que tendrá que morir en la guerra? ¿Acaso todos mueren los soldados que combaten? ¿No hay muchísimos que hicieron todas las campañas sin ser mínimamente heridos?

«Gran medio de persuasión será el recuerdo de los principios religiosos. Se insinúe al pobre desviado que el altísimo Dios protege a los que hacen el propio deber y se confían en Él; que padecer malestares y fatigas por la obediencia a los jefes y el servicio a la patria es obra santa y meritoria, y que se acumulan tesoros eternos para la vida futura; ¡admitiendo también que se tenga que morir, el soldado que dócilmente y valientemente hace su deber y sucumbe, tiene que estar seguro que tendrá asegurada su eterna salvación! Él morirá como un mártir. ¡Su memoria será siempre honrada y bendita!

«¡Cuántos y cuántos soldados, que cayeron en el campo del honor, defendiendo la dilecta común patria italiana, ya están ahora en el cielo, gozando la eterna bienaventuranza en el seno de Dios! Jesucristo Nuestro Señor santificó el amor de patria cuando, dirigida su mirada en la prevaricada Jerusalén, previendo su exterminio, lloró sobre ella: **¡Flevit super illam!** Aquellas lágrimas dicen a todo el mundo y a todos los siglos: “¡Amad vuestra patria, y, si necesita vuestra sangre, dádsela sin temor!”.

⁹⁵ El Padre pensaba en el triunfo de los turcos, ¡que eran aliados de los imperios centrales!

«Si esta nuestra cálida apelación servirá para hacer volver al sitio del deber también un solo soldado – ¡pero esperemos que valga para más que uno! – ¡nos sentiremos muy satisfechos por haber cumplido obra de gran amor patrio y de gran caridad para el prójimo! ¡La misma satisfacción deseamos a todos nuestros lectores, a todos nuestros celadores, a todas nuestras celadoras, a todos los celosos y caritativos sacerdotes italianos! Nuestro clero ya se hizo inmortal por sus actos de heroísmo en los campos de batalla: añade esta otra gloria patriótica y salvadora: la reconducción de los extraviados a su ejército.

«¡Nuestros huerfanitos, nuestras huerfanitas, que perdieron sus padres en la guerra – inocente y gloriosa prole, que puebla nuestros muchos orfelinatos antonianos – rezan al gran San Antonio de Padua, que allá en el frente aleje al extranjero que se atrevió acercarse a poca distancia de su santuario y obtenga el total arrepentimiento y la vuelta resoluta a las armas de los extraviados hijos de Italia!

«Terminemos con los versos sublimes, que hace muchos años escribió nuestro inalcanzable poeta mesinés, Feliz Bisazza que suenan como si hoy, y por la actual guerra, él los repita desde el cielo por nuestra amada Italia:⁹⁶

Ágil espíritu a tus sagradas tiendas
Cantaré nuevos y belicosos carmes,
Vil el hombre que al ajeno se vende
¡Dejando las armas!

Vil la tierra que sus fastos olvida,
Que en la deshonra no llora ni descolora;
Pero tú eres Italia, y como fuiste antes
¡Eres Italia todavía!» (N.I. Vol. 1, p. 197).

El artículo suscitó una reacción en Mesina en aquella parte del clero que consideraba el ejército italiano como usurpador del estado pontificio y condenaba el patriotismo del Padre. El Padre Vitale lo informó y el Padre contestó desde Trani: “**Mi artículo para los extraviados.** ¡Monseñor Obispo de Oria lo halló óptimo y me lo alabó mucho! ¡Veo diversos pareceres! Convengo que era patriótico, ¡pero era también **evangélico**, porque es suma caridad arrancar algún pobre soldado de la pena de ser fusilado por las espaldas y de la infamia! ¿Por qué no tener en cuenta esto? Hoy en día todos los obispos, o muchos, hablan con tono alto patriótico también en la iglesia por argumentos importantes, como el préstamo etc. etc. Es verdad que me atreví asegurando la salvación eterna etc. etc. ¡pero yo estoy muy de acuerdo con la opinión de muchos sabios y teólogos, entre ellos Ventura y Faber,⁹⁷ que consideran que muchísimos se salvan y poquísimos se pierden! Ahora, si esto acontece en el estado ordinario, ¿qué diríamos del extraordinario de extraordinaria expiación en la guerra? ¡La palabra **mártir** se entiende muy bien que es dicha poéticamente, más que teológicamente! ¡En sentido teológico no se puede llamar mártir ni el que muere matado por la fe si no resultan los extremos!» (Vol. 32, p. 97).

⁹⁶ El padre aplica a Italia los versos que Bisazza pone en los labios de Byron muriente (1788-1824). El poeta inglés había pasado por Grecia para defender su libertad contra los turcos, los versos originales, pues, suenan así: **Pero eres tú, Grecia, y como fuiste antes – ¡Eres Grecia todavía!**

⁹⁷ El P. Joaquín Ventura (1792-1861) de Palermo, general de los Trinitarios, célebre predicador, llamado el **Bousset italiano**. Involucrado en la política, favoreció la idea güelfa de Gioberti, reconoció la república romana de 1849, por lo cual, caída esta, fue obligado a reparar a Francia, donde falleció. P. Guillermo Federico Faber (1814-1863), escritor ascético inglés, compañero de Newman, convertido al catolicismo, publicó libros ascéticos muy eficaces. Recordemos: **Todo por Jesús, El Creador y la criatura, Belén, El pie de la cruz, el Santísimo Sacramento, Charlas espirituales**, etc.

13. Hacia los bienhechores

Más arriba tratamos sobre la gratitud del Padre hacia Dios; digamos ahora de la hacia los bienhechores.

«Fue grato a los amigos no sólo durante su vida, sino también después de su muerte».

«Encomendaba a nosotros la gratitud hacia los bienhechores con las oraciones. Lo mismo encomendaba hacia los superiores, a los que nos mandaba obediencia y sumisión». «A menudo regresando de las cuestaciones, nos decía de rezar al Señor por los generosos donantes». «Nos encomendaba la oración por los bienhechores». «Recubría con bendiciones los que lo beneficiaban, rezando y haciendo rezar por ellos». «Para los bienhechores tenemos oraciones especiales, también diarias». «Las pruebas de amistad las devolvía sobre todo con la oración y con los objetos sagrados». «Fue amigo de los amigos; me era tan grato por mi obra de profesor en el Instituto; y cuando el ayuntamiento decretó mi traslado lejos de Mesina – se trata del profesor Gazzara – bastó una carta suya al prefecto para que permaneciera en Mesina». «Muchos lo ayudaron en sus trabajos por espíritu de amistad cristiana: él recompensaba a los bienhechores o con dinero o con donativos diversos. La Misa la celebraba ordinariamente para los bienhechores».

«Si sabía que en algún pueblo había algún bienhechor o bienhechora de nuestro Instituto, era todo premuroso de manifestar su gratitud con obsequios y visitas».

«Por lo que se refiere a la gratitud hacia los amigos, nosotros tenemos un cuaderno, querido expresamente por él, para apuntar los beneficios de los amigos de cualquier naturaleza, para recompensarlos con gratitud material y espiritual. Yo, además, por mi cuenta, recuerdo que, habiendo fallecido el abogado Picciotto, que hizo tanto para ayudarme en la vocación, el Siervo de Dios, cuando me lo anunció, me dijo: “Acuérdate de compensarlo con sufragios y con obras buenas». «Se desobligaba con los bienhechores con la oración, sobre todo, y luego con diversos regalos, especialmente dulces y pasta, en las principales solemnidades religiosas y en las fiestas onomásticas. Entre ellos había también los confesores; los capellanes tenían ordinariamente un donativo mucho más abundante por la Misa».

«Por todas aquellas personas que beneficiaban de cualquier manera el Instituto, era premuroso de manifestar la gratitud; y tratándose de sacerdotes con iglesias, regalaba a menudo imágenes o bien estatuas sagradas. A menudo se preocupaba de agradecer abogados o médicos o bien otras personas importantes, que no habían querido nada por sus prestaciones, enviando unos cestos de galletas, de pan de España etc. Yo que estaba en la secretaría tuve el encargo por él de escribir muchas veces, bajo su dictado, unas **cartas hermosas**, así las llamaba, de agradecimiento para personas generosas; en efecto, en los primeros tiempos, la campana, tocada más o menos largamente, nos imponía oraciones especiales, aunque permaneciendo en nuestros lugares, en favor de los donantes que habían enviado 50 o 100 liras. Entre las muchas cartas, dictadas por él, escribí muchas llenas de respeto para obispos y para superiores eclesiásticos».

En las Apulias era de valiosísima ayuda para los Institutos el abogado Intonti de Trani, que ofrecía siempre gratuitamente su asistencia profesional. El Padre no encontraba expresión para demostrarle su gratitud. Le escribía: «Los buenos oficios que se prestan a una comunidad con aquel afecto con que usted siempre se ofreció para este orfanato, son de tal naturaleza, que ni con plata o

con oro se pueden compensar, sino más bien con el profundo imborrable sentimiento de la más sincera gratitud, implorando por el Dador de todo bien gracias y bendiciones». Y hace vivas instancias para que agradezca una pequeña flor, con la que quiere «expresar con alguna debida manifestación su gratitud interior» (Vol. 42, p. 74). Y después de la adquisición del palacio Pappagallo, él insiste para conocer su paga: «Nosotros tenemos presente que usted es un profesional, un padre de familia, y queremos saber lo que le debemos» (Vol. 42, p. 84).

Se habla también de escritos para los bienhechores: «Escribió unos poemas para unos bienhechores». «Era delicadamente grato a todos sus bienhechores; era rico de palabras y también de escritos, de los que muchos impresos, por todos los bienhechores».

Recordemos algunos de ellos.

Con ocasión de la muerte de Gracia Cucinotta, que le había dado el patrimonio para la sagrada ordenación, el Padre escribió un magnífico elogio fúnebre.

Francisco Ciampa, de Piano di Sorrento (Nápoles), «hombre de grandes virtudes, ciudadanas y domésticas, había armado 18 barcos para su comercio de agrumes, destinando los ingresos de una de ellas totalmente para beneficencia, y el Padre había experimentado largamente su caridad. En la muerte de él escribió una bonita representación en versos, con tres personajes – la Fe, la Esperanza y la Caridad – que celebran los méritos del ilustre difunto y que se concluye con un coro de huerfanitas:

«¡Cuántas veces y cuántas a nosotros
Partió el pan sobre nuestra mesa,
Y por manos de los hijos suyos
Nuestros afanes consoló!
Ahora devuelve a Francisco, devoto,
Lo que a nosotras aquí donó» (Vol. 47, p. 287).

El señor Mariano Gentile dejó al Padre un legado de 55.000 liras, con que se instaló el molino y la panadería, y la señora María Luisa Pellegrino le dejó todo lo que tenía. «He allí, oh señores – dice el Padre en un discurso suyo – los retratos para nosotros sagrados de estos nuestros bienhechores, por los que mensualmente estas huerfanitas, en el día que corresponde al de su pasaje a los eternos premios, hacen una particular oración por aquellas almas santas» (Vol. 45, p. 453).⁹⁸

Con palabra emocionada el Padre recuerda el profesor Luis Costa Saya, «el verdadero amante de su patria, el verdadero ciudadano, el verdadero amigo, el hermano de todos, el padre de los pobres, el tierno padre de la juventud, de la que lloró sinceramente los graves peligros a los que hoy está expuesta: él fue el hijo fiel de la Santa Iglesia, el verdadero católico militante, el modelo de la vida cristiana, fue un ángel en veste humana» (Vol. 45, p. 115). Su taller de análisis químicas le aseguraba grandes ganancias, pero un día leyó el Evangelio de San Lucas (c. 12) la parábola del rico que, mientras piensa de agrandar sus almacenes, se siente intimar: “**Necio, esta noche te van a reclamar el alma, y ¿de quién será lo que has preparado?**”. «Esta lectura – escribe el Padre – renovó en aquella alma cándida, y también llena del temor divino, aquellos milagros de desapego de toda cosa terrenal que el Evangelio actuó desde sus orígenes, cuando formaba un héroe solo sintiendo leer: **Si**

⁹⁸ En las notas al discurso el Padre apela a la pública caridad: «Todo el que posea y sea libre de disponer de sus bienes, no tendría que olvidar estos orfanatos». Pero no se tiene que faltar a la justicia; por eso el Padre precisa: «Dije: **Cada uno que posea y sea libre de disponer de sus bienes**, porque el que tiene obligaciones hacia familiares u otros, antes tiene que pensar en aquellos. Respetemos antes de todo el principio: **El alma a Dios y las cosas al que toque**» (Ibid. p. 455).

quieres ser perfecto, anda, vende lo que tienes, dáselo a los pobres, y luego ven y sígueme» (Vol. 45, p. 120).

Luis Costa Saya tomó su resolución: no teniendo familia, él dará todo a los pobres; y así hizo, hasta reducirse él mismo en pobreza. Por lo que se refiere a nuestro Instituto, he aquí la confesión del Padre: «Mis modestas obras de beneficencia, mis orfanatos, especialmente en su primer aparecer, lo tuvieron como insigne y generoso bienhechor oh, cuántas veces, desanimado por las dificultades, toqué a su puerta, y siempre lo hallé alegre, pronto para socorrerme, ¡y tal vez sus donativos superaban mis peticiones! Puedo decir que sus beneficencias fueron elemento primario para la formación de las bases de mis Institutos. Él los amó con gran afecto, y no sólo los socorrió hasta el final, sino se alegró siempre con gran complacimento cuando conocía sus progresos» (**Ibid.** p. 121).

Encerremos este capítulo con el recuerdo de Monseñor Francisco de Paula Carrano, Arzobispo de Trani, «que amé – confiesa el Padre – casi como un hijo y veneré como siervo humildísimo» (Vol. 45, p. 160). En la fiesta de las bodas de oro del insigne prelado, las huérfanas le hicieron una solemne celebración en el pequeño teatro de la casa y el Padre tuvo el discurso. Exaltó los méritos del arzobispo en aquel Instituto, así que podía llamarse su fundador. Cuando estalló el cólera de 1910, empezó el orfanato: «¿Y puedo acaso callar – escribe el Padre – el generoso financiero concurso de nuestro amado Arzobispo? Él no sólo cedió este amplio palacio, que le costó una buena moneda, sino que nos dio dos mil liras para los gastos de instalación; ni satisfecho por esto, cedió para bien de estas huerfanitas las ganancias de las oficinas, almacenes anexos al palacio, por el valor de cerca de veinte mil liras. Ni esto es todo: para hacer posible la aceptación el mayor número de huérfanas él, con gran munificencia y no mirando en los gastos, hizo fabricar un segundo piso, amplio, con pasillos y dormitorios, para colocar allí en el caso de mantener treinta y dos huerfanitas y muchas hermanas y postulantes, con el máximo decoro y limpieza. Y más aún: a pesar de la cesión de todo esto, quiso asumir el gasto de la tierra; y finalmente, preocupado siempre por la perpetuidad del asilo caritativo, pensó como proveer para el porvenir».

Y concluye: «Ahora decidme, oh señores, ¡si todo esto no constituye el mérito de verdadero y afectuoso fundador de una obra tan importante, que es una casa de salvación para las pobres derelictas huerfanitas, con una anexa escuela de trabajo y educación para las pobres niñas del pueblo! Ni yo os comenté el amor, el continuo pensamiento paternal, las más vivas premuras, con que él acompaña el desarrollo de esta obra piadosa de caridad que, como forma su gloria, así forma un nuevo decoro por una ciudad eminentemente religiosa y civilizada, como es Trani» (**Ibid.** 497).

En aquella ocasión el Padre estrenó, en la sala del teatro, una lápida marmórea con el bajorrelieve del arzobispo e inscripción que recuerda sus insignes méritos.

21. FORTALEZA

1. Definición. 2. Fue fuerte. 3. El Barrio Aviñón. 4. Las dificultades. 5. «La caridad por puro amor de Nuestro Señor». 6. Remontando a los orígenes. 7. Las penurias. 8. En resumen. 9. La separación del hermano. 10. Don Francisco en la Obra. 11. El partido oculto. 12. Las motivaciones de la división. 13. En Roccalumera. 14. Después de la separación. 15. La supresión de las hermanas. 16. Se abandonaba a la voluntad del Señor. 17. Entre las Hijas del Sagrado Costado. 18. Espigando.

1. Definición

La prudencia y la justicia regulan nuestras relaciones con el prójimo; la fortaleza y la templanza ponen orden en nuestras relaciones con nosotros mismos.

Empezando por la fortaleza, he aquí la definición que nos dan de ella los maestros de la vida espiritual: «La fortaleza es la virtud moral que consolida el alma para el conseguimiento del bien difícil sin dejarse descomponer ni por los más grandes obstáculos. Ella tiene que dominar el temor de los peligros, de las fatigas, de las críticas, de todo lo que paralizaría nuestro esfuerzo hacia el bien y nos impide darnos vilmente por vencidos cuando hace falta luchar. Ella modera también la osadía y la exaltación intempestiva, que empujarían a la temeridad.

«Esta virtud tiene dos actos principales: **empezar** valientemente (**aggredi**) y aguantar (**sustinere**) en las cosas difíciles. El cristiano tiene que aguantarlas por amor de Dios, y es ciertamente mucho más difícil soportar durante largo tiempo que empezar valientemente una cosa difícil en un momento de entusiasmo. La fortaleza es acompañada por la **paciencia** para aguantar las tristezas de la vida, sin inquietarse ni murmurar, por la **longanimidad**, que aguanta durante largo tiempo, y por la **constancia** en el bien, que se opone a la tenacidad del mal. A la virtud de la fortaleza se junta también la de la **magnanimidad**, que empuja a grandes cosas en la práctica de las virtudes, evitando la pusilanimidad, la blandura, pero sin caer en la presunción, vanagloria o ambición» (Cf. Garrigou – Lagrange, **Le tre età della vita interiore**, Vol. IV-V, p. 150).

Y también: «La fortaleza nos estimula a ir adelante con el trabajo de la vida cristiana y de la santificación, a través todas las dificultades de este ideal, y a resistir hasta el final. Implica todo un complejo de elementos y aspectos que hacen de ella una virtud eminentemente simpática. Al que de veras **toma el toro por los cuernos**, y que **quiere** progresar, le hace falta hígado, audacia y hasta un poco de agresividad contra los obstáculos que hallará por el camino. Tiene que atreverse, ser emprendedor: audacia perfectamente cristiana y absolutamente necesaria. Tiene que perseguir con paciencia y constancia en la obra empezada; mantenerse fiel un día no es difícil, pero por meses y meses, por años y años, por toda la durada de la vida no es fácil. El elemento de la durada es una de las dimensiones más pesadas y más penosas de la obra de santificación. El martirio mismo, ¿acaso no es más fácil, dicen algunos, que la larga peregrinación de la subida al Carmelo? La fortaleza implica que se sepa **aguantar**, esperar sin cansarnos, soportar incomodidades de todas clases, aceptar penas, paradas y vueltas, sufrir eventualmente burlas, soportar la incompreensión y las amenazas» (Cf. G. Thils, **Santità cristiana, Compendio di teologia ascetica**, p. 309).

2. Fue fuerte

Veamos cómo resplandeció en el Padre la virtud de la fortaleza. Anticipamos que en muchos casos somos obligados a limitarnos en dar atisbos, reenviando a la biografía, escrita o para escribir, para los detalles de muchos acontecimientos.

Antes de todo destacamos los testimonios generales.

El Padre «Tuvo fortaleza cristiana en todas sus actividades. En las obras que empezó, en sí mismas graves y por los obstáculos que halló, fue tetrágono». «Estuvo fuerte a partir de cuándo luchó

y ganó en la familia para la vestición clerical». «Los sufrimientos morales fueron diversos y profundos; sin embargo, nunca los desveló; tal vez hacía intuir la gravedad a través de alguna expresión: “¿Jamás pidió al Señor de morir en estas circunstancias?”, a propósito de mis sufrimientos; y otra vez, en que hablaba de ciertas penas mías, él me contestó suavemente: “¡Y esto no es nada!”». «Según mi parecer temía sólo el Señor: todas las dificultades por las obras de redención de las almas y de los cuerpos, él las superó siempre con fortaleza, porque confiaba filialmente en Dios». «Muchas dificultades halló en sus obras, pero buscó superarlas y las superó no confiando en sí mismo y en argumentos humanos, sino únicamente en la oración».

«Los dolores físicos y morales, que tuvo frecuentes y ásperos, los superaba con el mayor recogimiento y un más confiado abandono en Dios; y acostumbraba exclamar juntando las manos y bajando la cabeza: “¡Hágase la voluntad de Dios!”». He aquí una expresión profundamente incisiva: «El Siervo de Dios fue un roble y no una caña». Ciertamente tuvo que superar grandes dificultades en su vida; éstas él las tenía cerradas en su corazón; pero siempre nos encomendaba de rezar por él al Señor para poderlas superar. Supimos diversas veces de graves noticias concernientes el Instituto; pero en aquellas circunstancias nunca cogimos en el rostro del Siervo de Dios preocupaciones o ansiedades: nos hablaba y nos acogía con la misma sonrisa y con la calma habitual.

«Tuvo fortaleza adamantina; manifestó sin temor sus ideas religiosas, haciéndolas seguir por las obras». «El hambre, las injusticias, las incomprensiones fueron obstáculos grandes, por él superados magnánimamente». No tuvo respetos humanos; su fortaleza era la oración. «Los Institutos fundados por él así florecientes suponen la fortaleza de este hombre».

«No conozco titubeos... cierto sólo verlo hacía entrever el hombre de Dios. Su gran confianza en el Señor lo tenía siempre derecho y firme en las adversidades; cualquier otro se habría desanimado».

La sobrina del Padre: «Sobre la fortaleza del Siervo de Dios, recuerdo que la mamá me decía que nunca se había desanimado, más bien había aguantado con cierta leticia; y así también en los días en que amenazaba de faltar el pan a los huérfanos». Lleno de fe como era, encaraba las dificultades con confianza y las superaba, más que confiando en los propios medios, con la oración y con la paciencia.

«Sufrió muchísimo, pero siempre con ánimo fuerte». «Tuvo que padecer mucho por los asuntos de la Obra». «Tuvo que superar graves dificultades: los sacerdotes y los laicos no le creían; también los familiares lo obstaculizaban. Fue fuerte y se concilió la estima de todos». «Convencido de la bondad de una cosa, iba hasta el final sin cuidarse de las dificultades: ¡cuántas de ellas tuvo en la fundación de sus obras por parte de los hombres y de las cosas!».

3. El Barrio Aviñón

La gran prueba que enfrentó y afirmó la fortaleza del Padre fue indudablemente la fundación y el desarrollo de la Obra fundada por él. Él describe sus orígenes difíciles y contrastados en el tristemente notorio Barrio Aviñón, del que nos dejó una realística descripción en las **Preciosas Adhesiones** (edición de 1922), que todos leímos en la vida del Padre. Aquí referimos diversos testimonios para confirmarla.

Empecemos por lo que escribió de ello el profesor Vicente Lilla en un pequeño opúsculo publicado en 1902 (Cf. Vincenzo Lilla, **Il Canonico Annibale M. Di Francia e la sua Pia Opera di beneficenza**, Messina, Tipografía S. Giuseppe, 1902): «En uno de los lugares extremos de la ciudad de Mesina, había una mezcla de casas en ruina, casi barracas. Oh, ¡de cuánto inferior al alojamiento de las bestias! Y parece que el lugar en que moraban las bestias podría ser envidiado por los que allí vivían, o sea por aquellas mujeres sucias, que hacían mercado de su conciencia y de su cuerpo (p. 11).

«En aquel trozo de tierra, diría casi, maldita, de la que era bandido todo principio de moral y religión, había uniones inverecundas, no se respetaban las leyes del pudor, y estos infames acoplamientos entre los mismos familiares, violaban los derechos de la sangre. La lujuria, la obscenidad, se presentaban en la más vergonzosa, en la más monstruosa e infame forma. Era un estado de verdadera barbarie; nada de cultura, nada de conciencia de la dignidad humana, y hasta la tenue luz del sentido común, se había apagado en aquellas conciencias deturpadas. En resumen, aquel lugar estaba habitado por una manada de bestias; porque el hombre no dominado por la recta razón, y por la luz de la fe, es menos que una bestia, porque la bestia tiene el instinto que tiene el lugar de alta razón» (p. 14).

Completemos el cuadro con otros informes: el ambiente de Aviñón era formado «por uniones ilícitas, por el mal hablar, por enfermedades contagiosas, por casuchas húmedas y sucias, por casi un sentido de horror hacia la religión cristiana y por el desprecio de la opinión pública hacia el barrio desfavorecido, por lo cual, queriendo definir un delincuente común, se decía: “¡Eres un **mignunaru!**”, o sea un **aviñonero**».

Muy escultural esta otra descripción: «Barrio Aviñón: un grupo de barracas sucias y estrechas, donde pasaban la noche habitualmente los **transeúntes** de la ciudad: borrachos, ladrones, mendigos, prostitutas, (...) pagando el precio de diez centavos por cada uno en cada noche, a una persona encargada por el Caballero Aviñón, propietario del lugar, que vivía con este ingreso. Los hijos de esta gente fueron el primer elemento de los Institutos del Canónigo Di Francia. Parece increíble cómo el Siervo de Dios pudo superar la natural repugnancia física y moral que inspiraba aquel ambiente».

Hacia medio siglo que la ciudad de Mesina ofrecía al mundo este horrible espectáculo de degradación moral y material, cuando el Padre puso un pie allí, siendo entonces joven diácono, para empezar la sanación de aquel barrio y luego plantar la semilla de sus obras de beneficencia y de dos Congregaciones religiosas. ¡Hizo falta sin embargo tiempo, y sobre todo paciencia y fortaleza heroica!

4. Las dificultades

Pero escuchemos al Padre que en una página nos presenta la síntesis de todo un conjunto de dificultades a las que tuvo que enfrentarse.

«¿Quién no sabe cuánto sean graves, y tal vez humanamente insuperables, las dificultades que rodean el desarrollo de las obras del Señor? Yo diría que el que empieza obras parecidas, tiene que luchar contra cuatro objetos opuestos:

«En primer lugar, él tiene que luchar con opositores y oposiciones externas: las críticas, las persecuciones, las desaprobaciones tal vez de los mismos buenos. Quien dice que hazañas parecidas

son locuras, quien que estas cosas no pueden durar o que todo tiene necesariamente que desaparecer tras la muerte del que las empezó. Añádanse las escaseces de medios, las penurias las defeciones, las ingratitudes de los mismos beneficiados, y cien otras dificultades y dolorosas peripecias.

«En segundo lugar, hace falta luchar contra sí mismo. El hombre pierde las fuerzas se siente menguar, ve delante de sí lo imposible; las propias miserias espirituales son muchas rémoras. Sin embargo, hace falta fortaleza, sacrificio, constancia, fe, confianza, sagrado entusiasmo, privaciones, tolerancia, prudencia, longanimidad, disimulaciones: es un estado de continua violencia consigo mismo.

«En tercer lugar, hay quien pelea noche y día, extrínsecamente, intrínsecamente, por medio de los hombres, por medio de nuestras mismas pasiones: ¡es Satanás! Y esta es lucha contra el poder de las tinieblas, áspera y tremenda, que hacía decir al Santo Apóstol Pablo: **nuestra lucha no es contra hombres de carne y hueso sino contra los principados, contra las potestades, contra los dominadores de este mundo de tinieblas, contra los espíritus malignos del aire** (Ef 6, 12).

«Nada teme tanto el demonio cuanto la formación de una obra de caridad, de beneficencia, de religión. Por él una institución que tiende a la divina gloria y al bien de las almas, es como la fundación de la Iglesia: le vuelve la ira y el furor que lo encendió cuando la Iglesia primitiva se iba formando. ¿Y qué no hace el Infierno para impedir la formación de estas obras? Hace falta entonces, a través de la ayuda divina, luchar con todas las armas de la fe, de la cristiana prudencia, de la oración, de la recta intención, de la pureza de la conciencia, de los sabios consejos.

«Pero en otra lucha de un género muy diferente, y sería la cuarta, entra el que empieza obras parecidas. Esta es la lucha de Jacob con el Ángel. Él tiene que luchar contra Dios mismo. Es el altísimo Dios el autor de toda obra buena, y el hombre no es sino débil e inútil instrumento. ¡Pero sobre este instrumento y con este instrumento, Dios trabaja! Él quiere la inmolación. Jesús Sumo bien quiere su imitación. Luchó el Redentor divino con la justicia de su Eterno Padre cuando **oravit cum lacrymis et clamore valido** (Heb 5, 7); y esto durante toda su vida, en los montes, en las grutas, y continuamente inmolándose en el altar de su divino Corazón. Luchó en las terribles agonías, cuando **prolixius orabat** (Lc 22, 43) y cuando, finalmente, a las ardientes lágrimas suyas unió la generosísima y dolorosísima efusión de su Sangre adorable y de su alma santísima. Esto hizo decir al Profeta: **¿Generationem eius quis enarrabit? Quia abscissus est de terra viventium** (Is 53, 8). Dios quiere las obras, pero las quiere formadas entre las fatigas, los gemidos, los suspiros, los sacrificios. Él actúa con dos manos: con una sujeta el débil instrumento, con la otra lo hace ejercer en la lucha; con una le da las ayudas indispensables, con la otra impide las ayudas mayores y a menudo rodea con sillares el camino, según la expresión del profeta Jeremías, por el que el hombre es obligado a decir: **ha cerrado mis caminos con sillares, ha retorcido mis sendas** (Lam 3, 9)».

El Padre sigue revelándonos en parte los tormentos de su espíritu, atrapado en las garras de las preocupaciones: «Entonces el hombre conoce su impotencia, su nada, entra en la difidencia de sí mismo, se humilla, se anonada, se considera como el obstáculo de todo buen éxito, e igual como Moisés exclama al Señor: **Mitte, Domine, obsecro, quem missurus es** (Éx 4, 13). Entonces parece que todos los caminos estén cerrados y el cielo esté hecho con bronce. Mil dudas surgen sobre el propio trabajo, que no sea un esfuerzo de la propia temeridad y presunción. La oración parece que se vuelva inútil. Parece que Dios se haya retirado como pena por las infidelidades, poniendo una nube para que no entre ante su presencia la oración, así que se pueda decir con Jeremías: **Opposuisti tibi nubem ne transeat oratio** (Lam 3, 44).

«Sin embargo aquello es el tiempo de gemir y suspirar desde el profundo abismo de la propia miseria ante la divina misericordia. no sabemos pedir como conviene; dijo con divina expresión el Apóstol, pero el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos inefables (Rom 8, 26). Sin embargo, aquello es el tiempo para sostener las sabias demoras del Sumo Dios, según el dicho del Eclesiástico: **Sustine sustentationes Dei** (2, 3); aquello es el tiempo para aguantar en la misteriosa lucha del propio anonadamiento, de los gemidos, de los suspiros, de las súplicas, de todo sacrificio incansable, para que se realice lo que cantó el Salmista: **Expecta Dominum, viriliter age et confortetur cor tuum** (Sal 26, 14).

«Finalmente la lucha de Jacob con el Ángel termina con aquel fuerte abrazo acompañado por aquella amorosa protesta: **No te soltaré hasta que me colmes de bendiciones** (Gén 32, 27) y queda felizmente concluida con la abundancia de las bendiciones divinas, que serán tanto más abundantes, por cuanto más larga y difícil fue la misteriosa lucha. Pues era Dios que plantaba, no el hombre» (**Preciosas Adhesiones** p. 6-8).

Lo que el Padre nos dice aquí no es una enseñanza doctrinal, un canon de teología ascética: es historia vivida en la fundación de sus obras: «Estas clases de dificultades – escribe – rodearon esta pequeña obra de beneficencia y la golpearon por cada lado desde su primera concepción. Ellas fueron creciendo cada vez más, con tal complicación de cosas, con tal enredo de circunstancias, que la Obra se halló en un torbellino de tribulaciones, y fue cien veces cerca de fallecer antes de nacer. Cuántas veces estaba a punto de exclamar con el lamentoso Profeta: **Inundaverunt aquæ super caput meum, dixi perii** (Lam 3, 54)» (N.I. Vol. 10, p. 211).

5. «La caridad por puro amor de Nuestro Señor...»

Vayamos ahora un poco a los detalles.

El barrio Aviñón «se había convertido en oprobioso por toda la ciudad» (N.I. Vol. 10, p. 207) y «nadie se atrevía a poner pie en aquel lugar de abominación» (**Preciosas Adhesiones**, p. 5). El Padre contaba que, habiendo una vez inducido al canónigo Ciccolo a visitar aquella turba, «este quedó tan impresionado, que se fue pálido en el rostro y pesaroso».

El Padre en cambio no se contentó de una visita pasajera, sino «allí se sepultó inmolándose», porque «se dio cuenta que lugar mejor no podía darse para ejercer un poco la caridad por puro amor de nuestro Señor Jesús Sumo Bien, que tanto quiere a los pobrecillos y los quiere salvos» (**Preciosas Adhesiones**, p. 15).

Pero, queriendo ser sinceros, no por todos se podía pretender el heroísmo del Padre: de aquí una primera fuente de incomprensiones y contradicciones.

Considerando el asunto desde el lado puramente humano, no tenían todas las culpas los familiares y conocidos, laicos y clero, que lo dejaron bien pronto solo, y empezaron a tildarlo de loco... También los familiares de Nuestro Señor, que se paraban en su humanidad, cuando Él empezó su apostolado, desaprobaban su conducta y **vinieron a llevárselo, porque se decía que estaba fuera de sí** (Mc 3, 21).

Ya conocemos las dificultades de puso su madre para que no se entregara a la vida eclesiástica, justamente para seguir con la familia. Estas dificultades aumentaron cuando empezó el apostolado en

el tristemente célebre barrio Aviñón: era inconcebible para la familia que el marquesito Di Francia hubiese acabado en aquella barriada. Efectivamente aquella total dedicación suya para la redención de aquella podredumbre física y moral despertaba maravilla y contrariedad en los así llamados bien pensantes, no excluido el clero y el capítulo, en el que pertenecía. Dificultades inmensas, pero que él sostuvo y superó porque blindado por la oración y la bendición del arzobispo.

Un gran obstáculo halló desde el primer momento de su apostolado en Aviñón: amigos, conocidos y también personas del clero intentaban convencerle sobre lo extraño y la imposibilidad de la hazaña, dada su cultura literaria y sus calidades oratorias; pero él no se aterrorizó. Más bien corrió a Nápoles, donde el Padre Ludovico de Casoria y una santa religiosa lo animaron a seguir, diciéndole que la suya era obra del Señor.

«Me parece como si lo sintiera ahora confesar las grandes dificultades que tuve que encarar por falta de medios y las consecuentes diatribas de los familiares y extraños, que reprochaban sus utopías». Después de haber mencionado las dificultades de diversas clases que enfrentó el Padre, una hermana sigue: «Aguantó con calma y dulce sonrisa todas estas dificultades, porque confiaba en el Señor: en estas situaciones la campana tocaba siempre y nos llamaba a la capilla, donde el Siervo de Dios nos invitaba a la oración, junto con él». «Los obstáculos fueron de diversa naturaleza: dinero, coadjutores, lugares. Sin embargo, a pesar de que estuviera afligido, siempre lo vi sereno. (...) Su espíritu fue siempre calmo, porque se apoyaba en Dios».

«Uno de los mayores obstáculos que halló en sus construcciones, fue la falta de medios. En estas circunstancias lo vi siempre calmo, sobre todo porque su ayuda era el Señor. (...) A menudo y de repente nosotros los jovencitos éramos invitados por él a rezar juntos en la capilla, cuando las necesidades empujaban».

«El Siervo de Dios tuvo que sufrir contradicciones e incomprensiones por parte de sus cohermanos, debidas igual al hecho que su obra y novedad estaba fuera de su ambiente». «A pesar de las infinitas dificultades, consiguió evangelizar el barrio y fue siempre amado por sus virtudes, especialmente por su caridad hacia los pobres». «Recuerdo con mi inmenso asombro que había gente ya beneficiada por él, sea curas que laicos, que murmuraban contra su manera de actuar, llamándolo loco e imprudente. Creo que el Siervo de Dios conociera estas apreciaciones, pero soportaba silenciosamente».

6. Remontando a los orígenes

El ya mencionado profesor Lilla, tras haber descrito el estado miserable de Aviñón y aludiendo al propósito del Padre de «hacer resucitar de la abyección de los sentimientos aquellas almas pravas y disolutas, y elevar allí el estandarte de Jesucristo» sigue así, comentando la dificultad de la obra: «Hazaña peligrosa, sendero lleno de espinas y tribulaciones era aquello; pero el hombre de Dios no se desanimó viendo tantas dificultades, porque siempre estaba sostenido por la mano invisible del que **en el universo penetra y resplandece**. Él tuvo fe viva y fuerte, acordándose de aquel pasaje del Evangelio, que, si el hombre que tiene fe dice a los montes que se muevan, los montes se mueven, se encendió aún más su celo y consiguió vencer todos los obstáculos para actuar su generoso pensamiento. Esperó en vano tener la cooperación y pocos beneméritos, pero su ilusión duró poco, más bien la Obra fue creída de imposible actuación, y por eso fue burlado y escarnecido el hombre

piadoso que la empezaba; en efecto, el que no tiene total confianza en Dios y se confía a los deseos mudables de los hombres, no puede seguir con estas obras.

«Otros también creían la obra utopista, y tal para abortar en el nacer por falta de bienes de fortuna, y peor aún él tuvo que luchar grandemente con la codicia de aquellos famélicos propietarios de aquellas pobres y desadornas casas, más bien crecieron adrede sus pretensiones sobre el valor de aquellas barracas que desanimaban el benemérito Canónigo Aníbal María Di Francia, para la ejecución de su ideal. Para esta obra santa, bendita por el Cielo, tenía además concurrir el que tuviese entrañas de caridad para el prójimo, pero los egoístas en que cada imagen divina es borrada, no se detienen para mercadear hasta con estas obras de filantropía cristiana. Siempre con la idea de quitar el vicio y de hacer surgir en aquellos lugares la virtud, pagó a caro precio aquellas casas obscenas y sucias y gran parte de su patrimonio familiar fue consumido para echar los cimientos de su instituto.

«Si la comparación no es totalmente adecuada, tiene sin embargo un parecido: Cristóbal Colón con fe inquebrantable, con ánimo alegre sostuvo su tesis, aunque contrarrestada por los científicos contemporáneos, por los hombres de estado y también por el pueblo insano; y el Canónigo Di Francia, en medio de muchos peligros y en tantas luchas, resistió inquebrantable en su ideal, él vio la cosa desde lo alto y en modo muy diferente que el universal. Y con esta fe, él echó los cimientos en modo permanente del Instituto piadoso, que ahora toma proporciones tales para despertar sentimientos de admiración en cada ánimo honrado» (Vincenzo Lilla, **ob. cit.** p. 12.).

Espiguemos aún por los testimonios: «La obra empezó en Aviñón con la evangelización de aquellos pobres, a los que catequizaba entre la indiferencia, la irrisión y la hostilidad de aquellos harapientos. El Canónigo Ciccolo intentó ayudarlo en las primeras, invitando la aristocracia en aquel barrio. Todos admiraron el heroísmo del Di Francia, pero en el mismo tiempo permanecieron disgustados por el ambiente». «Antes que fuese ido yo – recuerda el sacerdote Russello – al Siervo de Dios, supe por los primeros sacerdotes que había sufrido por diversas partes y muchísimo: el marqués Aviñón no habría querido dar sus barracas; los pobres que allí moraban no querían preferir la sanación material y moral ya empezada por el Siervo de Dios; más bien llegaron a tenderle unas cuerdas a través de las callejuelas del barrio para hacerlo caer. Sin embargo, su ánimo fue siempre sometido a la voluntad de Dios. Otros decían que no era capaz de administrar las dos comunidades, aunque se tratara de un santo». Pero en todo esto él confió siempre en la Providencia, que nunca lo abandonó; y por cuanto me resulta, siempre lo hallé solo en pelear. «Las estrecheces económicas, falta de sujetos, el abandono de un cierto sacerdote Ciccolo, las críticas de escepticismo de otros sacerdotes amigos suyos, constituyeron para él una gran prueba». «Supe que en los inicios de la Congregación sufrió mucho, sea por falta de personal, sea por el abandono de unos cuantos».

7. Las penurias

Es obvio pensar que tenían que ser extremas las dificultades del Padre para seguir con la obra empezada.

Antes de todo él empezó pagando personalmente, despojándose de sus bienes. Atestigua su sobrina: «Se sirvió para la obra inicialmente de todos sus bienes personales, muebles e inmuebles; recuerdo muy bien que vendió los fondos de Santo Stefano y de Contesse».

Pero, ¿qué eran estos? Una gota en el desierto... De aquí la angustia diaria del Padre y su heroica fortaleza sin echarse nunca atrás a pesar de la frialdad, la incompreensión, la conmiseración y las aversiones que lo rodeaban.

El mantenimiento de los huérfanos y de los institutos, a pesar de las continuas penurias y estrecheces de todo tipo, documenta la fortaleza heroica del Fundador.

Los medios de vida, desde el primer origen de las Obras, fueron siempre escasos hasta que no se desarrolló la devoción del **Pan de San Antonio**. Durante largos años él personalmente fue a tocar día tras día a cada puerta, recibiendo no raras veces villanías e injurias, que acrecentaban la amargura de los rechazos. A él se unían, en la cuestación del pan y... de los insultos, sus buenas hermanas. Una de ellas comentaba que, presentándose una vez a una distinta señora: “¿Todavía vosotras atormentándome? – le gritó esta – Ahora mismo estuvo aquí aquel loco del Padre Francia”.

La pobre señora no se daba cuenta que, si era para él un tormento oírse pedir dinero, tormento más grave era para el Padre humillarse para pedirlo, él de familia distinta y de educación finísima.

Una vez el Padre se dirigió a don Bosco para las ayudas. El Santo le hizo contestar por medio de don Rua, que sus deudas llevaban más ceros que los que no fueran los del Siervo de Dios. Lo exhortaba, sin embargo, a recurrir a la prensa. En efecto el Siervo de Dios se valió proficuamente de la prensa, y decía que el consejo de don Bosco había sido verdaderamente inspirado.

Oigamos, mientras tanto, la voz del mismo Siervo de Dios, que presenta el cuadro desolador de la Obra en una súplica al Niño Jesús en la noche de Navidad de 1889: «Mi dulcísimo Señor, Vos lo sabéis, pero consentid que os lo explique. Esta turba miserable de niños y niñas reside aquí en un lugar, que, si es apreciadísimo por su pobreza tan querida por Vos, de la misma manera se muestra inadaptado para institutos, sea por su estrechez, sea por las condiciones antihigiénicas en las que está: húmedo, sucio, expuesto a las intemperies, mal custodiado. A pesar de todo, oh Señor, ¡a cuánto precio se compra tanta abyecta pobreza y miseria! ¡Hasta el caro precio de 3000 liras por año! ¡Además del mantenimiento y transformación! Y mientras tanto Vos sabéis, oh Señor, ¡si hubo ingresos para poder pagar este alquiler exorbitante! ¡Oh adorabilísimo Niño Jesús! En esta noche que recuerda vuestra Santa Navidad, yo depongo a vuestros pies esta mísera carta, ¡y os suplico que queráis tomar en consideración el estado miserable de esta Obra Piadosa! Yo os ruego desde lo íntimo de mi corazón, oh Señor, ¡que queráis apresurar para nosotros el tiempo de vuestra divina misericordia!» (Vol. 4, p. 40).

Durante un largo periodo de tiempo fue oprimido por las deudas, como notamos antes, pero hay que confesar que los acreedores, exceptuada alguna excepción, se mostraban longánimos con el Padre, esperando que él los pudiera satisfacer. «Creo que nunca tuvo ocasión de perdonar ofensas, porque no fue nunca injuriado; los mismos acreedores aguantaban las dilaciones, y si alguno lo sufría, la mañana siguiente se reconciliaba seguramente, porque reconocía la imposibilidad del pago por parte del Padre y por otra parte veía que el bien actuado por él era inmenso». «Yo no conocí a nadie que no le fuera devoto, excepto algún pobrecillo que, no pudiendo ser contentado en todas sus pretensiones, insultaba el bienhechor». El Padre no tuvo enemigos; por doquier encontró estima y afecto. «Recuerdo que a menudo era asediado por acreedores, y él con calma extrema asegurándolos que habrían sido pagados; alguna vez me di cuenta que los mismos acreedores le besaban la mano y casi le pedían disculpa por haberle importunado, aunque no hubiesen recibido nada».

Pero la sumisión de los acreedores no dispensaba el Padre de sus obligaciones; y él buscaba todos los caminos e, incansable mendigo de la caridad, tocaba a todas las puertas, para no faltar a sus

compromisos. ¡A lo demás tenía que suplir el Señor! Sacamos de una súplica **Al Rey de los siglos, al Rey de origen eterno, Jesús Sumo Bien**, el 19 de marzo de 1904:

«Yo estoy en el abismo de las miserias, **dixi: ¡perii!** Por favor, ¡tened piedad de mí, oh Jesús clementísimo! Los males me rodean por cada lado, una montaña enorme de responsabilidad me aplasta, por doquier me muevo y me giro para subir, ¡me encuentro abatido! (...) ¡Salvad, Señor mío, salvad esta Obra! Rey poderoso, ¡actúad con soberana y generosa munificencia con nosotros miserables y oprimidos! ¡Tengo 48 mil liras de deudas! Tengo 54 años, ¡dentro de poco tendré que comparecer ante vuestro tribunal! Señor mío, ¡tened piedad de mí! Rey clementísimo, ¡agraciadme! ¡No tengo la fe que mueve vuestra caridad, no tengo la mirada amorosa que hiere vuestro Corazón! Estoy envuelto en las tinieblas de la tribulación y de la miseria. ¡Todo perece en mis manos! ¡Salvadnos Dios clementísimo! Mis acreedores justamente me aprietan, ciento cincuenta bocas piden comida, las enfermedades piden un refugio, las vidas perecen, muchos acogidos necesitan una vida civilizada, religiosa, intelectual, artística. Como me giro me giro ¡encuentro barricadas insuperables! Estamos en el raquitismo, ¡nos hace falta ayudas y no encontramos, buscamos recursos y no hallamos! ¡Dios clementísimo! Rey misericordiosísimo, Jesús Sumo Bien, ¿y por qué cerráis los oídos a mis gemidos? Por favor, yo esto lo merezco, pero, ¿a quién me dirigiré? ¡Yo espero! ¡Yo espero en vuestra infinita bondad! (...) Salvadnos, Dios clementísimo, ¡enviadnos un recurso de medios, un verdadero recurso de providencia para el pago de estas 48 mil liras de deudas, y para todos los gastos necesarios que se han de hacer para el desarrollo de la Obra, para la adquisición de los lugares, para la formación de las 4 Comunidades, y para el alivio de los pobres! Oh Jesús Sumo Bien, para nosotros míseros los centenares de millares de liras son algo imposible, ¡pero para vos 10.000.000 son como un céntimo, y un céntimo como 100.000.000! Por favor, ¡moved los corazones eficazmente a nuestro favor! (...) Por favor, perdonadme, oh Señor, **in stultitia loquor**, si esta Obra no es vuestra, y no es de vuestra gloria y queráis destruirla, destruidla, oh Señor, ¡y vuestra santísima voluntad sea glorificada!». Magnífica esta declaración que hace al Señor: «Yo no quisiera nunca pedir os dineros, medios terrenales, pero las necesidades nos oprimen, y la Obra no se forma, ¡y pagar a los acreedores es de justicia!» (Vol. 4, p. 72).

De la oración el Padre sacaba la fuerza para triunfar en cada obstáculo: ayuda divina y cooperación humana. Es interminable el listado de súplicas dirigidas a todo el Paraíso para la formación de su Obra, empezando por la Santísima Trinidad hasta las Almas Santas del Purgatorio; y esto con inquebrantable confianza y perseverancia durante largos años... Y después de haber rezado con intenso fervor, todo implorando de Dios, promete de su parte: «**Redoblar**: sacrificios, oraciones, penitencias, industrias, ejercicios de humildad» (N.I. Vol. 10, p. 49).

Recordemos las innumerables súplicas dirigidas, con infantil sencillez y filial confianza, a la Santísima Virgen y a San José, cuando las necesidades apretaban y cada salida estaba humanamente cerrada.

A uno le viene casi ganas de decir: “Pero, ¿quién lo obligaba?”. Podía contentarse de **hacer el canónigo**, como le sugerían sus colegas... ¡Pero éstos no tenían el temple del Padre!

8. En síntesis

Presentemos, en síntesis, como resulta de los diversos informes, las otras principales dificultades que obstaculizaban la Obra del Padre y que, en efecto, ya conocemos por su vida.

«En el principio de la fundación del uno y del otro Instituto hubo adversidades, calamidades y obstáculos: la primera causa de la adversidad, el barrio tristemente célebre y sucio de Aviñón, que desanimaba sacerdotes y solícitos, que habrían querido ayudarle. (...) La señora Jensen se separó para fundar otra obra, que ya no existe; la marquesa de Cassibile ralentizó durante cinco años el desarrollo de la obra, prometiendo al Arzobispo Monseñor Guarino que lo habría hecho todo ella». «La dificultad de la obra y su valentía resplandecieron sobre todo en las diversas luchas de las autoridades municipales y sectarias de Mesina, de Francavilla Fontana y de Taormina».

La lucha con el municipio de Mesina fue una prueba absolutamente decisiva. Recibido el desalojo del palacio Brunaccini, al Padre no le quedaba otra salida para sus huerfanitas. Escribe el citado profesor Lilla: «Los cooperadores de la Obra, y todas las personas beneméritas que se preocupaban por la existencia de este Instituto piadoso, estaban en gran apuro, casi todo conspirara para derribar este Instituto; solamente el Canónigo Di Francia quedaba impávido entre tanta ruina, él veía las cosas con la mirada de Dios y en su frente resplandecía una serenidad perfecta. ¿Y cómo jamás, hombre piadoso, podías guardar el alma tranquila en medio de tantas desgracias? Todas las circunstancias, todos los elementos conspiraban contra ti. No, no podía perder la confianza en Dios, un hombre que tuvo el primer impulso por la Providencia; no podía perecer la Obra Piadosa» (Vincenzo Lilla, **ob. cit.** p. 17). Y luchó eficazmente. «Fue infernal la lucha que le desencadenó el Ayuntamiento por la concesión del monasterio del Espíritu Santo. **Senatores boni viri, senatus autem mala bestia!** Todos los querían, todos le prometían, pero en el consejo se olvidaban de las promesas, y para justificarse, repetían: “El Padre Francia es un santo hombre, pero un malo administrador».

De todos modos, también esta batalla fue vencida.

Largos años le tocó luchar para mantener en pie la casa de Taormina. Aquel ayuntamiento le había alquilado los lugares, pero luego, solicitado por elementos turbios, más de una vez amenazó de rescindir el contrato, poniendo en la calle las huerfanitas; a menudo más bien ponía numerosas trabas para inducir el Padre a retirarse, hasta negarle durante algún tiempo el agua potable, que las hermanas estaban obligadas a sacar en la pública fuente. El Padre no se dejó atemorizar; insistió más bien con tal tenacidad que consiguió finalmente la cesión del estable en enfiteusis.

Hablamos antes sobre el párroco de Torregrotta (cap. 19, n. 7): el Padre pretendía que las hermanas le demostraran respeto y docilidad, pero no podía admitir intromisiones por su parte. Escribía por eso a la Madre General: «Aquel párroco Magliarditi ya está abusando demasiado con ellas. Yo lo respeté, lo hice respetar por las hermanas, pero ahora ya es tiempo que haga valer nuestras razones ante Monseñor Arzobispo, que será aquí en Mesina mañana, martes. Además, fue tan atrevido que me escribió: o las hermanas se marchan o usted me nombra rector de aquella iglesia. Hasta ahora lo dejé charlar y hablar con la Curia de Mesina, pero ahora es tiempo de entrar nosotros en el escenario en el nombre adorable de Jesús. Apliquemos el Santo Rosario a la Santísima Virgen con esta intención y en el día de la Santísima Virgen Inmaculada recemos esta gran Madre para que se pueda arreglar aquella pequeña iglesia, aquellas hermanas y aquella pobre señorita (**la propietaria que había cedido a las hermanas casas, terreno e iglesia**) que tanto necesita en ayuda y consuelo» (Vol. 36, p. 169). Intervino en efecto el Padre en la Curia y se arreglaron las cosas.

La defección del clero. Cuenta un antiguo clérigo: «Para mí el más grande obstáculo fue el abandono por parte de los clérigos, de los que unos entraron en el seminario, alguno en el convento y algún otro dejó el hábito. Recuerdo aquellos días en que el Siervo de Dios entrando en el comedor dijo: “¡Los clérigos me dejaron!”. El desconsuelo era inefable». Cae aquí en propósito recordar – ya se mencionó – que la escasez de personal fue siempre una de las más graves cruces del Padre. Él así

se confía con don Orione: «Me escribió que el amor de Jesús nos crucifique, y yo lo deseo, pero **¡spiritus promptus, caro autem infirma!** ¡Ruegue por mí! El cáliz se me presenta incomprendible: el Señor me va quitando de los Institutos muchos individuos con las enfermedades y la muerte, individuos que tienen que dirigir y conducir el personal acogido; ¡y esto en cambio se me acrecienta! Me fallan las personas útiles, ¡y me crecen las que necesitan ayuda y dirección! ¡Qué misterio! ¿Cómo se podrá seguir adelante? En treinta años me pasó siempre así; ¡pero ahora más que antes! ¿Qué será? ¿Igual el Señor no quiere que las cosas vayan en mis manos? ¡Ciertamente mis pecados son la causa de todo! Oh, ¡si pudiese saber lo que quiere el Altísimo!» (Vol. 7, p. 121).

«Sobre la fortaleza del Siervo de Dios, sé que durante la tempestad de Francavilla Fontana – durante la cual fue cerrada por la autoridad gubernamental nuestra primera residencia – y que amenazaba tener una continuación también en Mesina – nuestro Siervo de Dios conservó siempre una calma inalterable y la infundía también en nosotros, invitándonos a la oración». «Recuerdo el momento muy crítico para el Padre de las luchas sostenidas en Francavilla por los personajes de aquel país contra el Siervo de Dios, que había sido obligado a quitar de allá los huerfanitos, y en cambio aquellos habían ya raptado las huerfanitas, entregándolas a las Hijas de Santa Ana, que allá tenían una casa, bajo la injerencia de las autoridades locales. El Siervo de Dios en estas circunstancias fue muy afligido, pero siempre calmo. La venganza contra los cabecillas de Francavilla fue abrir un externado para las niñas pobres, a las que se hacía pagar, sí y no, unos cincuenta centavos al mes, o también nada».

La fortaleza del Padre refulgió «en las circunstancias dramáticas en que versaron los Institutos durante la primera guerra mundial, cuando, por ser muchos los jóvenes llamados a las armas, y muchos recursos económicos menguados, él se halló solo en gobernar el barco». «Nunca lo vi temeroso ante las muchas dificultades; pero en la guerra de 1915, se preocupaba cuando sentía el ruido de los aeroplanos y pensaba aterrorizado en los gases».

En 1919 estalló un incendio que destruyó completamente la bonita iglesia de madera, regalo de San Pío X después del terremoto, y he aquí la conducta del Padre en aquella dolorosa circunstancia: el incendio de la iglesia-barraca le dolió, pero no lo abatió. «Para mí una de las más arduas obras empezadas por él fue la construcción de la Iglesia de San Antonio, después del incendio de aquella barraca. El Padre Redento me dijo que durante el incendio el Siervo de Dios quedaba tranquilo, en cuanto quería recibir con total resignación todo por Dios. Durante la construcción del nuevo suntuoso edificio, a menudo faltó el dinero, pero nunca se desanimó». Cuando se quemó la iglesia-barraca de Aviñón, se difundió por doquier espanto y lamento, pero el Siervo de Dios gozó con una paz inalterable y a todos decía: “¡Adoremos las divinas voluntades!”. En efecto el mismo Siervo de Dios, informando minuciosamente el Padre Palma sobre el doloroso acontecimiento, termina con estas palabras: «¡Adoremos los divinos decretos!» (N.I. Vol. 7, p. 86).

El Padre Vitale recuerda: «A todos nosotros sorprendidos, medio vestidos, con las sábanas encima, mientras se incendiaba y caía la iglesia-barraca, y que, viéndole a él nos habíamos juntado tartamudeando palabras de terror y lamento, él solemnemente con palabras y con gestos dijo: “¡Silencio, calma! ¡Hágase la voluntad de Dios!». Y una hermana: «Cuando quemó la iglesia-barraca, a mí que estaba apenada y me apresuraba: “Calma, calma – me dijo – ¿vos creéis que esto sea por casualidad? ¡Quién sabe qué bien Dios sacará de este desastre!».

9. La separación del hermano

Recordaremos en manera particular dos entre las más graves tribulaciones del Padre, que remontan a 1897: la separación del hermano, Canónigo Francisco, y la amenazada supresión del Obra femenina por parte de la Curia arzobispal de Mesina.

Empecemos por la primera.

Dejando al futuro biógrafo del Padre el compromiso de tratar exhaustivamente sobre el doloroso evento, aquí nos limitamos a referir los tratos esenciales, también para corregir lo que fue ya escrito en modo bastante superficial y con actitud muy pícaro.

Ilicio Felici en la vida del Canónigo Francisco (cf. **Il Padre delle orfane**, Casa editrice Nova Lux, Roma) se apresura a liquidar sumariamente con el cuento famoso de Tobías y la mosca: el mundo es tan grande que podemos estar muy bien los dos sin molestarnos mutuamente (cf. p. 86). Estanislao Rigano, en la vida de Sor Verónica Briguglio (cf. **Sorriso e Luce**, Suore Cappuccine del Sacro Cuore, Via Asterio, 55, Roma) mira el asunto desde una particular perspectiva: los dos hermanos trabajan en un primer tiempo juntos creyendo de tener los dos el mismo carisma; la separación, luego, providencialmente dispuesta, hizo entender que cada uno tenía el suyo (cf. p. 32). Sin perdernos en distinciones y subdistinciones, digamos que el discurso sustancialmente se puede admitir, a la condición que se continúe y complete así: la actuación del carisma es obra personal y se tiene que hacer en línea con la propia naturaleza, formación, actitud, preocupaciones ambientales y prácticas, **forma mentis**, y – ¿por qué no? ¡todos somos hijos de Adán! – también según la propia humanidad.

Parte principal en esta separación, junto con don Francisco, la tuvo sor Verónica Briguglio, al siglo Natala (1870-1950), una joven de Roccalumera (Mesina) entrada en el Instituto del Padre. El trabajo de Rigano tengo que pensar que sea seriamente documentado; pero digo abiertamente que en los dos capítulos que se refieren a nuestro caso (**A servicio de la caridad y la cofundadora**) él juega mucho con la fantasía, o mejor veo que fueron escritos en base a documentos según mi parecer no seguros.⁹⁹

Rectifiquemos, antes de todo, las fechas. Se hace entrar en Aviñón la joven el 6 de mayo de 1886, vestir el hábito el 18 de marzo 1887 con el nombre de Sor Verónica y profesar el 18 de marzo de 1889. Felici más bien va más allá: «Nótese que (en la vestición) mientras a las otras se les deja el nombre de bautismo, a la Briguglio fue impuesto el de **Sor Verónica del Niño Jesús**; y luego que, mientras las otras cuatro jóvenes habían sido admitidas al noviciado unos meses antes que ella, en la profesión se admitieron en cambio las ocho juntas el 18 de marzo de 1889; nótese, decíamos, porque

⁹⁹ En el momento de imprimir este trabajo, tuve entre las manos **El ideal no muere**, una reedición de **Sonrisa y luz**, una «vida más amplia» de la Madre Verónica, en la que Rigano usa numerosos documentos de archivo, que prueban las virtudes no comunes de la veneranda hermana, por la cual se implora el juicio de la Iglesia. Nos unimos con el corazón a este voto; notamos sin embargo que Rigano en este nuevo trabajo suyo no se alejó sustancialmente de lo que había escrito en **Sonrisa y Luz** acerca de la morada mesinés de sor Verónica y de la secesión del Espíritu Santo. Él lamenta que dimos «una interpretación casi novelística de los orígenes del Instituto de Roccalumera». Si hay novela, y de qué parte, no es difícil controlarlo.

Con Papásogli-Taddei seguimos los escritos del Padre, especialmente la carta del 10 de enero de 1907 a su hermano. Ella tiene valor decisivo para la interpretación de los hechos que desembocaron en el cisma de Roccalumera; interpretación que propiamente no coincide con la que da Rigano. Él se da cuenta de ello y por eso se apresura a callar aquel escrito, negando su autenticidad, atribuyéndolo a «discípulos de don Aníbal» (cf. **L'Ideale**, p. 55). Bueno, ¡es demasiado cómodo y demasiado rápido este modo de escaparse, ante el valor de un documento incómodo y comprometedor! Notamos que las citas de Rigano se refieren a **Sonrisa y luz**; cuando nos servimos del **Ideal**, es dicho expresamente.

también estas dos circunstancias – a primera vista de escasa importancia – eran unos signos preparados por la Providencia para llegar a las conclusiones no previstas por la humana sabiduría» (Rigano, **ob. cit.** p. 96).

Evidentemente estamos ante una fama prefabricada, estilo antiguo de querer hallarlo todo extraordinario desde hace los primeros años en las almas que con el tiempo y con las pruebas tocaron el ápice de la virtud.

De un primitivo listado de las hermanas resulta que la Briguglio entró en Aviñón el 6 de mayo de 1888, el 9 del mismo pasó entre las aspirantes y el 18 de marzo fue novicia.

Ni vale oponer que la misma Briguglio pone su ingreso en mayo de 1886. Evidentemente hay un fallo de memoria. En efecto, ella atestigua que en su entrada en el Instituto halló ya cuatro hermanas, que cuidaban la educación de las huérfanas; y aún: «Cuando vine yo las hermanas eran gobernadas por una cierta señorita Arezzo». Ahora, las primeras cuatro hermanas se vistieron el 18 de marzo de 1887 y la señorita Arezzo tomó el gobierno de la comunidad después de la marcha definitiva de la señora Jensen, acontecida en los primeros meses de 1888.¹⁰⁰

Cuando la Briguglio profesó, no nos resulta: ella aparece aún entre las novicias en un listado de 1891. Las primeras profesas de la Obra remontan a marzo de 1892, igual con la presencia del Cardenal Guarino (Lilla, **ob. cit.** p. 15); entre ellas podemos poner la Briguglio. Y ya que, no sé en qué fundamento, se intentó encontrar por ella unas preferencias sobre las demás, diré, en cambio, que el asunto anda todo al revés: porque en 1892, ella profesó con sor D'Amore y sor Nazarena, que entraron en la comunidad en octubre de 1889, en noviciado en marzo de 1890 y profesaron todas juntas en 1892. Así también el cuento del nombre, que habría sido cambiado a ella sola en la vestición; en vez ella figura siempre como Natala; el cambio de los nombres en Congregación empezó con el año 1892; y entonces se llamó Verónica.

Sor Verónica acudía regularmente a su tarea de ir a pedir en un primer tiempo y luego en los trabajos internos de la casa. Superiora era la señorita Arezzo, también cuando el Padre abrió la casa en el Brunaccini en 1891; cuando ella se retiró en finales de junio de 1892 sor Verónica fue superiora de las pocas hermanas que se quedaron en Aviñón para la asistencia doméstica a los Rogacionistas, con frecuentes intervenciones también en el Brunaccini, porque la superiora de esta casa, sor D'Amore, había caído enferma y a menudo se quedaba fuera para curarse.

En 1895 la comunidad del palacio Brunaccini pasó al Espíritu Santo, y las hermanas más tarde dejaron la asistencia en Aviñón y todas hicieron una comunidad con aquella en 1896. Sor Verónica cesó entonces del encargo de superiora.

Aquí Rigano evidentemente está mal informado. Escribe que el viejo edificio del Espíritu Santo estaba lleno de insectos «que se hicieron un deber de tomar también posesión de las pobres huérfanas acogidas, con una verdadera agresión». Rigano ve sor Verónica que no se pierde de ánimo, da «una verdadera batalla, en resumen, que dio la medida de la caridad de sor Verónica, de su abnegación, de su fortaleza y paciencia y también de su altísimo espíritu de servicio al que había consagrado la vida» (Rigano, **ob. cit.** p. 27).

Resulta evidente la preocupación del autor de hacer sobresalir sor Verónica, a expensas de las demás, a las que toca – ¡por lo menos! – igual mérito.

¹⁰⁰ Las cuatro hermanas, que dieron origen a las **Hijas del Divino Celo**, vestidas en 18 de marzo de 1887, fueron: Giuffrida María, Affronte María, Santamaria Josefa, D'Amico Rosa.

Ya desde los primeros tiempos del palacio Brunaccini se iba afirmando entre las hermanas por piedad, actividad, fidelidad a la institución, espíritu de sacrificio, una religiosa que muy pronto veremos destacar en la Obra y que mereció toda la confianza del Fundador: sor María Nazarena Mayone. A esta el Padre confió la apertura de la nueva casa del Espíritu Santo.

Ella fue allí con doce huerfanitas entre las más mayorcitas, se acampó en una habitación cerca del locutorio, no pudiendo por el momento utilizar otros lugares, sea porque eran inhabitables, sea porque una familia, a pesar de los mandatos del Ayuntamiento, ocupaba la parte mejor.

«La Mayone vivió nuevamente los días más difíciles de Aviñón: el antiguo monasterio estaba en un estado indescriptible; ¡la suciedad y los inevitables insectos que aquí prosperan!

«Pero la joven hermana no perdió tiempo en quejas, agredió la situación y con las doce huérfanas trabajó, limpió, transformó.

«Con la audacia de las almas ricas de fe, movilizó un número imprecisado de albañiles, pintores, carpinteros. (...) Parecía un sitio de construcción. (...) Así lentamente, en la medida en que los lugares estaban listos, la Comunidad se mudaba desde palacio Brunaccini al Espíritu Santo» (cf. G. Pesci, **La luce nasce al tramonto**, p. 37).

A propósito de insectos, en los que Rigano insiste, hace falta precisar que se trata de insectos que siempre se acompañan con la suciedad: limpiado el ambiente ellos desaparecieron. No hubo pues aquella invasión que Rigano describe.

El Padre, tratando sobre las dificultades halladas en el monasterio siempre habló de lugar en ruina, robado de todo, vidrios inexistentes, con las ventanas rotas y en buena parte quitadas, suelos levantados. Si hubiese habido también la llaga de los insectos no habría habido temor en decirlo, como en efecto lo hacía siempre relevar (destacando: “**hasta que algunos morían literalmente devorados**”) cuando hablaba del barrio Aviñón, casi que las barracas fueran repletas de ellos. También las antiguas hermanas que hablaban del Espíritu Santo nunca mencionaron este azote. En Aviñón el Padre luchó muchos años para librarse de ellos; pero cuanto entró la Briguglio, ellos habían ya desaparecido. Ni vale decir – como hace Rigano – que las niñas «venían de los bajos y eran verdaderamente abandonadas» (Rigano, **ob. cit.** p. 27).

Esto se podía decir de ellas en su primer ingreso, pero en el Espíritu Santo pasaron las chicas del Brunaccini que estaban con las hermanas hace varios años y por eso eran limpias y bien iniciadas.

Creo que sor Verónica en Roccalumera contara la historia de Aviñón, que ella había oído contar a su vez, y sus hermanas se equivocaron. Así también el caso de la leprosa: si hubiese hallado una en un rincón del Espíritu Santo, ella no habría pasado en silencio, también porque la desinfección del lugar habría sido bastante laboriosa.

De todos modos, vayamos ahora a examinar los hechos que culminaron con la huida de sor Verónica a Roccalumera.

10. Don Francisco en la Obra

La huida de las hermanas es el epílogo de un plan que, mientras parece un movimiento repentino, en realidad fue largamente preparado; y aquí entra en escena el hermano del Padre.

Don Francisco Di Francia (1853-1913) fue sacerdote de grandes virtudes, que se señaló principalmente en la asistencia de los enfermos en el hospital y en las sagradas misiones por las aldeas y los campos de la diócesis de Mesina. Felici lo pone junto con el Padre en Aviñón desde los primeros años de la Obra trabajando en **aquella fosa infernal** (cf. I. Felici, **II Padre delle orfane**, p. 61-62).

No: la redención de Aviñón es obra exclusiva del Padre. Don Francisco, en los primeros tiempos dio al Padre una ayuda esporádica, más bien moral, junto con los sacerdotes Ciccolo y Muscolino, que todos muy pronto se retiraron. Don Francisco entonces se dio a su apostolado preferido. En Aviñón volvió para ayudar al Padre durante el cólera de 1887 antes de entrar en el lazareto; luego iba allá de vez en cuando, hasta que, muerta la mamá en enero de 1888, halló más conveniente tomar allí morada estable, pero siempre en los tiempos libres dejados por los compromisos apostólicos.

Es por lo tanto muy arbitrario lo que refiere Rigano, que el Canónigo Aníbal era coadyuvado por el hermano Canónigo Francisco «por orden del Cardenal Guarino» (Rigano, **ob. cit.** p. 28).

Otra rectificación a Felici, que pone don Francisco colaborando con el Padre «con la docilidad más que de un hermano, de un hijo amoroso» (Felici, **ob. cit.** p. 81).

Lamentablemente, las cosas no fueron así.

Don Francisco, muy aficionado a Aníbal, era sin embargo de índole diferente: tenía sus ideas sobre gobierno y dirección, que no coincidían con las del Padre; y entrando en Aviñón, llevaba también el bagaje de sus ideas; él no entraba en casa como un súbdito: el primer lugar, naturalmente tocaba a Aníbal, como fundador, él habría permanecido en el segundo, pero hasta cierto punto: no compartiendo los criterios de él, se sentía en la obligación de substituirlo en ciertas directivas del Instituto, aplicando sus criterios. Empezó una propaganda deletérea antes de todo desde fuera, especialmente en el clero – que sabemos notoriamente hostil a la obra del Padre.

Escuchemos en esto las palabras del Padre.

Después que el cisma fue consumido, él se creyó en la obligación de hacer alguna rectificación con el Padre Patané, cura de Gaggi, porque aquel buen sacerdote no dudase en enviar al Padre unas buenas vocaciones, que a él se presentaran. Escribe pues el 22 de mayo de 1897: «Yo considero lo que aconteció en ella como una prueba exquisitísima que el Señor quiso hacer para esta Obra, para mí, y para las personas que le pertenecen.

«Hoy que la prueba se puede decir casi terminada, no querría mínimamente hablar sobre ella, tanto más que ya no lo hice cuando la prueba estaba en su vigor. Siempre tuve presente el sagrado dicho del Espíritu Santo: **In silentio et in spe erit fortitudo vestra**. Además, donde los pasados acontecimientos dejaran rastros perjudiciales para esta Obra mía podría sentirme tal vez de hacer alguna rectificación; y es justamente esto el caso, por lo cual me muevo a escribirle. Entro pues en el tema.

«Un Sacerdote, para mí queridísimo en muchos aspectos, y de moral irreprochable, por insinuación de unas jóvenes que pertenecían a mi Comunidad, pero que ahora fueron expulsadas de ella, formaba unos falsos juicios sobre otras jóvenes bien vistas por mí en mi Comunidad. De esto surgieron, como es bien natural, muchos inconvenientes, que habiéndolos yo previstos, intenté superarlos callándolos y disimulándolos, pero poco me valió, porque aquel Sacerdote para mí queridísimo, movido por celo excesivo, no pudiendo desviar mi manera de ver, buscó apoyo, en un primer tiempo en unos Sacerdotes acreditados de Mesina, y luego en la autoridad eclesiástica.

«Con los primeros empezó secretamente desde hace más años; y como cuando uno tiene su propia manera de ver, y la mantiene, hablando habla con calor, y transmite en los demás sus sentimientos, así aquel Sacerdote persuadió aquellas personas acreditadas; que se encontraron casi tomadas por el mismo celo, al punto que, aunque sabias y sensatas, no pensaron que habría sido cosa normal no oír hablar a uno solo, sino llamarme también a mí para poder luego juzgar con más exactitud. Yo me daba cuenta de todo esto, pero en mi bandera estaba escrito: **In silentio et in spe erit fortitudo vestra**. Pero si hoy me animo a arriesgar alguna palabra en este propósito es porque las cosas rozaron la publicidad.

«En cuanto luego a la autoridad eclesiástica, en la persona de nuestro muy querido Cardenal, ella fue tomada, hace ocho meses, casi por sorpresa no sólo por aquel Sacerdote, sino también por los demás a los que él había transmitido su celo excesivo; y de esto vino una mayor complicación de cosas.

«Como es natural el eco de estos acontecimientos no podía quedarse entre los muros de un Instituto, sino que se tenía que repercutir aquí y allá, y como en casos similares suele acontecer, las lenguas se engañan, las cosas se exageran, los malos aprovechan de ello, el demonio sopla encima de ello, y nace un pandemonio.

«(...) Hoy la autoridad eclesiástica está plenamente convencida que el Instituto sufrió una prueba. Mientras tanto las personas acreditadas que compartieron el celo excesivo de aquel Sacerdote igual todavía permanecen en sus falsas suposiciones, por la razón que yo nunca tuve ninguna premura de hablar con ellos, ya que para mí es suficiente que sólo la autoridad eclesiástica tuviera conocimiento de las cosas. Tanto el Cardenal como Monseñor Basile hablaron en manera para mí muy confortante.

«Y es por esto que, finalmente, gracias a la divina Misericordia, mi Instituto entró en una perfecta paz y tranquilidad. Aquel Sacerdote, muy acepto a la autoridad eclesiástica, fue, por aquella misma, apartado de ocuparse más del Instituto, y empleado en carga honorable en el Capítulo de Mesina.

«Yo la ruego, muy estimado Padre, de no quererse escandalizar por estos acontecimientos; porque no es la primera vez que esto suele acontecer en la fundación de Obras similares; y esta es una prueba que Dios suele permitir en los comienzos de una Obra. La prueba fue de tal naturaleza, que, si esta Obra no se destruyó, es verdadero signo que el Señor la protegió misericordiosamente contra las insidias del enemigo infernal» (Vol. 37, p. 24-25).

11. El partido oculto

El Padre obviamente se limita a referir sobre la acción de don Francisco en el clero, pero un hombre que **tiene su propia manera de ver, y la mantiene, hablando habla con calor, y transmite en los demás sus sentimientos**; no podía, pues, don Francisco contentarse de la propaganda externa, sino en casa empezó a trabajar para conquistar un grupo de hermanas que compartieran sus ideas.

A la cabeza de estas hallamos sor Verónica; y se entiende por qué. Don Francisco un tiempo iba todos los domingos y fiestas a decir misa y predicar a Roccalumera donde había conocido la joven Natala Briguglio, que lo tomó como su director espiritual. Ella deseaba entrar en Mesina entre las Teresianas y ya había hecho las prácticas para ello, cuando don Francisco la convenció a pasarse a

Aviñón. Aquí evidentemente siguió poniendo su confianza en don Francisco, a alimentarse con sus ideas y a hacer propaganda, así que brevemente se formó una escisión en la comunidad. Se actuaba, pero en la sombra, se constituyó una pequeña sociedad secreta encabezada por don Francisco, para seguir su dirección. El Padre Vitale escribe de una «oposición sorda y latente a la dirección del Padre» (Vitale, **ob. cit.** p. 256) que se creó en la comunidad femenina; naturalmente esta «falta de una perfecta sumisión al Fundador llevó en medio de la comunidad lo que con una palabra fea se llama un partido de oculta oposición» (**Ibid.** p. 261). La comunidad femenina se dividió, pues, en dos partes.

Rigano escribe que, entrando en Aviñón, la Briguglio «halló un ambiente sin mucha orden y disciplina»; en realidad el desorden y la indisciplina empiezan justamente ahora, cuando se crea el partido encabezado por la Briguglio con el impulso y la protección de don Francisco.

Felici piensa en «tonterías de niños» (Felici, **ob. cit.** p. 86); y ciertamente entre las dos partes no faltaban, como normalmente acontecen, los chismes, que el Padre intentaba apagar en la ocasión. Escribe a una hermana en 1892: «Tengo que deciros que **no fue para nada verdad** que el Padre Don Francisco envió aquellos alimentos particulares a... Esto no existe para nada. Habrá sido la hermana que tenía que vigilar la que decidió por sí misma, a pesar de que mi hermano le había dicho de hacer el mismo alimento **para todas**. ¡Os digo esto para haceros comprender cómo la fantasía y la tentación os engañan!» (N.I. Vol. 5, p. 236). Pero no se limitaba todo a los chismes.

Entre las fieles al Padre destacaba la superiora sor María Carmela D'Amore, que don Francisco no consiguió nunca atraer en su órbita. Ella siempre se resistió, y una vez dijo a don Francisco: "Yo vine para seguir al Padre Aníbal y no a Vuestra Reverencia; así que no quiero traicionarlo y abandonarlo". Y don Francisco a rebatirle: "Tú eres como el huevo, más está en el fuego y más se endurece". Este episodio lo oí yo, aún estudiante, por el Hermano Mariano, que se industriaba a arrancar del Padre, y a estos y a aquellos que recordaban los tiempos pasados, las memorias de la Obra.

Si pues se tienen que admitir «persecuciones, calumnias e incomprensiones», como escribe Rigano (**ob. cit.** p. 32), ellas no van entendidas contra sor Verónica: la calumniada y perseguida es sor Carmela; y con el tiempo las cosas se complicaron, los recursos al arzobispo se multiplicaron, al punto que el 3 de agosto de 1896 el Cardenal Guarino, con oficio enviado al Padre por medio de don Francisco, la destituía de superiora.

El Padre la envió provisionalmente a Graniti, su patria, para rehacerse, pero aquí fue perseguida por cartas anónimas enviadas a ella y a sus familiares para que no regresara a Mesina.¹⁰¹

¿Cuál fue la conducta del Padre en este tiempo? El Padre se acusa de debilidad recordando los nueve años pasados por don Francisco en Aviñón. Le escribe en efecto (10 de enero de 1907): «Fui debilísimo en aquellos nueve años, y falté gravemente en mis deberes de directores, porque después de tres meses, tras los primeros relámpagos que vi, tenía que despediros inexorablemente». Pero el Padre Vitale destaca justamente: «El Padre lo entendía, notaba el decaimiento interior de las almas, hubiese querido dar un corte neto, pero no podía y no debía. Se habría acrecentado el

¹⁰¹ Esta sucesión de cartas anónimas para no hacerla regresar, prueba que la D'Amore no había sido despedida, como sostiene Rigano, que añade que ella «Seguidamente, también por los buenos oficios del Canónigo Aníbal, regresó en el Instituto de las Hijas del Divino Celo» (cf. **L'ideale**, p. 46). La D'Amore, repito, nunca fue despedida. El Padre la envió a Graniti para rehacerse. En la persecución es obvio que él la animara, y llamándola nuevamente a Mesina, le escribe el 12 de mayo de 1897: «Si la Autoridad eclesiástica os hubiese expulsada de la Obra me habría tenido que ordenar de no recibiros. Esto, gracias a Dios no hubo nunca. En cambio, podéis asegurar a los que os ponen delante aquella duda, que esta mañana estuve con el Cardenal para hablarle sobre vuestra vuelta, y el Cardenal dio su consentimiento para que volváis y os pongáis en los oficios que os dará la obediencia» (Vol. 34, p. 10).

escándalo, allí entraban los confesores, entraba aquella parte de clero, que se formalizaba por la intransigencia del Padre, entraba la autoridad eclesiástica, que tenía el derecho de vigilar sobre el camino de la comunidad. Así que sufría, sufría, esperando de la Providencia la ora de la paz» (Vitale, **ob. cit.** p. 261).

La lejanía de la D'Amore no llevó la paz en la comunidad y el Cardenal Guarino cortó en la raíz, prohibiendo a don Francisco poner pie en el Espíritu Santo.

Notamos aquí mientras tanto que es hasta fuera de lugar la acusación hecha por Rigano al Padre de no haber podido «limitar la maléfica corriente» porque «salía de un agotamiento nervioso» (**ob. cit.** p. 30). El Padre enfermó en 1893, pero luego lo hallamos ya en plena eficiencia en el terremoto de 1894, y luego los hechos de que nos ocupamos se refieren a los años siguientes, desde 1895 a 1897.

Las cosas pues se iban enredando cada vez más. Don Francisco con sus adeptas empezaron a pensar en la huida, recordando el ejemplo de la Beata Eustoquio, que había dejado por la noche su convento de Basicó para empezar la reforma. E igual justamente por esto Rigano pone la huida de las reformadoras el 22 de enero de 1897, fiesta de la Beata. A nosotros en cambio resulta la fecha del 11 de marzo de aquel mismo año.¹⁰²

12. Las motivaciones de la división

Vale la pena bajar bastante en los detalles, precisando los motivos de división entre los dos hermanos.

Nos hallamos antes de todo ante una disparidad de criterios sobre la dirección espiritual.

El Padre Vitale nos decía que don Francisco era más largo en la disciplina, mientras el Padre era más exacto. En la carta citada el Padre reprocha en el hermano una dirección equivocada, que puede llevar al error las almas. Este presentó las cosas según su punto de vista, pero el Padre declara explícitamente que se trata de «una cuestión sutil, delicada, **meramente espiritual**, ya que se trata de dirección de almas para el recto camino de la virtud y de la perfección, de formación de comunidad y de obras en la base de exacta disciplina, de perfecta observancia y de ejercicios de la **virtud interior**» (N.I. Vol. 7, p. 19).

Vienen luego motivos accesorios, que parecen dar razón a don Francisco; y son motivos que aparecen externamente y en los que generalmente se paran los testimonios. Antes de todo el sistema administrativo del Padre: don Francisco quería una administración para contadores, el Padre en cambio vivía abandonado completamente en la Divina Providencia. Consecuentemente, el Padre vivía perennemente en apuros: a la petición de dinero estaba obligado a decir que no había: había ido a parar en las manos de los pobres, y mientras tanto las deudas crecían con miedo... Don Francisco y sus jóvenes creían que una tal vida no podía durar y que un día u otro todo se acabaría fracasando. ¿Acaso no tenían razón? Considerando las cosas del techo por abajo, de acuerdo; pero ellos olvidaban o no sabían quién era el Padre y su misión. El pueblo de Mesina lo conocía bien cuando lo definía **un hombre con el templo de Cottolengo**: y Cottolengo sabemos bien que no podía ser juzgado como

¹⁰² También los redactores de **El ramo florecido** número único publicado por las **Hermanas Terciarias Capuchinas del Sagrado Corazón** con ocasión del 50º aniversario del Fundador (año 1963) aceptan la fecha del 11 de marzo, pero se equivocan poniendo el año 1895 en vez de 1897 (p. 25).

los hombres comunes. Hace falta sin embargo también reconocer que para estar al lado de estos hombres se requiere una virtud no común.

Otro motivo de división: la falta de un noviciado en regla. En el Espíritu Santo era toda una mezcla: de las aspirantes a las profesas, a las que se añadían las huerfanitas... Pero esto no es un desorden, es la condición de cosas que nacen de la nada y se van formando poco a poco. Tocaba al Fundador proveer en el tiempo y en los modos oportunos. Es bien conocido, en efecto, que, en los comienzos de las Obras, los fundadores cuidaron más en la sustancia del noviciado que en las formas; estas se mantuvieron en los límites consentidos por las circunstancias; lo otro vino después. Recuerdo, por ejemplo, Las Hermanitas de los Pobres: el Instituto nació en 1839, pero las hermanas empezaron a pasar por el noviciado sólo a partir de 1853 (cf. Trochu, **Il primo sia l'ultimo**, p. 243).¹⁰³

13. En Roccalumera

Veamos ahora el inicio de Roccalumera.

Felici se pide por qué don Francisco la escogió como inicio de su Obra, y se ingenia para contestar: «No tendríamos dificultad para responder que tiene que haberlo hecho por diversas razones; primera, porque era un pueblo habitado por gente sencilla, como le gustaba a él, que era de una sencillez redonda; segunda, porque risueño por naturaleza, no por arte, y él, alma exquisitamente religiosa, en las bellezas de la naturaleza descubría el reflejo de las perfecciones del Creador; tercera, porque siendo habitado por gente pobre pensaba que él también y sus hermanas – pobres entre pobres – se habrían hallado a gusto; pero finalmente porque siendo lejos de Mesina habría sido más fácil evitar todo contraste con el hermano y sus iniciativas» (cf. I. Felici, **Il padre delle orfane**, p. 99).

¡Cómo es verdad que historia y fantasía no van de acuerdo!

Don Francisco y sus hermanas pensaban en una nueva casa con el noviciado en regla, pero siempre bajo el gobierno del Padre. No tenían intención de crear una Obra nueva o nueva Congregación, sino un noviciado con sujetos formados con una nueva dirección; que luego volverían al Espíritu Santo como levadura para renovar el Instituto.

Con este plan no se solucionaban ciertamente las dificultades. Si la pobreza extrema, que ponía las hermanas en una situación embarazosa era atribuida a la generosidad del Padre, con una nueva casa siempre bajo su dirección las deudas se acrecentarían. De todas maneras, don Francisco no tenía presente que el carisma de la fundación para una determinada obra Dios lo da a almas escogidas por Él; y para las Hijas del Divino Celo había escogido el Padre.

Por lo tanto, don Francisco con sor Verónica habían establecido su plan de reforma, pero no habían todavía establecido ni cuándo ni dónde actuarlo.

¹⁰³ Y el Instituto de Roccalumera, ¿acaso empezó con el noviciado en regla? Sor Verónica se muestra tan premurosa, pero del dicho al hecho es la mitad del mar... Sabemos que hasta después de la muerte del Fundador (1913) el asunto todavía se tenía que arreglar; en efecto proveyó a ello el Padre Salvador de Valledolmo, capuchino. Pero, ¿uno se tiene que quejar o asombrar por ello? Hace falta saber mirar en los comienzos con mirada complaciente, como hace justamente Rígano para Roccalumera: «Tratándose de pequeña comunidad, hermanas y novicias trascurrían juntas la vida con el fervor de un continuo noviciado» (cf. **L'Ideale**, p. 119).

De repente una noche, sor Verónica se presenta a don Francisco anunciándole que ella ya decidió ir a Roccalumera, su país de proveniencia, donde habría vivido en la casa de la marquesa Fiorentino.

Salida, de hecho, de noche¹⁰⁴ con sus compañeras – sor Rosa y las dos hermanas Marino, de las que una novicia y la otra aspirante – alcanzaron la mañana siguiente Roccalumera.

De allí escribieron al Padre, que dos días después fue a buscarlas enseñándoles una carta del Vicario General que les mandaba volver. Quedó en Roccalumera sor Verónica, porque estaba enferma; y mientras tanto ella intentó hacer aceptar al Padre el plan concordado con don Francisco y las demás que, aunque habían vuelto al Espíritu Santo, no se resignaban a la renuncia de Roccalumera, así que el Padre las despidió y se hizo devolver el hábito de sor Verónica. Pocos meses después, muerto el Cardenal Guarino, don Francisco, de acuerdo con Monseñor D'Arrigo, reconstituyó la comunidad y asumió su dirección.

Creo que sea necesario corregir a Rigano, que asegura que don Francisco empezó su obra «animado por el Vicario General, y decidió empezar una actividad propia junto con el grupo de hermanas que por él sufría tanta incompreensión» (Rigano, **ob. cit.** p. 31). Si la fundación de don Francisco era legítima, ¿hacía falta hacerla a escondidas? Si el Vicario General lo había autorizado, ¿por qué luego el mismo Vicario, por medio del Padre, dio a las hermanas el orden de volver? Si luego don Francisco había encontrado en Roccalumera su camino, su vocación, ¿por qué seguidamente insistió con el Padre de una manera increíble para volver a Aviñón y refundir las hermanas que había separado?¹⁰⁵

Casi en seguida después de la separación don Francisco empezó a poner delante sus propuestas de reunión de las dos comunidades. Insistía con el Padre: “¡Hagamos la reunión, hagamos la paz!”. Y el Padre a replicar: «Entre la **paz** que se refiere a nosotros, los dos hermanos y la **unión** entre las dos Obras, hay gran diferencia. Son dos cosas absolutamente distintas y separadas. Cualquier persona, dotada del más elemental sentido común, lo comprende. En cuanto a la paz personal, yo os la di siempre, inalterablemente». Pero, en cuanto a la unión de las obras, es otra cosa: él se siente resolutamente contrario a esta unión, porque no ve ninguna mejoría en el orden de sus ideas (10.01.1907). Desea todo bien a la Obra de su hermano: «Quiero que sigáis adelante, que el Señor bendiga y haga prosperar aquella casa de Roccalumera, dándoos el consuelo de verla crecer y prosperar en virtudes, providencia y salvación de almas: entiendo que aquel Dios, que saca bien del mal y retuerce a derrota de Satanás los mismos artificios del enemigo infernal, sea grandemente glorificado en aquella institución» (**Ibid.** p. 20). Y recuerda las disposiciones de Monseñor Arzobispo D'Arrigo «cuando decidió que personalmente estamos en perfecta relación, paz y unión, pero en las dos Obras cada uno quédese en lo suyo» (**Ibid.** p. 19).

El último intento de reunificación fue hecho por don Francisco en finales de 1909, cuando se mostró dispuesto a aceptar las condiciones impuestas por el Padre; pero don Orione, entonces Vicario General de Mesina, se opuso. Escribe en efecto el Padre al Padre Palma: «Don Orione fue contrario:

¹⁰⁴ A sor Verónica suena mal oírse decir que salió **de noche**; quiere que se corrija de mañana. No estamos aquí para discutir: las fugitivas salieron de casa a las tres de la madrugada para ir a la estación, y en aquella hora, el 11 de marzo aún es de noche. Rigano sostiene que no salieron de la puerta de la iglesia sino de la casa: «Es verdad que la noche anterior sor Verónica había rogado la hermana sacristana de abrir la puerta de la iglesia el día siguiente de madrugada, pero la precaución fue inútil por la presencia de la portera» (cf. **L'Ideale**, p. 50). Pero la presencia de la portera en aquellas horas no se explica sin acuerdos anteriores. ¡De todas maneras estas son minucias!

¹⁰⁵ Rigano precisa aún: «Era el 22 de enero de 1897, cuando, tras haber obtenido los debidos permisos por el Ordinario diocesano de Mesina, sor Verónica del Niño Jesús, se convertía en la cofundadora de la nueva familia religiosa» (p. 34). A parte la fecha, que no admitimos, nos resulta que no hubo ningún permiso por el Ordinario de Mesina.

no admite sino una humilde y completa dedición de aquellas hermanas a nosotros. Yo, el Canónigo Vitale, el Padre Bonarrigo, nos convencimos» (N.I. Vol. 7, p. 45). Y el Padre Vitale confirma: «Yo Fui presente en la conversación entre el Siervo de Dios y Don Orión en propósito; pero don Orión fue claramente contrario, porque creía imposible moralmente la fusión en el espíritu del Canónigo Aníbal di Francia. A pesar de esto, el Siervo de Dios fue generoso en ayudas morales y materiales».¹⁰⁶

Don Francisco por lo tanto siguió su propio camino y en su muerte la obra pasó a los Padre Capuchinos, que dieron dirección, constitución y nombre: las **Hermanas Capuchinas del Sagrado Corazón**, hoy hermosa y prometedora congregación religiosa.

14. Después de la separación

La división de las obras no incidió sobre las íntimas relaciones entre los dos hermanos. Declara sor Verónica: «a pesar de la profunda herida, causada por nuestra salida, los dos hermanos permanecieron siempre cordialmente unidos. En cuanto supo de la enfermedad del hermano, Aníbal fue en seguida a Roccalumera, y allí fue como en su casa, sonriente, amable, alegre».

Y don Francisco frecuentaba el barrio Aviñón. Refiere un nuestro religioso: «Recuerdo aún que siendo yo muy joven, y habiendo visto muchas veces venir por la noche el hermano Francisco para hablar con el Siervo de Dios, ingenuamente le pregunté: “¿Por qué este hermano no trabaja junto con usted?”, y él, sonriendo tranquilo: “Hijo mío, el Señor no nos llama todos para seguir el mismo camino”». Escribiendo a su hermano, el Padre protesta: «Os quise **siempre** sinceramente, y también tiernamente; deseé siempre que el Señor os libere de todo mal y os colme de todo bien» (10.01.1907); y tras la muerte de él, escribe a Monseñor D’Arrigo: «Amé a mi hermano Francisco con un amor tiernísimo y más que fraternal, ¡paternal!» (Vol. 29, p. 30) y en **Dios y el Próximo** publicó un largo magnífico elogio (N.I. Vol. 1, p. 149).

Pero como don Francisco había favorecido la escisión de las hermanas en el modo comentado arriba, dando lugar a subterfugios, simulaciones y maquinaciones, fue para el Padre una espina aguda, creyendo que todo esto no podía acontecer sin un grave deterioro del espíritu del hermano; y por eso tal vez usó palabras fuertes con él, acusándole de haberse puesto en un «camino falso, bien lejos de la verdadera virtud, de la verdadera perfección» y «de haber rechazado el estudio de la propia santificación» (10.01.1907); por eso él pedía a Melania de «rogar por mi pobre y querido hermano, para que se convierta a Dios **fortiter et suaviter, sed magis suaviter**» (N.I. Vol. 8, p. 2); y escribe él mismo, en la carta más veces citada: «Yo no cesaré nunca de rezar indignamente al Señor y a ofrecerle también mi inútil vida para vuestra sincera vuelta a Dios y para vuestra santificación y salvación». Dios no quiso el sacrificio de la vida, pero no faltó en escuchar su oración; en efecto,

¹⁰⁶ No tiene fundamento el pensamiento de Rigano que el Padre «durante sus visitas a Roccalumera haya hecho algún intento para tener de vuelta sor Verónica como superiora de su Instituto de Mesina» (cf. **L’Ideale**, p. 56). Desde que, tras los accidentes de 1897, fue puesta como responsable de las Hijas del Divino Cielo la madre María Nazarena Mayone el Padre no buscó nunca de sustituirla, porque la experimentó siempre dócil a sus directivas y fidelísima en todo. Así también por lo que se refiere a la señorita Palermo, antes de que esta se acercara al Canónigo Celona, como cofundadora de las Esclavas Reparadoras. Hasta que permaneció en Catania, ella cultivó buenas relaciones con el Padre y le envió unas vocaciones, pero nunca el Padre la buscó para ponerla como responsable y «así procurar una vida serena a su institución» (**Ibid.** p. 55); yo supe más bien por el Padre Vitale un juicio del Padre sobre la Palermo antes de pasar al Canónigo Celona: «No es una vocación para nosotros».

escribe al Padre Vitale, tras haber tenido noticia de la muerte: «Mi hermano desde unos cuantos años se había vuelto santo, humilde, recogido, prudente, desapegado, piadoso» (Vol. 31, p. 29).

Para el Instituto de su hermano el Padre tuvo siempre particulares atenciones, «porque admiraba nuestra comunidad; para nosotras eran los mejores regalos que su gran corazón nos destinaba. (...) También después de la muerte del hermano, el Siervo de Dios no faltó en asistirnos y de vez en cuando nos enviaba harina, también no pedida, y una vez mil liras». Así sor Verónica, que «fue muy feliz cuando – el día después de la muerte del Padre Fundador, (don Francisco) – recibió una estatua hermosa de la Inmaculada, regalo apreciado del Canónigo Aníbal María Di Francia al hermano y a las nunca olvidadas hijas de Roccalumera» (Rigano, **ob. cit.** p. 85).

En las exequias del Siervo de Dios, después de nuestras Congregaciones, las hermanas de **Roccalumera** quisieron el primer lugar, porque se consideran todavía hijas del Siervo de Dios.

Sor Verónica hace una bonita declaración recordando la gente que acorre a su tumba: «Yo también me arrodillé, pero confieso que no recé por su alma, porque la creo en el Paraíso; en efecto también en nuestras casas nos encomendamos a su protección, mientras por el hermano decimos también unos **Requiem**».

15. La supresión de las hermanas

El año 1897 fue crucial en la vida del Padre.

La huida de las cuatro hermanas había creado no poco escándalo en la ciudad; pero ya parecía que el ruido se había apagado, cuando he aquí que, en los primeros días de agosto, un desafortunado accidente despertó un nuevo ruido, llamando nuevamente la atención del público en el Instituto del Espíritu Santo.

Una chica había escapado del orfanato, para regresar a la familia. Las hermanas, tras haberla buscada en vano durante todo el día, creyeron que lo mejor era avisar la policía; y ésta por las debidas investigaciones, se dirigió a la autoridad eclesiástica. ¡Algo tan sencillo y tan común! ¿En qué instituto no se verifican episodios parecidos? ¡No por esto el instituto es condenado a muerte! Pero conocemos el ambiente incandescente que se había formado en Mesina, y cómo se había creado, contra la obra femenina del Padre; y Monseñor Basile, Vicario General, que gobernaba la diócesis por una grave enfermedad del Cardenal Guarino, estaba bastante cansado y pensó de acabar con todo esto sugiriéndole de suprimir el Instituto. El Padre en aquellos días estaba ausente de Mesina y Basile, llamado el Padre Bonarrigo que lo sustituía, lo encargó de comunicarle, cuando regresara, el orden del Cardenal. El Padre Vitale habla de **decreto de la Curia** (Vitale, **ob. cit.** p. 267), pero esto no resulta; en efecto, el Padre dice explícitamente que el Cardenal «disolvió mi Instituto de hermanas, aunque sin decreto escrito» (N.I. Vol. 7, p. 165).

¿Dónde se hallaba el Padre en aquellos días? Sabemos que en aquellos años él iba siempre en búsqueda de quien pudiese encabezar la comunidad femenina y le habían salido inútiles sus prácticas con las Hijas de la Caridad, las Hijas de Santa Ana, las hermanas del Buen Pastor. Ahora había pensado en Melania de La Salette, que en aquel tiempo se hallaba en Galatina (Lecce); por eso había ido a verla, en la esperanza de inducirla a aceptar la dirección de sus hermanas. «La invité a ir a Mesina – escribe el Padre – pero no se decidió. Me habló con afecto de Mesina, me dijo que llevaba encima la **Carta** impresa de la Santísima Virgen a los mesineses, y me la mostró traducida al francés;

pero no se decidió» (Vol. 45, p. 79). El Padre entonces le dejó una carta, encomendándole unas intenciones de oración, entre las cuales la de «obtenerme una buena directora, santa, humilde, experta, inteligente, hábil» (N.I. Vol. 8, p. 2).

Regresado a Mesina, ¡el Padre supo por el Padre Bonarrigo el orden de supresión! No vaciló, a pesar del comprensible golpe al corazón: puso en oración las comunidades y se presentó a Monseñor Basile: “Las hermanas dejarán el hábito y volverán a sus familias, pero ¿qué haremos con las 75 huerfanitas?”. «Monseñor Vicario se halló perplejo, y dijo que había sido obligado a emanar el decreto porque no se podía estar en paz por las divisiones internas de la comunidad y los recursos a la Curia; pero le habría concedido tiempo al Padre para hallar alguna persona a la que confiar las huerfanitas; y en seguida después habría tenido que despedir las hermanas» (Vitale, **ob. cit.** p. 268).

Hay que preguntarse si en esta dolorosa situación no falte la mano de don Francisco. El Padre escribe en seguida a Melania: «De vuelta a Mesina encontré la persecución aumentada; el pobre y mi querido hermano penetró en el ánimo de un Superior eclesiástico, que ya obtuvo del Cardenal el orden de suprimir mi pequeña Comunidad religiosa. Me darán un término para hacerlas desvestir el hábito y despedirlas. Mientras tanto aquí hay una verdadera opresión de los inocentes. (...) ¡En estos extremos no tenemos otra salida que la oración! ¡Empezamos muchas oraciones! Dignaos de uniros con nosotros. Nuestra posición es muy crítica; toda la Ciudad está llena de este escándalo, y las Autoridades quieren reparar suprimiendo mi Comunidad. Habría un recurso para intentar: encontrar una persona anciana, acostumbrada en la educación de las jóvenes, que se ofreciera de tomar la dirección; así se podría esperar que las Autoridades se vuelvan clementes». Y concluye: «Premiso esto, ¿no podríais vos, en línea provisional, venir en ayuda de esta Comunidad mía? Pero en el caso en que la Virgen no os inspira a tanto, al menos rogadla cálidamente para que envíe esta Escogida» (N.I. Vol. 8, p. 3). Melania «contestó inmediatamente que aceptaría» (Vol. 45, p. 79).

Pero el orden de supresión quedaba todavía en vigor: con la venida de Melania ¿se tenían que despedir las hermanas? La providencia había abierto el camino para realizar sus dibujos.

Un venerando religioso fraile menor, el Padre Bernardo de Mesina, confesor del Padre, y muy acepto al Cardenal Guarino, se interesó espontáneamente del asunto obtenida una audiencia con el Cardenal ingresado en la Villa Marullo, cercana a su convento, lo rezó de conceder al Canónigo Di Francia al menos un año de prueba: ahora que vendría Melania, había para esperar en un buen florecimiento del Instituto; el Cardenal consintió amablemente; y el Padre Bernardo, como vio el Padre que iba hacia él, le gritó: **¡Victoria, victoria, victoria!** ¡Triunfaba de veras la misericordia del Señor y la protección de la Virgen María! No es esto el lugar de pararnos sobre la actividad de Melania: el Padre llamaba «año de bendición» el que ella pasó en la comunidad; bajo su gobierno el Instituto resucitó a vida nueva «y cuando el Señor la llamó a otros lugares – él escribe – ya los cimientos de la comunidad religiosa femenina estaban formados» (Vol. 22, p. 131).

Pero de todo esto nos informa la vida del Padre.

16. La supresión de las hermanas

Nos interesa conocer el alma del Padre durante estas gravísimas pruebas de 1897.

Él estaba íntimamente unido a la voluntad de Dios. Elevando los ojos al cielo, en los momentos en que la prueba apretaba mayormente, solía repetir: “**Fiat voluntas tua!** Recemos,

confiemos en Dios... es una prueba para nosotros y para la Obra... Si la Obra es de Dios, él la salvará... ¡Dios se sirve de muchos medios para purificar las almas! ¡Siempre como queréis, Señor!”.

Las hermanas ancianas son unánimes en atestiguar que el Padre soportó en total paz la secesión. Había prohibido que en la comunidad se hablara de estas cosas.¹⁰⁷

Él buscaba no hacer aparecer nada de su martirio interior, mostrándose siempre con todos tranquilo y sereno, tal vez hasta sonriente.

Recordaba el Padre D’Agostino que, en aquel año, en día de cuarenta horas, hallándose él en la sacristía del Espíritu Santo, el Padre le dijo:

“¡Allá confío!”.

“Padre, ¿qué quiere decir?”.

“En la Hostia sagrada, hijo mío”.

De la Hostia sagrada a él la ayuda y la fuerza para abrazarse amorosamente a la cruz.

Recordemos otra prueba de la fortaleza del Padre en aquella unión espiritual que él estableció entre el personal más activo de la Obra y más aficionado a ella; unión creada después de las tempestades de 1897, en septiembre de 1898, cuando Melania iba alejándose: los inscritos se obligaban a perseverar con constancia, a pesar de todas las dificultades y tribulaciones, «exceptuado cuando el Señor claramente manifestara, por medio de los Superiores Eclesiásticos, de no querer más esta Obra» (cap. 6, n. 9, b).

17. Entre las Hijas del Sagrado Costado

También por las hijas del Sagrado Costado el Padre no tuvo poco para sufrir: hablamos defendidamente sobre ello en la monografía apropiada. Aquí bastará para nuestro tema referir unos pensamientos de aquellas hermanas.

Recordemos que los malentendidos con el obispo de Potenza tuvieron origen por la firmeza del Padre en querer alejar una hermana sin vocación, que en cambio era protegida por el obispo, por ella engañado.

«Dificultades graves en tratar los asuntos de las almas ciertamente el Padre tuvo que hallar en su vida. Creo que entre las más grandes haya habido la de la dirección de nuestro Instituto, cuando por la remoción de una hermana desde Potenza halló la resistencia obstinada del obispo, ya antes complaciente, y que llevó al interdicto de poner pie en Potenza. Los turbios duraron largo tiempo, a pesar de que el Padre hubiera obedecido inmediata y escrupulosamente a las órdenes del Obispo. Sin embargo, en todo este doloroso evento el Siervo de Dios esperó la luz de la verdad y la tranquilidad de los ánimos confiando únicamente en el Señor». «La fortaleza yo la hallo en aquel hecho con el obispo de Potenza, y generalmente en toda su vida, que no fue falta de sacrificios físicos y morales». «Siempre tuvo que superar dificultades en la fundación y en el gobierno de las casas, de diversa naturaleza; pero el Siervo de Dios fue siempre fuerte y resignado. Para nuestro Instituto, cuando

¹⁰⁷ Es oportuno destacar que, justamente para que el doloroso episodio de la secesión se olvidara, el Padre en sus último treinta años de vida, entre las casi 300 hermanas a las que dio el hábito, nunca renovó el nombre de **sor Verónica**.

intervino la lucha entre el Padre y el obispo de Potenza a propósito de una hermana de la que yo misma era la superiora, y que llevó a la fatal escisión hasta ahora existente entre las Hijas del Sagrado Costado, el Padre fue franco y constante en su pensamiento y en su actitud, pero obedientísimo a las decisiones del Obispo, que le había mandado el interdicto de poner pie en Potenza». «Son inevitables y muchos y graves los obstáculos y las dificultades, tratándose de fundar un Instituto y de regentar una comunidad religiosa: permisos, dinero, materiales, diversidades de caracteres no siempre perfectamente formados: sin embargo, él todo superó sin desanimarse nunca. El hecho de Potenza, que me ocurrió justamente a mí, superiora de aquella religiosa que fue despedida, es una prueba elocuente de ello».

18. Espigando

Habría todavía para decir sobre las contrariedades sufridas por el Padre y sobre la serenidad con que las aguantó. Espiguemos cerrando este capítulo.

«Nunca me di cuenta que fuera turbado por enfermedades físicas y morales». «Lo conocí muchas veces enfermo: en estas circunstancias estaba en ansia por el trabajo en pie o atrasado, pero concluía remitiéndose siempre a la voluntad de Dios». «Lo recuerdo enfermo de catarro bronquial en el Retiro, donde fue visitado por el Arzobispo Monseñor D'Arrigo, que bromeando le decía: “Ánimo, aguantemos también esta suspensión **a divinis**”, aludiendo a la imposibilidad por entonces de celebrar la Santa Misa. (...) Aguantó dolores y privaciones con fortaleza heroica». «Con paciencia aguantó las diversas enfermedades de cuerpo y espíritu, muchas y largas; nunca lo oí quejarse: la última enfermedad fue para nosotros una escuela». «Sufrimientos físicos tuvo unos cuantos graves: basta mencionar el agotamiento que tuvo desde la edad viril. La última enfermedad fue el colmo. A menudo con calma decía a algún asistente: “Digamos una pequeña oración al Señor para que me dé unos veinte minutos de descanso esta noche”». «Fue operado de hernia y no tuvo miedo; le fue extraída agua de la pleura y no titubeó: única preocupación fue en aquella circunstancia el gasto para las operaciones que tuvimos en parte que ocultarle. También la última enfermedad la soportó fuertemente, aunque hubiese deseado la curación para servir a la Obra». Pero de su última enfermedad se hablará ampliamente en la biografía; hablaremos más bien sobre el espíritu con que abrazaba las cruces.

«Parecía que todas las vicisitudes dolorosas de la vida no lo tuviesen que tocar». «En las contrariedades una sonrisa tocaba sus labios, reflejo de su espíritu abandonado en el pecho de Dios». «Nunca lo vi turbado en el rostro cada vez que tenía que luchar contra hombres y cosas. Recuerdo muy bien la calma imperturbable, a pesar del incendio fatal de nuestra iglesia-barraca». En ocasión de la requisición de la casa de Altamura, durante la guerra, escribía al Padre Vitale: «En Altamura, ¡cálices de contradicciones! ¡El lugar tomado por los soldados! ¡Viva Jesús y María!»; y por la propuesta requisición de San Pascual: «¡Salgo para Oria donde tenemos peligro y amenaza de desalojo de San Pascual para el lazareto! ¡Alabemos a Dios! ¡Él sabe lo que nos vale! **Omnia cooperantur in bonum!**» (Vol. 31, p. 7). Y en ocasión de otras pruebas: «Nuestro Señor amorosísimo nos visita con su santa cruz, ¡abracémosla! ¡La cruz es sostén y fortaleza!» (Vol. 32, p. 33). «Ánimo: ¡la cruz es salvación, es fortaleza, lo es todo!» (Vol. 34, p. 98). «La cruz contiene una miel exquisita y bienaventurado el que la gusta» (N.I. Vol. 5, p. 113). «Comprendo, hijo queridísimo, tus sufrimientos espirituales y temporales, ¿pero no es la cruz el tesoro de los escogidos? ¡La cruz

santifica, fortifica, consuela y salva!» (Vol. 30, p. 102). «El Señor visitó vuestra casa con su santa cruz: pero, ¡la cruz quiere decir amor y salvación!» (Vol. 42, p. 123).

Durante los turbios de la primera posguerra: «¡Los tiempos aprietan! ¡Apretémonos a Nuestro Señor!» (Vol. 33, p. 133). «¡Los motines por el aumento del coste de la vida son una excusa para lograr hacer saltar el gobierno moralmente caído, apoderarse de la nación y luego perseguir la Iglesia! Hace falta apretarse a Jesucristo Sumo bien: ampararnos en el seguro **refugio y amparo** del Corazón Santísimo de Jesús, por medio de la Santísima Virgen, **puerta propicia del Divino Corazón**, y de San José, el celeste Mayordomo. (Eran los títulos de aquel año)» (Vol. 35, p. 217).

Cerremos con otros dos testimonios de profundo significado: «A pesar de todos estos dolores, el Padre fue siempre calmo, más bien contento. Recuerdo que un día lo vi sentado, pesaroso, triste, con la cabeza inclinada hacia abajo. Le pregunté: “Padre, ¿Qué tiene? ¿Cómo se siente?”. “Mal hija. Hoy el Señor se olvidó de mí, porque no me envió ninguna contrariedad”. Mientras otro día, habiéndolo visto inusitadamente alegre y habiéndole pedido la motivación, me contestó: “Hoy el Señor me regaló muchas cosas bonitas, él se acordó de mí: me envió muchas contrariedades». «Pero en todas estas situaciones, en las que en parte fui presente (**se refiere a las dificultades y luchas de que hablamos antes**) el Siervo de Dios – ¡qué raro para nosotros! – era más alegre y gozoso, tanto que nosotros solíamos decir: “Quién sabe hoy el Padre qué disgustos tuvo!”» (125, 15).

22. TEMPLANZA

1. ¿Un cristianismo fácil o un cristianismo fuerte? 2. La enseñanza del Padre. 3. La práctica. 4. Sus defectos. 5. Su comida. 6. Nuevamente sobre las comidas del Padre. 7. Otras mortificaciones. 8. Instrumentos de penitencia. 9. La lucha contra el sueño. 10. Dulzura y mansedumbre. 11. Oración para la edificación. 12. Su paz inalterable. 13. Siempre pronto al perdón.

1. ¿Un cristianismo fácil o un cristianismo fuerte?

Henos aquí a la cuarta y última de las virtudes cardenales: la templanza. Ella modera la inclinación a los placeres sensibles, conteniéndola en los límites de la razón y de la fe. Ocupa el último sitio en la escalera de las virtudes porque tiene por objeto la moderación de los actos de la persona, que no tienen relación con el prójimo; pero en la vida individual es una de las virtudes más importantes, porque frena los instintos más fuertes de la naturaleza humana. Es una virtud que orienta el hombre hacia Dios, impidiéndole de redoblarse sobre sí mismo en un amor desordenado.

La templanza nos llama la atención sobre la idea más amplia de mortificación, que, en el estado actual de la naturaleza decaída, es indispensable para conseguir la perfección. En este propósito recordemos un coloquio del Padre Vitale con el Padre. Él escribe: «¿Cuál es la virtud fundamental?», me pedía un día, paseando en el jardín del Espíritu Santo. Le contesté: “La santa humildad”, y él: “Esta deriva de la principal virtud, de la que todas las demás proceden. Yo creo – añadía – que el fundamento de la santa perfección consista en la mortificación. Mortificación de todo: del intelecto, de la voluntad, de los sentidos, y así sucesivamente. Pero, ¿cómo se hace – seguía – a vencerse completamente a uno mismo, por las tendencias imperiosas que sentimos hacia nuestras pasiones?”» (Vitale, **ob. cit.** p. 613).

Es un discurso que hoy no se admite fácilmente. Lo destaca oportunamente Pablo VI: «Si queremos de veras imitar a Jesucristo, tenemos que aceptar sus palabras no como una invitación histórica, sino como un programa vinculante, que impone mucha reflexión: “El que me ama, me siga: cada uno cargue con su cruz y la lleve”». Y sigue: «¿Queremos un cristianismo fácil o queremos un cristianismo fuerte? La tentación de un cristianismo fácil penetra hoy por doquier. Llega también a los religiosos y a las religiosas, que dedican su vida a la austeridad y a la severidad. Esta tentación empieza a afectar no sólo la disciplina exterior – como el hábito, el horario, y así seguidamente – sino también las raíces del cristianismo: llega hasta la fe. (...) ¿Cuántos maestros, que son discípulos del siglo, más que del Evangelio, no se atreven acaso a corroer las verdades basilares, que en cambio permanecen superiores a toda nuestra inteligencia? En efecto en la escuela, en la pedagogía moderna se difunde el intento de hacer fácil el cristianismo, de limpiarlo de todo lo que estorba, sea en campo doctrinal, sea en el campo práctico, o sea el de los mandamientos. Se tiende a eliminar todo obstáculo, para dejar que el hombre viva con espontaneidad, en plenitud de vida, en modo autónomo. Cometiendo un gran error psicológico, se piensa de presentar a los jóvenes un cristianismo fácil, sin muchas reglas, sin muchos pesos y escrúpulos, un cristianismo cómodo» (cf. **L’Osservatore Romano**, 18.02.1972). son viejos errores que resucitan, adornados con vestes modernas. Recordemos una proposición ya condenada por el beato Inocencio XI en 1687: «La cruz voluntaria de las mortificaciones es una carga pesada e infructuosa y por tanto hay que abandonarla» (Denzinger, **Enchiridion Symbolorum**, n. 2238). No es esta, sin embargo, la enseñanza del Evangelio, que Pablo VI recuerda: «Que nadie os engañe, Jesucristo es exigente: el camino de Cristo es el camino estrecho» (cf. **L’Osservatore Romano**, 04.03.1970).

2. La enseñanza del Padre

A las bonitas páginas del Padre sobre la mortificación presentes en la Antología Rogacionista, añadimos esta otra que se refiere a la práctica de esta virtud.

Antes de todo el Padre nos la presenta como complementar a la oración: «Oración y mortificación son dos alas con que el alma vuela hacia Dios. El ejercicio de la mortificación es importante no menos que el de la oración; y se diría aún más. Más la persona se mortifica, más digna se hace para la oración; más hace oración, más siente la necesidad de mortificarse: así la una se acrecienta con la otra, y de estas almas se averigua lo que dijo el Profeta: **Ibunt de virtute in virtutem** (Sal 83, 3)». Y sigue: «¿Qué quiere decir mortificación? Quiere decir dar la muerte a nuestras pasiones y a nuestros cinco sentidos. La práctica se hace así:

«Antes de todo hace falta mortificar el propio juicio y la propia voluntad. No ser apegados a la propia opinión, a los propios modos de ver, no obstinarse en la propia voluntad, ni en las cosas más leves: son virtudes que hacen el alma dócil y flexible a la divina voluntad; y de estas almas Dios puede hacer lo que él quiere.

«En segundo lugar hace falta mortificar los afectos naturales, también legítimos, dirigiéndolos todos al puro amor de Dios, como serían los afectos del parentesco y de la amistad.

«En tercer lugar hace falta mortificar las propias inclinaciones, los deseos, los apegos a una u otra cosa, a las propias costumbres, a esto o aquel lugar, a esto o aquel encargo, y así seguidamente.

«Pero sobre todo hace falta mortificar el amor propio, que es el gran enemigo del puro amor de Dios y de la verdadera perfección. El amor propio nos hace aborrecer la cruz y nos empuja a la propia satisfacción también en las cosas santas; el amor propio nos hace desear de ser estimados, alabados y aceptados; nos hace tener miedo de ser olvidados, despreciados y no queridos o preferidos; es sutil y malicioso y nos engaña bajo las apariencias de bien también sin que nos demos cuenta; nos hace disculparnos cuando estamos en la culpa; genera en nosotros en respeto humano, la envidia, la ira, el desprecio del prójimo, el egoísmo y mil otras culpas y perversiones, porque en sustancia el amor propio es soberbia, y la soberbia es la raíz de todos los pecados, según lo que está escrito en los Libros Santos.

«Los congregados de esta mínima institución no podrán nunca corresponder a los santos fines de su instituto si no luchan contra el amor propio y no atienden seria y continuamente para mortificarlo con actos contrarios, rezando siempre a Dios y a la Santísima Virgen para tener la gracia de superarlo, y con todos los medios de la disciplina y de la observancia, de los que puede disponer un Instituto religioso.

«Finalmente otra eficaz e importante mortificación, sin la cual el alma no puede hacer el mínimo paso en el camino de la perfección, sino que está siempre en el peligro de perderse, es la mortificación de los sentidos. Esta mortificación, por San Juan de la Cruz es llamada **noche obscura**, por la cual el alma sale a la verdadera luz de la divina unión. Hace falta mortificar el oído, no queriendo sentir cosas inútiles, novelas y cuentos diversos, discursos fuera de propósito aptos para apacentar la curiosidad. Mortifíquese el gusto y la gula, antes de todo observando exactamente todas las abstinencias y los ayunos prescritos por la Santa Iglesia, y luego los de la propia comunidad; luego no buscando alimentos de propio gusto, comiendo moderadamente, con tiempo, sin avidez, y comiendo igualmente alimentos que gustan como los que no gustan, sin mover quejas y lamentos. Es también una bonita mortificación la que usaba el Padre De La Colombière, el apóstol del Corazón de Jesús, o sea de no consentir al gusto que se siente en los alimentos.

«También en beber agua o vino hace falta usar todas las reglas. Tengamos presente que la mortificación del gusto y de la gula es considerada por todos los maestros de espíritu el **abecé** de la vida espiritual. Por eso también los congregados se abstendrán de los dulces siempre, exceptuadas las pocas veces del año en que se pasan en la comunidad.

«Hace falta mortificar la vista, teniendo los ojos abiertos con cierto freno también habitualmente, especialmente en la iglesia y en tiempos de oración. Hace falta mortificar el sentido del olfato, no rechazando nunca de aquellas circunstancias u oficios en que el sentido del olfato pueda sufrir; y no será nunca que por simple dilecto se huelan flores o bien otras cosas olorosas. Finalmente hace falta mortificar el tacto, que se hace soportando pacientemente todo lo que molesta el cuerpo: el calor, el frío, la lluvia, la fatiga, la cama dura, los dolores físicos, las enfermedades» (N. I. Vol. 10, p. 186).

3. La práctica

Veamos ahora el espíritu de mortificación del Padre:

El Padre Vitale escribió: «De naturaleza vivacísima y proclive a los ímpetus naturales, se estudiaba con todo esfuerzo de frenarse ante las cosas contrarias, y entre sus notas pide al Señor y propone de poseer: **Paciencia tácita, silencio, quiete en los contrastes, mortificación de los ímpetus, de las ansias, de las solicitudes** etc.

«No fue menos admirable en la mortificación de la propia voluntad. Sometía su intelecto a lo de los superiores eclesiásticos y consejeros. Alguna vez se le vio actuar en la comunidad en manera totalmente opuesta a sus modos de pensar; y expresando yo mi asombro, me contestó sin confusión: “Me lo sugirió aquel superior con que me consulté”. (...) Notando en mí, cuando aún era joven, cierto titubeo en someter totalmente mi parecer a algún superior por temor de errar en conciencia, me decía: “Si acostumbras a someter la inteligencia también en las cosas comunes que no se refieren a la conciencia, así será siempre mortificada y más fácil saldrá la mortificación en las cosas arduas”. Y por esta mortificación interior conservó el más profundo silencio en todas las amargas experimentadas en toda su vida, para el establecimiento de la Obra. No tuvo una sola palabra de desprecio o de queja contra los que, en buena o mala fe, atentaron contra su existencia. Si hacía falta hacer algún desahogo, decía: “Me duelo sólo por el mal que los adversarios pueden hacer a su propia alma”.

«Parecía que le faltaran tal vez no sólo los medios temporales, sino también los espirituales, para ventaja de la comunidad: de esto se afligía interiormente, pero se unía perfectamente a la voluntad de Dios, sabiendo que Él habría siempre llegado en ayuda. Tuvo siempre ánimo igual, sea en las cosas prósperas que en las contrarias.

«No conoció en su vida una hora de paseo o de recreo, un periodo de descanso o de vacaciones: lo recordamos retirarse cansado y agobiado en casa, empezar en seguida una predicación o sagrados ritos, bajar del púlpito y empezar en seguida el breviario, diciendo: “¡Cuánto cuesta el tiempo!”. Y supo tan bien aprovechar de ello, que hizo tan fecundas sus obras» (Vitale, **ob. cit.** p. 619).

Citemos aún el Padre Vitale: «Se puede decir que el Padre no cesó nunca de mortificarse en todos los sentidos y en todas las maneras. Desde jovencito se acostumbró a largos y rigurosos ayunos que le dañaron sin duda la salud. No podía esconderlo. Aún recuerdo que, viéndome desde los primeros días del clericalato que sufría por el estómago, un día me dijo, siempre en el impulso de su sencillez natural: “Habrá hecho como yo, muchos ayunos, abstinencias, locuras de juventud, como las llamaba San Bernardo. Oh, ¡Estaba necio de verdad!”, me decía. Asegurándole que no conocía estas mortificaciones, repetía: “**Ægrotans, ægrotus, morbo affectus** etc. así leemos en el breviario

de casi todos los santos, que actuaban sufriendo; y por eso hace falta ir adelante padeciendo y actuando. Nuestro Señor Jesucristo, nos decía no dejó nunca de padecer internamente”. En el estado eclesiástico y bajo la dirección de óptimos padres espirituales tuvo que moderarse en los ayunos» (Vitale, **ob. cit.** p. 613).

Recordemos antes de todo que el género de apostolado al que se consagró lo empeñaba a una vida de severa mortificación entre sus pobres.

«Yo sé – destaca un testigo – que el Padre no era solo temperado, sino también mortificado. Era además conocido en la ciudad – **como también apuntamos antes** – que tomaba a menudo una cucharada de comida de los diversos platos de los pobres, más bien a menudo comía en el mismo plato de los pobres que daban asco». «En los tiempos de su Obra en Aviñón – atestigua una sobrina suya – recuerdo que la abuela estaba obligada a rehacer el colchón de lana que le había procurado, porque él, habiéndolo cedido a los pobres, se reducía a dormir en la paja».

Él, como siempre, se arreglaba en todo con la oración, y he aquí una dirigida a la Santísima Virgen para implorar el espíritu de la mortificación: «Oh Reina de todos los Santos, Madre mía María Inmaculada, Vos sois en modo particular Madre de los Sacerdotes. A Vos me presento; he aquí ante vuestros pies un mísero Sacerdote que pide humillado vuestra protección, las luces divinas y vuestros maternos consejos. Sede de la Sabiduría, iluminadme, instruidme, aconsejadme.

«Antes de todo os presento mis dudas acerca de la práctica de la mortificación de la gula. Ay, ¡Vos sabéis cuánto falté y cuánto faltó con la gula!... ¡Vos sabéis cuánto daño pueden hacer estas faltas a la Obra Piadosa de estos Pobrecillos del Sagrado Corazón de Jesús!

«En segundo lugar, a Vos presento mis dudas acerca de los ayunos por lo que se refiere a la salud; ay, ¡vos bien conocéis cuánto soy indigno de alimentar mi cuerpo pecador, y cuánto dañaría mi salud espiritual e igual también la temporal por la intemperancia!

«En tercer lugar, a Vos presento mis dudas y mis deseos acerca de las penitencias. Yo reo de mil culpas tendría que hacer las más ásperas penitencias por mis pecados, y, a pesar de esto, ¡no las hago!

«Por favor, Madre mía Santísima, Maestra divina de todas las virtudes, ¡yo os suplico hacedme caminar por aquel camino por lo que consiga mi santificación, la santificación de las almas, el incremento de esta Obra Piadosa en el Corazón Santísimo de Jesús, y llegue a la suspirada unión de Amor con mi Sumo Bien!» (N.I. Vol. 10, p.7).

4. Sus defectos

Antes de seguir, sintamos por él mismo sus defectos, cómo los confiesa en su autoelogio: «Tuvo el defecto de la gula como una pasión predominante, ¡y totalmente nunca lo venció! El buen Jesús lo perdona. (...) Era muy sujeto al sueño, no lo venció nunca: dormía sus buenas 7 horas, entre noche y horas de la tarde. (...) Fue apegado a los cómodos de la vida con el pretexto de la salud» (N.I. Vol. 7, p. 141-142).

Uno de los teólogos censores releva en propósito: «Antes de todo hace falta vigilar, porque **iustus est accusator sui ipsius**. Luego no se puede acusar de gula la necesidad de comida en el que goza buena salud y gasta muchas fuerzas en el trabajo». Acerca del sueño, hace notar: «Pero esta es

una necesidad natural, especialmente para el que todo el día y parte de la noche está en trabajos y en faenas». El Padre Vitale destaca que el sueño y el apetito para Él formaban dos angustias y que «sufría naturalmente un gran apetito, y digamos sufría, porque este estímulo a la gula le llevaba un verdadero sufrimiento interior. Creía que era casi imposible su santificación. Tal vez estaba asaltado por unos languores, que en seguida tenía que correr a buscar algo de comida. Y lo mismo era para el sueño, que hacía siempre profundo, plácido y sereno, e interrumpirlo le costaba grandísimo trabajo» (Vitale, **ob. cit.** p. 614). Invitado para una comida por una familia, como tardaba la hora para empezar a comer, casi se desmayaba, y fue obligado a pedir un trozo de pan, poniendo en relieve en el mismo tiempo con los familiares su imbecilidad física y moral.

Los testimonios ponen bien en relieve su espíritu de mortificación. «Ejerció la templanza en un modo exacto. Me parece que toda su vida fue una continua renuncia a los apetitos naturales, aunque lícitos. Confesaba, me dicen, que, en los primeros años, igual hasta los cuarenta, había exagerado demasiado en la mortificación en comer y beber, hasta el punto de atribuir a esto la terrible enfermedad de agotamiento que tuvo en el cuadragésimo año de vida; en consecuencia, mitigó mucho este fervor suyo de mortificación».

Una hermana recuerda la enfermedad del Padre en 1893: «Durante esta enfermedad suya, quejándose de no poder privarse por penitencia de muchas comodidades y de tantas atenciones nuestras y del hermano, recordaba a los tiempos hermosos en que podía disciplinarse, llevando el cilicio, durmiendo en las tablas, limitándose en comer y vigilando en oración durante la noche. Todo esto con una evidente sencillez».

Las fuerzas menguadas, las fatigas crecientes y la guía de sus padres espirituales ya no le permitieron el rigor extremo de una vez, pero él supo contener su vida, hasta sus últimos días, bajo la ley de una mortificación extraordinaria.

5. Su comida

Entendimos por el Padre que la mortificación de la gula es el abecé de la vida espiritual; y para que el espíritu no fuese perjudicado durante la comida, el Padre, además que encomendar la atención a la lectura en el refectorio, hubo un tiempo en que hizo escribir en el borde de los platos unas sentencias morales: **Comiendo, piensa en los pobres que no tienen nada – Imitemos la templanza de la Santísima Virgen – Mata más la gula que la espada**, etc.

Vayamos ahora a los pecados de gula del Padre y a sus lujosos banquetes.

No bebió vino hasta que no lo prostró la enfermedad. Hasta aquel tiempo, en 1893, ni se ponía en la mesa la botella, sino en el caso de tener invitados; seguidamente, por disposición del médico, tomaba algún dedo de ello, siempre alargado con agua, y muchas veces dejaba aquello también, motivo por el cual, en muchos informes, hallo repetido que el Padre no bebía vino. Nunca bebió licores.

Así tampoco comía carne, diciendo que le era dañina, pero nosotros creemos que lo hiciera por mortificación; en efecto en los últimos años la disposición del médico redujo bastante la discordia entre carne y estómago.

No hacía uso de azúcar ni de dulces: el café, polvo de bellota asado, lo bebía amargo. Este sustituto lo preparaban las hermanas justamente para él... «Un día – cuenta una hermana – me permití de llevarle, en vez de las usuales rebanaditas de pan, un buñuelo con azúcar. Me lo devolvió diciéndome bruscamente: “¡Vos hacéis las veces del diablo!”, y lo refirió a la superiora, usando la misma expresión. Me arrodillé en seguida pidiéndole perdón; me lo concedió en seguida sonriendo y añadió: “En efecto, lo hiciste por bien”. Además de los ayunos establecidos por la Iglesia, ayunaba cuatro veces en la semana. El viernes y el sábado no tomaba fruta. Un sábado en Taormina, sin darse cuenta, la comió. Llegado a Mesina, me dijo: “Hermana, durante una semana no me llevéis fruta, para hacer penitencia de la que comí en Taormina».

Su comida de cada día era un poco de pasta sin **barbarino** (así llamaba el queso), aliñada con aceite y pan rallado y asado, mezclado con un polvo amargo hecho con una hierba, llamada **centaurea**. Ella nace en nuestros campos y las hermanas la preparaban. Él decía que la quería para evitar o atenuar las molestias de estómago, nosotros en cambio sabíamos bien que era por penitencia, porque en el mes de mayo, entre las florecillas diarias, ponía uno, o sea la de condimentar la comida con este polvo. Evidentemente no todas las hermanas y también las huerfanitas conseguían comer aquel amargo.

Un religioso nuestro coadjutor recuerda: «Durante mucho tiempo lo serví en la mesa. La mañana solía tomar un poco de leche sin azúcar con pan crujiente casero, siempre sin azúcar. En el mediodía tomaba un poco de sopa aliñada con aceite y con mantequilla, y un poco de pescado o huevos. Así por la noche».

Recuerda el hermano María Antonio: «Un día en Nápoles, habiendo sabido que había comprado el huevo por una lira, me impidió de comprar ulteriormente, porque juzgaba el precio alto». Una vez una hermana, tras encargo de la superiora, en Taormina, había comprado un pescado para el Padre; y él dijo que con esto se había escandalizado la comunidad; y habiéndole sido dicho, tras su petición, que había sido la portera a comprar aquel pescado de calidad, quiso para sí la cabeza, enviando a la culpable una porción de comida de su plato (en aquel tiempo los alimentos se preparaban en la cocina), mientras pretendía por nosotras que comiéramos toda la comida. A la cocinera decía: “Antes de todo preparad pan y agua: estos son los elementos necesarios”. Los alimentos que le llevaban, para él eran siempre muchos. Me di cuenta que muchas veces dejaba la cena por el ayuno; esto lo aconsejaba, pero no lo pretendía de nosotras».

Alguna vez intentaba esconder la virtud con algún pretexto; por ejemplo, esta comida no está cocida; esta está demasiado salada o algo parecido. En este propósito un recuerdo personal, que remonta a los primeros meses de mi entrada en San Pascual.

Un fámulo, tal Scatiña, había con mucho amor recogido en nuestro jardín los primeros espárragos, de ellos había hecho una buena comida con el huevo y presentados al Padre como plato delicioso. Él agradeció cordialmente, pero observó riendo: “Esta no es una comida para un hombre; es una porción para un chico...”, dirigido a mí, que era encargado del comedor: “Ven acá, cómelo tú, que te hará bien...”.

«No había caso que el Padre aceptara un plato diferente, hasta en las mayores solemnidades, en que hubiera también forasteros. Sólo en los últimos tiempos, cuando fue enfermo, aceptó a regañadientes de tomar alguna comida diferente de la de la comunidad». Recordando el comienzo de la Casa de Gravina, uno que lo veía por primera vez, recuerda: «Fui impresionado desde el comienzo por su sencillez y modestia: quería prepararle un saco mejor relleno, y él no quiso, disculpándose diciendo que no quería condiciones mejores que las nuestras; pan y queso comimos nosotras en el día

de la inauguración e igualmente hizo él, rechazando huevos y otras cosas, que queríamos procurar para ofrecerle». «Su comida era la de un pajarito. Era una desesperación para la superiora que, sabiéndolo enfermo, le enviaba alguna pasta con el caldo, mientras él la destinaba a las enfermas, pretendiendo la comida común. Era observantísimo de los ayunos eclesiásticos, que siempre recordaba; observaba luego otros, tratándose especialmente de pedir gracias». «La señora Mazza Elena de Oria, postulante un tiempo entre las Hijas del Divino Cielo, contó que el Padre no quiso comer para nada un plato de pasta de calidad, preparada expresamente para él, y tomó en cambio una masa blanda de caldo con pieles de frijoles con todos los gusanos». Un antiguo huerfanito: «Mis tiempos eran críticos, y él comía como nosotros».

Parecidos a los de arriba son los testimonios de las Hijas del Sagrado Costado: «Cada vez que fue con nosotras, comió parcamente: sopa, verdura, con algún huevo, sin vino o café; para nosotras permitía una cierta largueza en la casa, para él no. Comía poco y no quería preferencias. Conozco de los ayunos impuestos por la Iglesia. Fue siempre parco en la comida: alguna patata hervida, algún huevo, sin pretensiones. Lo hallé una vez que ponía un cierto polvo en la comida; era común persuasión que lo hiciera por mortificación. Muchas veces comió con nosotras; me di cuenta sin embargo que lo hacía todo para comer poco, porque se levantaba a menudo para girar y darse cuenta de la calidad y cantidad de nuestra comida. A menudo en la cocina reprochaba la escasez y ordenaba alguna vez ulterior compra de carne para la comunidad; todas las veces que comía con nosotras, repartía parte de su comida a las más necesitadas. Alguna de nosotras se dio cuenta que echaba cierto polvo en la comida para mortificarse».

6. Nuevamente sobre las comidas del Padre

Vale la pena antes de todo insistir nuevamente en el uso de la centaurea, que se puede decir habitual en el Padre; y él era siempre provisto de ella.

Nosotros todos conocíamos este polvo, proveniente de plantitas que germinaban en nuestros jardines de Oria. Eran las hermanas que las secaban y de ellas sacaban el polvo. Una hermana atestigua: «Un día la Madre Nazarena me entregó una faja de hierba amarga para cocinarla y reducirla en polvo: servía para el Siervo de Dios, para amargar horriblemente su comida».

El hermano Luis: «Una vez pasé por su habitación abierta, mientras escribía, con una cajita que parecía una tabaquera. Me preguntó bromeando si tomara tabaco, y me ofreció una toma de un cierto polvo, con la advertencia de no ponerla en la nariz, sino en la lengua. Obedecí: era por la mañana; por la noche todavía no me había pasado el agrio amargo, a pesar de que hubiese comido ya dos veces; y el Padre Bonarrigo, al que le conté el hecho, me dijo: “Ese polvo es llamado centaurea: el Padre lo toma a menudo para mortificación”. Creo que algún otro conociera esta costumbre suya. Evidentemente cuando comía en comunidad no fue visto nunca practicar este acto».

O sea, el hermano Luis no se dio cuenta, porque el Padre intentaba disimular aquella maniobra, que sin embargo no siempre le salía felizmente. «A pesar de los intentos de esconderlo, de vez en cuando me daba cuenta que él echaba el famoso polvo en la comida; se sabía mientras tanto que él llevaba el ajeno, porque, él decía, ayudaba su digestión. Para no hacerse ver, sacaba el pañuelo donde se escondía en los pliegues un papelito con dicho polvo. El que servía en la cocina probó un día lo que quedó de la comida del Padre. ¡No lo hubiese hecho! ¡Estaba tan amargo!

Un día en Taormina se halló con su característica tabaquera vacía. Llamó a la superiora: «Me pidió si en la comunidad se hiciera alguna florecilla sobre la comida. “Sí, Padre, en el mes de mayo sólo un día ponemos en la comida polvo de casia o de quinina”. Y él: “Quiero probarla, para ver si vuestras florecillas son serias”; y mientras me daba su tabaquera vacía, aceptaba nuestro polvo para la comida. Evidentemente, para no revelarse que él también usaba polvo, de la que en aquel momento faltaba, había dado largas, para no privarse de la mortificación también en aquel día».

Cuando estaba en las casas femeninas comía a solas y aprovechaba la mayor libertad que gozaba; pero a las hermanas naturalmente no escapaba el uso que hacía del condimento extraño. «El gusto en comer lo probaba condimentando la comida con aloe y polvo de hierba de ajeno. Una hermana que, por haber dado su comida a unos pobres, pensaba de comer con alegría la sopa del Padre, porque la creía bendita, no consiguió comer más de la mitad por el amargo y el olor, y poco después la devolvió». Las hermanas que servían «nos confiaban que el Siervo de Dios casi siempre comía alimentos amargados con polvo de aloe, y otras veces de ella se servía como de una tacita de café, bajo pretexto que hiciera bien al estómago». «Supe que era parco en comer y beber; lo vi una vez esparcir con un cierto polvo amargo la comida. Yo, a mi vez, con la comunidad, habiéndolo imitado por una florecilla, no fui capaz de engullir sino pocos bocados». «Solía hacer poner en el agua para hervir el café de cebada, unas tostaditas de pan, añadiéndoles un polvo. Un día tuve la ocasión de probar este pan, mientras él había tenido que interrumpir por haber sido llamado en otro lugar, y lo hallé amarguísimo. Pidió luego sobre aquel pan, pero habiendo yo confesado el hecho, me impuso de no decirlo a los demás».

7. Otras mortificaciones

No faltaban mortificaciones de otra clase en la comida.

«Prefería los huevos blandos, sin sal, fríos para el viaje, porque habíamos sabido que no sentía ningún gusto tomándolos» (Vitale, **ob. cit.** p. 618).

«Quería las comidas muy pasadas, para no sentir gusto». «Comía poco y demasiado cocido», pero «para los demás quería la máxima atención sea en la calidad como también en la cantidad». También otros hacen este relieve: «Absolutamente indiferente por sí mismo en cuanto a la calidad de la comida, era en cambio todo cuidado con sus huérfanos y con los religiosos también».

«Una vez le cociné arroz sin sal, por negligencia; me llamó la atención; pero, por otra parte, para calmar mi disgusto, me dijo: “No te molestes por mí: en Roma, donde la sal costa, como sin sal».

El Padre tenía naturalmente sus gustos y sus repugnancias, y luchó para superarlas. Relata una superiora: «Un día me confesó haber tenido una repugnancia invencible para el pan cocido, desde sus más tiernos años, pero que había intentado superarla. Hallándose en Taormina, le presenté esa comida como sabía prepararla yo: intenté hacérsela apetitosa. “No, no, me dijo, así no va”; y me condujo a la cocina: versó el pan cocido en una cazuela; con una cuchara mezcló bastante; luego la engulló, y me confesó de haberlo hecho para hacerlo más repugnante y ejercer así la mortificación, porque, lamentablemente, después de tantos años todavía no había conseguido curarse». Una hermana asegura: «En Trani escogió como cocinera personal una hermana rechazada por la comunidad porque era absolutamente incapaz».

Otra habitual penitencia del Padre era la sed. Escaseaba con el vino, pero tampoco se saciaba con el agua.

Había notado en Melania aquel beber suyo «siempre a pequeñísimos sorbos y casi por gotas, y en poquísima cantidad»; había intentado hacer como ella, «pero – notaba – no me fue posible, porque así la sed no se sacia» (Vol. 45, p. 181). En cambio, fue posible a él también cuando renunció de satisfacer plenamente la sed. Es algo que es puesto en relieve por los testimonios. «Bebía un dedito de vino, regado con mucha agua. Esta, generalmente, la sorbía, especialmente por la tarde, únicamente por mortificación, y confesaba de imitar en esto a Melania, refiriendo su expresión: “¡No se tiene que beber como los animales, hasta la saciedad!”. Solía llevarle una jarra de agua fresca a la habitación cuando lo veía volver a casa. Un día hice más tarde y me apresuré en reparar. Él estaba en la puerta de su habitación: “¿Qué día es hoy?”, me interrogó. “Viernes, Padre”. “Si supieras cuánta sed, cuántos pecados, cuánta reparación; por eso, ¡nada de agua!”. El día siguiente me dijo: “El Señor la quería de verdad aquella agua: esta noche no pude dormir por la gran sed: ¡la padecí con gusto, también porque me faltaba la jarra!». La Madre Nazarena nos solía decir que el Siervo de Dios no saciaba nunca su apetito de comer y beber. «El agua la sorbía: nosotras todas pensábamos que lo hiciera por mortificación». «Oí decir que bebía el agua moderadamente para no llegar nunca a la saciedad». «Ya próximo a la muerte – habla el Padre Santoro – a mí que lo exhortaba a tomar un poco de licor, me contestó a regañadientes: “¡Yo bebiendo no me sacio nunca!”, haciéndome entender que no extinguía nunca su sed completamente».

Ya mencionamos antes la abstinencia de la fruta: era una de sus mortificaciones más frecuentes. Sé que cierta fruta no la comió nunca: por ejemplo, los higos blancos, en honor del Niño Jesús. «De la fruta, fácilmente se abstenía». «Todas las florecillas que importaban limitación de comida y bebida, sabíamos y veíamos que los hacía él también». «Durante triduos, novenas, y en general en la preparación de las fiestas principales encomendaba unas mortificaciones sobre todo en la fruta, y él mismo nos adelantaba con el ejemplo: los objetos que no se comían iban a los pobres». «Se abstenía como todos los demás, durante todo el año, de aquel fruto que había salido en el principio del año». Se trata de las policitas anuales, de las que hablamos en otros lugares. «El sábado para él y también para nosotros no se comía fruta... Sobre la florecilla anual, para nosotros se daban unas dispensas en los días festivos; para él jamás». A menudo pedía por sí, haciendo el cambio, la policita más grave. Esto especialmente acontecía cuando alguien no mostraba generosidad en aceptar la florecilla que le había tocado en suertes. «Recuerdo dos años seguidos en que salieron, para él, dos policitas que prohibían una todos los frutos, y la otra, todos los dulces. Fue una verdadera felicidad por él. Observó la respetiva florecilla en aquellos años con extrema escrupulosidad; mientras cuando acontecía para nosotros, había siempre el modo de una interpretación benigna. Fui presente en Oria en estos dos sorteos de policitas».

En los días en que se pasaba en la comida el pastel, quería que se consumara esto antes de la fruta, porque la boca no quedara con aquel sabor exquisito. Si en las fiestas principales en la mesa se pasaban dos o más calidades de fruta, él tomaba sólo una calidad.

Relata una hermana: «Le gustaban mucho los higos y los melocotones; pero me confesó de haber hecho ofrenda de ellos a la Virgen y a Jesús desde hacía veinte y cinco años. A propósito de los melocotones, me dijo que, hallándose convaleciente, un día el hermano de servicio consiguió hacerle comer uno, a pesar de su negativa; pero el año siguiente el melocotonero había secado, y concluía: “Todo lo que se ofrece al Señor es sagrado, y no se tiene que faltar en el cumplimiento del voto”. De nuestros pasteles caseros gustaba alguna cucharada o trocito tras nuestras amorosas insistencias. Me atreví un día a presentarle un trozo de chocolate suavizado en la cocina – no estaba

rico ni fuerte con los dientes –... tuve que escapar corriendo, porque no era lícito dar un escándalo parecido a las hermanas y a las huerfanitas, que habrían podido ver».

«Recuerdo – afirma el Padre Vitale – que, durante dos años seguidos, voluntariamente no probé ningún fruto». Hallo en sus apuntes: «Abstinencia de las frutas por cinco años, empezada el 4 de agosto de 1907» (Vol. 6, p. 118). Y no tengo motivo de creer que él no haya mantenido su propósito, a menos que el terremoto de 1908 no lo haya reducido, igual por algún tiempo, en la imposibilidad moral de observarlo.

8. Instrumentos de penitencia

Además de lo dicho arriba, el Padre usaba los tradicionales instrumentos de penitencia, constantemente usados por legiones de santos: cilicios y disciplinas.

Escribe el Padre Vitale: «Cuando el Padre se ponía en la oración por la mañana, lo sentía más veces con gemidos flébiles, y tenían que ser instrumentos de penitencia, que usaba y le eran familiares. Tenía de ellos en abundancias: cilicios, cadenitas, pinzas, disciplinas, cruces puntuadas etc. que no podían escapar a la mirada curiosa e indagadora de sus íntimos. Y tal vez salía también la sangre de sus carnes inocentes» (Vitale, **ob. cit.** p. 616).

En Oria guardamos una verdadera colección de estos instrumentos: una robusta disciplina de hierro, con diversas fajas de metal que terminan con puntas y una amplia faja llena con agujas puntiagudas de hierro, junto con otros cilicios y disciplinas. Un religioso piensa que no fueran de uso personal del Padre: «No me consta que los objetos penitenciales que se hallan en Oria fueron usados por él; igual estos objetos, menos algunos, se hallan allí, porque quitados a ánimas dirigidas por él».

De los testimonios resulta en cambio que aquellos instrumentos tenían que ser familiares al Padre y no sustraídos a penitentes demasiado fervorosos, al menos en buena parte, por ejemplo, el cinturón con agujas puntiagudas. Ella fue ordenada por el Padre a sor Gertrudis, que así recuerda el asunto: «Quiso para sí dos fajas amplias como ceñidores: una tenía que servir en Mesina y otra en Oria: en esta faja de tela son cocidos unos ganchos de hierro gordo con protuberancia externa. La superiora y yo del tiempo hicimos y supimos esto». Que las usara lo sabemos por los testimonios. «Tuvimos la intuición que de esta faja fuera ceñido el día de la Dolorosa, en septiembre, me parece, de 1919, cuando, después de celebrar la Misa, y después de habernos dirigido la palabra sobre la Dolorosa, con acento nunca sentido de compasión por los dolores de María, fue notado también por mí que besando el altar no se curvó como siempre, sino que dobló el cuello después de bajarse en las rodillas». Una hermana en Taormina: «Un día hallé en la cama una faja de tela fuerte, larga más que ancha, con unas agujas puntiagudas. La dejé allí y me retiré sin nada más. Supe luego que la usaba durante la celebración de la Misa». Oí decir por alguna hermana que «el Siervo de Dios tenía muchos cilicios; que fue notada alguna camisa manchada de sangre, y otra sangre se suponía por el hecho que, de vez en cuando, alguna camisa la lavaba él». «Una vez vi algo de algodón sucio de sangre en la jofaina con agua; no sé si fuera debida a disciplina». El Padre en 1915 fue en Soccorso por ministerio, durante ocho días, con el Padre Chiapparone, y fue hospedado en casa Cigala. Un día que, saliendo él, había dejado la puerta de la habitación abierta, la señora entró para arreglarla y se dio cuenta de un dispositivo de penitencia con agujas de hierro. Era evidentemente la famosa faja. El Padre regresando pidió su alguien hubiese entrado en la habitación, pero la señora luego dijo que entonces no tuvo el valor de confesar.

«Unas veces nos dábamos cuenta que no podía ni doblarse, creo por causa de cilicios. Una vez yo vi las sábanas manchada de sangre». «Vi a menudo algún dispositivo de penitencia en las mesitas de noche, que por curiosidad abría cuando entraba en su habitación; alguna vez se dio cuenta que algún instrumento había sido movido y preguntó quién había sido la causa; confesándome de esto, “¡Silencio!”, me decía, “Y procura no hacerlo más”». «Con ocasión del terremoto de 1908, en Taormina nos aconsejó la disciplina y el cilicio, antes durante el día, luego sólo durante la Misa; él, creo que habrá sido el primero, porque decía: **¡Hagamos penitencia!** Se decía entre nosotras que también en la cama colocara objetos puntiagudos y que por eso prohibiera a cualquier de repetirlo».

No faltaban otras clases de mortificaciones dolorosas. Usaba unas pinzas para mortificar las yemas de los dedos, las pálpabras, las orejas, los labios, la lengua, y otras partes del cuerpo, sobre todo en tiempo de la oración, que hacía de rodillas, con los brazos extendidos.

Refiero un informe del Señor Andrés Pisani de Oria: «Me hallaba como camarero donde Monseñor obispo de Oria Antonio Di Tommaso, cuando el Canónigo Di Francia vino por primera vez en Oria para tratar con el obispo. Alojé en el palacio obispal muchas veces, durante el espacio de un mes, antes de establecerse en Oria con sus institutos. Desde los primeros días me impresionó el espíritu de pobreza y mortificación de este cura desconocido. Yo era encargado de servir en la mesa y de recoger las habitaciones. En la mesa no quería nunca que se cambiara el plato y prefería comerlo todo en un solo plato. En la habitación me daba cuenta que no se había servido ni del colchón de lana ni de la almohada, que hallaba siempre limpia. Evidentemente lo quitaba todo y dormía en la dura tabla recubierta de tela, reponiendo luego en su sitio todo por la mañana, antes de salir de la habitación. En cuanto a la limpieza de la habitación, me anticipaba siempre y alguna vez tuve que hacerle suavemente violencia para impedirle que hiciera lo que era mi deber para cumplir, habiéndolo sorprendido en esta ocupación. Rechazaba siempre la caja de cerillas para encender la vela durante la noche, afirmando que se puede rezar también a oscuras.

Nunca hallé que usó el jabón que le había dejado en el lavabo, (**él se servía de jabón común**), pero siempre la hallaba en un lado no tocada». ¡Con la penitencia y la oración el Padre preparaba las fundaciones en Oria!

No faltaron luego las penitencias ocasionales. Una vez, con el Padre Montemurro se le presentó una taza de leche en que, en vez de azúcar, le había sido puesto sal. Él lo bebió todo en silencio. Y fue grande la confusión del cocinero cuando, demasiado tarde, cayó en la cuenta del error. Otra vez los chicos jugaban columpiándose en el balancín; y el Padre se complacía mirándolos. En la animación la tabla tuvo que torcerse hacia el Padre. En efecto, sólo después de un tiempo, los chicos se dieron cuenta que su extremidad caía en un pie de él, que recibía en silencio aquellos golpes no sin dolor. Sólo una sonrisa correspondió a sus protestas, continuando él interesándose de su juego.

9. La lucha contra el sueño

Vengamos ahora al sueño. Solía decir que tenía una debilidad por el sueño – en el tren dormía fácilmente; pero decía y lo escribió también en su autoelogio, que dormía, entre día y noche, cerca de siete horas.

Hace falta convenir que la lucha contra el sueño es una de las más duras, también por los santos que se señalaron en la mortificación. Catalina de Siena confesó al beato Raimundo, su director

espiritual, que no halló en nada tanta dificultad cuanto en vencer el sueño (cf. Papásogli, **Sangue e fuoco sul Ponte di Dio**, p. 23.). La lucha del Padre contra el sueño fue incesante.

Empecemos diciendo que, como siempre, él antes de todo confiaba en la oración, como vimos por la mortificación en general. He aquí pues una **«oración al Corazón Santísimo de Jesús para vencer el sueño**: Señor Adorable Jesucristo, que nos dijisteis: **velad**, y nos enseñasteis en muchísimas maneras la vigilancia, por favor, ¡concededme gracia para que yo vigile! Os suplico, fortaleced mi negligente naturaleza y mi torpe voluntad, para que yo resista al entumecimiento del sueño y gane. Señor Nuestro Jesucristo, yo me dirijo a vuestro Corazón Santísimo, que también en el sueño velaba. Por favor, Corazón de mi Jesús, excitad la fe, el fervor y el celo en mi corazón frío, para que rehúse mi excesivo dormir y ame la vigilancia en la oración. Jesús mío, que derramasteis vuestro Corazón en la perfecta caridad todas las noches orando en los campos o en los montes, o en las grutas o en la Casita de Nazaret, por favor, dadme gracia que yo quite al sueño buena parte de la noche y para Vos la aproveche ante vuestra presencia, gimiendo y suspirando por los intereses de vuestro Sagrado Corazón.

«Señor mío, Vos veis que el espíritu está listo, pero la carne es enferma; yo soy muy miserable y flojo; el asno quiere descansar; por favor, por favor, mi Redentor, por el mérito de vuestras divinas vigiliadas, dadme la victoria sobre el sueño, hacedme vigilante, para que yo os confiese en el medio de la noche, como vuestro Profeta decía. Amén».

Sigue una invocación a la Santísima Virgen «modelo de las vírgenes vigilantes»; a San Juan de la Cruz, que «tesaurizó sabiamente el tiempo, gastando con especial amor el de la noche para rezar»; a su Santo Ángel de la Guarda, por la «bella y segura victoria sobre el sueño», para que «en vuestra compañía pase la noche en la ferviente oración por los intereses del Sagrado Corazón de Jesús» (N.I. Vol. 10, p. 25).

Las siete horas de descanso eran las marcadas en el horario; pero sabemos de muchas noches pasadas en oración, ante el Santísimo Sacramento cuando – y no era algo raro – las necesidades materiales y morales de la Obra apremiaban. Recuerda una hermana: «La Madre Nazarena me dijo que el Padre dormía poco porque siendo, durante el día, distraído por continuas llamadas, solía suplir por la noche sus deberes espirituales». Y otra: «A menudo lo vi en tarda noche en la capilla y la mañana ya estaba allá antes de la diana».

Confesaba de sentir el hambre y de querer dormir; pero esto evidentemente derivaba por el hecho que él comía muy poco y dormía incluso menos.

Se decía dormilón, pero de hecho generalmente por la mañana a las cuatro y medio ya estaba fuera de la cama, y la noche iba tarde a descansar. Por la noche a menudo lo se veía rondando por los dormitorios, con su luz de petróleo, porque en Oria faltaba la luz eléctrica. Cuando había vigiliadas, él era siempre el primero en entrar en la capilla.

Por la tarde, durante el verano descansaba una media hora; durante el invierno nunca.

No era rebuscado por la cama. Decía que no podía tomar sueño en un colchón suave. La cama estaba constituida por un solo colchón de lana apoyado en tablas; no permitió nunca que fuera arreglado: sólo una vez en la semana mudaba la ropa: él mismo pensaba en ajustarse las mantas. Me consta que alguna vez dormía sobre las tablas o bien en el suelo.

Sor Auxilia, en Santa Eufemia, me confió que, hallándose allí el Siervo de Dios para predicar por la Inmaculada de 1918, le ordenó que su cama no fuera arreglada nunca; en último constató en la

cama indicios de instrumentos de penitencias a través de punturas en el colchón. Escribió el Padre Vitale: «En los años de la juventud no tenían que ser raras las noches pasadas en oración o bien durmiendo en tierra. En Castiglione, donde estuvo por un triduo a Nuestra Señora de Lourdes, fue notado que no tocó la cama; así también en San Fratello, donde fue para predicar a las Hijas de María. En Torregrotta en 1926, ya viejo con 75 años y enfermo, durmió en el suelo porque una hermana le había preparado una cama bonita con colchón de lana» (Vitale, **ob. cit.** p. 616).

Concluyendo, destacamos que las mortificaciones de diverso género no incidían negativamente en la actividad del Padre «Creo que, a pesar de estas diversas penitencias, él trabajara más». «A pesar de estas renunciaciones, no noté debilidades en el cumplimiento de sus deberes».

10. Dulzura y mansedumbre

Se conectan a la templanza, como partes subjetivas o bien potenciales de ella, la castidad, la humildad y la dulzura o mansedumbre. De las dos primeras diremos luego, aquí hablemos de la mansedumbre.

Es la virtud que anticipa y modera la ira, aguanta el prójimo a pesar de sus defectos y lo trata con benignidad. Virtud excelente, de la cual Jesús se propone Él mismo como modelo, junto con la humildad (cf. Mt 11, 29), pero en el mismo tiempo virtud difícil, porque presupone la muerte de todo interés propio; por eso ella es particularmente la virtud de las almas inocentes, en los que Jesús puso su permanente morada; por eso Bossuet escribió que la mansedumbre «es el verdadero signo de la inocencia guardada o recuperada» (cf. **Meditación sobre el Evangelio**, día 3).

El Padre nos hace notar que la mansedumbre y la humildad son virtudes interdependientes: «La santa mansedumbre es hija de la santa humildad; con todo esto el ejercicio de la mansedumbre es medio excelente para ser humilde»; por eso él quiere que cada uno de sus hijos sea «atentísimo en el ejercicio de esta virtud. Cada uno tendrá presente los ejemplos divinos de la mansedumbre de Nuestro Señor Jesucristo y en todas las circunstancias esta selecta virtud siempre tiene que triunfar, frenando a cada uno su propia ira, hablando en voz casi siempre baja, mansedumbre en mandar y en reprochar, airándose, si hace falta, sin pecar. La mansedumbre tiene que demostrarse especialmente tratando con el prójimo, para que nadie quede escandalizado» (Vol. 3, p. 21).

El Padre requiere con insistencia la virtud de la mansedumbre principalmente en el superior: «Se encomienda cálidamente a cada superior la calma y la perfecta mansedumbre en todo evento. Es esto un punto muy importante. La agitación del superior se transmite a los súbditos y los agita. Está escrito: **Non in commotione Dominus** (1Rey 19, 11): Dios no está en la agitación, sino que Dios es espíritu de eterna quietud. El superior no salga de su quietud interior también en las cosas graves. No se prohíbe que sienta las impresiones de los acontecimientos y el vivo interés en todo evento y de actuar con fervor e interés, según los casos; pero la sabiduría consiste en unir juntos el vivo interés con el fervor y la calma interior. Así todo se desarrolla según el orden. Se trata que el superior no tiene que actuar nunca por movimiento de pasión, que contiene siempre un germen de la ira; y la ira y el furor, la cólera, nunca producen el bien. Si se sienten no se tiene que secundarlos» (Vol. 1, p. 132). Y más adelante: «¡La mansedumbre! Esta excelente virtud, que, como dice San Francisco de Sales, tiene que predominar sobre todas las demás, como el aceite que queda en la superficie de los líquidos, si es indispensable para todos, más lo es para el superior; y esto por más razones.

«La primera es para el buen ejemplo. La ira es una pasión generalísima entre los hijos de Adán. Los movimientos de la impaciencia son al orden del día, especialmente entre los religiosos. El enemigo infernal a menudo halla en las almas una gran inclinación a la irascibilidad, a la impaciencia, y trabaja en ello incansablemente. Ahora, un superior que no domina perfectamente, con la mansedumbre, la pasión del irascible, no hace sino trabajar, de acuerdo con el demonio, para daño y ruina de sus súbditos y cohermanos. Muy pronto sus impaciencias, sus primeros instintos, sus reacciones, sus resentimientos, su habla irritada y cosas parecidas, desenfrenan la ira y muy pronto la comunidad se desordena de tal manera que se derriba en breve tiempo todo el edificio espiritual. ¡Qué desastre es jamás esta irascibilidad no frenada por la santa mansedumbre!». El Padre pasa a considerar la mansedumbre de Nuestro Señor en toda su vida y especialmente durante su pasión, y sigue: «Cada uno, y especialmente el superior, sea mansísimo. Haga especiales oraciones y especiales ejercicios en toda su vida, para llegar a esta bellísima y amabilísima virtud, que atrae consigo muchas otras. El superior recuerde el dicho del salmista: **Docebit mites vias suas** (Sal 24, 9): Dios enseñará a los mansos sus caminos. Quiere decir que la luz de Dios conducirá por los rectos caminos de la divina voluntad todas las acciones y las palabras del superior manso, que sabrá cómo conducir y regentar todos sus hijos en Jesucristo» (Vol. 1, p. 204).

Espiguemos aún por las enseñanzas del Padre: «La mansedumbre es hermana de la humildad; y Nuestro Señor Jesucristo nos la impone para imitar como virtud de su divino Corazón. Las cualidades de esta virtud son inefables. Tenemos siempre que desear que el Señor envíe a este instituto almas mansas, y haga siempre florecer entre nosotros esta dulcísima virtud. En relación a muchos vicios de la humana naturaleza, la mansedumbre es una espada que los mata. Esta virtud nos hace muy queridos a Dios y a los hombres. El ejercicio de esta virtud nos compromete en una continua lucha contra nosotros mismos, porque, quien más y quien menos, cada hombre es atormentado por el irascible. Si todos los ejemplos de las virtudes resplandecen en la persona adorable de Jesucristo, el de la mansedumbre es tan manifiesto, que el que lo mira no puede sino enamorarse de ello. Jesucristo fue injuriado, golpeado, ultrajado con las más ignominiosas insolencias: el enemigo por medio de los judíos hizo todos los esfuerzos para hacer producir a Nuestro Señor Jesucristo el mínimo acto de indignación hacia sus perseguidores, pero Nuestro Señor Jesucristo confundió todo el infierno por medio de esta virtud predilecta por su divino Corazón.

«La Santísima Virgen, después de Nuestro Señor Jesucristo, es el más perfecto modelo de mansedumbre. Jesucristo fue comparado al cordero, María Santísima a la paloma que no tiene hiel. Nunca se indignó contra los que atormentaban a su Divino Hijo, más bien los amó y rezó siempre por ellos.

«Los santos amaron mucho la virtud de la mansedumbre, y pusieron mucho estudio y trabajaron años y años para ser mansos, cuando su naturaleza los llevaba al irascible. Virtud difícil es la perfecta mansedumbre en todos los encuentros; pero el que llega a vencerse a uno mismo y a hacerse manso, obtuvo una palma casi parecida a la de los mártires, habiendo dicho el Espíritu Santo: **Nadie es más fuerte del que domina el propio corazón.**

«Los congregados estarán atentos a la adquisición de tan bella virtud; así que se cuidarán de cada movimiento de ira o de indignación, no se resentirán en las contradicciones, y serán el uno con el otro pacíficos y mansos. Mucho más esta mansedumbre se tiene que ejercer con el prójimo, sea en el habla que en el trato. Está escrito: **No te acostumbres a un habla temeraria, porque esto no será sin pecado.** Y en otro lugar: **¿Viste a uno que corre con el mucho hablar? Aunque se corrija la misma necesidad, a este no se le corregirá.** Será una buena costumbre no hablar nunca en voz demasiado alta y precipitosa» (N.I. Vol. 10, p. 194)

11. Oración para la edificación

Los ejemplos del Padre eran perfectamente conformes con sus enseñanzas. Sabemos ya que él en su testamento se acusa de ser «por naturaleza iracundo y de una iracundia un poco vulgar, que desafortunadamente nunca se pudo vencer» (N.I. Vol. 7, p. 241). En una carta al Padre Vitale renueva la autoacusación: «Su carta es el reflejo de su alma mansa, cándida, suave, delante la cual contrasta la mía, tumultuosa y salvaje» (Vol. 32, p. 45). Ninguna dificultad para reconocerle una índole irascible; pero que él no consiguió dominarla no es exacto.

Los censores de los escritos destacan: «Esto (**la acusada iracundia vulgar**) no resulta en ningún lugar de sus escritos, sino al revés se muestra incline a la tolerancia, al perdón, a la paz con todos. Una vez sola utiliza un tono resentido, en un artículo en defensa de los mendigos, que no tenían otra alternativa que o morir de hambre o acabar en la prisión (cf. Vol. 43, p. 20-23). Si también tiene que defender los derechos de sus institutos, lo hace siempre tranquilamente y fundamentado en razones jurídicas. A las superiores encomienda la paciencia, la moderación, las buenas maneras». Y otro censor: «No se diría de verdad, por lo que se puede relevar del examen de los escritos, que el Siervo de Dios fuera **iracundo**, más bien de una **iracundia un poco vulgar**.

«Se muestra en cambio habitualmente comprensivo, benévolo, delicado, tolerante, pero firmísimo en los principios, y tenaz y resolutivo en las cosas que le parecían más respondientes al bien y a la finalidad de su Obra. El Siervo de Dios habrá querido decir, como nos parece, que por naturaleza se sentía llevado a la cólera. Como no es para excluir que se haya manifestado en él algún signo de inquietud o de impaciencia, o que alguna vez se haya pasado en expresiones o apreciaciones un poco duros hacia aquella o aquella otra persona. El Siervo de Dios había salido con una índole bastante impulsiva y también luchadora. Con esto él tuvo que hacer unos esfuerzos no comunes para alcanzar aquel equilibrio y habitual dominio de uno mismo, de lo que son prueba y testimonio los escritos».

De estos esfuerzos no comunes tenemos pruebas antes de todo en las oraciones. Ya recordamos antes la **para el buen comportamiento de cada día** (cap. 7, n. 6), y la otra **para pedir la santa violencia** (cap. 1, n. 4); he aquí una tercera para la edificación, en que implora el triunfo sobre el irascible con la virtud de la dulzura y de la mansedumbre.

«Oh Jesús manso y humilde de Corazón, ¡haced mi corazón parecido al vuestro! Por favor, mi Sumo Bien, ¡perdonadme por todos estos defectos por los que no merecería ningún perdón! Dadme luces santas, pronta reflexión, presencia de espíritu, calma, razón, fortaleza y paciencia para que me frene victoriosamente a mí mismo en todas las ocasiones diarias de contrariedad, y no dé el grave y peligroso escándalo de las impacencias, de las intolerancias, de las perturbaciones, de las alteraciones, de los fastidios, de las irreflexiones, de los ímpetus, de los resentimientos personales, de los rencores, de los desahogos, ¡y además de las palabras poco prudentes, o poco modestas, o poco humildes, o poco mansas! Ay, no por mí, Señor mío, sino por amor a Vos mismo, por amor de las almas que tanto os cuestan y cuya edificación bramáis, ¡concededme, por favor, esta gracia grande! ¡Y especialmente mi lengua, frenad mi lengua! Ay, por vuestra lengua amargada por la hiel, ¡frenad mi lengua perversa! Dadme que pese mis palabras, antes de hablar, en la balanza de la Perfección evangélica y de la recta razón, ¡para que no tropiece en los errores de mi lengua! Ay, dilecto Jesús mío, ¡dadme la bella virtud de poder callar, la bella virtud del silencio! **Pone, Domine, custodiam ori meo et hostium circumstantiæ labiis meis!**

«Corazón dulcísimo de Jesús, aplastad mi corazón perverso y libradme para siempre de aquellos ímpetus necios e irracionales del irascible: alejad de mí en aquellos momentos el enemigo infernal, despertad entonces en mi mente aquellas santas reflexiones que valgan para disipar los pensamientos necios; y si el enemigo me apremia, dadme la fortaleza para vencerlo, teniendo siempre presente que la mansedumbre y el freno de aquel ímpetu, y la dulzura en el habla me liberan de muchos defectos, me hacen edificante con el prójimo, me acercan cada vez más a Vos Sumo Bien y aprovechan para el buen éxito de las cosas, mucho más de todo desahogo impetuoso del irascible. Por favor, ¡por amor de vuestro mansísimo Corazón, escuchadme! **Memento, Domine, David et omnis mansuetudinis eius!** Por favor, ¡haced, con vuestra gracia eficaz, que me comporte, entre los pobres y entre los niños, con tanta edificación y dulzura por cuanto escándalo de impaciencia di jamás! Ay, Jesús mío Reparador, hacedme reparar generosa y prontamente todo mi pasado» (N.I. Vol. 10, p. 4).

Siguen, para impetrar la misma gracia, ardientes invocaciones al Corazón Inmaculado de María, a San José, al Ángel de la Guarda, y a diversos santos: Francisco de Sales, Juan de la Cruz, Alfonso de Liguori, Verónica Giuliani, y luego Ángeles y Santos abogados y protectores y finalmente las Almas Santas del Purgatorio. Se añaden aquí los propósitos por nosotros referidos en el capítulo 1, n. 5.

En una nota de oraciones personales, hallamos: «**Tres Ave María y tres Gloria para la victoria sobre el irascible**»; y «propósitos: no quejarse para nada por cosas personales; mansedumbre en todo y por todo; paciencia humilde y tranquila en toda contrariedad y sufrimiento» (Vol. 6, p. 117).

12. Su paz inalterable

Como él permaneciera fiel a estos propósitos, ya dijimos mucho en los pasados capítulos; aquí añadimos nuevos testimonios.

Empecemos con esta bonita página del Padre Vitale: «El Padre había salido por naturaleza con un corazón tierno y compasivo, y trabajado por la gracia y por sus esfuerzos, se ingeniaba para reproducir en sí mismo el modelo del Divino Redentor con una mansedumbre singular.

«La afabilidad con que trataba a todos, sin distinción, religiosos y seculares, grandes y humildes, amigos y adversarios, atraía todos los corazones, y cada uno sabía que por él se podía obtener cualquier cosa, que no fuera contraria a su delicadísima conciencia.

«Es singular el hecho que esto se puede sacar de su vida, diferentemente de lo que leemos de otros siervos del Señor empeñados en la caridad del prójimo. Cuando, en los primeros tiempos de la Obra, no podía satisfacer prontamente a todos sus acreedores, estos tal vez muy irritados venían resolutos para hacerles unas graves quejas, igual preparados hasta a injurarlo; pero, en cuando lo acercaban, a una palabra suya, se convertían en muchos corderos: comprendían que estaban tratando con un hombre excepcional, que tenía consigo al Señor.

«Ciertamente muchos abusaban con su mansedumbre de ánimo, y cuando algunos, que le tenían que ser sujetos por obligaciones de oficio y de compromisos asumidos, faltaban en sus deberes, él dulcemente se quejaba casi gimiendo: “Lamentablemente – decía – no les gusta el gobierno paterno; merecerían de ser tratados con rigor.

«A menudo acontecía un contraste en su ánimo, entre la fortaleza que poseía en sostener las exigencias de la virtud con el castigo medicinal, que tenía que imponer al que cometía alguna falta: entonces parecía que se volviera casi terrible en corregir y castigar. Pero bastaba que viera algún indicio de arrepentimiento, un comienzo para cambiar propósito, que en seguida era dulce y suave, y mitigando o suspendiendo, según los casos, el castigo, obtenía el efecto que anhelaba.

«Y cuánto salía caro, ante los ojos del que sabía leer en su alma hermosa, cuando tal vez, disgustado con algún sujeto, había tenido que mostrarse severo y entristecido durante algún tiempo, como si no quisiera sentir más, y luego, en cuanto lo sabía arrepentido, buscaba de hablarle con alguna sonrisa, una mirada, oh, qué suave, como si quisiera decirle: “¡Siempre soy Padre y tú eres mi hijo!”.

«Sin una penetración verdadera del alma de nuestro Padre Fundador, no se podrían explicar ciertamente unos actos suyos de gobierno, de los que no podemos por ahora narrar los detalles, y que en los ojos de los profanos podrían escandalizar en vez de edificar.¹⁰⁸

«Más veces fue obligado a despedir de las comunidades sujetos que no demostraban verdadera vocación, o habían cometido delitos notables, con referencias al estado. Igual otros superiores no los habrían recibido jamás, pero el Padre Francia no era el hombre de estas intransigencias. Él no sabía explicarse que un alma no pueda cambiar índole incluso radicalmente, una vez conocido su error, y por eso no era capaz de resistir a las oraciones del que le pedía de ser readmitido en la Congregación, demostrando de mudar su actitud. Al que se oponía tal vez, él dulcemente contestaba: “San Francisco de Sales dice que hasta tres veces se pueden readmitir los sujetos que salieron...”.

«Encomendaba a todos los que ejercían en alguna manera oficio de superioridad, de saber conjugar la firmeza con la dulzura, de no pretender las mismas cosas por todos, y de rechazar aquella aspereza y aquel natural rigorismo, que podría obtener la exterioridad de la disciplina, pero jamás la virtud interior. ¡De cuántos hechos fuimos testigos, que revelan cuánto él era **mitis et humilis corde!** Recuerdo que una vez él me hizo unas sabias observaciones sobre mi actuar, alrededor de algún punto disciplinar, y lo vi disgustado; y él en un momento se arrodilla también, exclamando: “Pero tiene que perdonarme a mí, que yo no soy capaz de alcanzar ciertas altas perfecciones”. Pero el acto mismo demostraba la altísima perfección que él había alcanzado (...).

«En los últimos años de su vida, podemos decir que él procuró hacerse heroico en el ejercicio de estas virtudes. Por cualquier cosa le aconteciera, no se le vio nunca mínimamente alterarse, ni en el sonido de la voz, que procuraba que fuera siempre sumisa, ni en la melifluidad de las palabras, que bajaban en nuestros corazones como bálsamo celestial. Todos notábamos el gran estudio que él hacía en el ejercicio de la dulzura al máximo grado. Parecía que quisiera prepararse a la muerte con una gran serenidad de ánimo, y con aquella paz que es preludio de la gloria celestial». Y aquí el Padre Vitale recuerda la **iracundia** acusada por el Padre en su autoelogio, y comenta: «Para nosotros que lo conocíamos íntimamente, su iracundia era el celo santo de su corazón por la observancia de la ley de Dios. La lucha contra los defectos de la naturaleza acabó con una espléndida victoria» (cf. **Bollettino** 1919, p. 105-108).

En otros informes leemos que el Padre, en todas las tribulaciones, no perdía nunca la tranquilidad y la calma; solía decir, en acto de total aceptación: **¡Fiat voluntas Dei!**

Entendimos por el Padre Vitale que los acreedores del Padre eran bastante remisivos, pero no siempre, ni todos, porque no faltaban tal vez aquellos que, como aseguran unos testigos, lo amenazaban de golpearlo o de denunciarlo a los tribunales; y todo él aguantó heroicamente,

¹⁰⁸ El Padre Vitale escribía en 1929, pero no nos dejó hechos particulares a los que aquí se refiere.

totalmente sometido a la voluntad de Dios. Entre tanto perdonaba generosamente a los que, creyéndolo loco, lo cubrían con injurias.

Aunque ocupadísimo en muchas obras de celo y en el acoso diario de proveer a las necesidades de sus casas, conservaba siempre su inalterable paz en muchos difíciles encuentros y pruebas muy amargas: ¡índice ciertamente que él había alcanzado el total dominio de uno mismo!

¡Cuánto le tocó sufrir por hacer el bien!

Una hermana recuerda cuánto tuvieron que sufrir en Trani en los primeros tiempos para hacer aceptar la enseñanza de la doctrina cristiana. «El Padre halló que no se hacía el catecismo en las parroquias. Un día, de acuerdo con el Arzobispo Monseñor Carrano, precedido por un chico que llevaba la cruz, acompañado por el canónigo Tarantino, por don Alfonso Gentile y don José Rossi, y seguido por unas cuantas hermanas, el Padre dio la vuelta de la ciudad tocando una campanita e invitando a todos en la catedral. Se recogió un gran gentío. El Padre habló a los padres sobre la obligación de la instrucción religiosa, invitándolos a enviar los hijos a la doctrina que se tendría por las hermanas en las diversas parroquias. No halló en un principio correspondencia en el clero; y las pobres hermanas, desanimadas, querían retirarse; pero el Padre las sostenía y las animaba: “Paciencia, confianza en Dios y todo se arreglará”. Y con la ayuda de Dios, todo se arregló poco tiempo después».

«En todos los sufrimientos de diversa naturaleza, que padeció en su vida, fue siempre resignado a la voluntad adorable de Dios; no se sintió nunca por su boca reproche o queja contra quien sea, que le hubiese hecho algún mal; su dicho era: “El Señor sabe lo que hace”, y amonestaba los suyos que ni ellos se dejaran escapar de la boca ninguna queja». «A quienes le hacía algún mal, daba pronto y largo perdón, y si hacía falta, también dinero. Nos exhortaba a perdonarnos entre hermanas; más bien quería que no hiciéramos la Comunión sin antes ser reconciliadas».

13. Siempre pronto al perdón

En unos informes se recuerdan las tribulaciones sufridas por el Padre y el espíritu cristiano con que las aceptó: «No puedo pensar que alguien pudo ofender al Siervo de Dios: en tal caso habría sin duda imitado al Divino Maestro: por doquier pasaba, por todos recibía homenajes; y el pueblo decía: “¡El Padre Francia! ¡El Padre Francia!»». Evidentemente el testigo se refiere a la estima que gozaba universalmente el Siervo de Dios, especialmente en sus últimos años, pero no excluye episodios aislados de enfrentamientos e injurias sufridos por él. En efecto, él mismo – como ya recordamos antes – habla de «lucha infernal que le desencadenó el Ayuntamiento para la concesión del Monasterio del Espíritu Santo». Ni se tiene que olvidar el escándalo que se desencadenó en el Ayuntamiento para negarle la ayuda que había pedido: «En la construcción de su Obra halló muchos graves obstáculos. Es célebre la oposición levantada por los socialistas y comunistas, que creyendo de ver en el Padre Francia el competidor, hicieron de todo en el Ayuntamiento para destruir la obra de la caridad en el comienzo. Fue cancelada la ayuda, que la Junta anterior le había concedido cada año. El Padre quiso asistir personalmente a la sesión; permaneció calmo, y el día siguiente escribió una célebre carta, pero insistía cada vez más en su propósito de apostolado y redención. Confió sobre todo en Dios, de quien esperaba todo bien, no olvidando sin embargo los medios humanos y los recursos naturales. Tras esta tempestad y durante ella, sus desahogos y sus confianzas las hacía en los pies del Santísimo Sacramento».

He aquí, de todos modos, los sentimientos del Padre acerca de las ofensas recibidas:

«Cuidaré de no admitir en mí antipatía o rencor para quien sea, y mucho menos para el que me pareciera contrario y ofensivo; y en propósito prometo: 1. Que no seré fácil a creer de haber sido ofendido, creyendo que la fantasía y el amor propio me hagan exagerar alguna pequeña cosa y tomarla equivocadamente; 2. Que si luego efectivamente alguien me ofendiera, no me indignaré, lo compadeceré, le querré más, lo miraré con buena cara, lo encomendaré al Señor, y haré todo lo posible para devolverle bien por mal» (Vol. 44, p. 120).

Leamos los informes: «Tenía pronto el perdón; no quería dejar disgustos. Era tan llevado a la compasión y al perdón que se asombraba ingenuamente, porque no sentía desestima contra los que le molestaban. Decía que había sido muchas veces insultado, cuando especialmente pedía limosna; pero decía en seguida que los había perdonados largamente, si también recordaba la injuria y la reacción nula de su ánimo. Recordaba: **Que el sol no se ponga sobre vuestra ira**. Todas teníamos que tener paz y caridad mutua». «Amó a sus enemigos perdonándoles y rezando por ellos; y lo mismo nos encomendaba a nosotras». «Recuerdo que a menudo nos inculcaba con las expresiones más solemnes y más fuertes el perdón a nuestros enemigos. Alguna vez le anunciábamos la visita de alguien que se había portado mal con el Siervo de Dios. Y él diciéndonos: “Con más razón hacedlo entrar”». «Un día, por haberse atrevido a reprochar ciertas hijas de María, unos familiares de los que se hallaban en la iglesia, protestaron y amenazaron. Sor Mayone, a la cual él lo había ingenuamente contado todo, hubiese querido que no saliera por un tiempo. Pero él, diciendo que ya lo había perdonado todo, no se preocupó». «En Taormina fue variamente perseguido e insultado por los que habrían querido tener nuevamente los inmuebles de la casa, como me comentaba el abogado Guardavaglia. Él los perdonó siempre con el corazón».

Oigamos al Padre Vitale: «¡Es admirable cómo el Padre olvidara las culpas cometidas! En su ministerio sacerdotal – que no se limitaba a sus comunidades, sino que se extendía por doquier y por doquier había que conquistar almas, que convertir pecadores, que llamar la atención de los extraviados – tuvo la manera de tratar con personas desgraciadamente precipitadas en el abismo de culpas gravísimas. Llamada muchas de ellas por su obra al arrepentimiento, las trataba luego igual que muchas almas cándidas que le estaban cerca, y cuidadosamente en las ocurrencias exaltaba sus virtudes para borrar todo recuerdo de culpas pasadas.

«Recuerdo que siendo yo convocado, por un Obispo para expresar mi parecer sobre una persona que se había equivocado pero que, con la gracia del Señor se había levantado de sus caídas, pedía al Padre cómo me tenía que portar; y el Padre me dijo: “¡Conteste que es un ángel!”. Otro Obispo, aludiendo a otro caído, reintegrado también por obra del Padre, me decía un día sonriendo: “¡Mire lo que el Padre Francia quiere que conceda a aquella persona, que parece convertida! Pero, ¿el Padre olvidó lo que aconteció?”.

«Sí, lamentablemente, el Padre lo olvidaba, igual que Nuestro Señor, ¡que no recuerda más los fallos de sus hijos y los abraza amorosamente, no menos que los que le permanecieron siempre fieles!» (cf. **Bollettino** 1929, p. 107).

En la inspección por los asuntos de Francavilla, se pensó que un antiguo huerfanito, cierto Morgante, hubiese agraviado con mentiras la posición del Instituto. He aquí la venganza del Padre, que escribe al Padre Palma: «En la duda que fue Morgante, trátelo hasta mejor que antes, se le haga alguna limosna más, porque somos cristianos, y que se le compadezca» (N.I. Vol. 7, p. 56).

A la madre de una postulante, despedida por falta de vocación y que hablaba mal en contra del Padre y de las hermanas, invitándola al Instituto, el Padre la invitó a comer galletas con café y a

la hermana que se quejaba dijo: “Que sepas que estableció una ayuda y un buen pan semanal. Así se gana el mal con el bien”.

Otro episodio que me contó el ya citado abogado Juan Parisi, empleado en los correos de Mesina: «un repartidor había sido despedido por manumisión de correspondencia y hurto, justamente a daño del Canónigo Di Francia. Algún día después el director provincial, doctor Furci, calabrés, hizo reasumir en servicio el repartidor infiel y rasgar su informe. A las maravillas de Parisi, contestó: “No pude hacer otra cosa: ayer por la noche vino a verme el Padre Francia, que se me arrodilló delante, perorando la causa de aquel desgraciado con mujer e hijos: “Lo perdoné y tiene que perdonarlo usted también”, protestando que no se habría levantado hasta que no lo hubiese atendido. ¿Al Padre Francia podía decirle que no?».

El Padre Vitale recuerda que, habiendo acontecido un hurto sacrílego en nuestra iglesia de Mesina, el Padre no se preocupó de encontrar el ladrón, sino que ordenó oraciones en todas las casas para su conversión (Vitale, **ob. cit.** p. 661).

El Canónigo Celona recuerda un episodio: acerca del cambio de hora de la predicación cuaresmal en la catedral, discutiéndose en el Capítulo, fue investido no muy caritativamente por un capitular; pero el Padre no reaccionó.

Ejercicio de paciencia y mansedumbre eran las continuas presiones de los pobres.

«No conocí nadie que no fuera devoto a él, exceptuado algún pobrecillo que, no pudiendo ser contentado en todas sus pretensiones, injuriaba contra su bienhechor». Era tal su caridad hacia los pobres, que unos cuantos abusaban de ella y él toleraba y era siempre muy generoso a pesar de sus insolencias. Si algún pobre lo trataba mal, él lo callaba aumentando la limosna. «Los pobres que mayormente lo ofendían obtenían limosnas más abundantes, no por temor sino por el dicho evangélico: **Haced el bien a los que os ofenden**». Aguantó con extrema resignación injurias, a las que se añadieron tal vez amenazas a mano armada. Eran los pobres. recuerdo especialmente el zapatero Julio Finocchiaro, al que nunca era suficiente la limosna habitual del Padre. «Un día el Siervo de Dios fue objeto de injurias y hasta de piedras por parte de un viejo que se creía defraudado de su derecho a tener una sopa. Un señor que se halló pasando reprochó al viejo, diciéndole que no se tenía que tratar así el Padre Francia; pero el Siervo de Dios con calma susurrándole: “Déjelo, ¡por mis pecados merezco más que esto!”».

He aquí dos casos de golpes recibidos por el Padre en Nápoles. Un viejito en Nápoles, del que no recuerdo el nombre, refirió al Padre Carmelo que el Siervo de Dios recibió una bofetada por un **quilibet**, ciertamente por odio al clero, porque no se conocían mutuamente; y el Siervo de Dios le contestó: “¡Que Dios te perdone!”. El Padre Redento contaba que, cuando fue como **scugnizzo** (gamberrillo) recogido por el Siervo de Dios en Nápoles, el Siervo de Dios fue injuriado por un par de gamberros y bofeteado por uno de ellos. La reacción fue esta: “¿Qué hiciste, hijo? Con un sacerdote no se actúa así”. El Padre confirmaba así con sus ejemplos sus enseñanzas. Escribe el Padre Vitale: «Ponía siempre por delante a sus hijos el precepto de nuestro Señor: **Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón**; y quería que todos nos formáramos un corazón tierno también cuando se trataba de amonestar y corregir.

«A una hermana que comunicaba sus órdenes con voz y expresión imperiosa, tuvo que decirle: “Hermana, yo no doy nunca mandos a las hermanas, sino que digo: ‘¿Quisierais hacer esto o aquel otro?’. Tened la bondad de hacer así”, etc. Por esta ternura de alma que él inculcaba, llegó a prohibir cualquier acto que contradecía esta virtud al menos exteriormente, y prohibió que las hermanas

mataran las gallinas, y en un día que se dio cuenta de ello, exclamó: “Hay el jardinero que puede hacerlo; dejad ciertos oficios a las personas del siglo”» (Vitale, **ob. cit.** p. 644-645).

Y como ya hablamos de gallinas, vale la pena recordar un episodio que se refiere a los pajaritos. Lo cuenta el Padre Carmelo. Había caído una abundante nevada en Oria, y detrás de los cristales de la ventana el Siervo de Dios observaba una bandada de pajaritos que volaba perdida, en la vana búsqueda de semillas sobre aquella blanca sábana. Pensó que aquellos pobres animalitos eran ellos también criaturas de Dios, y pidió que le llevaran unas migajas para saciarlos. El Padre Carmelo llevó en seguida un abundante suministro, pero el padre no fue contento, porque los granos se perdían en la nieve. Hizo falta ir a buscar una tabla y en la tabla los pájaros banquetearon...

Un tercer episodio se refiere a las palomas. A las hermanas de Padua el Padre prescribió que cada ocho días hicieran una visita al Santo en su basílica; quiso más bien que llevaran en aquella ocasión pisto para las palomas que llenan la plaza y dictó una oración que las hermanas tenían que rezar en aquel momento, para que ellas también se convirtieran en palomas de pureza y sencillez.

23. HUMILDAD

1. Fundamento de toda la vida espiritual. 2. De sus escritos. 3. Iniciador, no fundador. 4. ¡Sólo a Dios el honor y la gloria! 5. Flores muy llamativas y florecillas de campo. 6. El “daña trabajos”. 7. La humildad fruto de la oración. 8. «Los reproches del Señor contra mí, esclavo inicuo». 9. Enseñanzas... 10. ... y ejemplos. 11. «La humildad precede el honor». 12. Otros testimonios. 13. Una objeción.

1. Fundamento de toda la vida espiritual

«Nuestro divino Redentor dirigiéndose a sus apóstoles les decía: **Cuando hayáis hecho todo lo que se os ha mandado, decid: “Somos siervos inútiles”** (Lc 17, 10). Con estas palabras Jesucristo nos enseñaba en qué consiste propiamente el cimiento de la perfección cristiana: ello consiste justamente en el íntimo conocimiento y en la sincera confesión de la propia nulidad» (Vol. 10, p. 15). Así el Padre empezaba un sermón mariano en 1877, ilustrando esta soberana enseñanza del Divino Maestro; enseñanza que nos renovaba en toda ocasión y nos encomendaba como fundamento de toda la vida religiosa.

Hace falta aclarar este pensamiento, para que no se halle en contradicción con lo que entendimos por el mismo Padre, que el cimiento de la perfección está en la mortificación (cf. cap. 22, n. 1).

La mortificación «más que una única virtud, es un complejo de virtudes, es el primer grado de todas las virtudes» (cf. Tanqueray, **Compendio di teologia ascetica**, n. 754). Ella tiene un campo más amplio de lo de la humildad – que incide también en esta – en cuanto es «un hábito general de la voluntad, a través del cual el hombre, yendo contra el natural instinto del amor propio y del egoísmo, sujeta todos los placeres de la vida, sea espirituales que materiales, a buscar en todo, como fin, la gloria de Dios» (De Guibert, **Theologia spiritualis**, n. 350). La humildad en cambio es una virtud determinada, que nos hace conocer y amar nuestra absoluta miseria, en la cual hace maravillas la misericordia y el amor de Dios. Ella es el cimiento negativo de la vida sobrenatural, en cuanto quita los obstáculos al influjo de la gracia, como la Sagrada Escritura dice expresamente, **que Dios resiste a los soberbios, pero da su gracia a los humildes** (Sant 4, 6).

2. De sus escritos

De los escritos del Padre sobre la humildad, nos limitamos a referir esta página sobre la práctica de esta virtud.

«La humildad es creída por todos los santos escritores como la base de todo el edificio espiritual; y San Agustín tiene en propósito aquella hermosa enseñanza: “Si quieres elevar un alto edificio, cuida antes que la base de la humildad sea profunda”. Es fuera de duda que tanto más un alma es santa, por cuanto más es humilde y nada se opone tanto a la santificación, a la unión con Dios, como la soberbia. (...) Hagamos grandísima estima de esta sublime virtud.

«La humildad tiene que ser interior y exterior.

«**Interior**, quiere decir que cada uno tiene que tener la más baja idea de uno mismo. Luchemos toda la vida contra el desordenado amor propio, la desordenada estima de nosotros mismos. Reconozcámonos por nada, más bien como merecedores de todos los castigos y de la eterna reprobación. Humillémonos a menudo en nuestro corazón en toda ocasión, humillémonos de no ser suficientemente humildes.

«La humildad **exterior** luego quiere decir que tenemos que ser humildes en las palabras y en las obras. No presumamos nunca por nuestras acciones o nuestras cosas, no busquemos nunca nuestra gloria y ser estimados, alabados y preferidos. No nos disculpemos jamás su somos reprochados por

alguna falta; pero si la cometimos, confesémosla cándidamente y aceptemos la reprensión y también la penitencia con gran humildad de corazón; si a nosotros parece que no la cometimos, mientras los superiores ven una falta en nuestra acción, uniformemos nuestro parecer al de los superiores y humillémonos dos veces, o sea por haber faltado y por no saber ver nuestra falta. Tal vez, en alguna circunstancia, puede también decirse la propia razón humildemente, si el caso lo requiere, pero con voz modesta, callando en seguida, si nuestras disculpas no son halladas buenas.

«La humildad luego en las obras conlleva que amemos en todo el estado humilde y pobre, en vez de elevado y rico. Dios no quiera que alguno de nosotros desee jamás honores, preeminencias y dignidades: ¡sería esto un signo que el edificio está en ruinas! Conlleva el ejercicio de la santa humildad que cuando se comete alguna falta en cosas disciplinares, se haga reparación de ello, pidiendo humildemente perdón y penitencia; si luego aquella falta habrá sido de mal ejemplo a los demás, y se nos impone de repararlo pidiendo disculpa a los hermanos escandalizados, hace falta hacerlo con buenas ganas, para que proveamos de tal manera a reparar al daño de las otras almas y a la gran cuenta que por esto tendremos que dar al tribunal de Dios. Si uno no habrá antes reparado en este modo sus faltas, no se acerque a la Santa Comunión, porque no sacaría provecho. Y si alguien habrá ofendido su hermano, le pida disculpa, antes de acercarse a la sagrada mesa eucarística» (N.I. Vol. 10, p. 192).

3. Iniciador, no fundador

Juzgando sobre la humildad del Padre, bastaría con recordar el género de vida que él escogió: olvidar su linaje, renunciar a las comodidades que le ofrecían su condición social y sus no comunes cualidades naturales, enfrentar el juicio severo de los que – ¡y fueron realmente muchos! – lo consideraban insensato; vivir entre los pobres y compartir su misma vida; durante más de veinte años cruzar la ciudad de un punta a la otra para pedir limosnas personalmente de puerta en puerta, más bien, según el relato de las primeras hermanas, él mismo con unas latas iba a los buques de vapor para saciar los huérfanos: si todo esto no es heroísmo de humildad, no sabría entonces qué se pediría a uno para ser humilde.

Pero vayamos por orden, y tratando de la humildad del Padre, empecemos recordando el discurso que preparó por su entierro. Último documento escrito y solemne de esta virtud fue ciertamente su autoelogio.

Él quería impedir que en su muerte sus hijos se prodigasen «haciendo elogios, porque en estas circunstancias siempre se exagera, y estas exageraciones yo creo – escribe él – que, antes que llevar alivio a un alma, le lleven algo de pena, o sea la pena de no haber llegado – ¡por su propia culpa! – a aquel estado de perfección y de no haber realizado – ¡por su propia culpa! – aquellas obras o adquiridas o practicadas aquellas virtudes, que se le atribuyeron en la exageración» (N. I. Vol. 7, p. 240).

Naturalmente, aunque se reconozca algunas buenas calidades y algún mérito, el Padre asume muchas deficiencias e imperfecciones; ya lo destacamos aquí y allá, y seguiremos haciéndolo, según las circunstancias.

Él lamenta las lagunas de su cultura: «Hizo estudios sumarios y más bien superficiales en el seminario» (N. I. Vol. 7, p. 240). En realidad, hizo los estudios relativos a su tiempo. El Padre Vitale

dice que en aquel tiempo el seminario de Mesina no existía en la misma manera de hoy en día, a causa de los motines políticos. Había, me parece, pocas cátedras y recuerda los profesores Ardoino para moral, Filócamo para dogmática, para filosofía Catara-Lettieri y Bisazza para las letras. Con estos maestros formó su cultura literaria y sagrada. (...) Por lo que se refiere la cultura sagrada puedo decir que igual en cuanto vistió el hábito, y ciertamente cuando fue diácono, se convirtió en el predicador más rebuscado en la ciudad y en las aldeas; aunque a mí dijera, recién ordenado sacerdote: “Durante cinco años no prediques, sino estudia, para que no te ocurra lo que me aconteció a mí: dañarme la salud y la plenitud de los estudios. De los escritos él se demuestra un maestro de ascética, la ciencia que principalmente se requería por su misión en medio de las comunidades. De todos modos, el Padre intentaba siempre compensar las eventuales lagunas, e imploraba por el Señor la gracia de poder alcanzarlas. Recordemos su **oración para la ciencia eclesiástica** (cap. 2, n. 7).

Por el humilde sentido de sí, en las conversaciones con hombres de estudio, para inducirlos a la fe, se hacía acompañar siempre por el Padre Vitale, porque, decía, él solo no habría sabido sostener la disputa.

Con relación a la Obra, el primer mérito del Padre es ciertamente el de haber sido su fundador; pero un tal mérito él no se lo reconocía. Escribía en efecto como ya notamos antes: «Se tiene que conocer y guardar ahora y en perpetuo que esta Obra Piadosa tuvo por su verdadero, efectivo e inmediato fundador Jesús en Sacramento» (Vol. 1, p. 96; cap. 9, n. 1). Proclamó superior absoluto inmediato y efectivo «el Corazón Eucarístico de Jesús» y «Superiora absoluta, efectiva e inmediata, guía y maestra «la Santísima Virgen Inmaculada» (N.I. Vol. 9, p. 26 y 29), entregándose a ellos como «indignísimo vicario». Y por eso decía que no era el fundador de los Institutos, sino que el Señor todavía tenía que enviarlo. Un sobre que llevaba esta dirección: “Al Reverendo Padre **Desfundador**”, él la puso en seguida en evidencia, diciendo que era justamente así: aquella buena hermana que así había escrito, había acertado perfectamente. «El Siervo de Dios no quiso ser nunca llamado **fundador**, sino **iniciador**. El Corazón de Jesús era el fundador y la Virgen Superiora. Se firmaba siempre **sacerdote iniciador**». «Se decía de la Obra no fundador sino desfundador». «Oí decirlo yo: “No me llaméis fundador, sino desfundador; y ¡quién sabe que mis obras no dañen la obra de Dios!» (U. 12, 39).

Es gracioso esta anécdota. Celebrando el día del santo del Padre en Trani, las niñas cantaron un himno que tenía como estribillo: **¡Que viva el Fundador!** En cuanto el Padre lo oyó, escribió en un papelito unos versos humillantes por su persona, y llamada una chica que en el coro destacaba por la voz, le impuso de cantarlos en el escenario. La niña puso todo el entusiasmo, sin darse cuenta de lo que decía, y mientras los asistentes le hacían señales para que se callara, el Padre en cambio quiso que la terminara toda.

Su Obra, más que por ostentación de mérito, le servía para proclamar su incapacidad. Al alcalde de Oria escribía de ella como «hazaña superior a las débiles fuerzas de un hombre limitado de ánimo y de ingenio, como soy yo» (Vol. 41, p. 48). Y tratando otra vez de ideales, aspiraciones, deseos, esperanzas para la Obra, añade: «que a menudo en los momentos de desánimo, inclino a calificar por ilusiones de mi fantasía» (Vol. 10, p. 212).

4. ¡Sólo a Dios el honor y la gloria!

En efecto, he aquí el pensamiento del Padre sobre la cooperación humana a las obras de Dios: lo sacamos de un artículo suyo escrito para el número único **La Heroína de Mansfeld**, publicado en 1914 por las Gertrudinas de Nápoles.

Tras haber mencionado las dificultades que rodean una obra piadosa en su comienzo, asegura que «la constancia, el puro y tierno amor de la humanidad que perece, el espíritu de sacrificio, la fe en el Todopoderoso, en cuyas manos el hombre no es sino un instrumento, el santo ideal siempre delante, la actividad continua la inmolación de uno mismo, oh, son virtudes divinas que antes o después triunfan»; pero añade siempre: «De estas a Dios sólo el honor y la gloria. Pero ¡ay por el que un solo átomo de un tal bien quisiera tomárselo únicamente por sí! ¡No es el hombre, no es aquel tal fulano, no es aquella tal fulana que plantan, que salvan, que hacen crecer el árbol con los grandes ramos, sino que es Dios! A Él sólo el honor y la gloria». ¿Qué decir cuando se trata de obras pequeñas? He aquí lo que dice el Padre: «El que recibió por el Sumo Dios un solo talento, trabaje humildísimamente con aquello, ¡y se empequeñezca ante los grandes héroes del cristianismo, que tuvieron por el Altísimo cinco mil talentos y los supieron bien trabajar! A nosotros nos bastará con decir: “Señor, os damos gracias por el talento que os gustó darnos y por la gracia para trabajarlo”. A menudo se grita: aquella obra no va, porque la persona que la empieza no es capaz, no es para tanto. Pero, despacio: ¿Acaso no es verdad que Dios escoge las cosas enfermas del mundo, como dijo el Apóstol y las disgustosas, y las cosas que no son nada? ¡Sólo a Dios el honor y la gloria!». Muy importante es también esta otra consideración: «Otro error, en que caen muchas veces todos los críticos de obras parecidas, es querer hacer una comparación de una obra nueva con las obras de caridad fundadas por los héroes del catolicismo, que la Iglesia venera en los altares. “¿Cómo es que vosotros, dicen estos al que comienza una obra de caridad, tenéis el atrevimiento de querer imitar un venerable don Bosco, una venerable Paula Frassinetti, un San Vicente de Paul, un San Jerónimo Emiliani, un venerable Cottolengo y así seguidamente? Vaya, dejadlo, vos no sois un hombre extraordinario, no sois una heroína”. Esta crítica es también un gran error. El que hace las obras es Dios, y diferentes son las obras de Dios: Él las forma por medio de los santos, y las forma también por medio de hombres pobres y de pobres hijas que no tienen las virtudes trascendentes de los santos, ni hacen milagros, ni subirán a los honores de los altares. ¡Pero sólo basta que un fundador, una fundadora, sin pretender de hacer lo que hicieron los santos, atiendan a seguir aquel santo impulso que sienten para hacer también ellos un poco de bien en la tierra! Dios acepta y bendice igualmente. Hay obras de beneficencia, orfanatos, asilos de pobres en todo el mundo, cuyos fundadores no son o no fueron más que buenos cristianos, ¡pero aquellas son obras de Dios! Y Dios las llevó a plenitud en medio de todas las humanas y diabólicas oposiciones.

«¿Quién era **Tata Juan** en Roma? Un pobre seglar, que, compadecido grandemente por los chiquillos que se perdían en las calles, empezó a recogerlos a su alrededor, y de este humilde comienzo nació aquel gran Instituto en Roma, que los Sumos Pontífices no cesan de proteger» (N.I. Vol. 1, p. 84).

5. Flores muy llamativas y florecillas de campo

Conocemos cuán humildes y humanamente insignificantes fueron los comienzos de nuestra Obra.

El Padre así informa al Padre Cusmano: «Me encuentro en el principio de algunas fundaciones sin casi conocer cómo allí me encuentro. Pero parece que así quiere el Sumo Dios, que escoge las

cosas ínfimas» Reconoce que la obra de Aviñón «es justamente bonita y sublime», pero la nota desafinada es su propia miseria: «el gran inconveniente que hay es que falta de un hombre de Dios, que la lleve adelante», y por eso ruega el Sagrado Corazón « para que se digne proveer esta Obra con un hombre Apostólico»; y le dice «a menudo aquellas palabras de Moisés delante de la zarza ardiente: **¡Mitte, Domine, óbsecro, quem missurus es!**» (N.I. Vol. 7, p. 33).

Este pensamiento vuelve más veces bajo la pluma del Padre. Encerrando el reglamento de las novicias, escribe: «El buen Jesús bendiga y santifique estas hijas mías y les envíe un director espiritual verdaderamente santo, que las edifique con el ejemplo y las eleve a la verdadera santidad, porque yo miserable no soy apto para ello» (Vol. 2, p. 42). «Hijas mías, rogad al Corazón Santísimo de Jesús para que os envíe un director santo, porque conmigo no se va bien. No ceséis de tener celo para la salvación de las almas. Presentémonos al Señor humillados y confiados en su bondad. Somos nada, pero esperamos en su misericordia» (Vol. 34, p. 6). «Rogad al buen Dios que os provea a vosotras y a la Obra Piadosa un Padre verdaderamente todo del Señor» (N.I. Vol. 5, p. 9).

Por lo tanto, él permanecía siempre en espera del enviado por Dios; lo pedía constantemente en sus oraciones y lo solicitaba para este fin. En 1914 en una carta al Padre Palma, pone en el fondo esta nota: **¡Orate ut opus rogationis habeat caput!** (N.I. Vol. 7, p. 70); y al Padre Vitale en 1916: «El Señor me hace talmente ver mi nulidad e insuficiencia en esta Obra, y el mucho mal que le hice, que me vendría de desear de salirme de esta tierra. ¡Oh, si enviara el Señor su escogido! ¡Esperémoslo y recemos!» (Vol. 31, p. 75). ¡No se podía resignar en creer que el escogido era justamente él!

«En su humildad no había pensado a fundar congregaciones y se había limitado a pedir la ayuda de otras congregaciones; pero, siendo esto imposible, surgieron naturalmente las dos congregaciones religiosas». Él, siendo humilde no se proponía en seguida cosas grandes. «Me decía – habla el Padre Vitale – “No creáis, Canónigo, que pensemos a hacer cosas grandes, como los salesianos”. En efecto, en la entrada del barrio Aviñón había escrito en letras capitales: **Nolite timere, ¡pusillus grex!**».

En un discurso para la renovación de los votos nos decía: «¿Qué pretendemos nosotros con este rito anual? Igual de ser una Orden religiosa en la Santa Iglesia para estar al lado de las grandes Órdenes fundadas por los Santos, y de aquellas Congregaciones religiosas, que son como muchos árboles maravillosos, parecidos a los vistos en sueños por Nabucodonosor, que extienden sus ramas y en que descansan los pájaros, ¿y en cuya sombra encuentran su amparo los animales? ¡Nada, nada, nada de eso para nosotros! ¡Nada de “yo”! Nada de terrena ambición, sea también en el campo espiritual. Nada queremos, sino esforzarnos de hacer como mejor podamos la voluntad del Altísimo, y alcanzar así, cada uno de nosotros, el fin de su terrena existencia, o sea su último fin. (...) Acordémonos que la Iglesia es un gran campo, en que hay diversas plantas de diferentes especies: hay árboles, flores muy llamativas, plantas exuberantes y florecillas del campo. ¿Acaso estas son inútiles? ¿Acaso disgustan al Dueño del campo? ¡Para nada! Ellas también son un adorno». De esto sin embargo no se consigue que podemos ser negligentes en la práctica de la vida religiosa: «La consideración de este principio indispensable de verdadera humildad, con que se tiene que actuar en la formación de la comunidad religiosa, no tendrá que ser para nada para daño del mismo fin de la vida común, que consiste en atender a la santificación. (...) Sí, hijos muy queridos, ¡es esto lo que quiere el Señor! Quiere que cada uno de nosotros procure a santificarse, y que todos juntos procuremos a formar esta mínima institución, o sea de hacer lo que nos toca a nosotros para formarla tal como a Dios le guste, que pueda durar para su gloria, para el bien de las almas: en otras palabras, que no pongamos obstáculo, sino que en cambio sigamos las finalidades que el Señor quiere y cómo él las quiere. Aquí está todo» (N.I. Vol. 6, p. 93, 94).

El Padre aprovechaba con gusto todas las ocasiones para rebajar sus méritos en la fundación de la Obra.

Desde los comienzos confió en gran medida en las oraciones de las hermanas de Estrella Matutina en Nápoles. Un día, una de ellas, sor María Lucía del Sagrado Corazón, alma enriquecida con particulares dones sobrenaturales, le escribió: «El Señor Jesús es Él quien formará esta Obra; pero necesitará tiempo, y no veremos su entero desarrollo desde la tierra, sino del cielo, yo y otras, que fuimos las fundadoras». El Padre comenta con viva satisfacción: «¡Oh, arcanos del Señor! Yo me cansé creyendo de fundar una obra, ¡pero mis inútiles esfuerzos se disipaban en vano, sin esta poderosa ayuda! Yo creía de ser el fundador, pero he aquí que la virgen inspirada me hizo conocer que no mis capacidades, sino su celo, sus oraciones, sus ofrendas, sus tiernas instancias ante el Corazón de su Jesús, dieron el derecho de llamarse de ella fundadoras ella y las otras sagradas vírgenes de este santo Instituto» (Vol. 45, p. 138).

De la humildad del Padre florecieron los cofundadores y las cofundadoras. «Por cuanto bonita la Obra se presenta – así escribe el Padre a la madre Antonia Lalia – otro tanto fue golpeada sea por los hombres sea por el infierno, y también igual probada por el justo Dios permitiendo muchas dolorosas vicisitudes. ¡Una de las más fuertes razones, por las cuales la obra pasó todas estas vicisitudes es porque estas obras no tuvieron un fundador! Es verdad que yo en cierto modo fui el **iniciador**, ¡pero por otra parte trabajé más para destruir que para edificar! ¡Y si no conseguí destruirlo todo fue porque la obra, como parece, es de Dios, y el Señor no lo permitió! Ahora, además, como mis miserias y mis pecados no cesan de obstaculizar el incremento de estas obras, así el otro día, celebrando la Santa Misa, me vino un pensamiento, o sea de invitar almas que aman a Jesús Sumo Bien y los intereses de su divino Corazón, y concurrir espiritualmente a la formación de estas obras, en compañía de Jesús **Fundador**, de la Santísima Virgen **Fundadora** y del Patriarca San José **Cofundador**. Estas almas se llamarán Cofundadoras espirituales con Jesús, María y José» (Vol. 38, p. 8). Su tarea será la de ofrecer al Señor oraciones y sacrificios, para la formación de estas obras a las que se confió el divino **Rogate**.

6. El “daña trabajos”

De todas las dificultades halladas por la obra, el Padre se acusa a sí mismo. «Especial razón por el tardío desarrollo y por el interponerse de muchas vicisitudes y dificultades, parece que fue la falta de un fundador» (N.I. Vol. 10, p. 156).

A pesar de su caridad sin límites, el Padre más de una vez lo entendimos quejarnos de haber afligido muchas almas: lo escribió hasta en su autoelogio: «¡Quiere aquella alma fallecida que se sepa que, durante toda su vida terrenal, hizo sufrir muchas y muchas personas y afligió muchos corazones! Él pide perdón a Dios y a todos por todo sufrimiento que se dio a quien sea» (N.I. Vol. 7, p. 241). Escribe al Padre Palma: «Veo que no hice nada más que arruinarlo todo, y mi vida no fue sino una cadena de errores, de equivocaciones, de deslices, de inexperiencias, de temeridades, y lo que es peor, ¡de malos ejemplos! Lo que más me duele, es ¡quién sabe cuántos llamé a padecer conmigo! **In vacuum laboravi sine causa et consumpsi fortitudinem meam!** (Is 49, 4). ¡Implóreme por el Corazón de Jesús esperanza, confianza, valentía y paciencia, que me son muy necesarias! En verdad, cuando sintiera en mí este espíritu, me sentiría bastante fuerte y seguro» (Vol. 30, p. 21).

Para reparar en estas presuntas culpas tuyas, él celebró «treinta y tres Divinas Misas, para los que hice sufrir, etc.» (N.I. Vol. 10, p. 88).

El Padre Vitale escribiendo al Padre, se había definido “**daña trabajos**”; y el Padre en respuesta: «Por caridad, no hable de daña trabajos y no daña trabajos... el daña trabajos de esta obra soy yo desde los principios, pero Nuestro Señor bendito envió al canónigo Vitale para reparar las más graves ruinas que yo había acumulado» (Vol. 33, p. 99).

Al obispo de Oria, Monseñor Di Tommaso, disculpándose por no haberse podido estar en la fiesta eucarística por la concesión del oratorio sacramental en la casa de San Benito, escribe: «Tomé de las manos del Señor esta privación, y comprendí una vez más lo que desde muchos años comprendí, que las casas nuestras van mejor y progresan cuando yo estoy ausente. El Sumo Dios me hace ver cuánto yo soy inútil» (Vol. 29, p. 71, 72). Al Padre Vitale por el feliz cumplimiento de la práctica: «Siempre lo digo que, cuando me alejo yo, las cosas van mejor y muchas dificultades se superan» (Vol. 31, p. 40). «¡San Antonio a usted hace milagros, que a mí no me hace porque no los merezco! **Laus Deo et Mariæ!**» (Vol. 32, p. 42). «¡Alabado sea Dios! ¡Vuestra Reverencia hace lo que yo no habría sabido ni podido hacer!» (Vol. 33, p. 15). A propósito de algún inconveniente debido a injustificado silencio del que tenía que hablar: «¡Diablo mudo! Llevo 40 años combatiéndolo, que hace daños cuando graves, cuando gravísimos en nuestros institutos, pero no pude echarlo, porque el Evangelio dice que el que quiere echar aquello que está en el atrio y quiere despojarlo de sus armas, ¡tiene que ser **más fuerte!** ¡Y yo no lo soy! Por lo cual en 40 años tuve que ver que él se apodera también de las personas escogidas de nuestras casas» (Vol. 32, p. 126).

A la Superiora General de las Boconistas escribe que él confía a su santo fundador nuestra obra «por mí tan negligentemente conducida, pero que no pude destruir, porque el Señor Jesús la protegió contra toda mi impericia» (N.I. Vol. 5, p. 229). Y en una cálida oración al Señor pide la salvación de la Obra del abismo en que cree que la echó su temeridad: «¡Los medios me faltan, mis temeridades me vienen en la cabeza! La Obra de mi presunción y temeridad, y orgullo y ambición y capricho, ¡me está delante como una brecha que ya no se puede colmar! Cavé abismos de miserias para mis parecidos, engañé, ¡y los engaños me caen en la cabeza! Señor mío, ¡tened piedad de mí! ¡Tened piedad de aquellas personas! ¡Salvad, Señor mío, salvad esta Obra!» (Vol. 4, p. 72).

Está convencido que su presencia atrae a la Obra los castigos del Señor. En los primeros meses de 1915, previendo la entrada de Italia a la guerra, escribe al Padre Vitale de las Apulias: «En caso de complicaciones, ¿dónde será mejor que me encuentre? También Oria es importante, aunque tengo miedo que donde estoy yo se tenga que aguantar alguna bofetada más». Pero esta humildad no es separada de la confianza: «Pero tenemos el Corazón de Jesús, que extiende los brazos y nos protege» (Vol. 31, p. 59).

Durante su última enfermedad, una noche, hablando de las misericordias del Señor en favor de nuestra Obra, recogí una nueva prueba de su humildad. Me dijo: «¿Qué es esta Obra en los planes de Dios? Yo la imagino como un gran palacio con diversos pisos, con adornos lujosos, grandes patios, amplias salas; o también como un inmenso jardín, con parques, villas, casitas, etc. ¡Cuánto bien para actuar! ¡Cuántas almas para salvar! ¡Cuánta gloria a Nuestro Señor y consuelo a su Corazón dulcísimo! Esta Obra, ¡si Dios hubiese hallado otra persona en mi lugar, o mayor fidelidad en mí! Pero, ¡ay de mí! Mis pecados la redujeron a una miserable plantita, que sube una vida difícil... ¡la dejaron confinada en la miseria de las casas Aviñón!».

Este espíritu de humildad el Padre quería siempre que encabezase el desarrollo de la Obra. «Las nuevas fundaciones no se tienen que desear con espíritu de ambición, de ligereza, de vanidad,

de vanagloria: esto sería un delito, y el Señor no podría bendecir este modo de portarse»; ellas se hacen «siempre para la divina gloria, para el máximo gusto del Corazón Santísimo de Jesús y para la santificación y salvación de las almas, para trabajar en la Santa Iglesia, en el místico campo del gran dueño, que es Dios» (Vol. 1, p. 182). No quería por eso la preocupación de los «grandes centros, donde la Institución pudiera ponerse en gran evidencia en el mundo y pudiera llenarse de ganancias; sino que se busque humildemente la gloria de Nuestro Señor Jesucristo y el bien de las almas, que otras instituciones no cuidan» (**Ibid.** p. 184).

7. La humildad fruto de la oración

La humildad del Padre era antes de todo fruto de la oración. Él no se cansaba de pedirla continuamente al Señor; y se puede decir que no hay súplica en que no se haga insistentemente petición de ella: todas, en efecto, son inspiradas a sentimientos de sincera humildad, por lo cual él se anonadaba a la divina presencia.

Un episodio significativo. En seguida después de la primera guerra mundial halló larga difusión en toda Italia una oración, que se hacía delante del Santísimo Sacramento, para implorar la victoria de Polonia, atacada por Rusia. Recuerdo que el Padre – que hacía siempre todas las oraciones – recién entonada esta, pasaba una hoja al clérigo asistente y permanecía mudo. Una noche explicó al Padre Vitale: “Pero, ¿qué oración es aquella? ¡No me siento de hacerla! Se dice al Señor de acordarse de los méritos de aquella nación. (...) Pero, ¿qué es esto presumir de méritos? Lo primero para hacer en la oración es humillarse (...) **justus accusator est sui in principio sermonis!**”.

El padre en sus escritos se entretiene hablándonos de la humildad con que tenemos que presentar a Dios nuestras oraciones: «¡Dichosa el alma que, presentándose ante la divina presencia, lleva consigo un tesoro de humildad en su corazón! ¡Cuántas gracias obtendrá para sí y para los demás!» (Vol. 1, p. 65). Recuerdo la descripción que nos dejó sobre el espíritu de oración del Padre Cusmano, sacado del sermón que éste hizo en Aviñón: «Cuando describía el anonadamiento del alma delante de Dios, por lo cual la oración penetra los cielos, parecía que él mismo se anonadase ante el Altísimo, o mejor que reprodujera aquella profunda íntima humildad y perfecta amorosa confianza, con que él había ya tomado el hábito de anonadarse en el sentimiento de la propia nada ante la divina presencia, y de lanzar su corazón al sumo bien Jesús con aquel fervor con el que muchas gracias había arrancado al Corazón adorable del Divino Redentor» (N.I. Vol. 9, p. 145). Sin quererlo el Padre en estas palabras se describía a sí mismo.

Reenviamos al capítulo noveno, donde referimos numerosas oraciones hechas por el Padre para su conversión; creemos bastante reveladora de su espíritu esta súplica del 2 de octubre de 1888, en que, tomando inspiración de la vida de San Domingo, alaba al Señor por haberlo humillado y derrotado: « Señor mío Jesucristo, os doy gracias, os alabo y os bendigo por vuestra infinita bondad, caridad y suavísima liberalidad por la que solíais conceder a vuestro dilecto siervo Domingo todo lo que os pedía, y nunca le negasteis ninguna cosa; y os doy gracias, os alabo y os bendigo por vuestra perfectísima justicia e impenetrable disposición, por la que a mí me negáis lo que os pido con gemidos y suspiros. Yo reconozco, oh mi Soberano Señor, que infinitamente admirable es en esto vuestra sabiduría y que son admirables todas las disposiciones de vuestra Divina Voluntad

«Reconozco por esto que sois infinitamente digno de alabanzas y bendiciones. Vos, oh Señor Altísimo, me cubristeis justamente de humillación y oprobio, y me derrotasteis, me pusisteis delante

mis iniquidades, excluisteis mi oración de vuestra presencia, cerrasteis con piedras cuadradas mis caminos, destrozasteis todas mis sendas, ¡y me dejasteis en mano a mi necio consejo! Señor mío Altísimo, yo beso el bastón santísimo que me golpea, y siendo Vos mi verdadero y soberano dueño, yo desde este mismo momento me anonado ante vuestra presencia, y como vilísimo vuestro deudor y esclavo, me pongo toda a disposición de vuestra Divina Voluntad, ¡para que de este miserable gusanillo hagáis lo que más os agrada! Amén» (N. I. Vol. 10, p. 6).

Si sus oraciones no son atendidas, el Padre no duda en inculparse a sí mismo. Al Padre Vitale que esperaba gracias para su espíritu, el Padre escribe que había visitado diversos santuarios, en Roma, Nápoles, Pompeya, y añade: «Invoco por doquier indignamente por el Corazón Santísimo de Jesús y por la dulcísima Madre María, paz, salud, santificación. Si nada consigo, ¡es por mi culpa! ¡Pero esperemos siempre, siempre!» (Vol. 31, p. 41).

Hay que destacar aún con cuánta precisión el Padre en sus retiros espirituales suele apuntar sus defectos, de que se acusa y quiere enmendarse (cf. cap. 1). En 1887 había tenido entre las manos una imagen del Niño Jesús doblado al lado de un burrito maltratado, tumbado en el suelo, y el Niño le apoya en el cuello una mano que lo acaricia, mientras con la otra estrecha la cruz.¹⁰⁹ En aquel animalito llagado el Padre se ve a sí mismo, y por eso detrás de la imagen escribe esta oración: «Oh Jesús Dueño bueno, ¡tened piedad de vuestro burrito! Mirad como es dolorido y llagado; acercadle el alimento de vuestros ricos pastos, ¡y saciadlo a vuestras límpidas fuentes! Subidlo, oh Jesús Dueño bueno, y empujadlo con el poder y con la suavidad de vuestra Palabra para que camine por vuestros caminos y llevaros dónde Vos queréis. ¡Hacedlo obediente a vuestra voluntad bajo el gobierno de vuestra mano compasiva! Oh Jesús, Dueño bueno, si vuestro burrito no quiere rendirse, batidlo sin problema con vuestra santa cruz, y hacedlo perfectamente dócil a vuestros gestos. Haced que el burrito os reconozca por su verdadero Dueño y os sirva con paciencia, humildad y mansedumbre, ¡y os lleve siempre dónde Vos queréis! Amén» (N.I. Vol. 8, p. 6). Escribiendo una vez a Melania, le remite esta figurita, en que él se reconoce en la humilde yegua, y la ruega «de darme al Niño Jesús, o sea de ponerme bajo los dilectos pies de mi Señor Niño que se encuentra aquí en el Oratorio; que se dignó de ser mi Dueño Bueno» (*Ibid.*).

8. «Los reproches de mi Señor contra mí esclavo inicuo»

Monseñor Guarino, que amaba inmensamente el Siervo de Dios, un día le dijo bromeando que él era como el **cuerno**. El Padre tomó mucho en serio la palabra del pastor y apuntó en sus notas: «Sabia definición que me dio Monseñor Guarino, Arzobispo de Mesina en agosto de 1887: “Vos sois como el cuerno: vacío, duro y puntiagudo”», añadiendo este comentario: «Estoy **vacío** de virtudes, de sabiduría, de vigor, de espíritu, de conocimientos, de ciencia, etc. Soy **duro**, porque obstinado, de dura cerviz, duro a los golpes de la gracia, a las llamadas de Dios; **duro** de corazón con el prójimo etc. Si me golpean no me emblandezco etc. Soy **puntiagudo**, o sea quisquilloso, hiero el prójimo con la lengua y con las obras, ofendo, golpeo, hiero, mato». Concluye con esta oración: «Señor mío, cambiadme en **vaso escogido**, que sea **lleno** con vuestra misericordia; **fuerte**, para que no me rompa y deje disipar el gran tesoro de vuestra gracia; con **base firme**, para que no vacile. Amén» (N.I. Vol. 10, p. 6).

¹⁰⁹ La imagen se le había dado por la Sierva de Dios Rosa Gattorno, fundadora de las Hijas de Santa Ana, y el Padre la tuvo siempre muy querida.

En el Evangelio Nuestro Señor azota a sangre la soberbia de sus enemigos con sus replicados y terribles: **¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas!** (Mt 23, 13-35). El Padre se aplica aquellas divinas invectivas con oportunas adaptaciones: ¡espléndido ejemplo de humildad! He aquí «**¡Los reproches de mi Señor contra mí, esclavo inicuo!** (...) Ay de ti, hipócrita, porque eres negligente en procurar el reino de los cielos a las almas: ¡tú no consigues la perfección y no actúas para que otros la consigan, más bien con tus frecuentes imperfecciones lo impides!

«¡Ay de ti, hipócrita, porque te alimentas largamente con las limosnas de los pobres, y luego eres negligente en hacer oración o para rezar el Divino Oficio: por esto recibirás un juicio más severo!

«¡Ay de ti, hipócrita, que rondas aquí y allá y haces viajes para hacer un prosélito, y luego no lo edificas, sino con los malos ejemplos lo haces parecido a ti!

«Ay de ti, director ciego, que dices: “Esto es bueno, esto no es bueno”; “Necio y ciego, ¿no es tu deber conocer de veras lo que conviene y lo que no? El que hace todo lo que puede para conocer una cosa y no la conoce no peca, pero el que no hace todo su posible, éste falla.

«Ay de ti, hipócrita, que recoges huerfanitos, haces limosnas, rezas oraciones, y luego eres negligente en las obras de la justicia, en la observancia de la ley, en el ejercicio del ministerio sacerdotal y en la caridad con el prójimo. Hacía falta hacer aquellas cosas, y luego no omitir las otras. ¡Caudillo ciego, que filtras el mosquito y luego tragas un camello!

«Ay de ti, hipócrita, que por fuera te muestras devoto y dentro rebosas de robo, de ira, de vanidad, de miserias, de soberbia, de negligencias, de obstinación, de amor propio, de disimulación y de otros mil pecados. Ciego, antes purifica tu interior, rectifica tus intenciones, y luego muéstrate piadoso por fuera.

«Ay de ti, hipócrita, que te pareces a los sepulcros blanqueados, que por fuera tienen buena apariencia, pero dentro luego están llenos de huesos de muertos y de toda podredumbre. Así tú por fuera aparentas bueno a los hombres, pero por dentro eres lleno de hipocresía e iniquidad.

«Ay de ti, que edificas muros de orfanatos, y adornas habitaciones con huerfanitos, y dices: “Si tuviera medios, no dejaría perecer tantos niños”. Así eres testigo contra ti mismo, porque haces peor que los que tienen medios y dejan perecer las almas; y si tú no tienes medios, esto es por tu culpa. Y añades a la medida de los que no hacen todo lo que pueden para la salvación de las almas. Serpiente, raza de víbora ¿cómo escaparás del juicio del fuego?

He aquí que te envío avisos, buenos libros, inspiraciones, enseñanzas, buenas ocasiones, y tú no caes en la cuenta de ellos tal como tendrías que hacer, y así quedas en deuda por la gracia de la conversión que, de ti, y del sacerdocio y de cuántas faltas hiciste en los servicios de mi pueblo y de mi altar: en verdad te digo: ¡mereces la pena de todas estas culpas!

«Alma, alma, que no eres diligente para corresponder a mi gracia y a servirme, ¡cuántas veces quise purificarte y acercarte a mí como un pequeño pollito bajo las alas de la gallina, y te resististe! ¡He aquí que te será dejada tu alma desierta y vacía de tantas gracias! Pues te digo: “No me verás sino cuando dirás con verdadero corazón: **¡Ven, Señor, porque a ti me convertí!**» (N.I. Vol. 10, p. 31).

En una ardiente súplica a la Santísima Niña María para la fiesta del 8 de septiembre de 1905, pide que la Madre Santísima haga valer todos sus inefables méritos ante la Santísima Trinidad para beneficio de los Institutos: «Hace veinte y siete años que me puse en esta Obra – Oh, ¡quién sabe cuánto movido por amor propio o por falso celo! – y, ¡ay de mí!, ¡cuántos montes difíciles y ásperos fueron por mi miseria muchas dificultades, también leves por un espíritu recto! Y, lo que es más,

¡ásperas y graves dificultades me creé para mí y para los demás! Y aquí quisiera llorar con lágrimas de sangre tanto, cuanto son las aguas del océano. ¡Todo en mis manos se dañó! ¡Todo por mí fue atascado! ¿Quién me libraré de estas angustias de personas, de lugares, de medios? ¡He aquí el triple tesoro por mí acumulado! Oh, ¡en qué vil e inmundado vaso depositó el Altísimo Sumo Bien la gran palabra del divino cielo de su amantísimo Corazón!» (Vol. 7, p. 87).

Con estos sentimientos no asombra que él escribía con íntima convicción en su autoelogio estas palabras: «La Obra Piadosa empezada por él, si queremos, no progresó por él, ¡hace falta ser sinceros! Intentó cuatro o cinco veces de formar la comunidad de los Rogacionistas sacerdotes, pero jamás lo consiguió, porque le faltaba algo, y alguna vez él mismo por falso celo, la destruyó» (N.I. Vol. 7, p. 241). Él por eso atribuía a otros el mérito de la fundación. «La noche del 13 de junio de 1926 quiso tener un discurso en la iglesia al gentío inmenso que se agolpaba con ocasión de las segundas vísperas del Santo Taumaturgo, en el que, por amor de la verdad, citando las palabras del Evangelio: **La verdad os hará libres**, declaraba que obras y movimiento antoniano no eran para nada mérito y obra suya, sino, después de Dios, del Padre Palma en cuanto a la parte económica, y en cuanto a la parte espiritual, del Padre Vitale. La misma idea expresó en un editorial de nuestro periódico **Dios y el Próximo** de aquel año. En efecto, tanto por escrito como verbalmente (**como ya lo destacamos más veces**) se había dicho **iniciador** y no **fundador**». Habiendo el Padre Vitale dado impulso al clero con provecho, «el Siervo de Dios sonriendo decía: “Vosotros sois vitalinos; yo no fui capaz de hacer nada en este campo». «Los clérigos eran llamados **vitalinos** por el Padre Vitale, al que sólo, según él, tocaba el mérito de su formación y por eso de las suertes de la Congregación». Y en otra ocasión le escribía: «De los Rogacionistas, fundador el Canónigo Vitale, por parte del Divino Fundador Jesús Sacramentado» (Vol. 33, p. 42).

Un año, por el santo del Padre Vitale, el Padre escribió un himno a San Buenaventura y concluía implorando la protección del Santo sobre él, que en la Obra se había unido al **cauyente Aníbal**. El Padre Vital había sustituido **fervente Aníbal**, y recuerdo que el Padre devolvió el papel postilando a su cargo: «Al comilón, al perezoso, al burlón etc. ¡o algún otro adjetivo parecido, que destaque en el canto!»

9. Enseñanzas...

Se comprende fácilmente el papel que asumía la humildad en su enseñanza. Una vez, cuando se jugaba animadamente durante el recreo, pasó el Padre: “¡Hijos!”. Todos corrimos hacia él... “¿Qué virtud tenemos que ejercer mayormente para gustar al Corazón Santísimo de Jesús?”. “La humildad, la humildad”, contestamos a coro. “Sí, hijos, justamente la humildad”, y se alejó complacido: nos habíamos perfectamente encontrados con su pensamiento.

«La palabra humildad recurría a menudo en sus labios para amonestarnos a todos nosotros». «Eran frecuentes sus exhortaciones para la adquisición y el ejercicio de esta virtud». «En la comunidad a menudo hablaba sobre la excelencia de esta virtud y de nuestro interés para adquirirla».

Nos llamaba la atención frecuentemente con la parábola evangélica, encomendándonos de escoger siempre el último sitio. En las angustias, pruebas, contratiempos que lo afligían, se humillaba profundamente, allí hallaba el castigo por sus pecados, imploraba por ello el perdón y se abandonaba con confianza en la infinita misericordia del Señor.

«A menudo nos decía en sus charlas espirituales que por sus defectos e imperfecciones el Señor tardaba el paso al progreso de la Obra; de esto sacaba argumento para que nosotros fuéramos humildes y siervos inútiles». Destacando unas negligencias en ciertas hermanas, escribió a la Madre General: «Quisiera alimentar una esperanza que, siendo estas negligencias por mi castigo del Señor por mis pecados, tales negligencias, que se cometen no solamente conmigo, sino para daño de muchas otras personas en comunidad, tuviesen que terminar cuando ya no estaré aquí» (Vol. 36, p. 16). Era triste y riguroso en el mismo tiempo, cuando veía sentimientos de soberbia en nosotros.

«Nos encomendaba siempre la humildad; y solía decirnos: “Vosotras, entre todas las comunidades religiosas, sois aún hierba, o sea despojadas de virtudes”». «Nos decía que la humildad es el cimiento de todas las virtudes. La postura un poco erguida de alguna postulante para él ya era un perjuicio y por eso se prodigaba a reprocharla con exhortaciones repetidas, para que también la apariencia fuera humilde».

Sintamos un nuestro religioso: «Recuerdo, aún chico, de haber merecido por una pequeña falta la pena de estar de rodilla en el comedor. Después, según la regla, fui a pedir perdón al Siervo de Dios; pero no sentí el deber de arrodillarme pronunciando las palabras. Él, entonces, amonestándome con solemnidad, para enseñarme cómo se tenía que pedir perdón, se arrodilló para indicarme la manera».

Al Padre Vitale encomienda de insistir a cultivar en los religiosos la virtud a toda costa, también con el riesgo de perder jóvenes de ingenio: «A nosotros importa estimar y buscar, antes de todo, **la virtud, la humildad, el amor a Jesús**; cualesquiera que sean los ingenios que perdamos. Así yo creo que no se pierde, sino que se gana. No tenemos nunca que apoyarnos en la criatura. No son los ingenios que forman las Obras, sino las almas humildes y sencillas, como usted bien me enseña» (Vol. 32, p. 45).

En el comienzo del clericato, el Padre escribió para los jóvenes esta bonita oración **a la Santísima Virgen para obtener la santa humildad**:

«Oh Virgen Santísima, que siendo la Llena de Gracias y la Bendita entre todas las mujeres, la concebida sin pecado original os considerasteis siempre como la ínfima entre todas las criaturas, por favor, concedednos a nosotros la más perfecta humildad interior, con la compunción del espíritu y el amor de las humillaciones. Vos que por la humildad atrajisteis a Dios del cielo a la tierra en vuestro Purísimo Seno, por favor, infundid en nuestro corazón el hábito precioso de esta gran Virtud. Nosotros os rogamos por ello por vuestra humildad que os hizo Madre de Dios, y por vuestra Divina Maternidad que fue el fruto de Vuestra Humildad. Os rogamos por ello por Amor de Jesús vuestro Unigénito Hijo que amó y enseñó la virtud de la Santa Humildad. Mirad, oh Madre Santa, a qué carrera somos iniciados, y si la Divina Clemencia nos destina al sublime estado Sacerdotal, por favor, haced que nos preparemos con los ejercicios y la práctica de la más perfecta humildad interior y exterior, reconociendo siempre nuestra nada, y poniéndonos siempre en el último lugar, así como Nuestro Señor Jesucristo nos enseñó. Amén» (Vol. 7, p. 19).

Cuando se organizó mejor la vida de la comunidad religiosa, el Padre sustituyó esta oración con una **Ave María a la Santísima Virgen para obtener la santa humildad**, para rezarse cada día.

Una vez por un reproche que hizo un estudiante a un hermano coadjutor, el Padre se salió con una improvisa y larga, pero tan tierna exhortación sobre la humildad, que el docto Padre Franzé, de los Menores, que estaba presente, me dijo con asombro: “¡Este fruto, ni después de un mes de ejercicios!”».

Había hecho una corrección a las novicias, que la habían aceptado virtuosamente; el Padre se complace y no deja de insistir en la humildad: «Me complazco en oír que la tomasteis con humildad; y verdaderamente así se tiene que hacer cada vez que recibiréis una corrección; no tendréis que pensar y repensar que no os la merecéis, sino con humildad y sencillez tenéis que decir en vuestro interior: **es demasiado justo que yo tenga este castigo**. Esta es la bella humildad que tanto gusta al Señor, y tanto disgusta al demonio que pone en la cabeza todas las razones para convencer un alma que aquel castigo no se lo merece. Os exhorto, hijas benditas, a renovar siempre vuestro espíritu, levantándoos nuevamente de las caídas y humillándoos, y retomando valerosamente el camino de las santas virtudes». Quién sabe qué le habían deseado al Padre aquellas buenas hijas, que responde así: «Por mí miserable os agradezco por lo que me deseáis, pero los sitios sublimes no son para mí; ¡quiera el buen Jesús tenerme en eterno bajo sus divinos pies, bajo su mesa celestial!» (Vol. 34, p. 1).

Una joven que nutría una veleidad de hacerse hermana, le escribe que se hiciera parte de la comunidad haría grandes cosas; a ella el Padre responde: «Grandes cosas, hija mía, no podemos hacerlas nadie, y tenemos en cambio que aspirar a hacer muchas bonitas pequeñas cosas y a hacernos pequeños nosotros mismos, porque sólo Dios es grande, y sólo Él es capaz de grandes cosas» (Vol. 42, p. 136).

10. ... y ejemplos

El Padre se humillaba cuando cometía o creía cometer alguna imprudencia en los castigos o en las correcciones. Sin embargo, en vez de disminuirlo, estos actos en frente de nosotros lo enaltecían. «Una vez había manifestad de querer despedir una hermana por ciertas faltas; pero aquella se había acusado públicamente, reconociendo humildemente su error; y el Padre la perdonó; dijo, en cambio: “Fui yo que me equivoqué”». «Más bien – añadió la hermana – el pescado que le había llevado en el medio día, quiso regalarlo a la hermana penitente». «Alguna vez pidió disculpa a alguna hermana si resultaba una equivocación o un contrasentido en actitudes anteriores; a nosotras encomendaba de tener presente, en hecho de humildad, la parábola evangélica». «Fue un niño en su vida; no aspiraba a edificar su persona a preferencia de otros. Recuerdo que yo mismo, joven de 22 años – **era un huérfano que dirigía la tipografía** – lo reproché ásperamente porque, habiendo alejado un chico de un oficio delicadísimo de la máquina tipográfica, podía causar un daño gravísimo a ella. Él, como un cualquier culpable cogido en fallo, me pidió repetidamente disculpas todo humillado». Una hermana: «Estando en el jardín, unos gamberros nos echaban piedras; una hermana respondió con otra piedra. Fui inculpada yo, motivo por el cual el Padre me castigó quitándome la Comunión. Cuando más tarde supo que yo era inocente, delante de las otras hermanas, se me echó a los pies pidiéndome perdón».

Hallando una vez en Roma un monseñor que iba a Padua por primera vez y no tenía alojamiento, se lo ofreció a sus costas en la familia Battizzocco, a la que envió 100 liras. De parte del monseñor el Padre hubiese podido esperarse facilidades en Roma. Informando de ello al Padre Vitale dice: «Quién sabe esto puede dar provecho»; pero luego pensó en ello y añadió en seguida: «¡Ciertamente que San Vicente de Paul me habría reprochado, y también Cottolengo por esta confianza en la criatura, comprada con 100 liras! Pero soy lo que no soy: **¡non sum!**» (Vol. 31, p. 40).

La humildad le hacía relevar defectos en sus mismas virtudes.

Hablando de estas, en su autoelogio destaca: «No podemos hacer ciertamente los elogios de heroísmo; digamos que, bajo la mirada penetrante del Altísimo, ciertamente todo habrá sido menos que nada». Y he aquí como juzga su pasión por los pobres. «Tuvo una compasión por los pobres, no se puede negar y más veces los compadeció y se esforzó de socorrerlos, aunque no sabemos cuáles límites pasó, tratándose que de las limosnas tenían obligaciones directas para con los huérfanos recogidos» (N.I. Vol. 7, p. 241).

En 1921 se celebró con una modesta tertulia su septuagésimo aniversario; y él la cerró con esta confesión: «Vosotros llegasteis aquí para honrarme y complaceros de las obras hechas por mí; yo pienso diferentemente y creo que el Señor no esté satisfecho de mi obra, porque Él a los sacerdotes pide cuenta y razón de lo que ellos no hicieron». En la clausura de la fiesta del 1 de julio, el señor Micalizzi, criatura de la Obra, usaba casi cada año producir unos versos sicilianos. Un año tuvo la infeliz idea de pararse sobre la figura del Padre y de los Institutos: inmediatamente le fue llamada la atención y se hizo interrumpir, porque era la fiesta del Santísimo Sacramento y no se tenía que hablar de otra cosa.

Como escribimos más veces, el Padre socorría y favorecía en todo modo las Hermanas de Estrella Matutina; pero también les escribía: «De mis consejos no hagáis un sostén infalible; caminad con la obediencia de vuestros superiores, que esto es el camino más seguro, acompañando todo con la oración» (Vol. 39, p. 74). A las mismas que lo agradecían por las ayudas enviadas, hacía relevar: «Vosotras decís que cómo haríais sin mis ayudas. ¡Ay! ¡Lo sabéis mejor que yo que es Dios que os socorre, no yo! ¡Dios se sirve de quien quiere! ¡Con el gallo y sin el gallo, Dios hace el día! ¡Es cierto que yo, más que vosotras, estoy de alguna manera más obligado al Altísimo, que se digna de servirse de mí!» (Vol. 39, p. 10). En ocasión de dificultades y penurias en las que se debatía el Instituto, después de haber recordado diversos textos de la Escritura que invitan a la confianza en Dios, hacía notar a aquella superiora: «¿No es acaso un milagro evidente de la divina Bondad hacia este su Instituto, que un pobre sacerdote, con 14 casas para mantener (hablo humanamente), se ocupa de enviar allí las centenas y millares de liras en tiempos de tantas penurias? Pues, ¡Confíen en Dios! En cuanto a nosotros, damos gracias a la divina Bondad que se complace, contra todo nuestro mérito, de escogernos para ayudar tanto esta santa obra» (Vol. 39, p. 14).

También en la petición de oraciones por él brilla su humildad. A Melania pide de «rogar a Jesús, a María y a José para que el Corazón Santísimo de Jesús sea recompensado sobreabundantemente por todas las penas de que yo fui razón» (N.I. Vol. 8, p. 3), mientras por su salud habla diferentemente. Con ocasión de una indisposición, escribe al Padre Vitale: «No haga hacer muchas oraciones por mi curación porque en la Obra hay argumentos muchos más graves por los que se tiene que rezar» (Vol. 31, p. 30). A las hermanas de Estrella Matutina: «Me vieron dos médicos y me dijeron que no hay nada grave. Así que no os esforcéis allá rezando por mí; más bien rezad por los asuntos importantes que tenemos en las manos sobre esta institución. Que el Niño todopoderoso lo haga salir todo **ut iusta Desideria compleantur**» (Vol. 39, p. 36). Y otra vez: «En cuanto a mi salud, ruego que no os canséis mínimamente haciendo oraciones. Decid una **Avemaría** sola en el día y basta. Tenéis otras muchas oraciones para hacer, y no podéis cansaros, sobre todo las ancianas» (Vol. 39, p. 40).

El Padre en 1911 tuvo que quedarse en la cama, me parece por un absceso en la pierna. En aquella ocasión escribió a un alma piadosa de aquella ciudad, Virginia dell' Aquila: «Me escribes que el Padre Ferretti te dijo por mi parte de rezar por mí que estoy enfermo. Es una equivocación. Yo le dije de **hacerme alguna oración**, no ya de rezar mucho por esta tontería. Mucho más tienes que rezar por los intereses del Corazón de Jesús, para la conversión de los pecadores y también la mía, para que

el Señor envíe numerosos y santos sacerdotes a la santa Iglesia, y santos gobernantes, para la propagación de la fe y para parecidos motivos grandes y serios» (N.I. Vol. 5, p. 113).

Así también el Padre fue muy modesto en la petición de sufragios. Con el autoelogio dejó un billete para enviar a los Sagrados Aliados de la Obra con la participación de la muerte, para que quisieran ofrecer «caritativamente algún piadoso sufragio a la de él pobre alma» mientras «él agradece humildísimamente, y promete, por cuanto pueda valer esta promesa en la divina voluntad, de rezar por los y por las que sufragarán la mísera alma, sea también de paso, no pretendiendo que se tengan que ocupar demasiado de él muchos y muchas que en estos tristes tiempos tienen que gastar más útilmente el tiempo para rezar por los graves intereses del Corazón Santísimo de Jesús con referencia a la Santa Iglesia, a la salud de las almas y a todo lo que mejor se pueda desear para el universal triunfo del divino amor» (N.I. Vol. 7, p. 239).

11. «Delante de la gloria va la humildad»

No queremos dejar pasar un episodio, que para nosotros hizo época.

«A mí resulta, leemos en un informe, que alguna persona instruida, que no estaba de acuerdo con el Padre en ciertas ideas, en el ardor de la discusión, le dio diversos epítetos injuriosos; y el Padre, no solo aguantó con paciencia callando, aunque no fuera convencido por las razones contrarias, sino que se retiró pidiendo disculpa. El argumento vertía sobre las tradiciones mesineses de San Antonio, que el dicho escritor niega en la biografía del Santo».

Después de muchos años, se puede hablar más claramente.

Con ocasión del Congreso Eucarístico Nacional de 1924, el Padre halló en Palermo el Padre Victorino Facchinetti (1883-1950), de los Frailes Menores, autor de diversos estudios, especialmente sobre santos franciscanos; elegido luego seguidamente Vicario Apostólico de Tripolitania. Él había publicado un compendio de la vida de San Antonio para la juventud, en que condenaba sin duda como leyendas «que no vale la pena de referir» todas las tradiciones antonianas que circulan en Sicilia. El Padre, siempre muy sensible a las tradiciones religiosas de su isla, le escribió una carta en que insistía en el valor de aquellas tradiciones, que no pueden ser borradas con un simple golpe de pluma.

Facchinetti no contestó; el Padre de todas maneras, hallándolo aquella mañana en la sacristía de la iglesia de los franciscanos, se tuvo la premura de pedirle disculpa por su carta, si él hubiese hallado en ella motivos de ofensas. Pero Facchinetti entró en seguida en el tema; y el Padre replicaba por su lado: “Es un error, Padre mío, negar la tradición, por la falta de documentos; es un error rechazarla sin pruebas positivas”.

Facchinetti – no sabemos en qué condiciones de espíritu se hallaba en aquel momento – acompañado por un cohermano suyo que se presentó como lector general de la Orden – pasó muy pronto los límites: “La segunda venida de San Antonio a Sicilia es una falsedad, es una mentira, y usted es en mala fe, ignorante y presuntuoso”.

Aquellos títulos, en el Padre, que había mostrado tanto compromiso en la defensa de su causa, apagaron todo ardor polémico: “Bien, Padre mío – exclamó dulcemente – me encomiende pues a Dios, rece por mí en la Santa Misa” ... E hizo para marcharse, pareciéndole indecorosa una discusión que degeneraba en riña, en un lugar sagrado, entre sacerdotes... Pero aquel insistiendo con los

insultos, y el Padre replicando: “Encomiéndeme al Señor en la Santa Misa; encomiéndeme al Señor” ... Y el otro en respuesta: “Con sus criterios sería un buen historiador... Ay, estoy publicando yo una gran vida de San Antonio, y cuando entraré en argumento pondré en nota que la segunda venida a Sicilia no puede ser admitida, sino que por el extraño cerebro del Canónigo Di Francia” ...

El Padre se despidió encomendándose a sus oraciones y salió acompañado por nuevos títulos indignos.

Se averiguó entonces lo que dice la Sagrada Escritura: **Delante de la gloria va la humildad** (Pro 15, 33): en aquella misma mañana el Padre se fue a hablar a una reunión del clero, en la iglesia de San Mateo. Como el jesuita Padre Galileo Venturini anunció su presencia, se derramó un gran aplauso interminable; y fue visto el gentío de los sacerdotes empujarse hacia adelante o subir en las sillas para verlo y escucharlo mejor, y los obispos levantarse en pie y todos colgar de sus labios. Él habló, como siempre, con sencillez y unción, con el corazón en la mano, de su argumento predilecto: el **Rogate**, al que son íntimamente ligadas las suertes de la Eucaristía.

Pocos días después, Facchinetti pasó por Mesina y fue a nuestro instituto buscando el Padre: ¿Acaso quería hacer enmienda por el desafortunado accidente? Pero el Padre estaba en Roma. Yo lo conocí en Asís en 1948 o 1949, cuando era obispo. Apenas una mención al Padre: “Yo conocí al Canónigo Di Francia: un santo hombre...”, y se paró allí.¹¹⁰

12. Siguen los testimonios

No acabaríamos nunca si quisiéramos recoger lo que se nos dijo sobre la humildad del Padre. Haremos una selección. «Las virtudes más fúlgidas en él fueron la humildad y la caridad hacia Dios

¹¹⁰ En 1925 Facchinetti publicó, por los tipos de la Santa Liga Eucarística de Milán, su macizo volumen **Antonio de Padua – El Santo – El Apóstol – El Taumaturgo**, donde habla de la secunda venida del Santo en Sicilia, no con el lenguaje usado con el Padre: «Parece cierto que Antonio volviese a Italia (de Francia) por el camino del mar y se embarcara precisamente en Marsella, después de haber igual pedido al capitán de una nave que hacía vela hacia el Tirreno el pasaje por amor de Dios. Ahora, sea que la tempestad lo llevase otra vez a Sicilia, sea que él mismo deseara ver nuevamente aquellas costas hospitalares que lo habían acogido en su vuelta de Marroco y entretenerse con los religiosos de aquella provincia, la tradición lo hace aprodar nuevamente en las playas de la isla del sol y de su nuevo breve paso serían traza unos tardíos monumentos y los cuentos de gestas maravillosas realizadas por él» (cf. p. 317). Facchinetti sin embargo reconoce que «de Provenza los hagiógrafos primitivos (a San Antonio) lo llevan hasta a Padua, que tenía que ser el campo más fecundo de su celo, dando lugar, a una extraña laguna de dos años en la historia antoniana, que así queda interrumpida de 1227 a 1229» (*Ibid.*).

Ahora, ¿se puede pensar que San Antonio – el apóstol de fuego, que, incansable, nunca se resistía a anunciar la divina palabra – haya permanecido dos años confinados quién sabe dónde, para reaparecer de golpe en Padua? Si faltan los documentos de dos años de la actividad del Santo, en vez de hablar de su nuevo breve pasaje en Sicilia, se puede muy bien pensar que allí pasó el entero bienio, y así queda totalmente justificada la tradición, que atribuye a San Antonio la fundación de muchos conventos en la isla. En efecto, es admitido comúnmente que las antiguas Leyendas del Santo – entendiendo leyenda en el sentido clásico: **cosa para leer**, equivalente a nuestras biografías – fueron mutiladas. Viscardi habla de la «Terrible crisis nacida en el Orden Minorita tras la muerte del Patriarca», en la que, tanto los Conventuales, como los Celotes (...) con gran tenacidad (...) y a menudo sin respeto por la cronología, «aspiraron» a presentar como uno de ellos, como si contara mucho la autoridad de su nombre para legitimar opiniones y doctrinas» (cf. Viscardi, **S. Antonio di Padova**, A. E. Formiggini, Roma 1931, p. 14).

El mismo Facchinetti llama nuestra atención sobre «las luchas intestinas que afligieron la Orden en los primeros tres siglos de su vida», en que una clase de monjes «los promotores de la relajación, hicieron una guerra despiadada a los antiguos manuscritos, a las puras, cándidas, pero demasiadas **verídicas leyendas biográficas**» (p. XVI). (Se puede ver un magnífico estudio del sacerdote Prof. Salvatore Riblotta: **La tradizione messinese nella storia di S. Antonio di Padova**, publicado en **Dios y el Prójmo**, julio 1933).

El Padre por lo tanto tenía todas sus buenas razones para sostener tenazmente las tradiciones antonianas de Sicilia.

y hacia el prójimo». Haber pasado tanta parte de su vida alegremente en medio de tanta pobre gente bajo todos los aspectos, es un monumento a su humildad. «Ajeno de presumir, rechazaba toda circunstancia que pudiese hacer creer que en él habitara todo sentimiento de soberbia y ambición». «Puedo decir esto: que fue un hombre humilde, que no se buscó nunca a sí mismo, sino la gloria de Dios: esto, lo constaté en los frecuentes contactos que tuve con él».

«La humildad aparecía por todo su actuar: era un encanto acercarlo por la suavidad de sus modos». «La humildad aparecía evidente de la manera en que vestía, como andaba por las calles, como trataba la gente». «Fue humiladísimo. El mismo pueblo notaba su virtud hasta en su manera de caminar. En el viaje iba siempre en tercera clase, menos en los últimos años, obligado por el afecto de sus hijos. Hacia el final de la vida usó en Mesina una característica carroza, tirada por un burrito, que el pueblo reconocía como símbolo de la pobreza y humildad del Siervo de Dios... Amaba tanto lavar los pies, como práctica de humildad, especialmente a los nuevos venidos en los institutos masculinos; lo hizo a mí y a mis compañeros recién entrados; tras lavarlos los besaba. A menudo servía en el comedor con el delantal. En homenaje a San Alfonso pidió, pero no lo obtuvo, de servir a los padres de Vía Merulana (en Roma), en el comedor». «su humildad no hizo nunca olvidar su calidad hierática; ni sé si faltó nunca en la manifestación de tal virtud». «De la humildad tuvo un concepto naturalmente profundo, considerando la nada de las cosas humanas». «Un día le pregunté – dice el Padre Vitale – si fuera amigo de Su Excelencia Monseñor Blandini, obispo de Noto. “¿Amigo? ¡Servidor!” me contestó». Y tras haber hablado sobre unos aspectos de la humildad, concluye: «Sin embargo no olvidó nunca el Padre los deberes de su oficio, la dignidad sacerdotal y los esplendores del culto».

Por la manera con que hablaba y como trataba, demostraba de tener un bajo concepto de sí mismo. «El Siervo de Dios refulgió por humildad. (...) Lo sorprendí un día en la capilla todo humildemente doblado, mientras se confesaba con un sacerdote que yo estimaba el último de la ciudad de Trani». «En Trani el día de su santo, por un temporal repentino se inundó toda su habitación; él con toda sencillez, usando toda la ropa que tenía en la habitación, tras descalzarse, empezó el trabajo de drenaje; permitió luego a otros de ayudarlo. (...) Más de una vez nos decía: “Nació un día un gusano, que luego se convirtió en una fiera: rezad por este pecador, que nació el 5 de julio”, aludía a sí mismo, especialmente en el día de su cumpleaños».

«Fue excelente en la humildad; se humilló con los superiores, con los iguales, con los súbditos». «Su habitual expresión era: “Hermana, o Hermano, me hacéis la caridad de darme, de hacerme esto o aquello». «Aceptó por obediencia el canonicato, tras haberlo más veces rechazado; no se habría resignado a llevar algunas insignias honoríficas porque, decía, incompatibles con sus compras diarias necesarias para sus pobres de Aviñón.

«Disfrutaba inmensamente inclinándose hacia los más pequeños que él; a menudo decía públicamente: Misericordia, Señor, ¡cuántas veces os ofendí, igual también involuntariamente! Hijos míos, ¡rezad por mí, para que el Señor me escuche!». «La humildad era su prerrogativa: lo vi tratar con toda clase social de personas conservando la misma actitud». «En las vigilias de las fiestas principales en el comedor en presencia de la comunidad, consumía su refección de rodillas. La noche del jueves santo nos lavaba los pies de rodillas y los besaba apasionadamente. Luego el sermón que nos hacía era emocionante».

«Sus amonestaciones para nosotros se referían siempre, o casi, a la humildad, y él la ejerció primero. (...) Cuando, en la florecilla diaria del mes de mayo, se leía la de la humildad y del perdón mutuo, era él el primero a pedirnos perdón».

«Cultivó profundamente la humildad; cuando alguno lo felicitaba por su gran obra, contestaba en seguida: “No a mí, sino a Dios se debe todo y a mis colaboradores”. Un día me pidió las tijeras para cortar los lazos negros del gorro; a mí sorprendida, dijo que no valía la pena llevarlos». «Se confesaba siempre siervo inútil en las manos del Señor. La humildad aparecía de su actitud y de su continua confesión. Para nosotros eran continuas y vivas las exhortaciones para esta virtud».

Se recuerdan las dos últimas visitas que el Padre hizo a Taormina. La penúltima él pensaba que fuera la última, e hizo su despedida: «Estábamos en la capilla; quiso que ninguna de nosotras faltara: “No nos veremos más en esta tierra. Pido humildemente perdón a todas si no correspondía vuestras esperanzas y a mis deberes”. Pero cuando oyó brotar los singultos, cambió tono, y cosa inusual, a todas dio la mano para besar: parecía Jesús que repitiera el **Sinite párvulos**; y llamó la atención suavemente a la maestra de las huerfanitas, que intentaba reprochar las huérfanas más pequeñas, que le tiraban y bajaban las manos para cubrirlas con besos... Unos días después vino inesperadamente, porque el arzobispo en sagrada visita, más que el lujoso hotel San Domingo que le habían ofrecido, había pedido hospitalidad en nuestra casa y lo había obligado a acompañarlo allá, dándole en el auto la derecha, entre la humillación del Siervo de Dios que nos contaba el hecho y el júbilo del pueblo, que entreveía en esto la virtud y la santidad de nuestro fundador. El arzobispo estuvo con nosotras seis días, pero para él fueron tres días de martirio, porque estaba muy justo de salud. Me iba diciendo en su humildad: “Me aconsejas de decirlo al arzobispo para darme licencia de salir?”. Efectivamente celebrando parecía que tuviese que acabar en el alar; por otro lado, aquella vez no había conducido consigo el hermano, que lo asistía amorosa e inteligentemente. Tras mis solicitudes, pena de decirlo yo misma al arzobispo, le pidió humildemente licencia y salió. Aquella vez fue verdaderamente la última».

13. Una objeción

Cerremos el capítulo con una objeción contra la humildad del Padre.

Él hizo hacer a la pintora Teresa Basile un cuadro con diversas figuras, entre ellas la de Santa Margarita María Alacoque, San Francisco de Sales y la Santa de Chantal, y dando la comisión de ello y la idea a la artista, detalla: «Aprovecho con esta mía para decirle que en el cuadro desearía entrar yo también: y esto podría ser pintándose un sacerdote genuflexo en acto de profunda adoración, a los pies del altar, que está en medio, entre las figuras de las Hermanas Salesianas (**así el Padre llamaba las visitandinas, por el Fundador, San Francisco de Sales**) y de las Hijas del Divino Celo: no importa que se vea el rostro del sacerdote, o basta con verse un pequeño perfil» (N.I. Vol. 5, p. 126).

Dijo alguien que, en esta circunstancia, no parece que la humildad del Siervo de Dios brilló.

¡Sin embargo aquí también brilló! Vamos a precisar las cosas.

Se tiene que destacar antes de todo que el Padre siempre mostró una fuerte oposición en hacer muestra de sí. Recuerdo cuando el entonces joven pintor Adolfo Romano vino a rogarlo insistentemente, para que quisiera posar un poco, porque entendía abrirse la carrera artística con el retrato del Padre. Este dijo a Romano: «Haga el retrato al Canónigo Vitale, que en Mesina es más conocido y apreciado que yo». Y rechazó absolutamente de posar.

Unos años antes, él había escrito a la arriba nombrada Basile: «Entendí decir por los míos aquí en Trani alguna palabra en el aire acerca de un retrato mío, etc. Ahora yo la ruego que en este asunto no se ponga para nada. No quiero de mí ningún retrato» (N.I. Vol. 5, p. 125).

Añado que el Padre, hasta que vivió, nunca permitió que fuese expuesto un retrato suyo en ninguna de nuestras Casas.

Vayamos ahora al cuadro de arriba.

Precisemos que el cuadro no es destinado al culto público en la iglesia: es un cuadro ornamental para una sala, que se halla en Mesina en la casa madre de las Hijas del Divino Celo; y el Padre envió una fotografía a todas las casas, deseando que «dicha fotografía se ponga en un marco y se exponga no en la iglesia o en Oratorio, sino en comunidad» (Vol. 34, p. 227).

Y he aquí la motivación y el significado.

El Padre alimentó durante muchos años, e hizo de ello objeto de ardientes oraciones, el deseo vivísimo de establecer una unión espiritual entre sus Hijas del Divino Celo y las Visitandinas o Hijas de María fundadas por San Francisco de Sales y Santa Juana de Chantal, el Orden de que, por las revelaciones y el apostolado de Santa Margarita Alacoque, se difundió en el mundo la devoción al Sagrado Corazón. Esta unión él la deseaba para una doble finalidad: atraer por un lado nueva protección y misericordia por el Sagrado Corazón para su instituto de las Hijas del Divino Celo, y por otro lado llamar la atención de las Visitandinas sobre el divino Mandato, para una más eficaz propagación de la oración para obtener buenos trabajadores a la Santa Iglesia.

Esta idea él la quiso reproducir en un cuadro simbólico en que en el altar destaca el Santísimo Sacramento solemnemente expuesto «en que se centra toda devoción y toda predestinación y desde el cual salió la devoción de su adorable Corazón» (**Ibid.** p. 225). Alrededor del Santísimo Sacramento, antes de todo la Inmaculada Madre y luego Santa Margarita – que presenta un cuadrillo del Sagrado Corazón con el **Rogate** – los santos fundadores, Francisco de Sales y Juana de Chantal, y un grupo de Salesianas por un lado y de Hijas del Divino Celo por otro, mientras en los pies del altar se ve un sacerdote genuflexo en oración.

Ahora si el Padre, al menos en un primer momento, en este sacerdote en oración hubiese pensado de poner su propia imagen, para externar su ardiente deseo de permanecer en perenne adoración ante el Santísimo, no creería que pueda ser acusado de soberbia, como cierto no puede ser juzgada vanidosa Santa Teresa del Niño Jesús si, cuando era sacristana, se complacía reflejarse en la patena, para que la sagrada forma viniera casi a apoyarse en su cara.

Pero en realidad el asunto fue diversamente. Aunque se piense en la incriminada expresión del Padre, en la ejecución del cuadro – igual justamente por reflejo de humildad – el sacerdote aparece de espaldas y el Padre explica así el significado de aquella figura: «En los pies del altar está un sacerdote en actitud de adoración y de oración ante el Santísimo Sacramento, ante el divino Corazón de Jesús y la Santísima Virgen Inmaculada. Él podría ser también el Padre De La Colombière, que fue tan asociado a la primitiva devoción hacia el adorable Corazón, en unión a la predilecta Beata: pero en él se entienden unidos todos los Rogacionistas del Corazón adorable de Jesús, porque él está en la postura de rezar al Corazón Santísimo de Jesús para que envíe los buenos trabajadores a la Santa Iglesia» (Vol. 34, p. 226; cf. Vol. 38, p. 15).

24. LOS VOTOS RELIGIOSOS

1. En la fiesta de San José. a) CASTIDAD 2. De sus escritos. 3. Una página del Padre Vitale. 4. Fue un ángel. 5. Hablaba de la virtud. 6. Con las hermanas. 7. Con los niños. 8. Contra la moda. b) POBREZA 9. Pensamientos del Padre. 10. El primer pobre del Barrio Aviñón. 11. La habitación del Padre. 12. Sus vestidos. 13. Pobreza siempre y en todo. c) OBEDIENCIA 14. Escuchemos al Padre. 15. Siempre obediente. 16. Con los obispos. 17. Con su Ordinario. 18. Monseñor D'Arrigo Arzobispo de Mesina. 19. Con la nueva Curia. 20. La amistad con don Orione. 21. Monseñor D'Arrigo y los Rogacionistas. 22. «No podríamos ser de Dios...». 23. ¡Siempre fiel!

1. En la fiesta de San José

Destacamos antes como el Padre había puesto sus comunidades religiosas bajo la protección particular de San José, patrono de la vida interior. Por esto acostumbraba hacer las vesticiones y profesiones en las fiestas del Santo: 18 o 19 de marzo para las Hijas del Divino Celo, y para los Rogacionistas en la fiesta del Patrocinio, que entonces se celebraba como fiesta de primera clase (**sollemnitatis**) con octava el tercer miércoles después de Pascua, con la facultad de trasladarla al tercer domingo.

En estas ocasiones el Padre intervenía siempre con su palabra cálida, persuasiva, para afervorar los ánimos y hacer gustar la felicidad de ser todos del Señor en nuestra comunidad, tan modesta en sus medios y desarrollos, pero tan predilecta por Dios, que le había confiado su divino **Rogate**.

De todos aquellos discursos uno sólo fue definido para la prensa: en efecto fue publicado en un periódico de sagrada elocuencia que en aquellos tiempos salía en Giarre (Catania): nosotros lo incluimos en el volumen de los discursos (Vol. 45, p. 384-400). De los demás nos quedan numerosos esquemas, que sin embargo reflejan bien el pensamiento y el alma del Padre (N.I. Vol. 6, p. 81-146). He aquí el juicio sobre ellos, expresado por de los teólogos censores: «los discursos pronunciados por el Siervo de Dios, aunque no sean extraordinarios, son sin embargo bien hechos y contienen sana doctrina. Cuando habla de la vida religiosa, de los beneficios que conlleva, del premio que es conexo etc. él es elocuente y se expresa **ex abundantia cordis**. Las verdades asimiladas en años de estudio y oración son expresadas en modo vivo y convencedor. El Siervo de Dios expone, sin pensarlo, su estado de ánimo, que es totalmente dirigido al Señor y busca, en el don de la vocación religiosa, el ala para subir muy en alto. Es ausente de estos discursos toda forma de retórica vacía; conservamos también hoy, a distancia de años, toda la frescura de cuando fueron pronunciados».

Henos aquí ahora al Padre mirado con relación a los tres votos religiosos: castidad, pobreza, obediencia, mientras del cuarto voto del **Rogate** ya hablamos en los capítulos cuarto y quinto. Por la historia diremos que en la profesión de las hermanas en los primeros años los votos eran cinco: a los cuatro dichos arriba se añadía el de **caridad**.

a) CASTIDAD

2. De los escritos

Enviamos a lo que ya publicamos en la **Antología Rogacionista** (cf. p. 456-464); aquí recordemos algún otro pensamiento del Padre.

En el reglamento para los postulantes en el comienzo de la Congregación, el Padre quiere que los jóvenes ya «se acostumbren en el ejercicio santísimo de estas virtudes: castidad perfecta, pobreza voluntaria, obediencia exactísima»; y aunque no hagan voto de ellas «sin embargo las abrazarán con todo el corazón, haciendo de ellas objeto de tres particulares propósitos». Y a propósito de la castidad, pone en evidencia toda su importancia y la indispensable necesidad con estas graves palabras: «Quiera Dios que esta pequeña comunidad sea un jardín selecto de puros lirios, agradable para Aquel

qui pascitur inter Lilia (Cant 2, 16). Pero si esto no tuviera que ser, ¡hagamos votos al Sumo Dios que destruya este pequeño germen antes de que se desarrolle!» (N.I. Vol. 10, p. 169). Para los religiosos escribe: «Castidad perfecta. **Bienaventurados los limpios de corazón**, dijo Nuestro Señor Jesucristo, **porque ellos verán a Dios** (Mt 5, 8). Estos limpios de corazón son las almas castas. Las almas castas son comparadas a los ángeles porque se parecen a ellos en la **falta** de la materia y en la vida del espíritu; y por esto la castidad es llamada virtud angelical. Esta virtud es tan sublime y singular que, según el inefable testimonio de la Verdad increada, son raras las almas afortunadas que la comprenden: **Non omnes capiunt verbum istud, sed quibus datum est** (Mt 19, 11): No todos entienden esta palabra, sino solamente los que se le concede. El alma afortunada que Dios llama a la vida religiosa tiene que amar celosamente esta virtud angelical. Sean pues castísimos sus pensamientos, sus obras, sus palabras, sus deseos». Recuerda luego, una vez más, los medios para usar para ser fieles al voto: «1. La Santa Comunión Eucarística diaria, con un tierno amor a Jesucristo; 2. Una particular devoción a la Santísima Virgen, a San José y al Santo Ángel de la Guarda; 3. La oración o meditación diaria de los novísimos y de la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo; 4. La oración, que nos obtiene toda divina gracia; 5. El trabajo, huyendo absolutamente el ocio; 6. La humildad, porque los soberbios nunca son castos y la castidad es premio de la humildad; 7. La mortificación de los cinco sentidos, especialmente de la vista y de la gula». Cierra con esta grave amonestación: «¡Ay si en un alma a Dios consagrada con los votos religiosos vacila esta primera virtud! Aquella alma es muy pronto extraviada y se arruina. El enemigo de las almas hace lo posible (...) para inducirla al mal. Por esto Jesucristo nos dijo: **Vigilate et orate; ut non intretis in tentationem**» (N.I. Vol. 10, p. 188).

3. Una página del Padre Vitale

Sobre la castidad del Padre leemos antes de todo su mismo testimonio en el autoelogio, en que «declara, para gloria del Señor, que no supo nunca lo que fueron ciertas acciones que se dicen deshonoradas, obscenas etc. y no pudo nunca entender qué gozo sea también malvado allí se pueda hallar» (Vol. 7, p. 242). Nos resulta por varios testimonios que para habilitarse al ministerio de la confesión tuvo necesidad de particulares explicaciones en este asunto.

Sabemos que, siendo jovencito, antes que se le manifestara la vocación sacerdotal, tuvo una idea fugaz de formarse una familia, fijando el pensamiento en una criatura que no conocemos; pero fue sólo un instante, que le dejó en el alma una indecible amargura durante todo el resto de la vida. El profesor Nicotra, del que aprendemos este episodio, añade de «haber conocido el Padre siempre inmaculado en las costumbres y recuerda siempre la preocupación del Siervo de Dios por aquel afecto humano que, según él, lo arrancó, al menos por un momento, del amor de Dios».

Sigamos con esta elocuente página del Padre Vitale: «Podemos afirmar que el Canónigo Di Francia fue un ángel en carne. Desde los primeros años de su inocentísima vida, apreció el tesoro inestimable de esta virtud, sin sentir, por especial gracia del Señor, tendencia a los vicios opuestos. De sus confianzas, de la manera de actuar en ciertas evidencias necesarias y peligrosas, de los consejos que pedía, destacamos que, si jamás pensamiento obsceno le tocó la mente, no tuvo que sufrir ninguna clase de impresión. (...) Tal vez en su inmaculada conciencia le salían unos temores si se hubiera portado tratando delicados asuntos para el bien de las almas: pero luego sonriendo, me decía: “Gracias al Señor, ¡no conozco tentaciones en este asunto!”. Sin embargo, sentía el deber de ser inexorable, terrible, contra cualquier intento del vicio opuesto, que pudiese también levemente

manchar las almas. Una mirada poco castigada, un toque de mano por ligereza, un entretenerse más allá de los rigurosos límites hablando con personas de diverso sexo, eran para él motivos de graves sanciones en las comunidades. Dándose cuenta un día que un clérigo por las calles giraba la mirada aquí y allá, me dijo: “Mejor que se vaya al mundo, en vez de seguir en el estado eclesiástico”.

«Para acariciar los niños, se limitaba ordinariamente a apoyar levemente la mano en la cabeza. Encomendaba a los predicadores, especialmente de las comunidades, que pensaran a hacer enamorar las almas de la virtud de la virginidad, en vez de discurrir, más de lo justo, de los vicios opuestos.

«Prohibía todas aquellas representaciones teatrales a los jovencitos y jovencitas en las que se hiciera referencia a cosas del mundo, que no salían oportunas y podían ser peligrosas para la edad de la adolescencia. Tal vez reprochó e hizo suspender las proyecciones a algún misionero, que en la pantalla reproducía las figuras de los salvajes en su verdad, con las inconscientes desnudeces. No permitió nunca que los clérigos, bajo pretexto de cultura literaria, tuvieran entre las manos libros o revistas con algún matiz erótico, y usaba todas las artes e industrias que le sugería su candor para alejarlos de lugares o circunstancias también lejanamente sospechosos. Muy bonito el cuento que relata un nuestro sacerdote (**entonces joven clérigo**): “Me hallaba en Nápoles en el tranvía. De repente me llama cerca de sí, invitándome a leer el periódico que tenía arrugado en la mano. Creí que quisiera ahorrarse la molestia de leer, y empecé a elevar la voz. ‘Lee por tu cuenta’, me dijo en seguida. Luego comprendí su prudencia: me ofrecía el periódico para distraerme de la vista de aquel vaivén de personas de todo tipo, que bajaban y subían en el tranvía”.

«Parecía perdiese su natural dulzura contra la moda de las chicas, y le vimos reprochar los padres con palabras de fuego, y casi con peligro de provocarlos a reaccionar. Era inútil todo esfuerzo para hacerle aceptar que ciertos grados de escote y de recorte de vestido se podían tolerar, sin ofender el pudor. No admitía indulgencias, porque lo **poco** se convertiría en **mucho** tolerándolo, y quería ver las jovencitas encerradas en sus hábitos. Así era la pureza de su alma. «Cuántas veces nos repetía el gran dicho de San Agustín: **Sermo tuus cum mulieribus sit brevis et rigidus**» (Vitale, **ob. cit.** p. 632-634).

4. Fue un ángel

Los testimonios confirman largamente esta bonita página del Padre Vitale:

«Por lo que yo sepa, el Padre conservó siempre la castidad. Yo lo saco de su modestia en hablar y en caminar». «Era muy reservado en las miradas, especialmente con el otro sexo. Era rigidísimo para la observancia de esta virtud entre nosotros». «Por las calles iba modesto; muchas veces yo le fui compañero». «Sobre la castidad no puedo especificar, pero la santidad se le aparecía en la cara». «De su interior no puedo decir nada; pero es cierto que la conducta interior era formada sobre una santidad ejemplar». «Lo supongo siempre inocente; sus ojos los vi siempre modestos». «Su proceder era modesto y recogido. Solo viéndolo hacía decir a la gente: “¡Está pasando el santo!”». «Por lo que me consta, su conducta fue siempre seria y grave e inspiró confianza y reverencia en sacerdotes, hermanas y laicos. La castidad él la llamaba siempre **virtud angelical**».

En diversas ocasiones tenemos también afirmaciones del Siervo de Dios. «Yo oí decir por el mismo Siervo de Dios que ciertos pecados él los había conocido a través del estudio de la teología moral. Me confesó a propósito de un desafortunado apóstata, de no haber tenido durante toda su vida,

sobre este asunto, ni la sombra de la tentación, aunque teniendo que tratar con mujeres de mundo y de iglesia. Estuve a su lado durante más de veinte y seis años; no sé si me equivocó, pero afirmo de haber sentido un tal perfume de santidad».

Por eso no asombra que en los diversos informes lo hallamos llamado ángel. «En este asunto no hallé nada que fuera contrario a la pureza de un ángel». «Nosotros en comunidad teníamos la idea que él fuera un ángel».

5. Hablaba de la virtud

Nos encomendaba la cautela de San Francisco de Sales: hablar en la predicación mucho más sobre la virtud que sobre el vicio contrario. No le gustaba la nueva dicción catequística: “No cometer actos impuros”; y en los libritos para el uso de nuestros Institutos cambiaba aquella página con otra, en que había la vieja expresión: “No fornicar”.

Tratando de la castidad, el Padre no habló nunca de su contrario, sino siempre de su perfume. «Eran sugestivos sus sermones sobre la belleza de la virtud, cuando especialmente se trataba de vestición o profesión; no habló nunca del vicio opuesto». Enseñaba que la castidad «mientras es un sacrificio, con el tiempo mismo se convierte en un manantial de muchas delicias interiores, que el sacrificio así queda absorbido» (Vol. 45, p. 221). «En su predicación era reservadísimo en este asunto; ni quería que otros sacerdotes bajaran en análisis, especialmente del vicio contrario». «De las representaciones teatrales internas quitaba sin misericordia todo lo que hubiese podido tener una lejana sensación de amor profano». De Monseñor Loyácono, obispo de Ariano Irpino, había recibido con gusto todas las obras de Parzanese en ocho volúmenes, cuatro de prosa, casi todos sermones, y cuatro de versos. Me recuerdo que el Padre saboreaba bastante aquellos sermones y más de una vez nos leyó algunos pasajes. Después de su muerte, sin embargo, de los volúmenes de poemas, hallaron simplemente tres: evidentemente él había destruido el volumen en que el poeta cantaba los castos amores de la gente campesina de su pueblo, que en sustancia vivía en la sencillez de las costumbres propia de aquel tiempo, o sea de la primera mitad del siglo XIX.

No admitía que en la comunidad se hicieran lecturas de cualquier manera peligrosas. «Un día tuve un reproche porque di para leer en el mes de mayo una meditación sobre la pureza del Padre Muzzarelli; retiró el librito diciéndome: “No es conveniente ni por las niñas ni por vosotras hermanas”». «Leía en la mesa un cuento de naturaleza bastante delicada, pero yo, dando poca importancia al sentido, reí por la actitud un poco grotesca de una postulante puesta en castigo. El Padre en cambio, que comía en otra habitación, sintiéndome reír y creyendo que estuviese riendo por la lectura, se levantó en seguida y en público me llamó la atención sobre la seriedad; en privado luego me dijo que no hacía falta reír sobre aquel hecho, que se refería a la ofensa de la hermosa virtud». «Era muy reservado con nosotras; pienso que la virtud hermosa fue soberana en su alma, porque un día, leyendo yo en el comedor un libro, que hablaba claramente del vicio opuesto, él, que estaba escuchando, terminada la lectura me dijo: “Oye hija, pasa adelante en aquella lectura, salta aquellas páginas, porque no todas las jóvenes podrían entender, igual podrían recibir más mal que bien”».

Un rogacionista durante muchos años asistente de los chicos destaca: «En la pureza noto: estaba prohibido para nosotros los vigilantes en los inconvenientes sobre la moral, tratar sobre esto directamente con los culpables; esto estaba reservado a él, y en su ausencia, al Padre Vitale».

6. Con las hermanas

La misión de fundador ponía el Padre en la necesidad de cultivar relaciones con el elemento femenino, hermanas y chicas, también con coloquios privados para la guía y formación espiritual. De aquí en él cierta perplejidad de conciencia, en el temor de no arreglarse según prudencia. Expuso entonces sus dudas al Canónigo Antonino Pennino de Palermo, que había sido confesor del Padre Cusmano. Pennino le contestó tranquilizándolo totalmente: «Leyendo lo que me escribió, me parece que usted se arregló egregiamente con las hermanas y huerfanitas de sus comunidades. Así hacía el Padre Santiago Cusmano, así hace su sucesor, el Padre Mammana, sacerdote con una conciencia inmaculada; así hicieron y hacen todos los fundadores de obras parecidas. Vuestra Señoría por lo tanto esté tranquila, que se halla en óptima compañía» (14 de septiembre de 1897).

Y he aquí lo que nos resulta de los testimonios. «En cuanto a la castidad, nunca lo vi hacerse besar la mano por mujeres». Una hermana: «Con nosotras si era afectuoso, era en el mismo tiempo reservado; muchas atenciones para nosotras eran realizadas a través de la superiora; no permitía que le besáramos la mano, lo que más, y rarísimamente, con los brazos recogidos».

«Recuerdo – era el año 1924 o 1925 – que las hermanas del Espíritu Santo, pasando cerca de él enfermo y sentado para descansar un poco en el rellano de la escalera, se dirigían a él con afecto filial, pidiéndole noticias sobre la salud y su bendición. Pero él, rompiendo aquellas afectuosidades las rechazaba en modo bastante rígido, y dirigido a mí, igual también para darme una lección de vida espiritual – era joven sacerdote – añadió en el oído: **Cum mulieribus sermo brevis et durus**.

«No siendo el Instituto masculino acabado, él fue obligado a estar en un apartamento de la casa femenina del Espíritu Santo por sus exigencias de salud ya fatalmente declinantes, tanto que tenía a su lado un hermano día y noche. Nosotros íbamos casi cada noche para visitarle y tomar, como todos los demás, las disposiciones. Recuerdo que más veces las hermanas pedían aclaraciones y noticias a nosotros sobre cosas diversas que interesaban la casa y la Obra. Cuando él se daba cuenta de nuestras charlas se hacía en la puerta y con palabras y gestos breves y resolutos interrumpía y nos hacía marchar. Por reglamento prescribió a nosotros de no dejarnos besar la mano por las mujeres, cosa que él generalmente practicaba».

No permitía de ninguna manera bromas de manos entre nosotros; más bien quería que no nos tocáramos para nada.

Un día fueron reprochadas dos postulantes, porque una había puesto las manos encima de la otra para quitarle una hormiga. Había creído el Siervo de Dios que se tratara de un gesto de intimidad. El testigo releva: «Son excesos, ciertamente, pero para los santos no son así». Pienso que se trate del mismo episodio recordado por otro testigo, que sin embargo este enmarca en las circunstancias. El Padre un día hizo tocar de repente la campana de reunión, mientras nosotras estábamos en el recreo: había creído que una postulante había puesto las manos encima de otra, mientras resultó después que había sido sólo quitada una hormiga de la capa. El Siervo de Dios quedó humillado». «Una postulante que había tocado sonriente una compañera con un ramo de olivo bendito – era el día de Ramos – fue reprochada fuertemente por el Padre y tuvo que pedir la penitencia a la superiora. Fue reprochada también una hermana, que dijo a una huerfanita: “¡Qué mona eres!”».

«El Padre en la castidad fue irreprochable. Ciertamente a nosotras las huerfanitas prohibía de tocarnos directamente con la mano en la ronda de baile; quería que lo hiciéramos mediante un pañuelo; prohibido absolutamente que una pusiera las manos en la otra; solía repetir que el que es casto, es también humilde y obediente». «Quería que entre nosotras las hermanas no nos tocáramos por manos».

7. Con los niños

Ya hablamos bastante de la ternura de corazón del Padre para con los niños; pero ellos – se dijo – se tienen que considerar como la hostia consagrada, que se toca sólo por necesidad y por lo que la necesidad requiere. Así los trataba el Padre.

Tras haber notado que el Padre tal vez lavaba los pies a los religiosos, un testigo añadió: «Nunca me di cuenta de este acto hacia los niños; supongo por pudor»; y vuelve luego: «Mencioné el lavado de los pies, que no hacía a los niños, no los acariciaba, sino que solo ponía la mano en la cabeza; y lo mismo pretendía de nosotros. A las hermanas de Roma que cuidaban los niños de la guardería de los tres a los cinco años, prohibió que los lavaran; de esto se cuidaba una viuda llamada para esto». «Los niños recibían caricias en la cabecita; para nosotros estaba muy prohibido llevarlos en brazos y besarlos: una vez tuve un solemne reproche por él que, habiéndose asomado por el balcón a los gritos de un niño tomado en brazos por mí para reconfortarlo, me obligó a entregarlo a los familiares suyos y míos, que habían venido a visitarme».

No quería que los religiosos y las religiosas besaran los niños. Una superiora había pedido por mortificación el permiso de lavar los pies a las hermanas; y el Padre: «No os lo permito; excepto en modo afectuoso y maternal, por limpieza, como algo espontáneo y natural, sin aire de penitencia a las pequeñas alguna vez cada quince días»; y añade luego subrayando: «**y sin besárselos**» (Vol. 34, p. 34).

Cuenta una hermana que, cuando era postulante, fueron a verla los familiares, que le presentaron una sobrinita nacida en aquellos días. La joven la besó devolviéndola a la mamá, en presencia del Siervo de Dios. La noche hubo en casa la procesión de la Santísima Niña María, que se concluía con el beso de la Niña. Cuando llegó a la postulante, el Padre dijo: **Ya besaste la sobrina, te basta aquella**; y pasó a la siguiente.

En el directorio de otra comunidad, para las hermanas que tienen que cuidar los niños halló escrito que «no se permitirán besarlos con mucha expansión». El Padre hizo observar a aquella superiora: «Pero, ¿quién puede frenar **una expansión interna**, que tan fácilmente puede salir?», y añadió. «¿Y dónde estará confinado en el corazón de una hermana el Niño Jesús con el Cual solamente tiene que desahogarse en besos y caricias el alma consagrada a Jesús y de él enamorada?» (N. I. Vol. 5, p. 220).

Recuerdo Monseñor Sebastián Militto. Era un sacerdote distinguido por piedad y doctrina, ya Vicario General de una diócesis durante muchos años, y muy aficionado al Padre y a la Obra, a la que dirigió muchas vocaciones. Se había interesado para hacer acoger en el Espíritu Santo una huerfanita de ambos padres, de un par de años, y había venido de su pueblo para entregarla a las hermanas. Despidiéndose, luego, en presencia del Padre, besó la niña. El Padre, llamándolo a parte, en la habitación al lado del locutorio, le hizo notar que una tal manifestación de afecto, fuera también muy

inocente, no era para nada conforme al rigor de vida que tiene que resplandecer en un sacerdote: era una inconveniencia que se tenía que evitar. Contando el hecho después de muchos años Militto se mostraba lleno de admiración por la delicadeza y la caridad del Padre y nos decía de haber guardado aquel reproche fraterno y paterno un suavísimo recuerdo.

El Padre Mesina, que fue huésped nuestro en Mesina durante muchos años, me contó un hecho parecido, ocurrido a él. Estaban en la Guardia: un niño de pocos añitos se agitaba alegremente entre los brazos de la mamá, ofreciéndose sin saberlo con todo sí mismo y las manitas abiertas al sacerdote. El Padre Mesina, más para gustar a la mamá que por otra cosa, se acercó al niño y lo besó. El Padre llamó en secreto al Padre Mesina y le declaró que la ternura y sensibilidad de los sacerdotes hacia los niños no se debe nunca que demostrar con los besos.

Añadiré que él ni entre las hermanas permitía el beso: «Exhortaba a la caridad fraterna y confesaba de permitir el beso entre nosotros para confirmarla, pero que, repensando en ello, acababa prohibiéndolo».

Destacamos una finura toda propia del Padre de una carta suya sobre el rito de admisión de las hermanas en una Congregación. Escribe: «En las interrogaciones que hace el sacerdote a la que se tiene que admitir, o vestir o bien profesar, usa en vuestro ritual la palabra: Hija mía etc. Someto que aquella frase: **Hija mía**, tiene algo de tierno entre el celebrante y la postulante: esto se hace inadapto en aquel momento solemne, en que el alma tiene que ser toda compungida y enternecida en darse a Jesús, esposo adorable y divino amante. Verdaderamente podría más que bastar la palabra hija, que tiene un sentido amplio, o sea hija de Dios, hija de la Iglesia, además que la palabra hija, hace referencia a una edad juvenil, que incluye y hace más bonita la renuncia al mundo. Y valdría por todas las razones aquella palabra de la Sagrada Escritura, y referible a Nuestro Señor Jesucristo: **Mis delicias son con los hijos de los hombres**. Así que la palabra **hija**, a solas, tendría que hacer referencia al estado de un alma sencilla, piadosa, inocente, en la que Jesús quiere hallar sus delicias, y por eso la separa del mundo y la conquista con su amor. ¡El adjetivo **mía**, puede chocar con todos estos bonitos significados!» (N.I. Vol. 5, p. 218).

8. Contra la moda

Con los criterios dichos arriba es fácil imaginar qué pensara el Padre sobre la moda.

Recuerdo un largo artículo en **Dios y el Próximo** de septiembre de 1915, cuando Italia se hallaba en guerra desde el mayo anterior. Él escribe que la guerra es un terrible castigo de Dios por los pecados de los hombres; y hace una viva descripción de los excesos en que había caído la humanidad. Con todo esto – él piensa – el equilibrio de la justicia divina estaba todavía en vilo, cuando fue echado en la copa un pecado que la hizo sobresalir: «Este gran pecado, según nuestro parecer, fue el vestir muy inmodesto de las mujeres, que prevaleció desde hace pocos años hasta ahora. Es algo que asusta, no sólo aquel vestir muy inmodesto para hacer aparecer las partes del cuerpo, inventado por el diablo para pervertir hombres y mujeres; sino asusta más y asombra ver cómo esta maldita moda se haya tan generalizado, haya entrado en la naturaleza de las cosas, que las mujeres, incluso las que se dicen practicantes, incluso las que se van a confesar, a escuchar la Misa, ya no tienen el mínimo reparo en seguirla» (N.I. Vol. 1, p. 171).

El Padre por eso era rigurosísimo en este punto. recuerda un fámulo: «Un día por haber entrado en su habitación con las mangas redobladas hasta el codo, me dijo: “Ay, ¿qué haces? ¡Aquí hay niñas!”. Bastaba mirarlo para concluir, según mi parecer, que él era un ángel en carne». «Durante su enfermedad en la Guardia, un día la hija de un fámulo vino a verle: reprochó ella y el padre porque había llevado un vestido no decente». El que fue presente asegura: «En cuanto a mí, para decir la verdad, no tuve tal impresión».

«De una mujer que no había los brazos cubiertos, el Padre rechazó la limosna y girándose por la otra parte dijo: “Por caridad, señora, váyase y no me escandalice estos niños». Una hermana declara: «Teníamos en el recibidor velos para cuellos y brazos para cubrir las relativas desnudeces a las devotas indiscretas que venían a nuestro oratorio para rezar San Antonio; las huerfanitas tenían que llevar una larguísima veste, que casi tocaba en el suelo, y esto, decía él, para reparación de las inmodestias de las señoras del mundo; sus sobrinos (Toscano) eran a menudo reprochados en este asunto; alguna vez era él que cubría las piernecitas con un diario cuando bajaban a su habitación. Las cohermanas me dijeron de haber oído por él, entre la hilaridad general, que en tren desplegó un pañuelo en el pecho de una señora muy escotada, y que, habiendo reservado una carroza junto con una señora, como esta no estaba decentemente vestida, le propuso claramente la alternativa: o se cubre usted o bajo yo».

La sensibilidad del padre tocaba el culmen cuando quería cubiertas las imágenes en la habitación cuando tenía que actuar con libertad.

El Padre no toleraba la desnudez ni en las imágenes sagradas. En el Espíritu Santo conservaba un cuadro de Nuestra Señora de la Providencia, obra de Rodríguez, sustraído por él a los escombros del terremoto. El artista había pintado en ello el Niño Jesús completamente desnudo y el Padre se hallaba molesto ante aquella imagen. He aquí que un día llama a nuestro Padre Catanese, al que le gustaba pintar, y hace cubrir con un velo las partes delicadas de la figura. ¿Exageración? Igual sí; pero sabemos que el Padre también en este modo de actuar se halla en buena compañía: por ejemplo, San Carlos Borromeo (cf. A. Deroo, **S. Carlo Borromeo, il Cardinale riformatore**, p. 195), y en la vida de San Vicente Pallotti leemos que el Santo «hizo tirar un velo de pudor en el Niño que está en el centro de la tabla del altar en la capilla de San Carlos en la Iglesia nueva» (cf. F. Amoroso, **S. Vincenzo Pallotti, romano**, p. 106).

Destaca un testigo: «Hablando de las Logias de Rafael dicen que salió con esta expresión: “Si dependiera de mí, no las toleraría un día». Luego recuerdo una expresión parecida con el Padre Vitale: «Quisiera ser Papa un cuarto de hora para hacer cubrir todos los desnudos de las salas vaticanas». En efecto esto no es un pensamiento original del Padre. Sabemos que cuando fue abierta la Capilla Sixtina, en Roma se suscitó un verdadero escándalo y llegaron al Papa no pocas protestas. Mientras vivía el mismo Miguel Ángel, Pío IV – igual tras sugerencia del sobrino, San Carlos – hizo cubrir las desnudeces del **Juicio universal** por Daniel Ricciarelli, de Volterra (1509-1566), que por eso fue apodado **Braguetón**. San Pío V – destaca Daniel Rops (**La réforme catholique**, p. 98, 112) – hizo acabar este **trabajo merecedor**.

Un último testimonio, que después de todo lo dicho, podría salir superflua: «A los jóvenes que con el Padre visitaron Roma, solía sugerir calles y monumentos en que no hubiera nada que hubiese podido ofender la virtud».

b) POBREZA

9. Pensamientos del Padre

El Vaticano II nos recuerda que «la pobreza voluntaria abrazada por el seguimiento de Cristo, (...) principalmente hoy, constituye un signo muy estimado», y por eso exhorta que la «cultiven con diligencia los religiosos» (PC 13).

Aplicaremos adecuadamente las prescripciones del Concilio, si seguiremos fielmente las enseñanzas del Padre que conocemos de la Antología Rogacionista (p. 429-442). Aquí añadimos unas otras cuantas.

«Una virtud enteramente desconocida en el mundo antes de la venida de Nuestro Señor Jesucristo es la santa pobreza. Nuestro Señor hizo de ella una de las principales demostraciones de su santísima vida. Quiso nacer pobre, quiso vivir siempre pobre y quiso morir en la máxima pobreza. Exaltó esta virtud, además que con su esplendísimo ejemplo, también con su doctrina celestial. La comparó a la perla de valor inestimable por la cual el atento comerciante vende todo lo que tiene; llamó bienaventurados los pobres, infelices los ricos, y prometió la eterna exaltación de la evangélica pobreza. (...) Los santos fueron todos enamorados de esta virtud considerándola en Jesucristo Nuestro Señor, que de Dios inmortal se hizo hombre el más pobre, de dueño de todo se convirtió en necesitado de todo; y en María Santísima que fue la más perfecta imitadora de su Divino Hijo.

«San Francisco de Asís llamaba la pobreza su esposa dilecta, y él mereció de ser en la Santa Iglesia modelo y maestro de esta virtud eminentemente religiosa. ¡Espectáculo de pobreza a los Ángeles, al mundo, a los hombres fue también San José Labre, que a la extrema pobreza unió la extrema abyección! Oh, ¡de cuántas inestimables riquezas fueron colmados por el Sumo Dios estos escogidos campeones de la Santa Iglesia!

«La santa pobreza es mina de muchas otras virtudes: de la humildad, de la paciencia, de la templanza, del santo desapego: ella es el verdadero tesoro escondido a los ojos de los mundanos, ¡para cuya adquisición tenemos que dar toda gloria mundana!».

El Padre recuerda un argumento particular, que compromete los Rogacionistas con la pobreza: «Los que pertenecen a esta mínima Congregación tengan un amoroso transporte hacia la santa pobreza. Ellos son llamados a ella con particular vocación de Dios por medio del muy pobre y abyecto lugar, famoso por su pobreza y abyección, en que empezó, y se halla afortunadamente iniciada, esta comunidad, y como porque somos todos abandonados en las manos de la divina Providencia, sin renta ninguna, sin poseer nada, pobres de todo, en medio de una turba de pobres que nos rodea. Sería pues mayor delito para nosotros desviarnos de este santo principio, en que la providente mano del Señor nos puso. Oh, quiera Dios que sepamos aceptar tanta suerte, y que esta pequeña familia religiosa tenga siempre por su preciosa dote tal pobreza evangélica. Pero si la noble uniforme de la pobreza queremos que forme nuestro honor, es menester que nosotros la amemos y estimemos, así como el Dios providente nos la da, acompañada por los queridos incómodos y malestares que la adornan. No tenemos jamás que pretender de tener el honor de la pobreza y los beneficios de las riquezas: esta es demasiada ambición, dijo el Santo Obispo de Ginebra».

El Padre pasa luego a encomendar atención y vigilancia, que el diablo, igual bajo pretexto de bien, no nos haga desviar de estos principios: «Cuidémonos de un engaño del demonio, que es que,

hallándonos nosotros por gran ventura comprometidos en la salvación de las almas y el alivio de los cuerpos de nuestro prójimo, y además en la formación de esta mínima familia religiosa, y por esto somos faltos de muchos medios, no tenga el enemigo de la virtud y de nuestras almas que alterar la pureza de nuestros deseos y la búsqueda desinteresada, recta y humilde de los medios que necesitamos. Al revés, ¡seamos vigilantes en este propósito, considerando firme que las saludables obras de religión y de cristiana y beneficencia se forman con el ejercicio de las santas virtudes y no con la adquisición de dineros, más bien con la humildad, con la paciencia, con la fe en Dios, más que con los medios terrenales, y que el ejercicio de la pura caridad acompañado por la pobreza evangélica es fuente inagotable de oportuna providencia por uno mismo y por muchos otros!» (N.I. Vol. 10, p. 191-192).

10. El primer pobre del Barrio Aviñón

El Padre se había consagrado a los pobres, vivía entre ellos y por ellos; por lo tanto, el Padre Vitale pudo escribir: «Él era el primer pobre del Barrio Aviñón; se puede decir que envidiara la suerte de los que vestía y alimentaba; y por esto no raramente se sentaba a comer con ellos para gozar un instante de la semejanza con sus hermanos adoptivos» (Vitale, **ob. cit.** p. 628).

«Tuvo el espíritu de la pobreza; de esto tuvieron origen sus obras grandiosas». «El espíritu de pobreza del Siervo de Dios lo sacamos de esto todo lo que tenía personal lo dio a los pobres, y de las cantidades que administraba eran ellos los dueños». El voto de pobreza «él lo observó según su espíritu usual de iluminada caridad hacia los demás y de renuncia por sí mismo. (...) Nos amonestaba que la pobreza es causa del florecimiento de las comunidades y su desprecio la ruina de muchas otras. Solía decir que pedir es ejercicio de pobreza: “El que pide es pobre”, eran sus palabras». «Encomendaba siempre que la pobreza fuera la custodia de las casas; en defecto de ella, el Señor castigaría las casas». «Observó siempre el espíritu de pobreza, más bien nos dio como ejemplo San Francisco de Asís y San José Labre».

«Fue siempre observante de la pobreza más estricta; más veces me prohibió de comprar, entre los pescados, los más caros, porque, protestaba, no se tiene que faltar a la pobreza; nosotros tenemos que dar la comida a los pobres. nuestros vestidos tenían que costar muy poco ya menudo se interesaba de ver el coste, siempre con el usual estribillo: “También los pobres tienen que comer”. El dinero era todo para los pobres y para las necesidades del Instituto. Este espíritu de pobreza era inculcado también a nosotros; el Padre pasaba revisando todos nuestros objetos personales para ver si todo era conforme dicho espíritu».

«Lo hallé siempre pobrísimo, sea en los vestidos, sea en su habitación: a menudo daba a los pobres su ropa personal, y sentí decir que ciertos efectos los repartía durante los viajes, por ejemplo, en Calabria, en eventuales encuentros con pobres, por lo cual a menudo le faltaba el cambio de ropa. Oí decir que sus colegas canónigos murmuraban cuando lo vieron por primera vez en hábitos canónicos comprados de segunda mano; pero él con calma, solía decir con una sonrisa: “¡Dejadme en paz: tengo mis pobres!”». «Oí decir que las vestes canónicas las compró de segunda mano. Nos decía en las exhortaciones que el espíritu de pobreza nos atraería en modo especial las gracias del Señor».

«Fue repleto de espíritu de pobreza. Reprochó porque un día las hermanas alquilaron una carroza funeraria de segunda clase: “Son gastos inútiles”, dijo. “Cuando se trate de mí, no gastéis

dinero ni para un carro de tercera clase: será suficiente para esto una **forficella** (pequeño carro tirado de manos)».

Recuerda una hermana: «Me habían regalado un cubierto de plata: creí oportuno ponerlo en el sitio del Siervo de Dios. Cuando se dio cuenta, me pidió si en casa hubiesen cubiertos de latón; yo tenía una en la cocina y, tras haberla limpiada, se la presentó: “¡He aquí la que me gusta y que me vale!”».

«La superiora del Espíritu Santo había creído oportuno cambiar las cortinas de la sala de recepción con otras de mejor calidad. “No, no”, dijo él cuando se dio cuenta, “¡esto es contrario al espíritu de pobreza!”, y se tuvo que quitarlas en seguida». Otra hermana: «Hallé en el cajón de la superiora una navaja, con al lado un escrito de la misma superiora: “¡Prohibido su uso por el Padre porque elegante!”. “Vaya”, contesté yo, “¿Y dónde está la elegancia?”. Se trataba en realidad de una navaja común, de las que se venden a poco precio en los bancos de la plaza; pero había en el mango una incrustación de madreperla, y por eso el Padre lo rechazó».

Prohíbe a los superiores «de hacer, para el mantenimiento de los sujetos de la casa, ¡gastos más allá de lo justo y necesario! Se recuerden que tienen el voto de pobreza, que, si la divina Providencia nos alcanza, no se tiene que abusar y disgustar así a Nuestro Señor y obligarlo a retirar su mano benéfica. Se provea lo necesario y no el superfluo sea en la comida que, en los vestidos, ropa, muebles, herramientas, etc. etc.». insiste que no se falte a la pobreza bajo el pretexto de la economía: «Todos los objetos necesarios sean de clase ínfima, hecha excepción de lo que pueda servir al respeto de personas importantes. No se ponga por delante el pretexto que unas cosas sean para el ahorro, en cuanto que para ser mejores puedan durar más: aquellas de baja elección, bien conservadas y tenidas pueden durar igualmente. Ni valga la razón que tal vez cosas lujosas no vienen compradas, sino regaladas, hace falta cuidarse de esta insidia del demonio. Tal vez hace falta rechazarlas; si luego por justos motivos se aceptan, si son vendibles se vendan, sino se conserven para los forasteros y personas importantes, no por uso propio» (Vol. 1, p. 222).

11. La habitación del Padre

En todas las casas fundadas por el Padre, evidentemente se tenía reservada una habitación por él; esta habitación, aunque siempre pobre y modesta, no era por doquier arreglada en el mismo modo. Los textos naturalmente hablan cada uno de la habitación vista por él; de aquí la variedad de los informes.

«A menudo noté que la habitación del superior es más cómoda que la de los demás; mientras la habitación del Siervo de Dios no difería de las otras. Oí decir por sacerdotes que el Siervo de Dios en sus instrucciones para ellos solía inculcar especialmente el espíritu de pobreza». Tenía el agua bendita en la habitación, pero no quiso la pilita por espíritu de pobreza: tenía que bastar un vaso.

«La pobreza fue verdaderamente extrema en Aviñón: suelo con tablones ásperos, sillas con cuerdas, muy sencillas, cubiertos de barro, al punto que el Padre Cusmano llegó a decir que el lugar ahogaba la Obra». «En su pequeña habitación faltaba todo. Era en efecto uno de las famosas barracas de Aviñón. Un sacerdote nuestro, entonces estudiante, que venía de Oria a Mesina, escribió: “¡San Francisco no habría nada para envidiar a nuestro Padre, en cuanto a pobreza!”. Cuando fueron emitidos los votos, se moderó bastante el rigor para no alejar las vocaciones».

«En Oria amaba las celditas verdaderamente franciscanas de nuestro convento alcantarino de San Pascual; allí vivía con gusto y no habría querido que se hicieran transformaciones, y al que, lamentablemente las hizo, sin que él lo supiera, dijo quejándose: “¡Se nota que eres un anti franciscano!». Oigamos justamente el autor de estos cambios: «Recuerdo las protestas continuas que me hizo, cuando cambié el suelo de su celda en Oria, formado por fragmentos de barro y piedra triturada, mezclados con cal, pero ya consumido y hundido, sustituyéndolo con losas sencillas de diversos colores que, a dicha del albañil, costaban menos que el antiguo sistema. Me dijo que hacía falta distinguir entre **economía** y **pobreza**: no todo lo económico conviene a un religioso; los frailes igual compran más el paño determinado por la regla. A mi observación que los suelos de los dormitorios de los huerfanitos tenían un implante de losas hexagonales, replicó que los huerfanitos no hacen voto de pobreza como los religiosos». «Para él todas las renunciaciones en hecho de comida y vestidos; para los enfermos en cambio y para los externos todas las larguezas, hasta las más refinadas. Su habitación era desnuda. Recuerdo que habiéndole sido anunciada un día la visita de un obispo, todos nosotros nos pusimos en actividad para arreglar, lo mejor que podíamos, con muebles tomados por otras salas, su habitación; pero él nos impuso tranquilidad y paz, diciendo que después de todo el obispo venía a visitar un pobre religioso».

Toda la comunidad dormía en camas con redes metálicas; él en cambio permaneció con la cama con caballetes y tablones.

«Recuerdo que cuando se abrió el Instituto de Oria, durante unos diez días todos dormíamos en camas de fortuna, y también en sencillas esteras o mantas; él quiso sin nada dormir en tablones desnudos, cubiertos por una sábana, diciendo que los huesos de un viejo son más resistentes que los de un niño, más tiernos. Ejemplo admirable, para nosotros, de pobreza y también de humildad, fue aquel mismo tiempo en Oria cuando, por falta de otros, él hizo el cocinero y el criado, durante quince días, desempeñándose también discretamente y con toda normalidad. Recuerdo que una taza de barro, según un sistema que él había inventado, servía en Oria a nosotros y a él, en la mesa, para todos los usos. Los platos eran de barro fabricados en Grottaglie, con unos escritos morales de inspiración suya. Se consumían los diversos alimentos en un único plato».

Otros informes recalcan estos episodios, con nuevos detalles: «En Oria toleró con dificultad el enladrillado en su pequeña habitación, hecho durante una ausencia del Siervo de Dios, pero no se dobló para nada a dormir en una cama; quiso conservado su colchón sobre dos tablones con caballetes de madera». En Oria su habitación, como se puede aún ver, si no es mísera es pobre: una cama con caballetes y tablones; tenía una cuerda en diagonal para secar alguna camisa, que tal vez él mismo lavaba; las perchas eran constituidas por largos y gordos clavos de hierro, que él mismo había pegado en las paredes, y que él mismo había cubierto en sus cabezas con trapitos para que no dañaran los hábitos. Con este espíritu se explica su gusto de estar en medio de los pobres y de comer con ellos. Las amonestaciones para nosotros sobre el espíritu de pobreza eran frecuentes; la amonestación solemne, sin embargo, acontecía en la novena de oraciones que se precedía cada año la renovación de los votos».

«Su habitación la quería sencilla, las paredes blancas de cal, pocos muebles, cuadros sagrados y papeles. No quería que se menospreciara por nosotros los objetos de casa también mínimos: la negligencia le molestaba mucho». Nos recuerda una hermana: «En su habitación fui una sola vez con otra cohermana para hablarle no recuerdo de qué: quedé admirada por su desnudez, y especialmente por las zapatillas gordas y rojizas que el Padre llevaba, que entonces me parecían no convenientes para un sacerdote». «La habitación era pobre, pero rica de reliquias sagradas encerradas en un cuadro.

Eran muy frecuentes las exhortaciones acerca del espíritu de pobreza, a ejemplo de Nuestro Señor, de San Francisco de Asís, etc.».

«En Trani su habitación tenía el suelo con tablones y prohibió a la superiora que se sustituyeran con baldosas». La celda era pequeña y pobre como la de un franciscano. «A nosotros que queríamos preparar una habitación un poco más grande y menos escuálida, con toda sencillez contestaba: “No, hijas; aquí estoy muy bien, no me falta nada; ¡ni en Mesina disfruto todas estas comodidades!».

La superiora de Taormina nos habla de sus intentos de «hacer menos pobre su cama con un solo colchón duro; llené dos, segura que le iría a gustar; ¡nunca lo hubiese hecho! Reproches solemnes y el orden de devolverle el primero. Creí otra vez de eludir el orden preparando una única funda, pero amplia, en que entraron las lanas de los dos primeros colchones. También esta vez se multiplicaron los reproches: me llamó de mente corta y testaruda: ¡no gané para nada! (...) En la habitación, dos sillas; se añadían otras cuando debía recibir alguien, una mesa, una percha austera, ¡ay de nosotras si hubiéramos cambiado o hecho novedades para mejorías bajo cualquier pretexto! Un contenedor de barro para lavarse, una mesa, una cajonera para la ropa, un Crucifijo de mesa, unos libros (me agradeció sonriendo cuando le hizo halla bien encuadernados los cinco volúmenes de Martini), algún periódico, unos cuadros en las paredes, entre ellos San José Labre, su queridísimo, porque llamado el santo de los piojosos».

12. Sus hábitos

Sus hábitos y sus muebles tenían la impronta de la modestia y de la pobreza; para su renovación hacía falta que pensarán otros. Éramos nosotros que le sugeríamos el cambio del gorro, de los hábitos cuando eran gastados y tenía que ir a algún lugar donde convenían vestidos más decentes; nosotros pensábamos a su ropa a menudo desgastada, agujereada; pero él era muy escrupuloso en la higiene personal.

Vestía modestamente, los hábitos eran casi siempre descoloridos y gastados, a menudo parcheados, como los zapatos. Más de una vez la Conferencia de San Vicente tuvo que hacerle la sotana, porque la que llevaba encima ya no le convenía. También otros bienhechores le proveían de vez en cuando en ropa y zapatos, pero muchas veces aquellos vestidos acababan en manos de los pobres.

Una vez el Padre Catanese le compró un gorro nuevo, pero tuvo que hacerle desaparecer el viejo para que el Padre se persuadiera de aceptarlo. Alguna vez las hermanas le cocían una vestimenta nueva, y él no se les mostraba satisfecho, diciendo que aquel dinero se podía dar a los pobres, y para él la veste vieja podría durar aún con algún remiendo. De todas maneras, las vestimentas tenían que ser siempre de paño común y la ropa de tela áspera.

Una vez – cuentan las hermanas – como tenía que ir al Santo Padre, le preparamos unos zapatos nuevos, habiendo escondido los viejos parcheados: no se dio por vencido; le tuvimos que llevar las viejas.

El zapatero no sé por qué una vez se persuadió a hacer para le Padre un par de zapatos con el chirrido. Cuando el Padre se dio cuenta exclamó indignado: “¿Qué es esta vanidad?”, y mandó que aquellos zapatos fueran inmediatamente echados en el fuego.

Viendo encima de algún religioso el hábito nuevo fuera de una motivación plausible, se dolía suavemente de ello e invitaba pronto a cambiarlo.

«Me hizo un día reprochar por la maestra – recuerda una hermana – porque además de arreglar y limpiar su sotana, me atreví a plancharla; dijo que esto iba contra el espíritu de pobreza».

Pobreza y limpieza van bien de acuerdo, y el Padre nos lo mostraba con su ejemplo. El espíritu de pobreza era pulcramente conjunto con el sentido de la higiene: amaba mucho la cura hidroterápica Kneipp. Solamente viéndolo era proclamar la pobreza: limpio, pero sin lujo. Y el Padre Vitale: «Él en lugar de ser rebuscado en el vestido, tenía cuidado de mantenerse puro y limpio. Y este amor a la limpieza lo conservará durante toda la vida; también cuando tendrá la sotana y los zapatos parcheados, la capa muy descolorida, no tolerará manchas y polvo en sus vestimentas. Parecía que la limpieza del alma lo impulsara a hacerla aparecer también por su persona» (Vitale, **ob. cit.** p. 27-28).

13. Pobreza siempre y en todo

Pobreza en los viajes. Ya lo mencionamos, pero nos quedan otros testimonios. Ciertamente, «en la edad avanzada – destaca el Padre Vitale – el Padre fue obligado a menguar los rigores de la pobreza, especialmente durante los achaques de su enfermedad, sea en la comida, sea en los viajes por la noche, tomando por necesidad la segunda clase, sea en el uso de habitaciones menos rígidas, pero con el mismo desapego interior» (Vitale, **ob. cit.** p. 632). Esta necesidad se imponía por sus condiciones de salud; pero en su vida no quiso nunca un billete de ferrocarril de segunda clase. «Viajaba a menudo para visitar las casas en Sicilia y en las Apulias: se servía del tren siempre en tercera clase». Una vez que durante un viaje se había dado cuenta que las hermanas estaban haciendo en la estación un billete de segunda clase para él, escapó en la tercera, dejando a las religiosas en peligro de perder el tren (**Ibid.**). Pero una vez el Padre hizo un viaje de lujo... Escuchemos el Padre Drago: «El Padre siempre viajaba en tercera clase. Sólo una vez en Trani, teniendo que ir a Roma, tomó la carroza con camas, porque enfermo a las piernas y por imposición del médico. De aquí el escándalo de los de Trani, que por una vez vieron el Padre en un viaje de lujo. Aquella vez yo que venía de Oria lo acompañé para asistirlo en el viaje». Estábamos en septiembre u octubre de 1924, y el Padre se había comprometido para la adquisición de la casa de Roma.

No quiso el automóvil: en los últimos tiempos, a la propuesta de adquirir un coche, él se opuso, contentándose de un burro que le tirara la carrocita.

Un señor de Ceglie poseía una yegua hermosa, que era la admiración del pueblo; en seguida después de la guerra, habiendo comprado un coche y no pudiendo tener ya el animal, al que era muy aficionado, para no hacerlo ir en manos de desconocidos, la cedió, medio vendida y medio regalada, al Padre Palma para los huerfanitos. En la primera ida del Padre a Oria, el Padre Palma lo fue a buscar a la estación con la yegua soberbia; pero el Padre, como la vio: “No, Padre Palma – dijo – este animal es para señores, no hace para nosotros”. El Padre Palma intentó explicar cómo había ido el asunto, que era casi un regalo etc.; pero el Padre no aceptó razones, imponiendo al Padre Palma de devolver la yegua al primitivo dueño. Mientras el Padre Palma intentaba de disponer este a retomar el animal, este, en la bajada de San Benito, deslizó y fue a chocar contra el muro de la catedral, muriendo en el golpe. La señorita Martini, después de esta desgracia, regaló al Instituto un caballo suyo, que tenía inutilizado en el establo porque cojo; que muy pronto nuestros chicos bautizaron **tres pies**. «Esto es

para nosotros – dijo el Padre en cuanto lo vio – aquel otro era de señores y Dios justamente nos lo quitó».

En lugar de un bolso de cuero, para libros y otros objetos personales, usaba un gran pañuelo de colores como bulto, que llevaba bajo la capa. En los viajes llevaba bultos gruesos en vez que maletas: era menos que un campesino.

El vestido de los canónigos se completaba con las hebillas en los zapatos y el anillo al dedo. Sabemos por el Padre Vitale que las hebillas el Padre se la dio a él (cf. Vitale, **ob. cit.** p. 631). El anillo sirvió al Padre por los días secos. Una hermana depone: «Cuando vi al Padre la primera vez en Palmi, tenía el anillo, que luego en Mesina no se lo vi nunca jamás». Le hacía hacer sus viajes de ida y vuelta al monte de piedad. Afirma el Padre Russello: «Un día el sacerdote D'Agostino y yo desempeñamos su anillo; esto aconteció más veces». Entraba en el asunto también la marquesa de Cassibile: «El anillo canonical se veía sí y no en su dedo: la Marquesa Cassibile lo tenía como prenda por unas cantidades que le prestaba, siempre por obras de caridad». Sabemos por el Padre Vitale que luego acabó en los dedos de la Inmaculada en la iglesia de San Francisco (Vitale, **ob. cit.** p. 630).

El Padre buscaba, en todo, la pobreza. Recuerda el Padre Vitale: «Un día, invitado conmigo a comer en una pequeña comunidad religiosa, sospeché por un momento que se pudiera ofender la pobreza en la mesa: pero cuando nos dimos cuenta que faltaban hasta los vasos necesarios, y se presentó también alguno roto, oh, ¡la alegría del Padre! “Estoy empezando de veras a gozar, me dijo, estamos entre pobres, no hay peligro de mal”» (Vitale, **ob. cit.** p. 631).

Era en efecto esto el espíritu que infundía en las casas: «En cuanto al espíritu de pobreza excitado en nosotros, recuerdo que, en los comienzos de Aviñón, el mismo plato de barro servía cada día para nosotros y para los pobres, para el primer y el segundo plato, después naturalmente de fregarlo; el vaso era una taza de barro que servía para los dos usos. El tazón que servía para lavarnos era también pequeño».

Pobreza también en la comida. Por haber observado en Taormina el uso del queso en los macarrones, que aquella comunidad se había permitido de poner, justamente por la presencia del Padre, quedó mal; y viniendo a Mesina, pidió a la Superiora cómo se hubiese arreglada en el asunto; y esta contestó que se usaba el queso en los días de Navidad, Pascua, el 1 de julio y en el santo de la superiora local.

«Él autorizó y envió una circular en propósito a las demás casas, para encomendar con esto el espíritu de pobreza». «Me reprochó una vez, por falta de pobreza, porque usé, sirviéndolo en la mesa, un plato más». «Un día a la Madre Nazarena puso la duda si la guarnición del segundo plato en realidad no constituyera un tercer plato, y como esto se tenía que evitar como contrario a la pobreza; por la misma razón encomendaba fruta de una sola cualidad».

También al Padre pasaba, raras veces, de producir algún daño a la casa... He aquí como reparaba: «Supe que, en Taormina, celebrando la Misa, él rompió una ampolla; por penitencia y para reparar el daño se impuso un pan y agua de rodillas. Solía hacer así cuando le acontecía algo parecido».

Su espíritu de pobreza era perfecto: para ahorrar en el papel, se servía de cada trocito para escribir. En todos los monasterios pobres beneficiados por él hizo una carta circular en que encomendaba de no alternar las páginas escritas de las cartas, por amor de la santa pobreza; y añadía que así él habría podido usar la media hoja en blanco, y por eso daba el ejemplo.

«El espíritu de pobreza lo inculcaba a todas nosotras; en el comedor quería que nada se desperdiciara. Haber untado de aceite un día el papel para asarle el pescado, constituyó para mí un reproche por falta en la pobreza». «En la cocina quería que nada de verdura se perdiera. Solía decir: “Donde es suficiente el plomo, no pongáis el oro”, y se refería especialmente a los cubiertos; pero cuando se trataba de la casa de Dios decía que no se tiene que ahorrar. Pero también por estas cosas quería un reflejo de la pobreza por su persona; también los paramentos sagrados por él no tenían que ser ricos, mientras sí lo tenían que ser por los demás».

Cerremos con los testimonios que se refieren al uso del dinero. Él nunca llevó dinero encima.¹¹¹ Si tenía que hacer la caridad, era la superiora la que proveía a las diversas entidades religiosas, ciudadanos o forasteros, y luego la portera era la que repartía las limosnas pequeñas. «Nunca llevó dinero; era el hermano que lo acompañaba quien pensaba siempre en ello». «El dinero no reinaba nunca en sus bolsillos. Decía: “¡Limosna larga y secreta!”». «Para él gastaba poco, para los demás quería que no se faltara de nada». Pero cuidaba que la comunidad tuviese lo necesario, encomendaba aborrecer lo superfluo.

c) OBEDIENCIA

14. Escuchemos al Padre

Las contestaciones más fuertes en la Iglesia hoy se refieren a la obediencia, pero el cristiano que quiere vivir perfectamente su fe no se alejará, ni en este tema, de las enseñanzas del magisterio. El religioso, además, es perfectamente informado sobre la naturaleza y el compromiso de la obediencia por **Perfectæ Caritatis** (n. 14) y **Evangelica testificatio** (n. 23-29). Nosotros publicaremos unas enseñanzas del Padre, que sustancialmente concuerdan con los recientes documentos de la Iglesia, recordando que estos tratan el tema por el lado teológico, mientras el Padre desarrolla su importancia ascética.

«Toda la naturaleza inanimada creada por Dios, no es sino una perfecta y continua obediencia a su divina voluntad. Lo mismo tendría que ser por todas las criaturas razonables. Pero no siendo así en la generalidad de los hombres, hace falta que el cumplimiento de la divina voluntad sea compensado por los religiosos, que por esto se consagran a Dios, para ponerse perfectamente a disposición de su divina voluntad. Ahora, esta adorable voluntad no puede cumplirse sino por medio de la santa obediencia hacia los a los que somos sujetos.

«Este voto de obediencia es el carácter más especial de un instituto religioso: no se puede concebir comunidad religiosa sin perfecta obediencia. El que se consagra a una religión tiene que reconocer que se consagró a la obediencia de los que tienen derecho a mandarlo: la voluntad de aquellos tiene que ser su voluntad, ¡y tanto más será perfecto y santo el religioso, cuanto será más sujeto a la santa obediencia en todo y por todo, externa e interiormente, sea en las cosas espirituales que en las temporales!

¹¹¹ Los diversos testimonios en este punto quieren decir que el Padre **habitualmente** no llevaba dinero encima y se refieren a sus últimos años. Cuando él viajaba solo, evidentemente llevaba dinero, que sin embargo acababa muy pronto en las manos de los pobres y él en la nueva casa de llegada repostaba.

Oh, ¡misterios admirables de la Sabiduría! Cuando el religioso llega a este estado de perfectísima dependencia de la voluntad de los demás, parece que él perdió su propia libertad y se haya convertido en esclavo; pero no es así, más bien es todo lo contrario. El religioso, que en la persona de los superiores ve la misma de Dios y vive bajo la obediencia, no depende más por el hombre sino por Dios: Dios mismo toma dominio sobre este escogido, es Dios que lo gobierna, lo regenta, lo guía y lo conduce por medio de aquellos mismos que aparentemente lo regentan, lo guían, lo gobiernan, y mientras parece que un superior hace lo que quiere de su súbdito, en cambio es Dios mismo que celosamente hace de aquel súbdito lo que Él quiere. Acontece entonces que el perfecto obediente, perteneciendo a Dios, no sólo no puede ser sujeto y esclavo de alguna humana voluntad que no venga de Dios, sino que goza de la verdadera y amplia voluntad de los hijos de Dios.¹¹²

«Pero no terminan aquí las cualidades de la santa obediencia. Esta gran virtud en el religioso lo eleva a la más alta santidad en brevísimo tiempo, y lo enriquece de toda otra virtud, lo hace inmensamente querido al Corazón Santísimo de Jesús; todas sus acciones florecerán, todo lo que hará con la obediencia será todo bendito por Dios, y toda acción, incluso la mínima e indiferente, porque santificada por la obediencia, ¡será para el perfecto obediente una mina de tesoros inmensos espirituales y temporales!».

El Padre sigue insistiendo en los bienes que la obediencia llega a la congregación: «Estos son los frutos deliciosos de la santa obediencia en el religioso tomado individualmente: lo que luego sean en toda una comunidad observante, se puede relevar por aquellas religiones benditas por Dios, que llenaron con santos la santa Iglesia. Una comunidad en que reina la perfecta obediencia es una fortaleza inexpugnable ante los asaltos del enemigo, porque nada puede todo el infierno allá donde reina la obediencia: es una planta que echa profundas sus raíces, y ni los vientos, ni los huracanes sirven para arrancarla; es un templo donde reina Dios como reina entre los bienaventurados del cielo; ¡es una tierra fértil, donde corre leche y miel, donde germinan todas las flores y frutos de las virtudes y de las buenas obras; es una congregación de santos, es una imagen del Paraíso! ¡Bendita por el Sumo Dios y por la efusión de la caridad del Corazón de Jesús, la comunidad de los perfectos obedientes! ¡Infeliz el que por primero lleva la bandera de la rebelión, contradiciendo a los mandatos de la obediencia, en una comunidad de religiosos observantes! ¡De un primer mal ejemplo muchos otros llegan, y entra Satanás para reinar allí donde reinaba Dios!» (N.I. Vol. 10, p. 189).¹¹³

¹¹² El Padre anticipa con estas palabras la enseñanza de **Perfectæ caritatis** (14): «Esta obediencia religiosa no mengua en manera alguna la dignidad de la persona humana, sino que la lleva a la madurez, dilatando la libertad de los hijos de Dios».

¹¹³ En un papelito hallo unas notas del Padre por los que siempre tienen que contestar a los superiores: «¡El tal superior se porta mal en su lugar!». Y tú, ¿cómo te regulas en el tuyo? (...) Ahora, si tú te portas mal en el tuyo, ¿con qué valor criticas los demás? Pero tú dices: “Si yo hubiese sido en aquel lugar, no habría hecho aquella acción, ¡me habría portado diferentemente en aquel caso!”, ¡te estás equivocando! ¿Quién no sabe que, fuera del gentío, las cosas, mirándolas con ojo calmo, se ven diferentes de lo que las ve el que en ellas se halla? Ahora, aunque sea justo tu juicio, a sangre fría tú juzgas qué partido tomarías, ¡pero no consideras la posición de un superior cuando está en vilo entre un sí y un no, cuando es sitiado no por uno sino por muchos asuntos! ¡En una situación parecida deslizarías tú también! ¿Quién te asegura lo contrario? O, por lo menos, harías bien en una acción, ¿pero, en cuántas otras irías equivocado? Pero tú no quieres fijarte en muchas otras acciones en que tu superior se regula bien, de estas no hablas, ¡sino que tienes el ojo siempre alertado para coger algún error! Pero cuidado que el demasiado ejercicio de tener el ojo para la censura no te haya provocado algún daño en el espíritu, y tú juzgas todo lo contrario, y censuras allá donde tendrías que alabar, ¡y te quejas de lo que está bien hecho! ¿No serás acaso uno de los que ven siempre el contrario y jamás hallan algo que les contente? Si el superior es celoso, tú lo llamas imprudente; si él es prudente, tú lo dices tímido; si castiga a alguien, lo llamas riguroso; si perdona, lo acusas de debilidad; si se apresura, dices que está arruinando las cosas por demasiada premura; si espera, dices que no se preocupa de reparar; si no hace nada, dices cuántas cosas que podría hacer; si hasta hace algo bueno, tú te acuerdas en seguida de lo que no hace. Ahora, ¿no ves que no hay manera para que estés contento y para que se calle aquella lengua tuya tan venenosa? Tú te imaginas de saber muy bien cómo se hace el bien y cómo se repara el mal, cuáles

15. Siempre obediente

Antes de todo, la obediencia del Padre hasta que permaneció en familia.

Fue siempre obediente a la mamá, menos cuando se trató de la vestición sacerdotal. «Supe por él – así el Padre D’Agostino – que de chico había el intenso deseo de ir en bicicleta, pero no la usó nunca, supongo por la prohibición de sus venerados maestros y sacerdotes». «Escuché por su boca: “Fui siempre obediente a mis padres, excepto cuando mi mamá intentaba impedirme de seguir mi vocación». Escuchemos este testimonio por la sobrina, señora Schiró: «Recuerdo que la mamá nos decía que el Siervo de Dios había sido siempre obediente y sometido a su madre. Si esta protestaba ante el arzobispo contra la dedición completa del hijo hasta llegar a olvidar sus más elementares necesidades, él un poco humillado, pero sonriendo decía: “Madre mía, ¿qué hicisteis?”».

Cuando fundó la Obra, él obviamente fue su superior y todos le reconocían con gusto esta propiedad; pero él lo hacía todo siempre en espíritu de obediencia. Amó la obediencia en un modo especial. En ella hallaba la voluntad de Dios, y quería que también nosotros la halláramos allí. Por él la obediencia era la madre de los demás votos. De las hermanas aprendí que a menudo pedía consejo a ellas, antes de emprender el cumplimiento de algo importante. «Nos decía que la obediencia es la virtud real para ir al Paraíso. A menudo pedía el parecer a la superiora, antes de hacer algo». «No hacía nada sin el permiso de las autoridades locales, del obispo o del alcalde, o del párroco; y nos decía de hacer también nosotros lo mismo».

«A menudo se remetía al Consejo y al parecer de las superioras de las casas y también de hermanas, cuando creía que así fuera mejor». Una hermana presentó una vez a su autorización un elenco de florecillas personales para hacer durante toda la cuaresma, entre las que había una: **obediencia ciega**; y él con la propia mano añadió: “**Todo el tiempo de la vida**”.¹¹⁴

El Padre a veces hallaba el modo de obedecer a sus mismos súbditos. «A menudo, por ejercicio de la obediencia, pedía los permisos (por ejemplo, beber fuera de las comidas, usar algunas cosas, ir a algún lugar), a inferiores, tal vez también a hermanos coadjutores. Solía decir que hay también un modo de hacer obediencia también a los propios súbditos. Exhortaba a menudo a la obediencia hecha por espíritu de fe; y recuerdo una efficacísima instrucción cuya en propósito, en que tomó un niño de unos 6 años, nos lo puso en medio y dijo: “Si lo hago superior, vosotros le tenéis que obedecer como

son los límites de la virtud, cuáles son las reglas de la moderación, cuáles los deberes, etc. (...) tú, en una palabra, te imaginas de tener en mano la balanza de lo justo y de lo honrado; y es en esta balanza de tu fantasía que quieres pesar las acciones de tus superiores; y no te das cuenta que, por esta sola temeridad, tú eres el culpable, mientras te crees el juez; ¿y que por esto sólo que te arrogas un derecho que por nada te atañe, muestras que no sabes nada ni de derechos ni de deberes? Por eso hay que concluir que, en el aprecio de las cosas en ti acontece como en el enfermo, que, por su paladar malo, llama lo amargo dulce y lo dulce amargo: así eres tú, porque perdiste las verdaderas ideas de lo justo y lo honrado – mientras que no es ni justicia ni honradez juzgar y censurar libremente tus superiores – ni distingues bien lo verdadero de lo falso» (Vol. 27, p. 119).

¹¹⁴ Según la ascética tradicional, el Padre vuelve a menudo sobre la obediencia ciega, contra la cual hoy hay una censura, y hablar de ella es... un verdadero escándalo. Es cuestión de entender la importancia de la palabra. Téngase también el diálogo, amplio, abierto lo que se quiera, pero es en la naturaleza de la obediencia que siempre quede **a salvo la autoridad del superior para determinar y mandar lo que debe hacerse**. Si el superior decide en manera no conforme a las vistas o a las esperanzas del súbdito, éste, **si quiere obedecer**, tiene que hacer la obediencia **ciega**, o mejor **iluminada** por la fe, que le hace reconocer en los superiores los **que hacen las veces de Dios**, y él, con el sacrificio de la obediencia se **une de manera más constante y segura a la divina voluntad salvífica** (PC 14).

a mí mismo”». «A menudo pedía consejos sobre lo que se tenía que hacer a nuestra superiora y a los reverendos Padres Rogacionistas y cumplía con gusto sus propuestas».

«Una vez, hallándose con el hermano Mariano, el Padre le pidió permiso para beber, porque entre nosotros había la costumbre de pedir por esto el permiso al superior inmediato; pero cierto que el superior no se dirigía al inferior. Por esto el hermano, sorprendido, le dijo que no casi protestando que el Siervo de Dios le pidiera estas cosas; él sin embargo tomó a la letra aquel no, y no hubo manera para convencerlo para beber». «Alguna vez en la comunidad solía pedir unos permisos por acciones incluso mínimas, por ejemplo, beber (...) al Padre Vitale, al Padre Palma, y alguna vez también a algún hermano anciano, como por ejemplo el hermano María Antonio, que a menudo lo acompañaba en los viajes. No pudiendo obedecer a unos superiores, porque él era el natural superior, buscaba igual estas ocasiones para ejercerse en la virtud de la obediencia. Sé muy bien que pedía y cumplía los consejos pedidos y dados, además que por los superiores eclesiásticos, también por el Padre Vitale y el Padre Palma. Más bien recuerdo que el Padre Vitale en este propósito, me decía que el Siervo de Dios solía tal vez actuar contrariamente a su **forma mentis** e, interrogado por él sobre el cambio de directiva respondía con toda seriedad y sencillez que el tal o tal otro le había aconsejado aquella conducta».

El respeto hacia las autoridades civiles era muy acentuado; el hacia las autoridades eclesiásticas no se desmintió nunca. Siempre y escrupulosamente reconoció los derechos de la parroquia; pedía el permiso por algún trabajito que fuera ocurrido en el domingo en la casa del Espíritu Santo; se dirigía al párroco cuando hubiese muerto alguna persona para obtener el permiso del acompañamiento; la bendición pascual de la casa del Espíritu Santo quería que la hiciera el párroco. Un Hija del Sagrado Costado: «Cuando venía a nuestras casas era obsequiaba los párrocos y obispos; y esta reverencia la inculcaba también a nosotras».

16. Con los obispos

Escribe el Padre Vitale: «En las manos de los superiores eclesiásticos el Padre era un cordero; bastaba con que entreviera sus deseos, para que los cumpliera con prontitud y exactitud». Había propuesto para sí y para nuestra enseñanza de «no obstinarse nunca en el propio juicio y en la propia opinión, sino de obedecer a los superiores no sólo exteriormente, sino también interiormente uniformando a los suyos los pareceres y perspectivas propias. Y en esto salió admirable en ciertas circunstancias, en las que halló por divina disposición alguna oposición a sus ideas en los superiores; y me acuerdo una vez sentirlo enérgicamente protestar contra el que quería casi alienarlo de una perfecta sujeción y exclamar: “Es un superior mío y esto basta para que yo lo siga ciegamente”» (Vitale, **ob. cit.** p. 623).

Leamos otros testimonios: «A los Ordinarios con que tuvo que tratar, dedicó toda la obediencia debida, como resulta elocuentemente por toda su correspondencia». Fue obedientísimo al Sumo Pontífice y no quería oír distinción entre **ex cathedra** y no; fue puntualísimo en cumplir no solamente los preceptos, sino también los consejos de los obispos. «Que fuera muy devoto a los obispos, lo saco de las vivas recomendaciones que nos hacía estando en Oria. “Cuidado chicos: en cuanto veáis el obispo por las calles tenéis, como en Mesina, correr a sus pies, arrodillaros, besar el anillo, pedir la bendición. El obispo representa al Señor; será también un buen ejemplo para los oritanos, que no suelen ser tan expansivos con el obispo”».

En particular diremos algo sobre las relaciones del Padre con Monseñor Di Tommaso, Obispo de Oria, y Monseñor Razzoli, Obispo de Potenza.

Por el primero tenemos que recordar un desencuentro entre él y el Siervo de Dios: «Recuerdo poco claramente que el obispo de Oria, Monseñor Di Tommaso, me hablaba de alguna diversidad de opiniones entre él y el Siervo de Dios, pero que siempre este se uniformaba finalmente a su pensamiento». Más precisa este otro testimonio: «Sé que fue siempre obediente a los Obispos; recuerdo, por ejemplo, que deseando el Siervo de Dios hacer sacramental el oratorio de las hermanas en San Benito, pidió al obispo Monseñor Di Tommaso el permiso; pero éste se mostró contrario. El Siervo de Dios replicó: “Para nosotros es algo vital, pero, puesto su prohibición, hágase la voluntad de Dios y permanezco contento igual”. Y, en respuesta, el obispo: “Y yo por vuestra obediencia os concedo el permiso”. El episodio lo contó el mismo obispo». Evidentemente el obispo corta los tiempos, porque la obediencia del Padre lo dobló, pero después de muchos años, en 1917; y en aquella ocasión el Padre, agradeciéndole el favor concedido, le pedía perdón por haber muchas veces insistido en la petición, añadiendo: «Ciertamente que los obispos, que el Espíritu Santo puso para regentar la Iglesia, tienen luces particulares contra los que es temeridad elevarse y que tampoco hace falta indagar sino respetarlos siempre en silencio» (Vol. 29, p. 71).

«Monseñor Di Tommaso había entendido la obra del Padre y podía decir: “¡Me evangelizasteis Oria!”. Antes de nuestra llegada, a los curas en Oria se les tiraba zanahorias, tomates y restos de manzanas, sobre todo por parte de los chicos; pero seguidamente, acercados y atraídos por nosotros a través de pequeños regalos, juegos y catequesis, se regeneraron totalmente».

El silencio con relación a las disposiciones de los superiores recuerda un episodio acontecido al sacerdote Antonino Occhiuto, que durante muchos años fue capellán de las Hijas del Divino Cielo en Santa Eufemia de Aspromonte. Él escribe: «En una persecución de 1925 yo era golpeado directamente por el Superior, porque el obispo de Mileto, siempre tras insinuaciones, había tomado ciertas sanciones contra mí. Yo fui a Mesina a ver el Padre, para pedir su consejo, e igual su intervención. Me contestó dulcemente animándome a tener paciencia y a sufrir: “¡El superior mal aconsejado, se hace convencer por el silencio!”, me dijo. Él había hecho la experiencia de esto. Yo también, pasado un cierto tiempo, siguiendo el consejo del Padre, me convencí de la verdad de su postura».

De las relaciones con monseñor Razzoli y de la intachable conducta del Padre hacia él, ya tratamos suficientemente en la citada memoria **El Padre y las Hijas del Sagrado Costado**; aquí nos limitamos a mencionar el testimonio de una de las Hijas y la de monseñor Farina, ya Visitador Apostólico de aquel Instituto.

Después de la prohibición hecha al Padre, de acceder a la casa de Potenza, «yo – depone la hermana – con alguna postulante, protesté ante el Siervo de Dios, y él a decirnos todo premuroso: “Hace falta obedecer ciegamente; los superiores representan a Dios”. En efecto recurría siempre en sus labios en las instrucciones que nos daba: “Obediencia escrupulosa a los sacerdotes y a los obispos”; y recuerdo que muchas veces, antes de tomar una decisión definitiva, decía: “Hace falta informar el obispo y seguir su postura”». Por su lado Monseñor Farina atestigua: «Me impresionó el gran respeto para con los superiores eclesiásticos por él manifestado en los discursos tenidos conmigo, no excluido Monseñor Razzoli, obispo de Mársico y Potenza, del cual yo conocía haber sido tratado con gran severidad, siendo este mal prevenido hacia él. Puedo decir que de su labio no oí ninguna palabra de queja y mucho menos murmuraciones hacia cualquier persona». Y con referencia a la prohibición impuesta por Razzoli, sigue: «El Canónigo había aceptado humildemente la dura y humillante disposición, obedeciéndole totalmente; lo que es cierto es que conmigo, como ya atestigüé

antes, habló siempre con todo respeto y deferencia de aquel prelado, aunque disintiendo de él sobre el juicio de las dos hermanas. Y en general fui siempre edificado, tratando con él, por la serena paz y equilibrio de su alma, a pesar de las contrariedades y también de las ingratitudes provocadas en la dirección asumida de esta naciente asociación, que había aceptado solamente porque movido por sentimientos de caridad, para no hacer perecer muchas iniciativas de bien, igual pequeñas en sí mismas, pero de suma utilidad y ventaja para los centros humildes».

17. Con su Ordinario

Obviamente hablando de las relaciones del Padre con diversos obispos, hace falta recordar antes de todo las que tuvo con su Ordinario diocesano, el arzobispo de Mesina, y propiamente con los tres, bajo cuyo gobierno desarrolló sus actividades: el Cardenal José Guarino (1875-1897), Monseñor Letterio D'Arrigo (1898-1922) y Monseñor Ángel Paíno (1923-1927).

He aquí las condiciones de espíritu del Padre en propósito. Recuerdo que un día dijo que si sus superiores lo hubiesen exonerado del cuidado de la Obra, habría obedecido con todo el corazón, pidiendo sólo a Dios de ser tranquilo; y al Padre Vitale, en seguida después de la autorización de las Congregaciones, escribía sobre sus futuras relaciones con las Hijas del Divino Cielo: «Si Monseñor o quien por el me mandará de no tener ninguna parte **erga sorores** etc., con la gracia del Señor siento que obedecería **statim et gaudenter**» (Vol. 33, p. 119).

Cardenal Guarino. Recuerdo que, en el comienzo de su sacerdocio, el Padre, que había ido a Oria para una visita a María Palma, fue rogado de introducir en aquella ciudad la devoción a Nuestra Señora de Lourdes, predicando un triduo en la iglesia de San Domingo. Habría podido aceptar sin nada; pero él quiso el permiso de su arzobispo; por eso escribió a Guarino, que «a pesar de que yo tenga un poco de gana (...) de predicar en honor de María Santísima (...) no quiero ni abrir boca ni para una jaculatoria sin un claro, explícito y **espontáneo** (el subrayado está en el original) permiso de Vuestra Excelencia Reverendísima. Estoy convencido que está perdido todo lo que se hace sin obediencia, y yo no quiero sentirme decir: **Trabajaste toda la noche y no tomaste nada**» (02.05.1878).

Un testigo después de haber dicho que el Siervo de Dios «a los obispos fue sometido **ex corde**», sigue, con referencia a Guarino, «tanto que alguna vez fue puesto a dura prueba su espíritu de iniciativa, como cuando el Arzobispo Guarino le decía de esperar que todo habría hecho, iglesia e instituto, la Marquesa de Cassibile, y esperó en vano cinco o seis años; y también cuando le impuso de asistir el hermano enfermo de neurastenia, que se había fijado de tenerlo siempre a su lado».

El Padre Vitale recuerda: «El Cardenal Guarino, sintiendo tocar por la noche el portón de su palacio, solía decir graciosamente: “Este tiene que ser el Canónigo Di Francia, que quiere alguna obediencia”. Hacía referencia a las visitas no raras del Padre en aquella hora, para pedir aclaraciones, consejos al obispo en sus diversas hazañas y la absoluta dependencia del Padre de la autoridad eclesiástica en la explicitación del ministerio». En cuanto a la sumisión y la obediencia a los superiores eclesiásticos, me resulta que era muy devoto al Arzobispo Guarino, que luego fue cardenal. En la muerte del cardenal, él mostró celo por los entierros, hizo el elogio fúnebre y se encargó de la publicación de un número único en memoria de él. En dicho elogio el Padre recuerda la benevolencia de Guarino hacia sus orfelinatos «que formaron más veces objeto de tierno amor y sentida benéfica compasión del ilustre Extinto» (Vol. 45, p. 32).

Monseñor Paíno confiesa a su vez: «En todas las relaciones que tuve con él quedé siempre muy edificado; notaba siempre con admiración y conmoción la piedad ferviente, la fe vivísima, la caridad sin límites, el celo y el ardor nunca sacio de bien. Me siguió siempre y muchas veces me previno, en las obras de asistencia y beneficencia a las que, por obligación de mi ministerio por las especiales necesidades de la diócesis, empezaba, consolándome y animándome con premura tan atenta, tan afectuosa, tan tierna, que no puedo recordar sin lágrimas. Sentía de hallarme siempre delante de un santo, bajo la protección de un santo».

En una carta a Monseñor Parrillo, el Padre por su parte devuelve este homenaje a Monseñor Paíno: «Yo tengo que confesar la verdad: Monseñor Arzobispo Ángel Paíno tanto yo como también los míos de mis Institutos masculinos y femeninos, ¡lo miramos como ángel de caridad, bondad y ardiente celo para la gloria de Dios y para el bien **espiritual** y **temporal** de todo el místico rebaño a él confiado! Él es ya a punto de empezar obras sublimes. Por lo que nosotros podemos comprender, constatamos singularísimas virtudes en este escogido por el Señor: la más recta intención, piedad profunda, compasión la más tierna para con los pobres y enfermos, actividad incansable, con desprecio de la propia salud y de las propias comodidades para la gloria del Señor y bien espiritual y temporal de todos. Pero le acontece lamentablemente lo que dijo el Apóstol: **Qui pie volunt vivere in Christo Jesu persecutionem patientur**. Tiene persecutores en Mesina en medio del clero, especialmente en los con los que tal vez se tiene que mostrar fuerte, como requiere su conciencia. Pero tanto yo, como el Canónigo Vitale, que le estamos cerca, le animamos y le consolamos» (Vol. 29, p. 48).

En conclusión, diré que, si el Padre fue a morir a la Guardia, fue por obediencia a Monseñor Paíno: no habría querido ir allá, porque ya se sentía moribundo, pero confió que iba con gusto para obedecer a la voluntad del Señor, manifestada por el arzobispo.

18. Monseñor D'Arrigo Arzobispo de Mesina

Monseñor Letterío D'Arrigo (1849-1922) es el Arzobispo del terremoto. Su mérito principal es el renacimiento de Mesina en el mismo lugar del desastre. Al general Mazza, que lo invitaba a alejarse, porque los escombros de la ciudad tenían que ser bombardeados para hacer nacer la nueva Mesina en la llana de Milazzo, D'Arrigo opuso un enérgico rechazo, después del cual fue decidido un nuevo plan maestro sobre las ruinas de la ciudad destruida.

El Padre Caudo en apéndice al semanal **La Scintilla** (enero 1955, 158-162 puntada) traza un panegírico halagador sobre la vida y las actividades de D'Arrigo, concluyendo: «He aquí lo que pude y supe decir del gran Arzobispo, Monseñor Letterío D'Arrigo».

No seremos nosotros a contestar sus altísimos méritos, su caridad, su celo, su amor a la ciudad natural y su incansable cuidado de hacer revivir las tradiciones en la plenitud del espíritu cristiano después del desastre del 28 de diciembre de 1908: «pero la historia es historia – destaca el mismo Padre Caudo, como postula a lo que había dicho antes – y no se tiene que mutilar ni alterar, porque historia casi contemporánea y porque quedará en las manos de muchos y en el Archivo histórico de Mesina, donde es cuidadosamente recogida». Nosotros destacamos principalmente que la historia tiene que ser un homenaje a la verdad y también otra motivación: el panegírico está bien en las inscripciones que se ponen en las tumbas, pero donde entra el derecho de los terceros, verdad y justicia

rechazan el compromiso; digamos de los **terceros**, al plural en nuestro caso, porque el Padre y el Padre Vitale son igualmente acomunados en esta situación.

También por esta – como dicho por la escisión de Roccalumera – nos referimos al biógrafo del Padre, que hará luz completa sobre los acontecimientos, mientras nosotros diremos lo que basta para hacerlos comprender en las líneas esenciales.

Monseñor D'Arrigo, antes de ser elegido obispo, era canónigo de la catedral de Mesina. Sus relaciones con el Padre eran cordiales. D'Arrigo ciertamente no se sustraía a los perjuicios del ambiente eclesiástico local: «Aquel dichoso Canónigo Di Francia se había puesto en aquel avispero de Aviñón, del que no conseguía quitar los pies...» y, aunque alargando la mano, D'Arrigo no faltaba de hacerle sentir alguna picadita: «Pero, ¡haga el canónigo en vez de embarcarse en estas hazañas!». A pesar de esto, todas las veces que el Padre, constantemente luchando con deudas y necesidades, estaba obligado a recurrir al Canónigo D'Arrigo, este, rico de nobleza y de gran corazón, no lo despedía nunca con las manos vacías, rechazando – y lo recordamos por explícita confesión del Siervo de Dios, más veces repetida – cualquier devolución cada vez que el Padre hablaba de préstamo.

D'Arrigo – lo dijimos antes – cada año iba a celebrar en Aviñón la fiesta del 1 de julio hasta su elevación al episcopado; adhiriendo a la petición del Padre, asumió la dirección espiritual de su madre y de su hermana profesor de moral en el seminario, mostraba predilección por los clérigos del Padre; cuando en 1891 inauguró la iglesia del Sagrado Corazón, quiso por el Padre las diversas inscripciones que en lápidas marmóreas adornaban el altar; y finalmente, en la muerte de su madre en 1897, fue el Padre que dictó la inscripción puesta en la puerta de la iglesia en el entierro.

Como canónigo brilló entre sus colegas por su doctrina – había sido discípulo predilecto del Canónigo Ardoino, insigne profesor de moral – pero también por su bondad de corazón.

Era el benjamín de Monseñor Arzobispo Guarino y de su Vicario Monseñor José Basile. Pero he aquí que de repente las relaciones entre él y la autoridad eclesiástica se ofuscaron. El Padre Caudo lo trató en **La Scintilla** y lo escribió aún en dos informes, pedidos por nosotros. Son motivos extraños a nuestro tema y no pararemos en ellos; pero las consecuencias fueron tristes y dolorosas, y nos interesan vivamente.

Entonces el clero de Mesina se dividió y se crearon partidos. Por un lado, los fieles a la legítima autoridad, por otra parte, los sediciosos, encabezados por el Canónigo D'Arrigo. Los curas darriguanos habitualmente se reunían en su casa en Archipeschieri para cortar los paños encima de los superiores, con vivo disgusto de la madre de D'Arrigo, que sintiendo hablar contra el Cardenal una vez no pudo aguantarse, apostrofando la cuadrilla impenitente: «Pero dejadlo estar aquel pobrecillo: ¿qué daño os hizo?». La animosidad de los rebeldes fue tan más allá, que, contra Guarino, ya elevado a la púrpura, fue publicado un periódico clandestino muy violento, intitulado **La Diócesis**, que asumió una gravedad deplorable durante la preparación de las celebraciones para las bodas de oro sacerdotales del Cardenal Guarino, aunque éste hubiese ya sido afectado por la parálisis.

Todo esto, repetimos, es triste y doloroso, y sería bonito pasarlo bajo silencio; pero no hallaríamos entonces la explicación de la naturaleza de las relaciones entre Monseñor D'Arrigo y el Padre.

Sin lugar a duda, el Padre no podía aprobar la conducta del Canónigo D'Arrigo; él sostenía el principio de autoridad y estaba con Guarino porque era su obispo; ¡y cuánto hubiese dado para inducir D'Arrigo al respeto y a la obediencia a su superior! Él no se hallaba en condiciones de intervenir directamente, pero había un alma gemela, que intentó todos los caminos de la reconciliación,

lamentablemente sin conseguirlo. Fue el canónigo Vitale que obtuvo por el Cardenal que invitara D'Arrigo a predicar los ejercicios a los clérigos y luego que, en la muerte de Padre Muscolino, le sucediera en la enseñanza de la teología moral en el seminario. Sin embargo, los buenos oficios de Canónigo Vitale no cambiaron las disposiciones de D'Arrigo.

En el mes de septiembre de 1897 el Cardenal Guarino falleció; y como Vicario Capitular – por renuncia de Basile – en la segunda elección salió elegido D'Arrigo. Sus amigos triunfaron y empezaron a tocar el bombo para hacerlo nombrar arzobispo de Mesina. «Para la elección de D'Arrigo, escribe Caudo, hubo una suscripción, pero clandestina y de poca gente. Público en cambio fue el trabajo por parte de los darriguanos, especialmente de Bruno». Bruno era un cura que, por los contrastes con Guarino, había abandonado la diócesis, pero D'Arrigo, en cuanto elegido Vicario Capitular, lo llamó de vuelta al seminario y llamó también otros exiliados ya adversarios de Guarino. Se formó así un grupo de trabajadores para la elección e D'Arrigo para arzobispo. El Padre Caudo habla de interés de diversos entre los peces gordos, que intervinieron para llevarlo adelante: de hecho, D'Arrigo fue nombrado Arzobispo, entrando solemnemente en Mesina el 25 de marzo de 1898.

19. Con la nueva Curia

Monseñor D'Arrigo nombró en seguida canónigos amigos suyos, Mangraviti, Bruno, De Francesco, Carnazza, y se formó la nueva Curia. En esto, nada para quejarse, porque era natural que él se rodeara de hombres de su confianza. Sin embargo – escribe Caudo – «él tuvo la culpa de mirar con poco afecto todos los que habían sido aficionados a Guarino y que en las divergencias de que hablé habían estado siempre en la parte de la autoridad eclesiástica o se habían mostrados neutrales». Es esto el **punctum dolens** del gobierno de Monseñor D'Arrigo: no buscó, o no consiguió soldar la división que desafortunadamente se había creado en el clero: consideró los guarinianos siempre enemigos suyos y creyó de ser objeto de odio por parte de los mismos: eran estas las palabras usadas por él, por cuanto impropriamente, como diremos más abajo. Así que la división en el clero se profundizó y siguió todavía durante muchos años; y en el tiempo de don Orione era aún viva.

Pero hay que precisar en seguida: Monseñor D'Arrigo no persiguió positivamente los guarinianos, no pesó la mano sobre ellos, al revés, más bien intentó, en ocasiones, favorecerlos y hacerles el bien, pero no tuvo confianza en ellos, los consideró siempre enemigos – digamos sin problema la palabra fea, porque por él usada comúnmente – no entendió, en resumen, que ellos – ciertamente por lo que se refiere al Padre y al Padre Vitale – estaban con Guarino cuando y porque el superior era Guarino y con D'Arrigo cuando y porque D'Arrigo era superior.

Retomemos el hilo de la historia. «El Canónigo Di Francia – escribe el Padre Caudo – nunca tomó parte activa en dichas divergencias; pero bastaba su gran afección para con el Arzobispo Guarino para ser mirado con ojo poco benévolo por la nueva Curia». He aquí además nuevos coeficientes que venían a enturbiar más las aguas. Sabemos que D'Arrigo ya compartía los prejuicios contra el Padre; ahora se añadían las intervenciones desfavorables del hermano, el Canónigo Francisco, que se había separado de él recientemente por la fundación de Roccalumera. Oigamos nuevamente el Padre Caudo: «Yo frecuentaba las casas de Aviñón, donde daba lecciones a unos jóvenes, entre los cuales recuerdo: Russello, Chiapparone, Pergolizzi, etc. Sentía pues hablar a menudo sobre las divergencias entre los dos hermanos. Noté esto, que nunca don Aníbal me hablaba mal del hermano; sólo alguna vez me decía alguna palabra para justificar su actuación, de que su hermano hablaba mal».

Otro coeficiente de malentendidos: la unión del Padre con el Padre Vitale. Se conocieron y quisieron desde 1886: Di Francia fue desde entonces para él el Padre y Vitale se demostró constantemente hijo amante y fiel; pero esta intimidad daba sombra a la Curia, porque Vitale había sido predilecto por Guarino, que jovencísimo lo había nombrado padre espiritual de los clérigos en el seminario y, con apenas 28 años, canónigo de la catedral. Es verdad que el Padre Vitale había dado no pocas pruebas de estima y reverencia a D'Arrigo, pero... tenía su pecado original: por eso, destaca el Padre Caudo, «¡fue poco respetado por el nuevo arzobispo, que lo creía un hipócrita!». Hay que compadecer al pobre Monseñor D'Arrigo... ¡Hasta qué punto había sido seducido por los que lo rodeaban! El Padre Caudo quedó mal por ello: él escribe que la expresión lo afectó, «que sentí en seguida en mi corazón menguar grandemente la estima que tenía por la virtud de Monseñor D'Arrigo». Todo esto para explicar el estado de ánimo de Monseñor D'Arrigo hacia el Padre. Así se entenderán los diversos testimonios.

Empecemos con el del Padre: él no podía no entender bien el ánimo del arzobispo y se culpaba de ello a sí mismo, como leemos en su autoelogio, en tercera persona: «Alejó de sí y de la Obra Piadosa el ánimo de Monseñor D'Arrigo, Arzobispo de Mesina» (N.I. Vol. 7, p. 242).

20. La amistad con don Orione

Después del terremoto de 1908 fue a Mesina don Orione, nombrado por San Pío X Vicario General de la diócesis, carga que él mantuvo desde el 25 de junio de 1909 hasta el 7 de febrero de 1912. Entre tanto, un nuevo motivo de difidencia por parte de Monseñor D'Arrigo hacia el Padre brotó de las relaciones amistosas y fraternas que unían íntimamente los dos Siervos de Dios.

Empiezo diciendo que en 1967 Monseñor Pantaleón Minútolí, Vicario General de Mesina, publicó el 4º cuaderno de **Mesina ayer hoy**, dedicado por la mayor parte al recuerdo de la obra de Monseñor D'Arrigo. Felicitándole, me permití destacar: «Lástima que de los procesos del Padre y de don Orione caen en la memoria de Monseñor D'Arrigo unas sombras que no es posible disipar». Me contestó en seguida: «No estoy de acuerdo con lo que escribes sobre Monseñor D'Arrigo. Las sombras **si queréis**, se podrán disipar no sólo, sino que **las tres figuras** podrán alumbrarse mutuamente y serán tres estrellas en el cielo de Mesina. Yo venero los tres. Ayudémonos mutuamente. Quisiera que comprendieran esto también los hijos de don Orione». ¡Qué alma bella, aquel muy querido Minútolí, que yo tuve codo a codo, en el mismo banco, durante cuatro años de teología en el seminario de Mesina! Pero, con buena paz de su alma – paz que él goza ya en el regazo de Dios – aquí no entra la voluntad de nadie: ¡los hechos son hechos y la historia es historia!

El Padre tuvo noticia de don Orione a partir de 1900 y alegrándose con él que «aún joven se había todo consagrado, alma y cuerpo, mente y corazón, al servicio de Nuestro Señor Jesucristo», le escribe que desde aquel día lo había tenido siempre presente en sus oraciones deseando un encuentro personal con él en sus viajes a Sicilia, donde don Orione había ya abierto una casa en Noto (cf. N.I. Vol. 7, p. 118). Pero el encuentro tuvo lugar sólo en la trágica circunstancia del terremoto. Los dos entonces se comprendieron perfectamente, y sus almas se ataron juntas como las de David y Jonatán (cf. 1Sam 18, 1). En una venida de don Orione a Mesina, en 1922 o 1923, el Padre Vitale lo presentó a nosotros los estudiantes como un gran amigo de nuestro Padre; y don Orione subrayó en seguida con complacencia: **¡Amigo verdadero, amigo verdadero!**

Dicho esto, ¿no podemos callar que el vicariato de don Orione le fue un verdadero calvario! Nos limitaremos aquí a decir que Monseñor D'Arrigo no lo entendió, ¿no tuvo en él confianza ninguna! No revelo ningún secreto si recuerdo lo que el Postulador de los Orionitas publicó en los artículos para el proceso apostólico de don Orione. Monseñor D'Arrigo acusó a don Orione al Secretario de la Sagrada Congregación Consistorial – así entonces se llamaba el actual Congregación por los Obispos – «como hombre de media conciencia, que sabe acomodarse con todos, evita los contrastes, alborota contra el arzobispo, alardeando la amplia protección del Santo Padre» (art. 125).

¿Qué ambiente difícil para el pobre don Orione! Pero el Padre lo sostuvo abiertamente; y don Sante Gemelli, de los Hijos de la Divina Providencia, decía que, en aquel tiempo, ¿el Canónigo Di Francia fue el **ángel de la guarda visible de don Orione!**

Si pues don Orione y el Padre eran uña y carne, es fácil imaginar cómo tenía que ser mirado el Padre por Monseñor D'Arrigo y los suyos. Se explica así lo que leemos en un informe: «Aprendí, así por grandes rasgos, por el Secretario del arzobispo, Monseñor Magraviti, que después del terremoto de 1908, se murmuraba contra el arzobispo; y de esta cuadrilla hacían parte don Orione y el Canónigo Aníbal María Di Francia». Por esta razón Monseñor D'Arrigo desaconsejó al Canónigo Celona de cohabitar con el Padre.

21. Monseñor D'Arrigo y los Rogacionistas

He aquí la actitud de Monseñor D'Arrigo hacia la Congregación de los Rogacionistas. Leemos en un informe: «Oí así vagamente que el Siervo de Dios fue acusado, junto con el Padre Vitale, de poco afecto hacia Monseñor D'Arrigo, Arzobispo de Mesina, y que esta situación de espíritu remontara al hecho de la elección de dicho D'Arrigo a Vicario Capitular, y que, en el fondo, la razón de los desencuentros estaba en esto, que el Arzobispo D'Arrigo quería la Obra para sostén de la diócesis, mientras el Siervo de Dios miraba también más allá».

Evidentemente el testigo ignora todos los antecedentes, de los que hablamos y limita los contrastes a la naturaleza y al fin del Instituto. Esto había nacido con el nombre de Congregación de **Clérigos Regulares para los Pobres del Sagrado Corazón** y Monseñor D'Arrigo lo había bendecido en la fiesta del Patrocinio de San José de 1900, el 6 de mayo. Él evidentemente pensaba a un colegio eclesiástico, que le preparara sacerdotes para la diócesis. En realidad, los jóvenes, como eran ordenados, el Obispo los destinaba a las parroquias. El Padre en cambio quería una congregación religiosa real y desde el comienzo preanunció un regular noviciado, que habría instituido en el momento favorable. Pero los jóvenes permanecían firmes en la idea del sacerdocio y no pensaban a la vida religiosa; así que, cuando en 1904 se vieron imponer el noviciado, dejaron el Padre, acogidos por Monseñor D'Arrigo en el seminario.

El Padre tuvo que empezar de nuevo. El reconocimiento concedido por Monseñor D'Arrigo era simplemente oral, y en 1909 el Padre pidió el decreto de erección (Vol. 29, p. 26); pero si él había un motivo particular para pedirlo, porque con el terremoto el Instituto salía fuera de la diócesis, Monseñor D'Arrigo creía de tener nuevo motivo de negárselo por la presunta conspiración con don Orione; y por eso no se hizo nada con ello. Y nada hizo también después, cuando en el 1919, el Padre le presentó las Constituciones elaboradas a norma del Código recién publicado (Vol. 29, p. 32).

Hace falta sin embargo destacar que, en sus últimos años, las ideas de Monseñor D'Arrigo sobre el Instituto habían cambiado.

En efecto, admitiendo los primeros clérigos rogacionistas a la tonsura, renunciaba a contar con ellos. Hizo hacerles un juramento con que ellos declaraban de ordenarse por cuenta de la Congregación de los Rogacionistas, existente de hecho y, en el caso esta después no hubiese podido tener la erección canónica, que querían incardinarse en la diócesis de Mesina.

Si Monseñor D'Arrigo no llegó a la autorización de las Constituciones, se debe al hecho que, fuerte centralizador por naturaleza, quería hacer todo él con sus manos – ¡llegaba hasta a escribir con su propia mano, detalladamente, las notas de misas para asignar a los sacerdotes! – y por eso el manuscrito permaneció durante años en su mesa, sepultado bajo una avalancha de prácticas, hasta que el Señor no llamó consigo el arzobispo al Paraíso.

22. «No podríamos ser de Dios...»

En septiembre de 1922 Monseñor D'Arrigo celebraba sus bodas de oro sacerdotales. El Padre, presentando las felicitaciones con la comunidad, le leyó una dirección en la que tuvo estas expresiones: «¡Excelencia, aquella nada que somos, somos todos suyos, y no podríamos ser de Dios si no fuéramos suyos!» (Vol. 45, p. 550).

“¡Muy bien!”, interrumpió entusiasta Monseñor Paíno, que en aquellas palabras del Padre leyó una nueva confirmación del buen espíritu de él, que lamentablemente durante largos años no había sido comprendido por Monseñor D'Arrigo.

Este principio de fe era la regla de oro, que marcó siempre las directivas de marcha en toda la vida del Padre: ¡para él, la autoridad representaba Dios!

Significativa la recomendación que hacía a Saro Marchese. Éste había tratado con confianza el canónico D'Arrigo durante largos años; pero ahora el Padre insistía para que él venerara su dignidad: «Recuerdo aún las advertencias que me daba cuando fuera en la presencia del Arzobispo D'Arrigo: no era Monseñor D'Arrigo, sino el obispo, el apóstol: así que suma devoción arrodillándome para besar el anillo». El Padre D'Agostino, entonces clérigo rogacionista, recuerda: «Tratándose de obediencia a los superiores, no caminaba, sino volaba. Un día Monseñor D'Arrigo supongo que le había aconsejado de reducir mis encargos, si quería que pudiese atender mejor en los estudios para ser luego ordenado sacerdote, porque, regresado en seguida a casa, me dijo: “¡No os preocupéis de nada más que de estudios!”».

Siguen otros testimonios: «Hacia el Arzobispo D'Arrigo, sucesor del Cardenal Guarino, por lo que me resulta no fue contrario ni desobediente, aunque el Arzobispo D'Arrigo trató poco bien el Canónico Di Francia. Esto lo pude relevar no por lo mismo Canónico Di Francia, que no se quejaba nunca y mucho menos hablaba mal de los superiores, sino de otras personas, que se disgustaban por la adversidad de la autoridad eclesiástica contra la persona y los Institutos de Di Francia».

«Antes de mi venida a la Congregación supe que la Curia diocesana no veía bien al Siervo de Dios; (...) él, sin embargo, por respuesta, se apretaba cada vez más fuertemente al Corazón de Jesús. Yo a mi vez, en 22 años de permanencia a su lado, no sentí nunca una palabra de resentimiento contra sus superiores». «Fue obediente al Arzobispo D'Arrigo, y según lo que contaban unas hermanas, este

no le era siempre benévolo (...) yo sin embargo no sentí sobre esto nada por el Padre, que más bien hablaba siempre bien del Obispo, inculcándonos la obediencia».

Se notaba que, si salía alguna disposición de la Curia, el Padre buscaba en todos los modos de justificarla. Y con una hermana que se refería no cierto benévolamente a las primitivas disposiciones del obispo hacia nuestro clero, el Padre intervino en seguida: «Callad, callad: el Señor habla por medio de los superiores; aunque la Congregación fuera destruida, sería lo mismo contento obedeciendo».

23. ¡Siempre fiel!

No solamente el Padre fue obediente a D'Arrigo, sino que se le mantuvo siempre fiel, dándole numerosas pruebas de afecto y devoción en todas las ocasiones.

Él confía en la protección y en la ayuda moral del Pastor para la vitalidad de la Obra: «Sin esta protección y sin esta ayuda nosotros menguaríamos, como plantitas que secarían recién germinadas en el campo» (Vol. 29, p. 24). Declara que para la formación de una congregación «no tanto confieren todas las humanas protecciones y la abundancia de los medios terrenales, cuando le confiere el favor y la bendición del propio pastor espiritual, siendo aquí el caso de repetir con el Profeta: **Hi in curribus et hi in equis, nos autem in nomine Domini!**», y cierra implorando «una larga y eficaz bendición que, como rocío celestial, penetre nuestras almas y nos infunda gracia, fecundidad, perseverancia y vida» (**Ibid.** p. 13). En otra ocasión confiesa que la protección del obispo «entre nosotros es tesoro más grande que podemos tener, y el paladio de nuestra existencia y la egida segura en todo contraste de la vida» (**Ibid.** p. 14).

En el volumen de los versos hallamos una lírica para la fiesta onomástica de Monseñor D'Arrigo (p. 265) y conservamos otros trabajos que no fueron publicados, para la Sagrada visita del Prelado a Taormina y a Graniti. Para el setenta aniversario de Monseñor, el Padre publicó dos discursitos; en las bodas de oro sacerdotales, además de la dirección mencionada arriba, escribió cinco oraciones con las relativas estrofas para el solemne triduo tenido en catedral, al que él dio comienzo con un discurso.

En 1907 un periódico ciudadano dirigido por Eugenio Toscano, primo del Padre, publicó una frase injuriosa por Monseñor D'Arrigo, y el Padre tomó en seguida las defensas del arzobispo en estos términos:

«Mi muy querido Eugenio, en el último número que me entregaste de **Germinal**, leí, con mi disgusto, que Su Excelencia nuestro Monseñor Arzobispo es llamado: **¡El Sacristán D'Arrigo!**

«¡No te escondo, querido Eugenio, que quedé escandalizado por ello!

«¡Lo siento inmensamente por ti, que estás echándote en un abismo! ¡Ya empiezas a ofender gravemente a Dios, a amargar su divino Corazón! ¡Empiezas poco a poco a perder la reflexión y el remordimiento de lo que haces! Será también verdad que no eres tú que escribes estas expresiones tan desagradables para el Ungido del Señor: pero tú eres el director, el representante del periódico; pues, la responsabilidad es tuya, y ante Dios y ante tu conciencia.

«Grande es la dignidad de todos los sacerdotes, y más aún la de los Obispos, y Jesucristo dijo sobre ellos, como también de los sacerdotes sencillos: **Vos dii estis**: vosotros sois como muchos dioses. Y dijo también: **qui vos spernit, me spernit**: el que os desprecia me desprecia a mí mismo.

«Tú me dirás: “Pero el Obispo, pero los sacerdotes no hacen su deber”.

«Antes de todo no te toca a ti, ni nunca podrías ser a la altura de juzgar si el Obispo sepa o no cumplir con su sublime ministerio. Si todos tenemos la prohibición de **juzgar** a nuestros hermanos, habiendo dicho el Apóstol: “**¿Quién eres tú que juzgas a tu hermano?**”, ¿cuánto más tenemos la prohibición de juzgar nuestros superiores eclesiásticos? ¡Y tú lo juzgas y lo insultas! Que sepas que tú también eres un súbdito del Obispo: él tiene el poder eclesiástico de todas las conciencias.

«Estoy de acuerdo además que pueda haber sacerdotes que falten en alguna cosa. ¿Y con esto? A nadie es lícito insultar quien sea, y mucho menos los ministros de Dios; ¡de nadie es lícito publicar las culpas, y mucho menos de los Ungidos de Dios! **Cam**, aquel hijo de Noé, fue maldecido por su padre porque se había burlado de él, hallándolo dormido desnudo y mareado por el vino: ¡pero Sem y Jafet fueron benditos porque lejos de corresponder a la irrisoria invitación de Cam, entraron caminando de espaldas para no ver la desnudez paternal, y la taparon con un manto!

«¡Como **Cam** serán maldecidos por Dios los que publican y se burlan de las culpas de los sacerdotes, y como **Sem** y **Jafet** serán bendecidos los que las disculpan y las esconden!

«**Dios es celoso de sus sacerdotes y no los quiere ofendidos, por lo cual está escrito: Nolite tangere Christos meos: No queráis tocar mis Cristos.**

«Así que, muy querido Eugenio, ¡muy malo es el camino en el cual te pusiste! Y como sacerdote, como amigo, como primo, ¡te advierto que Dios podría castigarte severamente! ¡Él puede hacerte infeliz en esta vida y en la otra! Y no te creas que Dios lo deja hacer siempre: sino que, ¡Él se reserva su sábado, en que hace las cuentas y paga!» (30.09.1907).¹¹⁵

¹¹⁵ Nos gusta publicar la continuación de esta carta, con sus llamadas de atención paternas al primo que abiertamente olvidaba los intereses de su alma:

«¡Tú no tendrías que olvidarte de los días de tu niñez, cuando crecías cristianamente, educado con muchos buenos principios, que hacías hasta de **monitor** de la Doctrina Cristiana! ¿Desde cuánto tiempo hace que no te acercas más a la Confesión y a la Santa Comunión? (...)

«El mundo pervertido te rodeó: ¡te enseña el lucro, te llena de alabanzas, te embriaga y todo es una enorme traición para servirse de ti para sus finalidades! ¡Tenían necesidad de una tipografía y de un tipógrafo capaz para su disposición, y echaron el ojo en ti, pobre joven! ¡Yo estoy penetrado de íntimo dolor por ti! ¡Tú no podrás ser feliz en este camino! No te creas que te enriquecerás, que adquirirás reputación. La harina del diablo se pierde en salvado, y la verdadera reputación es la que se adquiere al lado de los sabios, de los honrados, ¡y no cerca de los que son ellos también ilusionados, infelices o engañadores pervertidos!

«Piensa que tienes un alma, muy querido Eugenio, que la muerte la tenemos todos encima, y antes o tarde nos llamarán ante el tribunal de Dios, ¡y no te quieras poner en el riesgo de perderte para siempre!

«¡Escucha mi palabra, que es palabra de un familiar aficionado, que te ayuda a reconocer el grave peligro en que estás!

«Comprendo que cuando uno desafortunadamente se puso demasiado en un camino, no le es fácil retroceder de golpe; pero al menos empieza a reflexionar en tu estado, empieza a temerlo; ¡leva los ojos al Cielo cuando estás a solas, y ruega el Altísimo, ruega a la Inmaculada Madre de Dios, que tengan piedad de ti, que te perdonen, que te den tiempo, gracia y ocasión para volver en el recto camino! Ruega a Dios que te preserve de actuar jamás ninguna cosa contra su santísima Voluntad y contra su santísima ley.

«Yo no cesaré de rezar cada día por ti para que te ponga en otro camino, ¡para que te libere de la esclavitud del mundo en la que caíste! (...) ¡Que vuelvas a ser cristiano y católico, por cómo cristianas y católicas fueron siempre nuestras familias, y así fuiste tú también!».

Sigue una postila: «¡Considera esta carta como un aviso que te envía el mismo Dios, que no te quiere perdido!».

Señalamos otra intervención del Padre en defensa de Monseñor D'Arrigo en una dolorosa circunstancia.

Los años extremos del arzobispo le fueron amargados por parte de unos desaconsejados que, en junio de 1920, publicaron un folleto clandestino titulado **La Nueva Diócesis**, con el subtítulo **Qui gladio ferit, gladio perit!**, evidente referencia a la **Diócesis** publicada contra el Cardenal Guarino.

El Padre se entristeció por ello más allá de las palabras. Un día en la mesa – había con él solamente el Padre Catanese y el Vicario Antonuccio de San Pier Niceto, además del Padre Vitale; yo los servía – hablaban sobre el evento que había indignado la ciudadanía. Recuerdo en un cierto punto las expresiones del Padre: «En todo este doloroso episodio hay algo que me preocupa más de todo. El pueblo de Mesina conoce bien el arzobispo y no se deja engañar; el arzobispo permanece tranquilo por el testimonio de la buena conciencia, sabe que son calumnias. Lo que me duele es el pensamiento que los autores del folleto serán ciertamente unos sacerdotes, que se manchan con una culpa grave, y se puede pensar que digan la Misa sacrílegamente...».

En la ciudad mientras tanto nadie se movía en favor del arzobispo; entonces él por su iniciativa dictó una vigorosa «Protesta del clero de Mesina contra un libelo difamador echado inútilmente en la veneranda persona de Su Excelencia Monseñor don Letterío D'Arrigo, Arzobispo y Archimandrita de Mesina». De aquella protesta recuerdo sólo el siguiente enunciado: «Protestamos, no porque nuestra unánime protesta sea necesaria para desmentir las acusaciones calumniosas, o para reparar la augusta persona de Su Excelencia, siendo bien conocido que el oro no se mancha, sea cual sea el barro con que se intentara ensuciarlo, sino para reivindicar a nosotros mismos el alto honor de la más sincera manifestación de aquel profundo y sagrado obsequio y filial amor, con que siempre nutrimos un culto hacia nuestro dignísimo Prelado» (Vol. 5, p. 296).

A la protesta, firmada por el Capítulo y los sacerdotes, fue dada larga publicación.

Monseñor D'Arrigo murió de repente la mañana del 18 de diciembre de 1922. El Padre fue advertido telegráficamente por los nuestros mientras se hallaba en Taranto. De inmediato bajó a Mesina: y recuerdo cuando la comunidad fue a saludarlo.

“¡Murió Monseñor D'Arrigo!”, nos dijo triste y dolido. Y empezó hablándonos de los méritos y de las virtudes del arzobispo, añadiendo: “Ciertamente no podremos olvidarlo, habiendo sido con nosotros tan bueno y paternal nos dejó siempre total libertad, no quiso nunca ponerse en las cosas internas de las comunidades, no nos llamó nunca a rendir cuentas, como también tenía por derecho. Con Monseñor D'Arrigo podemos decir que hicimos siempre lo que quisimos...”.

En comunidad se hicieron los debidos sufragios, pero el Padre por su cuenta, celebró un setenario de Santas Misas: era su práctica particular como ya destacamos en otros lugares, celebrar estos setenarios para las almas purgantes sacerdotales: pero luego, reflexionando sobre las responsabilidades de un obispo, quiso abundar en los sufragios y añadió un curso de 30 Santas Misas Gregorianas.

El 21 de enero de 1923 el Primer Reparto de Jóvenes Exploradores quiso conmemorar el difunto arzobispo; y el Padre no sólo cedió una sala del Espíritu Santo para el rito, sino que aceptó con gusto de hacer el discurso conmemorativo. Delante del gentío que agolpaba la sala, con palabra cálida e incisiva destacó las virtudes del arzobispo, recordando para cada una de ellas episodios conmovedores.

Estas las relaciones del Padre con Monseñor D'Arrigo.

CONCLUSIÓN

Concluyendo nuestro trabajo, nos parece bien escuchar el juicio general, total, de los que conocieron al Padre.

Pero, antes de todo, recordemos que el juicio sobre las virtudes de un Siervo de Dios es reservado únicamente a la Santa Iglesia. Ella sola es capaz de evaluar la virtud de sus hijos y pronunciar sobre ella una sentencia exclusiva e inapelable.

La Iglesia sin embargo no prohíbe que ninguno formule un juicio propio, que más bien en los procesos lo requiere y quiere que el testigo abra libremente su pensamiento; pero se tiene que saber que es siempre un juicio particular; que más bien cualquier juicio en propósito, si es publicado, tiene que ser precedido por una formal declaración que no se quiere en ninguna manera anticipar las decisiones de la Santa Sede en propósito. Y esta declaración, si no la anticipamos porque el libro es reservado **para uso particular pro manuscrito** a ventaja de nuestras comunidades, la hacemos con mucho gusto ahora, para recordar a los nuestros que los testimonios aquí publicados sobre las virtudes y la santidad del Padre se tienen que aceptar con reserva, todo sometiendo con perfecta obediencia a la autoridad de la Iglesia.

Sintamos pues los testimonios. «Para mí el ejercicio heroico de las virtudes del Padre consiste sobre todo en la virtud de la caridad, que él practicó pronta, constantemente y con dilecto, y en modo hasta excepcional. Las manifestaciones heroicas de la caridad me parece que incluyan el heroísmo de las demás virtudes, como por ejemplo la paciencia en aguantar las injurias venidas de diversas partes justamente en el cumplimiento de su misión caritativa; y esta paciencia fue para él, que no sólo no nos recordaba nunca los sufrimientos padecidos, sino que se alegraba por haberlas sufridas como requisito indispensable para la vida de la Obra; la fortaleza, la tenacidad toda cristiana y apostólica en recoser los hilos destruidos o casi por las anteriores tempestades; y esto por toda la vida no breve». «Pienso que la heroicidad de las virtudes ejercidas por el Siervo de Dios llegue por el hecho que era un hombre de profunda vida interior, por lo cual su preocupación en las acciones era el gusto de la mayor gloria de Dios, siempre, y así esconderse el más posible al juicio de los hombres».

«Sus virtudes no eran superficiales, sino que tenían raíces profundas». «En todas las virtudes que conducen a la santidad lo vi caminar sin esfuerzo. Cada vez que acercaba el Canónigo Di Francia lo hacía con gran entusiasmo porque volvía de él siempre edificado. Mis impresiones, que se convirtieron luego en convicciones, fueron las siguientes: él es un sacerdote santo, ajeno de sí mismo, humilde y manso, de una pobreza franciscana, de íntima vida interior y piedad singular. La caridad hacia los pobres formaba su característica, así que para indicar un hombre caritativo se decía y se dice hasta ahora: “Es otro Canónigo Di Francia”». «Noté el heroísmo en muchas virtudes, especialmente en la pobreza, en la humildad, en la confianza en el Señor, en la fortaleza y en el amor de Dios y del prójimo». «Sus virtudes fueron heroicas, o sea no comunes, al revés no se podrían explicar la variedad y la grandiosidad de sus obras. En él el ejercicio de las virtudes parecía espontáneo». «La opinión sobre su santidad, por parte del público, es hoy como ayer, porque decir **Padre Francia** en Mesina es como nombrar un santo; y esto justamente por sus virtudes: juicio, esto, general, entre todos».

«Considerando su vida, puedo afirmar que él vivía casi espontáneamente las virtudes, en modo total; y si tuviese que decir cuáles eran las más luminosas, diría que eran la fe en Dios y la caridad hacia el prójimo; para él Dios era siempre presente, y hacía aparecer este sentimiento suyo en sus palabras; la caridad luego hacia el prójimo era casi su razón de ser: por estas dos virtudes, para mí era un santo».

«Pienso que la heroicidad de las virtudes del Padre se vea por el modo con que hablaba de ellas a nosotros: casi se transformaba, se volvía más elocuente que lo normal; sonreía, le brillaban los ojos y en aquel momento nuestras almas eran todas estimuladas a seguirle en sus ascensiones espirituales».

Aún un florilegio.

«Todas las veces que tuve que acercarme al Siervo de Dios, vi siempre, en sus rasgos pálidos, en aquel aire meditabundo y absorto un hombre verdaderamente de Dios. Me confirmé en esta convicción oyéndolo una noche, después de cenar, repetir a los suyos que lo rodeaban en una sala al lado del comedor, el noto paso de San Pablo a los Romanos (8, 26): **el Espíritu acude en ayuda de nuestra debilidad, pues nosotros no sabemos pedir como conviene; pero el Espíritu mismo intercede por nosotros** gemitibus inenarrabilibus, **con gemidos inefables**.

«Después de muchos años – el autor escribe a más de treinta y cinco años del episodio – ¡todavía tengo en los oídos el acento férvido con que pronunciaba aquel **gemitibus inenarrabilibus!**» (**Sacerdote Cosme Spina**). «El Canónigo me hizo la impresión de un hombre lleno de Espíritu Santo, encendido de caridad, como también lo atestiguan sus obras, aficionados de los rechazados y de todos los necesitados. Su habla sobria, su labio con una sonrisa de dulce pudor, pero todo enmarcado por un perfume angelical» (**Sacerdote Pedro Elía**). «Cada vez que le abría mi alma y le pedía consejos con relación a mi conciencia, sentía que estaba ante un hombre de Dios; lo hallaba sereno, recto, manso, humilde, generoso, caritativo hacia todos, iluminado por el Espíritu Santo, pronto a todas las buenas iniciativas para bien de los pobres, de los huérfanos y de los sufridos» (**Canónigo Tesorero Domingo De Candia**). He aquí el juicio de don José Rinaldi, muy conocido como el fundador de la Obra de las Vocaciones en Roma, que recuerda el Padre como una persona llena de celo y amor hacia nuestro Señor. El Siervo de Dios le «envió un generoso donativo ofrecido por la Obra, por las manos de Su Eminencia el Cardenal Pompili que, hablando de Di Francia demostraba de haberlo en gran consideración y reputarlo una santa persona. Y esto me asombró, conociendo el modo de juzgar del Cardenal».

«Había aprendido a admirar el hombre singular a través de las obras de su prodigiosa caridad; pero hace años pasó en el palacio obispal de Cariati y yo me sentí en presencia de un santo: a partir de aquel día tuve para él veneración y culto». Así Monseñor Caruso, obispo de Cariati; y su sucesor, Monseñor Rafael Faggiani, ya provincial de los Pasionistas, recuerda el Padre cuando fue, durante algunos días, huésped de los Padres en Manduria: «Recuerdo bien que sea su manera de hablar, sea toda su conducta, fueron de gran edificación para toda la comunidad. Recuerdo más bien de haber hecho la siguiente reflexión: “¡Cómo se eleva en seguida esta hermosa alma a las cosas celestiales de las circunstancias terrenas!».

Monseñor Costa, obispo de Lecce: «Sólo dos veces vi durante pocos instantes el Canónigo y la impresión fue parecida a la fama que lo rodeaba la persona, el rostro, la mirada, revelaban en él la santidad». Monseñor Taccone, ya obispo de Bova: «Lo conocí en Palermo en el Congreso Eucarístico de 1924, lo oí hablar en la sección sacerdotal y soy testigo de la conmoción general que sus santas palabras suscitaron en la numerosa asamblea, que quedó edificada y convencida de haber oído y conocido un santo. El nombre del Siervo de Dios en Sicilia, Calabria y Apulia es rodeado por tal veneración, que yo la considero anticipación de gloria».

Añadamos el último saludo de Monseñor Paíno al Siervo de Dios en el día de su entierro: «Oh santo, oh santo: permíteme que te diga la última palabra, permíteme que te envíe mi saludo y el de toda la ciudad. (...) Recibe, oh santo el último saludo, la última bendición y esta manifestación de

pueblo, así como igual nunca se vio en Mesina, especialmente de este gentío tan conmovido, venido acá para enviarte a ti el saludo extremo y para agradecer a Dios, que quiso recompensarte así también aquí abajo. Nosotros, que de ti no sabemos privarnos, a ti nos encomendamos, a nosotros y a nuestra ciudad, que en la continuación de tu obra halla la mayor razón de sus grandes aspiraciones. Por eso quedará nuestra comunión de vida: tú desde allá ruega; nosotros gritaremos fuerte, fuerte: gloria, gloria, gloria; y tú nos responderás: caridad, caridad, caridad» (Vitale, **ob. cit.** p. 742).

Encerremos con el juicio de dos insignes Siervos de Dios. Don Lorenzo Berteco, de la Sociedad Piadosa San Pablo, nos escribe que don Santiago Alberione así predicaba a sus clérigos en Alba (Piamonte), en el otoño de 1924: «¿Queréis encontrar unos santos vivientes? Ir a Turín y visitad el Canónigo Allamano y don Rinaldi; ir a Liguria y hallaréis el Padre Semeria; llegad a Sicilia y aún podéis encontrar al Canónigo Di Francia».

Viene luego don Orione. Para él nuestro Padre «era hasta un santo». He aquí una prueba en dos telegramas. En la muerte de nuestro Siervo de Dios así escribía: «Profundamente dolida muerte gran sacerdote de Dios canónigo Di Francia apóstol caridad gloria clero mesinés honor Sicilia Italia Iglesia. Abrazo todos sus religiosos y huérfanos fraternalmente confortándolos en Jesús Crucificado. Sufragaremos alma bendita encomendándonos vuestro santo fundador» (13.06.1927). Después de unos años, respondiendo telegráficamente al Padre Vitale por una información, don Orione aprovechaba para insistir en el proceso del Padre: «Urge apresurar causa canónigo Di Francia. (...) Será monumento grande que arzobispo elevará honor Mesina y edificación Clero Sicilia Italia» (02.08.1934).

ÍNDICE

A los hijos e hijas del Padre	8
1. LA SEGUNDA CONVERSIÓN	9
1. Convertirse siempre	10
2. Las oraciones para la conversión	12
3. El recurso a los Santos	14
4. Santidad sin ilusiones	17
5. Su cooperación	19
6. Informes más detallados sobre su espíritu	23
7. Los últimos propósitos	25
2. «AQUELLA FE QUE PASA TODO VELO»	27
1. Principio y fundamento	28
2. «Soy fiel a mi uniforme»	29
3. El Catequista.....	30
4. El deseo de dilatar la fe	31
5. Fe vivida.....	33
6. Amor a la Sagrada Escritura.....	35
7. Su predicación	36
8. Respeto de las cosas sagradas	40
9. Las santas imágenes.....	42
10. Sagradas reliquias y sacramentales.....	43
11. Contra una superstición desenfrenada.....	45
3. HIJO DE LA IGLESIA	47
1. El amor al Papa signo de predestinación	48
2. Para entender	49
3. «Sujeción y amor para la Santa Iglesia»	50
4. Colaborando con «La Palabra Católica».....	51
5. Soñando con la reconciliación.....	54
6. Para la libertad del Papa.....	55

7. Las injurias al Papa.....	58
8. Los testimonios	58
9. Las oraciones por el Papa	59
10. Pedir sólo bendiciones.....	60
11. Ingenuidades de niño.....	61
12. «Antes de todo, obediencia a la Santa Madre Iglesia»	63
13. El valor de las revelaciones privadas	64
14. Las apariciones de La Salette y de Lourdes	66
15. Porque La Salette queda en la sombra	67
16. La condena del libro del Abad Combe.....	68
17. La Carta al Abad Combe.....	69
18. ... Y a León Bloy.....	70
19. Por la vida de Melania.....	71
20. Protesta de fidelidad al Papa.....	72
4. EL DIVINO MANDATO	74
1. Había nacido por ello	75
2. La hora de la Providencia	76
3. La vocación rogacionista	77
4. El primer escrito sobre el Rogate.....	78
5. La gran revelación	79
6. El secreto de todas las obras buenas.....	80
7. La necesidad de sacerdotes.....	81
8. ¡Cuántos pocos son los sacerdotes hoy!.....	82
9. Quiénes son los trabajadores	83
10. Todos vienen de la oración.....	85
11. ¡Dios lo quiere!.....	86
12. Pero, ¿Por qué la oración?	88
13. Oración y acción	89
14. El Rogate y la santificación del clero.....	90
15. El mérito de la oración rogacionista.....	91
16. ¡Doloroso misterio!.....	92
5. «CON EL ROGATE, EN EL ROGATE Y DESDE EL ROGATE».....	94
1. La primera idea de las comunidades religiosas.....	95

2. El Rogate en la Obra.....	96
3. El programa de la Obra	96
4. Idea predominante.....	97
5. La primera oración para obtener los buenos Trabajadores.....	98
6. Las Congregaciones religiosas	98
7. La actividad externa de las Congregaciones	99
8. «Misión verdaderamente divina».....	100
9. El nombre de las dos Congregaciones	102
10. El librito de oraciones para los buenos Trabajadores.....	103
11. La «Sagrada Alianza»	104
12. Unión Piadosa de la Rogación Evangélica.....	106
13. Para llegar al Papa.....	108
14. El versículo rogacionista.....	109
15. Las tres propagandas	110
16. En los Congresos eucarísticos	111
17. Siempre el Rogate.....	112
18. A Monseñor Conforti	113
19. El castigo más terrible	114
20. La misión más alta y más bella	116
6. «AQUELLA ESPERANZA QUE MUERE EN EL CIELO»	118
1. La esperanza escatológica	119
2. Su vida estaba repleta de esperanza	119
3. Oh Paraíso... ..	120
4. El apóstol de la esperanza	121
5. ¡Tenía hambre de indulgencias!	121
6. Desprendimiento de los bienes terrenales	122
7. Confianza en Dios	124
8. ¡Siempre confianza!	125
9. Los votos de la confianza	126
10. Tercer voto de confianza	129
11. Non confundar in æternum!	132
12. Unas anécdotas	133
7. «AQUEL AMOR QUE SE ETERNA CONTIGO»	137

1. La santidad es caridad.....	138
2. ¿Acaso Dios no merece todo nuestro amor?.....	138
3. ¡Dichosa el alma que ama a Dios!.....	139
4. El amor de Dios en todas sus obras.....	139
5. El puro amor.....	140
6. Odio al pecado	142
7. «¡Este hombre vive en Dios!»	145
8. Una miniatura.....	146
9. Siempre atento a impedir el pecado	148
10. El espíritu de reparación.....	150
11. La voluntad de Dios	152
12. En las cosas prósperas y en las adversas	155
13. Oraciones para cumplir la voluntad de Dios.....	157
8. JESÚS.....	160
1. «¡Enamoraos de Jesucristo!»	161
2. Amor de Jesús sobre todas las cosas.....	162
3. Solemnes declaraciones de amor.....	164
4. El Nombre Santísimo de Jesús	166
5. El Niño Jesús.....	168
6. Jesús Crucificado.....	171
7. La preciosa Sangre y el sagrado Rostro.....	174
8. El Sagrado Corazón.....	177
9. Consagración y reparación	180
10. Las penas íntimas	182
9. EL DIVINO FUNDADOR.....	184
1. ¡Dios realizó algo nuevo!	185
2. Adorador seráfico de la Eucaristía	186
3. Fe profunda e ingenua.....	187
4. 1 de julio de 1886	188
5. La fiesta del 1 de julio.....	191
6. La expectación	192
7. El título anual.....	193
8. En honor de Jesús Sacramentado	195

9. La Santísima Comunión	198
10. Los sagrados fragmentos	201
11. La Santa Misa	202
12. El valor de la Santa Misa.....	205
13. El Corazón Eucarístico de Jesús.....	206
10. ¡MARÍA!	208
1. No puede uno ser cristiano sin ser mariano	209
2. Testimonios	211
3. En cada sermón, la Virgen María.....	212
4. La contraseña especial del Instituto	214
5. Creció con los años	216
6. ¡Soñando con el Carmelo!.....	218
7. La santa esclavitud de amor	219
8. A María Reina de los corazones	222
9. La gracia más inestimable	225
10. La Virgen María en la Obra	226
11. UNA CORONA DE ROSAS A MARÍA	231
1. «Títulos numerosos y deslumbrantes».....	232
2. La Madre de la Iglesia.....	233
3. Nuestra Señora del Carmen.....	234
4. Nuestra Señora de Itria y Nuestra Señora de Pompeya.....	234
5. La Estrella Matutina.....	236
6. Nuestra Señora de Lourdes	236
7. La Inmaculada.....	238
8. La Virgen de la Sagrada Carta.....	243
9. María Niña.....	244
10. Los dolores de María	247
11. Nuestra Señora de La Salette	248
12. Nuestra Señora de la Merced	250
13. Nuestra Señora de la Vena	251
14. Nuestra Señora de la Guardia	251
15. Nuestra Señora de la Rogación.....	252

12. «LOS QUERIDÍSIMOS ÁNGELES Y SANTOS»	254
1. Formamos todos una sola familia.....	255
2. Todo por el amor de Jesús.....	256
3. La devoción a los Ángeles.....	258
4. San José.....	260
5. San Antonio de Padua.....	264
6. San Luis Gonzaga.....	267
7. San Alfonso María de Liguorio	269
8. Santa Verónica Giuliani.....	271
9. San Camilo de Lelis	273
10. San Francisco de Sales.....	275
11. La Beata Eustoquio	277
12. Los celestes Rogacionistas y las celestes Hijas del Divino Celo	279
13. HOMBRE DE ORACIÓN.....	281
1. Oración litúrgica y oración privada.....	282
2. ¿Hoy en día se reza?.....	283
3. Sentimiento y sentimentalismo.....	283
4. Testimonios	284
5. El espíritu de oración	287
6. Pide el espíritu de oración	288
7. El pábilo vacilante	289
8. Su enseñanza	292
9. Necesidad y eficacia de la oración	294
10. Confianza absoluta en la oración	295
11. En Casos particulares.....	297
12. La oración del corazón.....	298
13. Examen de conciencia y lectura espiritual	300
14. Exhortación	300
14. EL CELO	303
1. La llama de la caridad	304
2. La ofrenda generosa	305
3. En Aviñón.....	307
4. ¡Fuera los Jonás!	309

5. Para la conversión de los pecadores.....	311
6. Apostolado de la familia.....	312
7. Vuelta al redil.....	314
8. Tomás Cannizzaro.....	316
9. La carta a los amigos.....	319
10. Con los sacerdotes caídos.....	321
11. Todo lo interesaba.....	323
12. Por dos comunidades religiosas.....	325
13. El concurso de belleza.....	327
14. Para las almas purgantes.....	328
15. EL SEGUNDO MANDAMIENTO.....	331
1. El precepto evangélico.....	332
2. Desde los primeros años.....	332
3. Vio y besó a Nuestro Señor.....	334
4. Por amor de Dios.....	334
5. Grandes y príncipes ante Dios.....	336
6. Heroísmo auténtico.....	338
7. «A mis queridos Señores Pobres».....	340
8. Sin compás.....	342
9. Autodefensa.....	343
10. La caza a los pobres.....	344
16. TODO PARA TODOS.....	350
1. La santa misión de dar.....	351
2. Sus limosnas.....	352
3. Anécdotas.....	355
4. Para los encarcelados.....	360
5. Para las almas consagradas.....	360
6. Las Hermanitas de los Pobres y las monjas de Estrella Matutina.....	368
7. La hospitalidad.....	371
17. EL PADRE.....	375
1. Progresar alegres en el camino de la caridad.....	376

2. Entre nosotros y con los demás	376
3. No por un simple modo apresurado	377
4. «La caridad consiste en rezar...»	378
5. Bondad y firmeza.....	380
6. La corrección.....	383
7. Siempre animando.....	388
8. Siempre para el bien material y espiritual de los hijos.....	390
9. Caridad y respeto mutuo.....	394
10. Con los enfermos.....	396
11. La primera grande guerra	400
18. YO QUIERO A MIS NIÑOS	404
1. El origen de las famosas estrofas.....	405
2. Obra santísima	407
3. ... y fecunda de bienes.....	409
4. Entre sus niños	410
5. Con ciertos personajes... ..	412
6. «El corazón que él tuvo»	413
7. La fiesta onomástica de 1923.....	415
8. Admisión	417
9. Educación religiosa	419
10. Los educadores que el Padre quería.....	420
11. Método educativo	423
12. Educar todo el hombre.....	425
13. Educación a la piedad	426
14. Educación al trabajo.....	427
15. Castigos	428
19. PRUDENCIA.....	431
1. Reguladora de las virtudes	432
2. Siempre prudente.....	432
3. Oración a la Santísima Virgen.....	433
4. Oración y consejo.....	435
5. ... Fueron luz para sus pasos.....	437
6. Nunca fue excesivo	438

7. Las nuevas fundaciones	440
8. No desdeñaba los medios humanos.....	443
9. No lo engañaban	445
10. Gobierno de un audaz	447
11. Sencillez.....	451
20. JUSTICIA	454
1. A cada uno lo suyo	455
2. Fue justo con Dios	455
3. En la casa de Dios.....	456
4. Los adornos sagrados	457
5. El día del Señor.....	459
6. La acción de gracias	460
7. Jesús Sacramentado en la nueva capilla	463
8. Fue justo con los hombres	464
9. Las deudas	465
10. Sentido profundo de justicia	467
11. Dad al César lo que es del César	470
12. Amor al país	472
13. Hacia los bienhechores	477
21. FORTALEZA	480
1. Definición	481
2. Fue fuerte	481
3. El Barrio Aviñón	482
4. Las dificultades	483
5. «La caridad por puro amor de Nuestro Señor...»	485
6. Remontando a los orígenes	486
7. Las penurias.....	487
8. En síntesis	489
9. La separación del hermano.....	492
10. Don Francisco en la Obra.....	494
11. El partido oculto	496
12. Las motivaciones de la división	498
13. En Roccalumera.....	499

14. Después de la separación.....	501
15. La supresión de las hermanas	502
16. La supresión de las hermanas	503
17. Entre las Hijas del Sagrado Costado.....	504
18. Espigando	505
22. TEMPLANZA	507
1. ¿Un cristianismo fácil o un cristianismo fuerte?	508
2. La enseñanza del Padre.....	508
3. La práctica	510
4. Sus defectos.....	511
5. Su comida	512
6. Nuevamente sobre las comidas del Padre	514
7. Otras mortificaciones	515
8. Instrumentos de penitencia.....	517
9. La lucha contra el sueño	518
10. Dulzura y mansedumbre.....	520
11. Oración para la edificación	522
12. Su paz inalterable	523
13. Siempre pronto al perdón	525
23. HUMILDAD	529
1. Fundamento de toda la vida espiritual	530
2. De sus escritos.....	530
3. Iniciador, no fundador.....	531
4. ¡Sólo a Dios el honor y la gloria!	532
5. Flores muy llamativas y florecillas de campo	533
6. El “daña trabajos”	535
7. La humildad fruto de la oración	537
8. «Los reproches de mi Señor contra mí esclavo inicuo»	538
9. Enseñanzas	540
10. ... y ejemplos	542
11. «Delante de la gloria va la humildad»	544
12. Siguen los testimonios	545
13. Una objeción	547

24. LOS VOTOS RELIGIOSOS	549
1. En la fiesta de San José.....	550
a) CASTIDAD.....	550
2. De los escritos	550
3. Una página del Padre Vitale.....	551
4. Fue un ángel	552
5. Hablaba de la virtud	553
6. Con las hermanas.....	554
7. Con los niños.....	555
8. Contra la moda.....	556
b) POBREZA	558
9. Pensamientos del Padre	558
10. El primer pobre del Barrio Aviñón	559
11. La habitación del Padre	560
12. Sus hábitos.....	562
13. Pobreza siempre y en todo	563
c) OBEDIENCIA.....	565
14. Escuchemos al Padre.....	565
15. Siempre obediente	567
16. Con los obispos.....	568
17. Con su Ordinario	570
18. Monseñor D'Arrigo Arzobispo de Mesina	571
19. Con la nueva Curia.....	573
20. La amistad con don Orione	574
21. Monseñor D'Arrigo y los Rogacionistas.....	575
22. «No podríamos ser de Dios...»	576
23. ¡Siempre fiel!	577
CONCLUSIÓN.....	580